

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

DEPARTAMENTO DE HISTORIA MODERNA

TESIS DOCTORAL

**EL TRATADO DE PAZ CON INGLATERRA
DE 1713.**

**ORÍGENES Y CULMINACIÓN DEL
DESMEMBRAMIENTO DE LA MONARQUÍA
ESPAÑOLA**

DOCTORANDO: JOAQUÍN GUERRERO VILLAR

**DIRECTOR DE TESIS: Dr. PABLO FERNÁNDEZ
ALBALADEJO**

MARZO DE 2008

**EL TRATADO DE PAZ CON INGLATERRA
DE 1713.
ORÍGENES Y CULMINACIÓN DEL
DESMEMBRAMIENTO DE LA MONARQUÍA
ESPAÑOLA**

JOAQUÍN GUERRERO VILLAR

MADRID, MARZO DE 2008

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. p. 7

PRIMERA PARTE: *LA SUCESIÓN A LA CORONA Y LOS TRATADOS DE REPARTO*

CAPÍTULO 1. LA SUCESIÓN A LA CORONA DE ESPAÑA p. 27

1.1 LA PAZ DE LOS PIRINEOS

1.2 EL TESTAMENTO DE FELIPE IV

1.3 EL TRAITÉ DES DROITS DE LA REINE TRÈS CHRETIËNNE

1.4 LA GUERRA DE DEVOLUCIÓN Y EL PRIMER TRATADO DE REPARTO

1.5 DE NIMEGA A RYSWICK

CAPÍTULO 2. LOS TRATADOS DE REPARTO p. 69

2.1 EL PRIMER TESTAMENTO DE CARLOS II

2.2 EL TRATADO DE LOO Y EL SEGUNDO TESTAMENTO

2.3 LA MUERTE DEL PRÍNCIPE ELECTOR Y EL TERCER TRATADO DE REPARTO

CAPÍTULO 3. TESTAMENTO Y MUERTE DE CARLOS II p. 110

3.1 EL CONSEJO DE ESTADO DE 8 DE JUNIO DE 1700

3.2 LAS PRESIONES AL REY

3.3 TESTAMENTO Y MUERTE DE CARLOS II

SEGUNDA PARTE: *LA GUERRA DE SUCESIÓN*

CAPÍTULO 4. EL COMIENZO DE LA GUERRA p. 151

4.1 REACCIONES AL TESTAMENTO. LA GRAN ALIANZA

4.2 EL TRATADO DE LA GRAN ALIANZA

4.3 LAS CORTES DE CATALUÑA

CAPÍTULO 5. LA GUERRA EN ESPAÑA p. 173

5.1 EL PRÍNCIPE DE DARMSTADT HESSE

5.2 LOS ATAQUES A CÁDIZ Y ROTA

5.3 EL PROTAGONISMO DE PORTUGAL

5.4 EL PRIMER ASEDIO A BARCELONA

CAPÍTULO 6. GIBRALTAR p. 192

6.1 GIBRALTAR OBJETO DEL DESEO DE INGLATERRA

6.2 LA CONQUISTA

6.3 GIBRALTAR DESPUÉS DE LA CONQUISTA

CAPÍTULO 7. EL TRATADO DE GÉNOVA p. 208

7.1 LA MISIÓN DE MITFORD CROW

7.2 LAS REVUELTAS EN LA PLANA DE VICH

7.3 EL TRATADO

CAPÍTULO 8. EL ARCHIDUQUE EN ESPAÑA p. 222

8.1 AUSTRACISMO Y AUSTRACISTAS

8.2 LA REPRESIÓN DE FERNÁNDEZ DE VELASCO

8.3 DE BELLO RUSTICO VALENTINO

8.4 LA CONQUISTA DE BARCELONA

CAPÍTULO 9. EL ECUADOR DE LA CONTIENDA p. 246

9.1 FELIPE V ASEDIA BARCELONA

9.2 ESPAÑA CAMPO DE BATALLA

9.3 LA BATALLA DE ALMANSA Y SUS SECUELAS POLÍTICAS

9.4 EL ARCHIDUQUE EN MADRID

TERCERA PARTE: *LA NEGOCIACIÓN FRANCESA*

CAPÍTULO 10. LAS CONVERSACIONES DE LA HAYA p. 282

10.1 EL CONTEXTO FRANCÉS

10.2 LA MISIÓN SECRETA DEL PRESIDENTE ROUILLÉ

10.3 LAS NEGOCIACIONES DE TORCY EN LA HAYA

10.4 EL CONTENIDO DE LOS PRELIMINARES

CAPÍTULO 11. GERTRUYDEMBERG p. 309

11.1 LA VERSIÓN FRANCESA

11.2 LA VERSIÓN HOLANDESA

11.3 OTRAS OPINIONES

11.4 EL TRATADO DE LA BARRERA

CAPÍTULO 12. LA HORA DE INGLATERRA p. 334

12.1 TORIES Y WHIGS

12.2 CONDUCT OF THE ALLIES

12.3 EMBAJADORES Y AVENTUREROS

12.4 LA ESTRATEGIA DE BOLINGBROKE

CAPÍTULO 13. LOS PRELIMINARES DE LONDRES p. 363

13.1 MATHEW PRIOR EN PARÍS

13.2 LAS CONCESIONES DE FELIPE V A FRANCIA

13.3 LA MISIÓN MESNAGER

13.4 REACCIONES A LOS PRELIMINARES

CAPÍTULO 14. EL CAMINO HACIA EL ARMISTICIO p. 392

14.1 INSTRUCCIONES A LOS PLENIPOTENCIARIOS DE ESPAÑA

14.2 LA RULETA DINÁSTICA

14.3 LAS RESTRAINING ORDERS

14.4 BERGEYCK EN PARÍS

14.5 LA SUSPENSIÓN DE ARMAS

CUARTA PARTE: *LA NEGOCIACIÓN ESPAÑOLA*

CAPÍTULO 15. LA RENUNCIA AL TRONO DE FRANCIA p. 430

15.1 LA LLEGADA DE LORD LEXINGTON

***15.2 PAPIER QUE LE COMTE DE LEXINGTON MIT DANS LES MAINS
DU ROY***

***15.3 LAS RENUNCIAS DE FELIPE V Y DE LOS DUQUES DE BERRY Y
ORLEANS***

CAPÍTULO 16. LOS TRATADOS DE MARZO DE 1713 p. 452

16.1 EL TRATADO DE EVACUACIÓN DE CATALUÑA

16.2 LOS PRELIMINARES DE MADRID

16.3 EL TRATADO DE ASIENTO DE NEGROS

CAPÍTULO 17. EL TRATADO DE PAZ CON INGLATERRA p. 480

17.1 LA EMBAJADA DE MONTELEÓN

17.2 LA NEGOCIACIÓN DE LONDRES

17.3 EL TEXTO DEL TRATADO DE LONDRES

CAPÍTULO 18. UTRECHT p. 511

18.1 EL TRATADO DE PAZ CON INGLATERRA

18.2 LOS ARTÍCULOS SEPARADOS

18.3 LOS OTROS TRATADOS

CAPÍTULO 19. EL FINAL DE LA GUERRA p. 539

19.1 LA EVACUACIÓN DE CATALUÑA

19.2 EL CASO DE LOS CATALANES

19.3 LA CAPITULACIÓN DE BARCELONA

BIBLIOGRAFÍA p. 562

INTRODUCCIÓN

La presente tesis contempla dos aspectos distintos aunque convergentes. Por una parte trata de describir como, en 1713, tras años de guerra y complejas negociaciones, España firma en Utrecht el tratado de paz con Inglaterra. Es sólo uno más de la decena larga de convenios que allí firmaron los contendientes pero, junto al el que suscribieron Inglaterra y Francia, ambos negociados por cierto fuera de la ciudad holandesa, constituirán la piedra angular sobre la que se va a construir la paz que terminaba con la Guerra de Sucesión. El resto de los tratados que allí se concertaron, por importantes que en su momento parecieran, apenas merecen otra calificación que la de comparsas o acompañantes obligados en el diseño que Inglaterra, y en particular su Secretario de Estado Bolingbroke, había concebido para, vista la imposibilidad de conseguir una Paz General entre los contendientes, conseguir algo equivalente mediante una secuencia de paces particulares perfectamente articuladas. Bien es cierto que Austria se negó a firmar en Utrecht ningún acuerdo, salvo el tratado de evacuación de Cataluña, y que su paz con Francia no se lograría hasta meses después en Rastadt-Baden. Con este último tratado, unido a los de Utrecht, quedó a efectos prácticos terminada la guerra, aunque la paz entre el Emperador y Felipe V no se vaya a firmar hasta el año 1725, en Viena.

Pero también es objeto principal de esta tesis el ir mostrando cómo, a partir de la paz de los Pirineos, la monarquía española va viendo desmembrarse algunas de sus importantes y por ello codiciadas posesiones en Europa. Incluso antes, ya en el tratado de Münster, había tenido que reconocer la independencia de las Provincias Unidas poniendo, afortunadamente, fin a la vieja polémica del *qui prodest Flandes*. Pero fue a partir de la subida de Luis XIV al trono cuando se intensificó el acoso al imperio español, primero por la vía militar, más adelante mediante la acción diplomática, y en ambos casos buscando arrebatar a España territorios para incorporarlos a la monarquía francesa.

Estas ocupaciones territoriales francesas no fueron, en general, definitivas porque, en ocasiones, en una paz se devolvía a España lo que en otra anterior había perdido. Por el contrario, el tratado de 1713 con Inglaterra va a consagrar unas pérdidas territoriales que, después de algún titubeo inicial, con el tratado de la Cuádruple Alianza se convertirán en definitivas, si dejamos a un lado la adjudicación del reino de Nápoles a una rama secundaria de los Borbones españoles. En cualquier caso para España terminaba en Utrecht su secular presencia en Europa y se veía constreñida a sólo una parte de la península Ibérica.

De ahí el título de esta tesis: El tratado de paz con Inglaterra de 1713 como culminación de un proceso de desmembramiento de la monarquía cuyos orígenes hemos establecido en la paz de los Pirineos. Para explicar este largo camino hemos dividido la tesis en cuatro partes bajo los epígrafes siguientes:

Primera parte. *La sucesión a la Corona y los tratados de reparto.*

Segunda parte. *La Guerra de Sucesión.*

Tercera parte. *La negociación francesa.*

Cuarta parte. *La negociación española.*

Puede argumentarse que el período que va a desde la paz de los Pirineos hasta la de Utrecht ha sido abordado pormenorizadamente por los historiadores, y ello es cierto. Pienso que lo que puede aportar esta tesis de novedoso es la descripción de las largas y complejas negociaciones de paz, en La Haya, Gertruydenberg Madrid y Londres, asuntos que, hasta donde se me alcanza, no se han descrito con tanto detalle como hace la tesis, y también el explicar (al tiempo que se desmontan algunos tópicos, si no generales al menos habituales), ciertos aspectos de la época final de los Austrias relativos tanto al testamento de Carlos II como a los tratados de reparto. Y, por último, aquellas incidencias de la Guerra de Sucesión que conciernen a cuestiones que, de alguna manera, van a resultar claves en la negociación de la paz.

Conviene desde el comienzo aclarar que he querido basar esta tesis fundamentalmente en fuentes primarias: las manuscritas que se conservan en Simancas, en el Archivo Histórico Nacional, en el Ministerio francés de *Affaires Etrangères* y en el *Public Record Office* de Inglaterra; y también las impresas que en forma de memorias o recopilaciones de correspondencia nos han dejado los principales actores de la guerra y de la paz: Torcy, Bolingbroke, Tessé, Noailles, Louville, Berwick o Saint Simon entre otros. También son importantes los libros que sobre la guerra escribieron historiadores españoles que la vivieron personalmente como el marqués de San Felipe, Belando, Castellví, el conde de Robres y Miñana. O los extranjeros como Lamberty, Defoe, Swift o Roussets, sin dejar de lado algunos libros posteriores recopilatorios de cartas o notas diplomáticas como la *Correspondencia del marqués de Harcourt*, que publicó en el siglo XIX Celestin Hippeau, el *Felipe V y la corte de Francia*, de Baudrillart, también de este mismo siglo, que recoge de forma bastante completa y sistemática la correspondencia entre las cortes de Versalles y Madrid o el libro, recientemente publicado por la Real Academia de Historia, de Adalberto de Baviera y Gabriel Maura titulado *Documentos inéditos referentes a las postrimerías de la casa de Austria en España* de indudable valor pues nos abre archivos menos convencionales como son los de la Casa del Palatinado, la de los príncipes Lobkowitz o la de los condes de Harrach.

Explicado lo anterior lo que pretende esta introducción es hacer un resumen somero del contenido de la tesis y, al tiempo, poner cierto énfasis en sus intentos de desmontar algunos tópicos, aclarar en lo posible asuntos dudosos y hacer alguna aportación a los debates historiográficos que, en relación con los temas que he desarrollado, permanecen aún vigentes.

España tenía en Europa, en la segunda parte del siglo XVII, cinco auténticas joyas: Sicilia, Cerdeña, Nápoles, Milán y Flandes. Estas joyas, desconectadas geográficamente de la metrópoli, no eran fáciles de defender por el desconcierto político y la falta de recursos

económicos y militares que sufría Monarquía. Esta situación acaba poniendo de manifiesto ante toda Europa la contradicción profunda entre nuestras responsabilidades exteriores y nuestra capacidad real para afrontarlas con eficacia. Esta contradicción se va a agudizar a causa del expansionismo de Luis XIV y de la rivalidad secular entre las casas de Borbón y de Austria, rivalidad que va a acusar un gran desequilibrio cuando la primera de ellas alcanza el cenit de su poderío en tanto que la otra, y en sus dos ramas aunque por diferentes razones, no es capaz de hacerle frente con posibilidad alguna de éxito.

La primera parte de la tesis –*La sucesión a la Corona y los tratados de reparto*– arranca con la Paz de los Pirineos que no sólo supuso una serie de pérdidas territoriales en Flandes y Luxemburgo sino que consagró definitivamente los límites de la frontera pirenaica que, desde entonces y hasta nuestros días, han permanecido inmutables. En esta delimitación se perdió, con el Rosellón y Conflans, lo poco que quedaba del proyecto occitánico de Pedro II de Aragón. Pero el tratado tuvo otra consecuencia de mayor envergadura: el matrimonio acordado entre Luis XIV y la infanta María Teresa de Austria va a inspirar en el rey Cristianísimo una serie continua de demandas y reivindicaciones que, más allá de la rivalidad entre las dos coronas, fue el argumento principal de la política exterior de Luis XIV durante más de tres décadas y que, finalmente, van a terminar desencadenando la Guerra de Sucesión.

Naturalmente la infanta había renunciado a cualquier posibilidad que pudiera sobrevenirle de conseguir para sus herederos el trono de España; pero esta renuncia, que Luis XIV había asumido como propia al firmar la paz de los Pirineos, no va a volver, como era su compromiso, a ratificarla tras la celebración del matrimonio. Y aunque en aquellos concretos días pudiera parecer remoto el que los sucesores de la infanta llegaran a conseguir el trono de España –ya que vivían dos hermanos suyos posibles herederos varones– la debilidad congénita de los últimos vástagos de Felipe IV podía hacerlo posible sin necesidad de pensar en acontecimientos extraordinarios.

Luis XIV no sólo se negó a ratificar la renuncia de su esposa sino que encargó a sus juristas que escribieran un libro para explicar a Europa las razones legales de la política de expansión territorial que pensaba emprender. Se trata del *Traité des droits de la Reine très Chretienne* en el cual se pretende demostrar dos proposiciones diferentes. Por una parte la relativa a los derechos de María Teresa al ducado de Brabante, y otros territorios de Flandes, en base a una antigua *costumbre* local que modificaba los beneficiarios habituales de una herencia en caso de un segundo matrimonio. Y, por otra, la nulidad absoluta de la renuncia al trono de España que había hecho la infanta por ella y por sus sucesores.

Nuestra tesis se detiene con alguna extensión en ambos argumentos del *Traité*, sobre todo en el segundo, por cuanto ha sido dado por bueno por casi todos los historiadores extranjeros y buena parte de los españoles, con pocas excepciones como la de Antonio Domínguez Ortiz. Se da por verdad absoluta que la renuncia de la infanta estaba supeditada al abono de 500.000 escudos de dote y que, como no se hizo el pago correspondiente, aquélla devenía nula. Hemos demostrado, a mi juicio sin sombra de duda, que no existía tal supeditación y que todo fue una burda patraña de Antoine Bilain, autor del referido *Traité*, que manipuló el texto de la renuncia intercalando párrafos de su cosecha aunque afirmara que reproducía literalmente sus términos. Y que tampoco son admisibles otros argumentos

de nulidad como el temor reverencial al padre o la minoridad debida a los 22 años que tenía la infanta al casarse. Por supuesto que nada de esto es nuevo y ya fue denunciado por Ramos del Manzano que, 1667, escribió una contundente *Respuesta de España* al panfleto francés lo que no obsta para que sus argumentos hayan caído en el olvido. Creo que la tesis demuestra que, aunque la renuncia pueda ser objeto de valoraciones distintas en función de los ordenamientos jurídicos de los diferentes países, o de las creencias y convenciones de la época en que se haga el análisis, en cualquier caso, nadie podrá aducir seriamente que su posible nulidad pueda provenir del impago de la dote. Y, casi con igual certeza, puede también afirmarse que es incierto el argumento francés que asegura que, si Mazarino consintió que se hiciera la renuncia, fue debido, exclusivamente, a que don Luis de Haro le dijo –lo que no ha sido demostrado y es, además, bastante improbable- que podía admitirlo pues se trataba sólo de una cláusula de estilo.

A poco morir Felipe IV, el Cristianísimo solicitó a Mariana de Austria, su viuda, la entrega de los territorios de Flandes que decía corresponder a su esposa de acuerdo con la antes aludida *costumbre* local. La carta es un baldón para el honor del remitente por cuanto, el mismo día que fue entregada en Madrid, Luis XIV, al frente de su ejército, invadía el País Bajo español para tomar posesión de lo que afirmaba ser suyo –sin esperar respuesta y sin previa declaración de guerra- conquistando con facilidad una serie de ciudades. Sólo habían pasado siete años desde la boda de María Teresa, habían muerto los dos posibles herederos que en tal momento podían serlo y había nacido un tercero, Carlos II, del que toda Europa pensaba, dada su enfermiza naturaleza, que moriría pronto. Por eso la invasión de Flandes por Luis XIV era poco más que una maniobra de diversión porque su verdadero objetivo era conseguir territorios de la monarquía española, no unos pocos sino los más que pudiera, ya que en su fuero interno siempre pensó que, salvo circunstancias muy favorables, iba a ser harto complicado alcanzar su sueño que era conseguir la herencia completa.

Simultáneamente con esta invasión van a negociar Luis XIV y el emperador Leopoldo el primer tratado de reparto de la monarquía española, cuya firma tendrá lugar en enero de 1668. Era un tratado para cuya negociación el Emperador había exigido el máximo secreto, precisamente por la mala conciencia con que lo pactó y firmó y, de hecho, el acuerdo no fue conocido, ni siquiera por vía de rumor, hasta muchos años después. La rama alemana de la casa de Austria estaba traicionando, sin paliativos, a la española aunque la traición tuviera argumentos políticos razonables: Leopoldo I no tenía aún hijos varones que pudieran recibir la herencia española, la presión turca le agobiaba, el inmenso imperio de Carlos II le parecía algo imposible de digerir por Austria, no sólo por su lejanía sino por su componente ultramarina que era asunto muy complejo y ajeno a los intereses y a las capacidades del Imperio. Pero, en cualquier caso, ya tenemos el primer intento de desmembramiento de la monarquía española ejecutado por terceros países en un hecho sin precedentes. Este primer tratado refleja también la no excesiva convicción que tenía Luis XIV en los derechos de su mujer puesto que sólo reservó para sí Filipinas, Navarra, Nápoles y Sicilia además del Franco Condado y del País Bajo español aunque alguno de estos territorios, bien que parcialmente, los acababa de conquistar.

A partir de la firma de ese tratado España tiene que soportar casi treinta años de guerras, prácticamente continuas, en las que va a ir sufriendo desmembramientos sucesivos. En 1668 Mariana de Austria había reconocido la independencia de Portugal y en Nimega, en

1687, se pierde de manera definitiva el Franco Condado y provisionalmente otros territorios. Diez años más tarde va a comenzar la *guerra de los nueve años*, o de la liga de Augsburgo, y es aquí donde se va a producir un punto de inflexión en el poderío francés. Sus victorias no son ya claras, el agotamiento de la nación es evidente y el tratado que se firmó en Ryswick contiene concesiones francesas casi sorprendentes, aunque estuvieran condicionadas por la idea de moderación personal que en aquellos momentos Luis XIV quería transmitir a Europa y de manera especial a España.

Después de firmada la paz de Ryswick -las paces para Luis XIV tan sólo abrían periodos en los que, mientras se recuperaba el país, él elaboraba nuevas estrategias expansionistas- se reanudan las relaciones diplomáticas entre España y Francia y el Cristianísimo va a actuar en dos direcciones: Harcourt, su embajador en Madrid, trae instrucciones de reclamar los derechos de Francia al íntegro de la monarquía española para cuando, lo que era presumible ocurriera en el corto plazo, Carlos II muriera sin sucesión. La segunda maniobra va a tener lugar en Europa donde, a partir de 1698, empieza a negociar con Guillermo III, que en aquellos momentos podía hablar tanto en nombre de Inglaterra como de Holanda -porque era el estatúder de las Provincias Unidas- un reparto del imperio español. A las dos potencias marítimas les interesaba sobre todo América, como origen y destino de un intenso tráfico comercial pero también necesitaban la paz, porque la guerra y sus consecuencias eran intrínsecamente malas para el comercio. Y para que una paz fuera duradera era condición necesaria un cierto equilibrio de poder en Europa, concepto éste que constituía la gran obsesión de Guillermo III. Sobre estas premisas a Luis XIV no le costó demasiado esfuerzo conseguir que se firmará en Loo un segundo tratado de reparto. Francia se quedaba, para el Delfín, con Nápoles, Sicilia, los puertos de Toscana y, además, la provincia de Guipúzcoa. El archiduque Carlos recibía el Milanesado en tanto que el resto del imperio español iba a parar a José Fernando, príncipe elector de Baviera y nieto de Leopoldo I y de Margarita, infanta de España e hija de Felipe IV. En este joven príncipe concurría toda la legitimidad de la herencia española -si damos por buena la renuncia de María Teresa- ya que, aunque su madre la archiduquesa María Antonia había también renunciado, por ella y sus descendientes, a la corona de España, tal renuncia devino irrelevante al haber sido rechazada taxativamente por Carlos II además de no tener la aprobación, como hubiera sido preceptivo, de las cortes españolas.

Los dos últimos años del siglo XVII son para la corte de Madrid de una efervescencia inaudita. Como es lógico Carlos II iba a rechazar la acordada partición de su Monarquía cuyos rumores pronto se extendieron por Europa. Hacía tiempo que, a instancias de su madre, había hecho testamento en favor del príncipe elector, pero lo mantenía en secreto por temor a posibles reacciones en contra de Mariana de Neoburgo y del Emperador. Esta situación incierta desató un vendaval de intrigas en la corte: Maximiliano Manuel, elector Baviera y gobernador de los Países Bajos, intrigaba en favor de su hijo; el marqués de Harcourt lo hacía en beneficio de la causa de Francia, gastando dinero a manos llenas y comprando adhesiones e influencias (pese a los reiterados juramentos de inocencia que al respecto iban a hacer después Torcy y Saint Simon); Mariana de Neoburgo, el conde de Harrach y unos pocos nobles apoyaban cuanto podían la causa del Archiduque; y, finalmente, el Consejo de Estado, que gozaba por entonces de bastante preeminencia, va a emitir consulta tras consulta apremiando al Rey para que tome medidas diversas, a veces hasta contradictorias.

La reacción de Carlos II ante el intento de reparto de su Imperio fue confirmar, esta vez de manera menos secreta, el testamento que había hecho a favor de José Fernando de Baviera y lanzar una ofensiva diplomática por toda Europa denunciando la desvergüenza sin precedentes en que habían incurrido Francia, Inglaterra y Holanda, faltando a los más elementales principios de una política honorable. La reacción del Emperador al enterarse del testamento es tranquila: si no puede ser su hijo rey de España que lo sea su nieto. La del Cristianísimo, por el contrario, es airada y amenazante. Después de una carta de protesta agria y desabrida ordenó movimientos de tropas en las fronteras con España e hizo esparcir todo tipo de rumores para sembrar inquietud o, usando sus mismas palabras, provocar un "saludable temor".

La prematura muerte del príncipe elector, en febrero del año 1699, dio al traste con el tratado de Loo y puso a Carlos II en la disyuntiva de elegir entre Austria y Francia a la hora de nombrar heredero. Técnicamente no urgía hacer ningún testamento porque el vigente ya especificaba que, a falta del príncipe elector, el heredero universal sería el Emperador; pero no parecía admisible que la sucesión a una monarquía como la española no se produjese por designación directa sino mediante lo que era sólo una cláusula de salvaguardia.

Luis XIV y Guillermo III se pusieron inmediatamente en marcha para acordar otro tratado de reparto que, en esta ocasión, va a tardar meses en firmarse debido a las reticencias de Holanda. Finalmente, en marzo de 1700, se ratifica en Londres el nuevo tratado. Para Francia hay pocas modificaciones porque lo que se le adjudica es lo mismo que en el tratado anterior añadiendo Lorena. El Archiduque, que es quien ha sustituido al príncipe elector como heredero principal, recibe el resto del imperio español, salvo el Milanesado que es la compensación que se ofrece al duque de Lorena por verse obligado a ceder sus territorios patrimoniales a Francia. Pero el tratado tiene una cláusula nueva e importante consecuencia de lo cercana que se presume ahora la muerte del rey Católico: se dan tres meses de plazo al Emperador para que acepte su contenido y, caso de no hacerlo, los firmantes buscarán otro príncipe, que pudiera ser de las casas de Portugal o de Saboya, para sustituir al Archiduque. Leopoldo I va a rechazar este último tratado de reparto pero con poca convicción y, según parece indicar su contestación, de manera provisional en tanto viviera Carlos II.

La alarma que el tratado de Londres despierta en España es enorme y, a partir de junio de 1700, se inicia una actividad frenética por parte del Consejo de Estado que presiona incesantemente al Rey para que haga testamento, pidiendo que sea a favor del duque de Anjou, segundo hijo del Delfín, como la única solución posible para que se evite el desmembramiento de la Monarquía, cuya integridad es claramente el bien superior a proteger: sólo la fuerza de Francia sería capaz de mantener indemne el territorio de España. La solución austriaca, que alguno preconizaba, no era tal porque, antes de que Viena hubiera podido reaccionar militarmente, la península entera habría caído en poder de las apercibidas tropas francesas que esperaban en la frontera.

Un tema muy debatido por muchos historiadores son las razones por las cuales Carlos II va a tomar la decisión -repugnante para él- de entregar su herencia a la casa de Borbón. La tesis, apoyándose en las fuentes primarias antes aludidas, niega las versiones habituales de

que el testamento fue arrancado por Portocarrero en el lecho de muerte de Carlos II con amenazas sobre la salvación de su alma. Niega también, por considerarlos sólo rumores maliciosos, las escenas violentas y amenazantes en la cámara real por parte Mariana de Neoburgo y sus acólitos. Toda la documentación analizada permite deducir que Carlos II había tomado esta decisión con meses de anticipación, antes incluso de que recibiera contestación del Papa, favorable al duque de Anjou, a su petición de consejo. Y si no la hizo pública fue porque iba contra los sentimientos que le habían inculcado desde niño de aborrecimiento a Francia y a la Casa allí reinante y esperaba, providencialista como eran todos en esa época, un milagro de última hora que le permitiera cambiar su decisión. En este sentido Saint Simon tiene razón cuando niega que la presión francesa sobre el entorno real, o sobre el Consejo de Estado, fuera la que diera lugar al testamento a favor de Felipe de Anjou. Fue éste consecuencia de un proceso racional del Rey y la decisión adoptada coincidía con el consejo del Papa y con la petición de siete de los ocho consejeros de estado. Había además otro asunto que obligaba al Rey mantener la incertidumbre sobre la decisión que pudiera tomar y era que existían dudas sobre si, tras la firma del tratado de reparto, Luis XIV estaba dispuesto a aceptar el total de la monarquía española. Lógicamente cuando el Cristianísimo fue preguntado sobre ello afirmó de manera taxativa que, sin lugar a dudas, se ajustaría a los compromisos que había suscrito con Holanda e Inglaterra. Esta posibilidad asustaba al Consejo Estado, por más que pusiera en tela de juicio lo que decía Luis XIV, pero mucho más a Carlos II cuyo honor no podía permitir que Francia rechazase su testamento. El Rey hizo que el marqués de Castellldosríos, su embajador en Francia, hiciera gestiones reservadas ante Luis XIV pero se ignora su resultado porque la carta con la respuesta no ha aparecido por lugar alguno.

A la muerte de Carlos II se informó inmediatamente a Versalles del contenido del testamento y de cómo la herencia que había sido adjudicada al duque de Anjou. La tesis analiza con detalle los consejos que se celebran en Fontainebleau de los cuales las fuentes primarias dan versiones no concordantes. Luis XIV, tras algún tiempo reflexión, decide aceptar la herencia pese a que la mayoría de sus consejeros eran contrarios a ello. La controversia entre historiadores se produce sobre si Luis XIV tuvo realmente dudas en aceptarla, sopesando los riesgos de cada una de las opciones o, por el contrario y como afirma Castellví, estaba todo predeterminado y lo único que hizo fue lanzar cortinas de humo para disimular ante Europa. Lo cierto es que no dudó demasiado tiempo y volvió inmediatamente a Versalles para allí hacer la proclamación de su nieto como Rey de España.

Se analiza igualmente uno de los debates historiográficos más conocidos que, a pesar de ser tema intrascendente, suelen tratar casi todos los libros al llegar a este punto. Me refiero al origen de la frase *ya no hay Pirineos*, debate que Kamen había dado por cerrado, equivocadamente a mi juicio, poniendo el comentario, de manera definitiva, en boca de Luis XIV cuando parece mucho más probable que fuera su autor el marqués de Castellldosríos.

La segunda parte de la tesis se titula *La Guerra de Sucesión* pero en ella apenas se esbozan, como suele ser lo habitual, los avatares de la guerra o las medidas organizativas y de gobierno que va a implantar la nueva dinastía. Se trata tan sólo de delinear el esqueleto de la contienda para poner en contexto los procesos que van a llevar a la paz; porque va dicho

que el objetivo de la tesis es el tratado con Inglaterra, y las subsiguientes pérdidas territoriales españolas, por lo cual el énfasis de esta parte va a estar puesto en aquellos hechos, bien sean alianzas, convenios, sucesos de guerra o acontecimientos políticos que, en mayor o menor grado, vayan a incidir en las negociaciones futuras.

Uno de los mayores debates que ha inspirado la Guerra de Sucesión es el relativo a las razones por las que se desencadenó la contienda. Desde luego Austria, que había sido agraviada, tenía motivos para iniciarla pero carecía de fuerza para enfrentarse a Francia en solitario; por ello es dudosa la actitud que hubiera podido adoptar de no haber contado con el apoyo de las potencias marítimas. La cuestión estriba en saber si fueron los actos insensatos y extemporáneos, aunque no carentes de un fondo de racionalidad, de Luis XIV los que inclinaron a Inglaterra y Holanda a unirse a Austria y a luchar contra la solución sucesoria dictada por el testamento de Carlos II. Al tratar sobre esta cuestión, Jover Zamora, apoyándose en Kamen, da por hecho que la guerra era, aún prescindiendo de las provocaciones del Cristianísimo, inevitable.

La tesis, por el contrario, defiende que fueron precisamente estas provocaciones la verdadera causa de la contienda. Ya se sabe cuáles fueron: la expulsión del ejército holandés de las plazas que, desde Ryswick y a guisa de barrera, guarnicionaban en el País Bajo español, las *cartas patentes* de Luis XIV reconociendo a Felipe V sus derechos al trono de Francia -incumpliendo con ello la cláusula clave del testamento de Carlos II- y el reconocimiento de Jacobo III como rey de Inglaterra, violando así lo que había firmado en la paz de Ryswick. A todo ello había que añadir lo que algunos consideran como el principal desencadenante de la guerra: las potencias marítimas veían como Francia les iba arrebatando de forma descarada ámbitos comerciales, en España y en las Indias y, según Trevelyan, el ver cómo se les iban cerrando estos espacios vitales fue el principal motivo de la guerra. Porque, inicialmente, tanto Inglaterra como Holanda habían reconocido a Felipe V, la opinión pública inglesa estaba tranquila, incluso contenta con ello, y la bolsa de valores había subido en la Haya. Además, según afirma Evan Luard, la solución resultante del testamento resultaba en principio compatible con el equilibrio de poder que tanto obsesionaba a Guillermo III.

Pero lo cierto es que, por estos y otros argumentos, se firmó en septiembre de 1701 el tratado de la Gran Alianza entre Austria y las potencias marítimas. Las razones esgrimidas para ello, y para la guerra que llevaba implícita, son las antes citadas y, además, que "los reinos de Francia y España se hallan tan íntimamente unidos que no pueden considerarse, en adelante, sino como uno mismo, sólo, idéntico reino".

Es importante hacer alguna consideración sobre los objetivos que se marcaron los firmantes del tratado. Se pedía una "justa y razonable satisfacción" para el Emperador y, del contexto del tratado, parece deducirse que se refería a poca cosa más que a reclamar los dominios españoles en Flandes e Italia. Aunque resulte sorprendente, Austria en la práctica renunciaba a las Indias por cuanto se autorizaba a las potencias marítimas a conquistar en América cuanto pudieran, y a quedárselo luego a perpetuidad. Y en ningún artículo se insinúa siquiera que el continente de España deba pasar al Emperador, únicamente pedía que se garantizara que las coronas de Francia y España no recayeran en la misma persona. Es decir que la Gran Alianza no prohíbe en manera alguna que haya un príncipe francés

sentado en el trono de Madrid cuestión ésta que después se convertirá, de acuerdo al principio *no peace whitout Spain*, en objetivo irrenunciable y en el máximo obstáculo para alcanzar la paz. Extraña también que el tratado sólo se refiera al Emperador sin hacer la más mínima referencia al Archiduque Carlos, beneficiario de la mayor parte de la corona española, según prescribía el tercer tratado de reparto, y esta omisión no va a ser corregida hasta casi dos años después, por el tratado de Methuen.

Otras condiciones que plantea la Gran Alianza son establecer una barrera defensiva en Flandes para Holanda así como la libertad de navegación y comercio en el Mediterráneo y en América. También llama la atención el maximalismo que preconiza para el momento de enfrentarse a la paz, que presupone que el adversario no va a ser derrotado sino prácticamente aniquilado. Porque al requerirse un consenso absoluto para firmarla su consecuencia indudable va a ser una espiral continua y ascendente de peticiones de cada uno de los aliados, que de hecho será lo que ocurra en Gertruydenberg.

Fueron también fundamentales en el desarrollo de la guerra los tratados de Methuen, concretamente el suscrito entre Inglaterra, las Provincias Unidas, Portugal y el Emperador, por cuanto implicaba precisiones y modificaciones de alcance sobre lo previsto en el de la Gran Alianza. Aparentemente el asunto de mayor calado era que los aliados iban a disponer de Portugal como una amplia plataforma, con fácil acceso para sus medios navales, desde la cual se podía emprender la conquista de España contando además con la ayuda de un numeroso ejército portugués. Sin embargo el valor estratégico de esta plataforma no va a responder a las expectativas que se habían creado y van a ser otros temas los verdaderos protagonistas de este acuerdo.

El primero de ellos es la aparición del Archiduque Carlos como heredero universal de España y las Indias, asunto que ya dijimos era una laguna extraña en el tratado de la Gran Alianza. El segundo, también de enorme repercusión cara al futuro, es que se prescribe de forma taxativa que no podrá acordarse la paz mientras un príncipe francés esté sentado en el trono de España. Y el tercero, consecuencia de una de las cláusulas secretas de Methuen, es un primer desmembramiento de España que tendría que ceder a Portugal, para barrera protectora, una serie de ciudades importantes en Extremadura y Galicia.

Pero no es esto sólo. El tratado de Methuen buscaba también cumplir con la tradicional pretensión de las potencias marítimas de establecer un equilibrio de poder en Europa lo que se conseguía en parte colocando al Archiduque Carlos en el trono de España. Pero ni esto lograba el equilibrio deseado ni el Emperador quería renunciar sin más -aunque fuera en favor de su segundo hijo- a lo que consideraba como derechos del Imperio. Por ello, después de dudarlo mucho, y antes de firmar el tratado de Methuen, hizo que el Archiduque suscribiera los llamados *decretos leopoldinos* por los cuales, entre otras disposiciones, Carlos antes de acceder al trono cedía al Emperador todos los territorios extrapeninsulares que España poseía en el continente europeo: Milán, Nápoles, Sicilia, Flandes etc. Naturalmente esta cláusula, por implicar un enorme desmembramiento de la monarquía española, era secreta y así fue mantenida hasta el año 1713.

La tesis analiza con algo de detalle la figura del príncipe de Darmstadt-Hesse cuya decisiva actuación en muchos capítulos de la Guerra de Sucesión ha sido resaltada por Voltes Bou:

los ataques de de 1702 a Cádiz y Rota, los asedios, frustrado el primero y exitoso el segundo, a Barcelona, la toma de Gibraltar y su actuación decisiva como gobernador de esta plaza durante el primer intento español de recuperación del Peñón.

También se desarrolla con cierta extensión el tema de Gibraltar entrando en los distintos debates que sobre él hay abiertos. Se ha tratado de mostrar que, contra la idea más común, la conquista de Gibraltar no fue el subproducto de la inicialmente desafortunada campaña de la flota aliada en el verano de 1704; en esta campaña, tras un primer intento de conquistar la Roca, se siguió viaje a Barcelona y se impuso a la ciudad un asedio que devino en un fracaso total, tanto en lo militar como en lo político. Se produjo a continuación la expedición a Niza, abortada por la falta de colaboración del duque de Saboya y castigada por una tormenta en el golfo de León que ocasionó averías graves a la flota aliada. Posteriormente, cuando en aguas de Mallorca se avistó a la escuadra francesa, hubo que desistir de presentar batalla porque el estado de los barcos hacía temer una derrota. Todos estos fracasos parecían justificar el emprender, ya de retirada, la conquista de Gibraltar, aprovechando los refuerzos de hombres y barcos que llegaron desde Lisboa, para conseguir algún resultado con el que justificar una campaña cuyos objetivos habían ido decayendo uno tras otro. Esta idea puede parecer razonable pero lo cierto es que Inglaterra, desde comienzos del siglo XVII, estaba obsesionada con la conquista de este enclave. A mitad del siglo Cromwell, que consideraba esencial hacerse con Gibraltar, no pudo siquiera intentarlo a causa de los informes del Almirantazgo sobre lo inexpugnable de la fortaleza. Más tarde, al negociar el tratado de Loo, Guillermo III pidió a Luis XIV la entrega de la plaza a Inglaterra para seguridad de su comercio y como compensación por ayudar a establecer una paz duradera, pero Luis XIV no quiso acceder a esta petición. Por último hay que resaltar que, comenzada la Guerra de Sucesión, todos los almirantes ingleses fueron advertidos de la importancia de intentar la conquista de Gibraltar aprovechando para ello cualquier ocasión propicia.

Estas razones pueden llevarnos a considerar que toda las negociaciones que, a lo largo del siglo XVIII, emprendió España para recuperar Gibraltar, mediante una compensación económica o territorial, fueron superfluas pues jamás los gobiernos de Inglaterra tuvieron posibilidades reales de devolver una fortaleza que si bien, para algunos marinos, presentaba muchos inconvenientes como base militar, lejos del valor que inicialmente se le había asignado, para el pueblo inglés era una conquista emblemática, de incalculable valor comercial y a la que no se podía renunciar bajo ningún concepto. Por eso, una y otra vez, desde Bolingbroke hasta la cláusula secreta del tratado de Sevilla, la reiterada negativa del Parlamento a la devolución impidió que ésta se realizara pese a que dijeran intentarlo, con más o menos buena fe, los diferentes gobiernos.

Otro debate sobre Gibraltar que la tesis pretende aclarar es el relativo a si su ocupación se hizo en nombre de la reina Ana o de Carlos III, y cuál fue la bandera que ondeó en la plaza en el momento de su conquista. Pese a las versiones en contrario del marqués de San Felipe y de Belando parece que puede afirmarse sin duda que fue la bandera del Archiduque la que fue izada desde el primer día y así permaneció durante bastantes años como exponente de a quién correspondía la soberanía del Peñón. Este asunto puede parecer irrelevante pero tendrá su trascendencia cuando Bolingbroke amenace, al rechazar las peticiones españolas para el mantenimiento de la religión católica, con aplicar a la plaza el derecho de conquista

en lugar de considerar que se trataba de una cesión de España como realmente fue y consta en el tratado de Utrecht.

El tratado de Génova va a ser también analizado detalladamente en la tesis. Su importancia deriva no sólo del papel que jugó en la conquista de Barcelona sino en que va a ser el origen y razón del denominado *caso de los catalanes*. En efecto, los aliados, en 1705, no hubieran acometido el asedio a Barcelona, que rechazaba de plano todo su Estado Mayor, de no haber contado con los 6.000 hombres armados y con los compromisos logísticos complementarios que prometía este tratado. Y el hecho de que estos compromisos no se cumplieran, ni siquiera de forma aproximada, estuvo a punto de hacer que se levantara el asedio. Es importante también destacar -lo que no ha sido habitual- el nulo valor jurídico del tratado porque, dejando aparte la falta de legitimación del Principado para suscribir convenios internacionales, los firmantes catalanes carecían de la más mínima representatividad ya que, ni siquiera, como se ha pretendido decir, la tenían de la comarca de Vich. Otros puntos de interés se refieren a si este tratado, para su validez, necesitaba ser aprobado por Parlamento de Inglaterra, aprobación que no se produjo o a quien correspondió la iniciativa para suscribirlo: a fuertes presiones de los exiliados catalanes, como llegó a afirmar Bolingbroke, o a los servicios secretos ingleses.

No podía la tesis obviar una serie de temas, por otra parte muy bien analizados por la historiografía actual: el austracismo y su implantación geográfica en España; las razones diversas de la adhesión de los tres reinos de la corona de Aragón a la causa del Archiduque; las circunstancias en las que se produjo la conquista de Barcelona con una acumulación de hechos fortuitos e improbables de muy difícil concurrencia. Baste citar el asalto a Monjuich, cuando ya se embarcaba la artillería, consecuencia no de una acción militar planificada sino de una bravuconada cuartelera entre Peterborough y Darmstadt o la propia muerte del príncipe que, según afirman Castellví y el conde de Robres, fue lo que motivó que el general inglés, al verse obligado a asumir de manera imprevista todo el protagonismo, decidiera contra todo pronóstico continuar el asedio.

Termina la segunda parte con un repaso de los hechos de guerra más importantes a partir de la conquista de Barcelona. El fallido intento de Felipe V por recuperarla, la primera entrada de los aliados en Madrid, Almansa, la recuperación del reino de Valencia y el decreto de Nueva Planta. Finalmente Almenara y Zaragoza, la segunda entrada en Madrid del Archiduque y la batalla definitiva de Brihuega-Villaviciosa que va a convencer a Inglaterra de lo que hacía tiempo le decían sus generales: la conquista de la península no iba a ser posible salvo con el empleo de medios muy superiores a los que los aliados estaban en condiciones de proporcionar.

Las partes tercera y cuarta de la tesis tratan de las arduas y azarosas negociaciones que hubo que mantener hasta alcanzar en 1713 la paz, lógicamente puestas en contexto con los avatares de la guerra y con las circunstancias políticas que, a partir de 1709, van a ir exigiendo con fuerza creciente que se pusiera fin a la contienda. Pero es necesario distinguir dos negociaciones correlativas, la francesa y la española porque, hasta que se firmó la suspensión de armas, en agosto de 1712, ni España ni Felipe V fueron interlocutores válidos para las potencias aliadas de forma que, en una primera fase, todo el

peso de la negociación va a recaer, a veces con poderes específicos y otras sin ellos, sobre los diplomáticos de Francia.

La negociación francesa tiene a su vez dos periodos diferentes. En el primero las aproximaciones son sólo con Holanda porque Luis XIV consideraba a los holandeses más accesibles y proclives a la paz pues el esfuerzo bélico que estaban realizando era, en relación al tamaño del país, mayor que el de cualquier otra nación. Por supuesto el Emperador quedaba excluido de cualquier negociación particular y lo mismo ocurría con el gobierno whig de Inglaterra por razones muy complejas que la tesis intentará aclarar. Fue necesario que se produjera un cambio del partido gobernante y la destitución de su héroe nacional, Marlborough, para que pudiera comenzar una segunda fase de las negociaciones, esta vez de manera exclusiva con Gran Bretaña y dejando de lado al resto de los aliados.

Realmente la situación de Francia era de agotamiento total a causa de lo prolongado de la guerra y de la sangría económica a la que estaba sometida. Las derrotas de Oudenarde (1708) y de Malplaquet (1709) iban a minar la moral de la nación y llevar hasta extremos inconcebibles las quejas populares contra Luis XIV. Además el invierno de 1708/1709 fue tan duro que nadie recordaba nada parecido y sus secuelas de ruina agraria y falta de alimentos fueron terribles. Todo este cúmulo desdichas hizo que Luis XIV tomara dos decisiones importantes. Por una parte abandonar a Felipe V a su suerte, retirando a las tropas, y a los mandos políticos y militares franceses, de España. Por otra oficializar los contactos informales que mantenía desde hacía tres años con Holanda para negociar el final de la guerra. Relacionado con estas dos decisiones aparece un debate, promovido por el marqués de San Felipe y que la tesis va a intentar aclarar: si realmente Luis XIV tomó alguna vez la decisión de abandonar a su nieto o todo fue una artimaña -en cuyo secreto sólo estaban ambos Reyes y Gran Delfín- para confundir a sus enemigos.

Finalmente, tomando como punto de partida un documento sobre las condiciones en que los aliados podrían acordar la paz, preparado por los diputados holandeses Buys y Van der Dussen a principios de 1709, Luis XIV decidió enviar a Pierre Rouillé, presidente del Consejo de Francia, a negociar a una pequeña ciudad próxima a Róterdam, y allí fue donde tuvieron lugar las primeras conversaciones formales aunque secretas. Por entonces el Cristianísimo estaba dispuesto a aceptar que Felipe V abandonara el trono de España, a cambio de los reinos de Nápoles y Sicilia, y a hacer muchas concesiones territoriales a Holanda para su barrera. Pero las exigencias de los holandeses eran ahora mucho mayores de lo indicado en el referido documento inicial y, por supuesto, de las concesiones que había autorizado Luis XIV. Esto obligaba a Rouillé a hacer constantes consultas a París pidiendo instrucciones lo que se reveló como un sistema lento e incapaz de producir resultados antes de que se reanudara la campaña militar, que era lo que el Cristianísimo quería evitar a toda costa.

Ante ello Torcy, Secretario de Estado Asuntos Exteriores, tomó la determinación de ofrecerse a Luis XIV para ir personalmente, como el ministro más compenetrado con el pensamiento de su Rey, a negociar a La Haya corriendo con ello un riesgo físico porque la misión era secreta, las fronteras estaban ya en armas y el salvoconducto con el que viajaba podía levantar sospechas. La negociación tuvo lugar en La Haya, inicialmente con Heinsius y después con Marlborough y Eugenio de Saboya. Las exigencias de los aliados en cada

entrevista eran progresivamente más severas y menos aceptables para Francia, pero como Luis XIV quería evitar a toda costa que comenzara la campaña militar, iba cediendo vez tras vez. Torcy estaba desesperado por lo que consideraba mala fe de sus interlocutores y, para acabar con la escalada de peticiones nuevas que parecía no tendrían final, propuso que se preparara un documento con las demandas definitivas de los aliados para someterlo a la aprobación del Cristianísimo. Tal documento, redactado conjuntamente por Heinsius, Marlborough y el príncipe Eugenio el 26 de mayo de 1709, es conocido como los Preliminares de La Haya.

Los puntos claves de estos Preliminares estaban en los artículos 4 y 37. En el primero de ellos se marcaba un plazo de dos meses para que Felipe V abandonara España y tomara posesión del reino de Sicilia - único reino que se le concedía- y en el segundo se decía que, de no cumplirse en dicho período esta condición, junto al resto de las que figuraban en los Preliminares, se daría por concluida la tregua. Esto resultaba inadmisibles para Luis XIV por cuanto cualquier incumplimiento de un plazo tan estricto, aunque fuera involuntario o forzado por terceros, le colocaba de nuevo en medio de la guerra pero ahora en condiciones de mayor debilidad por que ya se habrían entregado a los aliados, de acuerdo con lo previsto en el tratado, muchas plazas y fortalezas que defendían la frontera de Francia.

Luis XIV no aceptó los Preliminares y dirigió a la nación francesa, por medio de los gobernadores de las provincias, una carta tan convincente que consiguió que, de nuevo, se movilizara a su favor la opinión pública francesa, herida en su orgullo por lo que juzgaban era un trato humillante a su Rey y a su nación.

Pero en septiembre de 1709 la derrota de Malplaquet colocó a Francia en una situación desesperada. Había que evitar a toda costa que diera comienzo la campaña de 1710 que, tal vez, podría llevar al ejército aliado a las puertas de París. Por eso Luis XIV decidió comunicar a Holanda que aceptaba los Preliminares, siempre y cuando se tratara de encontrar para el artículo 37 una redacción más equilibrada. Esta vez la negociación iba a ser oficial y se llevaría a cabo en la ciudad de Gertruydenberg, con los mismos interlocutores por parte Holanda, Buys y Van der Dussen, y unos nuevos por parte de Francia, el mariscal de Huxelles y el abate Polignac. La sorpresa de los franceses fue grande cuando se encontraron con que no se trataba de que Luis XIV admitiera que su nieto perdiera su trono sino que, de no cederlo voluntariamente lo que era obvio no haría, se vería obligado a declarar la guerra a Felipe V hasta expulsarlo de España.

Gertruydenberg que, después de meses de conversaciones va fracasar, es sin duda uno de los sucesos más controvertidos de la Guerra de Sucesión. Quién fuera la nación culpable de este fracaso, especialmente doloroso por cuando tanto Francia como las potencias marítimas estaban más que al límite de sus fuerzas, sigue siendo motivo de opiniones divergentes. Para intentar clarificar esta polémica la tesis va a dar de estas conferencias tres visiones diferentes: la francesa la holandesa y la inglesa.

La visión francesa está tomada de las *Memoires* del marqués de Torcy. Téngase en cuenta que la mitad de este voluminoso libro está dedicada en exclusiva a contar lo ocurrido en La Haya y en Gertruydenberg por lo cual la información que nos da es exhaustiva. La visión holandesa está tomada de documentos oficiales, publicados por orden de Heinsius, para

tratar de demostrar a toda Europa que la ruptura de las negociaciones fue responsabilidad exclusiva de los franceses. Estos documentos se encuentran, traducidos al castellano, en el Archivo Histórico Nacional. Por último la visión inglesa nos la da, sobre todo, Bolingbroke que achaca la responsabilidad del fracaso al partido whig, exculpando a los holandeses porque habían sido *comprados* por Inglaterra por medio del Tratado de la Barrera, suscrito ese mismo año, que les concedía beneficios tan exorbitantes que forzaban a Holanda asentir sumisamente, durante la negociación, a las instrucciones inglesas. También la tesis pone sobre la mesa otras opiniones como las de Castellví o Bacallar y algunas más modernas como las de Ferrán Soldevila o Trevelyan. En mi opinión este amplio panorama de criterios, por diferentes y hasta contrarios que sean entre sí, permiten al lector tener una idea clara de lo que fue Gertruydemberg y de las responsabilidades que cada nación tuvo en su fracaso.

Terminada la conferencia de Gertruydemberg sólo le quedaba a Francia esperar que el cambio que se acababa de producir en Inglaterra, con la caída del gobierno del partido whig, diera lugar a un acercamiento en busca de la paz y esto fue lo que ocurrió, en enero de 1711, por medio de un oscuro sacerdote que vivía hacía años en Inglaterra, el abate Gaultier. La aproximación fue recibida en Francia con una mezcla de alegría y desconfianza porque las señales que les llegaban no eran claras; pero como la vía holandesa parecía agotada no hubo otra opción que acogerse a las propuestas que enviaba Inglaterra que, además, parecían de entrada menos exigentes que los Preliminares de La Haya y presentaban la ventaja añadida de dejar a Felipe V en su trono. Con ello se obviaba el escollo insuperable para el honor del Cristianísimo de tener que declarar la guerra a su nieto porque éste seguía negándose, con la mayor firmeza, a abandonar España.

Un asunto puramente circunstancial va a hacer que se resuelvan estas incertidumbres iniciales y se acelere todo el proceso. En el mes de marzo un espía doble, quejoso porque le habían bajado el sueldo, agredió a Harley, Gran Tesorero y cabeza del gobierno inglés, causándole heridas que le mantuvieron seis semanas alejado de las cuestiones oficiales. Durante este periodo Bolingbroke tomó las riendas de los asuntos públicos, incluida la negociación iniciada con Francia, que era algo que le habían ocultado totalmente hasta entonces, pero cuya dirección ya no abandonaría nunca. Las conversaciones se agilizaron porque Saint John, a diferencia de Harley, no tuvo escrúpulo alguno en dejar de lado a sus aliados y negociar en solitario con Francia. Además, sus ideas sobre cómo alcanzar la paz era mucho más claras, y también más radicales, que las que mantenía su jefe.

En abril de 1711, cuando ya se habían acordado los criterios básicos para la negociación, ocurrió un hecho trascendental. Muere el emperador José I y todo parecía indicar que iba a ser el archiduque Carlos quien le sustituyera al frente del Imperio. Con lo cual el axioma *No peace without Spain* se tambalea ya que Europa, en tal caso, se vería abocada de manera inevitable a reproducir el imperio de Carlos V. En el mes de julio Inglaterra envía a París a Matheu Prior para que en conversaciones directas con Torcy vaya estableciendo puntos de acuerdo para las concesiones que solicitaba Inglaterra a cambio de la paz. Esta embajada fue un paso más pero se reveló como ineficaz porque a Prior no se le habían dado poderes y su misión era exclusivamente exponer las peticiones inglesas. Entonces se decidió que Francia enviará a Londres a un negociador, con instrucciones precisas de Luis XIV, y que las conversaciones se efectuaran allí, directamente con Bolingbroke. Este embajador fue

Mesnager, experto en temas comerciales en general y particularmente en asuntos relacionados con las Indias.

La tesis describe con todo detalle todo este proceso haciendo especial hincapié en las ideas de Bolingbroke y dedicando considerable espacio a analizar el opúsculo de Jonathan Swift *Conduct of the Allies*, verdadero manifiesto del gabinete inglés en relación a cómo debía enfocarse la paz, dando a Gran Bretaña réditos proporcionales a su aportación a la guerra y declarando cuan justo era dejar de lado a unos aliados que, no sólo habían incumplido, a su juicio, con el tratado de la Gran Alianza, sino que habían tenido un comportamiento egoísta y poco solidario.

Mesnager cumplió bien su trabajo de manera que el 8 de octubre había llegado a un acuerdo plasmado en tres documentos que se firmaron ese mismo día. El primero, de carácter público, contenía las condiciones generales para la paz, sobre todo las relativas a lo que Francia estaba dispuesta a conceder a los aliados. Los otros dos documentos eran de carácter secreto y en ellos se especificaba, ya con cierto detalle, las concesiones que tanto Francia como España hacían a Inglaterra. El conjunto de documentos se conoce con el nombre de Preliminares de Londres o también como *Convención Mesnager*. Para la negociación en Londres de los asuntos de España, Felipe V había dado un poder limitado a Luis XIV que le autorizaba a hacer ciertas cesiones a Inglaterra como la entrega de Gibraltar y Menorca, el asiento de negros o algunas ventajas comerciales.

Los aliados, al conocer estos Preliminares, reaccionaron con violencia e indignación y trataron por todos los medios de que fueran anulados. Los holandeses enviaron a Londres a Buys, y el Emperador al príncipe Eugenio, tratando ambos de mantener viva la guerra, primero por la persuasión y después mediante no pocas estratagemas de dudosa honorabilidad.

La cuestión más importante de la parte pública de los Preliminares de Londres consistía en la apertura de un Congreso en Utrecht, en enero de 1712, para intentar convenir una Paz General. A este Congreso no podían acceder los representantes de España hasta que todos los puntos que les afectaban hubieran sido ya tratados y acordados. Es decir que Felipe V no iba a tener arte ni parte en las negociaciones debiendo conformarse con cuanto allí acordara Francia en su nombre. Este planteamiento, impuesto por holandeses y alemanes, era absurdo y la realidad iba a recorrer caminos muy distintos, entre otras cosas porque, por la negativa del Emperador, no se iba a lograr una Paz General sido muchas particulares y, además, las más importantes no se negociaron en Utrecht aunque allí se firmaran.

Felipe V tan pronto como conoce la noticia, suavizada por Luis XIV que le aseguró que haría lo imposible para conseguir que, en breve plazo, hubiera presencia española en el Congreso, nombra a sus plenipotenciarios. Son el duque de Osuna, como jefe de la legación, el conde de Bergeyck y el marqués de Monteleón. El 28 de diciembre se entregan las correspondientes instrucciones a los plenipotenciarios que serán complementadas, ya en enero de 1712, con otras de índole reservada para el duque de Osuna.

La tesis comenta con amplitud estas instrucciones muy interesantes, y hasta donde se me alcanza poco divulgadas, interés que procede no de que vayan a tener influencia real en

Utrecht sino porque son el primer manifiesto que se conoce sobre cuáles fueran las ideas de Felipe V en política exterior. Son ideas genuinamente españolas (hubo una importante aportación del Consejo de Estado), en muchas ocasiones utópicas pero en otras, como es el caso de lo que luego se llamará irredentismo italiano, precursoras de lo que va a ser la política exterior de España años después. La tesis intenta también aclarar muchos lugares comunes, si no erróneos al menos superficiales, que se han deslizado sobre la personalidad de los tres plenipotenciarios intentando desmitificar la del marqués de Monteleón que, a mi juicio, se ha adornado con una aureola de éxito y buen hacer que no se corresponde con la realidad.

Utrecht no se abrió hasta el 29 enero y, apenas habían acabado los discursos protocolarios, se va a producir una auténtica hecatombe. Entre el 12 de febrero y 6 de marzo mueren el duque de Borgoña, Delfín de Francia, su mujer y su hijo, el duque de Bretaña. Sólo quedaba en la línea sucesoria directa de la corona de Francia un niño de dos años, el futuro Luis XV, cuya salud era tan precaria que nadie, ni su misma familia, apostaba nada por su supervivencia. Y tras ese niño estaba Felipe V, cuyos derechos a la corona de Francia, en contra de lo prescrito en el testamento de Carlos II, había mantenido Luis XIV. Naturalmente en los Preliminares de Londres se hablaba de que había que evitar la unión de las coronas de Francia y España pero era casi una cláusula de estilo. Ahora había que tomar las mayores garantías para impedir algo cuya probabilidad de que ocurriera era altísima.

El hecho de que los complejos avatares que llevarán a Felipe V a renunciar a la corona de Francia hayan sido objeto de no pocos libros no impide que la tesis se detenga en este asunto y en los complejos aspectos jurídicos que presenta. En cualquier caso Felipe V tuvo que optar entre aceptar la propuesta inglesa que le concedía territorios importantes en Italia y le dejaba viva la esperanza de reinar algún día en Francia, en cuyo caso la corona de España pasaría al duque de Saboya, o mantenerse en el trono de España. El 29 de mayo de 1712 el Rey tuvo que tomar la decisión de si España sería en el futuro borbónica o saboyana y su elección fue, al menos de cara al exterior, permanecer para siempre en su trono y renunciar al de Francia.

Tan pronto como se conoció en Inglaterra esta noticia se van a producir las llamadas *Restraining orders* por las que Bolingbroke ordenó al ejército inglés en Flandes que permaneciera pasivo y sin entrar en batalla. Esta decisión, muy criticada por la historiografía inglesa, es también analizada a fondo. Fue una apuesta arriesgada pero va a permitir cerrar con rapidez los puntos pendientes que quedaba entre Francia e Inglaterra de forma que, en agosto, Bolingbroke va a tomar la decisión de viajar a París para firmar personalmente la suspensión de armas entre Inglaterra y Francia. En ese viaje se decidieron dos asuntos fundamentales para España. Por una parte la entrega de Sicilia al duque de Saboya, lo que ni siquiera se había planteado en Londres y, por otra, el envío por parte de Inglaterra de un embajador, lord Lexington, a Madrid para presenciar la renuncia solemne que el Rey Católico debía hacer ante las Cortes de Castilla de sus derechos a la corona de Francia. También debía Lexington asegurarse que Felipe V estaba conforme con lo acordado en los Preliminares de Londres respecto a las cesiones españolas y, tras ello, lo reconocería como Rey de España y se empezaría a negociar un tratado de comercio.

Dedica también la tesis un amplio comentario a la figura del conde de Bergeyck como autor de la mayor parte de la argumentación española contra las pretensiones inglesas. En mi opinión su inteligencia, y su capacidad de análisis y previsión del futuro, construyeron un armazón dialéctico que sería clave para el triunfo español en muchos de los contenciosos que van a surgir a lo largo de las conversaciones de Madrid y Londres. Y, hasta donde me consta, no se le ha reconocido debidamente esta labor.

El 18 de octubre de 1712 llegó Lexington a Madrid y de inmediato entregó un documento a Grimaldo en el que se detallaban las pretensiones inglesas para firmar la paz, de acuerdo a lo convenido en Londres por Mesnager. Tal documento debía ser, como cuestión previa, aprobado por Felipe V. El marqués de Bedmar, designado interlocutor de Lexington para la negociación, consiguió en una semana que se elaborará un escrito, aprobado por el Rey que, aún constando en él una serie desacuerdos, fue suficiente para que Lexington lo diera por bueno y reconociera a Felipe V. Las dos diferencias fundamentales se referían a la negativa a aceptar la devolución de sus fueros a los catalanes y a la necesidad de que Inglaterra se comprometiera a que no se producirían, en el futuro, más desmembramientos de la monarquía española. Divergencias de menor entidad se referían a las condiciones en que se entregarían Gibraltar y Menorca, al asunto del mantenimiento de la religión católica en ambos enclaves y a una exención de impuestos que Mesnager, violentando los poderes que Felipe V había otorgado a Luis XIV, había pactado en Londres.

El 5 de noviembre de 1712 se produce la renuncia de Felipe V ante las Cortes de Castilla a sus derechos como posible heredero de la corona de Francia. Las Cortes aprobaron tanto esta renuncia como el que la Casa de Saboya accediera al trono de España, caso de que se extinguiera la descendencia de Felipe V, pero pusieron una condición: que se estableciera por ley fundamental la exclusión permanente de la Casa de Austria a la corona de España. Esta exclusión, pedida por las cortes sin que nadie las hubiera forzado a ello, no era fácil de encajar en la legislación española y Felipe V tuvo que, venciendo muchas reticencias del Consejo de Castilla, dictar una ley sálica atenuada que, de hecho, cumplía con este objetivo. La consecuencia de esta ley, surgida probablemente sólo por razones estéticas y de equilibrio, fueron las guerras carlistas del siglo siguiente.

La cuarta y última parte de la tesis está dedicada a la negociación de la paz por parte española. Fueron unas conversaciones totalmente atípicas ya que tuvieron lugar de manera simultánea en Londres y Madrid, versando sobre los mismos temas y con la particularidad añadida de que los dos personajes en cuyas manos estaba el aprobar los acuerdos conforme se conseguían, Bolingbroke y Felipe V, se encontraban a una distancia temporal de más de cinco semanas. Fue afortunado que no se produjeran problemas irresolubles por esta razón y que los sobrevenidos pudieran solventarse sin demasiados inconvenientes.

En el mes de marzo de 1713 se van a firmar tres tratados de mucha importancia. El primero de ellos, que firman sólo Inglaterra y el Emperador, fue el de evacuación de Cataluña con el que parecía iba a acabar la guerra en la península al retirarse el ejército austriaco. La gran dificultad estribaba en conseguir que el Emperador aprobara esta evacuación, porque equivalía a renunciar para siempre a la corona de España, y casi con seguridad también a Cataluña, pero era la única posibilidad sensata que le quedaba puesto que carecía de fuerzas navales que le permitieran mantener su presencia en el Principado. Para aceptar esta

retirada puso la condición de que se conservaran los fueros y privilegios de Cataluña pero tuvo que transigir finalmente en que este delicado asunto, que garantizaría la reina de Inglaterra, se aplazara hasta la Paz General. Este tratado, se firmó en Utrecht y se negoció no sólo con la participación de los firmantes sino, además, con la de Francia y España.

El segundo tratado se firmó en Madrid, es de índole comercial y por él se conceden a Inglaterra, por un período de treinta años, el asiento de negros y el navío de permiso. Su firma fue previa a la de los Preliminares de Madrid, porque el gobierno inglés necesitaba con toda urgencia disponer de esta concesión que le iba a permitir, mediante la creación de una compañía privilegiada, conseguir fondos privados para refinanciar la enorme deuda de la guerra, hasta entonces en manos de banqueros proclives al partido whig.

El tercer tratado que se firmó en marzo de 1713, un día después que el del asiento de negros, son los Preliminares de Madrid. Este tratado confirma el desmembramiento de la monarquía y la pérdida de Gibraltar, Menorca y Sicilia, y no alude a Flandes porque había sido cedido con anterioridad al elector de Baviera. Es un tratado atípico por cuanto Lexington lo firma con disconformidad expresa en dos puntos: la presencia y el comercio de moros y judíos en Gibraltar y Menorca y la no concesión de sus fueros a los catalanes. El tratado, aunque negociado Madrid, se basaba en un documento de acuerdos entre Bolingbroke y el marqués de Monteleón que éste había remitido desde Londres en febrero. En los Preliminares aparecen temas nuevos entre los que destacan el reconocimiento del feudo de Siena, que era privilegio hereditario de la monarquía española, y la promesa de Inglaterra de apoyar la soberanía que sobre el ducado de Limburgo había concedido Felipe V a la princesa de los Ursinos.

Cuando en abril los Preliminares llegaron a Londres provocaron un enorme disgusto en el gobierno inglés. No sólo no admitían las salvedades que se había negado a firmar Lexington sino que aparecía un tema nuevo y de la máxima gravedad: las medidas concretas que, redactadas por la Inquisición, preveían los Preliminares para la conservación de la región católica en Menorca y Gibraltar eran absolutamente inadmisibles.

El juego del gobierno inglés era siempre el mismo: por una parte presionar con la amenaza de que, o se alcanzaban los acuerdos de forma inmediata, o la paz se hacía inviable por la acción de terceros interesados en bloquear el proceso, bien fueran whigs, holandeses o el Parlamento. Y por otra parte el declarar imposible acceder a determinadas concesiones porque, de transigir con ellas, la vida de los ministros ingleses correría peligro. Y hay que reconocer que fueron muy hábiles en este juego porque tanto Torcy como Monteleón dieron siempre por ciertas estas dos premisas.

Ambos argumentos fueron manejados con habilidad en las conversaciones de Londres. La Reina debía anunciar al Parlamento los acuerdos de paz conseguidos con Francia y no convenía decir en tal momento que la negociación con España tenían problemas porque ello implicaría indagaciones molestas por parte de la oposición. Por esta razón Monteleón se vio coaccionado para firmar un tratado provisional, que luego se refrendaría en Utrecht, sin que Felipe V lo hubiera aprobado previamente. En cuanto al argumento del riesgo para la integridad física de los negociadores fue utilizado, hasta sus últimas consecuencias, para llevar a su terreno el tema de la religión en Menorca. El asunto de los privilegios catalanes,

que los propios ingleses calificaban de exorbitantes, fue resuelto mediante el subterfugio, que no admitía ni el más mínimo análisis, de que se les concedían a cambio los privilegios de que gozaban los castellanos.

Finalmente el 14 de mayo, en Westminster, Bolingbroke y Monteleón firmaron este tratado provisional que, tras ser aprobado con reticencias por Felipe V, fue enviado inmediatamente a Utrecht para que allí lo refrendaran los plenipotenciarios. La tesis desarrolla con mucho detalle tanto las conversaciones de Madrid como las de Londres porque, afortunadamente, en Simancas se conservan prácticamente todas las cartas y documentos correspondientes a ambas negociaciones.

El tratado que el 13 de junio se firma en Utrecht va a coincidir a la letra con el de Londres, salvo ocho artículos que se le añaden, que son cláusulas de estilo para hacer conocer el tratado a otros países. Tiene tres artículos separados: el relativo al compromiso de la Reina de no permitir ulteriores desmembramientos de la monarquía española, el referente al feudo de Siena y el que declara la voluntad de Inglaterra de apoyar la soberanía de la princesa de los Ursinos sobre el ducado de Limburgo. Hay que subrayar que ninguno de estos tres artículos, por vicisitudes diversas que la tesis describe pormenorizadamente, fue cumplido.

También se explican de pasada, por estar relacionados con el desmembramiento de la Monarquía, otros tratados suscritos en Utrecht por España. Concretamente los firmados con Saboya, Holanda y Portugal y se dedica alguna amplitud a referir el escándalo que las malas relaciones entre Osuna y Monteleón ocasionaron en el Congreso. Creo que era importante esbozar este asunto que clarifica la personalidad de ambos negociadores y el cómo Monteleón consiguió llevar a Osuna al borde de la locura.

Finalmente entra la tesis en el caso de los catalanes, concretamente en las actuaciones que Montnegre y Dalmases, enviados del Principado, van a tener en La Haya y Londres intentando que el tratado de España con Inglaterra incluyera una cláusula que mantuviera los privilegios catalanes o, de estar ya firmado, que se revocara. Este asunto ha sido ampliamente tratado primero por Castellví, y después por infinidad de historiadores catalanes, pero la tesis aporta como novedad la documentación que al respecto hay en Simancas, concretamente la correspondencia de Monteleón y Lawles describiendo los movimientos de los diplomáticos catalanes y las acciones que se tomaron para bloquearlos.

La tesis termina con una descripción somera de la guerra en Cataluña, de la conquista de Barcelona por el duque de Berwick y de lo poco que faltó para que Jorge I, recién llegado al trono de Inglaterra, consiguiera hacer llegar a tiempo su orden de impedir, mediante un bloqueo naval, el asedio a Barcelona con lo cual, tal vez, se hubiera vuelto a poner en marcha la guerra.

PRIMERA PARTE

LA SUCESIÓN A LA CORONA Y LOS TRATADOS DE REPARTO

CAPÍTULO 1. LA SUCESIÓN A LA CORONA DE ESPAÑA

1.1 LA PAZ DE LOS PIRINEOS.

El 25 de noviembre de 1615 tiene lugar el matrimonio de Luis XIII de Francia con la infanta Ana de Austria, hija de Felipe III. En las capitulaciones matrimoniales otorgadas tres años antes, con motivo del doble enlace de Felipe IV y su hermana Ana con Isabel de Borbón y su también hermano Luis XIII, se insertaron las correspondientes cláusulas de renuncia para evitar la unión de las Coronas de España y Francia. El matrimonio de Ana con Luis XIII, cuando ambos tenían 14 años, fue un fracaso desde el comienzo sin que las cartas de Felipe III a su hija, los consejos de María de Medicis o las presiones de la Corte francesa consiguieran que la real pareja tuviera descendencia sobre todo, según se decía, por la poca diligencia que el soberano parecía poner en ello. Transcurrieron así veintidós años y, cuando de hecho ya vivían en palacios separados, una noche de diciembre de 1637 se desató una tormenta sobre París obligando al Rey, que se encontraba de paso en la ciudad, a dormir con su esposa. Pocas semanas después la Reina anunciaba su embarazo y el 5 de septiembre de 1638 nacería el que luego fue Luis XIV quien, por la renuncia de su madre, quedaba excluido del derecho a la sucesión de la corona de España¹.

El mismo año nació en Madrid María Teresa, hija de Felipe IV e Isabel de Francia. Tenían, pues, ambos príncipes la misma edad y desde 1643, año en el que, por la muerte de Luis XIII, Ana de Austria asume la regencia de Francia, no tuvo ésta otra obsesión que conseguir que su hijo y su sobrina se unieran en matrimonio con la idea de que esta unión podría dar lugar a una paz duradera entre España y Francia. Al cardenal Mazarino, siempre dispuesto a complacer a la Reina, le pareció una acertada política y ya en 1646, cuando negociaba el tratado de Westfalia, hizo esta propuesta². Pensaba en aquel momento que España, muy interesada en recuperar Portugal, podría, si se le ayudaba en esta empresa, otorgar dentro de la dote que María Teresa aportaría al matrimonio, el Rosellón y Cataluña y ello sin menoscabo del orgullo hispano ya que esta cesión no sería debida a ningún acto de guerra sino a un simple convenio matrimonial.

Diez años después, en 1656, y de nuevo a instancias de Ana, Mazarino envió a España en misión secreta³ a su mano derecha para las relaciones internacionales, Hugues de Lionne, con el objetivo de negociar una paz entre las dos coronas sobre la base privilegiada de una boda entre Luis y María Teresa, ya propuesta de forma más o menos formal en ocasiones anteriores pero firmemente rechazada, hasta entonces, por Felipe IV.

¹ Pedro Gargantilla en *Enfermedades de los Reyes de España*, Madrid, 2005, p.319, describe con detalle las circunstancias arriba citadas y cuenta otras historias, que no son del caso, como la posible paternidad del cardenal Mazarino o la existencia de un hermano gemelo que daría origen a la leyenda de la “Máscara de Hierro”

² Mignet. *Negotiations relatives a la succession d’Espagne sous Louis XIV*. París, 1835. Tomo I p. 33.

³ Tan secreta que vivía oculto en el Buen Retiro y vestía a la española.

Lionne llegó a Madrid el 7 de junio de 1656 y conferenció con don Luis de Haro a lo largo de dos tandas de reuniones⁴ con veintidós sesiones en total que tuvieron lugar entre el 8 de junio y el 21 de septiembre y ciertamente, como dice Domínguez Ortiz⁵, España se equivocó al no llegar a un acuerdo de paz; no se percibió de que la situación de Francia estaba mejorando sensiblemente porque los disturbios de la Fronda estaban llegando ya a su fin y tampoco consideró el no desdeñable cambio cualitativo que representaba el tratado que Luis XIV había firmado con Cromwell.

A lo largo de estas negociaciones se fueron alcanzando acuerdos parciales sobre las cesiones territoriales que debía hacer España y sobre los asuntos de Portugal y del duque de Lorena. Pero, al tratarse el caso del príncipe de Condé⁶, ambas partes se mostraron intransigentes y las conversaciones se rompieron. Tal vez otra suerte podían haber corrido las cosas si Felipe IV hubiera autorizado a jugar la baza de la boda de su hija. Según refiere Mignet, Lionne escribía a la reina madre diciendo que "es cierto que no he visto nunca nada más bello que la Infanta... la leche no es más blanca que ella". Y sobre sus negociaciones con don Luis de Haro afirmaba en otra carta a Ana: "le he dicho que podía, con una sola palabra, vencer todos los obstáculos que se oponían al reposo de la cristiandad y, dándonos la persona de la infanta, yo le ofrecía carta blanca para el resto y le dejaba libertad para ajustar él mismo el tratado a las condiciones que quisiera... Y le ha declarado que yo firmaría, a ciegas o sin leerlo, lo que él quisiera poner⁷".

Pero la mano de María Teresa era, en aquel momento, algo difícilmente negociable. Aparte de estar prevista su boda con el que luego sería Leopoldo I, era ella, en aquel momento, la heredera del trono de Felipe IV de manera que si el Rey no tenía más hijos varones que sobrevivieran -de lo cual no había garantía alguna vistos los penosos antecedentes de la progenie real- la unión de las coronas podía llegar a ser inevitable y ello iba absolutamente contra los principios no sólo del Rey Católico sino también contra los intereses de la augusta Casa de Austria. Lionne ante la fuerza de este argumento desiste de la boda y, dada la imposibilidad de acordar los puntos relativos al príncipe de Condé, tuvo que abandonar Madrid sin conseguir alcanzar un compromiso de paz. Sin embargo, la reina madre no va a olvidar su idea y cuando Felipe IV tiene descendencia masculina, el príncipe Felipe Próspero, vuelve a sus intentos de boda aprovechando que, tras la batalla de las Dunas, la situación de España era cada vez más precaria y, por el contrario, la de Francia crecientemente favorable. El maquiavélico Mazarino montó entonces "para decidir al eterno irresoluto que era Felipe IV, la *comedia de Lyon* es decir el proyecto del inmediato casamiento de Luis XIV con Margarita de Saboya. El rey español cedió por no perder la

⁴ Parece ser que D. Luis de Haro desconcertó en tal manera a Lionne que éste tuvo que pedir nuevas instrucciones a París.

⁵ Domínguez Ortiz, A. *España ante la paz de los Pirineos*. Madrid, 1959. Revista *Hispania*, nº LXXVII, p. 549.

⁶ El asunto del príncipe de Condé, ajeno a los intereses nacionales de España, ocupará nada menos que once artículos en la Paz de los Pirineos. Pero para Felipe IV, aunque no para el Consejo de Estado, era cuestión de honor cumplir con los compromisos adquiridos con este príncipe cuando traicionó a su país y pasó a luchar al lado de España suscribiendo el tratado de Madrid de 6 de noviembre de 1651.

⁷ Mignet, op. cit. Tomo I, pp. 35 y 36.

única carta valiosa que tenía en sus manos pues, sin el aliciente del casamiento, las condiciones que intentaría imponer Francia serían, con seguridad, mucho más duras"⁸.

Don Antonio Pimentel fue la persona designada para negociar, en misión secreta, una suspensión de armas que se consideraba debía ser previa a las conversaciones de paz para no aturdir éstas con el ruido de las armas. Llevaba una carta autógrafa de Felipe IV para su hermana y una instrucción reservada de dieciocho puntos, preparados por D. Luis de Haro, relativos todos a condiciones para el armisticio. Su cometido primordial era conseguir dicha suspensión de armas lo antes posible pues se consideraba que el avance imparable de las armas francesas haría cada vez más onerosa la paz⁹. Pimentel se dirigió a Lyon donde estaba la corte y se celebraban las entrevistas previas a la boda que se proyectaba entre Luis XIV y Margarita de Saboya. El 25 de noviembre de 1658, fue recibido por Mazarino que le acogió con satisfacción y amabilidad y le concertó una entrevista con la reina madre. Sugirió el cardenal que se reanudasen las negociaciones de paz sobre la base de los acuerdos y discrepancias logrados en 1656, con inclusión de la posible boda de Luis XIV y María Teresa. La decisión sobre la prevista boda del Rey con la saboyana fue aplazada hasta finales de marzo del siguiente año y se abrieron, a la vuelta de la corte a París, nuevas negociaciones siendo Lionne el interlocutor de Pimentel para lo cual éste tuvo que pedir a Madrid las instrucciones y los poderes correspondientes¹⁰.

Aunque las instrucciones que recibió ponían un énfasis exorbitante en el perdón y en la reposición en sus honores del príncipe de Condé, cuestión que, como antes se dijo, fue la causa de la ruptura de las conversaciones de 1656, lo cierto es que la verdadera trascendencia del tratado de los Pirineos se asienta en otros tres asuntos: la boda de la infanta, la restitución de territorios en Flandes e Italia y la delimitación de la frontera franco española. Tras una negociación compleja y plagada de secretismos el 7 de mayo de 1659 se decretó la suspensión de armas y el 4 de junio se firmó un tratado preliminar, de 82 artículos¹¹, que debía servir de base a las negociaciones que entablarían posteriormente don Luis de Haro y el cardenal Mazarino en la Isla los Faisanes. Concretamente el artículo 23 de estos preliminares es el que hacía referencia a la boda. Sobre este tratado, ratificado por Felipe IV con no poco disgusto¹², hay que decir que Pimentel, que era militar de carrera y no diplomático, fue un juguete en manos de Mazarino y que su actuación mereció críticas severas por parte del Consejo de Estado pues los artículos que había firmado sobre Condé eran humillantes para el príncipe. El duque de Medina de las Torres, en su voto para la consulta del Consejo del día 10 de julio de 1659 decía que "los enemigos nos dan lo que nos dejan y nosotros les dejamos a ellos lo que de ninguna manera podríamos recuperar ni defender"¹³.

⁸ Domínguez Ortiz, A. Art. Cit. p. 570.

⁹ Ver a Marqués de Saltillo, *D. Antonio Pimentel de Prado y la paz de los Pirineos*. Revista Hispania, tomo XXVI, 1947. En él se incluye esta instrucción reservada expedida en Mérida el 27 de septiembre de 1658.

¹⁰ Pueden verse en AGS, leg. 1618.

¹¹ Había, además, un anejo de 13 artículos que Pimentel se había negado a firmar.

¹² Hasta el punto que Mazarino tenía muchas dudas de que se produjera la ratificación (En *Lettres du Cardinal Mazarin...et la relation des conférences qu'il a eues avec D. Louis de Haro*. Amsterdam, 1745, Vol. I, p. 25)

¹³ El duque no pudo, por enfermedad, asistir al consejo y emitió su voto por escrito por lo que en el acta del Consejo está transcrito íntegramente. Saltillo, art. cit. p. 66.

Sin perder tiempo, pues el plazo de la suspensión de armas apremiaba, don Luis de Haro se trasladó a San Sebastián donde llegó el 20 de julio acompañado del secretario de estado Pedro Coloma y de un séquito de más de 50 personas. Por su parte Mazarino llegó a San Juan de Luz el 25 del mismo mes, enfermo de gota, lo que atrasó el comienzo de las negociaciones demoradas también porque hubo que construir un edificio que sirviera de sede a las conferencias, con un aposento común y dos zonas separadas para los servicios de ambas delegaciones¹⁴.

Las negociaciones comenzaron el 13 de agosto y en la cuarta conferencia se planteó ya todo lo referente al matrimonio de María Teresa. Sobre este asunto conviene advertir la poca coincidencia entre la historiografía francesa y la española. Ésta no insinúa discrepancias excesivas ni agrias discusiones¹⁵ y, sin embargo, los historiadores franceses dan a este punto mucha importancia y consideran que fue objeto de enormes controversias.

Bien es cierto que muchos de los historiadores franceses beben de una fuente de la época (año 1667) que, no por ser un libelo carente de rigor, ha dejado tener a posteriori una trascendencia enorme. Me refiero al *Traité des droits de la reine très chretienne*¹⁶, libro al que dedicaremos el apartado 1.3 pero que, desde ahora, es preciso tener en cuenta, porque aunque se dé por sentada su nula credibilidad, muchas de sus afirmaciones han sido recogidas (en general sin citar el libro) como incontrovertidas por historiadores solventes¹⁷.

Las conversaciones de paz tenían lugar en dos niveles. En el primero de ellos Mazarino y D. Luis de Haro discutían los temas que habían quedado pendientes en el tratado que firmó Pimentel y en el segundo Pedro Coloma y Lionne preparaban documentos para que fueran discutidos por los plenipotenciarios o redactaban, en forma definitiva, los textos acordados.

La versión de los historiadores franceses es que las capitulaciones matrimoniales se trataron inicialmente en el segundo nivel, a partir del día 22 de agosto, y que las discrepancias eran grandes. España pedía una renuncia igual a la que hizo la infanta doña Ana cuarenta y ocho años antes, al casarse con Luis XIII, es decir lo que llamaban una renuncia absoluta y Francia se negaba a ello exigiendo que fuera condicionada. Francia pedía una dote de 2.500.000 escudos y España decía que la dote debía estar representada por las conquistas hechas por Francia desde 1656 (fecha en la que Lionne negoció con Luis de Haro) y que iban a ser cedidas por España en el tratado. Finalmente Lionne consiguió que María Teresa tuviera una dote igual a la que habían tenido las anteriores infantas de España, es decir 500.000 escudos. Mignet explica la postura final de Lionne y, según, él "se

¹⁴ Aunque sea anécdota intrascendente añadiré que hubo que esperar a que llegaran los tapices que iban a cubrir las paredes y, en el caso de Francia, recrecer el edificio pues los tapices tenían mayor altura que la construcción. Según Bottineau la decoración de la sala de conferencias corrió a cargo de Velazquez que por entonces tenía el cargo de *aposentador de palacio*. Bottineau, Yves, *Les Bourbons d'Espagne*. Librairie A. Fayard, 1993, p.12.

¹⁵ Salvo cuando utilizan fuentes francesas.

¹⁶ Este libro tuvo, probablemente, una elaboración colectiva aunque la versión original francesa indica como autor a Antoine Bilain. Las tres versiones, latín, alemán y francés son de 1667 y fueron editadas por la Imprenta Real. A efectos de referencias he utilizado la versión en castellano que también es del mismo año.

¹⁷ Es el caso de Giraud, Mignet, Vast o Pfandl entre otros.

convino el pago en tres veces como se había practicado cuando la boda de Felipe IV con Isabel de Francia... El primer tercio debía ser pagado *la víspera del matrimonio*, el segundo seis meses más tarde y el último diez meses después del segundo"¹⁸.

El párrafo anterior tiene dos afirmaciones erróneas: ni por Isabel de Francia ni por la infanta doña Ana se pagó dote alguna (y mucho menos en plazos determinados), aunque estaban ambas cifradas en 500.000 escudos, sino que se compensó una con otra. El segundo error está en los plazos, porque lo arriba dicho sería luego modificado de manera inapelable en el contrato matrimonial definitivo, pero Luis XIV, y también el *Traité*, van a insistir reiteradamente en que el primer plazo de la dote se debió pagar la víspera de la boda¹⁹ y no *en París y después de consumado el matrimonio*, como dicen las capitulaciones, lo cual, como veremos, va a resultar transcendente.

A continuación Mignet indica que "M. Lionne hizo insertar en el contrato, a causa de su insistencia y con gran esfuerzo, que la validez de la renuncia a la corona estaba subordinada a la exactitud en los pagos de la dote". Parece ser que Coloma se resistía y entonces Lionne le preguntó si es que el Rey "pensaba en no pagar la dote y si creía razonable que la infanta renunciará a todos los derechos sin estar al menos bien segura de que lo que se le prometía le sería pagado"²⁰.

Continua explicando Mignet que Coloma transigió pues le parecía que, ante esta condición, se haría el esfuerzo necesario para pagar; pero Coloma murió poco después, antes de la boda de la infanta, "quizá por un efecto de la bondad de la Divina Providencia que quiso tomar bajo su protección los derechos de una princesa menor de edad". La Divina Providencia, pues, y según los franceses, impidió que Coloma, ya difunto, pudiera informar a los ministros de Felipe IV de lo importante que era el puntual pago de la dote por lo que fueron los propios españoles los que "por inadvertencia o negligencia destruyeron la renuncia".

Las discrepancias sobre las cláusulas de renuncia y la exclusión de la Infanta a sus derechos a la Corona acabó en la instancia superior y fue negociada entre Mazarino y don Luis de Haro quien, según el *Traité*, no encontraba, aunque sólo fueran las órdenes en contra recibidas de Felipe IV, razones para mantener en esta boda una cláusula idéntica a la suscrita por la infanta doña Ana²¹. Las razones que, al parecer, daba Lionne eran las siguientes:

"Se puede decir, en verdad, que las más fuertes razones que alegaba don Luis fueron aquellas que se referían a la nulidad de esta renuncia... Él representaba, con todas las expresiones que puede hacer un hombre totalmente convencido de lo que dice, que él rogaba a Dios que le conservase los dos jóvenes príncipes que vivían entonces (agosto de 1659) e, incluso, otros

¹⁸ Mignet, op. cit. Tomo I, p. 42.

¹⁹ Por ejemplo en carta del Rey al arzobispo d'Embrun, su embajador en Madrid (agosto de 1661) En Mignet, op. cit. Tomo I, p. 74. También en muchos momentos del *Traité*.

²⁰ Mignet, op. cit. Tomo I, pp. 45 a 47.

²¹ Los historiadores franceses no ignoraban, con seguridad, que también Isabel de Francia tuvo que hacer su renuncia y no por un problema de simetría pues si bien ella, por la ley sálica, estaba excluida del trono de Francia no lo estaba de ciertos feudos y ducados que le hubieran podido corresponder por herencia.

hijos varones al Rey, su Amo, puesto que si la corona de España era tan desafortunada que los perdía, no habría persona en la monarquía española y los españoles con mayor razón que el resto que, no obstante todas las renunciaciones que se pudieran exigir a la infanta, no la contemplara como la única y verdadera Reina, que no se declarara a favor de su derecho y no se sometiera voluntariamente a su obediencia, antes que a la de otro, puesto que, decía él, además del amor y respeto que se tiene a su persona, un simple artículo de un tratado no puede destruir las máximas de la Monarquía ni romper el lazo indisoluble que las leyes de España han establecido desde hace siglos entre los Reyes y sus súbditos sobre el derecho de la sucesión de las hijas en defecto de los varones"²².

La declaración anterior está tomada de Mignet que afirma, en nota al margen, procede de un "extracto de una narración de Lionne sobre la negociación del matrimonio de María Teresa, 1660". Ciertamente aparece por vez primera en el texto del *Traité*²³ pero luego aparecerá repetida en numerosos libros. Incluso un historiador tan concienzudo como Giraud²⁴ la da por buena²⁵.

Don Luis de Haro continúa diciendo, en la versión de los historiadores franceses, que "aunque él reconocía mejor que nadie estas verdades no era tan osado como para proponer al Consejo de España el desistir de la renuncia y que, en caso de hacerlo, estaba seguro de no poder sacar otro fruto que ser censurado y quizá mortificado por haber tenido tal audacia tras el ejemplo tan formal del último matrimonio de una infanta con un rey de Francia"²⁶.

Ante esta oposición tan cerrada Mazarino consideró que oponerse a la renuncia era destrozar las posibilidades de paz, y que "el reparar en una prevención inútil era arrojar de nuevo a la cristiandad en un abismo... y que debía anteponer la quietud pública a una cláusula superflua"²⁷.

Las afirmaciones puestas en boca de D. Luis de Haro son, desde mi punto de vista, poco verosímiles. No cabe imaginar que el primer ministro español pudiera mantener, de manera pública, teorías tan contrarias a lo que pensaba su Rey y el Consejo de Estado cuando, además, Felipe III había establecido por ley, incluida con todos sus trámites en la Nueva Recopilación, la imposibilidad de que un rey de Francia pudiera acceder, mediante matrimonio con una infanta de la Casa de Austria, a la corona de España²⁸.

Ni siquiera es verosímil que D. Luis usara este recurso a efectos puramente dialécticos para engañar a Mazarino y con la clara intención de que en el texto de las capitulaciones no hubiera ni una mínima referencia a ello. Conocía de sobra la astucia del cardenal para no jugar con un recurso tan peligroso que podía volverse en su contra.

²² Mignet, op. cit. Tomo I p. 42.

²³ *Traité*, pp.14 y 15.

²⁴ Giraud, Charles. *Le traité d'Utrecht*. París, 1847. Las referencias a este libro se harán sobre la edición, también en París, de 1997. P. 40.

²⁵ Según Henry Vast en *Les grands traités du règne de Louis XIV*, París, 1893, tomo I, p. 179, tal escrito de Lionne puede leerse en *Correspond. Polit.*, Espagne, t. XXXIX, f° 305-309.

²⁶ Mignet, op. cit. Tomo I, p. 44. También en el *Traité*, p. 16.

²⁷ *Traité*, p. 16.

²⁸ Ver la cláusula 15 del testamento de Felipe IV supra en apartado 1.2.

Todas estas supuestas afirmaciones atribuidas a D. Luis de Haro, recogidas en el *Traité* - que las pone en la pluma de Lionne- tuvieron su contestación en la *Respuesta de España al Tratado de Francia sobre las pretensiones de la Reina Cristianísima. Año 1666* del Dr. Francisco Ramos del Manzano²⁹. La argumentación de éste al que, pese a estar presente en Fuenterrabía, no le llegó noticia alguna de esta sorprendente actitud del primer ministro de su país sobre un punto tan trascendente para España, fue la siguiente:

“La resistencia atónita de Lionne y las objeciones del cardenal contra la renuncia y las respuestas y discursos de D. Luis de Haro, siendo puntos que sólo pudieran deponer, y ya no pueden, los plenipotenciarios y D. Pedro Coloma³⁰, queda la fe y creencia de este arcano tan reservado a la revelación de M. Lionne, que lo supone, y se le contrapone la de D. Antonio Pimentel que lo niega. No podía extrañar al cardenal y menos a Lionne una renuncia que desde el año 45 se suponía como inexcusable para este matrimonio y que el mismo Lionne experimentó en Madrid en el año 56 y la Francia en el tratado matrimonial de la infanta doña Ana.”³¹

Lo que sí es cierto es que Mazarino llegó a Fuenterrabía con la intención de excluir de la renuncia al ducado de Milán y al País Bajo español³² pero al final tuvo que transigir y tanto la renuncia como el importe de la dote quedaron cerrados el 30 de agosto encargándose Lionne y Pedro Coloma, con el asesoramiento del antedicho Ramos del Manzano y de José González,³³ de redactar las capitulaciones.

Finalmente la Paz de los Pirineos se firmó el 7 noviembre de 1659 por don Luis de Haro y el cardenal Mazarino. Se trata de un larguísimo texto con 124 artículos³⁴ que tratan no sólo de temas de cesión de territorios sino también de aspectos comerciales o relativos al estatus de ciertas personas como el duque de Lorena, el príncipe de Condé o el duque de Saboya, asuntos estos últimos insólitos en un tratado por lo infrecuente de la extensión, nada menos que 38 artículos, que aquí se les concede. El artículo 33 es el que se refiere al matrimonio de Luis XIV y María Teresa y dice que los plenipotenciarios, de acuerdo con el poder especial que para ello se les ha concedido, "han hecho y firmado un tratado particular, al cual se remiten, tocante a las condiciones recíprocas de dicho matrimonio... el cual tratado separado y capitulación matrimonial tienen la misma fuerza y virtud que el presente tratado *como es la principal y más digna parte de él y también la mayor y más precisa prenda de la seguridad de su duración*".

²⁹ Ramos del Manzano el jurista español de la época con más prestigio en Europa escribió esta *Respuesta de España* por encargo de Mariana de Austria como exacto conocedor del asunto por haber participado en las negociaciones de Fuenterrabía para asesorar sobre las capitulaciones y sobre el tratado de paz. Era además el preceptor de Carlos II.

³⁰ Habían muerto los tres antes de 1667.

³¹ *Respuesta de España* folio 12. (Ejemplar de la BNE)

³² Según Mazarino, si se producía una renuncia absoluta, el matrimonio con la infanta no interesaba a Francia. España debía valorar cuánto más interesante era el matrimonio de María Teresa con Luis XIV que con el Emperador.

³³ José González era otro prestigioso jurista. Fue fiscal del Consejo de Castilla, presidente del Consejo de Hacienda y gobernador del Consejo de Indias.

³⁴ Vast, op. cit. Tomo I, p. 89 dice de este tratado que “por su larga y minuciosa preparación, por lo acabado de su factura y por su bella y majestuosa ordenación merece ser considerado como el monumento más armonioso de la diplomacia del gran siglo”.

El tratado o capitulación matrimonial a que se alude tiene la misma fecha, 7 de noviembre de 1659, y fue ratificada por el rey Cristianísimo en Tolosa el 27 de noviembre y por su Majestad Católica el día 10 de diciembre. Antes de entrar en detalles conviene consignar que Abreu y Bertodano³⁵ da dos versiones diferentes de las capitulaciones, ambas provenientes de Simancas. La primera es bilingüe, en francés y castellano y la segunda tan sólo en castellano. Abreu justifica la razón de incluir ambas:

"Aunque entre esta copia en castellano y el instrumento francés que le precede no se nota variación sustancial ha parecido conveniente ponerla en este lugar porque sobre uno y otro texto han sido casi innumerables los manifiestos y papeles que corrieron entre el público, así en el año de 1667, en que reclamó la Francia la renuncia de la señora Infanta, como en el presente siglo con motivo de la sucesión en esta monarquía del rey D. Felipe que esté en gloria"³⁶.

Luego veremos que estas variaciones, tal vez, no sean sustanciales *per sé* pero tienen cierta relevancia por lo fino que han hilado después los exégetas de este documento. Hay una primera variación a destacar y es que el texto bilingüe no tiene los artículos numerados, al contrario que el texto en castellano que los numera del 1 al 11. Ciertamente es que en el texto bilingüe los artículos están separados por punto y aparte y hay además, entre ellos, un espacio generoso para indicar que se trata de cuestiones diferentes. Puede parecer un detalle puramente formal pero ha bastado para que los franceses, como luego veremos, consideren que los artículos 4, 5 y 6 forman un todo único e indivisible y que lo que se dice en el primero es aplicable, sin variación alguna, a los demás.

El artículo 2 establece la dote de 500.000 escudos de oro del sol a pagar al rey Cristianísimo, o a la persona que tuviese poder y comisión suya. El pago se hará *en la ciudad de París* y en la forma siguiente: el primer tercio *al tiempo de la consumación del matrimonio*, el segundo tercio al fin del año después de la consumación, y el último tercio seis meses más tarde.

El artículo 4 dice que "*mediante la efectiva paga* de los dichos 500.000 escudos de oro del sol en los plazos que se ha dicho antes, la dicha serenísima Infanta se dará por satisfecha y conformará con la sobre dicha dote, sin que después pueda alegar algún otro derecho suyo ni intentar alguna otra acción o demanda pretendiendo pertenecerle o poderle pertenecer otros mayores bienes, derechos, razones y acciones por causa de herencias **y mayores sucesiones** de Sus Majestades Católicas... cuya renuncia hará antes de casarse por palabras de presente y ratificará, inmediatamente después de la celebración del matrimonio, junto con el rey Cristianísimo..."

Las palabras en negrita no aparecen en el texto en castellano. Su alcance parece oscuro aunque con la renuncia que se prescribe en este mismo artículo 4, y que hizo la infanta antes de su boda, queda, a mi juicio, bastante aclarado y se pierde la importancia que

³⁵ Abreu y Bertodano, Joseph Antonio. *Colección de tratados de paz, alianza, neutralidad...hechos por los pueblos, reyes y príncipes de España desde antes del establecimiento de la monarquía gótica hasta el feliz reinado de nuestro rey don Fernando VI*. Madrid, 1751. El tratado de los Pirineos y las capitulaciones matrimoniales de María Teresa están en el Tomo IX entre las páginas 114 y 360.

³⁶ Ibid. p. 352.

alguien, poco avisado, pudiera dar a la palabra *sucesiones*³⁷. Pareciera que o bien los franceses introdujeron la frase de manera subrepticia para sembrar confusión o bien los españoles la quitaron por su cuenta para evitar interpretaciones que fueran más allá de lo realmente acordado en las conversaciones.

Lo que es importante señalar es que este artículo, que es mucho más largo y reiterativo de lo que he transcrito, tiene un alcance exclusivamente familiar y contempla a la infanta como persona privada en el ámbito doméstico. Distinto es el caso del artículo 5 que, como ahora se verá, tiene carácter público como se deduce de la forma en que comienza y que aleja cualquier tipo de duda:

"Por cuanto sus majestades Católica y Cristianísima han llegado y llegan a hacer este matrimonio con el fin de perpetuar más bien y asegurar con este modo y vínculo la paz pública de la Cristiandad y entre Sus Majestades el amor y la hermandad que cada uno espera entre sí; y en consideración también a las justas y legítimas causas que dictan y persuaden la igualdad y conveniencia de dicho matrimonio por medio del cual, y mediante el favor y gracia de Dios, puede esperar cada uno muy felices sucesos, en gran bien y aumento de la fe y religión cristiana, en bien y beneficio común de los reinos, súbditos y vasallos de las dos coronas como también por lo que conviene e importa al bien de la causa pública..."

Pero este matrimonio, según dice a continuación este artículo, frente a todas las ventajas de orden político superior que se le adjudican tiene un claro inconveniente y es la posible unión de las dos coronas "que siendo tan grandes y poderosas no pueden reunirse en una sola". Para evitarlo los reyes "asientan por pacto convencional que surtirá y tendrá efecto, fuerza y vigor de ley firme y estable... que la serenísima infanta de España, doña María Teresa, y los hijos que de ella nacieren... y sus descendientes... nunca jamás puedan suceder ni sucedan, de aquí en adelante, en los reinos, estados señoríos y dominios que pertenecieron y pertenecen a Su Majestad Católica... así dentro como fuera del Reino de España".

Lógicamente esta renuncia se produce para el caso en que pudiera pertenecer a la Infanta, o sus descendientes, la sucesión de la corona de España según las leyes españolas. Y vuelve a insistir el artículo diciendo que "María Teresa, desde ahora, dice y declara ser y quedar bien y debidamente excluida, juntamente con sus hijos y descendientes... aunque puedan decir y pretender que en sus personas no concurren, ni se pueden ni deben considerar, las dichas razones de causa pública". Y ello aunque "los legítimos sucesores hayan faltado o extingúidose" no obstante las leyes y costumbres por las que ha tenido lugar la sucesión en los reinos de España y cualesquiera ley francesa que pudiera oponerse a esta exclusión.

Trae a continuación este artículo 5 una referencia precisa y particular a que la exclusión de María Teresa incluye también a los estados de Flandes, condado de Borgoña y Charlorais por razones que más adelante quedarán aclaradas³⁸. Finaliza el artículo prescribiendo que la infanta quedará exenta de esta exclusión en caso de que quedase viuda y sin hijos y volviera a España.

³⁷ Ver supra p. 11 y 12.

³⁸ Ver supra apartado 1.3.

La superioridad cualitativa del artículo 5 sobre el 4 se refuerza al dedicar el artículo siguiente, el número 6, a detallar como se refrendará la exclusión de la infanta de la sucesión al trono en contraste con la renuncia a la herencia que quedó incluida dentro del propio texto del artículo 4. Tal exclusión se jurará en escritura pública, antes de los esponsales, y será confirmada por una segunda renuncia de la infanta y de Luis XIV, después de la boda, la cual será registrada con todas las solemnidades en el Parlamento de París y en el Consejo de Estado.

Como se ve la Infanta debe hacer dos renunciaciones, una relativa a su herencia, como persona particular, y otra a la sucesión en la corona de España como miembro de una dinastía. Pero, la especial trascendencia de esta última, hace que adicionalmente se pida que sea registrada en los órganos competentes de carácter público para dar plena validez jurídica a un acto tan singular. Había que asegurar a toda costa que no se pusiera en tela de juicio la solidez de la renuncia de María Teresa a sus derechos a la Corona. Bien es cierto que existía el precedente de Luis XIII y la infanta Ana pero, como dice Abreu³⁹, "el ejemplar de haber pasado sin protesta ni restricción la renuncia de la señora Infanta Doña Ana no parece se deba juzgar tan eficaz como se pretendía porque, cuando se hizo, tenía Felipe III tres herederos (Felipe IV, don Carlos y el cardenal infante)... y las infantas doña María y doña Margarita pero, cuando este año de 1659 lo hizo doña María Teresa sólo había un varón que era el príncipe Felipe Próspero... y estaba el Rey, su padre, en edad avanzada y con quebrada salud".

La Paz de los Pirineos tiene otros artículos o convenios de sumo interés para lo que nos atañe. Así desde el artículo 35 hasta el 49 se declaran los territorios que cede España y los que recupera. La relación es muy larga e indicaremos a continuación lo más sustancial de las pérdidas españolas:

En los Países Bajos: el condado de Artois, Arras, Hesdin, Bethune, Lens, San Pol, Gravelinas, Bourbourg y Saint Venant.

En la provincia de Henao: Landresse y Quesnoy.

En Luxemburgo: Thionville, Montmedy, Danvillers e Ivoy.

A su vez Francia devuelve a España ciertas ciudades como Oudenarde, Ypres, Valencia sobre el Po y Mortara en Italia y algunas otras en el Franco Condado. Además en Cataluña devuelve Rosas, Cadaqués, Seo de Urgel etc. Por su parte España devuelve a Francia Rocroy, Cattelet y Linchamps.

Mención especial merece el artículo 42 en el que se establece que los Pirineos serán la frontera entre los dos reinos con lo cual pasarán a dominio francés el Rosellón y Conflans en tanto que la Cerdaña será española. Pero había lugares en estos dos últimos territorios que estaban, aparentemente, en la vertiente contraria de la cordillera y la asignación a uno u otro de los países no era inmediata por lo que se nombraron comisarios para delimitar con precisión la frontera⁴⁰. Este artículo 42 y la entrega de los territorios ultrapirineicos puso fin

³⁹ Abreu, op. cit. Tomo IX, p. 336.

⁴⁰ Véase Reglá Campistol, Juan. *El Tratado de los Pirineos de 1659. Negociaciones subsiguientes acerca de la delimitación fronteriza*. Revista Hispania, N° XLII, Madrid, 1951, pp. 101 a 166. En este artículo cuenta

al proyecto occitánico, largo tiempo acariciado por la Corona de Aragón, y por el que Pedro II luchó hasta la muerte. Las fronteras que acordaron los comisarios son las que permanecen en la actualidad.

El artículo 60 y el 3º de las cláusulas secretas se refieren a Portugal. En el artículo 60 se dice que se ha pedido al rey Cristianísimo que no se hiciera la paz sin la recuperación de Portugal pero que éste se ha negado aduciendo que con ello se demoraría mucho la firma del acuerdo. No obstante Luis XIV,

"consentirá en poner las cosas de dicho reino en el mismo estado en que estaban antes de la novedad que sucedió en el mes de diciembre de 1640... Y promete, se obliga y empeña sobre su honor y palabra de Rey, por sí y sus sucesores, en no dar a dicho reino de Portugal... ningún socorro ni asistencia, pública ni secreta, directa ni indirecta, de hombres, armas, municiones...con ningún pretexto".

El artículo 3º de las cláusulas secretas complementaba el anterior en lo relativo a la asistencia "por mar y otras aguas" y en definitiva con cualquier cosa "que pueda servir para mantener el gobierno que, al presente, hay en dicho reino".

Con la paz de los Pirineos no se produce el primer desmembramiento del imperio español, pues ya en el tratado de Münster se habían perdido de manera definitiva las Provincias Unidas, pero va a marcar el comienzo de un proceso, que más adelante iremos detallando, de sucesivas pérdidas territoriales y, lo que es más grave, de intentos de reparto de la Monarquía hechos sin el más mínimo pudor y sin otra justificación que la política expansionista de Luis XIV y las teorías sobre el equilibrio de poder que cada cual aplicaba a su conveniencia. La corona de España era un gigante que, agotadas sus fuerzas tras luchar en mil frentes, no podía asumir, ni por poder militar ni por prestigio, el liderazgo que le correspondía en Europa siendo considerada, por el contrario, objeto de depredación y desguace.

La boda de María Teresa se demoró unos meses, hasta el 3 de junio de 1660. La ceremonia se celebró por poderes (Luis de Haro fue el apoderado de Luis XIV) y la entrega de la infanta al Cristianísimo no se produjo hasta el día 7. El día 2 de junio, el anterior a la boda, en una ceremonia que tuvo lugar en su cuarto, ante el Rey y don Luis de Haro, la infanta juró primero y firmó después dos documentos de renuncia: En primer lugar la exclusión a sus derechos a la sucesión en la corona y, después, su renuncia a la herencia⁴¹.

En la primera renuncia se reproducen los artículos 5 y 6 de las capitulaciones con total omisión de cuanto especifica el artículo 4. En relación con la sucesión dice renunciar a cuanto le pudiera pertenecer "por derecho común o privilegio especial... Y especialmente al derecho de restitución *in integrum* fundado sobre la ignorancia o inadvertencia de mi

Reglá otra artimaña de los franceses en la redacción del artículo 42 del tratado. La versión española dice que "los montes Pirineos que *comúnmente* han sido siempre tenidos por división de las Españas y las Galias..." en tanto que la versión francesa dice "les monts Pirenées que avoient *anciennement* divisé les Gaules des Espagnes..." Esta diferencia –no casual- entre *comúnmente* y *antiguamente* (que remitía a Estrabón y Plinio) dio mil quebraderos de cabeza a los comisarios españoles.

⁴¹ Mignet, op. cit. Tomo I, pp. 61 a 65.

minoridad o sobre la lesión evidente, enorme y más enorme, que podría considerarse el ser intervenida en el desistimiento y renuncia al derecho de no poder suceder... y si (los reinos) los quisiésemos ocupar por la fuerza de las armas, moviendo o haciendo guerra ofensiva... la juzgo y declaro por ilícita, injusta y por violenta invasión y usurpación tiránica". Y se añadía:

"Yo afirmo y certifico que no he sido atraída ni persuadida por el respeto y veneración que debo y tengo por el Rey mi señor, como príncipe poderoso y como padre que me ama tanto... puesto que, en verdad, en todo aquello que pasa y ha pasado respecto de la conclusión de este matrimonio y lo relativo al artículo de mi exclusión y de la de mis descendientes yo he tenido toda la libertad que he podido desear para decir y declarar mi voluntad, sin que de su parte, ni de la de alguna otra persona, se me haya inducido temor alguno ni amenaza".

Termina este juramento afirmando que su renuncia a la sucesión la hace "por causa del bien público de reinos, súbditos y vasallos".

Muy otra es la segunda renuncia que hace el mismo día y que comienza así: "Acta de renuncia de la infanta María Teresa, futura reina de Francia, a todo lo que le podría competir tanto de la herencia de la reina, su madre, como de la del rey, su padre, por razón de los bienes particulares y domésticos; y esto por razón de su casamiento con el rey muy cristiano y de la dote que le ha sido prometida"⁴².

El propio Mignet nos hace la aclaración del alcance de estas dos renunciaciones:

"Este segundo acto era la consecuencia de los artículos 2 y 4 del contrato matrimonial así como el acto precedente era la confirmación de los artículos 5 y 6. El primero era un acto fundado en motivos generales y el segundo sobre consideraciones privadas. El uno era político y el otro financiero. Mediante la dote de 500.000 escudos de oro del sol, la infanta desistía de todos sus derechos, presentes y futuros, sabidos o ignorados, por la legítima o por suplementos de la legítima".

Las palabras de Mignet, unidas a los propios textos de los juramentos de la infanta, son lo suficientemente clarificadoras como para que nos percatemos de que no existe relación alguna entre el pago de la dote y la renuncia a la sucesión y de que los artículos 4 y 5 de las capitulaciones tienen ámbitos entre sí diferentes y que no pueden ser mezclados si no es, y por desgracia así ha sido, por ignorancia o por manipulación tendenciosa.

1.2 EL TESTAMENTO DE FELIPE IV.

Luis XIV no reclamó en los comienzos de su matrimonio con demasiada insistencia el pago de la dote⁴³ pues para él estaba claro que su objetivo era sacar partido de su boda, no

⁴² Los textos de estas dos renunciaciones los toma Mignet del *Corps diplomatique* de Dumont, tomo VI, parte II, p. 291.

⁴³ Muchos autores dicen que nunca la reclamó pero hay pruebas documentales de lo contrario en la correspondencia entre Luis XIV y el arzobispo d'Embrun, su embajador en Madrid (instrucciones al

precisamente por la vía económica, sino incorporando a Francia territorios del patrimonio de los Austrias. De esta forma daría cumplimiento a sus designios expansionistas y, al tiempo, iría domeñando el poder de España que era otro de sus objetivos. Incluso, cuando Mariana de Austria estaba embarazada del futuro Carlos II, y pensando que este embarazo podía culminar con el nacimiento de un niño robusto, escribía el rey a d'Embrun que llegado ese momento convendría reclamar la dote, pero no antes, porque con dos herederos varones la renuncia, con gran probabilidad, devendría inoperante. Pero su actitud general hacia España permanecía invariable y en 1661 escribía en sus Memorias: "La situación actual entre las coronas de Francia y España es tal que no puede una ensalzarse sin resultar la otra humillada. Esto crea un sentimiento de celos entre ambas que es, creo yo, esencial, además de una enemistad permanente que los tratados pueden enmascarar pero no extinguir"⁴⁴.

En el momento de la boda de María Teresa había un heredero a la corona de España, el Príncipe Felipe Próspero, nacido en 1657 y, además, el infante don Fernando nacido a finales de 1659. Murió éste a los diez meses de nacer y su hermano mayor, Felipe, también de muy débil naturaleza, lo haría algo después, el 1 de noviembre de 1661 precisamente el mismo día que María Teresa había dado a luz a un robusto niño, el futuro Gran Delfín. Afortunadamente la reina, Mariana de Austria, sobrellevó con buen ánimo el luctuoso incidente y, cinco días después, alumbró sin problemas a otro niño. Se trataba, según la *Gaceta* de Madrid, de "un príncipe hermosísimo de facciones, cabeza grande, pelo negro y algo abultado de carnes".

No obstante esta información de la *Gaceta* pronto corrieron por Madrid las más extrañas noticias sobre la criatura por lo que Luis XIV decidió enviar a Madrid al señor de Nantie que, con la excusa de dar a la familia real el pésame por la muerte de Felipe Próspero, debía intentar ver al recién nacido e informar de sus impresiones al rey Cristianísimo. Como no lo pudo conseguir un suspicaz Luis XIV hizo viajar a Madrid, el siguiente año de 1662, al señor de Livry, esta vez con la excusa de felicitar a la monarquía española por haber recuperado la ansiada descendencia pero con claras instrucciones de averiguar, en primer lugar, el sexo del heredero (había fuertes rumores de que era una niña y que por razones políticas le había sido impuesto un nombre de varón) y, en segundo lugar, informar sobre su apariencia enfermiza o saludable. Esta vez la misión tuvo éxito y el informe que se envió a Luis XIV hablaba de que "el príncipe parece ser extremadamente débil. Tiene en las dos mejillas inflamaciones que aquí se llaman *empeines*; la cabeza llena de costras. Desde hace dos o tres semanas se le ha formado debajo del oído derecho una herida abierta por la que supura"⁴⁵.

Pese a la discreción, más bien ocultamiento, que existía sobre los problemas de salud del príncipe -ocultamiento que se prolongaría a lo largo de toda su vida- lo cierto es que la realidad acabó trascendiendo y se hizo del dominio público su debilidad congénita y su

embajador de fecha 10 de junio, carta de 21 de septiembre de 1661 y otras). Esta correspondencia puede verse en Mignet, op. Cit., Tomo I, pp. 71, 75, 83 y otras.

⁴⁴ Smith, David L. *Luis XIV, Documentos y comentarios*. Madrid, 1994. P. 101

⁴⁵ Pfandl, Ludwig. *Carlos II*, Madrid, 1957, p. 108, El autor, tras reproducir este informe, lo considera muy exagerado y piensa que los enviados creían así contentar a Luis XIV.

raquitismo sumados a una prolongada lactancia y a su incapacidad para mantenerse en pie, problemas ambos que se mantuvieron hasta cumplidos los cuatro años. Tales noticias, confirmadas por la visión directa del príncipe en los escasos actos públicos a los que le hacían asistir (a pesar de que en ellos era sujetado con cuerdas disimuladas y otros artilugios), fueron comunicadas a sus cortes por los embajadores en Madrid de suerte que en toda Europa se daba por cierto el elevado riesgo que corría el joven príncipe de malograrse tempranamente y se temían las ominosas consecuencias que su fallecimiento podía acarrear.

En estas circunstancias Luis XIV va a practicar un doble juego: maniobrar en el medio plazo para, tras la posible desaparición del heredero, conseguir todo el imperio español y, simultáneamente, trabajar sobre seguro en el corto plazo para ir debilitando a la monarquía católica arrebatándole la mayor cantidad posible de territorios. Y así, apenas firmada la paz de los Pirineos, comenzó sus intrigas violando los artículos⁴⁶ de esta paz por los que se había comprometido solemnemente a retirar su apoyo, directo o indirecto, a los Braganza en la guerra que Portugal, desde hacía muchos años, sostenía con España. Luis mantuvo, como llevaba años haciendo, la financiación al ejército portugués y al mariscal Schomberg, un alsaciano cuyo odio a la casa de Austria le hacía ponerse al servicio de cualquiera que luchará contra ella⁴⁷.

Pero, a la vista de que la guerra en Portugal permanecía estancada y no daba de manera rápida los frutos pretendidos, el rey francés cambió de táctica. Según decía, su honor le inclinaba a seguir ayudando a Portugal, como había hecho Francia durante muchos años, pero una compensación importante por parte de España permitiría que el mundo entendiera un cambio de actitud por su parte. El 1 de enero de 1662 escribe a su embajador en Madrid, el arzobispo d'Embrun, para que solicite con todo vigor “un acto auténtico del Rey (Felipe IV), confirmado y autorizado por el Consejo de Estado, por el cual se declarara nula la renuncia que se ha forzado a hacer a la Reina al casarse para hacer ver al público que actuó para la adquisición y conservación de estados que pueden pertenecer algún día a la Reina y a mis hijos”⁴⁸. El embajador entró inmediatamente en negociaciones con el duque de Medina de las Torres ofreciendo la inmediata reconquista de Portugal a cambio no sólo de la revocación de la renuncia, que al existir un heredero no permitía más que expectativas lejanas, sino de otras compensaciones territoriales⁴⁹. Porque como Luis XIV consideraba que la renuncia hecha por su esposa era nula de pleno derecho, su derogación no debía ser una concesión demasiado importante para el Rey de España lo que le autorizaba a pedir cesiones territoriales de alguna entidad.

Las negociaciones duraron hasta el 24 de agosto de 1662. Francia presentó varias alternativas como compensaciones territoriales: el ducado de Milán, el Franco-Condado,

⁴⁶ Artículo 60 del Tratado de Paz y artículo 3 de las cláusulas secretas de este tratado.

⁴⁷ A través del gobierno inglés envió 600.000 libras que permitieron una leva de cuatro mil hombres. Mignet, op. cit. Tomo I, p. 87.

⁴⁸ Mignet, op. cit. tomo I, p. 90.

⁴⁹ La impresión que dan estas negociaciones es que el duque de Medina hacía la guerra por su cuenta sin contar demasiado con el Rey. Debía considerar que Portugal era preferible a cualquier otro territorio de Flandes. De lo contrario no se explica lo que dice d'Embrun a Luis XIV: “el duque de Medina pone casi tanto calor como yo en el asunto”. Ibid. P. 139.

Luxemburgo etc. e hizo saber al duque de Medina los derechos que María Teresa tenía sobre Brabante y otros territorios de Flandes, derechos que también corresponderían al Delfín como heredero de su madre. Durante los ocho meses de negociaciones Felipe IV reunió una junta de juristas para que estudiaran la validez de la renuncia⁵⁰. La respuesta fue unánime a favor de tal validez y el Rey, que en conciencia no podía hacer la derogación por más que deseara recuperar Portugal, ordenó acabar las negociaciones con la excusa –no exenta de razón– de “la falta de seguridad que Vuestra Majestad (Luis XIV) podía dar para un acto del que no habría punto de retorno tan pronto se hubiera realizado”⁵¹.

La reacción del Cristianísimo fue incrementar la ayuda al mariscal Schomberg lo que dio lugar, en junio del siguiente año, a una vergonzosa derrota de las tropas españolas, mandadas por don Juan José de Austria, en Extremoz. Sería el antecedente de la siguiente gran batalla portuguesa, la de Villaviciosa⁵² (junio de 1665), en la que el marqués de Caracena fue derrotado dando vía libre y casi obligada para que, muerto ya Felipe IV, Mariana de Austria, el 13 de febrero de 1668, firmara la paz⁵³ y reconociera, de forma definitiva, la independencia de Portugal. Con ello el Imperio español va a confirmar un desmembramiento temido, posiblemente esperado y con seguridad inevitable⁵⁴ pero de enorme trascendencia: un reino políticamente importante y unas posesiones ultramarinas de gran proyección estratégica y económica.

Apenas terminadas las negociaciones de d’Embrun con Medina de las Torres y viendo que nada ha podido lograr de su suegro, Luis XIV comienza otras maniobras para conseguir para María Teresa el Ducado de Brabante y otros territorios de su esfera de influencia. Se trataba de ejercitar el llamado *derecho de devolución* antigua “costumbre” de aquellos territorios por el cual en un matrimonio con hijos, al morir uno de los cónyuges, la propiedad de la herencia pasa automáticamente a los hijos, quedando el progenitor vivo con sólo el usufructo. Si se produce un nuevo matrimonio los hijos que pudieren tener en estas segundas nupcias no tienen derecho alguno a la herencia. Si aplicamos esto a la infanta María Teresa todos los territorios sujetos a esta costumbre ya serían de su propiedad, por ser la única hija superviviente del primer matrimonio de Felipe IV, aunque su usufructo siguiera correspondiendo a su padre. Dice Mignet al respecto:

“Es esta regla tan extraña y tan local de derecho civil la que Luis XIV quería trasladar al ámbito político...esta pretensión parecía menos fundada que la otra (la nulidad de la renuncia) y además parecía extraño que se quisiera regular por máximas de derecho privado la sucesión política que se regula por un derecho especial. En fin era difícil admitir que se pudiera separar de una monarquía una parte de sus provincias para sustraerlas a la acción de las leyes

⁵⁰ Parece ser que el duque de Medina dijo a los juristas *una cosa son las leyes y otra los cañones* y que cuando Felipe II heredó Portugal cada universidad opinaba una cosa. Ibid. p. 136.

⁵¹ Ibid. Tomo I, p. 152.

⁵² Aunque sería injusto no valorar la ayuda inglesa a Portugal, posiblemente de mayor entidad que la francesa.

⁵³ Cánovas del Castillo, A. en *Historia de la decadencia española*, Málaga, 1992, p. 573, afirma que “la Reina Gobernadora quiso firmar la paz no bien murió Felipe IV pero los Consejos del Reino con laudable espíritu de patriotismo se negaron a ello”.

⁵⁴ “Al cabo de diez y ocho años el partido de España se había desvanecido del todo, los nobles se habían acostumbrado a obedecer a la nueva dinastía, el pueblo la amaba ya y la miraba como suya, todas las fuerzas del Reino estaban reunidas en derredor del Trono...” Cánovas del Castillo. Op. cit. p. 517.

fundamentales de esta monarquía y aplicarles una costumbre civil enteramente ajena a la transmisión de la soberanía”⁵⁵

Luis XIV comienza a pensar, en junio de 1662, cuando ve que las negociaciones con España van a romperse, que la única solución es apoderarse de Brabante por la fuerza. Esta opción va a tener la enemiga de Holanda y de Austria para lo cual va a entablar conversaciones con la primera y a tratar de bloquear a la segunda negociando con algunos principados del Imperio. Holanda era, desde hacía más de un siglo, amiga de Francia por la ayuda que ésta le había prestado en su lucha contra España y por ello las relaciones eran fluidas y fáciles. El conde d'Estrades, embajador ante las Provincias Unidas comienza a negociar con M. de Witt, Gran Pensionario, proponiéndole un reparto del País Bajo español⁵⁶. Se hicieron multitud de borradores de tratados a lo largo de todo el año 1663 sin que finalmente se pudiera llegar a un acuerdo en el reparto de ciudades y territorios. Pero el desacuerdo no llevó a Luis XIV a abandonar sus propósitos sino que continuó madurándolos en espera de situación más propicia.

Ésta llegaría en 1665, año en el que, tras una larga enfermedad y un deterioro físico progresivo, va a morir Felipe IV. Ya sabía por amarga experiencia lo que valían la palabra y las promesas solemnes de Luis XIV. Por ello retrasó hasta abril de 1665 la salida hacia Viena de la infanta Margarita, prometida desde 1662 a Leopoldo I, por si acaso Carlos sufría un accidente y la Corona española debía pasar a esta infanta por la renuncia de su hermana mayor. En tal caso habría que deshacer el matrimonio proyectado y buscarle otro esposo que pudiera vivir en España, evitando además reproducir el imperio de Carlos V lo cual, en aquellos momentos, hubiera sido visto por toda Europa como muy peligroso para la paz. Por ello, en un intento por alejar cualquier duda sobre la sucesión de Margarita, encargó al embajador de España en París, marqués de la Fuente, que insistiera con toda energía ante el Rey para que se inscribiese sin más demora la renuncia de María Teresa, como estaba acordado, en el Parlamento de París. Vano intento, el Cristianísimo no tuvo jamás intención de hacerlo, ni siquiera cuando firmó la paz de los Pirineos.

Felipe IV murió el 17 de septiembre de 1665 y su testamento, redactado siete años antes – aunque fue precisa una puesta al día hecha a última hora- fue firmado en su nombre, el 14 del mismo mes, por el presidente del Consejo de Castilla, el conde de Castrillo, debido a la incapacidad que arrastraba, desde años antes, Felipe IV para usar la mano derecha⁵⁷.

Las cláusulas relativas a la sucesión en el trono son nada menos que ocho, como demandaba la importancia y compleja casuística de este asunto, y comienzan por la cláusula 10 en la que el rey instituye "por universal heredero" a su hijo don Carlos y lo hace de todos los territorios del Imperio, incluso de aquellos que, como Portugal o el Algarve, ya no formaban *de facto* parte de él. Pero Felipe IV era consciente de la delicada salud de su hijo de cuatro años y de las grandes posibilidades que existían de que no llegara a reinar a poco que se cumpliera la estadística de mortalidad infantil de la época o la mucho

⁵⁵ Mignet, op. cit., tomo I, p. 160.

⁵⁶ Ibid., pp. 185 a 260.

⁵⁷ El testamento que utilizo es la versión facsímil, del original que está en Simancas, a cargo de la Editora Nacional con introducción de Antonio Domínguez Ortiz. Madrid, 1982

más desfavorable que abrumaba a la Casa de Austria. Por ello las cláusulas siguientes, hasta la 17 inclusive, van desarrollando con todo detalle las distintas posibilidades que podían presentarse con especial énfasis en la exclusión, en cualquier caso, de la casa de Borbón como sucesora al trono.

En la referida cláusula 10 establece que tras su hijo Carlos accederán al trono "sus hijos y descendientes, varones y hembras, legítimos y de legítimo matrimonio nacidos y procreados, prefiriendo el mayor al menor y el varón a las hembras, según el orden de primogenitura".

En la cláusula 11 comienzan a establecerse las disposiciones para el caso de que el príncipe Carlos muriese antes de haber accedido al trono o, habiéndolo hecho, sin haber dejado descendencia. En esta última circunstancia la sucesión correspondería, en primer lugar, a unos hipotéticos hijos varones -téngase en cuenta que el testamento se había redactado siete años antes- que hubiera podido tener Felipe IV después de nacido D. Carlos y a sus descendientes. En la cláusula 12 se establece que de no cumplirse lo anteriormente indicado la sucesión recaería en su hija, la infanta doña Margarita, y sus descendientes y, en su falta, en cualquier otra hija que, con posterioridad a la redacción del testamento, pudiera tener.

La cláusula 13 indica que a falta de los herederos antedichos "la sucesión de todos mis dichos reinos, estados y señoríos ha de pertenecer y pertenece a los hijos y descendientes legítimos, varones y hembras de la Infante Emperatriz María, mi muy cara y amada hermana, ya difunta, en la forma y como declaro en los llamamientos de mis hijos y mis hijas". A falta de ellos, la cláusula 14 prescribe que la sucesión pasará a "la infanta doña Catalina, mi tía, duquesa de Saboya y a sus hijos y descendientes". Y con ello se agotan las previsiones que establece el testamento.

La cláusula 15 intenta justificar las razones por las que la casa de Borbón ha quedado excluida de la sucesión. Dada la polémica suscitada por esta cláusula y la siguiente, así como por la trascendencia de su contenido, creo disculpable, en aras a la precisión y pese al premioso lenguaje de la época, la larga cita textual que hago a continuación:

"En todos los tiempos y edades pasadas se ha hecho muy especial reparo en los casamientos de las infantas de España con los reyes de Francia por los inconvenientes que resultarían de juntarse y unirse estas dos Coronas; porque siendo ambas, y cada una, de por sí tan grandes que han conservado su grandeza con tanta gloria de sus Reyes Católicos y Christianísimos; con la junta de ellos menguaría y descaecería su exaltación y se seguirían otros gravísimos inconvenientes a sus súbditos y vasallos... Y para prevenirlos y facilitar estos matrimonios entre una y otra Corona, en beneficio de los vasallos de ambas y del estado universal, se ha prohibido la junta de ellos asentándolo por pacto convencional que tenga fuerza de ley... y, en particular en la capitulación matrimonial otorgada en esta corte en 20 de agosto de mil seiscientos y doce años entre el Rey mi señor, mi padre y el Rey Christianísimo de Francia, Luis Décimo Tercio para el matrimonio que yo contraí con doña Isabel de Borbón, mi primera mujer y que el Rey contrajo con la Christianísima Reina doña Ana, mi muy cara y amada hermana, se pactó y capituló que no se juntasen ni pudiesen juntar las dos coronas y que la dicha Infante, mi hermana, por sí y por sus descendientes de aquel matrimonio hubiese de renunciar y renunciase a todo y cualquier derecho que le perteneciese, o en cualquier tiempo le pudiese pertenecer, para suceder en mis reinos sin que en ningún caso, pensado o no

pensado, sucediese en ellos y pasase la sucesión al siguiente en grado, porque de ella, y de la esperanza de poder suceder, se declaró quedar luego exclusa la dicha Infante Doña Ana mi hermana, y sus descendientes varones y hembras; derogando ambas majestades Católica y Christianísima las leyes, derechos y costumbres, disposiciones y títulos de las dichas dos Coronas por donde se sucede o pudiese pretender suceder en los dichos reinos, estados o señoríos, así en lo presente como en los tiempos y casos de deferirse la sucesión en todo lo que fuese contrario o impidiesen la dicha renunciación y exclusión de la dicha Infante Doña Ana; y declararon que se entendiese que, por la aprobación del dicho tratado matrimonial, las derogaban y habían por derogadas. Y en ejecución de él, la dicha Christianísima Reina, mi hermana, antes de casarse por palabras de presente hizo la renunciación en toda forma y con juramento en la ciudad de Burgos a 17 de octubre de mil seiscientos y quince años en presencia del Rey, mi señor, mi padre, que lo aprobó ante Antonio de Aróstegui, notario público de estos reinos... Y el Rey lo mandó guardar, cumplir y ejecutar por ley general que, a pedimento y suplicación de estos reinos, hizo y publicó el 3 de junio de mil seiscientos y diecinueve años y por la cláusula treinta y ocho de su testamento en que declaró estar la Christianísima reina mi hermana y sus hijos y descendientes... excluidos de la sucesión."

Como puede verse las garantías que se toman se basan en cuatro escalones sucesivos: la propia renuncia de la Infanta, la derogación por Felipe III, su padre, de cualquier ley o costumbre que pudiese ir contra dicha renuncia, la ratificación por el reino es decir por el Consejo de Estado, de tal circunstancia y, por último, la exclusión en el testamento de Felipe III de cualquier derecho que le pudiera corresponder. Luego veremos que existe un quinto escalón que es una exclusión añadida que figura en este mismo artículo 15 y por la cual es el propio Felipe IV quien excluye también a su hermana de la sucesión.

Continúa el artículo 15 con la reproducción textual e íntegra de las cláusulas 5 y 6 de las capitulaciones de María Teresa, cláusulas de las que, por haber sido comentadas con amplitud en el apartado anterior, se omite aquí el dar mayores precisiones. Tras recordar el Rey que el tratado de capitulaciones forma parte, según el artículo 33, del tratado de paz de los Pirineos, continúa diciendo:

"Y usando como uso de la suprema potestad que por todos derechos tengo para disponer y ordenar en beneficio de mis vasallos y de la causa pública y proveer a su mejor gobernación y prevenir los daños que, de juntarse las dos Coronas, Reinos y Estados se podrían seguir, de mi motu propio, cierta ciencia y poderío real absoluto de que quiero usar y uso, con noticia cierta de los ejemplares de mis predecesores que han dispuesto, mudado y alterado el orden de la sucesión de mis reinos y estados, excluyendo a los primogénitos y a sus descendientes, por contemplación y causa de contratos de paz, de matrimonios y por otras justas consideraciones, declaró que la dicha Infante Doña María Teresa, mi hija, y todos sus descendientes, varones y hembras de este matrimonio quedaron y están excluidos y siendo necesario los excluyo de cualquier derecho o esperanza... para suceder en cualquiera de mis reinos perpetuamente y como si no hubieran nacido..."

Termina este artículo confirmando la exclusión de la Infanta Doña Ana del derecho a la sucesión en la corona, tanto por su propia renuncia como por el testamento de Felipe III, exclusión que también confirma.

La cláusula 16 se refiere a la dote de 500.000 escudos que Felipe IV prometió a su hija en las capitulaciones y afirma que si no ha cumplido con esta obligación es porque Luis XIV,

a su vez, había incumplido la que había asumido de registrar las renunciaciones ante el Parlamento de París. Pero Felipe IV desconfía de las artimañas del Cristianísimo y toma sus precauciones ante una posible maniobra con posterioridad a su muerte. Dice que el pago de la dote estaba condicionado por lo siguiente:

“Por pacto y condición de haber de aprobar y ratificar con el rey Christianísimo, su marido, luego que se celebrase el casamiento, la dicha renunciación, con juramento y con las cláusulas necesarias y que se pasase por el Parlamento de París... y se remitiese a mí o a mi sucesor y, hasta ahora, no se ha cumplido por parte del rey Christianísimo y la dicha Infante, mi hija; con que yo estaba y estoy excusado de pagar la dote que ofrecí. Y porque yo espero que el rey Christianísimo y mi hija lo cumplirán, como están obligados en conciencia y justicia, pues es cierto que yo no viniera en el dicho matrimonio si no es debajo de las condiciones referidas, mando y es mi voluntad que aunque el rey Christianísimo y mi hija no hayan cumplido por su parte, se pague la dote que yo prometí, quedando, como han de quedar todas las condiciones y cada una de las expresadas en la capitulación, en su fuerza y vigor”.

Este último mandato es de la mayor importancia pues, como veremos en el apartado siguiente, el impago de la dote es el argumento principal del *Traité* —o al menos el que más éxito ha tenido— para considerar nula la renuncia de María Teresa. Domínguez Ortiz, en el prólogo al testamento⁵⁸, considera poco creíble, como pudiera deducirse de este texto, que el impago fuera un medio de presión para que la renuncia de María Teresa fuera ratificada y registrada en el Parlamento de París ya que “hubiera sido una torpeza manifiesta pues el monarca francés no renunciaría a sus vastos y secretos designios a cambio aquella cantidad” y más bien lo achaca a la falta de recursos de la Real Hacienda.

El Duque de Maura, en su *Vida y reinado de Carlos II*⁵⁹, hace otro tipo de consideraciones afirmando que el establecimiento de la dote era puramente formulario “porque entre familias reales sólo por excepción se abonó íntegramente alguna de las pactadas durante el siglo, incluso en los casos en que su descomunal cuantía fue motivo determinante de la boda como ocurrió, por ejemplo, con la de Catalina de Braganza y Carlos II de Inglaterra. Felipe IV y su hijo que no reclamaron jamás las dotes de sus mujeres tampoco se cuidaron de entregar las de sus hijas o hermanas”. Ludwig Pfandl, en su obra *Carlos II*⁶⁰ corrobora parcialmente lo dicho por Maura cuando afirma que, muerta la Infante Emperatriz Margarita en 1673, trece años después de la boda de su hermana, se agregó a la copia de su contrato matrimonial la siguiente apostilla: “De la dote prometida por España no se entregó ni pagó un solo céntimo”.

A su vez muchos historiadores franceses consideran formularia la renuncia de María Teresa sin mayor argumento que el decir que tal era lo que pensaban los españoles de ella. Giraud⁶¹, por ejemplo, escribe que cuando el embajador d’Embrun llega a España en agosto

⁵⁸ Domínguez Ortiz. Op. cit. p. XXXII

⁵⁹ Maura Gamazo, Gabriel, Duque de Maura. *Vida y Reinado de Carlos II*. Madrid, 1942. P. 31.

⁶⁰ Pfandl, *Carlos II*, p. 125. Ello no obsta para que, muerta Margarita y heredado este derecho por su hija María Antonia, el Elector de Baviera, su esposo, reclamara la dote a Carlos II en 1686. Tardaría seis años en conseguir que comenzaran a pagarle —a plazos— tras ser nombrado Gobernador de los Países Bajos y, probablemente, a causa de ello. Adalberto de Baviera y Gabriel Maura. *Documentos inéditos referentes a las postrimerías de la Casa de Austria*. Madrid, 2004. Tomo I, pp. 25 y 282.

⁶¹ Giraud, op. cit. p. 40.

de 1661, con el encargo entre otros de conseguir que Felipe IV anulara la renuncia de su hija, habla con un ministro español que le dice que la renuncia “era más una cláusula de estilo que una obligación que conllevara efecto alguno”. Lo que no dice Giraud es que el ministro no era tal sino un secretario de D. Luis de Haro llamado Cristóbal Algelati al que usaba para las ocasiones en que se requiriera conocimiento de idiomas, pues Algelati era de origen alemán, y que “fue comprado por Francia por una pensión de 2.000 escudos o 3.000 francos al año”. Por esta razón, que nos cuenta, el propio Mignet,⁶² dice d’Embrun no conceder crédito alguno a estas palabras, y así lo escribe a Luis XIV, pero éste no comparte su criterio y contesta al arzobispo lo siguiente: “La confesión que os ha hecho D. Cristóbal de la nulidad de la renuncia de la reina no es el primer discurso de esta naturaleza que hacen los españoles. D. Luis lo ha expresado al cardenal Mazarino y el Rey a la Infanta, cuando la obligaba a firmar aquel acto diciéndole que era más una costumbre y un estilo que una obligación que pudiera tener efecto”. Además Luis XIV estaba convencido de que los españoles, con este tipo de actitudes, lo que pretendían era convencerle de lo mucho que podía favorecerle, de cara al futuro, no desmembrar la monarquía católica mediante acciones militares.

El duque de Maura considera hipócritas todas las teorías que hablan de una posible cláusula de estilo y da una versión totalmente opuesta:

"Tenemos la certeza de que cuando la primogénita de Felipe IV renunció explícita y legalmente, por contraer nupcias con el rey de Francia, a cualesquiera derechos sucesorios al trono español que recayesen en ella o en sus descendientes no había en Europa persona de seso capaz de calificar esta dejación de rito formulario o tacharla de insólita, siendo entonces tan trivial. Una princesa de la casa de Austria que entraba en la de Borbón no podía llevar a ella, sin universal escándalo, ni aún el más remoto derecho a media legua cuadrada del territorio patrimonial de sus mayores. Lo que la costumbre de la época imponía a tan augustos magnates era únicamente llenar de alhajas espléndidas el joyero de la novia, henchir su voluminoso equipaje con finas, costosas y abundantes prendas de uso y aún raros artículos alimenticios⁶³ y estipular en las capitulaciones matrimoniales la entrega ulterior de una dote pingüe"⁶⁴.

Vemos, pues, que las posturas no pueden ser más opuestas pero sería contradictorio, si estuviéramos ante una cláusula puramente formulario, la enorme cantidad de garantías que contiene la renuncia y la extrema casuística y extensión que a ello dedica el testamento. A mayor abundamiento hay que considerar que la obligación que impone Felipe IV a su sucesor de hacer frente al pago de la dote, pese a no haberse producido la ratificación del Parlamento de París, no parece tener otra pretensión que el evitar que Luis XIV, cuyas artimañas debían tener hastiado al rey español, tuviera alguna excusa, por liviana que fuera, para considerar anulada la referida renuncia.

Sin embargo hay, tal vez, una cierta justificación a la repugnancia francesa a dar como válida la renuncia. Como más adelante se verá, cuando hablemos de la renuncia de Felipe V

⁶² Mignet, op. cit. p. 73 y 74 y nota en la p. 89.

⁶³ Según Pfandl, op. Cit., p. 121 el ajuar que la infanta Margarita llevó a Viena contenía “entre otras cosas 1500 guantes de gamuza, perfumados con ámbar; 10 arrobas de pastillas de olor y 150 arrobas de chocolate”.

⁶⁴ Duque de Maura. Op. cit. P. 31.

al trono de Francia como condición primera para la paz de Utrecht, la opinión general de los juristas de este país era que una renuncia del tipo que comentamos – aunque siempre tratándose de varones- iba contra las leyes fundamentales de Francia y que éstas sólo podía cambiarlas Dios⁶⁵. Pero este argumento, que probablemente era válido en Francia, no tenía su correspondencia en las leyes españolas.

Felipe IV tenía razones sobradas para no desear la unión de las coronas. Posiblemente no tanto las etéreas que menciona el testamento tales como que "menguaría y descaecería" la gloria de los reyes de ambas naciones sino, más bien, como indica Domínguez Ortiz⁶⁶ "porque Francia era un bocado demasiado grande para poder ser asimilada por España. Ninguna de las dos potencias podía supeditarse a la otra no sólo por lo equilibrado de su fuerza sino porque el sentido nacional estaba en ambos países muy desarrollado" a diferencia de lo que entonces ocurría en Italia o Alemania. Antes bien lo predecible, a la vista de cómo crecía el poder de Francia, era que España se convirtiera en una o varias provincias francesas.

1.3 EL « TRAITÉ DES DROITS DE LA REINE TRÈS CHRETIENNE ».

Poco antes de morir Felipe IV, Ana, la reina madre de Francia, se encontraba también próxima a su fin. En agosto de 1665 llamó al marqués de la Fuente, embajador de España, para decirle que, viendo cercana su muerte, no dormía maquinando qué hacer para mantener la paz porque su hijo no pensaba sino *en sacar la espada* para sostener los derechos de su esposa sobre los Países Bajos. El marqués, a la vista del delicado estado de salud de la Reina, no quiso discutir, pero ella insistía diciendo que no hablaba como reina de Francia sino como hermana del rey de España. De la Fuente le argumentaba que no creía que Luis XIV hiciera cosa tan injusta por el poco fundamento que tenían tales pretensiones pero, ante las presiones de la Reina, se comprometió a informar a Felipe IV de cuanto le había dicho.⁶⁷

También, por aquellos días, Maria Teresa llamó al embajador para repetirle el mismo mensaje. Éste le respondió que se trataba de una interpretación forzada de las leyes de Brabante y que Felipe IV nunca daría oídos a semejantes pretensiones. La Reina le respondió "que había entreoído que el Rey prometía defender sus derechos contra el mundo entero"⁶⁸.

Razón tenía la reina madre sobre las intenciones de su hijo de *sacar la espada*. "Luis XIV estaba en unos momentos de espíritu y fortuna en que no dejaba nada al azar. Ayudado por hombres eminentes que le había legado Mazarino calculaba todo con antelación y después lo ejecutaba con precisión"⁶⁹. Antes de invadir el País Bajo y romper la Paz de los Pirineos,

⁶⁵ Ver apartado 15.3.

⁶⁶ Domínguez Ortiz, op. cit. P.XXXI.

⁶⁷ Carta del marqués de la Fuente a Felipe IV, 23 de agosto de 1665. En Mignet, tomo I pp. 368 a 370.

⁶⁸ Ibid., p. 371

⁶⁹ Ibid., tomo II, p. 4.

acciones que, sin duda, serían impopulares en Europa, era preciso atar todos los cabos y asegurar el éxito de la jugada. En primer lugar había que mantener lo más activo posible el frente de Portugal para alejar de Flandes la atención española y demorar un posible envío de refuerzos. A tal fin firmó un tratado por el que, a cambio de 400.000 escudos, obligaba a los portugueses a hacer dos campañas al año contra España⁷⁰. En segundo lugar había que neutralizar a Holanda a quien pondría nerviosa ver rondar ejércitos tan poderosos cerca de sus fronteras. Esto lo consiguió dándole apoyo en su contencioso con Inglaterra y negociando otro tratado por el que se repartirían las conquistas que hiciera Francia en el Flandes español. Pero el escollo principal estaba en Leopoldo I que, sin duda, enviaría sus fuerzas para defender las provincias flamencas puesto al aspirar su Casa a la corona de España no podía permitir que se produjera en ésta ningún desmembramiento. Como neutralizarlo no parecía fácil –aunque, como veremos, lo consiguió con creces– pensó en cortar el paso al ejército austríaco y para ello firmó cuatro alianzas secretas con Maguncia, Colonia, Neoburgo y Münster, entre los meses de julio de 1666 y mayo de 1667. A cambio de indemnizaciones⁷¹ estas ciudades se comprometían a cerrar el paso por sus estados al ejército de Leopoldo I. El 28 de octubre de 1667 se firma en Colonia un nuevo tratado que convertía las referidas cuatro alianzas individuales en una colectiva.

Faltaba controlar a Inglaterra y lo hizo comprometiéndola a no entablar durante el plazo de un año ninguna acción ni alianza que pudiera ser contraria a los intereses de Francia. Y cuando ya tenía en sus manos todas las bazas pasó a la acción. El 8 de mayo de 1667 escribe una carta a Mariana de Austria que entregó d’Embrun, en audiencia especial el 16 del mismo mes⁷².

En esta carta comienza Luis XIV afirmando su voluntad permanente de mantener la paz y cómo esa voluntad hizo que en 1665, a instancias de su madre, el marqués de la Fuente escribiera a Felipe IV sobre los derechos de María Teresa aunque, lamentablemente, la reina regente⁷³, aconsejada por el Consejo de Estado, no había prestado la más mínima atención a tales ideas sino que, en un acto hostil, había ordenado al gobernador de Flandes que los diversos estados del País Bajo que aún no lo habían hecho, prestaran juramento de fidelidad a Carlos II. Esto le ponía en la “molesta e indispensable necesidad”, para no sufrir menoscabo en su honor, de intentar conseguir por las armas la razón que le había sido rehusada.

El arzobispo d’Embrun, al tiempo que entregaba esta carta, informó a la regente de que Luis XIV había tomado la resolución “de marchar en persona, a final de mes, a la cabeza de mi ejército para intentar entrar en posesión de lo que nos pertenece en los Países Bajos, en

⁷⁰ Este tratado se firmó el 31 de marzo de 1667 y no fue fácil de conseguir pues el marqués de Castel Malhor, principal ministro portugués, creía que la guerra de Francia con España produciría *infalliblemente* la paz entre los dos reinos ibéricos.

⁷¹ La economía francesa iba viento en popa. Los ingresos netos del tesoro (después de pagar la deuda) pasaron de 31,8 millones de libras en 1661 a 63,0 millones en 1667.

⁷² La carta puede leerse en Mignet, op. cit, tomo II, pp. 58 a 60 y la recoge de la *Correspondence d’Espagne* Vol. LVI. También se encuentra, traducida al castellano, en BNE, VC/121/52.

⁷³ Felipe IV no llegó a leer la carta del marqués pues se encontraba agonizando. En cualquier caso Ana había insistido al marqués de la Fuente que hablaba a título privado, como hermana de Felipe IV, y no como reina de Francia.

razón de la herencia de la Reina, o de un equivalente...y al mismo tiempo presentar a V.M. un escrito que he hecho redactar conteniendo las razones de nuestro derecho, destruyendo plenamente las frívolas objeciones de escritos contrarios que el gobernador de Flandes ha divulgado en el mundo”⁷⁴. Luis XIV espera que, tras leer el escrito, la reina regente no rehusará la justicia que pide y ofrece terminar amigablemente el diferendo asegurando dos cosas: “una que limitaremos las condiciones del acuerdo a pretensiones muy moderadas en relación a la calidad e importancia de nuestros derechos y otra que, aún cuando los progresos de nuestras armas fueran tan felices como justa es su causa, nuestra intención no es llevarlas más allá de lo que nos pertenece o de su equivalente”. Y termina diciendo que “no creo que la paz sea rota por nuestra parte por la entrada en los Países Bajos, aunque sea a mano armada, porque nuestra intención es sólo entrar en posesión de lo que se nos ha usurpado”.

El marqués de Castel Rodrigo, gobernador general de los Países Bajos, escribió al respecto a Luis XIV una carta en la que le decía: “Me parece, por el cargo que tengo, que debo hacer ver a V.M. el escándalo que causará en todo el mundo siendo beligerante contra un hermano, un primo de seis años y una regente subordinada a las leyes del testador”⁷⁵. Denuncia, además, que se va a romper la paz, sin el aviso previo de seis meses a las potencias afectadas, según estaba previsto en el tratado de los Pirineos. Tuvo razón Castel Rodrigo y esta conducta desleal y agresiva de Luis XIV sorprendió a toda Europa levantando un sin fin de críticas como la que escribió Leibniz, en forma de opúsculo satírico titulado *Mars cristianissimus*, en el que puede leerse lo siguiente: “ya que la paz de los Pirineos ha sido quebrantada y pisoteada a la primera oportunidad debe reconocerse que quienquiera que se fíe, a partir de ahora, de la palabra de Francia es un estúpido y merece ser engañado”⁷⁶.

El escrito de que hablaba el Rey es un voluminoso libro, más de cuatrocientas páginas⁷⁷, titulado *Traité des droits de la reine très chrétienne sur divers états de la monarchie d’Espagne* redactado por un abogado francés llamado Antoine Bilain y al que ya nos hemos referido. A España llega una traducción al castellano (realizada por un francés que estudió en Salamanca) porque, según dice Lionne a d’Embrun, “muchos de los padres conscriptos del Consejo de Estado no lo hubieran entendido en nuestra lengua ni quizá en la latina”. En la primera parte del libro se intenta demostrar la nulidad de la renuncia que hizo María Teresa en sus capitulaciones matrimoniales en tanto que en la parte final, que era de aplicación inmediata, se denuncia la usurpación por parte del Rey Católico de determinados territorios en Flandes que, según una pretendida costumbre de Brabante y otros ducados y condados aledaños, pertenecían ya a María Teresa desde la muerte de su madre y que habían pasado a ser de su pleno dominio desde la muerte de su padre. El libro⁷⁸ comienza así:

⁷⁴ Mignet, op. cit., tomo I, pp. 59 y 60.

⁷⁵ Ibid. p. 95.

⁷⁶ Tomado de Smith, David L., op. cit. p. 102.

⁷⁷ En la edición en castellano.

⁷⁸ Las referencias serán a la versión en castellano del libro, editada en París por la Imprenta Real en 1667 y en la que no se especifica el autor. Este libro se encuentra –y también la versión francesa- en BNE.

"Al empeño de amparar el rey Cristianísimo los derechos de la Reina su esposa ni le lleva la codicia de poseer nuevos Estados ni le obliga el deseo de granjearse con sus armas mayor gloria. Si por vía de la sangre, y por lo que disponen las costumbres, no fuera esta grande Reina llamada a la soberanía de los dominios que le tienen usurpados, no bastaran las razones de conveniencia ni las de política para mover al Rey a intentar conseguir cosa injusta, por mínima que fuera. Pues, aunque tenga en mucho estas ricas provincias, mayor es la estimación que hace de su honra y perdiera antes el título de rey que el de justo... y (para poder actuar sin ningún escrúpulo) ha solicitado también el dictamen de todas las universidades renombradas en Europa y no ha dado el paso proyectado hasta que no ha visto, para tranquilidad de su conciencia, que todos los jurisconsultos se mostraban a de acuerdo con su opinión"⁷⁹.

El tratado da su versión de cómo se negoció la paz de los Pirineos y de cómo se establecieron las capitulaciones matrimoniales. Refleja, como antes se dijo, las pretensiones de Mazarino para que la renuncia de la infanta no fuera absoluta, la resistencia de D. Luis de Haro y la conformidad final del cadenal que consideró que "reparar en una prevención tan inútil era arrojar de nuevo a la cristiandad en un abismo"⁸⁰.

Es al reproducir parcialmente el contrato de matrimonio, concretamente la cláusula IV, donde comete Bilain la primera y mayor -por la herencia que ha dejado- de sus manipulaciones. He aquí cómo reproduce el *Traité* esta cláusula:

*"Que mediante la efectiva paga hecha a Su Majestad Cristianísima de los dichos 500.000 escudos de oro del sol, o su justo valor, en los plazos que se ha dicho antes, la dicha serenísima Infanta se dará por satisfecha y conformará con el sobredicho dote sin que después pueda alegar algún otro derecho suyo ni intentar alguna otra acción o demanda pretendiendo pertenecerle o poderle pertenecer otros mayores bienes, derechos, razones o coacciones por causa de herencias y mayores sucesiones de Sus Majestades Católicas, sus padres, ni por contemplación a sus personas en cualquier otra manera o por cualquier causa o título que sea, ya sea que lo supiere o lo ignorare, atendiendo a que, de cualquier calidad y condición que sean las dichas acciones y cosas mencionadas aquí arriba, debe quedar excluida de ellas **con toda su descendencia masculina y femenina juntamente, de todos los estados y dominaciones de España con tal que, si quedare viuda sin hijos del Rey Cristianísimo, entre de nuevo en todos sus derechos y quede libre de estas cláusulas como si no fueran otorgadas**"⁸¹.*

Las líneas en negrita están introducidas por Bilain en mitad del artículo IV, sin intercalar ni una coma, y son de su propia y exclusiva cosecha. Como antes se explicó es únicamente en la cláusula V donde se habla de la exclusión a la sucesión a la corona y a los reinos y territorios de España porque en la anterior sólo se habla de la herencia que, como ya explicamos, se refiere a la legítima y otros legados similares. Con este añadido de Bilain se vincula de forma absoluta el pago de la dote y la exclusión y con ello no es que se desvirtúe el texto de las capitulaciones sino que adquiere un significado contrario al que pretendían. Ramos del Manzano lo argumenta así:

⁷⁹ *Traité*, pp. 1 y 3. Pese a lo que afirma no consta que se consultara a universidad alguna. De lo que si hay constancia es de la opinión, totalmente en contra, emitida por las universidades flamencas "que respondieron con el desengaño a la iniquidad de la pretensión" (Ramos del Manzano, op. cit., f. 37).

⁸⁰ *Traité*, p. 16.

⁸¹ *Traité*, p. 17.

“El conocimiento legal más limitado sabe que entre dos capítulos y disposiciones separadas y distintas, como la dote para la renunciación de legítimas y las públicas del bien de las Coronas y de la Cristiandad y sobre materias de tan diversos grados, las reglas legales son que la causa o condición que se expresó en un capítulo no se extiende ni entiende repetirse en otro separado sobre materia separada y en que se expresó causa diversa”⁸²

Pese a la actitud general que respecto a este asunto viene manteniendo la historiografía francesa —y con ellos muchos otros que, sin haber profundizado en la cuestión, reproducen sus argumentos— hay algún historiador francés como es el caso de Mignet que ha reconocido lo adecuado de la renuncia⁸³:

"Dos grandes objeciones fundada una sobre un principio de justicia y la otra sobre el interés político se elevaron contra ella (la posibilidad de la sucesión en una infanta desposada con la Casa de Francia). Se pensó que convenía establecer una reciprocidad en los matrimonios concertados entre España y Francia y que no convenía que una Infante de España aportará a la corona de Francia estados que una hija de Francia no podía aportar a la corona de España. Se vio, además, que el equilibrio territorial de Europa, cuya necesidad habían hecho sentir las guerras del siglo XVI, se oponían a que estas dos monarquías, tan vastas y tan próximas, se unieran por matrimonio. Y así, cuando 1612 se produce el enlace entre Luis XIII y Ana de Austria tiene lugar la renuncia de Ana en idénticos términos a los que más tarde tendría la de María Teresa. Además Felipe III convirtió los actos de tal renuncia en ley de estado publicada en Madrid el 3 de junio de 1619 e insertada en 1640 en la Nueva Recopilación”⁸⁴.

La renuncia de María Teresa, al igual que la de Ana de Austria, da un trato particular a la sucesión en los Países Bajos y en el condado de Borgoña. En el caso de Ana por la cesión que había hecho Felipe II a su hija Isabel y a su esposo, el archiduque Alberto, de los Países Bajos y que al no haber tenido sucesión este matrimonio, estaba ordenado que estos territorios revertieran a la muerte de ambos a Felipe III. En el caso de María Teresa no sólo porque las dos renunciaciones eran casi idénticas sino también porque se había producido un intento por parte de Víctor Amadeo de Saboya, hijo de la infanta Catalina (hermana de Isabel de Francia) de apoderarse de Brabante sobre la base del *derecho de devolución*. Este príncipe estaba casado con la Infanta Cristina, hermana de Luis XIII, y pretendió la ayuda de Francia por medio de fuertes presiones y múltiples escritos que fueron, sin mayores discusiones, rechazados y reprobados tanto por el Rey, su cuñado, como por el Parlamento de París.

Pero la manipulación que hace Bilain del texto de las capitulaciones, añadiendo lo que le parece al artículo IV y dando al pago de la dote un alcance que en absoluto tenía, no por deshonesto y censurable dejó de tener éxito. Hay que reconocer que el *Traité* es, en cierto modo, un libro admirable por su claridad de exposición, por su facilidad de lectura y por el interés que despierta en el lector. Que esté lleno de sofismas y falacias es otro asunto⁸⁵.

⁸² Ramos del Manzano, op. cit., f. 68.

⁸³ Mignet, op. cit., pp. 26 a 33.

⁸⁴ Nueva Recopilación, 2ª parte, libro V, tit. VII, ley 2.

⁸⁵ Pfandl, op. cit. pp. 152 y 153 dice que es “un modelo de sutileza lógica, de claridad en la concatenación de los razonamientos, de profusión de pruebas ficticias, de mendaz falseamiento de los hechos y de grotesca imitación de verdaderos sentimientos”.

Este libro tuvo una gran difusión en todas las cortes de Europa pues se distribuyó de forma prácticamente gratuita. Tal vez por esta razón, hoy día, la mayor parte los historiadores, incluso los españoles, dan por buena la nulidad de la renuncia a causa del impago de la dote⁸⁶. Son pocos los que, con Domínguez Ortiz en su *Testamento de Felipe IV*, consideran que este pago y la renuncia al trono no estaban relacionados. Es también importante, por lo autorizado y significativo del autor, la opinión de Legrelle⁸⁷ para quien la frase *mediante el pago* sólo es aplicable al contenido de la cláusula IV

Pero cabe sospechar que el autor del *Traité* no debía confiar demasiado en el éxito de su manipulación ya que el énfasis del libro está puesto más que en la falta de pago de la dote, como causa de nulidad, en otra serie de argumentos de mayor enjundia jurídica. No son nada originales ni novedosos y casi todos ellos están enunciados, para negar su validez, en las dos renunciaciones que hizo María Teresa en Fuenterrabía, a las que antes se aludió.

El primero de ellos es que los padres no pueden hacer renunciar a sus hijos a la herencia que les corresponde y que no hay antecedente de tal cosa ni en el derecho natural ni en el de gentes ni en la ley civil. Es más, los romanos que dieron a los padres poder de vida y muerte sobre sus hijos, jamás tuvieron el poder de obligarlos a hacer esta renuncia y, de hecho, pusieron muchas trabas para que la dote pudiera ser sustitutiva de aquella⁸⁸. Tan sólo el derecho canónico es permisivo en este punto, a causa de una célebre decretal de Bonifacio VIII que el autor considera exorbitante y desatinada⁸⁹.

El segundo argumento es la inexistencia, de hecho, de la dote que otorgaba Felipe IV. La dote de María Teresa se componía de dos partes: la liberalidad de su padre y las herencias que ya le pertenecían por razón de la muerte de su madre y de su hermano Baltasar Carlos. Como quiera que la herencia materna era, como mínimo, de 500.000 escudos (ésta era la cifra asignada como dote en el matrimonio de Isabel de Francia) Felipe IV no ponía nada de su parte y, por ello, no sólo obligaba a la renuncia de la Infanta a cambio de nada sino que incluso le usurpaba una hacienda que ya era suya⁹⁰.

El tercer argumento es que "la princesa vivía bajo el poder del rey de España, su padre y tutor" –falacia total porque un padre nunca es tutor– "y no teniendo conocimiento de ninguno de sus derechos... ¿Podía la Infanta, siendo menor, disponer de sus derechos? Está asentado en la más ordinaria doctrina del derecho que las que no han llegado a los veinticinco años cumplidos no pueden libremente disponer de sus personas ni de sus bienes"⁹¹.

⁸⁶ Pfandl, op. cit., p. 92. Kamen, *La España de Carlos II*. Madrid, 1985, p. 599. Simón Tarrés, Antoni, *Historia de España* de Espasa Calpe, Madrid, 2004. Tomo 6, p. 535. Jaime Contreras, *Carlos II el Hechizado*. Madrid, 2003. P. 258. Etc.

⁸⁷ Legrelle, Arsene. *Diplomatie française et succession d'Espagne*. París, 1888. Tomo I, p. 19. Citado por Vast, op. Cit., p. 180.

⁸⁸ *Traité*, pp. 23 y 24.

⁸⁹ Ibid, p. 28.

⁹⁰ Ibid, pp. 32 a 34. Bilain oculta que la dote de Isabel de Francia nunca fue pagada ya que se compensó con la de Ana de Austria que era de igual cuantía. Según los cálculos que hace, incluidos intereses, la herencia de María Teresa sería de 1.100.000 escudos.

⁹¹ Ibid, pp.90 y 91.

Hay algún argumento más como que el poder que tenía Mazarino no era suficiente para admitir la exclusión de la infanta o que la renuncia no pudo confirmarse por la falta del juramento posterior de Luis XIV. Pero no vale la pena extenderse más en los argumentos de Bilain respecto a la renuncia María Teresa. Todos ellos fueron contestados de forma contundente, el mismo año 1667, por el ya aludido doctor Francisco Ramos del Manzano. Lo hará en una extensísima obra titulada *La respuesta de España al tratado de Francia sobre las pretensiones de la Reina Cristianísima*. A diferencia del *Traité* estamos ante una obra muy sólida, impregnada en fondo y forma de la más rígida disciplina escolástica pero abstrusa y difícil de seguir para cualquiera que no se haya doctorado en leyes en la Salamanca del siglo XVII. El libro reproduce íntegro el *Traité*, por capítulos, y se encarga de ir demoliendo punto por punto todas sus argumentaciones.

Ya hemos demostrado antes, y para ello hemos seguido la argumentación de Ramos del Manzano, que en las capitulaciones matrimoniales no se condicionaba al pago de la dote la renuncia de María Teresa a la sucesión de la Corona. Este autor establece además que son válidas las razones que da el testamento de Felipe IV para no haber efectuado dicho pago. Dice que pasaron cinco años "sin haber hecho Luis XIV la instancia por la paga de la dote, pues no podía, no cumpliendo lo que le tocaba"⁹². En efecto, según el tratado matrimonial el pago de la dote se debía hacer en París y *después de consumado el matrimonio* en tanto que la ratificación del Cristianísimo debía hacerse *inmediatamente* tras el matrimonio o sea, como máximo, el 7 de junio de 1660⁹³, en Fuenterrabía, para después pasarse y ratificarse por Parlamento de París. Ramos del Manzano lo argumenta así:

"Pero el plazo de la dote se señaló, por el capítulo 2 matrimonial, para después de consumado el matrimonio y el lugar de la primera paga en París, donde los Reyes Cristianísimos entraron algún tiempo después de celebrado el casamiento en el confín de los Pirineos... Y es conclusión elemental de todos los contratos recíprocos y correspectivos, en que hay promesas y obligaciones mutuas, que la parte que no ha cumplido lo que prometió no puede pedir ni pretender que la otra parte le cumpla su promesa"⁹⁴.

Contesta igualmente Ramos del Manzano con profusión de razones jurídicas el resto los argumentos del *Traité*. No entraremos en ello aunque conviene decir, siquiera sea de pasada, que todos los motivos de nulidad que alega serían igualmente aplicables a la mayor parte de los matrimonios reales celebrados en ese siglo, o en el anterior, sin que nadie, hasta entonces, hubiera puesto en tela de juicio la validez de los respectivos contratos matrimoniales⁹⁵.

⁹² Ramos del Manzano, op. cit., f.17. Esto contradice las numerosas gestiones que, según Mignet, hizo al respecto el arzobispo D'Embrum. Mignet, op. cit., tomo I, pp 124 y a las que hemos aludido en la nota nº 43.

⁹³ Como el matrimonio fue por poderes la infanta no fue entregada a Luis XIV hasta el día 7.

⁹⁴ Ramos del Manzano, op. cit., f. 69. Hay un matiz y es que el pago se haría a Luis XIV o a quien él designara. En este último caso si se podría haber hecho el abono en París en la fecha convenida. Pero esta designación no se hizo o, al menos, no parece constar en parte alguna.

⁹⁵ La mayor parte de las infantas se casaban antes de los 25 años y las dotes eran, en muchas ocasiones, muy inferiores a las herencias que les correspondían. El caso más destacado es, precisamente, el de Isabel de Francia que debía haber heredado millones de María de Medicis. No hay que olvidar que la renuncia que hace María Teresa a su herencia es no sólo a causa de la dote sino por el hecho de casarse con el rey de Francia.

La segunda parte del *Traité* se refiere a una antigua “costumbre”⁹⁶ del ducado de Brabante denominada *droit de devolution* por la cual, en un matrimonio, a la muerte de uno de los cónyuges, el otro quedaba sólo como usufructuario de los bienes familiares que, en realidad, pertenecían a sus hijos los cuales adquirirían el goce y pleno derecho de ellos a la muerte de sus dos progenitores. Como María Teresa era hija de Isabel de Borbón, ya fallecida, los bienes del matrimonio afectados por la costumbre de dicho ducado pasarían en usufructo a Felipe IV y, a su fallecimiento, a su hija María Teresa única superviviente. Los abogados del Cristianísimo indagaron además en qué otras regiones y ciudades limítrofes podía ser aplicable esta costumbre ancestral de Brabante u otra similar y encontraron otras muchas como Limburgo, el Henao, el Artois, Cambrai, Malinas, Namur, Amberes, la Borgoña y Luxemburgo. Esta costumbre era perfectamente conocida por la corona española ya que existe al respecto una pragmática, del propio Felipe IV en 1623, por la que “confisca” la herencia recibida en función de tal “costumbre” a los hijos que se casen contra la voluntad del progenitor no fallecido.⁹⁷ Por ello es totalmente incierto lo que dicen bastantes historiadores que achacan a los astutos abogados de Luis XIV el haber sacado a la luz este asunto.

El *Traité* presenta multitud de antecedentes, que incluso llegan hasta el rey S. Luis, para reforzar sus argumentaciones. Ramos del Manzano hace una crítica demoledora basándose fundamentalmente en la potestad de Felipe IV para derogar la costumbre, tal como lo hizo en la cláusula V de las capitulaciones, máxime cuando en Brabante la “devolución” requiere permiso del príncipe, aunque éste se conceda con la sola súplica. Citando a Montalbo, Vázquez Menchaca y Molina dice que los príncipes supremos no están sujetos a las leyes civiles: “el débito del Rey de guardar la ley es de honestidad y no de precisión porque el poderío supremo del Príncipe no está debajo de la ley ni la de su predecesor puede ligar al sucesor que es igual”.⁹⁸

El jurista flamenco Pedro Stockmans, consejero de Brabante, rebatió con gran simplicidad el nudo de la falacia con la siguiente frase: “non podest duci argumentum a privatis feudis ad supremas potestates”⁹⁹.

Ya en el apartado 1.1 se citó la afirmación de Abreu y Bertodano relativa a los “casi innumerables manifiestos y papeles que corrieron entre el público” sobre la validez de las capitulaciones. Sin ánimo de ser exhaustivo he aquí algunos de los que, aparte del *Traité* y del libro de Ramos del Manzano, tuvieron mayor relevancia¹⁰⁰:

Nulidad de la renunciación de la Reina Doña María Teresa de Austria a las Coronas y Estados del Rey Felipe IV su padre. Que se prueba por 74 razones invencibles con las respuestas a 20 objeciones que pueden hacerse los españoles. 1666.

⁹⁶ Según el *Traité* (p. 215) la costumbre tiene más fuerza que la ley ya que ésta se establece por el poder absoluto del príncipe en tanto que aquella es una ley requerida por el vasallo y concedida por el príncipe. Lógicamente las costumbres están recogidas en códigos.

⁹⁷ *Traité*, p. 292.

⁹⁸ Ramos del Manzano, op. cit., ff. 240 a 249.

⁹⁹ Pfandl, op. cit. p. 153

¹⁰⁰ La mayor parte de ellos se han tomado de la *Introducción* –sin paginar– a la *Respuesta de España...*

Consideraciones sobre el contrato de matrimonio de la Reina para mostrar cual es el derecho de Su Majestad sobre el ducado de Brabante, condados de Henao y de Namur etc.

Remarques y apuntamientos que sirvan de respuesta a dos escritos impresos en Bruselas contra los derechos de la Reina sobre el Brabante y sobre diversos lugares de los Países Bajos.

No haber derecho de devolución en el ducado de Brabante ni en los demás principados supremos de los Países Bajos. 1.666. Publicado por Pedro Stockmans, consejero de Brabante. Es sólo un opúsculo y el año siguiente publicó un tratado completo.

Broquel de estado y justicia contra el designio manifiestamente descubierto de la Monarquía Universal debajo del vano pretexto de las pretensiones de la reina de Francia. Año 1.667.

La verdad vengada de los falsos argumentos de la Francia y respuesta a un quidam que escribió sobre las pretensiones de la Corona Cristianísima contra los principados del Rey Católico.

Diálogo entre un abogado francés y otro flamenco con otro alemán. Este libro de 1.666 es un resumen del *Traité* y está redactado por los mismos autores. En 1.668 tendría una continuación titulada *Prosecución del diálogo sobre los derechos de la Reina Cristianísima entre los abogados francés y alemán con otro del Brabante.*

Posteriormente, en 1674, el arzobispo d'Embrun, Georges d'Aubusson de la Feuillade publicó *La defense du droit de Marie Therese d'Autriche, reine de France, a la succession des couronnes d'Espagne.*

1.4 LA GUERRA DE DEVOLUCIÓN Y EL PRIMER TRATADO DE REPARTO.

Recibida la carta de Luis XIV la Regente la envió al Consejo de Estado que se reunió con urgencia el 17 de mayo. El resumen de su consulta fue que tras la unión de Flandes con España, durante el reinado de Carlos V, estas provincias, a efectos de sucesión a la Corona, habían pasado a regirse por la legislación de Castilla. Recriminaron, además, la falsía de Luis XIV que, una vez más, ignoraba el tratado de los Pirineos que prescribía que todos los diferendos que pudieran surgir sobre la renuncia María Teresa se resolverían “por vía amigable y de justicia y no por las armas”¹⁰¹.

A Luis XIV no le agradaban las críticas internacionales que levantaban muchas de sus arbitrarias acciones y, en la medida de lo posible, procuraba no deteriorar en exceso la imagen de Francia. Y como le pareció que podía ser considerado políticamente incorrecto realizar semejante maniobra contra una viuda y un niño de seis años, puso en marcha en toda Europa su máquina de propaganda, distribuyendo por doquier el tratado, incluso en

¹⁰¹ Pfandl, op. cit. p. 157.

los más minúsculos señoríos, y explicando que esta vez no se trataba de una guerra sino de una "entree en possession de ce que lui appartient"¹⁰².

Por supuesto que Mariana de Austria contestó a la carta del Cristianísimo con todos los argumentos del Consejo de Estado y los que le proporcionó Francisco Ramos del Manzano. Pero ya era inútil ya que, el mismo día en que tuvo lugar la entrega de la carta a la Reina, proclamó Luis XIV delante de su corte su entrada personal en campaña -aunque quien la dirigía efectivamente era el mariscal Turenne- al frente de un ejército de más de 50.000 hombres que debía enfrentarse a los 6.000 efectivos del ejército español, desmotivados y mal pertrechados por añadidura¹⁰³. Naturalmente las ciudades atacadas no pudieron resistir y, en menos de un mes, fueron cayendo sucesivamente Tournay, Bergues, Lila etc. Como dice Pfandl hablando de la victoria francesa "su gloria está en razón inversa con la proporción de diez a uno en que las fuerzas de ambos bandos se hallaban"¹⁰⁴.

La respuesta de España sólo pudo ser diplomática. El 23 de mayo se firma el tratado de comercio con Inglaterra y se abren negociaciones con Portugal, Holanda y los príncipes alemanes. Castel Rodrigo envía a Bernardo de Salinas a Inglaterra, en petición de ayuda, pero su Rey le informa del compromiso que ha adquirido con Francia de no actuar en su contra durante un año.

Luis XIV pone en marcha también su diplomacia. Avisa a la dieta de Ratisbona de que considerará violación de los tratados de Westfalia y Münster si permiten el paso de los austriacos hacia los Países Bajos. Escribe a su embajador en Viena, el caballero de Gremonville, para que intente impedir que el Emperador ayude a España o, al menos, para que se retrase el envío de tropas. Debe decirle a Leopoldo I que una ayuda directa, o mediante el artificio de licenciar sus soldados y ponerlos al servicio de España, violaría Westfalia y que era preferible esperar la contestación oficial de Mariana de Austria y las decisiones que tome Luis XIV después de recibirla. Y si nada de esto diera resultado deberá hacer lo posible por promover una revuelta en Hungría, asunto éste en el que Gremonville hacía tiempo que trabajaba en la sombra.

Leopoldo I comunica al embajador que "su conciencia le obligaba a no abandonar los intereses de su Casa" y éste le responde que "la paz o la guerra universal están en sus manos porque si contravenía mínimamente los tratados de Westfalia el fuego se extendería en Alemania, cosa que su piedad debía evitar y que, a cambio, recibiría el compromiso serio de Luis XIV, en consideración a su amistad, de conseguir alguna acomodación favorable para la Corona de España; que las cosas no estaban lo suficientemente avanzadas como para que S.M. Imperial no pudiera impedir las peligrosas consecuencias a cambio de una *agradable propuesta*"¹⁰⁵.

¹⁰² Mignet cuenta que muchos nobles españoles, aparte de retirar el saludo a d'Embrun, se negaron a admitir el ejemplar del *Traité* que les entregaba. El embajador temía que la Inquisición retirara el libro por herético Tomo II, pp.117 y 118.

¹⁰³ Estas son las cifras que da Pfandl. Bennassar, Bartolomé. en su *Historia Moderna*, Madrid, 1980, cuantifica los ejércitos en 70.000 y 20.000 hombres respectivamente.

¹⁰⁴ Pfandl, op. cit.,p. 180.

¹⁰⁵ Carta de Gremonville a Luis XIV de 31 de mayo de 1667. En Mignet, op. cit. Tomo II, pp. 152 a 155.

Lo cierto es que Leopoldo I quería un arreglo de paz porque, pese a sus buenas intenciones, no tenía fácil ayudar a España con no pocos príncipes del Imperio partidarios de una mediación y hostiles a una intervención armada. Gremonville recibe instrucciones de Lionne para hablar de mediación pero con el único objeto de demorar la decisión de Austria. El príncipe de Lobkowitz, francófilo, pide a Gremonville que hable sin miedo al emperador de la “agradable propuesta” a que se había referido.

Mariana de Austria, el 14 de julio de 1667, declara la guerra a Francia y escribe al gobernador general de Cataluña para que ponga la frontera en estado de emergencia. Escribe también al Emperador para que a su vez declare la guerra y envíe a Flandes 9.000 hombres. Leopoldo I duda y habla de poner en marcha la oferta de mediación del arzobispo de Maguncia (había también otra propuesta del Papa para mediar) pero, ante las presiones y lamentos del embajador de España, decide la intervención y es entonces cuando Gremonville, obedeciendo órdenes, decide actuar y continuar una gestión, iniciada cinco meses antes por el conde de Furstemberg y que había terminado en un rotundo fracaso. Se trataba de proponer al Emperador el que, considerándose las casas de Austria y de Borbón con derecho a la sucesión en la Monarquía española, se hiciese una partición de sus dominios entre ambos aspirantes. Mignet lo cuenta de la forma siguiente¹⁰⁶:

“Si triunfaba en esta tentativa (Luis XIV) conseguía indudables ventajas. 1º. Hacía reconocer, pese a dos renunciaciones, la de Luis XIII y la suya, su derecho a la sucesión de España por parte del soberano más interesado en negarla. 2º. Ponía su ataque a Flandes al abrigo de los ataques austriacos. 3º. Adquiría sin duda su parte en la gran herencia que, desde hacía siete años, era motivo de sus negociaciones y preocupaciones”.

Afirma Mignet con orgullo que su libro va a revelar por vez primera esta negociación secreta y envuelta en misterios¹⁰⁷. “Confiada a unos pocos hombres de estado escapó a la desconfianza política de los principales contemporáneos y a la curiosidad de la Historia. Este gran secreto ha atravesado varias generaciones sin ser apenas conocido y, si algo ha llegado a algunos historiadores, está completamente desfigurado en sus relatos. Por primera vez el público conocerá este secreto en toda su extensión”¹⁰⁸.

El aludido conde de Furstemberg era hermano del príncipe obispo de Estrasburgo y llevaba tiempo prestando diferentes servicios remunerados a Francia. Llegó a Viena en enero de 1667 para proponer al Emperador, ocultando que Luis XIV estaba detrás del proyecto, en nombre del elector de Colonia, también buen amigo de Francia, un tratado de partición. El argumento era que toda la Cristiandad, y sobre todo el Imperio, estaban amenazados de una guerra sangrienta pues la sucesión de España iba a ser motivo de enfrentamiento seguro. Por lo tanto era imprescindible negociar. Su primer contacto en Viena fue Lobkowitz y éste

¹⁰⁶ Op. cit. Tomo II, pp. 323 y 324.

¹⁰⁷ Creo que habría que tachar a Mignet de pretencioso y, lo que es peor, de mendaz. No cabe imaginar que desconociera obra tan fundamental como las *Mémoires* del marqués de Torcy quien habla de la negociación, con algún detalle, en la primera parte de su libro, página 35. En cualquier caso podía comprobar fácilmente que en las instrucciones que se dieron al marqués de Harcourt para su embajada en Madrid en 1698 se habla con detalle de este tratado.

¹⁰⁸ Quiero recordar que el libro de Mignet fue publicado en 1.835. Parece que, a principios del XIX, el general Grimoard fue encargado de dar a la luz las memorias de Luis XIV y por ahí llegó la pretendida revelación.

le consiguió una audiencia con el Emperador aunque advirtiéndole que “era inútil repartir la piel del oso antes de cazarlo”¹⁰⁹. Furstemberg presentó dos cartas del elector de Colonia que Leopoldo I examina con desconfianza y no poca reticencia pues sus noticias eran que Carlos II, a sus cinco años, gozaba de una salud al menos no inquietante. Pero, por la causa que fuere, el proyecto se hace público y el embajador de España presenta una queja formal. Ante esto el Emperador rechaza la propuesta diciendo que “un Rey (se refiere a Luis XIV) debe ser lo suficientemente equilibrado para no pretender una sucesión a la que él y la Reina habían renunciado por un tratado público y lo suficientemente honesto y juicioso para no estar de acuerdo, aun en el caso que la renuncia fuera nula, en que el Emperador no puede, ni por su honor ni por razones de estado, prestar oídos a semejante negociación sin el consentimiento de los españoles y en tanto viva el rey de España”. La negociación terminó el 6 de marzo¹¹⁰

El 28 de octubre de 1667, preocupado por la posible entrada en guerra del Emperador, Lionne escribe a Gremontville ordenándole continúe estas negociaciones, pero reconociendo ahora que actúa por órdenes de Luis XIV, sobre la base de que el Cristianísimo se contentaría, de momento, con lo que sus tropas habían conseguido en la campaña de Flandes y que sacrificaría, por el reposo de la Cristiandad, el resto de sus pretensiones. También en esta ocasión se utilizarán los buenos oficios de Lobkowitz que reunió al embajador con el príncipe Auersperg, entonces primer ministro. Éste acoge la propuesta con desconfianza por considerar que, más que conseguir un buen tratado, lo que Luis XIV posiblemente pretendía era mantener inactivos a los austriacos o enemistarlos con España pero, no obstante, no corta las negociaciones antes bien las continúa exigiendo el máximo secreto. Informado de todo el Emperador pone tres requisitos: 1º. *Que las condiciones fueran razonables*. 2º. *Que el tratado se hiciera a tiempo* es decir que, si fracasaban las conversaciones, Austria no saliera perjudicada en sus posibilidades de actuar en el momento más conveniente. 3º. *Que se tuviesen los medios necesarios para su éxito* lo que quería decir que, para la conservación del secreto –cosa que parecía imprescindible– el asunto sería tratado sólo por Auersperg y Gremontville en Viena. Y en lo que respecta a París no sería comunicado a ningún embajador ni participado directa o indirectamente a ningún príncipe de Europa.

El 13 de diciembre Luis XIV envía sus instrucciones para Gremontville¹¹¹. Comienzan con una exposición de motivos declarando que si Carlos II muere sin sucesión los dos maridos de las infantas de España se pondrían en guerra y que sería difícil impedir que otros príncipes de Europa no se adueñasen de algunos territorios de la Corona “incluso en la propia España ya que esta nación se estima infinitamente y desprecia o teme a las otras y no faltarían personas que tuviesen pretensiones de realeza y bastante audacia y apoyo para conseguirlo”¹¹². Además, Milán, las islas (Sicilia, Cerdeña y las Baleares) y las Indias no serían de fácil conquista por el Emperador con la enemiga de Francia y, tal vez, de los propios españoles que pudieran decidir tener otro rey distinto a Luis XIV o Leopoldo I. Muy posiblemente el País Bajo español seguiría el ejemplo de las Provincias Unidas y las

¹⁰⁹ Carta de Furstemberg a Lionne de 24 de enero de 1667.

¹¹⁰ Mignet, op. cit., p. 334.

¹¹¹ Copia completa de estas instrucciones en Mignet, op. cit., Tomo II, pp. 358 a 377.

¹¹² Se estaba refiriendo, seguramente, a D. Juan José de Austria.

Indias serían objeto de pillaje por ingleses y holandeses. Por el contrario, un tratado de reparto tendría ventajas indudables para ambas partes y para el sosiego de la Cristiandad.

Luis XIV está de acuerdo en que las negociaciones se hagan en Viena y admite las tres condiciones que puso el Emperador. El tratado hará dos reconocimientos: por el primero se reconocerán los derechos de la Reina como sucesora de Felipe IV y, por el segundo, los derechos, más considerables, de la herencia de Carlos II. Considera, además, que en la próxima campaña, con los españoles débiles y sin apoyo exterior, podrá conseguir todo lo que considere de su interés. Por su parte el Emperador debe comprometerse a intentar que los españoles admitan el tratado y, de no hacerlo, no se entrometerá en su diferendo con Francia auxiliándolos con tropas o dinero.

La propuesta inicial que va a hacer Luis XIV es la siguiente.

Para el Emperador:

Los reinos peninsulares de España salvo Navarra y Rosas
Las Indias occidentales
Canarias
Las plazas de África
Sicilia, Cerdeña y Baleares.

Para Luis XIV:

El Franco Condado
Milán
Nápoles
Los presidios de Toscana y Puerto Longo
Final
Navarra y sus dependencias
Rosas
Filipinas.

Gremonville tiene poder para renunciar a Filipinas primero, después a Rosas y finalmente a Navarra. Incluso, si las cosas se ponen mal, podía ceder Milán y Final a cambio de Sicilia y Cerdeña. Se le recuerda que Nápoles es feudo de la Santa Sede y que los papas en sus investiduras han establecido que no puede pertenecer al Imperio. En cuanto a la soberanía de Siena considera que debe pertenecer a quien tenga Milán.

Llegado el caso cada una de las partes hará una solemne renuncia sobre lo adjudicado a la otra.

Estas instrucciones fueron enviadas por Lionne con un poder autógrafo de Luis XIV y selladas con el sello pequeño para mantener al máximo el secreto. Hay, en la carta de remisión, un párrafo oscuro que dice que no envía el dinero que Gremonville había solicitado para cierto “sujeto” pues sería peligroso que se supiera y el Emperador pensara

que se quería corromper a sus ministros y los apartara de la negociación lo cual impediría que se pudiesen dar opiniones favorables a las tesis de Luis XIV. Parece casi seguro que el presunto corrupto debía ser Lobkowitz. Éste era enemigo de Auersperg, desconfiaba de él e incluso pensaba que lo hacía vigilar por si se reunían secretamente.

Los poderes de Leopoldo I a Auersperg son del día 30 de diciembre y se refieren a “un acuerdo eventual sobre las dificultades que podrían surgir entre mi persona y el rey Cristianísimo respecto a las pretensiones a la sucesión en el futuro de la monarquía de España en caso de muerte del Rey Católico, mi bien amado sobrino, sin hijos nacidos de legítimo matrimonio”. Para conservar el secreto se pide una cláusula de devolución mutua de los poderes cuando acaben las negociaciones. Éstas se llevaron a cabo en el palacio de Auersperg, normalmente en horas de oscuridad, y Gremonville entraba, embozado, por una puerta secreta y dejaba su carruaje bastante alejado para no despertar sospechas.

Ya en la primera reunión, el 2 de enero de 1668, el hábil Gremonville intenta comprar a Auersperg diciéndole que su Rey le ha ordenado decirle que “si por su prudencia y buenos consejos se conseguía que el tratado saliera adelante, la recompensa le sería muy merecida por el servicio a la Cristiandad, además del cardenalato que el papa le otorgaría”. El austriaco se muestra escéptico diciendo que el papa había concedido ya todos los capelos posibles y que además tenía tres *in pectore*. Pero Gremonville le dice que no es problema y que el Cristianísimo puede solucionar el asunto sin ninguna dificultad. Más adelante Auersperg pedirá que la negociación sobre su capelo se haga con el mayor de los secretos.

Las negociaciones son intensas y rápidas y Lobkowitz informa reservadamente al embajador francés de lo que piensa el Emperador y hasta dónde está dispuesto a ceder. Incluso Leopoldo I le hace participar en las últimas negociaciones. Curiosamente, al principio, los austriacos rechazan quedarse con España con el argumento de “tómenla Uds. porque vuestro Rey tendrá más poder que nosotros para obligar a los españoles a sufrir su dominación...además se necesitan muchos medios marítimos para poder conservar las islas y las plazas de África”. A lo largo de siete sesiones se van manejando diferentes alternativas con el denominador común de que Austria exige siempre toda Italia a lo que Gremonville se niega.

Finalmente el 19 de enero con el mayor de los sigilos y en el palacio del príncipe de Auersberg se firma el tratado, muy breve, con tan sólo nueve artículos¹¹³.

Por el artículo 2º se ceden, desde ahora, al Cristianísimo las plazas y territorios de Cambray, Cambresis, el ducado de Luxemburgo o en su lugar el Franco Condado, Douai, Aire, Saint Omer, Bergues y Furnes. Por el bien de la paz Luis XIV restituye el resto de las plazas conquistadas además de Charleroi. El Emperador se compromete a intentar que España y Portugal firmen la paz por un tratado “de rey a rey”.

El artículo 3º es el fundamental y especifica el reparto que se hará si Carlos II muere sin sucesión. Es el siguiente:

¹¹³ Mignet, op. cit., Tomo II, pp. 441 a 449. Lo toma del original latino que se conserva en París, en el Ministerio de Asuntos Exteriores.

Al Emperador:

Los reinos de España (excepto lo indicado más abajo)

Las Indias occidentales

El ducado de Milán con derecho a la investidura de Siena

Final, Longone, Hercole, Orbitelle y el resto de puertos en Liguria

Cerdeña, Canarias y Baleares.

Al Cristianísimo:

Todo el País Bajo español

Franco Condado

Filipinas

Navarra y Rosas

Nápoles

Sicilia.

Por el artículo 4º ambas partes se ayudarán en caso de que se presenten dificultades en alguno de los territorios del reparto. Por el 5º se señala el plazo de este tratado que finalizará cuando Su Majestad Católica tenga un hijo de seis años cumplidos. En este momento, según las circunstancias, se podrá negociar una prolongación. El artículo 6º se refiere a la forma en que se harán las ratificaciones y el 7º, que luego sería cambiado por Francia, prescribe que, tras las ratificaciones, el tratado será enrollado, sellado y enviado al gran duque de Toscana que deberá guardar el secreto del depósito. El resto de los artículos son convencionales.

La jugada era maestra y pasó casi inadvertida, según afirma Mignet, hasta entrado el siglo XIX ya que los autores del desaguisado lo mantuvieron en el mayor de los secretos. El duque de Maura lo cuenta como sigue¹¹⁴:

"Leopoldo I, destinado a la carrera eclesiástica antes de que, por azares políticos, comenzara su aprendizaje de Emperador... soñaba con pasar a la historia como el menos guerrero de los monarcas. Halagó esta pacífica voluntad el rey Cristianísimo... con la deslumbradora perspectiva de compartir entre ambos, amistosamente, el imperio del mundo y, para comenzar, el de la monarquía española si quedara vacante su trono por falta de heredero directo".

Así se fraguó una enorme deslealtad, la primera de las que cometerá Leopoldo I con su sobrino y con España. Esta traición, unida a sus erróneas actuaciones a final de siglo, le van a conducir, aunque esto sea hacer historia contrafactual, a perder para su familia la monarquía de España. Dice el duque de Maura: "negociándolo y aceptándolo (el tratado) se desautorizó a sí misma Alemania para anatematizar por nefandos a los que después se urdieron contra ella" y da una razón adicional para la firma de este tratado secreto que, sin dejar de ser cierta, tuvo, a mi juicio, un peso menor del atribuido por Maura: tanto la corte de París como la de Viena, atentas a lo que informaban sus embajadores, y siempre pensando -tal vez confundiendo realidad con deseo- que la salud Carlos II era más precaria de lo que ciertamente era, temían que su fallecimiento súbito pudiera llevar, por deseo

¹¹⁴ Maura, op. cit. p. 95.

general de los españoles, a don Juan José de Austria al trono de España. En tal caso, si ambas potencias estaban previamente de acuerdo, les sería mucho más fácil hacer prevalecer su fuerza conjunta y desalojarlo del trono

Luis XIV había conseguido, con el tratado de reparto, una gran victoria, mucho más importante que la adquisición de las pocas plazas que, por entonces, conquistaba su ejército en el País Bajo español. Se trataba de que, pese a las disposiciones clarísimas del testamento de Felipe IV, Austria reconocía a Francia serios derechos a la corona de España. Tan serios que estaba dispuesta a pagar por ellos y no precisamente una bagatela.

La campaña de conquistas de 1667 fue corta y Luis detuvo la guerra en un armisticio tácito. Las razones de este extraño comportamiento, que desconcierta a toda Europa, no eran sino que no le valía la pena entrar en confrontación, y tal vez en guerra con una alianza que se estaba formando en ayuda de España, sólo para adueñarse antes de unas ciudades que más tarde, por la menos costosa vía diplomática, iban a caer en sus manos. En efecto, cuando Luis XIV se decidió a paralizar su campaña de conquistas sobre lo que consideraba patrimonio de su mujer, las conversaciones entre Inglaterra, Suecia y Holanda para frenar a Francia estaban muy avanzadas y Luis XIV, que lo sabía, había ofrecido renunciar a los derechos que asistían a María Teresa a cambio de que España le cediera las ciudades que acababa de conquistar o, alternativamente, el Franco Condado. El 19 de enero de 1668 se firmaba el tratado anglo-holandés que, con la adhesión de Suecia en el mes de abril, se va a convertir en la Triple Alianza. Sorprendentemente, la primera actuación de los dos coligados no fue contra Francia sino que presionaron a España para que optara por algunas de las alternativas propuestas en aras a mantener la paz en Europa. España se negó en redondo pero el Cristianísimo ni siquiera esperó a la respuesta y, previo aviso de Gremonville al Emperador, en febrero de 1668 invadió el Franco Condado. Dominarlo completamente no le costaría sino un mes. El Emperador ni siquiera se molestó, para sorpresa de todos, en mantener las formas y elevar la correspondiente protesta porque el Franco Condado era frontera con el imperio y, como luego se demostró, una cabeza de puente estratégica en cualquier conflicto franco-alemán.

Esta nueva exhibición de prepotencia exasperó a la Triple Alianza y su reacción firme hizo que se moderaran, siquiera fuera de forma táctica, los ímpetus de Luis XIV que se avino por el tratado de paz negociado en Aix-la-Chapelle y firmado el 2 de mayo de 1668, a devolver el Franco Condado pero conservando las ciudades conquistadas en el País Bajo español: Charleroi, Douai, Tournai, Courtai, Lila y Ourdenarde. Asistimos, pues, a un segundo desmembramiento del imperio español, tras el habido con la paz de los Pirineos, sin contrapartida alguna ya que Francia, en el tratado de Aix-la-Chapelle¹¹⁵, no renuncia a ninguno de los pretendidos derechos de María Teresa. En las negociaciones, España pudo optar por cualquiera de las dos alternativas que se le habían ofrecido y sorprende a primera vista que se prefiriera mantener un enclave como el Franco Condado, que geográfica y

¹¹⁵ Luis XIV quedó muy satisfecho de este tratado como explica en sus *Memorias*. “Me di cuenta que esa compensación, por mediocre que pudiera parecer en relación con lo que podía conseguir por las armas, era, sin embargo, más importante de lo que parecía, porque, al serme cedida por un tratado voluntario, entrañaba un abandono secreto de las renunciaciones por las que los españoles opretendían excluir a la Reina de todas las sucesiones de su casa”. *Memorias* de Luis XIV, citado por Bennisar, op. cit., p. 626.

étnicamente era francés, antes que las ciudades flamencas que parecían más fáciles de mantener en el futuro. El duque de Maura¹¹⁶ achaca al conde de Peñaranda¹¹⁷, que fue el muñidor de la paz, la responsabilidad de esta elección. A juicio del conde sería en el futuro más fácil intercambiar la Cerdanya, el Rosellón y otros territorios anejos, perdidos en la paz de los Pirineos, por el Franco Condado que por unas ciudades más o menos aisladas del País Bajo. La apuesta podía parecer inteligente aunque lo cierto es que Luis XIV entraba y salía de este condado cada vez que le parecía oportuno. En cualquier caso nunca, desgraciadamente, llegó a presentarse la ocasión de hacer esta propuesta..

1.5 DE NIMEGA A RYSWICK

En este apartado vamos a esbozar a vuelapluma lo ocurrido desde 1668 hasta 1697, entre las paces de Aix-la-Chapelle y Ryswick. Fueron años muy densos en acontecimientos cuyas líneas generales conviene exponer para comprobar cómo la desmembración de la monarquía católica continuó su marcha imparable tras el camino iniciado en Münster con el reconocimiento de la independencia de las Provincias Unidas. Bien es cierto que las pérdidas fueron en no pocas ocasiones provisionales y que, en cualquier caso, quedarían absorbidas por el cataclismo territorial que, en Flandes, supuso la Guerra de Sucesión. En cualquier caso en las páginas siguientes iremos detallando estas pérdidas con independencia de que fueran o no definitivas hasta Utrecht.

Para Luis XIV la firma de una paz no era sino el punto de partida para una nueva guerra de conquista que emprendía tan pronto como, tras haber dado un breve respiro a su país, hubiera pergeñado sus nuevos objetivos y establecido las alianzas que la situación de Europa permitiera en ese momento. Y, desde luego, la intervención de suecos, ingleses y holandeses en la anterior *guerra de devolución*, que le hizo renunciar a apropiarse de la totalidad de los pretendidos dominios de María Teresa, había herido su orgullo. Era sobre todo sensible a la actuación de la diminuta Holanda a la que quería hacer pagar duramente la osadía de haber pretendido torcer el brazo a la poderosa Francia. Estaba por añadidura muy dolido con los publicistas de Amsterdam que hablaban de él con desprecio e insolencia.

Claro está que seguía en vigor el tratado de reparto hecho con Alemania por el que le correspondería todo Flandes. Pero la mala conciencia del Emperador¹¹⁸ y el hecho de que el joven Carlos, que a la sazón tenía siete años, poco a poco parecía mejorar su salud, hizo que Luis XIV, informado de ello, fuera viendo decaer las esperanzas que tenía puestas en su muerte prematura y, tras ella, en el buen final del tratado de reparto.

¹¹⁶ Maura, op. cit., p. 96.

¹¹⁷ El conde de Peñaranda era uno de los miembros de la Junta de Gobierno designada en el testamento de Felipe IV. Tenía amplia experiencia diplomática y fama de hábil negociador acreditada en la paz de Münster y en las negociaciones de la dieta que eligió emperador a Leopoldo I. Era un convencido germanófilo. Maura, op. cit. p. 134 dice de él que fue *árbitro en aquellos años de la política internacional porque ni en la Junta ni en el Consejo de Estado medía ya nadie talla suficiente para hombrarse con él, ni la Reina discrepaba tampoco de sus dictámenes.*

¹¹⁸ Parece que el Emperador vivió muchos años asustado de que Luis XIV divulgara el tratado que habían firmado lo cual constituiría un escándalo y sería muy perjudicial para sus relaciones con España.

Además de entablar una guerra comercial y aduanera con las Provincias Unidas su primera estrategia fue separar a Holanda de sus aliados en la Triple Alianza, y una circunstancia, que llegó a conocer por medio de la magnífica red de informadores de que disponía, vino a favorecer sus designios. Carlos II de Inglaterra, que era hombre manirroto, se encontraba, como en él era habitual, en una difícil situación financiera, agravada ahora por la enemistad con su Parlamento que se negaba a entregarle los fondos que solicitaba. Concedor de tal problema, y también de la voracidad económica del inglés, Luis XIV puso en marcha unas negociaciones que culminaron en junio de 1670, en el tratado secreto de Dover por el que, a cambio de tres millones de libras anuales, consiguió el Cristianísimo que Inglaterra no interfiriera en el objetivo que se había marcado Francia de destruir o, al menos, castigar severamente el poder marítimo y, por ende, el comercial de Holanda. Igual compromiso consiguió que adquiriera Suecia.

Para sus fines le convenía también contar con la ayuda de España y hasta 1672 lo intentó por todos los medios posibles¹¹⁹ pero el gobierno de Madrid consideró que la conquista de Holanda por los franceses dejaría al País Bajo en muy mala situación desde el punto de vista defensivo, lo cual constituiría un claro error de estrategia a la vista de la apetencia más que demostrada de Luis XIV por tales territorios. Por eso España prefirió una alianza con las Provincias Unidas, Brandeburgo, Lorena y el Imperio con lo cual, apenas se produjo la invasión de Holanda, declaró la guerra a Francia.

El 28 de marzo de 1672 Inglaterra declara la guerra a las Provincias Unidas y los franceses se ponen también en campaña. Los comienzos de esta guerra fueron de nuevo exitosos para Francia. Y aunque el ejército atacante fue contenido por la inundación provocada al abrir los holandeses los diques de Muiden, las Provincias Unidas se vieron obligadas a ofrecer la paz a cambio de cesiones territoriales y de dar una indemnización de diez millones de libras. Pero Luis XIV exigió más dinero y más cesiones y eso resultó ser contraproducente para sus intereses. Los holandeses eligieron por estatúder a Guillermo de Orange quien, poco a poco y con ayuda de los pactos que suscribió con Lorena y con algunos príncipes alemanes, consiguió enderezar la situación de su país. En 1674 se producen cambios importantes: por una parte Carlos II de Inglaterra presionado por Guillermo de Orange y por la opinión pública inglesa firma la paz con Holanda y, por otra, ante la inactividad militar en los Países Bajos, Luis XIV ordena apoderarse del Franco Condado y lo consigue con gran facilidad. Además, aprovechando una rebelión de la ciudad de Mesina, debido a una crisis de subsistencia, invadió Sicilia en junio de 1677 aunque pronto sus tropas quedaron aisladas y tuvieron que retirarse. También llegó la guerra a la frontera con España pues se había producido en el Rosellón un alzamiento contra Francia que fue apoyado, con éxito inicial, desde Cataluña. Este éxito devino en fracaso cuando España tuvo que desviar recursos para controlar la situación de Sicilia y Luis XIV, por su parte, reforzó mucho su ejército del sur. Invadió Cataluña, castigó duramente el Ampurdán y conquistó Puigcerdá en 1678. Sin embargo el Cristianísimo, presionado por el agotamiento de sus tropas y por

¹¹⁹ Envió a tal fin a Madrid a Pedro de Bonsy, arzobispo de Toulouse, con instrucciones de insistir en la adquisición, por compra o permuta, de todo el País Bajo español lo que le colocaría en mejor posición estratégica para la conquista de las Provincias Unidas. Pero esta vez Peñaranda y toda la Junta desconfiaron de las intenciones de Luis XIV y se negaron a la transacción por considerarla una trampa. Véase Duque de Maura, op. cit. p. 135.

una recurrente crisis financiera, tuvo que proponer una nueva paz en la cual intentará, como de costumbre, hacerse con buena parte de los territorios conquistados.

Las conversaciones para la paz se desarrollaron en Nimega, desde 1675, con una lentitud desesperante y dieron lugar a tres tratados: uno con Holanda en agosto de 1678, otro con España al mes siguiente y un tercero con el Imperio en febrero de 1679. Holanda salió indemne e, incluso, obtuvo ventajas comerciales. Tampoco el Imperio se vio afectado sensiblemente y sólo Lorena y España tuvieron pérdidas territoriales de entidad. España, recuperó Courtrai, Oudenarde, Ath, Binche y Charleroi -todos cedidos en la paz de Aix-la-Chapelle- pero tuvo que entregar catorce plazas fronterizas en el País Bajo y, por añadidura, perdió de forma definitiva el Franco Condado. Con estas adquisiciones la frontera francesa tanto con Holanda como con el Flandes español va a tener una continuidad geográfica que antes no tenía y va a contar con una serie de enclaves estratégicos que Vauban se apresurará a fortificar.

Apenas firmada la paz de Nimega, Luis XIV prosigue con su política expansionista aunque esta vez la batalla jurídica será previa a la militar. Serán las conocidas *reunions* cuya esencia consiste en aprovechar la evolución sufrida a lo largo de los siglos en las relaciones de dependencia de territorios próximos a sus fronteras y que, como consecuencia de los diferentes tratados de paz, Westfalia incluido, habían pasado a pertenecer a Francia. Comenzó con la ciudad de Metz y continuará con Verdún y ante la negativa de España a admitir la vigencia de las viejas dependencias territoriales de estos obispados, aprovechando además que los turcos estaban asediando Viena, se apoderó de Courtrai (que había devuelto cuatro años antes en Nimega), de Dixmude y de las ciudades de la Decápolis en Alsacia. Esto obligó a España a declarar la guerra en noviembre de 1683. El ejército francés ocupó el ducado de Luxemburgo y, en el sur, atravesando los Pirineos llegó hasta Gerona.

La tregua de Ratisbona (agosto de 1684) establece la paz por un período de veinte años durante los cuales Francia va a conservar en su poder Luxemburgo y las plazas de Estrasburgo y Hainaut. Pero las *reunions* no sólo afectaron a España sino también a regiones del Imperio como Colonia o el Palatinado. Para añadir leña al fuego concurren entonces una serie de circunstancias que jugaron en contra de Luis XIV: la indignación que produjo en los principados protestantes la derogación del edicto Nantes, el alejamiento del peligro turco a causa de la toma de Belgrado por los imperiales y la revolución orangista de 1689 con la subida al trono de Guillermo III. La consecuencia de este cúmulo de circunstancias fue la formación de una alianza para frenar de forma definitiva el expansionismo francés. Se la denominaría Liga de Augsburgo y era inicialmente de carácter defensivo. La formaron España y una serie de principados alemanes pero pronto se van a adherir Inglaterra, Holanda, Suecia, el Emperador, Saboya e, incluso, el papa Inocencio XI. Con ello la liga va a cambiar su carácter que pasará a ser netamente ofensivo.

La Liga de Augsburgo va a mantener un largo enfrentamiento con Francia, la llamada *Guerra los nueve años* (1688 a 1697)¹²⁰. Como ocurría casi siempre, comenzó con

¹²⁰ En Alemania es conocida como guerra de Orleáns a causa de las reclamaciones de la duquesa de Orleáns sobre determinados territorios del Palatinado.

importantes éxitos de los ejércitos franceses en Flandes, Italia y Cataluña. Particularmente fue importante la guerra en Cataluña en la que España aprovechó, con cierto éxito pero sólo inicialmente, el alzamiento de los *barretines* en el sur de Francia. Luis XIV reaccionó con una energía que pronto derivará en una serie de incidencias traumáticas para España como los bombardeos de Barcelona y Alicante en 1691, la conquista de Rosas en 1693, luego las del bajo Ampurdán y Gerona y, finalmente, en 1697 el durísimo asedio y la conquista de Barcelona¹²¹ culminada por el duque de Vendôme el 10 de agosto de 1697.

Sin embargo tampoco los franceses salieron indemnes de esta guerra ya que la resistencia que opusieron los aliados fue muy dura e incluso tuvieron victorias tan decisivas como la batalla naval de la Hoügue, donde quedó prácticamente destruida la escuadra gala. El agotamiento militar y financiero de Francia¹²² obligó otra vez a Luis XIV a negociar una nueva paz. Y así, en el castillo de Nieuwburg, cerca de Ryswick, se iniciaron el 1 de mayo de 1697, bajo la mediación de Suecia, las conferencias de paz que darían lugar, meses después, a cuatro tratados con las Provincias Unidas, Inglaterra, España y el Emperador.

Llama la atención la moderación de los negociadores franceses -convenientemente instruidos por el Cristianísimo- y no sólo con respecto a las propuestas iniciales que hicieron a España sino también en cuanto a las planteadas al resto de las potencias. Luis XIV pretendía conseguir una cierta benevolencia por parte de los países europeos de cara a la posible sucesión de la corona española en la persona de su nieto. En el caso concreto de España quería algo más: intentar borrar, o al menos mitigar, los profundos sentimientos antifranceses que en toda la población española había despertado una conducta, largo tiempo continuada, de prepotencia, expolios y humillaciones y, de manera singular, la muy reciente y publicitada crueldad en los bombardeos y el asedio a Barcelona.

Los mediadores suecos ofrecieron en nombre de Francia comenzar la negociación a partir de los tratados de Westfalia y Nimega, lo cual no fue aceptado por los aliados, aunque éstos tampoco presentaron ninguna contrapropuesta con lo cual las conversaciones estaban en punto muerto. Tuvieron que ser personas ajenas a los plenipotenciarios, los embajadores de las potencias coligadas ante el congreso de la Haya y entre ellos el español Bernaldo de Quirós quienes, fuera de lo que eran sus estrictas obligaciones, diseñaron un *término medio* como base de negociación. Según esta propuesta el Emperador perdería Estrasburgo pero recuperaría Friburgo y parte de Alsacia. Carlos II de Inglaterra recuperaría Dunquerque y el Rey Católico cedería Luxemburgo. Para complicar la posibilidad de alcanzar un acuerdo Lobkowitz, que se encontraba en la Haya y a quien recientemente se había concedido el Toisón de Oro, no cesaba de insistir en que, dentro de los términos del tratado, debían incluirse previsiones consensuadas sobre la sucesión a la Corona española. Sin esto, a su juicio, la paz carecería de sentido pues sería tan precaria que no pasaría de ser un puro y

¹²¹ Persona clave en la defensa de Barcelona y, en general, en toda la campaña de Cataluña, fue el príncipe Jorge de Darmstadt. Había llegado dos años antes a Barcelona, al frente de dos regimientos alemanes pagados por España a razón de treinta escudos diarios por soldado. Este príncipe jugará un papel determinante durante los primeros años de la Guerra de Sucesión.

¹²² Fenelón, entonces ayo del duque de Borgoña, dirigió en 1694 una carta a Luis XIV en la que, con inusual franqueza, denunciaba la situación: “Francia entera no es sino un gran hospital desolado y desprovisto de alimentos”. Esta sinceridad le hizo perder la confianza del Rey. Citado por el príncipe Adalberto de Baviera. Op. cit., p.118.

efímero formulismo. Lobkowitz insistía en que el tratado debía afirmar la sucesión en la casa de Austria, dejando fuera las veleidades de Francia y Baviera. España, por su parte, consideraba ofensiva e inaudita esta intromisión en un asunto que, además de prematuro, sólo a ella le concernía.

Dos acciones de guerra, en agosto de 1697, vinieron a reforzar la posición negociadora del Cristianísimo: la rendición y entrega por el elector de Baviera de la plaza de Ath y la capitulación de Barcelona. Bien es cierto que Vendôme planteó esta última de manera muy honrosa tanto en lo que respecta a la retirada de la guarnición, que salió con todos los honores, como al posterior gobierno de la ciudad en el cual los franceses decidieron no intervenir¹²³.

Hacía años que las potencias marítimas deseaban sinceramente la paz a la que se oponían con fuerza España y el Emperador. La conquista de Barcelona y la negativa austriaca a enviar los 12.000 hombres¹²⁴ que Carlos II, por carta de 25 de julio, había solicitado a Leopoldo –bien es cierto que a petición del propio embajador de Viena, el conde de Harrach– dejaban a España tan desprotegida que no existía, entre Cataluña y Madrid, enclave alguno que permitiera, con ciertas garantías, resistir la posible y muy temida invasión francesa. Esto hizo cambiar de forma radical la postura española sobre la firma de la paz.

En contrapartida, la postura del Emperador que, a mediados de 1697 se sentía muy fuerte, era adversa a la paz. Eugenio de Saboya acababa de desbaratar a los otomanos – por cierto asesorados por militares franceses– en Zenta donde murieron el gran visir y los cuatro generales de mayor rango. Por si fuera poco acababa de concertar con Pedro el Grande de Rusia y con la República de Venecia una alianza contra el turco y había conseguido colocar como rey de Polonia a un príncipe del Imperio, el elector de Sajonia. Y, como última circunstancia, si firmaba la paz, cualquier maniobra para nombrar al Archiduque heredero del trono de España sería considerada por Luis XIV como un *casus belli* con el agravante de que las potencias marítimas no le darían apoyo por considerar insensata una actuación de este tipo en tanto viviera Carlos II.

Con estas bazas puestas sobre la mesa de negociación, el 20 de setiembre se firmaban las paces entre Francia por una parte e Inglaterra, las Provincias Unidas y España por la otra. La paz con el Emperador, que al final hubo de transigir, se firmó el 30 de octubre. Como antes he indicado todas ellas fueron bastante favorables a los países de la Alianza lo que dio lugar a escándalo y menosprecio por parte de los franceses hacia sus negociadores,

¹²³ Salvo en lo relativo a la jurisdicción del Tribunal de la Inquisición que fue suspendida.

¹²⁴ El frustrado envío de estas tropas tuvo un fuerte impacto sobre las ya escasas simpatías que despertaba por entonces la sucesión del Archiduque. Fue uno más de los errores que llevó a Austria a perder una herencia que, sin el cúmulo de torpezas que cometió, le parecía destinada. Ciertamente la responsabilidad de los ministros del Emperador queda algo mitigada por las reticencias de las potencias marítimas a colaborar en el transporte de este ejército a cuyo frente vendría el Archiduque Carlos que, así, completaría su formación en España. La idea, ciertamente no insensata, de Harrach era que este contingente de fuerzas unidas a la que Darmstadt tenía en Cataluña y a la presencia de Carlos en Madrid harían muy difícil, en caso de muerte intestada del rey de España, que la herencia de la Monarquía no fuera para la casa de Habsburgo.

aparentemente ineptos pero que, como es lógico, tan sólo cumplían órdenes. En Francia se hizo muy popular la siguiente coplilla:

Les trois ministres habiles
en un seul jour
ont rendu trente deux villes
et Luxembourg.
A peine ont-ils sauvé Paris
charivarí

Luis XIV reconoció a Guillermo III como rey de Inglaterra y se obligó a retirar su apoyo al pretendiente Estuardo. Se devolvieron las conquistas mutuas, incluidas las que Francia había hecho en América y, al tiempo, se pactaron determinadas facilidades comerciales y de navegación.

En el tratado con las Provincias Unidas ambos países también se devolvían los territorios ocupados, incluso los situados fuera de Europa, y Francia favorecía a los holandeses con aranceles más bajos y facilidades de navegación. Pero lo más importante es que, por primera vez, admitía el *derecho de barrera* por el cual las Provincias Unidas podían tener guarniciones en algunas plazas estratégicas del País Bajo español. La concreción de tal derecho de barrera será, si prescindimos de la innegociable renuncia de Felipe V a la Corona de Francia, el punto clave en la negociación del Tratado de Utrecht.

En lo que España se refiere, Francia devolvía Luxemburgo¹²⁵, Cataluña y una serie de ciudades en Flandes (Mons, Courtai, Charleroi etc.), junto a otras que había ocupado en virtud de las *reunions* después del tratado de Nimega.

Con Alemania la paz prescribía que perdía Estrasburgo pero se le devolvían otras ciudades ocupadas por los decretos de reunión. Lorena era restituida a su duque.

Ryswick representa un retroceso de cierta entidad para Francia respecto a la tregua de Ratisbona. En el aspecto territorial conserva Alsacia y Estrasburgo y, respecto a la posición hegemónica que había logrado tras muchos años de victorias, el temor al poder de sus ejércitos no va a experimentar en Europa deterioro alguno. No obstante las cosas han cambiado, aunque tal vez Luis XIV no se percate demasiado de ello. Inglaterra es un poder emergente y Austria, alejada la presión otomana, es una potencia muy a tener en cuenta. Además el problema de la sucesión española había cobrado urgencia porque Carlos II, que ya contaba con 37 años y cuya definitiva falta de descendencia era ya más que una hipótesis una realidad, había experimentado desde el año anterior, en el que estuvo gravemente enfermo, un deterioro físico que se veía como irreversible. Y, al no tratarse este problema en Ryswick, durante los tres años siguientes se va a desatar en Europa una batalla diplomática, no por soterrada menos virulenta, cuyas circunstancias serán objeto del siguiente capítulo.

¹²⁵ Gracias al empecinamiento de Bernardo de Quirós pues el elector de Baviera, Gobernador General de los Países Bajos, estaba dispuesto a cederlo.

CAPÍTULO 2. LOS TRATADOS DE REPARTO.

2.1 EL PRIMER TESTAMENTO DE CARLOS II

El problema sucesorio de la monarquía española va a emerger con toda crudeza en Europa, y particularmente en España, pocos años después del matrimonio de Carlos II con Mariana de Neoburgo, cuando pasó a ser un secreto a voces que los sucesivos embarazos fallidos de la Reina no era sino artimañas urdidas entre ella y su camarera mayor, la condesa de Berlips, para mantener vivas las esperanzas del Rey de conseguir un heredero directo. A mitad de la década se cantaba por Madrid esta seguidilla:

La *perdiz* poderosa
más que el monarca,
cuando quiere a la Reina,
la hace preñada.

Es sabido que el testamento de Felipe IV nombraba heredera, después de Carlos II, a la infanta Margarita y a sus descendientes y, en su defecto, a los descendientes de la infanta María cuya cabeza era, en aquellos momentos, Leopoldo I viudo a su vez de la propia Margarita. No tuvo esta princesa más descendencia que una hija, María Antonia, que casó con Maximiliano Manuel, príncipe elector de Baviera. En las negociaciones previas a esta boda Leopoldo hizo que María Antonia renunciara en su favor a los derechos que, de acuerdo con el testamento de su abuelo materno, le correspondían para heredar la corona de España¹. Tal renuncia fue consentida por Maximiliano Manuel, como esposo y como padre de los posibles herederos, a cambio de la ayuda que Leopoldo I se comprometió a prestarle para conseguir que Carlos II le concediera el cargo de gobernador de los Países Bajos españoles. Más tarde, a cambio de su adhesión a la Gran Alianza, en un artículo secreto² promovido por Guillermo de Orange, se le prometió la soberanía sobre estos territorios si el Rey de España moría sin descendencia³. María Antonia, tras dar a luz el 18 de octubre de 1692 a un hijo, el príncipe José Fernando, falleció de fiebres puerperales el día de Nochebuena de ese mismo año. En su testamento "había ratificado solemnemente *primo loco* la renuncia hecha al casarse"⁴. Ciertamente esta renuncia jamás fue reconocida por Carlos II y mucho menos ratificada por las Cortes españolas, como era la pretensión del Emperador siguiendo la pauta de lo ocurrido en anteriores renunciaciones de infantas de España. Tampoco Maximiliano Manuel, después que fuera nombrado gobernador de los Países Bajos, estaba dispuesto a dar por buenas las renunciaciones de su esposa. Muy al contrario, la

¹ Tal renuncia no hacía sino seguir la tradición de la Casa de Habsburgo de asegurar la sucesión por línea masculina cuando había matrimonios con otros linajes europeos. Esto que era muy evidente en el caso de matrimonios de infantas con la familia Borbón, se hacía también cuando se trataba de enlaces con príncipes del Imperio.

² Pese a ser secreto el artículo trascendió y antes de ser nombrado gobernador tuvo que garantizar al Consejo de Estado que no pretendía en absoluto conseguir tal soberanía.

³ Adalberto de Baviera en *Mariana de Neoburgo, Reina de España*, p. 75.

⁴ El Emperador a Lobkowitz, Viena, 24, 25 y 28 de diciembre de 1692. Citado por Adalberto de Baviera, op. cit., p. 97.

Reina madre Mariana de Austria le había sugerido que “una vez que en Bruselas hubiera hecho méritos para la monarquía española, le sería más fácil hacer valer contra el Emperador y el Rey de Francia los derechos al trono de España de la hija de la infanta Margarita”⁵. Ciertamente la situación era muy confusa. El duque de Maura lo expresa así:

"Jurídicamente era el pleito inextricable no sólo por la carencia de tribunal sentenciador sino también por la falta de normas fijas de derecho público. ¿Hasta qué punto debían ellas coincidir con las taxativas y vigentes del derecho privado español, francés o alemán? ¿Sería lícito a un monarca sin herederos disponer libremente de sus estados como cualquier particular? ¿Se debían convocar las cortes españolas no obstante haberse prescindido de ellas a la muerte de Felipe IV? ¿Se reputaría válida la renuncia que suscribió María Teresa al contraer matrimonio con Luis XIV a pesar de no haberse entregado aún la dote estipulada? ¿Se aplicaría igual criterio a la que firmó la archiduquesa María Antonia, única heredera de la emperatriz Margarita, al contraer matrimonio con el elector de Baviera, aunque esta renuncia no se hubiera homologado en España, como lo fue en Cortes la de la reina francesa? ¿Conservarían validez los llamamientos testamentarios hechos por Felipe IV para el caso de morir intestado su único heredero masculino? ¿Estaba en lo justo el emperador Leopoldo al aducir que los derechos sucesorios de la Casa de Austria no podían recaer sino en varón puesto que las hembras los transferirían a una casa extraña al contraer matrimonio?"⁶

El problema era de enorme complejidad. Felipe IV al redactar su testamento que, como se dijo anteriormente, provenía de borradores elaborados años antes, no consideró conveniente reunir las Cortes del Reino. Castilla y Aragón debían reunirse por separado y en el derecho aragonés primaba la sucesión por línea masculina. Según esto, posiblemente, las Cortes de Aragón podrían haber sentenciado que la Corona de España debía pasar, tras la muerte de Carlos II sin descendencia, a Leopoldo I por ser descendiente por línea masculina del emperador Fernando I, hermano de Carlos V.

Ante problema tan lleno de sutilezas jurídicas era obligado que surgieran detractores y partidarios de cada una de las tres casas aspirantes, la casa de Borbón, la de Austria y la de Baviera; y la fuerza que cada cual tuviera en el momento álgido, y cómo fuera capaz de acomodarse a la cambiante realidad, serían elementos determinantes para llevar a la angustiada conciencia de Carlos II a una decisión final a la hora de designar sucesor. Interrelacionando en este escenario estaban, además, las potencias europeas, con intereses variopintos, que intrigaban, maniobraban y amenazaban para conseguir “jugárselo a los dados”, en palabras de Pfandl, la mayor porción posible de lo que imaginaban iba a ser la demolición del Imperio español.

En cualquier caso la postura de Carlos II era muy firme: no quería oír hablar sobre una sucesión que no recayera en un heredero propio, al que nunca renunció, animado, tal vez, por los fingidos embarazos de Mariana y por considerar como la primera e inexcusable obligación de un monarca el dar continuidad a su dinastía. De ahí la irritación con que acogía cualquier sugerencia, por suave que fuera, sobre la designación de un sucesor y, mucho más, cuando se trataba de que potencias extranjeras tramaran estrategias y alianzas para el caso de una hipotética falta de descendientes. Pero, en todo tiempo y como telón de

⁵ Ibid. P. 82.

⁶ Duque de Maura. Prólogo al *Mariana de Neoburgo, reina de España* de Adalberto de Baviera, p. 13.

fondo, hay que constatar la antipatía que el Rey sentía por Francia en contraposición a su cariño por Austria. No en vano llevaba sufriendo impotente las humillaciones y agravios con que Luis XIV acosaba continuamente a su Monarquía y que golpeaban de manera tenaz sobre una mente a la que, ya desde niño, se había educado en el odio a lo francés. El duque de Maura cuenta en el prólogo al *Mariana de Neoburgo* de Adalberto de Baviera cómo "se le mintió de niño que el delfín francés le sustraía los juguetes perdidos o rotos" y cómo "había sido criado y educado, por el contrario, en constante veneración y cariño hacia su tío y cuñado, el emperador Leopoldo"⁷.

Poco después del nacimiento de José Fernando de Baviera que, como antes dije, fue a finales de 1692 y pasados ya cuatro años del matrimonio entre Carlos II y Mariana de Neoburgo sin que apareciese el esperado heredero, comienzan ya a decantarse en España los diferentes partidos de cara a la sucesión. El partido inicialmente con más influencia estaba promovido por la Reina madre que trabajaba con todas sus fuerzas en favor del Príncipe elector. Aun cuando ella no había llegado a conocer en persona a su nieta María Antonia le tuvo un enorme cariño que luego trasladó íntegro al pequeño José Fernando y, colateralmente, a Maximiliano Manuel quien, conocedor de la influencia en la corte y en el Rey de la antes denostada Mariana de Austria, la trató con una deferencia y un cariño exquisitos, más propios de un hijo de sangre que de un nieto político.

Pero no se trataba sólo de los deseos y la influencia Mariana. Todo el Consejo de Estado⁸ y muchos entre los grandes y la alta nobleza, ateniéndose al testamento de Felipe IV y no admitida por España la renuncia de María Antonia, consideraban que el pequeño Príncipe elector era, sin duda, el candidato con mayores derechos para hacerse con la herencia del Imperio español.

Desde comienzos de la década de los noventa Austria y Baviera deciden tomar parte activa en el contencioso sobre la sucesión que tenía lugar en España. Buscarán apoyos entre los consejeros de estado⁹ y la nobleza a la vez que intentarán ganarse a la opinión pública. Austria va a utilizar a su embajador, el conde de Lobkowitz que, en 1690, fue enviado a Madrid para gestionar el nombramiento del elector de Baviera como gobernador de los Países Bajos¹⁰ y, poco más tarde, designado para sustituir como embajador al desprestigiado conde de Mansfeld¹¹. En cuanto al elector de Baviera, que tenía en Madrid, desde julio de 1686, a Juan Bautista de Lancier¹² como representante, cuando entra en

⁷ Ibid., p.14.

⁸ Ibid., p. 141.

⁹ Durante la década de los noventa el Consejo de Estado tuvo una enorme importancia política y un poder proporcional: "Se hipertrofió, asimismo, el Consejo de Estado, erigiéndose (a imitación de la Junta de Gobierno instituida por la minoridad del Rey) en Corregente, con ínfulas de Cosoberano". Duque de Maura, op. cit., p. 435.

¹⁰ Príncipe Adalberto de Baviera y Gabriel Maura Gamazo. *Documentos inéditos referentes a las postrimerías de la Casa de Austria en España*. Madrid, 2004. Tomo I, p. 112.

¹¹ El conde de Mansfeld fue quien acompañó a Mariana de Neoburgo en su largo viaje desde el Palatinado hasta España por lo cual le fue concedida la grandeza de España. Durante este viaje hizo una gran amistad con la Reina, amistad que continuó en Madrid hasta alcanzar un grado de intimidad que llenó la corte de murmuraciones y produjo el consiguiente escándalo público, seguramente infundado.

¹² *Documentos inéditos...*, tomo I, p. 20. Contiene las instrucciones iniciales a Lancier con énfasis especial en hacerse con la benevolencia de la Reina madre y cobrar la dote heredada por María Antonia.

juego la candidatura de su hijo lo sustituirá, en 1695, por un enviado de mucha más talla política, el barón Bertier.

En lo que respecta a Francia la situación de guerra con España le impedía tener embajador, ni siquiera representante extraoficial. Esto no quiere decir que Luis XIV no estuviera relativamente bien informado de lo que sucedía a través de sus agentes entre los cuales hubo dos que parece que tuvieron alguna entidad: el mercedario Gabriel Blandinières y el capuchino padre Duval. De mucha más utilidad le fueron otros dos agentes, mujeres en este caso, María Mancini, la condestablesa Colonna¹³, cuñada del marqués de los Balbases a quien causó no pocas preocupaciones por su actividad política en la corte y por las fiestas ostentosas que celebraba en su casa de Madrid; fiestas a las que asistían los más destacados prohombres del partido francés y en las que se intrigaba y maniobraba sin demasiadas cautelas. La otra agente era la marquesa de Gudannes, con no mejor fama, y que ejercía de espía auténtica enviando continuamente información a París de todo cuanto acontecía en España aunque, ciertamente, junto a algunos análisis juiciosos, estas cartas contenían no pocos infundios, exageraciones y noticias tendenciosas buscando, más que nada, halagar al rey francés¹⁴.

El partido austriaco contaba con pocos aunque poderosos apoyos. Lo formaban, junto a la Reina¹⁵, la condesa de Berlips y Wiser, su secretario, que ejercía también de representante del elector Palatino. A estos personajes había que añadir el almirante de Castilla, el conde de Frigiliana, al marqués de Leganés (que estaba entonces de gobernador de Milán), los condes de Monterrey y Benavente y algunos pocos miembros más de la nobleza que adoptaron desde el principio una actitud claramente pro austriaca. Que el grupo fuera reducido no implicaba que careciera de poder e influencia porque, ya en el año 1691, Mariana escribía su hermano afirmando que ella era "el principal ministro de Rey"¹⁶. La capacidad de intriga de la Reina y sus dos socios (y se puede decir que lo eran en sentido estricto) era muy grande y no menores los éxitos que conseguían y que iban desde deponer a un primer ministro, caso del conde de Oropesa, hasta manejar a su arbitrio las decisiones del Rey o expoliar en beneficio propio o de algún familiar el erario público o el patrimonio artístico nacional. Sólo la Reina madre conseguía contrapesar la influencia de Mariana y salir victoriosa en los enfrentamientos que sostenía con su nuera¹⁷. Pero la Neoburgo era mujer más de intereses que de lealtades y, como más adelante se verá, tuvo a finales de la década de los noventa acercamientos tanto a Baviera como a Francia.

En el año 1696 se van a producir una serie de acontecimientos relevantes que van a ser el detonante de cuatro años llenos de crispación e incidencias relacionadas con la sucesión al

¹³ María Mancini, hermana menor de Olimpia Mancini que fue amante de Luis XIV y madre del príncipe Eugenio de Saboya. María tuvo también una magnífica relación –en este caso platónica– con el rey de Francia.

¹⁴ Cincuenta y nueve de las cartas de la marquesa de Gudannes fueron publicadas en 1929 por la *Revue Hispanique*. Tomo XLVII, pp. 383 a 541.

¹⁵ Mariana era hermana de la Emperatriz y, en general, la casa del Palatinado fue siempre muy adicta al Emperador.

¹⁶ Mariana a Juan Guillermo, 16 de mayo de 1691. En *Documentos inéditos...* Tomo I, p. 231.

¹⁷ El odio de la Neoburgo a Mariana de Austria tuvo su origen en el apoyo de la Reina madre a la candidatura del elector de Baviera a la gobernación de los Países Bajos en tanto que la Reina joven apoyaba a uno de sus hermanos. También perdió contra ella la batalla por el obispado de Lieja para el que proponía a otro hermano.

trono de España y con los intentos exteriores de desmembración de su imperio. La salud de Carlos II había sido casi siempre precaria salvo, tal vez, sus años de matrimonio con María Luisa de Orleans y también, de manera singular, el año 1695. Pero, nada más comenzar el año siguiente, en enero, tuvo ya un primer achaque grave del que se repuso para, llegado el mes de marzo, caer Rey y Reina enfermos de cierta gravedad. A su vez, también a final de marzo, la Reina madre descubre a los médicos la enfermedad que le llevaría a la tumba:

"Hace seis días que nuestra altísima Reina nos mostró un tumor que tiene en el pecho izquierdo (y que de mucho tiempo atrás ocultaba), de la magnitud y tamaño de la cabeza de un niño recién nacido... De lo que se deduce que se trata del cáncer del que habló Galeno y al que Cornelio Celso llama carcinoma"¹⁸.

Apenas mes y medio después murió Mariana de Austria. "Aun en los últimos días de tormentos no se olvidó la Reina madre del pequeño Príncipe electoral de Baviera. Dijo a su hijo, agobiado por el dolor, que sería un gran consuelo para ella, tan cerca de la muerte, si nombrase un heredero. No podía pensar más que en su bisnieto... Parece que el Rey hizo entonces a su madre la promesa deseada"¹⁹. Se dijo que había muerto en olor de santidad y se habló, y no poco, de milagros y de señales especiales del cielo. El embajador británico en Madrid, Stanhope, daba todo ello por verídico y encontraba motivos razonables para iniciar los trámites de canonización²⁰. En cualquier caso la desaparición de Mariana tuvo una indudable trascendencia política y afectó de manera especial a dos personas: a la Neoburgo que encontró vía libre en sus intentos de manipular, ahora ya sin cortapisas, a su marido y al elector de Baviera que perdía a la persona que más y mejor defendía los intereses del joven José Fernando. Pero el elector era maniobrero y habilísimo político y, enseguida, puso en marcha planes llenos de sutileza para conseguir que el odio ancestral²¹ que le tenía la Neoburgo se trocase en simpatía y apoyo.

En agosto la real pareja estuvo a punto de morir a causa, según se dijo, de una intoxicación por comer pastel de anguila. Corrieron rumores entre el pueblo de que la enfermedad del Rey era consecuencia de envenenamiento o de contagio del mal que padecía su mujer. Unas 4.000 personas se reunieron ante palacio vociferando contra la Reina y amenazando con matarla a pedradas, junto con sus criados, si el Rey llegaba a morir. La Reina estuvo muy grave, incluso desahuciada, y el día 18 de agosto le administraron la extremaunción y, esperando un milagro, se sacó en procesión la imagen de la Virgen de Atocha²². Por Europa corrieron noticias insistentes de su muerte pero lo cierto es que a comienzos de septiembre

¹⁸ *Documentos inéditos...*, Tomo I, pp. 537 y 538. Informe médico adjunto a la carta de Mariana de Neoburgo al elector Palatino de 8 de abril de 1696.

¹⁹ *Mariana de Neoburgo...*, p. 146.

²⁰ En carta al Emperador de 22 de octubre de 1699, desde el Escorial, le dice Aloisio de Harrach que "estuvo invitado por el Rey en el pudridero del panteón contemplando el cadáver de la Reina viuda, su madre. No obstante los cuatro años transcurridos desde su muerte y las tres capas de cal que se echaron sobre el ataúd está el cadáver intacto y parece que S. M. acaba de fallecer. El Rey le ordenó que mirara y tocara todo detenidamente para que informase de ello al Emperador... Se trata, pues, de una bienaventurada y no es dudoso que por su intercesión gozará el Rey de larga vida..." *Documentos Inéditos*, tomo II, p.1114.

²¹ La casa del Palatinado y la de Baviera eran dos ramas de una misma familia, los Wittelsbach, cuyas relaciones eran malas desde tiempos inmemoriales.

²² *Documentos inéditos...*, Tomo I, pp. 564 y 565. Bertier a Prielmayer, 18 de agosto de 1696 y condesa de Berlips al elector Palatino, 1 de septiembre de 1696.

se hallaba relativamente fuera de peligro, aunque con recaídas frecuentes y una debilidad extrema de la que tardó semanas en recuperarse. El Rey se recuperó antes, pero fue vana apariencia²³ porque, el 9 de septiembre, volvió a caer enfermo de suma gravedad sin que Mariana se enterara pues los médicos no consideraron conveniente para su salud tenerla informada.

La preocupación porque el Rey pudiera morir sin designar heredero era enorme y el Consejo de Estado estuvo reunido casi permanentemente. Portocarrero fue a informar a Carlos II de lo acordado en Consejo sobre su sucesión. La consulta coincidía en su recomendación con la promesa que el Rey había hecho a su madre moribunda de testar en favor del príncipe elector de Baviera, promesa cuyo cumplimiento se ocupó el Cardenal de transformar en caso de conciencia. Y así el 13 de septiembre de 1696, entre las siete y las ocho la mañana, tras confesar y recibir la extremaunción el Rey firmó el testamento cuyos términos fueron sólo conocidos por Portocarrero y por D. Juan Larrea, como secretario del Despacho Universal. Ambos, al parecer, juraron al rey mantenerlo en estricto secreto. Pero, sea como fuere, la información se divulgó:

"La Neoburgo supo enseguida que su esposo había firmado, a espaldas suyas, algún escrito en que favorecía al pequeño bávaro. Empezaron a darle de nuevo sus ataques, volvió a sus escenas de chillidos y escándalos, protestó de que se la hubiera engañado vergonzosamente, amenazó con abortos y proyectos de suicidio y llegó, incluso, a exasperar de tal modo a su esposo, tan bonachón e infeliz, que un día se pudo ver cómo el Rey, jadeante y trémulo, arrojaba al suelo entre vociferaciones y juramentos algunas piezas de una preciosa vajilla y lanzaba un candelabro contra un espejo de cuerpo entero"²⁴.

Aloisio Tomás de Harrach, que ejercía de embajador de Austria en espera de la llegada de su padre, el caballerizo mayor de Leopoldo I, cuenta en carta al Emperador de 8 de noviembre de 1696 la audiencia que había tenido con la Reina y cómo ésta "le hizo grandes demostraciones de estar consagrada por entero al magno asunto de la sucesión con propósito de que se anule el testamento y se sustituya por otro para lo cual ha aprovechado cuantas ocasiones tuvo de tratar con el Rey. Según parece se ha mostrado Su Majestad arrepentido de lo que hizo y acusa a los ministros de haber abusado de su debilidad... Ha hecho lo posible por conocer el contenido del testamento y lo que deduce de la información obtenida de la Reina... es que favorece exclusivamente al Príncipe electoral de Baviera, y que dentro del Consejo votaron en este sentido el Cardenal, Aguilar y Balbases mientras el Almirante, Mancera y Montalto se inclinaban al Rey de Romanos y Monterrey y Villafranca al archiduque Carlos"²⁵.

Y ciertamente puso la Reina todo su empeño en anular este testamento. Stanhope escribía que "el Rey no sólo está muy decaído en su salud corporal sino que su ánimo está afectado

²³ Esta enfermedad del Rey va a ser el comienzo de un declive progresivo que, pese a lo que parecía evidente, tardará aun cuatro años en conducirlo a la muerte. Los cambios físicos fueron notables y, entre otros, perdió el pelo, Lobkowitz escribió: *El Rey ha perdido mucho pelo después de su enfermedad y dice que para tapar la calva se pondrá una peluca pero sin rizos ni polvos, para no parecerse al francés a quien odia por tantas razones*. Pfandl, L., *Carlos II*, p. 387.

²⁴ Pfandl, L., op. cit., p. 339.

²⁵ *Documentos inéditos...* Pp. 585 y 586. También Lancier al elector de Baviera en la misma fecha.

por un exceso de melancolía lo cual es atribuido en gran medida a las continuas inoportunidades de la Reina para hacer alterar su testamento”²⁶. Por su parte el cardenal Portocarrero trataba de defender el testamento con todas sus fuerzas para lo cual juzgó conveniente reunir al brazo eclesiástico, e incluso a las Cortes, para ratificarlo. Ambas reuniones fueron prohibidas por el Rey

No parece estar clara la suerte que corrió este documento pues hay versiones para todos los gustos. Torcy²⁷ dice que fue "desgarrado" por el propio Rey, opinión en la que coincide con Pfandl²⁸. Adalberto de Baviera²⁹ afirma que fue hecho desaparecer por la Reina de los archivos del Despacho Universal. Harrach³⁰ (en esta ocasión ya el padre), en una memoria dirigida al Emperador, asegura que la Reina lo había "roto y anulado". Por su parte Bertier³¹ manifestaba en carta a Prielmayer que el Rey "no quería cambiar nada, a pesar de los esfuerzos de la Reina y del viejo Harrach. Que no tenía, en realidad, gana ninguna de nombrar sucesor... Que no bastaría la influencia de la Reina pues el Rey no se dejaría llevar a una decisión semejante sin la intervención del Consejo de Estado y de las Cortes". El duque de Maura³² abunda en lo difícil que iba a resultarle a la Reina cumplir con sus propósitos destructores: "y si Carlos II era tan irresoluto, como escribió la *Perdiz*, en las triviales opciones de la vida cotidiana y aún de la política, cuando las juzgaba de conciencia sabía resistir (pasivamente por lo menos) con el mismo tesón y no menor eficacia que los gobernantes más enaltecidos por enérgicos en la Historia" y continua más adelante diciendo que "se obstinaba la Reina en lograr de su marido que con cualquier pretexto reclamase del archivo de la Secretaría de Despacho el original del malhadado testamento para tener el gusto de destruirlo, rasgándolo o quemándolo por su propia y vengativa mano"³³. En cualquier caso Maura ignora que sucedió con el testamento:

"A principios de 1698 (es decir más de un año después de su firma) era un enigma para Europa entera (salvo media docena escasa de personas) si subsistía o no el testamento de 1696. Las criaturas de la Reina se jactaban (al oído de sus confidentes) de haber su Señora logrado destruirlo y aun ella misma lo aseguró alguna vez, bajo palabra de riguroso secreto. Pero fue la mentira una sus armas habituales y me inclino a creer falso el hecho"³⁴.

Todas estas teorías tienen sus puntos débiles. Parece que, destruido o no, alguna copia, firmada o al menos legitimada, quedó del testamento ya que, según se cree, el siguiente que firmó Carlos II, también a favor del Príncipe elector, tenía muchos puntos en común con el anterior. El Rey que, como se ha dicho, odiaba hablar de su sucesión negó con firmeza, durante mucho tiempo, de forma directa e indirecta, oral y escrita, la existencia del testamento a todo aquel que osara plantear la cuestión y, de manera concreta, a los

²⁶ Pfandl, op. cit., p. 339.

²⁷ *Mémoires du marquis de Torcy*. París, 1828. Primera parte, p. 25.

²⁸ Pfandl, op. cit., p. 340.

²⁹ *Mariana de Neoburgo...*, p. 163.

³⁰ *Ibid.*, p. 179

³¹ *Ibid.*, p. 179.

³² Duque de Maura. *Vida y reinado de Carlos II*, p. 471. Esta afirmación contradice la opinión mayoritaria sobre la debilidad (aunque no exenta de terquedad) de Carlos II pero si analizamos con detalle las numerosas consultas del Consejo de Estado sobre temas variados tengo para mí que es más cierta que la contraria.

³³ *Ibid.*, p. 480.

³⁴ *Ibid.*, p.500.

representantes diplomáticos de París y Viena. No obstante el testamento no fue nunca derogado y, para Carlos II, conservo su validez o, al menos, tal parece deducirse del comienzo del decreto que envió al Consejo de Estado el 27 de enero de 1699. Dice así: “En el último Consejo que se tuvo en mi presencia le di a entender había determinado *renovar* mi testamento dado añadiendo las providencias que me había representado era forzoso asegurar en lo posible...”³⁵.

2.2 EL TRATADO DE LOO Y EL SEGUNDO TESTAMENTO DE CARLOS II.

Ya hemos visto cómo la paz de Ryswick se cerró en falso al no ser posible acordar nada sobre la sucesión de España lo cual, por deseable que fuera para las potencias marítimas y para el Emperador, no tenía precedentes históricos, máxime cuando la salud de Carlos II parecía algo recuperada y, para la mentalidad de la época, aun siendo improbable, no cabía asegurar de manera absoluta que el Rey no pudiera tener descendientes³⁶.

Luis XIV, apenas ha firmado la paz, pone en marcha de nuevo sus estrategias para hacerse con la herencia española. Nueve años de guerra son casi una eternidad y, pese a la información que sobre el interior de España disponía, era consciente de que le faltaban muchos datos para poder evaluar la situación y poner en marcha actuaciones eficaces. Por eso su primera medida es nombrar embajador en Madrid al marqués de Harcourt, persona perspicaz y de su confianza, a la que dará las instrucciones precisas para diseñar, en el menor tiempo posible, una línea de acción capaz de derrotar diplomáticamente las pretensiones Austria y las maniobras que sus embajadores efectuaban, desde largo tiempo atrás, para alcanzar tales objetivos. Estas maniobras alemanas, según el marqués de Torcy³⁷, Secretario de Estado de Francia para Asuntos Exteriores, incluían asuntos variopintos como la reclamación de la soberanía sobre los Países Bajos para María Antonia, los intentos del Emperador de enviar al archiduque Carlos a educarse a Madrid, la muerte de María Luisa de Orleans, que en Francia sospechaban había sido envenenada por acción conjunta de los Condes de Mansfeld y de Oropesa, la boda de Carlos II con la hermana de la emperatriz y las posteriores actuaciones, claramente pro imperiales, de la Neoburgo.

Poco antes de la paz de Ryswick, el Emperador había enviado a España como embajador al conde de Harrach, ministro de su consejo y su caballerizo mayor³⁸, con la doble misión de anular el testamento a favor del Príncipe Elector y obtener uno nuevo que designara heredero al Archiduque Carlos. Nada de ello consiguió, ni siquiera el traer a España al Archiduque a educarse pues Viena no admitía la contrapartida del envío de 12.000 hombres

³⁵ AHN . Leg. 2780. El Rey. a Crispín Botello (secretario Consejo de Estado), 27 de enero de 1699. Se trata de un papel poco conocido y aislado ya que iba acompañado de anejos importantes que se encuentran ubicados en el legajo 2761/2

³⁶ En esta tesis no vamos a entrar en el asunto de los hechizos que se le hicieron al Rey pero lo cierto es que en 1700 se consideraba que gran parte de las esterilidades se debían a hechizos y brujerías y que eran reversibles mediante las acciones adecuadas.

³⁷ *Mémoires du Marquis de Torcy*. Primera parte, pp. 18 y sigs.

³⁸ Realmente llegó antes su hijo pues el viejo conde tenía cuestiones pendientes en Viena. Más adelante su hijo le sustituiría ya que sus muchos años y la desmoralización que le produjo el nulo éxito de su misión le hicieron pedir el relevo.

para defender Cataluña, inicialmente por razones económicas y más tarde, acabada la guerra, por dificultades logísticas ya que Inglaterra y Holanda se negaron a facilitar un transporte cuyos objetivos se consideraban contrarios al espíritu de Ryswick. Tampoco consiguió Harrach que el gobierno de Milán, que el Rey había concedido al príncipe de Vaudemont, le fuera otorgado al Archiduque para que allí, pese a su juventud, iniciara sus primeros pasos como gobernante.

Justamente al acabar la guerra, muerta su gran protectora Mariana de Austria, comienza el Elector de Baviera sus maniobras, en ocasiones lícitas y otras rozando, cuando no incurriendo de pleno, en traición a su soberano, a fin de conseguir, para él y para su hijo el mayor bocado posible de la sucesión española. La maniobra primera fue solicitar a Luis XIV su protección y pedirle le indicara cuáles eran sus intenciones sobre la monarquía española y qué Estados juzgaba conveniente reservarse para él o sus nietos³⁹. El Cristianísimo le respondió que tenía que valorar una situación que, en aquel momento, desconocía y sobre todo saber, de primera mano, la cantidad y calidad de los partidarios que el Elector tenía en España.

Fue en diciembre de 1697 cuando el marqués de Harcourt fue nombrado embajador en Madrid. Era teniente general de carrera (aunque durante la guerra ya se le había encargado una misión diplomática ante el Elector Palatino) e igualmente eran militares casi todos los que le acompañaban en su misión, entre ellos su propio hermano y Blecourt, su pariente y sucesor. Una idea de cómo se vio en Madrid este extraño séquito del embajador que, ni siquiera, trajo con él a un jurista, lo dan estas palabras de la condesa de Berlips a los pocos meses de su llegada: "el embajador tiene en su casa a dos generales, cuatro coroneles y ocho capitanes sin contar oficiales subalternos con el pretexto de que forman parte de su servidumbre. Y los 40.000 hombres apercebidos en la frontera de Navarra invadirán el país antes de que puedan llegar los ejércitos imperiales"⁴⁰.

Las instrucciones para el embajador fueron redactadas por Torcy⁴¹, aunque inspiradas y corregidas por el propio Luis XIV. Tienen una extensión notable y están divididas en ocho apartados⁴². Una parte de ellas se refería a comprobar si, como afirmaba el elector de Baviera, su partido "aun siendo el más oculto no deja de ser el más poderoso y que el pueblo se inclina por el Príncipe Electoral con preferencia al Archiduque"⁴³. Debe averiguar si es cierto que el elector de Baviera ha otorgado poderes al Almirante (a quien erróneamente considera como el jefe de su partido) para actuar con plenas facultades en su nombre en caso de fallecimiento repentino del Rey español. A continuación se le recomienda indagar en lo posible la disposición de los grandes⁴⁴ y la del pueblo respecto a la sucesión, y vigilar y descubrir las acciones que pudieran emprender los embajadores

³⁹ Torcy, op. cit., p. 27.

⁴⁰ *Documentos Inéditos*. Berlips al Elector Palatino, Madrid, 29 de agosto de 1698. Tomo II, p. 839.

⁴¹ Torcy, *Mémoires*, primera parte, pp. 28 y sigs.

⁴² Las instrucciones completas (salvo la parte relativa a etiqueta) pueden leerse en C. Hippeau. *Avenement des Bourbons au trône d'Espagne. Correspondance inédite du marquis d'Harcourt*. París, 1875. Tomo 1, pp. XXVII a LXIV.

⁴³ Hippeau, op. cit., tomo 1, p. LXIII.

⁴⁴ Entre otras cosas "cuáles son las recompensas de cargos, gobiernos u otras conveniencias que les gustarían".

imperiales para tratar de frustrarlas. Una idéntica vigilancia había que aplicar a los partidarios de Baviera ya que, por entonces, eran ambos los únicos candidatos oficiales a la sucesión pues el Cristianísimo, durante la guerra y los primeros meses de paz, no había dado ningún paso para sostener los derechos del delfín aunque pensaba que el partido francés, por cuyo desarrollo nada había hecho, era el más fuerte y numeroso⁴⁵. Las instrucciones indican que el odio del pueblo hacia todo lo alemán “son quizá el único fundamento de la inclinación que se descubre hacia Francia” y que corresponde a Harcourt detectar cual sea la realidad y la fortaleza del partido francés. También era preciso conocer las verdaderas intenciones de Carlos II y hacia quién se inclinaba, si hacia el Emperador o hacia el Príncipe Elector, ya que esto condicionaría, en su caso, la política de reparto a emprender. Sin embargo y con objeto de mostrar una postura de fuerza ordenó a Harcourt, en relación con el envío de las fuerzas alemanas a España con la misión, no declarada pero evidente, de apoyar al Archiduque Carlos cuando viniera a Madrid para completar su educación española y ayudarle a hacerse con el poder en caso de Carlos II muriera, que diera a conocer, por todo los medios posibles, que consideraría una ruptura de la paz cualquier disposición que fuera en perjuicio de sus nietos, los legítimos herederos. Otro tanto habría de decir si el Archiduque era promovido como gobernador de Milán

Las instrucciones del marqués de Harcourt dedican todo un apartado, el número VII, a hacer una descripción de los personajes de cierta relevancia en la corte española. Hacen especial hincapié en la debilidad del Rey y en el poder de la Reina que distribuye cargos, nombra consejeros y destierra a quienes se le oponen. Afirman que la Reina es especialmente sensible a los regalos⁴⁶, que el Almirante aparenta ser fiel al Emperador pero que, “ocupado únicamente de su fortuna”, cabe dudar de la sinceridad de sus sentimientos. Por el contrario el conde de Aguilar es de fidelidad contrastada. Tanto Portocarrero, al que califica de mediocre, como Montalto son enemigos declarados del partido austríaco. De Monterrey y Mancera se ignora cómo piensan pero no parecen ligados a ningún partido. Como misión fundamental estaba el atraerse a la Reina por medio de la adulación y de finos regalos parisinos para hacerle olvidar su aversión inicial hacia Francia. Como puede verse algunos de los asertos de estas instrucciones no respondían a la realidad aunque sí todo lo relativo a la Reina. Y, ciertamente, el marqués de exquisitos modales y su elegante esposa hicieron mella en la Neoburgo, molesta desde hacía tiempo con la rudeza germana de los Harrach⁴⁷.

Harcourt, que era hombre inteligente, a poco de su llegada España el 24 de febrero de 1698, se percató de forma precisa de cual era la situación: el desorden y la corrupción que

⁴⁵ Según Maura, op. cit., p. 502 la información más actualizada que, en aquel momento, disponía Luis XIV procedía del P. Duval y era de 1697. Decía así: “La grandeza del Rey, sus hazañas durante la guerra, su moderación en la paz que acaba de conceder, su prudencia, su justicia, la culta prosperidad de sus estados, la esperanza fundada de que sus nietos sigan su ejemplo...el afán de los castellanos por reconquistar Portugal...el brutal y feroz humor de los alemanes, su codicia...inclinan hacia el partido de Francia a los mejores y más celosos castellanos”.

⁴⁶ “Es del dominio público los reproches que se le hacen por su avidez para recibir y exigir presentes y que nadie la supera en ingenio para encontrar pretextos para hacerse con lo más precioso de Madrid y para amasar todos los días nuevos tesoros”. Hippeau, tomo 1, p. XXX.

⁴⁷ Las presiones de Harrach a la Reina para que forzara a su marido a hacer testamento contenían amenazas sobre su futuro si Carlos II moría sin testar: una Reina viuda de España no tenía más salidas que el Panteón del Escorial o el convento de las Descalzas Reales.

reinaban en el estado y entre los grandes, unidos a la venalidad de la Reina, podían hacer muy fácil el llevar el agua a su molino simplemente repartiendo el *oro francés* con generosidad. Escribió a Luis XIV pidiendo dinero para manejarlo a su arbitrio y, además, como militar que era, sugirió que contingentes de tropas francesas hicieran movimientos cerca de las fronteras de Cataluña y Navarra en el ánimo de encender los temores a una posible invasión si se producían actitudes que desagradaran suficientemente al Cristianísimo.

Torcy se hace eco de esta carta en sus memorias⁴⁸ aunque es incierta su afirmación de que la respuesta de Luis XIV a la petición de dinero fue negativa con el argumento de que el desmesurado poder de la Reina hacía inútiles tales acciones. La negativa, que la hubo, fue sólo para sobornos de alto nivel a personajes públicos: “El dinero que os haré remitir no puede ser empleado sino en gratificaciones particulares a aquellos que juzguéis poder ganar mediante sumas mediocres dadas a propósito. Haréis promesas de cargos y dignidades proporcionadas al rango y a la alcurnia de los que se comprometan con vos...antes de comprometeros en ningún gasto debéis conocer perfectamente su utilidad...Os envío primeramente dos letras de cambio por ciento cincuenta mil libras y he dado órdenes para una suma similar que recibiréis prontamente si os fuera necesaria”⁴⁹. En cualquier caso las *Mémoires* del Secretario de Estado francés son obsesivas sobre la limpieza con que se manejó el asunto de la sucesión. En el comienzo de su libro, desde la primera página, no hace sino reconvenir a los muchos escritores que han falseado la realidad:

"Más ocupados de desear el agrado de los enemigos de Francia han sembrado el error no sólo entre los extranjeros sino, incluso, dentro del reino; de suerte que aquellos que se interesan por la política y presumen de conocer el interés de los principales, están persuadidos de que el testamento de Carlos II, fuente de una guerra larga y sangrienta, fue concebido en Versalles y aceptado y ejecutado en Madrid por intrigas movidas secretamente con el cardenal Portocarrero y otros ministros ganados por el oro que el marqués de Harcourt, creado después par y mariscal de Francia, había repartido abundantemente durante el curso de su embajada”⁵⁰.

Naturalmente la recopilación de la correspondencia entre Luis XIV y su embajador en España, realizada por Hippeau en 1875, puso las cosas en su sitio. Llegado este punto quiero aclarar que las referencias en este trabajo a las Memorias de Torcy van a ser muy numerosas, de acuerdo con el puesto de primera línea que ocupaba y a la información privilegiada de que dispuso. Otra cosa es que no siempre la información que nos da es veraz y sus opiniones son, a menudo, sesgadas. William Coxe, en un libro, que fue fundamental, publicado en la primera mitad del XIX⁵¹, hace una crítica despiadada sobre estas Memorias:

“No podemos abandonar esta materia sin hablar de las Memorias del marqués de Torcy, cuya intervención en este grave negocio como Secretario de Estado y su afectación de candor y buena fe le han adquirido más crédito y autoridad de la que en sí merece. No cabe duda de que el objeto de esta obra célebre ha sido el justificar la conducta de Luis XIV haciendo alarde de

⁴⁸ *Mémoires*, p. 31.

⁴⁹ Hippeau, op. cit., tomo 1, p.42. El Rey a Harcourt, 16 de marzo de 1698.

⁵⁰ *Mémoires*, pp. 17 y 18.

⁵¹ Guillermo Coxe. *España bajo el reinado de la Casa de Borbón*. Madrid, 1846.

la sinceridad de este monarca....El autor distribuye con prodigiosa liberalidad los epítetos de injustos, parciales e ignorantes a cuantos muestran dudar de la buena fe de Luis...y declara que todo este negocio fue conducido y terminado sin intrigas y sin ninguna negociación que condujese al Rey a nombrar sucesor”⁵².

La llegada del marqués de Harcourt en Madrid provocó en él una decepción enorme. El Rey no le recibió en audiencia privada hasta el 17 de abril⁵³ alegando unas veces estar enfermo y otras que sólo se concedían audiencias privadas a los embajadores de S. M. Cesárea. Tampoco la nobleza, salvo alguno de poca monta y casi en forma clandestina, se atrevió inicialmente a rendirle visita⁵⁴. Sin embargo, Portocarrero tuvo una primera entrevista con él el 28 de marzo. El Cardenal estuvo lleno de amabilidad y le dijo: "podemos hablar de negocios cualquier día. Mi deber me obliga a mirar primero el servicio de Dios, luego el de mi Amo y vuestro Rey está inmediatamente tras uno y otro"⁵⁵. Estas palabras que Torcy pone en boca del Cardenal son más halagadoras de las que realmente dijo, que no pasó de las formas habituales de cortesía sin mayor alcance, tal como nos ha contado Hippeau⁵⁶. Diferente es el caso del marqués de los Balbases, francófilo de siempre, que se abrió con el embajador y al que hizo toda clase de confidencias. Probablemente las deliberaciones del Consejo de Estado en el que se trató sobre la oferta de Luis XIV de ayuda naval para Ceuta, y que Harcourt cuenta a su Rey con detalle de cómo votó cada uno, fueron filtradas por el marqués que entonces era miembro del Consejo. En general Harcourt cuenta cómo los nobles españoles con quienes se entrevistaba decían desear un príncipe francés, que mantuviera íntegra la monarquía española, sin desmembrarla y reducirla a provincia francesa: “Era España un cuerpo sin alma que Francia debía animar y sostener a sus expensas tanto en el viejo como en el nuevo mundo”⁵⁷.

Luis XIV instruido ahora sobre la situación en España va intentar reproducir, de alguna manera, el tratado de reparto que hizo con el Emperador en 1668. Pero las circunstancias eran diferentes. Leopoldo I tenía ahora dos hijos y pretendía para el segundo de ellos la corona de España habiendo dado para ello pasos importantes como el provocar la doble renuncia de su hija la archiduquesa María Antonia. Por lo tanto parecía, en principio, inútil retomar la negociación con Austria. Era de mucha mayor utilidad negociar con Guillermo III que, en aquellos momentos, tenía la ventaja añadida de poder hablar tanto en nombre de Inglaterra como de Holanda.

⁵² Ibid, tomo 1º, pp. 67 y 68. Coxe demuestra que, como era inevitable, Torcy manteniendo esta postura incurre en numerosas contradicciones a lo largo de la obra. Hasta siete de ellas son desarrolladas con todo detalle. Abundando en este tema conviene resaltar el poco aprecio que Baudrillart tiene a este libro prefiriendo con mucho las *Mémoires* del duque de Noailles o, incluso, el *Journal Inedit* de Torcy.

⁵³ La audiencia fue decepcionante por lo corta y anodina y por no poder apreciar el marqués el aspecto del Rey, lo que era encargo específico de Luis XIV, por estar situado a contraluz de dos velas. “Tuvo mucho cuidado de ocultarse durante el tiempo que duró la audiencia y yo me retiré sin haberle podido ver ni los ojos ni el color de su cara”. Hippeau, op. cit. tomo 1, p.71. Harcourt a Luis XIV, 18 de abril de 1698.

⁵⁴ “Los Grandes de España no me han visitado aparte de cuatro de poca monta”. Harcourt al Rey, 17 de marzo de 1700. Hippeau, op. cit., tomo 1, p. 44.

⁵⁵ Torcy, *Mémoires*, p. 33.

⁵⁶ El contenido preciso de la entrevista puede verse en Hippeau, tomo 1, p. 54. Harcourt al Rey, 29 de marzo de 1698.

⁵⁷ Torcy, *Mémoires*, p. 34.

Tras la paz de Ryswick Guillermo III envió de embajador a París al holandés Bentink, elevado por él a conde de Portland, persona que gozaba de su amistad y total confianza⁵⁸ con más razón que si hubiera nacido en Inglaterra a cuyas gentes consideraba sospechosas y de dudosa fidelidad. Este monarca tenía unos objetivos perfectamente claros: en primer lugar mantener la paz recientemente lograda porque el Parlamento inglés había obligado a la desmovilización de las tropas y no concedería, a corto plazo, ninguna aportación económica para una nueva leva. En segundo lugar alcanzar el equilibrio de poder en Europa, idea básica de Guillermo III, porque permitiría el mantenimiento de la paz durante períodos de tiempo más largos con lo cual los comercios inglés y holandés gozarían de mejores oportunidades de desarrollo. Por último el afianzar el poderío naval de las dos potencias marítimas base del desarrollo comercial que propugnaba. Y estos tres objetivos estaban amenazados por una bomba de relojería cuyo estallido se consideraba imprevisible aunque próximo en el tiempo: la muerte del rey de España. Pero nada de esto fue óbice para que Guillermo III renovara con el Emperador el artículo secreto de la Gran Alianza que preveía la sucesión en la Casa de Habsburgo.

Luis XIV decidió proponer a Guillermo III un reparto del imperio español similar al negociado en 1668 con el emperador Leopoldo para lo cual ordenó a Torcy y al marqués de Pomponne que comenzaran las conversaciones con Lord Portland⁵⁹. Era el mes de marzo de 1698 cuando el conde de Tallard, nombrado embajador del Cristianísimo ante Inglaterra marchó a Londres para conocer de labios del propio Guillermo la acogida que habían tenido las propuestas genéricas hechas a Lord Portland sobre cómo mantener la paz si fallecía Carlos II y, en especial, sobre el secreto riguroso en que habrían de llevarse tales conversaciones.

Desde luego Luis XIV era consciente de que fuesen cualesquiera los derechos que asistían al delfín, la unión de las coronas de Francia y España (igual que, en otro caso, las de Alemania y España) no era asunto que pudiera ser asumido por el resto de Europa por lo cual su propuesta inicial al rey Guillermo fue que los derechos del delfín fueran reconocidos pero que éste inmediatamente los cedería al más joven de sus hijos que sería enviado a España para su educación según los principios de este país. La oferta inicial del Cristianísimo incluía también la cesión de la soberanía de los Países Bajos al elector de Baviera con objeto de tranquilizar a las potencias marítimas que hubieran visto con preocupación un príncipe francés tan próximo a sus fronteras. Lógicamente esta propuesta no gustó a Guillermo III quien consideró que no sólo se acumulaba un exceso de poder en la casa de Borbón sino que Elector era demasiado débil como para constituir una barrera eficaz entre Francia y las potencias marítimas. Además, antes de tomar cualquier compromiso, quería tantear cuál era la disposición de España ante un posible reparto.

Pero esto implicaba conversaciones difíciles y dilatadas y ello no convenía a Luis XIV que veía muy inestable la situación, con la Reina y los Harrach presionando para conseguir un testamento proaustriaco. Por ello cambió de táctica con una nueva oferta que, el 17 de abril, hace a través de Tallard:

⁵⁸ Algunos historiadores afirman que hubo una relación homosexual entre ambos.

⁵⁹ Una extensa nota sobre esta reunión puede verse en Hippeau, tomo 1, pp.15 a 21.

"No tengo inconveniente en concretar una proposición optativa sometiéndola a S. M. Británica para que escoja entre sus dos términos. Consiste el primero en ceder al Príncipe Elector bávaro España, Indias, Flandes, Mallorca, Menorca, Cerdeña, Filipinas y los demás dominios de su monarquía excepto Nápoles, Sicilia y Luxemburgo que retendrá mi hijo como parte mínima de lo que por derecho propio le corresponde. El Milanesado constituirá la hijuela del Archiduque. El segundo término de la opción es éste: uno de mis nietos heredará la monarquía entera con las siguientes excepciones: El País Bajo español, tal como existe, que será para el Príncipe Elector bávaro, los reinos de Nápoles y Sicilia y los presidios de Toscana que se cederán al Archiduque y el Milanesado que se entregará al duque de Saboya. Tampoco tengo reparo en concertar un tratado especial de comercio con las potencias marítimas y gestionar de los españoles cuantas estipulaciones crean ellos convenientes para su pacífico y ulterior desenvolvimiento"⁶⁰.

Harcourt informado de estas negociaciones las consideraba inconvenientes. Según él, el partido francés crecía a ojos vistas, la Reina y sus adictos podían ser, si no ganados, al menos bloqueados y era incluso posible la venida de un hijo del Delfín para educarse en España. Pero todo se iría al traste si traslucía la más mínima posibilidad de desmembramiento de la Monarquía porque no sería admitido ni por el Rey ni por la corte ni por el pueblo. Y era ésta, precisamente, la mayor baza del príncipe Elector ante Carlos II, más allá, incluso, de las promesas que hizo a su madre antes de morir: la opción bávara permitía un equilibrio de fuerzas en Europa, sin que Francia o Austria adquirieran más poder del que ya tenían y sin que hubiera que hacer reparto alguno de reinos y territorios de la Corona española.

El Archivo Histórico Nacional contiene numerosos documentos fechados en 1698 y 1699 y dirigidos a Maximiliano Manuel informando puntualmente de cuanto ocurría, de cómo se maniobraba y se elucubraba, a veces sobre datos nimios o intrascendentes. La historia de esta documentación es curiosa. La Secretaría del Despacho Universal tenía un departamento llamado el *gabinete negro*⁶¹ y que no era sino una sección que se ocupaba de espiar e intervenir, cuando podía, la correspondencia de los ministros extranjeros en Madrid. Concretamente el Elector tenía dos corresponsales que se ocultan bajo los nombres de Pedro González, el *discursista* y Bernardo Bravo, el *moralista*. Este último era, sin duda, el barón de Bertier⁶² pero se desconoce quién fuera el primero⁶³. Ciertamente escribían a Maximiliano de manera independiente y sin que parezca que haya subordinación de uno a otro. Es más las relaciones no debían ser buenas y González calificaba a Bravo de extravagante. Sin duda el *gabinete negro* no sólo abrió estas cartas sino que las copió y se encuentran en gran número en los legajos 2907 y 2554. En este último legajo aparecen agrupadas bajo un papel con la siguiente advertencia: "Copias sacadas de los originales para instruir al rey Felipe V al feliz ingreso de esta monarquía".

⁶⁰ Maura, op. cit., p. 516.

⁶¹ Así lo ha denominado Maldonado Macanaz en *Un secreto de Estado*. Revista España, tomo 128.

⁶² El propio Bertier lo confirma en una carta de 22 de Mayo de 1698 aunque Maldonado Macanaz lo niegue. Posiblemente manejó una segunda versión de esta correspondencia que existe también en AHN.

⁶³ El duque de Maura afirma, sin dar nombre ni mayores detalles, que se trataba de un alto funcionario de la embajada alemana que estaba traicionando a su país.

Toda esta documentación nos cuenta cómo Elector jugaba hábilmente sus bazas de cara primero a conseguir que su hijo fuera nombrado sucesor y, tras ello, a mantener vigente, hasta la muerte de Carlos II, esta situación que, como se verá, estaba amenazada por muchos frentes. Así Bernardo Bravo escribe a Prielmayer, primer ministro del Elector, con fecha 11 de abril de 1698 lo siguiente:

"Su Alteza Electoral se servirá mandarme advertir de su ánimo de atraer a la Reina a nuestro partido, proponiéndola condiciones aventajadas, para el caso de la mayor fatalidad, como podría ser el gobierno por su vida de la Baviera o de los Países Bajos, sólidamente lo uno en falta de lo otro y, en falta de entrambos un gobierno de ciudad o provincia de España, con una renta anual cuantiosa, como se le había señalado a la Reina Madre, que era de 300 o 400.000 escudos, con calidad de que la Reina apliqué su autoridad para mantener a Su Alteza Electoral en los Países Bajos, asegurar el trono de España en el Sr. Príncipe Electoral, procurar que no se innove nada en el testamento del Rey y que las condiciones a las que su Alteza se obligare no tengan efecto sino en el caso de que el Sr. Príncipe Electoral sea realmente instituido, por este testamento o por otro, heredero universal de la Monarquía. La Berlips me ha hecho sobre esto una insinuación indirecta... Y al paso puede creer que la Berlips haya hablado sobre ello a la Reina... Y si esto continuare puede, su Alteza Electoral, esperar ser, a su tiempo, tan favorecido debajo de la mano de la Reina como la Corte Cesárea lo ha sido hasta ahora abiertamente"⁶⁴.

Por otra parte las impresiones que Harcourt hacía llegar a París y que Torcy recoge en su memorias⁶⁵ no podían ser más favorables. Portocarrero se había franqueado con él y le había confesado que, "tras haber examinado escrupulosamente lo que convenía al servicio de Dios, al bien de la patria y a la equidad, había decidido tomar el partido de la familia real de Francia y que hasta la muerte sería inmovible en su resolución". A su vez el Emperador, presionado por los Harrach, no cesaba de hacer reproches a la Reina por los nulos resultados que estaba logrando para la causa de su familia. Con ello consiguió que Mariana se encolerizara y "comenzara a reconocer el mal partido que había tomado y que deseara hacer olvidar en Francia su conducta pasada y dar las oportunas reparaciones". Según Torcy, Mariana ordenó al almirante que se acercara a Harcourt para invitarlo a mantener una relación más cordial con ella e incluso le hizo sugerencias sobre cómo ganarla definitivamente para la causa borbónica. Harcourt pudo llegar a creer las declaraciones de Portocarrero, incompatibles con lo que el cardenal pensaba en ese momento, pero no era tan ingenuo como para prestar oídos al Almirante cuyo único objetivo era "divertirse y engañarlo".

El marqués estaba muy preocupado por el aparente buen camino de las conversaciones que se celebraban en Holanda para el tratado de reparto. Era consciente de la tormenta que caería sobre él en el momento en que la noticia llegara España. Por eso no sólo había presentado su dimisión a Luis XIV sino que se la había reiterado varias veces aunque sin éxito.

⁶⁴ AHN, leg. 2554. Bertier a Prielmayer, 11 de abril de 1698.

⁶⁵ Torcy, *Mémoires*, primera parte, pp. 49 y sigs.

El 28 de agosto escribe Harrach al Emperador una interesante carta⁶⁶ con sus impresiones sobre el estado en que veía la sucesión del Archiduque después de varias conversaciones con el conde de Oropesa y el Almirante que, a la sazón, llevaban los asuntos del gobierno. Fueran las que fueren, le dijeron, las simpatías del Rey por la casa de Austria no se podían olvidar las pretensiones de Luis XIV y la reacción que cabía esperar de tan poderoso y avisado enemigo. Además habría que convocar Cortes de Castilla, como parecía requerir un asunto de tanta envergadura, y que era más que probable encontrarse con una negativa rotunda a la candidatura del Archiduque; casi con seguridad defenderían los intereses del Príncipe Elector porque la renuncia de María Antonia no había sido ratificada, como lo fue la de María Teresa, por unas cortes anteriores. También habría que convocar Cortes en Aragón, Valencia y Cataluña con el previsible resultado de que las conclusiones no fueran unánimes por los diferentes fueros y leyes de estos reinos.

En cualquier caso, continúa diciendo Harrach, las renunciaciones de María Teresa y de María Antonia eran de muy diferente índole. Mientras la primera se había pactado entre Su Majestad Católica y el Cristianísimo y había sido ratificada por las cortes la segunda se había pactado entre el Elector y el Emperador, sin conocimiento y autorización previa del Rey ni de la representación de los reinos españoles.

Pocos días después de escribir esta carta Harrach se despide de Su Majestad Católica pues marcha a Viena dejando a su hijo como embajador. El doctor Geleen, médico de la Reina, y pro austríaco por tanto, nos cuenta cómo fue la despedida que le tributó Madrid que es índice de las pocas simpatías de que gozaba este embajador. “El populacho tuvo la insolencia de mostrarle su sentir cantando el *De profundis* a la puerta de Alcázar y yendo luego a entonar el *Te Deum* ante la residencia del embajador francés”⁶⁷. Cabría preguntarse si este último nada tuvo que ver en la algarada.

El día 28 de agosto se firma en Bruselas por Dickwelat en nombre los Estados Generales y por Prielmayer en nombre del Elector de Baviera un "*Tratado de alianza entre los altipotentes Estados Generales y Su Alteza Electoral de Baviera sobre la conservación de los Países Bajos después del fallecimiento de Su Majestad Católica*"⁶⁸. Este tratado secretísimo tuvo, según el duque de Maura⁶⁹, su contrapartida en un préstamo de 600.000 escudos para las decaídas arcas del Elector. El tratado establece que, muerto sin hijos Carlos II, los Países Bajos españoles pasarían al Elector, bajo la garantía de las Provincias Unidas que se ocuparían de defender estos territorios a los que consideraban como barrera y antemural de su república. Esta protección se dice -con no poca desfachatez- que es desinteresada y sin más contrapartidas que el cumplimiento de los quince artículos del tratado y durará hasta que el Príncipe Electoral de Baviera, a quien se reconoce el derecho a la sucesión de la corona de España, se halle en "quieta" posesión de sus reinos. En tal momento, y a requerimiento del Príncipe Electoral, los Estados Generales retirarán sus guarniciones.

⁶⁶ *Documentos Inéditos*, tomo 2, pp. 831 y sigs.

⁶⁷ Ibid. Dr. Geleen a Elector Palatino. 12 de septiembre de 1698. Tomo 2, p. 845.

⁶⁸ AHN, Estado, leg. 2761.

⁶⁹ Duque de Maura, op. cit., p.534.

Sin embargo la protección no es tan desinteresada como se afirma y según el artículo 7º se promete entregar a las Provincias Unidas (cuando haya fallecido Su Majestad Católica) el fuerte de la María sobre el Escalda, con los derechos aduaneros que le corresponden. El artículo 8º dice que no se permitirá el transporte de mercaderías de fábricas extranjeras a Ostente, Brujas, Amberes etc. y que se podrá establecer una aduana entre Gante y Terramunda con derecho a inspeccionar las embarcaciones que naveguen por el Escalda. Finalmente por el artículo 14 el elector se compromete a anular la licencia concedida por Su Majestad Católica para la formación de la nueva Compañía de las Indias Orientales.

Como puede verse este tratado lo firma Holanda cuando ya estaba decidido en el acuerdo de reparto que se estaba negociando entre Francia, Inglaterra y las Provincias Unidas quién sería el sucesor de Carlos II, aunque aún quedaran algunos puntos menores por concretar. El elector de Baviera, seguramente no ignorante de lo que se estaba acordando, incurre en alta traición a su soberano al arrogarse atribuciones que sólo correspondían a su Rey. Por ello, como más adelante se verá, cuando se hizo público el tratado el escándalo fue enorme y no pocas las maniobras que tuvo que realizar Maximiliano Manuel para intentar salir incólume del desaguisado.

Finalmente el 24 de septiembre, en el castillo de Loo, propiedad de Guillermo III y muy próximo a La Haya, se firma entre Francia, Inglaterra y las Provincias Unidas el segundo tratado de reparto el cual sería ratificado el 11 de octubre. Los jefes de estados signatarios "no han podido ver sin dolor que el estado de salud del Rey de España es, desde hace algún tiempo, tan lánguido que da lugar a temer que este príncipe no vivirá mucho tiempo...y por la amistad sincera y verdadera que le profesan, creen necesario prever que, dado que Su Majestad Católica no tiene hijos, la apertura de su sucesión provocará infaliblemente una nueva guerra, si el rey Cristianísimo sostiene las pretensiones del Delfín a la herencia íntegra y si el Emperador hace valer las del Archiduque, su segundo hijo, y el Elector de Baviera las del Príncipe Electoral su primogénito sobre dicha sucesión". Y, por ello, "los dos señores Reyes y los señores Estados Generales... han tenido a bien tomar medidas anticipadamente para prevenir las desgracias que el triste acontecimiento de la muerte del Rey Católico podría producir". Así rezan los artículos 2º y 3º del tratado y en los sucesivos, hasta el 6º inclusive, se detalla el reparto de la monarquía⁷⁰: El Delfín debería heredar los reinos de Nápoles y Sicilia, los presidios de Toscana, el marquesado de Final y la provincia de Guipúzcoa (que incluía Pasajes, Fuenterrabía y San Sebastián)⁷¹. Al Príncipe Electoral le correspondería en herencia el resto España, las Indias y el País Bajo español. Al Archiduque se le adjudicaría el ducado de Milán. Desde el artículo 7 hasta el 15 se detallan adhesiones, posibles negativas por parte de los beneficiarios de la herencia y acuerdos de mutua defensa o ayuda en el caso de que la ejecución del tratado diera ocasión a ello. En un artículo secreto aparte se nombraba al elector de Baviera tutor de su hijo durante su minoridad y gobernador de sus Reinos y también su sucesor en todos sus derechos si se daba el caso de que el joven príncipe muriera prematuramente. Este artículo es, sin duda, un regalo del rey de Inglaterra a su buen amigo y compañero de armas el elector de Baviera.

⁷⁰ Hippeau, op.cit., tomo 1, pp. 203 a 208..

⁷¹ Hay, además, consideraciones sobre zonas dudosas en los Pirineos.

El secreto a que se habían comprometido los firmantes, hasta la muerte de Carlos II, tenía serios inconvenientes pues, si verdaderamente se quería mantener la paz, y era éste el objetivo del tratado, había que convencer al Emperador para que se conformara con una parte mínima de la totalidad de la corona que quería íntegra para sí. Según Torcy⁷², había un único medio para moderar sus pretensiones:

"Mostrarle una liga poderosa, formada para detener su ambición si no se contentaba con las ventajas estipuladas para la Casa de Austria. Por lo tanto era necesario instruirlo sobre las condiciones del tratado para persuadirle a que lo suscribiera; pero el uso que hiciera del conocimiento que se le daba era incierto y peligroso porque, si rehusaba aceptarlo, esto le haría ganar méritos ante el Rey de España. Y el Rey Católico y sus súbditos, irritados con el proyecto de reparto, no podrían esperar socorro más que del Emperador y, de esta manera, el odio español contra los alemanes se volvería contra Francia... Y así el peligro era igual tanto si se comunicaba como si se ocultaba a la corte de Viena el tratado de reparto".

De cualquier forma, la difícil conclusión del tratado, con muchas idas y venidas de los negociadores, no podía pasar inadvertido en una ciudad como La Haya, donde sus comerciantes estaban siempre vigilantes ante cualquier cambio político que pudiera influir en sus negocios. A partir de ahí la noticia recorrerá toda Europa. El 7 de noviembre Harcourt escribía a Torcy diciendo: "ayer por la tarde estuvo a verme un comerciante genovés que me dijo haber recibido cartas de Holanda en las que uno de sus corresponsales asegura haberse firmado un tratado...y esta misma mañana he recibido la visita de dos comerciantes holandeses que me han repetido lo propio rogándome les comunique el alcance de los artículos"⁷³.

Todos estos rumores y circunstancias no pasaron desapercibidas a nuestro embajador en La Haya, Bernaldo de Quirós, que fue informando puntualmente al conde de Monterrey, presidente del consejo de Flandes, y a otros consejeros de estado, de los *ruidos* que corrían sobre el contenido de las negociaciones dibujando un esquema si no exacto al menos aproximado, sobre su contenido.

Conviene, en este momento en que hablamos de la actuación de nuestro embajador, hacer un inciso para dar alguna noticia del "asunto Schonenberg" que tendrá alguna incidencia en las relaciones diplomáticas entre España, Inglaterra y las Provincias Unidas aunque, y a pesar de los numerosos lamentos en este sentido del Consejo de Estado, es dudoso que tuviera consecuencias considerables, por la retirada de embajadores, más allá de un deterioro de la información que llegaba a España y de la imposibilidad de presentar protestas ante las potencias marítimas⁷⁴.

Francisco Schonenberg, holandés y amigo personal de Guillermo III, estaba en Madrid representando, en calidad de "enviado", los intereses de Holanda. A la sombra de este cargo se enriquecía cometiendo toda clase de irregularidades, corruptelas y venta de favores. El

⁷² *Mémoires*, primera parte, p. 53.

⁷³ Duque de Maura, op. cit., p. 541.

⁷⁴ El asunto llegó a preocupar tanto al Consejo de Estado que se mandó elaborar un informe detallado que puede verse en AHN, Estado, leg 2761/2, Consejo de 5 de octubre de 1699. De este informe están sacados los datos del texto.

"asunto" comenzó en agosto de 1695 cuando Schonemberg, en una de sus trapisondas habituales, pretendía sacar de la cárcel a un individuo, que le pagaba por ello, alegando mendazmente que era criado suyo. Al no lograr ver atendidas sus pretensiones "se explicó con palabras irreverentes y desatentas contra el Rey, nuestro Señor, y sus tribunales". El Rey decidió que saliera de Madrid y que no se le admitiera, en adelante, ninguna intervención como diplomático. Y como se negara a hacerlo se procedió a obligarle a ello por la fuerza.

Cuando se enteró Guillermo III, en represalia, expulsó a nuestro embajador, el marqués de Canales, de la Corte inglesa, prohibiéndole toda actividad diplomática y lo mismo hicieron los Estados Generales con Francisco Bernaldo de Quirós, que era nuestro representante en La Haya. En reciprocidad Carlos II hizo lo propio con Alexander Stanhope, embajador de Inglaterra. El escándalo fue tan mayúsculo que finalmente intervino el Emperador, tratando de interponer sus buenos oficios entre las partes, y así lo comunicó Leopoldo I a Carlos II. Éste le contestó, ya en febrero de 1696, que quienes debían admitir antes esta mediación eran las potencias marítimas lo que, al parecer, no ocurrió.

Y así transcurrieron dos años insistiendo Viena a través del conde de Harrach con una nueva propuesta que propugnaba que Schonemberg volviera a la corte de Madrid por un breve espacio de tiempo, el menor posible, transcurrido el cual debería cesar en su cargo diplomático. España no admitía tal propuesta si no se aplicaba la reciprocidad con el marqués de Canales pese al "justo reparo de la desigualdad de los sujetos, de los motivos y de los caracteres, siendo el de Canales embajador extraordinario que nunca había faltado a su obligación, y Schonemberg sólo un "enviado" y sus procedimientos tan reparables". Inglaterra hizo una contrapropuesta poniendo la condición de que terminada la función diplomática de Schonemberg, que se reduciría a un solo acto público, se le permitiría permanecer en Madrid como particular. Había una condición adicional y era que Schonemberg sería admitido en la corte antes que Canales y que luego seguiría en Madrid con el carácter de "ministro particular" del rey de Inglaterra sin que pudiera como tal "ser perturbado y molestado por los justicias"⁷⁵.

Carlos II, tras consulta con el Consejo de Estado el 30 agosto de 1698 ordena se diga al conde de Harrach que "variando esta proposición tanto de la primera que se hizo, instando ahora a que Schonemberg quedase en esta corte, con carácter jamás visto ni imaginado a fin de eximirle de todas las justicias y con la libertad que hasta allí, no la hallaba Su Majestad capaz de venir a ella como tan opuesta a su real decoro". Conviene observar que esto ocurría en agosto de 1698, en el momento en que se está firmando el segundo tratado de reparto, lo que implica que todas las negociaciones se habían realizado sin que hubiese presencia diplomática española en las cortes de Londres y La Haya. Más adelante veremos el desenlace de este incidente que se va a prolongar hasta agosto de 1700⁷⁶.

⁷⁵ AHN, Estado, leg 2761/1.

⁷⁶ Schonemberg tuvo una larga trayectoria política. En 1703 lo encontramos firmando, como único plenipotenciario de las Provincias Unidas, el Tratado de Methuen que tan transcendental resultaría en la guerra de Sucesión.

Retomando el hilo de nuestra narración hay que señalar la violenta reacción que se produce en Carlos II al conocer el contenido del tratado de reparto y que conocemos en detalle gracias a un documento titulado "Extracto que se cita en el decreto de Su Majestad de 27 Consejo de Estado presidido por el Rey el 14 de noviembre de 1698" que, aunque está sin firmar, se debe, sin duda, a la pluma de Antonio de Ubilla y refleja la doctrina oficial española sobre la sucesión cuando se conoce e Madrid el tratado de Loo.

En este consejo comienza narrándose como el Rey hizo historia de lo acaecido hasta entonces. Dijo que en consejos de diciembre del 96 y de enero del 97 se le había recomendado que oyese a los Consejos de Castilla y Aragón con objeto de "asegurar la quietud y unión de sus vasallos en el caso (que Dios no permita) de faltar Su Majestad sin hallarse con sucesor" de manera que, tras oírlos, mostrara "su real disposición y testamento". Pero el Rey ha considerado que previamente eran necesarios ciertos requisitos y "especialmente el poner las fuerzas de la Monarquía en estado que mantenga lo mismo que Su Majestad dejaré dispuesto, ayudándose de las negociaciones y alianzas convenientes".

Pero, añadía el Rey, no bastan para ello las fuerzas de la Monarquía y hay que buscar alianzas, asunto éste que se ha visto muy perjudicado por la interdicción de ministros ocasionados por el caso Schonemberg. A continuación Carlos II presenta al Consejo un testamento que acaba de hacer y que no es sino renovación del que hizo en 1696. Dice que "puede declarar al sucesor que tuviera por más legítimo y conveniente a su reinos y que, si bien pueden concurrir los más legítimos derechos de sangre y según las leyes en un príncipe, pudiera ser, por otras calidades, excedido por otro para el mayor bien de los vasallos... Lo cual hace más preciso entrar al conocimiento que se ha dicho del estado y negociaciones que pueden esperarse de los príncipes que anhelan esta sucesión. Ofrecese, primero, si esta materia debe tratarse en Cortes, así por lo que mira a la Corona de Castilla como por la de Aragón y no ha parecido que ni en conciencia ni en política deba usarse de este medio".

Aclara que, aun cuando se ha convocado a las cortes de Castilla para jurar a los príncipes herederos, ha sido esto por un acto voluntario, y se han dado casos de no haber sido así, empezando por el del propio Carlos II, "porque una vez transferido el dominio en la familia real con leyes de sucesión, sigue a éstas el derecho, la potestas y consecuentemente la obligación de sus súbditos y cuando se hallase alguna duda nunca los señores reyes han permitido que su discusión pueda depender de las cortes". Y en lo que a Aragón se refiere "donde parecen haber conservado los pueblos mayores derechos y libertades por sus fueros", hay muchos más ejemplos (que detalla a lo largo de varios folios) de que son los reyes los que deciden.

Continúa diciendo Carlos II lo siguiente:

"Por parte de la Francia no se ha propuesto a Su Majestad ningún partido, ni hablado en materia de sucesión, aunque se han esparcido voces de que el rey de Francia proponía a uno de sus nietos para que en él se conservase esta Monarquía... no ha habido alguna insinuación de ello ni cree Su Majestad la habrá tenido ningún ministro, aun por vía de conversación,

pues hubiera dado cuenta a Su Majestad de cualquier cosa que en orden a esto hubiera oído al ministro de Francia, conforme a su obligación.

Por parte del señor Emperador se han hecho varias instancias para que declarase la sucesión a favor del Archiduque, fundándose en la renuncia que la señora Archiduquesa Electoral de Baviera hizo a favor de Su Majestad Cesárea, antes de casarse y a la hora de su muerte. Y la conveniencia que sería para esta Monarquía un príncipe en quien, conservándose unida, se afianzarse los vínculos con la Augustísima Casa de Austria; y si bien Su Majestad, por no desconfiar al Señor Emperador, le ha respondido alguna vez con palabras propensas a este intento, siempre ha tenido grande reparo en la poca justificación que tuvo para la renuncia de la Señora Archiduquesa, siendo no solamente disímiles sino contrarias todas las razones que concurrieron en la justificada renuncia de la reina Cristianísima, María Teresa, como se lo explicó el Rey, nuestro Señor, a Su Majestad Cesárea, cuando le pidió la confirmación de esta renuncia, al tiempo de casarse la señora Archiduquesa, en que nunca convino Su Majestad, haciéndola más irrita faltarla esta circunstancia para la dispensación de las leyes que llevaban a Su Alteza a esta corona y, aunque por alguna de las razones políticas pudiera inclinarse Su Majestad a conformarse con aquel tratado, no han parecido estas tan exuberantes que se pudiese pasar a esta resolución, y mucho más sin consentimiento del elector de Baviera por su hijo, pues no sólo conducía esto para la justificación sino para asegurar que aquel Príncipe no se echase en manos de Francia, procurando sacar de ella algún partido, que le sería más fácil que del señor Emperador con la cesión del derecho del Príncipe Electoral su hijo. Y así respondió Su Majestad, por medio del conde viejo de Harrach que instó en esta negociación, que lo que más importaba era que Su Majestad Cesárea se acordase con el Elector de Baviera, y que a este fin concurriría Su Majestad en todo lo que pareciese más conveniente al bien público".

Explica después el informe que nada hubo sobre esta negociación y que, además, según las informaciones que ha enviado el obispo de Solsona⁷⁷ parece que ni Inglaterra ni Holanda querían ahora responder del artículo secreto y separado firmado en relación con la Gran Alianza por el que se comprometían a mantener los derechos sucesorios del Emperador. Es más, éste dio a entender al obispo, en una audiencia, su sospecha de que las dos potencias marítimas estaban negociando con Francia. Y continúa diciendo el informe:

"Al tiempo que se iban recibiendo estas noticias del obispo de Solsona se entendieron por Su Majestad las que corrían de varios proyectos de ingleses y holandeses para repartición de esta monarquía... pareciendo asegurar la quietud de Europa con la convención de las partes; de lo que ha ido dando cuenta don Francisco Bernaldo de Quirós, pero sin certeza alguna de fundamento sobre que se pudiese discurrir. Y como la interdicción puesta a nuestros ministros por el caso Schonemberg dificulta más esta inquisición, pareció a Su Majestad que la mayor diligencia que podía hacerse era dar a entender al ministro de Baviera cuánto erraría el Elector, su Amo, en no participar a Su Majestad cualquier cosa que entendiéndose trataban sobre esta materia... y, aunque este ministro reconocía a su Amo mucho afecto de ingleses y holandeses, negó saber que hubiese tratado alguno".

"Últimamente escribió Quirós afirmando tener muchos mayores argumentos para creer ser cierto el convenio que sospechaba entre ingleses, holandeses y franceses de alguna repartición

⁷⁷ El obispo de Solsona, luego de Lérida, fue enviado como embajador a Viena a instancias de la Reina. Como luego veremos era hombre muy inteligente y con notable capacidad analítica.

de la monarquía en el caso de faltar Su Majestad sin sucesión; y que éste era afirmar al Príncipe Electoral en la herencia, dejando a franceses la Italia, para uno de los hijos del delfín".

Ante esto el Rey volvió a escribir al Elector exigiéndole le contara todo lo que hubiera oído pero, inicialmente, Maximiliano Manuel continúa respondiendo que nada sabía hasta que, finalmente, no tiene más remedio que hacerse eco de todos los rumores que circulaban y que "juzga haberse hecho este ajuste entre las tres potencias al tiempo en que Su Majestad estuvo con algún aprieto en su salud esta primavera, temiendo una fatalidad y nuestra desprevención". El príncipe Adalberto de Baviera nos da más detalles de cómo se condujo el elector al respecto⁷⁸: "En los primeros días de octubre, tan pronto como el Elector tuvo conocimiento de haberse firmado el tratado de reparto envió una copia por correo especial a Madrid. Este enviado llamado Loensius fue directamente a ver al Almirante, habló con él dos horas y luego otras tres con Oropesa". La confirmación de la existencia segura del tratado y de su contenido desató las iras de Carlos II y del Consejo de Estado. Los epítetos que se dedican al documento son dignos de reproducción:

"Novedad nunca jamás oída, practicada ni consentida de ningún soberano de que los príncipes extranjeros se arrogasen la facultad de meter la mano en los reinos ajenos, a regular la sucesión y desmembrar sus dominios en vida y pacífica posesión del soberano, dejándole inestable, que es la pena más ignominiosa que han puesto las leyes antiguas y modernas a los criminosos más impíos... siendo la licencia de ingerirse en ello un monstruo de usurpación que reversa (sic) y disipa todo el orden de la economía política del buen gobierno"⁷⁹.

El documento continúa explicando como el Rey, en el último consejo que se tuvo en su presencia el 14 noviembre de 1698, dio a entender que "había determinado renovar mi testamento dado, añadiendo las providencias que me había representado era forzoso asegurar en lo posible, oyendo los ministros de Castilla y Aragón, como se había ejecutado, para el caso de faltar yo (lo que Dios no permita) sin tener sucesor en estos Reynos... lo cual ejecuté para cumplir la obligación de mi conciencia y la de justicia, disponiendo lo que debía para precaver los accidentes en mi salud, *pero con ánimo de que si las cosas políticas pidiesen alguna mudanza, atenderé siempre a lo más conveniente*, no habiéndome nunca pesado de haber hecho lo que he tenido por mi obligación".

Es decir Carlos II, indignado por la partición que de su Monarquía que se había fraguado, reacciona y, pese a su repugnancia a reconocer que podría morir sin descendencia, asumiendo que su primer testamento había perdido fuerza (o que debía actualizarse por ejemplo en lo referente a disposiciones económicas y de otra índole para su viuda) otorga otro nuevo, aunque en el mismo sentido, pero sin perder de vista el que *si las cosas políticas pidieran alguna mudanza*, estaba en disposición de cambiar el testamento. Difícil es saber qué estaba en el pensamiento del Rey al escribir esta frase. ¿Era tan sólo prudencia ante lo que podía deparar el futuro o encubría alguna segunda intención por su escaso convencimiento sobre la decisión que acababa de tomar? En el Archivo Histórico Nacional puede verse este segundo testamento de Carlos II⁸⁰. Lo fundamental de él está en esta cláusula:

⁷⁸ Mariana de Neoburgo, p. 225.

⁷⁹ AHN, Estado, leg. 2761/1.

⁸⁰ AHN, Estado, leg. 2451.

“Declaró por mi legítimo sucesor en todos mis reinos, estados y señoríos al Príncipe Electoral Joseph Maximiliano, hijo único de la archiduquesa María Antonia, mi sobrina y del elector duque de Baviera, hija también única que fue de la emperatriz Margarita, mi hermana que casó con el Emperador, mi tío, primera llamada a la sucesión de todos mis reinos por el testamento del Rey, mi señor y mi padre, por las leyes de ellos; supuesta, como dicho es, la exclusión de la Reina de Francia, mi hermana; por lo cual el dicho Príncipe Electoral Joseph Maximiliano, como único heredero de este derecho, varón más propincuo a mi y de la más inmediata línea, es mi legítimo sucesor en todos ellos, así los pertenecientes a la corona de Castilla como de la de Aragón y Navarra y de todos los que tengo dentro y fuera de España... Y quiero que luego que Dios me llevará de la presente vida, el príncipe electoral Joseph Maximiliano se llame y sea Rey, como ipso facto lo será de todos ellos, no obstante cualesquiera renuncia y actos que se hayan hecho en contrario por carecer de las justas razones fundamentos y solemnidades que en ellos debían intervenir... Y para el caso de faltar sin sucesión legítima el dicho príncipe electoral Joseph Maximiliano, mi sobrino, nombro y declaro por sucesor de todos mis reinos, estados y señoríos al Emperador, mi tío, y a todos sus sucesores y descendientes legítimos, varones y hembras, según sus grados, como hijo varón, primero y legítimo de la emperatriz María, mi tía, hermana del Rey, mi Señor y mi padre, cuya sucesión es llamada por su mismo testamento y leyes de estos reinos, después de la línea de la emperatriz Margarita, mi hermana, por la exclusión dada a la Reina de Francia doña Ana, mi tía, y sus descendientes, en la misma conformidad y por las mismas razones que se expresan en la de mi hermana, la reina de Francia, doña María Teresa; y en falta de todas las líneas que declaro la sucesión de todos mis reinos, estados y señoríos pertenece a la línea de la infanta doña Catalina, mi tía, duquesa de Saboya y a todos sus descendientes, varones y hembras, en la forma regular”.

Este testamento aunque teóricamente era secreto y estaba reservado sólo al conocimiento del Consejo de Estado y de pocas personas más, tuvo una difusión rápida aunque confusa, llena de incertidumbres y nunca oficialmente confirmada. Así Harrach escribía al Emperador, en fecha indeterminada del mes de noviembre⁸¹, con la queja de que al intentar confirmar la existencia del testamento, se encuentra con la negativa de la Reina a recibirlo y con las ambigüedades de su confesor que insinúa que el Rey siempre había estado convencido de que el derecho de sucesión correspondía al Príncipe Electoral pero que él no creía probable que el Rey se olvidara de la Casa de Austria y que quizá hubiera previsto algún matrimonio para así atender también a los intereses del Emperador. De hecho, en una carta al Emperador tan tardía como el 6 de diciembre dice Harrach no conocer aun con precisión si el Príncipe Electoral es o no heredero universal⁸². Desesperado el conde, el día 29 de enero, ya en 1699, se decide enviar un oficio a Antonio de Ubilla⁸³ en el que dice sorprenderse de que le lleguen noticias, incluso de Francia, de haberse declarado al Príncipe Elector como sucesor. Se lamenta de que el embajador de Francia esté mejor informado que él y de lo dolorido que va a quedar el Emperador por este motivo. La contestación de Ubilla es del máximo interés pues es fiel reflejo de cómo se estaba manejando oficialmente este asunto: “Nadie ha podido evitar el esparcimiento de voces que ninguna podía justificar su fundamento... que en cuanto a si S. M. había hecho o no disposición ya sabía Su Excelencia que en otras dos conversaciones que habíamos tenido le manifesté que este es un acto tan reservado a sólo la única y suprema deliberación de S. M...”

⁸¹ *Documentos Inéditos*. Tomo II. Harrach al Emperador, pp. 873 y 874.

⁸² *Ibid.* Harrach al Emperador, 6 de diciembre de 1698, p.880.

⁸³ AHN, Estado, leg. 2761/1

Más fácil lo tuvo Harcourt. Con fecha 26 de noviembre escribe a Luis XIV⁸⁴ diciéndole que Portocarrero le ha visitado y luego de reiterarle su inquebrantable adhesión a los intereses del rey Cristianísimo, le ha comunicado que el testamento había sido otorgado a favor del Príncipe Electoral y con la resolución de mantenerlo en el mayor secreto. Para quitar hierro al asunto añadió que, llegado el caso, "resultaría letra muerta porque le sobraban a él partidarios para frustrarlo llegado el caso".

Es difícil saber cuál era el juego de Portocarrero que, como bien dice el duque de Maura, estaría bordeando la alta traición máxime cuando, según este mismo autor, ya el 29 de octubre había enviado aviso al embajador de que se estaba preparando un testamento a favor del Príncipe Elector⁸⁵. Tampoco es clara la actuación de Portocarrero cuando se produce este segundo testamento. La versión que nos da Adalberto de Baviera⁸⁶ aumenta las incertidumbres. Admite que el cardenal no cesaba de manifestar a Harcourt su devoción por Francia pero afirma que Luis XIV no se dejaba engañar pues estaba convencido de que su opción era, claramente, la del Príncipe Electoral. Esta versión la toma de De la Torre⁸⁷ y dice así:

"Portocarrero manifestó al conde de Monterrey que la Divina Providencia haría triunfar la causa justa, aunque todos los poderes terrenales abandonaran el partido del Príncipe Electoral. Añade el cronista (De la Torre) que el cardenal persuadió al Rey de que semejante testamento redundaría en bien de toda la Cristiandad; que el Rey se había dejado persuadir por Portocarrero, el confesor y otros de sus adeptos y había deliberado en secreto con varios consejeros de estado; que el cardenal trataba por entonces frecuentemente con el Rey y le había presentado, entre otras cosas, un informe jurídico a favor de José Fernando redactado por un señor llamado Leonardo Pepoli y que por estos medios había ganado completamente al Monarca. Todo esto concuerda con las observaciones del enviado Palatino que comunicaba a su Señor que el Cardenal y Oropesa tenían muchas conferencias con el Rey⁸⁸. Se trataba probablemente de nombrar heredero al Príncipe Electoral y decíase que su padre había prometido a la Reina la regencia durante la menor edad del joven Príncipe".

Y puestos a hablar de traiciones y deslealtades no cabe olvidar lo que dice Torcy en sus memorias⁸⁹: "el conde de Tallard pasó por Bruselas a su vuelta de París, donde había dado cuenta al Rey de la negociación del tratado de reparto hecho con Inglaterra. El Elector habló con él, a su paso por Bruselas, y le reveló la disposición que el Rey Católico acababa de hacer en favor del Príncipe Electoral y le rogó que dijera y garantizara a Luis XIV que otorgaría cuantos actos éste considerara necesarios para comprometerse con la ejecución del tratado de reparto no obstante las disposiciones hechas por el Rey Católico en su último testamento". Luis XIV agradece esta buena voluntad pero duda, y así se lo comunica a Harcourt, de la eficacia real de los declarados buenos propósitos del Elector.

⁸⁴ *Documentos Inéditos*. Tomo II. Harcourt a Luis XIV, 26 de noviembre de 1698, p. 878.

⁸⁵ Duque de Maura, op. cit., p. 541.

⁸⁶ *Mariana de Neoburgo*, p. 224.

⁸⁷ De la Torre. *Mémoires et négociations secrètes de Fernidant Bonaventura, compte de Harrach*. La Haya, 1720.

⁸⁸ *Documentos Inéditos*, Ariberti al Elector Palatino, 7 de noviembre de 1698. Tomo 2, p.868.

⁸⁹ Torcy, *Mémoires*, primera parte, p. 56.

2.3 LA MUERTE DEL PRÍNCIPE ELECTOR Y EL TERCER TRATADO DE REPARTO

Las reacciones al testamento de Carlos II, pese a que no se quiso hacer público hasta que no saliera a la luz el tratado de Loo para evitar lo que pudiera parecer una provocación española a las potencias europeas que estaban apuntando a una solución diferente, fueron muy diversas. Tal vez la más sorprendente fue la del Emperador quien dijo, para disgusto del conde de Harrach a quien se le había encomendado una misión totalmente contraria: "el Archiduque es mi hijo; el Príncipe Electoral mi nieto. Alabado sea Dios".

La reacción más tortuosa fue la del Elector. Ya hemos visto cómo se había dirigido a Luis XIV indicándole su buena disposición para negociar con él un ajuste más cercano a lo previsto en Loo que a lo dispuesto por Carlos II. Maximiliano Manuel era perfectamente consciente de lo inestable del testamento y no sólo por la postura de violencia que podían adoptar Francia y las potencias marítimas (y en menor medida el Emperador) sino por el poco convencimiento del propio Carlos II en la decisión que acababa de tomar. Bien es cierto que se declaraba, de forma tajante, que los mejores derechos correspondían al Príncipe Elector pero no lo es menos que tales derechos podían ser excedidos por los de otro príncipe *con otras calidades* que redundaran en un mayor bien de los vasallos. Pero no sólo era esto sino que hay que considerar la antes comentada frase de que "si las cosas políticas pidiesen alguna mudanza atenderé siempre a lo más conveniente" Frase formalmente muy clara pero sibilina en cuanto a cuál fuera la idea concreta en la mente del Rey.

El elector de Baviera temía las veleidades de Mariana de Neoburgo pues sabía que no tenía convicciones sino intereses y que estos podían ser alentados y satisfechos tanto desde Francia como desde el Imperio. Por eso puso inmediatamente a trabajar a Bertier para conseguir un acuerdo con ella. Dicho acuerdo tuvo diferentes redacciones pero existe un documento último, que se conserva en el Archivo Histórico Nacional⁹⁰, y cuya sustancia es la siguiente:

Bertier había entregado a la Reina un amplísimo poder que le hizo el Elector y que obligaba a éste y a su hijo a cumplir con los compromisos contraídos con la Reina tan pronto como, gracias a los buenos oficios de ésta, el pequeño Príncipe hubiese sido llamado "en compañía del Sr. Elector a esta corte y declarado y jurado por heredero del Rey Católico". Las obligaciones que contrajo el Elector no eran ninguna bagatela. A Mariana le corresponderían 600.000 ducados de plata al año, tanto en vida del Rey como tras su muerte, garantizados por el patrimonio particular del Elector. También se comprometía "a darle parte y noticia de todas las materias del gobierno de esta Corona para que con su disposición y gusto se puedan resolver y determinar". En lo que se refiere al destino de la Reina, tras la muerte del Rey, se asumía que podía quedarse en Madrid, si éste era su gusto, o que se le adjudicaría de por vida el gobierno de la ciudad española que prefiriese o, en

⁹⁰ AHN, Estado, leg. 2554.

caso alternativo, el gobierno de Nápoles, Sicilia, Milán o los Países Bajos "con toda la misma autoridad que gobernaron Flandes la hermana de Carlos V y la infanta María Isabel con el archiduque Alberto".

El documento anterior, redactado con la forma jurídica de un contrato entre partes, presentaba un problema importante: la Reina, pese a que su avaricia y ambición eran enormes, no era tan estúpida como para firmar semejante papel con lo cual el Elector quedaba en la difícil situación de tener que confiar, en mayor o menor grado, en la buena fe de Mariana. En carta de 13 de febrero⁹¹, don Bernardo, cuando ya había muerto José Fernando pero la noticia aún no era conocida en Madrid, escribe a Maximiliano Manuel diciendo que la Reina pretendía que el contrato no tenga más firma que la de Bertier pero que ella se comprometía a poner una carta al Elector manifestándole (se supone que de forma más o menos sibilina) su conformidad con los términos del contrato. Bertier advierte al de Baviera que tal solución "le podría salir muy cara si se resolviese, por influencia del Almirante o de Bergeyck, a firmar y ratificar este maligno tratado sin tener recíprocamente alguna prenda de la Reina que siquiera la detenga para que no nos haga daño y que no se arroje a otro partido". Obviamente, por avanzados que estuvieran los acuerdos, la muerte del joven príncipe hizo que este tratado no llegara a firmarse.

Veamos ahora cuál fue la reacción del Cristianísimo. Desde luego creía preferible que el heredero fuera el príncipe Elector antes que el Archiduque, sobre todo al haber ya expresado Maximiliano Manuel su postura favorable a algún acuerdo con Francia. Sin embargo lo que más le preocupaba era como buscarle salida al tratado de Loo y ello planteaba diversos interrogantes como el hacer o no público este tratado, el aceptar la oferta del Elector lo cual, sin duda, provocaría las iras españolas hacia él o el ver qué actitud tomaba el Emperador al que habría que sondear previamente.

En cualquier caso había que guardar las formas y, con la aquiescencia de Guillermo III, envió un despacho al marqués de Harcourt el 9 de enero de 1699 en el que le decía:

"Si no adoptase yo ninguna actitud decidida, se disiparía, muy pronto, el saludable temor que ante mis posibles resoluciones han exteriorizado los españoles. Es, pues, preciso que habléis en mi nombre al Rey de España, con mesura suficiente para no comprometer de modo irrevocable mi conducta ulterior, pero con energía bastante para provocar seria inquietud, sin llegar a la amenaza, a fin de evitar que, amedrentado por ella, se eche en brazos del Emperador y sustituya en su testamento el nombre del Príncipe Electoral por el del Archiduque. Ha de quedar muy claro que no me resigno al despojo de que se quiere hacer víctima a mi hijo..."⁹²

El despacho llegó a Madrid el 18 de enero y Harcourt consiguió audiencia justamente para la tarde del día siguiente y entregó, traducida al castellano, la nota que le había adjuntado Luis XIV y que textualmente decía así⁹³:

⁹¹ AHN, Estado. Leg. 2554. D. Bernardo al Elector de Baviera.

⁹² Duque de Maura, op. cit., tomo II, p. 546.

⁹³ AHN, Estado, leg. 2761/1. Luis XIV a Harcourt. La fecha del documento, por error, es de 19 de abril en lugar de 19 de enero.

“El Rey, mi Amo, me ha mandado tenga el honor de decir a Vuestra Majestad cómo, después de las reiteradas seguridades que por conducto mío le envió Vuestra Majestad, de no hacer jamás ninguna novedad contraria a la paz y a su puntual observancia⁹⁴, sería, Señor, bien difícil a Su Majestad el dar crédito a la noticia de un testamento, hecho por Vuestra Majestad a favor del Príncipe Electoral de Baviera, si no la supiese confirmada de manera que no permite ya duda ninguna.

Ante este acontecimiento que el Rey, mi Amo, no podía esperar por la entera confianza que tenía puesta en la real palabra de Vuestra Majestad, creería faltar a esa misma amistad, de la cual Vuestra Majestad ha recibido tantas señales de su parte desde la conclusión de la paz, y también a los deberes que le incumben para mantener la tranquilidad de la Europa y, en fin, a mantener el derecho que las leyes y costumbres inviolables de la Monarquía establecen en favor del Delfín, mi Señor, su único hijo, si Su Majestad no declarase, desde ahora, como me lo ordena diga a Vuestra Majestad, que tomará cuantas medidas juzgue necesarias para impedir a un mismo tiempo la renovación de la guerra como el perjuicio que se le pretende hacer. Añadiré yo, Señor, a esto, que el Rey, mi Amo, no desea más que el ver gozar por largo tiempo a Vuestra Majestad de los Estados que ha recibido de Dios al nacer, razón por la que Vuestra Majestad sabe que no ha hecho, de su parte, ninguna instancia en lo que toca a la sucesión.

Y, en fin, Señor, Vuestra Majestad vea si esta atención tan desinteresada del Rey, mi Amo, y el ferviente deseo que ha mostrado de mantenerse en una perfecta inteligencia con Vuestra Majestad, merecía que se tomase una semejante resolución; y lo que Europa entera podrá reprocharle un día sí, por desgracia, los cuidados del Rey, mi Amo, no pueden estorbar que la tranquilidad general no sea alborotada por este accidente. En Madrid a 19 de enero de 1699."

El Rey, tras oír el contenido de la carta, comunicó a Harcourt que ya le respondería pero le sugirió que no hiciese demasiado caso a los rumores que corrían y que, por su parte, no deseaba sino mantener unas buenas relaciones con Francia. Copia de esta nota diplomática fue enviada por Harcourt a todos los miembros del Consejo de Estado con lo que, de manera rápida y general, se conocieron en Madrid las pretensiones y amenazas de Luis XIV, expresadas ahora de manera oficial, y también la difícil situación en que había puesto a Carlos II para contestar la carta.

Dice el duque de Maura: "la nota era, en efecto, obra maestra de artera mala fe porque, escamoteado el hecho inicuo de la prevista mutilación de España (en la seguridad de ser imposible probarlo), echaba íntegramente sobre Carlos II la culpabilidad provocadora del conflicto"⁹⁵.

Con objeto preparar la respuesta, el Rey convoca al Consejo de Estado para el 29 de enero de 1699 en consulta, no sólo sobre la contestación que había que dar a la carta de Luis XIV

⁹⁴ Luis XIV se está refiriendo a una carta de Antonio de Ubilla a Harcourt de 16 de julio de 1698 (AHN, Estado, leg. 2761/2) que dice: "Habiendo referido al Rey, mi Señor, el papel que V. E. se sirvió entregarme con fecha de 11 de este mes, me manda S. M. diga a V. E. queda con toda estimación y satisfacción del amor del Rey Cristianísimo y que, conservándole la misma, *debe S. M. estar muy seguro de que por parte de mi Amo nunca se innovará en cosa que pueda oponerse a las paces ajustadas entre las dos Coronas y a su puntual observancia*". Al menos esta es la interpretación que hace el marqués de los Balbases en la consulta al Consejo de Estado de 29 de enero de 1699. (AHN, Estado, leg. 2761/1)

⁹⁵ Duque de Maura, op. cit., tomo II, p. 547

sino también sobre la manera en que este asunto tan delicado debía ser comunicado al Emperador⁹⁶. La cuestión no era fácil pues, como dijo Portocarrero, había que responder “*como se puede (ya que no se puede como se desea)*”. Monterrey, que al no asistir al consejo produjo un voto particular, dijo lo siguiente: “Hállome embarazado de dar dictamen, ignorando los antecedentes⁹⁷ y habré de buscarlos tocando ambos casos. En el primero supongo que Vuestra Majestad no ha hecho tal declaración de sucesor, que sería lo que más fácilmente nos podía sacar del empeño, pues manteniéndose Vuestra Majestad, con verdad, en la negativa deberá la Francia aquietarse. Discurriendo en lo contrario lo que corresponde al Real honor y decoro de Vuestra Majestad es mantener con las armas lo que se haya resuelto”. A continuación y de forma indirecta pide al Rey que se derogue el testamento proponiendo “si sería conveniente que se discurriese algún medio que fuese el menos indecoroso a la Real persona de Vuestra Majestad *para remediar lo hecho y satisfacer a Francia*”.

En nota aparte al acta de este consejo se ponen las bases para la respuesta pues se dice que Carlos II se conformó con lo que han propuesto Balbases y Oropesa en el sentido de que el Rey siempre ha cumplido con todos los tratados de paz, y que seguirá haciéndolo, y que hallándose con la salud muy mejorada no necesita tratarse nada sobre este asunto. Y, en cualquier caso, no dejar abierto al Cristianísimo el mínimo resquicio sobre los derechos del Delfín.

Vuelve a haber consejo el día 1 de febrero en el que se redactan varios borradores de contestación, todos ellos muy similares. Finalmente, el 4 de febrero y por medio de Leonardo de Elzius, el traductor que asistió a la entrevista del día 19, se le hace llegar a Harcourt la contestación que, firmada por Antonio de Ubilla es la siguiente:

"En vista del oficio que V. E. dejó en manos del Rey, mi Señor, en la audiencia que dio a V. E. el día 19 de enero pasado, me manda decir a V. E. que hallándose Su Majestad con entera seguridad de no haber faltado en nada a la más puntual observancia de la paz (como se ha insinuado a V. E. en otras ocasiones), en cuyo ánimo se mantendrá siempre el Rey, mi Señor, mirando en todo por la tranquilidad de Europa con igual celo que el Rey Cristianísimo, pudiera causarle alguna novedad el oficio de Vuestra Excelencia al tiempo que Su Majestad debe a la Divina bondad, por su recobrada salud, no hallarse con motivos de que se piense en adelantadas resoluciones, y que espera poder por mucho tiempo corresponder a la amistad que le profesa Su Majestad Cristianísima, y a la estimación que hace de ella, y contribuir uniformemente a la continuación del público sosiego y dejar asentadas estas convenientes máximas a la posteridad que promete alcanzar de Dios por los incesantes ruegos de sus fieles vasallos"⁹⁸.

Lógicamente cuando Harcourt leyó esta nota dijo que aquello no respondía en absoluto a la carta de Luis XIV y que era ridícula. Pero el Cristianísimo contestó sin acritud, tal vez porque su único objetivo era mantener el *saludable temor* de los españoles sin perjuicio de poder servirse de su nota más adelante, cuando fuera oportuno. No valía la pena entrar en

⁹⁶ AHN, Estado, leg. 2761/1. Consejo de Estado de 29 de enero de 1699.

⁹⁷ Debía referirse a que no conocía oficialmente el testamento por no haber asistido al Consejo en que Carlos II lo comunicó.

⁹⁸ AHN, Estado, leg. 2761/2.

una polémica para la cual, tras haber firmado el tratado de Loo, no tenía excesivos argumentos. Por ello la muerte de José Fernando le brindó excusa suficiente para alejar el problema.

Y así el oficio de contestación de Luis XIV que entrega Harcourt a Ubilla "se reduce a dar cuenta de haber recibido el Rey su Amo, la respuesta que a él se le dio y a decir que, siendo inútil examinar más la verdad de un hecho que Vuestra Majestad ha juzgado a propósito negarle, y que habiendo mudado la muerte del Príncipe Electoral de Baviera los proyectos de que se había llenado todo Europa, el Rey, su Amo, quedará satisfecho si Vuestra Majestad observarse puntualmente el contenido de su respuesta y pusiese todo cuidado en la observancia de la paz, no tomando ninguna resolución capaz de alterarla."⁹⁹.

Por otra parte, las *Mémoires* de Torcy¹⁰⁰ nos vuelven a dar información sobre las contradicciones de Portocarrero. Dice sobre el oficio de 19 enero que el Cardenal "lo encontró conveniente en la presente coyuntura y que veía con placer el embarazo que la gestión del embajador de Francia causó a Oropesa, a Aguilar y al Almirante. En esta ocasión dio, una vez más, el cardenal las seguridades de su respeto por el Rey y de su fidelidad: sentimientos, dijo él, fundados sobre el honor, la conciencia, la justicia y el interés de la patria".

Estas manifestaciones a Harcourt, sobre la lealtad hacia Francia del cardenal, son antagónicas con lo que escribe Harrach al Emperador¹⁰¹ acerca de cómo le visitó Portocarrero para felicitarle "porque la Providencia se haya declarado tan abiertamente, con la muerte del Príncipe Elector, a favor de la causa imperial, añadiendo que éste es el momento de actuar con energía porque, de lo contrario, seguirá Francia el mismo camino que siguió Baviera, comprando a las mismas personas, con medios todavía mayores para saciar su avaricia".

La salud del pequeño José Fernando había sido siempre precaria, con alguna mejoría después de su traslado a Bruselas desde Munich. Sin embargo, a finales de enero de 1699, cayó enfermo y le fue diagnosticada varicela (a pesar de haberla padecido anteriormente) sin que los remedios habituales le produjeran mejoría alguna. Murió, finalmente, en la madrugada del 6 de febrero. También en esta ocasión los rumores habituales de envenenamiento estuvieron en la calle con rapidez e insistencia.

La desolación de Maximiliano Manuel puede presumirse. Se dice que se rasgó las ropas y se arañó el rostro. Toda la operación que tan meticulosamente había preparado, con tanto esfuerzo y dinero invertido, se fue al traste de repente. Su reacción fue inmediata y todos los embajadores que envió para anunciar la triste noticia a las diferentes cortes europeas llevaban también mensajes pidiendo algún tipo de ayuda económica para él. A título de ejemplo véase lo que dice Bernaldo de Quirós a Antonio de Ubilla, en fecha tan temprana como el 8 de febrero¹⁰²: "habiéndole hecho las expresiones correspondientes a la

⁹⁹ AHN, Estado, leg. 2761/1. Consejo de Estado de 10 de marzo de 1699.

¹⁰⁰ *Mémoires*, parte primera, p. 61.

¹⁰¹ *Documentos Inéditos*, tomo 2, p. 949. Harrach al Emperador, 27 de febrero de 1699.

¹⁰² *Documentos Inéditos*, tomo 2, p. 925. B. de Quirós a Ubilla, 8 de marzo de 1699.

incomparable pérdida... entró Su Alteza en algunos discursos y uno de los puntos que me tocó fue el miserable estado a que se habían reducido sus finanzas... y que no dudaba de la resignación que profesaba a Su Majestad y del celo con que había procurado servirle, que se tendría presente la extremidad a que se veía reducido".

El 17 de febrero se reúne el Consejo de Estado para debatir sobre la situación creada por la muerte del Príncipe. El marqués de los Balbases dijo que "aunque el hecho parece alterar todo lo prevenido hasta ahora, el problema de fondo subsiste por lo cual convendría reforzar las fronteras en espera de acontecimientos por parte de Francia y el resto las potencias europeas". Portocarrero está de acuerdo. Mancera cree que la nueva situación hará al Emperador más propicio a acceder a las peticiones españolas de medios de defensa ante Francia, aunque sólo sea para cautelar las pretensiones que en favor de su hijo acaba de manifestar Luis XIV. Hubo acuerdo general en distribuir por Europa el oficio de 19 enero para que nadie se llame a engaño y queden de manifiesto las intenciones de Francia. Esta sesión del Consejo nos da idea clara de la, aparentemente poco proclive, postura de este organismo sobre las pretensiones francesas a comienzos de 1699¹⁰³.

A Luis XIV le falta tiempo para reaccionar ante la muerte del Príncipe. Inmediatamente ordena al marqués de Tallard que sondee a Guillermo III sobre un nuevo tratado, en la línea del anterior. El acuerdo directo con el Emperador no lo creía posible ya que Leopoldo no querría admitir ningún tipo de reparto y ahora, pacificado su frente oriental, veía reforzada su postura al poder enviar tropas al Milanesado y a Cataluña. Téngase en cuenta que, de acuerdo con el testamento vigente, muerto el Príncipe Elector, era él único y universal heredero. En estas circunstancias la única salida que tenía el Cristianísimo era repetir, de alguna forma, su pacto anterior. Pero a Guillermo III no le hacía gracia -recuérdese cuáles eran sus objetivos- repartir el imperio español entre Francia y Austria, reforzando con ello el poderío de ambas. Por tal razón su ideal era encontrar un candidato que, a semejanza del Príncipe Elector, no rompiera el equilibrio europeo.

Pero esto era totalmente utópico. El aplicar el artículo secreto de Loó, por el que el Elector heredaba a su hijo, no parecía que tuviese la más mínima defensa jurídica ya que su parentesco con la familia real española era más remoto que el que ésta tenía con las casa de Portugal o Saboya. Esta idea, ciertamente irreal, no se le ocurrió sólo al rey inglés y también en los cenáculos madrileños corrió la noticia de que había un nuevo testamento real, esta vez a favor del segundo hijo del rey de Portugal, "aunque los derechos de ese príncipe a la Corona de España sean iguales a los del Gran Mogol"¹⁰⁴.

Finalmente Guillermo III tuvo que admitir que la única salida posible era repartir entre Francia y Austria el Imperio español. El 13 de febrero Luis XIV le hace una primera proposición: el Delfín heredaría Guipúzcoa, Nápoles, Sicilia, los presidios de Toscana, el Milanesado y Final. El resto la monarquía católica sería para el Archiduque con la excepción del País Bajo español cuyo destino, aunque previsto inicialmente para el Archiduque, habría que negociarlo con las Provincias Unidas. El reparto admitía ciertas variantes y así Milán podría cambiarse por Lorena, y Nápoles y Sicilia por Saboya. El

¹⁰³ AHN, Estado, leg. 2761/2. Consejo de Estado de 17 de febrero de 1699.

¹⁰⁴ *Documentos Inéditos*, tomo 2, pp. 960 y 961. Harrach al Emperador, 13 de marzo de 1699.

acuerdo quedó ultimado a comienzos de abril, aunque no fuera firmado hasta el 11 de junio, y sólo, de momento, entre Francia e Inglaterra. Guillermo III se comprometía a conseguir la aquiescencia de Holanda lo que, como se verá, no le iba a resultar tan fácil pues la firma definitiva del tratado se va a demorar hasta el año siguiente. No obstante ya estaba previsto que su ratificación, después de la firma de las Provincias Unidas, debería retrasarse pues se marcaba un plazo de tres meses para que el Emperador se adhiriera y, en caso de no hacerlo, se buscaría un príncipe que recibiera la parte del Archiduque. No entramos en más detalles sobre este proyecto de tratado por ser casi idéntico al definitivo que más adelante se analizará artículo por artículo.

Este tercer tratado de reparto, por lo largo de su negociación, no cogió por sorpresa a la diplomacia española y desde el comienzo de las conversaciones fueron llegando a Madrid noticias no confirmadas, bulos y maledicencias que el Consejo de Estado analizaba de forma minuciosa, contribuyendo toda esta información, muchas veces contradictoria, a exacerbar el estado de nerviosismo e impotencia que abrumaba a todos sus miembros y, en general, a la corte madrileña. No menores eran los rumores en Viena donde se temía que "convenidas las tres potencias en un partido, dictamen y resolución sería muy difícil que pudiese alguna otra embarazar la ejecución". Como muestra de todos estos *ruidos*, usando la terminología de la época, el obispo de Solsona escribe al Rey detallándole las siete hipótesis que corrían por Viena sobre el futuro tratado de reparto, casi todas con un tercero en discordia pero con sustanciosos repartos territoriales para Francia en Europa y para las potencias marítimas en las Indias¹⁰⁵.

Antes de que se produjeran los primeros acuerdos, el 30 de marzo de 1699, el marqués de Canales, embajador en Inglaterra, escribe al Rey¹⁰⁶ que Guillermo III está negociando "sus tratados con Holanda y el rey Cristianísimo para la división de la Corona de Vuestra Majestad, protegiendo al duque de Baviera para asegurarle la propiedad de los Países Bajos de Vuestra Majestad y aún, si pudiera ser, de la posesión hereditaria de ellos. Esto se prueba con las conferencias que en Bruselas tiene monseñor de Dixfeldt con ministros bávaros y aquí el barón de Simeoni con Su Majestad Británica así como con el conde de Tallard y, en París, el conde de Tessé con el rey Cristianísimo... que hacen no sólo sospecha sino evidencia de tratados de gran máquina". Más adelante continúa la carta informando de lo que opina el Parlamento inglés, totalmente contrario a cualquier tipo de conflicto: "Su presente cuidado en el punto de la sucesión de España se reduce a la parte que les ha de tocar en las Indias occidentales y, para tener de antemano tomadas sus medidas, han enviado dos bajeles de guerra, por ahora a costa de sus compañías, al imperio del Perú, para reconocer sus bahías, puertos y ensenadas diciendo con estas mismas palabras: *los españoles son buena gente, tienen mucho país, no lo pueden conservar; gritan y amenazan pero jamás castigan y más se holgaran que quede en nuestro poder pues somos sus amigos y aliados*".

Pero esta carta es sólo la primera de una auténtica lluvia de noticias procedentes de París, La Haya o Viena. Ante ello el Consejo de Estado advierte al Rey de "cuán preciso se hace

¹⁰⁵ AHN, Estado, leg. 2761/1. Carta del obispo de Solsona de 5 de mayo que analiza el Consejo de Estado de 23 de mayo de 1699.

¹⁰⁶ AHN, Estado, leg. 2761/2. Canales al Rey, 30 de marzo de 1699.

cada día que Vuestra Majestad se prevenga para una buena defensa y lo que Vuestra Majestad no hiciese por sí no hay que esperarlo ni confiarlo de otros".

La actuación diplomática española y la del Consejo de Estado durante el segundo semestre de 1699¹⁰⁷ está recopilada en un documento de fecha 19 de noviembre de 1699¹⁰⁸ denominado "resumen de todo lo que hay pendiente sobre el gravísimo punto de la sucesión, del cual hay repetidas órdenes de Su Majestad para que se vea luego y se consulte". Según este resumen las primeras noticias fiables del tratado que se estaba negociando llegan a Madrid por medio de Bernaldo de Quirós quien, en cartas de 8, 19 y 22 de julio, "participa las noticias sobre proyectos y tratados de Inglaterra, Holanda y Francia". Estas cartas son tratadas en el Consejo de Estado de 28 de julio¹⁰⁹ y, como ahora veremos, las filtraciones estaban ya muy próximas a la realidad:

"Hoy, Señor, cumplo con la obligación de dar cuenta Vuestra Majestad que, por diferentes avisos y conversaciones que he oído y circunstancias de observación en que me hallo, quedó advertido y enteramente persuadido a que se continúa en querer arreglar la sucesión de Vuestra Majestad y que, si bien algunos ministros imperiales parecen persuadidos a que es inclinado el Rey Guillermo al todo de ella a favor del señor Archiduque, yo, según toda apariencia, me aplico a lo que asientan muchos de que se engañan los imperiales... y que Su Majestad Británica habló en su Consejo Privado diciéndoles que no subsistiendo ya, con la muerte del Príncipe Electoral, el expediente que el año pasado había tomado para asegurar la paz, había que discurrir y deliberar en nuevas medidas y éstas, Señor, son casi sobre el mismo pie; dejando al señor Archiduque lo que entonces se daba al Príncipe Elector y contentando al Rey Cristianísimo con los dominios de Italia, para un nieto suyo, con otras particularidades de que aún no estoy muy cierto... y que hallándose Guillermo III sin todas las esperanzas que quisiera de la vida y salud de Vuestra Majestad, le es preciso para no alterar la paz convenir en esta providencia, y disponer que la acepte el señor Emperador sobre lo que me aseguran de haber diligencias por medio de algunas potencias... *y dejo a la consideración de Vuestra Majestad si puede haber medios términos entre dejar correr libremente el tratado de sucesión y repartición que se quiere hacer o no retardar más el tiempo en darse por resentido y procurar desunir y desconfiar entre sí a los que le hicieron el año pasado, y le quieren repetir en éste, haciendo las alianzas posibles a fin de interesar a todos los príncipes y repúblicas de Europa en la conservación de la Monarquía*".

Este último párrafo, en cursiva, hace mella en el Rey que ordena Quirós, el 14 de agosto de 1699, que vaya a Holanda donde se encuentra Guillermo III y, a pesar de su interdicción, le manifieste el disgusto que producen en él (Carlos II) "estas noticias nunca vistas antes en vida de un Rey, que sólo tiene 38 años y que puede esperar sucesión". Que diga que sus achaques son sólo *juicios desaprensivos* y "asegurar al Rey británico y a los Estados Generales que no vivo tan descuidado de mi obligación ni aprecio tan poco el amor de mis vasallos que si Dios, por su soberano juicio, me quitara la vida sin concederme el beneficio de la sucesión, no hayan de quedar dispuestas las cosas, con la debida reflexión, a lo más justo y más importante a la quietud pública".

¹⁰⁷ Detalle de estas actuaciones se encuentran en AHN, Estado, leg. 2761/1 y 2761/2.

¹⁰⁸ AHN, Estado, leg. 2761/2.

¹⁰⁹ AHN, Estado, leg. 2761/1. Consejo de Estado de 28 de julio de 1699.

El Rey ordena a Quirós que intente cortar las negociaciones por los malos efectos que con seguridad van a producirse y añade que ha ordenado lo mismo al marqués de Canales con respecto al Parlamento inglés y que ha enviado a París al marqués de Casteldosrius para que explique al rey Cristianísimo estas consideraciones. También escribe Carlos II al obispo de Solsona para que "con más confianza dé las quejas al Emperador si entendiese que ha prestado aserto a estos proyectos". Ordena también el Rey que estos mismos oficios se pasen al Papa, al duque de Saboya y la República de Venecia, a través de los embajadores correspondientes, "haciéndoles manifiesto que esta negociación, ya no ignorada de nadie, será el escándalo en que tropezará y caerá el universal sosiego encendiéndose la voraz llama de una guerra general". Nuestros embajadores deben intentar que las acciones que pongan en marcha Su Santidad, el duque de Saboya y la República de Venecia, "procuren estorbar y detener los proyectos empezados". Sólo la carta a Casteldosrius, y la correspondiente copia entregada a Harcourt, contiene un medroso añadido especial y era "que podía asegurarse de que por parte de Su Majestad no se trataba resolución alguna tocante a la sucesión".

El Consejo de Estado, que ha sido informado de todos estos movimientos, se reúne el 29 de agosto y manifiesta con cierta dureza al Rey "que sus armas de mar y tierra fuesen las que hiciesen respetar más a Vuestra Majestad y a sus insinuaciones pues de otro modo considera los oficios de muy poca esperanza de conseguir cosa alguna de provecho sino darles ocasión a más desprecio en público y en secreto"¹¹⁰.

Pero no todas las noticias que corrían por Europa eran de la misma calidad. Había algunas elaboradas, sin duda, con afán de intoxicar o desviar la atención sobre lo que realmente se estaba negociando. Una prueba de ello es el tratado apócrifo y sin fecha entre el Emperador, Inglaterra y Holanda (sin Francia) que el marqués de Canales envió a Madrid el 8 de septiembre de 1699¹¹¹. Para aumentar la confusión hay una nota previa que dice que el tratado, que está en latín, se copió por persona que desconocía este idioma por lo cual la traducción refleja en algunas partes "más lo que parece quiere decir que lo que dice". Comienza el documento con un preámbulo que hace referencia a la nota de Harcourt de 19 de enero, en la que Luis XIV exigía los derechos de su familia, por lo que "con razón se debe concluir que el Rey Cristianísimo tomará algún día con mano armada lo que no le toca en derecho". Por ello, anticipándose a éste futurible, el Emperador "instado por la necesidad", ha tenido que prevenirse proponiendo un tratado, máxime cuando Hopp, embajador de las Provincias Unidas en Viena, había hecho sugerencias al respecto. Este tratado que consta de diecisiete artículos, aun siendo apócrifo, está bien diseñado y toma previsiones detalladas para la defensa contra las pretensiones francesas, no sólo ante una previsible acción diplomática sino también ante el ataque por mar y tierra que el Cristianísimo podría poner en marcha. Habla, por ejemplo, de mantener una armada 35 navíos de guerra (cuyo número de cañones detalla) en el Mediterráneo pero preparada para auxiliar a Barcelona tan pronto se produzca la muerte de Carlos II.

A cambio el Emperador se compromete a mantener el comercio de las potencias marítimas con España en el estado en que estaba antes de 1648 y, fundamentalmente, a ceder a

¹¹⁰ AHN, Estado, leg. 2761/1, Consejo de Estado de 29 de Agosto de 1699.

¹¹¹ AHN, Estado, leg. 2761/2. Canales al Rey, 8 de septiembre de 1699

Inglaterra todas las islas de América, excepto Cuba, y también las Canarias, naturalmente "sin mudar cosa alguna en el punto de la religión" aunque concediendo tolerancia a los protestantes. A los Estados Generales se les adjudicarían las islas y continentes de las Indias Orientales así como el ducado de Gueldres y al duque de Baviera se le indemnizaba por todo el dinero que ha puesto en los Países Bajos, con sus intereses correspondientes.

Este curioso documento, redactado claramente desde la óptica austriaca recorrió media Europa y se desconoce si, redactado tal vez por la cancillería alemana, llegó a ser presentado a Guillermo III, o a su entorno, de manera extraoficial. Estos papeles, cuando llegaron a Madrid, fueron objeto de una reunión monográfica del Consejo de Estado, celebrada el 24 de setiembre y, sorprendentemente, fueron acogidos por los cuatro consejeros asistentes como documento de "grandísima probabilidad". (Portocarrero) y "mucha preocupación" (Mancera) ante la reacción que podía tener Luis XIV si llegara a su conocimiento¹¹².

Quizá, con intención de aparentar inocencia, copia de este tratado fue entregada por Ausperg, en aquellos momentos embajador austríaco en La Haya, a Bernaldo de Quirós "despreciándolo este ministro (Ausperg) por falso y considerando yo por inútiles y de embarazo estos papeles pues, además de no constar de su certeza, me parece se esparcen para confundir los que puedan ser ciertos y desacreditarlos"¹¹³.

El 21 de septiembre escribe el obispo de Solsona desde Viena una larga carta¹¹⁴, en respuesta a la circular de Carlos II sobre la sucesión. El obispo, con su lucidez característica, da por inútil esta acción diplomática: ingleses y holandeses sólo quieren "larga paz y quieto comercio" y, sin el concierto con Francia, la guerra sería inevitable si se pretende que toda la monarquía recaiga "en su más legítimo sucesor" (el Archiduque). Pero, como el tratado no entrará en vigor hasta la muerte de Carlos II, cree que ambos países "se aplicarán más a ocultarlo y a negarlo que a retractarlo y deshacerlo."

Con respecto a Austria dice:

"Esta corte hace y hará lo mismo. Ella reconoce y claramente confiesa que sin ingleses y holandeses no pueden tomar medidas que basten, no sólo para lograr el todo de la sucesión, más ni para conseguir una sola parte... que no duda será la mayor y más principal por el mismo interés que tienen aquellas dos potencias en que no la logre la Francia".

El Papa desaprobará las negociaciones pero no podrá hacer gestiones ante Austria, "por las desazones que con ella pasa, ni con ingleses y holandeses porque no tiene con ellos comercio". Por supuesto el Cristianísimo contestará "con dulces y reverentes expresiones más que con sinceros y provechosos efectos". Venecia "no querrá injerirse en materia tan escabrosa" y en cuanto Saboya está interesada en que Milán no caiga en manos ni de franceses ni de alemanes pero, a la vista la actitud de las potencias mayores, no querrá comprometerse y "se aplicará al partido que le haga mayores conveniencias".

¹¹² AHN, Estado, leg. 2761/2. Consejo de 24 de septiembre de 1699.

¹¹³ AHN, Estado, leg. 2761/2. Quirós al Rey, 14 de octubre de 1699.

¹¹⁴ AHN, Estado, leg. 2761/1. Solsona al Rey. 21 de septiembre de 1699.

"Supuestas todas estas verosimilitudes, que temo se convertirán presto en verdades, yo, Señor, llevo a recelar mucho que los oficios que ha mandado poner Vuestra Majestad no bastarán a detener ni el curso ni la conclusión de aquellos perniciosos tratados. Y así creo que será menester cuchillo de más agudo filo para que pueda cortar la mala tela que se está urdiendo o que ya está tejida".

Este cuchillo a que se refiere el obispo y "único antídoto capaz de remediar tanto mal es el hacer penetrar, con igual reserva y seriedad, a esta corte y a Inglaterra y Holanda que, cuando no desistan de negociaciones tan perniciosas y ofensivas a Vuestra Majestad y a su Corona y vasallos... asegurará la integridad de su monarquía concertándose con la Francia y destinando la entera sucesión a uno de los hijos del Delfín. Ya sé que esto no ha de ser resolución sino amago, pero haciéndose de forma que pueda llegar recelarse la ejecución será, en mi sentir, el sólo medio eficaz para que esta corte y las de Inglaterra y Holanda depongan toda mala idea de división y tomen más honestas, convenientes y justificadas medidas".

Esta propuesta novedosa del obispo (hombre de la Reina y de germanofilia nada dudosa) sería cronológicamente la primera entre muchas que, como mal menor, otorgaría íntegramente la corona de España a Francia. Solsona está casi convencido de que, pese a negarlo, el Emperador y la cancillería austríaca están informados, más o menos oficialmente, por parte del Rey Guillermo y de los Estados Generales de lo que se negocia con Francia. Abunda en este convencimiento el que Su Majestad Cesárea, después de recibir la carta de Carlos II, va a demorar inexplicablemente la contestación pese a las veces que el obispo se la reclama¹¹⁵.

El aludido resumen de 19 de noviembre de 1699 que maneja el Consejo de Estado da cuenta también de las noticias que llegan de Inglaterra y de La Haya:

"El marqués de Canales, en carta 22 de septiembre, remite copia de un apuntamiento que dejó al Arzobispo primado de Inglaterra y a otros representantes (refentes) sobre el punto de la sucesión y proyectos fraguados, que es la misma sustancia pero con expresiones más fuertes de lo que aquí se le previno¹¹⁶ y refiere lo que le pasó con el dicho Arzobispo y refentes, que se reduce a que los ministros que son tenidos por realistas procuraron sincerarse de semejantes tratados y los que parecen buenos patricios los abominaron y sintieron, pareciéndoles contrarios a la alianza de amistad y correspondencia y a su propio interés... y (Canales) ve a aquella nación muy bien dispuesta y que casi pudiera prometerse algún remedio para vulnerar los tratados ya hechos aun a costa de enojo del Rey Británico"¹¹⁷.

No andaba descaminado Canales y la reacción de Guillermo fue fulminante. Por medio de Vernon, su secretario de estado, se conminó a nuestro embajador para que en el plazo de

¹¹⁵ La claridad de ideas y el prestigio que tenía el obispo entre los miembros del Consejo de Estado pueden deducirse de las siguientes palabras de Francisco de Castellví referidas a cuando, vuelto ya a España, no quiso pasar por Madrid y se incorporó a su diócesis de Lérida: "Continuaban los grandes en escribir al obispo para saber su sentir según las ocurrencias, haciendo propio caudal de lo que eran sudores de su aplicación y saber, valiéndose de sus sabias reflexiones para hacer brillar sus ingenios y establecer sus ventajas". Francisco de Castellví. *Narraciones Históricas*, Tomo I, Madrid, 1997, p. 123.

¹¹⁶ La carta para el Parlamento, verdaderamente vitriólica, puede leerse en AHN, Estado, leg. 2761/2.

¹¹⁷ AHN, Estado, leg. 2761/2. *Resumen de todo lo que hay pendiente...*

dieciocho días abandonara Inglaterra¹¹⁸. En correspondencia Carlos II aplicó igual medida a Stanhope, en Madrid, pero escribió a Canales diciéndole "me ha parecido advertiros que si no os excedisteis en la sustancia de estos oficios excedisteis mucho en el modo, en los términos y en las voces con que os expresasteis y que no le falta razón a aquel Rey para dar título de sedicioso a aquel papel".

Bernaldo de Quirós escribe el 29 de septiembre y dice que el conde de Portland le leyó una carta de Guillermo III "en que expresa que habiéndose aplicado casi toda su vida a mantener los intereses del Rey nuestro Señor, en guerra y paz, conservando siempre la buena unión y amistad con Su Majestad, como era notorio lo había practicado hasta ahora, continuaría en el mismo sentir sin que hubiese obrado ni pensase hacer cosa que le pareciese que podía ser contra los intereses de Su Majestad y de la Monarquía". Ante el sibilino mensaje Quirós responde que "podría compadecerse el haber Su Majestad Británica tenido por conveniente a nuestra Monarquía algún convenio que en la realidad no lo fuese, ni lo tuviéramos por tal, y entrar en él sin hacer cosa que juzgase perjudicial ni contraria a la unión y buena correspondencia, y padecer nosotros el daño sin quedar herida la intención". Pero Portland nada quiso aclarar y se mantuvo en los precisos términos de la respuesta del Rey. En otra misiva de igual fecha informa Quirós que ha presentado la carta de Carlos II al Pensionario y que aun no le había contestado oficialmente pero que, pensaba, lo haría en los mismos términos que Guillermo III. En realidad el Pensionario se negó a contestar a causa de la interdicción de Schonemberg¹¹⁹.

También el marqués de Castelflosríos escribió diciendo que había tenido audiencia, el 27 de octubre, con el Cristianísimo y que le transmitió el mensaje de Carlos II con el resultado siguiente:

"Habiéndole oído el Rey con toda atención, respondió que sentía mucho que Vuestra Majestad se hallase con motivo alguno de sentimiento porque nada deseaba tanto como la salud de Su Majestad, su larga vida y dilatada sucesión, así por las razones del estrecho parentesco que mediaba entre Su Majestad y su persona como también por lo que estimaba a Vuestra Majestad. Motivos todos que le habían inducido a hacer la paz para conservar con Vuestra Majestad muy fina correspondencia, ponderando esto con tan vivas expresiones, tanto en las voces como en la acción, que no parece dejar abertura para dejar de creerlo así. Pero sin darle respuesta positiva de sí ni de no en lo sustancial del punto de los tratados"¹²⁰.

Y también fueron llegando las respuestas de Italia. El cardenal Giudice habla de su audiencia con el Papa en la que éste le ponderó "el escándalo que le resultaba de las negociaciones... y que no obstante conocer Su Beatitud lo poco atendidos que serán sus oficios para atajarlas ... y evitar por este medio una nueva y sangrienta guerra, sin embargo no omitirá aplicarlos". Completando la respuesta del Papa el nuncio, en Madrid, comunicó al Rey que "habiéndose restablecido ya su importante salud se desvanecen por sí mismas estas máquinas y tramas pero que, en medio de esto, no dejará Su Beatitud de pensar en todas las ocurrencias de la religión con que pueda contribuir a la quietud pública".

¹¹⁸ AHN, Estado, leg. 2761/1. Canales al Rey, 9 de noviembre de 1699.

¹¹⁹ AHN, Estado, leg. 2761/2. *Resumen de lo que hay pendiente...*

¹²⁰ Ibid.

"Por lo que toca a Venecia avisó D. Vicente Colens, en carta de 5 de setiembre, que habiendo pasado su oficio no se le había respondido, bien que el Colegio mostró bastante desabrimiento por las negociaciones". La reacción más animosa, aunque no por ello eficaz, fue la del duque de Saboya. Juan Carlos Bazán escribe el 3 de septiembre que el duque "no podía determinarse a creer que un Rey tan prudente y tan gran político como el de Inglaterra y unos estados tan circunspectos y bien considerados como los de Holanda, hayan abrazado tan nocivos designios como los de los proyectos que corren ya tan esparcidos, siendo tan contrarios a sus propios intereses... pero que estaba pronto a servir a Vuestra Majestad con los más vigorosos y esforzados oficios, sintiendo infinito no hallarse con todo el poder necesario para arrestar estos perniciosos progresos que, entendía, pedían otra cosa que instancias de palabra". El duque se comprometió, y así lo hizo, a enviar instrucciones a sus ministros en Inglaterra y Holanda para que se aplicasen con toda diligencia a cortar las negociaciones. Al tiempo aconsejaba a Carlos II que aprovechara el tiempo que su salud permitiera para proveerse de buenos amigos que pudieran sostener la resolución que sobre su sucesión había de tomar cuando llegara el momento oportuno.

Como puede verse tanto el Consejo de Estado como obispo de Solsona tenían toda la razón cuando dijeron que la actividad diplomática promovida por Carlos II era inútil cuando no, incluso, vejatoria para España por las reacciones que produjo y que, en general, oscilaban entre la cortesía gélida y la hipocresía más desvergonzada. El propio Rey se dio cuenta de lo penoso de la situación y el 10 de diciembre mandó escribir a los tres embajadores en Italia¹²¹ para pedirles que se porten "con una prudente indiferencia en lo que se les responde, sin mostrar entera satisfacción ni desconfianza y no vuelvan a hacer nuevas instancias, ni hablar formalmente sobre los referidos proyectos de tratados... pero que se procure, con gran cautela y destreza, descubrir y averiguar todo lo que se fraguase en tan importante y celosa materia".

Por estas fechas de noviembre de 1699 andaba el Consejo de Estado muy atareado pues Bernaldo de Quirós había enviado el tratado suscrito, en agosto del año anterior, entre el Elector y los Estados Generales, documento que había llegado a sus manos "por fortuna" y que, aunque había perdido vigencia por la muerte del Príncipe Electoral "se quiere continuar en orden a la persona del duque Elector, según en la forma que estaba proyectada para su hijo". Quirós que, como dijimos, tenía pésimas relaciones con Maximiliano Manuel se ceba en las críticas por las concesiones que ha hecho a Holanda, sobre todo con la cesión del fuerte de la María y con las consecuencias, muy graves, que su entrega implicaba tanto desde el punto de vista económico como de la seguridad de Amberes. Pero no le extraña su actuación "porque la pasión con que ha observado a Su Alteza, de algunos años a esta parte, de quedarse dueño de ellos (los Países Bajos) parece le domina tanto que quiere satisfacerla a cualquier precio".

La carta reservada al rey de Bernaldo de Quirós es del 15 del mayo¹²² pero no fue conocida por el Consejo de Estado sino por un papel que preparó Antonio de Ubilla el 17 noviembre, precisamente para el consejo que debía celebrarse al día siguiente. Dada la gravedad del asunto Carlos II debió preferir escribir antes al Elector, para pedirle explicaciones sobre su

¹²¹ AHN, Estado, leg. 2761/1. El Rey a Giudice, Bazán y Colens.

¹²² AHN, Estado, leg. 2761/1.

actuación, y fue al recibirlas en octubre, cuando decidió dar cuenta a su Consejo. La nota de Ubilla habla de dos tratados, uno que, según el Elector, había remitido al Rey el año anterior y otro reciente que acababa de llegar, "reputando ambos por falsos y atentatorios contra su propio decoro y crédito". Tan funesto consideró el Elector este hecho que, para hacer más notoria la falsedad de estos papeles, "los ha mandado quemar públicamente por mano de verdugo y ofrecido tres mil doblones al que denunciase al autor de ellos". Maximiliano Manuel afirmaba que la copia del último tratado salió de manos del residente del Emperador en Bruselas pero que esta persona se negaba a confesar quien se lo había entregado y que, ante la imposibilidad de obligarla a declarar por su carácter diplomático, había escrito al Emperador para que lo exonerara de este empleo "y así pueda el Elector valerse de su autoridad".

El Consejo de Estado piensa que todo son fuegos de artificio que ha montado el Elector al salir a la luz el tratado y recomienda al Rey "lo que por este Consejo se le ha representado de lo mucho que conviene a su real servicio el apartar de allí al Elector entendiendo que éste es un punto que merece toda la atención y reflexión de Vuestra Majestad para atajar otros muchos embarazos que justamente se deben recelar"¹²³. Petición utópica pues la deuda con el de Baviera era descomunal y, siendo el saldarla condición para su relevo, no disponía, ni de lejos, la Monarquía de recursos para ello.

Estaba Luis XIV muy preocupado, a finales de 1699, por las dificultades y dilaciones que ponían las Provincias Unidas a la firma del tratado. Temía que, pese a lo que le había asegurado Carlos II, la influencia de la Reina pudiera conseguir que hiciera un nuevo testamento a favor de la Archiduque. Harcourt, a quien confesaba sus temores, intentaba apaciguarlo hablándole de los agravios que Mariana recibía del Emperador y de Harrach. Pero el Cristianísimo no se fiaba y, para forzar la voluntad de Mariana, le ordenó que extremara los regalos y las atenciones hacia ella. Hay en la correspondencia entre uno y otro una frase sibilina de Luis XIV: "tengo por evidente que me será factible ofrecer a esa princesa, para cuando enviude, conveniencias muy superiores a las que puede esperar de Viena". Harcourt la interpreta su modo e insinúa a la Berlips que, tal vez por la alta estima en que Luis XIV tiene a la Neoburgo, mantiene viudo al Delfín para casarlo con ella tan pronto muera el Rey de España¹²⁴. Huelgan los comentarios sobre el efecto demoledor que esta insinuación debió provocar.

El Cristianísimo estaba seguro de que Carlos II nunca haría testamento a favor de la Casa de Borbón y de que, en caso de morir de repente y sin testar, difícilmente las cortes de Castilla y Aragón coincidirían en nombrar Rey a alguno de sus nietos, aun cuando se cumpliera la triple condición de no existir desmembramiento de la monarquía, no poderse juntar nunca las Coronas de Francia y España y que ésta última no se convirtiera en un satélite, cuando no provincia, de la primera. Y, pese a la mucha fuerza que creía tenía el partido francés entre los españoles, no existía, a su juicio, persona o grupo de poder con suficiente autoridad y capacidad para liderarlo con eficacia y gestionar la herencia a favor de sus nietos. Ante ello no le quedaba al Cristianísimo, que no quería por nada del mundo renunciar a unos derechos que creía firmemente correspondían a su familia, más que dos

¹²³ AHN, Estado, leg. 2761/1. Consejo de Estado de 18 de noviembre de 1699.

¹²⁴ Duque de Maura, op. cit., tomo 2, p. 607.

caminos: la guerra o el reparto. Y la opción por la guerra era muy complicada. Además de levantar enseguida una alianza en su contra de toda Europa no iba a ser nada fácil hacerse con las posesiones italianas ni con el País Bajo español. La conquista de la península, que aparentemente pudiera parecer sencilla, se complicaría con la aparición de milicias regionales que hostigarían sin descanso a sus ejércitos. Además habría que contar con las Indias cuya conquista sería una empresa militar inédita y llena de incertidumbres.

Pero no eran sólo los promotores del tratado los que disimulaban sus negociaciones. También negociaba el Emperador, aunque en una línea diferente. El duque de Maura, que ha investigado los archivos alemanes afirma¹²⁵: "podemos tener la certidumbre, por casi nadie compartida en la España de entonces, ni aún como simple sospecha, de que hasta el último instante perduraron en Viena los regateos, incluso después de recibidas por Su Majestad Cesárea las justísimas quejas de la Católica. El 16 de septiembre Kaunitz y Fernando de Harrach exhibieron ante Hopp, embajador de las Provincias Unidas, una nota autógrafa de Leopoldo según la cual *no obstante sentirse conmovidísimo por la protesta de su sobrino, el Rey España, se resignaba a seguir aceptando la mediación de Inglaterra y los Estados Generales, aunque persistiese en su inquebrantable resolución de no ceder al Delfín, en la herencia española, sino Nápoles, Sicilia y Cerdeña*". Torcy¹²⁶, en su *Mémoires* resta importancia a estas negociaciones, que considera más bien divagaciones de Kaunitz, con el marqués de Villars, enviado especial de Luis XIV, sin otro objeto que reflejar lo que eran los deseos íntimos del Emperador pero que no era posible ni expresar de una manera pública ni plasmar en nada concreto.

Finalmente el 3 de marzo (21 de febrero V. E.) se firma en Londres el tercer tratado de reparto¹²⁷. Lo suscriben Briordt, Tallard, Heinsius, Van Esse y Van de Welde entre otros. Tiene un total de dieciséis artículos y arranca afirmando la pretensión de hacer que la paz de Ryswick sea duradera y se mantenga la tranquilidad de Europa. Pero tanto Su Majestad Británica como Su Majestad Cristianísima y los Estados Generales "no han podido ver sin dolor que el estado de la salud del Rey de España haya llegado a ser, de algún tiempo a esta parte, tan débil que todo se puede temer de la vida de este príncipe... no obstante han juzgado que era tanto más necesario anteverla cuando, no teniendo Su Majestad Católica hijos, la abertura de sucesión suscitaba infaliblemente una nueva guerra si el rey Cristianísimo sostenía sus pretensiones y las del señor Delfín o sus descendientes a la sucesión total de España y si el Emperador quisiere también hacer válidas su pretensiones, las del Rey de Romanos o las del Archiduque, su hijo, o de sus otros varones o miembros de dicha sucesión".

"Y como lo señores Reyes y los señores Estados Generales desean sobre todas las cosas la conservación de la quietud pública y evitar una nueva guerra en Europa, por mediación de un ajuste de las disputas y diferencias que podían resultar con motivo dicha sucesión o por el recelo de excesivos dominios unidos debajo de un mismo príncipe, han hallado conveniente tomar anticipadamente medidas... ". (Artículo 3º).

¹²⁵ Ibid. p. 606.

¹²⁶ Torcy, *Mémoires*, primera parte, p. 66.

¹²⁷ Este tratado puede leerse en muchos sitios. Por ejemplo AHN, Estado, leg. 673/1, entre los documentos del Consejo de Estado de 8 de julio de 1700.

El artículo 4º otorga al Delfín y a sus herederos (sin poder jamás ser perturbados debajo de cualquier pretexto... por parte del señor Emperador, Rey de Romanos etc.) los reinos de Nápoles y Sicilia, los presidios de Toscana y sus islas limítrofes (Santo Stéfano, Porto Ercole, Orvitello, Telamune, Porto Longon y Piombino) así como la villa y marquesado de Final, la provincia de Guipúzcoa, con cita expresa de Fuenterrabía, San Sebastián y el puerto de Pasajes. Además corresponderán al Delfín los ducados de Lorena y Bar y, en contrapartida, el duque de Lorena recibirá el de Milán. Con estas cesiones Francia se da por satisfecha y renuncia a los derechos que pudieran corresponderle sobre el resto de la Monarquía española con la condición de que el Delfín recibirá todas las villas y plazas etc. en su propio estado de conservación y sin ser demolidas.

El artículo 6º asigna al Archiduque el resto la Monarquía española, con tal de que renuncie para siempre, al igual que su padre y su hermano, a lo que pasa a ser propiedad del Delfín. El artículo 7º, de gran interés, explica la forma en que, tras las necesarias ratificaciones, ha de buscarse la conformidad de Austria a lo pactado por Francia y las potencias marítimas:

"Se comunicará este mismo tratado al Emperador a quien se *convidará* a entrar en él; pero si tres meses después (contando desde el día de dicha comunicación y de habérsele convidado o después del día que Su Majestad Católica viniese a fallecer, si esto sucediese antes del término de tres meses) Su Majestad Cesárea y el Rey de Romanos rehusasen entrar en él y convenir en el repartimiento señalado al serenísimo Archiduque, por los dos señores Reyes, o sus sucesores, y los señores Estados Generales, se convendrá acerca de un príncipe a quien se dará dicha porción".

En artículos sucesivos se prohíbe al Archiduque pasar a España o al ducado de Milán en vida de Carlos II y si muriese sin dejar hijos, su parte pasaría a un hijo del Emperador (excepto el Rey de Romanos) o a un hijo del Rey de Romanos pero con la condición de que esta herencia no podrá jamás unirse al Imperio ni tampoco quedar en manos un príncipe que fuese rey de Francia o Delfín. Y muerto el rey de España, cada uno de los herederos, previas las renunciaciones prescritas en los artículos 4º y 6º, podrá tomar posesión de su parte y, "si en ello hallasen dificultad, los dos señores Reyes y los Estados Generales harán todos los esfuerzos posibles para que cada uno sea puesto en posesión de su porción... y obligar por la fuerza a los que se opusieren a dicha ejecución".

El artículo 12º invita a cualesquiera estados y príncipes a adherirse al tratado y ser, de este modo, garantes también del mismo. Incluso, en el caso de que sea uno de los tres primeros firmantes el que pretenda violentar el orden establecido para engrandecerse a costa de los otros. El artículo 15º establece que las renunciaciones que el Cristianísimo y el Delfín deben hacer, de acuerdo con lo especificado en el artículo 4º, deberán registrarse en el Parlamento de París, después que el Emperador hubiese prestado su conformidad al tratado. Igualmente la renuncia por parte austríaca, según el artículo 6º, también debe hacerse solemnemente ante su Consejo de Estado "o en otras partes según las formalidades más auténticas del país".

El último artículo especifica que las ratificaciones de los tres firmantes se permutaran simultáneamente en Londres y en el plazo de tres semanas.

Hasta aquí el tratado oficial. Había, además, al menos dos cláusulas adicionales y secretas. La primera para el caso de que el duque de Lorena no aceptara el cambio de su territorio por el Milanesado. En tal circunstancia quedaba abierta la puerta para un intercambio de Milán por Saboya o bien para compensar al Delfín con Navarra o Luxemburgo más el condado de Chiny. La segunda cláusula establecía la posibilidad de ampliar en dos meses el plazo concedido al Emperador para que firmara su adhesión al tratado si las dificultades que surgieran así lo demandaran.

El tratado no está exento de contradicciones internas y, por ello, no sorprende su laboriosa gestación. Si su objetivo principal era evitar la guerra –y así era para las potencias marítimas aunque no para Francia- sólo se conseguiría en el dudoso caso de que el Emperador aceptara suscribirlo. De no ser así la guerra era casi segura pues la posibilidad que se apunta de ofrecer la Corona a un tercer príncipe no era para Guillermo III más que un medio de coaccionar a Viena sin ningún otro efecto práctico. Habría que ver también la postura de Luis XIV –que siempre consideró sus derechos mejores que los de cualquier otro- si la parte más importante del Imperio pasaba al duque de Saboya, último heredero que fijaba el testamento de Felipe IV o, no digamos, a príncipes con parentescos mucho más remotos. De ahí el interés que pone el tratado en buscar la adhesión del resto de Europa, así se trate de potencias medianas o ínfimas, con objeto de colocar a España y a Austria frente a fuerzas infinitamente superiores. En estas condiciones, como veremos más adelante, la negativa de Leopoldo colocó al Cristianísimo en una muy difícil situación ya que, salvo Portugal, el tratado no consiguió apenas adhesiones. En algunos casos por la guerra que había por entonces entre los países del norte de Europa, en otros por las obligaciones o lazos familiares que bastantes príncipes del Imperio tenían con el Emperador. Los príncipes italianos lo último que querían era verse envueltos en un conflicto militar que alterase su tranquilidad y Venecia bastante hacía procurando frenar su decadencia. Saboya, por su parte, era consciente de que, siendo heredera posible, jamás convendría Guillermo III en ello por su traición a los aliados en la última guerra. De este enorme galimatías vino el testamento final de Carlos II a salvar a un Luis XIV que corría el peligro de verse enfrentado al resto de Europa, incluida España, y ligado exclusivamente a unas potencias marítimas de fidelidad incierta y tal vez cambiante ya que, como dicho está, entraron en el tratado buscando sólo la quietud del continente.

CAPÍTULO 3º. TESTAMENTO Y MUERTE DE CARLOS II.

3.1 EL CONSEJO DE ESTADO DE 8 DE JUNIO DE 1700.

El tratado de Londres fue ratificado el 25 de marzo, fecha en la que Harcourt, que había sido informado de ello previamente, solicitaba a Carlos II audiencia de despedida. Como antes dije, el marqués hacía meses que había pedido su relevo ante la situación poco airosa, e incluso peligrosa, en la que iba a quedar tras la componenda que había hecho su Rey mientras él luchaba, con todas sus fuerzas, por conseguir para el Delfín la totalidad del Imperio español¹. Pocos días después abandonaba también Madrid la condesa de Berlips, en un convoy con cuatro carrozas, treinta mulas y veinticinco criados a añadir a otro, salido previamente, con su voluminoso equipaje. Con ella se iba uno de los más siniestros y corruptos personajes de nuestra historia.

El 6 de mayo, Luis XIV envió un despacho a Viena a su embajador, el marqués de Villars, con órdenes de "invitar al Emperador a suscribir los acuerdos tomados por él y sus aliados y que se juzgaban necesarios para conservar la paz y salvar a Europa del incendio que produciría una guerra inevitable"².

El Emperador concedió audiencia a Villars y a Hopp el 18 de mayo y ambos, de acuerdo con las instrucciones recibidas, presionaron para lograr de él una rápida respuesta que, lógicamente, no consiguieron pues Leopoldo, aparte de tener que guardar las apariencias, vio enseguida las ventajas de agotar el plazo de tres meses que se le concedía porque, fuera cual fuere la determinación que hubiera de tomar, era absurdo desperdiciar los noventa días de gracia concedidos y que, con la excusa de consultar a su Consejo, le iban a permitir, al menos teóricamente, establecer un frente común con su sobrino si es que ello resultaba posible o conveniente. Y así "la respuesta era aplazada día a día y siempre con pretextos frívolos. En ocasiones los ministros imperiales insistían en modificaciones sustanciales del tratado tales como que el Emperador no podía soportar verse excluido de la posesión del Milanesado"³.

La comunicación del tratado a Carlos II era mucho más problemática y Harcourt se había negado a ello con todas sus fuerzas. En carta a Luis XIV escrita en fecha muy anterior, nada menos que el 16 de agosto de 1699 le decía: "nada sería más opuesto al éxito del tratado que comunicarlo al Rey de España y a su Consejo; que la propuesta de suscribirlo sería tan odiosa al Soberano como a sus súbditos, desde el primero hasta el último; que los españoles consideraban la división de la monarquía como el peor de los males que podía sucederles tanto por la pérdida de las posesiones que tenían en todas partes como por el

¹ No era posible prolongar la estancia en Madrid de un embajador a quien el Rey, su Amo, hubiera ocultado un punto tan capital de la negociación...la desconfianza tan acusada de S. M. hubiera bastado para desacreditarle. Torcy, *Mémoires*, parte primera, p.79. El marqués de San Felipe achaca, sin ninguna razón, la salida de Harcourt a las proposiciones que hizo a Mariana de Neoburgo para, una vez viuda, casarse con el Delfín.

² Torcy, *Mémoires*, parte primera, p. 67.

³ Ibid., p.68..

honor y la reputación de la nación. *Todo esto -escribía Harcourt- los unirá ante la adversidad para oponerse, en la medida en que sus fuerzas lo permitan; y la comunicación hará que, como mínimo, tengan tiempo para prepararse contra la toma de posesión y volver así más difícil su ejecución*"⁴.

A Luis XIV le parecieron bien estas razones y, en un despacho al marqués, suspendió la orden que había dado de tener informado a Carlos II de la negociación del tratado para invitarle a suscribirlo. Prefirió esperar a la reacción del Emperador cuando se se enterara y, si ésta era de aceptación inmediata, y tal era la esperanza del Cristianísimo, habría terminado el problema tal como expresaba el propio Luis XIV:

"No habría inconveniente alguno en comunicar en España un proyecto que ya era público. Los españoles, sin fuerza y sin gobierno, no podían impedir solos la ejecución de un tratado hecho con el Emperador, Inglaterra y Holanda, cuando todas estas potencias hubieran apostado por el éxito de estas medidas tomadas para el reposo de Europa... Es cierto que en esta situación las quejas del pueblo deben ir más contra el Emperador que contra mí... Yo he evitado hablar de sucesión, yo no he querido inquietar al Rey mientras vivía y yo no hago nada en su perjuicio cuando tomo medidas para asegurar, tras su muerte, el reposo de Europa y cedo, incluso, la mayor parte de los derechos de mi hijo.

"Es cierto que el pueblo parecía desear que, cuando el Rey muriera, la justicia fuera devuelta a sus herederos legítimos; pero esto no son sino simples deseos, sin efectos prácticos, pues yo no he visto ni el más mínimo paso en favor de mi hijo, o de mis nietos, en tanto que el embajador del Emperador tenía la posibilidad de cambiar al Consejo de Estado, de desterrar a los ministros que gozaban de la confianza de Rey y de nombrar un gobierno cuando no lo creía lo bastante favorable a los intereses de su Amo. Por lo tanto no debe sorprender que en esta coyuntura yo haya buscado otras vías para asegurar el reposo de Europa que hubiera sido alterado, sin duda, si el Rey de España, en vida, declarara al Archiduque como sucesor o si hubiera muerto sin hacer testamento"⁵.

Estas dudas de Luis XIV se acrecentaban por el temor, no injustificado en aquellos días concretos, de que Carlos II muriera de repente. En tal caso Harcourt debía, si se había recibido ya la conformidad del Emperador, reunirse con los embajadores de Austria, Inglaterra y Holanda para declarar ante las Cortes y el Consejo de Estado las condiciones del reparto y de cómo se iba a entrar en posesión inmediata de la parte del Delfín, simultáneamente al paso del Archiduque a España. Pero si el Emperador no aceptaba el tratado y moría el Rey, Harcourt no tendría otra solución que "recibir favorablemente a aquellos que vengan a hacerle proposiciones y decirles que yo les escucharé con placer; que es necesario, al tiempo, que ellos hagan conocer los medios que aportan en señal de buena voluntad"⁶.

Pese a las consideraciones anteriores Luis XIV, firmado el tratado y comprobada la imposibilidad de mantenerlo en secreto después de un período de negociación tan largo, ordenó dar publicidad al asunto de manera que el 18 de mayo de 1700, por azar la misma fecha en que el Emperador recibía al marqués de Villars, Torcy llamó a los embajadores de

⁴ Ibid., p. 70.

⁵ Ibid., pp. 73 a 75.

⁶ Ibid., p. 77.

Austria y España y les informó del tratado adjuntándoles la correspondiente copia. El despacho de Castellldosrús al Rey con esta noticia llegó el 28 de mayo y el de Sinzendorf a Harrach al día siguiente. En este despacho el embajador alemán en París contaba a su colega de Madrid cómo había preguntado a Torcy acerca de lo que haría el Cristianísimo si el Rey de España le ofrecía la entera sucesión de la Monarquía. La respuesta del Secretario de Estado francés fue tajante: en ningún caso la aceptaría y se atendería en todo a los términos del tratado. Aun cuando pueda parecer sorprendente Torcy lo decía de buena fe. El marqués de Louville, que más tarde sería jefe de la Casa francesa de Felipe V, cuenta como, llegado ya septiembre y conocidas las consultas del Consejo de Estado sobre el testamento, preguntó al Secretario francés “si una tal disposición de Carlos II cambiaría en algo las resoluciones que había adoptado Francia con el tratado. *No*, respondió Torcy, *está absolutamente resuelto mantener el tratado de reparto y nos preocupa muy poco lo que España haga en contra*. Torcy hablaba con sinceridad y la opinión del Consejo real sobre el cumplimiento del tratado coincidía de manera unánime con lo que el Cristianísimo manifestaba”⁷.

Al llegar el despacho de Castellldosrús se encontraban los Reyes en Aranjuez y el disgusto de ambos al ver confirmarse los rumores fue muy grande⁸. Carlos II convocó al Consejo de Estado para el día 1 de junio. Conviene decir que algunos consejeros habían enviado, pocos días antes, representaciones al Rey basadas en los rumores e informaciones no confirmadas de nuestros embajadores del norte. Nos detendremos con cierto detalle en alguna de sus opiniones para fijar el punto de partida de la postura de los miembros del Consejo de Estado y así comprender mejor su evolución a lo largo de los meses siguientes. Por ejemplo el conde de Santiesteban escribía el 26 de mayo lo siguiente⁹:

"El señor Emperador envió a Madrid al conde de Harrach para tratar de la sucesión a la Corona en su hijo segundo, proponiendo para ello que Su Majestad se armase, oponiéndose a la invasión que podía hacer Francia; y se desengañó el Emperador por el informe de estos ministros de que en la corte de Madrid no se daría jamás providencia que condujese a este tan útil y deseado fin. El rey francés había sido avisado por su embajador de no poder esperar nada a favor de sus nietos en esta Corte y que las voces que han sonado en este sentido no han tenido otro fin que desacreditarse entre sí los partidos de cortesanos y palaciegos..

Considere Vuestra Majestad si habrá sucedido jamás a Rey o nación alguna una furia como la que hoy amenaza, ya que poniendo, o puestas, sus tropas en la frontera de Cataluña y Navarra obligaría el Rey de Francia a Vuestra Majestad a dar su consentimiento.

No paso a ponderar lo que pierde la religión católica si ingleses y holandeses se apoderan de las Indias y establecen en ellas grandes dominios de Lutero y Calvino”.

⁷ Marqués de Louville. *Memoires secrets sur l'établissement de la Maison de Bourbon en Espagne*. París, 1818, p.19.

⁸ Algunos historiadores extranjeros hablan (recurriendo más que nada a maledicencias de los ministros en Madrid) de una descomunal riña conyugal y de que la furia de la Reina fue tal que no dejó intacto ningún objeto susceptible de ser estrellado contra suelo o paredes.

⁹ *Documentos Inéditos*, tomo II, pp.1197 y sigs.

Este último punto que plantea el conde fue un lugar común en muchas de las representaciones de los consejeros¹⁰. Bien es cierto que el tratado de Londres no daba ni a ingleses ni a holandeses parte alguna de las Indias pero los rumores iniciales, y los análisis que se hicieron con posterioridad al conocimiento del texto oficial, daban por segura la existencia de artículos secretos por los que se garantizaba a las potencias marítimas islas y enclaves en América, máxime por el poco interés y menor preparación de los austriacos ante cualquier empresa transatlántica

Los remedios que sugiere Santiesteban son diplomáticos: enviar un embajador secreto a Luis XIV para hablarle de la conservación de la religión, que incumbe a España y Francia, “al tiempo que se le persuade de que no se excluye a sus nietos de la sucesión”. Con respecto a Inglaterra piensa que es mala actuación intentar enfrentar al Rey con el Parlamento y propone una embajada del príncipe de Vaudemont -entonces gobernador de Milán- gran amigo de Guillermo III para que intente convencerlo de lo desafortunado del tratado. Y finalmente hay que averiguar “la parte que Su Majestad Cesárea tiene en estos tratados y los medios con que podrían atajarse tan grandísimo perjuicio para la casa de Austria”.

El duque de Medina Sidonia es partidario también de mantener vivas las esperanzas del Cristianísimo sobre la sucesión de sus nietos al tiempo que habría que armar una gran Liga en Italia contra el tratado de reparto.

El marqués del Fresno culpa a Viena del tratado, del que no podía ser ignorante mientras se gestaba y, además, afirma que el Emperador no tiene suficiente capacidad militar para oponerse a él. Considera como remedios posibles, o bien la mediación del Papa ante Francia en defensa de la Cristiandad, o bien el ofrecer a Luis XIV “el todo la Monarquía en un nieto del Rey de Francia, con la seguridad de no haber incorporación a la reunión de las dos coronas...”

El conde de Montijo propone que se hagan reformas en la forma de gobernar y cambiar las personas que ahora lo hacen por otras más idóneas y que, con la autoridad moral que ello nos daría, solicitar ayuda al Emperador y la mediación del Papa.

Portocarrero pide al Rey que se incorpore al Consejo de Estado y que, bajo su presidencia, se delibere y busquen las soluciones pertinentes. Carlos II se niega a hacerlo, según el duque de Maura, para dejar que el Consejo deliberara con toda libertad¹¹ pero parece razón más probable que el Rey no quisiera soportar alegatos por acciones –más bien omisiones- del pasado ni oír una vez más peticiones para que hiciera testamento que, como luego veremos, aparte de enfurecerlo, no quería atender.

Los últimos diez días del mes de mayo fueron de intensa actividad en Viena con cuatro consejos en los que se discutió largamente sobre ultimátum del Cristianísimo y la postura a adoptar. Sólo hubo una conclusión unánime además de indicadora del poco interés alemán

¹⁰ Por ejemplo Portocarrero, en carta al Rey de 23 de mayo de 1700 le dice: “Paso a condolerme con la Religión Católica de que las porciones que a tanta costa se unieron a ella se entreguen en manos de herejes”.

¹¹ Duque de Maura, op. cit., tomo 2, p. 625.

en adoptar compromisos y tomar las riendas del conflicto: había que esperar la reacción y las decisiones del Rey Católico.

Aun sin estar al tanto de lo que ocurría en estas reuniones, por aquellos días Harrach escribía desolado a Auersperg (entonces embajador en Londres) contando las críticas que recibía, entre ellas las de Portocarrero¹², por la tibieza que mostraba el Emperador ante el tratado: "Los bien intencionados se asombran de que el Emperador lo consienta; los demás lo achacan a que está conforme o a que es demasiado débil para impedirlo. De todos modos es la última oportunidad que le queda al Emperador para atraerse a los españoles. Si no lo hace estará perdida la causa imperial y padecerá también su propio honor y la reputación de su embajador".

Los días 1 y 5 de junio tienen lugar dos importantes reuniones del Consejo de Estado cuyas deliberaciones quedaron plasmadas en acta de fecha de 8 del mismo mes¹³. La secretaría del Consejo había preparado un resumen con el contenido de las cartas de aviso enviadas por Bernaldo de Quirós, el marqués de Bedmar, el duque de Uceda y Casteldosríos, con copia esta última del tratado. Portocarrero, tras pedir a los consejeros que pongan por escrito sus ideas para que luego se delibere y se vote, hacía un duro discurso contra la situación:

"La gravedad de la materia y el dolor que ella ocasiona son dos principios generales inseparables... junto al cuidado que debe ocasionar su remedio, que éste siempre se debe esperar de la Divina Providencia... aplicándose cada uno a su incumbencia y especialmente Vuestra Majestad que tiene la mayor en tanto Dios ha puesto en sus manos el cuidado de sus vasallos, el mirar por ellos y el defenderlos... pues para esto contribuyen con sus trabajos y dineros que se deben aplicar al bien público y a armarse por mar y tierra...S. M. ha de buscar un aliado poderoso que le ayude, y éste que ha de ser llamado es preciso sea movido por interés presente y futuro, por el dispendio y aplicación que ha de poner, pues de otro modo ninguno habrá que por caridad y piedad se mueva en nuestra defensa...y que aunque en el referido tratado no se especifica quede porción de provincias católicas a ingleses y holandeses nadie puede dudar que la tendrán muy asignada, muy considerable y muy bien afianzada y que con buena política se oculta para no ofender a la Cristiandad".

Portocarrero tras lamentarse de la poca colaboración habida entre las dos líneas de la casa de Austria considera inútil plantear una Liga de Italia y recuerda lo que al respecto dijo Inocencio XI: "desengañense los españoles de la Liga en Italia no teniendo yo fuerzas, excusándose los demás príncipes y Génova principalmente". Y concluye el cardenal:

"Pero más dirán y propondrán a Vuestra Majestad que si éste que nos ha de ayudar y defender halla Vuestra Majestad que puede ser el Archiduque Carlos, hijo segundo del Emperador, esto es lo que pide el genio del que vota (y cree que el de toda España) y la doctrina en que estamos criados y dominio y mando con que estamos gustosos y bien hallados. Pero que el caso no pide restringirse a cariños, ni amores, ni buenas voluntades y aún así queda uno de los segundos nietos del rey de Francia, con que siendo este el caso en que la aflicción de la Monarquía, mirando por el bien de ella y de la Patria, no debe restringirse ni estar ligada a ellas, porque tratándose el bien de la Patria y lo que es conveniente, es la ley que debe

¹² *Documentos Inéditos*, Aloisio de Harrach a Auersperg. 20 de mayo de 1700. Tomo 2, p.1195.

¹³ AHN, Estado, leg. 2761/1. Consejo de Estado de 8 de junio de 1700.

prevalecer; pero que quién ha de ser el convidado, cómo esto ha de ser y en qué forma es lo que cabe conferenciar y discurrir. Y lo que ahora se ofrece para salvar en algo el decoro es que Vuestra Majestad escriba al Papa... y le exprese que movido Vuestra Majestad de lo que en su Real persona y Corona ha sido siempre anticipado, que es la religión y procurar su defensa más que la propia de su Corona; y que así se lo presente a Su Santidad para que en esta tormenta pueda ser quien la desvanezca interponiendo, con este fin y el de la unión de la Monarquía, con el Cristianísimo a quien Vuestra Majestad muestra gran propensión en este accidente por nuestra sagrada religión y por la unión de la monarquía..."

La prosa oscura del cardenal hace difícil seguir sus razonamientos pero deja claro que su voto se decanta por acudir a Francia como solución única para evitar el desmembramiento de la Monarquía aunque sea a costa de sacrificar los intereses de la casa de Austria.

El segundo interviniente fue el marqués de Mancera que comenzó lamentándose del poco caso que se había hecho a las recomendaciones del Consejo de Estado que, desde hacía tiempo, instaba al Rey "a armarse en tierra y mar, fortificar sus plazas y proveerse de pertrechos, municiones y artillería así como convocar Cortes generales". Estos hubieran sido remedios saludables en su época pero, en aquel este momento, los consideraba inútiles cuando no perjudiciales. Creía el marqués, aún contra su inclinación natural, que aparte de encomendarse a la Divina Providencia, "no nos queda otra tabla en este próximo naufragio que la de pensar y recurrir a uno de los segundos o terceros de Francia".

"Dos obligaciones residen en Vuestra Majestad, y tan iguales que es dificultoso reconocer cual deba preferir: la integridad de la Monarquía es la una. Por el tratado no sólo se divide, pero sin dejar esperanza de reunirla y fuera caso lastimoso que, después de más de 800 años, se dividiese con tanto detrimento de la religión católica como viene tocado por el cardenal. Pues es moralmente imposible que ingleses y holandeses se confronten (sic) a quedar sin parte, y muy principal, en esa repartición. La otra obligación de Vuestra Majestad es procurar que después de sus días (que prospere Dios por siglos) sus buenos vasallos queden con aquel consuelo, conveniencia y alivio... y por ningún otro camino que el propuesto por el Cardenal puede esto asegurarse moralmente. En lo que a escribir Vuestra Majestad al Papa, y por su mano al rey Cristianísimo, sigue también el dictamen del Cardenal".

El conde de Frigiliana en su voto da por infalible "que este tratado público encierra otro reservado entre Francia, Inglaterra y Holanda, puesto que el Rey Guillermo no hubiera sido bastante a mover los ánimos de ambas partes si todo no se compensase con esperadas utilidades debajo de los especiosos motivos de comercio y religión... Confirmase esto con la misma distribución de los puertos del Mediterráneo que sería intolerable a Holanda e Inglaterra si no es teniendo otra capitulación reservada que les compensase del perjuicio que esto les hace".

Ve imposible el conde que las potencias marítimas abandonen el Mediterráneo a Francia y, con él, la llave de todo el comercio con oriente. Tampoco cree que la intención final de Luis XIV sea la partición de España sino adquirir, por medio del tratado, la parte que pudieran disputarle sin excesivas dificultades alemanes o italianos y dejar a la Monarquía convertida en territorio cerrado, "como lo estuvo cuando los moros poseían la mayor parte España... De que resulta concluyente de que con la negociación de una parte quiere quitar las sospechas de que desea el todo, para que, engañados con esta moderación, se quieten

unos y concurran otros a poderla conseguir mejor, haciendo forzoso que la debilidad en que queda lo restante a lo que se elige le caiga de su peso en las manos, sin que a la sazón que sucede haya arbitrio en Europa para poderlo disputar".

Cree Frigiliana que el Emperador no sólo estaba al tanto del tratado sino en connivencia con sus firmantes y que el plazo de tres meses no es sino añagaza para que exprese su dolor y sus dudas por aceptarlo ante la nula capacidad de España para oponerse. Tampoco cree que los firmantes esperen a la muerte del Rey para invadir sus estados y hacerse con la parte asignada a cada uno.

Las propuestas de Frigiliana son bastante etéreas. Responder a Castellldosríus de manera "genérica" diciendo que se toma nota pero que no es asunto que pueda resolverse con precipitación. También debe escribirse al Emperador, de mano del Rey, y decirle "sin asperezas que descarte el término *trimestre* como incongruo para negocio tan grande y que, pasado el verano, sin dar prenda de momento, se procurará armar Vuestra Majestad y reforzar sus fronteras, de modo que no irrite a la Francia el ruido de esta operación". Igualmente debe fomentarse la Liga de Italia, con el Papa y los suizos, y pedir al Emperador que convenza al rey Guillermo de que el tratado no sólo no garantiza la paz en Europa sino que, más probablemente, será contrario a ella

Como puede verse Frigiliana que, pese a dar su voto por escrito, resulta aún más farragoso y oscuro que el cardenal, no se pronunció por ninguno de los partidos ni, en concreto, por ofrecer la Corona al hijo del Delfín.

El marqués de Villafranca insiste en las sospechas manifestadas por Frigiliana respecto a cuáles sean las intenciones finales de Luis XIV:

"Discurriendo sobre el ajuste hecho puedo entender de él que el ánimo del rey de Francia, aunque ha ajustado la división de esta Monarquía, es de apoderarse de ella en el todo. Lo uno porque la parte que quiere tomar no la divide de su Corona y lo otro porque lo que deja al señor Emperador para el señor Archiduque, en la forma que se declara, no lo puede mantener pues quedando con las dos puertas abiertas de Cataluña y Guipúzcoa, se conoce que cuando los alemanes quieren moverse, estarán los franceses introducidos en España de modo que no se les podrá resistir. Conque sólo hay la diferencia de dividir en tiempos el apoderarse de estos dominios, quitando el horror que podía ocasionar el quererlo conseguir de una vez. Y más indefenso el Archiduque cuando los aliados que podían ayudar a esta defensa se los toma de su parte.

Las renunciaciones que se hicieron cuando los casamientos de la dos últimas reinas de Francia, doña Ana y doña María Teresa, infantas de España, fueron muy acertadas en aquel tiempo pero que éstas (renunciaciones) las pueden y deben mudar los Reyes, conforme lo pide la mejor razón de estado o la conveniencia. Que mirando la razón de la manutención (sic) entera de esta Monarquía hay poco que dudar, o nada, en que sólo entrando en ella uno de los hijos del Delfín, segundo o tercero, se puede mantener porque en la oposición que se pudiese tener es preciso le asistan todas las fuerzas de Francia. Y así, no habiendo fuerza para oponerse al tratado que ha enviado el rey de Francia, y mirando a la conveniencia precisa de que esta Corona se mantenga por sí entera, y que si el Emperador no lo puede ejecutar, entiende que precisamente se debe dar a entender al rey de Francia, si Su Majestad lo entendiese así, que

escoge a uno de sus nietos para que... sea el que entre a suceder a Vuestra Majestad pues, admitiendo el Rey Cristianísimo este partido, es el camino de quedar quietos y en paz... Representando también a Vuestra Majestad el que vota que, con esta resolución, cuando entrando en el hijo segundo o tercero del Delfín no se aventura el unirse con la Corona de Francia, que fue la razón para hacer las renunciaciones pasadas.

Y aunque en el papel de Don Antonio de Ubilla se expresa el conde de Harrach cómo le avisaba el ministro del señor Emperador que reside en París que, aunque se le propusiese esto al rey Cristianísimo, no lo admitiría por querer estar a lo ajustado, el que vota no estima esta noticia pues, aunque fuese cierto (que lo duda) que el rey de Francia lo dijera, lo entiende más como llamada para que le conviden..."

El marqués del Fresno se quejó amargamente de la actitud del Papa que, cuando el duque de Uceda le habló del tratado de reparto, dijo no estar enterado de nada, lo cual era del todo inverosímil. "El Papa, por la obligación de atender como pastor universal a que las ovejas de su rebaño no queden en manos de enemigos de la iglesia, y más cuando se manifiestan las porciones que se cederían a Inglaterra y Holanda para contentarlas en este grande insulto que intentan con el repartimiento referido... pero a Roma no hay cómo entenderla ni el que vota cómo procurar consejo cuando todos aquellos que podían ayudar son agresores en nuestra perdición". Después de largos párrafos lamentándose del miserable estado de la Monarquía, de la falta de fuerzas militares y de medios económicos así como de tiempo para arbitrarlos, el marqués del Fresno emite su dictamen que es "buscar medianero que tome a su cargo, empeñándole Vuestra Majestad con plena confianza para que con su arbitrio, buena disposición y justa cogida que debe hacer a un Rey afligido e insidiado, cual el negocio manifiesta. Y no pudiendo haber otro, si no es el Papa o que Vuestra Majestad por sí mismo lo haga, con breve instrumento hábil y experto que pueda dar a entender a Francia que cediendo Vuestra Majestad el todo de la Monarquía a un nieto del rey de Francia, con la seguridad de no haber incorporación a la reunión de las dos Coronas".

El conde de Santiesteban dice que ante el tratado, y con independencia de que el Emperador haya o no intervenido en él, lo cierto es que ni España ni Austria tienen fuerzas para oponerse. Se extraña el conde de cómo Inglaterra y Holanda han podido apoyarlo pues siempre han estado celosas del enorme poder de Francia que ahora saldrá reforzado con el acuerdo. Además el ser dueña, con las nuevas posesiones, del Mediterráneo le iba a permitir controlar el comercio con levante. De todo ello deduce dos graves consecuencias:

"La primera es que la fuerza y la autoridad de la Francia dan hoy, sin duda, la ley a la Europa. La segunda que estas potencias (las marítimas) dan por asegurada la conquista de las Indias, empezada nuevamente por escoceses en Darién, de que se infiere que en este negocio no le va menos a Vuestra Majestad que su Corona y la religión católica... Y lo que da mayor aprensión al que vota es ver, en esta partición, tan olvidados del Cristianísimo a sus nietos y tan consecuentes sus ideas hacia el Delfín... Pues parece que no nos queda el recurso de ofrecer Vuestra Majestad al Cristianísimo nombrar a uno de sus nietos por sucesor a esta Corona. Pero, no obstante, Vuestra Majestad lo debe hacer así luego por dos razones: la primera es que sería muy posible que éste hubiese sido el último esfuerzo del Cristianísimo para obligar a Vuestra Majestad a lo que han dicho muchos que deseaba, dejar esta Monarquía a uno de sus nietos. La segunda, y la mayor al parecer del que vota, es que estando tan arraigada esta opinión en España y en todos los dominios de Vuestra Majestad, han de creer sus vasallos que, por odio a la Francia y por tema particular, quiera Vuestra Majestad sacrificarlos a ellos,

olvidándose de la sangre austriaca y castellana que tienen aquellos príncipes de Francia. Y de esto podrán resultar luego tumultos y ruidos tales que, antes de los tres meses del plazo que da el tratado, pierda Vuestra Majestad parte de sus dominios, particularmente cuando las galeras y los navíos de Francia en número tan considerable, se van acercando a Cádiz. Y también se dice se arriman tropas en Cataluña y Navarra".

Y en función de todo esto Santiesteban da su parecer al Rey con dos recomendaciones: "La primera es que la que va dicha de ofrecer con toda claridad al Cristianísimo la sucesión de esta Corona en uno de sus nietos. La segunda decirle que en la partición propuesta no vendrá Vuestra Majestad ni sus buenos vasallos hasta perder la última gota de sangre, siendo la mayor gloria de esta nación perderse conquistada".

El duque de Medina Sidonia votó como sigue:

"Mucho importa al caso presente confiar al rey Cristianísimo, con una cautelosa maña, dándole esperanza de sucesión... para dar tiempo a prevenimos lentamente poniéndonos en estado de que fuese únicamente la voluntad de Vuestra Majestad la que nos diese la ley... Pero desconfiado, Señor, que este medio pueda conseguirse... debe el que vota, con harto dolor, representar a Vuestra Majestad... las innumerables y perjudiciales consecuencias que se seguirán si se llegase a dividir y quedar debajo del horroroso dominio de los protestantes... Debe Vuestra Majestad atajar estos daños teniendo presentes los derechos de los interesados en la sucesión, declarándola en el que considere Vuestra Majestad puede conservar la Monarquía con la misma unión que Vuestra Majestad la conserva".

En su primera intervención Medina Sidonia no indica de forma precisa quién deba ser el sucesor pero, en el mismo Consejo y oídos los pareceres de los demás, dijo que "no debiéndose apartar del acertado dictamen que propone a Vuestra Majestad el Consejo, lo sigue en todo, deseando concurrir al mayor acierto en materia tan grave".

El conde de Montijo dijo que "era su sentir conformarse con el Consejo sin que discurra ni haya oído discurrir ningún otro arbitrio y, aunque es de razón recelar que el Cristianísimo convenga en aceptar el partido que va votado, no ha de creer el que vota, sino viéndolo, que deje de convenir en él aunque es muy contrario a esto la excusa que refiere el conde de Harrach... Que ninguno puede dudar del amor y celo tan ventajoso al señor Emperador por todos los dominios y vasallos de Vuestra Majestad pero Su Majestad Cesárea conoce, como nosotros, que no puede ayudarnos ni mantenernos".

Está también de acuerdo con Portocarrero en que la propuesta se haga a través del Papa, hablándole del mantenimiento del cristianismo en la Monarquía y que esto sería mejor hacerlo mediante un enviado que por medio de una carta.

Como puede verse siete de los ocho consejeros presentes se inclinaron a favor de ofrecer a Luis XIV la Corona de España para uno de sus nietos y estas opiniones fueron corroboradas con los votos correspondientes al final de la sesión. Queda tan sólo el caso del conde de Frigiliana, que no se pronunció a favor de nadie en su exposición inicial y que, finalizando el consejo, tuvo dos intervenciones. Por la primera dijo aceptar, sin reticencia alguna, la decisión que tomara el Rey y, por la segunda, pidió se consultara al resto de los Consejeros de Estado, ausentes algunos de España por razones de cargo y otros en el exilio

por orden del Rey, y ello a pesar del tiempo que se perdería en la consulta. Claramente con su postura trataba de ganar tiempo y conseguir adeptos a su postura contraria a la sucesión francesa. A esta última propuesta se adhirió el conde de Montijo.

Creo que no es ocioso, llegado este momento, hacer un paréntesis para hablar de los Consejeros de Estado y de las circunstancias personales de cada uno. El duque de Saint Simón, en sus Memorias, nos describe a alguno de ellos con el aplomo y la seguridad en él habituales, dando a entender que ha mantenido una relación muy próxima con cada uno de ellos¹⁴. Pero la embajada del duque en España fue el año 1722 fecha en la que habían muerto la mayor parte.

"Santiesteban tenía mucho espíritu, capacidad y bastante rectitud. Poco aficionado al mundo y a la corte. Tenía a menudo dichos y respuestas muy libres e ingeniosas. Un espíritu¹⁵ fino, dulce, poco dado a las etiquetas de España. En definitiva era un hombre de Estado".

"Villafranca, jefe de la casa de Toledo, era un hombre de sesenta años, español hasta los dientes, ligado a las máximas, costumbres y etiquetas de España hasta el último minuto. Valiente, alto, orgulloso, severo, lleno de humor, valor, probidad y virtud. Un personaje a la antigua, amado en general; respetado... y, además de lo que acabo de decir, de un espíritu mediocre".

"Mancera era un personaje a la antigua en costumbres, virtud, desinterés y fidelidad. Comprometido con sus obligaciones, con una piedad efectiva y sostenida sin que lo exhibiera. Dulce, accesible, educado, bueno... Era hombre que sopesaba todo, con juicio y discernimiento, y que una vez inclinado por la razón a un determinado partido era de fidelidad a toda prueba. Sabio y con mucho espíritu era el hombre más honesto que había en España".

"Medina Sidonia, de alrededor de 60 años, no faltó de espíritu. Verdadero cortesano complaciente, liante... ambicioso en exceso...y gran austracista."

"Aguilar (Frigiliana) estaba con muy mala disposición hacia Francia antes del advenimiento de los Borbones. Peor fue cuando Felipe V subió al trono. El duque de Gramont, embajador en España durante el reinado de este príncipe, dijo que para que Aguilar estuviera contento y a gusto hubiera sido necesario que la nación francesa se hubiera extinguido en España".

"Portocarrero era hombre grande, muy blanco, bastante grueso, de buena apariencia, con aire venerable y toda su figura noble y majestuosa; honesto, cortés, franco, de hablar vivo y con mucha probidad... Con un espíritu y una capacidad muy mediocres y una enorme terquedad; bastante político, excelente amigo y enemigo implacable...y, aunque gran austracista, enemigo de la Reina y sus seguidores y declarado por tal".

¹⁴ Duque de Saint Simón. *Memoires*. París, Gallimard, 1953, tomo I, pp. 775 y sigs.

¹⁵ Al traducir *esprit* por espíritu conviene tener en cuenta los matices de la palabra en francés.

En lo que se refiere a Portocarrero, que presidía el Consejo de Estado y cuya influencia en el escenario final del reinado de Carlos II fue decisiva, conviene dar también la opinión más profunda y ponderada del duque de Maura¹⁶:

"Eran injustos con Portocarrero quienes motejaban de ambigua su posición en el pleito sucesorio, obstinándose en clasificarle francófilo o germanófilo incondicional cuando no quería ser sino buen español. Incapacitaba a Su Eminencia la reducida talla de su entendimiento no sólo para alcanzar la de estadista sino aún la de hombre público cabal... Le hemos visto traicionar revelando a Harcourt un secreto de estado con tal de combatir a la Reina; y claudicar ante ella a cambio de una merced que procuró al jefe de su Casa. Pero, hasta donde le permitía esa mediocridad intelectual y ética, se afanaba por servir a Dios y a su Rey".

El Consejo de Estado de 8 de junio de 1700 marca todo un hito histórico: el máximo órgano asesor de la Corona recomienda colegiadamente a Carlos II, por vez primera entre muchas que seguirán, que nombre sucesor a un nieto del Rey francés. Es la primera piedra del largo y azaroso camino, que durará hasta octubre, en el que concurrirán la actividad diplomática, las presiones del Consejo de Estado y las intimidaciones francesas para intentar vencer las dudas y la inclinación natural del monarca español hacia la Casa de Austria. Si se lee con alguna atención el acta de este consejo quedan patentes, por repetidos, tres mensajes destinados a coaccionar subliminalmente la delicada conciencia real, temerosa siempre de su más que probable condena al fuego eterno si faltaba a sus deberes como Rey.

El primer mensaje, repetido hasta la saciedad, se refiere a que el tratado era una consecuencia de la decadencia y desprestigio de la Monarquía sobre la cual el Consejo llevaba clamando inútilmente (y de manera hipócrita, por supuesto, porque salvo protestar nada hacían) sesión tras sesión. Las peticiones -nunca atendidas- a Su Majestad para que se armase, fortificara sus fronteras, administrara con eficiencia los recursos y encargara los asuntos de gobierno a personas convenientes son recurrentes desde mucho tiempo atrás.

El segundo mensaje se refiere a la inutilidad de hacer frente a Luis XIV y a rechazar un tratado que no era sino una maniobra transitoria y coyuntural, dentro de una estrategia a largo plazo diseñada por el Cristianísimo, que le llevaría a hacerse con el todo de la Monarquía. Esta oposición lo único que conseguiría sería poner en marcha la invasión de España, y una efusión de sangre inútil sin que la posible ayuda de Austria pudiera solucionar las cosas.

Y el último mensaje, tal vez el más ponzoñoso, se refiere al peaje que cobrarían Inglaterra y Holanda por su colaboración con Francia: amplios territorios en las Indias pasarían a ser regidos por naciones herejes con el efecto consiguiente para la salvación del alma de los súbditos que habitaban esas tierras.

Y estos tres mensajes llevaban implícita la declaración de que era obligación primordial del Rey, y sólo de él, evitar los males que, con seguridad, iban a producirse y cuya

¹⁶ Duque de Maura, op. cit., tomo 2, p. 634.

responsabilidad total recaería sobre su conciencia por no haber sabido cumplir con sus obligaciones de gobernante.

Cabe preguntarse por la casi unanimidad que se produce el Consejo de Estado a la hora de emitir sus votos. La sucesión y el desmembramiento no eran problemas nuevos y preocupaban a toda la nobleza española que, viendo peligrar su patrimonio y su estatus, necesariamente reflexionaba y dialogaba sobre ello. Para Saint Simon,¹⁷ "Villafranca fue uno de los primeros que abrió los ojos al único partido que se podía tomar para impedir el desmembramiento de la Monarquía". Sus argumentos eran el poder de Francia y su contigüidad por mar y tierra con España lo que le permitiría hacerse rápidamente con toda la península. Y además de esto su facilidad para defender Flandes y el norte de Italia del ataque del Emperador, por iguales razones de proximidad, y la poderosa flota que rondaba Cádiz y el Mediterráneo para mantener Nápoles y Sicilia. El conde, con estos argumentos, convenció a Medina Sidonia, a Villena y a Santiesteban y, todos juntos, a Portocarrero que, al ser presidente del Consejo de Estado, era la pieza fundamental. Y continúa diciendo Saint Simon:

"Todo aquello se hizo sin que el Rey (Luis XIV) ni ninguna persona de Francia supiera nada y sin que Blecourt tuviera el menor conocimiento; y se llevó a cabo por españoles que no tenían ninguna relación con Francia y por españoles en su mayoría muy austracistas pero que preferían la integridad de la Monarquía y su grandeza antes que a la casa de Austria.., Con respecto a las renunciaciones Villafranca emitió una opinión que derribó toda dificultad: las renunciaciones de María Teresa son buenas y válidas en tanto que no se aparten del objetivo perseguido y acordado. Que tal objetivo era impedir, por la tranquilidad de Europa, que las Coronas de Francia y España recayeran sobre una misma cabeza, como ocurriría, sin esta sabia precaución, en el caso de que cayera sobre la cabeza del Delfín; pero, puesto que este príncipe tenía tres hijos, el segundo de ellos podía ser llamado a la corona de España en cuyo caso las renunciaciones de su abuela quedarían caducadas puesto que no lograrían el objetivo para el que, de forma exclusiva, habían sido hechas pues... era injusto en sí privar a un príncipe particular, sin estados y sin embargo heredero legítimo, otorgando la Corona a quienes no son herederos ni tienen mejor título que el hijo de Francia"¹⁸.

De nuevo, como ya vimos antes que había hecho Torcy, un historiador francés contemporáneo con estos sucesos rompe una lanza en favor del supuesto juego limpio de su Rey en el asunto de la sucesión.

Contrasta con la opinión mayoritaria del Consejo la opinión del obispo de Solsona que, enterado por Ubilla –el Rey había dado orden de que se le mantuviera informado de cuanto ocurría– de la consulta del 8 de junio, le responde el 19 de septiembre lo siguiente: "Quisiera que el Consejo me deshiciera la duda: aceptándolo la Francia, ¿qué sería la España sino una provincia dependiente de la Francia? Porque, opuesta toda la Europa a impedir esta deliberación, se vería precisada la España a mendigar socorros a la Francia...

¹⁷ Saint Simon, *Memoires*, tomo I, pp. 778 y sigs.

¹⁸ Como veremos este argumento fue el que prevaleció en el testamento aunque tenga muy poca fuerza. Felipe IV pudo, de haberlo querido, establecer alguna cláusula testamentaria que, sin negar los derechos de María Teresa, impidiera la unión de las coronas. En cualquier caso el riesgo de unión, nada remoto como se demostraría cuando la ruleta dinástica comenzó a girar haciendo morir, uno tras otro, a los herederos de Luis XIV, era más que evidente.

y a estar del todo a su discreción; dividiríanse los reinos en pareceres, porque todos están lejos de pensar lo mismo en esta resolución, se introduciría la discordia y con ella la ruina de la Monarquía.”¹⁹

Tampoco debió gustarle nada al Rey la propuesta tan unánime de su Consejo que, probablemente, recibió con no poca sorpresa. Pese a la gravedad del asunto nada dijo sobre el fondo de la cuestión, limitándose a informar de su intención de plantear una consulta al Papa. Hubo que esperar a la llegada de la carta del Emperador para que, acuciado por la contestación que debía dar, acusara recibo, y con no muy buenos modos, de la propuesta de sus consejeros. En el apartado siguiente podremos ver el incómodo alboroto que se produce por este motivo.

3.2 LAS PRESIONES AL REY

Carlos II, leída el acta del Consejo 8 de junio, decide el 13 del mismo mes escribir al Papa, pero no para solicitar su mediación ante Luis XIV, tal como proponía el dictamen, sino para pedirle opinión sobre a quién dejar en herencia su Monarquía. Iban junto a su carta, además de los dictámenes jurídicos apropiados al caso, "copias inclusas de las que se infiere la gran parte de la Cristiandad que, en las Indias y algunas islas, se repartirán juntamente ingleses y holandeses, como partícipes en estos tratados y garantes de su cumplimiento y observancia, para lo cual habrá otro reservado pacto y convenio". Realmente el literal de la carta es mucho más que una simple solicitud del consejo porque el Rey pone su decisión "en las santas manos de Vuestra Santidad... para que sea quien dirija mis operaciones y... con sus oficios paternales, con su mediación suprema y con *la infalible verdad de su determinación*, entendido el rectísimo dictamen de Vuestra Santidad y hallando los efectos de su santo acuerdo, tome yo el más firme, a la seguridad de mantener inseparables los reinos de mi Corona y la sagrada religión..."²⁰. En mi opinión, la posterior actuación del Rey Católico convierte esta declaración en simple fórmula de cortesía y respeto, desde luego ajena a cualquier pretensión de que el consejo del papa fuera *infalible* en materia tan terrenal. Esto no quiere decir que no lo meditara como digno de mucha consideración pese a que debía ser consciente de la parcialidad del Pontífice cuando se tocaban temas relativos a Francia. Con razón pudo el duque de Saint Simón escribir a su muerte²¹: "Se trata de un papa cuya memoria debe ser preciosa a todo francés y singularmente querido por la Casa reinante".

Durante el mes de junio iban llegando a Madrid diversas cartas de nuestros embajadores que, como era habitual, fueron objeto de consulta por el Consejo de Estado. Así Castelludosrús envió un despacho avisando de cómo se había comenzado a negociar con el duque de Lorena la cesión de sus territorios patrimoniales a cambio del Milanesado. Más enjundia tienen los rumores que corrían por París, y que oyó de la boca del mismo Torcy,

¹⁹ Castellví, *Narraciones Históricas*, tomo I, p. 124. Nada debe extrañar esta postura. Dos días antes había escrito a Viena, al conde de Mansfeld diciendo –y era sincero– “de todo lo cual podrá Su Majestad Cesárea inferir que aunque débil e inútil soy buen servidor de la augustísima Casa”.

²⁰ Duque de Maura, op. cit., t. 2, p. 626

²¹ Saint Simón, *Memoires*, tomo I, p. 772

sobre el paso inmediato del Archiduque Carlos a España porque el Rey Católico lo había nombrado sucesor, lo que ocasionó no poca inquietud. Y, ya no rumores sino certeza de dominio público, era que se estaba pertrechando en Tolón una escuadra de casi 60 barcos con 24 escuadrones de caballería cuyo destino era objeto de diferentes cábalas. No se sabía si su misión era conquistar Sicilia, dificultar el paso a España del Archiduque o, simplemente, se trataba sólo de una más de las maniobras de intimidación de Luis XIV.

El 26 de junio llegó a Madrid la carta del Emperador que inmediatamente entregó Harrach al Rey. Se trata de una carta en términos muy generales en la que Su Majestad Cesárea refiere que le han entregado el tratado y le han concedido un plazo de tres meses para adherirse a él o rechazarlo. Espera Leopoldo "que Vuestra Majestad le participe lo que piensa hacer en este tan peligroso emergente, para que pueda concurrir de su parte juntando sus fuerzas con la de Vuestra Majestad y concertando las disposiciones para defender y salvar entrambas la Monarquía en la Augustísima Casa".

Junto a esta carta el embajador alemán entregó un oficio, redactado por él, con las consideraciones, ya de naturaleza práctica, que hacía Leopoldo I. Avisa en primer lugar de su resolución "de no entrar en él y dejar antes irse a pique todos sus reinos" aunque para ello requiere la aprobación del Rey Católico. El Emperador hace sus propuestas: Carlos II debe ocuparse sólo de mantener las fronteras de España, caso de ser atacadas por Francia y sus aliados. Por su parte ofrece 20.000 hombres que, en el término de ocho días, pasarán la mitad a Nápoles y la otra mitad a Sicilia para lo cual dice tener ya apalabrada con Venecia, Génova y el gran duque de Toscana la flota necesaria. Ofrece, además, otros 10.000 hombres para la defensa de Milán que se unirán a las propias fuerzas españolas y a las del duque de Saboya. Todo este asunto debe tratarse con reserva absoluta y pide, en ocho días, "una respuesta categórica en la inteligencia de que tiene orden de no aceptar la que no sea de esta calidad"²².

Recibida la carta el Rey escribe al Consejo de Estado lo siguiente:

"Quedo enterado de cuanto el Consejo me representa (se refiere al Consejo de 8 de junio sobre el tratado de partición) en este tan primero como grandísimo, universal e importante negocio y para seguridad de mi conciencia, de mi obligación, del bien de mis vasallos, de la subsistencia de la Monarquía y de la entera unión de todos mis Reinos he querido participarlo al Papa. Y habiendo recibido en el ínterin la carta del Emperador, mi tío, y pasado conmigo, de su orden, el conde de Harrach el oficio que remitió a don Antonio de Ubilla y que puso por escrito y firmó el conde, lo remito al Consejo, junto con la carta referida, para que en vista de todo y volviendo a hacer reflexión en lo que me propuso el Consejo en esta consulta, discurra de nuevo en este negocio y me dé su sentir y la respuesta que ha de darse al Emperador, mi tío, y a su ministro, tratándose esta materia con toda la severa atención y recato etc."

El Consejo de Estado debería haberse reunido de oficio los días 28 y 29 de junio pero se recibió una orden del Rey para que no lo hiciera con objeto de no acumular demasiadas sesiones. Pero el día 1 de julio el Rey ordena, de manera sorprendente y por medio de Ubilla, que no se vuelva a votar sobre el tema de la sucesión "que él ya dirá cuándo". Esto provoca una airada reacción del Consejo que se apresura a responder al Rey "que era de

²² AHN, Estado, leg. 673/1. La carta viene incluida en el Consejo de Estado de 8 de julio de 1700.

gran perjuicio la dilación y que la consulta debía resolverse cuanto antes". El 3 de julio Ubilla oficia a don José de la Puente (secretario del Consejo) para que se sesione aquella misma tarde y se "consultase a Su Majestad sobre la respuesta que habría que dar al Emperador y a su ministro *sin pasar a votar en lo principal del negocio pendiente*".

Con no poca acritud el Consejo manifiesta al Rey que "no habiendo tomado Vuestra Majestad resolución en lo principal de esta materia no podría idearse respuesta a alguna porque, de lo que Vuestra Majestad determinase, había de resultar la respuesta que se diese al Señor Emperador". Y el Rey les responde: "Respecto de lo mucho que conviene meditar en todos los puntos que incluye el principal negocio que se trata... para lo que en él se hubiere de resolver quiero tener presente lo que responde el Papa... Y no teniendo prefinido (sic) término, como se le ha prescrito al Emperador, y haciendo esta circunstancia inexcusable el satisfacer su carta... mando al Consejo que, sin embargo de lo que me representa, discurra y me proponga luego la forma en que se ha de responder"²³.

Finalmente se acata la decisión real y el día 4 comienzan las deliberaciones²⁴ abriéndolas, como era preceptivo, Portocarrero que comienza diciendo que hay que mantener a toda costa las buenas relaciones con el Emperador pero que éste ofrece poca cosa "y nada de pronta utilidad". No considera que sea capaz de conseguir los barcos para el transporte de tropas pues no cree que Venecia, Génova o Toscana se atrevan, por miedo a los firmantes del tratado, a asumir este compromiso. En cuanto a la oferta de 30.000 hombres piensa que "estas cosas suelen ponerse en altura y de ella decae mucho la ejecución".

Tampoco ve cómo España va a ser capaz de defender sus fronteras sobre todo cuando, por si era poco, parece que Portugal va a adherirse al tratado²⁵. Por eso considera que "el único medio y remedio es el propuesto por este Consejo", en alusión a la consulta de 8 de junio. En cuanto a la respuesta a la carta del Emperador dice que el Rey debe hablarle de su cariño a la Augusta Casa pero que sus ofertas de ayuda no son suficientes y que, para sorpresa general, no se han producido declaraciones públicas del resto de estados europeos contra el tratado y, más bien al contrario, algunos parecen dispuestas a firmar su adhesión. Por ello la contestación, "sin dar la menor palabra, aunque sea equívoca, de esperanzas en nada positivo" debe decir que tres meses es largo plazo y tal vez la Divina Providencia pueda abrir alguna vía de solución al problema.

El marqués de Mancera piensa que no es posible dissociar el fondo de la cuestión de la respuesta al Emperador. "Supónese que el señor Emperador pondrá en el Friuli²⁶ puntualísimamente los 30.000 hombres ofrecidos para la defensa de Italia y lo mismo importa en el Friuli que si nos los diera Su Majestad Cesárea en América... pues la República (Venecia) se dejaría perder antes de permitir el tránsito de las tropas por su golfo". Considera el marqués probable, como afirman nuestros embajadores, que tanto el Parlamento inglés como la Asamblea holandesa no estén de acuerdo en la división de la

²³ Ibid

²⁴ AHN, Estado, leg 673/1. El acta del Consejo tiene fecha de 8 de julio de 1700.

²⁵ Portugal se adhirió el 9 de junio a condición de que si Austria no aceptaba el tratado se le cedería Extremadura.

²⁶ Zona de la República de Venecia lindante con Carintia.

Monarquía pero que finalmente no se opondrán a ello a causa de las argucias y promesas de Guillermo III sobre el comercio con América. A continuación explica Mancera, y lo hace con sentidas palabras, su inclinación por la casa de Austria:

"Por haber servido tantos años a la Reina madre y haber recibido de ella muchas honras, por haber servido al Emperador como embajador en Alemania, por haber estado casado con alemana... pues es cierto que, en igualdad de esperanzas, nadie pensara antes en un hijo de Francia que en un archiduque de Austria. Pero la ley de Dios, la fidelidad a Vuestra Majestad y el amor a la patria le llevan a posponer la carne y la sangre a lo que entiende, con su limitada capacidad, que conviene. Confiesa la contingencia de que el Rey de Francia no admita la Monarquía para su nieto, aunque hay razones que nos alientan a esperarlo y, en este caso, consiguiéramos perpetua la Monarquía en su integridad. Y si no se eligiese el medio de ofrecérsela es inevitable su división conque es innegable que con lo primero nos arriesgamos y en lo segundo nos perdemos".

El marqués se reafirma en su voto del Consejo de junio y se lamenta del tiempo que se ha perdido con las dudas del Rey. En cuanto a la carta al Emperador entiende que debe contener los argumentos que acaba de exponer "porque no es de recelar de monarca tan justo...y que tan fiel devoción ha tenido siempre por los españoles, como el señor Emperador, quiera absolutamente que un rey cristiano y un padre tan benigno como Vuestra Majestad sacrifique a sus vasallos sólo por complacerle".

El conde de Frigiliana que, como cabe recordar, fue el único que no se pronunció en su voto a favor de Francia, opina que con las fuerzas del Emperador "que harán diversión en el norte de Italia se aliviaría de cuidados España". Cree que con las ofertas de ayuda de Baviera y Saboya y una Liga de las pequeñas potencias podrá afrontarse el problema. No obstante la contestación que propone al Emperador es decir que Dios concederá al Rey buena salud y feliz sucesión. Y que, en caso de no ser así, se tomará en su momento la decisión oportuna.

Villafranca considera de poca ayuda las ofertas del Emperador por la lejanía de Austria y su carencia de fuerzas navales. "Conque parece que al día de hoy sólo está a la voluntad del Cristianísimo el apoderarse de esto cuando lo intentare". Por eso el Rey debe informarle, sin demora alguna, de la propuesta que le hizo el Consejo en favor de su nieto. Y, como ésta es la única forma de mantener unida la Monarquía, el Emperador no tendrá otro remedio que conformarse.

El marqués del Fresno cree contraproducente el que entren tropas alemanas en Italia porque, de ser así, "quizá Vuestra Majestad no tenga autoridad para volverlas a sacar". Que es tarde para fortificar la frontera con Francia porque Luis XIV tiene ya preparada la invasión. Y que, aunque aparentemente honor y conciencia obliguen al Rey a aceptar el ofrecimiento del Emperador, la única forma real de evitar la división de la Monarquía es ofrecerla a Francia para alguno de los hijos del Delfín. En cuanto a la contestación a Leopoldo I está acuerdo con Portocarrero, hay que hacerlo de forma ambigua y ni desengañar ni dar esperanzas.

El conde de Santiesteban conmina al Rey a que tan pronto reciba la contestación del Papa tome decisión sobre su sucesor. Piensa que al Emperador hay que contestarle con la verdad, en la línea de lo expuesto por el marqués de Mancera. Las ayudas que ofrece son insuficientes, a más de teóricas, y España no está en condiciones de defenderse. Que el Rey no puede asumir de manera alguna el tratado, ni antes ni después de su muerte, por lo cual no le queda otra opción que valerse de Francia. Cree que el Emperador entenderá la argumentación pero conviene que, en cualquier caso y llegado el momento, no pueda nunca argüir que ha sido engañado.

El duque de Medina Sidonia se suma al voto del marqués de Mancera y el conde de Montijo lo hace al del Cardenal pero insistiendo en lo que dijo en Consejo de 8 de junio de que debe enviarse el Cristianísimo un *embajador del mayor grado* para ofrecerle la sucesión ya que cree que Casteldosríos no es la persona adecuada "por sus cortas experiencias".

De las dos tesis sobre la forma responder al Emperador, la de Portocarrero y la de Mancera, triunfó la del Cardenal y la carta fue redactada en la forma genérica y oscura que proponía.

La actividad diplomática en el mes de julio fue desenfadada. El Rey había escrito a todos los embajadores pidiéndoles que comunicaran a los respectivos gobiernos el contenido del tratado y la absoluta negativa de España a admitir la partición de su Monarquía. También Luis XIV se había puesto al habla con el duque de Lorena a fin de que admitiera el cambio de su ducado por el de Milán. El duque le contestó dándole "rendidas gracias por las honras que le había hecho en comprenderlo en el tratado pero que, siendo el estado de Milán feudo del Emperador, y sus obligaciones de sangre con el Emperador, no podía aceptar el ofrecimiento antes de dar parte a Su Majestad Cesárea y entender su dictamen"²⁷. El Cristianísimo respondió marcándole plazo para que decidiera y amenazándole con invadir su territorio.

El 20 de julio se vuelve a reunir el Consejo de Estado para analizar las cartas que van enviando los embajadores. La tónica general es de reprobación al tratado, incluso por los naturales de Holanda e Inglaterra. Pero lo que más preocupa al Consejo es la inacción del Rey y le recuerda que "estamos perdidos cuando no tenemos remedio de recuperarnos y vuelve a acordar en la principal determinación, la que este Consejo estimó proporcionada a las exigencias presentes, y ahora muy reverentemente vuelve a pedir a Vuestra Majestad su dictamen... La verdadera política del que aconseja es de hallar el camino con que salvar toda la Monarquía sin que sea a costa de perder el tiempo y empeorarnos y quizá, cuando llegemos, a que no se nos atienda"²⁸.

El 27 de julio hay nuevo Consejo en el que se comenta una carta de Casteldosríos con noticias sobre las presiones del Cristianísimo sobre Saboya, Venecia y otros estados italianos pidiendo que se adhieran al tratado o, al menos, permitan el paso de sus ejércitos por ellos. Comenta también la que parece ser la actitud del Papa en cuya boca se ponen las palabras siguientes: "Como sea un príncipe católico el que sucede él no se mezcla en lo

²⁷ AHN, Estado, leg. 673/1. Consejo de Estado de 20 de julio de 1700. Carta de Juan Carlos Bazán.

²⁸ Ibid.

demás". El Consejo considera las noticias poco positivas y conmina de nuevo al Rey para que "tome ya la resolución en lo principal, como está consultado, porque en todo se conoce que aumenta el peligro con la tardanza"²⁹.

En el Consejo de 29 de julio se analiza la fría carta que el rey de Portugal ha puesto a Carlos II en respuesta a la que éste le envió adjuntando el tratado. Los consejeros piensan que Portugal acabará firmando el tratado antes o después. En otra reunión, tres días más tarde, el 1 de agosto, se ve una segunda carta del Emperador, respuesta a la inicial que le puso el Rey al recibir el tratado. Habla Leopoldo I de "el sentimiento que le ha causado esta exorbitante proposición y el ánimo en que está de no admitirla sino rehusarla por perjudicial y afrentosa a la Augusta Casa y por conocerse claramente que esta desmembración de la Monarquía es para salirse con el dominio universal de Europa". El conde de Harrach entregó un oficio anejo a la carta en el que el Emperador expresa sus temores de que, si no acepta el tratado, se proclame a otro príncipe para la porción señalada al Archiduque. Habla también de que Austria cuenta con un ejército de 80.000 hombres veteranos "con que se asistirá a Vuestra Majestad en la confianza de que atenderá muy seriamente a la defensa de sus reinos, especialmente los de Italia y Cataluña". Y para prevenir el caso de que se produzca la invasión, por los ejércitos franceses, de Nápoles y Sicilia, el Rey debe impartir órdenes previas a los virreyes para que admitan a las tropas y socorros que enviará Su Majestad Cesárea.

Los consejeros tras comentar la carta en la que no ven novedad, salvo en lo de las órdenes a los virreyes, asunto al que se niegan en redondo, vuelven a insistir en lo que llaman *el punto principal*. Y así Portocarrero dice: "que tiene que representar a Vuestra Majestad por su propio, real y gran decoro... que no hay otro medio que el propuesto a Vuestra Majestad por este Consejo desde la primera hora en que se habló de ello". Mancera dice que "no hay motivo para que se persuada el que vota a mudar su dictamen y así se remite a lo que tiene dicho en las consultas 8 de junio y 8 de julio próximo pasado" Villafranca insiste en que el rey tome resolución, en el sentido en que ha votado el Consejo "pues cuanto más tiempo se perdiese es dar más lugar a la total ruina". Propone, además, que se hable claramente al Emperador "si Vuestra Majestad se sirve en venir en lo que se le tiene consultado"³⁰.

El 9 de agosto hay de nuevo Consejo en el que se consultan nuevas cartas de nuestros embajadores pero lo más sobresaliente es una resolución que envía el Rey, de fecha 31 de julio, que textualmente dice: "Dije al Consejo que en lo principal de este negocio sobre el que me hizo su primera consulta el 8 de junio esperaba la respuesta de Su Santidad³¹ para resolver lo que tuviere por más conveniente, como lo deseo. Y habiéndola tenido últimamente y llegado el caso de proseguir este importante negocio y teniendo muy presente lo que el Consejo propuso en su primera consulta referida, y repitió en la segunda, estoy entendiendo en cuanto puede importar a mi decoro, al punto y honor de tan grandes vasallos como lucen mis reinos y a la seguridad de la conservación de ellos. De que he querido dar noticia al Consejo para que se halle en su inteligencia"³².

²⁹ AHN, Estado, leg. 673/1. Consejo de Estado de 27 de julio de 1700.

³⁰ AHN, Estado, leg. 673/1. Consejo de Estado de 1 de agosto de 1700

³¹ La carta del Papa tiene fecha de 6 de julio.

³² AHN, Estado, leg. 673/1. Consejo de Estado de 9 de agosto de 1700.

Si leemos entre líneas vemos que el Rey le dice al Consejo que aun no ha tomado su decisión pero que tendrá en cuenta sus opiniones después de ponerlas en contraposición con su decoro y con el honor de sus vasallos. Cabría preguntarse si está pensando en la posibilidad humillante de que Luis XIV no acepte el ofrecimiento que se le hace para su segundo nieto o es más bien el agravio que puede hacer a la Casa de Austria lo que suscita sus dudas. Es también significativo el hecho de que el Rey no indique a su Consejo cual ha sido el contenido de la contestación del Papa.

Pero el Rey no se había limitado a pedir consejo al Papa. Según Torcy³³ también lo había pedido a diferentes teólogos y jurisconsultos de España y Nápoles y varios obispos. Quiso, concretamente, preguntar al obispo de Cuenca, hijo natural de Felipe IV, y al arzobispo de Zaragoza (ex presidente del Consejo de Aragón). Las opiniones fueron coincidentes. Ninguna ponía en duda que los príncipes de Francia no tuviesen derecho a sucesión "pero estas repuestas no fueron suficiente para calmar la agitación de un monarca que tenía que dar cuenta a Dios de su conducta".

El dictamen del Papa, que Carlos II oculta su Consejo, fue conocido, no sólo en su esencia sino también en los detalles de cómo se llegó a él, por el Cristianísimo. Torcy nos lo cuenta de la forma siguiente³⁴:

"El Papa quiso, ante un asunto tan importante, contar con la opinión de algunos cardenales. Eligió a tres caracterizados por su mérito, virtud y capacidad. Uno era Spada que fue nuncio en Francia y después secretario. Otro fue el cardenal Albano que sucedería, meses después, a Inocencio XII con el nombre Clemente XI. El tercero fue el cardenal Spínola-San-Cesáreo³⁵. Evacuada la consulta Su Santidad respondió al rey de España alabando su piedad y su celo por la religión y el bien de sus reinos y concluyendo que no debía apartarse de la opinión de su Consejo de Estado fundada sobre el principio necesario de asegurar la unión y conservación de su Monarquía. Esta opinión, positiva y cierta, que el Rey Luis XIV recibió por medio el cardenal Janson no dejaba lugar a dudas sobre las intenciones del Rey de España favorables a uno de los príncipes de Francia..."

La argumentación que dieron los cardenales nos recuerda, en cierto modo, la que según vimos en el capítulo 1º utilizaban los juristas franceses para defender lo derechos de María Teresa: "menos tenía fuerza alguna la cesión a que obligó Felipe IV a su hija, la infanta María Teresa, cuando casó con el Rey de Francia *porque no nacía de ella originariamente el derecho sino que por ella se derivaba a sus descendientes*"³⁶.

Hay nuevos Consejos de Estado los días 14, 17, 23 de agosto y 1 de septiembre. Todos ellos para debatir sobre las cartas que incesantemente van llegando de nuestros representantes en Europa y en las que se da cuenta de las presiones de Francia para conseguir adhesiones al tratado, y la manera en que prácticamente todos los Estados

³³ Torcy, *Mémoires*, 1ª parte, pp. 88 y 89.

³⁴ Torcy, op. cit. 1ª parte, p. 90.

³⁵ El cardenal Spada era, además, el principal consejero del Papa y Spínola el cardenal camarlengo.

³⁶ Belando, Fray Nicolás de. *Historia Civil de España, sucesos de la guerra y tratados de paz desde el año de 1700 hasta el de 1733*. Madrid, 1740, vol. I, p.12.

intentan no comprometerse en él aunque tampoco estén dispuestos a oponerse formando la liga que se propone desde Madrid y Viena³⁷.

Desde esta última ciudad escribía el duque de Paretti³⁸ diciendo cómo habían llegado noticias de que "muchos ministros de Vuestra Majestad en la corte le habían propuesto se hiciese proyecto al Cristianísimo a fin de que enviase a uno de sus nietos para interesarle en la futura sucesión de la Monarquía". También habla de que se habían recibido noticias de Roma según las cuales "el Rey, no sólo había pedido parecer al Papa... sino que quería Vuestra Majestad ponerse enteramente en sus brazos, no considerando la natural aversión que siempre ha mostrado a los intereses de la Augusta Casa e inclinación a la Francia". Paretti niega en Viena la veracidad de las noticias que llegaban de España y dice, con respecto a las de Roma, que se trata probablemente de un ardid del Rey para ganar tiempo.

El Consejo de Estado de 6 de septiembre toma nota de la información que envía Antonio de Ubilla sobre el pacto defensivo-ofensivo de Portugal con Francia y con las potencias marítimas e insta al Rey para que tome medidas en la frontera y compruebe cómo están las defensas de Badajoz (teniendo en cuenta que este pacto contemplaba la cesión de esta plaza a nuestros vecinos). También llegan noticias de Castellldosrús sobre el movimiento de tropas francesas en el Bearne, cerca la frontera de Aragón, y de que Vauban está fortificando la frontera de Francia con Saboya³⁹.

Ya hemos visto que ante la petición de Leopoldo I de que se permitiera la entrada de tropas alemanas en nuestros territorios de Italia, el Consejo Estado y el propio Rey habían rechazado la propuesta, al menos inicialmente. Bien es cierto que, en agosto de 1700 y debido a la habitual falta de agilidad austriaca, ni existían tales tropas ni siquiera los recursos económicos para su reclutamiento. Ello no impidió, en una acción sin precedentes, que la Reina y sus adláteres, a espaldas del Rey y del Consejo de Estado, enviaran órdenes al gobernador de Milán y a los virreyes de Nápoles y Sicilia para que autorizasen la entrada del ejército tan pronto se presentase en la frontera. Tales órdenes no podían pasar desapercibidas al servicio de información de Luis XIV que aprovechó la circunstancia para protestar con el estilo, dolorido por una parte y amedrentador por otra, que acostumbraba a utilizar. Ordenó a Blecourt que entregase Ubilla un oficio, que tiene fecha 9 de septiembre⁴⁰, por el cual el Cristianísimo vuelve a hablar de su sincero deseo de mantener la paz en Europa ya que no es otro el fin del tratado. Añade que Francia y sus aliados esperaban que el Rey Católico se adhiriera a un tratado que garantizaba la paz en sus reinos mientras viviera y, tras su muerte, un justo reparto que evitase las querellas de los pretendientes. Y, puesto que Carlos II no ha querido entrar en el tratado cree que, al menos, no tomará ninguna decisión que pueda desencadenar conflictos innecesarios. He aquí la parte fundamental del oficio:

³⁷ AHN, Estado, leg. 673/1.

³⁸ Francisco Moles, duque de Paretti substituyó como embajador al obispo de Solsona. Era hombre de la Reina y el Consejo de Estado estuvo en contra de su nombramiento por su falta de experiencia y "escasa nobleza". Posteriormente va a desempeñar cargos importantes cerca del Archiduque.

³⁹ AHN, Estado, leg 2780. Consejo de Estado de 6 de septiembre de 1700.

⁴⁰ AHN, Estado, leg. 2780.

"Se acordará de las promesas que ha hecho y reiterado de no tomar resolución alguna capaz de turbar la tranquilidad pública. Su Majestad espera que Su Majestad Católica las ejecutará puntualmente y que, confiando en sus palabras, el Rey, mi Amo, no puede dar crédito a las voces que corren por todas partes de las órdenes dadas para recibir tropas del Emperador, y otras extranjeras, en los reinos de Nápoles y Sicilia y el ducado de Milán.

Que si, por desgracia, estas se verificasen, Su Majestad, conociendo desde luego las lastimosas consecuencias que semejantes empresas producirían, se cree en la obligación, por el bien de la misma paz, de advertir que empleará todos los medios que juzgara convenientes para oponerse a ellas y que el rey de Inglaterra y los Estados Generales se juntarán siempre al Rey, mi Amo,... Que Su Majestad y sus aliados tampoco permitirán jamás que el Emperador introduzca sus tropas, u otras extranjeras, por cualquier pretexto que sea, en los Estados dependientes de la monarquía de España.

El Rey, mi Amo, me mandó añadir que como cree al Rey Católico, en todas las disposiciones, conforme a la manutención de la paz y, consiguientemente, muy apartado de tomar una resolución capaz de excitar la guerra, Su Majestad también asegura de nuevo, como ya ha hecho, no perturbar la tranquilidad de Su Majestad Católica, ni tampoco la del gobierno tranquilo de sus estados; que Su Majestad desea goce de ellos largos y felices años y, en fin, se obligará más particularmente mi Amo de no emprender en ninguna parte que toque a los estados de la Corona de España... y obligarse de no tomar posesión, por cualquier pretexto que sea, mientras viva el Rey de España de ninguna parte de la sucesión. Madrid, 9 de septiembre de 1700. Blecourt".

En el Consejo de Estado de 11 de septiembre⁴¹ se analiza el oficio con enorme indignación. Para Portocarrero "este papel se puede tener por preliminar de la guerra" y cree que debe enviarse copia al Emperador y al Papa, pero no contestarlo de momento. Para Mancera el oficio es "sólo un poco menos insolente que el tratado". También cree que la guerra está muy próxima. Esta vez el Rey no hace caso al Cardenal y Ubilla responde el 15 de septiembre a esta carta⁴² diciendo que al Rey Católico, impuesto de su contenido, "no se le ofrece más que decirle que, hasta ahora, no han necesitado los ejércitos de Su Majestad reclutar tropas extranjeras que, con sueldo suyo, sirven en ellos y que, siempre que llegase este caso, se ejecutará como hasta ayer". Como puede verse la respuesta está cargada de dignidad.

En un Consejo de Estado celebrado el día anterior, 10 de septiembre⁴³, se recibió un decreto del Rey harto significativo que textualmente dice:

"Habiendo considerado cuanto el Consejo me representó en su dos consultas de 8 de junio y 8 de julio de este año, y de que después me se (sic) ha hecho memoria en otras, en vista del tratado entre las tres potencias, Francia, Inglaterra y Holanda, sobre la sucesión y repartición de mi Monarquía, y teniendo asimismo presente lo que sobre esta razón me respondió el Papa, el estado de su gobierno, las noticias de mis ministros de Italia y Norte, el cuidado que en todas las cortes ha causado esta horrorosa máquina, la justa disonancia que ha hecho al Emperador, mi tío, a los príncipes del Imperio y su círculo, los motivos que han empezado a moverse para desconfianza entre los coaligantes, el empeño declarado de Su Majestad Cesárea

⁴¹ Ibid.

⁴² Ibid. Consejo de Estado de 11 de septiembre de 1700.

⁴³ Ibid. Consejo de Estado de 10 de septiembre de 1700.

para no asentir ni consentir en proyecto tan indecoroso a mi dignidad, a mi persona y mis vasallos, tan riguroso a la unión y beneficio de mi Reinos, a la paz y reposo universal que se pretexta y conociendo finalmente que este permanece cuando se funda en la razón y la justicia y asistiéndome una y otra en la supremos grados de mis derechos defendidos por todas las divinas y humanas leyes y residiendo en mí la facultativa y libre voluntad que éstos permiten, he resuelto mantener uno y otro en la mayor constancia, sin admitir proposición contraria ni pasar al empeño que se me ha consultado *a ofrecer ni dar esperanza a ningún pretendiente*, pues de uno y otro se viniera luego a la guerra que tanto cuida de apagarse y, con sus primeros efectos, peligrarían mis dominios. *En cuyo ánimo me mantendré mientras la piedad de Nuestro Señor me conserve la vida*, fiando en su misericordia, y si no me concediese la sucesión que convenga, me permitirá dejar las disposiciones más regladas al derecho y, consecuentemente, al de mis reinos y su perpetua y firme unión. De que he querido prevenir al Consejo para que lo tenga entendido así".

He aquí un tema recurrente hasta la obsesión en Carlos II. Cuenta Torcy que, ya en 1688, respondió al marqués de Feuquieres, entonces embajador de Francia, que le prevenía sobre los peligros de hacer un testamento que no contemplara los derechos del Delfín, "*que él no nombraría sucesor hasta recibir el santo viático*"⁴⁴.

El Rey se ha hartado de las presiones del Consejo de Estado que, sesión tras sesión, martilleaba, a veces de manera unánime, otras sólo por boca de algún consejero, de forma que, venga o no a cuento, le están recordando continuamente la necesidad de que tome su decisión y, además, en el sentido propuesto por el Consejo. Por eso adopta la resolución de cortar con las presiones por dos motivos. El primero es que las cosas, según las noticias que le llegan, le parece que están cambiando por lo que más vale esperar que designar heredero que, no duda, encendería la llama de la guerra cuyo incendio es lo que dicen trata de evitar el tratado. La segunda razón es que cuándo y a quién haya de nombrar sucesor es algo que depende únicamente de su voluntad y que en tanto Dios le dé salud, por precaria que sea, no piensa tomar decisiones que considera prematuras puesto que, incluso, cabía la posibilidad de que un futuro hijo cambiara totalmente el escenario⁴⁵.

Este decreto del Rey, aun pareciéndolo, no significa que estuviese inactivo viendo cómo discurrían los acontecimientos. Torcy cuenta⁴⁶ que el Rey habló con el duque de Medina Sidonia quien, a su vez, lo hizo con Blecourt para que éste intentara averiguar lo que era la gran incógnita en las consultas del Consejo: si Luis XIV admitiría la herencia completa para uno de sus nietos. También Castellanos recibió del Rey un encargo similar aunque no se conoce la respuesta que dio el Cristianísimo pues la contestación a Carlos II se ha perdido. Lo que sí se sabe es que la audiencia a nuestro embajador fue el 13 de agosto y que la contestación a Blecourt fue en los términos siguientes:

"La gestión de Medina Sidonia me parece sumamente sospechosa pues son notorios los muchos favores que el duque ha recibido de la Reina. Tengo, pues, muy fundados motivos para atribuir su pregunta al propósito de tenderme un lazo con el fin de hacer público, si la

⁴⁴ Torcy, *Mémoires*, 1ª parte, p. 21.

⁴⁵ Esto, que pudiera parecer disparatado, debe entenderse desde la óptica de que su esterilidad era consecuencia de algún hechizo y, por lo tanto, reversible.

⁴⁶ Torcy, op. cit., 1ª parte, pp.92 y 93.

respuesta es negativa, que menosprecio a la nación española a la cual no quedaría otro recurso que echarse en brazos del Emperador; y si fuese afirmativa, que incumplía los compromisos con el rey de Inglaterra y los Estados Generales"⁴⁷.

Si el Rey pretendía con su decreto del 10 de septiembre que lo dejaran en paz no pudo hacer nada más contraproducente aunque la reacción del Consejo fuera, en este caso, menos unánime. Hubo voces muy airadas, incluso irrespetuosas, como la de Portocarrero. Otras son formalmente más moderadas aunque no por ello menos contundentes. Finalmente algunas acatan la decisión real, como Medina Sidonia que dice que "venera el decreto por ser decisivo y que no pasa a votar sobre su contenido". A continuación reproducimos el indignado voto de Portocarrero:

"Si se preguntara que votó el cardenal de Toledo se podrá decir, y holgara de que se diga, que este decreto, venerándole primero por ser de Vuestra Majestad, le tiene por ofensivo a Dios, a Vuestra Majestad, a su gloriosa posteridad, a su Monarquía, a la paz y a todos sus vasallos... tremendo cargo será, en presencia de Dios, que habiéndole entregado a Vuestra Majestad una Monarquía sin igual, no quiera o no pueda Vuestra Majestad dar descargo diciendo que ha hecho lo que ha podido, porque el no hacer nada de propósito no puede ser cosa más culpable... de aquí se infiere, en lo presente y en la posteridad, cuánto puede ser una fama denigrante a la memoria de Vuestra Majestad el que haya dejado sus vasallos a la conquista a hierro y fuego, por no haberse adecuado a las proposiciones que podía liberarles de este infortunio.

A la paz es opuesto porque Vuestra Majestad no puede, en muchas vidas de hombre, poner en estado sus Reinos para dar la ley de paz y guerra... siendo todas las prevenciones que puedan hacerse inútiles...si Vuestra Majestad intentare ofender no tiene fuerza, y lo mismo para defenderse. Y siempre que Vuestra Majestad tratare de imaginar que puede esto mejorarse, es un manifiesto engaño...Los aliados no sabe el Cardenal cuáles sean que nos puedan dar aliento, ni de quienes esperar un real ni un soldado.

La competencia está entre la línea del Emperador y la del Rey Cristianísimo. La primera sin un bajel y sin fuerzas ni probabilidad de poder servir a estos Reinos -ni nunca poder mantener la unión de la Monarquía- ni a los de Italia, donde esa nación está tan aborrecida, y pensar que se pueda hacer Liga en su favor...es no más imaginar lo que se quiere... La precisión obliga a que Vuestra Majestad sea servido de hacer nueva reflexión sobre lo representado, *recoger este decreto* y tratar desde luego con la Francia pues no hay otro remedio para librar a sus vasallos".

Mancera dice que acata el decreto real pero que su obligación no es proponer al Rey lo que más le agrade sino lo que más convenga a su servicio. Que el medio de evitar la guerra, que es lo que dice pretender el decreto, no parece que sea el aplazar los asuntos hasta final de la vida del Rey y que, por ese camino, la Monarquía acabará reducida a una provincia de Francia:

"Descuartizada y despedazada como han establecido las tres potencias. Ninguno puede justificar que pensando en la otra vida se proponga Vuestra Majestad hacer lo que dice porque es lo mismo que aconsejar a Vuestra Majestad que se olvide de Dios, de sus reales

⁴⁷ Duque de Maura, op. cit., t. 2, p, 639.

obligaciones de Rey y de padre de sus vasallos... La consideración de que no se pierda la religión católica en aquellos vastos dominios... la justa reflexión en la distancia del Emperador, que moralmente es imposible que pase sus tropas en Italia, y todo lo demás que se dijo a Vuestra Majestad por los votos de este Consejo obligó a discurrir por único medio el pedir al rey Cristianísimo uno de sus nietos para que así quedase entera la monarquía... Y no halla el que vota novedad que le aparte de este dictamen, ni fundamento de conciencia para retractarse, conociendo que, por cualquier otro camino, va Vuestra Majestad de conocido a perderse y perdersen".

Vemos hasta aquí que tanto el Cardenal como Mancera atacan al Rey por donde saben más le duele: el enorme pecado, que pondrá en grave peligro su salvación eterna, de no cumplir con sus obligaciones de buen gobernante, padre de sus súbditos y fiel defensor de la religión católica.

Cuando se celebraba este Consejo ya se tenía conocimiento de la antedicha carta de Blecourt, pues éste entregó simultáneamente copia a Ubilla y a los consejeros de la propuesta del Cristianísimo de no actuar, salvo que mediara acción de los alemanes en Italia, en vida del Rey Católico. Esta circunstancia se unía a una serie de datos apenas vislumbrados pero relevantes: la información que se recibía de nuestros ministros en Europa que, aún sesgada por la subjetividad propia de los informantes, ponía de manifiesto que el tratado no andaba, ni siquiera remotamente, por buenos caminos. Que Francia, pese a sus esfuerzos reiterados y casi siempre acompañados de amenazas, no conseguía las adhesiones pretendidas y, con ello, formar un bloque con toda Europa para oponerse a Austria. Que el Emperador iba a negarse a suscribir el reparto⁴⁸ con lo cual colocaba en muy difícil situación a las potencias marítimas cuyos parlamentos eran muy críticos con el tratado, aunque lo admitieran en consideración a sus pregonados propósitos de paz. Porque el tratado, como ya dijimos, perdía su sentido en el caso de ser rechazado por el Emperador. Por esta razón le iba a ser muy difícil al rey Guillermo conseguir los recursos económicos para poner en armas un ejército y una armada cuya colaboración iba a solicitar Francia de acuerdo con las previsiones del artículo 11 del tratado de Londres.

Tal vez todas estas razones, intuitas por algún consejero, concretamente Frigiliana y Montijo, hicieron que sus votos no fuera contrarios a la decisión del Rey de no resolver nada sobre su heredero y votaron en el sentido de aprovechar el tiempo que el Cristianísimo concedía, mientras viviera Carlos II, para ver si la situación se decantaba hacia donde apuntaba y, mientras Francia perdía apoyos, se reforzaban los de España y Austria.

El 20 septiembre hay otro Consejo de Estado⁴⁹ (realmente había varios cada semana) donde se ve una carta del duque de Paretti, de fecha 21 de agosto, que dice lo siguiente:

"Habiendo llegado el término señalado para dar respuesta por parte del Emperador a los Reyes de Francia e Inglaterra y a los Estados Generales a la aceptación del consabido tratado... decidió Su Majestad Cesárea dársela por el conde de Harrach, el día 17 pasado, y su contenido se reduce a que, considerando el señor Emperador la floreciente edad de Vuestra Majestad y su perfecta salud, no hallaba por conveniente ni honesto el tratar, como tío de Vuestra

⁴⁸ De hecho así había sido aunque en España no se sabía aun.

⁴⁹ AHN, Estado, leg. 2780. Consejo de Estado de 20 de septiembre de 1700.

Majestad, la sucesión de su sobrino a quien cree firmemente dará Dios muy dilatada vida y numerosa sucesión. Y que, si sucediese el caso fatal de que Vuestra Majestad no la dejare, entonces, como el más próximo e inmediato sucesor, resolvería lo que debía hacer... y que respondió el ministro de Francia que tenía noticia, desde algunos días, de que se le había de dar esta respuesta, de la que daría cuenta a su Rey y no dudaba que pasaría inmediatamente a la declaración de otro príncipe...".

Ciertamente los argumentos del Emperador sobre la salud de Carlos II no podían ser más desafortunados e inoportunos. Desde el 12 agosto el Rey había caído seriamente enfermo, con sus típicos problemas intestinales, acompañados de mareos y vómitos. Tras unos días en tal situación pareció volver a la normalidad, pero era sólo apariencia y recaía, vez tras otra, con gravedad creciente. Así pasó el resto de agosto y todo el mes de septiembre.

3.3 TESTAMENTO Y MUERTE DE CARLOS II.

Hacia el 10 de septiembre se produce una mejoría en la salud del Rey⁵⁰. Fue sólo un espejismo porque, aunque desaparecieron momentáneamente los problemas intestinales, su estado físico era de extrema debilidad. El día 22 se inicia una recaída severa que hizo temer seriamente por su vida⁵¹; poco después, el día 28, se le administra la extremaunción⁵² y por Madrid empiezan a extenderse rumores de que ha muerto y que antes ha hecho testamento, aunque se ignore en qué términos. De manera que, en el flujo de información que parte de Madrid hacia Europa, unos aseguran la herencia para el Archiduque en tanto que otros lo hacen para el segundo hijo del Delfín. Harrach, aún sin certeza, sospecha que las cosas no van a ser favorables a su causa en tanto que Blecourt ha recibido una confidencia de Medina Sidonia asegurándole que la herencia es para Francia⁵³.

Tres días después de recibir los santos sacramentos, el Consejo de Castilla elevaba al rey una consulta en la que le acuciaban para nombrar heredero. Decía así:

"Señor: la enfermedad de Vuestra Majestad que tiene atravesado nuestro corazón nos acuerda la obligación de representar a Vuestra Majestad el abismo de confusión con que quedarían estos Reinos si Vuestra Majestad faltase sin dejar dadas sobre la sucesión las más propias y eficaces providencias que preservasen a sus vasallos de las turbaciones de adentro y de los evidentes riesgos de afuera. Señor, el principal cargo de los Reyes y de que les pide Dios estrecha cuenta, es la salud pública de sus pueblos y bien merecen a Vuestra Majestad este cuidado las lágrimas y sollozos con que claman por esas calles por la de Vuestra Majestad; suplicamos humildemente a Vuestra Majestad tenga por bien este acuerdo de nuestro amor y no dilate esta resolución, satisfaciendo en esto nuestro instituto para con Dios y para los Reinos. Madrid, 1 de octubre de 1700". Va firmado con quince rúbricas⁵⁴.

⁵⁰ *Documentos inéditos*. Tomo 2, p. 1299. Harrach a su padre. 10 de septiembre de 1700

⁵¹ *Ibid.*, pp. 1320 y 1321. Harrach al Emperador, 24 de septiembre de 1700 y Dr. Geleen al elector Palatino, 25 de septiembre de 1700.

⁵² *Ibid.* P. 1323. Dr. Geleen al elector Palatino, 28 de septiembre de 1700.

⁵³ Hippeau, op. cit., tomo 2, pp. 277 y 278. Blecourt a Luis XIV, 7 de octubre de 1700.

⁵⁴ AHN, Consejos, leg. 7213. Tomada la cita de Antonio Domínguez Ortiz. *Testamento de Carlos II*, Madrid, 1982, p. LXVIII.

No creo que esta consulta hiciera excesiva mella en el Rey que ya había advertido de no estar tan desavisado como para morir sin dejar ordenada su sucesión. El mismo día, pero antes de recibir la consulta, había hablado con Portocarrero encargándole la redacción de un testamento que debía seguir las líneas maestras del que hizo su padre. El documento debía tener en blanco determinados particulares como el nombre del sucesor y la composición del comité de regencia, asuntos estos que se escribirían en presencia del Rey.

Aunque tenga fecha de 2 de octubre el testamento fue firmado el día 3. Acompañaban al Rey en este acto Ubilla, Antonio Ronquillo, consejero de Castilla -que sería quien daría fe de éste acto- y, como testigos, los presidentes de los Consejos de Estado y de Castilla, Portocarrero y Arias, el duque de Medina Sidonia como mayordomo mayor, el conde de Benavente, como sumiller de Corps y los duques de Sesa y el Infantado, gentiles hombres de su Cámara. La existencia de un nuevo testamento, aunque no su contenido, se hizo pública sin demora y fue divulgada por la Gaceta.

El documento, cuyo original se guarda en Simancas, tiene 59 cláusulas, la mayor parte convencionales cuando no herederas de los compromisos económicos o religiosos de Felipe IV. La cláusula fundamental es la número 13 que textualmente dice:

“Y reconociendo, conforme a diversas consultas de ministros de Estado y Justicia, que la razón en que se funda la renuncia de las señoras doña Ana y doña María Teresa, reinas de Francia, mi tía y hermana, a la sucesión de estos Reinos fue evitar el perjuicio de unirse a la Corona de Francia y, reconociendo que viniendo a cesar este motivo fundamental subsiste el derecho de la sucesión en el pariente más inmediato, conforme a las leyes de estos Reinos, y que hoy se verifica este caso en el hijo segundo del Delfin de Francia. Por tanto, arreglándome a dichas leyes, declaro ser mi sucesor (en caso de que Dios me llevé sin dejar hijos) al duque de Anjou, hijo segundo del Delfin, y como a tal le llamó a la sucesión de todos mis Reinos y dominios, sin excepción de ninguna parte de ellos; y mando y ordeno a todos mis súbditos y vasallos de todos mis Reinos y Señoríos que, en el caso referido de que Dios me lleve sin sucesión legítima, le tengan y reconozcan por su Rey y Señor natural y se le dé luego, y sin la menor dilación, la posesión actual, precediendo el juramento que debe hacer de observar las leyes, fueros y costumbres de dichos mis Reinos y Señoríos. Y, porque es mi intención, y conviene así a la paz de la Cristiandad y de la Europa toda y a la tranquilidad de estos mi Reinos, que se mantenga siempre desunida esta Monarquía de la Corona de Francia; declaró consiguientemente a lo referido que, en caso de morir dicho duque de Anjou, o en caso de heredar la Corona de Francia, y preferir el goce de ella al de esta Monarquía, en tal caso, deba pasar dicha sucesión al duque de Berry, su hermano, hijo tercero del dicho Delfin en la misma forma. Y, en caso de que muera también dicho duque de Berry, o que venga a suceder también en la Corona de Francia, en tal caso, declaro y llamo a la sucesión al Archiduque, hijo segundo del Emperador, mi tío; y viniendo a faltar dicho Archiduque, en tal caso, declaro y llamo a dicha sucesión al duque de Saboya y sus hijos”.

Y en tal modo es mi voluntad que se ejecute por todos mis vasallos, como se lo mando y conviene a su misma salud, sin que permitan la menor desmembración y menoscabo de la Monarquía, fundada con tanta gloria de mis progenitores. Y porque deseo vivamente que se conserve la paz y unión, que tanto importa a la Cristiandad, entre el Emperador, mi tío y el rey Cristianísimo pido y exhorto que, estrechando dicha unión con el vínculo del matrimonio del

duque de Anjou con la Archiduquesa, se logre, por este medio, en Europa el sosiego que necesita⁵⁵".

Hay que hacer constar que este último párrafo, que cabe tachar de irreal y voluntarista, no estaba inicialmente en el testamento sino que fue añadido en codicilo posterior, el día 21 de octubre, si bien es cierto que se hizo con todas las formalidades que el caso requería.

En la cláusula 14, que pudiera parecer redundante pues ya en el preámbulo del testamento se hizo enumeración prolija de todos los títulos del Rey, se insiste en que el duque de Anjou heredará todos los reinos y señoríos que poseía Carlos II y, para darle más fuerza, los vuelve a enumerar, incluso con mayor detalle y extensión, indicando que todos los que habitaren en ellos deben fidelidad, lealtad y vasallaje al heredero y, como tal, deben hacerle *pleito homenaje* de acuerdo a las costumbres de cada lugar. Da la impresión de que la razón final de esta cláusula es insistir en que la herencia se transmite íntegra sin que sea posible desmembramiento alguno.

La cláusula 15 nombra, en tanto Felipe de Anjou llega a España y hace los juramentos de rigor, una junta de gobierno formada por los presidentes de los Consejos de Castilla y Aragón, el arzobispo de Toledo, el inquisidor general, un grande de España y un consejero de estado. Estos dos últimos, al estar indeterminados, fueron designados en cédula adjunta al testamento recayendo el nombramiento en los condes de Benavente y de Frigiliana respectivamente.

Las cláusulas 34 y 35 se refieren a la situación en que queda Mariana de Neoburgo: se le restituye su dote matrimonial, se le concede una renta de 400.000 ducados al año y se dice que, caso de que así lo prefiriese, podría pasar a uno de los Estados de Italia o a la ciudad española de su elección ejerciendo, en tal caso, las funciones de gobernadora.

La Reina no conoció el contenido del testamento hasta el día 4, cuando lo permitió la mejoría de su esposo, y ni consta su reacción ante el nombramiento de un heredero francés ni hay indicios de que fuera violenta o de disgusto. Si consta, en cambio, su poca inclinación por residir en una capital española o italiana aunque fuera Milán o Nápoles y así se lo hizo saber al Rey. Éste, apenas recuperado de su agonía, se vio urgido por Mariana de tal forma que al día siguiente, el 5 de octubre, otorgó un codicilo testificado por los mismos que asistieron a la firma del testamento, por el que se especifica, en su artículo 1º, que si fuera del gusto de Mariana "retirarse a vivir en los Estados que tengo en Flandes, y si también se dedicara gobernarlos, se le dé por mi sucesor el mando y gobierno de ellos". Parece ser que a la Neoburgo, todavía joven, le apetecía vivir en una ciudad cosmopolita como Bruselas próxima, además, a los Estados de su familia.

Por si los bulos sobre el contenido de este testamento eran pocos, la reunión en la cámara real de tanto ilustre personaje, después de la audiencia con la Reina, desató una verdadera tormenta de rumores y versiones contradictorias. No pocos hablaban de que el testamento, forzado por Portocarrero a base de presionar la frágil voluntad de un moribundo al que amenazaba con las penas del infierno, tuvo que ser sustituido, a marchas forzadas y tan

⁵⁵ Domínguez Ortiz. *Testamento de Carlos II*. Edición facsímil de la Editora Nacional. Madrid, 1982.

pronto como la Reina tuvo noticia de su contenido, por otro a favor del Archiduque. Y si grande era la confusión, el segundo codicilo, firmado el 22 octubre (el relativo al matrimonio de el duque de Anjou con la Archiduquesa), contribuyó a incrementarla. Incluso el conde de Harrach escribió a su padre hablándole de que esperaba se hubiese producido el deseado cambio de heredero a favor del Archiduque⁵⁶.

Luis XIV seguía sumido en desconfianza sobre la decisión que pudiera tomar Carlos II. Antes de recibir noticias fidedignas de que había hecho testamento, basado sólo en los rumores que corrían, escribía a Blecourt lo siguiente⁵⁷: “Si es verdad que el Rey Católico ha hecho testamento a favor del Archiduque y que la Reina será nombrada regente, dispondrá, según las apariencias, de personas en su partido para impedir que el llamamiento de la nación en favor de mis nietos sea unánime... Debéis pedir aclaraciones sobre todo esto que me son necesarias antes de comprometerme, como pretenden algunos españoles, a mantener la unidad de la Monarquía de España contra Europa entera, que se coligará inmediatamente a fin de impedir ese designio mío”. Incluso, más adelante, ya enterado de lo que se suponía preveía el testamento⁵⁸, escribió a Blecourt⁵⁹:

“Se confirma por todas partes la noticia que me dais de que se ha hecho testamento a favor de uno de mis nietos. Es reseñable la ventaja que nos da el que se guarde secreto a los ministros del Emperador al tiempo que algunos de los que han asistido a la firma del testamento nos lo han hecho conocer. Pero, como yo no puedo cambiar, en razón a las meras noticias que os llegan, las resoluciones que he tomado me es preciso esperar a que la declaración sea hecha con todas las formalidades. Hay, además, bastantes posibilidades de que si la salud del Rey de España se recupera le harán cambiar las disposiciones adoptadas durante su agonía”.

Y, sorprendentemente, Carlos II pareció recobrar la salud. Con fechas 16 y 21 de octubre el doctor Geleen⁶⁰ escribía sendas cartas al elector Palatino y al viejo conde de Harrach⁶¹. En la primera avisa de que el Rey está muy mejorado pero que, por temor a una recaída, no se atreve a darle el alta. La segunda carta, es mucho más contundente: "El Rey está fuera de peligro y ahora se puede esperar que tenga sucesión".

Lo cierto es que Carlos II había hecho testamento a favor un nieto de Luis XIV y se había mantenido en él pese a las presiones de la Reina, si las hubo. Gozaba de una salud aparentemente mejorada hasta el extremo de permitir al doctor Geleen hacer una afirmación tan llamativa como la incluida en el párrafo anterior. En mi opinión no cabe duda de que la decisión final fue largamente madurada por el Rey y tomada libremente aunque con largas

⁵⁶ *Documentos Inéditos*. Tomo 2, p. 1345. Harrach a su padre, 22 de octubre de 1700.

⁵⁷ Hippeau, op. cit., tomo 2, p. 281. Luis XIV a Blecourt, 11 de octubre de 1700.

⁵⁸ El mismo día 2 de octubre parece que Portocarrero escribió a Luis XIV dando noticia de ello y adjuntando la copia correspondiente. En *Narraciones históricas*, tomo I, p. 172 aparece reproducida esta carta que dice proviene de la *Histoire Militaire de Louis le Grand* del Marquis de Quincy. Pero por la narración general que hace este autor su credibilidad parece dudosa.

⁵⁹ Hippeau, op. cit. Luis XIV a Blecourt, 31 de octubre de 1700. Tomo 2, p. 291.

⁶⁰ El Dr. Geleen era un médico alemán que vino acompañando a Mariana de Neoburgo. Realmente no era médico del Rey pero se le puede considerar como “del equipo médico habitual” pese a que muchas veces discrepaba de los diagnósticos y remedios que se aplicaban a Carlos II. Es célebre su incontinencia epistolar.

⁶¹ *Documentos Inéditos*. Tomo 2, Dr. Geleen a elector Palatino y Conde de Harrach. 16 y 21 de octubre de 1700. P. 1334.

dudas y no escasa repugnancia⁶². Y las presiones que se cuentan del Cardenal ante el lecho del moribundo son sólo, probablemente, un mito aunque Francisco de Castellví hable profusamente de ellas⁶³. Como también lo es alguna truculenta versión, como la del marqués de Louville, que habla de muy serias disputas promovidas ante el lecho del Rey por los que no se resignaban a que la Casa de Austria perdiera sus derechos. “Aguilar, sabiendo que el Rey aun no había firmado, reanimó el valor de su partido y, secundado por Ubilla, quiso intentar un último golpe. Y aquí Mancera se comportó como lo que era. Olvidando su edad, a la vista de tan indignos esfuerzos, amenazó a Aguilar con oponerse a sus intrigas no sólo con buenas razones sino con una buena espada”⁶⁴.

Cabe entonces preguntarse desde cuándo y por qué razones había Carlos II tomado su decisión en favor del duque de Anjou, asunto éste que ha sido bastante controvertido. Hay una versión de primera mano que cuenta el mariscal de Tessé en sus memorias⁶⁵:

"El duque de Uceda me ha contado que antes de la muerte de Carlos II, al que servía como primer gentil hombre de su Cámara, le había dicho estando los dos a solas: *duque de Uceda, tengo la intención de enviaros de embajador a Roma*. El duque de Uceda le contestó que este empleo, que le alejaría de su Real persona y de sus asuntos particulares, no le convenía por lo que pedía que se pensara en alguien más digno de este empleo. El Rey le contestó: *¿No sabéis que no tengo hijos y que puedo morir cualquier día? ¿No me habéis tenido, como muerto, entre vuestros brazos al menos tres veces? ¿No os dais cuenta de que para reposo de mis súbditos y de la Monarquía entera debo nombrar sucesor? Y ante esta acción, por la que debo responder ante Dios y ante el mundo entero, quiero consultar al Papa y, como la misión debe ser secreta en extremo, he puesto los ojos en vos para que me sirváis en coyuntura tan importante*. A continuación el Rey le confesó la decisión que pensaba tomar de nombrar sucesor de la Monarquía española a uno de los hijos del Delfín pero que no quería tomar tal resolución sin consultar a la Santa Sede... para decidir sobre un asunto tan importante que estaba obligado a ocultar a su esposa, a todo su Consejo y a su Casa.

El duque de Uceda no pudo rehusar y vino a Roma con las cartas de su Rey. Me ha contado que, en las primeras audiencias del Papa, éste le puso muchas dificultades diciéndole que no podía mezclarse en asunto tan delicado...El duque de Uceda le entregó diferentes dictámenes de juristas y teólogos hechos al respecto en Madrid... Y reseño esto que me ha contado el duque de Uceda, con objeto de recordar que el testamento no fue hecho por capricho o seducción de algún ministro de España sino que Carlos II creyó, mucho antes de su muerte, que debía hacer el testamento que finalmente hizo".

Este relato tiene al menos un error y es que el duque de Uceda no pudo ser portador de la carta que escribió Carlos II a Inocencio XII el 13 de junio de 1700, pues se encontraba en Roma desde tiempo antes, como lo prueba la carta que la Secretaría del Despacho le envió

⁶² “Esto ejecutó el Rey libremente, no sin repugnancia de la voluntad, vencida de la razón; no era la de mayor satisfacción pero le pareció lo más justo y rendido al dictamen de los que tenía por sabios e ingenuos, al amor de sus vasallos, a quienes creyendo dar una perpetua paz dejó una guerra cruel”. Bacallar y Sanna, V. *Comentarios de la guerra de España e Historia de su Rey Felipe V, el animoso*. Madrid, 1957.

⁶³ *Narraciones históricas*, tomo I, pp.139 y sigs.

⁶⁴ Marqués de Louville. *Memoires secrets sur l'établissement de la Maison de Bourbon en Espagne*. París, 1818. Tomo primero, p. 100.

⁶⁵ *Memoires et lettres du Marechal Tessé*. París, 1806. Tomo I, pp. 178 a 181.

a esta ciudad el 10 de junio para que entregara a Su Santidad copia del tratado de reparto⁶⁶. Lo que es cierto es que Tessé hizo gran amistad en Roma con Uceda y, probablemente, está transmitiendo de buena fe sus recuerdos de lo que le había contado el duque que, por otra parte y para mayor confusión, era austracista de corazón hasta el punto de que, tras haber jurado fidelidad a Felipe V, se pasó al bando del Archiduque avanzada la guerra de Sucesión.

Es harto probable que Carlos II, para quien la integridad de su Corona era asunto innegociable, hubiera considerado seriamente la posibilidad de una sucesión francesa un poco antes de 1700 y de ahí la existencia de los informes de juristas y teólogos que acompañaba a la carta al Papa y que debieron requerir cierto tiempo para ser elaborados. Pero, sin duda, la decisión se fue fraguando lentamente en su conciencia que, como anteriormente se dijo, se había formado en la veneración hacia la Casa de Austria y en la animadversión hacia Francia⁶⁷, justificada por los innumerables agravios que Luis XIV había hecho a su persona y a su Monarquía⁶⁸. El proceso de pasar de una decisión pasional a otra racional debió comenzar a cristalizar con las argumentaciones del Consejo de Estado del 8 de junio, con las no menos contundentes del Consejo de 8 de julio, con las cartas de Castellldosrús narrando las maniobras militares que preparaba Luis XIV, con la amenaza del marqués Harcourt que, vuelto a su condición militar, vivaqueaba por los Pirineos en espera de la orden de invasión y con la poderosa flota francesa a las puertas de Cádiz, oficialmente para ayudar en Ceuta o Darién, pero presta a invadir el sur de Italia. En definitiva con el temor a que su Monarquía deviniera en provincia francesa aunque ello fuera a costa de volver a encender las llamas de la guerra en Europa⁶⁹.

Prueba de hasta que punto primaron los aspectos pragmáticos y las amenazas directas e indirectas de Luis XIV es que, puestos a anular la renuncia de Maria Teresa, por iguales razones podría haberse hecho lo mismo con la de Ana. Según ciertos juristas son aplicables a la Corona los preceptos de los mayorazgos, y en tal caso eran superiores los derechos del segundo hijo de esta Reina a los del nieto de Luis XIV. Con ello podría haber heredado la Monarquía el duque de Orleáns que, además, daba en principio mayores garantías de que no llegaría a producirse la unión de ambas coronas. De hecho el duque presentó una protesta formal al considerarse agraviado por el testamento de Carlos II aunque no por la designación de Felipe V sino por haber sido olvidados sus derechos tras los del duque de Berry.⁷⁰

⁶⁶ AHN, Estado, leg. 2780. Secretaria a Uceda, 9 de junio de 1700.

⁶⁷ Según Luciano de Taxonera en *Felipe V, fundador de una dinastía y dos veces Rey de España*. Barcelona, 1942, esta animadversión estaba muy incrementada por los “escrúpulos de una honestidad herida al saber las vergüenzas y los relajamientos que se sucedían sin interrupción en el palacio de Versalles”. P. 24.

⁶⁸ No había el más mínimo disimulo en este asunto. En las instrucciones a Harcourt –recuérdese que supervisadas por el propio Luis XIV- se dice: “*La extrema adversión que se ha cuidado de inspirarle hacia Francia es la única máxima en la que se ha procurado instruirle*” Hippeau, op. cit, tomo 1, p. XXVIII.

⁶⁹ Así lo reconoce Voltaire que afirma en relación al cambio mental de Carlos II lo siguiente: *Nada es más cierto que la reputación de Luis XIV y el convencimiento de su poderío fueron los únicos negociadores que operaron esta revolución*. Voltaire, *Le siècle de Louis XIV*, tomo 2º, p. 71.

⁷⁰ Baudrillart, Alfred. *Philippe V et la cour de France*. París 1890. Tomo I, pp. 44 y 45. En páginas posteriores cuenta una curiosa historia sobre intentos del duque de Orleans por conseguir la corona de España en noviembre de 1700 mientras Luis XIV dudaba entre aceptar el testamento o mantenerse en el tratado de reparto.

Hay que hacer constar, como antes se anticipó, que Carlos II no sólo dio por nula la renuncia de María Teresa y derogó todo lo establecido a ese respecto en el testamento de Felipe IV sino que obvió un punto extremadamente delicado que son las leyes y constituciones de la Corona de Aragón sobre los derechos de sucesión. Estas leyes, con independencia de que fueran válidas o no las renunciadas, hubieran llevado la titularidad de la Monarquía a la rama austriaca además de establecer un sistema de autogobierno en cada uno de los reinos durante el período, necesariamente largo, que transcurriese hasta que el nuevo Rey hubiera realizado los preceptivos juramentos de respetar fueros y constituciones ante cada una de las cortes regnícolas. En definitiva Carlos II había actuado como si todos los reinos peninsulares estuvieran sujetos a las leyes de Castilla.

Eran demasiados los argumentos en favor de Francia y poco lo que Austria podía hacer para contrarrestarlos. Y eso contando con que fuera tal su intención pues su política, desde la muerte de José Fernando de Baviera, no era sino dubitativa e incluso pactista. Bien es cierto que se habían ofrecido 30.000 hombres y los navíos necesarios para su movilización pero los hombres no aparecían por parte alguna, no estaban asignados recursos para su mantenimiento y no era verosímil que Venecia o Génova cedieran embarcaciones para el transporte. Cabe imaginar el disgusto de Carlos II cuando leyó la carta del duque de Parette en la que anunciaba la negativa oficial del Emperador a aceptar el tratado. No es que se negara en redondo, como hizo España, a permitir la división de la monarquía, es que tan sólo aplazaba el problema hasta la muerte del Rey, supuesto que no dejara sucesión "y si sucediera el caso fatal de que Vuestra Majestad no la dejare, entonces, como el más próximo e inmediato sucesor resolvería lo que debía hacer". Parece superfluo decir que la frase revela una clara intención entreguista.

En cuanto a la posibilidad de defender, al menos la península, con nuestros propios recursos era algo ilusorio. Años llevaba el Consejo de Estado proclamando la necesidad de armarse por mar y tierra, pero no se encontraba para ello ni ánimo ni recursos pues los que había se dilapidaban. Y cuando finalmente el marqués de Leganés intentó hacer alguna cosa se mostró como irrisoria, por desproporcionada, frente a las fuerzas del enemigo que esperaban en la otra vertiente de los Pirineos.

Para el duque de Maura⁷¹, Carlos II tomó su decisión en firme antes de recibir la carta del Papa y tras haber leído las respuestas que a sus consultas dieron el obispo de Cuenca y el arzobispo de Zaragoza. Dudo que fuera ese el momento que, en mi opinión, debe situarse algo más tarde, bien avanzado septiembre. El decreto que envía el día 10 de este mes al Consejo de Estado pidiendo que le dejen en paz porque no piensa optar por ninguno de los pretendientes es, a mi juicio, significativo. No tiene aún tomada en firme su resolución y, de tenerla tomada, no la anunciaría por un razonable temor a que provocará la guerra, pero adivina que, salvo que el tiempo y sucesos imprevistos modifiquen sustancialmente la situación, lo que no le parece posible a corto plazo, no le quedará otro remedio que optar por la solución francesa pese a la repugnancia que esto le causa.

⁷¹ Maura, op. cit. Tomo 2, p. 371.

Los buenos pronósticos que hiciera el doctor Geleen el 21 octubre no se cumplieron y tres días más tarde se produce la recaída que será definitiva. El 29 de octubre firma un último decreto que dice así⁷²:

"Habiendo sido Nuestro Señor servido de tener mi vida en el estrecho término de perderla y estando, por esta causa, imposibilitado de atender, como siempre he deseado, al gobierno...y hallándome con tanta satisfacción y experiencias de celo con que vos, el cardenal Portocarrero, me habéis servido... quiero y mando que en el ínterin que Nuestro Señor dispone de mi, y llegue el caso de concederme la salud que más convenga, o que falte, y se abra mi testamento, gobernéis en mi nombre y, por mí, todos mis Reinos, así en lo político como en lo militar y económico en la misma forma que yo lo he hecho hasta aquí..."

Ese mismo día, por la tarde, recibe de nuevo la extremaunción y el 1 de noviembre, festividad de Todos los Santos, casi a las tres de la tarde, muere el último monarca de la Casa de Austria dando lugar a un cambio de dinastía y a un giro copernicano en el destino de España.

3.4 LA ACEPTACIÓN DEL TESTAMENTO

Apenas fallecido Carlos II se procedió a la apertura de su testamento para lo cual se reunieron el Consejo de Estado y los grandes de España. Saint Simon lo cuenta así⁷³:

"La curiosidad por la grandeza de un suceso tan raro, y que tanto interesaba a millones de hombres, atrajo al palacio a todo Madrid de suerte que la nobleza se asfixiaba en los cuartos vecinos a aquél en que el Consejo de Estado y los grandes abrían el testamento. Todos los embajadores estaban sentados en la puerta; eran quienes iban a saber en primer lugar la decisión del Rey que acababa de morir para informar de inmediato a sus cortes. Blecourt estaba allí, como los otros, sin saber más que ellos, y el conde de Harrach, embajador del Emperador, que lo esperaba todo y que contaba con que el testamento sería a favor del Archiduque⁷⁴ estaba junto a la puerta con aspecto triunfante. La situación duraba mucho tiempo y la impaciencia era general. Finalmente la puerta se abrió y se volvió a cerrar. El duque de Abrantes, que era hombre de mucho ingenio, agradable pero temible, quiso darse el gusto de anunciar la elección del sucesor tan pronto como vio a todos los grandes y al Consejo asentir. Se encontró asediado tan pronto como apareció. Miró hacia todos lados guardando gravemente silencio. Cuando Blecourt avanzó lo miró fijamente y, después, girando la cabeza hizo ademán de buscar a quien tenía casi ante él. La acción sorprendió a Blecourt y la interpretó como un mal presagio para Francia; después, de golpe, haciendo como si no hubiera visto al conde de Harrach y éste apareciera de improviso ante él, puso cara de alegría, colocó sus dos manos en el cuello del conde y le dijo en español con voz muy alta: *Señor, es para mí un placer*. Y haciendo una pausa para abrazarle mejor añadió: *Sí señor, tengo una inmensa alegría de que para toda mi vida...* y redoblando los abrazos se detuvo una vez más; después terminó: *y con la mayor alegría me separo de Vuestra Excelencia y me separo de la muy ilustre Casa de Austria*".

⁷² Hippeau, tomo 2, p. 289.

⁷³ Saint Simon, op. cit., Tomo I, p. 788.

⁷⁴ Como se ha visto en el apartado anterior, Blecourt tenía muy buena información aunque no certeza absoluta de que no se hubiera producido algún cambio de última hora. Harrach, por su parte y en aquellos momentos, alimentaba pocas esperanzas para su causa.

Esta anécdota, muy teatral y quizá poco verosímil, aparece por vez primera en Saint Simon pero después ha sido dada por cierta, e incluso significativa, y difundida por muchos historiadores⁷⁵. Sin embargo, y aparte de lo dudoso del aspecto *triumfante* de Harrach, hay al menos un punto que me atrevo a señalar como incierto: Blecourt, pese a lo afirmado comúnmente, no asistió a la lectura del testamento como se deduce de la posdata de la carta que el 1 de noviembre escribió a Luis XIV⁷⁶ comunicándole primero la agonía y después la muerte del Rey. Dice así: "P.S. El duque de Caminiez acaba de advertirme que ha estado presente en la apertura del testamento que ha declarado al señor duque de Anjou sucesor a todos los reinos de España... El cardenal Portocarrero acaba de enviarme el codicilo del testamento que habla de la sucesión y que os adjunto..."

El mismo día 1 de noviembre, la Reina y la Junta de Gobierno envían una carta al Cristianísimo comunicándole la muerte Carlos II, la apertura del testamento por el cual el duque de Anjou había sido llamado para sucederle y, por último, que según estaba dispuesto, debía dársele "sin la menor dilación la posesión actual, precediendo el juramento que debe hacer de observar las leyes, fueros y costumbres de los Reinos y Señoríos". Avisa también a Luis XIV de la Junta de Gobierno que ha establecido el testamento para cubrir el vacío de poder en tanto se produce la toma de posesión del nuevo soberano. Nada dice la carta que ponga en tela de juicio, siquiera mínimamente, una segura aceptación por parte del Rey de Francia, de su hijo y de su nieto⁷⁷.

El día 3 de noviembre se escribe una nueva carta a Luis XIV, algo más explícita que la anterior, donde se habla de "la impaciencia que ya se vive en estos reinos de gozar de su dominio... Y así pedimos a Vuestra Majestad que sin dilación se empiece, por el dignísimo sucesor de esta Monarquía, a disponer de su señorío en la forma que estemos consolados a gozar de su dominio..."⁷⁸.

Por su parte Portocarrero, que escribió el 2 de noviembre una carta a Luis XIV⁷⁹ asegurándole su "seguro vendimiento (sic) a cuanto sea mayor servicio y obsequio de Vuestra Majestad y del señor Duque", se entrevistó con Blecourt quien le preguntó si el testamento sería reconocido por toda España, sin oposición ni controversia, y qué medidas se tomarían para impedir que el príncipe de Vaudemont abriera las puertas del Milanesado al ejército del Emperador y cómo se garantizaría la obediencia de Flandes. Preocupaba por tanto al embajador francés la adhesión de los españoles a la causa francesa, no fuera a resultar fallida después de lo mucho que, tanto él como su antecesor, habían insistido a su Rey sobre el clamor popular y generalizado que asistía a la Casa de Borbón.

La antes citada carta de Blecourt a Luis XIV, comunicando la muerte y testamento de Carlos II, fue llevada a mata caballo por un correo extraordinario hasta Bayona donde la

⁷⁵ Sin ser exhaustivo: Coxe, Taxonera, Kamen, Martínez Shaw, etc. En cualquier caso toda la narración que hace Saint Simon sobre el testamento del Rey, sus motivaciones y la actuación de los consejeros de Estado está plagada de inexactitudes.

⁷⁶ Hippeau, op. cit., tomo 2, p. 293.

⁷⁷ *Documentos Inéditos*, tomo 2, p. 1370.

⁷⁸ Ibid., p. 1371.

⁷⁹ Hippeau, op. cit., tomo 2, p. 294.

recibió Harcourt, que tenía orden de abrir toda la correspondencia que por allí pasara, fuera quien fuese el destinatario, y poner de inmediato en marcha su ejército si se había producido alguna circunstancia o incidente que, en función de sus órdenes, aconsejara la invasión de Guipúzcoa. El marqués remitió la carta a su superior jerárquico, Barbezieux, Ministro de la Guerra que, el 7 de noviembre en Fontainebleau, la entregó en mano a Luis XIV⁸⁰.

Junto a la carta de Blecourt el marqués de Harcourt remitía otra propia en la que pedía encarecidamente al Cristianísimo que no aceptara el testamento y que hiciera honor a los compromisos adquiridos en el tratado de reparto. Interesante cambio de opinión en quien tanto había presionado a Luis XIV para que peleara por la herencia íntegra del Imperio español para su familia en lugar de pactar con las potencias marítimas una parte mínima de sus territorios.

Lo ocurrido al llegar la noticia a Fontainebleau es confuso. Hay tres versiones de primera mano⁸¹ con contradicciones entre ellas. Son las que nos dan las memorias de Saint Simon, Louville y Torcy. La narración más extensa, detallada y que más difusión ha tenido posteriormente es la de Saint Simon⁸². Cuenta cómo estaba reunido el Consejo de Finanzas cuando Barbezieux entregó la carta. La reunión se dio por terminada y el Rey declaró el correspondiente luto cancelando, por todo el invierno, los actos festivos pero sin decir nada sobre el testamento y su contenido. Citó para las tres de la tarde, en casa de M. de Maintenon, al Delfín y a los ministros de su gabinete. Al día siguiente y en el mismo lugar se celebran otros dos Consejos de Estado, uno por la mañana y otro por la tarde, lo que da idea clara del profundo debate que se produjo aunque, para muchos, esto no fue sino una farsa montada por el Rey ante sus propios ministros pues, desde tiempo antes, había tomado su decisión sobre cómo actuar en estas circunstancias.

A estas reuniones, además de M. de Maintenon⁸³, del Rey y del Delfín asistieron el canciller conde de Pontchartrain, el duque de Beauvilliers, jefe del consejo de finanzas y tutor de los tres nietos de Luis XIV, y el marqués de Torcy. Fue este último quien abrió el turno de intervenciones con un largo discurso en el que defendía sus reticencias hacia el testamento con razones tan sensatas como estas:

"La buena fe de Francia se encontraba comprometida y no había punto de comparación entre el aumento de poder que darían estados unidos a la Corona, estados contiguos y tan necesarios como la Lorena, tan importantes como Guipúzcoa, por ser una llave de España, o tan útiles al comercio como las plazas de Toscana, Nápoles y Sicilia, y la grandeza particular de un hijo de Francia que, a lo más tardar, en su primera generación vuelta española por interés y por no conocer otra cosa que España, se mostraría tan celosa de la potencia de Francia como lo hicieron los reyes españoles de la Casa de Austria. Que si se aceptaba el testamento habría que

⁸⁰ Castellví afirma, sin mayores precisiones, que la carta llegó el 5 de noviembre. No parece probable. *Narraciones Históricas*, tomo I, p. 181.

⁸¹ Aparte de la superficial que da Voltaire en *Le siècle de Louis XIV*. Frankfurt, 1753. Tomo 2. pp. 74 y sigs.

⁸² Saint Simon, op. cit., tomo I, pp. 789 y sigs.

⁸³ Torcy niega enérgicamente que M. de Maintenon estuviera en la reunión y mucho más que participara en el debate. *Mémoires*, 1ª parte, p. 99, sin embargo Saint Simon lo afirma con insistencia pese a reconocer que esta situación era anómala. Baudrillart considera más digno de crédito lo que afirma Torcy sin negar la influencia que sin duda tuvo la Maintenon en la decisión de Luis XIV.

contar con una guerra larga y sangrienta, a causa de la ofensa que representaba la ruptura del tratado de partición y por el interés de toda Europa que se opondría a un coloso como el que llegaría a ser Francia si recogía una herencia tan vasta; que Francia, agotada tras una larga secuencia de guerras, apenas había tenido el desahogo de respirar desde la paz de Ryswick...que España estaba agotada y que, aceptándola, toda la carga caería sobre Francia que, en la impotencia de sostener el empujé de todos los que se iban a unir contra ella, tendría, además, que soportar el peso de España.

Acogiéndose al tratado de reparto, Francia se conciliaría con toda Europa por mantener una política de buena fe y por el gran ejemplo de moderación que iba a dar... y dismantlaría las calumnias, sembradas con tanto éxito, de que quería invadirlo todo para acceder poco a poco a la Monarquía Universal, tan reprochada en ocasiones anteriores a la Casa de Austria, calumnias que, caso de aceptar el testamento, nadie pondría en duda; acogiendo al tratado de reparto Francia se atraería la confianza de toda Europa, consiguiendo con ello una supremacía que no podía esperar de sus armas y que el interior del Reino, restablecido por una larga paz, fortalecido por las posesiones españolas... con todo el comercio de Levante, con la anexión tan necesaria de la Lorena... formaría un estado tan potente que sería, en adelante, el terror o el refugio de todos los otros y en situación cómoda para hacer girar a su gusto todos los asuntos generales de Europa".

Beauvilliers sostuvo esta misma opinión⁸⁴ con toda energía en tanto que Pontchartrain se dedicaba únicamente a tratar de desentrañar el pensamiento del Rey, y esperó a hablar hasta que creyó haberlo logrado. Su discurso, según Saint Simon, fue del siguiente tenor:

“Estableció en primer lugar que era una decisión del Rey el dejar descollar por segunda vez a la Casa de Austria hasta un nivel de poder próximo al que había tenido en tiempo de Felipe II, y cuya fuerza y potencia Francia había experimentado, o de tomar esta ventaja para su propia Casa. Y que esa ventaja era muy superior a la que antes tuvo la Casa de Austria a causa de la separación geográfica de los estados de ambas ramas que no se podían mantener seguros sino por acciones conjuntas. Que una de las dos ramas no tenía mar ni comercio y que su poderío no era sino la usurpación que había encontrado siempre gracias a las contradicciones internas del Imperio y, con frecuencia, gracias a revueltas declaradas... cuyo alejamiento de España no permitía recibir ayuda más que con gran dificultad, sin contar con el peligro que siempre acechaba por parte de los turcos; que los países hereditarios, de los que el Emperador disponía como propios, no se podían comparar con las provincias más pequeñas de Francia; y que este último reino, el más poderoso y abundante de Europa, tenía la ventaja de no depender de nadie y de ponerse en marcha ante la sola voluntad de su Rey... de tener comercio y marina y de estar en situación de proteger a España por los dos mares y de aprovechar en el futuro su unión con ella para el comercio con las Indias... Francia y España, por estar contiguas, constituían como una sola y única provincia y que estas ventajas no podían contraponerse a la adquisición de la Lorena, cómoda e importante en verdad, pero cuya posesión no aumentaría en nada el peso específico de Francia...

Tras esta exposición el canciller recomendó la ruptura del tratado de reparto... pretendía que la situación de las cosas, completamente distintas ahora que en el tiempo en que se había firmado, daban pleno derecho al Rey para actuar libremente y sin poder ser acusado de mala

⁸⁴ Bottineau en su documentado libro *El arte cortesano en la España de Felipe V* pone de forma textual, probablemente por error, los argumentos que según Saint Simon empleó Torcy en boca de Beauvilliers.

fe... Y, en caso de rehusar, Francia adquiriría una reputación de pusilánime que se atribuiría a los peligros de la última guerra y a la extenuación en que había quedado...⁸⁵.

Estos dos tipos de opiniones, de las que tan sólo hago un resumen, fueron mucho más extremas por ambas partes y muy controvertidas como consecuencia de las réplicas de los que defendían cada postura. Monseñor (el Delfín), ahogado en su grasa y en su apatía, pareció otro hombre durante estos dos Consejos; para sorpresa del Rey y del resto de los asistentes... él se inclinó con fuerza por la aceptación del testamento y repitió parte de los argumentos del canciller. Tras ello, girándose hacia el Rey con aire respetuoso pero firme le dijo que tras haber expresado su opinión como los otros se tomaba la libertad de pedir su herencia, pues estaba en disposición de aceptarla; que la Monarquía española era el bien de la Reina, su madre, y, por consiguiente, suyo y, para tranquilidad Europa, de su hijo segundo a quien se lo cedía de todo corazón; pero que él no cedería ni una sola pulgada de tierra a ningún otro".

La versión del marqués de Louville difiere sustancialmente la anterior. Aunque no entra tanto en detalles dice que "el marqués de Torcy opinó de una manera ambigua y que M. de Pontchartrain le imitó. M. de Beauvilliers habló en contra de la aceptación. Ésta parecía resuelta a favor por la voluntad del Rey y sin embargo quedó indecisa a causa de M. de Maintenon que mostraba una oposición muy fuerte".

La narración que hace el marqués de Torcy⁸⁶ sobre lo acontecido en estos consejos presenta también discrepancias con lo que cuenta Saint Simon. No hay que olvidar que este ministro a lo largo sus Memorias no hace sino ensalzar la figura de Luis XIV y justificar cualquier conducta que pudiera calificarse como poco noble o indigna de su gloria, aunque ello sea a costa de torcerle el brazo a la verdad o ir, como ocurrió en este caso, contra sus propias convicciones. El marqués reconoce que si su Rey aceptaba el testamento "estaba incumpliendo sus compromisos y violando la sagrada palabra de los Reyes" pero cualquier opción era mala y conducía necesariamente a la guerra. Si aceptaba porque las potencias europeas no admitirían el poder reforzado de Francia y si se negaba porque la Corona española pasaría al Archiduque reproduciendo el imperio de Carlos V que tan perjudicial había sido para los intereses franceses.

Torcy basaba su argumentación en una premisa falsa, o al menos poco verosímil, que era la existencia de acuerdos secretos y recientes entre Guillermo y Leopoldo por los que ni Inglaterra ni Holanda apoyarían a Francia cuando ésta exigiera el cumplimiento del tratado de reparto y la correspondiente puesta en marcha de movilizaciones militares. Por lo tanto si Luis XIV no aceptaba el testamento no tenía más que dos opciones: o renunciar totalmente a cualquier parte del Imperio español o entrar en guerra para conquistar los territorios que el tratado le había asignado. La primera de ellas era una afrenta a su honor pues privaba a sus nietos de sus derechos legítimos, reconocidos por Carlos II y aparentemente refrendados por la nación española, y, además, engrandecía

⁸⁵ Torcy da una versión totalmente diferente de la actuación de Pontchartrain: "El canciller expresó con detalle las diferentes ventajas que tenía el adoptar uno u otro partido. Las expuso clara y recíprocamente. Hizo también recapitulación de los inconvenientes que cada partido necesariamente implicaba; de suerte que no osando pronunciarse sobre cuestión tan importante, cuya elección sería alabada o criticada según lo que ocurriera posteriormente, concluyó que sólo el Rey, más preclaro que sus ministros, podía conocer y decidir lo que mejor convenía a su gloria, a su familia y al bien de su Reino y sus súbditos". *Mémoires*, 1ª parte p. 99.

⁸⁶ Ibid, pp. 95 y sigs.

desmesuradamente a la Casa de Austria. En cuanto a la segunda opción la carga de la guerra caería totalmente sobre Francia pues, con seguridad, sus presuntamente infieles aliados la abandonarían para unirse al Emperador. Y la guerra, además de onerosa y cruel, era injusta pues ¿qué razón había para declarar la guerra España, con objeto de apoderarse de parte de su territorio y qué ofensa había hecho Carlos II a Francia ofreciendo su reino al duque de Anjou? Y si la guerra era inevitable había que elegir la opción más honesta, la que estaba del lado de la justicia, y ésta era, precisamente, aceptar el testamento del Rey de España que llamaba por herederos a quienes, años atrás, habían sido injustamente desposeídos de sus derechos por sus antecesores en el trono.

Como puede verse la dos versiones sobre la intervención del marqués de Torcy, la propia y la de Saint Simon, no pueden ser más diferentes. Parece más consistente la del duque que, a su vez, coincide sensiblemente con lo que dice Louville. La carta que Torcy se saca de la manga sobre acuerdos secretos entre las potencias marítimas y el Emperador parece poco verosímil a la vista del reconocimiento inicial que ambas potencias hicieron a Felipe V, reconocimiento que sólo se frustraría, como luego se verá, por las actuaciones no ilógicas pero sí de enorme imprudencia que realizó Luis XIV. Asunto diferente, y que entra dentro de la lógica más elemental, es que al conocerse el testamento hubiera conversaciones de tanteo por parte de los embajadores en las respectivas cortes, bien por propia iniciativa, bien siguiendo instrucciones.

No puedo dejar de lado la versión que sobre este asunto nos da Francisco de Castellví desde su óptica catalana. Según él hubo cinco votos a favor de mantener el tratado de reparto y cuatro en contra (el Rey, la Maintenon, el Delfín y el canciller)⁸⁷ y “los ministros que se opusieron ignoraban el fin que tenía el tratado de repartición que era adormecer las potencias de Europa, irritar a los españoles y persuadirles llamasen para reinar al duque de Anjou, por no ver dividida su monarquía y no padecer la afrenta que extranjeras naciones diesen la ley a los españoles”.⁸⁸

Después de estos agitados consejos Luis XIV manifestó no haber tomado aun su decisión pues consideraba que los argumentos que se habían manejado, a favor o en contra, eran sólidos concluyendo que el asunto merecía reposar 24 horas y esperar noticias de España para ver si la reacción de los españoles ante el testamento era acorde con la decisión que había tomado su difunto Rey⁸⁹.

El 10 de noviembre llegaron los correos de España que Castellldosrús entregó a Torcy al tiempo que pedía audiencia a Luis XIV. Estos correos fueron leídos y discutidos en casa de M. de Maintenon y, tras ello, el Rey decidió aceptar el legado de Carlos II aunque, en la audiencia que concedió al día siguiente al embajador de España y en la que éste presentó una copia legalizada del testamento, aun rebosando amabilidad, no se manifestó ante él ni en un sentido ni en otro.

⁸⁷ No salen las cuentas pese a que Castellví da como asistentes a Chamillard y Pomponne con lo que serían ocho los reunidos.

⁸⁸ *Narraciones Históricas*, tomo I, pp. 181 y 182.

⁸⁹ Saint Simon, op. cit., tomo I, p. 776.

La pregunta habitual de los historiadores es si realmente existió alguna duda en Luis XIV a la hora de optar entre testamento y tratado de reparto y la repuesta mayoritaria es que, de existir alguna, fue mínima. Debía elegir entre lo que convenía a Francia y lo que convenía a su Casa y decidió aumentar la gloria de los Borbones antes que añadir a su país territorios que le hubieran dado una fortaleza estratégica y comercial mucho mayor de la que ya tenía y, posiblemente, a la vista de la contestación no demasiado agreste de Leopoldo I en su rechazo al tratado, sin guerra inmediata.

Finalmente el día 12 noviembre el Cristianísimo envió su respuesta a Mariana de Neoburgo y a la Junta de Regencia:

"El sincero dolor que tenemos por la pérdida de un príncipe cuyas cualidades y proximidad de sangre nos inducían a una clara amistad hacia él, amistad que ha sido incrementada por las señales que nos ha dado a su muerte de su justicia, de su amor por sus fieles súbditos y por la atención que ha puesto en mantener, más allá de su vida, el reposo general de Europa y la felicidad de sus pueblos. Por nuestra parte queremos contribuir igualmente a lo uno y a la otra y responder a la perfecta confianza que nos ha testimoniado; y así prestamos nuestra total conformidad a las intenciones marcadas por los artículos del testamento que Vuestra Majestad y Uds. nos habéis enviado... y aceptamos en nombre de nuestro nieto, el duque de Anjou, el testamento del difunto Rey Católico; y nuestro hijo único, el Delfín, lo acepta igualmente. Él abandona, sin pena, los legítimos derechos de la difunta Reina, su madre y nuestra querida esposa, así como los de la difunta Reina, mi madre, reconocidos incontestables por la opinión de diferentes ministros de Estado y Justicia consultados por el difunto Rey de España... Y así haremos partir inmediatamente al duque de Anjou para dar a sus fieles súbditos, lo antes posible, el consuelo de recibir a su Rey..."⁹⁰.

En la misma fecha escribía Luis XIV a Blecourt comunicándole su decisión y los motivos que le habían guiado, motivos que no argumenta y, en todo caso, contrarios a los que se manejaron en la reunión de su Consejo de Estado:

"Sabéis que el principal objetivo al concertar el tratado de reparto era mantener el reposo de Europa y que era también por este motivo por el que mi hijo consintió en abandonar sus legítimos derechos y conformarse con sólo una parte de ellos. Veo la paz asegurada si acepto el testamento del difunto rey de España. La guerra, por el contrario, es segura si rehúso. Además sentiría una repugnancia invencible en tomar mis armas contra una nación a la que estimo y que acaba de entregar su Corona a mi nieto. Le he explicado al marqués de Castelflos la conveniencia de mantener en secreto mi resolución durante algunos días a causa de las medidas que ordena el decoro y que yo debo mantener ante las potencias extranjeras"⁹¹.

Luis XIV decidió volver a Versalles y convocó allí a toda la corte, enterada ya del testamento de Carlos II, pero aun ignorante de la decisión que sobre su aceptación se había tomado. La narración que hace Saint Simon de la proclamación del duque de Anjou como Rey España es todo un clásico:

⁹⁰ Hippeau, op. cit., tomo 2, pp. 297 y 298.

⁹¹ Ibid. Luis XIV a Blecourt, 12 de noviembre de 1700. Pp. 299 y 300.

"En la mañana del martes 16 de noviembre el Rey, tras levantarse, hizo entrar al embajador de España en su gabinete en el que ya había entrado por detrás el duque de Anjou. El Rey, señalándolo, le dijo que podía saludarlo como a su Rey. Inmediatamente (el embajador) se arrodilló, a la manera española, y comenzó un largo discurso en esta lengua. El Rey le dijo que su nieto aún no podía entenderlo pero que él mismo respondería por él. Inmediatamente después y contra toda costumbre el Rey mandó abrir las dos hojas de la puerta de su gabinete y ordenó a todo el mundo, casi una multitud, que entrara; a continuación, pasando majestuosamente los ojos sobre la numerosa compañía, dijo señalando al duque de Anjou: *Señores, he aquí al Rey de España. Por su nacimiento estaba llamado a esta Corona, también lo ha hecho el difunto Rey en su testamento, toda la nación lo ha deseado y me lo ha pedido con insistencia; era una orden del cielo a la que he accedido con placer.* Y girándose a su nieto le dijo: *Ahora vuestro primer deber es ser buen español pero recordad que habéis nacido francés y debéis mantener la unión entre estas dos naciones pues es el medio de mantenerlas dichas y de conservar la paz en Europa*".

Fue en este momento cuando se pronunció la famosa frase *ya no hay Pirineos*, atribuida por Voltaire a Luis XIV pero que, más probablemente, fue pronunciada por el embajador Castellldosríus. La frase ciertamente resulta lapidaria pero no parece que justifique la gran controversia, que ha llegado a nuestros días, sobre quién la pronunció y el alcance preciso de estas palabras.

El marqués de Courcy en su libro *Renonciation des Bourbons d'Espagne au trone de France*⁹² tras trasladar de forma textual las anteriores frases de Luis XIV continúa: "*Dios sea loado*, dijo Castellldosríus, *ya no hay Pirineos*"⁹³. Coxe⁹⁴, por el contrario, pone la frase en boca de Luis XIV en el momento de separarse en Sceaux de Felipe V, cuando éste ya marchaba hacia España. Los autores españoles contemporáneos de estos hechos no reflejan la anécdota y no se encuentra ni la más mínima referencia en el marqués de San Felipe, en el conde de Robres, en fray Nicolás de Belando o en Francisco de Castellví.

Los historiadores españoles actuales suelen reproducir la frase y la ponen mayoritariamente en boca de Castellldosríus. Tal es el caso de Taxonera, Voltes Bou y un largo etcétera. Sin embargo Henry Kamen⁹⁵ da por resuelta la controversia basándose en un documento de Felipe V titulado "Explicación de los motivos que ha tenido el Rey" fechado en Madrid el 20 de febrero de 1719. Pero es dudoso que, casi veinte años después, el Rey recordara si la frase fue dicha por vez primera en Sceaux por su abuelo o éste tan sólo repitió la frase feliz de Castellldosríus. Ésta es la versión de Martínez Shaw⁹⁶ que añade el dato de que la frase vio la luz, por vez primera, en el *Mercure de France* aunque sin dar más detalles. Didier Ozanam tras relatar las dos posibles autorías indica que, muchos años después, Carlos III le aseguró a Ossun, embajador de Francia, que fue Luis XIV quien había dicho en la

⁹² Marquis de Courcy. *Renonciation des Bourbons d'Espagne au trone de France*, Paris, 1889.

⁹³ Ibid, p.9.

⁹⁴ Guillermo Coxe. *España bajo el reinado de la Casa de Borbón*. Madrid, 1846. Tomo I, p. 84. La frase exacta es: "Estos son los príncipes de mi sangre y de la vuestra. Desde hoy deben ser consideradas ambas naciones como si fueran una sola...desde este instante no hay Pirineos"

⁹⁵ Kamen, Henry. *Felipe V el Rey que reinó dos veces*. Madrid, 2000. P. 285, nota 4.

⁹⁶ Martínez Shaw, C. y Alfonso Mola, M. *Felipe V*. Madrid, 2001, p. 32.

proclamación de Versalles: “Ya no habrá más Pirineos que separen a Francia de España y los dos reinos no tendrán más que una política y un interés”⁹⁷.

Más curiosa a es la versión de Ochoa Brun⁹⁸ quien, dando por descontado que fue el embajador el que pronunció la famosa frase, la atribuye a la condición de poeta de Castellanos que, posiblemente, recordaba los versos que Lope de Vega escribió sesenta años antes, con motivo del intercambio de princesas en Bidasoa.

Ya no divide nieve pirinea
a España que con Francia se desposa.

Que otorga a la frase una interpretación más amable que la mantenida habitualmente de que España pasaba a ser una provincia francesa.

⁹⁷ Didier Ozanam. *Los embajadores españoles en Francia durante el reinado de Felipe V*. Actas del Congreso de San Fernando (Cádiz) de 27 de noviembre de 2000. Córdoba 2002. P. 588.

⁹⁸ Ochoa Brun, M.A. *Embajadas y embajadores en la Historia de España*. Madrid, 2001, pp. 330 a 332.

SEGUNDA PARTE

LA GUERRA DE SUCESIÓN

CAPÍTULO 4. EL COMIENZO DE LA GUERRA

4.1 REACCIONES AL TESTAMENTO. LA GRAN ALIANZA.

A comienzos de diciembre de 1700 estaba todo preparado para la partida de Felipe V hacia España. El día 3 de este mismo mes, Luis XIV le había entregado, redactadas personalmente por él, sus instrucciones para el gobierno de la Monarquía¹. Son muy interesantes pues enfatizan ideas y formas de gobernar nuevas, muy lejanas de las que dirigían la política de últimos monarcas españoles. Le pide que no tenga favoritos, ni primeros ministros, que evite la guerra pero, en caso de tener que hacerla, que se ponga personalmente al frente de sus tropas en el campo de batalla; que se ocupe especialmente de las finanzas, que dedique atención prioritaria a las Indias, a la flota y al comercio y que gobierne "en una gran unión con Francia". Los virreyes y gobernadores deben ser siempre españoles y él, personalmente y tan pronto tenga descendencia, debe visitar Milán, Flandes y los reinos de Italia. Antes de ello debe recorrer España y visitar Cataluña, Valencia y Aragón. Otros consejos son más personales pero no menos interesantes como el de no casarse con una austriaca o no aceptar regalos, salvo que sean bagatelas, y, en caso de no poder rehusarlos, corresponder algunos días después con algo de mucho más valor.

Estas instrucciones fueron completadas con otras mucho más extensas que abarcan cualquier aspecto de gobierno y de comportamiento personal. Fueron redactadas por el duque de Beauvilliers² y entregadas al marqués de Louville, el jefe de la Casa francesa de Felipe V, para que se ocupara de su cumplimiento por parte del joven monarca. En ellas se dice que "el Rey debe dar su principal confianza al cardenal Portocarrero, se la merece; pero no debe nombrarle primer ministro. Tras el cardenal el duque de Montalto y don Manuel Arias merecen la mayor confianza"³.

La llegada de Felipe V a Madrid, el 18 de febrero de 1701⁴, fue triunfal: "El Rey fue recibido con las más vivas demostraciones de amor y respeto. Hasta tres leguas de Madrid el camino estaba cubierto por cinco mil carrozas y una multitud innumerable de españoles"⁵. La impresión que esto causó en el Rey y su entorno fue tan grande que días después, el 19 de febrero, escribía Louville: "Nada hay semejante al amor que estas gentes tienen por su Rey. Le han convertido en su ídolo; y si esto dura no hay nada más que desear. Una sola cosa me preocupa y es que los españoles han concebido una esperanza tan grande en su gobierno que, a menos que Dios envíe sus ángeles para gobernarlos, es difícil que se les pueda contentar"⁶. Razón tenía Louville y pronto se vio que el nuevo régimen hacía aguas

¹ Pueden leerse, entre otros, en *Memoires du duc de Noailles*. París, 1828. 2ª parte, p.3.

² Beauvilliers era *gobernador* de los infantes de Francia y, junto a Fenelon, se había ocupado de la educación del duque de Anjou. Pueden consultarse los detalles de esta educación en Bottineau, *Les Bourbons d'Espagne*, p. 30 y sigs. También puede leerse el estudio sobre la educación de príncipes de Francia en el siglo de las luces de Chantal Grell, en *Fénix de España*, Pablo Fernández Albaladejo (Ed). Madrid, 2006. Pp. 15 a 42.

³ Louville, op. cit. pp. 34 a 54.

⁴ Felipe V cumplió los 17 años durante su viaje a Madrid.

⁵ Noailles, op. cit. Parte 2ª, p. 16.

⁶ Ibid. p. 17.

tanto por parte del jovencísimo Rey como por parte del gobierno de Portocarrero y Manuel Arias. El relato que hace Louville de los primeros tiempos de reinado es como sigue:

"Felipe había recibido de la naturaleza una constitución fuerte aunque *vaporosa*. Inquietudes, dudas, nubes de tristeza le asaltaban a menudo y su inteligencia, entonces, parecía como velada... El clima de Madrid, sin ser malo, afecta mucho a los extranjeros; el cambio de costumbres, el paso brusco de un ocio apacible al oficio arduo de maestro de hombres, una fisonomía general de las cosas exteriores, completamente nueva, capaz de aturdir a un joven cerebro... La fermentación universal que produce una revolución en el cuerpo humano en la edad que tiene el Rey...

Él llamaba a Louville (pues no podía pasar sin él) y, en presencia del confidente de los secretos de su infancia, se abandonaba sin temor a los impulsos de su alma. Algunas palabras se escapaban de su pecho oprimido, un torrente de lágrimas brotaba, sin motivo aparente, de sus ojos. Llamaba a sus hermanos, pedía que se les permitiera venir con él, al menos al duque de Berry... Y calculaba con avidez, contra lo que le decía la razón, el momento en que haría un viaje a Francia"⁷.

Por su parte el gobierno de Portocarrero y Arias se mostró absolutamente incapaz de poner en marcha políticas útiles limitándose a tomar medidas absurdas e impopulares y a cesar y nombrar cargos sin ninguna incidencia en la marcha de los negocios. Esperaban que la felicidad de España viniera como consecuencia de las órdenes emanadas de Versalles o, mejor aún, por sorprendente que parezca, de una visita de Luis XIV a Madrid, que durara un año o incluso más, para poner en orden los asuntos de su nieto. Hay una anécdota que se hizo famosa y que cuenta el duque de Noailles reflejando el estado de total inacción de aquellos primeros tiempos:

"Don Francisco de Velasco, habiendo presentado una suplica al Rey, no recibió de él respuesta alguna. La presentó entonces a Portocarrero y tampoco fue escuchado. Se dirigió después al presidente del Consejo de Castilla y éste le dijo que nada podía hacer. Finalmente habló con Harcourt y el duque rehusó intervenir en el asunto. ¡Que gobierno, señores! dijo Velasco; un Rey que no habla, un cardenal que no escucha, un presidente de Castilla que no puede y un embajador de Francia que no quiere"⁸.

La acogida que tuvo el nombramiento del duque de Anjou como Rey en Cataluña fue muy diferente a la de Castilla y, aunque no hubo oposición frontal, desde el principio se produjo, más que una resistencia pasiva, un enarbolar las leyes, constituciones y privilegios de manera quisquillosa y leguleya como ha contado, con cierta parcialidad aunque exquisito detalle, Feliú de la Peña en sus *Anales de Cataluña*⁹. La primera controversia surgió respecto al Virrey¹⁰ al que no querían admitir porque algunos, escasos pero influyentes, consideraban que "muerto el Rey expira la jurisdicción del *alter nos* en Cataluña; porque no es ordinario sino delegado que acaba con la muerte del delegante..." La segunda controversia se produjo sobre si debía conservar la jurisdicción graciosa, la contenciosa o

⁷ Louville, op. cit., pp. 131 y 132.

⁸ Noailles, op. cit., 2ª parte, p. 30.

⁹ Narcís Feliú de la Peña. *Anales de Cataluña*, Barcelona, 1709. Libro XXII, pp. 460 y sigs.

¹⁰ Pese a que el virrey, el príncipe Jorge Darmstadt era, como luego veremos, persona muy apreciada por los catalanes.

ambas. Las discusiones entre la Diputación, el Consejo de Ciento y el Brazo Militar duraron varios meses aunque ya, desde el principio, "no dudaron algunos en publicar que querían apartarse de la facultad y permiso que habían dado de proseguir al virrey; que no querían a admitir al Sucesor" (es decir a Felipe V). Estos personajes, a quienes guiaba un celo extremo por el cumplimiento estricto, llevado incluso hasta la extravagancia, de todas las antiguas leyes, eran conocidos con el nombre de *celantes*¹¹. Posteriormente esta palabra admitió un uso más amplio y llegó a ser un cierto equivalente de austracista.

Algún otro detalle que nos cuenta Feliú de la Peña, y que debe tomarse con las debidas reservas por lo subjetivo, e incluso sesgado, de su narración, nos confirma que en Cataluña no iban a rodar las cosas al igual que en Castilla. Por ejemplo con motivo de las fiestas que tuvieron lugar para celebrar la instauración real (marzo de 1701) "fue ponderable la quietud, y el no gritar, ni aún los muchachos, ¡viva al Rey!; pudo ser el motivo el tiempo de Santa Cuaresma o la reciente memoria de la pérdida de Carlos II; pero lo más cierto es haber sido atención a la Augustísima Casa de Austria siempre venerada en esta provincia".

Otro dato que apuntan los *Anales* es que el memorial que, a finales de 1700, presentó Leopoldo I al Papa denunciando cómo habían sido vulnerados sus derechos a la Corona de España que "por todos lados de agnación y cognación competían a la Augustísima Casa" llegó en abril de 1701 y "corrió de mano en mano en Barcelona y dio motivo a la reflexión de los sucesos"¹². Creo mucho más cercano a la verdad pensar que la sociedad catalana se encontraba en una actitud expectante aunque llena de cautelas por la forma en que una nueva dinastía, con tradiciones centralistas y ajenas del todo a la monarquía de agregación que había sido España, iba a influir en su modo de vida y en sus tradiciones.

En Valencia las reacciones iniciales fueron mucho más templadas "aunque efectivamente comenzó a discutir a escondidas en todas partes, entre los hombres del pueblo, con el apoyo de frailes de determinadas órdenes sobre todo y algunos curas de pueblo, sobre el derecho del Archiduque de Austria a adjudicarse el Imperio de España casi sin discusión... Y de tal manera se abrió paso que incluso llegó a afectar a algunos de la clase más honorable"¹³.

En Aragón, según cuenta el conde de Robres¹⁴, hubo también malestar porque, de acuerdo al precedente de Martín I, el gobierno del Reino, durante el interregno, no debía residir en la junta designada en el testamento de Carlos II sino en los parlamentos provinciales y en el Justicia de Aragón. Pero aquí las protestas fueron menos virulentas y el virrey, marqués de Camarasa, pudo acallarlas aunque con dificultades. Bien es cierto que en Aragón el respeto a fueros y tradiciones no había alcanzado hitos tan extremos como en Cataluña.

¹¹ La palabra proviene del verbo celar cuyo significado y alcance son idénticos en español y catalán: "Procurar con particular cuidado el cumplimiento y observancia de las leyes, estatutos u otras obligaciones o encargos". DRAE.

¹² *Anales de Cataluña*, libro XXII, p. 476. El "mano en mano" debe interpretarse desde la óptica aristocrática de Feliú.

¹³ José Manuel Miñana. *De bello rustico valentino*. Valencia, Institución Alfonso el Magnánimo, 1985. P. 37.

¹⁴ Agustín López de Mendoza y Pons, conde de Robres. *Historia de las guerras civiles de España*. Zaragoza, 1882. Pp. 32 y sigs.

Mucho más complicada se presentaba la situación en Europa donde el reconocimiento del nuevo Rey de España parecía, en principio lleno de dificultades. La primera actuación de Luis XIV fue escribir una suavísima carta personal a Guillermo III y a Hensius explicando los motivos por los que había roto con el tratado de Londres¹⁵: "la aplicación del tratado de partición hubiera incrementado de forma importante la extensión del Reino de Francia y roto el equilibrio de poder tan laboriosamente establecido en Westfalia y Ryswick. Por el contrario, al aceptar el testamento, en nada se compromete este equilibrio ya que sus cláusulas impiden la unión de las Coronas". Este memorándum fue acogido con resignación por las potencias marítimas que, como se ha dicho, se hallaban muy decepcionadas y sin saber qué partido tomar ante la negativa de Leopoldo I a suscribir el tratado de partición.

No comparto la afirmación de Jover Zamora¹⁶ de que ya "parece generalmente solucionada la -durante un tiempo obsesiva- cuestión historiográfica de si fueron la impaciencia o la ambición de Luis XIV las que en última instancia desencadenaron la guerra: *Las potencias marítimas* -en expresión de Kamen- *se hallaban dispuestas para la contienda mucho antes de que los errores o las precipitaciones francesas les dieran ocasión de iniciar las hostilidades*"¹⁷. Por el contrario, nada más conocerse la noticia de la aceptación de Luis XIV, la bolsa de la Haya subió con fuerza y Guillermo III escribió a Hensius en estos términos: "Me disgusta en el fondo de mi corazón el que conforme se ha hecho pública la noticia la mayoría se regocija porque Francia ha optado por aceptar el testamento... Todo el mundo me presiona insistentemente para que reconozca al Rey de España"¹⁸. Por ello tengo para mí que la guerra hubiera seguido derroteros muy diferentes si Luis XIV hubiera actuado con la prudencia que cabía esperar de un monarca tan experimentado y, especialmente y tal como se podrá ver más adelante, si en lugar de lanzar un ataque directo contra los intereses comerciales de las potencias marítimas hubiera compartido con ellas alguna de las ventajas que consiguió para Francia. Igualmente piensa Evan Luard¹⁹ para quien la solución resultante del testamento de Carlos II hubiera sido compatible con el equilibrio de poder si, desde el principio, no se hubieran dado tantas pruebas de que España se estaba convirtiendo aceleradamente en un satélite de Francia.

Y así Felipe V fue reconocido sucesivamente por el duque de Saboya, el de Mantua, los electores de Baviera y Colonia, otros príncipes del Imperio, los Estados Generales y los Reyes de Inglaterra y Portugal. Menos problemas tuvo el reconocimiento por parte de Flandes, el ducado de Milán, Nápoles y Sicilia o el Papa, aunque éste no concediera a ninguna de las partes en litigio la investidura del Reino de Nápoles pedida simultáneamente por Leopoldo y por Felipe. Tan sólo, como es lógico, Austria se había negado a reconocer a Felipe V lo que originó que el embajador alemán fuera obligado a salir de España²⁰ y que la regencia española ordenara al duque de Parette que abandonara Viena, orden que éste, austracista de corazón, se negó a obedecer. Ni los más optimistas hubieran esperado un

¹⁵ Las cartas pueden leerse en Coxe, op. cit., tomo I, pp. 93 a 95.

¹⁶ Jover Zamora, J.M. y Hernández Sandoica, E., *España y los tratados de Utrecht*. En Historia de España de Menéndez Pidal. Tomo XXIX, p. 354.

¹⁷ Kamen, H. *La guerra de sucesión*. Madrid, 1974, p. 14.

¹⁸ Marqués de Courcy. *Renonciations des Bourbons d'Espagne au trône de France*. París, 1889. Pp. 10 y 11.

¹⁹ *The Balance of Power*, London, 1999, p. 164.

²⁰ Harrach ya había cesado y se había nombrado en su lugar a Auersperg que ni siquiera llegó a entrar en Madrid.

éxito inicial tan espectacular. Por supuesto tampoco el propio Luis XIV de quien el marqués de Courcy dice lo siguiente:

"Quedó como deslumbrado. La sabia moderación que, desde hacía algunos años, la había valido la estimación de sus enemigos le abandonó. Pareciera que todos los ardores y audacias de su juventud, y también de su madurez, le hubieran vuelto. Cuando hubiera sido necesario hacerse perdonar tanta gloria, capear los odios sombríos de sus adversarios, desarmar los celos de las naciones neutrales a fuerza de gracia y prudente conciliación, su proceder es violento e hiriente, su dicha es insolente; su orgullo, que las exigencias de la política habían refrenado y contenido, despertó de repente; se mostró exuberante, insultante y provocador. Las garras del viejo león que parecía dormir, saciado y satisfecho, surgieron de golpe; sus ojos semicerrados se abrieron y lanzaron súbitos relámpagos. ¿Qué presa iba a abatir? Europa tembló de nuevo"²¹.

En efecto, uno tras otro va cometer Luis XIV una serie de actos, no desprovistos de lógica interna pero innecesarios e intempestivos, que van a levantar la indignación en toda Europa y, de manera especial, en las potencias marítimas. El primero de ellos consistió en incumplir el testamento de Carlos II que había aceptado en su totalidad pocos días antes. En fecha tan temprana como diciembre de 1700 emitió unas *cartas patentes*²² por las que Felipe V conservaba sus derechos al trono de Francia lo cual era abrir un camino -aunque en aquellos días pareciera muy remoto- a la unión de las coronas de Francia y España. Tal vez de todas las imprudencias que va a cometer Luis XIV sea ésta la menos comprensible. Por una parte, según las leyes fundamentales francesas y la doctrina del jurista Jérôme Brignon que tendremos ocasión de analizar en el apartado 14.1, cualquier renuncia de Felipe V al trono de Francia era nula porque la corona no le venía ni de herencia ni de decisión humana sino de unas leyes inmutables que sólo Dios podía cambiar. Por otra, y si lo que se pretendía era garantizar que producidas las adecuadas circunstancias sucesorias la corona le llegaría libre de discusiones y sobresaltos, no cabe duda de que las *cartas patentes* eran extemporáneas y hubieran surtido iguales efectos si se hubieran emitido unos años después, cuando la tormenta hubiera pasado.

El segundo acto imprudente, de efectos más prácticos e inmediatos, tuvo lugar al mes siguiente. De acuerdo con su nieto (que aun estaba camino de España) obtuvo de la Junta de Gobierno en Madrid autorización para expulsar a las guarniciones holandesas asentadas en determinadas fortalezas del Flandes español, de acuerdo a lo negociado en el tratado de Ryswick, para que los Estados Generales dispusieran de una barrera defensiva ante el expansionismo endémico de Francia. Boufflers, gobernador del Flandes francés, en una campaña por sorpresa que comenzó el 6 de febrero de 1701, consiguió que, sin derramamiento de sangre, 15.000 holandeses abandonaran las fortalezas que guarnecían y Flandes quedó así bajo la autoridad militar de Francia con la total conformidad de Felipe V.

Cabe imaginar la indignación y el temor que este acto de guerra, aunque incruento, levantó en Holanda. Guillermo III, que era estatúder de las Provincias Unidas y que se sentía más holandés que inglés, encolerizado, reunió a su Parlamento para que éste tomara medidas

²¹ Marqués de Courcy, op. cit., p.12.

²² Estas cartas patentes serían oficializadas ante el Parlamento de París el 1 de febrero de 1701. Se pueden leer en Castellví, op. cit., tomo I, p. 287.

contra Francia pero no tuvo demasiado éxito. Tan sólo consiguió (haciendo valer un acuerdo de 1677) la movilización y envío de 10.000 hombres a Holanda. A los ingleses no les preocupaba tanto el peligro que podían correr los Estados Generales como la posibilidad de una nueva guerra, que no querían por nada del mundo, al juzgar que sería muy perjudicial para sus intereses económicos y comerciales. Además el Parlamento estaba resentido con su Rey porque la firma del tratado de reparto se había realizado sin participarlo a los Comunes. "El antiguo fantasma de la monarquía universal afectaba menos a los ingleses que el horror a los impuestos que debían pagar en caso de que hubiera una nueva guerra"²³.

El tercer gran error, tal vez el más determinante, aunque se produjo mucho más tarde, en septiembre de 1701 y cuando ya otras decisiones de Luis XIV habían aumentado considerablemente la crispación, fue el reconocimiento, a la muerte en Saint Germain de Jacobo II, del príncipe de Gales, su hijo, como legítimo Rey de Inglaterra. El marqués de Courcy comenta:

"La voluntad prudente del Parlamento soportaba a duras penas las tremendas cóleras de Guillermo III a quien habíamos reconocido solemnemente, por el tratado de Ryswick, como soberano legítimo de Gran Bretaña. Y al proclamar rey de Inglaterra al hijo católico de Jacobo II, que acababa de morir en Saint Germain, Luis XIV viola imprudentemente los tratados, agudiza hasta el furor la cólera de Guillermo III y ofende gravemente a sus súbditos que consideran que la sucesión al trono en la línea protestante garantiza y constituye el más firme paladío de sus libertades políticas"²⁴.

A su vez Torcy confiesa en sus memorias:

"La resolución que el Rey tomó de reconocer al príncipe de Gales como Rey de Gran Bretaña cambió la disposición que gran parte de esta nación tenía para conservar la paz: los sentimientos de los diferentes partidos se hicieron coincidentes. Todos los ingleses consideraban ofensa mortal por parte de Francia el que ésta pretendiera atribuirse el derecho de adjudicarles un Rey, en perjuicio de aquél que ellos se habían asignado desde hacía años. El Rey de Inglaterra aprovechó esta actitud común de sus súbditos y, en la arenga que hizo al Parlamento, manifestó que el reconocimiento del príncipe de Gales constituía no sólo la mayor indignidad que se podía hacer a su persona y a la nación sino también un acto que afectaba a la religión protestante y a la tranquilidad y felicidad futuras de Inglaterra... Obtuvo así los subsidios necesarios para comenzar y sostener la guerra... resuelto a no hacer la paz hasta recibir satisfacción por la gran indignidad que se había cometido con el reconocimiento del príncipe de Gales"²⁵.

Consecuencia inmediata fue la fulminante retirada de Lord Manchester, embajador en París, y la expulsión de M. Poussin que oficiaba de enviado en Londres.

Este reconocimiento puede parecer la única resolución de Luis XIV carente de lógica interna y, además, totalmente gratuita. Algunos historiadores la achacan a la influencia de María Beatriz de Este –viuda de Jacobo II- sobre el Cristianísimo, otros a un acto de

²³ Torcy, op. cit., tomo I, p. 102.

²⁴ Marqués de Courcy, op. cit., pp. 13 y 14.

²⁵ Torcy, op. cit., tomo I, pp. 103 y 104.

cortesía hacia el heredero pero, bajo mi punto de vista, tiene una explicación más racional: el tratado de La Gran Alianza tiene fecha 7 de septiembre en tanto que la muerte de Jacobo II no se produce hasta el 16 del mismo mes. ¿Sería ilógico pensar que Luis XIV, enterado de la negociación, tal vez incluso de la firma y hasta de los duros artículos del tratado, reaccionara violentamente contra Inglaterra tomando la decisión de romper con lo que había prometido en Ryswick? Es cierto que algunos historiadores²⁶ ponen en duda que el rey de Francia conociera en aquel momento el contenido del tratado, ya firmado, pero cosa distinta y casi imposible es que desconociera la existencia de las negociaciones y no vislumbrara su posible alcance. Por otra parte el Parlamento inglés había aprobado en agosto de 1701 el Acta de Establecimiento (Act of Settlement) por la que se nombraba heredera de la Corona inglesa, a la muerte de Guillermo y de Ana Estuardo, a Sofía de Hannover. Y así lo reciente de esta decisión soberana añadía, si cabe, más fuego a la ofensa.

Pero no hay que pensar que estas tres criticadísimas decisiones fueron los únicos elementos de crispación que introdujo Luis XIV en Europa. Como estaba convencido de que la guerra con Alemania, aunque tal vez limitada a sólo esta potencia, era inevitable puso en marcha una serie de actuaciones militares y diplomáticas para protegerse ante tal eventualidad. Las actuaciones diplomáticas que, como ya se dijo, habían comenzado por el intento de neutralizar a las potencias marítimas, continuaron para proteger las fronteras por las que podía ser atacado: las de Italia, Flandes y Portugal.

El primero de los tratados que consigue Francia es con el elector de Colonia²⁷, hermano de Maximiliano Manuel (Versalles, 13 de enero de 1701, ratificado por España el 14 de abril). Su objetivo es impedir el paso por este estado a tropas holandesas o, en general, enemigas de Francia. A cambio de compensaciones económicas, el elector debía realizar una leva en su territorio de 4.000 infantes y 1.000 caballos. El segundo tratado es con Mantua²⁸ (Venecia, 24 de febrero de 1701, ratificado por España el 19 marzo) y por él se obliga al duque, en caso de que entren tropas alemanas en Italia, a admitir en su territorio tropas españolas y francesas.

Mucho más complejo fue el tratado con Saboya a causa de las pretensiones del duque que era consciente del valor estratégico de su territorio y de estar implicada en dicho tratado la boda de Felipe V con su hija María Luisa. Víctor Amadeo II firmó el tratado en Turín el 6 de abril, a regañadientes pues sus preferencias estaban con el Imperio, pero la boda de su hija le abría perspectivas a lo que era su gran ambición: conseguir el título de Rey. Tampoco hay que olvidar los 500.000 escudos mensuales como contrapartida a los 10.000 infantes y 2.000 caballos que Saboya debía movilizar.

Todos estos tratados los firmó el Cristianísimo sin intervención alguna de España que, posteriormente, se adhirió a ellos sin poner dificultades. Distinto fue el caso de Portugal, objeto de profunda controversia con los ministros españoles, debido a la existencia de una fuerte corriente de opinión que aún consideraba esta nación como parte del Imperio

²⁶ Bottineau. *Les Bourbons d'Espagne*, p. 45.

²⁷ Puede leerse en AHN, Estado, leg. 3396/1.

²⁸ AHN, Estado, leg. 3396/1.

español²⁹. Finalmente una orden tajante de Luis XIV a su nieto obligó a España a conformarse con el tratado. La importancia estratégica de Portugal ante una posible guerra con las potencias marítimas parecía enorme. Un Portugal aliado con ellas, como de hecho ocurrió, implicaba bases navales y lugares para el desembarco y acuartelamiento de tropas al tiempo que proporcionaba centenares de kilómetros propicios para la invasión de España además de un ejército numeroso aunque bisoño³⁰. Lo cierto es que el 18 de junio de 1701 se firmó el tratado en Lisboa. Por él Portugal se comprometía a no admitir en sus puertos a ningún enemigo de España y a que sus tropas sólo lucharían en defensa de su propio territorio, ayudadas en ello por las españolas. Luis XIV ofrecía una escuadra para proteger sus costas y Felipe V, aparte de ampliaciones en la zona de comercio de América del Sur, les cedía la colonia de Sacramento que tantos quebraderos de cabeza ocasionaría posteriormente. El marqués de San Felipe es muy crítico con estos dos últimos tratados:

"Estas dos ligas que parece confirmaban el trono de España y aseguraba su quietud fueron su ruina porque, sobre haber sido poco duraderas, burlaron con gran perjuicio la confianza; descuidóse el continente de España y sus fronteras: todas las fuerzas echó a la Italia el francés, donde tenía ya 70.000 hombres antes de que pisasen los alemanes los límites de ella, sin que se atendiese a fortificar y presidar las plazas marítimas de Andalucía, Valencia y Cataluña que eran las llaves del reino... Desde Rosas hasta Cádiz no había alcázar ni castillo no sólo presidado pero ni montada su artillería... Vacíos los arsenales y astilleros se había olvidado el arte de construir naves..."³¹

Otro asunto que intranquilizaba a las potencias marítimas, tanto o más que todo lo anterior, era el ver cómo Luis XIV les iba quitando rápidamente espacios comerciales en la península al tiempo que intentaba por todos los medios hacerse con la mayor cantidad posible de ventajas en las Indias³². Las manufacturas de Inglaterra y la capacidad logística de Holanda tenían en España un magnífico cliente y, consecuentemente, el tráfico comercial que esto implicaba era importante. Pronto pudo verse cómo, en detrimento de estas dos naciones, los productos franceses, siguiendo políticas claramente orientadas desde Versalles, iban acaparando el mercado español. Además se dio entrada en los puertos de las colonias españolas de América a navíos franceses lo cual había estado prohibido desde la época de Carlos V. "El deseo de mantener abiertos los grandes mercados mundiales para los paños ingleses fue el incentivo principal para tomar las armas en 1702 contra la potencia franco-española que pretendía cerrar España, los Países Bajos, América del Sur y el Mediterráneo a nuestras mercancías"³³. Finalmente el codiciado *asiento de negros* que estaba en manos de una compañía portuguesa fue transferido por un tratado de 27 de

²⁹ Según cuenta Louville, Harcourt intentó convencer a D. Manuel Arias, presidente del Consejo de Castilla, de la necesidad de hacer el tratado pero éste se mostraba irreductible hasta el punto de pedir audiencia a Felipe V y decirle: "Señor, puesto que V. M. quiere saber por qué soy tan opuesto al tratado, voy a revelarle una cosa que no estoy obligado a decir ni al Consejo de Estado ni al enviado de Francia" y, en seguida, poniendo la mano sobre su corazón, añadió: "Señor, Portugal es de V. M. como es mío mi solideo"

³⁰ Posiblemente tiene razón Taxonera cuando considera este tratado como un enorme error de Luis XIV. Poco trabajo hubiera costado al Cristianísimo invadir Portugal y apoderarse de todo el país, tal vez no en ese momento, en que podía ser un detonante más de la guerra, sino uno o dos meses después cuando era inevitable. Op. cit. p. 83.

³¹ Marqués de S. Felipe, op. cit., p.25.

³² Kamen insiste sobre este punto y con bastante extensión en *La guerra de sucesión*, pp.149 a 153.

³³ Trevelyan, George Macaulay. *Historia social de Inglaterra*. México, 1984, p. 341.

agosto de 1701 (ratificado por Felipe V el 28 octubre) a la francesa Compañía de Guinea en condiciones más favorables que las que venían disfrutando los portugueses³⁴.

Ante todas estas circunstancias lesivas para sus naciones y su comercio las dos potencias marítimas no estaban inactivas. El 20 de enero de 1701 habían suscrito Inglaterra, Holanda y Dinamarca una alianza defensiva. Holanda por su parte firmó acuerdos con el elector Palatino y otros estados de Alemania. Los holandeses estaban muy asustados por la situación de indefensión en que les había dejado el abandono forzoso de sus fortalezas en Flandes. "El 22 de marzo de 1701 apareció un memorándum holandés en el que, sin tener en cuenta las cartas de felicitación enviadas anteriormente a Felipe V, estos altaneros republicanos le rogaban cortésmente que abandonara el trono y lo restituyera voluntariamente al Archiduque. Este memorándum produjo en Torcy un ataque de furia..."³⁵

Con total altanería oyó Luis XIV una segunda propuesta en la que solicitaban, a cambio de no entrar en ninguna confederación, unas veinte plazas para constituir su pretendida barrera: Namur, Charleroy, Luxemburgo, Raremunda etc. "Esto fue con desprecio oído del rey de Francia y la respuesta fue injuriosa y soberbia"³⁶ y, ante ella, los holandeses pidieron ayuda a Guillermo III que, apoyándose en una antigua convención de 1667, consiguió de su Parlamento el envío de 10.000 hombres a Holanda aunque sin autorizar el que entrasen en guerra. A su vez Guillermo "inclinado a mover esta guerra por sus particulares intereses, para dar satisfacción al Parlamento que no quería entrar en ella avisó al Cristianísimo que no romperían los ingleses la paz si se les daba Ostende, Dunquerque y Newport y se satisfacían los derechos que el Emperador tenía en España"³⁷.

Guillermo III, aunque bloqueado por su Parlamento para acciones de mayor envergadura, estaba autorizado para entablar cuantas negociaciones considerase oportunas para asegurar la paz. Por ello se iniciaron conversaciones con el Emperador para sentar las bases de lo que constituiría la coalición que debía enfrentarse a Luis XIV. Tales conversaciones fructificaron sin demasiados problemas y el 7 de septiembre de 1701 se firmó en la Haya el tratado de La Gran Alianza, inicialmente sólo entre Inglaterra, los Estados Generales y el Emperador. Y ya hemos visto como el reconocimiento del príncipe de Gales como Rey de Inglaterra había cambiado las tornas y el Parlamento, antes hostil, no sólo aprobó los términos del tratado sino que autorizó la leva de 40.000 soldados y otros tantos marineros para enfrentarse a la guerra que se avecinaba³⁸.

A la actividad diplomática hay que añadir las movilizaciones militares que fueron de gran envergadura. Comenzó el Emperador por enviar al príncipe Eugenio de Saboya a efectuar

³⁴ Joaquín Albareda en su libro *El "cas dels catalans". La conducta dels aliats arran la guerra de successió* reproduce la opinión de los Stein (*Plata, comercio y guerra, España y América en la formación de la Europa moderna*, Barcelona 2002) según la cual se valoran mucho todas estas concesiones económicas y comerciales a Francia y las consideran el principal desencadenante de la guerra, más aun que el resto de argumentos políticos. P. 31.

³⁵ Louville, op. cit., p. 113.

³⁶ Marqués de S. Felipe, op. cit., p.26.

³⁷ Ibid.

³⁸ Torcy, op. cit., parte I, p. 104.

levas por sus estados patrimoniales. El conde Guido Staremberg bajó en mayo al Tirol en tanto que el mariscal Tessé pasaba los Alpes con 40.000 franceses. El duque de Saboya fue nombrado general en jefe de los ejércitos de las dos coronas en tanto que el príncipe Eugenio estaba al mando de las tropas austriacas. Durante el verano se encendió la guerra en Italia con mejores resultados para las tropas imperiales pese a ser inferiores en número.

Por otra parte en las Provincias Unidas se concentró un gran ejército de 40.000 ingleses y 120.000 holandeses al mando teórico de Guillermo III y con el aún conde de Marlborough como comandante efectivo.

4.2 EL TRATADO DE LA GRAN ALIANZA

La trascendencia de este tratado, firmado como se dijo el 7 de septiembre de 1701, y la incidencia de sus cláusulas en que se mantuviera viva la guerra, en las sucesivas negociaciones de paz y, finalmente, en el tratado de Utrecht hacen conveniente que aquí sea recogido con cierta extensión y detalle³⁹.

El tratado tiene un largo preámbulo en el que se justifican la razones de esta alianza: la ilegitimidad de la sucesión francesa, el desalojo por parte holandesa de las fortalezas que anteriormente custodiaban, la toma de posesión por los españoles del ducado de Milán⁴⁰, la poderosa y amenazante flota francesa anclada en el puerto de Cádiz, el envío de barcos de guerra a las Indias y, como causa de orden superior, la siguiente:

"Los reinos de España y Francia se hallan tan íntimamente unidos que no pueden considerarse en adelante sino como uno mismo, sólo, idéntico reino; de suerte que, si con tiempo no se toma la providencia conveniente, según todas las presentes apariencias se debe presumir con sólido fundamento que Su Majestad Imperial nunca tendrá que esperar satisfacción alguna de su justa pretensión; que el Imperio Romano perderá todos sus derechos sobre los feudos que tiene en Italia y en el País Bajo español; y que igualmente los ingleses y holandeses se verán privados de la libertad de navegación y comercio en las Indias, en el mar Mediterráneo y en otras partes⁴¹; y, asimismo, las Provincias Unidas quedarán despojadas enteramente de la seguridad que, por lo pasado, han tenido con la llamada comúnmente barrera... Y que por fin los franceses y españoles, con semejante unión llegarán, sin duda dentro de poco tiempo, a

³⁹ El tratado lo tomo de Belando, op. cit., pp. 47 a 53. Puede leerse una versión original en inglés en *A collection of treaties of peace, alliance and commerce between Great Britain and others powers*. Charles Jenkinson, London 1785.

⁴⁰ Había que solicitar la investidura al Emperador.

⁴¹ El temor a que Francia pusiera en grandes dificultades al comercio de ingleses y holandeses estaba más que justificado. Durante la guerra de la Liga de Augsburgo Francia contaba con una poderosa flota que Colbert se había ocupado de dotar con muchos y modernos barcos de guerra y sus correspondientes tripulaciones veteranas. Su objetivo principal era destruir el comercio enemigo. En 1693 Inglaterra se encontró con 400 barcos cargados de mercancías para el Atlántico y el Mediterráneo que no podían marchar a sus destinos por la amenaza francesa. Los que iban al Mediterráneo se agruparon en un convoy, al mando del Almirante Rooke, pero fueron descubiertos por los franceses que, en el mes de junio, hundieron más de cincuenta barcos y capturaron veintisiete. Rooke tuvo que refugiarse en Gibraltar, entonces tierra aliada, y defenderse como pudo. El conocimiento de Gibraltar que entonces adquirió le valdría, sin duda, para su conquista en 1704.

tan formidable grado de poder que fácilmente podrán reducir a toda Europa a su mísera sujeción y obediencia".

Para prevenir todo esto, continúa diciendo el preámbulo, el Emperador ha hecho pasar sus ejércitos a Italia, e Inglaterra los suyos a las Provincias Unidas, con lo que las cosas estaban en un estado parecido al de conflicto abierto y que tal estado de incertidumbre era peor aún que la misma guerra, máxime por los esfuerzos conjuntos y evidentes de Francia y España para arruinar el comercio en Europa. Y ante todas estas circunstancias habían decidido "hacer entre sí una estrecha confederación y alianza para evitar tan grande y manifiesto peligro".

Tras las habituales declaraciones de amistad perpetua del artículo I, el siguiente asegura que los firmantes no tienen otro objetivo que la paz y tranquilidad de Europa y que para ello son necesarias dos cosas: "proveer a Su Majestad Imperial *la razonable y justa satisfacción de sus pretensiones* y asegurar a la Gran Bretaña y a los Estados Generales una seguridad particular y suficiente para los reinos, provincias y territorios de su obediencia y para la navegación y comercio de sus súbditos".

El artículo III prevé usar todos los medios posibles para conseguir, de forma amigable, los objetivos arriba indicados pero estos intentos se harán tan sólo durante un periodo de dos meses y, de resultar fallidos, "se obligan mutuamente a socorrerse con todas sus fuerzas para obtener la satisfacción y seguridad antedichas".

A continuación se establecen de forma clara los objetivos militares de los aliados: la recuperación por conquista del País Bajo español para que sirva nuevamente de antemural al expansionismo francés; la conquista del ducado de Milán, de los Reinos de Nápoles y Sicilia, de los presidios de Toscana y de las islas del Mediterráneo. Estas últimas para facilitar la navegación y el comercio de las potencias marítimas. También serán objetivos militares, igualmente para utilidad de la navegación y el comercio, "cualesquiera país o ciudad de los que España posee en las Indias" pero aclarando que "lo que en ella adquirieren (los aliados) será para ellos y les quedará para siempre".

El artículo VIII es del máximo interés ya que va a provocar enormes disensiones en las negociaciones de Utrecht y Gertruydenberg. Dice así:

"Una vez empezada la guerra ninguno de los aliados podrá tratar de paz con el enemigo sino con acuerdo de las partes. Y la dicha paz no podrá concluirse sin haberse obtenido antes para Su Majestad Imperial la justa y razonable satisfacción pretendida; y para Su Majestad el Rey de la Gran Bretaña y los señores Estados Generales la solicitada, particular y necesaria seguridad de sus reinos, provincias, territorios etc. y también de su navegación y comercio, y sin que primero se hayan tomado las justas medidas para impedir que jamás las Coronas de Francia y España lleguen a unirse y componer un mismo dominio o que un solo Rey venga a ser su soberano y, especialmente, para que en ningún tiempo los franceses se hagan dueños de las Indias españolas, ni puedan enviar navíos, ni hacer comercio en ellas, directa o indirectamente, bajo cualquier pretexto que puede imaginarse. Y por fin dicha paz no podrá concluirse sin haberse conseguido en favor de los súbditos de Su Majestad Británica y los de las Provincias Unidas... los mismos privilegios, derechos e inmunidades de comercio, así por

mar como por tierra, en España y el Mediterráneo, de que usaban y gozaban en tiempos del difunto Rey de España".

El artículo insiste en que estas condiciones, que debían cumplirse escrupulosamente para alcanzar en su día la paz, se pactarían de común acuerdo entre los aliados quienes también acordarían el reparto del comercio de las Indias, en función de los países que cada uno hubiera conquistado así como lo que procediere en cuanto a posibles controversias sobre el punto de la religión. El resto del articulado es convencional: ayuda mutua, permanencia de la alianza después de la paz como garantía de lo pactado, invitación a otros países amantes de la paz, y en particular a los príncipes del Imperio, a incorporarse al tratado y, finalmente, el plazo para la ratificación que quedó establecido en seis semanas.

Hay una cláusula adicional que se puso a petición inglesa, con no poca reluctancia por parte del Emperador y por la que el reconocimiento de la sucesión protestante en Inglaterra pasaba a ser uno de los objetivos principales de los aliados. Como se ha indicado tal sucesión fue impuesta por un decreto, el *Act of Settlement* de 1701, como acto legítimo de soberanía del Parlamento.⁴²

Difícil es encontrar un tratado en el que se describan con mayor precisión los objetivos que pretenden conseguir los firmantes. En este caso los objetivos de las potencias son distintos y, en algún caso, como luego se analizará, con ciertas implicancias entre sí. El preámbulo nos da ya las claves de las pretensiones de cada parte.

La primera declaración de este preámbulo corresponde a Austria que asegura que la sucesión de los Reinos y Provincias de Carlos II le pertenece, aunque el Cristianísimo pretenda lo contrario en virtud de *cierto testamento*. Leopoldo I consideraba este testamento ilegal porque, a más de haber sido obtenido por procedimientos dolosos, contradecía las normas que sobre sucesiones tenía la casa de Austria. A continuación se asegura que Francia, violando la legalidad, se ha hecho dueña a mano armada del País Bajo español y del ducado de Milán lo cual no es exacto en el primer caso y es absolutamente incierto en el segundo. A resaltar que no hay en todo este tratado referencia alguna al Archiduque y, aunque pudiera estar implícito si se considera lo previsto en el tercer tratado de reparto, lo cierto es que los derechos son reclamados, para sí y exclusivamente, por Su Majestad Imperial.

⁴² Véase a Evan Luard, *The Balance of Power*, London, 1999. P. 158. Esta cláusula no figura en la versión de Belando ni en la inglesa citada en la nota anterior. Lo que sí hace Belando es hablar de convenios adicionales al tratado bastante posteriores, ya con la Reina Ana en el trono de Inglaterra, que precisan algo más el reparto quitando alguna de las incertidumbres de que adolece el tratado: los ingleses recibirían Gibraltar, Menorca y Ceuta además de un tercio de las Indias; Holanda la barrera prevista y otro tercio de las Indias; Leopoldo I incorporaría al Imperio el estado de Milán y el archiduque se quedaría con el resto de la Corona española. Belando no hace referencia a ningún documento oficial que apoye este reparto que, por otra parte, coincide con el que describe el marqués de San Felipe del que, como tantas otras veces, ha tomado la información transcribiéndola –aunque sin citar procedencia– literalmente. Belando, op. cit. pp. 87 y 88. La toma de Gibraltar en nombre del Archiduque por Inglaterra así como la obligada renuncia que éste tuvo que hacer, posteriormente, a toda la parte europea de la Monarquía parece quitarle alguna verisimilitud a que estos convenios fueran firmes o se tratara simples documentos de trabajo más o menos consensuados.

El segundo agravio que plantea el preámbulo tiene que ver con el equilibrio de poder y es común a las tres partes firmantes: "Los reinos de España y Francia se hallan tan íntimamente unidos que pueden considerarse en adelante como uno, mismo, sólo, idéntico reino; de suerte que si con tiempo no se toma la providencia correspondiente... los franceses y españoles, con semejante unión, llegarán sin duda dentro de poco tiempo a tan formidable grado de poder que fácilmente podrá reducir a toda Europa a su mísera sujeción y obediencia". Y, confirmando lo que dice el texto, por aquel mes de septiembre de 1701, con Felipe V que contaba sólo 17 años, España no daba paso que no fuera promovido o autorizado por Luis XIV. Ciertamente tal situación constituía una ruptura absoluta del equilibrio del sistema.

Evan Luard en *The Balance of Power* considera que el testamento de Carlos II hubiera podido ser admisible, incluso para un obseso del equilibrio de poder como era Guillermo III, si no se hubieran producido hechos como la expulsión de las guarniciones holandesas, el Asiento de negros y otras actuaciones relativas al comercio y las Indias. Era sobre todo alarmante la multitud de consejeros que Luis XIV había enviado a Madrid y que hicieron creer a toda Europa, no sin fundamento, que España no era sino un satélite de Francia⁴³. La cuestión era tan evidente, sigue diciendo Luard, que el propio Fenelón escribía lo siguiente: "aunque a la muerte de Carlos II, Francia tuviera un derecho legal a la sucesión de la Corona de España (puesto que la renuncia de la Reina fue inválida) ello provocaría un enorme incremento de poder para Francia y toda Europa tendría derecho a intervenir para excluirlas de la sucesión"⁴⁴.

Este desequilibrio de poder hacía "presumir con sólido fundamento que Su Majestad Imperial nunca tendría que esperar satisfacción alguna de su justa pretensión: que el Imperio Romano perdería todos sus derechos sobre los feudos que tiene en Italia y en el País Bajo español". Este párrafo es del mayor interés porque da a entender que Leopoldo I no aspiraba, en aquel momento, al total de la herencia sino sólo de forma clara a Italia y a Flandes. También con claridad, va a renunciar a las Indias como luego veremos. En cuanto al resto, algunos historiadores dicen que ni siquiera apetecía en exceso una España, tan incómodamente alejada de sus territorios, y que podría cederla sin demasiadas compensaciones a condición de que fuera totalmente independiente de Francia. El célebre eslogan de los aliados *No peace without Spain*⁴⁵ fue mucho más tardío y la tibia negación de Leopoldo I a suscribir el tercer tratado de reparto tal vez no se hubiera producido de habersele ofrecido toda Italia y Flandes.

Es en el tratado de Methuen (mayo de 1703) cuando va a aparecer por vez primera la exigencia de que no se haga la paz mientras haya un príncipe francés sentado en el trono de España. Esto no está contemplado en el tratado de la Gran Alianza y no es cosa menor sino que constituye una innovación de enorme importancia que, probablemente, demoró años la firma de la paz. Henry Saint John, Lord Bolingbroke, el *arquitecto* de la paz de Utrecht, ha

⁴³ Evan Luard, op. cit., pp. 163 y 164.

⁴⁴ Citado por Luard, op. cit., p. 162.

⁴⁵ *No peace without Spain* fue el grito de guerra de los whigs, en diciembre de 1711, cuando se discutía en las dos Cámaras inglesas la política del Ministerio para negociar la paz, sobre todo en la Cámara Alta donde las fuerzas estaban más equilibradas.

escrito dentro de sus *Lettres sur l'histoire* un importante ensayo sobre esta imposición añadida y, con palabras muy duras la considera desproporcionada e inútil para los intereses de Inglaterra, en general, y para el equilibrio de poder en particular:

“La guerra, después de esta innovación se convirtió en una guerra de pasión, de ambición, de avaricia y de intereses personales, bien de personas particulares, bien de algunos estados. Y a todo ello se sacrificó absolutamente el interés de Europa...Las razones de ambición, de avaricia y de interés particular que llevaron a los príncipes y estados aliados a apartarse de los principios establecidos en la Gran Alianza no eran razones para Gran Bretaña. Ella ni esperaba ni deseaba más que aquello que hubiera podido obtener manteniendo estos principios... la Gran Bretaña no fue arrastrada sino poco a poco a este compromiso; pues, si mal no recuerdo, no existe, antes de 1706, declaración parlamentaria alguna que proponga continuar la guerra hasta que Felipe hubiera sido destronado. Y tal declaración se juzgó necesaria para secundar la resolución tomada por nuestros ministros y nuestros aliados de abandonar los principios de la Gran Alianza y proponer como objeto de la guerra no sólo el abatir el poderío francés sino conquistar toda la Monarquía española.”⁴⁶

Las indefiniciones iniciales del Tratado de la Gran Alianza no van a impedir que, meses mas tarde, se precisen más las pretensiones de cada parte y que vayan saliendo a la luz intenciones que, por razones políticas, o simplemente de oportunidad, habían permanecido hasta entonces ocultas. Puede valer de ejemplo la decisión del Emperador, cuando cedió sus derechos a su hijo Carlos, de desgajar Flandes e Italia de la Monarquía española. Esa determinación, que por supuesto permaneció secreta porque implicaba el odiado desmembramiento, hubiera sido tan impopular en España que hubiera provocado un gran rechazo hacia la Casa de Austria.

La prepotencia francesa afectaba a las potencias marítimas que se veían privadas de la libertad de navegación y comercio "en las Indias, en el mar Mediterráneo y en otras partes"; y esto era así no sólo por los pasos firmes que ya había dado Francia en relación con las Indias y el comercio sino porque, en definitiva, el equilibrio de comercio es también equilibrio de poder. "El comercio fue considerado no como una actividad mutuamente ventajosa que beneficiaba a cuantos participaban en ella sino como una forma de competición. Y esta competición no se refería sólo a los comerciantes de forma individual sino también a los Estados a los que pertenecían, buscando cada uno de ellos adquirir el mayor porcentaje de mercado que pudiera"⁴⁷. Téngase en cuenta que, en la época, se consideraba que el mercado global era constante, y por lo tanto finito, con lo cual lo que una determinada nación conseguía de más era en detrimento de otra⁴⁸. Años más tarde Luis XIV escribiría a Amelot, su embajador en Madrid, lo siguiente: "El objeto principal de esta guerra es el comercio con las Indias y las riquezas que produce"⁴⁹.

Por último las Provincias Unidas habían perdido la barrera que con tanto trabajo negociaron en Ryswick y esto afectaba tan gravemente a su seguridad que consideraban

⁴⁶ Henry Saint John, Lord Bolingbroke. *Lettres sur l'histoire*. Paris, 1752. Tomo 2º, pp. 181 a 203.

⁴⁷ Luard, op. cit., p. 204.

⁴⁸ Colbert afirmaba: "Una nación podría mejorar su comercio, su marina mercante o sus manufacturas sólo apoderándose del comercio, la flota o la industria de otro país".

⁴⁹ Bottineau, op. cit. p. 45.

imposible vivir en progreso sin tener una garantía que los defendiera contra las invasiones francesas cuya apetencia insistente por un territorio tan rico estaba más que demostrada.

El artículo VI establece otro objetivo claro de la guerra: la conquista de las Indias⁵⁰. Ésta se tendrá que realizar de común acuerdo entre Inglaterra y los Estados Generales, sin dar participación en ello a Austria. Así queda patente la nula vocación transatlántica de los imperiales para los que América sólo constituía un problema engorroso del que gustosamente estaban dispuestos a prescindir. El desarrollo de la guerra, la alta ocupación que tuvieron los medios navales en menesteres diversos y, en ocasiones, el veto austriaco⁵¹, impidió que este objetivo se hiciese realidad pero, de no haber sido así, cabe imaginar el choque de intereses que se hubiera producido entre Inglaterra y Holanda a la hora de repartir América. El artículo termina dejando claro que las conquistas que hicieran cada una de las dos naciones no serían coyunturales sino para siempre.

Tal vez lo más notable del tratado sea su maximalismo a la hora de negociar la paz⁵². Implícitamente se presupone que el adversario no va a ser derrotado sino prácticamente aniquilado. Desde luego se requiere que las condiciones que se fijen para la paz sean consensuadas y que, en ningún caso, pueda alcanzarse ésta sin que el Emperador consiga "la razonable satisfacción pretendida", sin que las potencias marítimas tengan garantizada la seguridad de sus territorios y las libertades de navegación y comercio y sin que "se hayan tomado la justas medidas para impedir que jamás las Coronas de Francia y España lleguen a unirse y componer un mismo dominio o que un solo Rey venga a ser su soberano".

Aquí implícitamente se admite que la *satisfacción* que pretende Austria no tiene por qué incluir la península ibérica pues, si ésta fuera dominio austriaco, no tendría sentido hablar de impedir la unión de las Coronas de Francia y España⁵³. Esta condición, como la siguiente de que hay que asegurar que en ningún tiempo los franceses se hagan dueños de las Indias, tiene que ver con el equilibrio de poder; no sólo el político, para lo que se impide la unión territorial, sino con el poder comercial que, como antes se indicó, es un aspecto primordial para este equilibrio.

La parte final de este artículo es un mensaje dirigido a Austria: mande quien mande en la península ibérica el comercio para las potencias marítimas deberá ordenarse de acuerdo a

⁵⁰ La conquista de las Indias, en especial del Caribe y Centroamérica, era una recurrente ilusión inglesa desde los tiempos de Cromwell. En 1648 Thomas Cage había escrito un libro titulado *Te English American* que tuvo en su época una difusión enorme entre los comerciantes y la clase política. En él se describían las maravillas de estos lugares y lo fácil que sería su conquista pues, salvo algún caso como el de Santo Domingo, no existían defensas, artillería ni guarniciones capaces de resistir un ataque bien organizado.

⁵¹ Las potencias marítimas habían preparado en 1702 una escuadra para conquistar la Habana y algunas islas del Caribe. La expedición no tuvo lugar por la oposición del Emperador que pretendía otros objetivos para esta escuadra.

⁵² Aunque sea anticipar acontecimientos conviene decir que los obstáculos a una paz consensuada vinieron de que Inglaterra decidió acogerse a la letra estricta del tratado de la Gran Alianza en tanto que Holanda y el Imperio se querían apoyar en otros tratados y convenios posteriores, como Methuen que eran más exigentes. Además estas dos últimas potencias, a partir de cierto momento, se vieron apoyadas, realmente con manifiesta deslealtad, por la oposición parlamentaria inglesa, en este caso el partido whig.

⁵³ Con un Habsburgo en España, la ley Sálica por una parte y las normas de sucesión alemanas por otra, impedían el acceso a la Corona de un país de un miembro de la otra dinastía.

las leyes, exenciones, privilegios etc. que se aplicaban en tiempos de Carlos II. Esto es también exigible en el Mediterráneo y en todos los países que España poseía. Con ello quedaría obligada Austria a establecer una legislación especial para estos territorios que, según establece el tratado, le van a corresponder.

En síntesis lo que la Alianza pretendía -satisfechas las demandas sucesorias de Austria- eran asuntos todos relacionados con el equilibrio de poder. En esta época el paladín del *balance of power* era Guillermo III: "Los Comunes, en 1697, agradecieron a su soberano el haber garantizado para Inglaterra *el honor de sostener el equilibrio de Europa*". Y en mayo de 1702, en la declaración de guerra, la reina Ana declaró que Guillermo III había establecido la Gran Alianza para "preservar la libertad y el equilibrio europeo y disminuir el exorbitante poder de Francia"⁵⁴. El *balance of power* era entendido como una igual distribución de poder entre los príncipes de Europa que hiciera imposible a uno perturbar la tranquilidad de otro. Y tranquilidad era lo que quería el Rey Guillermo para que sus dos países pudiera conseguir sus objetivos cuyo centro gravedad no era europeo sino transatlántico. Era lo que sus súbditos querían y, a la larga, lo que él consideraba camino adecuado para conseguir un engrandecimiento estable y sólido.

Jover Zamora lo explica diciendo que entre los principios que guiaban a Guillermo III había uno básico: "El Continente debe organizarse sobre un conjunto de poderes recíprocamente contrapesados en forma tal, que la política inglesa pueda seguir sus rutas peculiares desentendida de todo poder que provenga de aquél. Tales rutas peculiares hacen referencia, más que al Continente, a los océanos; más que a Europa, a América"⁵⁵.

Es revelador, por otra parte, el texto siguiente que Fenelón escribió hacia 1700:

"Los estados vecinos tienen necesidad, para la seguridad de cada uno y el interés común de todos, mantener una especie de sociedad o confederación; para los más poderosos será deseo predominante aplastar al resto, a menos que juntos preserven el equilibrio... Y así cada nación está obligada, para su propia seguridad, a vigilar y restringir por todos los medios el excesivo incremento de grandeza de sus vecinos. No es injusto preservarse a sí mismo y a los vecinos de la servidumbre y luchar por la libertad, tranquilidad y felicidad de todos... Es obligación de cada estado concurrir a la seguridad común en contra de uno que acrecienta su poder, al igual que deben unirse los ciudadanos contra los que atacan a su país. Y, si es ésta la obligación de todo buen ciudadano, cada nación, por análogas razones, está obligada a ocuparse del bienestar y el reposo de la República Universal de la que es miembro"⁵⁶.

Meses después de la firma del Tratado de la Gran Alianza se concretaron los compromisos militares de las partes: el Emperador se comprometía a aportar noventa mil hombres, bien en Italia, bien en el Rin. Holanda, además de poner guarniciones en su frontera, debía poner en armas sesenta mil hombres en la zona de Flandes. El compromiso inicial de Inglaterra alcanzaba los cuarenta mil hombres aunque, meses después, Marlborough consiguió del Parlamento otros diez mil adicionales a condición de que los holandeses

⁵⁴ Luard, op. cit., p. 10.

⁵⁵ Jover Zamora, op. cit. p.346.

⁵⁶ Luard, op. cit., pp. 11 y 12.

hicieran lo mismo⁵⁷. Como puede verse el pacto implicaba que la aportación militar inglesa era sensiblemente inferior a la de sus aliados en razón a que sus motivos para entrar en guerra eran menos acuciantes. Sin embargo la realidad desbordó estas previsiones y, de hecho, fue Inglaterra la que pronto habría de soportar el mayor peso económico y militar de la contienda.

La declaración de guerra se atrasó con respecto a las previsiones del tratado y con respecto a la fecha inicialmente programada – que era el 15 de abril- a causa de los problemas de salud de Guillermo III que, agravados por una caída de caballo, le llevaron a la muerte el 19 de marzo de 1702. Le va a suceder en el trono de Inglaterra Ana Estuardo y va a ser ésta quien, el 14 de mayo, haga la declaración de guerra.

Así va a comenzar una larga contienda, de más de diez años de duración, con sus dos vertientes, la europea y la peninsular⁵⁸. Lo que se dirimía en la vertiente europea era que “estaba llamada a resolver el problema del vacío de poder que resultaba en el amplio espacio ocupado por la Monarquía española, no tanto del agotamiento biológico de la dinastía como de la notoria desproporción existente entre responsabilidades internacionales y recursos militares y económicos para hacer frente a ellas”⁵⁹. Este vacío de poder debería haber llevado a Europa a una situación hegemónica por parte de la potencia que se hubiera visto favorecida con la herencia del Imperio español pero la presencia de las potencias marítimas y las ideas, antes aludidas, de Guillermo III van a promover una solución final de equilibrio.

La vertiente española de la guerra devendrá, a partir de 1705, en contienda civil entre españoles con los reinos de la Corona de Aragón, que por razones más bien azarosas se habían decantado por la Casa de Austria, en lucha contra Castilla, que había hecho suya la defensa del cambio dinástico.

4.3 LAS CORTES DE CATALUÑA

Sin que Felipe V supiera nada, su abuelo buscaba una Reina para España y la negociación del tratado con Saboya le dio la oportunidad de sacarle provecho inmediato a un matrimonio que, sugerido por María Adelaida, esposa del duque de Borgoña y hermana de la futura Reina, fue acogido con satisfacción⁶⁰ por el joven Rey de España aunque hubiera sido concertado sin su conocimiento y como un elemento más dentro de la política internacional de Luis XIV.

El 8 de mayo de 1701 se hizo público en Madrid el compromiso de la boda y ésta se celebró, por poderes, en Turín el 11 de septiembre. María Luisa de Saboya salió inmediatamente para España, a reunirse con su impaciente esposo, pero el viaje por mar fue

⁵⁷ Swift, Jonathan. *Conduct of the Allies*. En *Obras Selectas de Jonathan Swift*, Madrid, 2002. P. 648.

⁵⁸ Existió también una guerra en América pero de menor entidad.

⁵⁹ Jover Zamora, op. cit. p. 345.

⁶⁰ Influido, sin duda por el gran cariño que le tenía a su cuñada.

un desastre, a causa de un pertinaz mal tiempo, y su llegada a la frontera española se retrasó hasta el 2 de noviembre.

Por su parte Felipe V abandonó Madrid el 5 de septiembre de 1701 con destino a Cataluña. Se proponía recibir allí a su esposa, convocar cortes como era preceptivo, y salir después hacia Italia para ponerse al frente de los ejércitos españoles que allí luchaban contra los imperiales. Contra lo que pudiera parecer no era preocupante el gobierno que en Madrid dejaba en manos del incapaz Portocarrero. Luis XIV, desde el mes de junio y ante la situación de guerra inminente que preveía⁶¹, había decidido dar por olvidadas sus intenciones iniciales de no gobernar directamente España y limitarse a poco más que dar consejos a su nieto. Tomó personalmente las riendas del gobierno de España y no las abandonaría hasta 1708. Los Orry, Marcin, Amelot etc. serían sus instrumentos, ciertamente eficaces, para el gobierno de la Monarquía.

Un asunto delicado y de mucha más trascendencia de la que nadie hubiera podido prever en aquel momento era el nombramiento de la camarera mayor de la Reina. Preocupaba en Versalles que se pudiera crear en la corte de Madrid, en torno a María Luisa, un núcleo saboyano que pudiera trabajar para Víctor Amadeo II cuyas maniobras y artimañas, con toda razón, temía Luis XIV⁶². A instancias de M. de Maintenon fue elegida Ana María de la Tremoille que había tomado el nombre, tras la muerte de su segundo esposo, de princesa de los Ursinos⁶³. Contó esta nominación con la bendición incondicional del cardenal Portocarrero que, durante su estancia en Roma, había coincidido con ella forjándose entre ambos una íntima amistad⁶⁴.

Nacida en 1642, en Francia, pero muy italianizada y hablando español, era una personalidad arrolladora. Saint Simon, que la trató personalmente, la describe de manera brillante aunque apasionada debido, posiblemente, a la inquina que el duque de Orleans, íntimo amigo suyo, le tenía a la Princesa. Entre otras muchas cosas dice de ella lo siguiente:

"Era una mujer más bien alta que baja, morena, con ojos azules que decían lo que ella quería, con una cintura hecha a torno, hermosa garganta y un rostro encantador...una conversación deliciosa, inagotable y divertida...Había leído mucho y reflexionado bastante...Era, de todo el mundo, la persona más adecuada para la intriga... con mucha ambición, mucho más de la propia de su sexo e incluso de la ambición ordinaria de los hombres... Iba a sus objetivos sin reparar en los medios pero, hasta donde era capaz, bajo una apariencia de honestidad... Era ardiente y excelente amiga y, consecuentemente, cruel e implacable enemiga, capaz de llevar su odio hasta el infierno".

Bottineau, que es quien transcribe la cita anterior, considera esta opinión desmesurada y su juicio es mucho más moderado y objetivo: "Alma orgullosa y con el temple del acero

⁶¹ Además de las noticias que le llegaban a través de Louville y de Harcourt sobre la inoperancia de su nieto y de Portocarrero.

⁶² Su primera medida, que provocó un torrente de lágrimas en la joven desposada, fue devolver todo su séquito piamontés antes de la llegada a España de María Luisa. Coxe, op. cit, tomo I, p.121.

⁶³ Una información muy detallada de todas las circunstancias de esta designación puede verse en Coxe, op. cit., tomo I, pp 124 a 137.

⁶⁴ Belando, op. cit., p. 46.

permaneció fiel a la vez a Francia⁶⁵, a la Reina y la instauración de los Borbones en España. Se le ha atribuido con exceso una ambición política incansable y maquiavélica, Pero sería más justo decir que sirvió a una idea con mucho talento y sin preocuparse demasiado por la corrección de los medios empleados"⁶⁶.

El viaje de Felipe V hacia Cataluña fue triunfal y así lo confirma, más allá de posibles cortesías, el *Diario* que escribió su secretario de despacho, Antonio de Ubilla, que le acompañó durante todo su viaje hasta Italia. Se detuvo en Zaragoza varios días y, venerado por una población que le aclamaba, juró los fueros de Aragón y convocó cortes. La llegada a Barcelona tuvo lugar a final de septiembre aunque su entrada oficial se demoró hasta el día 2 de octubre. Aquí la acogida no fue tan triunfal o, al menos, alguna de las informaciones que nos han llegado son algo contradictorias porque no dejaron de producirse incidentes y tensiones, de trascendencia difícil de evaluar⁶⁷. Fue por cuestiones irrelevantes de protocolo, como en el caso de los consejeros, que no pudieron usar inicialmente del antiguo privilegio de cubrirse la cabeza ante el Rey, bien fuera por acto premeditado, como dicen Castellví y Feliú, bien por olvido real que rápidamente se subsanaría. También fue motivo de litigio la procedencia o no de la ceremonia de la entrega de llaves de Barcelona al Monarca.

El día 4 octubre, en el Palacio Mayor, juró Felipe los fueros y privilegios y, a continuación, recibió a su vez el juramento de fidelidad de los Brazos. Días después, el 12, ante las cortes catalanas en pleno, ordenó leer el decreto de convocatoria para "que se trate todo lo que pueda ser más útil, conveniente y de justicia para su mejor gobierno... dando providencia de que, por motivo alguno, no queden agravados ni se les ponga embarazos que detengan las resoluciones de mayor equidad en que deseo estén"⁶⁸. El desarrollo de estas cortes –no más conflictivas, en mi opinión, que las que va a convocar el Archiduque cuatro años después– "ha merecido una lectura muy diversa por parte de los historiadores, desde la visión muy politizada de Feliú, que intentaba rebajar su significación institucional considerando su celebración casi como una ilegalidad⁶⁹ o un acto irrelevante, a la posición de la historiografía romántica que atribuía a la celebración de estas cortes el inicio de los enfrentamientos irreversibles entre el nuevo Monarca y Cataluña"⁷⁰.

Lo cierto es que en Cataluña no se celebraban cortes desde el año 1599 (ya que las de 1626 no fueron tales al no concluirse por falta de acuerdo) con lo cual, por una parte, existían acumulados y pendientes muchos conflictos y, por otra, se estaba ante una sociedad evolucionada por el paso de tanto tiempo y que era poco compatible con "una institución periclitada en sus fundamentos doctrinales y en sus pautas de funcionamiento procesal"⁷¹.

⁶⁵ Aunque Luis XIV acabó desconfiando de su fidelidad que, en el mejor de los casos, habría que calificar como crítica..

⁶⁶ Bottineau, op. cit., pp. 49 y 50.

⁶⁷ Antes de la llegada a Barcelona ya se había producido algún incidente como la negativa a admitir como virrey al conde de Palma antes de que Felipe V jurara los fueros.

⁶⁸ Feliú, op. cit., libro XXII, p. 485.

⁶⁹ "Advierto que aunque en el curso de esta relación al congreso general del duque de Anjou llame cortes, no es porque lo sean, que estas sólo las puede convocar el legítimo Rey". Ibid., pp. 481 y 482.

⁷⁰ Torras i Ribé, J. M. *La guerra de successió i el setges de Barcelona*. Barcelona 1999, pp. 53 y 54.

⁷¹ Ibid., p. 54.

Con más o menos fricciones las cortes funcionaron y alumbraron unas constituciones interesantes y posiblemente muy fructíferas para Cataluña si hubieran durado. En el ámbito económico se recogieron muchas de las propuestas que Feliú de la Peña había planteado en 1683 en su *Fénix de Cataluña*, propuestas que correspondían a los deseos e intereses de la burguesía emergente en el Principado a finales de XVII. Se trataba de facilitar la apertura de la economía catalana al exterior para lo cual, entre otras medidas, se concedieron permisos para, rompiendo el monopolio castellano, enviar dos barcos anuales a las Indias, para constituir una sociedad mercantil por acciones, del tipo de las inglesas u holandesas y para crear una esperanzadora zona franca en el puerto de Barcelona. En el ámbito político los logros fueron también interesantes: se legisló sobre el asunto de alojamiento para las tropas en zonas rurales, tema importante y que había sido motivo justificado de quejas innumerables durante los muchos años en que la presión francesa sobre Cataluña había obligado a establecer guarniciones en el Principado. También se reformó el funcionamiento de la Generalidad, que llevaban más de un siglo sin tocarse, y se creó el llamado tribunal de contrafacción, encargado de dirimir las reclamaciones que las autoridades catalanas tuvieran que hacer a los representantes reales por violación de fueros o derechos similares. Lógicamente este tribunal era paritario y su creación obedecía a la necesidad de que no fueran los propios autores del agravio quienes tuvieran que decidir sobre su legalidad.

Pero el tema más vidrioso, y que estuvo a punto de hacer fracasar las cortes, fue la petición de los Brazos para recuperar su derecho, sin limitaciones, a la insaculación para designar los miembros de la Diputación y del Consejo de Ciento. Este derecho había sido abolido por Felipe IV en 1652⁷². Los consejeros reales, Medina Sidonia, San Esteban, Ubilla y el virrey conde de Palma, se negaron en redondo a ello con lo que se produjo una paralización del congreso de casi un mes. Finalmente las cortes, considerando que los beneficios obtenidos compensaban sobradamente una renuncia momentánea a la libre insaculación, asunto éste que podía demorarse hasta ocasión más propicia, transigieron, lo que permitió que se clausuraran solemnemente el 14 enero de 1702⁷³.

En el general sus logros fueron muy satisfactorios para los catalanes: Feliú dijo de ellas: "Consiguíó la provincia cuanto había pedido" y también "concluyeron las cortes como quisieron los catalanes"⁷⁴. Muy distinta fue, sin embargo, la opinión de los historiadores castellanos. El marqués de San Felipe afirmó:

“Con tantas gracias y mercedes como se concedieron se ensoberbeció más el aleve genio de los catalanes; la misma benignidad del Rey dejó mal puesta su autoridad, porque blasonaban de ser temidos, y pidieron tantas cosas, aun superiores a su esperanza, para que la repulsa diese motivo de queja y algún pretexto a la traición que meditaban... No se estableció en estas cortes ley alguna provechosa al bien público y al modo de gobierno; todo fue confirmar privilegios y añadir otros que alentaban a la insolencia, porque los catalanes creen que todo va bien gobernado gozando ellos de muchos fueros. Ofrecieron un regular donativo, no muy

⁷² La controversia que tuvo lugar entre las cortes y los representantes reales puede leerse con todo detalle en Castellví, op. cit., tomo I, pp. 338 a 347.

⁷³ Viendo perdida la batalla de la libre insaculación se intentó que, al menos, de haber veto real que éste fuera motivado. Tampoco lo consiguieron.

⁷⁴ Feliú op. cit., tomo XXII, pp. 493 y 494.

largo, y volvieron a jurar fidelidad y obediencia con menos intención de observarla que lo habían hecho la primera vez"⁷⁵.

Más contundente y lapidario fue Macanaz: "Lograron los catalanes cuánto deseaban, pues ni a ellos les quedó que pedir ni al Rey cosa especial que concederles, y así vinieron a quedarse más independientes del Rey que lo está el Parlamento de Inglaterra"⁷⁶. Belando, que hace una exposición detallada de las jornadas reales en Barcelona, exposición por cierto triunfal y en la que no se refiere a ninguno de los incidentes sobre los que insisten los historiadores catalanes, es mucho más moderado, incluso sibilino, al hablar del resultado de las cortes: "Se establecieron las correspondientes leyes municipales que se imprimieron para aquellas provincias. Pero todo cuanto se estableció tuvo aquel efecto que permitió la revolución de los tiempos y por el motivo de la gente más baja de la república"⁷⁷.

Finalizadas las cortes catalanas y llegada la Reina a España, estaba previsto que la real pareja viajara a Italia pero pareció más conveniente el que María Luisa, apenas adolescente, se ocupara del gobierno en ausencia del Rey y clausurara, antes de su entrada en Madrid, las cortes de Aragón. La marcha de Felipe a Italia fue bendecida por el Cristianísimo con alguna reticencia⁷⁸. La carta en que lo hace, que fue hecha pública, contenía una alusión al valiente comportamiento de Felipe V "muy lejos de la molicie de vuestros predecesores" por lo que fue muy criticada por el Consejo de Estado que, además, veía con malos ojos este abandono del gobierno de la Monarquía. El Rey les contestó textualmente que "era mi obligación acudir a la defensa de mi reinos y procurar mantener la honra y gloria de mis vasallos. Y adquirir con los riesgos de mi propia persona la fama y el renombre que merecieren"⁷⁹.

Llegó al Rey a Nápoles el 22 de mayo. Allí se había producido una revuelta austracista en septiembre del año anterior, auspiciada por algunos nobles que pretendían la muerte del virrey, Duque de Medinaceli, al que odiaban, y la proclamación del archiduque Carlos como Rey. La revuelta había sido controlada sin demasiadas dificultades. Estuvo Felipe un mes en Nápoles donde concedió títulos y mercedes que levantaron desazón entre los no favorecidos y luego marchó a Milán, al campo de batalla donde el duque de Vendome luchaba contra Eugenio de Saboya⁸⁰. El 15 de agosto, en Luzzara, se enfrentaron ambos ejércitos. La superioridad franco española era enorme: 80.000 soldados contra los 30.000 del príncipe Eugenio. Pero la habilidad de éste le hizo resistir durante cuatro días el empuje enemigo e incluso que se considerara esta resistencia como una victoria. También Felipe V, cuya valiente actuación fue objeto de comentarios muy elogiosos, escribió a la Reina contándole que se había ganado la batalla. "Los dos ejércitos se creyeron vencedores y

⁷⁵ Marqués de San Felipe, op. cit., p. 32.

⁷⁶ Lafuente, M. *Historia General de España*. Tomo XII, p. 337.

⁷⁷ Belando, op. cit., p. 82.

⁷⁸ Véase Baudrillart, op. cit., p. 92 o Coxe, op. cit., tomo I, p. 145.

⁷⁹ Belando, op. cit., p. 89.

⁸⁰ Fue en esta ocasión cuando tuvo lugar la desafortunada reunión de Felipe V con su suegro, Víctor Amadeo II de Saboya. Problemas de protocolo, ocasionados por malos consejos de Louville, hicieron que el duque quedara muy resentido aunque no es probable que el incidente influyera en su desertión al bando aliado.

cantaron un *Te Deum* en acción de gracias después de la victoria”⁸¹. Pero llegaron noticias inquietantes de España: cundía el descontento entre la población por el gobierno ineficaz de Portocarrero y por no verse por parte alguna los cambios que se esperaban de la dirección política francesa. Antes bien, según refiere Coxe, “hallóse Madrid invadido de un enjambre de famélicos franceses de baja ralea, que acudieron presurosos a gozar de aquella tierra prometida cuyos despojos contaban repartirse: mujeres de mala nota, jugadores, rateros y proyectistas, recién llegados de Francia, se cruzaban por las calles desacreditando a su tierra natal con su vil tráfico y dando mayor consistencia a la añeja antipatía que había sido en todos tiempos una muralla de división entre ambas naciones”⁸². Por otra parte se hizo público en Madrid que Luis XIV y su ministro Torcy pretendían que España compensara la ayuda militar y, en general, los servicios de todo tipo que Francia prestaba mediante la cesión de Flandes⁸³. Los ataques anglo-holandeses a Andalucía en el verano de 1702 colmaron el vaso de los problemas a los que el Rey debía atender sin demora y Felipe, tras una breve estancia en Génova, tuvo que retornar a Madrid adonde llegó a principios de 1703.

⁸¹ Coxe, op. cit., tomo I, p. 163.

⁸² Ibid. p. 104.

⁸³ Baudrillart, op. cit. p. 90.

CAPÍTULO 5. LA GUERRA EN ESPAÑA.

5.1 EL PRÍNCIPE JORGE DE DARMSTADT HESSE.

Antes de abordar los comienzos de la guerra en España conviene detenernos brevemente en un personaje singular que va a tener una incidencia notable tanto por su actividad política como por sus acciones militares tales como el ataque de la flota aliada a Cádiz, la conquista de Gibraltar o los asedios a Barcelona. Se trata del Landgrave Jorge de Hesse Darmstadt. El año 1.695 llegaron a Barcelona tres mil alemanes y mil bávaros, bajo su mandato, para ayudar resistir a los franceses que asediaban Cataluña. Tenía 26 años, era primo hermano de Mariana de Neoburgo¹, militar de carrera y se había distinguido luchando con los ejércitos imperiales hasta alcanzar el grado de general en la guerra de Hungría.

Su llegada a España fue algo conflictiva porque pretendió se le diese tratamiento de Alteza y grado de teniente general. No lo consiguió y, muy a su pesar, hubo de contentarse con ser Grande de España y general de caballería. Y bien fuera por el resentimiento consiguiente o por convicciones propias se negó a que sus soldados prestaran juramento de fidelidad a Carlos II, como era habitual en tropas mercenarias, y éstas lo eran al estar pagadas por la Corona de España. Sus pretensiones provocaron antipatías, empezando por las del Consejo de Estado y acabando por las de su jefe directo, el marqués Gaztañaga, entonces virrey de Cataluña. Probablemente tampoco gozó de excesivas simpatías por parte de Carlos II. La campaña de 1695 no fue nada brillante pero la del año siguiente, aunque no proporcionara ventajas a ninguno de los contendientes, dejó patente la valentía del príncipe² en el campo de batalla. También se produjo este año el cese de Gaztañaga y el nombramiento como virrey (como tantos otros por presiones de Mariana y del Almirante) de Francisco Fernández de Velasco, hijo natural del condestable de Castilla.

En 1.697, viendo próxima la paz de Ryswick, quería Luis XIV negociar con España teniendo en la mano las mejores bazas posibles y una no precisamente menor era apoderarse de Barcelona. Se encomendó a Darmstadt la defensa de la ciudad cuyo asedio había iniciado Vendôme en el mes de junio y el príncipe solicitó directamente a la Diputación una leva de 5.000 hombres sin dar cuenta de ello al virrey, a quien correspondía autorizarla y hacer la petición oficial. El escándalo fue mayúsculo y el Consejo de Estado, con Portocarrero a la cabeza, solicitó la expulsión del landgrave. La petición no prosperó y poco después el virrey fue cesado; según unos por imposición de la Reina³, según otros para que no cayera sobre él la ignominia de la rendición de Barcelona⁴ y, según terceros, por las insistentes peticiones de las autoridades catalanas que lo acusaban de ineptitud y tibieza ante el enemigo⁵. Fue sustituido por el conde de Corzana y Darmstadt fue

¹ Hubo, incluso, intentos de casarlo con su prima antes de que Carlos II apareciera en escena.

² Y según el duque de Maura *su falta de seso*. Op. cit., tomo II, p. 173.

³ Ibid. p. 129.

⁴ (fue) removido porque el condestable de Castilla, de cuya familia era hijo natural, procuró librarle de la nota de ser él quien rindiese la plaza. Castellví, tomo I, p. 206.

⁵ Torras i Ribé, J. M. *La guerra de Successió i els setges de Barcelona*. Barcelona, 1999. P. 38.

nombrado gobernador y capitán general de Cataluña. La actitud entreguista de Fernández de Velasco era cierta y ha merecido la repulsa de historiadores como Modesto Lafuente que la tildó de *vergonzosa*⁶. La historiografía catalana es mucho más dura y habla de que la rendición de Barcelona fue un paso más, consentido cuando no promovido por el gobierno, para preparar la instauración borbónica.⁷

Después de la capitulación, a principios de noviembre, Darmstadt marchó a Madrid. Fue recibido por los Reyes con toda clase de atenciones, se le concedió el Toisón de Oro y llegó a alcanzar tal grado de asidua intimidad con Mariana que la corte se llenó de murmuraciones y panfletos. Dice el duque de Maura:

"Las gentes que comentaban la venida del landgrave, apuesto general dos años más joven que su prima la Reina, *dieron en decir indefectible la sucesión*. Erró el golpe la malicia cortesana. Ciertamente que la Neoburgo fue temperamentalmente sensual, a diferencia de la Orleans y de la otra Doña Mariana. Diez años después, desterrada en Bayona, desmoralizada por la viudez ya irremediable... escogía sus gentileshombres de Cámara entre los más garridos mozallones vascos, so pretexto de que allí todos eran hidalgos. Pero en plena juventud... le sobraba ambición y cautela para arriesgar en imprudente desliz su situación, su porvenir y, quizá, su existencia"⁸.

De hecho el conde de Corzana no llegó a tomar posesión de su cargo como virrey por una inexplicable oposición del Consejo de Ciento⁹. Ante esta situación la Reina, que ya había pretendido, aunque sin demasiada fuerza, que fuera el sustituto de Fernández de Velasco consiguió esta vez el nombramiento de su primo, pese a la oposición del Consejo de Estado que, aparte antipatías personales, estaba muy quemado por la presencia de extranjeros, como el duque de Baviera o el príncipe de Vaudémont, en puestos similares.

El nombramiento se produjo en febrero de 1698 y Darmstadt marchó de inmediato a Barcelona donde "recibido con singulares aclamaciones, consiguió de los catalanes cuánto se propuso, por el amor que le tenían, por los esfuerzos con que habían visto obrar a los alemanes en el asedio Barcelona, y por su propio valor y afabilidad"¹⁰.

Sin embargo la opinión que el príncipe tenía de los españoles, o al menos de sus clases altas, no podía ser más negativa. El duque de Maura que, comentando su estancia en Madrid dijo de él -con precisión y sutileza de académico de la lengua- que estaba "con la bolsa exhausta de continuo, más por exceso de libaciones que de liviandades, pues las prefería siempre fáciles y baratas como cumplía a su inclinación cuartelera"¹¹, nos ha regalado una serie de perlas en forma de extractos de cartas donde pueden apreciarse sus sentimientos: "no vale la pena preocuparse de los españoles que son un cero a la izquierda". O bien "Te supongo enterado de la falsía de esa Corte donde no se dice palabra de verdad". "Estimo más mi

⁶ Citado por Torras i Ribé, p. 39.

⁷ Lo afirman tanto Feliú como Soldevila según Torras i Ribé. Op. cit., p. 36.

⁸ Duque de Maura, op. cit., tomo II, p. 151.

⁹ Ragón i Cardoner, Joaquín. *El último virrey de la administración habsburguesa...* Pedralbes, año 2 (1982), pp. 263 a 271.

¹⁰ Castellví, tomo I, pp. 93 y 94.

¹¹ Duque de Maura, op. cit., tomo II, p. 153.

graduación en los ejércitos imperiales que cuantos honores me puedan ofrecer los españoles". "No habría sacrificado ni un solo alemán a la desidia de los españoles etc."¹².

Durante los casi tres años que duró su mandato fue el gran adalid de la causa austriaca, mucho más que la Reina que, como vimos, cambiaba de candidato como convenía a sus intereses personales o en función de sus desencuentros con Harrach. La obsesión de Darmstadt era traer a España no menos de 10.000 alemanes y, con ellos, al Archiduque. Estaba convencido de que así se facilitaría el cumplimiento del testamento de Carlos II que no dudaba sería a favor de la casa de Austria. Y, en caso de que el Rey muriera sin testar, este contingente de tropas a sus órdenes, bastaría para asegurar la proclamación del Archiduque.

Su actuación como virrey fue muy del agrado de los catalanes ya que intervino en economía y en política con medidas concretas que gozaron del favor popular. Por ejemplo envió a Madrid, con su aprobación, un memorial dirigido al Rey por el Consejo de Ciento en el que solicitaba que, en compensación a la lealtad y heroísmo demostrados por la ciudad durante el asedio de Vêndome, se le restituyeran los privilegios perdidos y, en especial, la libre insaculación para elegir los cargos municipales. También concedió privilegios al gremio de merceros y a los tenderos de lienzos para protegerlos de la competencia extranjera, sobre todo la francesa; aumentó los aranceles de la seda y de la lana y, en definitiva, desarrolló una política de mercantilismo proteccionista muy del agrado de los comerciantes¹³. Todo ello le valió para añadir al amplio círculo de relaciones que había establecido con la nobleza de Barcelona, durante su época militar, a lo más representativo de la burguesía emergente y de la nobleza rural del Principado que luego le serían útiles en la intensa actividad política que va a desarrollar entre 1701 y 1705.

Tras la muerte Carlos II ya vimos en el capítulo anterior las complicaciones que, invocando algunas antiguas constituciones, surgieron para que el príncipe siguiera en el cargo, al menos hasta agotar el trienio para el que había sido nombrado. Darmstadt, por razones que no han sido aclaradas¹⁴, aunque sorprendentes dada su austrofilia, quiso ser confirmado en el cargo e hizo para ello cuanto estuvo en su mano. Es reveladora la carta que el 9 de noviembre dirigió al obispo de Solsona (entonces de Lérida) donde le pide calma mientras llega el sucesor: "Procure Vuestra Excelencia coadyuvar a que las cosas corran con aquel orden y uniformidad que tanto conviene, sin que se experimente en su curso la menor alteración y tenga cumplido efecto la real deliberación de Su Majestad ... suplicándole tome esto tan por su cuenta que mediante su aplicación y desvelo se logre la tranquilidad que Su Majestad nos deja tan encomendada"¹⁵.

Cuando algunos representantes de la Diputación, austracistas declarados, se dirigen a él para preguntarle qué piensa hacer a la vista del testamento, responde: "el Rey dispuso y yo obedeceré lo que me mande la Junta de Gobierno que él instituyó"¹⁶. Darmstadt envió

¹² Ibid., pp. 148 a 150.

¹³ Véase Ragón i Cardoner, op. cit., pp.267 y 268.

¹⁴ Castellví insinúa, sin demasiada convicción, que pudiera estar ganando tiempo hasta que la parsimoniosa corte de Viena reaccionara y tomara alguna decisión.

¹⁵ Castellví, tomo I, p.159.

¹⁶ Ibid. p. 219.

emisarios a Felipe V, durante su viaje por Francia hacia España, para felicitarlo y solicitar continuar en el virreinato. Incluso parece que se le contestó con palabras esperanzadoras. Pero el Rey, tras consultar con Portocarrero, y probablemente también con Luis XIV, vio que la trayectoria política del príncipe, y su parentesco tan próximo a la familia imperial, pesaban demasiado y así su primera disposición, el 23 de enero de 1701 en Irún, nada más pisar tierra española, fue cesarlo y nombrar como virrey al conde de Palma, sobrino de Portocarrero. El príncipe permaneció en Barcelona hasta abril, cuando le llegó una orden de expulsión bajo pena de arresto si no la cumplía. "Hallábase bien en Barcelona porque tenía empeñada la voluntad en una dama y le dolía en extremo apartarse de ella; por eso, despechado de la repulsa, viendo lo mandaban salir de España, dejó tramada una conjura y tuvo el encargo de adelantarla esta mujer"¹⁷. También Castellví nos habla del papel que jugó esta misteriosa dama que "a lo atractivo del genio unía lo hermoso con lo discreto"¹⁸ y sigue comentando con respecto al destierro del príncipe:

"Muchos han considerado como principio del incendio esta arrebatada resolución, tratando con ignominia a un sujeto tan elevado y distinguido como el príncipe... Cuando estaba para embarcarse en la nave se puso en la lancha del muelle de Barcelona y dijo en alta voz *que volvería con el nuevo Rey a ella*"¹⁹.

Marchó Darmstadt a la corte de Viena²⁰, junto al Archiduque y desde allí intrigaba cuanto podía manteniendo el contacto con sus amigos y correligionarios catalanes. "Escribíanle todo con delincuentes reflexiones al Príncipe de Armestad en Viena, por medio de los genoveses, y se mostraban las cartas en la antecámara del Emperador que envió copia de ellas al conde de Bratislavia, su ministro en Londres, para que las viese el Rey Guillermo y tomase más aliento la Liga que aun repugnaba al Parlamento"²¹.

La actividad Darmstadt va a ser desenfrenada. En Viena, según dice Castellví, el Emperador y su entorno "por cautelar la confianza y ocultar los proyectos decidieron tratar al príncipe, en lo público, con extrañeza y no destinarle servicio"²². Viajará repetidamente a Holanda e Inglaterra para mantener contactos políticos, aprovechando su amistad con Guillermo III, porque Darmstadt había estado a su servicio como general. También viajará a Portugal en misión secreta ante Pedro II. Posteriormente, ya proclamado Carlos III, va a ser nombrado Vicario general de la Corona de Aragón, título superior al de virrey y hasta entonces sólo otorgado a miembros de la casa real (el anterior vicario había sido D. Juan José de Austria en 1669). Este nombramiento le permitió conceder patentes, grados y empleos a muchas personas, dentro y fuera de Cataluña con más ruido que eficacia.²³

¹⁷ Bacallar, op. cit., p.20.

¹⁸ Castellví, tomo I, p. 252.

¹⁹ Bacallar, op. cit., p. 20.

²⁰ Al parecer el mal tiempo hizo que su barco recalara por unos días en Castelldefells. Allí aprovechó para mantener entrevistas con lo más florido del partido austracista suscitando esperanzas de que toda Europa ayudaría al Archiduque y afirmando que él mismo volvería al frente de un ejército aliado.

²¹ Bacallar, op. cit. p. 32. Este autor tiene la costumbre de dar a los apellidos una ortografía fonética. En este caso la palabra que usa es Armestad.

²² Castellví, tomo I, p. 203.

²³ Castellví reproduce no menos de una decena de cartas enviadas por el príncipe, en agosto de 1705, a personas e instituciones en su calidad de Vicario. Tomo I pp. 646 a 654.

A partir de 1702, con la declaración de guerra de la Gran Alianza las peripecias del príncipe estarán ligadas al conflicto en España y se irán viendo más adelante.

5.2 LOS ATAQUES A CÁDIZ Y ROTA.

El comienzo de la guerra en territorio español cogió totalmente desprevenido al gobierno que confiaba en que la lucha se iba a limitar, al menos al principio, al norte de Italia y a las fronteras de Flandes. Naturalmente llegaban noticias de Inglaterra que hablaban de una poderosa flota que Guillermo III estaba preparando de cara a la guerra, ya inminente, pero cayeron en saco roto ya que todos imaginaban que su destino sería Venecia, donde debían desembarcar para ayudar a las tropas de Eugenio de Saboya que se encontraban en inferioridad numérica respecto a las francesas.

Hay bastante coincidencia en admitir que la idea de atacar Andalucía y, concretamente, Cádiz le fue inspirada al Rey Guillermo por Jorge Darmstadt y, sobre todo, por el Almirante de Castilla. Cuenta el marqués de San Felipe la llegada de un holandés a España y que, alojado en casa de Schonemberg, "trató familiarmente con el Almirante que con la mayor cautela, con palabras equívocas, propaló su ánimo como hablando acaso de cosas actuales y, en conversación, alabando la Andalucía, dijo ser la llave del reino y por dónde, si aquélla se rindiese, se subvertiría el trono; no calló el descuido y el desaliño de las plazas, y de no ser de la moderna militar arquitectura, y presentó al holandés un mapa de España, exactamente delineado, explicándole la geografía del lugar con todos las circunstancias y... (el holandés) así lo refirió a su vuelta al gobierno de la Holanda y se participó al Rey Guillermo..."²⁴

La pretendida toma de Cádiz presentaba dos ventajas adicionales a la de ser puerta para la conquista de Andalucía. Se trataba de un lugar bien conocido por los ingleses por las expediciones anteriores de Drake (1587), del conde de Essex (1596) y de lord Winbledon (1625) durante las cuales se habían realizado batimetrías que les permitían disponer de cartas náuticas, antiguas aunque relativamente fiables, en un lugar que se caracteriza por la abundancia de bajíos. Además Cádiz había sido, durante la reciente guerra de la Liga de Augsburgo, lugar de aprovisionamiento y fondeadero para la escuadra hispano-anglo-holandesa, lo que proporcionaba un conocimiento relativamente preciso del estado de la plaza y sus defensas en aquellos momentos. En segundo lugar Cádiz era la puerta del comercio con las Indias y estaba dotada de una importante infraestructura logística. Cerrar, o al menos dificultar, este comercio ahogando con ello la principal fuente de recursos de la Monarquía era, probablemente, la forma más clara de ayudar a su derrota.

La flota anglo holandesa zarpó el 12 de julio de Inglaterra pero vientos contrarios la obligaron a guarecerse hasta los días finales de dicho mes. El 19 de agosto se encontraba frente a Lisboa donde se les unió un barco menor, la fragata *Adventure*, con el príncipe de Darmstadt a bordo para incorporarse a la expedición asumiendo la dirección política de la misma. Darmstadt estaba en Lisboa, como enviado del Emperador, y allí se había ocupado con éxito en ganar la buena voluntad del Rey de Portugal hacia los aliados. Belando lo

²⁴ Bacallar, op. cit., p. 23.

confirma diciendo que en esa corte "los ministros de los aliados, habiendo reducido ya al rey D. Pedro a una neutralidad, trabajaban de nuevo para incluirle en la alianza. El fin de esto no sólo era, porque para sus designios necesitaban los enemigos de un puerto para los navíos, sino también porque les parecía el reino de Portugal puerta fácil para invadir España"²⁵.

Según Bacallar la flota era de 150 velas "no porque fuese necesario tanto armamento contra las costas de España, desprevenidas y sin nave alguna, sino porque importaba a la pompa y a poner terror en los reinos"²⁶. Los estudios actuales dan las cifras exactas: cuatro escuadras inglesas con treinta buques de línea, seis fragatas, dos corbetas, cinco bombardas, nueve brulotes, 2.570 cañones y 16.400 hombres. Tres escuadras holandesas con veinte navíos, tres fragatas, tres bombardas, tres brulotes, 1.580 cañones y 10.850 hombres. A esto se unían embarcaciones de transporte hasta lograr un total de 207 velas²⁷. Esta poderosa flota apareció en la bahía de Cádiz el 23 de agosto de 1702²⁸ fondeando en un amplio arco desde Rota a Santi Petri y dedicando sus primeras acciones a confirmar la batimetría de las zonas que pensaban serían propicias al desembarco. Mandaba la escuadra el almirante Rooke²⁹ y, por parte holandesa, el también almirante Philips Von Almonte. Ambos eran marinos muy expertos que ya se habían distinguido en la batalla de La Hogue. Mandaba las fuerzas de desembarco Sir James Butler, duque de Ormond y, como antes se dijo, la parte política de la operación, fundamentalmente las relaciones con unos presuntos, y numerosos, tráfugas españoles, había sido asignada al príncipe Jorge de Darmstadt.

A esta armada debía oponerse el capitán general de Andalucía, marqués de Villadarias "y todas sus tropas eran 150 hombres veteranos y treinta caballos; los que presidiaban Cádiz no llegaban a 300; no había almacenes ni armas para dar a las milicias urbanas ni más disposición de guerra que pudiera haber en la paz"³⁰. No obstante estas afirmaciones de Bacallar, la bahía y su entrada estaban defendidas por una serie de fortalezas, como los fuertes de San Felipe y Puntales en Cádiz y los castillos de Matagorda en Puerto Real y Santa Catalina en el Puerto de Santa María. Todos ellos estaban razonablemente artillados y equipados con munición y servidores y esta circunstancia, junto al progreso que había experimentado la artillería, fueron la causa de que el almirante Rooke no pudiera repetir la conquista de Cádiz con la facilidad con que la habían logrado sus predecesores. Por ello decidió desembarcar en la playa de Rota para conquistar esta ciudad y, disponiendo de su puerto, poner cómodamente en tierra caballos, cañones y pertrechos.

La noticia de la arribada de la flota aliada llegó a Madrid con las consecuencias que narra el marqués de San Felipe:

²⁵ Belando, op. cit. p. 94.

²⁶ Marqués de San Felipe, op. cit. p. 45.

²⁷ Ponce Cordones, F. J. *El desembarco de 1702 en Rota*. Actas de las X jornadas Nacionales de Historia Militar. Sevilla, 13 a 17 de noviembre de 2000. Pp. 615 a 636.

²⁸ Tan desavisada estaba la ciudad que creyeron que se trataba de los galeones de Indias, esperados por aquellos días. Las banderas inglesas los sacaron de su error.

²⁹ Las instrucciones al almirante Rooke eran las siguientes: "Deberá reducir y tomar la ciudad e isla de Cádiz" pero de no serle posible "deberá entonces dirigirse a Gibraltar..." *Home Office Admiralty*, Vol XIII. Cita tomada de Hills, George. *El Peñón de la discordia*, Madrid, 1974. P. 191.

³⁰ Marqués de San Felipe, op. cit. p. 45.

"Conmovió mucho a España, turbó la corte, pero no el ánimo de la Reina la cual, aunque estaba el Rey ausente... convocó a los ministros y habló con tanta eficacia y del modo más obligante que no hubo quien no expusiese sus haberes y su vida en defensa del Reino. No omitió esta aparente demostración de fidelidad el Almirante a quien, por medio de la Princesa, rogó la Reina fuese a defender la Andalucía con entera y absoluta autoridad de vicario general. Negóse a esto, no porque no lo deseaba, para estar a pie de obra, ver de qué parte pendía la fortuna y adherirse a la más propicia; pero quería ser rogado para que no se le imputase jamás por traición cualquier siniestro acaecimiento, sino por desgracia. Daba por excusa no querer ir a perder su honra sin tropas ni disposición alguna de defensa. La Reina la admitió poco satisfecha y determinó que el mismo Villadarias se encargase de la defensa"³¹.

Continúa diciendo el marqués que el primero en bajar a tierra en Rota fue el príncipe de Darmstadt, y que afirmó con arrogancia: "Juré entrar por Cataluña a Madrid ahora pasaré por Madrid a Cataluña". Desde tierra envió cartas a los comandantes del ejército y las autoridades civiles pidiendo el reconocimiento del Emperador y, salvo el caso del gobernador de Rota que por *fragilidad de ánimo* cambió de bando, no consiguió del resto más que desprecio. Esto daría lugar, posteriormente, a un fuerte antagonismo entre Jorge Darmstadt, el duque de Ormond y, en general, los oficiales ingleses, que acusaron al príncipe "de embustero y crédulo porque no se habían hallado los parciales austriacos, ni adherido español alguno a su partido, más que el gobernador de Rota por necesidad y fragilidad de ánimo, después de ser prisionero; que se habían declarado toda la Andalucía y las Castillas por su soberano..."³². Este fue el comienzo de una desabrida relación entre Darmstadt y los ingleses que duraría hasta la muerte del príncipe en Barcelona.

Una vez conquistada Rota los aliados se dirigieron hacia El Puerto de Santa María, ciudad que no contaba con fortaleza alguna en su núcleo urbano y que fue abandonada por sus habitantes que huyeron con todas sus pertenencias de valor. Los invasores tan sólo encontraron una ciudad vacía de gentes y repleta de botas de vino. Y aquí se va a producir un hecho de guerra nimio, dentro del también poco revelante, por frustrado, ataque a Cádiz pero que tuvo, sin duda y por difícil que sea su cuantificación, una influencia decisiva en el resultado de la contienda. Castellví lo cuenta como sigue:

"Saqueóse la ciudad, profanáronse los templos, tomáronse los adornos y vasos sagrados y sufrieron las imágenes. No se vio igual furor. No transpiraron en los ejecutores señales de la natural ley. Quemóse lo que no pudieron conducir. Declararon con estas impiedades que no venían como amigos ni libertadores de la opresión como publicaban. Manifestaron ser los mayores enemigos de la nación y de la religión... y quedó radicada en las Castillas la aprehensión de que era premeditada y positiva orden de los aliados los saqueos y sacrilegios como preliminares de pervertir a la religión"³³.

Comenta también Castellví las consecuencias que tuvieron las profanaciones de los aliados:

"El horror que causó al celo de los españoles la expedición de los ingleses sobre Cádiz, profanando los templos en Santa María con sacrílegas prácticas, encendió los ánimos de todas

³¹ Ibid.

³² Ibid., p.47.

³³ Castellví, op. cit., tomo I, p. 368.

las provincias de España confinantes en aquel país, que con sus ojos vieron la profanación; y a porfía concurrieron, con celo de la religión más que regio, provincias y ciudades, villas y particulares, con grandes sumas para facilitar la pronta leva de tropas para oponerse a los que consideraban violadores de la religión... porque el que pretende inclinar ultrajando lo más sagrado de los pueblos yerra el fundamento en que piensa fundar su empresa"³⁴.

Las noticias de la profanación corrieron como la pólvora por toda España y los pulpitos ardían en proclamas contra los herejes y contra la casa de Austria que se valía de ellos para apoderarse de lo que no le correspondía. Volvió a surgir con fuerza la vieja polémica sobre la licitud de aliarse con herejes.³⁵

Tras tomar la ciudad de El Puerto Santa María los aliados consiguieron asaltar el castillo de Santa Catalina, fácilmente abatible desde tierra, pero no así el de Matagorda, rodeado de marismas. Villadarias, pese a sus escasas fuerzas, aunque iban en aumento progresivo, hostigaba a los desembarcados haciendo el mayor ruido posible para hacer ver que contaba con un ejército temible. Finalmente el 28 septiembre en un Consejo de Guerra se decidió abandonar el proyecto de la conquista de Cádiz ante la imposibilidad de mantener tanto tiempo las naves sin resguardo en un mar que, trascurrida la calma veraniega, se iba a tornar muy peligroso. La escuadra partió para Vigo donde va a tener lugar la batalla de Rande y el apresamiento de parte de la plata que venía de América. Botín pírrico ya que, en su mayor parte, pertenecía a comerciantes ingleses y holandeses³⁶.

Por estas fechas se produce la desertión de Almirante de Castilla, la más sonada de todas por la calidad del personaje, su importancia como político y lo rocambolesco de su fuga. El meollo de la cuestión es que Portocarrero, desconfiando de los movimientos del Almirante y de su clara y antigua inclinación hacia la casa de Austria, quiso alejarlo de la corte de Madrid. Consiguió que la Reina, con la aprobación de Luis XIV, le nombrara embajador plenipotenciario en Francia. Pareció dudar el Almirante por no haber precedente de persona de su categoría en semejante puesto y porque temía que, una vez en Francia, fuese encarcelado por el Cristianísimo. Finalmente pareció aceptar; pidió mucho dinero prestado con el aval de su patrimonio, reunió sus joyas y enseres más valiosos y con un séquito, que sería comentado en toda Europa, de 189 personas y 45 carruajes, partió de Madrid el 13 septiembre de 1701. Al llegar a Tordesillas recibió una carta de la Reina (una protocolaria recomendación para su hermana que él mismo se había ocupado de que le llegara en tal momento) y afirmó que en ella se le ordenaba dirigirse a Portugal lo cual hizo a marchas forzadas para no ser detenido. Ya en Lisboa fue recibido por el Rey Pedro, "no como fugitivo sino con los honores de un descendiente del Rey don Enrique de Castilla, y le aseguró que su persona sería considerada como un príncipe de su sangre"³⁷. Y, convencido como estaba de la enorme resonancia de su abandono de la causa borbónica, publicó en

³⁴ Ibid, p. 332.

³⁵ Ver Pérez Picazo, M^a Teresa. *La publicística española en la Guerra de Sucesión*. Tomo I, pp. 214 y sigs.

³⁶ A falta del oro y la plata que habían sido puestos a buen recaudo un botín poco conocido consistió en enormes cantidades de rapé, hasta entonces prácticamente ignorado en Inglaterra, que inundaron el mercado de Londres y cuyo consumo se generalizó entre amplias capas de la población. Trevalyan, George Macaulay. *Historia social de Inglaterra*, México, 1984, p. 333.

³⁷ Castellví, op. cit., tomo I, pp. 642 a 646. La versión más completa sobre este asunto es la de este autor aunque no concuerda exactamente con la de otros como San Felipe o Braudillart.

Portugal, al año siguiente, el llamado *Manifiesto del Almirante*³⁸. No se trata de ningún texto programático y es poco más que un memorial de agravios personales lleno de subjetividad y no exento de rencor. Pese a ello su difusión fue grande, sobre todo en los territorios de la Corona de Aragón.

5.3 EL PROTAGONISMO DE PORTUGAL.

Desde la llegada a Lisboa del Almirante de Castilla, Portugal va a tomar un protagonismo importante en la guerra de España. Ya hemos visto cómo el Almirante fue recibido con todos los honores y, desde el comienzo, va a mantener una actividad muy intensa en favor de la Casa de Austria con el objetivo inicial de romper, en beneficio de ella, la neutralidad de *facto* que no *de jure* que mantenían Pedro II y su gobierno:

"El primer paso que el Rey dio a impulsas de los que querían la guerra fue leer las cartas de Mendoza³⁹ en una junta particular que hizo, a la que admitió a los embajadores de Alemania, Inglaterra y Holanda como para ser oídos; y estos consiguieron que interviniese también el Almirante. El tenor de las cartas era éste: que estaban las cosas en España en el estado más infeliz, sin fuerzas para sostener la guerra; sin armas ni tropas, ultrajada la nobleza e igualmente descontenta como los pueblos; divididos en bandos el Palacio y los que gobernaban, aborrecidos los franceses... de forma que caería infaliblemente el Trono de España si se le internare la guerra por Extremadura..."⁴⁰.

En esta labor de romper la neutralidad va a ayudar al Almirante un hábil diplomático inglés, también llegado recientemente a Lisboa, John Methuen⁴¹ que más tarde sería conocido universalmente por los tratados que llevan su nombre⁴². Concretamente son tres aunque, a nuestros efectos, interesan el de carácter defensivo entre Portugal, Inglaterra y las Provincias Unidas⁴³ y, sobre todo, el concertado entre Portugal, el Emperador, Inglaterra y las Provincias Unidas el 16 de mayo de 1703. Es un documento muy detallado⁴⁴, con veintinueve artículos, además de otros dos secretos, y un largo preámbulo en el que se pretende justificar la ruptura del tratado de 1701 entre Portugal y las dos Coronas con el

³⁸ BNE, Mss. 11028. Puede leerse también en Pérez Picazo, op. cit., tomo II, pp. 201 a 220.

³⁹ Embajador de Portugal en Madrid. Bacallar lo considera "hombre adverso a los españoles y poco amigo de la quietud".

⁴⁰ Bacallar, op. cit. pp. 52 y 53.

⁴¹ Aunque sus antecedentes, no del todo honestos, le hacían gozar de poca confianza por parte de sus superiores fue nombrado embajador por su conocimiento de Portugal y por haber tenido anteriormente allí alguna influencia social. Mucho peor es la opinión que merece a alguno de sus compatriotas. Swift decía de él que "era un disoluto bribón, sin religión ni moralidad, pero lo suficientemente astuto". Lo cierto es que se movía como pez en el agua en la corte corrupta de Pedro II, donde a base de sobornos y habilidad, consiguió una influencia política muy superior a la que gozan habitualmente los embajadores.

⁴² En el caso de Portugal, además de conocido, denostado ferozmente y con toda la razón. El tercer tratado, de 27 de diciembre de 1703, a pesar de tener sólo tres artículos y ser puramente comercial, fue un desastre para este país. Arruinó su incipiente industria, convirtió su agricultura en un monocultivo que luego va a resultar nefasto y desvió a Inglaterra (a causa del terrible déficit comercial que provocó) la mayor parte del oro del Brasil, recientemente descubierto, y que era la base de su economía.

⁴³ Este tratado, que tenía el carácter de perpetuo, estuvo vigente hasta la primera guerra mundial.

⁴⁴ Puede leerse en Jenkinson, Charles. *A collection of all the treaties of peace, alliance and commerce between Great Britain and others powers*. London, 1785, pp. 337 a 354.

argumento de la opresión que sufren los españoles por mano de franceses y por la intención de éstos de convertirlos en provincia suya. La impresión que su lectura produce es que Portugal ha hecho pagar a los aliados un alto precio por asociarse con ellos:

“Cualquiera que lea estos dos tratados de principio a fin imaginará que el Rey de Portugal y sus ministros se sentaron a la mesa y los redactaron sin más, para luego enviarlos a la firma de sus aliados, ya que el espíritu y el estilo de ambos se centra en todas sus líneas sólo en un punto: lo que nosotros y Holanda hemos de hacer por Portugal sin mención alguna de contraprestación”⁴⁵.

Aparte de recibir dinero -un millón de patacones al año más los gastos de movilización inicial- recibirá gratis armamento, incluso pólvora y cañones que luego quedarán de su propiedad. El Rey de Portugal será el jefe supremo de los ejércitos aliados en la zona que estarán, en general, bajo mando portugués. Los aliados deben, además, mantener operativa una escuadra para defender las costas de Portugal y las de sus colonias, la cual debe ser, como mínimo, equivalente a la flota que las dos Coronas puedan movilizar contra sus territorios. La contrapartida es que Portugal se compromete a poner en armas un ejército de 23.000 infantes y 5.000 hombres a caballo. Por su parte los aliados traerán a Portugal un ejército de veteranos con 10.000 hombres a pie, 1.000 de caballería ligera y 1.000 dragones. Lord Bolingbroke se va a burlar de este tratado: “Portugal fue atraído a la Gran Alianza; es decir que consintió en emplear sus formidables ejércitos contra Felipe a expensas de Inglaterra y Holanda...Era un proyecto en el que no debíamos haber entrado”⁴⁶.

Pero lo realmente fundamental de este tratado son los artículos XXI, XXIV y XXV que convierten lo que pudiera parecer un simple acuerdo militar en un documento de indudable trascendencia política. Y ello, como ahora veremos, porque modifica, de forma solapada aunque sustancial, los objetivos de la Gran Alianza de tal manera que, al llegar los torios al poder no hicieron suyo el tal cambio de objetivos lo que les permitió justificar el negociar la paz a espaldas –incluso en ocasiones en contra- de sus aliados⁴⁷.

El primero de estos tres artículos especifica, como cláusula rutinaria, que no habrá paz sin que sus condiciones hayan sido antes consensuadas entre los aliados; pero introduce una condición nueva que va mucho más allá de lo pactado en el tratado de la Gran Alianza: no será posible la paz mientras un príncipe francés esté sentado en el trono de España. Como vimos en el capítulo anterior esto representa un cambio sustantivo respecto a los objetivos iniciales de la Gran Alianza que va a provocar, casi con seguridad, no sólo un retraso de varios años en la firma de la paz sino el que ésta se alcance en un proceso cargado de incidentes. Los artículos XXIV y XXV, también innovadores, dicen:

⁴⁵ Jonathan Swift. *La conducta de los Aliados*, p. 643. Swift señala agudamente la contradicción entre este tratado que prescribe que el Archiduque quedará en posesión de los dominios españoles tal como los disfrutaba Carlos II y el de la Gran Alianza que autoriza a Inglaterra y Holanda a hacer conquistas en las Indias. P. 641.

⁴⁶ Henry Saint John, lord Bolingbroke. *Lettres sur l'Histoire*. París, 1752. Tomo II, carta 8ª, pp 220 y 221. Esta 8ª carta es más conocida por la publicación separada que hizo Trevelyan en 1932 bajo el título de *Bolingbroke's Defence of the treaty of Utrecht*. Cambridge, 1932.

⁴⁷ Véase la exhaustiva justificación que hace Bolingbroke en la 8ª de sus “*Lettres sur l'Histoire*”.

"El archiduque Carlos vendrá a Portugal, donde desembarcará junto a las tropas que los aliados han de enviar de acuerdo a lo especificado en este tratado y su Sacra y Real Majestad de Portugal no estará obligado a entrar en guerra hasta que el Archiduque y todos los socorros de hombres y barcos hayan llegado a Portugal...

Además, tan pronto como el Archiduque llegue Portugal, su Sacra y Real Majestad le reconocerá como rey de España, tal como lo era Carlos II, siempre y cuando haya notificado en forma debida y fehaciente a su Sacra y Real Majestad que el derecho por el cual es rey de España le ha sido transferido con todas las formalidades debidas"⁴⁸.

Se trata de una aportación nueva e importante ya que, aunque es asunto que pudiera darse por supuesto, era ésta la primera vez en que el Emperador y el Rey de Romanos reconocían su disposición a transmitir sus derechos a Carlos.

Los dos artículos secretos son concesiones tan importantes para Portugal que, por sí solas, justificarían una guerra. Son adquisiciones territoriales estratégicas, a costa de España, y la razón de la reserva sobre su contenido es que implican el desmembramiento de la Monarquía, no sólo en las Indias sino en la propia península, en el Reino de Castilla, lo cual era algo, en el año 1703 y con una opinión pública aún no domeñada por los sinsabores de la guerra, difícilmente admisible por los españoles para quienes, como antes vimos, la existencia de Portugal como reino independiente no era todavía un hecho asimilado. Dicen así estos dos artículos:

I. "El archiduque Carlos después que le hayan sido transferidos legalmente los derechos para ser *Rey de España y de las Indias occidentales*⁴⁹, como el Rey católico Carlos II posea ambas, cederá y entregará a su Sacra y Real Majestad las ciudades de Badajoz, Alburquerque, Valencia y Alcántara (sic) en Extremadura y las ciudades de Guarda, Tuy, Bayona y Vigo en el reino de Galicia; y todos sus poblados y castillos, con los territorios circundantes que les pertenecen a cada una, en la misma forma en que ahora se encuentran. Esta cesión y donación será hecha a la Corona de Portugal, para siempre, a fin de que los Reyes de Portugal puedan poseerlas con los mismos títulos y soberanía con que fueron poseídas por el antedicho Carlos II.

II. Además, el Archiduque se obliga de igual manera y en el mismo tiempo a ceder y entregar a su Sacra y Real Majestad y a la Corona de este Reino, para siempre, todos y cada uno de los derechos que tenga y pueda tener sobre los territorios situados en el lado norte del Río de la Plata, que será el límite de las posesiones americanas de ambas Coronas, de manera tal que su Sacra y Real Majestad pueda poseerlos y guarnecerlos como su soberano verdadero de la misma manera que al resto de sus dominios".

Este tratado no fue hecho público hasta el año siguiente, después de la llegada del Archiduque a Lisboa, lo que no implica que no llegara a trascender; incluso los artículos secretos no debieron serlo tanto porque fueron conocidos por los españoles como lo demuestra una precisa referencia a estas cesiones territoriales en la declaración de guerra que hizo Felipe V a Portugal el 30 de abril de 1704.

⁴⁸ Entre ellas debía estar la aceptación por el Archiduque de los términos de este tratado; precisamente lo hizo al día siguiente de su proclamación como Rey.

⁴⁹ Como puede verse no hay ninguna referencia a los territorios europeos extrapeninsulares.

A la vista de estos acuerdos era patente que había que cumplir dos condiciones previas antes de que el Rey Pedro pudiera entrar en guerra: el Archiduque debía ser proclamado rey de España, tras la renuncia de su padre y su hermano mayor a los derechos que le correspondían y, además, tenía que desembarcar en Portugal junto con las tropas aliadas. Pero el Emperador se resistía y, de hecho, no mucho antes de la firma del tratado, casi había desistido de hacer la cesión a favor de su hijo⁵⁰ por considerar casi imposible conseguir la corona de España. Pero los aliados, después de la firma de Methuen, presionaban a Leopoldo que no quería ni que Carlos saliera de Alemania (entre otras razones porque su hermano José aún no tenía sucesión) ni ceder sus derechos. El Almirante intervino enviando un razonado memorial al Emperador en el que decía que Portugal tenía 30.000 soldados dispuestos para la invasión de Extremadura y que los aliados, como se había demostrado el año anterior en Cádiz, no tenían capacidad militar para desembarcar exitosamente en España por lo cual, si Carlos no llegaba pronto a Portugal, había que perder toda esperanza de colocarlo en el trono de Madrid; esperanza que sería tanto más remota si se retrasaba su llegada porque "se entibiaría la disposición de los verdaderos españoles a favor de este príncipe... a más que los franceses, que se sirven de todo, procuran insinuarles que la intención del Emperador es quedarse tan sólo con la posesión de las provincias y reinos de Italia sin hacer caso a la Monarquía española"⁵¹.

Argumentaba también el Almirante sobre el riesgo de que habiendo Pedro II puesto en armas un ejército tan poderoso, que debía ser mantenido hasta la llegada del Archiduque en estado de forzosa inactividad, Luis XIV, de quien podía esperarse cualquier intriga, no maniobrara para hacer cambiar de bando al indeciso Rey a base de ofrecerle condiciones aún más ventajosas.

Aquí aparece claro lo que se intuía desde años antes. El interés en colocar al Archiduque en el trono de España corría a cargo de las potencias marítimas que buscaban primordialmente, como se dijo, el equilibrio de poder en Europa para seguir siendo dueños, sin interferencias, del comercio en el Mediterráneo y América. Mientras, la corte de Viena cuyas prioridades eran Flandes e Italia, deshojaba la margarita buscando el momento más propicio para conseguir nuevos objetivos, pero sin contrapartidas, ni siquiera económicas, pues el tratado de Methuen no preveía desembolsos, en principio, más que para Inglaterra y Holanda. Y todo ello sin contar con elementos colaterales como las presiones que la Emperatriz hacía para que la renuncia de Leopoldo fuera, en su caso, a favor del Rey de Romanos y que tampoco éste último tenía clara su voluntad de hacer la cesión a favor de su hermano Carlos.

Poco después de que los aliados firmaran el tratado con Portugal se produjo otra deserción sensible en el campo borbónico. El duque de Saboya, que desde siempre había sido proclive a la causa del Emperador, fue convencido para que rompiera su tratado con Francia. El 25 de octubre de 1703 Víctor Amadeo II firmó un tratado con los aliados en el que reconocía

⁵⁰ De hecho Waldstein, su embajador en Lisboa, siguiendo sus instrucciones, puso muchas dificultades a la firma del tratado, no sólo por las razones arriba aludidas, sino porque repugnaban a la Augusta Casa las cesiones territoriales de los dos artículos secretos.

⁵¹ Puede leerse este memorial en Castellví, op. cit., tomo I, pp. 427 a 430.

al Archiduque Carlos como Rey de España. Las cosas comenzaban a ir mal para Luis XIV que veía cómo, a la marcha de la guerra poco satisfactoria para sus armas, aunque lejos aún de las humillantes derrotas que sufriría más tarde, se unían sus enemigos a unos nuevos aliados estratégicamente decisivos.

Finalmente el 12 de septiembre de 1703, en el palacio de La Favorita en Viena, Carlos III es proclamado Rey de España⁵². Previamente habían renunciado a sus derechos tanto el Emperador como el Rey de Romanos y, a su vez, el Archiduque debió renunciar, en favor de ellos, a todos los territorios europeos extrapeninsulares que poseía la Corona española. Además, como José no tenía hijos, se firmaron los llamados “decretos leopoldinos” por los que se establecían las condiciones en que tendría lugar la sucesión en la Casa de Austria caso de fallecimiento de uno de los hermanos o de ambos. Como es lógico todo esto quedó en el más riguroso de los secretos, por lo que podía enervar a los españoles, y no fue revelado hasta 1713 por el entonces Emperador Carlos VI.

Carlos dejó Viena el 19 de septiembre con un séquito importante: 164 personas, 31 coches y 16 calesas. Atravesó toda Alemania y el día 30 de octubre llegó a la frontera con Holanda. En la Haya fue cumplimentado por el duque de Marlborough, en nombre de la reina Ana, y por el pensionario Hensius. El 20 de noviembre embarcó en la nave *La Peregrina* pero el mal tiempo le impidió salir del puerto hasta el 3 de enero de 1704 y tres días más tarde llegó a Inglaterra donde tuvo una recepción popular entusiasta que le acompañó hasta llegar al palacio de Windsor. No permaneció allí mucho tiempo pues el día 12 volvió a embarcarse con una flota que transportaba a 8.000 ingleses y 4.000 holandeses además de todos los pertrechos necesarios para armar a 20.000 hombres en Portugal. En total 414 velas y 87 navíos de línea que tuvieron una travesía tan complicada, a causa del mal tiempo propio de la estación invernal, que no consiguieron llegar a Lisboa hasta el 9 de marzo. Allí fue recibido por el Almirante de Castilla, por el rey Pedro y por toda la nobleza de Portugal. Al día siguiente el embajador de Francia fue expulsado de Lisboa (el de España hacía tiempo que se había marchado) y, el 14 de marzo, Carlos publicó su primer manifiesto dirigido a los españoles en el que dice haber llegado a Portugal con infinitos peligros, para liberar a sus súbditos de la opresión que padecen por la usurpación del duque de Anjou y la ambición de Luis XIV. Anuncia que va a entrar en guerra, junto a sus aliados, y que tan pronto llegue a España comenzará a correr un plazo de treinta días para que los españoles que estén en armas, sea voluntariamente sea por fuerza, acaten su mandato pues, caso contrario, serán tratados como enemigos de la patria. Asegura también el manifiesto de forma enfática que su ejército no producirá ninguna violencia contra Iglesias y casas religiosas ni contra la población civil. Más tarde, el 2 junio, publicó un edicto por el que establece una amnistía por un plazo de tres meses, para que todos aquellos que han recibido y jurado al duque de Anjou le abandonen reconociendo a Carlos III como legítimo Rey de España.⁵³

Por su parte Felipe V, meses antes, había remitido una declaración al Consejo de Estado manifestándole que pensaba ponerse en campaña contra Portugal: "no os causará novedad

⁵² Cuando Felipe V se enteró de esta proclamación hizo que los grandes de España y los oficiales mayores del ejército volvieran a jurarle fidelidad.

⁵³ Según Coxe todas estas declaraciones fueron redactadas por el Almirante. Op. cit., p. 218.

la resolución que he tomado de salir en campaña y ponerme al frente del ejército". Y en efecto, el 4 de marzo salió de Madrid "montado a caballo con grande acompañamiento de personas militares que iban a hacer la campaña y muchos políticos. Se tomó la marcha por Talavera y en todo el camino se vieron repetidas demostraciones de fidelidad y alegría"⁵⁴.

Por un decreto emitido en marzo de 1703 Felipe V había ordenado una movilización general cuyo desarrollo había puesto en manos del eficaz Jean Orry⁵⁵. La tarea de modernizar el ejército no era fácil ni de resultados rápidos y las primeras medidas fueron más de forma que de fondo. Se suprimieron los tercios, se unificó el uniforme de los soldados, se cambiaron los nombres de la jerarquía militar. Nada en definitiva que pudiera ser motivo de grandes esperanzas. Pero el Rey pudo contar con la ayuda Luis XIV y en febrero de 1704 llegó a España el primer cuerpo de ejército francés, al mando del duque de Berwick. Eran veinte batallones de infantería, seis regimientos de caballería y dos de dragones. Al pasar por Madrid se unieron a las tropas españolas formando un ejército de 18.000 infantes y 8.000 caballos que penetró en Portugal por el Tajo⁵⁶ en tanto que otros contingentes más pequeños penetraban desde Andalucía al mando del marqués de Villadarias y desde el norte con el duque de Híjar. La campaña fue inicialmente un éxito y se tomaron bastantes ciudades portuguesas prácticamente sin quemar un cartucho. Pero las cosas se torcieron por clamorosos fallos logísticos, por una ola de calor que asoló Extremadura y porque, tras el desconcierto inicial, los aliados comenzaron a ofrecer una fuerte resistencia. El objetivo inicial de llegar hasta Lisboa se había frustrado y Felipe V tuvo que volver a Madrid el 16 de junio. Pasada la ola de calor un contraataque aliado recuperó alguna de las ciudades perdidas. Pero también la falta de provisiones y las lluvias de otoño obligaron a los aliados a retirarse a sus cuarteles de invierno.

5.4 EL PRIMER ASEDIO A BARCELONA.

La persona de más rango que había venido en el séquito del Archiduque era su ayo, caballero y mayordomo mayor, el príncipe Antonio de Liechtenstein. Castellví lo describe de la siguiente manera:

"Su amor al rey Carlos era el mayor; su conducta extravagante; su inteligencia corta; su vanidad la mayor... A todo quería intervenir y decidir y para poco era capaz... Los recelos de descaecer en la estimación del Rey le hacían intolerables a cuantos comprendía que podría inclinarse el joven monarca y se declaraba adverso"⁵⁷.

⁵⁴ Belando, op. cit. p.123.

⁵⁵ Louville solicitó a Luis XIV que le enviara un experto en finanzas para poner en orden la hacienda española. Se envió a Jean Orry, en 1701, personaje de segunda fila pero que resultó enormemente eficaz en los numerosos períodos que estuvo en España, hasta 1715. Su carácter agrio y su prepotencia produjeron numerosos choques, incluso expulsiones de España, pero no cabe duda del éxito que, en general, tuvieron sus medidas y de su influencia en el despegue de la Monarquía.

⁵⁶ Previamente Felipe V había hecho el 30 de abril, en Plasencia, la declaración oficial de guerra a Portugal y al Archiduque. Puede verse el texto en Castellví, tomo I, pp. 471 a 473.

⁵⁷ Castellví, tomo I, p. 400.

Con tales antecedentes cabe imaginar la prevención y antipatía con que este príncipe recibió al Almirante. Y como lo veía, por calidad intelectual y nobleza de estirpe, demasiado enemigo, decidió juntar sus fuerzas con Jorge Darmstadt que, a más de compatriota, participaba en su aversión hacia el castellano porque este último mantenía criterios muy opuestos a los suyos sobre la manera en que había que llevar adelante la guerra en España. Por esta razón, y por innumerables maniobras en su contra del entorno alemán del Archiduque, el Almirante se llevó tantos disgustos que, ésta fue la creencia general, acabaron por ocasionarle la muerte. Respondía a ataques y brujuleos con lengua vitriólica y comentaba públicamente que "era de admirar que el Emperador hubiese enviado al serenísimo Archiduque a ser Rey de España sin gente, sin dinero y sin juicio: sin gente porque no la tiene a quien mandar como a propia; sin dinero porque al llegar a Holanda ya le escaseó para lo preciso⁵⁸. Y sin juicio porque su corte era toda de gente joven y el que debía ponerlo por todos, que era el príncipe Antonio como primer ministro y jefe de palacio, era hombre bronco y de corto talento". Y en otra ocasión llegó a decir el Almirante que "en la corte del rey Carlos sólo tres tenían juicio: el rey, aunque muy joven, el enano y el caballo"⁵⁹.

El 18 abril de 1704 llegó a Portugal el contralmirante Dicks con 34 barcos de guerra destinados a complementar la escuadra que Rooke mantenía en Lisboa. Se celebraron numerosos consejos de guerra para decidir la estrategia a seguir con esta flota. Las alternativas eran muchas y dieron lugar a violentas discusiones sobre la decisión a adoptar. El rey Pedro, con independencia de cual fuera el destino de la escuadra, se mantuvo firme prohibiendo que se incorporaran a la flota fuerzas de desembarco ya que las consideraba necesarias para unirse a la campaña de Extremadura. El Almirante, por su parte, sostuvo tenazmente la estrategia de desembarcar en Andalucía y conquistarla lo cual presentaba múltiples ventajas: por lo pronto cortaba la conexión entre España y las Indias con lo cual se produciría el estrangulamiento de la economía española y la dejaría mermada de recursos para mantener la guerra. Bolingbroke, años más tarde, va a compartir esta opinión: "He dicho, y es cierto, que nosotros hubiéramos puesto a Francia en situación de no poder continuar la guerra si hubiéramos producido una interrupción en el comercio entre España y las Indias o, incluso, si hubiéramos impedido que Francia obtuviera cada año, desde 1702, tesoros inmensos conseguidos por medio de los barcos que, con permiso de España, enviaba al Mar del Sur"⁶⁰.

Castellví transcribe el voto del Almirante (y del conde de la Corzana que se le adhirió) en el consejo de guerra de Caia que, aunque posterior porque fue en él donde se discutió el segundo ataque a Barcelona, la argumentación del conde de Melgar fue la misma que utilizó el año anterior:

"Que si se empezaban las hostilidades en la provincia de Cataluña se expondría a los propios vasallos de S. M. y a los de Aragón a una ruina manifiesta porque el enemigo sería muy poderoso por las vecindades de Francia, lo que sucedería al contrario haciendo la guerra por la parte de Andalucía pues no podría tan fácilmente ser socorrido, a causa de que las tropas francesas se hallarían muy distantes. Que a S. M. C. quedando asegurado del afecto de

⁵⁸ Es cierto. Tuvo que pedir un préstamo garantizado con sus joyas.

⁵⁹ Castellví, tomo I, p. 403.

⁶⁰ Bolingbroke, *Lettres sur l'histoire*, tomo 2º, pp. 214 y 215.

catalanes, valencianos y aragoneses, convendría más el ir a Andalucía, en donde sería más fácil introducirse, tanto por hallarse dicha provincia desprovista de lo necesario para defenderse como por el afecto que dichos pueblos demostraban por S. M. Que apoderándose de dicho país se hacían dueños de lo más fértil de toda España y de lo más rico, a más de los buenos caballos que se hallarían para servicio de la armada por lo cual la del duque de Anjou se hallaría desprovista...⁶¹

Y añadía, como argumento de peso político, que si en lugar de atacar por Andalucía se intentaba la conquista de Cataluña "esto haría más pertinaces las Castillas que juzgarían presumía la Corona de Aragón de darles ley; que empezar la guerra por Cataluña era animar una guerra civil que arruinaría España e imposibilitaría ocupar el rey Carlos su cetro"⁶².

El Príncipe de Darmstadt, por el contrario, defendía la invasión de Cataluña y sus argumentos se apoyaban en la supuesta aversión de este pueblo a Felipe V, contrapartida al amor que tenían por la dinastía austriaca, y en el elevado número de partidarios que él, personalmente, allí había dejado, con los que mantenía contacto y que, sin duda alguna, le secundarían. "El sentir del príncipe fue sostenido con el esfuerzo de Antonio de Liechtenstein. No le movía el conocimiento de concebir ser ventajosa la expedición, porque su genio estaba lejos de comprenderlo; le movía sólo el oponerse al Almirante que le competía en la privanza del Rey"⁶³. En el último y definitivo consejo de guerra en que se trató este asunto votaron en contra de la expedición a Barcelona el rey Pedro y el Almirante de Castilla, aunque por razones distintas. Los demás, incluido el Archiduque y el almirante Rooke, votaron a favor de una expedición al Mediterráneo norte para ayudar a la defensa de Niza, entonces dominio amenazado del duque de Saboya, pero sin excluir otras posibilidades. La opción adriática para ayudar a Eugenio de Saboya tampoco fue aceptada.

La armada salió del de Lisboa el 7 de mayo de 1704. Estaba formada por treinta navíos de guerra, cincuenta de transporte y los correspondientes regimientos de marina. No iban tropas de desembarco por la negativa de Pedro II a la que antes nos referimos. Al llegar a Gibraltar intentaron, tan sólo con la exhibición de su fuerza, la entrega de la plaza⁶⁴ y, al no conseguirlo de inmediato no quisieron desaprovechar el viento favorable que esos días les acompañaba y prosiguieron su rumbo hacia Barcelona. El príncipe había embarcado en Lisboa unas decenas de catalanes, allí exiliados, y los fue desembarcando en Altea, donde pararon para proveerse de agua, y en otros lugares de la costa. Llevaban misivas de Darmstadt para sus correligionarios en Cataluña en las que daba instrucciones para que pusieran en marcha conjuras y movilizaciones de voluntarios que ayudaran en el asedio.

⁶¹ Castellví, tomo I, p. 641.

⁶² Castellví, tomo I, p. 510.

⁶³ Ibid. p. 444.

⁶⁴ Llevaban una carta del Archiduque de fecha 5 de mayo dirigida a *mi ciudad de Gibraltar* en la que decía que "no dudando de que seréis constantes en vuestra fidelidad me place informaros que el almirante Rooke, comandante de las fuerzas navales de S. M. Británica, tocará ese puerto y os entregará esta mi real carta...". La carta pedía a la ciudad que se entregara pues "si ejecutáis lo contrario, que es lo que no puedo creer de tan fieles vasallos a su legítimo Rey y Señor, será preciso usar todas las hostilidades que trae consigo la guerra, aunque con el dolor mío de que los que amo como a hijos padezcan porque ellos quieren, como si fueran los mayores enemigos". Tomado de De la Gándara Porras, M. P. *Comportamiento heroico y fidelidad absoluta de la ciudad de Gibraltar*. X Jornadas Nacionales de Historia Militar. Sevilla, noviembre de 2000. , p. 679.

También envió cartas para entregar a los presidentes de los tres comunes. En tales cartas decía que Carlos era ya reconocido como Rey de España por casi todos los estados de Europa y que se debía aprovechar la llegada de la flota a Cataluña para sacudirse el yugo tiránico que les oprimía.

Lo autorizado en el consejo de guerra de Lisboa, a instancias del duque de Marlborough y con intención de alejar del Rhin tropas francesas, era que la armada se dirigiera a Niza y atacara, si se presentaba ocasión, a la flota francesa cuya base estaba en Tolón. Pero, por circunstancias no muy claras pero achacables sin duda a Darmstadt⁶⁵, se fondeó primero ante Barcelona, el 28 de mayo. El príncipe envió a Zinzerling, secretario de estado del Archiduque, a que intentara parlamentar -lo que no consiguió, tan sólo entregó una carta exigiendo la rendición de la ciudad- con Francisco Fernández de Velasco que, desde principio de año, había sustituido como virrey al conde de Palma.

Existe concordancia entre los historiadores⁶⁶ de que este primer intento de desembarco en Barcelona fue un enorme error de apreciación de Darmstadt pues, ni el Archiduque despertaba en aquel momento tantas simpatías en Barcelona, ni la conspiración austracista que él había intentado poner en marcha contaba con un mínimo apoyo. El marqués de San Felipe lo refiere así:

"Esperaba Armestad rendirla con sólo su presencia pero no estaba maduro el negocio ni bien pertrechada la conjura porque había el príncipe ofrecido que vendría con veinte mil hombres y el mismo Carlos austriaco a desembarcar en aquella ribera... Salieron emisarios a conmover los pueblos... Algunos ofrecieron adherirse a la rebelión pero no empezarla, por no correr riesgo, porque las fuerzas con que Armestad venía eran menores que sus promesas y así nadie osó ser autor de tan arriesgada obra... Ayudábase con cartas secretas y esparcidos papelones Armestad, pero no hacían fuerza"⁶⁷.

El propio Feliú de la Peña confiesa haber escrito al príncipe, nada más llegar la flota a Barcelona, "previniéndole lo difícil del empeño y que no juzgaba poder lograrse pero, si le parecía, podría ejecutar alguna prueba aunque la juzgaba sin fruto"⁶⁸.

Desde luego ni la composición de la escuadra, tan sólo treinta navíos de guerra, ni la escasa dotación que transportaba, permitían hacerse muchas ilusiones sobre el éxito de la empresa. Así lo comprendieron los catalanes, e incluso los más austracistas moderaron sus ardores, y todos se pusieron incondicionalmente a las órdenes del virrey para la defensa de la plaza, convocando a la Coronela⁶⁹ y tomando medidas para resguardar murallas y puertas tan pronto se produjera el asedio.

⁶⁵ En el consejo de guerra referido se habló, sólo de pasada, de Barcelona, Mallorca y Menorca como de lugares en los que sería posible realizar alguna demostración de fuerza.

⁶⁶ Existen extensas descripciones de este primer intento de conquista de Barcelona en Feliú, tomo III, pp.519 a 523 y en Castellví, tomo I, pp .445 a 451.

⁶⁷ Bacallar, p. 73.

⁶⁸ Feliú, tomo III, p. 523.

⁶⁹ Era la milicia urbana. "Estaba la ciudad pronta a contribuir; que comunicaría su decisión a los otros comunes...y los tres comunes respondieron a Velasco que ofrecían para la defensa sus bienes y sus vidas; que les parecía que para suplir la falta de tropas se podía, desde luego, formar el regimiento de los naturales, nombrado Coronela; que este cuerpo sería de 5.000 hombres". Castellví, tomo I, p. 447.

La conspiración interior, a cuya cabeza figuraba, entre otros, Antonio de Peguera y Aymerich, persona muy joven pero ya muy introducida en los círculos políticos e intelectuales de Barcelona⁷⁰ y que encontraremos más adelante en acciones políticas y militares de bastante relieve, preveía la formación de un regimiento para asistir a los asaltantes y la puesta en marcha de una conjura para abrir a los aliados, determinada noche, una de las puertas de la ciudad, en lo que habían conseguido implicar al propio veguer⁷¹, Llatzer Gelsen. Ambas previsiones fracasaron y el veguer, asustado en el último momento, se autoinculpó ante el virrey provocando con ello, además, que los implicados en facilitar la entrada de los asaltantes tras la apertura de la puerta, se escondieran o huyeran de la ciudad para evitar represalias.

Tras el fracaso, Darmstadt, que había desembarcado al frente de unos tres mil quinientos hombres, se retiró bajo el paraguas protector de un bombardeo a Barcelona realizado desde la flota. En esta retirada le acompañaron algunos de los conspiradores, como el referido Antonio Peguera, que en buen número van a recalar en Viena como refugiados. Y fuera cual fuere el alcance de la fallida conspiración lo cierto es que nadie dejó de tildarla de improvisada y sin apenas apoyos en la sociedad catalana, antes bien se resaltó de forma mayoritaria la fidelidad al virrey y a la Corona de instituciones y ciudadanos. Castellví destaca críticamente la juventud e inexperiencia de los promotores *de edades no cabales* y Pablo Ignacio de Dalmases, nada sospechoso por cierto, cuenta como era “inexplicable la alegría y contento con que han quedado todos...se dan unos a otros parabienes y enhorabuenas con extraordinarias demostraciones de alegría por haberse serenado tanta tempestad como la habida en los días antecedentes”⁷². Por su parte Belando comenta:

“Quedó por todo lo dicho bastantemente mortificado el Príncipe de Armestad, pues experimentaba que no tenía tanto aplauso en Cataluña como había soñado y que no lograba la conquista que por este sueño había facilitado a los aliados. El Almirante inglés, más que otro alguno, quedó desengañado, y por este motivo decía que aquella guerra se fundaba más en la opinión y en los papeles que esparcía Armestad que no en pólvora y balas”⁷³.

Tuvo, sin embargo, la conspiración consecuencias gravísimas, aunque distintas a lo pretendido por sus promotores, a causa de la represión que puso en marcha Fernández de Velasco, no sólo entre los presuntos adherentes, como antes se dijo más supuestos que confirmados, sino también entre el grupo mucho más amplio de notables sobre los que recaían sospechas de veleidades austracistas. Para mayor consecuencia Fernández de Velasco había dejado muy mal recuerdo en Barcelona cuando, como virrey nombrado por Carlos II, había tenido la responsabilidad de la defensa de esta plaza ante Vêndome. Ya hablamos anteriormente de su escaso espíritu de lucha y de su entreguismo, circunstancias que motivaron la petición de las instituciones al Rey para que fuera cesado. No obstante, en los primeros meses de su segundo mandato no había levantado demasiadas quejas ni había

⁷⁰ Fue fundador en el año 1.700, con otras 15 personas, de la *Academia de los Desconfiados* foro muy exaltado por la historiografía catalana y de marcado carácter austracista.

⁷¹ Autoridad judicial a quien correspondía la responsabilidad sobre la apertura y cierre diarios de las puertas.

⁷² Torras i Ribé, op. cit., p. 99.

⁷³ Belando, op. cit., tomo I, p. 146.

surgido ningún contencioso de importancia con los poderes locales. El conde de Robres, que lo conoció personalmente, dice de él: "Verdaderamente el nuevo virrey poseía grandes dotes de gobierno pero no las practicaba con agrado, antes bien las practicaba con aspereza... Así lo reconoció él mismo y, según oí, venció cuanto pudo su natural"⁷⁴.

La represión de Fernández de Velasco alcanzó a muchos notables de Barcelona. Entre ellos el notario Vilana Perlas, que luego sería la mano derecha del Archiduque tanto en Barcelona como en Viena y al mismo Feliú de la Penya. Ambos fueron encarcelados, al parecer sin cumplir con las formalidades procesales al uso y, en el caso de Feliú, con tan rara fortuna que en el registro exhaustivo que realizaron en su casa en busca de pruebas que le inculparan le fue incautado el manuscrito de los *Anales de Cataluña*, pero incompleto. La parte más comprometida, la final, que correspondía a lo sucedido desde la muerte Carlos II, estaba guardada en una alacena que, aún estando a la vista de todos, por circunstancias inexplicables no fue abierta en el registro. Tal vez hubiera sido otra la suerte que corriera de haber sido encontrado texto tan comprometido, en el que no oculta su total y activa parcialidad hacia el Archiduque.

Esta represión del virrey puso en marcha la consabida espiral acción- reacción de suerte que, tras un año de detenciones más o menos arbitrarias, de incidentes de todo tipo con la Diputación y los Brazos y de reclamaciones virulentas a Madrid, cuando el año siguiente se produzca el segundo asedio a Barcelona, la opinión pública, o al menos parte no escasa y cualitativamente importante de ella, así como las instituciones, van a adoptar una actitud no, como se ha dicho, radicalmente a la contra pero sí diferente a la de fidelidad a toda prueba que tuvieron en mayo de 1704.

A la vista del fracaso de su intento la escuadra abandonó Barcelona y puso, como le estaba ordenado, rumbo a Niza pero, al llegar a sus proximidades, recibieron noticias de que el duque de Saboya se negaba a cooperar desde tierra al ataque que, coordinado con la flota, se había proyectado; por ello, Rooke, sorprendido además por una gran borrasca en el golfo de León que dejó maltrecho el velamen de muchos de sus barcos, se vio forzado a dar la vuelta y dirigirse hacia el Estrecho. A unos doscientos kilómetros de Mallorca avistaron la escuadra del conde de Toulouse, que procedía de Cádiz, y ambas flotas se pusieron, con muy poca convicción, en orden de batalla. Los aliados no quisieron entrar en combate, tal vez por las averías que les había dejado el temporal, y siguieron su rumbo hacia el sur, "navegando sin tener destino fijo por las costas de España y de Berbería y, para que no se dijera que había sido paseo, en el día 28 tuvieron consejo de guerra los almirantes Rooke, (Rooke) inglés y Kalemberg (Callenberg) holandés y en él se determinó convertir las fuerzas contra la plaza de Gibraltar". Los franceses, que estaban en inferioridad numérica, viendo alejarse al enemigo y quedando asegurado que Mahón y Niza estaban a salvo, volvieron a su base en Tolón.

⁷⁴ Agustín López de Mendoza y Pons, conde de Robres. *Historia de las guerras civiles de España*. P. 190.

CAPÍTULO 6. GIBRALTAR.

6.1 GIBRALTAR, OBJETO DEL DESEO DE INGLATERRA.

No cabe duda de que entre las cesiones territoriales que España tuvo que realizar tras la guerra de Sucesión la que tuvo más trascendencia en los siglos siguientes, por tratarse de territorio peninsular, fue la de Gibraltar. Para muchos esta cesión fue consecuencia de un hecho de armas -su conquista- más bien fortuito o, en el peor los casos, debido a que la escuadra inglesa que en el verano de 1704 había entrado el Mediterráneo, y que no había hecho cosa de utilidad tras el fiasco inicial en Gibraltar, el posterior en Barcelona, la cancelación del ataque a Niza y, por último, la obligada retirada ante la escuadra francesa, debía justificar la expedición con alguna acción, la que fuere, para encubrir su fracaso. También Darmstadt, responsable político de la empresa, debía pensar algo por el estilo y decidió que, ya que Barcelona se había mostrado inaccesible, Gibraltar podía ser no sólo la primera ciudad española que conquistara para Carlos III sino también una vía de entrada para la conquista de la península complementaria con la frontera portuguesa.

Pero lo cierto es que la conquista de Gibraltar estuvo planeada previamente por los ingleses y que había sido objetivo suyo desde comienzos del siglo XVII. Y no un objetivo cualquiera, planteado al azar por algún almirante visionario, sino meditado, analizado en sus dificultades, espiado e, incluso, en alguna ocasión, próximo a ser asediado con escuadras muy poderosas. Por eso, una vez que estuvo en poder de los ingleses y pese a ciertos cuestionamientos por parte de algún marino sobre su idoneidad como base militar, nunca perdió su condición de ser un enclave conveniente, y hasta necesario, para Inglaterra de manera que, tanto las acciones militares como los esfuerzos, especialmente intensos en la primera mitad del siglo XVIII, de la diplomacia española para recuperarlo, fueron totalmente estériles¹.

El 19 de febrero de 1624, siendo rey de Inglaterra Jacobo I, el Parlamento votó la concesión de importantes sumas para acometer una guerra marítima contra España. Al año siguiente firmó el tratado de Southampton, con Holanda, por el que esta última nación se obligaba a dotar a la flota conjunta con un buque de guerra por cada cuatro ingleses. La escuadra, que logró reunir 90 velas y 10.000 hombres, estuvo presta en octubre y el día 20 de dicho mes, avistado el cabo San Vicente, se reunió el Consejo de Guerra para decidir qué lugar de España atacar. El almirante inglés, Sir Henry Bruce insistió vehementemente en dirigirse a Gibraltar: "Gibraltar era de gran importancia al poseer la ventaja de que el comercio de todas partes de Levante podía caer bajo nuestro mando; que al ser la plaza pequeña era más fácil de mantener, avituallar y conservar una vez tomada"². El vizconde de Wimbledon, que mandaba la flota, desechó la propuesta y decidió desembarcar en Cádiz. Así se hizo pero fue rechazado debido, posiblemente, no tanto a la bravura o pericia de los defensores como

¹ Véase Gómez Molleda, D., *Gibraltar. Una contienda diplomática en el reinado de Felipe V*. Madrid, 1953.

² Hills, George. *El peñón de la discordia. Historia de Gibraltar*. Madrid, 1974. P. 147.

a la embriaguez de sus propias tropas que asaltaron cuántas bodegas encontraron en su camino³.

Felipe IV, que estaba al tanto de las intenciones inglesas sobre un posible ataque a Andalucía, visitó Gibraltar, acompañado del conde duque de Olivares y éste ordenó a Luis Bravo de Acuña, su mayor experto en poliorcética, reforzar sus defensas. El comentario de éste sobre Gibraltar fue el siguiente:

"El arte de fortificar se ha inventado para que pocos se puedan defender de muchos, hallando la defensa en la misma ofensa... Plaza pequeña es defectuosa por no ser capaz de gente bastante que la defienda y la grande por haber menester demasiada. Empero, Gibraltar es tan fuerte por naturaleza y tan ayudada de lo que se ha fortificado que puede asegurarse su defensa con menos de lo que parece necesite"⁴.

Las obras se realizaron con cierta lentitud, conforme se les iban asignando recursos, hasta que fueron totalmente paralizadas en 1640 a causa de las guerras en Portugal y Cataluña; pero para entonces Gibraltar era una fortaleza casi inexpugnable, con los medios de la época, y así fue considerada por los ingleses después de estudiar muchas alternativas para su conquista

Hacia 1.655, con Cromwell en el poder, hubo numerosos proyectos, algunos muy desarrollados, para apoderarse de Gibraltar porque este asunto constituía una obsesión para el Lord Protector que escribía al almirante Montague lo siguiente. "Acaso sea posible atacar y rendir la plaza y castillo de Gibraltar, las cuales en nuestro poder... serían a un tiempo ventaja para nuestro comercio y una molestia para España... haciendo posible causar desde allí más daño a los españoles que con toda una gran flota enviada desde aquí"⁵. Pero los informes del Almirantazgo sobre las defensas de la fortaleza, que eran consideradas inabordables, le hicieron desistir y los ingleses tomaron la decisión de cambiar de táctica y establecer una base naval en Tánger, plaza que les había sido cedida como parte de la dote de Catalina de Braganza.

Esta base, que llegó a ser un centro comercial de primer orden y que floreció durante veintidós años, hizo que Inglaterra abandonara momentáneamente sus apetencias sobre Gibraltar. Sin embargo Tánger era plaza difícil y de mantenimiento oneroso, siempre sometida a la amenaza de los marroquíes porque la orografía del terreno hacía ardua su defensa por el lado de tierra. A causa de los altos gastos de mantenimiento y, sobre todo, por ciertas conjuraciones papistas que se produjeron en la ciudad, el Parlamento, muy sensible aquellos años a este tipo de cuestiones, decidió evacuar la base en 1.684⁶. Entonces

³ Uno de los generales ingleses llegó a decir: "Si el Rey de España quiere defender su país que ponga vino en todas sus costas y podrá rechazar cualquier ejército". Ibid., p. 149.

⁴ Bravo de Acuña, L. *Gibraltar fortificado por orden de Felipe IV*. British Museum Add., Mss. 15152. Tomado de Ángel Sáez Rodríguez. *Sistemas defensivos de la llave de España. Gibraltar en el setecientos*. X Jornadas Nacionales de Historia Militar. Sevilla, noviembre de 2000. Pp. 691 a 709.

⁵ Areilza, José María. *Gibraltar*. Publicaciones del Colegio Universitario de San Pablo, 1954. P. 8.

⁶ Este hecho insólito posiblemente fuera conocido por el marqués de Monteleón cuando en 1713 negociaba con Bolingbroke una posible devolución de Gibraltar, a cambio de un equivalente, naturalmente después de que se firmara Utrecht. El argumento era el mismo: mantener la Roca en condiciones de defensa iba a resultar insoportablemente oneroso para Inglaterra.

España e Inglaterra estaban en paz, incluso eran aliados, y Gibraltar fue utilizado para ayudar a la evacuación de Tánger, sobre todo de aquellas personas, como heridos o ancianos, para quienes llegar a Inglaterra por medio de una larga travesía por mar resultaba imposible. También la Roca sirvió durante aquellos años de base a barcos anglo-holandeses dedicados a perseguir por el Estrecho piratas argelinos. Este contacto tan permanente volvió a abrir los ojos a los marinos ingleses sobre Gibraltar porque, además, las cosas habían cambiado mucho. Las defensas de Gibraltar, inexpugnables en 1627, aceptables en 1655 eran, a final de siglo, inadecuadas tanto por el deterioro que el tiempo había producido en murallas y bastiones como por los progresos navales y la evolución en el calibre y el alcance de la artillería.

En las conversaciones para el segundo de los tratados de reparto en 1698, Lord Portland, representante de Guillermo III, puso sobre la mesa ante los negociadores franceses la exigencia, para asegurar su comercio, de alguna fortaleza como Gibraltar o Ceuta, en la entrada del Mediterráneo⁷. Luis XIV contestó que, aspirando, como era su caso, a la Monarquía española, no podía hacer concesión territorial alguna en la península pero que no vería con malos ojos si los ingleses consiguieran alguna plaza en el norte de África. Puesto sobre aviso y preocupado por lo firmes que parecían estas exigencias, Luis XIV, cuando aceptó el testamento de Carlos II, envió al Consejo de Regencia español instrucciones para que se fortificara apresuradamente Gibraltar. Desgraciadamente no se le hizo caso entonces, ni tampoco cuando, con su nieto ya en España, repitió la misma orden.

Meses después de la firma del tratado de la Gran Alianza, como se ha visto en el capítulo anterior, se hicieron públicas algunas nuevas peticiones de los aliados, aunque no parece que estas pretensiones quedaran establecidas formalmente. Entre ellas figuraba el requerimiento de Inglaterra para que en el reparto que se hiciera, concluida la guerra y abatido el poder de Francia, además de lo que hubiera podido conquistar en las Indias, Gibraltar y Menorca pasaran a sus manos. Y en las instrucciones reservadas que se entregaron a Rooke, al dejar Inglaterra, había recomendaciones para que, en lo posible y de acuerdo con los aliados, se considerara del máximo interés la conquista del Peñón.

Después de la conquista de la Roca las declaraciones de los políticos ingleses, fueran del partido que fuere, rebosaban satisfacción y se deshacían en elogios sobre el valor estratégico, comercial y militar de la fortaleza conquistada. Este asunto tiene una especial relevancia por cuanto la opinión pública inglesa consideraba que el ganar o perder una fortaleza –como ocurría en Flandes cada campaña- estaba a la orden del día y no merecía honores especiales. Sin embargo el caso de Gibraltar, al fin y al cabo sólo una fortaleza, mereció una consideración especial. A continuación se reproduce una muestra de uno de los muchos ditirambos que mereció la conquista:

"Quienquiera que considere la toma de Gibraltar con buen juicio e imparcialidad, y por poco conocimiento que tenga de la actividad marítima, podrá discernir la coyuntura en que se encuentra nuestra guerra naval, donde toda la lucha debe realizarse en el extranjero y nuestras

⁷ Hills, op. cit., p.184. El autor cita también una carta de Guillermo III a Heinsius en la que el Rey se pregunta: "¿Qué sucederá al comercio de ingleses y holandeses si Luis XIV manda fortificar Gibraltar y mantiene allí una fuerte guarnición con una buena escuadra?".

flotas tienen que hacerlo en lugares muy remotos, y también cruzar costas enemigas sin tener un puerto amigo a menos de 400 o 500 leguas; digo que aquel que considere con justicia y examine este logro en su verdadera luz y observe Gibraltar, ahora en nuestra posesión, situada como está en el centro de nuestra actividad, en la misma boca del Estrecho, dominándolo de orilla a orilla y atemorizando con nuestros navíos todo el tráfico entre el este de Francia y Cádiz... Cuando se recuerde también que, al hacer de ella un almacén para todos nuestros suministros navales, nuestras flotas pueden ser avitualladas, limpiadas, equipadas etc. sin tener que moverse de su base, que es lo esencial en una guerra en el mar... También nuestros barcos mercantes pueden esperar vientos favorables o refugiarse en tiempos de peligro bien debidos al enemigo o al mal tiempo..."⁸

También Harley, futuro Lord Oxford, que en aquellos momentos formaba parte del gabinete privado de la Reina afirmó: "La toma de Gibraltar puede resultar muy importante por estar en la mayor vía del comercio del mundo". Y el duque de Marlborough a su vez decía: "Considero generalmente aceptado que la plaza puede ser de gran utilidad para nuestro comercio y navegación en el Mediterráneo y por ello no debe escatimarse nada para conservarla"⁹. La opinión de Methuen, heterodoxa por derrotista pero premonitoria decía: "Mi opinión es que si la situación en Europa obliga a una paz en la que no se deje la Monarquía española en poder de Carlos III, Inglaterra no debe nunca enajenar Gibraltar, que siempre será una garantía para nuestro comercio"¹⁰.

He reproducido todas estas declaraciones de conspicuos personajes ingleses sobre la importancia que se dio a la conquista de Gibraltar no sólo para reforzar la tesis de que había sido, desde antiguo, objeto del deseo por parte de Inglaterra, sino también para poner de manifiesto que la sociedad inglesa tenía por incontrovertible que la conquista de la Roca se había hecho en nombre de la Reina Ana y, por lo tanto, de Inglaterra. Se trata, pues, de otro dato a considerar en la polémica, aún no del todo esclarecida, sobre qué bandera ondeó en Gibraltar tras su conquista como símbolo de la nación que iba a ostentar en adelante su soberanía. Asunto éste lleno de testimonios contradictorios y que detallaremos en el siguiente apartado.

Dos o tres años después, cuando Gibraltar ya había tenido que soportar los feroces asedios españoles para recuperarlo, cambió ligeramente, por propia experiencia, el concepto que de su utilidad tenían algunos marinos ingleses. Los que habían sufrido el asedio español se quejaban en general de su climatología desabrida y, en particular, de que en invierno era una mala base porque, al no estar resguardada de ciertos temporales, los barcos se veían obligados, para mejor protección, a salir frecuentemente a mar abierto y, además, podía llegar a ser una auténtica ratonera para los navíos allí amarrados ante la presencia eventual de una flota enemiga suficientemente poderosa. Ni siquiera era una base adecuada como vigía del tráfico por el Estrecho porque las frecuentes nieblas, asociadas a los vendavales de levante y poniente tan frecuentes en la zona, permitían a toda una flota cruzar de noche ante Gibraltar, sin que la guarnición se percatara de ello. Pero no todos los militares opinaban así y, por añadidura, los comerciantes, que eran los que con su control del

⁸ Tomado de *A narrative of Sir George Rooke's late voyage to the Mediterranean*. Citado por Hills, op. Cit., p. 238.

⁹ Hills, p.239.

¹⁰ Ibid., p. 240..

Parlamento dirigían la política y asignaban recursos, consideraban que su valor para el tráfico comercial era inconmensurable y que la plaza debía conservarse a cualquier precio.

6.2 LA CONQUISTA.

Fue a finales de julio de 1704 cuando el almirante Rooke avistó Gibraltar. Su flota, reforzada con barcos que acababa de recibir procedentes de Lisboa, estaba compuesta por 55 navíos de línea, 6 fragatas y unos 2.000 hombres. Celebraron Consejo de Guerra a bordo del *Royal Catherine*, el buque insignia, en el que se decidió lo siguiente:

"Después de considerar las cartas de mi señor embajador Methuen, de fechas 10 y 17 de los corrientes¹¹, con una copia de las propuestas hechas por los Reyes de España y Portugal para efectuar un nuevo intento sobre Cádiz, así como la carta recibida en el día de hoy por su alteza el príncipe de Hesse, se acuerda y resuelve que, puesto que llegamos a la conclusión de que el ataque a Cádiz es impracticable sin un ejército que coopere con la flota, desembarcaremos nuestras fuerzas inglesas y holandesas, bajo el mando del príncipe de Hesse, en la bahía de Gibraltar... Y al mismo tiempo que bombardeamos y cañoneamos la plaza desde nuestras naves nos esforzaremos por ese medio para *reducirla a la obediencia del rey de España*"¹²

El 1 de agosto entraron en la bahía veinte naves y, a las tres de la tarde, una fuerza angloholandesa de desembarco, de unos 1800 hombres al mando de Darmstadt, desembarcó en el istmo situado al norte de la fortaleza. Cuando el príncipe escribe al Archiduque para contarle la operación dice:

"Desembarqué con 2.300 o 2.400 hombres sin encontrar oposición salvó 50 hombres a caballo que rápidamente fueron ahuyentados... Inmediatamente envié un mensaje al gobernador, don Diego de Salinas, con vuestra carta¹³ y otra mía pidiéndole que rindiera la fortaleza... y que, antes de pasar a la guerra ulterior, no excusaba manifestar que esperaba conocería la ciudad su verdad, su interés y la justicia...esperando que Gibraltar ejecutaría, en vista de la real carta, cuanto Su Majestad se servía mandar en ella"¹⁴.

La diferencia en el número de fuerzas atacantes entre los 2.000 hombres que confiesa tener Rooke y los 2.400 que desembarcan con Darmstadt parece que se debe a la presencia de unos 400 o 500 catalanes que embarcaron en Barcelona, huyendo de las represalias del virrey. Se trataba de voluntarios que se habían unido al príncipe, extramuros de la ciudad, movilizados por las cartas que éste enviaba a sus amigos catalanes¹⁵. El marqués de San Felipe dice que la fuerza desembarcada era de 4.000 hombres. Belando da las mismas cifras que Darmstadt.

¹¹ Calendario juliano

¹² Add. Ms. 5440, f.197. Tomado de Hills, p. 197.

¹³ Se refiere a la carta de 5 de mayo que reproducimos en el capítulo anterior al comentar la parada ante Gibraltar de la escuadra que se dirigía a asediar Barcelona.

¹⁴ López de Ayala, Ignacio. *Historia de Gibraltar*. Madrid, 1782, p. 283.

¹⁵ Había entre ellos religiosos muy conocidos en Cataluña como Antonio Pons, párroco de Vilavella y Andrés Foix, canónigo de la catedral de Barcelona. Pérez Aparicio, M.C. en *Historia de España de Menéndez Pidal*, tomo XXVIII, p. 363. A su vez Feliú nde la Peña da en sus *Anales* (p. 529) la relación de más de 50 catalanes que participaron en la acción, especificando muertos y heridos.

El ayuntamiento de Gibraltar ignoró olímpicamente la carta del Archiduque y se limitó, el día 1 de agosto, a contestar a la escrita por Darmstadt a tenor de lo siguiente: "Excelencia: esta ciudad, habiendo recibido la carta de vuestra excelencia de fecha de hoy responde: que ha jurado al Sr. D. Felipe V como su Rey y Señor natural y corresponde a sus fieles vasallos sacrificar sus vidas en defensa suya. Así será con esta ciudad y sus habitantes".

Gibraltar estaba en aquellos momentos menos defendido de lo habitual porque el marqués de Villadarias, en acción que fue calificada como irresponsable, se había llevado soldados para engrosar las fuerzas que iban a entrar con él en Portugal por el Alentejo. Lo escaso de la guarnición de la plaza es confirmado por todos los historiadores: Belando habla de 100 soldados de infantería y 30 de caballería¹⁶. Voltes Bou le añade 400 milicianos civiles¹⁷. Ignacio López de Ayala informa de una "guarnición mal equipada y tan diminuta que apenas llegaba a los 80 hombres"¹⁸. Todos están de acuerdo en que si bien había cantidades razonables de pólvora y balas no había apenas artilleros para el servicio de los cañones¹⁹. Cuenta Ignacio López de Ayala, principal cronista de la defensa de Gibraltar, lo siguiente:

"D. Diego Salinas, ayudado de algunos oficiales determinó defenderse y repartió su corta y bisoña guarnición en los puestos más convenientes. Destinó 200 paisanos con el maestro de campo D. Juan de Medina al muelle viejo. D. Diego de Ávila y Pacheco, también maestro de campo, con 170 hombres a la entrada encubierta que había en la puerta de tierra. Al muelle nuevo 20 hombres de milicia al mando del capitán de caballos D. Francisco Toribio de Fuentes con 8 soldados de su compañía y algunos vecinos de la plaza: el castillo tenía 72 hombres que eran de su dotación incluso en ellos 6 artilleros y otros tantos ayudantes"²⁰.

Los días 1 y 2 de agosto fueron de escaramuzas e intercambio de comunicados y el acoso verdadero no comenzó hasta la madrugada del día 3. "El domingo 3 de agosto fue la batería de las balas desde las cinco de la mañana hasta la una del día. Dejaron 28.000 balas y bombas". Así lo cuenta Juan Romero de Figueroa, párroco de Santa María Coronada, la iglesia mayor de Gibraltar, que dejó escritas unas notables y célebres anotaciones en el libro de bautismos de la parroquia²¹.

Tras este intenso bombardeo que impactó en buena medida sobre la zona del puerto, destrozando la artillería allí ubicada y obligando a retirarse a sus servidores, el contralmirante Charles Byng ordenó un desembarco con chalupas y unos 200 hombres escalaron el cantil del muelle. Entonces, "Bartolomé Castaño que defendía el muelle viejo vio inútil resistir y lo abandonó pero dando órdenes de que volasen la torre de Leandro (era el polvorín de la fortaleza). Rompió la mina con tan grande estrépito y estrago que sumergió siete lanchas enemigas con muerte o heridas de 300 hombres"²². Inmediatamente llegaron refuerzos que consiguieron controlar la situación y dominar el puerto y sus alrededores. Y fue por este motivo por el que se izó en Gibraltar la primera bandera, en este

¹⁶ Belando, op. cit., p. 154.

¹⁷ Voltes Bou, *La guerra de Sucesión*, pp. 85 a 87.

¹⁸ López de Ayala, op. cit., p.282.

¹⁹ Según Hills, (p.200) había 80 cañones y sólo 6 artilleros.

²⁰ López de Ayala, op. cit., p. 282.

²¹ López de Ayala transcribe muchas partes de estas memorias que se perdieron durante la invasión napoleónica.

²² Ibid., p.286.

caso la inglesa, para señalar la posición que habían conseguido los atacantes y evitar con ello ser cañoneados por su propia flota. El propio Byng lo cuenta como va dicho en sus memorias quitando a la acción cualquier significado político que pudiera achacársele²³.

En la misma tarde del 3 de agosto Darmstadt envió una nueva carta a Salinas apremiándole para que se rindiera. Éste reunió al ayuntamiento que, a la vista de lo desproporcionado de las fuerzas y lo angustioso de la situación, consideró que sería más grato a su Rey Felipe V rendir la ciudad antes que dar lugar a su destrucción y al exterminio de toda la población.

En el archivo municipal de San Roque se encuentra las capitulaciones que se hicieron. Es el texto, muy breve e impreciso, que se reproduce a continuación²⁴:

“Artículo 1º. De las capitulaciones. La guarnición, oficiales y soldados podrán salir con sus armas y bagajes: a los soldados se les concede lo que puedan llevar en sus hombros. Los oficiales regidores y caballeros pueden salir con sus caballos y se darán las embarcaciones que necesiten a los que no tuviesen bagajes.

Artículo 2º. Podrán sacar de la plaza tres piezas de bronce de diferentes calibres con doce cargas de pólvora y las balas correspondientes.

Artículo 3º. Se hará provisión de pan, carne y vino para seis días de marcha.

Artículo 4º. No se registrarán los bagajes que condujeran ropa en cofres de oficiales, regidores y demás caballeros. La guarnición saldrá dentro de tres días; la ropa que no se pueda conducir se quedará en la plaza y se enviará por ella cuando haya oportunidad y no se embarazará sacar algunos carros.

Artículo 5º. A los soldados, oficiales y moradores de la ciudad que quieran permanecer en Gibraltar se conceden los mismos privilegios que tenían en tiempo de Carlos II; y la religión y todos los tribunales quedarán intactos y sin alteración, supuesto el juramento de fidelidad a la Majestad de Carlos III como a su legítimo Rey y Señor.

Artículo 6º. Deben manifestarse todos los almacenes de pólvora y las demás municiones así como las provisiones de boca que se hallen en la ciudad. Excluyéndose de esta capitulación todos los franceses y súbditos del Cristianísimo; y todos sus bienes quedarán a disposición del vencedor y sus personas prisioneros de guerra. Firmado: Jorge, Landgrave de Hesse”.

La población de Gibraltar abandonó la ciudad como un sólo hombre. Se calcula que fueron casi 5.000 personas que se distribuyeron por poblaciones relativamente cercanas como Tarifa, Ronda o Medina Sidonia. Habitaban en la ciudad muchas familias nobles: los Ahumada, Tavares, Bohorquez, Méndez de Sotomayor, Vázquez de Acuña etc. Había también 65 religiosas del convento de Santa Clara. Bartolomé Luis Varela, uno de los regidores del ayuntamiento, recogió en su casa de campo, próxima a la ciudad, junto a la ermita de San Roque, el estandarte y los archivos de Gibraltar y en tal casa se continuaron celebrando las reuniones municipales. En 1706 Felipe V autorizó a erigir allí "la ciudad de Gibraltar en San Roque". En el Peñón quedaron muy pocas personas, unas 70, en general

²³ Citado por Hills, op. cit., p. 202.

²⁴ Tomado de López de Ayala, p. 282.

ancianos y enfermos²⁵. Años más tarde, a causa del bienestar económico creado por el puerto franco y por el contrabando, tuvo lugar un reflujo de población española hacia la Roca lo que explica, junto a la relación con San Roque, prohibida pero real, que se haya mantenido el castellano como idioma habitual de sus habitantes.

Una vez más, pese a la capitulación, la entrada del ejército aliado en la ciudad fue ejecutada con violencia, sobre todo contra los templos que fueron saqueados y profanados, salvo el de Santa María Coronada, precisamente la parroquia de Juan Romero que, con su intervención personal, consiguió primero mantenerla incólume y, años después, trasladar las imágenes y archivos parroquiales a San Roque. Mención especial merece la ermita de Nuestra Señora de Europa, medieval y famosísima por su Virgen milagrosa, no sólo en toda Andalucía sino también entre los hombres de la mar pues los que atravesaban el Estrecho la saludaban con salvas de cañón. Se conservaba allí una lámpara votiva, regalo de Andrea Doria en agradecimiento a una batalla ganada contra galeras turcas. Explica López de Ayala:

”Donde se ejecutaron más desórdenes fue en la Virgen de Europa, maltrataron la imagen con irrisión y cortaron la cabeza del Niño que tenía en brazos. Cometieron también otros desórdenes con personas del débil sexo, dando motivos a ocultas y sangrientas venganzas que tomaron algunos vencidos quitando la vida a muchos y arrojando los cadáveres a pozos y lugares inmundos”²⁶.

En honor a la verdad hay que decir que la mayor parte de los oficiales, siguiendo órdenes de Darmstadt, intentaron sujetar a sus soldados pero, en cualquier caso, de nuevo cayó sobre las tropas del Archiduque el baldón de ser un ejército de herejes y lleno de odio hacia la religión católica.

Después de la capitulación los gibraltareños dirigieron una carta a Felipe V en los términos siguientes: “Los que hemos quedado, por nuestra desgracia, si hubiéramos logrado igual fortuna moriríamos con esa gloria y no experimentaríamos el dolor de ver a V. M. desposeído de tan leal ciudad. Alentados como fieles vasallos no consentiremos sobre nosotros otro imperio que el de V. M. Católica en cuya defensa consumiremos el resto de nuestros días saliendo de la plaza”²⁷.

Conviene detenerse en este momento en lo que Hills llama *los mitos de la conquista de Gibraltar* y que se refieren a cual fue la bandera izada tras la conquista simbolizando a la nación que se había adjudicado la soberanía sobre el Peñón. Para aumentar la confusión hay que reseñar la similitud entre la bandera del Archiduque y la de algunos regimientos españoles que, desde tiempos de Carlos V, enarbolaban la enseña de Borgoña, es decir dos troncos de árbol formando una cruz de San Andrés. Tal fue, casi con seguridad, el caso de la bandera de la guarnición de Gibraltar²⁸.

²⁵ Joseph Bennet, coronel de ingenieros que, llamado por Darmstadt, llegó meses más tarde para ocuparse de fortificar la plaza concreta las cifras en 22 familias y 6 clérigos, aparte criados. Hills, op. cit., p. 206.

²⁶ López de Ayala, p. 289.

²⁷ Ibid., p. 290.

²⁸ El 28 de febrero de 1708, Felipe V para evitar la confusión que se producía ordenó cambiar los colores de esta bandera.

Las versiones que nos han llegado de los historiadores españoles de aquella época son casi coincidentes. Según el marqués de San Felipe "fijando en la muralla real el estandarte Imperial proclamó al rey Carlos III el Príncipe de Armestad; resistieron los ingleses; plantaron el suyo y aclamaron a la reina Ana en cuyo nombre se confirmó la posesión y quedó presidio inglés"²⁹. Castellví no informa de estos detalles pero sí lo hace Belando que, en esta ocasión, no es seguro –aunque probable- que haya tomado la información de Bacallar pues su texto no es idéntico, como otras veces, aunque sí muy similar; y además el franciscano cuenta, en general, lo acontecido en Gibraltar con mucha más extensión y detalle. Dice así:

"Luego que los enemigos se apoderaron de esta plaza plantaron en la muralla el estandarte Imperial y Armestad aclamó Rey al señor Archiduque; pero a esto se resistió el comandante inglés, sin querer se viera otro estandarte que el suyo y así lo ejecutó enarbolándole y proclamando a la reina Ana, en cuyo nombre dijo que tomaba la posesión y bajo este supuesto dejó presidida la ciudad con 878 soldados de los navíos"³⁰.

La versión de Ignacio López de Ayala parece, casi con seguridad, tomada del marqués de San Felipe aunque no indica su procedencia³¹. Menos probable es que la tomara de la narración completa de la rendición que hizo el párroco Juan Romero, lamentablemente perdida como antes se dijo. Parece que del libro de López de Ayala han salido las versiones de escritores ingleses como la de Drinkwater o la del mismo Coxe que afirma: "Los ingleses tomaron posesión de la plaza en nombre de su Soberana"³².

Ya en la época actual las versiones sobre el suceso siguen siendo las mismas. Por ejemplo Domínguez Ortiz en su Historia de Andalucía dice: "Gibraltar, sin cambiar la soberanía española, reconoce como Rey al titulado Carlos III, pero entonces intervino Rooke, hizo arriar el pabellón austriaco y enarboló el pabellón británico"³³.

No obstante todo lo anterior y del hecho relevante de la común opinión entre los políticos ingleses, tanto tories como whigs, que hemos puesto de relieve en el apartado antecedente, hay argumentos para pensar, y tal es mi opinión, que Gibraltar se tomó en nombre del Archiduque y que en el lugar preponderante de la ciudad no ondeó más enseña que la suya lo que no implica que hubiera muchas banderas inglesas en acuartelamientos y lugares similares. Hay sobrados argumentos para mantener esta opinión: la afirmación de Rooke, en el Consejo de Guerra, de que iba a *reducir la ciudad a la obediencia del Rey de España*, la actuación de Darmstadt, durante el año en que se quedó como jefe político y militar de la ciudad, cuyo honor no hubiera tolerado que el almirante Rooke incurriera en tal deslealtad hacia su palabra y hacia los tratados suscritos por su nación. El propio comportamiento autónomo del príncipe y su libertad para designar los mandos de la Roca parecen indicar

²⁹ Bacallar, op. cit., p. 73..

³⁰ Belando, op. cit., p. 155.

³¹ Compárese con Bacallar lo que dice textualmente López de Ayala: "Fijó sin detenerse el estandarte imperial y proclamó rey de España y dueño de la ciudad al Archiduque Carlos; más resistieron con tesón los ingleses y, enarbolando su estandarte, aclamaron a la Reina Ana en cuyo nombre tomaron posesión de Gibraltar". P. 288.

³² Coxe, tomo I, p. 223.

³³ Domínguez Ortiz, A. *Historia de Andalucía*. Tomo VI, p.75.

que actuaba con casi total independencia de Inglaterra. Hay que citar también un hecho poco conocido pero muy importante a este respecto, y es que el Archiduque desembarcó en Gibraltar, el día 2 de agosto de 1705, camino de Barcelona cuyo asedio pensaba dirigir. Allí, en el primer territorio español que pisaba, fue aclamado como Rey de España. Cosa muy diferente a esta situación inicial es lo que va a ocurrir años después, cuando Inglaterra comience por su cuenta a realizar actos de soberanía como la declaración de Gibraltar como puerto franco decretada en 1706.

Hills aporta datos adicionales que refuerzan la idea de una clara soberanía española al principio unida a un lento aunque progresivo intento de Inglaterra por hacerse *de facto* con ella. Se trata de determinadas actuaciones de los tribunales gibraltareños en las que se va viendo la sustitución de los códigos de leyes españoles por los ingleses y en detalles, nimios aunque significativos, tales como la evolución del número de salvas de cañón que se daban en la fortaleza para celebrar los cumpleaños del Archiduque y de la Reina Ana³⁴.

Estas disquisiciones sobre banderas pueden parecer irrelevantes pero tienen su sentido. No es lo mismo que Gibraltar revirtiera a Gran Bretaña por cesión –como se hizo en el tratado de Utrecht– que por derecho de conquista. Cuando Monteleón negocie en Londres los puntos que quedaron pendientes en los preliminares de Madrid, entre ellos los asuntos que concernían a la religión en Menorca y Gibraltar, Bolingbroke le va a amenazar, caso de no llegar a un acuerdo, con aplicar el derecho de conquista, que implicaba que la cesión de las plazas debería hacerse sin limitación alguna³⁵. Pero por lo aquí visto no estaba en absoluto justificada la pretensión inglesa de aplicar tal derecho aunque Monteleón ignoró este argumento.

Después de conquistar Gibraltar los ingleses, mermadas sus fuerzas de desembarco por la guarnición que habían dejado en la plaza, intentaron cerrar el Estrecho con la conquista de Ceuta cuya capitulación presumían conseguir con sólo solicitarlo. Pero la situación era aquí muy distinta. El marqués de Gironella, gobernador militar de la plaza, contaba con mayores recursos pues no en vano la ciudad se había visto obligada, durante décadas, a resistir de manera casi continua los ataques de los marroquíes. Y así, ante la propuesta de rendición que le hicieron³⁶ respondió "que moriría antes de abandonar a su Rey". El príncipe de Hesse que le había lanzado el ultimátum con muy poca convicción se retiró a Gibraltar.

En días inmediatos va a tener lugar la única gran batalla naval³⁷ de la guerra de Sucesión. Enterado Luis XIV de la toma de Gibraltar ordenó a su escuadra, fondeada en Tolón, que pusiera rumbo a la Roca para intentar su reconquista. Eran en total 148 velas, francesas, españolas y genovesas, al mando del conde de Toulouse, primer almirante de Francia e hijo natural de Luis XIV, y entraron en Málaga el 20 agosto. Los ingleses habían sido advertidos de la llegada de la escuadra francesa y en vista de ello reembarcaron la

³⁴ Hills, p. 236.

³⁵ Véase supra apartado 17.2.

³⁶ Darmstadt prometió que la plaza se vería libre del asedio magrebí en caso de someterse al Archiduque. Belando afirma que "el Rey moro estaba unido a los aliados". Op. cit., p. 156.

³⁷ Belando la describe con bastante detalle. Pp. 158 a 161.

guarnición que habían dejado en Gibraltar y se reforzaron con una segunda flota llegada de Lisboa hasta llegar a las 126 naves. Con ello los efectivos de unos y otros podían considerarse equilibrados. Las escuadras se encontraron el 24 agosto con viento favorable a los ingleses que pudieron conseguir con facilidad la alineación de combate. Fue una batalla extraña, complicada por los continuos cambios en la dirección e intensidad del viento y donde, pese a una importante mortandad de casi 3000 hombres entre ambos bandos, no llegaron apenas a perderse barcos: ninguno por parte francesa y tres por parte de los aliados. El día siguiente, 25 de agosto, por lo irregular del viento, ambas flotas perdieron sus posiciones e incluso la francesa se retiró hasta Málaga. Sin embargo tanto unos como otros proclamaron una victoria que objetivamente ninguna de las partes tenía derecho a adjudicarse. Lo que si parece es que los aliados salieron peor librados y que el conde de Toulouse cometió un gran error al no continuar la batalla pues los ingleses, mermados sus santabárbaras en el asedio a Gibraltar, se habían quedado prácticamente sin pólvora.

En todo caso resulta sorprendente que fuera ésta la única gran batalla naval de la guerra y que los ingleses no utilizaran más su armada a lo largo de la contienda. Jonathan Swift, abundando en esta idea dice lo siguiente³⁸:

”Fue una desgracia para este reino que el mar no fuera el elemento apropiado para el duque de Marlborough, pues de otro modo se hubieran aplicado infaliblemente allí todas las energías combativas, con infinitas ventajas para su patria, que de este modo le hubieran beneficiado también a él. Pero se objeta, con razón, que si hubiéramos intentado algo semejante, los holandeses se habrían sentido celosos; y, de haberlo hecho conjuntamente con Holanda, la Casa de Austria lo habría visto con desagrado”.

La noticia de la conquista de Gibraltar cayó en Madrid como una bomba. El duque de Gramont, embajador de Francia, escribió a Luis XIV pidiendo la cabeza de Orry, a quien hacía responsable del fracaso. También el Cristianísimo acusó a su nieto del deterioro de la situación, por no seguir sus consejos y mantener el gobierno de España en manos de incapaces.

6.3 GIBRALTAR DESPUÉS DE LA CONQUISTA.

Los infructuosos y seculares esfuerzos españoles por recuperar Gibraltar, desde el verano de 1.704, pueden hacer pensar que el no conseguirlo fue porque se trataba de una misión casi imposible abocada, desde el principio, a un probable fracaso. Y esto no fue así pues al menos los primeros intentos de reconquista, durante los ocho meses siguientes, estuvieron próximos a conseguir su objetivo; bien es cierto que sin demasiados méritos de unos u otros pues ni los que asediaban la plaza fueron un ejemplo de planificación de recursos y coordinación entre sus distintos ejércitos ni los que la defendían lo fueron de disciplina y moral de combate. Hay que hacer una excepción que fue el comportamiento de Jorge Darmstadt que se reveló como buen organizador, magnífico estratega e inasequible al desaliento ante los reveses que le abrumaban día tras día.

³⁸Jonathan Swift, *Conduct of the allies*. En *Obras Selectas*, Madrid, 2002, p. 638.

Cuando la flota inglesa se retiró, después de la batalla de Málaga, Rooke volvió a Gibraltar y guarnicionó la plaza con 60 artilleros y todos los infantes de marina que le quedaban. Si les añadimos las tropas catalanas de Darmstadt se llegaba a un total de 2000 hombres. También dejó cañones, balas, pólvora y vituallas suficientes hasta el mes de diciembre, fecha en la que se suponía que, reparados y aprovisionados los barcos en Lisboa, la flota volvería a Gibraltar. Posteriormente fue aumentando el número de hombres de la guarnición, hasta acercarse a los 3.000, consecuencia de la incorporación de austracistas y de desertiones del ejército español.

No faltaron las tensiones en la Roca porque oficiales de Rooke -el propio Byng entre ellos- saquearon la plaza y se llevaron cuanto de valor encontraron, incluidos el vino y el trigo almacenados, que era mucho al estar reciente la recolección. Incluso Byng intentó -sin conseguirlo- llevarse dos cañones de bronce, fundidos con el escudo de armas de Hesse, que lógicamente eran propiedad del príncipe. Darmstadt, indignado, escribió a lord Galway³⁹, a quien la Reina Ana había nombrado jefe de las fuerzas británicas en Portugal, quejándose no sólo de estos desmanes sino también del comportamiento levantisco de la guarnición.

Estaban ingleses y holandeses descontentos y al borde del motín porque esperaban haber sido repatriados tras la conquista de la Roca. A la decepción consiguiente se unió el nombramiento de comandante en jefe de la guarnición, decisión de Darmstadt que recayó en el conde de Valdesoto. Y si esto provocó, en general, cierto desagrado, algunos oficiales ingleses se encargaron de encresparlo hasta límites casi intolerables, porque les parecía fuera de lugar estar bajo el mando de alguien que no sólo no era inglés sino que era, para mayor ignominia, irlandés y católico. Este conde de Valdesoto debía su título a Carlos II, que se lo otorgó por acciones de guerra durante el sitio de Barcelona por Vendôme. Se llamaba Henry Nugent, había luchado en su juventud contra Guillermo III y durante mucho tiempo estuvo al servicio del Emperador en Hungría y posteriormente acompañó al príncipe de Hesse cuando éste fue enviado a Cataluña.

Este nombramiento provocó también un severo enfrentamiento entre Darmstadt, el Archiduque y los ingleses. El primero se obstinaba en mantener su decisión en tanto que el segundo quería que la designación recayera en un español, concretamente en Juan de Ahumada. Los ingleses no querían a Nugent y a duras penas transigían con Ahumada porque sostenían que, dada la preponderancia numérica de sus fuerzas, el comandante de la plaza debería ser un oficial británico. El problema llegó hasta Londres e incluso hasta el gabinete de la reina Ana.

El malestar entre la guarnición se agudizó porque una epidemia hizo enfermar al 30 ó 40% de los soldados (igual pasó en el ejército de Villadarias que estaba ya asediando la plaza). No era sólo el deseo de salir de un cuartel claustrofóbico -pues Gibraltar, abandonado por sus habitantes, no era otra cosa- sino el miedo a la muerte por una enfermedad que se

³⁹ Lord Galway era un ejemplo más de la curiosa mezcolanza de generales durante la guerra de Sucesión. Realmente se llamaba Henry de Massué, marqués de Rumilly y era francés y hugonote puesto al servicio de Inglaterra y naturalizado como conde de Galloway o Galway. Su contrapartida podría ser el duque de Berwick, hijo natural de Jacobo II y de Arabella Churchill, hermana de Marlborough.

extendía como una plaga bíblica por toda la zona. Darmstadt pidió refuerzos a Lisboa y el almirante de Castilla le ofreció dos regimientos, en concreto 2.800 portugueses, que el príncipe rechazó diciendo: "no quiero tropas como las portuguesas ni como estos regimientos de marina que están aquí". Finalmente consiguió arrancar la promesa de que le enviarían tropas a su gusto además de 150 artilleros, 80 cañones de gran calibre y unas cuantas fragatas para cuando la armada francesa apareciera por la bahía.

El problema de Darmstadt era que el peligro que corría la Roca era inminente en tanto que la llegada de los refuerzos solicitados aleatoria aunque en cualquier caso, remota. Se dedicó entonces a fortificar la plaza lo mejor que pudo. Construyó una laguna artificial en el istmo para estrechar el paso a los atacantes, colocó minas por todos los accesos posibles y reubicó los cañones para poder batir las zonas por las que preveía los ataques del enemigo. También puso en marcha la adecuación de la fortaleza para resistir medios de guerra modernos, sobre todo a los cañones de gran calibre, y para ello solicitó que le fuera enviado el coronel Joseph Bennet, uno de los más cualificados expertos ingleses en fortificaciones. Y, en tanto se producía su llegada –lo trajo Leake en noviembre- utilizó los servicios y el buen hacer de un valenciano que llevaba tiempo a su servicio y que luego se haría célebre: Juan Bautista Basset. Miñana dice de él:

"Era, pues, Juan Bautista Basset un valenciano de nacimiento, originario de un oscuro lugar y simplemente carpintero que, a causa de un homicidio por él cometido y otros crímenes, acosado por el temor al castigo, había huido de su patria y se había enrolado en el ejército. Al haberse dedicado a las artes poliorcéticas, a causa de la habilidad de su inteligencia para investigar sobre ellas, atraído al servicio del príncipe Jorge siguió a este príncipe a Alemania, cuando fue obligado a abandonar España por un decreto del rey Felipe. En fin este Jorge, estando al servicio del Archiduque, trajo consigo España a Basset y se sirvió de su trabajo, ciertamente hábil, en Gibraltar, fortificando y al mismo tiempo realizando trabajos de conservación de esta ciudadela"⁴⁰.

Como antes he indicado Felipe V tuvo un enorme disgusto al enterarse de la pérdida de Gibraltar e inmediatamente dio órdenes para su inmediata recuperación. Apenas Rooke había abandonado la bahía llegaron al istmo 600 soldados de caballería y 500 de infantería. A Villadarias, que había sido fuertemente reconvenido por su negligencia de dejar la plaza sin apenas guarnición, se le ordenó dirigirse hacia el Peñón con un ejército de 7.000 hombres. Al tiempo seis fragatas francesas anclaron en la bahía para establecer un bloqueo e impedir los abastecimientos que Darmstadt había concertado con autoridades del norte de África.

Hacia finales de octubre comenzaron las operaciones previas al ataque con intensos bombardeos. Villadarias pensaba llevarlo a cabo simultáneamente por tres puntos y esto era exactamente lo que había previsto el príncipe de Hesse que, en aquellos momentos, tenía su guarnición limitada a sólo 1.300 hombres porque el resto estaban enfermos. Lo que no podía sospechar Darmstadt era que los españoles contaban con una baza adicional que podía darles con cierta facilidad la victoria. Se trataba del habitual pastor de cabras, que aparece en tantas batallas. Se llamaba Simón Susarte, era gibraltareño, y decía poder

⁴⁰ Miñana, J. A. *De bello rustico valentino*, libro I, p. 42. El libro que está escrito en latín llama a Basset "*bellius machinis praefectum*"

acceder al interior de la fortaleza por la parte que parecía más inaccesible, a través de senderos y escalas de cuerda⁴¹.

Villadarias hizo reconocer la ruta que fue considerada como posible para una fuerza equipada con armamento ligero. La noche del 10 de noviembre quinientos hombres, al mando del coronel Figueroa, tras escalar la cumbre descendieron hacia la ciudad y, ya en sus proximidades, se escondieron en la cueva de San Miguel. Otros mil quinientos hombres deberían seguirles durante la noche y ocupar posiciones a su retaguardia para reforzar el ataque inicial que, supuestamente, sembraría el desconcierto entre los defensores. Cuenta López de Ayala:

“Escribo un suceso que parecerá increíble pero mi relación es tan auténtica que, además de constar así en San Roque, Algeciras y Los Barrios, además de haberla recibido de persona del país de inviolable integridad y que la oyó de sus padres, hijos de Gibraltar; está apoyada en el testimonio de Belando, del marqués de San Felipe, de Bruñen de la Martiniere, del cura de Gibraltar que se hallaba en la plaza y de un anciano que aun vivía en el año 1781 y que fue compañero de Simón Susarte. Aunque llegó el día no subieron las tropas que se esperaban. Pasó mayor espacio y el campo estuvo tan descuidado como si no hubiese españoles en el monte. ¿Quién creará que sólo llevaban tres cartuchos los que subieron con el Coronel? Esta circunstancia es increíble. No obstante así la suponen en San Roque, tal vez porque los que no socorrieron a Figueroa en ocasión tan oportuna tampoco fueron capaces de darles las municiones necesarias”⁴².

Inexplicablemente, como cuenta López de Ayala, el segundo contingente de tropas no apareció. Pese a ello, el coronel Figueroa decidió atacar pensando que la situación estratégica que ocupaba y, sobre todo, su entrada por sorpresa en el interior de las murallas le darían la victoria. Desgraciadamente las tres balas por soldado no fueron suficientes y las bayonetas eran pobre recurso ante los fusiles ingleses. Se dice que, por lo escaso de las municiones en el campo español, no se habían entregado más porque se había supuesto que la potencia de fuego sólo sería necesaria con la irrupción de la segunda oleada de asaltantes. La guarnición inglesa, concentrándose en el centro de la plaza, consiguió rechazar a los intrusos que, en el intento de retirada, tuvieron 300 bajas mientras que el resto de españoles fue hecho prisionero casi en su totalidad.

El por qué se frustró la salida de la segunda oleada de asaltantes ha sido asunto muy debatido y poco aclarado aunque el fondo de la cuestión sea evidente: Villadarias no consiguió que los mandos franceses obedecieran sus órdenes y colaboraran en el asalto. Y es a partir de aquí, al intentar explicar el comportamiento de los franceses, donde surgen las divergencias. Tal vez porque se anunciaba la entrada inmediata del almirante Leake en la bahía, con veinte barcos, con lo que cabía suponer que las seis fragatas francesas bastante harían defendiéndose sin poder contribuir con sus cañones al ataque a la plaza con la consiguiente pérdida de efectividad; tal vez, como también se ha dicho, por el desprecio de los franceses hacia el ejército español que tenía que apoyarse en un pastor para conseguir, por su medio, lo que por la vía de las armas no había logrado hasta entonces; tal vez, como

⁴¹ La narración de esta aventura puede seguirse en López de Ayala, op. cit., pp. 297 a 302. También en Hills, op. cit., pp. 218 a 220 pero parece que este último la toma íntegramente del primero.

⁴² López de Ayala, pp. 298 y 299.

apuntan otros, porque los franceses tenían instrucciones secretas de evitar la reconquista de la plaza por cuanto Luis XIV consideraba que lo mejor para sus intereses era un Gibraltar inglés porque esto alimentaría la enemistad entre británicos y españoles impidiendo así futuras alianzas entre ellos y contra Francia⁴³.

Pero la situación de Darmstadt era también muy mala. Aparte de la epidemia que no cesaba, las insubordinaciones de los oficiales eran continuas y cuando llegó Leake, es decir a mitad de noviembre, tuvo presiones muy fuertes para que embarcase la guarnición y abandonase la plaza. El 19 de octubre el príncipe escribía al Archiduque: "He descubierto una tremenda conspiración... He tenido que ahorcar a un hombre que estaba en comunicación con el enemigo... todo está muy confuso y difícil de aclarar. Los coroneles González y Husson y algunos sacerdotes eran los principales culpables...". En otra carta posterior a su Rey afirmaba muy dolorido que durante el periodo agosto- diciembre "había estado rodeado de enemigos dentro y fuera de las murallas"⁴⁴.

A la vista de que el asedio, pese a la intensidad los bombardeos, no tenía éxito el duque de Gramont, embajador de Francia en Madrid, ordenó a Berwick, entonces en campaña por Extremadura, que marchara a Gibraltar para ocuparse del asedio. Y como el duque se negara a acatar tales órdenes se pidió a Luis XIV que lo cesara y enviara al mariscal Tessé para sustituirlo. Llegó éste a Madrid el 10 de noviembre de 1704 y envió por delante hacia Gibraltar a 4.500 hombres. Villadarias aprovechó los refuerzos, antes de que fueran diezmados por las enfermedades, y a principios de febrero lanzó un gran ataque que también estuvo a punto de tener éxito ya que, en esta ocasión, se llegó a penetrar y tomar algunas zonas de la fortaleza. Pero, una vez más, el apoyo de los regimientos franceses falló, esta vez con la excusa de esperar la inminente llegada del mariscal, aunque la razón, totalmente inconfesable, era que Tessé tuviera su ración de gloria. En cualquier caso los españoles tuvieron que retirarse después de sufrir una gran mortandad.

Tessé llegó al día siguiente al campo de Gibraltar⁴⁵ y cuando informó a Villadarias que tomaba el mando supremo de todas las tropas éste, enfurecido, renunció al mando y se retiró del campo de batalla con otros mandos españoles. No tuvo el mariscal demasiada suerte en su empeño de conquistar la Roca y, quizás, él mismo buscó su infortunio por la desgana con que acometió su misión. Sus memorias están llenas de continuas quejas sobre casi todo: la insalubridad de la zona, el tener que soportar continuamente "el aire más nocivo del mundo", la indolencia e ineptitud de los españoles que "viven al día" y son incapaces de planificar algo por anticipado. Y también sobre el propio Felipe V, como puede verse por la muestra siguiente: "el marqués de Maulevrier deberá informar al Sr. de Chamillard⁴⁶ de la total indolencia, indecisión e inseguridad del Rey, completamente dominado por la Reina, que es joven pero con mucha personalidad..."⁴⁷

⁴³ Este último argumento debe calificarse de extemporáneo. Es cierto que Luis XIV argumentaba así, pero fue mucho más tarde cuando se dio cuenta de hasta qué punto el asunto Gibraltar hería los sentimientos de los españoles.

⁴⁴ Hills, op. cit., pp. 223 y 224.

⁴⁵ Una versión algo desordenada de su asedio puede leerse en *Memoires et lettres du maréchal Tessé*, tomo II, pp. 136 a 155.

⁴⁶ Ministro de guerra de Luis XIV.

⁴⁷ Tessé, op. cit., p. 154.

Finalmente en abril de 1705 Tessé dejaba Gibraltar y cedía el campo a Villadarias que volvió a tomar el mando de las tropas españolas de asedio. En junio de este mismo año Darmstadt fue llamado a Lisboa, donde llegó a mediados de mes para colaborar en la planificación de la expedición a Cataluña. El día 2 de agosto de 1705 la gran flota anglo-holandesa que se dirigía a Barcelona pasó por Gibraltar. El Archiduque, como dije en el apartado anterior, bajó a tierra donde fue recibido como Rey de España y soberano de la plaza. Se decidió también que todos los españoles que allí había -catalanes sobre todo- embarcaran en la escuadra porque haría mejor efecto que las tropas que conquistaran Barcelona tuvieran un contingente español de alguna entidad. Quedaron de guarnición en la plaza dos regimientos ingleses y dos holandeses y el gobierno de Gibraltar, tanto el civil como el militar, se encomendó al mariscal de campo Shrimpton pero todavía manteniendo la apariencia de que la soberanía seguía correspondiendo al Rey de España. De hecho, cuando cesó en su cargo, en 1707, fue sustituido por otro mariscal de campo llamado Ramos, esta vez español y nombrado por el Archiduque. Éste, a su vez, fue reemplazado de 1709 por el coronel Elliot, que llevaba tiempo en la Roca al mando un regimiento. A partir de ese momento quedó rota toda la simulación que se había montado en torno a la soberanía de derecho que correspondía España, y la realidad de quién mandaba de hecho en Gibraltar. Tan sólo algunos actos protocolarios, como las celebraciones del cumpleaños del Archiduque, con las preceptivas salvas de cañón, se mantuvieron hasta 1711. Por entonces las guarniciones de Gibraltar eran totalmente inglesas lo que ocasionaba un profundo disgusto a las Provincias Unidas que veían como en la paz que se aproximaba no iban a tener presencia alguna en esta base naval que, según pensaban, tanto convenía a sus intereses comerciales⁴⁸.

⁴⁸ Hasta el punto que, según lord Bolingbroke, una de las condiciones que pusieron los holandeses en 1712 para adherirse a la propuesta de paz de la Reina Ana fue que se les permitiera aportar parte de la guarnición de Gibraltar. *Lettres sur l'histoire, lettre VIII*, p. 274

CAPÍTULO 7. EL TRATADO DE GÉNOVA

7.1 LA MISIÓN DE MITFORD CROW.

Pocos sucesos en la guerra de Sucesión van a tener más incidencia en el desarrollo del conflicto y en la consecución de la paz que el tratado de Génova suscrito, el 20 de junio de 1705, entre el británico Mitford Crow, por una parte, y los catalanes Antonio Peguera de Aymerich -ya conocido nuestro- y Domingo Perera, por la otra. No quiero especular acerca de si en ausencia de este pacto hubiera tenido lugar la ocupación aliada, meses después, de Barcelona pero es indudable que sin él no se hubiera producido el llamado *caso de los catalanes* y, en consecuencia, España no hubiera tenido que enfrentarse, en las conversaciones de Londres, donde se fraguó el tratado de paz de 1713, al principal escollo para conseguirla. Nada menos que el honor de la Reina se había puesto en juego y, de no haber sido así, probablemente hubiera podido evitarse alguna de las cláusulas del acuerdo más lesivas a nuestros intereses¹.

El tratado de Génova es por lo tanto importante por sí mismo pero, además, su génesis, desarrollo y culminación son tan peculiares y puede ser tan cuestionada su validez jurídica que merece la pena tratar todo ello con detenimiento para lo cual conviene comenzar explicando quiénes eran los firmantes y en qué circunstancias se había llegado a la mesa de negociaciones.

Mitford Crow² era una personalidad compleja. Comerciante de éxito, pero también político y hasta agente secreto, había llegado a Cataluña poco antes de 1690, dedicándose al comercio de aguardientes y cereales al por mayor y a proveer a los ejércitos hispano austriacos que luchaban contra Francia en la guerra de los nueve años. Tuvo también contactos con Jorge de Darmstadt pues “el príncipe...había intervenido en negocios de la compañía de Joseph Durán y de comerciantes y cónsules ingleses como Mitford Crowe y Joseph Sallent”³. Esta actividad no le impedía mantener viva su relación con Inglaterra e, incluso, llegó a ser miembro de su Parlamento durante los años 1701 y 1702. Perteneció, además, a lo que podríamos llamar el servicio secreto inglés de la época donde era conocido con el sobrenombre de *The bird*⁴. Posteriormente, cuando las tropas del Archiduque conquistaron Cataluña mantuvo, junto a sus negocios tradicionales, nuevas actividades comerciales como su participación en la Compañía Nova de Gibraltar⁵. También tuvo actuaciones políticas relevantes pues fue intermediario entre Carlos III y las Cortes Catalanas de 1705 en asunto tan delicado como la renuncia para siempre de

¹ Aunque no sea más que una simple anécdota cabe mencionar que un embajador inglés en la ONU, cuando se discutía una posible devolución de la Roca a España, afirmó que Gibraltar era el precio que había cobrado su país por traicionar a los catalanes.

² La historiografía catalana se refiere a él como Crowe. Sin embargo en los libros ingleses aparece como Crow. Ejemplo de lo segundo está en *The Treaties of the war of Spanish Sucesión* de Linda y Marsha Frey, Westport, Connecticut, 1995 o en *The deplorable history of the catalans*, anónimo, London, 1714.

³ Joaquín Albareda, *Cataluña y Felipe V: razones de una apuesta*. En *Los Borbones. Dinastía y memoria de nación en la España del siglo XVIII*. Ed. Pablo Fernández Albaladejo, Madrid, 2002, p. 309.

⁴ Torras i Ribé, op. cit., pp. 81 y 82.

⁵ Vilar, Pierre. *Manual de la companyia Nova de Gibraltar*. París, 1962.

Cataluña a tener un Rey de la Casa de Borbón⁶. En el Archivo Histórico Nacional hay un extraño documento de 1705, una letra de cambio que dice: “Páguese a la orden del Sr. Marqués de Risbourg y del duque de Pópuli la suma de...” Se trata de la venta de unos caballos de la guarnición que no fueron evacuados tras la conquista y el que emite tal documento y se hace responsable de su pago es Mitford Crow⁷.

Y, para completar su nómina de actividades, se ocupó del desarrollo de canales de financiación para las maltrechas arcas del Archiduque. El 27 de mayo de 1706 Carlos III le concede “todo el poder y facultad que en derecho y costumbres se requiere de concertar, recibir y remitir en mi real nombre la cantidad o cantidades de anticipación, hasta un millón de reales de a ocho que cualesquiera personas, repúblicas, ciudades y comunes quisieran dar, concediéndole asimismo el poder ajustar los intereses y premios”⁸. Éste es el curioso y polifacético personaje, que tenía conexiones con toda clase de personas e instituciones y que fue en 1705 comisionado por la Reina Ana, se supone que llamado a través del servicio secreto, para firmar un acuerdo con los catalanes que los indujera a promover una revolución interna que ayudara a poner en el trono de España a Carlos III.

No menos curiosa es la personalidad de Antonio Peguera y Aymerich. Era de familia noble, “estudió la gramática, retórica, versos y filosofía escolástica”⁹ y, como dijimos en el capítulo anterior, fue uno de los fundadores de la *Academia de los desconfiados*, posiblemente el mayor foco de agitación austracista de la Barcelona anterior a la ocupación por el Archiduque. Fue un buen amigo de Darmstadt, pues sus edades no eran muy diferentes, y una de las personas que dirigieron la conjuración para abrir las puertas de la ciudad durante el primer asedio aliado. Tras la conquista de Barcelona fue nombrado coronel de la Real Guardia Catalana¹⁰. Murió joven, con veintiocho años, en marzo de 1708 y, al ser pariente, aunque lejano, de Castellví su familia permitió al historiador catalán el acceso a sus archivos por lo cual la información que éste nos suministra sobre el tratado de Génova y otros sucesos de la época es detalladísima y de primera mano, aunque no siempre objetiva.

Domingo Perera era natural de Vich, doctor en derecho y profesor en la Universidad de Barcelona. Según Feliú de la Penya fue uno de los cabecillas de la conjura interior durante ataque de 1704 a Barcelona pues vivía en esta ciudad. Mantenía constante relación con su ciudad natal y con los cabecillas que allí mantenían la revuelta contra el virrey Fernández de Velasco en 1705 y que, finalmente, fueron quienes intentaron vestir con un manto de legitimidad y representatividad al tratado de Génova aunque lo cierto es que sólo se representaban a sí mismos.

Después del ataque fallido Barcelona de 1704 Antonio Peguera tuvo que huir de la ciudad, disfrazado de marinero, porque su participación en la revuelta interior era del dominio

⁶ “Mitford Crowe, enviado de la Inglaterra al Rey Carlos persuadía a los concurrentes a asentir y aprobar la ley de exclusión (de los Borbones) que el Rey Carlos deseaba establecer”. Castellví, tomo II, p. 34.

⁷ AHN, Estado, leg. 664/2.

⁸ Véase “Comisión que dio el Rey Carlos a Mitford Crowe para tomar un millón a interés obligando el donativo que le prometieron en cortes los catalanes”. Castellví, tomo II, pp. 282 y 283.

⁹ Castellví, tomo I, p. 477.

¹⁰ Feliú, *Anales*, tomo 3º, p. 553.

público. Llegó a Génova donde, pese a estar de incógnito, fue reconocido y hasta se dice que hubo un intento de eliminarlo. Por ello tuvo que seguir huyendo, hasta llegar a Viena donde, al no poder acreditar quién era, no fue admitido en la corte aunque consiguió entrar en contacto con el embajador inglés y mantener con él muchas conversaciones que tal vez pusieran en marcha, o al menos reforzaran, las intenciones que, ya por entonces, pudiera tener el Ministerio de Londres de pactar con los catalanes. Lo que sí parece indudable es que, en cierto momento, le llegaron instrucciones de Inglaterra incitándole a volver a Génova y a encontrarse con su amigo el doctor Domingo Perera y con Mitford Crow, que ya había sido comisionado por la reina Ana para entablar conversaciones con la colonia de exiliados asentada en esta ciudad.

Los ingleses y, como se ha dicho, más que nada los militares, habían quedado muy decepcionados con Darmstadt y con su capacidad para movilizar en Cataluña algo de más entidad que los afines que decía tener, numerosos a su decir pero escasos por lo que hasta ahora se había visto. En tal sentido habían decidido actuar por su cuenta para intentar poner en pie de guerra al Principado a favor del Archiduque. Se trataba de "to induce the catalans to cooperate with you to reduction of Spain to the obedience of King Charles III", según carta que la Reina envió a Portugal a lord Peterborough y al almirante Shovel¹¹. Tal objetivo debía conseguirse con la promesa de respetar sus fueros y constituciones "pero en caso de no conseguir una respuesta conveniente de catalanes y españoles habrán de procurar *reducirlos por la fuerza*"¹².

El 7 de marzo de 1.705 la Reina entregó a Mitford Crow tres documentos complementarios entre sí¹³. El primero de ellos, que era la comisión para Crow, afirmaba "ser importantísimo para nosotros y nuestros aliados que los españoles se sacudieran el yugo de Francia y vuelvan a la obediencia de la Augustísima Casa de Austria..." Y continuaba diciendo respecto a la liberación de la pretendida dominación francesa que "tenemos entendido que el nobilísimo Principado de Cataluña tiene intención de ejecutarlo, y por contribuir a tan loable idea y hacerla llegar, tan presto como sea posible, a tener un feliz éxito por medio de la asistencia de nuestras armas, juzgamos conveniente entrar a tratar con este Principado o cualquiera otra provincia de España con la circunstancia de que reconozcan al rey Carlos III como legítimo Rey de España. Con este fin hemos autorizado y dado plenos poderes a nuestro fiel y muy amado señor Mitford Crow, que conoce ese país, para contratar una alianza entre Nos y el dicho Principado, o cualquiera otra provincia de España, y le hemos mandado y autorizado por los presentes a tratar, ajustar, hacer y concluir *con los diputados de dicho Principado* o de cualquier otra provincia... y ofrecemos aceptar y ratificar todo lo que dicho señor Mitford Crow habrá transigido y concluido en nuestro nombre en dicho tratado de alianza... Palacio de San James a 7 de marzo de 1.700".

Sólo dos observaciones a este documento. La primera es que se trata de una instrucción muy abierta para que Crow realice sus labores de captación y agitación ante cualquier

¹¹ Soldevila, Ferrán. *Anglaterra y Catalunya. Les relacions anglo-catalans durant la guerra de Successió*. Revista Manuscrits, nº 13, p.19.

¹² Soldevila, Ferrán. *Història de Catalunya*. Barcelona, 1962, p. 1108.

¹³ Puede leerse un extracto de ellas en Castellví, tomo I, pp. 628 a 631. Están íntegras en el *Report from the Committee of Secrecy* de R. Walpole. Londres, 1715, pp. 77 a 79 del apéndice.

grupo que encuentre receptivo, sea catalán o -como se insiste- de cualquier otra provincia de España. Y la segunda es que el tratado debe pactarse con diputados es decir con personas que tengan una representatividad, no supuesta sino acreditada, obtenida por los cauces que el ordenamiento político tuviera previsto. La misión encargada a Crow no parecía posible desarrollarla en ningún lugar de España, mucho menos en Cataluña en la que, desde el año anterior, se había desatado una persecución sobre cualquier actuación o persona en la que se vieran, aunque mínimos, tintes austracistas. Sin embargo en Génova, y en otras ciudades de Italia, se habían refugiado un buen número catalanes perseguidos por el virrey Fernández de Velasco y algunos de ellos eran conocidos del agente inglés por lo que podían ser lugares adecuados para poner en marcha su misión.

La comisión de la reina Ana a Crow iba acompañada de otros dos documentos de la misma fecha. El primero de ellos era la carta credencial del embajador en la que se confirmaban sus poderes para negociar un tratado, en los términos antes señalados, al tiempo que se pedía a los posibles receptores del documento que se le oyera favorablemente y se diera crédito a cuanto dijera de parte de la Reina.

El tercer documento, el más extenso de todos, son las instrucciones que se daban a Crow y son ya específicas para tratar con los catalanes. Se le ordena marchar a Génova o Liorna preferentemente y allí tratar con los catalanes -u otros pueblos de España si fuese el caso- para incitarlos a que se organizaran para hacer triunfar la causa de Carlos III. Debe Crow informarse "del número de bajeles, de tropas y de la cantidad de armas y municiones que se necesitarán para facilitar su designio; de las tropas de caballería e infantería que se comprometen a levantar (los catalanes) y para qué tiempo estarán prontas; cuantas provisiones y de qué género podrán suministrar a mi flota y a mi ejército y para qué tiempo desean el socorro de mis tropas y dónde deberán juntarse con las suyas. Daréis regularmente parte al conde Galway¹⁴ del progreso que haréis en vuestra negociación para poder concertar mejor las operaciones". Como la negociación era urgente, la Reina puso a disposición de Crow las fragatas que estaban en el Mediterráneo para que pudiera comunicarse con Lisboa o Gibraltar con discreción y celeridad. A continuación la instrucción insiste en que "debe asegurarse a los catalanes, y demás españoles, el cuidado que tengo y tendré de procurarles no sólo la continuación de las inmunidades y derechos que, por lo pasado, gozaban bajo la casa de Austria sino también los títulos que hubieran recibido del duque de Anjou -en velada referencia a los concedidos con motivo de las cortes de 1701- y les diréis que, para mayor satisfacción suya, he hecho pedir al rey Carlos III el poder correspondiente". Finalmente la instrucción relaciona y cuantifica los navíos y tropas que la Reina piensa enviar al Mediterráneo¹⁵ para que, visto lo considerable de estos medios, se animaran los españoles a sumarse sin vacilación a los aliados e hicieran por su parte la mayor aportación posible de hombres y recursos.

Con estas credenciales e instrucciones llegó Mitford Crow a la ciudad de Génova y allí se puso en contacto con sus antiguos conocidos Peguera y Perera haciéndole saber las

¹⁴ En otro lugar de las instrucciones se cita también al príncipe de Darmstadt como persona a la que debe informar.

¹⁵ 64 navíos de línea con las correspondientes fragatas y barcos de transporte y 8.000 ingleses y holandeses como ejército de desembarco.

instrucciones que traía. No debió serle difícil llegar a un acuerdo de principios pero faltaba consolidar dos puntos fundamentales. El primero era el conseguir un documento, en el que se otorgaran poderes para el pacto, suscrito por un número suficiente de diputados catalanes, tal como se solicitaba en las instrucciones de la Reina. Pareció este asunto a Perera difícil de conseguir y, al final, Crow dejó abierta la opción de que los poderes fueran otorgados por los *comunes* o, en caso de imposibilidad, por seis caballeros notables cuyos nombres concretos fijó el inglés y que, hasta donde me consta, no ha quedado noticia de quiénes pudieran ser¹⁶. El segundo punto que, casi con seguridad, fue objeto de debate fue el cómo garantizar que el número de soldados, y la cuantía de los medios necesarios para la guerra que los catalanes se comprometían a aportar a los aliados, no fueran sólo buenos deseos sino que hubiera tras ellos fundamentos sólidos que Crow, buen conocedor de las circunstancias del Principado, pudiera dar por válidos.

Partió Domingo Perera para Cataluña, desembarcó en Arenys y todo indica que no se atrevió a entrar en Barcelona¹⁷ porque el virrey había dictado orden de prisión contra él. Esta circunstancia hace que sea difícil creer que el doctor Perera hiciera gestiones realmente consistentes para conseguir las garantías que había solicitado Crow pues no sólo sus movimientos estaban muy limitados sino que era muy arriesgado entablar conversaciones con diputados o personas de auténtica calidad, que tal vez hubieran transigido con ocultar a Fernández de Velasco el que Perera se encontraba en Cataluña, pero no es tan seguro que lo hubieran disimulado al conocer la embajada que traía y que lo que había detrás de ella era, en realidad, todo un cambio dinástico.

Por esta razón el doctor Perera se dirigió a Vich, de donde era natural, y donde conocía a muchas gentes en las que podía confiar por su indudable inclinación austracista, además de que la situación turbulenta, que ya por entonces existía en la zona, impedía ser detenido por el virrey tal como vamos a ver en el apartado siguiente.

7.2 LAS REVUELTAS EN LA PLANA DE VICH

"Vulgar experiencia es que breve centella, si con tiempo no se apaga, crece con velocidad a voraz incendio y no se extingue hasta consumida la menos dispuesta materia que, en la contigüidad de una con otra, habilita la menos apta. Esto, que demuestra lo natural del elemento, es regla dolorosa que la experiencia ha enseñado en muchos reinos que, de mínimas quejas, cuando la prudencia no corta el hilo a la queja o a la violencia, se siguieron irreparables estragos"¹⁸.

Con este largo y grandilocuente párrafo Castellví introduce el capítulo en el que analiza las revueltas que tuvieron lugar en el llano de Vich ligadas, entre otras causas, a la violencia desencadenada por unas disputas campesinas entre vecinos tradicionalmente mal avenidos y que el virrey trató de atajar de forma imprudente. Esta situación, provocando lo que hoy denominaríamos un *efecto mariposa*, sería, según el historiador catalán, la causa

¹⁶ Castellví, tomo I, pp. 500 y 501.

¹⁷ Al menos así lo afirma Soldevila.

¹⁸ Castellví, tomo I, p. 497.

determinante para que Cataluña abandonara la fidelidad a Felipe V pasándose a la causa del Archiduque.

Ciertamente Castellví exagera pues lo que realmente ocurrió en el Principado es sumamente complejo y sólo cabe hablar de concausas simultáneas, unas fortuitas y otras predeterminadas. Pero, sin duda, las revueltas que tuvieron lugar en el llano de Vich, provocadas aparentemente por un hecho nimio, fueron a mi juicio una de las más decisivas¹⁹. Esta comarca tenía antecedentes revoltosos desde los años ochenta del siglo anterior, ligados a la revuelta campesina de los *barretines*, y el malestar se agudizaría años después por el siempre punzante tema del alojamiento de las tropas durante la invasión francesa a finales de la guerra de la Liga de Augsburgo²⁰.

En 1704, en Manlleu, pequeña localidad de unos doscientos habitantes situada a unos ocho kilómetros de Vich, tuvieron lugar unos incidentes entre miembros de la nobleza campesina, las familias Cortada y Regás y unos labradores ricos de la zona²¹. Su enemistad que ya venía de antiguo, habitual por otra parte en las zonas rurales, culminó en un contencioso entre los Regás, que habían comprado unos molinos en el río Ter, y el Ayuntamiento del lugar que estaba dominado por tales labradores ricos. Protestaba el consistorio porque las obras que los Regás querían hacer iban contra el interés público por cuanto alteraban el curso normal del río y, de alguna manera, se establecía un monopolio donde antes había un servicio comunal. La muerte violenta de un criado de los Regás, atribuida a sus opositores del bando municipal, provocó la escisión, no sólo de Manlleu sino de toda la zona aledaña, en dos facciones irreconciliables que se enfrentaron entre sí con extrema dureza. El alboroto llegó a oídos del virrey que decidió apoyar al ayuntamiento, aunque de forma solapada, y dictó orden de detención contra los Regás, Puig de Perafita, Cortada y otros miembros de su facción, sin que, al estar todos protegidos por una fuerte escolta armada, el justicia de la región fuera capaz de conseguirlo. Al mismo tiempo sus enemigos hicieron correr la voz de que eran austracistas y que ésta era la razón última por la cual iban a ser detenidos y juzgados por Fernández de Velasco.

Por aquellos días, en los que comenzaba el año 1.705, llegó a Vich una carta de Jorge de Darmstadt para un tal Bac o Bach de Roda²², labrador acomodado perteneciente a la facción de Regás que había tenido una actuación militar destacada durante la última guerra en la cual se había entablado una buena amistad entre el príncipe y él²³. En la carta, una de las muchas que como vicario de Aragón dirigía a quienes consideraba adictos, anunciaba que llegado el verano volvería a Barcelona con el rey Carlos, la armada anglo-holandesa y un fuerte contingente de tropas de desembarco. Les hablaba también de las conversaciones que se iban a celebrar en Génova con los ingleses y les animaba a estar preparados para la

¹⁹ No es extraño que Castellví dé tanta importancia a los incidentes de Vich. También Feliú de la Peña los va a considerar decisivos para el triunfo del austracismo.

²⁰ Torras i Ribé, op. cit., pp. 87 a 90.

²¹ Seguiré el relato de Castellví, tomo I, pp. 498 y sigs.

²² Se llamaba Francisco Maciá pero, desde la anterior guerra tenía ese sobrenombre.

²³ En Castellví, tomo I, p. 291 hay una carta del príncipe de fecha 10 de octubre de 1700, antes de la muerte de Carlos II en la que pide a Bac de Roda que se entreviste con él “para comunicarle ciertos secretos e importantes negocios al real servicio que no se pueden fiar a la pluma”

revuelta. Bac de Roda transmitió esta información a sus compañeros de partido consiguiendo elevar su entusiasmo.

En marzo los campesinos de Manlleu intentaron arruinar con violencia los trabajos que los Regás efectuaban en los molinos y el incidente dio lugar a que ambas facciones consiguieran que se les adhirieran amigos y vecinos -hasta 600 consiguieron los Regás- con lo cual lo que hasta entonces no pasaba de riña degeneró en batalla campal. Para apaciguar los ánimos se requirió la intervención de algunos eclesiásticos y hasta hubo que sacar el Santísimo a la calle. Enterado del tumulto Fernández de Velasco ordenó comparecer en Barcelona a los cabecillas del partido de Regás, a lo que se negaron por temor a ser presos. Y viendo el cariz que tomaban las cosas decidieron escribir a su compatriota el doctor Perera, a Génova, para hablarle de su posible exilio con objeto de evitar el acoso del virrey que ya se mostraba agobiante.

Feliú de la Peña otorga extraordinaria importancia al hecho de que estos personajes se negaran a obedecer la orden de Fernández de Velasco para que se presentaran en Barcelona "pues ello fomentó el partido de los afectos a la Augusta Casa siendo cierto que en el quedarse y no venir a Barcelona estos caballeros estuvo el hallar el rey Carlos III abierta la puerta de Cataluña y el dominio de España dirigiendo y ejecutando singularmente Jaime Puig de Perafita, con sumo valor, acierto y actividad cuanto conducía para lo que se deseaba"²⁴.

Parece ser que las tendencias austracistas de estos personajes eran fomentadas por el clero local. Voltes Bou²⁵ transcribe al respecto un informe de la época, redactado por el gobernador de Rosas, que afirmaba: "Los frailes y capellanes de Cataluña son peores que nunca y se da por fijo que, a no ser por las diabólicas persuasiones con que enredan a los pueblos, se experimentaría mucha más reducción y buen ánimo en los catalanes". No obstante, sin olvidar como pudiera esto influir en las conciencias personales, es también digno de mención el siguiente criterio de Voltes Bou:

"La rebelión en el llano de Vic no es esencialmente un pronunciamiento a favor de la causa austriaca, sino una manifestación del espíritu de bandería que había florecido en aquella misma región, librada en la generación anterior a las luchas de *nyerros* y *cadells* debidas a desajustes económicos complejos y hondos"²⁶.

En abril de 1705 el virrey, preocupado por el auge de los partidarios del Archiduque en Cataluña, decidió enviar a las diferentes comarcas una comisión de oficiales reales y magistrados de la Audiencia con el fin de exigir a las autoridades municipales un nuevo juramento de fidelidad a Felipe V. Comenzaron, como lugar más conflictivo, por la comarca de Vich y allí los emisarios de Fernández de Velasco consiguieron sin dificultad la adhesión del ayuntamiento pero se encontraron con una situación prebélica donde los

²⁴ *Anales de Catalunya*, Tomo 3º, p. 531.

²⁵ *Barcelona durante el gobierno del Archiduque Carlos de Austria*. Barcelona 1963, tomo I, p. 114.

²⁶ Voltes Bou, *La guerra de Sucesión*, p. 106.

llamados *vigatans*²⁷ liderados por los Regás, Puig, Cortada etc. hacían ostentación armada por calles y caminos y llevaban a cabo una actividad frenética de reclutamiento para conseguir incrementar el número de efectivos de su incipiente ejército. No tardaron en conseguirlo y "determinaron salir a campaña asegurando los pasos del Congost, ya manifiestamente declarados por Carlos III"²⁸. Y, como este paso está a mitad del camino entre Barcelona y Vich (la actual autopista pasa por él), significaba que los rebeldes habían conseguido controlar la ruta que unía la capital del Principado con los Pirineos.

Ante esta situación, unida a insistentes rumores relativos a que numerosas personas de comarcas limítrofes se estaban uniendo a los *vigatans*, Fernández de Velasco envió un destacamento de somatenes al mando del conde de Centelles para recuperar el paso del Congost. No lo consiguieron sino que fueron derrotados, posiblemente por el escaso interés que puso el conde que era de tendencias austracistas. Torras i Ribé habla de que ya en estos momentos existía "una estrecha colaboración e, incluso, en muchos aspectos una subordinación pura y simple entre los dirigentes *vigatans* y la figura del príncipe Jorge de Darmstadt... que desde tiempo atrás distribuía órdenes, mensajes y dinero para pagar el reclutamiento de voluntarios"²⁹.

En medio de estas circunstancias llegó Perera a Vich reuniéndose en una ermita con "los que se consideraban cabos en el hecho de Manlleu. Consideraron impracticables los poderes que pedía Crow de los *comunes* o de los seis caballeros y resolvieron dar poderes en nombre propio..."³⁰. Según Torras i Ribé "finalmente el apoderamiento, que tuvo lugar el 17 de mayo de 1.704, quedó reducido a ocho hacendados y miembros de la pequeña nobleza *vigatana*"³¹. Castellví es algo más crudo y habla de "ocho sujetos del llano de Vic que no eran condecorados del grado de nobleza"³². Sea como fuere los nombres de los ocho poderdantes eran Carlos Regás, Antonio Cortada –ambos de la pequeña nobleza rural-, Jaime Puig de Perafita, ciudadano honrado de Barcelona y sus hijos Antonio y Francisco; Bac de Roda, José Moragues y Antonio Martí, todos ellos hacendados de la zona.

Con tan escaso bagaje hubo de volver Perera a Génova. Según Castellví sus dotes de convicción eran muy altas y consiguió persuadir a Crow de que el apoderamiento era suficiente. Para mí tengo que lo que realmente convenció al inglés fueron las noticias que le llegaron sobre las milicias irregulares que en la plana de Vich campaban por sus respetos hasta el punto de ser capaces de derrotar a destacamentos del ejército. Y estas milicias tenían ya una masa crítica suficiente para ser el embrión de las fuerzas que Inglaterra solicitaba como ayuda para el desembarco; asunto éste que, en definitiva, parecía de mucha más entidad que el conseguir que el pacto tuviera legitimidad inicial porque, efectuada la conquista del Principado, no sería difícil conseguir apoyos suficientes de los tres Brazos.

²⁷ Desde la revuelta de los *barretines* se llamaban *vigatans* –*vigatá* es el nombre que se aplica a los nacidos en Vich- a milicias campesinas irregulares que colaboraban con el ejército. Luego llegó a ser equivalente a austracista.

²⁸ Feliú de la Peña, op. cit., tomo 3º, p. 532.

²⁹ Torras i Ribé, op. cit., p. 115.

³⁰ Castellví, tomo I, p. 501.

³¹ Torras i Ribé, op. cit., p. 107.

³² Castellví, tomo I, p. 501.

Cuestión que, como veremos, Crow se ocupó de dejar perfectamente plasmada en el articulado del pacto.

Como puede verse el *efecto mariposa* que Castellví diagnosticaba, originado por una vulgar disputa rural sobre el uso o abuso de unos molinos, va a producirse aunque el desencadenante del “voraz incendio” -usando sus mismas palabras- no vaya a ser el que Domingo Perera consiga finalmente unas firmas insignificantes, que pretendían dar legitimidad a un anómalo tratado, sino el surgimiento de unas poderosas milicias en la Plana de Vich que recorrían impunes la zona exhibiendo la enseña amarilla del Archiduque.

7.3 EL TRATADO.

El tratado de Génova lleva el título de "Tratado secreto de amistad, alianza y protección entre Inglaterra y el Principado de Cataluña; ajustado en Génova el 20 de junio de 1705". El tratado realmente fue secreto, como se insistía en su último artículo, ya que de su conocimiento prematuro se hubiera derivado indefectiblemente el fracaso de la conquista. Se hicieron solo cuatro copias auténticas de las cuales una se remitió a la reina Ana, otra al conde Peterborough, una tercera fue para el Archiduque y la última para Antonio de Peguera. Al día siguiente se hicieron otras dos copias simples con una de las cuales se quedó Crow en tanto la otra fue para el doctor Perera³³. Los historiadores de la época, aun intuyendo en algún caso que debía existir un acuerdo de esta índole, lo desconocían. No figuran alusiones al tratado de Génova ni en Bacallar³⁴, ni en Belando ni tampoco en otros historiadores como Lamberty o Rousset tan reconocidos por la cantidad de transcripciones de tratados, cartas y otros documentos relevantes que suelen recoger sus obras. El único indicio podríamos, tal vez, encontrarlo en el conde de Robres aunque con un párrafo tan sibilino como el siguiente: “Con que algunos desterrados, considerando ya su crédito en el tablero del mundo, promovieron declaradamente los intereses austriacos, y los más moderados de ellos o con su misión facilitaron las operaciones o con secretos influjos las esforzaron”³⁵.

El 17 de marzo de 1714, (V. E). La Cámara de los Lores dirigió a la reina Ana una petición para que se les entregara un informe -que debería preparar Bolingbroke- "detallando los esfuerzos realizados para que los catalanes gozasen de sus libertades y privilegios; y que una completa documentación de todo el proceso relativo a ello, durante la negociación del tratado de paz, sea también presentada a esta Cámara"³⁶. El 2 de abril (V.E.) Saint John entregó en la Cámara una serie de documentos oficiales, incluyendo la correspondencia con Peterborough y las instrucciones a Lord Lexington, para negociar los preliminares de

³³ Castellví, tomo I, p. 502.

³⁴ Aunque podría insinuarse algo en el siguiente párrafo: “Dispusieron que seis mil soldados y forajidos llegasen hasta las puertas de Barcelona y aclamasen al rey Carlos. Esta era una turba de los hombres más perversos y malvados de todo el Principado que buscaban en la rebelión el perdón de sus delitos”. Es significativo que los *vigatans* no alcanzaron ni remotamente tal cifra, aunque era la especificada en el tratado, por lo que parece curiosa la coincidencia de las cifras. Bacallar, op. cit., p. 96.

³⁵ Conde de Robres, op. cit., p. 241.

³⁶ Soldevila, Ferrán. *Unes sessions de la Cambra dels Lords en 1714*. Revista de Catalunya, nº 58 (año 1929), pp. 210 a 215.

Madrid. Sorprendentemente el tratado de Génova no figuraba entre estos documentos, bien porque se había perdido o bien, como insinúa Castellví, porque había sido *rasgado*. La documentación que se entregó a los lores ha quedado íntegramente reseñada por Robert Walpole en el *Report from the Committee of Secrecy appointed by order of the House of the Commons*, Londres, 1715. Muchos de estos documentos fueron reproducidos en el opúsculo antes aludido *La deplorable història dels catalans*, promovido por los wighs, pero tampoco en él se hace referencia a que se hubiera alcanzado el acuerdo previsto en la comisión de la reina Ana a Mitford Crow, comisión que, sin embargo, transcriben tanto este libro como el *Report* en su integridad.

El texto del tratado fue publicado por Alejandro del Cantillo en 1843³⁷. Ciertamente lo incluye con algún remilgo pues hay una nota al pie que dice: "Aunque este tratado parece impropio de una colección cuyos documentos emanan de autoridad legítima, como se exponen en él con cierta claridad las quejas del gobierno inglés, y las de los catalanes, contra la Casa de Borbón, se ha considerado útil para la historia de la sublevación de aquel Principado ocurrida en este año..."

Por su parte Castellví también reproduce el tratado íntegramente, tomado de los papeles de su pariente Antonio Peguera. Las dos versiones son iguales, aunque no idénticas, posiblemente por ser ambas traducciones independientes de un mismo documento redactado, como era usual entonces en la diplomacia inglesa, en latín.

El preámbulo habla, siguiendo la costumbre de los tratados aliados en la guerra de Sucesión, del "bien común de Europa", de la "desmedida ambición de Francia", de "la entera recuperación de la Monarquía de España para el serenísimo Archiduque", y del ilegítimo testamento de Carlos II. No elude citar las opresiones y violencia que experimenta la nación española. Lo que constituye alguna novedad, por ser incierto, es que Peguera y Perera "declaran y aseguran que han sufrido violentamente el dominio francés" y que por el duque de Anjou se ha procurado "derogar y abolir muchas de las más estimables prerrogativas, constituciones y leyes que goza el Principado de Cataluña". Finalmente cita los vejámenes sufridos, en su persona y en la representación que ostentaba, por Pablo Ignacio de Dalmases en su viaje secreto a Madrid -cuestión ésta de la que hablaremos en el siguiente capítulo- para protestar en nombre de las instituciones por la actitud del virrey. Fue detenido lo que implicaba la imposibilidad para los catalanes de hacer llegar sus quejas y agravios a Felipe V.

Según los artículos primero y segundo del tratado los aliados se comprometen a destinar a la conquista de Cataluña 8.000 infantes y 2.000 caballos y, además, proporcionar a los sublevados 12.000 fusiles y la pólvora y balas necesarias para equipar a otros tantos catalanes que carezcan de armamento. Además de lo anterior en el artículo tercero se dice que los efectivos que los sublevados se comprometen a movilizar de manera inmediata alcanzarán los 6.000 hombres, que pagará la Reina hasta que el Archiduque esté en disposición de hacerlo. Con ellos se formarán compañías, que serán mandadas por capitanes designados por los dos firmantes del tratado, o por las personas que los han

³⁷ Cantillo, Alejandro del. *Tratados, convenios y declaraciones de paz que han hecho con las potencias extranjeras los monarcas españoles de la Casa de Borbón desde el año 1700*. Madrid, 1843. Pp. 43 a 47.

autorizado, pero los cargos superiores serán nombrados exclusivamente por el mando aliado.

El artículo quinto establece la obligación del Archiduque, antes de ser proclamado Rey de España, de jurar las leyes, constituciones y privilegios de Cataluña, lo que Crow asegura que hará. Y como el artículo siguiente, el sexto, va a constituir el meollo y la justificación del denominado *caso de los catalanes* creo que vale la pena transcribirlo completo:

"Y para manifestar más ampliamente el celo de la serenísima Reina de Inglaterra por el bien público y su afecto a la ínclita y noble nación catalana, promete el dicho ilustre Mitford Crow, que siempre que ocurran (lo que Dios no permita) algunos sucesos adversos e inopinados de la guerra, toda seguridad a los dichos señores, a sus adherentes y a los demás habitantes y vecinos del dicho Principado que siguiendo públicamente el partido del serenísimo rey Carlos III, y de los muy altos aliados, tomen las armas en su favor para que, con el auxilio y socorro de las fuerzas de Inglaterra y de los muy altos aliados, sacudan el muy pesado yugo de los franceses, de tal suerte que nunca les falte la garantía y protección del Reino de Inglaterra, ni padezcan por esta causa la más mínima perturbación o daño en sí mismos, en sus bienes, leyes o privilegios; de manera que el Principado de Cataluña *goce en lo venidero, del mismo modo que al presente*, de todas las gracias, privilegios, leyes y costumbres, así en común como en particular, en la misma forma que el dicho Principado gozaba de estos privilegios, leyes y gracias en tiempo del difunto Carlos II"³⁸.

Con el artículo siguiente, el séptimo, Crow pretende cubrirse de cualquier reproche por la evidente falta de representatividad de los poderdantes y para ello promete que tan pronto se conquiste Barcelona, o antes si fuere posible o conveniente, "expondrá y declarará de palabra y por escrito o a los diputados del Principado de Cataluña, o a otras personas nombradas para representar a las comunidades de dicho Principado, y ratificará todas las cosas convenidas y comprendidas en el presente tratado".

El artículo noveno establece los compromisos -que va a ser incumplidos- de los sublevados: Diez horas después de que la armada aliada haya fondeado en aguas catalanas saldrán de los montes cercanos a Vich 6.000 hombres armados, para unirse a las tropas desembarcadas y, en un máximo de tres días, ambos ejércitos dispondrán de avituallamiento, acémilas para la artillería etc. Aseguran también que las tropas aliadas dispondrán de cuarteles y que no se aumentará el precio de los suministros, fijando incluso cuáles deben ser los precios del trigo, de la cebada y del vino. Por su parte Crow promete que los aliados pagarán los gastos en que hayan podido incurrir los sublevados en la movilización y mantenimiento de los de 6.000 hombres para lo cual deberá contar con dinero en efectivo en el momento del desembarco, ya que los desembolsos tienen que ser anticipados y por periodos de tres meses.

³⁸ Aquí puede haber una divergencia entre la versión de Cantillo y la de Castellví. En la que he transcrito parece interpretarse que *en el presente* se gozaban de los mismos privilegios que en tiempos de Carlos II lo que estaría en contradicción con el preámbulo en el que Peguera y Perera afirmaban su pérdida. La traducción de Castellví es más sibilina pues dice *de modo que ahora y en lo venidero goce el Principado...* Lo cierto es que cuando se firma este tratado, Cataluña, tras las cortes de 1701, tenía mayores privilegios que en tiempos de Carlos II y Felipe V no había abolido ninguno. Otra cosa es que en algunas ocasiones se produjeran incumplimientos pero para eso estaba el tribunal de contrafacción.

Firmado el tratado Crow envió una fragata a Inglaterra y otra a Lisboa así como emisarios a las gentes de Vich para que tuvieran conocimiento de las condiciones del acuerdo y de los compromisos contraídos. En el mes de julio Peguera y Perera embarcaron hacia Lisboa para unirse a la flota aliada.

La redacción del tratado creo que constituye todo un éxito de los negociadores catalanes. Las referencias que consiguen introducir relativas a sus fueros, leyes y constituciones no bajan de diecisiete a lo largo del articulado. Además convencieron a Crow de que los *vigatans* tenían unas capacidades muy superiores a la realidad. Parece que los seis mil hombres que se deberían haber puesto en marcha en diez horas no llegaron ni a los dos mil. Mucho más difícil de creer para Crow que, como dijimos, por su oficio tenía alguna experiencia al respecto, debió ser el que los rebeldes tuvieran preparada una infraestructura administrativa suficiente para proveer de vituallas, alojamientos etc. al ejército aliado y, sin embargo, lo asumió o fingió hacerlo.

En general la historiografía catalana, salvo acaso la más reciente, no trasluce que se tengan dudas sobre la validez de este tratado y tan sólo Castellví, al hacer un relato tan minucioso, no tiene más remedio que dejar entrever algún atisbo de esta posibilidad³⁹. Pierre Vilar afirma⁴⁰: "En 1705 los representantes catalanes firman un acuerdo en el que el Principado trata a Inglaterra de igual a igual" Pero lo cierto es, como afirma la nota de Alejandro del Cantillo al tratado, que Cataluña no estaba legitimada para firmar tratados internacionales. Y es más, Domingo Perera y Antonio Peguera no representaban a Cataluña, ni siquiera a la plana de Vich⁴¹, sino sólo a parte de su nobleza rural, sin que, pensando con rigor, quepa extrapolación alguna al respecto. En el preámbulo se dice que la Reina había ordenado a Crow "que pasara a Italia y que se concluyera por él un tratado con las personas que para ello designara el dicho Principado". Por tanto Crow empieza diciendo cuáles son sus poderes: es el embajador de la Reina de la Gran Bretaña con el encargo específico de concertar un tratado. Sin embargo los catalanes dicen que "actúan así en su propio nombre como en el de los ilustres señores"⁴² con cuyo poder y cartas credenciales están solemnemente autorizados". Pero no indican, pues no podía ser de otra forma, qué cargos tienen o, al menos, de dónde les viene la representación que dicen ostentar del Principado.

Años más tarde los propios catalanes se extrañarían de cómo Inglaterra pudo admitir este irregular documento. Al hablar de la embajada del marqués de Montnegre en Londres, enviado por la Diputación y por el propio Emperador, y de la audiencia que exclusivamente *a título particular y sin carácter alguno* le concede la Reina Ana en mayo de 1713 se

³⁹ También es digno de mención el análisis que hace Torras i Ribé en la ya citada *La guerra de Successió*... Está de acuerdo con la total falta de representatividad de los poderdantes aunque justifica el que no se pudiera conseguir mejores avalistas por tres razones. La primera porque bastantes austracistas significados estaban o en la cárcel o exiliados. La segunda por el temor de algunos cargos a ser desinsaculados. La tercera porque miembros de las instituciones, austracistas moderados, consideraban esta conspiración como un "aventurismo irresponsable" y no estaban dispuestos a perder las ventajas políticas conseguidas en las cortes de 1701. Op. cit. pp.107 a 109.

⁴⁰ *Cataluña en la España moderna*. Madrid, 1978, pp. 452 y 453.

⁴¹ Recuérdese el juramento de fidelidad a Felipe V que, simultáneamente con estos hechos, realizó el ayuntamiento de Vich.

⁴² Castellví los llama "de séquito y representación"

lamenta Castellví: “¡Oh, cómo en una nación varían los dictámenes. Ocho años atrás toda la representación de la Reina reconoció como autorizados algunos *individuos* de la nación catalana que no tenían público carácter...”⁴³.

Como antes se dijo es con el artículo séptimo con el que Crow pretende curarse en salud. El pacto, después de la conquista de Barcelona y ya con las instituciones bajo la tutela del Archiduque y de los aliados, debe ser ratificado. Pareciera que el tratado firmado en Génova tuviera una validez limitada, que fuera algo así como una declaración de intenciones, que sólo se perfeccionaría cuando fuera primero conocido y después refrendado por una autoridad legítima o, al menos, representativa del Principado. Y así se hizo realmente aunque no fue Crow el que se ocupó de cubrir ese trámite sino lord Peterborough⁴⁴.

Pero no son estas las únicas dudas que se pueden plantear sobre la validez del tratado de Génova. También las hay sobre la otra parte contratante, los ingleses. Estas dudas que plantea Castellví, son confirmadas por Soldevila que dice que las garantías dadas parecían suficientes pero que, sin embargo, "los catalanes deberían haber puesto la condición de que los pactos fueran ratificados por el Parlamento inglés"⁴⁵. Las razones para haber adoptado esta precaución es que, en 1713, cuando el *caso los catalanes* estaba en su punto álgido, Bolingbroke negó la validez del tratado⁴⁶. Dice Castellví⁴⁷: "Algunos ingleses de genio más brillante que sólido y sabio han querido decir que el tratado no obligaba a la nación porque la comisión que había dado la Reina a Crow de tratar era sin consentimiento del Parlamento". Y contra argumenta hablando de la autorización genérica dada antes de la guerra a Guillermo III para "convenir las alianzas necesarias para la preservación de la paz en Europa y para establecer un justo equilibrio". Posteriormente, al subir al trono la Reina Ana, el Parlamento le ratificó estos mismos poderes. Pero todo esto comenzó el año 1701 y no cabe esperar que la autorización tuviera validez, cinco años después, para un Parlamento tan quisquilloso como el inglés y así quedó patente en las autorizaciones que el Ministerio de la Reina tuvo que pedir para casos similares o de menor envergadura.

En cualquier caso este tratado constituía una grave molestia para Inglaterra y Bolingbroke tuvo que recurrir al expediente de ignorarlo o incluso de hacerlo desaparecer, como de hecho ocurrió, pues como se dijo este tratado –a diferencia de otros- no se encuentra entre los documentos recogidos en el *Report of Committee of Secrecy* de Robert Walpole⁴⁸, aunque si aparezcan las credenciales y órdenes de Crow. Podía haber argumentado, aunque no lo hizo quizá por la debilidad del argumento, que el incumplimiento por parte catalana

⁴³ Castellví, tomo III, p. 531.

⁴⁴ Soldevila, *Inglaterra i catalunya. Les relacions anglo-catalanes durant la guerra de Successió*. Manuscrits, nº 13, p.19.

⁴⁵ Soldevila, *Història de Catalunya*, p. 1110, nota 70.

⁴⁶ Y no solamente eso sino que llegó a afirmar que Inglaterra se había visto involucrada a regañadientes por la insistencia de los catalanes y que fueron éstos, se supone que a través de la embajada inglesa en Viena, los auténticos promotores del tratado. La historiografía catalana niega tajantemente esta posibilidad. Fue Inglaterra la que arrastró a los catalanes a colaborar con ellos.

⁴⁷ Castellví, tomo I, pp. 501 y 502.

⁴⁸ Walpole, Robert. *A report from the Committee of Secrecy*. Pero no es el único documento desaparecido porque Walpole se queja de la desaparición de los papeles de la negociación con Francia entre marzo y octubre de 1711.

de los compromisos relativos a la movilización de tropas y de otros recursos -que no llegaron ni remotamente a cumplirse-, invalidaba el tratado y eximía a Inglaterra de cumplir con los suyos. En efecto lord Mahon en su *History of the war of Sucesión in Spain* afirma: “En vez del universal e inmediato alzamiento del país que había anticipado Darmstadt no se sumaron a las banderas del Archiduque más que unos mil quinientos migueletes”⁴⁹.

Sea como fuere y más allá de cualquier análisis sobre legitimidades, lo que no parece dudoso es el compromiso adoptado personalmente por la reina de Inglaterra a favor de que el Principado mantuviera, en cualquier circunstancia, sus fueros y constituciones. Por ello se entiende perfectamente la insistencia de Ana, durante las negociaciones de paz de Madrid y Londres en 1712 y 1713, y ante la actitud inamovible de Felipe V, en que *había empeñado su honor* para que los catalanes gozaran de todos sus privilegios como en los tiempos de Carlos II.

⁴⁹ Citado por Voltes Bou. *La guerra de Sucesión*. P. 110.

CAPÍTULO 8. EL ARCHIDUQUE EN ESPAÑA.

8.1 AUSTRACISMO Y AUSTRACISTAS.

Posiblemente los temas que más debate han ocasionado en relación con la guerra de Sucesión han sido por una parte el de las razones por las que la antigua Corona de Aragón, casi en su totalidad, se decantó por la causa del Archiduque y, por otra, el de la cantidad y calidad de las adhesiones que tuvo esta causa en Cataluña y también en otras regiones de España. Tampoco se trata de entrar ahora en el debate, por supuesto inconcluso y que ha hecho correr ríos de tinta, sobre qué sea el austracismo, o más bien los austracismos¹, pero sí es conveniente, y como contexto al caso los catalanes que tanta influencia va a tener en la negociación de la paz de 1713, el hacer algunas precisiones tanto conceptuales sobre el austracismo como relativas a su implantación tanto a lo ancho de la geografía española como en los distintos estratos de la sociedad.

Mientras vivió Carlos II -preciso es recordarlo- no existió el austracismo sino que, en función de las dos posibilidades testamentarias existentes, había un partido francés y un partido austriaco. Muerto el Rey y conocido su testamento aparece ya un primer austracismo, que es de tipo sentimental, aunque pueda tener componentes racionales, y su esencia es la simple adhesión a la dinastía austriaca. Y en esa adhesión pueden encontrarse multitud de motivaciones, activas unas como el ligar la idea de España y sus glorias pasadas a los Habsburgo, reactivas otras como la francofobia presente en ciertas capas de la sociedad española, y especialmente en la catalana, por motivos antiguos y en cualquier caso justificados.

Además en Cataluña había un tercer partido, al menos así lo denomina Castellví, el de los *celantes*. Había estado particularmente activo desde hacía al menos dos décadas y su núcleo lo formaban juristas de prestigio, al decir de Castellví "conocidos por las obras que han dado a la imprenta". Eran guardianes celosísimos de la observancia de las leyes catalanas, defensores a ultranza de fueros y privilegios hasta el punto de no importarles en absoluto el que hubieran podido quedar obsoletos o que el mundo pareciera caminar por derroteros muy diferentes a los que habían hecho alumbrar, siglos atrás, todo ese *corpus* jurídico e institucional.

No existían, en principio, razones de peso para una adhesión incondicional al austracismo del partido de los celantes, sobre todo después de que las cortes de 1701-1702 terminaran con un elevado grado de satisfacción para los catalanes. Cortes que, en opinión de Joaquín Albareda, Felipe V "superó con nota"². Estaban en situación expectante, aunque algo recelosa, para ver si la nueva dinastía era capaz de asumir los postulados de su filosofía

¹ Un buen análisis sobre el austracismo puede verse en Joaquín Albareda, *El "Cas dels Catalans". La conducta del aliats arran de la guerra de Successió (1705-1742)*. Barcelona, 2005. También en Jon Arrieta Alberdi, *Austracismo ¿Qué hay detrás de ese nombre?* En *Los Borbones, dinastía y memoria de nación en la España del siglo XVIII*. Ed. Pablo Fernández Albaladejo. Madrid, 2001, pp. 177 a 216. Por último en Ernest Lluch, *Las Españas vencidas del siglo XVIII*. Barcelona, 1999, pp. 62 a 92.

² Albareda, Joaquín. *Cataluña y Felipe V. Razón de una apuesta*. En *Los Borbones...* Ed. P. Fernández Albaladejo, p. 309.

política. Bien es cierto que algunos antecedentes podían inclinar a este partido hacia la Casa de Austria. No sólo el recuerdo de Carlos II como "el mejor Rey que había tenido España" sino también una francofobia atávica sobrevenida desde la pérdida, en la Paz de los Pirineos, de la parte norte del territorio catalán con el agravante -que afectaba a los miembros de la burguesía comercial- de la invasión de manufacturas francesas a consecuencia de ese mismo tratado. Y también, como experiencia mucho más próxima y general, a causa de los desmanes franceses en los años finales de la guerra de la Liga de Augsburgo y, particularizando para Barcelona, por los crueles bombardeos durante el asedio a la ciudad por el ejército de Vendôme.

Sin embargo había alguno de los más conspicuos -y Feliú de la Peña es un caso paradigmático-a los que su amor sincero por la casa de Austria hacía considerar como imposible el poder convivir, dentro de sus esquemas jurídico-doctrinales, con la nueva dinastía y esta falta de fe se agudizó al ver cómo algunos otros celantes tomaban el partido borbónico y ocupaban puestos en Audiencias o en Consejos con la posible secuela de perder su ortodoxia. Por otra parte entraba en consideración la guerra en Europa, con resultado todavía incierto aunque determinados datos pudieran hacer presumir un triunfo aliado. Esto abría unas perspectivas de futuro interesantes no sólo desde el punto de vista político y dinástico sino también desde el comercial que aconsejaban a unos a mantenerse prudentemente en espera de acontecimientos y a otros a decantarse sin más demora por la opción del Archiduque.

Desde mi punto de vista este austracismo, declarado en unos, latente en otros y tal vez ausente en gran parte la población, va a evolucionar en virtud de cuatro hechos concretos, no entelequias ni elucubraciones, y que a mi juicio fueron los siguientes: en primer lugar la actuación de los dos virreyes. La del conde de Palma débil pero jugando veladamente en contra de los privilegios y de las instituciones y la de Fernández de Velasco con una represión abierta, cuyas características analizaremos en el apartado siguiente, que, sin ningún tipo de dudas, afectó mucho a los austracistas, fueran estos activos o expectantes. En segundo lugar la conquista de Barcelona y la llegada del Archiduque que puso en marcha un futuro esperanzador para unos, los convencidos de antemano, y abrió una situación de espera para otros. Por supuesto Carlos III tenía que gobernar y sus actos de gobierno, difíciles por otra parte dada la situación de guerra en que se encontraba, produjeron un panorama de luces y sombras que la población vivió y sintió de manera diversa. En tercer lugar la guerra llegó a Cataluña, también a la propia Barcelona, con la secuela de ejércitos enemigos recorriendo sus campos y cometiendo pillajes, saqueos o abusos. Estos hechos, convenientemente amplificados por la propaganda oficial, ampliaron las adhesiones a la causa austriaca como reacción a las tropelías de los borbónicos. En cuarto lugar, ya en 1707, el edicto de Nueva Planta, para Aragón y Valencia, hizo comprender a los catalanes el futuro que cabía esperar para sus fueros y privilegios por más que, como lo prueba el articulado del tratado de Génova, algunos parecían temerlo desde mucho antes.

Es interesante el ver cómo se produce la evolución de la doctrina jurídico- política de los celantes durante el gobierno del Archiduque. Los principios tradicionales se basaban en que el Principado tenía cuatro prerrogativas, *envidiadas por otras naciones*: la intervención y consentimiento de los catalanes para hacer leyes; el juzgar siempre por vía directa, esto es

oídas las partes y con conocimiento de causa; la consideración de la audiencia de Cataluña como tribunal supremo por lo que ninguna causa salía de los límites geográficos del Principado y, por último, la aplicación de la pena de confiscación de bienes sólo en caso de delito de lesa majestad³. Todas ellas, de forma más o menos directa, colisionaban con la autoridad del Rey y presentan inconvenientes de tipo práctico cuando se ejercen tareas de gobierno y estas tareas conllevan la obligación de legislar, porque las leyes debían, para los celantes, ajustarse de manera estricta a unos principios y limitaciones que apenas permitían al poder margen de maniobra. Lluch habla de "una visión muy lenta en la toma de decisiones, bastante ampliamente aceptada, que era poco compatible con ganar una guerra". Y comenta también que el propio Archiduque se quejaba de que su gobierno de Barcelona era más lento tomando decisiones que la corte de Viena, distinguida entre todas las europeas por su sosiego⁴. Por poner un ejemplo de lo que podían complicarse las cosas baste decir que los celantes declaraban nulo de pleno derecho el tratado de los Pirineos, en aquellos artículos que afectaban a Cataluña. La cesión que, en virtud del derecho de conquista, tuvo que hacer Felipe IV de los condados del Rosellón, la Cerdaña y Conflans era ilegal por faltarle la aprobación de las cortes catalanas que, por cierto, no se habían reunido desde 1599⁵.

Para resolver el problema de la capacidad legisladora del soberano, sin que fuera constreñida en exceso, los juristas catalanes tuvieron que hacer difíciles equilibrios, máxime teniendo en cuenta que el estado de guerra que vivía Cataluña no era la situación más propicia para limitar o complicar la capacidad de gobernar por decreto. Francisco Solanes, Francisco Grases y el propio Feliú de la Peña sacaron a la luz algunos libros estableciendo doctrinas que pretendían hacer compatible un gobierno eficaz con la filosofía política de los celantes⁶. No sin algún peligro pues Grases, que se había atrevido a publicar un libro titulado *Epítome o compendio de las principales diferencias entre las leyes generales de Cataluña y los capítulos de decretos y ordenanzas del general de aquella*, en el que intentaba justificar las actuaciones de Vilana Perlas, secretario de despacho del Archiduque, fue destituido, confiscados sus bienes y quemado su libro por orden de la Generalidad y el Consejo de Ciento⁷.

Es también interesante decir algo sobre lo que se ha venido llamando *sociología del austracismo*, problema complejo y muy debatido, pues a la dificultad de poner etiquetas similares a estamentos disímiles se une el problema de que la reacción de los españoles ante la disyuntiva dinástica no fue homogénea sino que tuvo muchas particularidades de tipo local⁸. Si comenzamos por el clero ya es obligado hacer una triple distinción. En la

³ *El Despertador de Cataluña*. Citado por Jon Arrieta, op. cit., p. 186

⁴ Lluch, op. cit., p. 74.

⁵ Así se reclama en *La voz precursora de la verdad pregonando la esclavitud de Europa por las injustas invasiones de la Real Casa de Borbón...* cuyo autor es presumiblemente Juan Amor de Soria. Citado por Lluch, Ernest en *Las Españas vencidas del siglo XVIII*, p. 70.

⁶ En cualquier caso va a ser en la corte de Viena donde se van a producir las mayores aportaciones jurídicas al austracismo con figuras de la importancia del propio Castellví, de Vilana Perlas y, sobre todo, de Juan Amor de Soria.

⁷ Lluch, op. cit. pp. 78 y 79.

⁸ Seguiré el análisis de Pérez Picazo, M^a Teresa en *La Publicística española en la guerra de Sucesión*. Madrid, 1966, tomo I, pp.29 a 137.

parte superior se encontraba el alto clero, normalmente con formación universitaria, ligado a los poderes públicos, al profesorado, a la jurisprudencia etc. y, en general, con un buen nivel económico; luego estaba el clero secular que vivía junto al pueblo, en sus parroquias, con una formación humana y hasta religiosa deficiente y, en algunos casos, padeciendo penurias económicas. Pero la influencia que tenían en sus feligreses era muy grande ya que manejaba dos armas clásicas y poderosas: el púlpito y el confesionario. Por último estaba el clero regular que vivía en situaciones diversas, según la orden a la que perteneciera, y que va a adoptar una postura especialmente activa en la guerra, sobre todo en los reinos de la Corona de Aragón.

Como el clero gozaba de inmunidades y exenciones nada despreciables, ante la disyuntiva de tener que elegir entre Austrias o Borbones los primeros parecían dar mayores garantías de continuidad a su situación de privilegio. Además la Casa de Austria había demostrado ser todo un paladín del catolicismo, había luchado encarnizada y secularmente contra los turcos y mantenido relaciones más o menos razonables con la Santa Sede. En el deber había que apuntar la alianza del Archiduque con naciones herejes y algunas actuaciones de su ejército, como la ya referida de El Puerto de Santa María, que aumentaban las tradicionales dudas sobre la licitud de contar con semejantes socios.

Por el contrario la dinastía borbónica levantaba muchos recelos entre el clero. Conocían bien, y no les gustaba nada, ni el galicanismo ni el regalismo de la iglesia francesa que promovían sus reyes, pues consideraban que ambas doctrinas podían ser perjudiciales para su situación de privilegio y además atentatorias contra sus tradiciones. Contribuyó no poco a la decisión del clero, por la fuerte influencia que Roma ejercía sobre él, que Clemente XI no tomara inicialmente posición sobre el diferendo dinástico hasta que, en 1709, el avance austriaco en Italia le obligó, muy a su pesar, a reconocer a Carlos III provocando con ello la ruptura de relaciones entre la Santa Sede y España. Esto dio lugar a una reacción de condena de gran parte del clero contra Felipe V pero para entonces la ubicación política de cada uno estaban demasiado definida como para poder cambiarla y el Rey, lo suficientemente asentado en el trono, para que este asunto pudiera llegar a ocasionarle perjuicios serios.

Todas estas disyuntivas que hemos apuntado hacían que no fuera demasiado evidente para el clero una toma de postura en favor de un partido o de otro; pero esto no va a implicar que hubiera tibieza alguna tras el momento en que cada cual tome su decisión porque se va a implicar en ella con toda beligerancia desde el púlpito, el confesionario o por medio de manifiestos y cartas pastorales.

Parece existir acuerdo en que la iglesia española se decantó de forma mayoritaria por la Casa de Austria aunque hubo excepciones notables como los jesuitas y gran parte del alto clero incluidos muchos obispos, incluso catalanes, como los de Tortosa, Lérida, Gerona, Seo de Urgell y Vich⁹. También los hubo aragoneses, como los de Zaragoza, Jaca, Barbastro y Huesca. El caso más espectacular y llamativo fue el del obispo de Murcia, Luis Belluga que incluso llegó a ponerse al frente de tropas felipistas. También el clero secular

⁹ Castellví en el Tomo I, p. 620 da una relación de obispos y religiosos “que se ausentaron de Cataluña y siguieron las banderas del Rey Felipe”

castellano se decantó a favor de Felipe V en tanto que el clero regular, y sobre todo las órdenes mendicantes, lo hacían por la Casa de Austria.

En cuanto a la nobleza también se encontraba en una situación ambivalente. Muchos miraban con admiración a Francia cuyo poder, organización y riqueza deseaban para España. Otros, por el contrario, quedaron muy pronto decepcionados por la entrada numerosa y avasalladora de franceses en el gobierno y por la expulsión de nobles españoles de cargos y tareas que tradicionalmente venían desempeñando. También hay que achacar el disgusto de muchos nobles a la actuación del gobierno de Portocarrero pues, como dice Bacallar, "aunque él (Felipe V) tenía bastantes (virtudes) para ser amado parece que procuraba lo contrario con su aspereza el cardenal Portocarrero... pero despreciando esto el cardenal, que no sabía ser político, exasperó los ánimos de muchos hasta enajenarlos enteramente del Rey"¹⁰.

Igualmente causó profundo disgusto entre la alta nobleza la equiparación que, por orden de Luis XIV, hizo Felipe V entre los grandes de España y los pares de Francia lo que motivó el célebre y difundido memorial del duque de Arcos protestando por ello. Pese a todo este malestar no hubo deserciones sonadas, salvo la del Almirante, y la de los condes de Corzana y Cifuentes, previsibles por otra parte. La postura general fue la de mantenerse silenciosamente indecisos en espera de acontecimientos. También la mediana nobleza, que residía en general fuera de Madrid, fue austracista aunque Felipe V, viéndolos más fáciles de ganar para su causa, se esforzó en conseguir su confianza con mercedes y prebendas. Es caso representativo de esta actitud real los numerosos títulos que concedió a raíz de las cortes de Barcelona. El Reino de Valencia constituye un caso especial, por el carácter popular y revolucionario que tuvo su adhesión al Archiduque, lo que hizo que toda la nobleza de este Reino fuera decididamente felipista.

La salida de la corte de Madrid hacia Burgos, en el año 1706, por la proximidad de las tropas del Archiduque, fue toda una prueba de fuego para la nobleza. El marqués de San Felipe dice lo siguiente:

"Este accidente descubrió los corazones de los magnates; los verdaderamente afectos al Rey ni un instante de duda tuvieron de seguirle, o al campo o adonde fuese la Reina. Los que pretendían parecer leales y eran desafectos estaban en mayores dificultades embarazados; pocos se quedaron en Madrid...y los más aguardaban ver descubierta la cara de la fortuna; todos deseaban conservar su honra y, sin menoscabo de ella, muchos deseaban mudar príncipe, más cansados ya de los franceses y de la Ursini que del Rey. El temor contuvo a muchos y esto los preservó de declararse por los austriacos"¹¹.

En lo que a la burguesía se refiere su adscripción según la zona geográfica fue del todo diferente. Para los castellanos primaba la admiración por Francia, y la posibilidad de que se regenerara el país, acercándose España al modelo francés, unido todo ello a una opinión peyorativa de los monarcas Habsburgo que habrían sido los causantes de la ruina nacional. En Cataluña y Aragón prevalecía el odio ancestral a los franceses, el miedo a su competencia comercial y, especialmente, el temor a que España se contagiara del

¹⁰ Bacallar, op. cit., pp. 20 y 21.

¹¹ Ibid., p. 114.

centralismo de Luis XIV. Ahora bien, como señala Pérez Picazo¹², la adhesión de la burguesía catalana al Archiduque fue más dinástica que personal, - lo contrario puede afirmarse del apoyo castellano a Felipe V- aunque hay que descartar la afirmación habitual de que los catalanes experimentasen de manera general sentimientos de hostilidad y odio hacia el monarca Borbón.

En cuanto a la clase campesina conviene señalar su alto grado de participación en la guerra adscribiéndose a uno u otro de los bandos. Los *vigatans* de la plana de Vich estaban reclutados entre campesinos, y campesinos fueron los movimientos subversivos que llevaron al Archiduque a hacerse dueño de los reinos de Valencia y Aragón. Ello no empece el encontrar núcleos rurales de clara adscripción felipista en los tres reinos, fundamentalmente cuando se trataba de ciudades o villas de realengo. Ciertamente no son iguales los motivos de unos y otros para declararse austracistas. En Cataluña pesó mucho la francofobia y el recuerdo de los alojamientos de soldados durante la anterior guerra. En Valencia el motivo principal estaba en el, desde tiempo atrás larvado, odio antiseñorial y en la enorme presión fiscal que soportaban y poco menos cabe decir del campesinado de Aragón. Por el contrario los campesinos castellanos se decantaron por Felipe V desde el comienzo de la guerra y buen ejemplo de ello fue la reacción popular ante el frustrado desembarco aliado en el Puerto de Santa María o ante la llegada de las tropas aliadas al centro de la península. Voltes Bou ha hecho un brillante resumen de la esquizofrenia que afectaba a España que, en mi opinión, vale la pena transcribir:

“Muchos tienen el cuerpo sirviendo a Felipe V, y el alma, a los pies del Archiduque; otros están físicamente en Barcelona, y en espíritu en Madrid o en Versalles. No son menos los que hasta el alma tienen dividida y, aun dedicándola a uno de los dos soberanos lo hacen con tantos peros y distingos que, de hecho, tienen medio espíritu en cada bando: a éste le arrebató el amor a la Casa de Austria, pero le indigna que vaya apoyada por naciones protestantes o le asquea el ambiente frívolo y verbalista del Palacio de Barcelona. A aquél le entusiasma Felipe V y se goza en verle señor de casi todo el país, de suerte que la extensión de sus dominios parece respaldarle el título de rey de España, pero este júbilo patriótico se le desinfla cuando le ve aconsejado de franceses y convertido en el introductor en el país de tanta novedad extranjera”¹³.

8.2 LA REPRESIÓN DE FERNÁNDEZ DE VELASCO.

El intento de conquista de Barcelona de 1704, pese a la fidelidad que demostraron a Felipe V las instituciones y la ciudadanía, levantó las suspicacias de Fernández de Velasco hasta el punto de cambiar radicalmente la actitud de moderación que, según el conde de Robres, se había impuesto a sí mismo. Es radical la divergencia entre Castellví y el marqués de San Felipe al referirse a la nueva actitud del virrey. El primero de ellos afirmaba:

"El moderado trato y proceder de Velasco preservó a Barcelona de la sorpresa de los aliados (está refiriéndose al asedio de 1704) porque Velasco procedió con benignidad y moderación y hacía poco caso de la variedad de discursos que ocasionaba la ociosidad en el modo de referir

¹² Pérez Picazo, op. cit., Tomo I, p.125.

¹³ Voltes Bou. *El Archiduque Carlos de Austria*, P. 128 y 129.

los sucesos que en Europa pasaban. Al contrario, variado del todo el blando estilo en rigores, tomó cuerpo en toda Cataluña y Corona de Aragón el disgusto del despótico ejecutar de Velasco por leves indicios de afectos a la Casa de Austria. Crecía el odio al tiempo que se aumentaban los encarcelamientos y el número de afectos a los austriacos se hacía mayor"¹⁴.

Para Bacallar ocurrió justo lo contrario:

"Don Francisco de Velasco, ensorbecido con la victoria, despreció el interno mal de que la provincia adolecía y no haciendo caso de los desleales, dejó tomar cuerpo a la traición, que pudo, después de irse la armada, reprimirla con el castigo de los autores los cuales cobraron más brío con la flojedad de Velasco"¹⁵.

Como puede verse para el historiador catalán la actuación del virrey fue desproporcionada en cuanto a los motivos e indiscriminada en lo que se refiere a las personas con lo cual sus efectos fueron contraproducentes para los objetivos que se había propuesto. Para el sardo, por el contrario, es muy claro que el crecimiento de los desleales fue debido a la falta de mano dura del virrey.

Los historiadores catalanes (los de entonces y los de después) han descrito con todo detalle la represión de manera -dicen- que cuando la flota aliada apareció de nuevo ante Barcelona la ciudad era prácticamente un clamor a favor del Archiduque, lo que hoy día se considera incierto. Por el contrario son escasos los documentos que avalen la teoría de que la represión, si no casi inexistente como dice Bacallar, guardó al menos cierta proporcionalidad entre la gravedad de la situación y el peligro de dejar actuar libremente a elementos cuya militancia austracista era manifiesta. Aún así, como se verá, fuera cual fuere la represión habida no consiguió movilizar, al menos de forma clara, a amplias capas de la ciudadanía que, a la llegada de los aliados en 1705, continuaron manteniendo una fidelidad, aunque sólo fuera pasiva, hacia Felipe V.

La represión se hizo, según los casos, por medio de tres tipos de actuaciones. La primera era el encarcelamiento sin juicio. Tal fue el caso de Feliú de la Peña, Ramón Vilana Perlas, el cónsul de Holanda y algunos eclesiásticos¹⁶. En otros casos la pena aplicada fue el destierro, normalmente dentro de la propia Cataluña o en Mallorca (entre los desterrados, había cuatro jueces del Real Senado). Por último, para cargos públicos, es decir *consellers*, diputados y miembros del Brazo militar, se utilizó el arma de eliminarlos de las bolsas de insaculación al parecer, y según cuenta el conde de Robres, de forma bastante frívola y “con tan poca discreción que fueron comprendidos algunos que no eran insaculados, y de la ciudad se mandó la desinsaculación de algún eclesiástico cuyo estado le excluye por sí mismo de poderlo estar”¹⁷. El conde de Robres nos da algunas pinceladas desconcertantes sobre Fernández de Velasco y su actuación a partir del primer asedio a Barcelona:

¹⁴ Castellví, tomo I, p.461.

¹⁵ Bacallar, p. 73.

¹⁶ Castellví completa una relación de Feliú de los encarcelados. No son muchos pero habla también de “otros ajusticiados”. El único nombre que se cita como tal es el de Joan Figuerola. Tomo I, pp. 468 y 469.

¹⁷ Conde de Robres, op. cit., p. 233.

"Las acciones de este jefe en su gobierno de Cataluña han sido sumamente problemáticas y yo confieso que si por una parte su carácter y los rigores que ejecutó (los cuales también podían ser parte de su odio a la nación) me lo representan finísimo anjino, sus omisiones en esta acción, sus disposiciones previas y otras circunstancias de su gobierno no le exentan por lo menos de inclinación austriaca... Algunos de sus más confidentes daban a entender que tenía el corazón austriaco aunque se creyó era para descubrir los (corazones) de sus súbditos por ese medio, más también vi que estuvo áspero con los de ellos más afectos a Felipe"¹⁸.

Voltes Bou, dando a lo que dice Robres tintes de verosimilitud¹⁹, nos proporciona otra interesante cita del conde en los términos siguientes:

"Con verdad o sin ella, que nada aseguro en asunto tan delicado, me dijo un sujeto de entendimiento que el virrey Velasco era austriaco y que si en vez del príncipe Jorge Darmstadt, con quien estaba opuesto desde su virreinato primero, fuera el año anterior a Barcelona el Almirante, su amigo, que le instó fuera él quien hiciese lo que intentó Peguera; pero que muerto aquel señor, de cuyo influjo con el Archiduque fiaba la mayor elevación, se mudó enteramente".

Fernández de Velasco era ciertamente amigo del almirante, a quien debía, junto a Mariana de Neoburgo, su primer nombramiento como virrey de Cataluña. Esto implicaba, al menos inicialmente, simpatías austracistas veladas después por la fidelidad debida Felipe V, que había puesto en él su confianza para desempeñar una las misiones más comprometidas de la Monarquía como lo era la gobernación de Cataluña. La muerte del Almirante, que debió conocer, si acaso, pocos días antes de que llegara la flota aliada ante Barcelona puede que, como dice el conde de Robres, rompiera su posible inclinación austracista pero lo cierto es que la defensa que hizo de la ciudad, al no ser precisamente numantina, fue analizada cuidadosamente por el Consejo de Estado que no hallaron en su actuación motivos de castigo aunque sí de censura y ostracismo político.

Lo probable es que la represión y los enfrentamientos que tuvo con las instituciones tuvieran efectos diversos en la ciudadanía, según el grado de implicación con la causa del Archiduque de los diferentes sectores. Es significativa la conversación, con vistas a la capitulación de Barcelona en 1714 que, según cuenta Voltes Bou²⁰, tuvo lugar entre el coronel Dalmau, uno de los negociadores por parte catalana, y Jean Orry que lo hacía por cuenta de Felipe V. Parece que Orry preguntó: "¿Por qué lo que hacen ahora los ciudadanos de defenderse no lo ejecutaron en 1705? Dalmau respondió: no dependió de los comunes sino del virrey Velasco que afligió a los ciudadanos, con malos tratamientos, destierros, prisiones y castigos irritando los naturales... y, aunque es verdad que la inclinación de los ciudadanos era la familia austriaca, éstos, no obstante, hubieran ejecutado lo que el año 1704, obedeciendo a Velasco cuanto les mandó".

Uno de los sucesos oscuros y poco comprensibles de este periodo fue la deportación a Madrid del obispo de Barcelona, Fray Benito Sala y Caramany, muy querido por sus

¹⁸ Ibid., pp. 245 y 246.

¹⁹ Voltes Bou, P. *El Archiduque Carlos de Austria*. Barcelona, 1953, p. 60.

²⁰ Ibid, p. 59.

feligreses, en apariencia partidario de Felipe V y que, según refiere Feliú²¹, había tenido enfrentamientos con algunos de sus párrocos por cuanto en las misas, y concretamente al hacer las preces habituales, se negaban a nombrar a Felipe V²². Parece ser que la situación se aclaró pronto y Felipe V le autorizó a volver a su diócesis pero “lo rehusó por prever los huracanes que se preparaban”²³.

Pero el caso más sonado fue el de Pablo Ignacio de Dalmases, que años después sería embajador de Cataluña en Inglaterra y que había sido uno de los fundadores de la *Academia de los Desconfiados*. El 20 de enero de 1705 fue comisionado secretamente por la Junta de la ciudad de Barcelona para marchar a Madrid, como embajador de la ciudad, para entregar a Felipe V y al Consejo de Aragón “una larga representación sobre los gravámenes, opresiones, encarcelamientos y destierros que el virrey Velasco ejecutaba, violando los fueros en deservicio del mismo Rey y en perjuicio del bien público”²⁴. Parece que algún miembro de la Junta traicionó el secreto y cuando Dalmases entraba en Madrid por la puerta de Atocha le estaban esperando por orden del duque de Montalto, entonces presidente del Consejo de Aragón. Fue seguido para averiguar la posada en la que se alojaba y al día siguiente fue encarcelado sin comunicarle, según dice Feliú, las razones de su detención. En marzo del mismo año fue excarcelado y desterrado a Burgos, y más tarde a París, donde años después fue canjeado por otro prisionero del bando contrario²⁵.

Conocida en Barcelona la prisión de Dalmases el escándalo fue mayúsculo. Carlos II había otorgado a la ciudad el privilegio de que pudiera enviar embajadores a Madrid con el mismo estatus que si se tratara de una potencia extranjera. La ruptura de la inviolabilidad diplomática del enviado, probablemente, no fue decisión del virrey, pero se sumó a su cuenta particular de desafueros. Los catalanes “consideraban lo más sacro el derecho de poder enviar embajadores a sus soberanos y vieron cerrada la puerta al alivio y al recurso de la queja de la violencia y la infracción; y creció con este acto el cúmulo de los afectos al partido austriaco manifestando los más pacíficos y rústicos formal aversión al gobierno”²⁶.

8.3 DE BELLO RUSTICO VALENTINO.

El 23 de junio de 1705 tuvo lugar en Lisboa el Consejo de Guerra en el que se determinó que la conquista de Barcelona era el objetivo elegido entre el resto de alternativas que se manejaban para la escuadra; exactamente un mes más tarde el Archiduque embarcaba en el navío *Britannia*. El día 28 de Julio salió del Tajo una enorme flota compuesta por ocho escuadras con un total de sesenta navíos de línea, ocho fragatas, siete brulotes, nueve bombardas, cinco navíos hospital y un número indefinido de barcos de transporte. El

²¹ Feliú, op. cit. Tomo III, p. 518.

²² Según el conde de Robres la razón de su deportación a Madrid fue que “cargáronle de omiso en el castigo de los clérigos”. Op. cit, p. 232.

²³ Ibid.

²⁴ Castellví, tomo I, p. 494.

²⁵ Feliú, op. cit., p. 530.

²⁶ Castellví, tomo I, p. 495.

número de cañones era de 4.231 y el de hombres 23.631 además de otros 9.000 infantes de marina²⁷.

La flota llegó a Cádiz donde "para fingir alguna idea empezaron las naves a sondar la isla de León. Embarazólo la artillería de la plaza y por la noche se volvieron a partir enderezando rumbo a Gibraltar"²⁸. Como expliqué antes, al llegar a esta ciudad, bajó a tierra el Archiduque, tomó posesión de la plaza y, tras hacer embarcar unas compañías de catalanes que allí se encontraban, puso rumbo al Mediterráneo.

Mandaba la flota el almirante Shovel y estaba al frente de las tropas de desembarco Sir Charles Mordaunt, lord Peterborough porque, pese a los intentos del Archiduque, los aliados no habían aceptado que el mando correspondiera al príncipe de Darmstadt, entre otras razones porque el ser católico le imposibilitaba para capitanear tropas inglesas. Viajaba con el título de vicario general de Aragón aunque quedaba entendido, para disgusto de Peterborough, que tras el desembarco en Barcelona, le correspondería dirigir la ocupación del Principado. Lord Peterborough no era militar de carrera y, según refiere Voltes Bou²⁹ tenía una personalidad genial, divertida y excéntrica. En contra de lo que era políticamente correcto en su época se declaraba ateo, era irrespetuoso con su monarquía y desdeñoso con la aristocracia a la que pertenecía. Prueba de su carácter poco convencional es la conocida la anécdota de que invitó a comer en su casa a unos bandidos que habían asaltado su carruaje y le habían despojado de cuanto llevaba encima.

El día 10 de agosto la armada fondeó en Altea con objeto de aprovisionarse de agua. Aprovechó la ocasión el Archiduque para hacer imprimir 600 copias de un nuevo manifiesto, dirigido en este caso a los habitantes de los reinos de la Corona de Aragón, cuyo contenido era similar al que emitió con motivo de la campaña portuguesa pero con la apostilla siguiente: "y hallándonos ahora sobre la gran flota de desembarco de nuestros aliados, con sus tropas de desembarco, amonestamos otra vez a nuestros vasallos que quieran reconocernos (como deben) por su legítimo Rey, negando la obediencia al intruso. Declarando nuevamente que si así lo hicieren les perdonamos el crimen de lesa majestad cometido al haber reconocido al duque de Anjou..."³⁰.

Este manifiesto fue distribuido profusamente en el Reino de Valencia. En cuanto a Cataluña se destacó a Darmstadt en el navío *Devonshire* para que, cuando llegara a las proximidades de Barcelona, desembarcara emisarios para hacerlo llegar a sus adictos, a la población y, de manera especial, a las cabezas de los tres Comunes. Con él viajaba Domingo Perera, encargado de anunciar a los *vigatans* que la prometida poderosa escuadra, en la que viajaba el rey Carlos III, arribaría a la costa de Barcelona en muy breve plazo.

Mientras cargaban agua en Altea "no faltaron en esta región los perturbados sentimientos de los campesinos, entre los cuales estaba el cura de esta población, gran defensor de la facción del Archiduque, que animaron a Basset, jefe de armamento, a ocupar la ciudadela

²⁷ Castellví, tomo I, p. 516.

²⁸ Bacallar, op. cit., p. 95.

²⁹ *El Archiduque Carlos de Austria*, pp. 82 y 83.

³⁰ Castellví, tomo I, p. 517.

de Denia que domina el puerto, pues estaba desprovista de la adecuada protección de soldados"³¹.

Según Castellví el almirante Shovel con 40 navíos fondeó ante Denia y envió un tambor con un intérprete a la ciudad, para que se rindiera y prestará obediencia al Archiduque. La ciudad respondió que lo haría cuando lo hiciese su capital, Valencia, porque al no estar guarnecida y tener sus murallas arruinadas estaba expuesta a represalias tan pronto como la escuadra abandonara Denia, salvo que los aliados dejarán una guarnición suficiente para su defensa. El día 14 desembarcó Shovel y con él Juan Bautista Basset, al que se le había dado el título de "gobernador de Denia y general de las armas del Rey". Basset quedó en la ciudad con algunos soldados de origen valenciano y municiones suficientes para armar a milicias campesinas³².

La versión de Miñana es un poco diferente. Dice que Basset "saltando con 16 compañeros de un navío envió por delante a Francisco Ávila (un sargento mayor del ejército felipista que había desertado recientemente) desde Altea con una caterva de campesinos para que acudiese a Denia por vía terrestre; y cuando estaba ya a la vista aquel confuso gentío, Pascual Perelló, gobernador de la ciudad... se deslizó por la muralla en busca de lugares más seguros. Así pues, sin ningún problema, ocupó y fortificó puntualmente la bastante bien defendida ciudadela de Denia y también la ciudad, sin ninguna oposición por parte de los habitantes, más aún, contando con su espontáneo apoyo"³³.

Sea cual fuere, entre las dos, la versión buena, Basset se apoderó de Denia y allí consiguió, según Miñana, muchas adhesiones:

"Los hombres más corrompidos de todas las categorías sociales y la hez de la población, que reunió en toda la provincia de entre los que estaba hundidos en la impotencia y pobreza, los vagabundos sin patria, sin casa, sin raíces, los más dispuestos a los desórdenes y crímenes ya fuera por maldad o por falta de esperanza de todas las cosas... Otros, tal vez más por ligereza de cascos, o por una esperanza de fortuna más favorable... le brindaron su amistad por medio de cartas con la esperanza de que de ello se les originaría gran ayuda para su vida"³⁴.

Miñana no indica quiénes eran estas últimas personas pero Bacallar³⁵ da algunos nombres: Gil Cabezas, Vicente Ramos y Pedro Ávila. Por otra parte con Basset había desembarcado también Francisco García, personaje famoso en toda la zona porque en 1693, durante la rebelión antiseñorial denominada *segunda germanía* había desempeñado un papel dirigente. Todos ellos se dedicaron a sublevar al campesinado, muy proclive a ello por la opresión a que estaba sometido, con promesas de que iban a quedar exentos de los impuestos que pagaban.

³¹ *De bello rustico valentino*, p. 41. Se refiere a Juan Bautista Basset cuyos antecedentes hemos dado en el capítulo 6.

³² Castellví, tomo I, pp. 649 y 650.

³³ Miñana, op. cit., pp. 42 y 43.

³⁴ Ibid., p. 44.

³⁵ Bacallar, p. 95.

Es digno de mención que Lord Peterborough que, como luego veremos, no era partidario del desembarco en Barcelona, posiblemente por la desconfianza inglesa en Darmstadt y en la veracidad de sus continuos alegatos sobre la predisposición catalana a pasarse a la causa del Archiduque tan pronto se viera aparecer la flota por aquellas aguas, propuso con la mayor insistencia que la totalidad de las fuerzas desembarcaran en Altea para establecer una base amplia en el Mediterráneo y continuar hasta Madrid. La postura en contrario mantenida con toda firmeza por el Archiduque le hizo desistir de la idea que, por otra parte, estaba dentro de las instrucciones que, con fecha 1 de mayo de 1705, había recibido de la Reina en los términos siguientes: “Si hallareis que los catalanes y españoles no admiten mis ofertas y no corresponden a mi buena intención, y que con la suavidad no se les puede inducir a apoyar los intereses de la Casa de Austria, tomareis la medidas convenientes para *sitiar las ciudades y costas de España y reducirlas con la fuerza*”³⁶.

La rendición de Denia y la magnitud de la revuelta campesina produjo una gran preocupación en Valencia, donde las fuerzas de guarnición eran escasas por lo que pidieron ayuda al Rey Felipe que les envió de inmediato a don Luis de Zúñiga, que se encontraba con el marqués de Villadarias en Andalucía. Con él llegó, al mando de un regimiento de caballería, Rafael Nebot, un catalán que había luchado en el asedio a Gibraltar. Apenas hubo llegado a Valencia y con ánimo de cambiar de bando, se dirigió por su cuenta y riesgo a la zona de Denia, lo que ocasionó no poca preocupación en Basset quien, por una parte, vivía con el miedo a que se produjeran reacciones incontroladas de los campesinos que él mismo había sublevado y, por otra, al ignorar las intenciones del coronel Nebot, lo consideraba un enemigo temible. Pero lo cierto es que ambos "iniciaron una alianza funesta por medio de reuniones nocturnas, en sitios boscosos a los que acudían con frecuencia fingiendo ir de caza y, después de dar a conocer sus decisiones, decidió (Nebot) imitar el perjurio de sus hermanos³⁷ que en Cataluña poco antes habían empujado a la rebelión a sus propios compatriotas"³⁸. No contento con esto el coronel hizo prisionero a su jefe, Luis de Zúñiga, que nada sospechaba de su traición, y a otros oficiales a los que encarceló en la fortaleza de Denia.

Mientras el reino de Valencia se iba reforzando con contingentes que llegaban de Andalucía, el general José Nebot había llegado de la Cataluña ya conquistada para el Archiduque al frente de un pequeño grupo y se hizo con el control de Vinaroz ante la pasividad de los escuadrones acuartelados en Castellón. Basset, por su parte, reforzado con la caballería del coronel Nebot, inició su marcha hacia Valencia apoderándose de Alcira sin apenas resistencia. El virrey, Antonio Mendoza, marqués de Villagarcía, permanecía tranquilo porque había recibido noticias de que próximamente le iban a llegar refuerzos importantes. Pero tenía entre sus colaboradores próximos a un austracista, el oidor de la Audiencia Manuel Mercader, quien envió aviso a Basset, que se encontraba en Alcira rumiando sus muchas dudas sobre qué acción militar emprender, para que atacara de inmediato a la capital.

³⁶ Castellví, tomo I, p.650.

³⁷ Era hermano del general José Nebot que va a tener una actuación importante en la guerra.

³⁸ Miñana, pp. 48 y 49.

El 16 de diciembre llegó a las puertas de Valencia con una enorme multitud de campesinos. Cuenta Miñana:

"Al mismo tiempo se escuchaba a lo largo y a lo ancho de los campos que se extienden alrededor de Valencia el confuso griterío de los labradores llamando a las armas y saludando al Archiduque... y todos soliviantados por los emisarios de Basset, tras proponerles la inmunidad de tributos, acudían en masa hacia la bandera izada por los jefes rebeldes para atacar la ciudad"³⁹.

El virrey, anciano e irresoluto, no se atrevió a disparar la artillería contra los que rondaban las puertas y ni siquiera a ordenar la defensa por miedo a irritar a las turbas que, ávidas como estaban de botín, habrían saqueado Valencia. "Basset pues, entrando en la ciudad con sus compañeros de armas fue acogido con gran jolgorio por el pueblo (como el que llegaba esperado durante mucho tiempo) como si fuera una divinidad favorabilísima que tenía que colmar a la patria con todos los bienes"⁴⁰.

Como castillos de naipes fueron cayendo en poder de Basset ciudades importantes como Sagunto, Játiva o Segorbe, aun cuando alguna de ellas fuera pronto recuperada, en tanto que acudían a Valencia "todos los hombres más criminales y viciosos" y la ciudad era puro tumulto con las turbas exigiendo que se diera muerte a los nobles para apoderarse de sus bienes. Finalmente Basset autorizó la salida del virrey, del arzobispo y de algunos nobles que lograron escapar a Castilla; pero otros decidieron quedarse en la ciudad, refugiándose en conventos o escondidos. Fueron unos y otros objeto de tropelías, saqueos e incautación de sus bienes, incluso hubo hombres ahorcados y algunas mujeres de la nobleza fueron azotadas.

Estos ejércitos de campesinos, inexpertos como soldados, faltos de organización y de medios, era muy ineficaces, como se comprobó en el intento de conquista de Chiva, donde 14.000 hombres de a pie y 600 a caballo fueron puestos en fuga por tan sólo 100 soldados de la guardia Real que, al mando de Antonio del Valle, había enviado Felipe V. Por eso la situación de la provincia era muy confusa y el ejército felipista, pese a sus escasos efectivos, mantenía el control de algunas zonas e infligía severas pérdidas a los sublevados. Finalmente, a comienzos de año, llegó Peterborough a la provincia con 4.000 veteranos ingleses y 2.000 catalanes. El 3 de febrero de 1706 consiguió llegar a Sagunto, no sin oposición, e inmediatamente entró en Valencia donde trató de organizar el control de todo el reino además de poner orden en la caótica ciudad. Su primera medida fue liberar a muchos de los encarcelados por Basset.

Éste, entretanto, había suprimido "gavelas y todo género de tributos; esto regocijo mucho la provincia; contribuían con todo lo necesario a la guerra, pagando mucho más, pero no lo advertían porque lo hacían voluntariamente aborreciendo el nombre de tributo"⁴¹. Peterborough, mediante añagazas, consiguió que Basset, que no le gustaba en absoluto y a quien tenía perfectamente catalogado, saliese de Valencia, única forma posible de poner algo de orden en la ciudad. El Archiduque puso como virrey, de manera provisional, al

³⁹ Ibid., p. 55.

⁴⁰ Ibid., p. 58.

⁴¹ Bacallar, p. 95.

conde de Cardona. En cualquier caso el reino valenciano nunca llegó a estar totalmente bajo el control de las tropas aliadas. Hostigada por el sur por el obispo Belluga, por el este por las tropas leales al mando del duque de Arcos y con Peñíscola, enclave que nunca se llegó a conquistar, por el norte, se mantuvo la zona en situación de cierta inestabilidad pese a que el 8 de agosto de 1706 había sido rendida la ciudad de Alicante. El 1 de octubre entró el Archiduque en Valencia donde permaneció durante cinco meses.

Los condicionantes para la adhesión del Reino de Valencia a la causa austracista fueron, como hemos podido ver, totalmente distintos a los que se daban en Cataluña. Aquí no hubo un partido celante ni una especial inclinación por la dinastía austriaca. Fue una revuelta campesina, antiseñorial y exacerbada por décadas o siglos de opresión y de impuestos desmesurados. La situación de indefensión del reino de Valencia, ciertamente no diferente a la que había en el resto de la monarquía, sin guarniciones permanentes y con las ciudadelas maltrechas, permitió que grupos armados, que en este caso inspiraban mayor temor por ser irregulares y sin la disciplina que se supone a un ejército, se hiciera sin dificultad con ciudades que a veces tenían que abandonar ante la llegada de cualquier contingente enemigo. El caso de la ciudad de Valencia fue singular, por los saqueos y desmanes que cometieron los campesinos y que Basset permitió, porque formaban parte de su estrategia -junto con las promesas de acabar con los impuestos- para mantener sublevados y en armas a decenas de miles de labradores.

8.4 LA CONQUISTA DE BARCELONA.

La conquista de Barcelona constituye un acontecimiento clave en la guerra de Sucesión porque dio al Archiduque la posibilidad establecer una plataforma territorial amplia desde la cual poder conquistar España con mucha mayor eficacia que desde Portugal que, en teoría y por estar más próxima a Inglaterra y Holanda, podía haber sido mejor base operativa pero que tenía el inconveniente de ser un enclave extranjero; la experiencia demostró sobradamente a lo largo de la guerra que, pese a las previsiones iniciales, la contribución estratégica de este país fue escasa. Castellví atribuye su inoperancia como punto de partida para la conquista del resto de la península a la presencia en los ejércitos aliados de gran número de portugueses y “repugnaba su genio (a los castellanos) ver pisar su tierra por los portugueses” por lo cual las poblaciones que atravesaban o incluso ocupaban les mostraban una hostilidad muy incómoda.

En ciertas ocasiones los acontecimientos y el desarrollo de una guerra pueden ser muy previsibles; en otras, por el contrario, factores de apariencia intrascendente condicionan e incluso modifican el resultado final. El caso de la conquista de Barcelona es paradigma de cómo el azar, en forma de una cadena de sucesos nimios, alumbró un resultado inesperado por lo improbable: conseguir que se produjera una concatenación de hechos fortuitos favorables todos al Archiduque. La historiografía catalana de la época atribuye la conquista al amor que tenía el Principado por la Casa de Austria y a la insoportable opresión que el duque de Anjou ejercía sobre sus habitantes. Pero la realidad fue muy otra. Voltes Bou afirma que sin la llegada del ejército aliado "Felipe V hubiera reinado pacíficamente en

Cataluña hasta morir"⁴². En sentido parecido se ha expresado Domínguez Ortiz cuando dice que "nada hace creer que sin la presencia de la flota aliada se hubiese producido el levantamiento"⁴³. Pero, como veremos, además de flota y ejércitos aliados va a ser necesaria toda una cadena de sucesos, sorprendentemente arbitrarios, para que tenga lugar la caída de Barcelona.

En el verano de 1705 la ciudad no estaba desprotegida como ocurriera el año anterior. Fernández de Velasco, que era militar de carrera, había adoptado disposiciones para reforzar sus defensas y para incrementar la guarnición de la plaza. "Adelantaba Velasco la fortificación del castillo de Montjuich; nombrábale con el nombre de *freno del indómito caballo*, añadía rastrillos y empalizadas... aumentaba las defensas en las puertas de la ciudad al paso que iban llegando tropas de Italia a reforzar las guarniciones. El número de tropas que entraron en Cataluña fueron ocho regimientos de infantería, seis de italianos y dos españoles además de uno que se levantó de fusileros de montaña en la Cerdanya. Al mando de las tropas llegadas de Italia iban el duque de Pópuli y los marqueses de Aytona y Risbourg"⁴⁴. El conde de Robres cuantifica la guarnición en 5.000 infantes y 1.200 caballos.

Cuando llegó la flota frente a Barcelona parte no despreciable del territorio catalán estaba, de algún modo, en poder de partidarios del Archiduque aunque faltaban por ocupar las plazas de mayor relevancia militar como Gerona, Tarragona, Rosas, Lérida, Castel-León y alguna más. Esto no era fortuito sino que formaba parte de la estrategia –posiblemente errónea– del virrey para quien esta pretendida ocupación era inocua en tanto él controlara las auténticas plazas fuertes. Según Fernández de Velasco la situación era algo caótica debido a las bandas de austracistas que recorrían la provincia y aunque pudo existir apariencia de que habían conseguido su control la realidad era otra. "El modo que tienen estos hombres de tomar obediencia es entrarse en lugarcillos con cien o doscientos hombres armados diciendo ¡Viva Carlos tercero! y el miedo, junto con la buena inclinación, es causa de que en ninguna parte hallen resistencia"⁴⁵. Como explica Castellví las ciudades estaban "sin recintos, no hicieron oposición y aclamaron al rey Carlos III"⁴⁶. Lo que cabe concluir es que estas bandas llegaron a pueblos pequeños en general y que "si bien no se produjeron resistencias encarnizadas a decantarse en favor del Archiduque, tampoco se pudieron observar las adhesiones clamorosas e incondicionales que describen las fuentes austracistas. Había una dosis importante de indecisión, ante la presencia en cada territorio de dos partidos, a menudo condicionada por antagonismos de tipo localista"⁴⁷.

El 22 de agosto fondeó la flota aliada delante de Barcelona. El espectáculo debió inspirar no poco pavor a sus habitantes, sorprendidos ante la presencia de una aglomeración de navíos de guerra jamás vista hasta entonces, y despierto aun el recuerdo de los intensos

⁴² Citado por Nuria Sales. *El segle de la Decadencia*. En *Historia de Catalunya* de Pierre Vilar, Barcelona, 1992, Volumen IV, p. 417.

⁴³ Domínguez Ortiz, Antonio. *Sociedad y Estado en el siglo XVIII español*. Barcelona, 1976, p. 47.

⁴⁴ Castellví, tomo I, pp. 494 y 495. Parte de la cita esta tomada textualmente de *Anales de Cataluña*, tomo III, p. 531.

⁴⁵ Nuria Sales, op. cit., p. 418.

⁴⁶ Castellví, tomo I, p. 523.

⁴⁷ Torras i Ribé, op. cit., p. 121.

bombardeos que el año anterior había descargado sobre la ciudad una escuadra mucho más reducida.

Más de doscientos navíos,
con diecisiete balandras,
cuenta Holanda e Inglaterra,
también el de Dinamarca.
Que a vista de Barcelona
las milicias desembarca
que son de doce mil hombres
y tropas bien arregladas.⁴⁸

Comenzar el asedio a Barcelona fue una decisión muy controvertida entre los jefes aliados hasta el punto de que salió adelante con grandes dificultades y, probablemente, sólo por la tenacidad del Archiduque. El primer Consejo de Guerra se celebró el 16 de agosto, a bordo del *Britannia*, todavía frente a las costas valencianas. A este consejo asistieron el Archiduque, lord Peterborough y todos los generales y brigadieres de las fuerzas aliadas. La decisión unánime de los mandos militares, incluido su jefe, fue considerar imposible la conquista de Barcelona a la que consideraban defendida por un ejército de siete mil hombres⁴⁹, excesivo para las fuerzas de desembarco que traían. Peterborough volvió a plantear la idea que había presentado en Altea: ir conquistando ciudades costeras pequeñas y esperar la llegada de refuerzos para, en primavera, intentar la conquista de Madrid.

La desesperación de Darmstadt al reincorporarse a la escuadra y conocer el acuerdo fue enorme. Hizo convocar un nuevo Consejo de Guerra el día 22, ya frente a Barcelona, en el cual ante, la sorpresa del resto de los generales que se mantuvieron firmes en su postura contraria a iniciar el asedio, Peterborough cambió de opinión poniendo sobre la mesa los argumentos siguientes⁵⁰ que, seguramente, le fueron dados por el propio Archiduque y que con gran probabilidad no compartía en el fondo de su corazón:

"Porque soy consciente de que la Reina, mi Ama, además del compromiso adquirido por los tratados que ha firmado y por razones de interés público, profesa una tierna y particular amistad hacia el Rey de España; por ello considero que debo proceder con el máximo respeto hacia él, procurando complacer en cuanto pueda sus deseos sobre cualquier acción que tenga una mínima esperanza de éxito. Y como Su Majestad mantiene con toda firmeza su opinión sobre el *asunto Barcelona*, creyendo que la ciudad se rendirá tan pronto se le haga una brecha en sus defensas, puede mantenerse alguna discusión sobre si esto sucederá así pero sólo la experiencia podrá demostrarlo y, sean cuales fueren las razones que se pueden argüir para juzgar el asunto de forma distinta, es nuestro deber intentar el experimento pese al enorme riesgo que implica.

⁴⁸ Ibid, p. 118.

⁴⁹ Según Castellví los informes que tenían los aliados hablaban de fuerzas entre los 4.000 y los 7.400 hombres. Tomo I, p. 519.

⁵⁰ *The Deplorable History of the catalans*. Anónimo. Londres 1714. Edición bilingüe a cargo de Michael B. Strubell, Barcelona 1992, p.101 y sigs. No indica procedencia pero posiblemente se trata de las Actas de los Consejos de Guerra y de las cartas de Peterborough que estaban en la documentación que entregó Bolingbroke a la Cámara de los Lores a la que ya aludimos anteriormente.

Por otra parte porque ninguna razón, salvo que fuera totalmente en contra de las órdenes de Su Majestad Británica, me haría desobedecer las órdenes que emanasen de Su Majestad Católica. La Reina me ha ordenado repetidamente, en cuantas instrucciones he recibido, que en los Consejos de Guerra me guiara por la opinión mayoritaria, incluso, en palabras expresas, en aquellos casos en los que los que los Reyes de España y Portugal, o sus ministros, me pidieran algo por escrito... y estando constreñido por tales órdenes me he visto obligado a presentar las propuestas del Rey sobre el *asunto Barcelona* y hacer los mayores esfuerzos para conseguir su aprobación por el Consejo de Guerra".

Los argumentos de conde no convencieron al consejo y cuando el Archiduque vio que el resto de los generales seguía manteniendo la misma actitud de oposición al desembarco y que no conseguía hacerles cambiar de opinión les instó a que se marcharan pero dejando claro que él se quedaría en Barcelona, sólo y sin los aliados, para ponerse al frente de sus súbditos. Esta afirmación, casi con seguridad puramente retórica, no le impidió seguir presionando a Peterborough y con éxito porque aunque el 25 de agosto se celebró un nuevo consejo, también infructuoso porque cada cual se mantuvo en la misma postura adoptada en la reunión anterior, Peterborough, un día después, consiguió alcanzar un acuerdo consensuado en los términos siguientes:

"Puesto que el Rey de España ha resuelto ligar la suerte de sus asuntos a un intento de ataque a Barcelona durante dieciocho días (tal como dice la carta que nos ha dirigido), todos nuestros irrefutables argumentos en contrario, planteados en los tres anteriores Consejos de Guerra, a pesar de que tenemos razones sobradas para temer que el resultado confirmará sobradamente nuestra opinión, teniendo en cuenta, además, que nuestro general, el conde Peterborough, se ha conformado con el criterio del Rey, como también lo han hecho los generales de brigada Saint Amant y Stanhope, y que el Rey y sus ministros han presionado con fuerza para actuar de esta manera y aún continúan dándonos seguridades de la veracidad de la información que reciben de la plaza, hemos creído que no se nos podrá imputar culpa alguna a nosotros por acceder a ello... Estamos dispuestos a conformarnos con el designio del Rey respecto a los intentos arriba mencionados pero al mismo tiempo tenemos que expresar nuestra preocupación por que esta empresa puede dar al traste con cualquier otro intento a realizar durante la presente campaña".

La resistencia de los generales aliados no era caprichosa; pese a las declaraciones triunfalistas del Archiduque la información que les llegaba de tierra, tanto del interior de la ciudad como de la costa, estaba, como veremos, muy lejos de lo que habían esperado como consecuencia de las promesas y seguridades que les había dado el príncipe de Darmstadt. Además, y era esta la causa fundamental, estaba la petición de ayuda que el duque de Saboya había hecho a Inglaterra y que, aunque conocida de tiempo atrás, fue confirmada por una carta de la Reina a Peterborough que había llegado a la flota el 27 de agosto. En tal carta se ordenaba que, si el desembarco y la posterior conquista de Cataluña no se llevaban a efecto, se acudiese a Niza en ayuda del duque. De ahí la dudas de Peterborough, y del resto de generales, entre conceder los dieciocho días de asedio que solicitaba el Archiduque o acudir sin más dilación en ayuda de Saboya. Y posiblemente si el duque de Berwick hubiera acudido en ayuda de Cataluña, como estuvo a punto de ocurrir, en lugar de dirigirse a conquistar Niza, tampoco se habría perdido Barcelona.

La falta de ayuda francesa para la defensa de Barcelona produjo estupor y disgusto en la corte de Madrid que no entendía las motivaciones que para ello había tenido Luis XIV. Con fecha 2 de noviembre de 2005 Amelot escribía al Cristianísimo: "Se dice que Francia ha permitido la conquista de Barcelona porque está de acuerdo con Alemania para repartir la Monarquía; y si no hace un esfuerzo considerable por recuperarla los españoles optarán por someterse a Carlos III en cuanto se produzca el avance alemán"⁵¹. Conviene advertir que desde comienzos de año corrían rumores sobre un posible desmembramiento de España hasta el punto de que el propio Felipe V instó a Amelot para que preguntara al Rey de Francia sobre el fundamento de tales noticias. Éste contestó que nada le extrañaban estos rumores porque "desde hacía cuatro años él soportaba todo el peso de la Monarquía de España, que los españoles parecían sumidos en una total indiferencia sobre su futuro y que el único medio de evitar un desmembramiento era hacer bien la guerra". Sin embargo los rumores no eran infundados ya que desde el mes de abril emisarios holandeses, bien es cierto que oficiosos, estaban haciendo diferentes propuestas que el marqués de Torcy no oía con desagrado.

Pero no eran sólo los generales aliados los que estaban en un mar de dudas. Al parecer también lo estaba el Archiduque porque, según Castellví, "el rey Carlos comprendía muy dudoso el logro. Esta reflexión fue de peso a su alto conocimiento para no expedir las órdenes en su real nombre. Porque desairaba la representación de monarca interponer su firma en las órdenes y no lograrse el designio"⁵². Por ello todas las comunicaciones y órdenes enviadas durante los primeros días a los catalanes, relacionadas con el desembarco u otras operaciones militares, van a llevar sólo la firma del príncipe de Darmstadt.

Desde luego la situación general que encontraron los aliados en Cataluña no era nada esperanzadora y muy alejada de la idílica que describe Feliú de la Peña en *Anales*⁵³. Mucho más cerca de la realidad se encuentran los siguientes comentarios de Torras i Ribé: "Ante la tibieza e indecisión que mostraban muchas poblaciones catalanas el mismo príncipe Jorge Darmstadt hubo de quejarse y reconvenir a los *vigatans* por las falsas promesas y seguridades que había recibido en el sentido de que, tras el desembarco de los aliados, se produciría una proclamación masiva de los pueblos de Cataluña a favor del Archiduque y que aportarían compañías de gente armada para contribuir a la conquista de Barcelona"⁵⁴; mientras la realidad hacía constatar que *ningún pueblo hasta aquel día había enviado a sus enviados* y aún el 17 de septiembre el Archiduque tuvo que difundir una proclama pública con unas buenas dosis de amenazas"⁵⁵.

La situación en el interior de Barcelona era si cabe más tibia. El Consejo de Ciento había escrito al virrey ofreciendo organizar la Coronela para colaborar en la defensa de la ciudad

⁵¹ Baudrillart, op. cit., tomo I, p. 238 y 239.

⁵² Castellví, tomo I, p. 522,

⁵³ *Anales*, tomo III, p. 534 y 535.

⁵⁴ Hay que hacer constar que no pocos historiadores, entre ellos Bacallar y Coxe, hablan con desprecio de las compañías que llegaron a Barcelona para luchar por el Archiduque: "No acudieron a alistarse en las filas austriacas más que unos mil quinientos miqueletes, contrabandistas o ladrones los más, enemigos declarados de toda subordinación y disciplina". Coxe, op. cit., tomo I, p.123.

⁵⁵ Torras i Ribé, op. cit., p. 124 y 125.

cosa que éste no aceptó por desconfiar de esta fuerza que pensaba podía volverse contra la guarnición. Fue éste, posiblemente, un error importante de Fernández de Velasco pues, como dice Voltes Bou, organizada la Coronela, aunque sólo fuera con la presencia de "los felipistas y los enemigos de todo desorden, una salida de este cuerpo hubiese quizá producido en el indeciso consejo de generales aliados el efecto de inclinar la balanza decididamente en contra del ataque"⁵⁶.

En Barcelona no se produjeron revueltas internas y la tranquilidad fue absoluta porque aun no habían comenzado los bombardeos y se había autorizado la salida de quienes quisieron abandonar la ciudad. Según Fernández de Velasco "los menestrales están trabajando como si tales enemigos no hubiese en tierra ni en mar y así hombres como mujeres están tan alegres como si no tuviesen riesgo que las bombas les derribaron las casas"⁵⁷.

Cuando los aliados, en función del acuerdo del Consejo de Guerra de 28 agosto bajaron a tierra y comenzaron a cavar trincheras y emplazar la artillería, los generales pudieron ver que "los naturales de Cataluña no se hallaban en el pie que se les había hecho entender de que al llegar hallarían un copioso número de gentes para reforzar la armada, guardar las avenidas y cubrir el desembarco; que era muy corto el número de paisanos en armas"⁵⁸.

"Desde primeros de septiembre comenzaron a hacerse públicas las fuertes discrepancias estratégicas que afloraban entre los comandantes aliados que se percataban de que Barcelona aparecía como inexpugnable si se contaba únicamente con el esfuerzo de los soldados desembarcados y sin poderse contar, como había asegurado el príncipe Jorge Darmstadt, con la complicidad de una parte de la guarnición de Barcelona... La disputa llegó a ser especialmente virulenta entre el príncipe de Darmstadt y el conde de Peterborough... y culminó en una reunión del Consejo de Guerra, el día 2 de septiembre, en la que Peterborough lanzó un auténtico ultimátum al anunciar que tenía órdenes expresas de reembarcar las tropas y abandonar las costas de Cataluña si en el lapso de dieciocho días no se habían obtenido progresos considerables"⁵⁹.

El asedio continuó de manera prácticamente incruenta hasta el 13 de setiembre, en medio de la desesperación de los oficiales ingleses que veían pasar el tiempo sin progreso alguno. En un Consejo de Guerra celebrado el día 12 se decidió abandonar el apenas iniciado asedio y retirar la flota para cumplir la otra misión, decisión ésta con la que, al parecer, estuvo conforme el Archiduque. Comenzaron los aliados a embarcar la artillería lo cual confirmó a los barceloneses las informaciones que sobre el desistimiento del asedio les habían llegado por medio de desertores de las filas austracistas; cabe imaginar el gran júbilo que todo esto produjo en la ciudad.

El cómo se dio la vuelta a esta situación planificando y acometiendo el asalto al castillo de Montjuich es algo sobre lo que no existe acuerdo entre los historiadores. Castellví habla de

⁵⁶ Voltes Bou, *El Archiduque...*, p. 90. También Castellví es de la misma opinión: "Si Velasco hubiese admitido el servicio de montar la Coronela es constante que no hubiera sucedido la inquietud y tal vez la rendición". Tomo I, p. 555.

⁵⁷ Torras i Ribé, op. cit., p. 127.

⁵⁸ Castellví, tomo I, p. 523.

⁵⁹ Torras i Ribé, op. Cit., p. 128.

que la llegada, en los últimos días, de un gran número de milicias convocadas y reclutadas por el príncipe de Darmstadt, por el expeditivo sistema de repartir prebendas a diestro y siniestro, animó a Lord Peterborough a permitir el intento de asalto a la fortaleza que era lo preconizado tanto por el príncipe como por el Archiduque. Ayudó a esta decisión el haberse interceptado por agentes de Darmstadt unas presuntas cartas de Fernández de Velasco a Madrid en las que se daban impresiones derrotistas sobre la situación de la ciudad y de su guarnición. Posiblemente las cartas no eran auténticas y se trataba de una añagaza de Darmstadt o de sus agentes para convencer a los aliados ya que simultáneamente “se publicaron diferentes cartas suyas al arzobispo de Zaragoza y aun a D. José Grimaldo, secretario de despacho de guerra, en que, riéndose de la expedición de los aliados ya desembarcados aseguraba que no se perdería Barcelona”⁶⁰. Para Coxe fue una brillante maniobra de Peterborough que engañó a todos ocultando sus intenciones, incluso a Stanhope y Methuen sus íntimos amigos, para así sorprender a los sitiados⁶¹.

Por otra parte Castellví refiere con detalle como, al parecer, se trató de enmascarar la operación con un presunto y divulgado ataque a Tarragona que se realizaría simultáneamente por mar y por tierra. Columnas de soldados se pusieron en marcha hacia aquella ciudad pero se trataba sólo una maniobra de distracción a partir de la cual se acometió el ataque a Montjuich⁶². Feliú de la Peña en sus *Anales* no aclara nada sobre las razones por las que se atacó la fortaleza aunque sí que da noticia de que “se volvían a embarcar las tropas para (intentar la conquista de) Tarragona. Fue de lo más creída esta noticia, de muchos temida y de pocos despreciada”⁶³.

La versión de Voltes Bou⁶⁴ es más melodramática. Jorge de Darmstadt, extremadamente encolerizado en el Consejo en el que se había decidido la retirada y el embarque de las tropas, tuvo palabras no sólo amargas sino ofensivas hacia los oficiales ingleses cuya pasividad atribuyó públicamente a falta de valor. Peterborough indignado llamó al príncipe esa misma noche -por cierto, sus relaciones eran tan malas que llevaban dos semanas sin hablarse- y le dijo: “*He determinado efectuar esta noche un intento contra el enemigo. Así podréis ser, si os place, juez de nuestra conducta y comprobar si mis oficiales y soldados merecen la mala fama que les habéis achacado tan de ligero....* Es de creer que la determinación de Peterborough se debió a la idea de sorprender a sus generales con el desesperado intento de tomar el castillo de Montjuich y cargarse razón, si fracasaba, para abandonar el asedio”⁶⁵.

El intento asalto se produjo en la madrugada del 14 de septiembre con dos columnas convergentes, una mandada por Darmstadt y la otra por Peterborough. El príncipe, que tenía un confidente en el castillo que le había facilitado el santo y seña, se estaba

⁶⁰ Conde de Robres, op. cit., p. 246. Además existe contradicción entre lo que se afirma en las cartas que llegaron a Darmstadt y la situación real de Barcelona cuando aun no habían comenzado los bombardeos.

⁶¹ Coxe, op. Cit, tomo I, p. 274.

⁶² Castellví, tomo I, pp. 528 a 534.

⁶³ *Anales*, tomo 3º, p. 537.

⁶⁴ Lo improvisada que parece esta acción según la relata de Voltes, contrasta restando verosimilitud a su versión, con el desarrollo que tuvo el ataque, en apariencia cuidadosamente planificado. La versión del conde de Robres es escueta pero coincide con la de Castellví. Conde de Robres, op. cit., p.244.

⁶⁵ Voltes Bou, *El Archiduque Carlos de Austria*, p. 91.

aproximando al rastrillo de la fortaleza cuando uno de sus hombres tuvo la ocurrencia de vitorear al Rey Carlos. Atacado entonces desde el castillo, y también por su retaguardia por refuerzos que enviaba Fernández de Velasco, resultó herido de bala en un muslo y de manera tan profunda que le destrozó una arteria. Fue de inmediato puesto a resguardo para ser curado pero la pérdida de sangre era tan intensa que, en poco tiempo, le provocó la muerte⁶⁶. La acción de los invasores no tuvo éxito, “fueron rechazados los asaltadores y la montaña casi limpia de paisanos y si entonces la caballería de la plaza embiste los consternados, *podía creerse que el primer día era el último de las operaciones militares contra Barcelona*”⁶⁷. Los numerosos muertos y heridos y los más de doscientos prisioneros que les hicieron a los asaltantes superaron con mucho a las pérdidas que experimentaron los defensores. Ya por la tarde, partidas de *vigatans* al mando de Peguera y Perera, consiguieron tomar los fortines de San Beltrán y San Ramón y así conseguir una posición de cierta ventaja para emplazar los morteros.

Al día siguiente se celebró Consejo de Guerra en el *Britannia* para analizar el resultado de la acción del día anterior. Se encontró satisfactoria y prometedora por lo cual se decidió volver a desembarcar la artillería e iniciar seriamente el asedio atacando la fortaleza de Montjuich hasta conseguir su conquista total. También se convino iniciar el bombardeo de la ciudad.

Este cambio de actitud de los aliados, y concretamente de Peterborough no fue debido, posiblemente, al resultado de la operación del día anterior que, incluso con la mejor voluntad, habría que calificar de mediocre, sino a la muerte de Jorge de Darmstadt cuya presencia, tan próxima e influyente en el Archiduque, molestaba sobremanera al conde al tiempo que le privaba del protagonismo absoluto que pretendía para sí.⁶⁸

"Los marciales bríos de Milord se enardecieron más con la toma de Montjuich. Ésta facilitaba la de la plaza y enfervorizaba su ánimo porque la empresa a que iba ceñía sólo en sus sienes el triunfo. La tibieza en el obrar se transformó en el más aplicado y vigilante cuidado. Tal es el estímulo de la propia gloria"⁶⁹.

Los bombardeos de Barcelona comenzaron el día 15 de septiembre. Se hacían desde los barcos y se prolongaban hasta bien entrada la madrugada. Los proyectiles incendiarios provocaron numerosos fuegos en la ciudad así como la explosión de uno de los polvorines de Montjuich, sin que la artillería de la plaza pudiera poner fin, o al menos atenuar, la intensidad con que caían las bombas⁷⁰. El castillo de Montjuich se rindió el día 17, tras la muerte de su comandante, y tanto desde allí como desde el mar cañonearon incesantemente

⁶⁶ La versión del marqués de San Felipe (p. 98) y de otros como V. Balaguer en su *Historia de Cataluña* es que cuando lo retiraban para curarlo le alcanzó un casco de bomba en el hombro y que eso fue lo que realmente le ocasionó la muerte. Belando niega rotundamente esta versión basándose en el diario de uno de los asaltantes que llegó a su poder. (Tomo I, p. 203).

⁶⁷ Conde de Robres, op. cit., p. 244.

⁶⁸ “Supo la muerte de Arrestad y entonces mudó el conde de dictamen porque ya el peso de la guerra se reservaba a su conducta”. Belando, tomo I, p. 303.

⁶⁹ Castellví, tomo I, p. 543. La opinión del conde de Robres sobre las razones del cambio de actitud de Peterborough coinciden exactamente con las de Castellví. Conde de Robres, op. cit., p. 245.

⁷⁰ “Aseguráronme algunos sitiados, que lo fueron también por el duque de Vendôme, que no era cotejable aquel fuego con el que hicieron los ingleses”. Conde de Robres, op. cit., p. 245.

las murallas de la ciudad para intentar abrir brecha lo que no se consiguió hasta el día 28 de septiembre.

No obstante todo este intenso fuego de cañón la población se comportaba con gran serenidad⁷¹, manteniéndose en sus ocupaciones en la medida de lo posible. "Muchos sujetos de la nobleza se ofrecían con sus personas y haciendas para la defensa; y también lo hicieron muchos de los desafectos, ocultando la siniestra intención; no quiso admitir el virrey las ofertas respondiendo que a su tiempo se valdría el Rey de sus finezas. Lo mismo respondió a los gremios que pidieron licencia para tomar las armas; y estimando su atención temía siempre que todo esto no se convirtiera en favor de los enemigos"⁷².

Peterborough al día siguiente del asalto a Montjuich había dirigido un comunicado a Fernández de Velasco pidiendo la rendición de la ciudad que, naturalmente, le fue denegada. El 3 de octubre, tras veinte días de bombardeo y abierta una brecha en la muralla, volvió a reiterarlo dando un plazo de cinco horas que fue rechazado por insuficiente. Al día siguiente el virrey reunió a la Generalidad y al Ayuntamiento quienes indicaron las condiciones que, a su juicio, debía contemplar la capitulación. La firma de ésta tuvo lugar a las diez de la mañana del día 9 de octubre fijándose la fecha del 14 para que la guarnición abandonara Barcelona⁷³.

En el Archivo Histórico Nacional⁷⁴ hay numerosos documentos relativos al asedio y capitulación de Barcelona. El virrey escribió cada día cartas muy extensas a D. José Grimaldo, Secretario de Estado de Guerra, desde el 22 de agosto hasta el 9 de septiembre -fecha en la que quedaron sellados los pasos por los que viajaban los correos- informando de las circunstancias del sitio. Entregada la ciudad se produjeron numerosas reuniones e informes extensísimos del Consejo de Estado analizando y criticando la actuación de Fernández de Velasco. También se encuentra en los referidos legajos la correspondencia – en términos absolutamente caballerescos- entre lord Peterborough y el virrey. La entrada en Barcelona del ejército aliado fue simultánea con una revuelta popular muy agresiva. El marqués de San Felipe la cuenta con tintes calamitosos:

"Se tumultuó el pueblo... abrió las cárceles, sacó los presos y ya embriagados en la ira buscan a los parciales del Rey Felipe, saquean sus casas y les aplican fuego; algunos padecieron muerte, otros mil escarnios en las públicas plazas. Buscan al virrey para matarle... pedíase a voces la muerte de Velasco... Tratóse con desprecio el retrato del rey Felipe... La humilde plebe y mujercillas cantaban insolentes canciones en oprobio del Rey que habían tenido... Permitióse a los luteranos y calvinistas la cátedra publica..."⁷⁵.

⁷¹ Prueba de ello es que el 30 de septiembre se reunió la Junta de Brazos para un acto poco trascendente como elegir al diputado eclesiástico cuyo puesto había quedado vacante por fallecimiento del anterior titular.

⁷² Belando, tomo I, pp. 197 y 198.

⁷³ La capitulación muy larga, con 49 artículos, puede leerse en Castellví, tomo I, pp. 660 a 666. Hay que reseñar que tampoco en esta ocasión el comportamiento de Fernández de Velasco fue el que cabía esperar. La entrega de la ciudad se hizo contra la opinión de sus primeros oficiales, el duque de Popoli y los marqueses de Aytona y Risbourg, partidarios de continuar la resistencia.

⁷⁴ AHN, Estado, legs. 664/1 y 664/2.

⁷⁵ Marqués de San Felipe, pp. 98 y 99.

Tanto Fernández de Velasco como el marqués de Aytona, y otros muchos miembros de la nobleza felipista, hubieron de ser sacados de Barcelona por el propio Peterborough que tuvo que rescatarlos de las iras de la muchedumbre amotinada. Los conspicuos austracistas que estaban presos fueron liberados por la multitud, entre ellos Vilana Perlas y Feliú de la Peña que consiguió que le fuera devuelto el manuscrito de los *Anales de Cataluña* confiscado en el momento de su detención. Por cierto que el Archiduque ofreció a Feliú el puesto de secretario real, que éste rechazó con el argumento de que debía acabar los *Anales*. Posiblemente fue la mejor decisión que pudo tomar tanto para tranquilidad de su espíritu como para el bien de la historiografía.

Así tuvo lugar la improbable conquista de Barcelona. La entrada oficial de Carlos en la ciudad tuvo lugar el 7 de noviembre, jurando fueros y constituciones según estaba preceptuado. A partir de entonces van a comenzar, como era inevitable, la larga serie de desencuentros entre él y su pueblo, entre su concepto del estado y de las prerrogativas reales y el pensamiento tradicional de los *celantes*, desencuentros harto evidentes pero que, hasta hace poco, han sido pudorosamente minimizados por la historiografía catalana⁷⁶.

La versión de lo que ocurrió en Barcelona después de la entrada de las tropas aliadas fue motivo de agrias recriminaciones de Castellví al marqués de San Felipe. Éste da una visión espeluznante de lo ocurrido:

“No estaba Barcelona tan feliz como se había figurado: padecía robos, violencias, adulterios; todo crimen era lícito a la desenfrenada licencia de los soldados y no podía el Rey Carlos remediarlo aun siendo un príncipe rectísimo, porque las tropas obedecían a Peterborough, y éste a nadie... Todos estaban desunidos y la ciudad poco gustosa de que en nada se atendía a sus privilegios y de que se hacían tantas insolencias y escándalos, porque el que se alojaba en una casa no sólo se llevaba los bienes sino también las hijas de ella y mudaba posada. Prohibían muchas veces al marido entrar en su casa; otras, al padre y parientes, para hacer de ella un público lugar de lascivia. Robaban por las calles las doncellas, y las tenían encerradas hasta que se hartase el desenfrenado apetito, y dándoles después libertad traían otras. Nadie osaba proferir la menor queja, porque luego se tachaba de desafecto... al que censuraba tanto desorden y al que, celoso de la verdadera religión, impedía los progresos de la que pretendían introducir los herejes.

Había cátedra pública de la errada doctrina de Lutero y Calvino y la plebe simplemente informada, niños y mujeres distinguiendo mal el error, bebían, engañados el veneno. Aun estando expuesto el Señor Sacramentado entraban los herejes con desprecio en los templos y encasquetado el sombrero...”⁷⁷.

Castellví le contesta lleno de indignación de la manera siguiente:

“Este año, epílogo de infortunios, muchas plumas⁷⁸ han oprobado sin verdad con notorias injurias a los catalanes... Entre quienes han injuriado la nación, ninguno más vivamente que don Vicente Bacallar, de nación sardo, nombrado marqués de San Felipe... Este sujeto escribió un libro intitulado *Comentarios de la guerra de España* tan elocuente como falso e

⁷⁶Véase al respecto a Torras i Ribé, op. cit. pp. 138 y sigs.

⁷⁷ Marqués de San Felipe, p. 104.

⁷⁸ También la de Belando, aunque con menos virulencia. El conde de Robres nada menciona.

injurioso. Une en él tanto epílogo de injuriosos y sacrílegos sucesos que se ejecutaron en Cataluña en estos días que causará horror al que lo lea. Fea ligereza en un católico y en un hombre autorizado de ministro. Las enormidades que contiene contra la verdad movieron el cristiano ánimo del rey Felipe a impedir su curso⁷⁹. Para evidenciar sus errores el mundo todo es testigo que las tropas aliadas en Cataluña vivieron con la mayor disciplina y armonía con los naturales, siempre en cuarteles separados. Los soldados no entraban en los templos...⁸⁰.

⁷⁹ Ciertamente Felipe V hizo retirar los *Comentarios* pero las razones fueron otras, fundamentalmente ligadas, como dice Baudrillart, a “la extrema libertad con la que hablaba de todas las grandes familias españolas y de su actuación, más o menos digna de alabanza, entre 1706 y 1711” pero, sobre todo, a “la vehemencia injustificada de sus ataques contra el duque de Borgoña”, hermano muy querido de Felipe V. Baudrillart, tomo I, p. 34.

⁸⁰ Castellví, tomo II, p. 28.

CAPÍTULO 9. EL ECUADOR DE LA CONTIENDA.

9.1 FELIPE V ASEDIA BARCELONA

El 25 de octubre de 1705 Luis XIV escribía a Amelot lamentándose de la pérdida de Barcelona y argumentando que la única opción que le quedaba a su nieto era "ponerse a la cabeza de su ejército y combatir"¹. Pero Felipe V no estaba en condiciones, sin una ayuda militar importante de su abuelo, de intentar la reconquista del levante español y, en especial, la de Cataluña. Esta ayuda no parecía fácil de conseguir y las peticiones que hacían, tanto el Rey como la Reina, por lastimeras e insistentes que fueran, no parecían hacer efecto alguno en el Cristianísimo. Por eso, el 7 de noviembre se tomó la decisión de enviar a Versalles al conde de Aguilar (hijo) con la misión de intentar conseguir de manera efectiva, mediante una gestión directa, las ayudas necesarias porque si bien nunca faltaron buenas palabras por parte de Luis XIV éstas no terminaban de cristalizar en hechos concretos.

La razón de las reticencias del Cristianísimo era, aparte de la situación nada brillante de los ejércitos franceses en Europa, que se había producido una propuesta de los holandeses –bien que extraoficial y hecha con poca convicción- por la cual, en ciertas condiciones, estaban dispuestos a reconocer a Felipe V. Torcy, a quien no había disgustado la oferta, envió a Holanda, con la aquiescencia real, a un agente para tantear el terreno de manera que en el mes de octubre había, aunque informales y sin apenas garantías, tres posibilidades de acuerdo puestas sobre la mesa y no mal vistas por parte de los ingleses aunque sin conocimiento de los austriacos. Todas ellas implicaban fuertes pérdidas territoriales para la Monarquía española.

Cuando el conde Aguilar llegó a París se encontró con una situación algo más favorable para el éxito de su misión. Los aliados, envalentonados con sus recientes éxitos en España, habían perdido todo interés en la negociación, aunque Luis XIV intentaba seguir explorando esa vía para conseguir la paz. Por ello, en su primera audiencia al conde de Aguilar, dijo que Francia estaba al límite de sus fuerzas y que la situación de sus ejércitos en Europa hacía imposible enviar más socorros a España². “Felizmente para Felipe V el entorno familiar de Luis XIV era más fácil de convencer que el Rey y sus ministros y Aguilar no tardó en percibirlo por lo que fue por esa la vía por la que encaminó sus gestiones”³. Habló primero con madame de Maintenon, muy proclive a las incesantes peticiones que había recibido de la Reina y de la princesa de los Ursinos y consiguió convencerla. También se le acercó el duque de Orleáns que le preguntó reservadamente si a Felipe V le gustaría que fuera él, su tío, quien mandara las tropas que se habían de enviar a España. Aguilar le contestó que imaginaba que sí y que no le importaba que planteara esta propuesta al Cristianísimo pero que, en cualquier caso, él haría la oportuna consulta a Madrid.

¹ Baudrillart, tomo I, p. 237.

² La embajada del conde de Aguilar produjo tres extensos informes que pueden consultarse en AGS, Estado, leg. 4301.

³ Baudrillart, tomo I, p. 242,

Incluso el duque de Borgoña, que habitualmente se oponía a cualquier tipo de apoyo a España porque pensaba que siempre implicaba algún perjuicio para los intereses de Francia, en esta ocasión reaccionó de diferente forma y "se arrojó a los pies del Rey, su abuelo, y le pidió que enviara un ejército en socorro de España y que se le confiara a él su mando que gustosamente ejercería a las órdenes de su hermano menor"⁴. En definitiva Aguilar hizo un buen trabajo y consiguió finalmente que Luis XIV transigiera en ayudar a España, aunque a regañadientes, ya que escribió a Felipe V para que en el futuro se abstuviera de enviar embajadores con demandas tan embarazosas: lo que tuviera que pedir debía hacerlo por carta o través de su embajador⁵.

La reconquista de Barcelona, operación a la que se dotó con suficientes medios, hubiera sido un éxito de haberse emprendido con la rapidez necesaria para impedir que la ciudad se recuperara del anterior asedio y, sobre todo, para aprovechar el período invernal durante el cual la flota aliada, que era el único sistema para aprovisionarse de hombres y medios que tenía Cataluña, tenía que permanecer inmovilizada por razones de mantenimiento y de climatología. Pero, tomada ya la decisión, una lentitud desesperante fue la característica más destacada de su desarrollo, comenzando por el problema de cómo dejar establecido el gobierno en Madrid, durante la ausencia de Felipe V. Puede parecer absurdo pero la decisión final de Luis XIV de dejar a la Reina como regente, auxiliada por Amelot, comenzó a discutirse a mitad de diciembre de 1705 sin que se hiciera firme hasta finales de febrero del siguiente año. Ello no era impedimento para que el Cristianísimo apremiara a su nieto por medio de Amelot; "Quisiera que la presencia del Rey, mi nieto, a la cabeza de su ejército cambiara la cara a los asuntos y produjese el buen efecto que se debe esperar, pero no veo, todavía, que se apresure a ponerse en marcha tal como su gloria y sus intereses demandan"⁶.

El mariscal Tessé que debía mandar la operación estaba inmovilizado en Aragón desde principios de noviembre, como siempre quejoso y malhumorado:

"Heme aquí, sobre el Ebro, con los cuarteles junto al Cinca, a cientos de leguas de la frontera de Portugal, completamente desprotegida y donde el enemigo tiene un poderoso ejército que no ha querido tomarse en consideración. Frente a mí tengo a Cataluña, adorando al pequeño Rey que se ha dado, a mi derecha al Reino de Valencia totalmente revuelto y, en medio, a Aragón que rechaza todo y nos fastidia cuanto puede"⁷.

El mariscal debía esperar la llegada de Felipe V y de los escasos efectivos que iban a acompañarle; su estrategia consistía en conquistar las plazas de Gerona y Valencia antes de atacar Barcelona con el fin de aislarla y tener, además, franca la retirada para el caso de que fracasara la conquista. Felipe V compartía estas ideas de manera que antes de salir de Madrid, lo que no tuvo lugar hasta el 27 de febrero de 1706, escribió a Tessé para que le esperara en lugar oportuno y, desde allí, marchar juntos a atacar Valencia. Evitó el pasar por Zaragoza porque podía ser contraproducente dado que la situación en esta ciudad y, en general en Aragón, era delicada como veremos en el siguiente apartado. Entonces, para

⁴ Ibid., p. 244.

⁵ Luis XIV a Felipe V, 6 de diciembre de 1705. En Baudrillart, tomo I, p. 245.

⁶ Luis XIV a Amelot, 10 de enero de 1706. En Baudrillart, tomo I, p. 250.

⁷ Tessé a Torcy, 1 de enero de 1706. En Baudrillart, tomo I, p. 249.

sorprende de ambos, el mariscal recibió una carta de Luis XIV de fecha 13 de febrero con las órdenes siguientes⁸:

"Estoy seguro que la estrategia más sensata y segura es la que proponéis y, en una guerra ordinaria habría que asegurar Aragón y Valencia en tanto que con la conquista de Gerona se aseguraría la libre comunicación con el Rosellón. Pero en la actual coyuntura todo esto para nada vale: el Archiduque permanecería tranquilamente en Barcelona en tanto Inglaterra y Holanda le preparan una potente ayuda con la cual, si se le da tiempo, él puede ponerse en campaña y distraer todas mis tropas permitiendo a los portugueses penetrar en Extremadura y Castilla sin encontrar resistencia. El teniente general Legal tiene orden de entrar en Cataluña los primeros días de marzo y os ordeno reuniros con él ante Barcelona, sea cual fuere la situación en Aragón o Valencia. Incluso si la flota que manda el conde de Toulouse se viera obligada a retirarse, ante la llegada de una escuadra enemiga mucho más numerosa, ni esta retirada, ni las tropas que los enemigos pondrán en Barcelona, deben impedirlos tomar la plaza"⁹.

La carta de Luis XIV hizo cambiar toda la estrategia provocando más retrasos aún. Hubo que cruzar Ebro y Segre, éste último con un puente de barcas que hubo que transportar y montar demorándose cuatro días el paso del río. Además Tessé se obstinaba en apoderarse de Lérida y Tortosa para asegurar, si era éste el caso, la retirada. Los españoles, por el contrario, mantenían que el éxito de la campaña dependía de una ejecución directa y rápida. El camino hasta Barcelona fue muy penoso, hostigados de continuo por numerosas bandas enemigas mandadas por el conde de Cifuentes. Por unas u otras razones lo cierto es que se empleó todo el mes de marzo en alcanzar Barcelona adonde ya había llegado la escuadra del conde de Toulouse con 40 navíos de guerra, 8 fragatas, 10 galeras y 5 bombardas. Por su parte el teniente general Legal y el duque de Noailles permanecían todavía retenidos en el Rosellón en espera de más artillería y municiones.

No fue planificado sino fruto del azar el que ambos cuerpos de ejército llegaron simultáneamente a Barcelona el día 3 de abril. Los franceses aportaban 36 batallones y 30 escuadrones y los españoles 6 batallones y otros tantos escuadrones¹⁰. Frente a ellos el Archiduque disponía de 9 batallones de tropas regulares, 2 regimientos de dragones y unos 10.000 hombres adicionales, migueletes y gentes del pueblo con armas. Tessé quiso, como primera medida, asaltar el castillo de Montjuich, operación que creía fácil por estar sus defensas deterioradas desde el asedio anterior. No lo fue y la fortaleza presentó una encarnizada resistencia, no sólo por parte de su guarnición sino también por parte del pueblo de Barcelona que, convocado a toque de campana, acudió en su defensa. Se demoró la conquista dieciocho días y éste fue, según el marqués de San Felipe, el gran error de Tessé¹¹ porque un ataque directo a la ciudad, dado el precario estado de sus murallas,

⁸ Tessé, *Memoires*, tomo II, p. 214. También en las *Memorias* del duque de Noailles, tomo II, p. 381.

⁹ La estrategia de Luis XIV llenó de admiración a Felipe V y a Tessé que dijo: "Si tuviera lugar un consistorio para decidir sobre la infalibilidad del Rey, como ya la ha habido sobre la del Papa, con seguridad diría que es infalible. Sus órdenes han confundido toda la ciencia humana". Noailles, tomo II, p. 381.

¹⁰ Estas son las cifras que da Tessé (op. cit., tomo II, p. 218). Noailles da cifras ligeramente inferiores, también para la flota. El marqués de San Felipe habla de 18.000 hombres y Castellví de 26.000 a 30.000.

¹¹ Según Castellví en el Consejo de Guerra Felipe V votó por atacar la ciudad en lugar de la fortaleza. Tomo II, p. 84.

hubiera permitido hacerse con ella en mucho menos tiempo, consiguiéndose así el objetivo propuesto antes de la llegada de la escuadra aliada.

Castellví insiste en el comportamiento casi heroico del Archiduque durante el asedio, visitando las avanzadillas de las tropas y situándose al alcance del fuego enemigo. Parece que inicialmente, de acuerdo con sus consejeros, intentó abandonar la ciudad por el peligro que en ella corría, pero los Brazos intervinieron con mucha decisión para convencerle de que, además del riesgo que implicaba la salida de una ciudad sitiada, sin su presencia la moral de la población se resentiría hasta el punto de que sería casi imposible mantener la plaza. El Archiduque dijo querer meditar la propuesta que se le hacía en nombre del pueblo y se encerró durante un cuarto de hora en una capilla. Pasado este tiempo salió y dijo a los presidentes de los Brazos: "He resuelto quedarme dentro de la ciudad con la esperanza de que Dios Todopoderoso defenderá mi causa"¹². La versión que sobre este suceso nos dan en sus Memorias tanto Tessé como Noailles, recogida al parecer de lo que los desertores de la ciudad contaban, es algo diferente:

"El Archiduque quiso primero salir (de la ciudad) y ponerse a seguro pero el pueblo se reunió tumultuosamente para impedirlo. Entonces, aquel hombre hábil que conocía bien el carácter catalán, sugirió un fraude piadoso para inflamar el ánimo de los fanáticos defensores del Príncipe. Éste manifestó a la multitud que antes de tomar una determinación convenía consultarla a la Virgen. Tomó un rosario, entró en una iglesia y salió poco después con aire satisfecho y, adoptando el tono de un iluminado, declaró que la Virgen acompañada de dos ángeles se le había aparecido y asegurado que los fieles catalanes no le abandonarían jamás y que él debía permanecer en Barcelona donde nada había que temer". Y añadía Tessé en una carta a Chamillard: *No se trata de una fábula, se cree esto en Barcelona igual que yo creo en el credo*"¹³.

Caído Montjuich la situación de la plaza parecía desesperada y el 6 de mayo hubo en Barcelona Consejo de Guerra en el que se volvió a aconsejar al Archiduque que abandonara la ciudad utilizando para ello las cuatro fragatas que había en el puerto. Parece que la decisión estuvo tomada en firme, y hasta llegaron a embarcarse en uno de los navíos las joyas y los documentos más privados del Archiduque. Pero los *consellers* de la ciudad le pidieron audiencia e insistieron una vez más en que su marcha implicaría la rendición inmediata y lograron convencer a Carlos para que no abandonara la plaza hasta que los sitiadores hubieran entrado por la brecha de la muralla porque entonces, cuando ya estuviera todo perdido, aún habría tiempo sobrado para embarcar y marcharse.

También entre los sitiadores se consideraba la conquista como asunto de trámite. Amelot, dándola ya por segura, escribió a Tessé con instrucciones para emitir inmediatamente un decreto que aboliera los fueros y constituciones de Cataluña, asunto que consideraba prioritario para el gobierno de la Monarquía y cuya publicación, prevista hacía un año, se había aplazado exclusivamente por la pérdida de Barcelona. Y es más, se creía, de forma

¹² Castellví, tomo II, p. 75.

¹³ Tessé, tomo II, p. 219, Noailles, tomo II, p. 383. La anécdota no aparece ni en Belando ni en San Felipe ni en el conde de Robres. La recoge Voltes Bou en *El Archiduque Carlos de Austria*, p. 119.

harto voluntarista, que con la caída de la ciudad el Archiduque sería hecho prisionero¹⁴ con lo cual se acabaría la guerra tal como afirmaba Luis XIV a su nieto en carta de 16 de abril de 1706¹⁵.

Pero se había perdido tanto tiempo, unas veces por indecisiones y otras por erradas decisiones del mariscal Tessé, que la flota del almirante Leake estaba ya casi a las puertas de Barcelona con 53 navíos de guerra y muchos de transporte, aunque las tropas de desembarco que llevaba eran inferiores a los 3.000 hombres. A bordo iba también el general Stanhope¹⁶, en calidad de legado de la Reina Ana ante el Archiduque. Llegaba con un subsidio adicional 250.000 libras para Carlos y el encargo de conseguir tratados y convenios, sobre todo de índole comercial, con España -naturalmente a espaldas de sus aliados- para cuando se hubiera conseguido el dominio total sobre el Reino y, en consecuencia, sobre las Indias¹⁷.

También el 6 de mayo hubo Consejo de Guerra en el campo de los sitiadores. "Por dictamen del duque de Medina Sidonia y del conde de Frigiliana -adhiriéndose todos los jefes de guerra españoles- impaciente el Rey Felipe V mandó que diesen aquella noche las disposiciones para dar al amanecer el asalto general, y mientras se estaba dividiendo en sus puestos a las tropas, un navío de aviso le dio al conde de Tolosa noticia -y éste al Rey y al mariscal Tessé- de que ya la armada enemiga había pasado los mares de Valencia. La flota francesa puso luego los víveres de las tropas en tierra y se hizo a la vela hacia Tolón, aquella misma noche, por lo que se determinó suspender el asalto hasta saber qué tropas venían en la armada inglesa"¹⁸.

Si es cierto lo que cuenta el marqués de San Felipe, Leake engañó por completo a los mandos del ejército franco-español: "Ni un solo veterano traía el inglés. Vestida como las tropas desembarcaba la marinería, y volviendo a la mar por la noche los que habían bajado, repetían los desembarcos fingiendo el número y la calidad de la gente"¹⁹. Tessé escribe respecto a la decisión que había que tomar:

"La opinión común fue que un asalto pondría a Barcelona en poder de Felipe V pero el mariscal Tessé encontró el expediente demasiado peligroso y de éxito incierto. Dijo que su ejército era ya sólo de 15.000 hombres, que todos los pasos estaban cerrados por enemigos y que, de ser rechazados, la persona del Rey correría un serio peligro; que suponiendo, incluso,

¹⁴ El argumento de hacer prisionero al Archiduque no por recurrente deja de ser puramente voluntarista. Durante todo el asedio Peterborough metía y sacaba de Barcelona a su arbitrio víveres y personas sin que la escuadra del conde de Toulouse fuera capaz de impedirlo.

¹⁵ Baudrillart, tomo I, p. 254

¹⁶ No era la primera vez que llegaba a España, había participado en el asedio a Cádiz de 1702. Posteriormente estuvo en Flandes con Marlborough, participó en la primera campaña de Portugal y después en la conquista de Barcelona con Peterborough.. Volvió a Inglaterra en 1705 para intentar conseguir fondos adicionales para la causa de Carlos III. Frey, Linda y Marsha. *The Treaties of the War of the Spanish Succession*. P. 416.

¹⁷ Como se verá más adelante la situación económica del Archiduque era lamentable y los ingleses se aprovechaban de ella con el mayor descaro. Llegaron a firmarse tratados comerciales que luego tendrían consecuencias graves al negociar los Preliminares de Londres, porque los ingleses no querían renunciar a lo que creían haber conseguido.

¹⁸ Bacallar, p. 107.

¹⁹ Ibid.

que se tomara la ciudad no convendría que el Rey se encerrara en ella porque sería bloqueada inmediatamente por los rebeldes... que, en definitiva, no podía permitir que se ordenara el asalto hasta que viera al Rey seguro en Perpiñán²⁰.

La discusión fue muy enconada porque Felipe V no quería ceder viendo tan cercano el triunfo si culminaba la conquista y tan enorme el desprestigio si renunciaba a ella. Finalmente la terquedad de Tessé y el argumento de que continuar el asedio "sería sacrificar en pura pérdida las tropas francesas", sin más provecho que su gloria personal, terminó de convencerlo. Y de esta manera, la noche del 11 de mayo, con el caballero de Asfeld en vanguardia y Tessé cerrando la marcha a retaguardia, levantó el campo el ejército franco-español camino de la frontera porque se consideró que era la única vía posible de retirada. "Se abandonaron 100 piezas de artillería, muchos morteros, inestimable provisión de harinas, cebada, pólvora, balas y otros pertrechos"²¹, además de 600 heridos y enfermos que lord Peterborough, según cuentan las fuentes francesas, se ocupó de curar con exquisita atención.

Aunque suelen coincidir los historiadores en que dirigirse a Francia era la única vía de escape para el Rey y su ejército, me inclino por la opinión del conde de Robres, que en aquellos días estaba en Aragón y, además, mandando tropas; por ello posiblemente el camino elegido para la retirada fue un error más de Tessé: "Fuera gran yerro el retirarse por Rosellón. Creyeron encontrar a Aragón austriaco, y temieron en ese caso los ríos Segre y Cinca, mas es cierto que perseveró aun este reino más de un mes en la obediencia al señor Felipe V"²².

Las críticas que cayeron sobre el mariscal fueron innumerables. De lo menos que se le acusaba era de "circunspecto y falto de vigor"²³ y de no ser la persona adecuada, por excesivamente conservador, para la misión que se le había encomendado. Baudrillart afirma: "Tessé perdió la cabeza; la opinión común y las órdenes positivas de Luis XIV le obligaban a un asalto que, casi con seguridad hubiera colocado la plaza en poder de Felipe V"²⁴. Se podría formar un libro con las canciones y sátiras que los propios franceses le dedicaron con motivo del fiasco de Cataluña²⁵. No obstante hay que hacer constar que todos sus generales, salvo Legal, habían sido de su misma opinión y que no cabe menospreciar el que, aunque se conociera por medio de los desertores cuánto había de añagaza en los desembarcos de la marinería de la flota aliada, se trataba de un contingente de cierta entidad, que además la flota traía armas para la población civil y que el conde de Cifuentes con fuerzas numerosas aunque irregulares hostigaba a los sitiadores con tal peligro que podían llegar, incluso, a convertirse en sitiados²⁶. Y todo ello sin contar con la

²⁰ Tessé, tomo II, pp. 222 y 223.

²¹ Conde de Robres, pp. 289 y 290. Las fuentes catalanas afirman que pese a que los sitiadores al retirarse intentaron quemar la mayor cantidad posible de pertrechos y víveres no lo consiguieron del todo por lo que la relación que dan de lo dejado atrás por el ejército francés es mucho más importante. También afirman que los heridos que dejaron atrás pasaban de mil. Voltes Bou, *El Archiduque Carlos de Austria*, p. 127.

²² Conde de Robres. Ibid.

²³ Noailles, tomo II, p. 385,

²⁴ Baudrillart, I, p. 254.

²⁵ Pueden verse en Tessé, tomo II, pp. 230 a 233.

²⁶ No obstante todo ello es difícil estar seguro de la solidez de estos argumentos. A los españoles no les parecían determinantes e historiadores como Bacallar o Belando tampoco los dan por válidos. En cualquier

ferocidad extrema que parecía haber invadido a barcelonesas y barceloneses, como quedó patente durante el asalto a Montjuich, y que podía haber hecho muy difícil, y en cualquier caso sangrienta, la conquista.

Llegado el ejército a Perpiñán, el 22 de mayo, se va a producir un hecho de difícil interpretación. Tessé propuso al Rey que, estando ya en Francia, aprovechará la ocasión para viajar a Versalles y reunirse con Luis XIV. Se supone que se trataba de convencer a Felipe V, una vez llegado ante su abuelo, para que transigiera con el proyecto de paz propuesto por los aliados:

“Pedían que Felipe se contentara con las dos Sicilias, el Milanesado y Cerdeña; que España y las Indias fueran cedidas al Archiduque y los Países Bajos, bien al Emperador, bien al elector de Baviera a cambio de que éste cediera sus estados patrimoniales a la corte de Viena. Se aseguraba que Luis XIV y el Delfín desaprobaban el proyecto pero que el duque de Borgoña lo encontraba ventajoso porque terminaría con una guerra ruinosa que tenía agotada a Francia sin otro objeto que defender los intereses de su hermano a los que parecían subordinarse los de la Corona que él iba a heredar en su día... Tessé, devoto del duque y la duquesa de Borgoña, nada descuidó para intentar atraer a Felipe a un lugar donde se le haría consentir con el reparto propuesto; pero este joven príncipe, alertado por los consejos de servidores fieles, presintió la trampa... porque no consentiría jamás en ninguna solución que pudiera hacer prejuzgar una abdicación”²⁷.

9.2 ESPAÑA, CAMPO DE BATALLA

Ya vimos que la reacción que hubo en Aragón ante el testamento de Carlos II fue recelosa. El reino tenía ojeriza a todo lo francés o, en palabras de Kamen, "Aragón parece haber tenido una honorable tradición de francofobia"²⁸. Puso su esperanza en unas Cortes, porque confiaba conseguir algunas ventajas, pero éstas no llegaron a cerrarse y ninguno de los dos virreyes que nombró la Casa de Borbón, el marqués de Camarasa primero y luego D. Antonio Ibáñez, arzobispo de Zaragoza, gozaron de simpatías. Antes bien ambos tuvieron desencuentros con el pueblo por problemas relacionados con los fueros²⁹, ninguno de ellos grave, pero de entidad suficiente para mantener vivo el resquemor de los aragoneses ante la nueva dinastía.

El más sonado de ellos, por su gran impacto popular fue, probablemente, la orden de prisión que dio el virrey contra el conde de Cifuentes que había llegado a Zaragoza para acogerse a fuero, perseguido por el cardenal Portocarrero que quería castigarlo por su declarado austracismo, y que tuvo que huir cuando vio que, de no hacerlo, iba a acabar irremediablemente en la cárcel. Tras su huida se incorporó a las fuerzas irregulares de los

caso, como afirma Belando, “estos reparos debieron considerarse antes o despreciarse ahora”. Belando, op. cit. p. 257.

²⁷ Tessé, tomo II, pp. 226 y 227. También en Bacallar, p. 108.

²⁸ Kamen, H. *La guerra de Sucesión*. P. 277.

²⁹ Aragón tenía un sistema de autogobierno y unos fueros diferentes a los de Cataluña: Pueden verse con detalle en *La guerra de Sucesión* de Kamen, capítulo 10.

hermanos Nebot dedicándose con ellos a hostigar las fronteras del reino que, por otra parte, se encontraba prácticamente desguarnecido³⁰.

A finales de 1705 se nombra un nuevo virrey, el conde de San Esteban de Gormaz que, en contra de lo habitual, no era aragonés y "cuyos pocos años eran muy a propósito para la guerra mas eran peligrosos para el gobierno político de una provincia fronteriza en tiempos tan delicados"³¹. Aquel año atravesaron con frecuencia Aragón contingentes de tropas francesas³² cuya prepotencia provocó numerosos incidentes con la población entre los cuales el más célebre es el que tuvo lugar el 28 de diciembre de 1705. Entraron en Zaragoza dos batallones del mariscal Tessé, esta vez bien aleccionados para mantener la calma por mucho que oyeran vitorear a Carlos III. Por las afrentas pasadas, o por la acción de agitadores, el pueblo se amotinó y les cerró las puertas de la ciudad al grito de ¡Mueran los gabachos y vivan los fueros! El virrey salió a caballo, por las calles, para intentar contener el tumulto, pero fue inútil porque aquella noche asaltaron la casa donde se alojaba el mariscal con su estado mayor (en el que se encontraban el general Legal y el caballero de Asfeld) y hubieran sido muertos por los amotinados de no haberlos rescatado, y llevado a casa del virrey, Melchor de Macanaz que era, por entonces, su secretario."Los equipajes del regimiento fueron saqueados, tres criados del mariscal Tessé y varios oficiales y soldados muertos y hubo también un gran número de heridos"³³.

Las tropas francesas ayudaron a dominar el tumulto y la ciudad se acogió al privilegio de la *veintena* por el cual ella misma se tenía que encargar de juzgar a los culpables. Motines similares, contra los franceses o por otros nimios motivos, se produjeron en otras ciudades de Aragón y el reino comenzó a alejarse paulatinamente de la fidelidad a Felipe V. Bandas de austracistas y campesinos descontentos recorrían la provincia, entre ellas la que mandaba el conde de Cifuentes que se declaraba *Vicario general de Aragón*, en nombre del Archiduque y que llegó a conquistar, sin demasiadas complicaciones, Calpe y Alcañiz. Pero, poco a poco, se recibieron refuerzos y se fue poniendo orden en la provincia reconquistando gran parte de las plazas que habían caído en poder de los sublevados. Posteriormente, ya en 1706, las tropas francesas que se dirigían a Barcelona contribuyeron con su paso a dar estabilidad a la situación, controlando no sólo los caminos hacia Cataluña sino también los lugares estratégicos desde los cuales los rebeldes pudieran, con incursiones, hostigar la marcha del ejército.

Cuando se levantó el asedio de Barcelona y Felipe V tomó el camino hacia Francia, los austracistas pensaron que "si los aliados se adelantaran con sus tropas a Aragón fuera imposible que éste no imitara a Cataluña"³⁴. Y así fue, porque tan pronto como llegó la noticia de que las tropas portuguesas habían entrado en Madrid se declaró Zaragoza por

³⁰ Las incidencias ocurridas en Aragón en 1705 y 1706 pueden leerse en la obra del conde de Robres, pp.257 y sigs. donde están expuestas con mucho detalle ya que su hermano mandaba un regimiento felipista y él mismo, sin ser militar, también estuvo al final mandando tropas.

³¹ Conde de Robres, p. 256.

³² Conviene advertir que el paso de tropas reales por Aragón estaba sujeto al pago de un peaje de cincuenta pesos por cada destacamento, por pequeño que éste fuere

³³ Memorias de Tessé, pp. 208 y 209. Por cierto que la fecha que dan estas Memorias es errónea porque hablan del 28 de enero de 1706, es decir un mes después.

³⁴ Conde de Robres, p. 263.

Carlos III y los diputados enviaron cartas a todos los pueblos para que hiciesen lo mismo. Fue un paseo triunfal para el Archiduque que llegó el día 2 de julio a Monzón, el 9 a Barbastro y el día 15 entró en Zaragoza. Y "sin más coste que la que se deja comprender ocuparon los enemigos el Reino de Aragón... Y por más que esto cause asombro a la posteridad, sucedió así"³⁵.

Entretanto, y tal como había temido el mariscal Tessé, en Portugal los aliados habían conseguido reunir un ejército de 30.000 hombres³⁶ al mando del marqués de las Minas y de Galway. De ellos 12.000 eran veteranos ingleses y holandeses y el resto procedente de reclutas recientes hechas en Portugal, por lo tanto gente de poca experiencia y menos espíritu. Frente a ellos estaba el duque Berwick llegado en el mes de marzo desde Niza, plaza que acababa de conquistar el 4 de enero, con un ejército que apenas llegaba a los ocho mil hombres. La Reina, sola en Madrid con sus adolescentes diecisiete años, actuó con el mismo espíritu firme que utilizó cuando la frustrada invasión de Cádiz en 1702, alentando a sus ministros, recaudando fondos y escribiendo con enorme poder de persuasión a Luis XIV y a la Maintenon en solicitud desesperada de ayuda. Pero las fuerzas estaban demasiado descompensadas y poco a poco fueron cayendo Ciudad Rodrigo (12 de mayo) y Salamanca (17 de junio) quedando así abierto a los aliados el camino hacia Madrid.

Felipe V había llegado a la corte el 6 de junio desde Francia, prácticamente con sólo su escolta y viajando a uña de caballo. Vista la situación militar decidió salir hacia Guadalajara para reunirse con Berwick y sus 8.000 soldados, la única fuerza que en ese preciso momento le quedaba para mantenerse en su trono. Previamente, el 27 de julio, había emitido un decreto para trasladar a la Reina, con la corte y los tribunales, a Burgos lo cual no pudo ser más oportuno porque, dos días después, el marqués de Villaverde con 2.000 caballos entraba en Madrid y proclamaba Rey a Carlos III. Fue el día 2 de julio y "se le prestó obediencia de muy mala gana porque aquel pueblo era amantísimo del Rey... Después de dos días entró el marqués de las Minas con Galloway en Madrid, nada aclamado; antes conoció en los semblantes una profunda tristeza y repugnancia"³⁷. Y, para sorpresa de los generales aliados, "los grandes desafectos al Rey que habían escrito a de las Minas instándole a que se apoderase de la corte ni siquiera se presentaron a los vencedores"³⁸. Entre los nobles que permanecieron en Madrid y prestaron juramento de fidelidad al Archiduque Carlos fue muy destacado el caso del marqués de Rivas, D. Antonio de Ubilla, que había sido secretario de despacho del Rey (y de Carlos II, de cuyo testamento fue autor material), "sin embargo, a pesar de muchos pasos y ruegos no se alcanzó de él que declarase que era supuesto el testamento de Carlos II"³⁹.

"Y fuera de la corte no se obedecían las órdenes, ni hacía caso de ellas el más pobre lugarejo, sino forzado por las tropas". Coxe resume la reacción de los castellanos ante la invasión con las palabras siguientes: "Todos ofrecieron al Rey sus bienes y su vida, abasteciendo el ejército y presentándose en tropel para alistarse en las filas. En Castilla casi

³⁵ Belando, p. 262.

³⁶ Es la cifra más reiterada. Sin embargo Coxe habla de 40.000. Tomo I, p. 297.

³⁷ Marqués de San Felipe, p. 115.

³⁸ Ibid.

³⁹ Coxe, tomo I, p. 300.

no quedó hombre que no fuese soldado; Extremadura, provincia bastante distante, levantó y pagó un ejército de doce mil hombres; y Salamanca se sublevó contra los aliados en cuanto salieron de sus puertas, proclamando a Felipe V y creando un cuerpo de tropas que cortaron a los aliados todas las comunicaciones con Portugal"⁴⁰.

El marqués de las Minas decidió -y fue un error que marcó la suerte de la campaña- quedarse en Madrid con su ejército, esperando al Archiduque que estaba en Zaragoza sin noticia alguna de lo que ocurría en la capital ya que la caballería de Felipe V, asentada cerca de Hita, controlaba los caminos y detenía a los correos que le enviaban. Dice Bacallar:

"En este ocio del ejército de los portugueses en la corte, fue fácil introducirse los vicios, y se entregaron a la embriaguez, a la gula y a la lascivia las tropas... el marqués (de las Minas) no sabía salir de Madrid, no del todo ajeno de sus delicias; porque, de propósito, las mujeres públicas tomaron el empeño de entretener y acabar, si pudiesen, con este ejército; y así iban en cuadrillas por la noche hasta las tiendas e introducían un desorden que llamó al último peligro a infinitos, porque en los hospitales había más de 6.000 enfermos, la mayor parte de los cuales murieron. De este inicuo y pésimo ardid usaba la lealtad y amor al Rey, aun en las públicas rameras, y se aderezaban con olores y aceites las más enfermas para contaminar a los que aborrecían vistiendo traje de amor el odio: no se leerá tan impía lealtad en historia alguna"⁴¹.

Voltes Bou y algún otro historiador atribuyen, a mi juicio sin demasiado fundamento, en no poca medida el felipismo militante de los castellanos a una reacción anticalalana: "Los madrileños aman bastante a Felipe V, pero lo que les une más a él es el espectáculo de ver a los catalanes con Rey y Palacio y Gobierno y trato de favor... Y cuando se insinúa claramente que si el Archiduque Carlos llega algún día a sentarse en el trono de Madrid será gracias a la base geográfica que le ha ofrecido Cataluña, su borbonismo se exalta fogosamente"⁴².

La única salida que hizo el ejército fue para conseguir la obediencia de Toledo, que la dio sin resistencia al marqués de la Atalaya y a sus cuatrocientos jinetes. "El día que la ciudad prestó juramento y homenaje al rey Carlos nada le quedó por hacer al cardenal (Portocarrero) para manifestar su alegría. Iluminó su casa, entonó en la iglesia catedral el himno con que ordinariamente damos a Dios gracias, dispuso esta función con la mayor celebridad y dio un espléndido banquete a los oficiales... bendijo su estandarte con las públicas ceremonias de la iglesia... Y éste era el mismo que tantos oprobios había dicho de los alemanes, tan poco respetuoso había sido en sus palabras con los austriacos y el que tantas diligencias había hecho para poner el cetro en manos de los Borbones"⁴³.

⁴⁰ Ibid., p. 302.

⁴¹ Marqués de San Felipe, p. 116.

⁴² Voltes Bou, *El Archiduque Carlos de Austria*, p.130. También el marqués de San Felipe, cuyo anticalalano es evidente a lo largo de todos sus *Comentarios*, sostiene parecida teoría: "No se puede negar que sostuvo mucho el ánimo de los castellanos la natural vanidad de no ser conquistados de aragoneses ni catalanes y ultrajados de los portugueses a los que despreciaban y aborrecían. Estas razones daba la princesa Ursini a Amelot y a algunos italianos para que nada se les agradeciese a los castellanos". Bacallar, p. 125.

⁴³ Marqués de San Felipe, pp. 119 y 120.

La traición, sin paliativos, de Portocarrero sorprendió mucho. Se ha comentado lo poca que debía ser su adhesión a la causa francesa cuando, a la primera ocasión, cambió de bando y, también, que todas sus maniobras para traer a España a Felipe V fueron con la esperanza de recibir una recompensa, prometida como a tantos otros por el marqués de Harcourt en nombre de Luis XIV. Y que esa recompensa le fue finalmente otorgada en las instrucciones que dio el Cristianísimo a su nieto al comienzo de su reinado, en las que le recomendaba que mantuviera al cardenal a la cabeza de su gobierno. Como ya indiqué en el capítulo tercero, mi opinión personal se inclina por conceder al cardenal un voto de confianza en su buena fe y que su traición posterior fue debida a que "pasó a tantos excesos su mal dominada ira y queja, desde que le apartaron del gobierno, que decía públicamente que eran los franceses tiranos e ingrato el Rey. Con esto enajenó su animo de género que se adhirió al partido austriaco"⁴⁴. Tampoco cabe desdeñar que tuviera razones sentimentales para ello porque muchos de los que apoyaron la causa borbónica en la hora del testamento, como dijo el marqués de Mancera en el Consejo de Estado de 9 de julio de 1700, lo hacían con el corazón pidiéndole lo contrario.

"Reconcilióse entonces con la reina viuda de Carlos II, que también estaba en Toledo que, incauta, creyendo las persuasiones del cardenal... parece que adhirió el partido austriaco con demostraciones que evitaría el menos advertido. Dejó los hábitos viudales el día de la aclamación y se vistió de gala, mandando a toda su familia que así lo hiciese, adornó de fiesta el palacio; escribió a su sobrino el rey Carlos y le regaló con algunas joyas de alto valor"⁴⁵.

Cuando volvió a Madrid Felipe V perdonó al cardenal, sin tomar medida alguna en su contra, a causa de su avanzada edad y de los muchos servicios prestados a la nación. Y en lo que respecta a Mariana el Rey envió a Toledo al duque de Osuna con un destacamento de 200 caballos y una carta para ella, sumamente cortés, incluso cariñosa, en la que le pedía que se apartara de los peligros y turbulencias de la guerra y marchara a Bayona donde podía residir con más tranquilidad e igual decoro que en Toledo.

A finales de junio el Archiduque tuvo noticia de la conquista de Madrid y ordenó a Peterborough dirigirse hacia la capital. El marqués de las Minas decidió salir a su encuentro porque las tropas que habían intervenido en el asedio a Barcelona habían llegado ya de Francia y, unidas a las de Berwick y Felipe V, y eran superiores en número a las de Peterborough que, además, había desviado una parte importante de ellas hacia Valencia. La situación, en contra de todo lo que parecía razonable esperar, se tornó favorable al rey Felipe de manera que cuando el Archiduque llegó a Guadalajara se encontró frente a él un ejército casi mayor que la unión de los dos suyos. Berwick, en una doble maniobra, por una parte reconquistó Madrid con cuatrocientos jinetes al mando de Antonio del Valle, "no sólo sin dificultades sino con indecibles aplausos del pueblo" y, por otra, ordenó cerrar el camino de regreso a Portugal de los aliados a los que no quedó otra opción que retirarse hacia Valencia⁴⁶. El mariscal Berwick resume esta campaña en sus memorias como sigue:

⁴⁴ Ibid., p. 119.

⁴⁵ Ibid., p. 120.

⁴⁶ Berwick fue muy criticado por los españoles que le acusaban de negligencia por no haber entablado batalla con de las Minas que se retiraba en desorden total y sin víveres con lo que la victoria hubiera sido prácticamente segura. Berwick se justifica diciendo que obedecía órdenes de Luis XIV. Es en esta campaña cuando aparece en la guerra el ejército español, valiente, bien organizado y con mandos muy cualificados.

"Fue esta campaña una de las más singulares a causa de la variedad de sucesos. Al principio nos amenazaba una ruina general... los enemigos dueños de Madrid; ningún ejército parecía atajarlos; el Rey obligado a levantar el sitio de Barcelona y a retirarse a Francia. Ciertamente si hubiera sabido el enemigo aprovecharse de sus primeras ventajas y seguir avanzando, habría el Archiduque sido Rey... Pero las faltas de los generales aliados y la fidelidad incomparable del pueblo castellano nos dieron tiempo para desquitarnos y echarlos de Castilla. Los dos ejércitos han dado la vuelta a España, porque empezó la campaña cerca de Badajoz y, después de cruzar ambas Castillas, terminó en los reinos de Valencia y Murcia. Hicieron ochenta y cinco campamentos y, aunque no hubo batalla general alguna alcanzamos nosotros tantas ventajas como si hubiésemos alcanzado una victoria porque si nos atenemos a los guarismos el número de prisioneros fue de diez mil"⁴⁷.

Peterborough quedó tan admirado del valor y fidelidad de los castellanos que escribió a Londres diciendo que el rey Carlos "no dominaría España aunque tomase este empeño la Europa toda". En la misma carta solicitaba a la Reina permiso para volver a Inglaterra lo cual le fue concedido y, al llegar a Londres, transmitió a Ana con tanta seguridad lo inviable que consideraba ganarle la guerra a Felipe V y que lo procedente era retirar todo el apoyo al Archiduque, que la convenció. Pero intervino Marlborough, entonces en la cumbre de su prestigio y totalmente contrario a esta determinación, con el argumento del peligro de la vuelta de los jacobitas si a Luis XIV se le daba un respiro que le permitiría ayudarlos. Y como era mucho el temor que estas perspectivas producían quedaron las cosas como estaban.

Felipe V regresó a Madrid el 4 de octubre. El Consejo de Castilla procedió a tomar medidas contra los que, habiéndose quedado en la ciudad, se adhirieron a la causa del Archiduque. Hay cierta coincidencia en que la actuación personal del Rey que, según todos los indicios, no era rencoroso, fue muy moderada. Por ejemplo Ubilla, al que por su proximidad al Rey cabía pedirle más lealtad, sufrió destierro pero fue perdonado casi enseguida, al nacer el Príncipe de Asturias en el mes de agosto. No obstante otros autores, como Voltes Bou, se quejan de que no se respetó en absoluto la capitulación de la guarnición aliada, que se había atrincherado en el Palacio, a la que se trató con ignominia y que la actuación de Ronquillo –que presidía el Consejo de Castilla- fue rigurosa en exceso con todos aquellos que durante la ocupación habían tenido algún tipo de colaboración con los austriacos, aunque hubiera sido sólo por miedo a represalias o en el desempeño de un cargo oficial que tenían de antemano. También se publicó un edicto que pedía identificarse a los catalanes y, cuando así lo hicieron, fueron unos encarcelados y otros exiliados a Bayona.⁴⁸

Este año de 1706, que tan mal comenzara por la causa borbónica en España pero que acabó con expectativas razonables, fue un desastre para las armas francesas en Europa. En mayo, precisamente el mismo día que Luis XIV recibió la mala noticia del levantamiento del sitio de Barcelona, le llegó otra aun peor: su ejército en los Países Bajos había sido derrotado en Ramillies, por Marlborough, perdiendo en la batalla 13.000 hombres y 120 banderas y, como consecuencia de ella, casi todo el Flandes español: Lovaina, Bruselas, Amberes,

⁴⁷ *Memorias del Mariscal Berwick*. En Coxe, tomo I, pp. 306 y 307.

⁴⁸ Voltes Bou, *El Archiduque Carlos de Austria*, p. 137.

Brujas, Gante etc. Con ello perdía España, porque aun eran suyas, las provincias más ricas de Europa y Francia tenía que abandonar la cadena de fortificaciones que Vauban, a lo largo de años, había formado para su protección y barrera.

Pero no acabaron con esto las desgracias francesas. Luis XIV quiso compensar sus pérdidas en Flandes mejorando su situación en el norte de Italia. Se había conquistado ya Niza y Villefrance y la empresa que se quería acometer era la toma de Turín. Comenzó el asedio Vendôme, a principios de junio, pero fue llamado a París, para que intentara remediar la situación que se había creado en Flandes, y sustituido por el duque de Orleans⁴⁹. La desigualdad de las tropas era manifiesta: 60.000 franceses contra 30.000 imperiales. Pero quien puso la diferencia fue el príncipe Eugenio de Saboya que realizó en esta ocasión la más brillante de sus campañas militares. El 7 de septiembre se dio la batalla en la que fueron heridos tanto el príncipe Eugenio como el duque de Orleans y muerto el general Marsin. Los franceses dejaron doce mil muertos y seis mil prisioneros y los alemanes ocho mil muertos.

Aparentemente la victoria austriaca sólo implicaba el levantamiento del cerco de Turín porque el ejército francés, pese a lo grave de sus pérdidas humanas, si se le sumaban las fuerzas españolas seguía teniendo algo más de 60.000 hombres. "Pero los franceses, o maliciosamente inspirados de muchos que seguían el sistema del duque de Borgoña, o consternados vilmente, tomaron el camino de Francia sin parar, echadas las armas, se enderezaron al Delfinato. No tenían jefes que los guiasen, ni víveres; no se ha visto ejército más descarriado"⁵⁰.

Pero lo cierto es que la retirada fue más planificada que azarosa porque esta batalla fue la gota que colmó el vaso de lo que el Cristianísimo estaba dispuesto a soportar. Como decía Chamillart "la bondad natural de los franceses costaba al Rey cien millones y cien mil hombres" cada año. Luis XIV decidió que no era posible seguir prestando ayuda para que su nieto mantuviera íntegra su Monarquía. Conocía las apetencias del Emperador por los estados de Italia y, estando seguro de que la guerra no podía terminar sin cierto desmembramiento de España, decidió abandonar el Milanesado sin el permiso, ni siquiera la opinión, de Felipe V.

Pactó con el duque de Saboya la retirada de sus tropas a Francia y la neutralización del norte de Italia y escribió directamente a Vaudemont –que seguía manteniendo su cargo de gobernador de Milán- dando a tal fin instrucciones directas que, *a posteriori*, hizo refrendar por Felipe V con el argumento de que tenía, inevitablemente, que escoger entre dos alternativas: o enviar un nuevo ejército a Italia o defender la causa de su nieto que tan amenazada se encontraba en España, "y yo no he dudado en preferir conservaros en el trono a cualquier otra consideración"⁵¹. El disgusto de Felipe V fue tan grande, y más aún por no haberse enterado de lo que se pactaba hasta que todo estuvo concluido, que tardó seis meses

⁴⁹ Bacallar, que no pierde ocasión de denostar al duque de Borgoña, comenta que esta sustitución fue promovida por la duquesa de Borgoña, hija del duque de Saboya, porque pensaba que el de Orleans, que era su tío, "trataría con más piedad al Piamonte". P. 109.

⁵⁰ Bacallar, p. 111.

⁵¹ Baudrillart, tomo I, p. 298.

en manifestarlo en una muy dolida carta a su abuelo, obligado por los rumores de que los alemanes iban a entrar en Nápoles. Luis XIV le aseguró, ya veremos que sin intención de cumplir su palabra, que jamás abandonaría el sur de Italia al enemigo pero se negó a facilitar los medios navales que Felipe V le había pedido para reforzar su ejército en Nápoles.

Como consecuencia de la batalla de Turín y de la actitud derrotista de Luis XIV se perdió de manera definitiva la ciudad de Milán y con ella todo el Milanésado, joya de la Monarquía española. "Luego resucitaron contra Italia los antiguos derechos del Imperio y se echaron contribuciones a arbitrio del Emperador"⁵². En definitiva se cumplió el acuerdo firmado por el Archiduque, cuando su proclamación en Viena como Rey de España, por el que cedía sus derechos a estos territorios en favor del Imperio. Pero no van a terminar con ello las consecuencias de la derrota de Turín. Caído el Milanésado, y también el marquesado de Final en poder de los austriacos, se despertaron más, si cabe, las apetencias del Emperador por adueñarse del resto de la Italia española, Nápoles y Sicilia en concreto. La consecuencia fue que tropas alemanas destinadas a reforzar los ejércitos aliados en España y Flandes se quedaron en Italia, no sin grandes protestas de los generales aliados que no cesaban de advertir al Archiduque de la prioridad de luchar en España si realmente se querían conseguir los objetivos de la guerra. Por el contrario, la salida del ejército francés de Italia fue favorable a los intereses de Felipe V ya que, según le había prometido su abuelo, gran parte de este contingente va a entrar en España al año siguiente, bien por Pamplona, bien por la Cerdeña, contribuyendo de forma decisiva a la victoria de Almansa y a las conquistas territoriales que siguieron a esta batalla.

Entretanto la armada inglesa no descansaba y Leake con 40 navíos y llegó a Palma el día 24 de septiembre. Iba a bordo el conde de Saballá, que a causa de que tenía un importante mayorazgo en la isla había sido nombrado virrey de Mallorca por el Archiduque. Nada más avistada la ciudad envió una embarcación con un mensaje para el conde de Cervellón, que era el virrey, exigiéndole la rendición inmediata. Fue rechazada con rotundidad, aunque la ciudad estaba muy dividida entre los partidarios de uno y otro bando⁵³. Pero, a la vista de la armada, hubo en la Palma una sublevación a favor del Archiduque, promovida por los adictos al conde de Saballá y seguida sobre todo por ochocientos marineros. El virrey consideró que era imposible hacer frente, simultáneamente, a los alborotadores internos, aunque no fueran demasiados, y a la flota aliada por lo cual decidió que lo razonable era negociar una rendición honrosa. El día 27 se publicaron los artículos de la capitulación. Pocos días después se produjo la conquista de Ibiza y de Menorca, salvo la fortaleza de Puerto Mahón, aunque esta última isla va a ser recuperada, de manera provisional, a principios del siguiente año. Con ello todos los reinos de la antigua Corona de Aragón habían caído ya en poder del Archiduque.

En contrapartida, en otoño, Berwick recuperó Cuenca, Orihuela, Elche y Cartagena (que desaparecida la escuadra inglesa del Mediterráneo había quedado indefensa) en tanto que

⁵² Bacallar, p. 112.

⁵³ Como casi siempre los eclesiásticos eran austracistas. La nobleza media y parte de la alta eran claramente felipistas. No están claras las razones para la unanimidad de los ochocientos sublevados, todos "gentes del mar".

por la parte occidental el marqués de Bay conseguía desplazar a los aliados de Extremadura y recuperar Alcántara.

9.3 LA BATALLA DE ALMANSA Y SUS SECUELAS POLÍTICAS

Momento es de comentar algo sobre el ejército aliado que, tras abandonar Madrid, se retiraba hacia Valencia con el Archiduque a la cabeza. Tenía un pequeño grupo de oficiales españoles, militares de carrera. Otro, algo mayor, de nobles catalanes y, finalmente, el grueso del ejército estaba formado por ingleses, alemanes y holandeses:

"Sus tropas eran un verdadero mosaico, no sólo de uniformes sino de disciplinas, de doctrinas, de armamento y de propósitos. Los jefes no pueden estar nunca de acuerdo ni someterse, sin protestar, a la autoridad de uno de ellos... la aportación plebeya a este ejército no sirve, en campo abierto, más que de heroico y arrojado objeto de confusión, propicio, por lo demás, al saqueo, a la violación y a la indisciplina"⁵⁴.

La retirada fue muy penosa, asediados por la caballería de Berwick que les dificultaba los aprovisionamientos y los mantenía en estado permanente de desazón. Por un malentendido el Archiduque se quedó, sin más compañía que dos pajes, en Iniesta, abandonado de su ejército, caminando sólo en la oscuridad de la noche y a punto de ser capturado por sus enemigos.

Carlos permaneció en Valencia hasta marzo de 1707 cuando, pasado el invierno, el Consejo de Guerra aliado diseñaba una controvertida nueva campaña en cuyos objetivos no lograban ponerse de acuerdo. La decisión fue objeto de discusiones eternas, a más de tediosas, por el gran número de generales que intervenían. Una buena parte de ellos, incluido Peterborough que ya había vuelto de Inglaterra, se inclinaban por dedicar el ejército a fortificar los límites de Aragón y Cataluña para, posteriormente, realizar el ataque a Madrid. El Archiduque, cansado de la ineficacia y también de la indisciplina que había en los Consejos de Guerra decidió volver, con parte del ejército, a Barcelona a la que consideraba amenazada por las tropas francesas acuarteladas al otro lado de los Pirineos. Esto ocasionó un gran disgusto en el mando aliado que pretendía que, en la nueva ofensiva, Carlos se pusiera al frente de las tropas, fuera cual fuere la decisión que se adoptara. Tampoco a la ciudad de Valencia le pareció bien la marcha del Rey, hábilmente utilizada además por la propaganda felipista para hacer ver la poca estimación que el Archiduque sentía por el reino de Valencia. Finalmente Stanhope, que decía -lo que parece no era cierto sino más bien lo contrario- haber recibido instrucciones de la reina Ana recomendando marchar sin demora a Madrid porque, de no hacerlo, las dificultades en años sucesivos serían mayores, forzó la decisión del Consejo en el sentido de dedicar todas las tropas a romper el cerco que el ejército franco- español les tenía impuesto⁵⁵. La llegada de la flota aliada a Valencia, con refuerzos, puso en marcha a los aliados con Galway y el marqués de las Minas al mando.

⁵⁴ Voltes Bou, *El Archiduque...*, p. 139.

⁵⁵ Virginia León, *Carlos VI, el Emperador que no pudo ser Rey de España*. Madrid, 2003, pp. 111 a 114.

En el bando contrario Berwick, de acuerdo con Luis XIV, también tenía su estrategia pensada. De los refuerzos que debían llegar de Francia, tanto por Navarra como por el Rosellón, parte se destinarían a reconquistar Aragón, parte se quedaría el centro de la península para detener los presumibles ataques del ejército de Galway y del marqués de las Minas y el resto debería dirigirse a Extremadura para reforzar las tropas del marqués de Bay.

Al duque de Berwick se le había comunicado que, de serle posible, debía esperar hasta la llegada de un nuevo general en jefe de los ejércitos felipistas y éste no era otro que el duque de Orleans, recién derrotado en Italia, que al fin veía realizado su antiguo deseo de venir a España adonde, posiblemente, le traían oscuras intenciones para ocupar el trono de su sobrino, como se pondría de manifiesto más tarde. Tal vez por eso Luis XIV se había resistido a su nombramiento pues “parecía anticipar desavenencias entre Felipe V y este príncipe”⁵⁶. Preocupado por ello, y sensible a las demandas de Amelot y de la princesa de los Ursinos, había exigido a su sobrino la promesa de “que se limitaría tan sólo al conocimiento de los asuntos relativos a la guerra y que no entraría en detalles sobre los correspondientes a la corte y al gobierno”⁵⁷. Llegó a Madrid el 10 de abril de 1707 y fue recibido con cariño por los Reyes y con algún desplante por parte de la alta nobleza que no admitía el tratamiento de *alteza* que pretendía. Salió de la corte en cuanto pudo para unirse a Berwick mientras Felipe, que había querido marchar con él para unirse al ejército, se vio obligado a quedarse en Madrid por imposición de Luis XIV a causa del avanzado estado de gestación de la Reina que podía verse malogrado por los sobresaltos de una guerra y los peligros que pudiera correr su marido. Tuvo el Rey el consuelo de saber que el Archiduque tampoco estaría a la cabeza de sus tropas porque, de haber sido de otra manera, difícilmente hubiera podido soportar el disgusto.

Hay que reseñar la diversa actitud de ambos príncipes a la hora de afrontar las vicisitudes de una campaña militar. El Archiduque, en todos sus manifestos, comenzando por el que hizo en Portugal, parecía exigir a sus súbditos inmenso reconocimiento por los peligros y sinsabores que para él representaba el haber salido de la corte de Viena y, mucho más, encontrarse en el campo de batalla. Para Felipe V, por el contrario, ponerse al frente de su ejército era una más de sus obligaciones como Rey y la cumplía con gusto y satisfacción porque, por añadidura, le permitía ganar honor y prestigio. De ahí el apelativo de *Animoso* que le va a adjudicar el marqués de San Felipe. Con esto no quiero dar a entender que Carlos anduviera escaso de valor pues sus cronistas elogiaron muchas veces su comportamiento en situaciones de peligro.

En tanto esperaba la llegada del duque de Orleans, y de los refuerzos que con él debían llegar, Berwick se encontraba en el campo de Almansa, demorando entrar en batalla en espera de que llegara el nuevo comandante en jefe o quizá rehusando darla porque, de hecho, estaban concentradas allí la práctica totalidad de las tropas de uno y otro bando por lo que el resultado de esta batalla podía ser también el de la guerra. El marqués de las Minas, informado de una inminente llegada de nuevos contingentes para el ejército

⁵⁶ Noailles, tomo II, p. 402.

⁵⁷ Baudrillart, tomo I, p. 290.

enemigo -ignorando que ya lo habían hecho- decidió el 25 de abril entrar en combate aprovechando así la superioridad numérica que creía tener.

Pero en realidad la cuantificación de las tropas de ambos ejércitos es muy confusa y sólo parece haber acuerdo en la superioridad de la caballería de los felipistas. Al ejército de las dos Coronas se adjudican cifras, según los diferentes historiadores, entre los 25.000 y los 34.000 hombres, de los cuales 9.000 serían de caballería. Al ejército aliado se le suponen entre 15.000 y 30.000 hombres⁵⁸. Una carta del príncipe de Liechtenstein al Emperador habla de que sus fuerzas eran de 25.000 hombres contra los 22.000 que tenía el ejército enemigo.

La batalla fue muy disputada⁵⁹. Tanto el marqués de las Minas como Galway fueron heridos, este último perdió un ojo, y tuvieron que ser retirados del campo. Al conocerse la baja de sus dos generales cundió la confusión en el ejército aliado hasta el punto de que la derrota se hizo inevitable. Perdieron los aliados 5.000 hombres y, aproximadamente, 12.000 fueron hechos prisioneros⁶⁰. Las pérdidas en el bando contrario fueron también importantes: 2.500 hombres muertos y 1.000 heridos. El ejército del Archiduque quedó deshecho: "18.000 hombres perdió el rey Carlos y fue tanta la deserción que en la revista que el marqués de las Minas y Galloway mandaron hacer en Tortosa, adonde se retiraron, no llegaban a 5.000 y, de éstos, los más de caballería porque los infantes no pasaban de 800"⁶¹. Además de las pérdidas humanas las materiales fueron muy importantes: cañones, munición, provisiones y ciento doce banderas; y como anécdota añadiré que también se tomaron a los aliados carrozas y libreas que, al decir de los prisioneros, eran para vivir en la corte de Madrid con la etiqueta debida⁶².

La batalla de Almansa fue decisiva para la marcha de la guerra. Kamen ha escrito, en frase feliz y muy reproducida, que "en Almansa el mariscal duque de Berwick aseguró la sucesión borbónica"⁶³.

Al día siguiente cundió entre los austracistas el mayor de los desánimos y se generalizaron los reproches mutuos. A todos alcanzaban, incluido al Archiduque por haber abandonado Valencia. En Londres se formó una comisión parlamentaria para examinar si Peterborough

⁵⁸ La cifra de 15.000 hombres la da sólo Kamen y parece absurda ya que casi todos los historiadores indican que los aliados tuvieron pérdidas entre 15.000 y 18.000 hombres entre muertos y prisioneros. Como es lógico Kamen habla de pérdidas menores.

⁵⁹ Hay muchas descripciones, e incluso cuadros, de esta batalla que Federico el Grande calificaría como la más impresionante del siglo. La del marqués de San Felipe es bastante completa (pp. 129 y 130) así como la de Voltes Bou en *El Archiduque Carlos de Austria*, (pp. 143 a 154).

⁶⁰ Aunque una carta de Felipe V a Luis XIV de 2 de mayo de 1707 reduce la cifra de prisioneros a 9.000. Baudrillart, tomo I, p. 288.

⁶¹ Bacallar, p. 131.

⁶² Los historiadores ingleses achacan la derrota de Almansa a fallos de los servicios de información de Galway, que no valoraron adecuadamente la potencia del ejército enemigo, y a que el general inglés cedió ante las presiones del marqués de las Minas y colocó la caballería portuguesa en el puesto más comprometido y allí falló estrepitosamente.

⁶³ Kamen, *La guerra de sucesión*, p. 29. En realidad el origen de esta frase debe adjudicarse al marqués de Torcy que en relación a la posterior batalla de Villaviciosa dijo que *mettait la couronne sur la tête du Roi Catholique*. (Bottineau, op. cit., p. 80)

había incurrido en responsabilidades por la derrota aunque, realmente, las que se estaban juzgando eran las del Archiduque por haber ordenado retirar a Cataluña catorce batallones y veintinueve escuadrones, naturalmente con la aquiescencia de Peterborough. Salió indemne, según cuenta Daniel Defoe, porque la comisión decretó que "fueron Galway y Stanhope quienes usaron el nombre de la Reina en un Consejo de Guerra celebrado en Valencia en enero de 1707 para conducir al desastre de Almansa"⁶⁴.

El Archiduque tenía en Cataluña 18.000 hombres, incluidos los restos del ejército derrotado en Almansa que se iban a ver acosados por el duque de Orleans que con 22.000 hombres atacaba Aragón, por el mariscal Berwick que con 8.000 hombres tan pronto terminara de caer la provincia de Valencia -lo que se daba por hecho- atacaría Tortosa y por otros 8.000 que permanecían acuartelados al sur de Francia. La situación era desesperada hasta el punto de que Carlos recibió muchas presiones para que abandonara una España que se daba por perdida y se dirigiese a Italia. Se negó rotundamente y el 2 de julio publicó un manifiesto por el que informaba a su pueblo de su intención de permanecer en España hasta su muerte, si fuera preciso. Naturalmente le faltó tiempo para escribir cartas apremiantes a la Reina, al Emperador, a Marlborough etc. en petición de ayuda.

El duque de Orleans llegó a Almansa al día siguiente de la batalla. Felicitó a Berwick por su victoria y tomó rápidamente decisiones para conseguir el máximo provecho de la situación y, según el marqués de San Felipe, "quitar a Berwick, si no la gloria, la ruidosa fama de la utilidad del triunfo". Dividió el duque su ejército enviando al mariscal a Requena, que se entregó sin resistencia. Y mientras el caballero de Asfeld marchaba contra Játiva, el duque de Orleans, con el grueso de las tropas, llegó a las puertas de Valencia mientras su virrey, el conde de Corzana, huía hacia Tortosa. El 8 de mayo entregaron al duque las llaves de la ciudad, donde fue recibido con mucho regocijo, y hasta hubo una pequeña revuelta popular con la intención de castigar a los austracistas que participaron en la rebelión de 1705.

No le fue igual de fácil a Asfeld que intentaba recuperar Alcira, Játiva y Alcoy, ciudades en las que encontró gran resistencia por contar con guarniciones inglesas. La conquista de Játiva dio lugar a una de las páginas más crueles e injustificadas de la guerra. Fue arrasada hasta sus cimientos por orden de Berwick que el caballero de Asfeld se encargó de cumplir como cuenta el marqués de San Felipe:

"Tiene horror la pluma en escribir de tanta sangre derramada. Rindiólas la fuerza y no se les daba cuartel a los vencidos porque Asfeld lisonjeaba con sangre su genio duro y cruel... aun con haber sido tan grande el delito ya el rigor de Asfeld padecía excesos porque había puesto su delicia en derramar humana sangre"⁶⁵.

Tras la rendición de Valencia el duque de Orleans regresó a Madrid donde se detuvo por poco tiempo para recibir las felicitaciones de rigor, marchando a continuación a Aragón con un fuerte ejército. El 25 de mayo escribía a Luis XIV lo siguiente: "He marchado sobre

⁶⁴ Virginia León, op. cit., p. 115.

⁶⁵ Bacallar, p. 132. También Noailles tiene palabras muy duras sobre Asfeld: "La destruyó (a Játiva) hasta los cimientos e hizo una masacre horrorosa. Las crueldades y las arbitrariedades se extendieron sobre el país..." Noailles, tomo II, p. 405.

Zaragoza, con la caballería, tanto con objeto de reconocer la plaza como de esparcir el terror en todas partes. Tuvo un éxito feliz esta tentativa; se retiró un cuerpo de tropas enemigas y la ciudad propuso capitular. En vez de escuchar a los diputados hice avanzar mi artillería, que ni pólvora ni balas tenía y entonces los magistrados se sometieron en nombre de Zaragoza y Aragón"⁶⁶. Mucho más difícil le resultó la conquista de Lérida (14 de septiembre) y de su castillo que defendía Enrique de Darmstadt (el 10 de noviembre). Tras Lérida cayeron Tárrega y Cervera.

Precisamente el día en que Luis XIV se enteró de la victoria de Almansa, el 9 de mayo de 1707, escribió a su nieto lo siguiente: "La derrota de los enemigos y la coyuntura que se presenta permiten restablecer la autoridad real en todas partes y aconsejan suprimir los privilegios de Aragón y Valencia y establecer un nuevo sistema de gobierno que permita obtener recursos de estos dos reinos pues no parece justo que los pueblos fieles pagasen más impuestos"⁶⁷.

Pero el duque de Orleans iba por libre asignándose a sí mismo "un papel fácil y agradable como el de pasearse repartiendo perdones por los países vencidos y defendiendo en público fueros y privilegios que luego atacaba en cartas reservadas. Adquirió así una gran popularidad a costa del gobierno"⁶⁸. Esta actitud reprochable *per se*, además de contraria a las órdenes que había recibido de Luis XIV es, sin embargo, disculpada por Baudrillart que la considera "tentación perdonable en un hombre superior"⁶⁹. En esta línea, nada más entrar en Valencia, emitió un decreto de perdón general a favor de los sublevados e igual hizo posteriormente en Zaragoza. La única condición era que el pueblo entregara las armas. En Aragón se permitió con la mayor desenvoltura crear impuestos, que destinaba exclusivamente al mantenimiento de su propio ejército, cesar tribunales, magistrados y alcaldes y cubrir los puestos que dejaba vacantes con personas de su gusto. "Y tampoco se inhibía lo más mínimo en censurar públicamente la actuación del gobierno de Madrid"⁷⁰.

Como resulta lógico estas actuaciones, en cierto modo esperadas o al menos temidas, sembraron el desconcierto primero y la indignación después en Madrid. Sobre todo en la princesa de los Ursinos y en Amelot. Ya sabemos de la obsesión de este último en abolir los fueros y lo único que le restaba era decidir el momento de hacerlo. Berwick era partidario de sólo suspenderlos, en primera instancia, y dejar para más adelante su abolición. Orleans, pese a sus declaraciones públicas a favor de mantenerlos, en cartas a Luis XIV, Chamillart y Felipe V se expresaba como decidido partidario de terminar con ellos. Por su parte Luis XIV escribía a Amelot el 27 de junio de 1707 lo siguiente: "Siempre he estado convencido de que el mejor procedimiento para el rey de España, después de reducir los reinos de Aragón y Valencia a su obediencia, era suprimir los privilegios que han sido obstáculo a la autoridad real"⁷¹.

⁶⁶ Noailles, tomo II, p. 404 y 405.

⁶⁷ Baudrillart, tomo I, pp. 289 y 290.

⁶⁸ Ibid., p. 292.

⁶⁹ Ibid, p. 291.

⁷⁰ Ibid., p. 292.

⁷¹ Citado por Kamen en *Felipe V...*, p.85.

Sea como fuere, finalmente, se tomó la decisión de abolir los fueros. El teórico de la abolición fue un secretario poco conocido del Consejo de Castilla, que anteriormente lo había sido del virrey de Aragón y a quien Felipe V, a su paso por Zaragoza camino de Barcelona, había recuperado: Melchor Rafael de Macanaz. Había redactado una serie de memorándums para el Consejo de Castilla sobre las posibilidades de recaudar impuestos en los reinos de Aragón y Valencia que luego se fueron completando en un riguroso cuerpo de doctrina sobre los fueros. Realmente hasta 1714 Macanaz trabajó mucho sobre el titulado *Discurso jurídico. Histórico. Político. Regalías de los señores reyes de Aragón*, del que hizo varias versiones⁷². La dedicación intensa que asignó a este asunto puede verse en lo que, años después, cuando fue nombrado intendente general de Aragón, escribía:

"No por eso dejé de continuar mis trabajos para acabar de apurar la verdad de los fabulosos fueros de los aragoneses. Desde las cuatro de la mañana a las siete despachaba los pleitos y todo lo tocante a la intendencia y tropas, de siete a once trabajaba en los fueros... y de las cuatro de la tarde a las nueve de la noche volvía a trabajar en los fueros"⁷³. El *Discurso* es una obra muy sólida desde el punto de vista del rigor histórico y que trasluce además profundos conocimientos del derecho político. Por ello impresionó mucho a Amelot que estaba convencido de que *les fueros no sont utiles qu'aux scélérats*⁷⁴.

El 29 de junio de 1707 se publica el llamado *Decreto de Nueva Planta*, para Aragón y Valencia por el que se suprimían los fueros y privilegios de ambos reinos, ignorando el testamento de Carlos II y "acabando con la configuración *agregativa* de la *monarquía hispana*"⁷⁵. Las razones que da el decreto para la pérdida de dichos fueros son cuatro. La primera es "haber perdido los reinos de Aragón y Valencia, y todos sus habitantes, por la rebelión que cometieron, faltando enteramente al juramento de fidelidad que me hicieron como a su legítimo Rey y Señor, todos los fueros y privilegios que se les habían concedido, así por mí como por los señores reyes, mis antecesores". La segunda y tercera razones, que van juntas, son que al Rey le corresponde "el dominio absoluto de los referidos reinos de Aragón y Valencia, pues a la circunstancia de ser comprendidos en los demás que tan legítimamente poseo en esta Monarquía se añade ahora el del justo derecho de la conquista". La última de las razones es que "siendo uno de los principales atributos de la Soberanía la imposición y mudanza de costumbres podría yo alterar, aún sin los fundados motivos y circunstancias que hoy concurren para ello". Y a continuación de esta declaración anuncia su deseo de "reducir todos mi reinos de España a la uniformidad de unas mismas leyes, usos, costumbres, tribunales, gobernándose igualmente todos por las leyes de Castilla... Y abolir y derogar toda los referidos fueros, privilegios, prácticas y costumbres hasta aquí observadas".

Resumiendo: el perjurio de valencianos y aragoneses había roto el pacto que tenían con la Corona por lo que dicho pacto había decaído. Que, aun sin dicho perjurio, al Rey le

⁷² Edición de Joaquín Maldonado Macanaz en 1879. Reedición facsímil en Pamplona 2003.

⁷³ Ibid, pp. 217 y 218.

⁷⁴ Amelot al duque de Orleans, 8 de junio de 1707. En Kamen, *La guerra de Sucesión*, p. 322.

⁷⁵ Fernández Albaladejo, P., *Fragmentos de Monarquía*. Madrid, 1993, p. 354. Y, más adelante, añade el autor: "Las modificaciones introducidas por la *nueva planta* en el conjunto de la monarquía –y particularmente en los territorios de la Corona de Aragón– han venido siendo consideradas por la historiografía como el cambio político más decisivo a lo largo del antiguo régimen". (P. 380).

corresponde el dominio absoluto sobre sus reinos. Que, a mayor abundamiento, cabría aplicar el derecho de conquista y, por último, que corresponde al soberano cambiar las costumbres sin necesitar para ello de justificación.

Estos argumentos no pueden en ningún caso considerarse como abrumadores. En primer lugar no podía hablarse, ni siquiera remotamente, de que todos los *habitadores* de ambos reinos hubieran faltado a su juramento al Rey por lo cual no cabía imponer un castigo generalizado. Por cierto, el duque de Orleáns que había otorgado un perdón general que luego, aunque con pequeños matices, había sido confirmado por el Rey protestó de lo indiscriminado de esta medida⁷⁶. En cuanto al derecho de conquista parece difícil de aplicar a unos territorios que ya pertenecían a Felipe V y cuyo dominio -desde su óptica- le había sido usurpado de manera injusta y momentánea pero que no había decaído en absoluto.

Esta debilidad argumental es lo que hizo a Macanaz remontarse a los orígenes históricos de los fueros y establecer el principio de que "habiendo otorgado por vía de gracia, o de concesión más o menos espontánea pero siempre dependiendo de su autoridad, los privilegios, el monarca podía recogerlos o anularlos conforme a la aforismo *ejus est tollere cujus est condere*.

Lo cierto que la supresión de los fueros cayó, como fruta madura, después de los intentos que se hicieron con anterioridad por Felipe II y por el conde duque de Olivares y de los innumerables escritos de los arbitristas que clamaban contra la injusticia de tener dentro de la Corona territorios con tantos privilegios. En palabras de don Francisco de Quevedo:

En Valencia y Aragón
no hay quien tribute un real.
Cataluña y Portugal
son de la misma opinión.
Sólo Castilla y León
y el noble reino andaluz
llevan a cuestras la cruz.
Católica Majestad
ten de nosotros piedad
pues no te sirven los otros
así como nosotros.

Los valencianos quedaron muy dolidos por la acusación generalizada de traición que les imputaba el decreto real. Protestaron con energía, como también lo hicieron los miembros del Consejo de Aragón que, además de estar contra la supresión de los fueros, veían en peligro sus cargos. El Consejo fue abolido el 15 de julio pero, por fortuna para ellos, fueron recolocados en otros consejos lo que no les impidió intrigar y hacer oposición al gobierno como fue el caso del duque de Medinaceli y del conde de Montellano en cuya casa se reunían los desafectos. Como el argumento de la traición absoluta era inaceptable, Felipe V

⁷⁶ Cartas del duque a Felipe V y Amelot. Ambas de 11 de julio. El duque se permitió incluso elaborar un programa alternativo que devolvía parcialmente los fueros, fundía las audiencias de Valencia y Zaragoza en una única que ubicaba en Tortosa, se mantenían los virreyes etc. En Baudrillart, tomo I, p. 294.

se vio obligado a publicar un segundo decreto, el 29 de julio de 1707⁷⁷, en el que reconocía que muchas ciudades, personas e incluso eclesiásticos "habían sido muy finos y leales, padeciendo la pérdida de sus haciendas y otras persecuciones y trabajos que ha sufrido su constante y acrisolada fidelidad". Por ello el Rey hacía declaración pública del comportamiento fiel de la mayor parte de la nobleza y de pueblos enteros y, para dar muestra de su buena voluntad, permitió que, aún cambiando el derecho público valenciano por el de Castilla, el privado se mantuviera en Aragón tal como había estado establecido hasta entonces. Muchas ciudades y pueblos - cuya lista sería interminable- recibieron el título de *Fidelísima* y se les permitió añadir a su escudo de armas una flor de lis. Se concedieron permisos para celebrar ferias, días de mercado o para la exención de ciertos impuestos etc.

Macanaz fue enviado a Valencia el 20 de junio, "el primer ministro castellano que entraba en este reino". Debía ocuparse prioritariamente de asuntos fiscales y confiscatorios así como de las reformas que establecía el decreto de 29 junio, tanto relativas a la Audiencia como al gobierno municipal. También se le encargó de la reconstrucción de Játiva, que en adelante debía cambiar su nombre por el de *San Felipe*. Su labor, en general, fue muy eficaz pero llena de encontronazos y polémicas con los poderes locales. El arzobispo de Valencia, Antonio Folch y Cardona, le excomulgó dos veces por intentar confiscar bienes de eclesiásticos manifiestamente rebeldes y, al final, harto de pelear con Macanaz, quien por otra parte tenía magníficos apoyos en la corte, decidió, en 1710, cambiar su fidelidad y pasarse al bando del Archiduque.

En contraste con todas estas acciones victoriosas en el verano de 1707 se perdió en su totalidad y de manera definitiva el reino de Nápoles. En el mes de junio el Emperador pidió al Papa Clemente XI que diera paso por sus territorios a un ejército de 20.000 hombres pero ni siquiera se molestó en esperar la más leve respuesta, tal vez por suponerla dilatoria puesto que nada podía preocupar tanto al Pontífice como el ver sus estados rodeados de alemanes y, con gran probabilidad, sometido él mismo a sus extorsiones. El general Daux, con 9.000 hombres entró en Nápoles donde encontró poca resistencia por lo escaso de las tropas que allí había. Poco tiempo antes se había retirado del reino a 7.000 soldados franceses para dar satisfacción a los napolitanos que – en medio de su odio por todo lo francés- tenían el convencimiento, por rumores que esparcían los desafectos, de que Felipe V había cedido este reino a su abuelo. También la actitud de la población fue favorable en buena medida al Archiduque a quien aclamaron como Rey porque los napolitanos creían que realmente iba a serlo. El virrey, conde de Villena, perdida toda esperanza de resistencia, decidió hacerse fuerte en el castillo de Gaeta contando con que allí podrían recibirse refuerzos y, con ellos, recuperar el reino. Pero las fuerzas que tenía para defender la ciudad eran escasas, apenas 1.500 hombres, y el 22 de septiembre, después de un fuerte bombardeo que destruyó las murallas, se rindieron ciudad y fortaleza.

⁷⁷ Éste sería la primera de una serie de correcciones en forma "de sucesivos decretos de *nueva planta* que parecen apuntar a un tono de progresiva moderación...De hecho el monarca, con esas correcciones, no hacía otra cosa que reconocer aquellos límites dentro de los que quedaba circunscrito su *poder absoluto*". *Fragments de Monarquía*, p. 359.

El paso siguiente era la conquista de Sicilia. En este caso la actuación del marqués de los Balbases, el virrey, fue mucho más hábil, consiguiendo la adhesión de gran parte de la población lo cual, unido a la falta de medios marítimos de transporte de los austriacos, hizo imposible una conquista que, de partida, parecía fácil. La isla permaneció en manos españolas hasta que por el tratado de España con Saboya en Utrecht fue cedida al duque.

Felipe V no se resignó a la pérdida de Nápoles y al año siguiente, con la autorización de Luis XIV que pareció en tal momento ver las cosas de Italia bajo otra óptica, comenzó a maniobrar para recuperarlo. Ayudó en ello la preocupación de las repúblicas del norte por las ambiciones territoriales alemanas, el malestar de los napolitanos por la ocupación austriaca que les pareció tiránica y, finalmente, el miedo de Clemente XI a que los estados pontificios perdieran privilegios tan importantes como los feudos que mantenían sobre Nápoles y Sicilia y hasta su propia independencia. Amelot propuso formar una liga entre todos y Luis XIV envió a Italia a Tessé para negociar. Dos meses anduvo el mariscal hablando con unos y otros pero, como casi siempre había ocurrido, fue imposible lograr un acuerdo con venecianos y genoveses. Lo que sí se cumplió fue el anuncio de que los alemanes extorsionarían al pontífice que se vio obligado a reconocer a Carlos III como *Rey Católico*.⁷⁸ Y, a pesar de los repetidos consejos del Cristianísimo a su nieto insistiendo en que el Papa había actuado bajo coacción, Felipe V decidió romper con la Santa Sede, retirar su embajador, hacer salir al nuncio y confiscar los envíos de dinero que se hacían a Roma en concepto de expedición de beneficios. Esta medida tan drástica, ratificada por los Consejos de Estado y de Castilla y por una junta de teólogos, aunque no imitada por un prudente Luis XIV, produjo una situación muy incómoda en la iglesia castellana que se debatía dolorosamente entre dos fidelidades.

9.4 EL ARCHIDUQUE EN MADRID

Los años 1708 y 1709 fueron, desde el punto de vista bélico, más tranquilos en la península. En enero el mariscal Berwick recibió la orden de abandonar España para hacerse cargo del ejército del Delfinato. También en este mismo mes comenzaron las revueltas internas en Cerdeña movidas por un personaje tan sinuoso como el conde de Monte Santo, hermano del conde de Cifuentes y, como él, austracista de corazón aunque encubriera sus ideas para así manipular al virrey. Cifuentes había convencido el año anterior a la corte de Viena, y a la de Barcelona, de la conveniencia de hacerse con la isla para lo cual se debía comenzar por sembrar el desorden y la rebelión, enviando agentes para hacerlo, al tiempo que se intentaba movilizar las simpatías populares hacia Carlos. Éste, a su vez envió una carta ofreciendo a los isleños amnistía y el mantenimiento de sus privilegios, tal como los tenían en tiempos de Carlos II. En esta fase de apagar revueltas y controlar a los sediciosos tuvo una intervención principal D. Vicente Bacallar que fue nombrado gobernador de la Gallura, la provincia más septentrional de la isla y también la más afectada por la rebelión.

⁷⁸ Clemente XI llegó a decir en una audiencia “que era un martyr de Phelipe Quinto expuesto a los rigores y fuerza de los alemanes”. Según Belando, el nuncio al dar aviso al Rey de la decisión del pontífice dijo que éste “estaba violentado y le era imposible redimir la vejación sin condescender en gran parte lo que querían los alemanes”. Belando, tomo I, p. 403.

El virrey, que era el marqués de Jamaica, aunque poco experto en asuntos militares, no cesaba de solicitar ayuda a Francia y España porque la isla estaba sin apenas protección. Pero Amelot nada hizo porque decía de Cerdeña, según Bacallar, "que importaba muy poco a la Monarquía y que servía más de gasto que de útil si se había de presidar"⁷⁹. El 9 de agosto llegó el almirante Leake a las costas de la isla con 40 navíos de guerra y sólo un regimiento de desembarco, con la idea de intentar rendir la isla con el temor que infundía la escuadra, las escasas tropas que traía y la colaboración de los sardos adictos a la causa austriaca. Con Leake viajaba el conde de Cifuentes, nombrado virrey de Cerdeña por el Archiduque. El 12 de agosto estaba ya la flota en Cagliari donde tuvo lugar una conjura interna que primero inmovilizó su artillería, por el expeditivo sistema de secuestrar a los artilleros y, después, abrió las puertas al conde de Cifuentes. La ciudad decidió rendirse al día siguiente y con ella, en muy poco tiempo, toda la isla. Bacallar tuvo que huir a Córcega y desde allí a Madrid donde Felipe V le concedió, por su fidelidad, el marquesado de San Felipe.

Puede resultar sorprendente la adhesión que los isleños habían depositado, casi de improviso, en la Casa de Austria para la cual el marqués de San Felipe no da razones de más peso que la presencia de unos pocos austracistas y la agitación que promovieron cuatro frailes sardos enviados desde Cataluña. Tal vez la implicación personal del marqués con el virrey le llevó a no ser explícito en demasía. El duque de Saint Simon nos da las posibles claves de este asunto:

El marqués de Jamaica era hijo del duque de Veragua, del que había heredado el ingenio y las capacidades, aunque no su aspecto físico que era más que lamentable: "grosero, sucio, feo y con andares de tortuga". Felipe V le ofreció el virreinato de Cerdeña y lo rehusó. Se negoció con él, ofreciéndole cien mil escudos, pero alegó que no aceptaría hasta tenerlos en su mano. Como lo precario de la real hacienda no permitía tal cosa le dijeron que la isla era muy rica en trigo y que podía ir cobrando en especie hasta alcanzar la cifra prometida. En estas circunstancias Jamaica aprovechó la penuria de cereales que padecía Génova (que era el principal abastecedor de trigo de Cataluña) para, pese a la estricta prohibición, exportar allí un trigo "que constituía la vida y las fuerzas del partido del Archiduque". Y no contento con recibir sus cien mil ducados continuó expoliando a los isleños el trigo que era su principal medio de subsistencia. Y el pueblo "no pudiendo doblegar la avaricia del virrey prefirió pasarse al Archiduque y trató con él en secreto de manera que la conquista no le costó más que enviar algunos barcos que se presentaran ante Cagliari"⁸⁰.

En 1710 Felipe V va a intentar la reconquista de Cerdeña. Se ordenó al marqués de San Felipe que marchara a Génova para, desde allí, con tres mil hombres saltar a la isla. La operación estaba bajo la dirección del duque de Uceda, embajador en Roma, que por entonces ya había decidido pasarse a la causa de Archiduque y mantenía correspondencia secreta con el gobernador austriaco de Milán. Parece ser que San Felipe denunció esta situación a Madrid y no fue creída. El duque demoró cuanto pudo la operación de manera tal que cuando las tropas del Rey Felipe desembarcaron en Bonifacio, para agruparse y

⁷⁹ Bacallar, p. 1 48. Incluso Amelot prometió al virrey que sería disculpado por el Felipe V si, por falta de tropas, perdía la isla.

⁸⁰ Saint Simon, tomo 6º, pp. 305 y 306.

preparar el asalto a Cerdeña, llegó la armada inglesa, que naturalmente había sido avisada, impidiendo la operación.

Leake a continuación de haberse apoderado de Cerdeña intentó la conquista de Sicilia, también por la simple presencia de la flota y por apoyos internos que creía tener pues las tropas que llevaba ya vimos que eran muy escasas. Pero el virrey, el marqués de los Balbases, estuvo hábil y consiguió, sin apenas problemas, abortar la posible rebelión. Tras ello Leake volvió a Cagliari para, desde allí, marchar hacia Menorca adonde llegó el 9 de septiembre con ánimo de conquistar Puerto Mahón. Estando ya en aguas de Menorca le llegaron refuerzos importantes: 4500 hombres al mando de Stanhope, 14 navíos de guerra y un batallón de milicias procedentes de Mallorca. La conquista de la isla, como se preveía, no presentó dificultad alguna. El problema estaba en Puerto Mahón, plaza que se consideraba de difícil expugnación y que estaba defendida por 500 franceses, 300 españoles y 48 cañones. Para sorpresa de Stanhope la resistencia que le presentaron fue muy débil y el 29 de setiembre se firmó la capitulación de la fortaleza. El asunto fue vergonzoso e indigno hasta el punto que el coronel francés que mandaba la guarnición fue degradado y preso en la Bastilla. El gobernador español, abrumado de vergüenza, se suicidó arrojándose al vacío desde una muralla.

A diferencia de lo ocurrido en Gibraltar los ingleses no entregaron la plaza al Archiduque y se cuidaron de guarnicionarla con regimientos propios. Stanhope quiso convencer a Carlos con presiones incesantes, para que firmara un acuerdo por el que cedía Puerto Mahón a Inglaterra pero Carlos, pese a su situación de debilidad, se negó en redondo apoyándose en que se había comprometido, al jurar los fueros, a que no hubiera desmembramiento alguno de territorios de la Corona de Aragón y, además, en el tratado de la Gran Alianza que demoraba cualquier reparto territorial hasta la firma de la paz. Por otra parte las protestas de los holandeses por la rapacidad inglesa no tardaron en presentarse pero se les calmó diciendo que todo se había hecho de manera irregular y sin consentimiento de la Reina. No era cierto porque, según Bacallar, le importaba mucho a Ana "dar algunas señas de utilidad a su reino, cansado de insoportables gastos que, por superiores a las rentas, se hubo de imponer un nuevo tributo sobre mercaderías de Indias y campos de labranza"⁸¹.

Pero Menorca era de vital importancia para la armada inglesa. Ya hablamos de las malas condiciones de Gibraltar para reparar barcos y sus problemas como refugio durante el invierno mientras que Puerto Mahón podía albergar cómodamente veinte navíos de línea y constituía una plataforma magnífica para controlar la base naval de Niza y el comercio francés por el Mediterráneo. Según Stanhope "la isla sería la ley del Mediterráneo tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra"⁸². Por eso el general inglés, y también Marlborough, insistían una vez y otra pidiendo que la isla fuera la compensación que debía recibir Inglaterra por la inmensa deuda financiera en que había incurrido Carlos desde el comienzo de la guerra. El Archiduque, acorralado por las amenazas de Stanhope de cortarle radicalmente los envíos de dinero, hizo redactar a Vilana Perlas un tratado con diecisiete artículos por el que se enajenaba la isla por el valor de las deudas contraídas con Gran

⁸¹ Bacallar, p. 152.

⁸² *Historia del Mundo Moderno*. Universidad de Cambridge. Dir. S. Bromley. Tomo VI, p. 316.

Bretaña desde el comienzo de la guerra, aunque cabía la posibilidad de retrotraer la operación más adelante, a voluntad de Carlos, mediante el pago de una suma igual. Este acuerdo no satisfacía a los ingleses que no se resignaban a tener tan sólo un dominio provisional y continuaron las discusiones sin otro resultado que agriar las relaciones personales entre el Archiduque y Stanhope pero, en cualquier caso, los ingleses actuaron en Menorca desde el principio como si la soberanía de la isla les perteneciera⁸³. Bien es cierto que hasta 1712, ya con el gobierno tory, ondearon conjuntamente en la isla las banderas de Inglaterra y la del Archiduque.

En lo que a la península se refiere las acciones militares en 1708 fueron muy limitadas y, en general, favorables a Felipe V. Estuvieron concentradas en la zona oriental siendo la más importante la conquista de Tortosa por el duque de Orleans que la rindió, no sin esfuerzo, el 11 de julio. En las capitulaciones que se firmaron no se hizo referencia alguna a sus privilegios municipales por lo cual éstos podían darse por perdidos, como de hecho ocurrió, porque, en el mes de febrero siguiente, se nombraron regidores, de acuerdo a las leyes de Castilla, ignorando todas las tradiciones de la ciudad y sentando precedente sobre lo que podría ocurrir al resto del Principado en caso de caer en poder de Felipe V. Tras esta conquista, ya en otoño, el duque de Orleans abandonó España, para tranquilidad —sólo momentánea pues estaba prevista su vuelta— de su sobrino el rey Felipe, que siempre sospechó de su intención de arrebatarle la Corona. Pero, como luego se verá, la momentánea ausencia del duque no le hizo olvidar sus pretensiones y desde Francia siguió intrigando cuanto pudo. Por su parte el caballero de Asfeld, que había sido nombrado gobernador de Valencia, conquistó Denia en el mes de noviembre y Alicante en diciembre.

Como antes se dijo la situación en que había quedado Cataluña tras la batalla de Almansa era deplorable. La parte del Principado que ocupaban los austriacos era muy poco fértil, salvo el Ampurdán y la zona de Urgel que siéndolo habían sido devastados por el ejército francés. Faltaba a las tropas "medios para mantenerlas, víveres para sustentarlas y fondos que aplicar a la forzosa reparación de las fortificaciones"⁸⁴. El Archiduque suplicaba, una y otra vez, por un remedio para sus desgracias pero encontraba reticencias por parte de los aliados que, antes de darlo, querían ponerse de acuerdo sobre la manera de continuar la guerra en España. Unos eran partidarios de adoptar en Cataluña una actitud puramente defensiva, inevitable ante la facilidad con que Francia podía, a través de los Pirineos, socorrer a las tropas felipistas en contraposición a las enormes dificultades de los aliados para trasladar y mantener fuerzas en España. Calculaban que tener mil soldados en Cataluña costaba más del doble que tenerlos en el Rhin o en Flandes. Si a ello se añadía el poco apego demostrado por los castellanos a la Casa de Austria, devenía casi imposible mantener en España una estrategia ofensiva y, según ellos, a su pretendido dominio se debía llegar por vía de negociación antes que por victorias militares.

Estos argumentos eran replicados y contradichos por los partidarios de la guerra ofensiva que añadían que, con Italia en poder de los austriacos, se habían conseguido considerables ventajas a la hora de enviar tropas, municiones o víveres. El problema era que el Emperador se obstinaba en que las tropas suplementarias que debía aportar fueran

⁸³ Virginia León, *Carlos VI...*, pp. 163 y 164.

⁸⁴ Castellví, op. cit., tomo II, p. 478.

financiadas por las potencias marítimas en tanto que éstas decían que con los impuestos que ahora obtenía de Milán y Nápoles se podía levantar holgadamente un poderoso ejército. Pero, al parecer, era otro el destino que Austria asignaba a estos fondos porque el resto de los aliados se quejaba amargamente de su resistencia a gastar estos impuestos en la guerra de España porque ello hubiera afectado "agudamente el interés de los ministros y jefes que con el dinero de Italia empezaban a enriquecer sus familias, a engrandecer los edificios propios y, desde entonces, se empezó a ver la magnificencia de ellos en la Imperial corte de Viena"⁸⁵.

La reina de Inglaterra, sensible a las instancias del Archiduque, envió una carta de su puño y letra al Emperador solicitándole enviara a Cataluña un general de gran prestigio que pudiera acabar con el caos y la insubordinación del ejército y de los Consejos de Guerra. Incluso llegó a sugerir que este general fuera el príncipe Eugenio de Saboya. Pero José I se negó obstinadamente tanto por conveniencias propias como por la "aversión del príncipe a pasar a Cataluña por no arriesgar su crédito porque, dicen, consideró que los socorros no serían efectivos ni a tiempo"⁸⁶. Finalmente se nombró general en jefe de las tropas de Cataluña al conde Guido von Starhemberg, un cincuentón que había empezado su carrera como soldado raso contra los turcos, altanero y "ensorbecido de su ciencia castrense y de su disciplina férrea"⁸⁷. El ejército del que se hizo cargo seguía siendo el mosaico al que antes aludimos: siete mil ingleses y holandeses, cinco mil portugueses, seis mil alemanes y cinco mil españoles. Además estaban otros treinta mil hombres voluntarios y somatenes. Una muestra significativa del caos organizativo era que los cinco mil españoles del ejército regular estaban mandados nada menos que por seiscientos oficiales y sesenta y un generales. Con estos mimbres, y aún contando con los refuerzos que se esperaban, Starhemberg se mostró decidido partidario de la guerra defensiva en una memoria que dirigió al Archiduque y al Emperador poco después de hacerse cargo del ejército. Quizás "la misión que le habían encomendado sobrepasaba sus fuerzas y la famosa frase de Napoleón *un buen general ordinario* podía ser perfectamente aplicada a este hombre cuya sustancial experticia en el campo de batalla no se correspondía con superiores niveles estratégicos y operacionales"⁸⁸. Tampoco al principio ayudó la suerte al mariscal que no pudo empezar con buen pie su andadura española ya que, apenas llegado, sufrió su primer revés con la pérdida de Tortosa.

El año 1709 fue de escasa actividad militar y de intensa actividad política por la decisión de Luis XIV de retirar sus ejércitos de España y entrar seriamente en negociaciones de paz con los aliados, asuntos estos que se tratarán más adelante. Además las acciones bélicas estuvieron muy condicionadas por una climatología durísima: "No tenían los mortales memoria de tal exceso de frío como el de este año. Heláronse muchos ríos... Secáronse por lo intenso de él muchos árboles; no corría líquida el agua ni la que se traía en las manos para beber... Morían las centinelas en las garitas y no hallaba casi reparo la humana industria contra tan irregular inclemencia"⁸⁹.

⁸⁵ Ibid., p. 470.

⁸⁶ Ibid., p. 470.

⁸⁷ Voltes Bou, *El Archiduque*, p. 184.

⁸⁸ Linda y Marsha Frey, op. cit., p. 419.

⁸⁹ Bacallar, p. 167.

Por tales razones los movimientos militares estuvieron restringidos y lo único destacable del año fue, por una parte, la conquista de Alicante por el caballero de Asfeld, tras un largo asedio que duró desde enero hasta abril y, por otra, la batalla del río Caya (también llamada de Gudiña) y en la cual el marqués de Bay infligió una derrota severa a ingleses y portugueses pero que, sin embargo, no tuvo el alcance que hubiera podido esperarse porque, de haberse actuado con más sagacidad, hubiera quedado totalmente aniquilado el ejército portugués. A mayor abundamiento la idea de guerra defensiva que tenía Starhemberg hizo que el frente catalán estuviera casi paralizado, sin más novedad que la toma de Balaguer por los austriacos⁹⁰ y la de Figueras por el duque de Noailles que estaba acampado en el Rosellón.

También este año de 1709 estalló el escándalo del duque de Orleans originado por sus indudables apetencias sobre la Corona de su sobrino y magnificado por la inquina que le tenía la princesa de los Ursinos. Saint Simon, gran amigo y confidente del duque, nos da las claves de cómo nació esta antipatía puesto que, al principio, la princesa trataba a Orleans con la deferencia propia de su rango, deferencia que, por supuesto, no le era correspondida ya que el duque la culpabilizaba de extrema incuria en la logística de la guerra, cuya responsabilidad hacía recaer sólo sobre ella. Una tarde, harto de resolver cuestiones de intendencia que -según su opinión- no eran de su responsabilidad, "se sentó a la mesa con varios españoles y franceses de su séquito, obsesionado en su despecho hacia Mme. de los Ursinos, que lo gobernaba todo y que no se había ocupado ni de la más mínima cosa referente a la campaña. La sobremesa se alargó un poco. M. el duque de Orleans, algo ebrio y lleno de despecho, tomó un vaso y, mirando a sus compañeros, dijo (pido disculpas por ser tan literal pero la palabra no se puede enmascarar): *Señores, brindo a la salud del c... de la capitana y del c... de la teniente* (sic)...Media hora después Mme. de los Ursinos fue advertida y se percató inmediatamente de que ella era la teniente y Mme. de Maintenon la capitana. Montó en cólera e informó a Mme. de Maintenon con las exactas palabras, la cual, a su vez, tuvo un arrebato de furia. Jamás ninguna de ellas perdonó al duque y más adelante veremos lo poco que faltó para que lo hicieran perecer"⁹¹.

La princesa le contó al rey Felipe cuantas historias, verificadas o no, pudieran dejar en mal lugar al duque, entre ellas que Regnault, su secretario en España, había recibido el encargo, que cumplía con eficacia, de mantener unidos y activos a sus partidarios en la corte con el objetivo de destruir totalmente al gobierno. Felipe V, el 13 de abril, escribió a su abuelo quejándose con firmeza de tales insidias y Luis XIV, tras entrevistarse con el duque, le contestó: "He hablado con mi sobrino, que me ha jurado que durante su permanencia en España en nada se mezcló de cuanto tiene relación con el gobierno... Por lo que respecta al tal Regnault dícame que lo empleó tan sólo a causa del conocimiento que tiene del idioma español..."⁹²

⁹⁰ Realmente lo que ocurrió es que el mariscal Bessons, obedeciendo las órdenes que había dado Luis XIV en el mes de julio para que el ejército francés abandonara España, retiró su ejército dejando desprotegida la plaza que cayó con toda facilidad en manos de los austriacos.

⁹¹ Saint Simon, tomo 6, pp. 301 y 302.

⁹² Coxe, op. cit., tomo I, p. 345.

Pero Felipe V insistía a su abuelo y éste al duque de Orleáns que, finalmente, no tuvo más remedio que confesar a Luis XIV que aspiraba al trono de España, pero sólo en el caso de que Felipe tuviera que abdicar. Y parece que al Cristianísimo, pese a las presiones del Gran Delfín a favor de su hijo, no le pareció mal tener un recambio si las circunstancias hacían que su nieto tuviera que abandonar el escenario español por lo cual decidió que, de momento, lo más oportuno era callar⁹³. Orleáns, imperturbable pese a todas estas advertencias, envió a España a otro agente llamado La Rotte que, al parecer, no sólo se entrevistó con los nobles que habían apostado por el duque sino también, entrando en Cataluña, con el general Stanhope⁹⁴. Ursinos lo hizo detener y se encontraron en su equipaje copias de la correspondencia mantenida entre el general inglés y el duque lo que levantó inmediatas acusaciones de traición y connivencia con el enemigo. Las cartas fueron descifradas y parece que su contenido establecía que, vuelto Orleáns a España al mando de un ejército, tal como estaba previsto desde su retirada el año anterior, perdería una batalla en forma tan aparatosa que Felipe tendría que abandonar el país en tanto que él, con lo que quedara del ejército, entregaría España a los ingleses a cambio de recibir, en calidad de rey, Valencia, Navarra, Murcia y Cartagena. Por supuesto renunciaría en favor de la casa de Austria a los derechos que pudieran corresponderle como heredero de la infanta Ana.

También en 1710 la actividad política fue muy importante pero no lo fue menos la militar, sobre todo por las alternancias habidas en la guerra de España que terminaron con el triunfo de Felipe V pero que bien hubieran podido terminar con su derrota definitiva. Luis XIV, que el año anterior había decidido abandonar a su nieto a sus propias fuerzas, fracasadas las conferencias de Gertruydemberg, recapacitó y cambió de manera de pensar en julio de 1710. Por esta razón Torcy informaba por carta a Blecourt de "la intención del Rey de renovar una colaboración más estrecha que nunca con el Rey su nieto"⁹⁵. En cualquier caso Felipe, desde el mes de mayo, se había puesto al frente de sus tropas marchando hacia el frente de Aragón y lo mismo había hecho el Archiduque. Ambos ejércitos estuvieron dos meses sin decidirse a atacar, asentados en zonas insalubres y abrumados por la falta de víveres. El 27 de julio, en Almenara, tuvo lugar "una acción que no fue batalla en forma porque no peleó toda la fuerza de ambos ejércitos"⁹⁶ y que resultó ser una derrota para Felipe V y su general en jefe que era Villadarias. Perdieron 1500 hombres⁹⁷ pero, sobre todo, la mayor consecuencia fue el decaimiento de la moral del ejército que, a partir de entonces, pareció dominado por el desánimo y hasta por el miedo al enemigo⁹⁸.

A mediados de agosto tuvo lugar un Consejo de Guerra, ya con el marqués de Bay que había sustituido a Villadarias como general en jefe, en el que hubo opiniones dispares sobre si mantenerse en Aragón y presentar batalla o retirarse hacia Castilla. Tanta fue la demora en tomar decisión que tuvo tiempo al ejército aliado de pasar el Ebro y colocarse en orden de combate. La desigualdad de fuerzas era evidente. Felipe tenía sólo 19.000 hombres

⁹³ Baudrillart, tomo I, p. 391, nota 3.

⁹⁴ Bacallar, p. 185. También Baudrillart, tomo I, p. 390.

⁹⁵ Torcy a Blecourt, 30 de julio de 1710. En Baudrillart, tomo I, p. 405.

⁹⁶ Bacallar, p. 199.

⁹⁷ Según Belando esta es la cifra que dieron los vencedores; la real fue de 400 infantes y 280 jinetes. Tomo I, p. 422.

⁹⁸ El Rey Felipe corrió grave riesgo físico siendo salvado *in extremis* por un regimiento de caballería que se percató de su situación. Entre la batalla de Almenara y la de Zaragoza desertaron 2.000 hombres.

desanimados y el Archiduque 30.000 llenos de entusiasmo por la victoria de Almenara. Estaban en las cercanías de Zaragoza y el día 18 de agosto ambos ejércitos entraron en combate, con el resultado de una derrota rotunda para los españoles que tuvieron sólo cuatrocientos muertos aunque los prisioneros alcanzaron los cuatro mil soldados y seiscientos oficiales. "Ésta es la batalla de Zaragoza, indecorosa a los vencidos y no por serlo sino por no haber peleado. El rey Felipe al ver perdida la batalla partió para la corte. Luego se rindió al vencedor Zaragoza y todo el Reino de Aragón"⁹⁹. Starhemberg le dijo al Rey Carlos que *le había ganado la batalla y la Monarquía*¹⁰⁰. Esta batalla fue tan anómala que muchos pensaron que la derrota fue amañada, y que Luis XIV estaba al tanto de ello, para así abrir camino a las negociaciones de paz que aún se suponían, si no en curso franco, al menos no canceladas del todo, y cuya premisa fundamental era la salida de España de Felipe V.

Se retiró el Rey a Madrid y, temiendo que los aliados repitieran los movimientos del año 1706, firmó un decreto el 7 de septiembre por el que se trasladaba la corte y los tribunales a Valladolid. Dio libertad para permanecer en Madrid a quien quisiera, ocupara o no cargo público, pero esta vez la nobleza le siguió, con muy pocas excepciones, posiblemente por las represalias que el Consejo de Castilla había tomado la vez anterior en que también se dijo lo mismo. Según Belando hubo una salida masiva: "El camino se puede decir que era una dilatada procesión, pues salieron de Madrid casi mil coches y una infinidad de calesas carros y acémilas...porque iban hasta 30.000 personas"¹⁰¹.

Los aliados por su parte no sabían qué opción tomar. Los conservadores pretendían como primera cosa conquistar Navarra y recuperar Valencia para afianzar estos territorios y, conseguido esto, unirlos con la Rioja, Salamanca y Extremadura y, ganadas así estas posiciones, hacerse con Madrid y Andalucía. Los que creían que con la victoria de Zaragoza el trono se tambaleaba eran partidarios de lanzarse a dominar ambas Castillas, argumentando que al rey Felipe ya no le quedaba ejército con el que oponérseles, sobre todo si no se le concedía respiro. Como era previsible Starhemberg defendía la postura conservadora y Stanhope la más arriesgada. Prevaleció, aun en contra de la opinión del Archiduque, el dictamen de los ingleses porque, de hecho, eran los que con su contribución económica y militar sostenían el peso de la guerra. Stanhope se negó en redondo a cualquier otra estrategia: "Éstas eran las instrucciones que tenía de Londres porque ya no se podía tolerar los gastos de la guerra de España, a la cual era menester rendir o desamparar... Que sus tropas no tomarían otro camino que el de Madrid. Que la reina Ana había ofrecido a los austriacos entregarles el trono y que ellos habían de conservarlo. Que eso estaba cumplido poniendo al Rey en la corte"¹⁰². Tras aceptar la imposición inglesa Carlos ordenó publicar un nuevo manifiesto, esta vez más duro que el de la anterior entrada en Madrid, en

⁹⁹ Bacallar, p. 201. La versión de Belando (tomo I, pp. 428 y sigs.) es diferente y mucho menos crítica. Sobre esta batalla han corrido muchos rumores de una posible traición de algunos nobles a la que atribuyen el desmoronamiento que se produjo ante el primer ataque enemigo. Sin embargo Felipe V en carta a su abuelo de 24 de agosto alaba la fidelidad de sus tropas y achaca la derrota a que la infantería estaba formada exclusivamente por soldados recién reclutados. Para Vêndome, que estaba en Bayona para entrar en España, la batalla no había sido sino *un tejido continuo de malas maniobras y puerilidades* (Baudrillart, p. 410).

¹⁰⁰ Ibid.

¹⁰¹ Belando, tomo I, p. 437.

¹⁰² Bacallar, p. 203.

el que afirmaba que si los castellanos "se mantuvieron en el error no serán admitidos ni atendidos de mi Real Compasión, como indignos de ella".

El 9 de septiembre salió Felipe de Madrid hacia Valladolid. Fue despedido por una multitud que le aclamaba "con lágrimas en los ojos". Antes de salir, treinta miembros de la alta nobleza¹⁰³ habían dirigido a Luis XIV una carta en la que ratificaban su lealtad a su Rey y le pedían que no lo desamparase en situación de tanto compromiso. La carta dio resultado y el Cristianísimo decidió enviar a España 14.000 hombres y, a su frente, al duque de Vêndome¹⁰⁴.

Starhemberg se puso en marcha hacia Madrid no sin antes destacar a Valencia ocho naves con más de mil hombres, a más de muchos exiliados valencianos que residían en Cataluña, pensando en rendirla, no por la fuerza, sino por la presión popular o la rebelión de la ciudadanía¹⁰⁵. El intento fue totalmente vano. Nada más desembarcar fueron puestos en fuga por D. Antonio del Valle sin que en la ciudad se produjeran movimientos serios en favor de Carlos entre otras cosas porque la población había sido desarmada, años antes, para evitar los desórdenes que se hubieran podido producir a consecuencia de la abolición de los fueros.

El 28 de septiembre el Archiduque hizo una entrada en Madrid que pretendió grandiosa. Dos mil caballos, precediendo a su guardia personal y a su servidumbre le llevaron hasta la iglesia nuestra Señora de Atocha para dar gracias e invocar su protección. La exhibición fue inútil: "Ni aún la curiosidad movió al pueblo y, retirado a sus casas, rebosaban melancolía las plazas. Oíanse voces de niños que atraídos con dineros aclamaban al nuevo Rey; y alguna vez se oía aclamar a Felipe V. Esto hirió altamente el ánimo del príncipe austriaco que, sin proseguir hasta el Real Palacio,... volvió a salir de Madrid diciendo que era una corte sin gente"¹⁰⁶. En medio de este penoso ambiente fue Carlos proclamado Rey, formó gobierno, estableció tribunales y también desterró a quienes consideró que eran desafectos. Pidió al pueblo que entregase las armas pero no fue obedecido. Comenta el marqués de San Felipe:

"No se daba paso que no fuese infeliz para el Rey Carlos en Castilla porque era menester para la obediencia usar el mayor rigor, que degeneró en ira y en tal desorden que ejecutaban los alemanes e ingleses las más exquisitas crueldades contra los castellanos. Los herejes extendían su furor a los templos e imágenes, haciendo de ellas escarnio y sirviéndoles

¹⁰³ El único en dar la nota discordante fue el duque de Osuna poniendo de relieve su orgullo de grande de España y la personalidad extremosa que luego exhibiría como plenipotenciario en Utrecht. Lo hizo "por parecerle cosa indecorosa a la Nación clamar por extranjeros socorros". Belando, tomo I, p. 439. Esta carta y la respuesta de Luis XIV pueden leerse en Castellví, tomo III, pp. 188 a 190.

¹⁰⁴ Realmente la decisión de enviar a España a un general competente –aunque sin tropas– la había tomado Luis XIV meses antes, en abril de 1710, cuando ya se veía muy difícil que las conferencias de Gertruydemberg dieran algún resultado. El 27 de enero el duque de Alba, recibido en audiencia por el Cristianísimo, le entregó una carta de Felipe V en la que éste solicitaba que Vêndome viniera a España. Éste, desde su incidente tras la toma de Liege con el duque de Borgoña, estaba inactivo por haber sido relevado del mando de cualquier unidad.

¹⁰⁵ La condesa de Cifuentes había esparcido la noticia, que resultó falsa, de que en Valencia se preparaba una conjura y que el propio gobernador, Antonio del Valle participaba en ella. Virginia León, *Carlos VI...*, p. 174.

¹⁰⁶ Bacallar, p. 208.

torpemente de lascivia. Bebían en los sagrados cálices y derramando los santos óleos ungían con ellos los caballos y pisaban las hostias consagradas"¹⁰⁷.

El ejército aliado acampado en Madrid era de 28.000 hombres que inmediatamente comenzaron a padecer las consecuencias de estar en una isla en medio de un mar de hostilidades. Partidas irregulares, pero tremendamente eficaces, de caballería fieles a Felipe V patrullaban de Aragón a Madrid impidiendo la llegada de alimentos y correos y, aunque Starhemberg enviara su caballería para tratar de impedirlo, eran acosados de manera inclemente por lo que poco provecho se sacaba. El general austriaco permanecía en Madrid, con sus soldados inactivos y entregados al relajo. Esta vez la demora fue también decisiva en favor de Felipe V:

"No creerán los venideros siglos tantas dificultades allanadas insensiblemente en 50 días, y que se los hayan dado los enemigos de tiempo al rey Felipe para restaurar su ejército que ya se componía de 20.000 hombres... Todos los lauros de la victoria perdió en los ocios Starhemberg. Parecía que tenía aquella corte narcóticos o beleños para adormecer los ánimos, pues no escarmentados los ánimos del error del marqués de las Minas y de Galloway en el año 1706... dio mayor dilación Starhemberg esperando que los portugueses entrasen por Extremadura"¹⁰⁸.

Pero Vêndome y Felipe V, previendo esta contingencia, situaron sus fuerzas en Almaraz cerrando la llegada a Madrid del ejército de Portugal que, por otra parte, tampoco tenía a su Rey decidido a repetir la aventura de 1706 que acabó prácticamente con su ejército y, lo poco que de él quedó, lejos de sus cuarteles y disperso por tierras catalanas.

Conforme pasaba el tiempo cundía el nerviosismo entre los aliados, con problemas de aprovisionamiento, la población de Madrid en su contra y enormes dificultades para saber lo que ocurría en el resto de la península por el cerco informativo a que estaban sometidos. Pero Isabel de Brunswick consiguió, por medio un desertor, pasar información a su marido avisando de la llegada a Perpiñán del ejército del duque de Noailles con 15.000 hombres dispuestos, no se sabía si a invadir Cataluña o asediar Gerona. La llegada de la carta disipó las dudas del mando aliado y se tomó la determinación de que regresara el Archiduque inmediatamente a Barcelona para dirigir la guerra en Cataluña, lo que estaba dispuesto a hacer de buen grado porque estaba harto de Castilla y de sus gentes. Marcharía con un ejército de 2000 caballos para romper el cerco que los irregulares felipistas mantenían y, por su parte, el ejército de Castilla simularía un traslado de la capitalidad a Toledo¹⁰⁹ como fase previa, y con exclusivo carácter de diversión, a la retirada de todas las fuerzas hacia Cataluña. El 8 de noviembre se publicó un decreto ordenando el pase a Toledo de los tribunales y del gobierno. El ejército acampó en sus proximidades y tan extraña era la disposición anímica de los aliados que estuvieron a punto de saquear Madrid en su retirada abriendo con ello, si cupiera, una mayor animadversión castellana hacia el Archiduque y sembrando rencillas irreconciliables para el caso de que alguna vez se hiciera con el trono. Afortunadamente Stanhope mantuvo la lucidez e impidió que se hiciese el saqueo. Madrid,

¹⁰⁷ Ibid., p. 206.

¹⁰⁸ Ibid., p. 209.

¹⁰⁹ Otros autores creen que el traslado a Toledo fue debido al impacto positivo que se pensaba podía causar en Europa llevar la capitalidad a la antigua ciudad imperial.

al verse abandonada por las tropas, "hizo tales demostraciones de júbilo, que oyó el Rey Carlos que marchaba en el centro el ejército, el festivo rumor de las campanas"¹¹⁰.

Starhemberg quiso simular que permanecería en Toledo durante todo el invierno, abriendo trincheras y almacenando víveres pero no consiguió engañar a Vêndome por lo que el 22 de noviembre dejó Toledo encaminándose hacia Aragón, seguido de cerca por el ejército felipista que se movía tras ellos con notable agilidad. Iban los aliados bastante desperdigados: portugueses y palatinos en vanguardia, alemanes en el centro con Starhemberg y, a retaguardia, los ingleses con Stanhope. "No marchaban juntas las tropas sino precediendo una gran distancia del centro a la retaguardia, y cada nación hacía su tropa aparte, de género que no se observaba orden militar en la marcha"¹¹¹.

El 6 de diciembre, Stanhope que se retiraba sin información sobre dónde pudiera estar el enemigo, decidió pasar esta noche en Brihuega, ciudad que, aunque situada en un promontorio, carecía de defensas adecuadas. Percatadas de ello las avanzadillas de Felipe V, y advertido de inmediato Vêndome, ordenó éste avanzar la caballería durante la noche y poner cerco al ejército inglés. Al amanecer del día siguiente los ingleses vieron que estaban rodeados y fiaron su salvación, porque eran muchos menos y no llevaban artillería, en pedir ayuda a Starhemberg que marchaba tres leguas adelante. El día 8 Felipe V inició, a las doce del mediodía, el que sería uno de los asedios más sangrientos de la guerra porque los ingleses se defendieron encarnizadamente hasta que, avanzada la noche, capituló Stanhope, según dijo, por falta de municiones¹¹². Dejó la batalla quinientos muertos en cada bando y cuatro mil ochocientos prisioneros ingleses, entre ellos el general Stanhope.

El 10 de diciembre llegó Starhemberg, ignorando al principio la suerte corrida por el ejército inglés. Al encontrar que Vêndome tenía desplegadas sus tropas en orden de batalla por los campos de Villaviciosa se percató el austriaco de lo ocurrido. Su ejército estaba compuesto de 5.000 caballos y 17.000 infantes mientras que Vêndome contaba con 9.000 caballos y 10.000 infantes. La batalla fue disputadísima, con sucesivos altibajos que parecía iban a dar la victoria definitiva a uno u otro de los contendientes, y solo acabó cuando la noche cerrada impidió continuar la lucha; tal vez terminó con ligera ventaja por parte española pero ello fue irrelevante porque el mariscal austriaco decidió abandonar el campo y retirarse hacia Aragón con los restos de su ejército. Había dejado 4.000 muertos, 6.000 prisioneros y los bagajes de todo su ejército (entre ellos el suyo propio que Vêndome le restituyó caballerosamente). Starhemberg escribió a la corte de Viena diciendo que había ganado la batalla pero que, ante la magnitud de sus pérdidas humanas y materiales, no

¹¹⁰ Bacallar, p. 211.

¹¹¹ Ibid., p. 212.

¹¹² La maledicencia dijo que las había hecho arrojar a un pozo para así poder justificarse. La historiografía inglesa ha discutido mucho sobre las causas de la derrota de Brihuega por la que Stanhope fue sometido a juicio. Trevelyan reproduce la carta de un coronel inglés, desde el campo de batalla, en la que achaca la derrota no sólo a errores de la inteligencia aliada que pensaba que el enemigo que los acosaba era una partida de caballería de menos de 2.000 efectivos en lugar de un ejército con cañones e infantería sino también a que la falta de alimentos y forraje obligó a dispersarse a las tropas por nacionalidades con el fin de poder abastecerse mediante el pillaje por zonas de mayor amplitud. *England under Queen Anne*, tomo III, Apéndice D, pp. 334 y 335.

había tenido más opción que el retirarse¹¹³. No obstante en toda Europa, y sobre todo en Inglaterra, Villaviciosa fue considerada, independientemente de a quien se adjudicara la victoria, como una batalla que sepultaba, de manera casi definitiva, las pretensiones del rey Carlos al Reino de España¹¹⁴. El duque de Alba, embajador en París, escribía a Grimaldo el 20 de enero del año siguiente: “La inquietud que se mantiene en Inglaterra y Holanda sobre la batalla de Villaviciosa es grande y como cada día se confirma su pérdida, por más que han afectado ignorarla y disminuirla, se hallan sin saber si han de abandonar o socorrer al Archiduque”¹¹⁵.

Castellví pone de manifiesto las muchas dudas que plantea la batalla de Villaviciosa por las versiones, numerosas pero diferentes y hasta contradictorias, que nos han dejado los historiadores: “En tanta variación de dictámenes sobre esta batalla entre los dos partidos se ha advertido que muchos se engañaron refiriendo lo que no tuvieron delante de su frente u ojos porque lo fiero del combate no permitió poder distinguir lo que estaba un poco apartado y así mismo lo que se les refirió fue equivocado. Otros por engrandecer los esfuerzos o porque en la postura de la guerra en aquel tiempo era propicia la exageración, vestida de adulación, abultando el hecho aún de lo que no vieron ni distinguieron...”¹¹⁶. Por esta razón el historiador catalán no toma partido y da en su libro varias versiones de lo que ocurrió en el campo de batalla haciendo ver sus contradicciones.¹¹⁷

Según creía Torcy “estos éxitos imprevistos del Rey de España probaron a sus enemigos que no sería tan fácil como habían imaginado el desposeerle de sus estados. La fidelidad de la mayor parte de sus súbditos era la prueba más evidente de ello porque, aunque su competidor se hubiera visto reconocido en Madrid, Toledo y otras ciudades abiertas y sin defensa, no era deseado en absoluto por la nación española”¹¹⁸. Pero no hay que creer que la batalla de Villaviciosa, y sus presumibles consecuencias, fueran bien recibidas por todos en la corte de Francia. Tanto Luis XIV como el Gran Delfín se alegraron mucho pero no ocurrió lo mismo en el entorno pacifista a ultranza que rodeaba al Rey donde se consideró a esta victoria como un obstáculo –y no menor- en el camino hacia la paz¹¹⁹.

Con Villaviciosa no terminó la guerra “pero esta victoria había de ser la que pusiera el sello a la deplorable calamidad que en España ocasionaron las naciones extranjeras”¹²⁰. A partir de esta batalla, Felipe V no tuvo ya que vivir situaciones tan angustiosas como las que hasta entonces habían amenazado su trono porque, para redondear el éxito de Villaviciosa, Noailles, el 15 diciembre, puso sitio a Gerona y la hizo capitular el 25 de enero; tras ella cayeron en poder del Rey la plana de Vich y el valle de Arán y Vêndome se estableció en Cervera con lo cual sólo quedó en poder del Archiduque una parte pequeña de Cataluña que

¹¹³ De hecho en Barcelona hubo luminarias para celebrar esta victoria., se cantó un *Te Deum* en la catedral etc.

¹¹⁴ Esto no quiere decir que los ingleses consideraran esta batalla como una derrota. Incluso un libro actual como *La Historia del Mundo Moderno* de Cambridge, Barcelona 1980, considera que la victoria fue para los aliados. Tomo VI, p. 320.

¹¹⁵ Baudrillart, tomo I, p. 437, nota 2.

¹¹⁶ Castellví, tomo III, pp. 107 a 121.

¹¹⁷ También el marqués de San Felipe hace una pormenorizada descripción de la batalla. Pp. 215 a 219.

¹¹⁸ Torcy, *Memoires*, tomo II, p. 4.

¹¹⁹ Baudrillart, op. Cit., pp.424 y 425.

¹²⁰ Belando, tomo I, p. 480.

limitaba por el Sur con Tarragona y por el oeste con Igualada. Pero este territorio, defendido por tropas numerosas y también auxiliado por mar, resultó ser de imposible conquista hasta que, en 1713, los aliados evacuaron Cataluña con lo que cambió radicalmente el panorama aunque, ni siquiera en estas circunstancias, iba a resultar fácil hacerse con el Principado. Por otra parte tampoco Luis XIV tenía demasiado interés en que su nieto expulsara al Archiduque y sus aliados de la península porque el esfuerzo militar que éstos debían mantener en Cataluña era una gangrena que minaba sus fuerzas en donde más molestaban al Cristianísimo que era en Flandes y en el Rin. Además el saberse dueño de toda España habría puesto exultante a Felipe V y aun más reacio a hacer concesiones para la paz que Bolingbroke y el marqués de Monteleón iban a negociar en Inglaterra.

TERCERA PARTE

LA NEGOCIACIÓN FRANCESA

CAPÍTULO 10. LAS CONVERSACIONES DE LA HAYA.

10.1 EL CONTEXTO FRANCÉS

Hemos dejado en el capítulo anterior a Felipe V en una situación aparentemente ventajosa pero en el fondo inestable a causa de los innumerables problemas que la mala marcha de la guerra en Europa había acumulado sobre Francia. Hablamos anteriormente de las derrotas de Ramillies y de Turín y del abandono de Milán, pero es a partir de 1708 cuando las cosas van a rodar de manera aún peor para los intereses del Cristianísimo. Fracasó a comienzos de año, por una enfermedad imprevista de Jacobo III, la expedición a Escocia con la que se esperaba conseguir cambiar la dinastía reinante en Inglaterra y sacar así a este país de la Gran Alianza. El 11 de julio Vêndome y Berwick, bajo el mando del duque de Borgoña y con lo mejor del ejército francés, caen derrotados en Oudenaarde por Marlborough y Eugenio de Saboya. Batalla "tan desgraciada como mal coordinada, funesto efecto de los celos entre los cortesanos de un joven príncipe y el general que mandaba el ejército bajo sus órdenes"¹.

Un mes después se presentó el príncipe Eugenio de Saboya a las puertas de Lille y comenzó su asedio. La ciudad contaba con una guarnición numerosa y una ciudadela casi inexpugnable lo que permitió mantener una resistencia prolongada que el general austriaco parecía incapaz de doblegar perturbado, además, por la proximidad del ejército francés que hostigaba su retaguardia. Pero, sorprendentemente, después de más de dos meses de asedio, por orden del duque de Borgoña, se retiró el ejército galo y dejó desamparada la ciudad que no tuvo más opción que rendirse. Modesto Lafuente, en su *Historia de España*, -que en esta parte no hace sino transcribir las Memorias de Macanaz²- nos da las claves del por qué de la orden del duque de Borgoña a la ciudad para que se rindiera mientras él abandonaba el campo de batalla:

"La causa de esta extraña retirada del de Borgoña y de la no menos extraña orden que dejó para que se rindiese la ciudadela de Lille, así como su inacción en los últimos días de la campaña, sólo puede explicarse por el designio que llevaba y que ya muchos, como hemos dicho, le atribuían de conducir las cosas de la guerra a un estado en que fuera necesario al Rey, su abuelo, hacer la paz despojando a su hermano de la corona de España"³.

Estos hechos, que tuvieron trascendencia en la corte de Versalles porque Vêndome, lleno de santa indignación, organizó un enorme escándalo, reflejan la situación verdaderamente incómoda en que se encontraba Luis XIV: agobiado por las miserias y calamidades que sufría su pueblo y coaccionado además por las presiones que recibía para que acabara con la guerra a cualquier precio. Provenían estas presiones de su entorno familiar y de alguno de sus ministros. "Muy pocos de estos personajes aparecen al descubierto. Un número muy pequeño no tenía como prioridad más que el bien del estado, cuya vacilante situación

¹ Torcy, *Memoires*, tomo I, p. 108. Como siempre Torcy disimula y culpa a los cortesanos de lo que fue responsabilidad casi exclusiva del duque de Borgoña.

² Concretamente el capítulo CXXX.

³ Lafuente, Modesto. *Historia de España*, Barcelona, 1889. Tomo XIII, pp. 187 y 188.

constituía su preocupación única, mientras que la mayoría no tenía otro objetivo que su propio interés; todo esto alimentaba la guerra civil de las lenguas"⁴.

Llegada la campaña del año 1709 va a tener lugar otra gran batalla el 11 de septiembre en Malplaquet, donde se enfrentaron el ejército aliado con 100.000 hombres mandados por el duque Marlborough y Eugenio de Saboya, contra 80.000 franceses mandados en esta ocasión por el mariscal Villars. Éste fue gravemente herido, perdiendo la consciencia, lo que, sin duda, pudo influir en el resultado de la batalla. El ejército francés, viéndose derrotado, tuvo que batirse en retirada, aunque de forma extraordinariamente ordenada. Para los aliados fue una victoria pírrica porque de los 33.000 muertos que quedaron en el campo, más de 20.000 pertenecían a su ejército y eran, sobre todo, holandeses. Hubo además 15.000 heridos entre ambos bandos.

En medio de estos reveses militares, que desazonaban al Rey y destrozaban la moral de su pueblo, otras dos circunstancias fueron a sumarse a las desgracias francesas. La primera fue el invierno de 1708/1709, del que ya dijimos que había sido muy duro en España pero no comparable a cómo lo fue en Francia:

"El invierno fue terrible y no hay ningún hombre que pueda recordar otro siquiera parecido. Una helada que duró dos meses, con enorme intensidad, había solidificado los ríos hasta su desembocadura y también el borde del mar que era capaz de soportar el paso de carretas cargadas de enormes fardos... Una segunda helada lo perdió todo; perecieron los árboles frutales... y todos los granos que se habían sembrado"⁵.

Sobre este mismo tema escribía Mme. de Maintenon a la princesa de los Ursinos: "La peste que nos amenaza me asusta menos que el hambre que padecemos; si vierais de cerca nuestra situación nos tendríais lástima y nos censuraríais menos. ¿Puede existir el valor cuando se ve al pueblo y al ejército morir de hambre?"⁶.

La hambruna fue general y hubo motines de subsistencia en París y en otras muchas ciudades. El Rey recibió anónimos con amenazas de muerte⁷ pero lo que más le dolió y le llenó de ira "fue la proliferación de carteles descarados e insultantes contra su persona, su conducta y su gobierno que, durante mucho tiempo, aparecieron pegados en las puertas de París, en las paredes de las iglesias y en las plazas públicas; y lo que más resonancia tuvo fue que sus estatuas fueron, de noche, sometidas a todo tipo de vejaciones, con pintadas ofensivas y con las inscripciones arrancadas. Hubo también muchos versos y canciones en los que ningún insulto se omitía"⁸. Por toda Francia circuló un manuscrito, llamado el *paternóster* de Luis XIV:

"Padre nuestro que estás en Versalles, vuestro nombre ya no es glorificado, vuestro reino ya no es grande, vuestra voluntad ya no reina ni en la tierra ni en el mar. Danos el pan que por

⁴ Saint Simon. Citado por Baudrillart, op. cit., tomo I, p. 329.

⁵ Saint Simon, op. cit., tomo VII, p. 121

⁶ Mme. De Maintenon a la princesa de los Ursinos, 19 de mayo de 1709. En Baudrillart, op. cit., p. 332.

⁷ Anónimos con alguna carga literaria porque asimilaban lo que decían iba a ocurrirle a Luis XIV con los asesinatos de Enrique IV por Ravaillac o de César por Bruto.

⁸ Saint Simon, op. cit., tomo VII, pp. 219 y 220.

todas partes nos falta, perdonad a los enemigos que nos han derrotado pero no a nuestros generales que lo han permitido, no sucumbáis a las tentaciones de la Maintenon y libradnos de Chamillart, amen"⁹.

La segunda circunstancia, consecuencia de la catástrofe climatológica y de los largos años de guerra, fue la ruina del erario público. El Rey se vio obligado a enviar a la Casa de la Moneda las estatuas de plata que adornaban sus palacios y ordenó publicar un decreto para que, hechas ciertas reservas permitidas, todos los vasallos redujesen la suya a dinero¹⁰. Para complicar la situación se produjo la bancarrota en cascada de los banqueros de Lyon¹¹. Fenelón decía: "Parece que la nación ha caído en la bancarrota universal y en el oprobio. Los enemigos dicen en voz alta que el gobierno de España, que tanto habíamos despreciado, jamás cayó tan bajo como el nuestro"¹². Baudrillart confirma las palabras de Fenelón con el comentario siguiente:

"Porque España, tan desolada como estuvo, se encontraba ahora menos afectada que Francia. Tenía, sobre este Reino, la superioridad de una nación habitualmente pobre respecto a otra nación súbitamente empobrecida. Era más dura y más resistente. Y, sobre todo, sabía por qué combatía: no hacia la guerra por intereses políticos que pudieran resultar más o menos inteligibles a las masas; luchaba por tener al Rey que había elegido y para mantener la integridad de su Monarquía. Y era, en definitiva, sirviéndola como Francia se agotaba"¹³.

En estas circunstancias Luis XIV decidió abandonar España a su suerte pensando que así le sería más fácil alcanzar una paz que llevaba años intentando conseguir y que tan difícil se la ponían sus enemigos. Creía que si se veía a España y a Francia como dos naciones, independiente una de la otra, y no como el *sólo e idéntico reino* que afirmaba el preámbulo del tratado de la Gran Alianza, la negociación se simplificaría. Por eso la primera medida fue despreocuparse de la gobernación de España para lo cual, en abril de 1709, ordenó el regreso de Amelot¹⁴ y lo sustituyó por Blecourt, pero dándole sólo carácter de simple embajador y sin participación ni en el gobierno de España ni en el despacho del Rey. Al mismo tiempo informó a su nieto de que las circunstancias le obligaban a conseguir la paz, a cualquier precio, por lo cual no debería sorprenderse cuando le comenzaran a llegar rumores o noticias en relación a las duras condiciones que se estaban exigiendo en las negociaciones de Holanda. Felipe V contestó a su abuelo que si tan difícil era hacer la paz más valía seguir haciendo la guerra y que, desde luego, su decisión "estaba tomada hacía mucho tiempo y nada en el mundo haría que la modificara; Dios ha puesto la corona de España en mi cabeza y yo la mantendré mientras quede una gota de sangre en mis venas. Se

⁹ Baudrillart, op. Cit., tomo I, 333.

¹⁰ Bacallar, p. 167.

¹¹ Saint Simon, op. cit., tomo VII, p. 129.

¹² Baudrillart, tomo I, p. 334.

¹³ Ibid., p. 335.

¹⁴ Previamente había hecho que Amelot le enviara tres informes (7, 14 y 21 de enero de 1709) explicando la situación de España. Como le convenía poner de manifiesto el resultado de su gestión el embajador estuvo exultante: un ejército importante surgido casi de la nada, unas finanzas escasas pero saneadas, la alta nobleza razonablemente sometida, las provincias mostrando un alto grado de adhesión y un Rey justo hasta el escrúpulo.

lo debo a mi conciencia, a mi honor y al amor de mis súbditos que sé que, ocurra lo que ocurra, jamás me abandonaran"¹⁵.

En el mes de junio el Cristianísimo dio instrucciones para que las tropas francesas fueran evacuando progresivamente España. Esta noticia, unida a la retirada de Amelot y a los rumores que iban llegando sobre el desmembramiento de la Monarquía que se quería imponer por los negociadores holandeses, produjo en Madrid una violenta reacción antifrancesa que sufrieron, sobre todo, los comerciantes y hombres de negocios de esta nacionalidad. Incluso la princesa de los Ursinos, tan proclive siempre a someterse a la voluntad de Luis XIV, cambió de bando y, el 18 de julio de 1709, escribía a Mme. de Maintenon que "antes perdería la vida que dar al Rey y a la Reina de España un consejo contrario a lo que demandaba su gloria"¹⁶. La actitud de la princesa hirió el orgullo del Cristianísimo que, a partir de entonces, la va a mirar con desdén y antipatía.

Existe un debate que puso en marcha el marqués de San Felipe afirmando que, en realidad, Luis XIV nunca tuvo la intención de abandonar ni a España ni a su nieto y que todo fue una añagaza urdida entre ambos para engañar a los aliados y sacudirse la presión de su entorno cortesano que, de alguna manera, expresaba también la voz de gran parte de los franceses a favor de la paz. Esta maniobra fue tan secreta que sólo la conocían tres personas: los dos Reyes y el Delfín que estaban de acuerdo en que, pese a cualquier apariencia de que se buscaba con ahínco la paz, aunque fuera a cambio de una posible cesión del trono de Felipe V, la voluntad efectiva de los tres era el continuar la guerra.

Esta opinión de San Felipe parecía corroborada por la desconfianza de Marlborough, Starhemberg o Heinsius hacia las intenciones que decía tener el Cristianísimo en las conversaciones de paz pero no aparece en historiadores contemporáneos suyos, sean franceses o españoles aunque en siglos posteriores va a ser retomada su teoría¹⁷. Según Baudrillart¹⁸ - que la reputa como falsa- surgió de la correspondencia, algo ambigua, entre ambos reyes en la que Luis XIV por una parte no quería ocultar a su nieto la realidad de la situación pero, por otra, tampoco quería dejarlo en una postura desairada e indefensa ante sus propios súbditos. En todo caso parece en exceso artificial esta opinión de San Felipe¹⁹ y lo realmente demostrado es que el Cristianísimo intentó convencer a Felipe V de que debía hacer concesiones importantes a los aliados. Lo intentó primero directamente, luego a través de Blecourt, ambas veces sin éxito; después volvió a insistir por medio de una embajada específica que para este objetivo encargó al duque de Noailles y que tampoco dio resultado.

¹⁵ Felipe V a Luis XIV, 17 de abril de 1709. En Baudrillart, tomo I, p. 341.

¹⁶ Bottineau, *Les Bourbons d'Espagne*, p. 78 y 79.

¹⁷ Por ejemplo por Coxe, op. cit., tomo II, pp. 13 y sigs.

¹⁸ Baudrillart, tomo I, p. 327 y 328.

¹⁹ Un argumento muy fuerte contra esta teoría nos lo da una lectura atenta del *Journal de Torcy*. El secretario de estado francés cuenta sus conversaciones, casi a diario, con Luis XIV y las reacciones de éste ante la evolución de las negociaciones, los reproches a sus ministros por haber hecho concesiones, aunque él mismo las hubiera antes autorizado, y sus cambios de opinión y de humor de un día para otro. El análisis de todo esto no parece corresponder a una persona que está representando un papel, por bien que lo haga, sino a alguien muy tensionado por dos pulsiones contrarias, la de dar paz y reposo a su pueblo y la de no perder los territorios que con enorme esfuerzo –y habilidad- había conquistado durante cuarenta años.

10.2 LA MISIÓN SECRETA DEL PRESIDENTE ROUILLÉ.

Ya hemos visto que a finales de 1705 hubo aproximaciones entre Francia y Holanda en busca de una paz negociada. Estos contactos eran informales, no tenían los holandeses mandato alguno del resto de los integrantes de la Alianza y, además, no contaban con excesivo apoyo, ni popular ni político, en la mayor parte de las Provincias Unidas. Por eso los promotores holandeses perdieron todo el interés cuando finalizó la campaña militar de ese año en la que se produjeron avances generalizados de los aliados que parecían anunciar una pronta derrota de las dos Coronas. Pero, como la derrota no se producía, es a partir de 1708 cuando se reinician las conversaciones que, desde entonces, ya no van a cesar en la práctica, pese al fracaso de los sucesivos intentos, porque Francia y en cierto modo los aliados -al menos una parte no desdeñable de su población- van a considerar que el coste de la guerra era difícilmente soportable por mucho más tiempo.

El conocimiento que tenemos de las negociaciones entre Francia y Holanda –es decir las celebradas en La Haya y Gertruydenberg- es muy completo gracias a las *Memoires* del marqués de Torcy que, en realidad, más que unas memorias son la crónica oficial de cómo se llegó hasta la paz de Utrecht. Y es adecuado el nombre de crónica porque estas memorias no corresponden, como parecería lógico, a la narración del conjunto de su labor como Secretario de Estado de Asuntos Exteriores de Luis XIV sino a una historia detalladísima de las negociaciones de paz a las que dedica 500 de las 600 páginas que tiene su libro. La exposición que hace el marqués es tan exhaustiva que las Memorias de Saint Simon renuncian explícitamente a contar nada sobre este asunto porque el autor considera -y así lo dice- que nada cabe añadir a lo que se cuenta en las de Torcy²⁰. Se podrá argumentar que se trata de una visión unilateral, y en ciertos aspectos incluso resentida, a causa de la actitud prepotente que los holandeses tuvieron hacia Francia²¹ y, en ese sentido, Baudrillart tiene esta obra en muy poca estima. Complementariamente tenemos otro escrito del mismo autor, el *Journal de Torcy*²², menos sistemático y de ámbito temporal más reducido, pero que aporta datos de enorme interés porque, escrito para no ser publicado, es sincero y refleja el pensamiento de su autor cosa que raramente se trasluce en las *Memoires*.

También, afortunadamente, tenemos a nuestra disposición fuentes no francesas –porque éstas suelen rebosar indignación por las humillaciones sufridas- que nos van a permitir, barajando unas y otras, alcanzar un conocimiento más objetivo sobre lo que realmente ocurrió. La primera de ellas son los numerosos escritos de lord Bolingbroke, con mención

²⁰ Saint Simon, tomo VII, p. 221.

²¹ No obstante hay que hacer constar, a favor de las *Memoires*, que al menos en lo que respecta a las conversaciones de La Haya, el relato que hace Torcy apenas añade nada a las cartas que diariamente enviaba a Luis XIV y a Beauvilliers y que reproduce –aparentemente- en su integridad. Estas cartas podrán tildarse de subjetivas, o de estar redactadas con un temor inconsciente a la posible ira del Cristianísimo, pero no que carezcan de la sinceridad que debía a su Rey.

²² *Journal Inedit de Jean-Baptiste Colbert, Marquis de Torcy*, París, 1903. Cubre el período más interesante de las negociaciones entre el 6 de noviembre de 1709 y el 29 de mayo de 1711. Permanecieron desconocidas hasta que en 1903 Frédéric Masson, un académico francés, las descubrió en Londres en manos de un bibliófilo. En general se concede a este diario patente de sinceridad por cuanto, hasta donde sabemos, no se escribió con intención de ser publicado sino que era una forma que tenía Torcy de ayudarse en sus reflexiones. Ello no obsta para que se aprecien algunos silencios desconcertantes.

especial, a mi juicio, para su *Letter to Sir William Windham* y, sobre todo, para sus *Letters of the Study and Use of the History*²³ más conocidas estas últimas por la edición que realizó en 1932 Trevelyan de las cartas 6ª a 8ª bajo el título *Bolingbroke's Defence of the Treaty of Utrecht*, obras ambas muy críticas con la actuación tanto de los holandeses como del partido *whig*, entonces al frente del gobierno de Inglaterra. Una segunda fuente no francesa la encontramos de manera algo insólita en el Archivo Histórico Nacional²⁴, donde, por ser documentos de amplia difusión en su época, fueron recogidos en los archivos españoles más tarde, hacia 1.730. Se trata de parte de la correspondencia cruzada entre los negociadores de ambos bandos, además de informes internos, incluyendo el informe final, escritos por los representantes holandeses en Gertruydenberg, en los que éstos intentan explicar las incidencias ocurridas durante las conversaciones y justificar las razones por las que no se llegó a conseguir el acuerdo²⁵. Este informe final fue publicado en La Haya, en la semana siguiente a la ruptura, para tranquilizar a una opinión pública excitada primero y luego decepcionada al fracasar sus esperanzas de conseguir la paz.

En 1706 llegó a Versalles un individuo llamado Pettekum, alto comisario del duque de Holstein-Goltorp ante los Estados Generales. Habló con Torcy y le ofreció hacer llegar, de manera secreta, a Holanda las propuestas que Luis XIV quisiera hacer relativas a la paz y conseguir pasaportes para las personas que Francia fuera enviar como negociadores. La actividad de intermediación de Pettekum va a durar algunos años y será un eslabón eficaz, y en ocasiones hasta imprescindible, para lubricar los chirriantes engranajes de las conversaciones de paz²⁶. Y en el tramo final de las negociaciones de Gertruydenberg fue utilizado por Heinsius –pese al carácter privado que siempre tuvo Pettekum– para hacer propuestas a los plenipotenciarios franceses para que, con este artificio, no hubiera constancia oficial de que era Holanda quien declaraba rota la conferencia.

Dos años más tarde, en 1708, aparece en escena Nicolás Mesnager²⁷, comerciante de Rouen, que desde 1700 ejercía como representante de su ciudad en el Consejo de Comercio de París. Durante estos años había hecho algún trabajo para Chamillart, cuando éste era intendente general de finanzas de Francia, lo que valió para introducirlo en el círculo del gobierno. Tenía un buen conocimiento del mercado internacional y, en especial, de asuntos comerciales relativos a España y a América porque había sido representante de los intereses franceses ante el Consejo de Indias. Elaboró un informe en el cual decía poderse organizar el comercio entre Europa y el Nuevo Mundo a satisfacción de todos los países interesados

²³ Para esta última obra, a efectos de citas usaremos la versión francesa de París, 1752 titulada *Lettres sur l'Histoire*. Cartas 7ª y 8ª. Para la *Letter to Sir William Windham*, utilizaré la versión de Londres, 1753.

²⁴ AHN, Estado, leg. 3390.

²⁵ Estos documentos, traducidos al castellano, fueron enviados, según consta en la portada, por carta a D. Nicolás de Aristizábal, el 7 de agosto de 1730, por Miguel Jus de Aoiz.

²⁶ Los esfuerzos de Pettekum no eran altruistas en absoluto. Según Torcy abrigaba la esperanza de conseguir una fuerte recompensa si conseguía que sus gestiones tuvieran éxito. *Memoires*, tomo I, p. 357.

²⁷ Torcy escribe “Menager” pero en los documentos ingleses y españoles figura “Mesnager”. Era hombre de gran fortuna para el que la diplomacia constituía el procedimiento para ennoblecer su cuna, lo que finalmente conseguiría con un título de conde que le concedió Luis XIV. Pese a que el oficio de embajador era, sobre todo, para personas con recursos, porque los gastos sobrepasaban a los ingresos, Mesnager dejó al morir una estimable fortuna de 600.000 libras.

y sin perjuicio alguno para la economía española²⁸. El informe llegó a Luis XIV, a quien le gustó la idea, permitiendo que fuera a exponerla en secreto ante Heinsius, Van der Dussen y otros diputados holandeses que, pese a ver en ella aspectos positivos, la rechazaron porque su proyecto mantenía a Felipe V como rey de España y de las Indias.

En 1709, cuando ya Luis XIV había determinado dejar España abandonada a sus exclusivas fuerzas, Felipe V, con autorización de su abuelo, decidió entablar negociaciones secretas con Holanda designando para ello a Jan Van Brouhoven, conde de Bergeyck que había sido en Flandes intendente general de finanzas de Maximiliano Manuel de Baviera, en tiempo de Carlos II. Era hombre de gran capacidad e inteligencia y Felipe V lo va a emplear en asuntos delicados hasta el punto de nombrarlo Secretario de Estado de Hacienda y Guerra y, después, uno de sus plenipotenciarios para Utrecht. Las negociaciones que le encomendó eran tan secretas que incluso Amelot, a punto de ser relevado como embajador, ignoraba su existencia. Bergeyck sólo debía informar a Felipe V y, a través de Mme. de Maintenon, a Luis XIV pero sólo de "aquellas cosas que no podáis de manera absoluta evitar que las sepa"²⁹. Por carta de 15 de abril de 1709 daba Felipe a Bergeyck instrucciones:

"Tenéis que persuadir a los holandeses de que mis intereses son, hoy día, diferentes a los de Francia y que las propuestas que hago son mías en exclusiva; y que si les parecen ventajosas a su seguridad y a su comercio deben estar seguros de que nada del mundo me impedirá el cumplir con la palabra dada... Francia, que me ha abandonado, no me hará consentir en que abandone una Corona que sólo Dios me puede quitar y se engaña el que crea que no puedo mantener la guerra en España, durante muchos años, sin más ayuda que la de mis súbditos... En una palabra, que los españoles no quieren que Francia tenga participación alguna en el gobierno de España y yo estoy totalmente de acuerdo con ello... Post Data: Conde Bergeyck, he leído en vuestra carta de 30 de marzo que al Rey de Romanos le gustaría para su hermano, más que España y las Indias los estados de Italia, que son más de su conveniencia y no sé si deberíais intentar del príncipe Eugenio que lo animara en este sentido."³⁰

Ciertamente para entonces España había perdido los estados Italia, salvo Sicilia, pero es digna de mención esta cesión que en aquel momento estaba dispuesto a hacer Felipe V, de la que más tarde se arrepentiría. La oferta de Bergeyck contenía grandes concesiones comerciales que parecieron, de inicio, agrandar a los holandeses aunque respondieron que una república, tan compleja como la suya, necesitaba cierto tiempo para discutir las y asimilarlas. Pero, bien fuera por la marcha de la guerra, por desconfianza en que se cumplieran las propuestas o por disensiones internas, lo cierto es que la contrapropuesta que hicieron resultó inaceptable ya que, aparte de otras cosas, planteaba, como cuestión previa e innegociable, que Felipe V entregara España y las Indias al Archiduque. El lema *No peace without Spain* había dejado de ser una frase afortunada para convertirse en un axioma.

²⁸ La esencia de su proyecto era convertir Cádiz en una ciudad franca (incluso en caso de guerra porque estaría protegida por una guarnición de soldados suizos) y reanimar el comercio legal con las Indias acabando con el contrabando.

²⁹ El utilizar a la Maintenon como intermediaria era el sistema que seguía Luis XIV cuando quería mantener el secreto con sus ministros. Braudillart, tomo I, p. 350.

³⁰ Baudrillart, tomo I, p. 351.

Una cuestión a destacar es que cuando a Bergeyck se le encargan estas negociaciones acababa de rendirse Mons a las tropas aliadas y el conde había estado, de alguna manera, al frente de su defensa que, según dijo el comandante de la plaza, había ejecutado más con las técnicas de un ministro que con las de un militar³¹. Cuando fue evacuado de Mons tuvo ocasión de reunirse con Marlborough y con los diputados holandeses que acompañaban al ejército como comisarios políticos. Esto le permitió, más adelante, escribir a Marlborough contándole el proyecto que había diseñado para dejar a Felipe en España y que podía convenir mucho a Gran Bretaña y a su comercio. De suerte que si la Reina Ana “fuera persuadida, por los buenos consejos de Marlborough, de que no había nada en esta idea contrario a los intereses de Inglaterra, como tampoco lo había en contra de los de Holanda, Marlborough se aseguraría de parte del Rey de España el doble de lo que el marqués de Alegre le había ofrecido”³². La cifra que se ofrecía era de ocho millones de libras y, como veremos, no va a ser la última vez que se intenta comprar al duque. En mayo de 1709 el propio Torcy le hizo personalmente una oferta y más adelante, firmados ya los preliminares de Londres, en diciembre de 1711, Luis XIV autorizó a que se le hiciera una tercera, aunque esta última tal vez no llegara a hacerse porque pocos días después fue cesado por la Reina.

Las condiciones para la paz que los holandeses comunicaron a Bergeyck como contrapropuesta, aunque específicas para España, eran del mismo tenor que las redactadas por Van der Dussen y que Pettekum había hecho llegar a Versalles a principios de 1709. Luis XIV, a la vista de ellas y pese a su dureza, consideró llegada la hora de entablar negociaciones directas con objeto de conseguir algún tipo de acuerdo que paralizara la próxima campaña militar que veía con enorme preocupación. Hizo que Torcy escribiera a Van der Dussen diciéndole que la memoria que le había hecho llegar podía constituir para Francia una base de negociación por lo cual solicitaba pasaportes, tanto para el enviado francés como para el conde de Bergeyck. Pero los holandeses, que insistían con firmeza en la cesión absoluta de la Monarquía española como condición fundamental para la paz, rehusaron conceder el pasaporte a cualquier embajador de Felipe V porque éste, apeado de su trono, nada tenía que negociar. Por supuesto Luis XIV nunca había pensado que el enviado de su nieto entrara en las negociaciones sino que desempeñara un papel extraoficial y que, en conferencias secretas con los holandeses, les hiciera propuestas comerciales tan atractivas que les hicieran cambiar de opinión y permitieran a Felipe continuar en el trono de España.

El embajador que el Rey eligió inicialmente fue Voisin, consejero de estado, que rehusó la propuesta diciendo que la misión que querían encomendarle sobrepasaba en mucho sus cualidades y su experiencia. En su lugar se nombró a Pierre Rouillé de Marbeuf³³, presidente del Gran Consejo de Francia, con alguna experiencia diplomática porque había sido el gestor del tratado de apoyo mutuo que firmaron en 1701 Portugal y las dos

³¹ Las peripecias de Bergeyck como comandante de un cuerpo de ejército en Flandes, no por poco conocidas dejan de tener un gran interés.

³² *Journal Inedit de Jean-Baptiste Colbert, Marquis de Torcy*, p.3. Parece ser que la tal oferta del marqués de Alegre, general francés hecho prisionero y llevado a Inglaterra en 1705, fue hecha a Marlborough en 1706 y era de cuatro millones de libras.

³³ Saint Simon dice de él que era “muy sabio, circunspecto, con gran experiencia, trabajador y algo tímido”. Tomado de L. y M. Frey, op. cit., p. 388.

Coronas y porque en 1705 ya había negociado con Van der Dussen los primeros intentos para conseguir la paz.

Las instrucciones entregadas a Rouillé comenzaban recomendando que fuera flexible y que diera todo tipo de facilidades en las conversaciones, por la urgencia que imponía a éstas el comienzo de la temida campaña militar. Ya desde la primera conferencia debía declarar la renuncia de Felipe V, en bien de la paz, a España, las Indias, los Países Bajos y el Milanesado y la disposición a otorgar grandes ventajas comerciales y la deseada barrera de ciudades y fortalezas a Holanda. Estas concesiones, pensaba el Cristianísimo, permitirían que los holandeses elaboraran unos preliminares que incluyeran un armisticio inmediato. Para Felipe V se exigían los reinos de Nápoles y Sicilia, como compensación a las enormes renunciaciones que le obligaban a hacer. No obstante, al principio, debía pedir con firmeza también Cerdeña y los presidios de Toscana ya que esto, en opinión de Luis XIV, beneficiaba a la paz en Europa puesto que convenía que un príncipe poderoso reinara en el sur de Italia para impedir que toda esta península cayera en poder de los austriacos que tan vehementemente deseaban estos reinos. El poder alemán tenía que ser limitado y en ningún caso debía ir más allá de los términos territoriales fijados en el tratado de Ryswick.

Convenía plantear a los holandeses, por si aún quedaba alguna esperanza de mantener en el trono a Felipe, que "la agitación en España sería extrema, llegando incluso a una revolución total cuando los súbditos del Rey Católico, hasta entonces de fidelidad inquebrantable, se enteraran de que su Rey era forzado a abandonarles o consentía en ello"³⁴. Rouillé debía manifestar que las concesiones ofrecidas por Mesnager relativas a asuntos comerciales y arancelarios se mantendrían pero que habría que aclarar con cuidado extremo todo lo concerniente a la barrera y también el destino que se pensaba dar al País Bajo español. Luis XIV juzgaba este asunto de importancia vital para la seguridad de Francia pero también para la de Europa y, por supuesto, para la de Holanda que haría bien en desconfiar en el futuro de las intenciones expansionistas del Emperador. Porque, por entonces, ya se comentaba que Leopoldo no tenía más que dos hijos varones, y que ambos estaban aún sin herederos, por lo que la muerte prematura de uno de ellos podría colocar en una sola mano todos los territorios patrimoniales de las dos ramas de la casa de Austria. En cuanto a Inglaterra, Francia reconocería no sólo a la reina Ana sino también las leyes aprobadas en el Parlamento para la sucesión de la Corona en la línea protestante.

Eran éstos los puntos más esenciales de las instrucciones que Rouillé había recibido y que añadían, para que supiera dónde iba a encontrar los mayores obstáculos a su misión, que "el duque de Marlborough, Heinsius y el príncipe Eugenio eran entonces los triunviros de la Liga... y los tres parecían interesados personalmente en oponerse a la paz". Sin embargo, según Torcy, Marlborough había hecho creer que estaba dispuesto a ella y, de alguna manera, Luis XIV lo consideraba persona corruptible: "Había escuchado tranquilamente algunas propuestas hechas para halagar el deseo dominante que le poseía de amasar riquezas sin límite"³⁵.

³⁴ Torcy, *Memoires*, tomo I, p. 122.

³⁵ *Ibid.*, pp. 132 y 133.

Rouillé salió hacia Holanda el 5 de marzo de 1709 y tuvo su primera reunión en una pequeña ciudad llamada Streydensaas con Buys, pensionario de Ámsterdam y con Van der Dussen pensionario de Tergow. "El primero ligado a Inglaterra, partidario de la guerra, oscuro en sus largos discursos, más propio para suscitar dificultades que para resolverlas; el segundo parecía más fácil, mejor intencionado pero siempre sumiso a su colega"³⁶.

En esta pequeña ciudad se celebraron tres conferencias. En contraposición a los poderes impecables que llevaba el francés, los holandeses se presentaron sin mandato alguno, con la excusa de que el secreto de las conversaciones lo impedía ya que para el apoderamiento hubiera sido necesaria la conformidad de todos los pensionarios de las Provincias Unidas. Rouillé, que tenía instrucciones de ser constructivo, lo admitió y con ello comenzó su calvario porque los holandeses "ebrios del éxito de sus armas y perfectos conocedores del triste estado en que Francia se encontraba llevaron la negociación con desprecio a la más elemental buena fe y, cuando el enviado francés trató de comenzar a discutir el documento de Van der Dussen que Pettekum había entregado en París, dijeron que dicho documento *contenía ciertamente los puntos más esenciales, los primeros a examinar, pero que había otros, no escritos, y cuya importancia no era menor*".

Pidieron que se les entregase un poder suficiente del Rey de España a Luis XIV para que éste negociara en su nombre porque "cuando se trataba de destronarlo ninguna seguridad parecía suficiente; pero, si se hablaba de darle la menor compensación por la cesión de tan enormes estados, los diputados de Holanda sólo ofrecían los buenos oficios de su jefes ante los aliados... Era perder el tiempo inútilmente pretender alguna compensación porque la intención del Emperador y la de Inglaterra -y los negociadores lo declararon así con toda crudeza- era no dejar ni la menor parte de la sucesión de España en manos de Felipe"³⁷.

Los holandeses pedían también la expulsión de Jacobo III de Francia, la entrega de Dunquerque a Inglaterra, la ejecución de los tratados de Methuen con Portugal -aunque su contenido era desconocido por los franceses, si no en su totalidad al menos en las cláusulas secretas que preveían entregas de ciudades españolas-, el reconocimiento del Rey de Prusia, la entrega de Niza al duque de Saboya a más de una larga serie de pretensiones de todo cuño no contempladas en el documento inicial de Van der Dussen. Para llegar a un tratado de paz el primer paso sería elaborar unos preliminares que Rouillé debería firmar para después iniciar las conversaciones oficiales con todas las partes interesadas, pero los diputados holandeses no podían descartar que se produjeran posteriormente nuevas demandas que pudieran considerarse esenciales.

Rouillé dijo que debía recibir instrucciones de Luis XIV antes de darles una respuesta. Tuvo dudas sobre si volver a París para comentarlo todo personalmente con el Rey pero consideró que, tanto este viaje como su vuelta inmediata a Holanda, no sería fácil que permanecieran secretos por lo cual era grande el peligro de que estallara un escándalo que haría aún más difíciles las negociaciones. Pero estas prevenciones se revelaron inútiles ya que, mientras tenían lugar las conferencias, algunos comisarios de las provincia de Zelanda

³⁶ Ibid., p. 136. Esto es lo que dice Torcy. Sin embargo Bolingbroke alaba la capacidad dialéctica de Buys y sus dotes de convicción aunque critica sus marrullerías y su falta de lealtad.

³⁷ Ibid., pp. 138 y 139.

habían pasado por Streydensaas, reconocido a Buys y Van der Dussen y esparcido la noticia de manera que, cuando se enteraron los ministros de los estados de la Gran Alianza en La Haya, "levantaron sus voces y se dolieron mucho de estas maniobras oscuras que se hurtaban al conocimiento de sus Amos... El enviado de Saboya, no contento con quejarse al gran Pensionario, puso un espía para que siguiera a Rouillé e informara de sus movimientos"³⁸.

Como puede verse esta primera aproximación a la paz no pudo ser más desalentadora y hasta hiriente para Francia. Torcy lo cuenta así:

"Estaba claro, por el informe que Rouillé le había pasado al Rey sobre lo ocurrido en esta primera conferencia, que no debía esperarse de los holandeses más que mala voluntad y, si así no fuera, aún suponiendo buenas sus intenciones, les faltaba absolutamente el mandato y hasta el crédito de sus aliados para poder negociar la paz... Su Majestad estaba profundamente herido por el cúmulo de pretensiones exorbitantes que los holandeses querían para los aliados y las excesivas concesiones que pedía la república de Holanda tanto para su comercio como para la pretendida barrera defensiva"³⁹.

Sin embargo la situación de Francia era tan desesperada que Luis XIV no vio otra posibilidad que seguir el juego a los dos diputados de Holanda e intentar, en una nueva conferencia, que los preliminares que se firmaran contuvieran sólo las peticiones del escrito inicial de Van der Dussen y se llevara el resto de sus demandas a discutir en una conferencia para la Paz General. Por eso las nuevas instrucciones del Cristianísimo confirmaban la renuncia de Felipe V al trono de España, a cambio de Nápoles y Sicilia, abandonando sus ideas sobre Cerdeña y la Toscana. Rouillé debía sugerir, como medida práctica, que una escuadra franco holandesa fuera la que trasladara al Rey Católico a Nápoles o Sicilia, precedida por un cuerpo de ejército holandés que garantizara el buen fin de la operación.

Por su parte Francia cedía más ciudades para la formación de la barrera y devolvía los territorios conquistados a los ingleses en América a cambio de un tratamiento recíproco por parte de Gran Bretaña. Creía firmemente el Cristianísimo que, pese a sus reticencias y a su aparente mala fe negociadora, Holanda era la única llave que podía abrir el camino hacia la paz.

Entretanto los rumores sobre la existencia, y aún sobre el contenido, de las conferencias se habían extendido de manera que cada uno de los países y territorios ponía sobre la mesa sus demandas. Por su parte, Eugenio de Saboya, cerrado a todo convenio, amenazaba con llevar la desolación al corazón de Francia apenas empezada la campaña y Cadogoan, que era la mano derecha y el portavoz de Marlborough en sus ausencias, echaba al fuego cuanta leña podía para que todos se opusieran al inicio de cualquier negociación.

Cuando Rouillé informó de que había recibido las instrucciones de Luis XIV los dos diputados holandeses volvieron a reunirse con él en Voerden aunque, para intentar mantener el secreto, las sesiones se celebraban a bordo de un yate anclado en el canal.

³⁸ Ibid., p. 146.

³⁹ Ibid., p. 147.

Buys, que llevaba el peso de las conversaciones, insistía en pedir más ciudades para su barrera, amenazaba con llevar a Francia a los límites territoriales convenidos en el tratado de los Pirineos y se negaba a asegurar compensación alguna para Felipe V. Cada nueva petición que hacían pasaba a ser automáticamente condición esencial para la paz. El 4 abril tuvo lugar la cuarta y última sesión de esta segunda fase en la que se recapituló lo hablado hasta entonces. Para ganar tiempo y confidencialidad Rouillé pidió un pasaporte para el correo especial que pensaba enviar a Luis XIV pero se lo negaron diciendo que esto les obligaría a dar explicaciones a las provincias de paso con lo que se perdería el secreto; toda comunicación con Francia debía hacerse por correo ordinario, con la posibilidad evidente de que fuera intervenido por los holandeses, como de hecho ocurrió.

En espera de órdenes el enviado francés fijó su residencia en Bodgrave, a diez leguas de La Haya y allí fue visitado por Pettekum que dijo traer algunas recomendaciones de Heinsius para apresurar la negociación: debía presentar ofertas atractivas, que pudieran ser presentadas a sus aliados que –según él– estaban en contra de toda propuesta de paz. Porque tanto Marlborough como Eugenio de Saboya estaban decididos a iniciar una nueva campaña que, estaban convencidos, Francia iba a ser incapaz de resistir dada su debilidad evidente. Es más, Marlborough, a su regreso de Inglaterra, declaró que las conferencias secretas que sostenían Holanda y Francia eran muy desagradables para la corte de Inglaterra y que había recibido instrucciones para pedir a los Estados Generales que pusieran fin a ellas. Eugenio de Saboya era de igual opinión y declaró, además, que la condición previa a cualquier negociación era la entrega, no sobre el papel sino real y física, a la Casa de Austria de la Monarquía española, sin menoscabo territorial alguno. Ambos mantenían firmemente que la embajada de Rouillé no era más que una maniobra de distracción de Luis XIV con ánimo de dividir y sembrar la discordia entre los aliados. Decía el inglés: "Se engaña Francia si cree poder hacer la paz contra la opinión de nuestras dos potencias y si piensa que Holanda puede arrancar a la fuerza nuestro consentimiento. Para obtener la paz la satisfacción de todos los aliados debe ser completa, Rouillé devuelto a su país y las negociaciones secretas interrumpidas"⁴⁰.

En el ínterin Van der Dussen propuso a Rouillé una conferencia secreta en su casa de campo. Ya había dado muestras durante las conversaciones de una actitud más conciliadora que Buys y Luis XIV pensando que "como era de un país donde se cree que está permitido recibir, sin deshonor, recompensa si se presta un servicio importante", autorizó a que se tratara con él una compensación si conseguía llevar a Holanda a romper con sus aliados y a firmar una paz separada con Francia⁴¹. Pero la reunión fue sólo de tanteo y el holandés, para convencer Rouillé de su buena fe y sinceridad le quiso informar de *un gran secreto*: el Pensionario tenía en la corte de Francia agentes que le informaban de las más reservadas deliberaciones del Consejo Real y de las cartas que salían de los despachos de los ministros. Incluso conocía el contenido de la correspondencia que Rouillé había mantenido con su Rey desde que llegó a Holanda y le dio detalles que lo demostraban. Habló también del *partido pacífico*, holandeses cansados de la guerra y proclives a la paz pero cuya fuerza no

⁴⁰ Ibid., p. 168.

⁴¹ De hecho, a mediados de mayo en La Haya, Van der Dussen tuvo conversaciones secretas con Torcy en las que, aparentemente, le expresó con toda franqueza cuales eran realmente las pretensiones de Holanda y qué debía hacer Francia para conseguir la paz. Torcy nunca estuvo seguro de su sinceridad.

era aún grande, por lo cual habría que darles bazas para que pudieran llegar a ser mayoría. Estas bazas, argumentaba Van der Dussen, debían ser sólo comerciales ya que, en relación a la barrera, era, a su juicio, suficiente lo últimamente ofrecido por Francia; porque pretender más ciudades implicaría un coste de mantenimiento insoportable para la República. Hensius, dijo, era un decidido partidario de la paz y convenía que Luis XIV pusiera en sus manos argumentos suficientes para imponer silencio a los partidarios de la guerra.

Poco después llegaba una nueva respuesta del Rey y las conferencias se reanudaron el 21 de abril con una sesión que no aportó más que la firmeza holandesa en mantener sus pretensiones y las de sus aliados aunque, al final de la reunión, "abandonaron el papel de negociadores y revestidos de la autoridad de cónsules de la antigua Roma anunciaron que la suerte de las armas sería la que decidiera las condiciones de paz"⁴². Torcy tuvo la sospecha que este radical cambio de actitud se debió a que, antes de esta conferencia, los diputados se habían reunido con Marlborough y Eugenio y que ambos les habían dado instrucciones sobre la postura que debían adoptar insistiendo en que nunca los aliados desistirían de sus demandas.

Cuando esta información le llegó, Luis XIV reunió a su Consejo para deliberar sobre qué se podía hacer porque, por duras que fueran las condiciones de los holandeses, la mísera situación de Francia no parecía admitir otra opción que la paz.

10.3. LAS NEGOCIACIONES DE TORCY EN LA HAYA.

El Consejo Real que examinó el informe de Rouillé lo formaron en esta ocasión el Delfín, el duque de Borgoña, Pontchartrain que era el canciller, Torcy y Chamillart, secretarios de estado de Asuntos Exteriores y de Guerra respectivamente, Beauvilliers, jefe del Consejo de Finanzas y Des Marets, interventor general de Finanzas.

Tomaron la palabra Beauvilliers y Pontchartrain que explicaron que era imposible mantener por más tiempo la guerra y que, si se continuaba, la consecuencia ineludible sería el papel ignominioso que le tocaría jugar al Rey que debería someterse a cuántas humillaciones quisieran imponerle sus enemigos. Luis XIV asumió que "Dios quería humillarlo en lugar de reprimir y castigar el orgullo de sus enemigos. Y el Rey, sometido a las órdenes de la Divina Providencia, consintió en nuevos sacrificios diciendo que escribiría a Rouillé para que reanudara las conferencias"⁴³ y pidiera a los holandeses que dijeran de forma precisa y definitiva cuáles eran sus pretensiones. Por su parte estableció nuevos límites a la negociación dando algunos pasos adelante en sus concesiones: se cedían más ciudades a Holanda para su barrera, se consentía en entregar y demoler Dunkerque, se podía llegar a restablecer los límites del tratado de Münster, se expulsaría de Francia al rey Jacobo y se contentaría sólo con Nápoles -sin Sicilia- como compensación para su nieto, pese a reconocer que los ingresos del Reino de Nápoles no bastaban para sostener con decoro a un rey.

⁴² Torcy, *Memoires*, tomo I., p. 182.

⁴³ Ibid., p. 194.

El problema parecía ser que los holandeses, bien voluntariamente bien porque obedecían a las presiones de sus aliados⁴⁴, no estaban dispuestos a hacer la paz, al menos de momento. Y como estaba acabando abril, y la campaña militar a punto de comenzar, apenas quedaba a Rouillé tiempo para la negociación y, desde luego, no lo tendría para solicitar instrucciones nuevas, como probablemente iba a ser necesario. Por eso pareció conveniente apoyarlo con otro negociador que, por su conocimiento de la forma de pensar del Cristianísimo, fuera capaz, si se necesitaba, de ir más allá de las instrucciones y de los poderes otorgados. Para esta misión, que pareció imprescindible, Torcy se ofreció al Rey para ir personalmente a Holanda y llevar adelante las conversaciones.

No quiso Luis XIV decidirlo de inmediato y aplazó su determinación hasta el Consejo del día siguiente. La misión del Secretario de Estado no estaba exenta de peligro físico porque tendría que atravesar las líneas enemigas, que a esas alturas del año estaban ya preparadas para la campaña, con el agravante de llevar un pasaporte sin nombre (que finalmente Rouillé había conseguido para un correo). Tampoco podía considerarse nada halagüeño embarcarse en una gestión de resultado tan incierto y, presumiblemente, humillante para su protagonista. Su responsable sería, casi con seguridad, objeto de fuertes reproches y caería en el deshonor ante su país. Torcy afirmaba que "aquel que ha firmado un tratado poco honorable pero necesario es puesto en la lista de los negociadores desafortunados y mirado como instrumento de la vergüenza de su nación"⁴⁵. No obstante el marqués juzgó que la deuda moral, tanto la suya personal como la de su familia, hacia su Rey le obligaban a dar este desagradable paso. El Consejo autorizó su marcha el 29 de abril de 1709, dos días después dejaba París y, con menos problemas de los imaginados, el 6 de mayo llegaba a La Haya:

"Del 6 al 28 de mayo el destino de Europa se negoció en La Haya. A Heinsius se unieron Marlborough y Eugenio de Saboya. El trío de enemigos de Francia estaba al completo. Tras ellos, en pelea inesperada, ladraban los enviados de los príncipes comprados por la Gran Alianza. Era como un vuelo de cuervos sobre el generoso cadáver de Francia. Cada día surgía una pretensión nueva, cada día se intentaba conseguir una nueva ciudad o una nueva provincia"⁴⁶.

Una vez en Holanda, la mediación de un agente francés⁴⁷ le permitió, el mismo día de su llegada, entrevistarse con Heinsius que se mostró muy sorprendido de que Luis XIV enviara a uno de sus ministros a negociar. Le dijo que las Provincias Unidas habían nombrado dos diputados para tal fin y que él no tenía mandato alguno para ello pero que, gustosamente, les transmitiría lo que Torcy propusiera. La falta de mandato del Gran Pensionario no impidió que en esta primera conversación se abordaran todos los asuntos en

⁴⁴ En carta de 29 de abril de 1709 Luis XIV decía a Rouillé que él "no pensaba en la mala fe de los holandeses sino en el temor que tienen a sus aliados, en especial a los ingleses". Ibid., pp. 200 y 201. Por lo que se supo después la presión del gobierno inglés fue determinante.

⁴⁵ Torcy, *Memoires*, tomo I, p. 194.

Ibid., pp. 199 y 200.

⁴⁶ Frédéric Masson, Intoducción al *Journal Inedit de Jean-Baptiste Colbert, Marquis de Torcy*, París, 1903, p. XXIX

⁴⁷ Un tal Senserf, agente de un banquero de París llamado Tourton. Ibid., p. 113, nota 3.

litigio, desde la barrera de Holanda hasta el abandono por Felipe V de su Monarquía o las reclamaciones de Inglaterra y del Imperio aunque, ante la falta de poderes de Heinsius, no quiso avanzar Torcy ninguna oferta concreta. Es más llegó a decir al Pensionario que su misión tenía dos alternativas o bien negociar para alcanzar la paz sin demora o bien enterarse de cuáles eran las exactas intenciones de los Estados Generales sobre los temas en discusión. Y añadió que como le parecía, después de la conversación que habían sostenido, que lo primero era imposible y que lo segundo había sido, a su juicio, aclarado suficientemente, él debía volver de inmediato a París.

Pero Heinsius no quiso dejarlo marchar y argumentó que, aunque él no tuviera poderes para negociar, podía hacer ir a su casa a Buys y a Van der Dussen. Torcy aceptó y quedaron citados para el siguiente día a fin de mantener otra conversación ya con la presencia de los negociadores oficiales. Así fue y, nada más comenzar la reunión, Buys aclaró las pretensiones que en aquel momento tenían:

- a) El íntegro de la Monarquía española.
- b) Lille, Tournai y Mauberge a añadir a las plazas ya cedidas por Rouillé.
- c) Estrasburgo sería restablecido como ciudad imperial.
- d) El Imperio también exigía una barrera de protección ante el expansionismo francés.

El resto de los temas como Dunkerque o las reclamaciones del duque de Saboya no parecieron interesarle en demasía, al menos en aquel momento, porque, dijo, estas cuestiones habría que tratarlas directamente con el duque de Marlborough. Por todo ello Torcy pensó que debía demorar su regreso a París hasta la semana siguiente, fecha para la que se esperaba que el general regresara de Inglaterra. Además solicitó la presencia de Rouillé en las conversaciones porque "aquel que cree que bastan sus luces para conocer con seguridad y decidir de manera infalible la decisión a tomar tiene el juicio muy limitado"⁴⁸. Y realmente necesitaba tener alguien con quien compartir la marcha de las negociaciones y que le sirviera de apoyo en las largas conferencias en las que se hacía muy duro, para una sola persona, responder con agilidad a los planteamientos de sus oponentes o refutar con contundencia sus argumentos.

La asamblea de las Provincias Unidas debía reunirse el 8 de mayo y el Pensionario se había comprometido a dar cuenta en ella del viaje de Torcy y de las nuevas propuestas que traía en nombre de su Rey. Así pues, en la siguiente semana se podría conocer algo tan importante como la receptividad del conjunto de las Provincias a las concesiones que Francia estaba dispuesta a hacer. Las reuniones continuaron y se debatió sobre la barrera que para sí exigía el Imperio, sobre las pretensiones de duque de Saboya y, sobre todo, sobre la barrera holandesa. Torcy sabía que sólo una oferta satisfactoria sobre este aspecto podía abrir la puerta a que los holandeses accedieran a negociar las exigencias de sus aliados. Es más, si a la llegada de Marlborough conseguía también satisfacer las demandas inglesas, creía Torcy -aunque se equivocaba-, que sería mucho más fácil que el resto de los aliados aceptara el conjunto de la oferta de Luis XIV porque, por mucho que se opusieran, no podrían impedir las presiones de las dos potencias marítimas a favor de la paz.

⁴⁸ Torcy, *Memoires*, tomo I, p. 224.

Los holandeses insistían en continuar las conversaciones cada vez que Torcy decía que debía marcharse porque ya había cedido todo lo que le permitían sus poderes. A su vez el Secretario de Estado no dejaba de porfiar en su intento de aplazar la campaña militar, a punto de reanudarse, sobre la que decía que, pese a la aparente ventaja aliada, podía ocurrir cualquier cosa. Luis XIV era providencialista hasta la médula y estaba convencido que sus derrotas eran el castigo divino por sus pecados pero que, finalmente, Dios tendría que poner las cosas en el lugar debido aplastando a sus enemigos herejes; y lo cierto es que había contagiado a sus ministros, Torcy entre ellos, su actitud voluntariosa. Los holandeses, a su vez, argumentaban que realizados ya los gastos de la campaña, no tenía sentido suspenderla, máxime cuando las noticias que llegaban de Francia -téngase en cuenta que se acababa de salir de aquel desastroso invierno- no hablaban más que de una debilidad extrema y de una moral de lucha inexistente⁴⁹. Y esta seguridad en su posición de ventaja clara hacía incrementar, día a día, las pretensiones de los negociadores holandeses. La campaña, en opinión de éstos, debía intentar reducir a Francia a los límites territoriales establecidos en el tratado de los Pirineos, porque cualquier otra opción la dejaría tan poderosa que volvería a ser un peligro para toda Europa tan pronto saliera de su postración lo cual, como se había demostrado otras muchas veces, hacía con sorprendente rapidez.

El 12 de mayo escribía Torcy al Rey contándole que, en la reunión de la Asamblea de los Estados Generales, las Provincias se habían declarado satisfechas con las concesiones que se hacían a Holanda pero que no podían más que expresar su disgusto por la escasa respuesta dada a las peticiones de sus aliados, con quienes se sentían totalmente unidos por los tratados que habían firmado.

Las reuniones con los holandeses eran diarias. El tema más debatido era el de la cesión de los reinos de Nápoles y Sicilia a Felipe V, asunto que los holandeses se negaban a incluir en los preliminares y que querían aplazar hasta las conversaciones definitivas para acordar la Paz General. En cierto momento Buys preguntó dónde estaba el poder de Felipe V a Luis XIV consintiendo en cambiar España y las Indias por Nápoles. A ello respondió Torcy que no existía tal documento porque el Cristianísimo se había limitado a exponer a su nieto la dolorosa determinación que, posiblemente, se vería obligado a tomar en beneficio de la paz⁵⁰. Buys dijo que, vista la ausencia de una conformidad explícita sobre lo que para él constituía la base fundamental para alcanzar la paz, parecía totalmente inútil el discutir sobre el resto de las condiciones⁵¹.

La respuesta del embajador francés fue que no era lógico pedir que se presentara un documento formal de conformidad cuando los holandeses no garantizaban en absoluto que, finalmente, Alemania e Inglaterra acordaran para Felipe la pretendida cesión de las Dos

⁴⁹ “Reinaba el hambre, las finanzas estaban agotadas y los medios para restablecerlas faltaban absolutamente; se dudaba del valor de las tropas cuando faltaban los medios para que subsistieran. Ibid., p. 247.

⁵⁰ De hecho y por entonces Luis XIV, prácticamente, no había informado a Felipe V porque no tomó la determinación de abandonar España –con la posible consecuencia de que su nieto se vería obligado a abandonar su trono- hasta comienzos de abril de 1709. En una carta de 15 de este mes ya le advertía que le llegarían rumores sobre posibles concesiones pero no le dijo claramente que tuviera que renunciar a su trono. Como se vio en el apartado 10.1 Felipe V contestó a esta carta diciendo a su abuelo que no saldría de España mientras corriera una gota de sangre por sus venas

⁵¹ Torcy a Luis XIV, 12 de mayo de 1709. Ibid., p.236 a 238.

Sicilias. La reacción de Buys, habitual en él cuando se veía acorralado dialécticamente, fue cambiar de cuestión diciendo que fuera el propio Cristianísimo quien compensara su nieto entregándole, por ejemplo, el Franco Condado que, a tal efecto, debería ser instaurado como reino. Esta propuesta del holandés fue muy bien recibida por sus compañeros y, más adelante, sería muy repetida en las conversaciones con sus aliados. Torcy respondió que esto era completamente inadmisibile ya que, bajo ningún concepto, Luis XIV admitiría desmembrar su Monarquía.

El 15 de mayo tuvo ocasión Torcy de tener una reunión a solas con Heinsius en la cual hizo, hasta sus últimas consecuencias, las cesiones que sus poderes le autorizaban. Heinsius argumentó que, aun siendo consciente de que todas ellas serían bien recibidas por sus aliados, su compromiso personal hacia ellos era conseguir una total satisfacción. Dijo que en 1708 el Parlamento inglés había votado una directriz (no una ley) por la que se afirmaba que no se haría la paz sin que Nápoles y Sicilia permanecieran unidas a la Monarquía española⁵² y que, por otra parte, también se había prometido al Emperador mantenerle en la posesión de sus recientes conquistas en Italia⁵³. Por estas razones era preciso abrir estas reuniones a sus aliados para lo cual había que esperar la llegada de Marlborough ya que el príncipe Eugenio se había negado a conferenciar con Torcy sin la presencia del general inglés a quien los vientos contrarios tenían retenido en Inglaterra desde hacía más de una semana.

Torcy aprovechaba este tiempo para que sus agentes sondearan la opinión, en los círculos políticos y mercantiles de Ámsterdam y Róterdam, sobre diversos aspectos de las condiciones de paz y, a lo que parece, el resultado de la consulta fue muy contrario a que se entregaran a Felipe V los reinos de Italia. Por su parte Luis XIV escribía aprobando las gestiones de su Secretario de Estado y hasta le autorizaba a nuevas concesiones, entre ellas la renuncia a conseguir, al menos de momento, territorio alguno para su nieto⁵⁴. Para la negociación con Marlborough, al que el Cristianísimo consideraba corruptible, autorizaba por esta misma carta a que se le ofreciera una gratificación de 2 millones de libras si se conseguía que, al menos Nápoles, fuera entregado a Felipe V o bien que Dunkerque o Estrasburgo permanecieran en poder de Francia aunque, de las tres alternativas, prefería la que beneficiaba a su nieto. La oferta al duque podría alcanzar los 3 millones de libras si se conseguían dos de las tres peticiones⁵⁵.

Marlborough llegó el 18 de mayo y Torcy, por medio de Pettekum, solicitó una entrevista que le fue concedida de inmediato. Tras los habituales intercambios cortesés el duque habló de sus grandes deseos de merecer la protección de Luis XIV al acabar la guerra y, aprovechando la ocasión que esto le daba, Torcy le planteó de inmediato la oferta económica de su Rey. "Enrojeció al oírlo y pasó sin comentario a discutir las propuestas de

⁵² Esto indica el secreto con que se había llevado la cesión de estos reinos por parte del Archiduque previa al tratado de Methuen.

⁵³ De todas formas, según argumentó Torcy, ni siquiera una ley del Parlamento era de obligado cumplimiento para tratados internacionales.

⁵⁴ Luis XIV a Torcy, 14 de mayo de 1709. En *Memoires*, tomo I, pp. 334 a 342.

⁵⁵ *Ibid.*, pp. 259 y 260.

paz”⁵⁶. Marlborough planteó una nueva reclamación que era la restitución de Terranova, de enorme valor como pesquería, y se cerró absolutamente a admitir la cesión a Felipe V de los reinos de Nápoles y Sicilia, ni siquiera de uno de ellos.

El 20 de mayo, en casa de Heinsius, hubo una conferencia a la que asistieron por fin Marlborough y Eugenio de Saboya. Las peticiones que se hicieron a partir de las concesiones anteriormente hechas por Torcy fueron las siguientes:

Por parte de Inglaterra la restitución de Terranova y la expulsión de Francia del que ellos llamaban *príncipe de Gales*, es decir de Jacobo III. También era preciso definir quién pagaría su subsistencia porque Inglaterra decía no poder hacerlo por disposiciones parlamentarias. Por la menor importancia de estos asuntos se convino en no incluirlos en los Preliminares.

Por parte de Holanda no había ninguna reclamación pendiente.

Por parte del Imperio se solicitaba la devolución de Estrasburgo, de Alsacia y de las diez Villas. Este asunto, suscitado por primera vez, era de enorme gravedad para Francia y Torcy, vista la imposibilidad de acuerdo por la firmeza de los austriacos, consideró rota la negociación por lo que solicitó a Heinsius que emitiera los salvoconductos para su retorno a Francia. Las peticiones del duque de Saboya⁵⁷ quedaron sin tratarse al haberse llegado a la ruptura por una cuestión de índole mayor. Otra conferencia, con idénticos participantes, tuvo lugar al día siguiente pero no se pudo avanzar nada ya que los escollos eran los mismos y no hubo concesiones por ninguna de las partes.

Para el 23 de mayo Heinsius intentó una última reunión en la que se recapitulara todo lo acordado hasta entonces. Rouillé leería una memoria con los artículos en los que existía conformidad y a los que cada parte haría sus observaciones. A continuación se examinarían las regulaciones a establecer para la suspensión de armas y finalmente quedarían los puntos relativos al duque de Saboya y Alsacia que serían enviados por correo a Luis XIV para que decidiera sobre ellos. Torcy aceptó esta propuesta pero, al comenzar la reunión, fueron los holandeses quienes entregaron a sus interlocutores la memoria prevista a fin de que le hicieran observaciones. Ésta, escrita aparentemente por Heinsius en el curso de la tarde anterior, comenzaba por un asunto de gran calado: cuál era el procedimiento para asegurar de manera indubitable la cesión del trono de España. La declaración de Luis XIV de que abandonaría a Felipe V y que retiraría su ejército de la península nada garantizaba a los aliados en tanto que favorecía mucho a Luis XIV que podría disfrutar de la suspensión de armas, y hasta de la paz, en tanto que el Emperador y sus aliados se verían, tal vez, obligados a seguir combatiendo en España para poner al Archiduque en posesión de su reino. Entendían que la paz debería ser para todos y no sólo para Francia.

⁵⁶ En entrevistas a solas que tuvieron posteriormente Torcy volvió a sacar este asunto varias veces. “El duque enrojecía y cambiaba de tema” pero no consta que protestara. Lo que sí consta son, en otras conversaciones, numerosas apelaciones que hizo a su honor y a su conciencia.

⁵⁷ Había ocupado a Francia durante la guerra Exilles, Fenestrelle, Chaumont y el valle de Pragelas y, además de quedarse con ellas pretendía también añadir Mónaco y otras ciudades.

Torcy argumentaba que, sin la ayuda de Francia, España no se sostendría ni militar ni financieramente y además, al verse desamparados, los españoles abandonarían a la Casa de Borbón y se pasarían con toda seguridad a la Casa de Austria. Se trató de encontrar soluciones a este difícil problema pero fue en vano y Marlborough y Eugenio de Saboya abandonaron la reunión que continuaron franceses y holandeses aunque sin resultado alguno. Al día siguiente Torcy presentó un nuevo documento de trabajo para intentar una solución al problema de España. Realmente sólo tenía cambios formales que consistían en emplear expresiones de mucha contundencia para garantizar el éxito de las gestiones de Luis XIV ante su nieto. Heinsius decía que el documento seguía sin aportar seguridad suficiente y exigía la entrega de seis plazas (tres en Flandes y tres en España) en garantía del cumplimiento del acuerdo lo cual era negado por Torcy por atentar contra el honor de su Rey al negar validez a su palabra⁵⁸. En vista de ello propuso entonces al Pensionario y a los dos generales aliados que redactaran ellos un proyecto de Preliminares con lo cual, al menos, Francia sabría a qué atenerse y el Cristianísimo podría decidir si convenía o no en las condiciones. La propuesta fue aceptada.

El 25 de mayo hubo nueva reunión de los representantes aliados en casa de Hensius con un nuevo participante, el conde de Sinzendorf, recién llegado a La Haya como enviado especial del Emperador. Vino con nuevas reclamaciones entre ellas la entrega del Franco Condado y de Borgoña. De esta reunión surgió un documento que entregaron a Torcy quien, finalmente, el 28 de mayo escribió a Luis XIV la carta definitiva que iba a cerrar todo el proceso negociador de La Haya⁵⁹ y en la que contaba cómo le había sido entregado el texto de los Preliminares que pretendían los aliados. Torcy anunciaba en ella que marcharía inmediatamente a París y que dejaría a Rouillé en espera de lo que determinara el Cristianísimo sobre su aceptación para firmarlos, en su caso, sin pérdida alguna de tiempo.

El texto de estos célebres Preliminares está adjunto a la carta de Torcy de dicha fecha e incluye los comentarios que, artículo por artículo éste hacía para su Rey⁶⁰. También puede leerse, traducido al castellano, en el Archivo Histórico Nacional⁶¹, bajo el título *Artículos Preliminares ajustados el año 1709 para servir a la Paz General*⁶². Las pequeñas diferencias entre una versión y otra se deben a que Torcy transcribe el documento que le entregaron (firmado por Heinsius, Marlborough y Eugenio de Saboya) en tanto que la versión del Archivo Histórico Nacional es la publicada algún tiempo después y lleva

⁵⁸ Los holandeses le recordaron, cargados de razón, el compromiso muy firme –como ya vimos– de Luis XIV en la Paz de los Pirineos de no ayudar a Portugal. Compromiso que incumplió con deslealtad manifiesta.

⁵⁹ Torcy a Luis XIV, 28 de mayo de 1709. En *Memoires*, tomo I, pp. 297 a 304.

⁶⁰ Ibid., pp. 304 a 326.

⁶¹ AHN, Estado, leg. 3.390.

⁶² También Bacallar hace una relación de los cuarenta artículos. Concisa pero bastante correcta excepto, de manera especial, del más importante de todos, el artículo IV, cuya versión es inexacta ya que afirma que Luis XIV debía tomar las armas contra su nieto si éste se resistiera a abandonar España. Como veremos este artículo no dice tal cosa aunque los aliados pudieran haberlo insinuado en La Haya y más tarde quisieron interpretarlo de esta manera en Gertruydenberg. En general el marqués de San Felipe no da información exacta de ninguna de estas negociaciones, tal vez porque, como se dijo, pensaba que tras ellas no había verdaderos deseos de paz sino que eran una maniobra de Luis XIV y de su nieto para consumo interno. Op. cit., pp. 173 y 174. Igualmente Castellví escribe bastantes inexactitudes respecto a este asunto. Castellví, op. cit., tomo III, pp.13 a 16.

muchas otras firmas del resto de los aliados y, sobre todo, de los pensionarios de las provincias holandesas.

10.4 TEXTO DE LOS PRELIMINARES.

La redacción de los Preliminares de la Haya es atribuida a Heinsius pero lo cierto es que puede considerarse una obra conjunta del Pensionario con el duque de Marlborough y con el príncipe Eugenio que, por lo tanto, expresa de manera cabal cuáles eran en aquellos momentos las pretensiones de los aliados. El documento consta de un total de 40 artículos cuyo contenido vamos a exponer, de manera somera para aquellas cuestiones que son específicas de Francia y enfatizando por el contrario las relacionadas con España que, además, son las que van a dar lugar a los mayores diferendos durante las conferencias de Gertruydemberg.

Lo primero que llama la atención es que los Preliminares dan prelación como firmante a Su Majestad Imperial, como si fuera la persona que dirigiera la guerra y la paz aunque en el tratado de la Gran Alianza el Emperador y ambas potencias marítimas aparecían en pie de igualdad. Ciertamente es que luego se cita textualmente a Holanda e Inglaterra y, de forma genérica, al resto de los aliados. Por la parte contraria, como posible firmante del acuerdo, aparece sólo Francia ignorándose totalmente a sus aliados y a España. Parece igualmente irregular que no se cite entre los comparecientes al Archiduque Carlos pese a que -como luego podremos ver- va a tener que ceder, por el artículo III, territorios de su Monarquía a alguno de los aliados. Es también digno de reseña que el Imperio no asuma compromiso alguno, porque la Dieta no había sido consultada, aunque el Emperador afirme que hará lo posible, siguiendo los engorrosos trámites requeridos por la burocracia de los círculos del Imperio, para conseguir su conformidad en el más breve plazo. Por lo tanto, la relación de comparecientes es algo jurídicamente heterodoxo aunque disculpable por tratarse de unos preliminares⁶³.

Es también algo inusual que los Preliminares dejen puertas abiertas para introducir nuevas demandas en la negociación para la Paz General, con independencia de que sean importantes o de poca entidad, puesto que declara que “se han convenido *algunos* artículos preliminares”, pareciendo ya insinuar lo que luego se va a decir en Gertruydemberg: que con estos artículos no se han agotado las reclamaciones y que pueden surgir otros nuevos imprescindibles para alcanzar la Paz⁶⁴.

El artículo III entra en el meollo de los acuerdos diciendo que el rey Cristianísimo reconocerá a Carlos III como "Rey de España, las Indias, Nápoles, Sicilia y, en general, de todos los estados dependientes y comprendidos bajo el nombre de Monarquía española, sea cualquiera la parte del mundo en que estén situados y a reserva de lo que debe ser entregado a Portugal y al duque de Saboya, según los tratados que han hecho los altos aliados; y de la barrera que el rey Carlos III debe entregar a los señores Estados Generales en el País Bajo". Queda claro que, por los Preliminares, nada se entrega a Felipe V como

⁶³ Artículo I.

⁶⁴ Artículo II. Las citas textuales están tomadas del documento del Archivo Histórico Nacional.

compensación a la renuncia a su Corona y, lo que es importante, la monarquía española de Carlos III, sin su conformidad expresa al no ser compareciente, va a ser desmembrada por los aliados con entrega de territorios a Portugal -a lo cual ya se había comprometido el Archiduque- y a Saboya y Holanda que son imposiciones nuevas.

Un aspecto que puede resultar algo sibilino de este artículo es que se otorga a Carlos III la Monarquía española con “todos los derechos con que el difunto Rey de España Carlos II la poseyó o debió poseer tanto por sí como por sus herederos y sucesores *según la disposición testamentaria de Felipe IV*”. Esta redacción; según la interpretación que de ella hace el marqués de Torcy, dejaría al Archiduque el poder de ejercer sus derechos o pretensiones sobre Borgoña y Artois y, generalmente, sobre todos los países y ciudades que España había entregado a Francia mediante una cesión auténtica en todos los tratados posteriores a la paz de los Pirineos⁶⁵.

El artículo IV, como se ha dicho uno de los fundamentales, dispone que en el plazo de dos meses deben quedar finalizados y firmados los tratados de paz que se deriven de estos Preliminares. Para ello Luis XIV “dispondrá las cosas de tal forma que en este término se entregue el Reino de Sicilia a Su Majestad Católica, Carlos III; y el expresado duque de Anjou saldrá con toda seguridad y plena libertad de la extensión de los reinos de España”. Y, de no hacerlo así, el Cristianísimo y los aliados “tomarán de común acuerdo las medidas convenientes para asegurar su efecto”.

Estas disposiciones, complementadas con el artículo XXXVII, van a ser el caballo de batalla en las negociaciones de Gertruydemberg. Al lector desavisado le pueden parecer inofensivas y hasta conciliadoras. Obsérvese que se habla de “medidas convenientes” tomadas de “común acuerdo”. Durante las conversaciones de La Haya se había insinuado solapadamente que Luis XIV debía ayudar militarmente a derrocar a su nieto, si es que éste o su pueblo se oponían, pero el asunto era tan poco presentable que no se atrevieron a plasmarlo en un artículo de manera tan cruda⁶⁶. Más tarde, en Gertruydemberg, el *común acuerdo* acabó siendo imposición total y las *medidas convenientes* el que Luis XIV tuviera que conseguir que Felipe V abandonara el trono, bien mediante la convicción, bien expulsado de España por el ejército francés, sólo y sin ayuda aliada.⁶⁷ Este cambio de actitud va a ser más tarde señalado con amargura por los plenipotenciarios franceses en carta a Heinsius de 20 de julio de 1710:

“El año pasado tenían los holandeses y sus aliados a grande injuria que se les discurriese capaces de haber persuadido al Rey (Luis XIV) la unión de sus fuerzas con las de la Liga para obligar al Rey, su nieto, a abandonar su Corona y se remitían a los Preliminares que sólo hablaban de tomar las medidas de acuerdo; pero después no han hecho dificultad en pedirlo altamente”⁶⁸.

⁶⁵ *Journal de Torcy*, p. 37.

⁶⁶ Parece ser que tanto Marlborough como Eugenio de Saboya negaron que se hubiera hecho esta propuesta, ni siquiera informalmente. *Memoires*, tomo I, p. 371.

⁶⁷ Como máximo se admitió en cierto momento la ayuda, sólo durante dos meses, del ejército aliado estacionado en Cataluña.

⁶⁸ Plenipotenciarios franceses a Hensius. Gertruydemberg, 20 de julio de 1710. AHN, Estado, Leg. 3390. Folio 15.

Sin embargo esto que afirmaban los franceses en la carta anterior fue contradicho, aunque de manera confusa, por los holandeses:

“No se concede, ni menos se confiesa por parte de los aliados, que hubiesen tenido el año pasado como por injuria el que los tuviesen capaces de exigir que el Rey de Francia uniese sus fuerzas a las de ellos. En todo este año, ni en el pasado, nunca se tocó este asunto en las conferencias y lo que pudiese haberse dicho en otras ocasiones no puede servir para sacar ahora consecuencia alguna”⁶⁹.

La actitud de los Preliminares es menos agresiva y tan sólo establece que en el referido plazo de dos meses el rey Cristianísimo retirará de España sus tropas, y también de Sicilia⁷⁰ y “cualquier otro lugar en que las hubiere”. Además promete “en fe y palabra de Rey no enviar en adelante al *duque de Anjou* ningún socorro... directa o indirectamente”⁷¹.

El artículo VI es también de mucha importancia y conviene transcribirlo íntegramente:

“Permanecerá la Monarquía de España, en toda su extensión, en la Casa de Austria del modo arriba enunciado, sin que ninguna de sus partes pueda ser jamás separada, ni la dicha Monarquía pueda, ni en todo ni en parte, ser unida a la de Francia; ni que un solo y mismo Rey, ni príncipe alguno de la Casa de Francia, llegue a ser soberano de ella, de cualquier manera, sea por testamento, actos, sucesión, contratos matrimoniales, donaciones, ventas, convenios u otros ajustes cualesquiera que puedan ser; ni que príncipe que reine en Francia, ni otro alguno de la sangre de la misma Casa, puedan jamás reinar en España ni adquirir en la extensión de la expresada Monarquía ciudad, fuerte, plaza, o provincia en parte alguna de ella, y principalmente en los Países Bajos, en virtud de donación, venta, cambio, convenio matrimonial, sucesión por testamento o *ab intestato*, en cualquier suerte y manera que pudiera ser, tanto para él como para los príncipes sus hijos, hermanos, sus herederos y descendientes”.

Como puede verse, y tal como veníamos anunciando, esta pretensión está lejos de lo pactado en el tratado de la Gran Alianza. Entonces sólo se solicitaba -usando las palabras exactas del tratado- *satisfactionem aequam et ratione convenientem*” para el Emperador, la separación de la Monarquías española y francesa y que *ne regna Galliae et Hispaniae unquam sub idem imperium venire*. Ahora lo que Austria pretende para sí es la totalidad de la Monarquía y la exclusión de todos los príncipes de la casa de Francia, incluso para el caso de que algún territorio pudiera corresponderles por matrimonio. Esta nueva pretensión merece un duro comentario por parte de Giraud:

“Este último caso era una novedad sensible e imprevista, un refinamiento singular en la exclusión. Era una previsión que nunca había aparecido, ni en los matrimonios de españolas con reyes de Francia, ni en los testamentos de los Reyes de España, ni en las renunciaciones de las reinas Ana y María Teresa. En estos últimos actos los príncipes de Francia eran excluidos a título de herederos pero no a título de esposo de una infanta heredera del trono... Excluir a un Borbón del acceso al trono de España en calidad, no de heredero de los dos reinos, sino de

⁶⁹ “Extracto del Registro de Acuerdos de las Altas Potencias del domingo 27 de julio de 1710”. AHN, Estado, leg. 3390.

⁷⁰ En Sicilia no había tropas francesas.

⁷¹ Artículo V.

esposo de una infanta, era prohibir algo diferente a la acumulación de coronas, era excluir la raza entera sin más razón política que una desconfianza irrisoria y, a decir verdad, un odio a la sangre y al nombre...⁷².

El verdadero motivo de las proposiciones de La Haya no era la prudencia, que es siempre moderada, sino el odio que es a menudo extremo y ridículo... Desde el punto de vista del derecho de gentes, las proposiciones de la Haya constituían una violación detestable del derecho de independencia y soberanía de las naciones. La coalición se inmiscuía en el derecho público interno de España. Desde su autoridad decretaba una ley de sucesión para este reino. No limitaba sus actos a medidas de salud pública para Europa sino que asignaba y quitaba tronos sin consultar al país interesado... proscribía a una casa real entera y suprimía el derecho que tiene todo pueblo a elegir una determinada familia para que lo gobierne"⁷³.

Torcy, en el comentario que, a pie de página, hace a esta cláusula, pone de relieve además, el desequilibrio jurídico que se produce al quedar en libertad la Casa de Austria para poner bajo un solo príncipe el Imperio -o al menos los estados patrimoniales de los Habsburgo- y la Monarquía española.

Ingleses y holandeses imponen también condiciones para proteger su comercio nombrando de manera específica a Francia:

"Señaladamente que la Francia jamás podrá apoderarse de las Indias españolas ni enviar navíos para ejercer su comercio directa o indirectamente bajo cualquier pretexto que sea".

Las cesiones territoriales francesas a los austriacos son importantes: Luis XIV se obliga a entregar a Su Majestad Imperial la ciudad de Estrasburgo y sus fortalezas anejas en ambos lados del Rin, con todo su armamento y munición, a fin de que sea devuelta a su condición de ciudad imperial. También debe entregar Brisac al Emperador antes de finales de junio así como Landau. El Cristianísimo conservará Alsacia pero sólo con el alcance que le había sido concedida en el tratado de Westfalia, es decir únicamente con el derecho de prefectura sobre las diez villas imperiales. Igualmente se obliga a demoler, a su costa y en el tiempo que se acuerde, todas las fortalezas que actualmente tiene a orillas del Rin.

Las peticiones inglesas son de dos tipos: Por una parte se obliga a Luis XIV a reconocer a Ana como reina de Inglaterra y a forzar la salida de Francia de Jacobo III y, por otra, a que el tratado de paz incluya necesariamente otro de comercio con Gran Bretaña y que, además, se ceda a esta nación la isla de Terranova como contrapartida a la devolución inglesa de los territorios conquistados en América durante la Guerra de Sucesión. En otro orden de cosas se compromete el Cristianísimo a demoler la fortaleza de Dunkerque "de suerte que la mitad de sus fortificaciones queden destruidas, y cegada la mitad del puerto, en el espacio de dos meses; la otra mitad de las fortificaciones serán derribadas, y cegada la otra mitad del puerto, en un periodo de otros dos meses adicionales"⁷⁴.

⁷² Giraud, op. cit., pp 73 y 74. En sentido estricto este artículo no sólo cerraba el paso a la rama reinante, la Casa de Borbón, sino también a las de Orleáns y Condé.

⁷³ Ibid., pp. 75 y 76.

⁷⁴ Hay una contradicción entre los dos textos manejados. El francés no habla de mitades; todo debe ser arrasado en dos meses. Probablemente el texto español es el bueno y el francés fue rectificado a su

Los Estados Generales especifican las plazas que el Cristianísimo debe entregarles: Furnes, Furnemback, fuerte Knock, Menin, Ypres, Lille, Tournai, Condé y Maubeuge. Estas plazas, junto con el resto el País Bajo español, permitirán a las Provincias Unidas tener su deseada barrera, y tendrán que ajustarse para ello con el rey Carlos III a efectos de determinar las guarniciones a mantener en cada ciudad. El cuartel de Gueldres pasará también a propiedad de los Estados Generales, de acuerdo al artículo 52 del tratado de Münster. Además, el Cristianísimo se compromete a devolver las ciudades y fortalezas que hubiere ocupado en el País Bajo español sin otra condición que el mantenimiento en ellas de la religión católica. Y en otro orden de cosas, Francia concederá a las Provincias Unidas los privilegios comerciales que tuvo por el tratado de Ryswick y, en especial, el régimen arancelario del año 1.664.

Al duque de Saboya se le restituye el condado de Niza y lo que, perdido durante la guerra, formaba parte de su herencia patrimonial. También el Cristianísimo reconocerá los nuevos territorios que, a principios de la guerra, le fueron otorgados al duque por el Emperador en el norte de Italia. Francia, por su parte, debe renunciar a recuperar las conquistas realizadas por Saboya durante la contienda, es decir a Exilles, Fenestrelle, Chaumont y al valle de Praguelas. Estas cesiones van a permitir a Saboya contar también con una barrera de protección.

En lo que se refiere a las demandas y pretensiones de los electores de Colonia y Baviera -aliados de Francia- se dice que serán remitidas a Su Majestad Imperial para que, consultado el Imperio, se discutan estas reclamaciones durante la negociación del tratado de Paz General.

Pese a lo que han indicado los Preliminares en su comienzo se pretende inspirar algo de tranquilidad respecto a los efectos de las posibles nuevas reclamaciones, salvo en el caso de los duques de Saboya y Lorena, que pueden dar lugar a demandas adicionales durante la negociación de la paz:

"Y para evitar todo género de duda sobre la ejecución de los mencionados artículos... se promete que las pretensiones ulteriores que el Emperador, la reina de Gran Bretaña y los dichos señores Estados Generales pudieran tener en el curso la negociación de la paz, como también las del rey Cristianísimo, no podrán interrumpir el armisticio de que se hablará en adelante"⁷⁵.

La negociación general debe quedar ultimada en el plazo de dos meses y para facilitarla habrá una suspensión de armas durante dicho período. Además, el Cristianísimo, en prueba de buena voluntad, promete evacuar las villas de Namur, Mons y Charleroi antes del siguiente 15 de julio, Luxemburgo, Condé, Tournai y Maubeug; quince días más tarde y Newport; Furnes, fuerte Knock, Ypres y Estrasburgo antes de dos meses.

publicación porque era demasiado evidente la imposibilidad de realizar todas las demoliciones en sólo dos meses.

⁷⁵ Aquí hay también dos versiones. La primitiva, o sea la francesa, habla de que habrá un "catálogo separado".

El artículo XXXVII, como queda advertido, es el de mayor interés porque será el principal escollo para alcanzar la paz en Gertruydemberg. Dice textualmente así:

"En el caso de que ejecute el rey Cristianísimo todo lo arriba expresado y que toda la Monarquía de España sea restituida y cedida al dicho rey Carlos III, como se ha ajustado por estos artículos en el término estipulado, se ha convenido en que continuará la suspensión de armas entre los ejércitos de los altos aliados hasta la conclusión y ratificación de los tratados de paz que se han de ejecutar".

Este artículo que abarca la ejecución de cuantas medidas, cesiones, demoliciones etc. que hasta aquí hemos especificado – y de manera especial todo lo relativo al cumplimiento del artículo IV, es decir a la salida de España de Felipe V- parece de casi imposible cumplimiento por el escaso plazo que se daba. Y el ajustarse precisamente a tal plazo era condición necesaria para la prolongación de la suspensión de armas por lo que, superados los dos meses, por razones achacables a Luis XIV, debidas a acciones u omisiones de su nieto o, incluso, por imponderables, se pondría de nuevo en marcha la guerra pero ahora en condiciones mucho más desfavorables para Francia porque se encontrarían en manos aliadas gran número de fortalezas de alto valor estratégico. Como dice Giraud, el aceptar este artículo equivalía a "bajar los brazos y rendirse a discreción". Realmente el plazo insuficiente que establecía este artículo era una trampa porque Felipe V había anunciado que no abandonaría su trono –y mucho menos sin que se le concediera ninguna compensación territorial- sin antes perder su vida y esta tenaz disposición era conocida perfectamente por los aliados.

Estos Preliminares debían ser ratificados e intercambiados antes del 15 de junio. Se exceptúa al Emperador que tendría que hacerlo antes de primeros de julio y al Imperio que "lo hará cuanto antes"⁷⁶. Inmediatamente después de las ratificaciones se procederá a las evacuaciones y demoliciones prescritas.

Y terminan los Preliminares diciendo:

"Y para tratar la conclusión de los tratados de Paz General se ha convenido que comenzará el congreso el día 15 del mes de junio próximo, en este lugar de La Haya; y se convida a todos los reyes, príncipes y estados aliados, "y a otros", para que envíen a él a sus ministros".

Comentando el articulado de los Preliminares dice Torcy:

"El Rey sabía perfectamente que, bajo el nombre de artículos de paz, sus enemigos no proponían sino condiciones inadmisibles, una tregua capciosa de dos meses que aprovecharían para tomar posesión de las plazas más importantes de la frontera de Flandes, persuadidos de que así se harían sus dueños, ya que era imposible alcanzar el tratado de paz definitivo en el lapso de tiempo fijado para ello"⁷⁷.

⁷⁶ El texto entregado a Torcy tiene el error de nombrar a España en lugar de al Imperio. España nada podía ratificar al estar excluida como parte en los Preliminares.

⁷⁷ *Memoires*, tomo I, pp. 326 y 327.

Cuando Luis XIV tuvo conocimiento de los términos en que se habían redactado los Preliminares se negó a aceptarlos y ordenó a Rouillé que fuera a despedirse de Heinsius y le dijera que en manera alguna podía admitirlos. Y si no se producía alguna oferta que cambiara sustancialmente las cosas debía abandonar de inmediato La Haya declarando antes que revocaba y consideraba nulas todas las ofertas que había hecho hasta entonces. La argumentación del Cristianísimo en la carta que con fecha 2 de junio escribe a Rouillé con estas instrucciones es la siguiente:

“De aceptar los Preliminares lo haría sólo en consideración hacia mi pueblo y con el único objetivo de procurarle el reposo que con tanta razón anhela después de muchos años de guerra tan agobiante como la que estoy sosteniendo. Pero el caso es que si acepto el proyecto de La Haya me alejaría del objetivo propuesto, cediendo y demoliendo mis plazas antes de que mis enemigos hubieran adoptado realmente algún compromiso conmigo; lo único que haría sería concederles más ventajas para que me hicieran la guerra con más comodidad y yo me privaría voluntariamente de medios para resistir sus embates... porque me es imposible comprometerme a que el Rey, mi nieto, consienta en renunciar a su Corona y también lo es que yo prometa unirme a mis enemigos para luchar contra una nación sin otro demérito que ser fiel a su Rey legítimo”⁷⁸.

La ruptura de las conversaciones produjo gran desazón en Francia, sobre todo entre "personas distinguidas por su mérito superior y por empleos elevados". Bien es cierto que tales personas no conocían el texto los Preliminares por lo cual, Luis XIV, decidió hacer una comunicación oficial, dirigida a su pueblo, y personificada en los gobernadores de las provincias, explicando sus sinceros esfuerzos en favor de la paz en contraste con la actitud prepotente y soberbia con que los aliados habían respondido a su postura positiva y a las cesiones innumerables que había hecho. Decía entre otras cosas la carta⁷⁹:

“Mis enemigos han multiplicado sus pretensiones añadiendo sucesivamente nuevas demandas a las iniciales que ya eran excesivas. Sirviéndose del nombre del duque de Saboya o con el pretexto del interés de los príncipes del Imperio me han demostrado que su intención era sólo que los estados vecinos crecieran territorialmente a expensas de mi Corona, y a abrir vías de penetración fáciles para invadir mi reino y cuántas veces les convenga dar comienzo a una nueva guerra... Fijaban dos meses de plazo para que yo ejecutara mi parte del tratado y, durante este intervalo, me obligaban a entregar las plazas de los Países Bajos y Alsacia además de arrasar todas aquellas que juzgaron conveniente. Contra esto su único compromiso era cesar en cualquier acto hostil hasta primeros de agosto, reservándose la libertad de continuar la guerra si el rey de España, mi nieto, persistía en defender la Corona que Dios le ha dado y perecer antes que abandonar a su pueblo... Y, como yo he puesto mi confianza en la protección de Dios, espero que la pureza de mis intenciones atraerá su bendición sobre mis armas... y confío conseguir (de vosotros) renovados esfuerzos porque las condiciones inmensas que hubiera acordado son inútiles para el restablecimiento de la seguridad pública”.

El efecto que produjo esta carta fue enorme, enardeció a los franceses y los saco de la postración en que estaban animándoles a continuar la guerra. Por su parte los aliados consideraron que debían publicar el texto de los Preliminares para dejar patente que existía un compromiso común sobre las condiciones que debían cumplirse para conseguir la paz.

⁷⁸ Luis XIV a Rouillé, 2 de junio de 1709. Ibid., pp. 329 y 330

⁷⁹ El texto de esta carta está en Torcy, *Memoires*, tomo I, pp. 349 a 351.

Según Torcy, “Los artículos preliminares fueron para ellos como una nueva ligazón, como una ley nueva que ellos se autoimponían para hacer más fuertes los obstáculos que sucesivamente aportaban para el restablecimiento de la paz general”⁸⁰. Sin embargo tanto en Holanda como en Inglaterra surgieron voces lamentándose de que, siendo tan ventajosas para ellos las cesiones que había hecho Francia, no hubieran sido aceptadas. Marlborough fue acusado de defender con mayor vigor los intereses del Emperador que los de su propio país. Por el contrario los austriacos y el Imperio manifestaron su disgusto porque esperaban más de los Preliminares estimando que debían haberse conseguido mayores ventajas de una Francia al borde del colapso.

Reanudada la campaña la guerra continuó siendo, un año más, desfavorable a las armas francesas. El 29 de julio perdieron la plaza de Tournay y el 11 septiembre tuvo lugar la batalla de Malplaquet acabada con una victoria pírrica de los aliados en las circunstancias que se han explicado en el apartado 10.1.

⁸⁰ Ibid., tomo I, p. 353.

CAPÍTULO 11. GERTRUYDEMBERG

11.1 LA VERSIÓN FRANCESA

El hecho de que Luis XIV hubiera rehusado firmar los Preliminares a causa de las incertidumbres que abría el apartado 37 no implicaba que no estuviera convencido de que la consecución de la paz iba a requerir, casi necesariamente, que su nieto tuviera que abandonar España. Bergeyck, que se encontraba en Versalles en julio de 1709, cuenta que Torcy le aseguró, de manera confidencial, que "los aliados no firmarían la paz mientras Felipe V se mantuviera en su trono". El holandés, que no compartía esta teoría, trataba de convencer al Rey Católico de que, forzando al límite los privilegios comerciales en las Indias para Holanda e Inglaterra, estas potencias acabarían consintiendo en hacer la paz sin necesidad de entregar España al Archiduque. Para facilitar las cosas, y dar indicios verosímiles de la independencia existente entre las dos Coronas, sugería que todos los franceses que ocupaban cargos en Madrid, comenzando por la princesa de los Ursinos, fueran expulsados con una "aparente animosidad"¹. Bergeyck, en su correspondencia con el Pensionario Heinsius para concretar sus ofertas, utilizaba términos muy duros al hablar de Francia –lo que le ha dado una aureola anti francesa que ha llegado hasta nuestros días- pero fue un gesto inútil porque en Holanda pensaban que estas cartas habían sido escritas al dictado de Luis XIV.

No obstante pensar así sobre el futuro de su nieto, el Cristianísimo nunca llegó a perder del todo las esperanzas de que, por algún factor externo, la postura de los aliados pudiera cambiar y por esta razón no cortó del todo las relaciones, bien que indirectas, con las Provincias Unidas a las que consideraba su interlocutor más accesible. Hacia mediados de noviembre había vuelto Pettekum a París, con conocimiento de las autoridades holandesas, para tantear con Torcy las posibilidades de seguir hablando de paz. El mensaje que transmitió al Secretario de Estado era que las Provincias Unidas querían acabar con la guerra pero que se sentían muy coaccionadas por los embajadores de Inglaterra y Austria contrarios a cualquier negociación. Esta aparente buena voluntad de Holanda no tenía reflejo en ninguna propuesta novedosa que modificara las duras condiciones que habían dado lugar a la anterior ruptura. Es cierto que Pettekum hablaba ahora de una tregua de tres meses pero eso era inoperante cuando, en las fechas en que estaban, la climatología concedía aún más tiempo.

El 24 de noviembre tuvo Luis XIV un Consejo para debatir este asunto en relación con las perspectivas que presentaba la nueva campaña. Eran éstas sensiblemente mejores que las del año anterior por lo que el Rey no se mostraba partidario de hacer más concesiones e incluso dudó en mantener lo que, meses antes, había autorizado en su negociación a Torcy. Finalmente, aunque con reparos, transigió con iniciar una nueva conferencia. En virtud de ello el 27 de la noviembre de 1709, Torcy escribía una carta oficial a Pettekum con el contenido siguiente:

"Cuando el señor Pettekum se restituya a La Haya manifestará, si gusta, al Gran Pensionario que sería imposible al Rey la ejecución del artículo 37 de los Preliminares aun cuando Su

¹ Baudrillart, tomo I, p. 367.

Majestad pudiera determinarse a firmarlos. Que sin entrar a examinar las reflexiones que se pueden hacer sobre los términos y la forma de los demás artículos, es constante que sólo se propusieron, seis meses ha, por los aliados con el fin de evitar los sucesos de la campaña que se hallaba inmediata... Que esta razón ya no subsiste hoy porque facilita el invierno el armisticio sin necesidad, a este efecto, de convenios por escrito y que así, sin detenerse más tiempo en los artículos preliminares, podrían dedicarse los tres meses de invierno a hablar de la paz definitivamente.

Que anulando la fuerza de estos artículos dejará el Rey la sustancia de ellos. Que se tratará, por parte de Su Majestad y de la de los aliados, sobre el fundamento de las condiciones que se sirvió consentir para satisfacción del Emperador, del Imperio, de Inglaterra, de Holanda y de sus aliados, sin embargo de haber declarado que serían nulas si no fuesen aceptadas durante el tiempo de las conferencias de La Haya. Que el Rey se encuentra dispuesto a entrar de nuevo en la negociación, con las mismas condiciones, y a nombrar sus plenipotenciarios y enviarlos al lugar que se conviniere para dar comienzo a las conferencias el día 1 de enero siguiente"².

Esta carta, de actitud menos condescendiente que la mantenida finalmente en La Haya, fue analizada por los holandeses en su Comisión de Negocios Extranjeros que emitió el dictamen siguiente:

"Después de haber pensado y considerado maduramente todos los artículos de la dicha carta les pareció a primera vista que se abandonaban en ella los fundamentos que se habían establecido... Porque es claro que no se puede esperar buen éxito de unas nuevas negociaciones sin que primero se arreglen ciertos artículos Preliminares que sirvan de cimiento... Que no habiendo querido el rey Cristianísimo aprobar los mencionados Preliminares se rompieron las negociaciones a causa del artículo 37 pero que, con las nuevas instancias hechas por su parte, se han vuelto a renovar por la vía de las cartas para procurar desvanecer las dificultades que miraban a aquél artículo, sea por un equivalente o por algún otro medio... aún cuando todos estos artículos Preliminares seguirían firmes e invariables, según se había arreglado, excepto ciertas alteraciones en el término de la ejecución que el transcurso del tiempo ha hecho necesarias"³.

Pettekum vuelve a Versalles con la respuesta que, en función del dictamen anterior, Heinsius había acordado con Marlborough y con el príncipe Eugenio. Como se ha visto, en dicho dictamen se insistía en la validez de los Preliminares y se admitía buscar un equivalente al artículo 37. Torcy en sus *Memoires* insiste en que además se admitía negociar sobre el artículo 4 –el de las compensaciones a Felipe V- porque ello era obligado si se hablaba sobre el 37, pero esto no consta en absoluto en los documentos holandeses ni tampoco en el *Journal de Torcy*⁴. Es más, de hecho y como luego veremos, no se llegó, en términos estrictos, a negociar sobre la compensación que pudiera darse a Felipe V, tan sólo se dijo, ante las sucesivas propuestas francesas, que los aliados, en la discusión de otras demandas posteriores que pensaban presentar, podrían consentir en alguna cesión territorial, y hasta llegó a insinuarse, sin compromiso, cual pudiera ser ésta. El argumento fundamental de los aliados era que, aún admitiendo el resto de los Preliminares, Luis XIV no adquiriría

² AHN, Estado, leg. 3390.

³ Ibid.

⁴ El *Journal* cuenta que en el consejo de 19 de febrero se discutió sobre cómo se aceptaba la propuesta holandesa con dos formulas alternativas para la admisión de los Preliminares: *tratando sobre el artículo 37* o *bien a reserva del artículo 37 sobre el que se tratará*. La formula admitida fue la primera.

compromiso alguno ya que la causa de la guerra, que era la presencia de Felipe V en su trono, persistiría hasta que se produjera la renuncia a su Corona. De ahí la importancia del artículo 37 que ponía límites al tiempo que se dejaba al Rey Católico para abandonar su trono de manera que, sobrepasado éste, continuaría la guerra. El argumento de los aliados no es del todo cierto, no sólo porque la causa del conflicto armado no fue exclusivamente el que Felipe V heredara el trono de España sino también porque los Preliminares obligaban al Cristianísimo a un compromiso cierto: la serie de cesiones y demoliciones que serían irreversibles caso de romperse el armisticio tras los dos meses de tregua con lo que a Francia se le ocasionarían perjuicios muy graves.

En opinión de los franceses no existía la más mínima posibilidad de garantizar el cumplimiento del artículo 37 ya que si el Rey de España –como él mismo había repetido con toda firmeza- se obstinaba en continuar en su trono ni bastaba un plazo de dos meses, ni era siquiera posible determinar con certeza otro, por mayor que fuera, para conseguir expulsarlo por la fuerza de sus dominios. Y el incumplimiento del plazo implicaría la apertura de la guerra con el agravante de que ahora Francia se encontraría en mucha peor situación.

Cuando al final los franceses aceptaron a regañadientes la vigencia de los Preliminares Heinsius admitió la negociación, aunque –al menos formalmente- no lo hicieron ni Inglaterra ni Austria. Se decidió que ésta tuviera lugar en la pequeña ciudad de Gertruydenberg, a unos 70 km. de La Haya y a 20 km. de Breda. La elección molestó a los franceses a quienes hubiera gustado conferir en La Haya donde habrían podido, en los tiempos muertos, comentar de manera extraoficial con las más altas instancias aliadas los avatares de la negociación. En cambio les iba a tocar asistir impacientes a las idas y venidas de los diputados holandeses que tendrían que marchar, cada dos por tres, a La Haya para recibir órdenes. Como más adelante se verá la elección de Gertruydenberg no fue casual ya que tenía por objeto convertir esta pequeña villa en casi una cárcel para los plenipotenciarios franceses.

Por parte holandesa se mantuvieron como diputados encargados de la negociación a los pensionarios Buys y Van der Dussen en tanto Francia nombraba plenipotenciarios al mariscal de Huxelles y al abate Polignac⁵. El primero era un militar de carrera, de casi 60 años, con una brillante hoja de servicios. Desde 1709 estaba retirado en París donde llevaba una intensa vida cortesana, frecuentando a Mme. de Maintenon, a quien se supone autora de su nombramiento⁶. Polignac, diez años más joven, era sacerdote –llegaría a conseguir el capelo cardenalicio en 1712- y diplomático. Formaban – pese a sus relaciones personales algo agrias- un buen equipo en el que se complementaban la áspera autoridad del militar, que era el jefe de la legación, con la suavidad y experiencia del diplomático⁷. Los dos

⁵ Parecía lógico haber enviado a Rouillé, no sólo por su conocimiento del asunto sino porque el aparecer dos personas nuevas podía hacer sospechar a los holandeses que no había demasiada seriedad por parte francesa. Todo esto fue considerado, pero el desprestigio público que había recaído sobre Rouillé, a causa del fracaso de la negociación anterior, hizo desaconsejable su nombramiento. La persona que Luis XIV hubiera deseado enviar, el duque de Harcourt, estaba enfermo. Además Huxelles, no se sabe si con sinceridad, puso muchas dificultades para aceptar la misión.

⁶ Saint Simon dice de él que era un “adulador abominable”

⁷ Linda y Marsha Frey, op. cit. pp. 48 y 356.

plenipotenciarios no salieron de París hasta el 5 de marzo de 1710 con lo que el comienzo de la negociación, por causas imputables sobre todo a las reticencias de Luis XIV, se retrasó más de dos meses sobre las previsiones francesas, consumiendo así gran parte de la tregua invernal.

La narración que tenemos que hacer de las conferencias de Gertruydemberg va a resultar necesariamente reiterativa y tediosa. De hecho, pese a que duraron cuatro meses y hubo muchas sesiones, no existe similitud alguna entre ellas y una negociación convencional, donde se parte de posturas distantes que van aproximándose por medio de concesiones mutuas. Aquí puede decirse que las posiciones de partida apenas se movieron y, en particular la holandesa, lo único que hizo fue radicalizarse conforme avanzaba el tiempo con nuevas peticiones o interpretaciones más restrictivas de lo anteriormente pactado. Esto ha hecho decir a Giraud que “aceptaron las conferencias no para trabajar por la paz sino para tener el placer de disfrutar de cerca de la humillación del gran Rey”⁸. Pero tampoco los franceses quedaron libres de culpa aunque estuvieran más acuciados buscando la paz. Y si no terminó la conferencia en ruptura, en brevísimo plazo, fue por el pánico que ambas partes tenían a ser acusados de haber roto unilateralmente la negociación.

La propuesta de máximos que los franceses plantearon inicialmente admitía firmar los Preliminares de La Haya⁹, a excepción de los dos artículos conflictivos, añadiendo un artículo secreto que prescribiera que si los aliados pretendían dar más extensión a los Preliminares, aun con la excusa de ser sólo aclaraciones a lo ya pactado, ello no sería nunca motivo para reanudar la guerra. Con respecto al artículo 4 se pretendía que el Rey Católico fuera compensado con los reinos de Nápoles y Sicilia y, además, con los presidios de Toscana. En cuanto al artículo 37 Luis XIV se comprometía a negar cualquier socorro a su nieto y a imponer severas sanciones a oficiales o soldados franceses que quisieran pasar al servicio de España. Como garantía de su palabra entregaría en prenda a Holanda cuatro plazas en los Países Bajos. Tampoco olvidaba Luis XIV los intereses de sus aliados, los electores de Colonia y Baviera, aunque remitía sus pretensiones –fundamentalmente la recuperación de sus estados patrimoniales- a la negociación para la Paz General.

La respuesta holandesa, en este caso por boca de Buys, fue defender los derechos de la Casa de Austria al trono de España, derechos que la intervención dolosa de Luis XIV había pisoteado. Por lo tanto era íntegramente suya la responsabilidad de resolver la situación injusta que había creado personalmente aunque, para ello, tuviera que tomar las armas contra su nieto. De nada valió a los franceses argumentar que, en su día, tanto las Provincias Unidas como Inglaterra habían reconocido sin matices a Felipe V. Por otra parte Buys se negó a discutir sobre el artículo 4 que, en su opinión, Luis XIV había ya aceptado como condición previa para abrir de nuevo las negociaciones. Según decía el punto a tratar era en exclusiva el artículo 37 y, bajo esta condición, se habían otorgado los pasaportes y autorizado las conversaciones. Y para que les quedara garantizado el cumplimiento de este

⁸ Giraud, op. cit., p. 79.

⁹ Seguiremos en este apartado el relato de Torcy en sus *Memoires*, tomo I, pp. 352 a 428. Son también muy interesantes las aportaciones, menos ordenadas pero en algún caso más clarificadoras, de este mismo autor en su *Journal inédit de Jean-Baptiste Colbert, Marquis de Torcy*, en el intervalo de tiempo en que tienen lugar las negociaciones. Este diario comienza el 6 de noviembre de 1709 y termina el 29 de mayo de 1711.

artículo no le valía ni la palabra del Cristianísimo ni la prenda de las cuatro plazas en los Países Bajos porque estaba seguro de que el Rey Católico, aun dejado a sus propias fuerzas, podía defenderse durante mucho tiempo y hasta contratar, si le era necesario, tropas mercenarias de irlandeses o suizos. Y en este caso la posible guerra desgastaría a los aliados, por no se sabe cuánto tiempo, mientras los franceses disfrutaban de la paz y, con ella, de la posibilidad de rehacer sus fuerzas. Por ello era imprescindible obligar al Cristianísimo a unir sus ejércitos con los aliados para expulsar de España a su nieto. Este planteamiento que, como se ha dicho, no pasó de simple insinuación en La Haya, era ahora esgrimido con toda crudeza¹⁰. En cuanto a volver a discutir el artículo 4, y asignar una compensación al Rey Católico, lo consideraban una absoluta quimera ya rechazada sin contemplaciones en las reuniones del año anterior.

Pero lo más sorprendente de estos primeros contactos fue la declaración de Buys de que, después de firmar los Preliminares, las tres potencias aliadas se reservaban la facultad de plantear otras demandas cuyo contenido, por el momento, se negaron a concretar aunque insinuaron que consistirían en nuevas concesiones territoriales y en indemnizaciones económicas por el coste de la guerra durante el año anterior. Recuérdese que en los Preliminares tan sólo se hablaba como posibles reclamaciones adicionales las de Saboya y el Imperio.

Estas primeras entrevistas duraron dos días y el 10 de marzo los diputados abandonaron Gertruydenberg para no regresar hasta el día 21. Parece claro que se estaba intentando jugar con el tiempo y con los nervios de los franceses obligados a permanecer encerrados en una pequeña villa, de la que no podían salir y en la que estaba vedada la entrada de cualquiera que quisiera ponerse en contacto con ellos. Se lamentaban ambos de que, de haber estado en La Haya, hubieran podido exponer sus argumentos a los ministros aliados y a los diputados holandeses. Por ello, la primera petición que plantearon al regresar sus anfitriones fue cambiar el lugar de las conferencias, si no era posible a La Haya, al menos a una población próxima como Delf o Róterdam.

Los diputados holandeses contestaron que sus Amos se negaban a cambiar de ubicación hasta que hubieran sido firmados los Preliminares y acordado lo que procediera sobre el artículo 37. Huxelles y Polignac insistían en que era necesario dar una compensación al Rey de España, sugiriendo que fuera Nápoles, Sicilia y los presidios de Toscana. Su insistencia en tal demanda casi provocó la hilaridad holandesa: Nápoles estaba en poder del Emperador por conquista y no era cuestión de desposeerle de este reino. En cuanto a Sicilia tanto los ingleses como la ciudad de Amsterdám se negaban en redondo a esta posibilidad¹¹. Ante ello los franceses hicieron una nueva propuesta, que consistía en sustituir Sicilia por Cerdeña, que también fue rechazada. Una tercera alternativa, que era el reino de Aragón, corrió la misma suerte. No obstante, los diputados no parecían cerrados del todo a una

¹⁰ La dificultad práctica de este planteamiento –que luego sería retirado– se pondrá de manifiesto más adelante: cómo se coordinan los ejércitos, quién los manda, cómo se establecen las previsiones de intendencia etc. Los aliados tenían, por lo heterogéneo de su ejército, suficiente experiencia sobre esto como para darse cuenta de las dificultades de unir sus fuerzas con las del enemigo y, mucho más, porque transcurridos dos meses sin conseguir echar a Felipe V de España, los componentes de la fuerza conjunta volverían a ser enemigos.

¹¹ Así creían proteger a su comercio.

cierta compensación que, decían, tal vez pudieran conseguir de sus aliados pero que, caso de no ser aceptada por el Rey Católico, el Cristianísimo debía comprometerse a tomar las armas contra él, junto a las fuerzas de la Liga. Además esta compensación no sería gratuita y, de alguna forma, Carlos III debía ser indemnizado por ella.

Los plenipotenciarios franceses escribieron a su Rey informándole de todo esto y pidiendo instrucciones para salir de la situación de bloqueo en que se encontraban. Comenta Torcy:

"El Rey observó en la conducta y discursos de los diputados de Holanda el mismo método que habían seguido desde los primeros contactos para negociar. Todo su interés estaba en hacer recaer sobre Francia todo lo que de odioso tenía la ruptura de la negociación. Era éste el fin y la causa de sus discursos ambiguos, de su afán continuo en disimular sus verdaderas intenciones... creían que tales artificios llevarían a los plenipotenciarios franceses a hacer nuevas ofertas"¹².

Llegada la contestación de Luis XIV se avisó a los holandeses que regresaron el 7 de abril para dar comienzo a la tercera tanda de conversaciones. Buys y Van der Dussen manifestaron que habían sufrido en La Haya fuertes reconvenciones por parte de los ministros del Emperador por haber mencionado una posible compensación al Rey Católico cuando su obligación era discutir tan sólo el artículo 37 y asegurar la cesión plena y completa de la Monarquía española. Por esta razón no traían nuevas propuestas y sólo habían regresado para escuchar, si la había, alguna nueva concesión de Francia. Si Luis XIV se obstinaba en pedir una compensación, Holanda intentaría convencer a sus aliados para que la aceptaran con dos condiciones: la primera que fuera "mediocre" y la segunda que el Cristianísimo se comprometiera a que su nieto la aceptara de grado o a que se la hicieran aceptar por la fuerza.

Insinuaron, con la oscuridad y cautela que habitualmente usaban, que la mayor compensación que podían sugerir al Emperador era sólo el reino de Sicilia pero que cualquier propuesta sería inútil sin el compromiso previo del Rey a unir su ejército al de los aliados contra el de Felipe V. Durante tres días continuaron las reuniones, dando vueltas a los mismos temas y sin que se produjera el más mínimo avance. En consecuencia los diputados holandeses decidieron una vez más volver a La Haya.

Hasta el 28 de abril no regresaron. Para entonces los plenipotenciarios habían recibido informaciones reservadas, incluso una de Pettekum, de que los aliados podrían estar dispuestos a considerar ceder Cerdeña y Sicilia pero que esta cesión tenía muchos enemigos, entre ellos el propio Marlborough que estaba obsesionado con continuar la guerra. Buys abrió esta cuarta sesión afirmando que "toda oferta por parte de Francia sería inútil, que no sería ni siquiera escuchada, si el Rey no daba su palabra positiva de forzar al Rey Católico a contentarse con la parte que los aliados consintieran en dejarle"¹³ aunque, sugería, "éstos no estaban absolutamente alejados de dejar Cerdeña y Sicilia al Rey de España". Y como los franceses no estaban autorizados para aceptar esta propuesta, y así lo dijeron, los holandeses se levantaron bruscamente de la mesa y anunciaron que daban por finalizadas

¹² *Memoires*, tomo I, p. 378.

¹³ *Ibid.*, p. 388.

de manera definitiva las conferencias. Huxelles y Polignac respondieron que para admitir una decisión de tanta gravedad no les bastaba con su palabra y que requerían una carta del Pensionario confirmando que los Estados Generales rompían la negociación.

Cuando Luis XIV conoció la postura de los holandeses ordenó a sus representantes que escribieran a Heinsius pidiéndole que volvieran los diputados para una nueva conferencia en la que ellos explicarían las últimas concesiones que estaban dispuestos a hacer. Debían también hacer ver al Pensionario la voluntad de Francia de llegar a la paz, contrapuesta a la actitud de Buys y Van der Dussen que siempre habían mantenido oscuras sus intenciones, sin hacer ninguna propuesta constructiva, antes al contrario planteando de continuo dificultades. La propuesta que ordenaba hicieran era aceptar Cerdeña y Sicilia, siempre y cuando para persuadir al Rey de España se encontrara algún medio menos odioso que el de “obligar a un padre a armarse contra su hijo”. Ese medio podía consistir en que los aliados recibiesen un subsidio mensual del Cristianísimo que compensara los gastos de continuar la guerra con Felipe V, en caso de que éste se negara a aceptar el reparto que se lo ofrecía¹⁴. Aunque la parte segunda de esta oferta debía hacerse sólo como concesión final y cuando los plenipotenciarios considerasen que iba a ser bien recibida.

Sin embargo, cuando la carta que escribieron Huxelles y Polignac con fecha 4 de mayo llegó a La Haya, Heinsius fue muy presionado por Sinzendorf y por Townshend, embajador de Inglaterra ante los Estados Generales, y conjuntamente adoptaron la extraña resolución de, en lugar de contestarla, ordenar a Pettekum que escribiera a los plenipotenciarios diciendo que se consideraba inútil que los diputados volvieran a Gertruydenberg y que a la carta se adjuntaban los pasaportes para que pudieran abandonar Holanda¹⁵.

El 10 de mayo los plenipotenciarios contestaron a Pettekum diciéndole que puesto que los Estados Generales habían decidido romper las negociaciones "quedamos disponiéndonos para nuestra partenza", cosa que no hicieron sino que escribieron al Rey pidiéndole nuevas instrucciones. Cuando éstas llegaron tenían la advertencia de que sería imprudente tomar en consideración la carta de un particular, extranjero en Holanda, sin cargo en la República y sin poderes para negociar. No se podía considerar una forma tan extraña y singular de despedir a los ministros franceses sino como una artimaña para obligarles a retirarse y dar lugar a que pudieran atribuirles la ruptura de las negociaciones¹⁶. Por eso los franceses escribieron al Pensionario acusando recibo de la carta de Pettekum y pidiéndole que la confirmara oficialmente.

Pero, pese a la sumisión que los holandeses tenían con respecto a Inglaterra y Alemania, el Pensionario no perdió el norte. La situación de las Provincias Unidas era lo suficientemente complicada para que el partido de los enemigos de la guerra tuviera que tomarse en consideración evitando actos gratuitos que atrajeran sobre el gobierno los reproches de los descontentos por haber roto unilateralmente las conferencias. Como parecía evidente por la

¹⁴ Esta oferta estaba supeditada a la condición adicional de reestructurar los ejércitos aliados para que la entrega de las plazas ofrecidas por Luis XIV no hiciera quedar a sus fuerzas en el País Bajo, obligadas a guarnicionar los nuevos enclaves, en situación de desventaja.

¹⁵ El texto de esta carta de 9 de mayo de 1710 y de la contestación que se produce el día siguiente pueden leerse en AHN, Estado, leg. 3390.

¹⁶ *Memoires*, tomo I, pp. 396 y 397.

maniobra de implicar a Pettekum, su intención era acusar a los franceses de ser ellos quienes rompían la negociación. Fracasada la maniobra decidieron que los diputados volvieran a Gertruydemberg, para una nueva conferencia, aunque esto conllevara un gran disgusto para los aliados, especialmente para Sinzendorf que, vista frustrada la argucia, pretendió, sin éxito, asistir personalmente a la nueva reunión¹⁷.

En esta conferencia, la quinta, que fue de puro trámite, los holandeses pusieron sobre la mesa algunas, no todas, de las que habían denominado *reclamaciones ulteriores*: entrega de Alsacia al duque de Lorena¹⁸ como condición imprescindible para que los electores de Baviera y Colonia fueran restablecidos en sus estados y la restitución de los tres obispados¹⁹ que Francia había recibido en Westfalia y que pasarían ahora a formar parte del Imperio. Los franceses, a su vez, plantearon la renuncia a Nápoles.

Las reuniones fueron suspendidas hasta el 15 de junio en que tuvo lugar una nueva conferencia. La negociación estaba estancada: los aliados querían garantías absolutas de que Felipe V abandonaría España a cambio de la posible cesión de Cerdeña y Sicilia. El plazo para ello podría ampliarse hasta los tres meses pero esta concesión ya era sabida y carecía de relevancia. Lo decisivo era que Luis XIV debía unir sus tropas con las de los aliados para forzar al Rey Católico. En este momento los franceses consideraron oportuno hacer, a título personal, la oferta de indemnizar a los aliados por el coste de la guerra contra el Rey Católico si éste rehusaba admitir la compensación territorial que se le ofrecía.

Esta idea sorprendió a los diputados y no pareció desagradarles aunque, lógicamente, no tenían instrucciones al respecto. No obstante preguntaron cuál sería la cuantía mensual y qué garantías tendría el pago y adelantaron que Luis XIV debería asumir casi la totalidad del coste de la guerra en España ya que era el responsable del perjuicio hecho a la Casa de Austria. Por su parte Huxelles y Polignac no pudieron responder sobre el monto de la compensación pero afirmaron que los más importantes banqueros de París y de Ámsterdam avalarían el pago. La conferencia terminó aquí y los diputados dejaron Gertruydemberg, el 17 de junio, diciendo que volverían cuando se hubiese recibido la contestación del Cristianísimo a los interrogantes que les había suscitado esta última propuesta.

Por estos días los franceses conocieron la noticia de la caída en desgracia de la duquesa de Marlborough con la reina Ana y ello dio lugar a múltiples lucubraciones sobre sus consecuencias, que todos intuían importantes. Para unos la caída de la duquesa haría inevitable la de su marido con lo cual la paz se adivinaba más próxima. Otros, por el contrario, pensaban que el duque, para conservar su puesto y su autoridad, no tendría otro

¹⁷ La postura del Emperador era totalmente cerrada. El consejo de ministros de Austria celebrado el 11 de junio declaraba que “por parte de los coligados no se hiciese ninguna paz ni entrase en negociación...sin haber antes restituido a V. M. toda la Monarquía sin desmembramiento alguno... porque sin las dos Sicilias no hubiera ninguna seguridad para los estados hereditarios del señor Emperador ni para las comunicaciones con la España”. Realmente lo que Austria pretendía era volver a la paz de los Pirineos con la excepción de la entrega que se hizo en este tratado del Rosellón y la Cerdeña que serían una especie de regalo que se haría a Cataluña por su ejemplar comportamiento. Joaquín Albareda, *El Cas dels catalans*, p.92.

¹⁸ Para compensarle por el Monferrato que había sido entregado al duque de Saboya.

¹⁹ Metz, Toul y Verdun

remedio que prolongar la guerra porque su liderazgo militar entre los aliados le hacía imprescindible.

El 22 de junio llegó Pettekum inesperadamente a Gertruydemberg con "un escrito dictado pero no firmado por el Pensionario" que hablaba sobre la propuesta francesa de contribuir a los gastos de continuar la guerra en España y que, tras larga discusión, había sido rechazada en La Haya. El argumento era el de siempre. Si se aceptaba esta propuesta los aliados se verían involucrados en una guerra, por tiempo indefinido, en tanto que Francia viviría en paz y recuperaría su potencia. Los gastos y las complicaciones de una guerra tan onerosa no les concernían; era el Luis XIV el único que debía cargar con este pesado fardo si de verdad quería la paz. Dejaban a su elección la vía que quisiera emplear, persuasión o fuerza, para obligar al Rey de España a renunciar a una Corona que ellos no querían tomarse la molestia de conquistar²⁰. Como puede verse es otra vuelta de tuerca de los aliados que ahora se niegan a colaborar en la expulsión de Felipe V.

De nuevo Holanda intentaba con este ultimátum romper las negociaciones, de una manera irregular, usando otra vez a Pettekum y, en este caso, sin aportar siquiera una simple firma que garantizara que la información que traía estaba respaldada por el gobierno de Holanda.

Los plenipotenciarios escribieron a Heinsius diciéndole que no podían dar por buena la embajada de Pettekum y que lo único que pedían eran recibir una respuesta formal que aclarara si las conferencias estaban rotas o abiertas, porque interesaba sobremanera a su Rey que quedara claro ante el mundo qué nación había sido la que había impedido la conclusión de la paz.

Durante este mes de junio el Rey Católico había declarado pública y solemnemente sus intenciones. En ningún caso abandonaría España, fuera cual fuere la compensación ofrecida a cambio de su Corona. Por eso, Luis XIV en carta 23 de junio, ordenó a sus plenipotenciarios que cesara toda negociación sobre un posible reparto y desistieran, incluso, de Sicilia y Cerdeña. El 2 de julio escribieron de nuevo los plenipotenciarios a La Haya insistiendo en recibir contestación de Heinsius a su carta anterior. Pero la respuesta a esta carta se demoraba y Huxelles y Polignac pensaban que era a causa de la situación política en Inglaterra:

"Renovar las conferencias era totalmente contrario al interés de los que aún gobernaban Inglaterra; la autoridad absoluta que habían tenido en este Reino, desde hacía años, se les escapaba y el único medio de retenerla era prolongar la guerra. El partido enemigo atribuía esta prolongación a la pasión que los jefes del gobierno tenían por mantenerse en la administración de los recursos públicos y en el mando de los ejércitos"²¹.

Finalmente, el 13 de julio, volvieron Buys y Van der Dussen diciendo que querían oír la respuesta al mensaje que había traído Pettekum:

"Con lamentos recíprocos los diputados, elevando la voz, hablaron con la misma suficiencia que si sus amos, vencedores del universo, hubiesen dictado las condiciones de paz... La

²⁰ *Memoires*, tomo I, p. 413.

²¹ *Ibid.*, p. 416.

voluntad de los aliados, dijeron, era que el Rey se ocupara, bien de persuadir, bien de obligar, él solo y con sus propias fuerzas, a que su nieto renunciara al todo de su Monarquía y se rechazaba cualquier posibilidad de ayuda a Luis XIV para que hiciera la guerra al Rey Felipe. Ni el dinero ni la ayuda de las tropas francesas les convenía. La ejecución del tratado es la única seguridad que se exige junto a que sean cumplidos todos los artículos preliminares en el espacio de dos meses. Expirado este tiempo se rompe la tregua y la guerra se reanuda, incluso cuando el resto de las condiciones de los Preliminares se hubiesen cumplido"²².

Esta postura de extrema dureza fue más tarde suavizada diciendo que se haría lo posible para asignar algún territorio a Felipe V y que el Cristianísimo tal vez podría recibir la ayuda de las tropas aliadas estacionadas en Portugal y Cataluña durante los dos meses de tregua. Por último los diputados dijeron a los plenipotenciarios que tenían un plazo de quince días para responder a estos últimos planteamientos pero que, en todo caso, de celebrarse una nueva conferencia ésta sería la última.

Enterado el Cristianísimo de la situación ordenó a sus plenipotenciarios²³ que escribieran a Heinsius diciendo que era inútil, y hasta contraproducente, agotar el plazo de quince días porque las condiciones que se querían imponer eran de imposible cumplimiento. Que dejaba al juicio de toda Europa, y en especial al de los súbditos de Holanda e Inglaterra, el decidir quiénes eran los responsables de que la guerra continuara. La carta de los plenipotenciarios tiene fecha 20 de julio y la vamos a analizar en el apartado siguiente junto con la respuesta que, en forma de informe para consumo interno, prepararon los holandeses y que se publicó, con gran difusión, en la Haya el 23 de julio. Rotas las negociaciones Huxelles y Polignac abandonaron Gertruydenberg, el 25 de julio, cuando, de hecho, la guerra había comenzado algunas semanas antes. La campaña, favorable a los aliados, no fue espectacular pero aun así conquistaron Douay el 25 de junio, Bèthune el 26 de agosto, Saint Venant el 29 de septiembre, y Aire el 9 de noviembre.

Contra lo que se podía haber pensado, a principios de septiembre de 1710, tras la batalla de Zaragoza y la toma de Madrid por los aliados, España, cuya conquista les había parecido tan difícil, costosa y larga de conseguir, estaba prácticamente –o al menos tal cosa parecía– en manos del Archiduque y se daban por acabados los días de Felipe V en su trono. Con lo cual, si por cualquier circunstancia se hubieran prolongado uno o dos meses más las negociaciones de Gertruydenberg, tal vez la precaria situación del Rey Católico hubiera hecho el acuerdo posible, incluso fácil, la guerra había terminado y cambiado la historia de España.

11.2 LA VERSIÓN HOLANDESA

La carta que el mariscal de Huxelles y el abate Polignac escribieron a Heinsius el 20 de julio de 1710²⁴ es, sobre todo, todo un memorial de agravios. Lo primero que hacen es contraponer su postura condescendiente, con cesiones continuas y sin haberse retractado nunca de propuestas anteriores, con la de los diputados holandeses que pecaba justamente

²² Ibid., pp. 418 y 419.

²³ Puede leerse íntegra en AHN, Estado, Leg. 3390.

²⁴ AHN, Estado, leg. 3390.

de lo contrario. Acto seguido, y a modo de recapitulación, explican la postura final de los aliados: Luis XIV debe expulsar a su nieto del trono de España y el cómo lo haga es sólo problema suyo. Eso sí, el plazo para lograrlo es de dos meses que, de no cumplirse, reanudaría la guerra sin que valiera de excusa el que el Cristianísimo hubiera cumplido con exactitud todo lo prescrito en el articulado de los Preliminares. La posible compensación al rey de España por abandonar su trono se fijaría por los aliados sólo cuando se hubiera manifestado de manera indubitable la conformidad con las dos condiciones anteriores. Y si estas últimas demandas podían suponer una escalada sobre las pretensiones planteadas en conferencias anteriores era debido a que los aliados así lo habían decidido lo cual, a juicio de los plenipotenciarios, "constituía un premeditado designio de romper la negociación".

Los franceses continúan explicando que su Rey no podía comprometerse a un imposible, pese a sus deseos de llegar a la paz, pero que "si la injusticia y la obstinación de sus enemigos privaban a Su Majestad de toda esperanza, entonces, poniendo toda su confianza en la protección divina dejaría que toda Europa, y sobre todo los pueblos de Inglaterra y Holanda, juzguen quiénes son los autores verdaderos de una tan sangrienta guerra". Se contraponen así las concesiones continuas de Francia y sus intentos de desvanecer cualquier desconfianza, con las explicaciones confusas, los subterfugios y la escalada de peticiones de los aliados. Por eso no tenía sentido continuar un día más en Holanda porque, ni siquiera en años se conseguiría llegar a acordar un imposible. A continuación plantean sus quejas personales por el modo en que han sido tratados en Gertruydenberg:

"Dejamos al silencio el modo en que se ha procedido con nosotros, en desdoro de nuestro carácter, y tampoco nos acordamos de los libelos injuriosos, llenos de falsedades y calumnias, cuya impresión y distribución se ha tolerado durante nuestra permanencia aquí con el fin de irritar los ánimos. Ni mucho menos hacemos memoria de que, contra la fe pública y en desprecio de nuestras reiteradas quejas, se hayan registrado y abierto todos los pliegos que nos venían o que despachábamos, resultándonos no poca satisfacción de ver que se halla reconocido por mal fundado el pretexto con que se intentaba cohonestar tan indigno proceder".

Esta carta, que expone de forma clara lo que pensaban los plenipotenciarios (y cuya intención de ser publicada se supuso justificadamente), fue recibida por Heinsius con preocupación por las reacciones a que podría dar lugar, caso de llegar a conocerse, entre los partidarios de la paz. Por eso, con inusitada rapidez, reunió a sus diputados para elaborar una contestación que se hizo inmediatamente pública bajo el título de *Acuerdo de sus Alti Potencias sobre la carta antecedente. Extracto del registro de la resoluciones de las Alti Potencias de los Estados Generales de las Provincias Unidas del País Bajo del miércoles 23 de julio de 1710 a cinco y media de la tarde*²⁵.

Los autores del informe fueron "los señores Randswick y otros diputados" a quienes Heinsius entregó la carta para que fuera analizada y respondida. El primer acuerdo fue que su contenido no concernía sólo a las Provincias Unidas sino a los aliados en general por lo que era procedente informar a todos los ministros en La Haya sobre su existencia al tiempo que, de común acuerdo, se declaraba que "es excusado conferenciar por más tiempo sobre las dichas proposiciones y no queda otro partido a los Altos Aliados que el de abrazar el

²⁵ Ibid.

rompimiento y no continuar más las conferencias mientras los enemigos no muden de parecer ya que, por la disposición en que se hallan, no se puede esperar fruto alguno de ellas y que, en vez de encaminar los negocios a la paz y a la unión, como ha sido siempre el blanco del Estado y de los Aliados, resultarían nuevas desazones y disputas".

La comisión, de conformidad con los ministros aliados, decide pedir a Buys y Van der Dussen que presenten un informe sobre la carta de los plenipotenciarios franceses pero "sin entrar en discusión alguna aunque sería muy fácil refutarla con sólidos fundamentos". Como puede verse los holandeses y sus aliados han dado la vuelta a los argumentos de los plenipotenciarios diciendo que ya que los franceses han roto las conversaciones no les queda otro partido que aceptar la ruptura. No he hallado constancia del informe que pudieron hacer Buys y Van der Dussen pero, en cualquier caso, cuatro días más tarde volvió a reunirse la misma comisión para elaborar un *Extracto del Registro de Acuerdos de las Altí Potencias del domingo 27 de julio de 1710*²⁶. Al parecer también esta vez la preside el diputado Randswick.

Comienza el documento lamentando que los enemigos hayan roto las conversaciones frustrando así todas las esperanzas de una paz que tanto deseaban los Altos Aliados y a cuya consecución habían dedicado sus mayores esfuerzos. Sin embargo "nadie habrá que, mirando la cosa desapasionadamente y sin parcialidad, les haga cargo de haber quebrantado la negociación y ser motivo de la continuación de la guerra. Porque la mencionada carta, llena de insinuaciones artificiosas y de expresiones odiosas, ni se ha escrito ni se dirige a otro fin que el de echar sobre los aliados la carga del rompimiento de las negociaciones".

A continuación el informe hace historia de lo ocurrido desde que se iniciaron las conversaciones que luego terminarían en las conferencias de La Haya. En primer lugar se planteó la necesidad de ajustar unos Preliminares que sirviesen de fundamento a una negociación donde el primero y principal de sus artículos debía ser la restitución de España y las Indias a Carlos III, y que esto había sido concedido por Luis XIV incluso antes de que Rouillé y Torcy acudieran a Holanda. Nada debía extrañar que así fuera, ni que se insistiera tanto en ello, porque la usurpación de la Monarquía española fue la causa de que diera comienzo la guerra por lo cual la seguridad de su restitución a su legítimo dueño era condición esencial para la paz. Por ello se redactó el artículo 37 de los Preliminares, que en La Haya no quisieron firmar los enemigos, por lo que, meses después, se entró de nuevo a negociar en busca de un artículo equivalente que diera las mismas garantías de que la Monarquía española pasaría a Carlos III.

Los enemigos pretendieron que dicha seguridad se basara en cuatro ciudades de los Países Bajos que se entregaban como prenda pero tal cosa no se consideró admisible porque "de ese modo se hallarían empeñados los Aliados en una guerra particular y dudosa con España mientras, por su parte, gozaría la Francia del fruto de la paz", y la paz a la que aspiraban las Provincias Unidas era una paz general. Los plenipotenciarios, decía el informe, comprendieron e incluso asumieron este argumento, planteado desde la primera conversación, diciendo que sólo veían dos medios para que el rey Felipe abandonara su trono: la fuerza y la persuasión. Y, como el primero de ellos sería muy duro para Francia,

²⁶ Ibid.

sólo quedaba practicable el segundo que podría lograrse si se entregase alguna parte de España que se juzgase conveniente al rey Felipe. Por ello propusieron algunas alternativas y, después de muchas conferencias, dieron su conformidad a que esta porción quedara limitada a los reinos de Sicilia y Cerdeña²⁷.

Los aliados, ante esta situación, decían no poder entender otra cosa sino que si estos dos reinos se cedían a Felipe V, Luis XIV se obligaba a reducir a su nieto a entregar lo restante de la Monarquía de España. Sin embargo, al parecer de los holandeses, los ministros franceses no entendían lo mismo ya que uno de ellos preguntó, en una de las últimas conferencias, si los aliados podrían contentarse con una indemnización mensual que les ayudase a soportar el coste de las tropas aliadas que tendrían que conquistar España. Ante la disparidad de criterios, "antes de abrirse sobre la promesa de un repartimiento era menester que se hallaran más asegurados de las intenciones de la Francia por lo cual encargaron a M. Pettekum, *que corrió antes y aún entonces corría con la negociación*, hablase sobre este asunto a los señores plenipotenciarios y les hiciese ver que los Altos Aliados no podían admitir la proposición de los subsidios porque era suponer hacerse una paz particular con la Francia dejando en pie una guerra particular con la España". Como puede verse los holandeses pasan de puntillas sobre las razones del extraño encargo a Pettekum que despachan con una oscura –y falsa– alusión a que *corría con la negociación*.

También, dicen, se pedía a los plenipotenciarios que explicasen a Pettekum cómo pensaba el rey de Francia conseguir que Felipe V abandonara su trono, pregunta a la que no dieron contestación. En cualquier caso, no estaban claras ni las cantidades que debía pagar Francia, ni la seguridad de estos pagos, ni cómo se garantizaría la obligación de Francia de no asistir al duque de Anjou, ni directa ni indirectamente. Aunque, a fin de cuentas, todo esto era irrelevante por cuanto, para los aliados, aceptar que se cedieran territorios a Felipe V implicaba la asunción total del artículo 37 tal como estaba redactado. Y que lo único que podían admitir era que, si el Rey de España se resistía y Luis XIV debía aplicar la fuerza, recibiría ayuda de las tropas aliadas en Portugal y Cataluña durante el periodo del armisticio

El informe pasa a continuación a declarar y defender el derecho de la Casa de Austria a la Monarquía española y no sólo contra su actual poseedor sino principalmente contra el rey de Francia como quien, en perjuicio de las renunciaciones más amplias y los más solemnes tratados, se apoderó de los dichos estados y, por consecuencia, se halla en la obligación de restituirlos. Además, Luis XIV se comprometió, antes de iniciar las conversaciones y de que se redactaron los Preliminares, a devolver a la Casa de Austria el reino de España por lo que cabe suponer que conoció muy bien los medios que podría emplear para obligarle (a Felipe V) a esta cesión en caso de necesidad. Y, de no ser esto así, se seguiría forzosamente que el rey de Francia había intentado manipular desde el principio a los aliados con esperanzas irreales y les había prometido algo que no tenía ánimo ni facultad de ejecutar. "De todo lo cual se sigue indefectiblemente que los señores diputados no han pedido otra cosa, en nombre de los Aliados, que lo que desde el principio, y después, se estableció siempre por fundamental".

²⁷ Esta conformidad no aparece en la documentación más que como simple posibilidad.

Se acusa después a los plenipotenciarios de haber seguido en la negociación una línea errática, variando de criterio con frecuencia, complicando una proposición con otra y retractándose en ocasiones de lo que habían propuesto en otras. Por el contrario la línea de negociación de los diputados holandeses había sido siempre la misma y, desde luego ni se concede, ni menos se confiesa, que hubiesen tenido el año pasado como por injuria el que los considerasen capaces de exigir al rey de Francia que uniese sus fuerzas con las de ellos para luchar contra su nieto. Porque en todo este año, ni en el año pasado, jamás se habló de este punto en las conferencias. Con respecto a la responsabilidad sobre la ruptura de las negociaciones pretenden ser contundentes:

"Ciertamente debe admirarse el mundo a vista de que después de haber declarado la Francia tan repetidamente que aceptaba los Preliminares, salvo el artículo 37, y ofrecido en lugar de éste, para seguridad de la ejecución de los dichos artículos, tres plazas de los Países Bajos (las cuales no se han podido admitir porque no liberaba a los aliados de la guerra particular con España) y haber propuesto repartimientos para superar esta dificultad, reduciéndose la Francia misma a la Sicilia y la Cerdeña y, que siendo requeridos para que se declarase sobre la ejecución de los artículos Preliminares... tomen este requerimiento como designio premeditado de romper la negociación... por lo que se echa de ver que la proposición de repartimiento, y la de arreglar (previamente) las pretensiones ulteriores reservadas en los Preliminares, sólo han sido pretextos mendigados para ver si lograban con ello sembrar la discordia y la desunión entre los Altos Aliados ... y esparcir los celos y la confusión; y así se ve, en varias partes de la mencionada carta, rasgos de pluma que se podrían esperar de un enemigo pero nunca de sujetos destinados a trabajar al restablecimiento de la paz y buena armonía; y que, de algún modo, parecen inventados para ocasionar siniestras impresiones contra el gobierno en los ánimos de los súbditos de Inglaterra y de los Estados Generales y darles a entender que los que se hallan al frente de los negocios y los jefes de los aliados son la causa de esta sangrienta y pesada guerra".

Acusan después a los plenipotenciarios de que el poco tiempo -seis días- que se han tomado para responder a las últimas propuestas de los diputados, en lugar de ser prueba de buena fe y rectitud, lo único que demuestra es que la resolución de romper las conferencias se había tomado ya de antemano. Porque dicen no ser cierto que se hubiera dado un plazo de quince días para contestar sino que, por el contrario, no se señaló plazo alguno.

Rechazan, a continuación, las acusaciones de Huxelles y Polignac relativas al trato que se les había dado en Gertruydemberg. Dicen que habían llegado a Holanda "como de incógnito, sin carácter ni ceremonial y que por ello se ha tratado de evitar toda clase de etiqueta" pero que, por lo demás, se ha tenido con ellos todas las atenciones que merecían. No entienden a qué se refieren cuando se habla de los libelos injuriosos, pues es la primera noticia que de ellos tienen, aparte de que las leyes de Holanda prohíben rigurosamente este tipo de escritos²⁸. También niegan que del sinnúmero de correos intercambiados entre los plenipotenciarios y Francia "se haya arrestado ninguno, ni abierto pliego alguno que hayan dirigido por correo ordinario". Tampoco se ha impedido a nadie que visite a los plenipotenciarios aunque, por ser plaza fronteriza, no se deja entrar en ella a personas que

²⁸ Esta afirmación revela un enorme cinismo. Con estas mismas leyes Holanda fue una auténtica fábrica de libelos contra los tories pocos meses después.

no se identifiquen ante los que guardan las puertas. Y termina el informe con el párrafo siguiente:

"Y habiéndose deliberado sobre esto se ha resuelto y acordado que se dará noticia de todo a los señores Estados Generales y se les enviará copia de la carta mencionada y de la resolución de 23 de este mes. Que además de todo esto se les representará que no tienen los enemigos verdadera intención de tratar sobre la paz, restituyendo a la España y a las Indias, y que se han quebrantado las conferencias sin dejar lugar a deliberar sobre su continuación o cumplimiento; sólo queda el partido de adelantar con fervor la guerra. Que, en esta consecuencia, no dudan que sus Altí Potencias se servirán de todos los medios, posibles e imaginables, para adelantar los progresos de la causa común con la esperanza y expectativa de que Dios Todopoderoso continuará bendiciendo las armas de los Aliados".

Un epigrama holandés de la época decía lo siguiente:

Invitat populos ad pacis foedera Petkum
Atque olea instructus bella valere jubet
Parturiunt montes Gertrudis; ridiculus mus
nascitur. Obstetrix digna puerperio²⁹.

Cuando los franceses se enteran de que las Provincias Unidas han publicado su versión sobre lo acontecido en Gertruydenberg y sobre la ruptura de las negociaciones el asunto es tratado en el Consejo del día 3 de agosto al que Torcy aporta una memoria escrita por Polignac y un informe –que califica de demoledor- hecho por La Blinière, un famoso abogado del Parlamento. La decisión final fue que Francia no publicaría nada porque no era conveniente aludir en escrito oficial, o al menos autorizado, todos los pasos que se habían dado durante la negociación en contra de los intereses de España³⁰.

11.3 OTRAS OPINIONES

El marqués de San Felipe apenas concede importancia a las conferencias de Gertruydenberg, acaso por considerar –en línea con lo que pensaban holandeses e ingleses- que esta negociación no era tal sino un amago de Luis XIV para dividir a los aliados al tiempo que tranquilizaba al grupo de su entorno familiar que deseaba la paz a cualquier coste. Dice que el Cristianísimo quería para su nieto "reinos equivalentes a la España que había de dejar; ofreciólos la Holanda pero no venían en ello ni los ingleses ni los alemanes, éstos porque querían la Italia y aquéllos porque se habían declarado por la parte de los austriacos que les habían ofrecido Puerto Mahón y otros en América"³¹. Y ante la oposición de ingleses y austriacos, "viendo que no podían cumplir los holandeses lo prometido al rey Cristianísimo, se despidieron el 14 de mayo". Como puede verse el relato, aunque somero, tiene muchas inexactitudes, incluida la fecha que da para la ruptura de las conferencias.

²⁹ *Journal de Torcy*, p.182, nota 1.

³⁰ *Ibid.*, p. 243.

³¹ Bacallar, op. cit., p. 190,

A continuación, el marqués de San Felipe habla de que, rotas en Gertruydemberg las negociaciones para un posible tratado, "con gran secreto habían los holandeses ajustado otro, por medio de Pettekum, Torcy y Bergeyck, con la Francia que ofrecía cuanto la Holanda apeteciese, aunque fuera toda la Flandes española y darles el comercio de Indias como se apartasen de la Liga y volviesen a reconocer al rey Felipe"³². Este supuesto tratado, que fue "concordado" pero no firmado, debía ponerse en marcha cuando las tropas holandesas se retiraran a sus cuarteles de invierno. Y como quiera que las cesiones de Felipe V iban a ser grandes, Luis XIV envió a Madrid a Iberville para convencer a su nieto que las hiciera. Toda esta historia no tiene fundamento y Baudrillart la califica de absolutamente falsa³³. El viaje de Iberville, perfectamente explicado en el *Journal de Torcy*³⁴, tenía el único objetivo de presionar al Rey de España para que ratificara el tratado hecho por Luis XIV al principio de la guerra -que Felipe había asumido en aquel momento como propio pero que ahora se negaba a cumplir- con el elector de Baviera según el cual se compensaría a Maximiliano Manuel con el País Bajo español si llegaba a perder, como había sido el caso, sus estados patrimoniales.

Da la impresión de que el marqués de San Felipe confunde este acuerdo, presuntamente negociado por Torcy y Bergeyck con los holandeses, con la propuesta que este último había hecho a comienzos de 1709, antes de que comenzaran las conferencias de La Haya. En cualquier caso esta negociación, y la filtración que de ella se hizo a los ingleses, le vale a Bacallar para explicar las nunca bien aclaradas causas de la destitución y encarcelamiento del duque de Medinaceli³⁵ que, por aquella época, ejercía en la práctica como primer ministro de España. Explicación que por cierto no es compartida, aunque se la mencione, por muchos historiadores³⁶.

Por su parte Castellví³⁷ da una versión, casi ilegible de puro atropellada, pero bastante exacta en los detalles de lo que fueron las conferencias. Adopta una postura muy comprensiva hacia Holanda y da por cierto que a Gertruydemberg se fue sólo a hablar del artículo 37, porque el resto estaba ya admitido, y que fueron los franceses los que complicaron las sesiones con la compensación que pretendían para Felipe V. En su opinión Francia aparentaba grandes deseos de paz pero, en el fondo, lo que pretendía era "dividir a los aliados, introducir la discordia, y ganar tiempo y alucinar los pueblos con apariencias". Niega que la salida de fuerzas francesas de España fuera real diciendo que si bien se

³² Ibid.

³³ Baudrillart, op. cit., tomo I, p. 374, nota 2.

³⁴ *Journal de Torcy*. Pp. 18 a 24.

³⁵ Se trata de la correspondencia del duque con el marqués de Ranucini, ministro del gran duque de Toscana y proaustriaco quien habría revelado a los ingleses confidencias de Medinaceli sobre este supuesto tratado. Castellví (tomo III, p. 26) da una versión parecida de la caída del duque pero, al menos en parte, la toma de Bacallar.

³⁶ Probablemente la versión de que la salida de Medinaceli se debió a sus indiscreciones se apoya en una carta suya al Rey que, sin indicar fecha, reproduce Castellví diciendo que es un poco anterior a que fuera detenido. (Op. cit., tomo III, pp. 155 y 156). La carta dice entre otras cosas: "suplico a la soberana clemencia de V.M. se sirva hacer reflexión sobre los términos incompatibles a que se haya reducida la obligación de mi obediencia porque imponerme a mí la rigurosa observancia del secreto de aquellos mismos motivos que andan proclamados por el mundo, públicos en las gacetas y por todas las plazas de España y de Italia vertidos... Yo me protesto, Señor, en la más exacta observancia de este silencio..."

³⁷ Tomo III, pp. 16 a 21. Dice tomar la información de Lamberty.

retiraban regimientos a Francia era para hacerlos regresar de inmediato con el nombre cambiado³⁸. Le parece sorprendente –y es más que razonable su sorpresa- que el 15 de enero de 1710 Luis XIV concediera el título de duque de Anjou, que hasta entonces pertenecía a Felipe V, al tercer hijo del duque de Borgoña, porque sería excesivo despojar simultáneamente a su nieto de su título y del trono de España, si ésta hubiere sido su intención. Remata sus opiniones diciendo que, con el fracaso de las negociaciones "consiguió Francia la desunión de los aliados y no ayudó poco la hábil conducta de los cuatro experimentados ministros que en 1709 y 1710 pasaron a Holanda a tratar de la pacificación".

Según Coxe, Luis XIV entró a negociar en Gertruydemberg con doblez, en la seguridad de contar con un ejército que ya se había recuperado, convencido de que el empuje de los partidarios de la paz en Inglaterra anunciaba un cambio próximo del sistema de gobierno de este país y de que habían de dar resultado las intrigas tramadas con el fin sembrar la discordia entre las potencias que componían la alianza³⁹. Coxe afirma también que fueron los franceses los que rompieron el acuerdo previo de negociar sin otro objetivo que encontrar un equivalente para el artículo 37, introduciendo su demanda sobre la compensación a Felipe V y que, a pesar de que teóricamente Luis XIV había abandonado a su nieto, los gabinetes de Francia y España estaban perfectamente comunicados y hasta coordinados durante las negociaciones. A modo de resumen de su postura sobre lo ocurrido en Gertruydemberg recoge, como muy significativas, una serie de opiniones del marqués de San Felipe según las cuales ninguno de los aliados deseaba la paz y que la actitud de Luis XIV no tenía otro fin que burlarse de sus enemigos y apaciguar a sus cortesanos pero que Felipe V estaba al tanto de este secreto designio⁴⁰. Y termina diciendo:

"En punto a los demás capítulos de acusación mutua séanos lícito pasarlos en silencio considerándolos como exageraciones que suelen tener siempre cabida en esta clase de documentos. Al hacer estas observaciones, tan lejos nos hallamos de censurar la conducta de Luis XIV como la de los aliados... que no merecen crítica por quererse apoderar de las conquistas numerosas de Francia ni por insistir en las condiciones que les había enseñado a mirar una larga y costosa experiencia como necesarias para asegurar su seguridad e independencia"⁴¹.

Es también muy interesante la opinión de Ferrán Soldevila⁴², muy crítica con la actuación de los aliados:

"Abandonado Felipe V a sus fuerzas españolas, por mucho que su coraje personal y el de su pueblo le sostuviesen, su derrota era cierta. Todo conducía a que los aliados firmasen una paz separada con Francia, aunque para ello tuvieran que renunciar a alguno de sus objetivos

³⁸ Esto se puede leer también en Coxe, tomo II, p. 6. Por su parte el *Journal de Torcy* habla de una audiencia de Luis XIV al duque de Alba -embajador en París- el día 3 de diciembre de 1709 para excusarse, en nombre de su Rey, por un suceso denunciado por el mariscal Benzons, relativo a las deserciones que, enviados españoles, fomentaban en el ejército francés y por quedarse con ochocientos prisioneros galos que devolvía el enemigo. Pero esto es poco más que una anécdota y la retirada de las tropas francesas fue un hecho cierto.

³⁹ Coxe, op. Cit., tomo II, p. 10.

⁴⁰ Ibid., p. 14.

⁴¹ Ibid., pp. 16 y 17.

⁴² *Història de Catalunya*, Barcelona, 1962. Vol. 3, pp.1114 y 1115.

secundarios. Pero ni eso siquiera porque Luis XIV se avenía, no sólo a abandonar a su nieto y reconocer al Archiduque, sino también al reparto de algunos territorios del imperio hispano entre las potencias aliadas. Era tanto más natural la aceptación de semejante paz por parte de los aliados cuanto la situación de España parecía, pese a dificultades políticas y financieras, mucho más favorable a Felipe... porque, a pesar de las concesiones de Luis XIV y de la mala situación del Archiduque, los aliados van a llevar su arrogancia hasta exigir que los ejércitos franceses se unieran a las tropas aliadas para destronar a Felipe V si, transcurridos dos meses de desde la firma de los pactos, no había éste renunciado a la corona de España. Era colocar al rey francés en el dilema de luchar contra sus enemigos o contra su nieto. E iba a optar, como cabía suponer, por luchar contra sus enemigos... A la península no van a llegar, de momento, las consecuencias de aquel error tan poco imaginable en políticos como los ingleses, avezados desde tiempos de la reina Isabel a no perder ninguna ocasión de victoria".

Trevelyan exculpa prácticamente a los holandeses de toda responsabilidad sobre el fracaso de Gertruydemberg y carga todas las culpas sobre Inglaterra:

"Buys y los otros negociadores holandeses, que realmente deseaban la paz, hicieron débiles esfuerzos para conseguir a favor de Francia alguna salida al artículo treinta y siete o, al menos, una compensación —un reino en Sicilia o en cualquier otro lugar- que pudiera inducir a Felipe a abandonar Madrid de forma voluntaria. Pero, en el momento en que el holandés empezaba a insinuar sus razones, el ministerio whig caía sobre él y le compelia a presentar ante Francia todo el rigor de las demandas aliadas. Y coaccionada por el Tratado de la Barrera no tenía Holanda más opción que dar por sí misma los zarpazos que pretendían Inglaterra y Austria, avivando así la animadversión que Luis XIV sentía contra los insolentes burgueses de las Provincias Unidas"⁴³.

La opinión que tiene lord Bolingbroke sobre Gertruydemberg es también muy negativa sobre la actuación que en la negociación tuvieron los ingleses. La octava de sus *Lettres sur l'Histoire*⁴⁴, que lleva el subtítulo de *Bosquejo histórico del estado de Europa desde 1688 hasta 1713*, es un trasunto de las *Memoires* de Torcy. Mismo argumento e igual periodo histórico pero lo que en el francés es una crónica detallada y minuciosa se convierte en un análisis de causas y efectos y errores cometidos en la obra del inglés. Ya hemos comentado anteriormente que la idea clave de Bolingbroke -que además es la justificación que ofrece ante su controvertida actuación en Utrecht- es que los objetivos de la Gran Alianza, claros y razonables en su comienzo, experimentaron a lo largo de la guerra una escalada contraria a los intereses generales de Europa y, por ende, de Inglaterra. Tales objetivos iniciales estaban ya cumplidos, o se hubieran podido conseguir sin dificultad en una negociación, en el año 1706 por lo cual prolongar la guerra más allá de esa fecha, para conseguir logros más ambiciosos, era contrario a los intereses de Europa. Cabe imaginar cuál sea la opinión de este autor cuando ve desaprovechadas las oportunidades de paz que se presentaron en La Haya y Gertruydemberg:

"Los motivos particulares, tanto de personas privadas como de príncipes y Estados, para prolongar la guerra son en parte conocidos y en parte pueden hoy día adivinarse. Pero llegará un tiempo (y estoy convencido que así será) en que sus motivos secretos, sus proyectos y sus

⁴³ Trevelyan. *England under Queen Anne*, Londres, 1934, tomo III, pp. 32 y 33.

⁴⁴ Ya indicamos que esta obra es más conocida como *Bolingbroke's Defence of the Treaty of Utrecht*.

intrigas ocultas se pondrán descubrir y no me asusta el afirmar que quedará clara ante todos la escena de indignidad y locura más confusa que cabe imaginar"⁴⁵.

Lo primero que hace Bolingbroke es plantear las dificultades que se presentarían a los aliados para conquistar España. Recuerda al respecto la opinión de Stanhope, "que no era sujeto que deseperara del éxito, particularmente en la ejecución de sus propios proyectos" y que decía que, vista la adhesión de los pueblos de España a Felipe y su aversión por el Archiduque, esa conquista era empresa de ejecución imposible: "Ejércitos de veinte o treinta mil hombres podrían recorrer este país, sin efecto alguno, hasta el día del juicio". Y se pregunta Bolingbroke: "¿Después de estas palabras es posible creer de buena fe en la conquista de España?"⁴⁶. Más adelante Stanhope va a incrementar los efectivos a su juicio necesarios para esta empresa hasta los 50.000 ingleses y holandeses (parece que a los portugueses no los tenía en cuenta). Con lo cual, si damos por bueno su aserto de que un soldado en España costaba más del doble que en el Rijn, se concluye que el coste anual para conquistar la península sería superior al de mantener los ejércitos de Flandes y el Rijn que, en general, apenas sobrepasaron los cien mil hombres. Y continúa la argumentación de Bolingbroke:

"Un equivalente para el artículo 37 de los Preliminares, es decir para la cesión de España y las Indias Occidentales, era el punto a discutir en Gertruydemberg. Los franceses se contentaban con Nápoles y Sicilia o quizás con Nápoles y Cerdeña o, al menos, las hubieran tomado por el equivalente. Buys y Van der Dussen lo contaron así a los ministros aliados y esta fue la ocasión en que el duque de Marlborough (como el mismo Buys me ha asegurado) cogió la ocasión al vuelo, felicitó a la asamblea por una paz presumiblemente posible y dijo que, puesto que los franceses estaban en esta disposición, era el tiempo de considerar mayores demandas, de acuerdo con la libertad que para ello se habían concedido en los Preliminares, y exhortó a todos los Ministros Aliados para que ajustaran sus pretensiones ulteriores y prepararan sus demandas"⁴⁷.

Bolingbroke compara esta situación a la planteada en las guerras púnicas, cuando Roma se negaba a acordar ningún tipo de paz mientras Cartago no fuese destruida. Y sigue diciendo:

"Francia vio la trampa y decidió exponerse a todo antes de caer en ella. Luis XIV ofreció, si no podía convencer a su nieto de que abdicara, a abandonarlo a sus propias fuerzas y a sufragar los gastos de la guerra. La propuesta de los aliados tenía tal aire de inhumanidad que el resto del universo se hubiera estremecido al ver a un abuelo hacer la guerra a su nieto... Y si este expediente era odioso, como sin duda lo era, ¿por qué preferimos continuar la guerra contra Francia y España?, ¿por qué desperdiciamos la ocasión de reducir, de manera pronta y eficaz, el poder de Francia y hacer practicable la conquista de España, aceptando la propuesta

⁴⁵ Bolingbroke, *Lettres*, tomo II, p. 218. Swift en *Conduct of the allies* (p. 677) añade: "¿Cuáles podían ser los fines de toda esta farsa si no se buscaba entretener a la gente y hacer subir las acciones para los amigos que estuvieran en el secreto y venderlas luego con beneficios?". Como más adelante se verá, aunque Bolingbroke sea en *Lettres* personalmente más prudente, en *Conduct of the Allies* que es obra inspirada directamente por él, se culpa directamente de las maniobras para continuar la guerra a la inagotable voracidad de dinero por parte de Marlborough, a las presiones e intereses de la clase financiera de Londres que hacían enormes negocios con el progresivo endeudamiento a que la guerra obligaba a la Corona y a ciertos políticos –Godolphin y su entorno– que, en caso de paz, serían inmediatamente apeados de sus puestos.

⁴⁶ Ibid., p. 227.

⁴⁷ Ibid., pp. 230 y 231.

que hacía Francia y, por consiguiente, cumplir con todos los objetivos de la guerra, al menos los que eran confesables? Francia, se dijo, no era sincera y no perseguía otra cosa que divertirse y dividir al enemigo. Era la razón que se daba entonces, pero yo he visto, después, a algunos de los que la esgrimían avergonzados de haberlo hecho. Francia no estaba, en aquellos momentos, en situación de asumir el papel jugado en tratados anteriores. Su miseria era una buena razón para su sinceridad; pero había otra mejor: las plazas fuertes que debía entregar a los aliados la hubieran expuesto, al mínimo atisbo de mala fe, a ver asoladas a sus fronteras y sus provincias y, el príncipe Eugenio, hubiera podido tener la satisfacción que deseaba (ignoro si ello es verdad) de marchar a Versalles con la antorcha en la mano... Y acabando las conferencias como lo hicieron en Gertruydemberg, la inflexibilidad de los aliados inyectó nuevo valor a las naciones francesa y española a pesar de lo agotadas que estaban"⁴⁸.

11.4 EL TRATADO DE LA BARRERA

El protagonismo ejercido por Holanda en La Haya y Gertruydemberg puede dar la impresión de que manejaban, sin apenas cortapisas, los hilos de las conversaciones y que las múltiples referencias que hacían a los intereses de sus aliados se debían más a una estrategia negociadora que a presiones recibidas. En cualquier caso, la situación de Holanda y sus intereses fueron distintos en 1709 que 1710 porque hubo por medio un hecho significativo: el Tratado de la Barrera.

A partir de 1708 el gobierno de Inglaterra, que seguía dirigido por Godolphin, experimenta un cambio de tendencia con la llegada de los whigs al poder. Con ellos aparecerá una actitud mucho más belicista debida no sólo a los intereses particulares de este partido sino a su odio feroz hacia Francia⁴⁹ que les llevaba, no a buscar el equilibrio de poder que pretendía Guillermo III, sino a reducirla hasta un nivel de segunda potencia. José I por su parte, aliviados sus problemas de Hungría, veía cómo podía dedicar más recursos a la guerra y, por lo tanto, conseguir más rentabilidad de ella. Era Holanda la menos belicista porque los esfuerzos a que se veía obligada, siendo un país tan pequeño, tanto económicos como militares, la tenían agotada. Por eso las negociaciones de paz eran conocidas allí por el nombre de *la Gran Empresa*⁵⁰. Nada podía horrorizar tanto a Holanda como la posibilidad de verse involucrada en una guerra, posiblemente larga, para conquistar España y ponerla en manos de Carlos III.

A su vez las victorias militares de 1708, posiblemente el año más afortunado para los aliados, habían creado una euforia que les hacía a afrontar cualquier negociación, por conveniente que se creyera, en términos de dureza. Por eso el único punto de acuerdo entre las tres potencias no podía estar sino en la suma de los más exigentes objetivos planteados por cada uno de ellos.

⁴⁸ Ibid., pp. 233 a 237.

⁴⁹ Bolingbroke cuenta que un destacado whig le había confesado que tal odio no era racional pero que desde niño le habían educado en él.

⁵⁰ *Historia de los Tiempos Modernos de Cambridge*, tomo VI, p. 318.

La actitud de Holanda, en el período transcurrido entre las negociaciones de La Haya y las de Gertruydemberg, va a verse afectada por dos hechos de gran importancia. El primero de ellos es consecuencia de la batalla de Malplaquet, en septiembre de 1709. Esta batalla tiene dos lecturas muy diferentes: para los generales aliados, a pesar de las bajas innumerables, fue una gran victoria, sobre todo porque Francia, aliviada ya del frente de Italia, había concentrado en Flandes lo más florido de su ejército y ello hacía que este triunfo fuera más meritorio. Pero, para el pueblo holandés, las enormes pérdidas humanas -su infantería quedó casi destruida- fueron un golpe tan duro que, posiblemente, hubiera cambiado la postura negociadora de las Provincias Unidas de no haber sido por el enorme triunfo personal de Heinsius que fue el Tratado de la Barrera.

Holanda había perdido la barrera conseguida en Ryswick al comienzo de la guerra y su recuperación quedó establecida como objetivo irrenunciable en el tratado de la Gran Alianza. Pero, en 1706, con muchas plazas flamencas ya en poder de los aliados, había llegado la hora de poner nombres concretos a la cadena de ciudades y fortalezas que querían. Por eso los holandeses entraron ese año en unas negociaciones con Inglaterra que fracasaron a causa, sobre todo, de pedir que Ostende formara parte de la tal barrera lo cual perjudicaba gravemente a los ingleses que tenían este puerto, desde el punto vista comercial, casi como propio. Posteriormente, en 1708, como ya se dijo, tienen lugar las conversaciones entre Stanhope y Carlos III por las cuales se concede el Asiento de Negros (para cuando fuera posible) a Inglaterra y también se les cede Menorca como compensación a los gastos de la guerra. Naturalmente estos acuerdos eran secretos pero los holandeses tuvieron noticia de ellos en enero de 1709⁵¹ con lo cual se levantó un escándalo diplomático considerable. Y como constituía un incumplimiento grave del tratado de la Gran Alianza, los ingleses tuvieron que dar las explicaciones que pudieron al embajador de las Provincias Unidas en Londres. El escándalo coincidió con la reacción de los grupos pacifistas holandeses que, muy dolidos de que se hubiera desperdiciado la oportunidad de paz que había surgido en La Haya, presionaron a Heinsius para que en la primera posible ocasión adoptara una actitud menos intransigente ante Francia. Los whigs, empeñados en continuar la guerra a toda costa y muy preocupados por el cambio de postura que podía adoptar Holanda, se vieron obligados a establecer una negociación bilateral en la que lo único que podían ofrecer a los Estados Generales eran concesiones comerciales iguales a las que Inglaterra pudiera conseguir y una barrera de protección que casi implicaba la absorción

⁵¹ No es cierto, como se dice por ejemplo en la *Historia de los Tiempos Modernos* de la Universidad de Cambridge (tomo VI, p. 316, nota 3), que los holandeses se enteraran de los acuerdos por una filtración francesa “antes del 29 de octubre de 1709”. La filtración existió pero sin consecuencias y después de que se firmara el tratado de la Barrera. El conde Prémontais, ayudante de Eugenio de Saboya, fue apresado por la armada francesa cuando viajaba de Barcelona a Génova y se le intervino una carta del duque de Paretto al Emperador (el duque era su embajador ante Carlos III) de fecha 26 de noviembre de 1709, carta que se encuentra actualmente en *Affaires Étrangères, Espagne*, vol. 194. La carta explicaba las gestiones que Stanhope, en nombre de la Reina, hacía ante el Archiduque en relación con Menorca. Pero las gestiones no eran tales sino una presión muy fuerte ya que el inglés afirmaba que “no se dejaba persuadir por *políticas romanas*, porque los ingleses aportaban realmente tropas y dinero y querían por ello respuestas que también fueran reales. Que el *sí* o el *no* decidirían la crisis en que se encontraban los asuntos de España”. Esta carta fue leída en el Consejo que tuvo Luis XIV el 18 de diciembre de 1709 y se decidió hacerla llegar a Heinsius por medio de Pettekum. Por las fechas puede verse que la carta, que sin duda sorprendió a los franceses, no debió tener igual efecto con los holandeses que, desde enero, estaban al tanto de todo. *Journal de Torcy*, pp. 71 y 72.

por Holanda del País Bajo español. De esta manera el gobierno wigh tuvo que transigir con todas las peticiones de los Estados Generales y firmar con ellos un tratado, el 29 de octubre de 1709, en condiciones tan favorables para los holandeses que se levantó un gran escándalo por la oposición que Austria, y gran parte de la población inglesa, hicieron. Lord Marlborough, que estaba en La Haya, se negó en redondo a firmar este acuerdo⁵² por lo cual por parte inglesa tuvo que hacerlo sólo lord Townshend y, según Bolingbroke, lo hizo “sin orden para ello o más bien contra la órdenes”⁵³.

Jonathan Swift publicó el 21 de febrero de 1712 un opúsculo (que inicialmente debía haber sido incluido en *Conduct of the allies*) llamado *Breves reflexiones sobre el Tratado de la Barrera*⁵⁴ (*Some Remarks on the Barrier Treaty*), que incluye copia del tratado, de los dos artículos secretos y también de las enmiendas que el Parlamento inglés intentó hacer sin lograrlo. El comienzo del discurso de Swift es contundente:

"No habrá hombre racional, por extranjero que sea, pongamos por ejemplo un chino, capaz de leer el tratado siguiente (aún sin conocimiento alguno de nuestros negocios y geografía) que no imagine al leerlo que los Estados Generales componen una República tan poderosa como lo fue la de los Romanos y que la Reina de la Gran Bretaña es como uno de aquellos pequeños soberanos a quien esta República, cuando se encontraba satisfecha de sus servicios, enviaba de regalo una diadema o que, al contrario, la castigaba con una forzada abdicación cuando no se daba por bien servida. Erróneamente, pues, este chino pasaría sin duda a creer que los Estados Generales tienen bajo su protección a la Reina y a nosotros y que, por gran favor, nos han hecho la honra de permitir que nuestras tropas sirviesen para aumentar o afianzar sus dominios, sea por nuestras conquistas o defendiendo sus fronteras de las invasiones de algunos Bárbaros. No habría que admirar que esto se creyese en China pero qué dirán en Europa cuando se haga reflexión de que después de haber mantenido la Gran Bretaña tantos años la guerra, con tanta gloria y fortuna como crecidos gastos, que después de haber mantenido intacto el Imperio, la Holanda y Portugal y recobrado casi toda España, entre ahora, al fin de esta guerra, a tratar con las Provincias Unidas para asegurarles una extensión de País mucho más considerable que el suyo y que ha conquistado únicamente la Gran Bretaña, para gratificarlos con él y no piden otra compensación los Estados Generales que una vaga oferta de mantener a Su Majestad Británica en su trono, cuando ella, por la gracia de Dios, puede defenderse sola de muchos enemigos juntos".

El tratado, que consta de veintiún artículos públicos y dos adicionales secretos, fue firmado en La Haya el 29 de octubre de 1709 por lord Townshend, embajador de Inglaterra, y cinco diputados holandeses, entre ellos el gran Pensionario Heinsius. El preámbulo establece sólo

⁵² Según dice Swift en *La conducta de los Aliados* “Este tratado fue firmado por sólo uno de nuestros plenipotenciarios. Y me han contado que al otro se le oyó decir que prefería perder la mano derecha antes que usarla para firmar un tratado semejante. Si hubiera pronunciado estas palabras en el momento apropiado y en voz lo suficientemente alta para oírlos a este lado de las aguas, teniendo en cuenta la influencia que poseía en la corte habría logrado salvar mucho el honor de su patria y ganado otro tanto para sí”. P. 647. De todas formas hacía meses que Marlborough había decidido desentenderse de los asuntos políticos y concentrarse exclusivamente en su función militar.

⁵³ Bolingbroke, *Lettres sur l'Histoire*, tomo II, pp. 218 y 219.

⁵⁴ Hay una traducción española de este libro publicada poco más tarde que la inicial edición inglesa, también en 1712. Puede encontrarse un ejemplar en AHN, Estado, leg. 3376/2. La versión española procede de la traducción al francés de esta obra que fue ordenada por Torcy diez semanas después de que apareciera en Inglaterra por considerarla del mayor interés.

dos objetivos: el asegurar la sucesión inglesa de acuerdo con lo previsto en las leyes (es decir en el *Act of Settlement*) y que las Provincias Unidas tengan una barrera suficiente contra Francia "u otros que la pudieran inquietar o invadir".

Para asegurar la establecida sucesión a la corona inglesa en la Casa de Hannover y, en concreto, en la Princesa Sofía y sus herederos, en el caso de que algún estado se opusiese a ella fomentando revueltas o conspiraciones, "los Estados Generales se obligan y prometen a asistir y mantener en dicha sucesión a aquélla o aquél a quien pertenecieran... a ayudarlos a tomar posesión y a oponerse a los que quisieran embarazarla".

Y para asegurar que Holanda tenga su barrera se dice que Gran Bretaña y los Estados Generales emplearán todas sus fuerzas para recobrar el resto del País Bajo español, conquistar todas las villas y fortalezas que puedan y que, por su parte, la Reina hará "todos sus esfuerzos para que, en el tratado de paz que pueda convenirse, todo el País Bajo español y lo que además se juzgase necesario, sea por lo que mira a las plazas conquistadas como a las no conquistadas, haya de servir de barrera al Estado".

El tratado, más adelante, especifica con detalle este asunto y declara cuáles son las villas y fortalezas en las cuales Holanda pondrá guarnición, que son veinte, aparte de otras tantas ciudadelas y castellanías. Indica además que, en caso de necesidad, podrá poner las tropas que considere convenientes en cualquier otra ciudad del País Bajo español. Y que también podrá enviar a todas sus guarniciones "sin ningún embarazo y sin pagar derechos algunos, víveres, municiones de guerra, armas y artillería, materiales para las fortificaciones y todo lo que se juzgare conveniente y necesario para dichas guarniciones".

En todas estas plazas los holandeses pondrán poner gobernadores y comandantes aunque tanto la soberanía política como la eclesiástica corresponden al Rey Carlos. Sin embargo las rentas serán también para los holandeses (salvo las que pertenecían a la corona española en tiempos de Carlos II). Además no sólo el Archiduque deberá pagar un millón de libras cada año para proveer al mantenimiento de las guarniciones sino que, si la renta de las ciudades que constituyen la barrera no fueran suficiente, "se procurara extender las dependencias y castellanías en todo lo que se pueda".

Los Estados Generales pondrán sus guarniciones en la parte que ya han conquistado los aliados, sin esperar a que se firme la paz, pero no se permitirá al rey Carlos, hasta ese momento, entrar en posesión del País Bajo español para que así las Provincias Unidas "gocen de las rentas y junten el millón de libras cada año de que se ha hablado arriba". El tratado remite a continuación al de Münster y al derecho que otorgaba para que los holandeses controlaran el Escalda y pusieran los impuestos de paso que juzgaren conveniente, añadiendo que la Reina se empeñará en que estos derechos se mantengan. Además, la igualdad de exenciones y beneficios que este tratado concedía a Inglaterra y a las villas hanseáticas, se hará extensiva a Holanda en toda España y en los estados que de ella dependen.

También se establecen cuestiones varias como la ayuda mutua, si alguna potencia quisiera ir contra las disposiciones de este tratado, o el que no se podrá entrar en negociación con

Francia hasta que ésta haya reconocido a la Reina de Inglaterra y hecho salir al pretendiente Estuardo de sus territorios.

Por el primer artículo secreto se cede en propiedad a las Provincias Unidas el Cuartel Alto de Gueldres y se les otorga el derecho a poner guarniciones en las ciudadelas de Lieja, Huy y Bonna, por considerarlo necesario para la comunicación entre la barrera y el resto de las ciudades holandesas, necesidad, dicen, ampliamente demostrada por la experiencia de las tres anteriores invasiones francesas. El segundo artículo secreto explica los inconvenientes que se derivan de la carencia de un mínimo resguardo territorial en algunas fortalezas de los Estados Generales, que están situadas en zonas que pertenecen al País Bajo español. Por ello Gran Bretaña apoyará que en el futuro tratado, que se vaya a suscribir entre Holanda y el rey Carlos, se cedan a ésta terrenos colindantes a sus fortalezas para mayor eficacia defensiva.

El tratado de la Barrera que, como antes se dijo, no se explicaría sino por la necesidad que tenía Gran Bretaña, si quería mantener viva la guerra, de hacer grandes concesiones a Holanda para que ésta no se apartara de la Alianza y pactara a solas con Francia, no concede a los ingleses más que una hipotética ayuda de las Provincias Unidas en caso de que la sucesión protestante fuera importunada por terceros. Pero no era demasiada concesión ya que a la propia Holanda no le convenían nada unos monarcas católicos al otro lado del Canal. Todo ello sin contar con que esta sucesión formó ya parte de los acuerdos de la Gran Alianza por lo cual, el tratado de la Barrera, no parece añadir para Inglaterra nada positivo a este respecto. Swift es especialmente agrio al hablar de este asunto y su orgullo nacional parece resentirse porque un pequeño país tuviera que ayudar a Gran Bretaña como si ésta fuera una provincia holandesa.

Muy distinto es lo que obtiene Holanda: no sólo ratifica su igualdad con las ventajas comerciales que pueda alcanzar Inglaterra⁵⁵ sino que consigue una barrera defensiva que no era tal sino una desmesura que, según afirmaba el príncipe Eugenio⁵⁶, "sólo serviría para hacer a los Estados Generales dueños de Flandes y ponerlos en disposición de inquietar el comercio de Inglaterra", además de unas rentas cuantiosas que permitirían que le saliera gratis el mantener su barrera defensiva y de unas facilidades aduaneras que, con la apariencia de ser sólo para sus guarniciones, dejarían en sus manos el apropiarse del comercio de tales villas con exclusión de cualquier otra nación. Y continúa Swift diciendo:

"¿Habrá inglés alguno que, a vista de esto, pueda comprender, si es dable, que después de haber conquistado tantas villas y cedídotas al mismo instante a los Estados, tengan éstos la osadía de pedir, y nuestros ministros la desgracia de conceder, que los vasallos de Su Majestad Británica, en el comercio que tienen en aquellos parajes sean menos privilegiados hoy que lo eran en tiempos del difunto rey de España?... Ya no falta otra cosa, puesto que por un tratado de paz se nos pueden ceder algunas villas o puertos de España para asegurar

⁵⁵ Esto es muy importante porque Stanhope había firmado con el Archiduque, en julio de 1707, un tratado secreto por el que Carlos se comprometía a formar una compañía angloespañola para monopolizar todo el comercio con las Indias. Naturalmente el tratado de la Barrera va a anular este compromiso por otra parte puramente teórico.

⁵⁶ El librito de Swift tiene un anejo denominado *Dictámenes del Príncipe Eugenio de Saboya y del conde de Zinzendorf acerca de la Barrera de los Estados Generales*.

nuestro comercio, sino que los holandeses nos pidan la mitad de ellos en virtud del anterior artículo 15".

Los improprios de Swift contra los holandeses y su voracidad territorial y comercial llegan hasta cuestionar si era prudente llamar a una potencia extranjera en apoyo del *Act of Settlement* "porque de esta suerte se quitaba a nuestros legisladores de poder hacer en esto mudanza alguna, aunque llegase algún día el caso de necesitarla". Quiere decir esto, como explica a continuación, que si la mayoría del pueblo y del Parlamento ingleses decidieran por razones, no probables pero en todo caso posibles, llamar al pretendiente a la sucesión y se opusiera a ello el partido wigh y llamara en su auxilio a los holandeses, serían éstos los árbitros de la sucesión y no el pueblo de la Gran Bretaña.

El tratado de la Barrera fue finalmente inoperante porque los planteamientos en Utrecht fueron muy distintos. Bien es cierto que tampoco los propios holandeses insistieron demasiado en mantenerlo debido, no sólo a que Inglaterra impuso con mucha firmeza soluciones más equilibradas sobre la barrera, sino también a que se percataron de las opiniones adversas que el tratado había levantado en Flandes y de las violentas reacciones que, sin duda, se producirían al intentar aplicarlo. Sin embargo el objetivo de los whigs, y también del Emperador, de que se planteara en Gertruydenberg una escalada de las pretensiones y conseguir que los negociadores holandeses adoptaran una postura intransigente fue plenamente conseguido. Por lo demás este tratado, aparentemente tan beneficioso para las Provincias Unidas, ponía demasiado en evidencia sus pretensiones desmesuradas y dejaba al arbitrio de un gobierno de signo diferente en Inglaterra, no sólo el incumplirlo, sino que, impulsados por el sentimiento de que se había abusado de ellos, rompieran a su favor el equilibrio en ventajas comerciales o de otro tipo al que aspiraban los holandeses. La realidad, bien que tres años más tarde, va a recorrer este camino.

CAPÍTULO 12. LA HORA DE INGLATERRA

12.1 TORIES Y WHIGS

La historia política de Inglaterra en los primeros años del siglo XVIII está marcada por el enfrentamiento entre los dos partidos que se disputaban el poder, enfrentamiento en el que la buena fe -expresión de uso tan socorrido en la época- brillaba por su ausencia y en el que se utilizaba cualquier medio, por heterodoxo que fuera, para desbancar al adversario del gobierno. Estos dos partidos y su manera de entender la política llenaban de desconcierto a una Europa uncida al carro de las ideas absolutistas y a quien la forma en que los ingleses manejaban su gobierno y su monarquía parecía, como mínimo, excéntrica.

En 1717, Paul Rapin de Thoyras, hugonote francés exiliado en Inglaterra, escribió una monografía llamada *Dissertation sur les whigs et les tories*¹ que, con un análisis muy preciso, abrió los ojos a Europa sobre la filosofía política y las motivaciones de toda índole que van a llevar -dicho de manera simplista- a que uno y otro partido mantengan posturas radicalmente diferentes sobre dos temas fundamentales para su nación: si lo que convenía a Inglaterra era la paz o la guerra y sobre la procedencia de buscar soluciones dinásticas diferentes a la propugnada en el Act of Settlement².

El nombre de ambos partidos tiene un origen análogo, que procede de cuando fueron fundados a mediados del siglo XVII, y se refiere a la denominación que se daba en la época a salteadores y ladrones de caballos, en Irlanda para los tories y en Escocia para los whigs³. Las diferencias en el pensamiento político entre unos y otros son grandes en teoría pero, en la práctica, pueden llegar a ser extremadamente confusas. Los campos de divergencia son fundamentalmente tres: el relativo a la confesión religiosa, la manera de entender la autoridad real y, por último, el estrato social cuyos intereses se defienden; y si a esto unimos que, al llegar a nivel individual, las convicciones personales pueden ser radicales o moderadas en cada uno de estos aspectos nos vamos a encontrar con un abanico ideológico que va a permitir que en no pocos gabinetes ministeriales gobiernen unidos tories con whigs sin que ello se deba a ningún tipo de alianza coyuntural si no, simplemente, a que personas concretas no encontraban incomodidad alguna en trabajar juntos y ello era así porque la postura, moderada o radical, en un cierto aspecto no implicaba necesariamente igual actitud en los otros.

En lo que al posicionamiento ante el hecho religioso se refiere en Inglaterra había en esa época dos posibilidades legítimas: bien la pertenencia a la religión oficial que era la Iglesia Anglicana, bien la adhesión a la Iglesia Presbiteriana, cuyos miembros eran conocidos también como *dissenters*. Generalmente la primera de estas confesiones se asociaba a los tories y la segunda a los whigs. Y, como es lógico, en unos y otros había extremistas, sobre todo los miembros del clero, que establecían como seña de identidad de su partido la

¹ La Haya, 1717.

² Castellví conoció este libro y lo cita profusamente. Tomo III, pp. 374 y sigs.

³ Inicialmente se llamaron *caballeros* y *cabezas redondas* respectivamente.

defensa a ultranza de su opción religiosa por encima de otras consideraciones de ideología política o de procedencia social.

La ideología propiamente política de ambos partidos tiene que ver, sobre todo, con el concepto que se tuviera sobre el origen del poder del Rey. Los que consideraban que el poder viene de Dios que lo pone en una cierta persona, o en una determinada dinastía, entienden que este origen divino le confiere una autoridad casi absoluta, homologable a lo que se proponía en las teorías políticas vigentes por entonces en el resto de Europa. Otros, aún siendo de igual opinión, no querían perder del todo la capacidad moderadora que el devenir histórico había dado al Parlamento. A los que, en general, pensaban de esta manera -los tories- se les adjudicaban indiscriminadamente tendencias *jacobitas* es decir favorables a que, muerta la Reina Ana, accediera al trono Jacobo III que era a quien, aplicando las habituales normas sucesorias, debería corresponder la Corona⁴.

Los whigs, por el contrario, eran republicanos en su facción más extrema y, en todo caso, partidarios de la primacía del Parlamento sobre el monarca a quien intentaban despojar de la mayor cantidad posible de competencias. En cuanto a la extracción social y a la defensa de intereses económicos la pequeña nobleza rural (*gentry*), muy poderosa por cuanto constituía el baluarte de la economía inglesa era, generalmente, de tendencia torie en tanto que las clases urbanas y mercantiles eran whigs. Naturalmente había también whigs defensores a ultranza de los intereses de los terratenientes. Probablemente Robert Harley fue su más conspicuo representante en esa época.

Harley, primogénito de una familia de terratenientes de Heresfordshire, alcanzo en 1701, a los 40 años, el puesto de *speaker* de la Cámara de los Comunes y tres años más tarde en el gobierno que, como lord tesorero, presidía Sidney Godolphin, fue nombrado Secretario de Estado para el Departamento Norte. De hecho ambos, junto a Marlborough, fueron considerados como el triunvirato que gobernó Inglaterra hasta 1708. También en ese gobierno apareció un hombre mucho más joven, tenía sólo 26 años, que era Henry Saint John⁵, futuro lord vizconde Bolingbroke que desempeñó el cargo de Secretario de Estado de Guerra y que va a acompañar a Harley, pese a que tres años después se van a deteriorar enormemente sus relaciones personales, a lo largo de toda su carrera política. Se trataba de un gobierno torie, de carácter moderado, en el que sólo a Harley se le consideraba con adscripción whig aunque muy ligado a intereses rurales. El triunvirato duró cuatro años, hasta 1708, cuando la Reina, por presiones de Godolphin y Marlborough que estaban molestos con la ambición excesiva de Harley, lo cesó siendo acompañado en su salida del gobierno por Bolingbroke que dimitió por solidaridad con él. Poco después los whigs ganaban las elecciones con la mayoría más abultada que obtenía este partido desde la Revolución.

A partir de su cese Harley inició un nuevo asalto al poder con maniobras de todo tipo. Años antes de ser defenestrado había colocado en el entorno de la Reina, como camarista, a una

⁴ Jorge I, elector de Hannover que fue quien sucedió a la reina Ana ocupaba el número 57 en la línea de sucesión a la corona.

⁵ Por simplicidad en adelante designaremos a Saint John como lord Bolingbroke aunque el título no le fue concedido por la Reina hasta agosto de 1712.

prima suya (también era prima de la duquesa de Marlborough) llamada Abigail Masham. Esta mujer consiguió que Harley, durante su ostracismo, tuviera una vía de comunicación permanente y secreta para influir en la Reina. Pero, además, durante su época de Secretario de Estado se había ocupado de poner en marcha un formidable aparato de propaganda que buscaba crear una opinión pública favorable a lo que él y su gobierno consideraban conveniente para Inglaterra. Pero cuando Harley fue defenestrado este aparato, que funcionaba perfectamente, cortados los flujos económicos que lo alimentaban, quedó, en el mejor de los casos, navegando a su aire y sin directrices que lo orientaran. Como afirma Downie sobre esta situación: “Es digno de mención que el gobierno descuidara financiar la producción y distribución (de panfletos) que aseguraran una victoria electoral. Godolphin tenía tan poca imaginación que fue capaz de enviar a Defoe a Escocia en lugar de aprovechar su pluma”⁶.

El sistema creado por Harley cubría no sólo las funciones de propaganda sino también las de contra propaganda, unidas a un sistema de distribución inédito que hacía llegar con celeridad notable periódicos y panfletos hasta el último rincón del país. En febrero de 1704 se funda por Defoe un semanario titulado *A weekly Review of the affairs of France*. Se conocería como la *Review* y su difusión sería muy grande. En 1708 Harley hace volver de Escocia a Defoe y lo pone de nuevo escribir a su servicio. En mayo del mismo año Harley redacta un *Plan inglés dirigido a todos los que son honestos o lo serían de saber cómo*. En este manuscrito se anticipan algunos de los argumentos que estarán luego en *Conduct of the allies*: Marlborough y Godolphin han manipulado a ambos partidos para poner en sus manos el poder absoluto y, en consecuencia, Gran Bretaña está siendo gobernada por una familia que está drenando la riqueza del campo para alimentar sus propios bolsillos y todo cuanto hacen está calculado para incrementar el poder y el beneficio suyo y de sus parientes⁷. El *Plan Inglés* no sería publicado pero, en septiembre del mismo año, aparece un panfleto titulado *Dream at Harwich* con similares ideas aunque expuestas de forma alegórica.

En 1709 sobreviene una amenaza grave al gobierno de Godolphin. Un párroco, Henry Sacheverell, bastante conocido desde el comienzo del reinado de Ana por sus ataques desde el púlpito de la universidad de Oxford a whigs, *dissenters* y tories moderados, pronunció un sermón el 5 de noviembre en el que atacaba con ferocidad al *Act of Settlement*, a la sucesión hannoveriana y particularmente a Godolphin como un torie que había traicionado a su partido. Este sermón, pronunciado en la catedral de San Pablo y en presencia del Lord Mayor, hubiera tenido mucha menos resonancia de no ser por la fecha en que se pronunció, en la que se conmemoraba el aniversario de la muerte en la hoguera de Guy Fawkes por haber intentado volar el Parlamento. Esto daba al sermón connotaciones verdaderamente subversivas. Fue publicado pronto y su difusión tuvo tanto éxito que se hicieron de él cuatro ediciones legales y seis piratas. No menos de 100.000 ejemplares fueron distribuidos en toda Gran Bretaña⁸. Los whigs llevaron a Sacheverell a los tribunales buscando no sólo

⁶ J. A. Downie. *Harley and the Press. Propaganda and Public opinion in the age of Swift and Defoe*. Cambridge, 1979, p. 104.

⁷ Ibid. p. 105.

⁸ Ibid., p. 116. No hay constancia de que Harley estuviera detrás de tan enorme difusión. Otros autores limitan la difusión a los 50.000 ejemplares.

un castigo ejemplar para que, en el futuro, ningún clérigo se atreviera a usar el púlpito para tales soflamas sino también para reafirmar la plena vigencia de la sucesión protestante. Incluso, para dar mayor trascendencia al juicio, en lugar de celebrarlo en un juzgado ordinario se habilitó para ello la propia Cámara de los Lores. Pero la maniobra no les salió como pretendían porque, el día antes de comenzar la vista, hubo a favor de Sacheverell protestas, tumultos, asaltos a viviendas de notables whigs e, incluso, se quemaron iglesias en Londres lo que obligó a movilizar a la guardia real. Era la demostración de que el apoyo al gobierno, aunque no hubiera sido aparente para observadores poco perspicaces porque no existían signos ni en la literatura ni en los periódicos, había en realidad caído en picado. Además la sentencia, que el 20 de marzo de 1710 lo declaró culpable por un estrecho margen de votos, castigó a Sacheverell –además de a la quema pública de su sermón- a tres años sin poder predicar. Pero la influencia y popularidad que había conseguido este clérigo eran tales que transcurrido el tiempo de la condena, en abril de 1713, según cuenta el marqués de Monteleón, que por aquellos días negociaba la paz con Bolingbroke, “hubo una gran fiesta en Londres, con luminarias por casi toda la ciudad y con replicadas descargas de artillería de los muchos bajeles que se hallan a la vista de esta ciudad en el Támesis... Y para el domingo próximo ha convidado a su primer sermón con tanto aplauso y generosidad que se paga una guinea por cada lugar en la iglesia”⁹.

En abril de 1710 la duquesa de Marlborough, después de una larga serie de desavenencias y agravios mutuos con la Reina, fue apartada de su intimidad y sustituida por Abigail Masham la cual, cuando “sus asiduidades le captaron la amistad de su Ama, se olvidó de cuánto le había beneficiado la duquesa y se rindió a las demandas de Harley. Lo introducía, avanzada la noche, ante la Reina con la que mantenía largas conversaciones”¹⁰. Era lo que se ha llamado el *gabinete de la escalera trasera*. La influencia de Harley, y también del duque de Shrewsbury, animó la voluntad de Ana –que era torie de corazón- de forma que fue cesando progresivamente, desde el mes de abril, a algunos de los ministros del gobierno, comenzando por su gentilhombre de cámara que fue sustituido por el duque de Shrewsbury¹¹. El tumulto político que produjo este cambio, unido a las presiones holandesas y austriacas ante la Reina para que no cambiara su gobierno, impidió que los conspiradores hicieran ningún movimiento durante los dos meses siguientes hasta que el fracaso de Gertruydemberg los puso nuevamente en marcha. A mitad de junio Sunderland, uno de los más prestigiosos whigs, tuvo que entregar su puesto de Secretario de Estado para el Sur a Lord Darmouth que ya era un tory. Finalmente el 8 de agosto de 1710 (V. E.) cayó también Godolphin y fue reemplazado, dos días más tarde, en su puesto de Canciller del Tesoro por Harley, lo cual conllevaba, en la práctica, la dirección de un gobierno¹² cuya

⁹ AGS, Estado, leg. 6822. Monteleón a Grimaldo, 21 de abril de 1713.

¹⁰ Lamberty, *Memoires pour servir l'histoire du siecle XVIII*. Tomo V, f. 3. Citado por Castellví, tomo III, p. 386.

¹¹ El cambio no parecía tener relevancia –al fin y al cabo el duque era también whig aunque poco significado- salvo para Godolphin que escribió una indignada carta a la Reina argumentando que Shrewsbury había votado contra el ministerio en el proceso de Sacheverell y que Marlborough no había sido consultado.

¹² La dirección teórica del gobierno correspondía a la Reina aunque en la práctica se consideraba al Canciller del Exchequer como su cabeza visible. En el caso del gobierno que va a formar Harley, debido por una parte a sus condiciones personales algo apáticas y partidarias de delegar funciones y, por otra, al empuje de Bolingbroke que no sólo era lo contrario sino que además tuvo en seguida línea directa con la Reina, este último actuó, casi desde el principio, con autonomía prácticamente total en lo relativo a la política exterior y de guerra. Darmouth a quien hubiera correspondido llevar los asuntos de Francia actuaba en la práctica como

idea era un *Queen's Ministry above party*, moderado y alejado de los tories radicales. Bolingbroke fue nombrado Secretario de Estado del Departamento Norte el día 1 de octubre.

Quedaba un único vestigio del gobierno anterior, el duque de Marlborough a quien no se consideró conveniente cesar en medio de la campaña militar porque por su prestigio, como héroe nacional en Inglaterra y como general victorioso en Europa, hubiera dado lugar a críticas generalizadas¹³. También era cierto que el duque ya no parecía interesado en los asuntos políticos y se concentraba exclusivamente en los militares. Ya en 1709 había pedido que se investigaran antecedentes para ser nombrado Comandante en Jefe vitalicio pero, ni existían ni parecía que ese nombramiento pudiera ser constitucional al afectar a las prerrogativas de la Reina para designar y cesar libremente a quien quisiera. Descontento con ello escribió a Ana solicitándolo pero lo único que obtuvo fue su respuesta indignada.¹⁴

En octubre se convocaron nuevas elecciones generales cuyo resultado fue acorde con lo que la opinión pública demandaba y los whigs, que tan gran mayoría habían conseguido en la anterior convocatoria electoral, fueron en esta ocasión barridos por el partido torie que consiguió más que duplicar su número de electos con respecto al partido contrario. Esta avalancha de diputados conservadores en la Cámara de los Comunes era políticamente heterogénea. Comenta Trevelyan:

“Los tories estaban divididos entre *jacobitas*, *hannoverianos* y un cuerpo intermedio de lealtades inciertas, ligados por razones de patriotismo a la sucesión protestante y por razones sentimentales a la Casa de Estuardo. El *October Club*¹⁵ era jacobita cuando estaba borracho y hannoveriano si estaba sobrio”¹⁶.

Aparte de estas diferencias el programa del nuevo gobierno tenía un punto fundamental y común a todo el partido tory que era el conseguir la paz y acabar con la sangría económica de una guerra que Inglaterra estaba costearo cada vez en mayor proporción. Por eso se puso en marcha una enorme campaña en favor del cese de las hostilidades. Otra revista, *The Examiner*, dirigida por Jonathan Swift y promovida por Bolingbroke, se unió a la *Review* en su tarea de formar opinión a favor de las tesis gubernamentales, y no sólo en lo que a la paz se refiere, también para crear un espíritu proclive a erradicar la mala administración¹⁷ que achacaban al gobierno de Godolphin. La culminación de esta campaña, una semana antes de la apertura del Parlamento, se hará con un panfleto escrito por Swift, aunque con muchas

subordinado suyo. Según Trevelyan Bolingbroke trataba a Dartmouth, “su hermano Secretario con estudiada insolencia, calculada para mantenerlo en la debida subordinación, Dartmouth sufrió mucho con el trato que le daba Saint John y pensaba que Harley no apoyaba lo suficiente a sus amigos”. Trevelyan, *England under Queene Anne*, tomo III, p. 95.

¹³ Además hubiera debilitado moralmente al ejército aliado y con ello la fuerza negociadora de Inglaterra ante las conversaciones que se pretendía entablar con Francia.

¹⁴ Cuando se conoció este asunto se levantó gran polvareda entre los tories y algunos de sus compañeros de armas que lo acusaron de querer erigirse en el *Dictador Perpetuo*.

¹⁵ Este club de diputados, bastante numeroso, se fundó en febrero de 1711. Defendían los derechos de la *gentry* y eran afines a las ideas de Bolingbroke

¹⁶ Trevelyan, *England under Queene Anne*, p. 89.

¹⁷ La historiografía inglesa no considera, en general, que hubiera tal mala administración salvo, como es lógico, por los gastos que ocasionaba la guerra.

aportaciones de Bolingbroke que, a lo largo de innumerables comidas y cenas, lo fue adoctrinando y poniéndole al tanto de la situación de las negociaciones y de los escollos, internos y externos, que amenazaban a la paz. El panfleto, que va a constituir el arma del gobierno de Harley para crear en la opinión pública la necesidad ineludible de acabar con la guerra, se llamaba *Conduct of the Allies* y su objetivo era destruir cualquier escrúpulo de conciencia que pudiera presentarse por la deslealtad evidente con que se iba a actuar con los aliados intentando demostrar que dicha deslealtad no era tal sino la reacción obligada y justa por años de agravios y abusos.

12.2 CONDUCT OF THE ALLIES.

Creo conveniente analizar con algún detenimiento este libro por cuanto puede dar una idea clara de cuales eran las posturas ante la guerra de los tres grandes aliados así como de sus respectivos intereses cara a una paz que, el 27 de noviembre de 1711 fecha de su publicación, a todos convenía salvo al Emperador. Y lo primero que se debe decir de este opúsculo -tiene unas 100 páginas- es que pese a las acusaciones, probablemente fundadas, de escasa calidad literaria debida a la rapidez con que fue escrito, no cabe dudar de su calado político, subrayado además por un estilo muy didáctico y contundente que lleva al lector a identificarse con la lógica implacable que esgrime Swift. El partido whig y, en general, los detractores de la paz, se percataron inmediatamente del peligro que para sus ideas representaba este panfleto y contraatacaron dando lugar, entre unos y otros, a un auténtico fuego cruzado de escritos de manera que en el tiempo transcurrido entre su publicación y los primeros meses de 1713 vieron la luz un total de sesenta y cinco libros similares de los cuales treinta y tres eran a favor de la paz, treinta en contra de ella -o al menos a favor de los aliados y de la actuación del gabinete anterior- y dos (cuyo autor era Defoe) pretendían mantener una actitud de cierto equilibrio entre ambas posturas¹⁸. El más famoso, entre los que apostaban por la paz, fue *The History of Jonn Bull*, de Arbuthnot, publicado en 1712 y cuyo protagonista va a pasar a la literatura como arquetipo del inglés de esta época.

Ya en el prólogo del libro Swift manifiesta que "los motivos de agravio son que se nos ha impuesto una carga mayor de lo que era justo o necesario, o de lo que podíamos aguantar, y que nos hemos sometido a las obligaciones más brutales, ya *para el incremento de los bienes y el poder de algunos particulares*, ya para favorecer los designios más peligrosos de una facción, cosas ambas a la que la paz hubiera puesto fin"¹⁹.

Explica que cuando tiene lugar una alianza entre naciones para una guerra hay que tener en cuenta, de manera principal, cuáles de ellas tienen razones de más peso para emprenderla:

"Tomemos el caso de dos príncipes que compitan por la corona de un reino y hay interés en ponerse de parte de aquel que, probablemente, conceda mejores condiciones para nuestro comercio y no a favor de otro que, posiblemente, no las ofrezca. Siendo así el príncipe cuya causa hemos abrazado, aunque no muy entusiastas, será quien lleve la voz cantante en esa

¹⁸ Bely, Lucien. *Espions et ambassadeurs au temps de Louis XIV*. Sain-Amand-Montrond, 1990. p. 610.

¹⁹ Swift, Jonathan. *La conducta de los aliados*. En *Obras Selectas de Jonathan Swift*. Madrid, 2002, p. 610.

guerra y nosotros, hablando en plata, unos simples comparsas. Supongamos por otra parte que una república corre el peligro de ser invadida por un vecino poderoso y que con el tiempo esto puede acarrear grandes daños en nuestro comercio e independencia. Resulta entonces necesario, aparte de prudente, prestarle a la república apoyo y ayudarle a asegurarse una frontera infranqueable, aunque ellos, que van a ser las primeras y más sufridas víctimas, deben asumir la máxima responsabilidad... Ahora bien, si un príncipe aliado, no excesivamente afectado por los triunfos o reveses de una guerra, es tan generoso como para aportar más medios que la parte principal, e incluso más de lo que permiten sus posibilidades, es natural que al menos obtenga lo que le corresponde en el reparto del botín"²⁰.

La idea clave que Swift, tras estas disquisiciones iniciales, pretende dejar patente es que "jamás hubo nación tan escandalosamente insultada por la insensatez, la temeridad, la corrupción y la ambición de sus enemigos de dentro, ni tratada con tanta insolencia, deslealtad e ingratitud por los de fuera" y para ello va a intentar demostrar los tres hechos siguientes:

"Primero. Que contra toda medida de prudencia o sentido común entramos en esta guerra como protagonistas cuando deberíamos haberlo hecho tan sólo como auxiliares.

Segundo. Que consumimos todas nuestras energías empeñados en aquellas operaciones que menos respondían al propósito con que entramos en la contienda y, en cambio, no nos esforzamos en absoluto en las que más hubieran debilitado a nuestro enemigo común y nos hubieran enriquecido de paso.

Tercero y último. Que toleramos a cada uno de nuestros aliados que quebrantaran todas las cláusulas de los tratados y acuerdos que los obligaban permitiéndoles echar la carga sobre nuestras espaldas"²¹.

En lo que se refiere al primero de estos hechos Swift recuerda que Inglaterra entró en la guerra sin haber tenido tiempo de recuperarse de la contienda anterior, abrumada por las deudas más elevadas -20 millones de libras- de su historia y con la amenaza de tener que imponer nuevos impuestos para amortizar dicha deuda y para sostener al ejército. Y si ya la guerra de la liga de Augsburgo había puesto de manifiesto la dificultad de doblegar a Francia, contando entonces los aliados con la ayuda de España, mucho más dudoso era el resultado de la guerra actual en la cual esta última nación se había aliado con Francia. Por ello considera que, salvo caso de necesidad extrema, carecía de sentido el haber entrado en esta contienda, máxime cuando el único agravio real recibido por Inglaterra fue "el ultraje de dar por Rey al Pretendiente". Pero, una vez reconocido Felipe V como Rey por Gran Bretaña, "si consideramos insolencia e injusticia que los franceses intentarán imponernos un Rey, los españoles pensarían que la misma razón, es decir poca, nos asistía al querer imponerles otro a ellos".

Por eso lo razonable hubiera sido limitarse a cumplir con un tratado anterior que obligaba a Inglaterra a asistir con diez mil hombres a Holanda, si ésta era atacada por los franceses. En lugar de esto lo que se hizo fue firmar un nuevo tratado, el de la Gran Alianza, por el que las partes contratantes se obligaban a prestarse ayuda mutua "con todo el poderío de cada

²⁰ Ibid., pp. 615 y 616.

²¹ Ibid., p. 628.

nación". Y, a juicio de Swift, esta expresión de *todo el poderío*²² implica aplicar los máximos recursos que un soberano puede obtener cada año de sus súbditos pero sin necesidad de recurrir a un endeudamiento adicional, que fue lo que realmente ocurrió y no por una minucia sino por importe de tres o cuatro millones de libras anuales. Con ello el protagonismo que toma Gran Bretaña, no empeñando todas sus fuerzas como de manera excesiva pide el tratado, sino superándolas, va más allá de lo lógico y sensato.

El segundo hecho que expone Swift es que todos estos gastos -y las pérdidas humanas inherentes a la guerra- se han aplicado durante diez años a fines y objetivos geográficos en los que podía el enemigo mantener a raya a los aliados con relativa facilidad, descuidando por completo otros que hubieran sido mucho más rentables:

"Tal política hubiera debilitado antes al enemigo y finalmente podría haber favorecido una paz inmediata... Han concluido diez campañas gloriosas y ahora podemos, como el enfermo del cuento, morir por fin con todos los síntomas favorables ... Penetrar en territorio enemigo, atravesar ríos y conquistar ciudades pueden ser acciones de guerra acompañadas de muchas gloriosas circunstancias; pero cuando todo ello no nos aporta ni una sola ventaja tangible, cuando no tiene otro fin que aumentar el territorio de los holandeses y la fama y la riqueza de nuestro general, entonces yo concluyo que nuestras tropas y nuestro dinero se podrían emplear sin duda mejor, ya fuera doblegando al enemigo, ya consiguiendo algún beneficio para nosotros. Pero el asunto es mucho más grave: estamos sacrificando muchos miles de vidas, agotando toda nuestra fortuna y no por interés de la nación, lo que sería sólo de sentido común, no por algo fútil, lo que sería harta necedad, sino por nuestra propia destrucción lo cual es una absoluta locura"²³.

Se lamenta Swift de haber conquistado territorios importantes y extensos que, entregados a los holandeses, les van a permitir instalar allí manufacturas que les harán más competitivos en el comercio en detrimento de los intereses británicos. Critica también la guerra de España y la credulidad de los que pensaron que, nada más llegar el Archiduque con unos pocos soldados, todo el país se sublevaría y, finalmente, se queja de que Peterborough, el único general capaz de encadenar algunos éxitos, tuviera que regresar ante la envidia de sus rivales y los caprichos de un príncipe sin experiencia a quien aconsejaban unos ministros alemanes rapaces²⁴. Y continúa con sus quejas:

"A mitad del coste en que hemos incurrido podríamos haber sostenido nuestro contingente original de 40.000 hombres en Flandes y, al mismo tiempo, con nuestras fuerzas navales haber hostigado a los españoles en los mares de América en grado suficiente como para impedir que viniera de allí dinero alguno excepto como carga de nuestros barcos. Y, sin necesidad de excepcional fortuna, ello hubiera forzado pronto a Francia a pedir la paz y a España a reconocer como Rey al Archiduque. Y sin embargo llevamos diez años derrochando dinero en el continente"²⁵.

²² La expresión que utiliza Swift es *totis viribus*.

²³ Ibid., pp. 633 a 635.

²⁴ Se refiere evidentemente al Archiduque.

²⁵ Ibid., p. 637. Esta idea es redundante en Bolingbroke: debería haberse cortado radicalmente el flujo de oro y plata que venía de América.

Fue una desgracia para este reino que el mar no fuera elemento apropiado para el duque de Marlborough pues de otro modo se hubieran aplicado infaliblemente allí todas las energías combativas. Pero se objeta con razón que, si hubiéramos intentado algo semejante, los holandeses se habría sentido celosos; y, de haberlo hecho nosotros conjuntamente con Holanda, la Casa de Austria lo habría visto con desagrado... De no ser así difícilmente se puede imaginar cómo estando confederados en una guerra con aquellos que van a recibir todas las ventajas, y que descargan sobre nuestros hombros doble peso del que soportan ellos, no nos atrevamos a dar un paso, aunque sea contra nuestro enemigo común, en que se vislumbre la menor posibilidad de que ello redunde en beneficio de nuestra patria, no sea que nuestros aliados se sienta molestos u ofendidos, al tiempo que nos arruinamos conquistando provincias y reinos para ellos"²⁶.

Al explicar el tercer punto es cuando Swift más enfatiza con amargura y desilusión la conducta desleal de los aliados y la contrapone a la mansedumbre con que Inglaterra ha tolerado que se incumpliera el tratado de la Gran Alianza y se echara sobre ella toda la carga de la guerra. Comienza quejándose del incumplimiento de las condiciones iniciales respecto a la cuantía de las fuerzas que cada uno de los confederados debía movilizar o a la obligación impuesta de que todos suspendieran sus relaciones comerciales con Francia cosa que Holanda no hizo²⁷. Lamenta a continuación que, año tras año, Inglaterra se viera obligada a incrementar su aportación militar en tanto que Holanda la disminuía y, cuando se elevaron las correspondientes protestas, los holandeses usaron el artificio de mantener el número de regimientos pero reduciendo un veinte por ciento la dotación de hombres y dinero. Y de esta manera se invirtieron los términos pactados e Inglaterra estaba aportando un tercio más que los holandeses, cuando debía ser justamente al contrario.

"Por otra parte cuanto más ciudades conquistamos para Holanda peores son las condiciones en que estamos para dominar al enemigo común y, de resultas, terminar la guerra. En efecto, los Estados Generales no sienten el menor escrúpulo en asignar como guarniciones de las ciudades que se van tomando, a las tropas de su cuota, en contra de los términos pactados por los cuales quedaban excluidas especialmente las guarniciones. De esta suerte se ha llegado, paso a paso, a una situación en que no hay muchas tropas bajo el mando del duque de Marlborough en Flandes que no sean las que mantiene la Gran Bretaña en tal servicio, ni tampoco las ha habido en los últimos años"²⁸.

En lo que se refiere a las fuerzas navales el acuerdo era que Inglaterra soportaría los cinco octavos del coste de las operaciones y los holandeses el resto. Tampoco cumplieron en esto y ni una sola vez aportaron los contingentes comprometidos. Es más, según Swift, con frecuencia los navíos holandeses abandonaban la flota aliada y se dedicaban a la tarea de atender a sus mercantes y a proteger su comercio. Se queja también de la actitud del Archiduque y pone, entre otros ejemplos, cómo en junio 1711 se le pagaron los subsidios prometidos hasta el total de las cantidades correspondientes a ese año. Sin embargo ese dinero fue malversado porque no sólo las fuerzas que realmente tenía el Archiduque eran sólo un tercio de las que subvencionaba Inglaterra sino que, además, ni cobraban sus soldadas ni recibían ropas o equipamiento.

²⁶ Ibid., pp. 638 y 639.

²⁷ De hecho estas relaciones comerciales no serían suspendidas hasta 1710 como represalia unilateral de Luis XIV por el fracaso de las conversaciones de La Haya.

²⁸ Ibid., p. 649.

En lo que se refiere al Emperador sus incumplimientos eran más graves. Debía contribuir con 90.000 hombres a la causa común (esta cifra, mayor que la de sus aliados, se justificaba porque no tenía que mantener, a diferencia de ellos, medios navales y en que su familia iba a ser la gran beneficiada por la victoria sobre Francia) pero nunca llegó a aportar más de 20.000, salvo en lo relacionado con las fuerzas de Italia que eran los territorios que realmente le interesaban, mucho más que España y las Indias. "Logrado en Italia lo que pretendían pronto descubrieron el procedimiento más eficaz para excusarse de sus compromisos. Haciendo cuentas llegaron enseguida a la conclusión de que les resultaría menos oneroso hacer grandes obsequios a una sola persona que pagar un ejército, obteniendo en ambos casos las mismas ventajas"²⁹. Esta frase, aparentemente oscura, hace referencia a las sumas de dinero que, al parecer, recibió Marlborough a título personal, aparte de otras compensaciones como el haber sido nombrado por Leopoldo I príncipe de Mandelheim.

También acusa al Emperador de deslealtad y pone varios ejemplos como el frustrado ataque a Tolón y a su base naval, operación de gran importancia estratégica que tuvo que abandonarse ante la decisión unilateral austriaca de enviar sus ejércitos a la conquista de Nápoles. Otro caso fue su negativa a aportar más tropas en el norte de Italia -lo que hubiera obligado a Francia a reaccionar sacando tropas de Flandes- o su incumplimiento pertinaz de las concesiones hechas por los aliados al duque de Saboya para que entrara en la liga:

"De hecho hemos conquistado todo Baviera, Ulm, Augsburgo, Landau y gran parte de la Alsacia para el Emperador y, además, facilitando tropas, pagando ejércitos y destruyendo enemigos hemos contribuido decisivamente a la conquista de Milán, Mantua y Mirándola, así como a recobrar el ducado de Módena. El último Emperador vació las riquezas de estos países en sus propias arcas, sin aumentar los contingentes de soldados contra Francia al hacerse con tan valiosas adquisiciones, ni ceder a las más justas peticiones presentadas por nosotros"³⁰.

Como tanto Holanda como Austria disminuían sus tropas año tras año, Inglaterra impotente para hacer más levadas entre sus naturales debía contratar mercenarios de príncipes del Imperio "cuyos representantes han importunado a nuestra corte con exigencias descabelladas pese a que tales príncipes debían ayudar al Emperador, de acuerdo con las leyes del Imperio, sin coste alguno", lo que no hicieron con la excusa de que sus tropas ya servían a Inglaterra.

Acusa Swift a Godolphin y a Marlborough de haberse hecho los dueños de Inglaterra y afirma que "la verdadera causa de la guerra fue el encumbramiento de una familia concreta, en resumen una guerra del general y del gobierno y no la del soberano y su pueblo... Con este comportamiento estaba de acuerdo todo ese grupo de gentes conocido como gente adinerada, los que han amasado enormes fortunas comerciando con acciones y fondos públicos y prestando con altos tipos de interés y primas. Ellos son los que encuentran siempre provecho en la guerra y los que han de ver declinar sus ventajosas operaciones

²⁹ Ibid., p. 654.

³⁰ Ibid., p. 660.

mercantiles si llega la paz"³¹. En el caso concreto de Marlborough le acusa de cobrar una comisión del dos y medio por ciento sobre todas las sumas que pagaba Inglaterra para mantener activa la guerra así como *grandes gratificaciones u obvenciones de una guerra larga y victoriosa que tan amistosamente han sabido ajustar él y los Estados Generales*³².

El partido whig y sus dirigentes no salen mejor librados de los ataques de Swift:

"Tras tomar posesión de sus cargos los whigs tuvieron las manos libres para dirigir el Parlamento, silenciar a los terratenientes y desazonar a la iglesia... y tuvimos que someternos a todo esto porque al general (Marlborough) se le dieron facilidades, porque en su país a las gentes adineradas les gustaba la guerra, porque los whigs no estaban todavía firmemente establecidos y porque aquel ejercicio desorbitado del poder desaparecería si se firmaba la paz.

Estoy atribuyendo la continuación de la guerra a la complacencia mutua del general y los aliados, que tan buena cuenta trajo a las dos partes; a los temores de los cambistas de que *les volcaran las mesas*, a los designios de los whigs, que tenían miedo de perder su influencia y sus cargos si acababa la contienda y a todos aquellos que disfrutaban de una inmoderada acumulación de autoridad y de favores sin otro mérito que el suponer que eran necesarios en ciertos asuntos... Así pues, cuando la Reina ya no pudo soportar la insolencia y la tiranía de estos desleales servidores, que cuanto más los cebaban más cocebaban, cundió la alarma entre nuestros dos grandes aliados y nuestros especuladores de bolsa y todos ellos se apresuraron a rogar conjuntamente a la Corona que Su Majestad no cambiara de ministros ni de tesorero... Parece claro, por tanto, que existía una especie de conjura por todos lados para seguir adoptando estas medidas que necesariamente van a perpetuar la guerra, conjura basada en los intereses y ambiciones de las distintas partes"³³.

A continuación Swift insiste en lo que ya hemos comentado con detalle en capítulos anteriores acerca de que el tratado de la Gran Alianza, en su artículo octavo, establecía una serie de objetivos para los aliados pero, en ningún caso, el de exigir que España y las Indias fueran para la Casa de Austria y, mucho menos, que esto fuera condición *sine qua non* para la paz. Repudia que no se aceptaran las propuestas de Luis XIV en Gertruydemberg, más generosas que los objetivos que se pretendían al comienzo de la guerra. Swift llama *farsa* a las conversaciones de Gertruydemberg y se pregunta cuáles podían ser sus fines salvo "el entretener a la gente y hacer subir las acciones a los amigos que estuvieran en el secreto y venderlas luego con beneficios". Y se pregunta, "¿no habría otro modo de garantizar la seguridad de Gran Bretaña o la libertad de su comercio que obligando al Rey de Francia a volver las armas contra su nieto arrojándolo de España?"³⁴.

³¹ Ibid., p. 665. En el caso concreto de Godolphin la acusación era totalmente injusta. En una época en la que determinadas formas de corrupción eran habituales el gran tesorero siempre mantuvo sus manos limpias y lo único que pudo decirse de él fue que buscó el bienestar de su hijo haciéndole emparentar con los Marlborough.

³² Ibid., pp. 665 y 666. Estas acusaciones tuvieron gran influencia en la caída de Marlborough. El archidiácono Coxe, que escribió la defensa del duque, rechaza casi todos los cargos de corrupción que se le hicieron pero no el de las *grandes gratificaciones*.

³³ Ibid., pp. 667 a 669. Estas presiones de las que habla Swift son ciertas, En cuanto a la conjura terminó en un episodio poco aclarado en el que Ana, huyendo de la duquesa de Marlborough y sus afines, tuvo que abandonar Windsor y refugiarse en un pabellón de caza (*cottage*)

³⁴ Ibid., p. 677.

El libro entra seguidamente a explicar los cambios producidos en la situación de Europa tras la muerte de José I y cómo resulta más peligroso para el equilibrio de poder en el continente el tener un Emperador, que sea al mismo tiempo Rey de España y de todos sus dominios, que un príncipe de la Casa de Francia gobernando exclusivamente España. Por esta razón hay que abandonar el mito de *No peace without Spain* y acabar con una guerra que no hace otra cosa sino arruinar a Inglaterra porque su coste era de seis millones de libras al año lo que obligaba a contratar préstamos por importe de tres millones y medio. La deuda total de Inglaterra debía estar, en aquellos momentos, próxima a los cincuenta millones de libras y no parecía posible enjuagarla en menos de 20 años, incluso más, no existiendo antecedentes, salvo la España de finales del XVII, de que una nación hubiera hipotecado hasta tal punto el futuro de sus habitantes.

Termina el libro hablando de que Francia, dando por inútiles sus conversaciones con los holandeses, se ha dirigido a Inglaterra en demanda de paz. Es Gran Bretaña la que ha llevado el peso de la guerra y esta razón le da derecho a jugar el papel decisivo a la hora de negociar las condiciones para su final. Y también para garantizar, como es de justicia, que las compensaciones que se reciban de los enemigos estén repartidas en función del esfuerzo bélico realizado por cada uno de los aliados.

Es este el resumen de los argumentos de *Conduct of the allies*. Apasionados siempre y muchas veces contundentes, con buenas dosis de demagogia y no exentos de mentiras o de medias verdades³⁵. Pero el libro cumplió su función abriendo –y ganando– un debate en la sociedad inglesa que no sólo dejó electoralmente maltrecho el partido whig sino que permitió que la negociación de Utrecht pudiera llevarse a cabo sin excesivos sobresaltos y con una opinión pública controlada.

12.3 EMBAJADORES Y AVENTUREROS

Fracasadas las conferencias de Gertruydemberg, Luis XIV esperaba con impaciencia que cristalizaran los movimientos, por todos esperados, consecuencia de la caída en desgracia de la duquesa de Marlborough. Llegaban a Francia toda clase de mensajeros: personas del partido torie para encontrarse con Jacobo III, escoceses que no ocultaba su deseo de retornar a la obediencia de quien consideraban el heredero legítimo del trono e innumerables intermediarios que pretendían hablar en nombre Holanda o Saboya o, simplemente, que decían haber ideado una fórmula mágica para conseguir una paz aceptable para todos.

A estas personas Bely les llama *aventureros*: "Esta categoría borrosa respondía en realidad a criterios precisos: eran hombres que viajaban a través de Europa ofreciendo sus servicios a príncipes (y el diálogo con el soberano o el ministro prueban su ambición política) y

³⁵ La historiografía inglesa actual suele exculpar en gran parte a los holandeses diciendo que, si bien incumplieron en lo relativo a sus aportaciones, su esfuerzo bélico, al tratarse de un país muy pequeño, fue más importante que el de Inglaterra. Por otra parte, como se ha visto, las exorbitantes ventajas que les dio el Tratado de la Barrera fueron, sobre todo, generosidad –naturalmente interesada– de Inglaterra.

pertenecían muy a menudo, por su modo de vida y sus *maneras*, al mundo de la nobleza. Esto implicaba una rica vestimenta, criados, equipajes y vehículos; estos signos eran carta de presentación suficiente en una sociedad donde vivir noblemente contaba tanto como ser noble. Un título o una dignidad, a veces legítimo, a veces inventado, era la mejor de las introducciones"³⁶. Estas personas, movidas por la esperanza de una espléndida recompensa, aportaban sus ideas, muchas veces quiméricas, y se hacían valer como intermediarios o correveidiles entre naciones o gobernantes.

El marqués de Monteleón, entonces representante de España ante la República de Génova, escribía a Torcy diciendo que se le había aproximado un comerciante judío, Rafael Sacerdoti, que hablaba en nombre del duque de Saboya –aunque éste que negaría siempre tal pretensión- para ofrecer a Francia buenos oficios y mejores esperanzas a fin de intermediar con los aliados en la negociación de la paz a cambio de la entrega de algunas ciudades³⁷. Esta oferta, sin ser abandonada, no tuvo buena acogida por parte de Luis XIV pues la trayectoria anterior de Víctor Amadeo y sus frecuentes cambios de bando lo convertían en persona de escasa fiabilidad. Por su parte Bergeyck decía seguir negociando con su intermediario holandés, siempre sobre la hipótesis de mantener a Felipe V en España, a cambio de entregar Cartagena y Cádiz a los holandeses y Puerto Mahón a los ingleses. La realidad demostró posteriormente que su contacto tenía más de embaucador que de cualquier otra cosa porque estas propuestas o no le llegaban o no eran consideradas por Heinsius.

En agosto de 1710 aparece un nuevo intermediario, Foscarini, embajador de Venecia en Holanda y diplomático experto³⁸, que decía haber elaborado un proyecto que permitiría mantener a Felipe V en España. Como sus obligaciones le impedían salir de Holanda, para hacerlo conocer a Francia utilizó los servicios de un tal Rossi, caballero de Malta, a quien Foscarini entregó copia de su proyecto junto con las explicaciones que venían al caso. El veneciano había hablado –y en esta ocasión era cierto- tanto con Buys y Van der Dussen como con Heinsius intentando convencerles de que las claves para acabar con la guerra estaban, por una parte en mantener en su trono a Felipe V y, por otra, en garantizar a Holanda tanto su comercio como sus fronteras. Los dos diputados se resistían diciendo que con un príncipe francés en España su comercio estaría perdido y que, además, estaban condicionados por los tratados que habían suscrito. Foscarini les contestó que lo que realmente había que asegurar era que no serían molestados en su comercio y que Francia no disfrutaría de ninguna ventaja sobre ellos. Y en cuanto a los compromisos con sus aliados, la Gran Alianza lo único que prescribía era una satisfacción justa y razonable para el Emperador. Por lo que se refiere a Inglaterra, si lo que pretendía era la seguridad de su comercio, quedaría totalmente satisfecha.

El embajador veneciano no reveló a los holandeses en qué consistía su proyecto, pero sí lo hizo al caballero Rossi para que lo contara a Torcy. Sus puntos fundamentales eran los siguientes: el Rey de España reuniría Cortes, sin revelar previamente el motivo, y declararía ante ellas que la causa fundamental de la guerra era el temor que las potencias marítimas

³⁶ Bely. Op. cit., p. 55.

³⁷ Torcy, *Journal*, pp.227 y 228.

³⁸ Foscarini entre 1679 y 1683 había sido el embajador de Venecia en París.

tenían sobre la seguridad de su comercio. Para desvanecer éstos temores Felipe haría ante las Cortes el juramento solemne, en su nombre y en el de sus sucesores, de mantener el comercio con las Indias en igual estado al vigente durante el reinado de Carlos II. Y para garantizarlo establecería un tribunal soberano que recibiría las posibles reclamaciones e impartiría la justicia que correspondiera. Y, según decía, cuando se divulgara la noticia de que se había promulgado una ley inviolable en tal sentido, la presión de los mercaderes de Amsterdam haría inevitable la paz dejando a Felipe V en su trono.

Pero justamente cuando el caballero Rossi exponía esta propuesta al marqués de Torcy llegaron noticias de la batalla de Zaragoza y de la comprometida situación en que había quedado Felipe V. La propuesta perdió actualidad y Luis XIV, temiéndose lo peor y para poder afrontar en condiciones más aiosas las exigencias de sus enemigos cuando se reanudaran las negociaciones, creyó que lo más oportuno era intentar convencer a su nieto de que era inevitable el abandono de su corona y que, por propia voluntad, debía renunciar al trono de España. Para esta delicada misión eligió al duque de Noailles³⁹ y al entregarle, el 7 de septiembre, las instrucciones para esta embajada Torcy dijo al duque: "Podéis ver la confianza que el Rey pone en vos. La misión es difícil pero estamos en un tiempo en el que no las hay fáciles. Si tenéis éxito evitaremos muchas penas y complicaciones y el reino estará en deuda con vos".

La instrucción indicaba que debía examinar cuidadosamente con el rey de España tanto el estado de sus ejércitos como la situación general del país y, si veía falsas o quiméricas las esperanzas que albergaba Felipe, abordaría de manera inmediata el fondo de la cuestión: no le iba a ser posible mantenerse como Rey en España y las Indias y no le quedaba más solución que aceptar el reparto propuesto -aunque no asegurado por los enemigos- de Sicilia y Cerdeña. Por supuesto que esto no era comparable con lo que ahora tenía, una de las primeras monarquías del mundo, pero mayor aún era la desproporción entre un Rey que gobierna dos islas y la vida privada de un príncipe desposeído de sus estados y sin esperanza alguna de recuperar su trono:

"Un príncipe reducido a la condición de particular cae pronto en el olvido y sus virtudes son como enterradas; se vuelve inútil al resto del mundo y es una carga para su propio país; y lejos de encontrar ocasiones para hacer valer sus derechos no deja en herencia más que títulos y pretensiones vanas... Estas consideraciones debía hacerlas en presencia de la Reina, buscando todos los argumentos para disipar las ilusiones que pudiera mantener. Y, en caso de convencerlo, la decisión debía ser absolutamente secreta y sólo comunicada a Luis XIV a fin de que, mediante esta reserva, se pudiera negociar la paz en las condiciones más ventajosas. Se dejaba a criterio del duque la forma de actuar con la princesa de los Ursinos, amedrentándola, si fuera necesario, y llegando a decirle que se le haría responsable de los malos consejos que pudiera dar al Rey".

Siguiendo estas instrucciones habló Noailles con los Reyes utilizando la siguiente argumentación que tuvo la réplica correspondiente:

"Las demostraciones de celo y adhesión que les hacían los españoles, siendo estimables, no eran suficientes para sostener un estado y que podían considerarse estas demostraciones como

³⁹ En lo relativo a esta misión seguiremos las *Memoires du duc de Noailles*, París, 1829, tomo III, pp. 19 a 30.

efecto del orgullo nacional pero que, si España era sometida por la fuerza, las protestas no serían muchas, siempre y cuando la nación no cayera en deshonor. Para dar mayor convicción a su discurso aseguró que varias personas, respetadas en Francia por sus virtudes, habían sido de la opinión de que Luis XIV podría declarar legítimamente la guerra a España si su Rey rehusaba lo que se le ofreciera en el tratado de paz.

Ninguna de las razones de Noailles quedaron sin réplica y, tanto el Rey como la Reina, las contradijeron con fuerza. Según ellos, aunque algunos descontentos hubieran dado lugar a ejemplos de infidelidad, la nación en su conjunto había dado pruebas de una adhesión absoluta sobre la que no cabían sospechas; era verdad que a las tropas les faltaba disciplina, pero se encontraría el medio de dársela. El ejército de Aragón había sufrido pérdidas importantes pero el de Extremadura estaba intacto. No había buenos generales pero el duque de Vêndome los supliría. Y se debía considerar una suerte que los ingleses hubiesen determinado al Archiduque a avanzar hacia Madrid... Los enemigos han tomado medidas equivocadas, descuidando cosas esenciales y arruinando sus ventajas. ¿Por qué no aprovecharse de todos estos errores?, ¿Qué progreso puede hacer el enemigo sin plazas fuertes, sin almacenes, teniendo contra ellos a toda la nación y alejados ochenta leguas del lugar donde han comenzado la campaña?

Ciertamente no estamos desesperados. Estamos al corriente en nuestros ingresos y tan sólo tenemos dos meses comprometidos de los del próximo año. Los ingresos son escasos pero los socorros extraordinarios de los pueblos y los préstamos llenarán el vacío presupuestario... La propuesta de aceptar Sicilia y Cerdeña fue firmemente rechazada como una trampa de los enemigos para despojar totalmente a Felipe puesto que sería imposible mantener este reparto. *¡Si todavía se propusiera toda Italia!...* La única cosa decisiva que pudo conseguir Noailles del Rey fue la promesa de que haría todo cuanto quisiera su abuelo con tal de que le dejaran el continente de España y las Indias".

Esta promesa va a tener posteriormente una gran trascendencia y no va a estar exenta de conflictos porque Luis XIV, cuando abrió las negociaciones con Inglaterra, consideró, al menos inicialmente, que su nieto le había dado carta blanca para ofrecer en su nombre cuanto considerara conveniente con tal de quedarse con España y las Indias. Pero a Felipe V, cuando vio que las exigencias de Gertruydemberg habían pasado a la historia y que él se encontraba más afianzado en su trono, le pareció excesivo el mantener una promesa tan genérica aunque hubiera sido hecha a su respetado abuelo.

Finalizada la embajada del duque, el 25 de septiembre, Felipe V escribió a Luis XIV dándole cuenta de sus conversaciones con Noailles:

"Algunas razones que me ha dicho y algunas desgracias que me ha vaticinado preferiría someterlas a lo que Dios quiera decidir sobre mi suerte combatiendo antes que tomar por mí mismo una decisión en la que mi honor y mi gloria parecen poco interesadas y abandonar a un pueblo al que mis desdichas no han producido, hasta ahora, otro efecto que aumentar su celo y su afecto por mí... Digo también que le he confiado (a Noailles) para que os lo haga saber algo demasiado importante para ser plasmado en papel y que no puede comunicarse más que una persona como él. Os pido por anticipado un secreto absoluto sobre este asunto..."

El 14 de octubre volvió Noailles a París sin traer otra cosa entre las manos –aparte de la promesa antes comentada– que una nueva y más insistente petición de socorro por parte de

Felipe V. Poco antes había llegado una carta de Vêndome a Luis XIV⁴⁰, contestando a la petición que se le había hecho de analizar e informar sobre la situación de los asuntos militares de España. La respuesta del duque era más que positiva: aparte de la guardia valona -de más de 4.000 hombres- se había conseguido reagrupar, procedentes del ejército Aragón, a 5.000 soldados de caballería y 8.000 de infantería. Entre Extremadura y Andalucía había no menos de 48 batallones y 59 escuadrones y, lo que es más importante, las muestras de fidelidad que continuamente daban los españoles le hacían pensar que, para que el Archiduque pudiera mantenerse en la península, se necesitaría un ejército extranjero de 50.000 hombres que no tenía ni parecía posible que lo consiguiera.

Al día siguiente tuvo lugar la audiencia oficial de Luis XIV y de su Consejo a Noailles en la que, oído el informe del duque, se manejaron tres posibles actuaciones: dejar a Felipe V que se defendiera con sus propias fuerzas, entrar con un ejército por Navarra o realizar una maniobra de diversión en Cataluña. La insistencia de Noailles movió finalmente a Luis XIV a decidirse por esta última opción ya que la posibilidad de entrar en Navarra, aparentemente más eficaz, presentaba graves problemas logísticos. Fue en este mismo consejo cuando Luis XIV dijo que nada revelaría sobre el asunto que Felipe V había confiado tan en secreto al duque.

Sin embargo, meses después, en febrero de 1711, contó reservadamente a Torcy cuál era este asunto tan confidencial⁴¹: el príncipe Eugenio había escrito de su propia mano a Felipe V proponiéndole, por medio de un perfecto desconocido, el portador de la carta, que el Rey de España le concediera la soberanía de los Países Bajos. Y la letra parecía auténtica de Eugenio. Lo que Luis XIV no reveló a Torcy fueron las contrapartidas, sin duda decisivas, que este príncipe ofrecía a Felipe a cambio de esta cesión. Torcy pensó que la carta era una burda trampa que se tendía al Rey de España porque era poco verosímil que Eugenio realizara actos tan comprometidos "que le convertirían en criminal de estado" si se descubrían. Máxime si tenemos en cuenta que el conocimiento que tenía este príncipe del estado general de los asuntos debería llevarle al convencimiento de que con sólo el consentimiento del Rey Católico no era suficiente para que pudiera hacerse con esta soberanía. Por eso el Secretario de Estado manejaba dos hipótesis: o bien la carta no era autógrafa de Eugenio -y no había razones para pensar que Felipe V conociera de forma tan indubitable su letra- y, consecuentemente, el emisario era un impostor, o bien la carta era auténtica pero era una trampa que se había tendido al Rey Católico para hacer ver al elector de Baviera, que también reclamaba insistentemente esta soberanía, que estaba siendo engañado alevosamente por Francia y España. No obstante Felipe V siempre tuvo la carta por verdadera, y las contrapartidas que ofrecía Eugenio por posibles, de manera que envió un poder a Bergeyck, en los términos siguientes:

“Conde Bergeyck: Yo os doy poder pleno y absoluto para tratar con mi primo el príncipe Eugenio de Saboya de mis estados de Flandes, de Mainaut, Brabante y la Gueldres española así como todas las fortalezas situadas en dichos países...consintiendo en cederlas en completa soberanía y propiedad...Y remito enteramente a vos las restricciones y reservas que os pudiera parecer conveniente especificar en el tratado que haréis con este príncipe prometiendo

⁴⁰ Vêndome a Luis XIV, 25 de septiembre de 1710. En Baudrillart, op. cit., p. 420.

⁴¹ Torcy, *Journal*, pp. 372 a 374.

reconocerle por conde soberano de Flandes tan pronto me haya ejecutado aquello que me ha sido prometido por él...Valladolid, 26 de septiembre de 1710”⁴².

Y para contentar a Luis XIV, que se había comprometido a entregar Flandes al duque de Baviera, autorizaba a continuación a Bergeyck a ceder a su abuelo los ducados de Luxemburgo y Limburgo para que pasaran a “formar parte de sus propios estados”⁴³.

Todo el último cuatrimestre de 1711 fue un continuo movimiento de gentes que acosaban a Torcy diciendo ser portadores de propuestas de paz. A título de ejemplo me detendré en algunos casos: el 8 de septiembre le llega a Torcy una propuesta unilateral de paz del duque de Saboya a través de un italiano, de oficio procurador de comunidades, a quien conocía el duque de Berwick. En noviembre Pettekum escribía al Secretario de Estado instándole a recomenzar las conversaciones con los holandeses porque, según sus contactos, la coyuntura parecía favorable. Sus gestiones fueron descartadas porque, tras Gertruydenberg, se había perdido toda confianza en él. Sin embargo se trató de abrir una vía paralela a través de Hennequin, burgomaestre de Róterdam, a quien ya había utilizado Chamillart en 1708 para gestiones similares. Pero Hennequin insistía en que sólo habría posibilidades para la paz si se daban garantías suficientes de que Felipe V abandonaría el trono de España. En diciembre aún seguía vivo el proyecto Foscarini y Torcy lo comentó con Bergeyck que lo rechazó por utópico. Y ya en los primeros días de enero el intermediario entre los holandeses y el duque de Baviera vuelve a ponerse en contacto para proponer que, concedida por Felipe V a Maximiliano Manuel la soberanía sobre Namur y Luxemburgo, estas regiones se neutralizaran en cuyo caso las tropas del elector de Baviera abandonarían al ejército francés.

Todas estas gestiones y embajadas, que cuenta con todo detalle el *Journal Inedit* de Torcy, eran recibidas sin tener la más mínima fe en su buen fin, pensando sólo en que algún hecho de guerra en Europa, similar a lo que representó la batalla de Villaviciosa en España, pudiera poner sobre el tablero nuevas expectativas. Sin embargo el *Journal* oculta y hasta disimula –puesto que lamenta la ausencia de la esperada aproximación de Inglaterra- que incluso antes de la llegada de Harley al poder en agosto de 1710, ya se habían producido los primeros contactos epistolares con ingleses, ciertamente etéreos aunque más consistentes que las historias que contaban los *aventureros* a las que anteriormente me he referido. Es difícil saber las causas por las que se mantuvo este secreto, incluso en un diario tan personal como el de Torcy, pero tampoco los ingleses dijeron nada y las aproximaciones a Francia sólo fueron conocidas, durante muchos meses, exclusivamente por tres personas⁴⁴: el propio Harley, el duque de Shrewsbury y el conde de Jersey. A ellos se uniría desde el

⁴² AHN, Estado, leg. 2574. Felipe V a Bergeyck, 26 de septiembre de 1710.

⁴³ Hay que tener en cuenta que el elector de Baviera reclamaba por aquellos meses y con gran insistencia el cumplimiento de los tratados que había suscrito en 1701 con Francia (ratificados posteriormente de manera privada por Felipe V) por los cuales, caso de perder a causa de la guerra sus estados patrimoniales, como efectivamente ocurrió, se le compensaría con la soberanía sobre el País Bajo español. Luis XIV estaba de acuerdo con cumplir lo acordado y presionaba a su nieto para que así lo hiciera. Felipe se negaba pues creía que la cesión, aparte de ser inoperante dada la situación militar que existía en Flandes, al hacerse pública se levantarían las iras de los españoles al tratarse de un desmembramiento de la Monarquía.

⁴⁴ Bolingbroke nada supo hasta ya avanzado el año siguiente, coincidiendo con el atentado a Harley del que luego hablaremos.

principio el intermediario que iban a utilizar, el abate Gaultier⁴⁵. Las memorias del duque de Berwick nos hablan de quien, hasta entonces, no había sido más que un oscuro sacerdote que vivía en Inglaterra:

"Me limitaré aquí a decir sólo una palabra sobre el abate Gaultier cuya fortuna ha sido muy extraña. Su nacimiento fue muy ordinario y sus facultades por el estilo, es decir muy pobres. Siendo sacristán de la parroquia de Saint-Germain-en-Laye alcanzó, debido a su ambición, un puesto como clérigo del castillo que le podía representar tres o cuatrocientas libras al año. El abad Du Vivier, maestro de dicha capilla, molesto porque hubiera buscado este empleo por una vía diferente a la suya habló de él al Rey de manera reticente y, como otros que aspiraban al mismo puesto maniobraron en su contra, decidió buscar fortuna en otra parte. Consiguió ser uno de los capellanes del mariscal de Tallard, embajador en Inglaterra⁴⁶; y declarada la guerra consiguió igual empleo con el conde de Gallas embajador del Archiduque y esto le dio ocasión de conocer a la condesa de Jersey que acudía allí a oír misa porque era católica..."⁴⁷.

Las referencias que nos han llegado de Gaultier no son demasiado concordantes. Torcy dice de él lo siguiente:

"El abate Gaultier, simple sacerdote, desprovisto de boato y sin la menor preocupación por el ceremonial, era tan del gusto del Gran Tesorero que, cuando el Rey quiso enviar a Inglaterra un agente de carácter más relevante, este ministro pidió insistentemente a Su Majestad que dejara a Gaultier el cuidado de ejecutar sus órdenes. En efecto, entendía a la perfección las instrucciones que se le daban, las explicaba con claridad y no era menos exacto en la relación que hacía de las respuestas de los ministros de Inglaterra, de los encargos que se le hacían y de los conocimientos que tenía sobre el estado del reino o de las disposiciones de la nación. Si había que atravesar el canal para dar cuenta verbal de alguna comisión importante, y explicarla con más detalle del que cabe en una carta, lo hacía sin la más mínima queja. En él todo eran facilidades cuando se trataba del servicio"⁴⁸.

Sin embargo hay otras opiniones mucho menos benévolas como la de Du Puis -del que luego hablaremos- que lo acusaba de intemperancia y venalidad, de "amar el reposo y la botella" y de que "por su conducta irregular no atraía la estima de nadie"⁴⁹. Conjugando ambas versiones parece muy posible que fuera hombre adulator, extremadamente ambicioso⁵⁰ y con magníficas relaciones verticales pero controvertido entre sus iguales.

En cualquier caso el mariscal de Tallard, antes de abandonar su puesto de embajador de Inglaterra, consideró que era persona idónea para continuar en el país y, de vez en cuando, enviar información al Secretario de Estado de Asuntos Exteriores francés sobre lo que allí

⁴⁵ Algunos escritores franceses de la época –Torcy entre ellos- lo llamaban *Gautier* pero no era este el nombre por el que habitualmente se le conocía.

⁴⁶ El mariscal Tallard fue hecho prisionero por los ingleses en la batalla de Bleinheim, el año 1704. Desde este año vivía en Inglaterra bajo arresto domiciliario.

⁴⁷ Duque de Berwick, *Memoires*, 2ª parte, p. 416. Y añade el duque: "Supo aprovechar tan bien la buena opinión que consiguió para sí que se hizo con treinta o cuarenta mil libras de renta, sea en pensiones, sea en abadías". Entre ellas no hay que olvidar los 12.000 francos que le concedió Felipe V sobre las rentas del arzobispado de Toledo.

⁴⁸ Torcy, *Memoires*, tomo II, p.121.

⁴⁹ Bely, L., op. cit., p. 395.

⁵⁰ Presionó cuanto pudo para conseguir el capelo cardenalicio.

aconteciera. Le recomendó entonces permanecer en Londres actuando con gran discreción para no ser expulsado o detenido por espía. "Las órdenes dejadas por el mariscal de Tallard fueron puntualmente seguidas. Gaultier escribía raramente y no dio ninguna información importante durante el transcurso de la guerra y de esta manera su estancia en Londres no levantó sospechas"⁵¹. Gaultier actuaba -ignoro si cumpliendo órdenes precisas- como lo que hoy llamamos un *durmiente* que fue despertado el año 1710 porque hay constancia documental, no sólo de cartas suyas a Torcy sino también de una pensión de 1.200 libras concedidas por Luis XIV en junio y de un pago adicional en septiembre de este mismo año. Escribía a Torcy en clave, dirigiendo las cartas a M. Le Vasseur, banquero, Rue Sainte-Anne y firmando *de l'Orne*.

El conde de Jersey, uno de los *jacobitas* más activos del momento, no llegó a formar parte nuevo gobierno inglés pero era amigo de Harley y del duque de Shrewsbury y cuando se planteó la forma de entrar en contacto con el gobierno de Francia, tras comentarlo entre ellos, les pareció que una persona avisada y relativamente oscura, como era Gaultier, podía ser adecuada para el primer acercamiento oficial. Desde el momento de su formación el nuevo ministerio inglés había estado proclive a dejar España bajo el rey Felipe pero la victoria de Stanhope en Zaragoza impulsó a Jersey, en los primeros días de octubre, a decirle a Gaultier: "Debemos esperar y ver el rumbo que toman las cosas en España antes de emprender la negociación por si el Rey fuera expulsado por su rival Carlos". Pero la evacuación de Madrid por los aliados en noviembre, y la inmediata batalla de Brihuega, aconsejaron a Jersey enviar a Torcy, por medio del abate Gaultier, el siguiente mensaje:

"No insistiremos en adelante en la completa restauración de la monarquía española en la Casa de Austria y, si lo hacemos, será sin convicción y pro forma siempre que Francia y España nos den seguridades adecuadas para nuestro comercio. Y tan pronto hayamos conseguido lo que necesitamos, y acordado el tratado correspondiente con ambas coronas, lo comunicaremos a nuestros aliados"⁵².

De hecho los contactos habían comenzado antes, en julio, cuando al parecer Torcy ordenó a Gaultier un acercamiento a Shrewsbury⁵³. Posteriormente, en septiembre, Jersey va asegurar a Torcy que la Reina nunca más volverá a nombrar un gobierno whig y que está determinada a conseguir la paz aunque sea pasando por encima de los holandeses. El mes siguiente continúan las conversaciones con Gaultier al tiempo que comienzan a producirse las primeras salidas de contexto de Jersey empujado por su pasión *jacobita*. He aquí lo que dice Gaultier a su Secretario de Estado en una carta medio cifrada escrita en octubre:

"Como los nuevos mercaderes (los ministros) tienen en gran consideración a Monseñor de Montgoulin (el Pretendiente) parece que si él considera como arreglar el asunto (la conversión a la fe anglicana) no habría ninguna dificultad en devolverle lo que le pertenece *mortua tamen prothosâ* (cuando muriera la reina Ana)"⁵⁴. Estas declaraciones de Jersey,

⁵¹ Torcy, *Memoires*, tomo 2º, p. 16.

⁵² Trevelyan, *England under Queene Anne*, Tomo III, pp. 87 y 88. La carta de Gaultier a Torcy lleva fecha de 23 de diciembre de 1710 (N. E.) y se encuentra en *Affaires Etrangères, Anglaterrre*, 230.

⁵³ Según Trevelyan Gaultier era persona conocida en los medios jacobitas de Londres y él mismo daba la impresión de, pese a su nacionalidad, ser un modesto activista a favor del pretendiente.

⁵⁴ Gaultier a Torcy, *Aff. Étr. Anglat.* 230, f. 319. Tomado de Trevelyan, op. Cit., p. 92 y 93.

insensatas y al margen de la política oficial del nuevo ministerio, hicieron mucho daño porque a Torcy le hicieron dudar de la veracidad del contacto al parecerle imposible que se dirigieran a un enemigo en estos términos tan confidenciales. Los historiadores ingleses atribuyen la actuación inicial de Jersey, por cuenta propia y sin seguir directriz alguna, ya se ha dicho que no era miembro del gobierno, a negligencia de Harley y a lo reactivo que era a entrar hasta el fondo en los asuntos importantes. Fue el propio conde de Jersey quien se encargó de dar a Gaultier las instrucciones para la misión que debía llevarle a Francia.

"Se trataba de hacer saber al Rey que los ministros a quien la Reina de la Gran Bretaña había confiado el cuidado de sus asuntos deseaban la paz, porque la creían necesaria para el bien de Inglaterra. Pero que no estaba en sus manos el abrir una negociación particular con Francia porque se veían constreñidos, por su propia seguridad, a actuar con grandes miramientos; que era necesario que el Rey propusiese una vez más a los holandeses reanudar las conversaciones para una Paz General y que, cuando estuvieran abiertas, los embajadores que Inglaterra nombraría para participar en ellas tendrían órdenes tan precisas que no podría la República de Holanda impedir su feliz conclusión"⁵⁵.

La primera información relativa a tantos meses de contactos nos da Torcy en su *Journal* tiene fecha de 21 de enero de 1711. Pareciera como si el abate hubiera surgido *ex novo* como ángel anunciador. Habla de que "ha recibido una carta de un sacerdote francés llamado Gaultier... que me había hecho saber que cuando tuviera algo importante que entregarme lo traería personalmente". Dos días antes le había avisado de su llegada a Nieuport y de su intención de entrevistarse con él. El 21 de enero tuvo lugar la primera reunión entre Torcy y Gaultier, que no se conocían personalmente, y con notable desparpajo comenzó éste la conversación diciendo: "*¿Queréis la paz?, vengo a daros los medios para concluirla, con independencia de los holandeses que son indignos de las bondades del Rey y del honor que les ha hecho tantas veces dirigiéndose a ellos para pacificar Europa*". Preguntar a un ministro de Su Majestad si deseaba la paz era como preguntar a un enfermo afectado por una larga y peligrosa enfermedad si quería curarse. Sin embargo, como hay charlatanes de toda especie, era prudente atemperar la esperanza y averiguar antes cuál era la misión del abate Gaultier y qué medios pretendía emplear para tener éxito en ella"⁵⁶.

Gaultier no traía escrito ni credencial alguna y pedía tan sólo que se le entregara una carta para el conde de Jersey en la que Torcy dijera simplemente que se alegraba de que el conde gozaría de buena salud y que encargaba al abate que le llevara saludos. Esta carta sería una especie de pasaporte que permitiría a los ingleses saber que el interlocutor había sido aceptado y que podrían por su medio plantearle sus propuestas. Torcy veía algunos inconvenientes en este acercamiento. En primer lugar no se fiaba de Gaultier porque, aun siendo teóricamente espía suyo, podía ser agente doble. Además, ni lo conocía personalmente ni la información que le había enviado desde Londres, a causa de las antedichas confidencias de Jersey, parecía muy de fiar. Conocía lo suficientemente bien a los *aventureros* como para desconfiar de ellos, de sus trampas y de su doble juego, aunque, ciertamente, escribir la carta que pretendía el abate nada tenía de comprometido. Pero había objeciones de más peso: se sabía que los partidarios de la guerra en Holanda, para librarse

⁵⁵Torcy, *Memoires*, tomo 2, p. 17.

⁵⁶Ibid., p. 18.

de las críticas que había producido el fracaso de Gertruydemberg y de la inquietud causada por el silencio, desde hacía varios meses, de Francia, no cesaban de esparcir rumores de que se estaba a punto de recibir una nueva propuesta en la que se mejorarían sustancialmente las condiciones exigidas por los Preliminares. Por ello parecía difícil que aceptaran una nueva negociación sin que Luis XIV tuviera que asumir previamente todo lo que en Gertruydemberg había rechazado.

Tampoco convenía, en el mes de enero, que llegara a hacerse público que se abría un nuevo proceso de paz. Los años anteriores una situación similar, y en el mismo mes, había afectado gravemente a la preparación de la campaña "ralentizando los esfuerzos que los oficiales hacían para el restablecimiento de sus tropas". En tercer lugar estaba el efecto que esta negociación produciría en los españoles, cuya fidelidad acababa de salvar al Rey de España, y que vivían en un momento de euforia por las ayudas de Francia y las buenas expectativas que se les abrían. La noticia de una nueva conferencia de paz les haría pensar que, de nuevo, iban a ser abandonados lo que tendría, casi con seguridad, peores efectos para los intereses comerciales franceses en España que el que tuvo el abandono anterior. Por ello había que estar seguro de que la vía propuesta tenía posibilidades de éxito.

Gaultier contestaba a estas objeciones pintando un mundo color de rosa que luego se revelaría como falso y diciendo que los que le enviaban no pensaban en absoluto en que la paz debiera fundamentarse en los Preliminares de La Haya, ni pretendían que Felipe V tuviera que dejar su trono. Era cierto que, para el anterior gobierno, era ésta una condición innegociable pero los que ahora mandaban tan sólo aspiraban a ventajas comerciales. Cuando Torcy preguntó por su alcance el abate dijo ignorarlo pero que, posiblemente, se trataría de acordar un permiso para hacer directamente el comercio con las Indias y de la entrega adicional de algunas islas o plazas en América. En cualquier caso, afirmaba, si los holandeses no estaban dispuestos a negociar en estas condiciones, Inglaterra lo haría por su cuenta y sin consultarles.

Al día siguiente Torcy habló con Luis XIV proponiendo dos vías de contacto con los holandeses de acuerdo con la petición de Gaultier. La primera sería a través de Henniquen a quien debería decirse que la nueva situación de España hacía absurdo el comenzar una nueva negociación sobre las bases que establecían los Preliminares y que habría que negociar bajo unas nuevas condiciones. La segunda vía, más lenta e incierta, era usar los oficios del Rey Augusto de Polonia como intermediario ante Holanda. Luis XIV quedó en meditar sobre todo ello y tomar su decisión en el consejo que se iba a celebrar el 25 enero. En esta reunión lo que prevaleció fue la opinión sostenida por Des Maretz, Secretario de Estado de Guerra, quien dijo que la recuperación del ejército francés había sido tan sensible que, a su juicio, se encontraba para la próxima campaña en condiciones ventajosas frente a unos aliados divididos y con fuerzas disminuidas. Y que "era más honorable y más útil para el Rey responder (a Gaultier) que había visto, por parte holandesa, tanto desprecio por la paz, tanta altivez y tan mala fe, que no era posible dirigirse a ellos para pedir una nueva negociación; pero que lo haría de buen grado con los ingleses, tras el cambio de ministerio, y con la administración de los asuntos en manos de personas a quien Su Majestad estimaba"⁵⁷. Esto fue comunicado a Gaultier que regresó inmediatamente a Inglaterra para

⁵⁷ Torcy, *Journal*, pp. 356 a 359.

dar cuenta del resultado de su misión. Torcy asombrado del cambio que parecía haber experimentado la situación escribe en su *Journal*:

"La paz no debía ser obra de los hombres y era Dios quien se reservaba el momento y los medios para devolverla a Europa... Cuando el Rey consentía en los mayores sacrificios para alcanzarla se hubiera dado mucho por conseguir separar a Inglaterra de sus aliados; una gratificación considerable a Marlborough hubiera sido útilmente empleada: esto que se hubiera comprado tan caro en aquellos difíciles tiempos se nos ofrecía ahora sin que costara nada ni al Rey ni al reino. El gobierno de Inglaterra tomaba la iniciativa y, sin pretender el menor compromiso por parte de Su Majestad, se contentaba con una simple carta de cortesía a uno de sus ministros"⁵⁸.

El 22 de febrero llegó la contestación de Gaultier en la que se limitaba a decir que había comunicado a Jersey la propuesta francesa y que les parecía posible consentir en ella para lo cual se estaba estudiando el sistema para iniciar las conferencias sin ofender excesivamente a los holandeses. Pero, en cualquier caso, el honor de Inglaterra exigía que los ofrecimientos de Francia, salvo en lo relativo a la permanencia de Felipe V en su trono, no fueran inferiores a los que se habían hecho en Gertruydemberg y que hubiera, además, alguna concesión específica y atractiva para Gran Bretaña.

Gaultier continuó enviando frecuentes cartas en las que hablaba, sin más precisiones, de que las cosas iban por buen camino. En dos de ellas, fechadas el 10 y el 13 de marzo, anunciaba que estaba presto a cruzar el canal tan pronto hubiera novedades y que "el conde de Jersey, a quien se daba por seguro como cabeza de la negociación por parte inglesa, aceptaba la pensión de 40.000 libras que Torcy le había ofrecido en nombre de Luis XIV"⁵⁹. Sin embargo las contestaciones francesas a Gaultier eran muy cautelosas y llenas de generalidades porque la desconfianza sobre lo que pudiera haber realmente detrás de la embajada del abate continuaba. Además, la confidencia que había deslizado el conde de Jersey sobre que el partido torie pensaba restaurar al Rey Jacobo a la muerte de Ana, cuya la mala salud era bien conocida⁶⁰, aconsejaban no precipitarse porque, de ser cierto, con el Estuardo –que tanto debía a Luis XIV– en el trono inglés las cosas serían mucho más fáciles.

Dos circunstancias vinieron a aumentar la confusión. La primera es que un tal Du Puis, hugonote y antiguo subgobernador del príncipe de Nassau, llegó a Francia diciendo traer información, que provenía del entorno de Heinsius, según la cual no era el momento de hacer la paz porque las condiciones en que podía lograrse serían inferiores para las Provincias Unidas a las propuestas admitidas en la Haya. Como máximo iguales. Por lo cual caería sobre el Pensionario todo el coste político de los dos años de guerra innecesarios que habían transcurrido. Por tal razón la única opción era acercarse a Inglaterra, cuyo nuevo ministerio parecía desear sinceramente la paz. Du Puis decía haber hecho gestiones, tanto

⁵⁸ Torcy, *Memoires*, tomo II, p. 20.

⁵⁹ Torcy, *Journal*, p. 404. Trevelyan habla de 3.000 libras esterlinas y afirma que el cohecho fue sugerido por Gaultier para quien "se trataba de un precio muy pequeño para una paz con la subsiguiente restauración Estuardo". Trevelyan, op. cit., p. 179.

⁶⁰ Por otra parte Francia conocía perfectamente, aunque dudaba de su sinceridad, las manifestaciones que Marlborough había hecho al duque de Berwick –hijo de su hermana Arabella y por lo tanto su sobrino– en cartas que intercambiaron en una ocasión en que los ejércitos de ambos acampaban próximos: Marlborough se mostraba dispuesto a servir a Jacobo III "sin perjuicio del interés de la nación".

con Londres como con dirigentes del partido holandés proclive a la paz, con resultados esperanzadores. En consecuencia se ofrecía para pasar a Inglaterra y hablar con Bolingbroke con quien, decía, le unía una antigua amistad⁶¹.

La segunda circunstancia era que Torcy había recibido una carta, sin fecha ni firma, cuyo autor decía querer prestar un gran servicio a Luis XIV causando un grave perjuicio a sus enemigos. De esta forma pretendía espiar antiguas traiciones que había hecho a Francia, su patria. Torcy adivinó, porque conocía de antiguo su letra, que se trataba de otro *aventurero*, el abate de la Bourlie, persona desequilibrada e imprevisible que en Londres se hacía pasar por marqués de Guiscard⁶². Luis XIV, pese a todo ello, autorizó a que se mantuviera abierto este contacto por si conducía a algo positivo. Bourlie había estado como espía al servicio de Inglaterra pero, al llegar Harley al gobierno, le había reducido su sueldo a la mitad lo que produjo en él un enorme resentimiento. La correspondencia que mantenía con Francia fue interceptada y, aunque era poco explícita, el abate fue detenido y llevado a la oficina de Bolingbroke el 8 de marzo de 1711 a fin de ser interrogado. Allí agredió a Harley con una navaja, causándole dos heridas graves. Los ministros ingleses que acompañaban al Gran Tesorero repelieron la agresión a punta de espada dejándole tan maltrecho que, veinte días más tarde, le llegaría la muerte⁶³.

Según escribió Swift en el *Examiner*, Bolingbroke le había contado que en la confesión que hizo Guiscard después de ser herido dijo que su objetivo no era Harley sino Saint John pero que ambos, durante el interrogatorio, intercambiaron sus asientos por lo cual, "no siendo capaz de alcanzar con la navaja al Secretario de Estado, como pretendía, le produjo satisfacción asesinar a la persona que, según pensaba él, Mr. Saint John más estimaba"⁶⁴.

Este incidente, que puede parecer anecdótico, tuvo una influencia decisiva en la negociación de la paz. Harley, a quien se le infectó la herida, tuvo que apartarse por seis semanas de las tareas de gobierno y Bolingbroke, que hasta entonces ignoraba todas las gestiones que se habían hecho para aproximarse a Francia, porque así lo había querido Harley, tomó en sus manos las riendas de la negociación, riendas que ya no abandonaría hasta que se firmara la paz⁶⁵. Sin duda el esquema que Bolingbroke tenía de los pasos a dar y de las prioridades políticas necesarias para alcanzar la paz era mucho más claro que el de Harley, y sobre todo más agresivo. Gaultier escribía a Torcy lo siguiente:

⁶¹ Hay que recordar que Bolingbroke aún nada sabía.

⁶² De hecho su hermano que era teniente general en el ejército francés llevaba el título de conde de Guiscard.

⁶³ Bely, L., op. cit., p. 104.

⁶⁴ Downie, J. A., op. cit. p. 136. Esta versión me parece sospechosa. Harley tuvo otro atentado, en este caso fallido, en noviembre de este mismo año con el equivalente a uno de nuestros paquetes bomba actuales. La perspicacia de Jonathan Swift que se encontraba con él desbarató el intento. De hecho Trevelyan niega la versión de Swift atribuyéndola a amigos de Bolingbroke que la hicieron circular para quitarle crédito a Harley. Según este historiador Guiscard "en su desesperado humor era como un perro rabioso que hubiera podido herir a cualquiera". Trevelyan, *England under Queen Anne*, tomo III, p. 120.

⁶⁵ Realmente en ausencia de Harley debió ser lord Dartmouth, Secretario de Estado para el Sur, quien se encargara de las incipientes conversaciones por corresponder a su zona. Sin embargo fue Bolingbroke, por la autoridad moral, acreditada desde que llegó al gobierno, que le daba su mayor capacidad, quien se hizo con el manejo de los asuntos que antes llevaba Harley, entre otros, todo lo relativo a la paz.

“La enfermedad subsiguiente a la herida le ha impedido durante algún tiempo prestar atención a la negociación y, durante ese intervalo, el Secretario de Estado Saint John se ha metido de lleno en el asunto, pese a que la intención de su responsable era mantenerlo en la ignorancia. Pero cuando ha tomado conocimiento de lo que había ya no ha sido posible apartarlo del negocio por más que Harley lo deseara”⁶⁶. Posteriormente Gaultier suaviza el asunto diciendo que, en cualquier caso, Saint John era “persona bien intencionada”.

“Fue bueno que una personalidad más fuerte tomara sobre sí las riendas de la negociación porque Jersey había mostrado muchas señales de debilidad como defensor de los intereses de Inglaterra; tan tarde como en julio había dicho a Gaultier que Gibraltar y Puerto Mahon serían posteriormente vendidos a España. Hubiera sido como arcilla en las hábiles manos de Torcy. Afortunadamente la negociación con Francia era aun muy incipiente cuando Saint John se hizo cargo de ella”⁶⁷. Constituye ésta otra de las frivolidades de Jersey cuyas consecuencias (pues Torcy lo comentó a Felipe V) fueron tal vez graves porque, a instancias del conde de Bergeyck, se dieron instrucciones al marqués de Monteleón, durante las negociaciones de Londres en 1713, para reclamar la devolución de Gibraltar —que se pensaba no interesaba a Inglaterra por su oneroso mantenimiento— a cambio de un equivalente. Bolingbroke se escabulló como pudo, diciendo que no era el momento políticamente adecuado, pero durante el medio siglo posterior España va a gastar muchísimas energías en esta reclamación que, quizás, la actitud imprudente del conde de Jersey contribuyó a promover⁶⁸.

A partir de entonces, el camino que dará vía libre a las negociaciones se va a tornar más expedito, pese a que la posibilidad de que Francia estuviera detrás del atentado al Gran Tesorero, aunque abandonada pronto por absurda, paralizó por un tiempo su comienzo. Probablemente a esto se refiere Bolingbroke cuando el 3 de abril (N.E.) escribe a Buys lo siguiente: “Es necesario poner al mal tiempo buena cara; nosotros lo hacemos y Francia, al menos, tanto como el que más. *Me parece que quieren esperar a ver el éxito de las intrigas que desde hace algún tiempo traman* antes que pensar seriamente en la paz”⁶⁹.

Francia se debatía, a decir de Torcy, entre la propuesta hecha por Du Puis y la de Gaultier aunque parecía que la primera era menos conveniente: “Ambos citan a los mismos ministros ingleses como los promotores de sus gestiones. Nombran por igual a Harley, Shrewsbury, Rochester y Saint John”⁷⁰. Gaultier añadía a Jersey del que Du Puis nada sabía.

⁶⁶ *Aff. Étr. Ang.*, 233, f. 44. Citado por Trevelyan, op. Cit., p. 179.

⁶⁷ Trevelyan, op. cit., tomo III, p. 180.

⁶⁸ Puede verse al respecto el interesante libro de D. Gómez Molleda *Gibraltar. Una contienda diplomática en el reinado de Felipe V*. Madrid, 1953.

⁶⁹ Bolingbroke. *Lettres Historiques, politiques philosophiques et particulières de Henry Sain John, Lord visc. Bolingbroke*, París, 1808, tres volúmenes. Tomo I, p. 29. Esta obra no reproduce más que parcialmente la obra primitiva *Letters and Correspondence public and private of R. H. S. St. John, visc. Bolingbroke*, London, 1798, cuatro volúmenes. En nuestras citas usaremos ambas publicaciones por cuanto lo que más interesa a nuestros efectos es la correspondencia con Torcy, con Monteleón y con la princesa de los Ursinos y toda ella se escribió originalmente en francés. Bolingbroke dominaba totalmente este idioma. Las citas, en adelante serán *Lettres* para la versión francesa y *Letters and Correspondence* para la inglesa.

⁷⁰ Como hemos visto Saint John nada sabía de la negociación.

La del abate parecía la mejor puesto que había venido directamente de su parte... y así Su Majestad resolvió continuar la negociación con Gaultier"⁷¹.

12.4 LAS IDEAS DE LORD BOLINGBROKE

Resulta sorprendente que, realizado con éxito el primer contacto, el comienzo de las negociaciones se dilatará más de lo normal y, una vez comenzadas, fueran tan lentas. La razón de ello, dejando a un lado la lógica desconfianza entre enemigos, estribaba en que el gobierno inglés no tenía en los momentos iniciales, aparte de una firme voluntad de acabar con la guerra, ideas claras sobre como llevar a cabo el proceso de paz por la complicación que la postura de sus aliados imponía. Las opiniones, e incluso los objetivos, del trío de ingleses que estaban en el secreto no eran coincidentes. En esta tesitura vino a aumentar la confusión, tras el atentado a Harley, la entrada de Bolingbroke en el asunto y, de manera muy especial, la muerte del Emperador José I. Intentaré explicar cuales fueron los esquemas mentales que guiaron la actuación inglesa, y en especial la de Bolingbroke, a lo largo de los primeros tiempos. El punto de partida, tanto de Saint John como de sus compañeros de gabinete, era que el Tratado de la Barrera había sido una concesión absurda, además de desproporcionada, a las Provincias Unidas. Carecía de sentido que Inglaterra, cuyas aportaciones habían sido muy superiores a las del resto de los aliados, tuviera que recibir iguales compensaciones que Holanda al conseguirse la paz. Por otra parte, para el Secretario de Estado la entrega de todo el continente de España, y de las Indias, al Archiduque era una cuestión perfectamente prescindible como puede comprobarse a continuación:

"Siempre consideré la necesidad de reducir toda la Monarquía española a la obediencia de la Casa de Austria como una necesidad supuesta porque, sin duda, no lo era real. La instalación de un príncipe austriaco en el trono de España era, evidentemente, el medio más seguro para prevenir la unión de las monarquías de Francia y España; lo mismo que el colocar a un Borbón en dicho trono era también el sistema mejor para prevenir la unión de la corona española y el Imperio. Pero en uno y otro caso es totalmente falso que éstos fueran los únicos medios"⁷².

Uno de los objetivos irrenunciables de la Gran Alianza era la búsqueda del equilibrio de poder que llevaba cuarenta años inclinado del lado de Francia. La cuestión, en 1711 era si, después de diez años de guerra y grandes victorias aliadas, el poderío francés había sido convenientemente abatido y ya no constituía un peligro cierto para sus vecinos. Bolingbroke mantenía a este respecto ideas peculiares:

"Porque fuera el que fuere el castigo sufrido por esta nación y la miseria y el hambre que sin duda habrá experimentado, aunque su comercio fuera perturbado y su industria deprimida por un gobierno arbitrario, es tal el carácter de ese pueblo y las ventajas naturales del país que, a pesar del grado de miseria que pudiese haber padecido en un determinado tiempo, veinte años de tranquilidad le eran suficientes para restablecer su economía y enriquecerse de nuevo a expensas de todas las naciones de Europa"⁷³.

⁷¹ Torcy, *Journal*, p.418.

⁷² Bolingbroke, *Lettres sur l'histoire*, tomo 2, carta 8ª, pp. 199 y 223.

⁷³ Ibid., p. 265.

Para Bolingbroke no se trataba de que los aliados redujeran a Francia a los límites territoriales de Münster, o incluso de la paz de los Pirineos, porque "la fuerza de Francia era grande pero lo que la volvía formidable era lo inexpugnable de sus fronteras que Luis XIV había estado fortificando durante 40 años y que todos sus vecinos cometieron la locura de permitirlo. La verdadera reducción del exorbitante poder de Francia (y no me paro en proyectos quiméricos como cambiar su gobierno) consistía en dejar al descubierto sus fronteras y fortificar las barreras contra ella por medio de la cesión o demolición del mayor número posible de sus plazas"⁷⁴. Por lo tanto no le valían los argumentos de los que querían continuar la guerra alegando que aún no se había alcanzado un adecuado equilibrio de poder y que Francia debía ser más abatida.

En cualquier caso, como antes indiqué, la muerte de José I, el 17 de abril de 1711, y la casi segura sucesión al trono imperial del Archiduque, obligaban a hacer consideraciones muy diferentes de las que anteriormente se creían razonables. El 24 de julio un impactado Bolingbroke expresaba, en una carta a lord Orrery, su célebre sentencia *the system of the war is essentially altered*:

"Se debe también observar que en el primer sistema establecido en esta guerra se intentaba no sólo rescatar a España de manos de Francia sino mantener separadas la Monarquía española y el Imperio. De otra manera no habría habido necesidad de los actos de renuncia hechos a favor de Carlos (por Leopoldo I y su hijo José) para que éste ocupara el trono de España con el beneplácito de los aliados. Pero si el Imperio y los dominios españoles fuesen unidos en la persona de este príncipe el sistema inicial del conflicto quedaría esencialmente alterado"⁷⁵

Estaba claro que la unión de ambas coronas pondría de nuevo en pie el imperio de Carlos V lo cual no convenía en absoluto a los intereses de Inglaterra porque esta unión, que poseería innumerables puertos en el Mediterráneo y dispondría de la experiencia naval española que, aunque muy debilitada como potencia por entonces, podía recuperarse y llegar a constituir una evidente amenaza para el comercio inglés. Además, superado por Austria el problema turco, no sería difícil a ambas coronas constituirse en la potencia hegemónica de Europa. Decía Bolingbroke:

"Estábamos reducidos a hacer la guerra desde la muerte del emperador José sin ningún plan positivo acordado entre los aliados como base de la futura paz. El plan de la Gran Alianza hacía tiempo que se había abandonado y el nuevo plan que lo había sustituido no parecía conveniente y, de haberlo sido, se hubiera vuelto impracticable a causa de las divergencias entre los aliados, muchos de los cuales y pese a la resolución irrevocable del Emperador, no hubieran consentido que fuera también Rey de España. Ignoro qué partido pensaban proponer, *en su sabia y profunda política*, los que querían prolongar la guerra"⁷⁶.

Un manifiesto del ministerio inglés hecho público a final de año insistía sobre este asunto:

⁷⁴ Ibid., p. 267.

⁷⁵ Saint John a lord Orrery, 17 de abril de 1711. Citado por M. A. Martín, op. cit., p. 56.

⁷⁶ Bolingbroke, *Lettres sur l'histoire*, carta 8ª, tomo 2, p. 250.

“Es sin duda más ventajoso ver un príncipe de la Casa de Austria sobre el trono de España que ver a un príncipe de la casa de Borbón. Pero ver al Imperio y a la Monarquía de España reunidos en una misma cabeza es mucho más lamentable y directamente opuesto al principio tan sabio sobre el que está fundado el artículo octavo de la Gran Alianza... Se dirá, quizá, que visto el carácter indolente de los príncipes de la Casa de Habsburgo, la mala economía de su gobierno, la falta de fuerzas marítimas y la lejanía del país del que serían dueños, un Emperador aunque fuera simultáneamente Rey de España no podría llegar a ser formidable; que, por el contrario, se vería obligado a depender de la Gran Bretaña; y así las ventajas que pudiéramos conseguir del comercio pagarían con amplitud los gastos de la guerra... Pero la comparación debe hacerse entre un príncipe de la Casa de Borbón que sea sólo Rey de España con un príncipe de la Casa de Austria que uniría a la vez España, Alemania y el Imperio”⁷⁷.

Es a partir de este momento cuando Bolingbroke empieza a pensar en la Casa de Saboya, mencionada como heredera en el testamento de Carlos II, como posible solución alternativa al problema de España si, como parecía probable, Austria y Holanda se oponían a que Felipe V se mantuviera en su trono. Además, tanto Saboya como Portugal, se negaban a continuar la guerra si el objeto era conseguir para el Archiduque el trono de España porque, según pensaban, esto sería ir contra el mismo principio de equilibrio de poder por el que se había iniciado el conflicto. Por otra parte Saboya, y en menor medida Portugal, resucitaron sus aspiraciones a heredar el trono de España si las Casas de Borbón y de Habsburgo se veían obligadas a renunciar a esta corona.

Pero no era solamente Bolingbroke quien tuvo que replantearse su estrategia. Todo el ministerio inglés dudaba sobre qué hacer ante situación tan embarazosa sólo suavizada por las dudas, ciertamente escasas, que pudieran suscitarse sobre la elección de Carlos como Emperador. Darmouth respondía el duque de Argyle, comandante en jefe de las fuerzas inglesas en España, quien, ante la muerte del Emperador, había solicitado instrucciones sobre cual debía ser su actuación militar: "Es sumamente difícil emitir cualquier juicio por las alteraciones que un suceso tan importante pueden producir y, por consiguiente, no sería práctico enviar ahora instrucciones a Vuestra Excelencia. Por el momento sólo puedo decirle, en términos generales, que si no puede aumentar los territorios controlados por nuestras tropas en España, debe tratar por todos los medios de mantener los que aún conservamos hasta que podamos ver más claramente las medidas apropiadas que debemos tomar"⁷⁸. La respuesta, más bien perogrullada, no puede ser más ilustrativa del desconcierto que había invadido al gabinete de Inglaterra.

Como es lógico también los holandeses tuvieron que cambiar sus planteamientos con la muerte del Emperador pero su reacción fue diferente. Strafford escribía a Bolingbroke el 1 de mayo de 1711 (V.E.) lo siguiente: "Todos son de la opinión de que al Archiduque se le debía animar para que continúe con sus esfuerzos para asegurarse el trono de España. Conseguido esto se le puede convencer para que renuncie a él en favor de su hermana mayor quien, por estar soltera, podría convocar a muchos príncipes aspirantes a su mano, como hizo nuestra reina Isabel"⁷⁹. Y si lo que Strafford trasladaba al Secretario de Estado correspondía verdaderamente a la opinión que tenía el gobierno de Holanda sobre cómo se

⁷⁷ En Giraud, op. cit. pp. 96 y 97.

⁷⁸ Darmouth a Argyle, 17 de abril de 1711. Citado por Martín, M. A., p. 59.

⁷⁹ Strafford a Saint John, 1 de mayo de 1711. Citado por Martín, M. A., p. 60.

debía actuar en aquellas circunstancias, tampoco cabe dudar del desconcierto en que se encontraba sumido porque la propuesta de puro voluntarista alcanza el disparate.

Más adelante Holanda reflexionó y tomó la decisión de que, como mínimo, el Archiduque debía quedarse con Cataluña, aparte de las dos Sicilias y el Milanesado. Sorprendentemente Darmouth también compartía la idea de una Cataluña austriaca y Bolingbroke, que estaba convencido de que Felipe V jamás consentiría no recuperar Cataluña, y que por esta razón la guerra allí podía eternizarse, tuvo que imponer con severidad su criterio. Y como las divergencias entre sus ideas y las de los holandeses eran demasiado grandes para poder llegar a un acuerdo con la premura que juzgaba necesaria decidió que la única estrategia posible – además de ser lo que le apetecía- era ignorarlos de momento. Por esta razón, después de comunicar a Heinsius los primeros resultados de la estancia de Prior en París, como veremos en el próximo capítulo, decidió ocultar a Holanda las negociaciones que se iban a entablar en Londres. No se consideraba obligado a guardar lealtad hacia "tan codiciosos e imprácticos aliados" e incluso, si no fuera posible convencerlos de su estrategia para la paz, decidió que Inglaterra debería firmarla sólo con Francia, seguro de que, antes o después, el resto los confederados tendría que ceder en su resistencia.

Hay que reseñar que Bolingbroke mantenía en aquellos momentos un escepticismo total con respecto al resultado de la guerra. El año 1711 no había producido, a pesar de lo ambicioso de los planes de campaña que se habían hecho, más resultado que la conquista de Bouchain empleando para ello siete millones de libras esterlinas. Bien es cierto que los ejércitos imperiales, con el príncipe Eugenio a la cabeza, se habían retirado hasta el Rijn y donde permanecieron inactivos, dejando solo a Marlborough. La razón de este movimiento fue la muerte del emperador José I y la designación de su sucesor que producía mucha inquietud en la corte de Viena por si la Casa de Baviera, ayudada por las armas de Luis XIV, intentaba interferir en la elección. Y comenta Saint John que a falta de hechos militares brillantes “entonces se dedicaron a ilusionarnos con planes quiméricos según los cuales en un año, o dos como máximo, es decir *cuando hubiéramos conquistado una o dos ciudades más*, se haría marchar al ejército directamente hacia París. ¿Era esto así de fácil? Los franceses esperaban que lo intentáramos y sus generales habían previsto los puntos que debían fortificar para cuando nuestro ejército entrara en Francia y así detenernos”⁸⁰. Este escepticismo no era menor cuando se analizaba la guerra en España. Las opiniones de Stanhope sobre la dificultad de conquistar la península, a causa, especialmente, de la fidelidad del pueblo castellano, eran conocidas y compartidas por el gobierno de Londres⁸¹. Por no hablar de los problemas logísticos y los duplicados costes que requería el mantenimiento de un ejército en España.

⁸⁰ Bolingbroke, *Lettres sur l'histoire*, carta 8ª, tomo 2, p. 241. La operación de la conquista de París era una idea de Marlborough que, por diversas razones, era aplazada año tras otro. Los franceses no ignoraban estos propósitos y el mariscal Villars había preparado la que denominaron línea *Ne plus ultra* con objeto de impedir una operación similar a la que los aliados, por dos veces, habían hecho sobre Madrid. Y detrás de este nombre, sin duda altisonante, había una enorme red de fortalezas, diques y zonas inundables que complicaban mucho la progresión de un ejército.

⁸¹ Ibid., o. 226.

Sin embargo en aquellos momentos –primera mitad del año 1711- Inglaterra no se planteaba como problema inquietante una futura unión, en la misma persona, de las coronas de Francia y España, seguramente porque Felipe V era el número cuatro en la línea de sucesión y va a resolver este problema – en los preliminares de Londres- con una corta y sencilla declaración muy diferente a la detallada casuística del artículo VI de los Preliminares de La Haya. Tampoco parecía preocupar demasiado a Bolingbroke, tal vez por considerarlo improbable, el que Francia pudiera manejar a su albedrío a la nación española, tal como había hecho Luis XIV en los primeros años del reinado de su nieto. Sin embargo, un año después, la posible unión de las coronas pasaría de ser algo accesorio, que se solventaba con poco más de una frase en el posible acuerdo de paz, al problema primero y fundamental. Pero eso será analizado en el capítulo 14.

CAPÍTULO 13. LOS PRELIMINARES DE LONDRES

13.1 MATHEW PRIOR EN PARIS

El 18 de abril de 1711 llegó de nuevo a París Gaultier con una respuesta, por escrito, que pareció iba a terminar con la apenas iniciada negociación: Inglaterra requería propuestas precisas y nunca inferiores a las que el año anterior se habían hecho a los holandeses, excepción hecha del mantenimiento de Felipe V en su trono de España. Sin embargo el abate traía instrucciones verbales más moderadas que permitían alimentar esperanzas de conseguir la paz a mucho menor precio del que se había estado dispuesto a pagar en Gertruydemberg. Y como Inglaterra exigía concreción, el 22 de abril Torcy preparó la respuesta de la cual se entregaron a Gaultier dos ejemplares, uno firmado y el otro sin firmar, recomendando al abate que, de serle posible, entregara sólo el segundo. La carta, que por su importancia se reproduce íntegra, decía así:

"Como nadie puede poner en duda que el Rey no esté en condiciones de mantener gloriosamente la guerra, ni se pueda tampoco contemplar como señal de debilidad el que Su Majestad rompa el silencio que ha mantenido desde el fin de las conferencias de Gertruydemberg, antes de que comience la campaña quiere dar nuevas pruebas del deseo que siempre ha mantenido de procurar el restablecimiento de la tranquilidad en Europa. Pero, tras la experiencia que ha tenido sobre los sentimientos de los que actualmente gobiernan la República de Holanda, así como de su afán por volver infructuosas las negociaciones, quiere, para el bien público, dirigir a la nación inglesa las propuestas que juzga más adecuadas para terminar la guerra y asegurar sólidamente el reposo de la cristiandad. Y bajo esta óptica el Rey ofrece tratar sobre la paz de acuerdo a las convenciones siguientes:

1º- Los ingleses tendrán seguridades reales para ejercer en adelante su comercio con España, las Indias y los puertos del Mediterráneo.

2º- El Rey conviene en formar en los Países Bajos una barrera suficiente para la seguridad de la República de Holanda y esta barrera será también conveniente para Inglaterra y para la nación inglesa; Su Majestad promete al mismo tiempo una entera libertad y seguridad para el comercio de los holandeses.

3º- Se buscarán sinceramente y de buena fe compensaciones razonables para satisfacer a los aliados de Inglaterra y Holanda.

4º- Como quiera que el buen estado de los asuntos del Rey de España aporta nuevos expedientes para terminar con el diferendo sobre esta Monarquía, y para regular las cosas a satisfacción de las partes interesadas, se trabajará sinceramente para superar las dificultades que se presenten y se aseguran la situación, el comercio y los intereses en general de las partes implicadas en la presente guerra.

5º- Las conferencias para tratar sobre la paz, en base a las condicionantes anteriores, se abrirán inmediatamente y los plenipotenciarios que el Rey nombrará a tal fin tratarán con los de Inglaterra y Holanda, solos o en unión de aquellos aliados que designe Inglaterra.

6º-. Su Majestad propone las ciudades de Aix-la Chapelle o de Lieja para que se reúnan los plenipotenciarios.

Marly, 22 de abril de 1711"¹.

Hay que resaltar que, aunque inconcretas, las propuestas anteriores están muy lejos de los Preliminares de La Haya, y no sólo en lo que respecta a la permanencia de Felipe V en el trono de España. Conviene también aclarar, porque la fecha de la carta puede inducir a confusión, que si bien cuando fue escrita se había producido ya el hecho que va a alterar todo el panorama político de Europa., la muerte del emperador José I², esta noticia todavía se ignoraba en ambas cortes.

A pesar de los expresos deseos de Francia de marginar a los holandeses de estas conversaciones previas sobre la paz, y de la poca simpatía de Bolingbroke hacia este país por su comportamiento durante la guerra, hay que reconocer que la actuación inicial del Secretario de Estado inglés fue exquisita. Tan pronto recibió la carta de Torcy la puso en conocimiento del conde de Strafford, embajador de Inglaterra ante las Provincias Unidas, para que informara a Heinsius³. La contestación de éste fue conciliadora; otra cosa sería su actuación posterior:

"Gran Bretaña ha comunicado a Holanda las propuestas que ha recibido de Francia para servir de fundamento al tratado de paz. Holanda desea, al igual que Inglaterra, conseguir una paz general, definitiva y durable y da seguridades de que está dispuesta a aportar los medios más convenientes para conseguirla. Sin embargo enfatiza que las propuestas son por el momento demasiado generales. Y desearía, igual que Gran Bretaña, que Francia diera explicaciones adicionales sobre los diferentes puntos"⁴.

Los ingleses, que compartían totalmente esta idea, encargaron a Gaultier que pidiera aclaraciones, especialmente sobre cómo se concretarían las seguridades sobre el comercio de que hablaba el artículo primero. La carta que a este respecto puso Gaultier el 8 de mayo fue respondida por Torcy el 31 del mismo mes de la siguiente forma:

"Quiero responderle con la aclaración que me pide sobre el artículo primero del proyecto que le remití. En mi opinión es materia a diferir hasta las conferencias y apenas se puede pedir esta explicación cuando nada hay asegurado por vuestra parte; no obstante pasaré sobre esta dificultad para hacerle ver, no sólo la buena fe que desea, sino la confianza que hemos depositado en usted. Puede asegurar a los que le han comisionado que se cuenta con la palabra del Rey de España para dejar a los ingleses Gibraltar para la seguridad real de su comercio en España y en el Mediterráneo. Y puede añadirles que aun no se ha hecho ninguna propuesta a Su Majestad Católica para la seguridad del comercio con las Indias, porque ignoramos qué interesa a Inglaterra a este respecto. Pregúntelo y tan pronto tengamos la contestación actuaremos sin demora"⁵.

¹ Giraud, Charles. *Le Traité d'Utrecht*. París, 1847 (edición de 1997), pp. 88 y 89. Toma esta carta de *Letters and correspondence* de Bolingbroke, tomo I, pp. 172 y sigs.

² El 14 de abril de 1711 falleció de viruelas el Gran Delfín –Monseñor-. Tres días más tarde y de la misma enfermedad lo hacía José I.

³ Intentando que no se enterara el duque de Marlborough. No obstante hay que enfatizar que Inglaterra no volvió a informar a los holandeses sobre las conversaciones que mantenía con Francia hasta cinco meses después, en el mes de octubre, cuando ya se había firmado el acuerdo con Mesnager.

⁴ Giraud, op. cit., p. 91, nota 1.

⁵ Ibid., p. 92.

No mentía Torcy, aunque guardara para el futuro la baza de Puerto Mahón, porque Luis XIV se había preparado para esta eventualidad y había escrito anticipadamente a Vêndome, que en aquellos momentos se encargaba en España tanto de los asuntos militares como de los políticos, para que hablara con Felipe V y averiguara su postura respecto a estas cesiones territoriales. Felipe V se lamentaba "de la necesidad de tener que dejar a los ingleses un enclave en España como Gibraltar y un puerto tan considerable y tan próximo como Puerto Mahón cuando no podía sino desconfiar de la palabra de enemigos que tan encarnizadamente lo habían querido destronar"⁶. No obstante estos escrúpulos, al no encontrar otro remedio, decidió ceder en este asunto aunque advirtiendo que jamás consentiría poner en riesgo las Indias para satisfacer a los ingleses y, por lo tanto, que no entregaría ciudad ni plaza alguna en América⁷. Luis XIV le replicó:

"Me da muchísima pena tener que hacer propuestas, siempre duras cuando se trata de ceder alguna parte de un estado que nos ha dado Dios. Pero hay ocasiones en las que hay que saber perder. Porque si acabáis en pacífica posesión de España y las Indias no tendréis que lamentar las plazas cedidas a los ingleses para conseguir la paz y, para ello, utilizaré el poder que me habéis dado. ¡Quiera Dios que tenga éxito!"⁸.

La muerte de José I provocó no pocas reflexiones en el Cristianísimo: Carlos iba a heredar los estados patrimoniales de los Habsburgo y, además, aspiraría a la corona imperial. Y se preguntaba, como todos, si permitiría Europa volver a la monarquía de Carlos V o preferiría un príncipe francés en Madrid, siempre y cuando se evitara la unión de las dos coronas. Puso frenéticamente en marcha conversaciones con los electores de Baviera y Colonia y con el duque de Wirtemberg e hizo que el duque de Berwick escribiera al de Saboya. Todo ello con el fin de proponer al Archiduque que abandonara sus pretensiones sobre la corona de España a cambio de Sicilia y Nápoles y de su ayuda para facilitarle su elección como Emperador que no se presumía fácil por la posible oposición de algunos príncipes protestantes. Había que hacer una aproximación al Archiduque con estas propuestas pero, temiendo su rechazo, Luis XIV quiso dejarse las manos libres: "No es necesario que las propuestas se hagan en mi nombre puesto que debo reservarme la libertad de actuar en Alemania soliviantando a los enemigos de este príncipe si rehúsa mis proposiciones de amistad. Lo que conviene es que las propuestas se hagan por el Rey Católico"⁹. A Felipe V le pareció correcta la reflexión de su abuelo de manera que escribió una carta al Archiduque Carlos –cuya redacción y medida fue muy elogiada en Francia– dirigida *Al Rey de Bohemia, mi señor hermano y primo* que, entre otras cosas decía:

"Hay tiempos y circunstancias que sobrepasan las reglas ordinarias y debemos acatar las órdenes de la Divina Providencia cuando ésta parece indicarnos el camino a seguir. La muerte de su hermano le permite alimentar justas esperanzas de conseguir la corona imperial y yo le ofrezco un medio noble, seguro y sólido para aproximarnos y para propiciar la paz tan deseada por toda Europa porque el interés por la religión me impulsa al paso que hoy estoy dando...La revuelta de Hungría y la fuerza de los protestantes en Alemania unidas a la

⁶ Vêndome a Torcy, 23 y 26 de febrero de 1711. En Baudrillart, p. 435.

⁷ Vêndome a Torcy, 7 de marzo de 1711. Ibid.

⁸ Baudrillart, p. 435.

⁹ Noailles, *Memoires*, tomo III, p. 59.

ausencia y alejamiento de los electores de Baviera y Colonia son circunstancias tan importantes para una elección que debemos olvidar y dejar de lado nuestros intereses o resentimientos particulares cuando están en juego los de la Iglesia o los de la Religión que parecen en peligro en la situación presente. Debéis persuadiros de que éste es el único motivo que me impulsa a ofreceros hacer cuanto esté en mi mano para poner sobre vuestra cabeza una corona que ha llegado a ser hereditaria en vuestra Casa desde hace tantos años...No miréis la oferta que os hago más que como hija de un corazón sensible y sinceramente penetrado del afán por la conservación de la fe católica”¹⁰.

Pero la templanza de esta carta de nada valió porque le fue devuelta, aparentemente sin haberse roto sus sellos y, por lo tanto, sin haber sido leída.

Ya se ha visto que la reacción primera de Heinsius al posible acuerdo con Francia había sido de colaboración con los intentos de Inglaterra pero esta actitud inicial duró poco y, temerosos de ser marginados en las negociaciones, intentaron volver a la carga a través de Pettekum que informó a Torcy de que Holanda estaría encantada de unirse en pie de igualdad a Inglaterra para negociar la paz. Pero esta propuesta, que era la que inicialmente había traído Gaultier de parte del conde de Jersey, ni gustaba a Luis XIV ni se ajustaba a las ideas de Bolingbroke que estaba convencido de que lo que convenía a Gran Bretaña era negociar libremente y sin interferencias. Por ello tan pronto le fue comunicada esta propuesta de Heinsius, pidió a Luis XIV que mantuviera su postura de que los holandeses no eran dignos, por su actitud anterior y por su inclinación a la guerra, de que el Cristianísimo negociara con ellos. Y esto fue lo que se contestó a Pettekum.

Las negociaciones apenas progresaban porque Harley, ya recuperado de sus heridas, y el resto de ministros tenían que asimilar las ideas de Bolingbroke, más radicales que las suyas respecto a como había que actuar con los aliados. Por otra parte eran otras las preocupaciones del Canciller del Exchequer a quien, por aquellos días, la Reina, muy apenada por el atentado que había sufrido, le concedió el 23 de mayo el título de conde de Oxford¹¹. El 29 del mismo mes fue nombrado Lord Tesorero, el mismo título que había ostentado Godolphin. Esto implicaba dejar la Cámara de los Comunes, cuya dirección llevaba y que estaba en pleno período de sesiones, y pasar a la Cámara de los Lores. De todas formas la pasividad de Harley para continuar las negociaciones suele atribuirse, no sólo a las anteriores circunstancias y a la convalecencia de sus heridas, sino a que su dipsomanía¹² le hacía pasar por periodos de languidez. Pero el cargo de Lord Tesorero debió despertarlo de su indolencia porque el pésimo estado de las finanzas lo complicaban más aún los whigs por el control que ejercían sobre las fuentes privadas de financiación. Prolongar la guerra, junto a unos aliados que estaban, si cabe, más endeudados que ellos mismos y que eludían hacer frente a sus obligaciones de pago, constituía un auténtico suicidio.

¹⁰ Ibid., pp. 60 y 61.

¹¹ Y conde de Mortimer pero esto era sólo un título de par.

¹² El alcoholismo en la sociedad británica de la época estaba muy extendido. Puede leerse al respecto el muy fiable testimonio que nos da el *Diario* de Samuel Pepys. También Trevelyan en su *Historia social de Inglaterra* habla de los interminables brindis whigs con oporto o los regados por los tories con clarete o champagne francés. P. 333.

Las idas y venidas de Gaultier a Francia se habían demostrado como un sistema demasiado parsimonioso por lo cual Bolingbroke, cuando se percató de que prácticamente tenía las manos libres para hacer y deshacer a su antojo en esta materia, creyó necesario avivar el proceso enviando a una persona de experiencia diplomática y de su total confianza -al fin y al cabo Gaultier era francés- aunque sin demasiado rango por si acaso era necesario desautorizarla. La persona elegida fue Mathew Prior. Era de origen modesto pero recibió en Cambridge una buena educación que parecía iba a abocarlo a la producción literaria y más concretamente a la poesía. Comenzó su carrera diplomática en La Haya, con motivo del tratado de Ryswick, y esta experiencia le va a llevar a escribir una obra que gozó de cierta popularidad, *The Secretary*. Estuvo después en Francia como secretario de embajada con los condes de Portland y Jersey e incluso acompañó a los negociadores del tratado de Loo. Su amistad con Swift, y a través suya con Bolingbroke (con éste llegaría a ser íntima), fue lo que le proporcionó el encargo de esta misión en París, tal vez no brillante en apariencia pero sí muy delicada.

Las prevenciones y desconfianzas de Bolingbroke, que sabía como las gastaba Luis XIV, eran muy grandes por lo que a Prior no se le dio poder alguno para negociar; sólo estaba autorizado a plantear las condiciones que proponía Inglaterra y que, al uso de la época, deberían concretarse posteriormente en lo que se llamaban *preliminares*, aunque realmente su contenido solía ser casi definitivo al recoger los puntos esenciales del tratado que se pretendía alcanzar. Llegó a Francia con un simple papel que decía: "Ana Reina. El señor Prior está instruido y autorizado para comunicar a Francia nuestras demandas preliminares y traernos la respuesta. Ana Reina". Ni siquiera consta en el documento la firma de algún secretario de estado, como era habitual en este tipo de comisiones.

Prior llegó a Fontainebleau el 21 de julio y su primer planteamiento fue preguntar si efectivamente Luis XIV tenía poderes para negociar en nombre de su nieto. A continuación entregó una memoria, dividida en dos partes, con las condiciones que Inglaterra planteaba para hacer la paz. La primera parte se refería a los intereses de sus aliados y solicitaba la barrera para Holanda, la seguridad del comercio de esta nación, otra barrera adicional para el Imperio y compensaciones territoriales -otra especie de barrera- para el duque de Saboya. La segunda parte, que se refería a las concesiones que Inglaterra se reservaba para sí misma, incluía el reconocimiento de la reina Ana y de la línea de sucesión protestante, la demolición de las fortificaciones de Dunkerque y el aterramiento de su puerto (en el que se refugiaban muchos corsarios al acecho de navíos mercantes ingleses), un nuevo tratado de comercio y la cesión a Inglaterra de Terranova y de la bahía del estrecho de Hudson. Por lo que se refiere a las concesiones que debía hacer España se pedía Gibraltar, Puerto Mahón y el traspaso de la concesión que para el asiento de negros se había adjudicado, diez años antes, a una compañía francesa (concesión que por cierto caducaba ese mismo año). A esta última petición se añadían cuatro enclaves en América para fines comerciales y lo que llamaban *refrescar los esclavos negros* que llegaban de África, es decir alojarlos para que se recuperaran del viaje y distribuirlos después por el resto del continente. Igualmente debería negociarse entre ambas potencias un tratado de comercio en el que Inglaterra tuviese el carácter de nación más favorecida.

Además había tres cuestiones previas, generales e innegociables, sin las cuales carecía de sentido abrir ni el más mínimo diálogo sobre las demás. De hecho eran repetición de lo

establecido en el artículo octavo del tratado de la Gran Alianza: la seguridad de que las coronas de Francia y España no se unirían en una sola persona, la justa satisfacción de los intereses aliados y la garantía de que la libertad del comercio sería establecida. Todas las restantes condiciones que planteaba Inglaterra debían mantenerse inicialmente en secreto, porque decían no querer alarmar innecesariamente a sus aliados, aunque en realidad lo que pretendían era ser discriminados positivamente en las ventajas que se consiguieran.

Torcy quedó abrumado por estas peticiones cuya dureza no esperaba porque los ingleses, hasta entonces, se habían mostrado, aparentemente, más moderados en sus demandas. La razón de ello era que Bolingbroke, que ahora lideraba la negociación, era negociador más duro, ambicioso y menos dispuesto a concesiones que el conde de Jersey que era quien había hecho los primeros planteamientos. La primera intención de Luis XIV fue rehusar secamente estas condiciones pero le contuvo el miedo a que se rompiera esta vía para la paz que le había parecido tan prometedora. Por ello ordenó a Torcy que fuera entrando en detalles sobre cada uno de los puntos convencido de que, si ambas partes deseaban sinceramente la paz, habría posibilidades de entendimiento. Por desgracia, como se ha dicho, Prior no tenía poderes y se limitaba a escuchar cuanto le argumentaban y a decir que Francia, al final, quedaría satisfecha con el resultado de la negociación porque las intenciones de Gran Bretaña eran buenas. No obstante creía que la gran concesión que hacía la Reina, permitiendo que Felipe V permaneciera en su trono y arrastrando a sus aliados a ello, merecía, en contrapartida, ventajas importantes para Inglaterra. De todas las peticiones la más controvertida fue la de cuatro asentamientos en América, dos en el norte y dos el sur, con fines exclusivamente comerciales, cuestión ésta que Torcy no creía en absoluto por más que le aseguraran que no existía ninguna intención de convertirlos en plazas fuertes. Además, añadía Prior, no era en absoluto la intención de la Reina monopolizar el comercio con las Indias.

Prior vio enseguida que la mejor forma de convencer a Francia para que aceptara esta petición era implicarla en el negocio y le dijo a Torcy, ignorando que Felipe V ya había rechazado con la mayor firmeza este tipo de cesiones, lo siguiente:

“Esta petición, lejos de perjudicar a Francia, se convertirá en un precedente favorable para poder ella a su vez conseguir asentamientos similares. Concederlos a ambas naciones no será demasiado lesivo para Rey Católico, que dispone de tantos territorios desde California al estrecho de Magallanes. Inglaterra ha contraído deudas inmensas para sostener la guerra y está casi arruinada. Por eso necesita encontrar un sistema para saldarlas, aunque sea sólo parcialmente, y no cuenta para ello más que con las ventajas que la negociación de la paz pueda producir para su comercio en América”¹³.

Tales demandas por parte inglesa, con independencia de que fueran o no abusivas, no podían considerarse como un intento *ex novo* de aprovechar la ocasión que la apertura de negociaciones abría. Recuérdese cómo, en 1708¹⁴, Stanhope arrancó al Archiduque diferentes promesas relativas a la cesión de Menorca y al asiento de negros, en compensación a la deuda que había contraído con Gran Bretaña. Y ahora se pretendía que lo mismo que había concedido el Archiduque lo concediera también Felipe V. Bien es

¹³ Torcy, *Memoires*, tomo II, pp. 30y 31.

¹⁴ Véase *infra*, capítulo 9.4.

cierto, como decía Torcy, que este tipo de promesas nada costaban al Archiduque "que estaba vendiendo la piel del oso antes de cazarlo y que la Reina nada perdía abandonando las propuestas frívolas que el Archiduque la había hecho y que jamás estaría en condiciones de cumplir"¹⁵ y, más ahora, en que Felipe V estaba en situación de defenderse por sí mismo de sus enemigos.

Prior escuchaba e intentaba responder como podía a estos argumentos, aunque siempre acababa diciendo que su misión era sólo plantear las demandas que le habían ordenado y llevar de vuelta a Londres la respuesta de si eran admitidas o rehusadas¹⁶. Y ciertamente la decisión a tomar era complicada. Si se admitían las peticiones inglesas, en opinión de Torcy, era segura la ruina del comercio francés y la del resto de Europa y, además, la aceptación sería inoperante porque presumiblemente el Rey de España no confirmaría las concesiones que Luis XIV hubiera hecho en su nombre. Peor aun sería un rechazo absoluto porque implicaría la ruptura de las conversaciones y el fin de todas las esperanzas que se habían puesto en conseguir la paz. Por eso no cabía otra opción que trasladar la negociación a Londres, donde se podrían presentar ofertas y proponer contra ofertas a personas con capacidad real de decisión. Y si para ello era preciso contar con un embajador de probadas sagacidad y prudencia, a más de conocimientos acreditados sobre asuntos comerciales, no andaba Francia escasa de diplomáticos competentes. La persona designada fue Nicolás Mesnager¹⁷ a quien Luis XIV había llamado meses antes como asesor, desde el momento en que se pusieron sobre la mesa las pretensiones inglesas, y que había preparado un informe sobre las concesiones comerciales que podría hacer España, informe que, sin dilación, fue enviado a Bonnac¹⁸ a Madrid para que fuera tanteando el terreno con Felipe V. Prior dijo que no tenía instrucciones ni a favor ni en contra de continuar las negociaciones en Inglaterra pero que entendía que cualquier persona que se enviara a Londres para negociar con el gabinete de la Reina sería bien recibida.

Antes de abandonar París el 16 de agosto de 1711, Mathew Prior fue recibido en audiencia por Luis XIV que le confirmó que haría lo posible por dar satisfacción a las demandas de Inglaterra. También le dijo que, pese a lo que pudieran pensar en el gabinete inglés, ni tenía plenos poderes de su nieto ni éste se doblegaba fácilmente a su voluntad, por lo que las peticiones a España debían ser prudentes para que Felipe V las aceptara.

¹⁵ Torcy, *Memoires*, tomo II, p. 32.

¹⁶ Posteriormente, en carta de Torcy a Bolingbroke de 3 de agosto, el Secretario de Estado francés se quejaría sutilmente de cómo se había enviado a Prior a Francia, sin poderes y casi como un simple mensajero: "He visto con sumo placer como el Sr. Prior volvía por aquí tras un intervalo de varios años y yo hubiera deseado que él hubiera tenido libertad para emplear los talentos que tiene de los cuales, estoy seguro, hubiera hecho un uso adecuado. Espero que M. Mesnager que va con él suplirá lo que no ha podido hacer. Bolingbroke, *Lettres*, tomo I, pp. 45 y 46.

¹⁷ Véase infra, capítulo 10.2. Un amplio estudio sobre la actividad diplomática de Mesnager puede leerse en Bely, Lucien. *Espions et Ambassadeurs*, pp.576 a 595.

¹⁸ Baudrillart, p. 452.

13.2 LAS CONCESIONES DE FELIPE V A FRANCIA.

El problema de las negociaciones que iba emprender Mesnager en Londres era que habría que resolver el problema de su capacidad de maniobra cuando hubiera que tratar asuntos relativos a España. Ya hemos visto cómo, a la llegada de Prior a Fontainebleau, su primer planteamiento fue acerca de los poderes que Luis XIV tenía de su nieto y que, en aquel momento, no eran otros que los otorgados en marzo de ese mismo año y que se referían tan sólo a la cesiones de Gibraltar y Puerto Mahón. Eran necesarios, por lo tanto, unos poderes más amplios para poder continuar las negociaciones. Pero la postura de la corte de Madrid no era favorable a otorgarlos porque el entorno del Rey Católico estaba muy resentido contra Francia, y así lo pudo comprobar el duque de Noailles que había recibido de Luis XIV el encargo de convencer a Felipe de que más le valía ser generoso. El duque se quejaba con amargura de la acogida que tuvo en España:

"No faltaban pretextos para desvanecer el recuerdo de los favores (de Francia); se decía que Luis XIV sólo buscaba su propio interés manteniendo en el trono a su nieto, se lamentaban de la evacuación de Italia hecha sin el consentimiento de Felipe y de la decisión de abandonar España cuando Francia lo creyó oportuno; y había quejas sobre el nulo papel de España en las conferencias de paz y sobre los tesoros que nos llevamos de las Indias etc."¹⁹.

El duque trataba de convencer a los Reyes de que la paz era necesaria y que, siempre y cuando se conservaran España y las Indias, cualquier cesión de territorios y cualquier ventaja comercial que se concediera a los enemigos debía considerarse como una transacción muy conveniente en comparación con lo que se obtenía a cambio; España y las Indias constituían un magnífico patrimonio para una rama secundaria de la dinastía borbónica. El duque argumentaba todo esto con convicción y paciencia porque estaba persuadido de que el interés de Francia y el de los aliados era coincidente en un punto concreto: España debía sufrir presiones y amenazas importantes porque sólo cabía esperar de ella una actitud de colaboración cuando tuviera necesidad de ser socorrida por Francia.

El desorden del gobierno de España, y el casi nulo aprovechamiento de la victoria de Villaviciosa, hechos ambos que denunciaba Noailles, llevó a Luis XIV a pensar que, a pesar de las recomendaciones que en sentido contrario había dado a su nieto cuando con diecisiete años salió de Francia, las circunstancias aconsejaban ahora nombrar un primer ministro. Naturalmente no podía ser francés por el escándalo que suscitaría entre los aliados; tampoco español porque se negaría en redondo a admitir el desmembramiento y las concesiones que iba a requerir la paz. Pensó que un italiano cubriría satisfactoriamente este puesto, sin herir demasiadas susceptibilidades e hizo que Torcy escribiera a la princesa de los Ursinos recomendando se nombrara para esa función a un cardenal, sugiriendo los nombres de Giudice, Gualtieri o Acquaviva. Pero la princesa contestó que Felipe no quería ni oír hablar de un primer ministro y que para mejor gobernar se apoyaría en los consejos del conde de Bergeyck, que recientemente había sido nombrado Ministro de Hacienda y de Guerra, aunque también vería con buenos ojos la vuelta de Amelot. Pero esto último no convenía a Luis XIV, al considerar que no era la persona que requería la situación, de manera que decidió nombrar un embajador extraordinario para Madrid, el marqués de

¹⁹ Noailles, *Memoires*, tomo III, p. 65.

Bonnac. Era militar y experto diplomático, había sido embajador en muchas ocasiones y el Cristianísimo consideró que, por habilidad y experiencia, era la persona adecuada para conseguir de Felipe V las cesiones que la paz iba a demandar²⁰.

Según Baudrillart, "quizá nada tan hermoso han producido el pensamiento de Luis XIV y la pluma de Torcy como el largo y magnífico comienzo de las *Instrucciones* que fueron enviadas en 1711 al marqués de Bonnac²¹. En este comienzo el Rey expone, con tanta grandeza como precisión, la política que había seguido durante los once primeros años del reinado de Felipe V". Las *Instrucciones* explican que España y Francia deben estar estrechamente unidas, aunque sin que esto implique dependencia de una respecto a la otra, porque cada uno de los reinos debe gobernarse de acuerdo a sus costumbres y tradiciones. Otra cosa levantaría nuevas alarmas en Europa y haría que España fuera considerada como un simple satélite de Francia. Por eso se prohibió terminantemente a Bonnac asistir al Consejo de Ministros del Rey Católico.

Y continuaba diciendo el Cristianísimo que era también necesario restablecer entre ambas naciones una confianza que estaba perdida desde hacía años, porque difícilmente podría alcanzarse la paz si Felipe V seguía ocultando cosas a su abuelo y dejándose influir por las intrigas que se urdían en su corte para enemistarlo con Francia. Había que convencer a los españoles que el desmembramiento de su Monarquía era inevitable y que si el Rey Católico pensaba, como era su obligación, en la tranquilidad de su pueblo y en las necesidades de Francia debía saber que su abuelo no estaba dispuesto a continuar la guerra con el objetivo —de consecución más que dudosa— de minimizar las pérdidas territoriales que iba a experimentar España. El marqués debía tener muy claro que el fin primordial, y casi único, de su embajada era conseguir la paz y "aunque aparentara desear ardientemente el esplendor de la Monarquía española, y la recuperación de las provincias conquistadas por el enemigo, lo cierto es que, en el fondo, no debía considerar las pérdidas territoriales como un mal en sí mismo"²².

Bonnac era informado del estado último de las conversaciones de paz así como de las instrucciones impartidas a Mesnager para que negociara en Londres. En función de todo ello debía conseguir de Felipe V las cesiones que Prior, en nombre de Inglaterra, había solicitado que hiciera España, y que eran, en opinión de Luis XIV, menos onerosas que las que Francia se veía obligada a hacer porque incluso el asiento de negros, que pudiera parecer cesión española, lo era en realidad francesa por ser una compañía de esta nación la que iba a perder la concesión²³ en favor de otra de Gran Bretaña.

El marqués habló primero con la princesa de los Ursinos y con Bergeyck y convenció a ambos, con lo cual no le fue difícil que el Rey Católico escribiera por su propia mano, para

²⁰ "Era un diplomático ingenioso, un observador atento y sagaz que había desarrollado su función en Alemania, Suecia y Polonia". Marqués de Courcy, *Renonciation des Bourbons d'Espagne*, p. 60.

²¹ Baudrillart, tomo I, p. 449. Estas *Instrucciones*, que tienen fecha de 5 de agosto, pueden leerse en el apéndice 1 de esta obra o también, algo resumidas, en las Memorias de Noailles, tomo III, pp. 72 y sigs.

²² Noailles, *Memoires*, tomo III, pp. 72 y sigs.

²³ El plazo de la concesión había terminado y además, como se dice más adelante, el negocio ya no interesaba a Francia porque la sociedad concesionaria estaba arruinada por el expolio a que la habían sometido tanto Luis XIV como Felipe V.

así mantener el secreto, un poder a Luis XIV para ceder a Gran Bretaña las plazas de Gibraltar y Puerto Mahón, para la concesión del asiento de negros y de un enclave territorial en América. La propuesta que traía Bonnac -acorde con las ideas de Mesnager- de convertir Cádiz en zona franca no fue aceptada por Felipe V por considerar que acabaría para siempre con las ventajas que España tenía sobre el comercio con las Indias. Fue un éxito inesperado de Bonnac porque, el 6 de septiembre, sólo cuatro días después de la llegada del marqués a Madrid, salía de esta ciudad el poder otorgado a Luis XIV para firmar en nombre de su nieto los preliminares de Londres. Con él iba una carta del Rey Católico al Cristianísimo que decía:

"Sabéis que si hasta ahora me he opuesto a la paz era porque no podía aceptarla tal como se me proponía sin cubrirme de infamia y perjudicar, además, infinitamente a Francia porque, en mi opinión, su conservación está ligada a que yo me mantenga en el trono... Espero que manejaréis mis intereses lo mejor posible de manera que no tenga que arrepentirme de haber depositado la confianza en mi abuelo".

Pero conviene resaltar que el "pleno poder" que había otorgado Felipe V no era tal, porque no tenía más alcance que los cuatro asuntos antes citados. Cualquier tema nuevo que pudiera surgir durante las conversaciones debía ser consultado y autorizado en su caso por el Rey Católico.

Pero, como más adelante veremos, Inglaterra iba rechazar el proyecto comercial relativo a Cádiz y además, vista la resistencia que parecía poner España, también renunciaría a tener enclaves territoriales en América. Pese a eso el poder que otorgó Felipe V iba a resultar poco práctico y Mesnager -con autorización de Luis XIV- se va a tomar algunas libertades haciendo a los ingleses concesiones no autorizadas que luego serán fuente de tensiones y malentendidos en el desarrollo de las negociaciones que, un año más tarde, van a tener lugar en Madrid.

13.3 LA NEGOCIACIÓN DE MESNAGER

El viaje de Mesnager a Londres resultó algo agitado porque, por error de un oficial de aduanas demasiado diligente, fue detenido a su llegada a Inglaterra²⁴ y aunque el problema fue pronto subsanado, tuvo la desagradable consecuencia de que se perdió el secreto de estas conversaciones bilaterales, sorprendiendo no poco al partido whig y a la opinión pública -téngase en cuenta que *Conduct of the allies* aun no se había publicado- el que Inglaterra marginara de forma torticera a sus aliados. Para calmar el alboroto Bolingbroke tuvo que encargar a Swift que escribiera un panfleto justificativo, *A new journey to Paris*. Mantener las negociaciones con Francia en secreto se había considerado por el gobierno como algo esencial para su buen fin.

Las instrucciones que llevaba Mesnager, además de corroborar todo lo que de manera algo genérica se había ofrecido a Mathew Prior en París, entraban en mayores precisiones. Así al Emperador se le ofrecía volver al tratado de Ryswick, con todas las implicaciones

²⁴ Torcy, *Memoires*, tomo II, p. 36.

territoriales que esto conllevaba, aunque con la condición de que a los electores de Baviera y Colonia les fueran restituidos tanto sus estados como sus honores y dignidades y que fueran devueltas a Francia alguna de las ciudades que se habían perdido durante la guerra como Lille, Tournay o Bethune. Con respecto a España, aparte de las concesiones anteriormente acordadas, Luis XIV se comprometía a conseguir de su nieto la exención de impuestos, en todos los puertos españoles, para las materias primas y manufacturas inglesas y el que en un futuro tratado de comercio, a suscribir con Gran Bretaña, tuviera ésta el status de nación más favorecida.

Para intentar complacer a Felipe V, reticente a la entrega de Gibraltar y Puerto Mahón, Mesnager debía actuar con prudencia, intentando ceder sólo una de estas plazas pero sin romper la negociación caso de que hubiera que entregar ambas. En lo que a cesiones francesas se refiere se estaba acuerdo en la entrega de Terranova y de la bahía de Hudson, aunque condicionada a que se respetaran los derechos adquiridos por los pescadores franceses, a que Inglaterra renunciara a ulteriores pretensiones territoriales en esa zona y a que hubiera devolución recíproca de las conquistas que ambas potencias habían hecho, una a costa de la otra, durante la guerra en América del Norte. Y como de todas las peticiones inglesas la que más dolía a Luis XIV era la demolición de las fortificaciones de Dunkerque, y el aterramiento de su dársena, este punto debía ser el que se negociara en último lugar.

Mesnager llegó a Londres el 18 agosto²⁵ y al día siguiente Prior pasó a visitarlo y le comunicó que la Reina le daba su bienvenida al tiempo que manifestaba su pesar porque el secreto de las negociaciones le impedía darle el recibimiento que merecía un enviado del Rey de Francia. También recibió mensajes similares de Harley, de los dos Secretarios de Estado y del duque de Shrewsbury, que eran los que formarían, junto a Prior, la comisión negociadora. Pero, antes de que comenzaran las reuniones, los ingleses exigían una respuesta por escrito a la memoria que Prior había llevado a Francia para que fuera aprobada o rehusada.

La petición era peligrosa, tanto si se atendía como si se denegaba. Aprobando lo que pedía la memoria de los ingleses se concedía, antes de empezar a hablar, una serie de ventajas a las que luego sería imposible hacer matizaciones o plantear reservas. Y, si se rehusaba, surgirían sospechas justificadas sobre la buena fe con que Francia acometía la negociación. Por eso Mesnager recurrió al artificio de enviar una memoria a dos columnas. En la primera de ellas se exponían las peticiones inglesas y en la segunda se explicaba lo que Luis XIV pretendía para Francia, España y sus otros aliados. La memoria tenía una segunda parte que contemplaba las demandas que Luis XIV hacía a la Reina: reconocer a Felipe V como Rey de España y de las Indias y esforzarse en conseguir de sus aliados este mismo reconocimiento; que Inglaterra pusiera todo su interés en restablecer el tratado de Ryswick, tanto en lo que se refería a las fronteras entre Francia y los Países Bajos como a la frontera con Alemania; devolver a los electores de Baviera y Colonia sus territorios y dignidades, además de concederles reparaciones por las pérdidas que habían experimentado durante la guerra y, por último, reconocer la soberanía que sobre el País Bajo español Felipe V iba a conceder al elector de Baviera.

²⁵ Para estas negociaciones seguiremos el relato de las *Memoires* de Torcy, pp. 40 a 80.

En cuanto a las restituciones a hacer a los príncipes de Italia se consideraban demasiado complejas para tratarlas en unos preliminares y se proponía remitirlas al futuro congreso en el que se abordaría todo lo relativo a la Paz General. Muy problemático era también responder a la petición inglesa de que España concediera enclaves territoriales en América, para desde ellos atender a la seguridad de su comercio, asunto que Mesnager consideraba imposible conseguir del rey de España por lo cual insinuaba en su escrito que a cambio de esto se podrían conseguir algunas ventajas arancelarias en favor de las mercaderías inglesas.

La memoria que presentó Mesnager tuvo acogida favorable tanto por parte de la Reina como de la comisión negociadora de manera que, el 26 de agosto, se celebró la primera conferencia a la que también se permitió asistir al abate Gaultier. Lo primero que hicieron los ingleses fue rechazar de plano cualquier discusión sobre temas que no correspondieran exclusivamente a Gran Bretaña: los asuntos de sus aliados serían tratados en el congreso para la Paz General. Y, pese a las protestas de Mesnager, no hubo ni la más mínima cesión a este respecto. Dos días más tarde, Bolingbroke se reunió a solas con el enviado francés para explicarle cómo había sorprendido sobremanera a la Reina la pretensión francesa de generalizar unas conversaciones que, a su juicio, sólo debían afectar al interés particular de Inglaterra. Mesnager, temiendo que se rompiera la negociación, dijo que estaba dispuesto, si tal era la voluntad de la Reina, a presentar un convenio exclusivo entre Francia y Gran Bretaña, y que sus poderes así se lo permitían. Y que cuando lo tuviera ultimado lo enviaría a Luis XIV para su aprobación. Los ingleses le pidieron hacerlo al revés, primero pedir instrucciones al Rey y luego, de acuerdo con ellas, redactar la memoria correspondiente. Para agilidad de la correspondencia los ingleses cederían una embarcación especial, no sólo por razones de premura sino porque no consideraban aconsejable el uso del correo ordinario por la alta probabilidad que tenía de ser interceptado y abierto por personas del partido whig.

El 3 de septiembre hubo una nueva reunión en la que Bolingbroke explicó que el plan de trabajo era comenzar acordando las concesiones que recibiría Inglaterra y que, tan pronto como se hubiera hecho, la Reina prestaría toda su atención a las demandas francesas. Y se empezó justamente por donde Luis XIV quería terminar: por la demolición total de las fortalezas de Dunkerque. Mesnager se resistía pero, finalmente, tuvo que aceptar con la condición de que Francia recibiría a cambio un equivalente que propuso fueran las ciudades de Lille y Tournay. Los ingleses respondieron que era intención de la Reina compensar a Francia por esta demolición con algún equivalente pero que todavía era prematuro definir cuál pudiera ser éste.

A continuación pusieron sobre la mesa el tema de las seguridades reales que recibiría Inglaterra para garantizar su comercio en América y afirmaron que la entrega por parte de España de territorios o plazas era, en su opinión, la única forma de conseguir dicha garantía. Mesnager dijo que Felipe V jamás consentiría en ello y que, en su lugar, proponía liberar a materias primas y manufacturas de impuestos de aduanas, tanto en Cádiz como en las Indias²⁶. La comisión no quedó satisfecha con esta propuesta porque cabía el riesgo de

²⁶ Mesnager aseguraba que durante su estancia en España había oído decir que Felipe V iba a imponer una tasa complementaria del 15 por ciento al comercio en general. En este asunto estaba totalmente equivocado y fue uno de los temas que más extrañeza produjo al discutirse los preliminares de Madrid.

que tales condiciones fueran concedidas a otras naciones europeas, incluida la propia Francia, en cuyo caso no existiría ninguna ventaja real para Inglaterra. Y ni siquiera les convenció el que esta exclusividad fuera aprobada de manera irrevocable por las Cortes españolas. En cuanto a que Cádiz fuera puesta bajo el control y protección de los suizos comentaron que "sería excelente para los oficiales y soldados de la nación helvética pero no convenía a Inglaterra".

Entonces Bolingbroke propuso que, ya que el Rey Católico no transigía en entregar plazas en América, se ampliara el plazo de la concesión del asiento de negros, desde los diez años -como era en el convenio francés-, hasta los treinta. Este era asunto de importancia capital para la endeudada Inglaterra ya que Harley, en mayo de este mismo año, había resucitado una compañía sin actividad, la Compañía del Mar del Sur²⁷, de la que él mismo era gobernador, y que sería la sociedad que iba a recibir la concesión. El plan era que los que habían prestado dinero al gobierno lo cambiaran por acciones y de esta forma la deuda flotante de diez millones de libras quedaría saldada. Se garantizaba un interés del seis por ciento y un porvenir comercial esplendoroso en América del Sur, libre de la competencia de Francia y Holanda. La operación financiera de Harley, que ya estaba en marcha, tenía el grave inconveniente de que forzaba a Inglaterra a conseguir a toda costa el acuerdo con Francia pero este problema era ignorado por los franceses.

Mesnager dijo que se podría conseguir de España este incremento de plazo e intentó después hablar de alguna de las concesiones que Francia pedía para sí, o para el elector de Baviera; fue en vano porque se encontró con la seca respuesta de que sobre estos temas se trataría más tarde. Las negociaciones, a partir de este momento, parecieron bloquearse porque los ministros ingleses plantearon un asunto que sería recurrente a lo largo de todas las conversaciones de paz, tanto en éstas como en las que meses después tuvo que mantener Monteleón sobre Gibraltar o Menorca. Torcy lo explica así:

"La consideración del futuro debe estar presente en un país sujeto a revoluciones. La nación inglesa sabe que no debe imputar a su reyes errores graves en la gobernación, porque tales errores son tan sólo consecuencia de malos consejos, de manera que aquellos que los han dado son los únicos culpables y, en consecuencia, deben pagar las penas correspondientes por su desacierto. El estado de los asuntos en Inglaterra podía cambiar de un día para otro y la seguridad de sus ministros, tratando separadamente de los aliados de la Corona, no podría sostenerse más que consiguiendo con la paz tales ventajas para la nación que les protegiera de los efectos funestos de una revolución y los pusiera a cubierto de la venganza de sus enemigos".

Quería esto decir que el gabinete inglés negociaba en la cuerda floja y cualquier concesión que pudieran hacer, aunque tuviera contrapartidas, podía llevar a la cárcel a los ministros, si es que no les ocurría algo peor. Sin dejar de admitir que los antecedentes históricos hacían que este razonamiento fuera digno de consideración, no es menos cierto que los ingleses hicieron un uso desmesurado de estas razones durante las negociaciones, tanto con Francia como con España. Un segundo argumento recurrente mientras duraron las conversaciones fue el miedo al poder de los whigs, a sus intrigas permanentes y a la capacidad que tenían para movilizar a la opinión pública y sobre todo al Parlamento. Pese a que los tories, que

²⁷ La compañía existía desde 1698 pero sólo en estado latente y sin actividad.

apoyaban al gobierno, contaran con mayoría más que holgada, el temor a lo que podía emanar de unas Cámaras en la que la disciplina de partido era problemática, fue una sombra omnipresente sobre el gobierno de Harley que, por otra parte, fue utilizada con habilidad para amedrentar a los negociadores extranjeros.

Tras esta reunión Gaultier fue enviado a Versalles, llevando una memoria redactada por Bolingbroke, y convenientemente instruido de cuanto se había hablado hasta entonces. Luis XIV consideró desproporcionado que se negociara sólo sobre las ventajas que iba a recibir Inglaterra porque lo normal, en esos casos, era que las concesiones fuera mutuas y simultáneas. No obstante apreció como sincera la buena voluntad de los negociadores ingleses y su deseo de conseguir la paz, aunque sin poner en riesgo ni su patrimonio ni sus cabezas, por lo cual decidió admitir el sistema de negociación que le proponían. Hizo redactar una memoria en la que se aceptaba lo relativo a Dunkerque, la extensión del plazo de concesión del asiento de negros, la cesión en América del Norte de Plasencia, Terranova y de la bahía de Hudson a cambio en una renuncia formal de Gran Bretaña a las islas de Cap Breton, Saint-Pierre y Sainte- Marie. También hubo, a petición inglesa, que cambiar el poder que llevaba Mesnager, que le autorizaba a negociar con representantes en Londres de los aliados, porque la Reina no autorizaba estos contactos; pese a ello Bolingbroke había solicitado una memoria con las cesiones que para la paz iba a conceder Francia a los aliados de Inglaterra con objeto de hacérsela llegar en su momento a los holandeses.

Se discutió también sobre la ciudad en la que se iba a celebrar el congreso. Los ingleses propusieron La Haya a lo que se opuso Luis XIV. Negociar tan cerca de Heinsius y Marlborough, enemigos declarados de la paz, era exponerse a sus intrigas para torpedear el congreso. Además era muy probable que, si las conferencias tenían lugar en La Haya, el propio Heinsius fuera nombrado uno de los plenipotenciarios de las Provincias Unidas con lo que serían de temer, no sólo sus intrigas, sino su intervención directa y la defensa a ultranza que haría de todo lo incluido en los Preliminares de La Haya que eran obra personal suya. A su vez la Reina rechazó las propuestas francesas de Lieja y Aix-la-Chapelle pero dijo estar abierta a cualquier ciudad holandesa. Incluso Mesnager recibió instrucciones de que si se insistía tenazmente sobre la designación de La Haya debía conformarse.

El 23 de septiembre regreso Gaultier a Inglaterra con una memoria redactada por Torcy y nuevas instrucciones. Harley invitó a Mesnager a cenar en su casa para enterarse de la respuesta de Luis XIV. Durante la cena pareció muy satisfecho y "bebió a la salud de Su Majestad, a la de Monseñor y a la de sus ministros" y no cesaba de decirle a Mesnager que lo "consideraba como un gran amigo"²⁸. Sin embargo, al día siguiente, al reunirse el enviado de Francia con la comisión, se encontró con sus caras alteradas, sobre todo por parte del duque de Shreswbury. Mesnager comenzó su intervención diciendo que, pese al disgusto que había producido en Luis XIV el que Inglaterra no tomará ningún compromiso sobre los temas que interesaban a Francia, estaba dispuesto a satisfacer las peticiones inglesas. Pasó a continuación a leer la memoria que le había llegado y comprobó, a lo largo de su lectura, que continuaban las caras de preocupación de los ingleses, salvo Bolingbroke que asentía a todo cuanto escuchaba. Mesnager pensó que la causa era el miedo personal a

²⁸ *Memoires*. P. 57. Esto da cierta idea sobre la intemperancia del personaje.

las consecuencias de la negociación que estaban llevando a cabo, caso de que se produjera la caída del gobierno, bien porque la Reina cambiara de opinión, bien porque su salud precaria la llevara a un accidente inevitable. Finalmente Bolingbroke aclaró la situación y despejó las dudas: estaba prohibido por una ley del Parlamento negociar con un príncipe que daba hospitalidad en sus estados al Pretendiente. Y esto era, en realidad, lo que producía las caras largas y alteradas de los miembros de la comisión.

Mesnager quedó desolado. Nada en las conversaciones anteriores le hacía imaginar que esta cuestión, para la que no tenía orden ninguna, le fuera planteada. Y salió del paso como pudo diciendo con firmeza a los ingleses:

“Hace siete u ocho meses que se trata de buena fe acerca de los medios para conseguir la paz. Nos habéis entregado una memoria con vuestras pretensiones. La contestación del Rey ha sido sincera y he recibido, además, de Su Majestad un poder en los términos que habíais solicitado. Planteáis ahora una nueva dificultad y sabéis que es imposible que yo haya recibido instrucciones para responderos, puesto que acaba de surgir y no había sido imaginada hasta ahora. Yo diré tan sólo que es una cuestión prematura, porque no estamos negociando un tratado sino unos preliminares... Del caballero de San Jorge²⁹ sabemos que viaja actualmente por diversas provincias de Francia pero nadie puede saber dónde se encontrará, incluso tal vez haya marchado a otro estado, cuando se abran las conferencias de paz”³⁰.

A la comisión le parecieron bien estos argumentos y dijeron que tratarían de convencer a la Reina para que, ignorando la anterior circunstancia, aprobara las ofertas que Luis XIV hacía a Inglaterra. Dice Torcy al respecto:

"El temor de estos ministros pudiera parecer frívolo a quien no conozca la constitución inglesa y el peligro continuo al que están expuestos aquellos en cuya mano ésta la administración de los principales asuntos del Estado. Y estos mismos ministros lo sufrieron, pocos años después, cuando el duque de Hannover subió al trono. Sus enemigos, recuperado el poder con el nuevo soberano, respirando venganza, persiguieron a los que la Reina Ana había empleado en la pacificación de Europa; algunos entre ellos no tuvieron otra recompensa, por el bien que había conseguido para su patria, que ser desterrados y tratados como criminales”³¹.

El 4 de octubre, en casa de Prior, Mesnager se reúne con Bolingbroke y un comisario de comercio llamado Moore³². La razón era pedir aclaraciones sobre el tratado de asiento de negros y sobre la exención del quince por ciento de los aranceles aduaneros porque, a juicio de los ingleses, la última memoria de Luis XIV les había levantado algunas sospechas de que las propuestas tuvieran intenciones ocultas. Por otra parte Bolingbroke se dolía, en relación al asunto del Pretendiente, que Luis XIV no tomara ahora una actitud tan clara y firme como la que adoptó en Gertruydenberg sobre este mismo asunto. Mesnager estaba muy preocupado por estos continuos pasos adelante y atrás de los ingleses que le hacían temer que se eternizaran las negociaciones y dijo a Bolingbroke: "Si debo volver a Francia (para recibir nuevas instrucciones) exponemos la negociación no sólo a una demora fastidiosa sino incluso a un final infeliz".

²⁹ Título que se daba en Francia al pretendiente Jacobo III.

³⁰ *Memoires*, tomo II, pp. 60 y 61.

³¹ *Ibid.* Como es lógico se está refiriendo a Bolingbroke.

³² Que también había sido gobernador de la hibernada Compañía del Mar del Sur.

En la reunión del día siguiente pareció que la tormenta se había apaciguado. La Reina y su consejo habían resuelto no detenerse en los términos que se juzgaban ambiguos en la memoria del Cristianísimo. Los deseos de paz habían primado sobre cualquier otra consideración. Sin embargo parecía que las dificultades nunca iban a tener fin. El 6 de octubre Prior fue a ver a Mesnager para comunicarle que la redacción sobre el artículo de Terranova era inaceptable tal como se había convenido la víspera. Los comerciantes de Londres encontraban los términos equívocos y contrarios a sus intereses, en especial la autorización a los colonos franceses para seguir pescando en aquellas aguas. Mesnager, indignado, se negó a ceder ante esto y dijo que Luis XIV, antes que renunciar a que sus súbditos mantuvieran esta actividad tradicional, continuaría la guerra. "Sois gente de honor y me habéis dado vuestra palabra y yo os pido que la mantengáis. La fantasía de algunos comerciantes, suscitada, acaso, por enemigos del gobierno, no debe prevalecer sobre la promesa de la Reina". La actitud enérgica del francés dio resultado y antes de las dos horas volvió Prior anunciando que se mantendría lo prometido.

Hay que hacer constar que los ingleses no tenían claras las ideas sobre las cesiones francesas en América del Norte porque estaban muy condicionados por el resultado de la expedición que había organizado Bolingbroke para conquistar Monreal. Esta expedición, hecha contra la manifiesta voluntad de Harley y aprovechando el período en que, por el atentado, estuvo fuera de juego, fue una maniobra de Saint John para ganarse los favores de Abigail Mashan puesto que puso a su mando a un hermano –de reconocida ineptitud- de la favorita³³. La expedición fue un total fracaso y, finalmente, los ingleses tuvieron claro el panorama para poder negociar sobre esta zona.

Al día siguiente, 7 de octubre, Prior volvió a la carga con nuevas pretensiones de cambios en la redacción del documento de acuerdo. El motivo, decía, era evitar que la extrema repugnancia con que Holanda recibiría la apertura de las conferencias fuera exacerbada con "frases sospechosas". También pretendía que se redactara un artículo secreto y separado para las concesiones al duque de Saboya, artículo que no debían conocer los aliados. Insistía mucho pidiendo cambios en el artículo relativo al reconocimiento de la Reina, que debía ser de una claridad meridiana pues, de otra manera, los whigs dirían que se había injuriado a toda la nación. Esta pretensión no era una argucia para tensar la negociación sino que tenía calado político. Los whigs, viendo que la máquina de propaganda de Harley trabajaba con eficacia y que el partido de la guerra iba progresivamente perdiendo adeptos, decidieron cambiar su mensaje por otro que les diera mayor rentabilidad: cuánto hacía y decía el gobierno sobre la paz no eran sino cortinas de humo para encubrir sus verdaderos propósitos que no eran otros que conseguir la restauración de Jacobo III³⁴.

Una nueva dificultad surgió porque los poderes de Mesnager, amplios y generales los primeros, se habían concretado mucho en su segunda versión a instancias de los mismos ingleses, por lo cual las nuevas demandas podían caer fuera de lo autorizado. Mesnager se ofrecía para ir a Francia y venir con nuevos poderes pero los ingleses se resistían porque ahora la prisa era suya: Holanda, enterada de la existencia de las negociaciones, aunque no

³³ Además de las comisiones que parece demostrado cobró sobre los suministros de la expedición.

³⁴ *Memoires*, tomo II, p. 119.

de sus detalles, había decidido enviar al Buys para conocerlas y la Reina había tenido que escribir a Heinsius para que retrasara su viaje.

Para obviar estas dificultades Prior escribió un nuevo proyecto de preliminares "conforme en cuanto a la sustancia a las órdenes recibidas (por Mesnager) pero acorde, en cuanto a las expresiones, al genio de los ingleses". Esta nueva redacción satisfizo a las dos partes de manera que se acordó firmarlo al día siguiente, cuando la Reina emitiera los correspondientes poderes a los dos Secretarios de Estado, con el objeto de garantizarles, de cara al futuro, que no habían actuado de espaldas a la Corona, precaución que parecía conveniente a causa de la mala salud de Ana³⁵.

Por fin, el 8 de octubre, se firmaban los preliminares de Londres³⁶. Eran tres documentos, de carácter público uno y secreto el de los otros dos. El primero se titulaba "Artículos preliminares propuestos por Francia para alcanzar la Paz General" y contemplaba siete cuestiones: reconocimiento de la Reina y sucesión protestante, garantías para impedir la unión de las dos Coronas³⁷, concesiones comerciales a Gran Bretaña, barrera holandesa, barrera para el Imperio, demolición de Dunkerque y obligación de discutir en congreso posterior las demandas del resto de los contendientes. El segundo documento, éste secreto, llevaba el título de "Respuesta de Francia a las peticiones particulares de Gran Bretaña" y contenía ocho puntos: reconocimiento de la reina Ana y de la sucesión protestante, nuevo tratado de comercio entre Francia y Gran Bretaña, demolición de Dunkerque contra un equivalente que se daría a Francia de acuerdo con negociaciones posteriores, cesión por España de Gibraltar y Puerto Mahón, concesión a Inglaterra del asiento de negros, exención en España del arancel del 15 por ciento para las mercaderías inglesas, igualdad de trato comercial para los súbditos ingleses respecto a los franceses o a la nación más favorecida y las cesiones por Francia de las islas de San Cristóbal (Antillas), de Terranova y de la bahía de Hudson. A destacar como inciso que el equivalente que se daría a Francia por la demolición de Dunkerque no estaba en el ánimo de los ingleses concederlo a su costa. Ya tenían pensado, aunque de momento no era prudente decirlo, que consistiría en la cesión de algunas plazas en Flandes que los aliados habían conquistado a lo largo de la guerra y que en aquellos momentos estaban en poder de Holanda.

El tercer documento era simplemente un artículo separado por el que Francia se comprometía a devolver a Saboya los territorios y ciudades que había conquistado durante la guerra así como una mención genérica a la cesión de algunas plazas y territorios que parecían necesarias dentro de la reordenación territorial que iba a producirse en Italia. La

³⁵ Bolingbroke a la Reina, 25 de septiembre/6 de octubre de 1711. *Lettres*, tomo I, p. 83.

³⁶ Pueden leerse en Walpole, *Report from the Committee of Secrecy, Appendix*, pp. 4 a 6.

³⁷ En aquel momento la unión de las dos coronas no era asunto que suscitara demasiada preocupación. Ciertamente había muerto el Gran Delfín y estaban vivas las cartas patentes sobre los derechos de Felipe V que Luis XIV firmara en 1701. Pero ambas ramas de la dinastía borbónica parecían firmemente asentadas en cuanto a su continuidad porque tanto el duque de Borgoña como Felipe V no sólo tenían descendencia sino que su juventud permitía presagiar que ésta iba a ser numerosa. Por eso Inglaterra no va a poner impedimentos a una redacción tan etérea, y alejada de la casuística de los Preliminares de La Haya, como la que se hizo: "El Rey aceptará voluntariamente y de buena fe todas las medidas que sean justas para impedir que las Coronas de Francia y España se unan bajo una misma persona, es decir que un único príncipe pueda ser al mismo tiempo Rey de una y de otra".

redacción algo oscura de esta cláusula tal vez encubría la intención de Inglaterra -no revelada en este momento- de ceder Sicilia al duque de Saboya³⁸.

El segundo documento, que era el fundamental, estaba escrito a dos columnas. Una se refería a las condiciones que solicitaba Inglaterra y la otra a lo que al respecto concedía Luis XIV. Para ilustrar el formato reproduzco el siguiente ejemplo, por afectar a España y por la trascendencia que este punto concreto tendrá después en las negociaciones de Madrid:

*Su Majestad Cristianísima promete igualmente en nombre del Rey de España las ventajas y exenciones de derechos de que se hace mención en este artículo y de que los ingleses gozarán inmediatamente después de la paz y de haberse hecho las ratificaciones*³⁹.

Que las ventajas y derechos prometidos por M. Mesnager que asegura suben al 15 por ciento sobre las mercaderías y manufacturas de Gran Bretaña sean efectivamente concedidas.

Tras la firma Bolingbroke dijo a Mesnager que la Reina le recibiría en audiencia el siguiente día. A las ocho la tarde fue llevado en secreto, por la célebre escalera trasera, a presencia de Ana y sin más gentes visibles que dos guardias de toda confianza y algunas camaristas. La razón de estas precauciones era que los whigs tenían infiltrados innumerables espías en Windsor. La Reina le dijo: "Aborrezco la guerra y contribuiré en todo lo que de mí dependa para que finalice lo antes posible. Deseo vivir en paz con un Rey a quien estoy ligada por tantos lazos de sangre y espero que los lazos que nos unen se fortalezcan al máximo por medio de una amistad perfecta"⁴⁰.

La trascendencia de estos preliminares para España es indudable. Se reconocía a Felipe V como rey de España y de las Indias aunque tuviera que perder gran parte –que luego resultó ser la totalidad- de sus territorios europeos. Pero la legitimidad de su corona iba a ser, en adelante, sólo asunto de los propios españoles y en el que los aliados serían incompetentes, *ratione personae et ratione materiae*⁴¹.

El 13 de noviembre Mesnager es informado de que Buys estaba al llegar y que oiría de los propios labios de la Reina sus deseos de paz y las medidas que para ello había tomado. También que el conde de Strafford, embajador de Gran Bretaña en La Haya, iba a regresar en breve a esta ciudad para informar a Heinsius de los preliminares que se habían firmado y del congreso para la paz que se proponían celebrar en Utrecht, u otra ciudad holandesa; y también de que la Reina había nombrado como plenipotenciarios a John Robinson, obispo de Bristol y lord del sello privado⁴² y al conde de Strafford⁴³ y que solicitaría

³⁸ Isabel Richefort y Jean Yves Kin, *Los tratados de Utrecht en los Archivos del Ministerio de Asuntos Extranjeros*. En *La presence des Bourbons en Europe*, director Lucien Bely, p. 148.

³⁹ AGS, Estado, leg. 6820. *Copias de puntos del conde de Bergeyck para Bedmar y sus conferencias*.

⁴⁰ *Memoires*, tomo II, p. 74.

⁴¹ Giraud, op. cit., p. 94.

⁴² Tenía 57 años, un carácter apacible y una larga experiencia diplomática en Suecia.

inmediatamente a Holanda pasaportes para los plenipotenciarios franceses. Luis XIV había advertido a su nieto, poco antes de la firma de los preliminares, de su contenido y de que excedían del poder otorgado en tres cuestiones: el mayor plazo para la concesión del asiento de negros, el terreno que se cedía a orillas del Río de la Plata para que se *refrescaran* los negros y la exención del 15 por ciento de impuestos para las mercancías inglesas. Y le decía:

“Si me he comprometido a condiciones que no habíais previsto veréis que no son esenciales, y que era necesario aceptarlas para libraros de las tercas demandas que los ingleses hacían para conseguir cuatro enclaves en América. Hay ocasiones que importa no dejar escapar por lo que pido que no os sorprenda que haya interpretado vuestro poder sin consultaros porque, para haber tenido la respuesta de Vuestra Majestad, hubiera sido necesario perder un tiempo precioso”⁴⁴.

Felipe V admitió a duras penas lo que había hecho su abuelo, dando a entender que lo aceptaba sólo por respeto hacia él. Fue Bergeyck quien lo llevó peor porque aun seguía queriendo negociar directamente con Holanda e incluso elaboraba planes fantasiosos para conseguir que España recuperara el Rosellón. Estos planes provocaron la furia, primero de Bonnac y luego de Luis XIV, y un cambio radical en la actitud de éste hacia Bergeyck al que, hasta entonces, había tenido en gran estima.

13.4 REACCIONES A LOS PRELIMINARES

La embajada que llevaba Strafford a La Haya no era fácil. Tenía que comenzar explicando por qué la Reina había ocultado a los holandeses las negociaciones bilaterales que sostenía con Francia y cuál era el contenido de las condiciones que había aceptado para sus aliados, por más que éstas hubieran sido muy generales para no prejuzgar pretensiones e intereses de terceros. Debía asegurar al Pensionario que todo lo acordado entre Francia e Inglaterra no perjudicaba a los holandeses sino que, por el contrario, éstos iban a quedar satisfechos con las ventajas comerciales que conseguirían y que lo mismo cabría decir en relación a su barrera. Pero debía convencerlos para que moderaran las pretensiones que sobre este último asunto se acordaron en el Tratado de la Barrera y se contentaran sólo con un número de plazas suficiente para su seguridad. Pero también debía adoptar una actitud firme y decirles que, si se obstinaban en continuar la guerra, Inglaterra no estaba en condiciones de sostener además de la carga que le correspondía la que dejaban de aportar sus aliados. Por ello deberían elegir entre hacer frente a los compromisos contraídos, tanto en dinero como en tropas y barcos, o en su defecto hacer la paz.

La Reina proponía al Pensionario la ciudad de Utrecht como sede de las conferencias y sugería la fecha de 12 de enero de 1712 para la apertura del congreso. Holanda debía expedir y entregar a Strafford los pasaportes para los plenipotenciarios franceses y éste se ocuparía de hacerlos llegar a Versalles. Pero los holandeses decidieron demorar este trámite pensando que con ello se produciría un retraso en la inauguración del congreso y tendrían

⁴³ Thomas Wentworth, barón Ruby y tercer conde de Strafford era militar de carrera. Swift dijo de él que “tenía viveza y espíritu pero era infinitamente orgulloso y totalmente iletrado”.

⁴⁴ Luis XIV a Felipe V. En Baudrillart, tomo I, p. 455.

así tiempo para intentar disuadir a los ingleses de sus propósitos o, al menos, para sembrar recelos entre Francia e Inglaterra de tal manera que se diera lugar a la ruptura del acuerdo. Ambos intentos fueron en vano porque el nivel de confianza que, por entonces, se había conseguido entre Torcy y Bolingbroke estaba muy por encima de estas presiones y maniobras mal intencionadas. Torcy explica así la reacción holandesa:

"La República de Holanda, o por mejor decirlo su gobierno, que deseaba continuar la guerra porque les apenaba cambiar de situación y abandonar la posición a la que se habían elevado durante unos años en los que habían sido los árbitros de Europa, manipulando estados e imponiendo su ley a los más grandes monarcas... Los preliminares de 1709, obra de Heinsius, eran mirados como un paradigma que los Estados Generales no podían abandonar sin arriesgar la ruina de su país y la sumisión de Europa a Francia"⁴⁵.

La opinión en la Haya era que había que continuar la guerra con más fuerza que nunca y acusaban al gobierno de Inglaterra de deslealtad, alimentando la esperanza de que el partido whig, y el pueblo inglés en general, forzaran a que los ministros traidores renunciaran a toda negociación de paz. Y con esta concreta misión fue enviado Buys a Londres:

"La principal misión de este diputado era atizar el fuego de los descontentos y, por el procedimiento que fuere, conseguir que el nuevo ministerio fuera cesado. Estaba tan convencido de que lo lograría que, creyéndolo fácil, había dicho antes de su partida que tan pronto como se hubiera entrevistado privadamente con la Reina en su gabinete, ésta no dejaría en su puesto a ninguno de los nuevos ministros. El Rey (Luis XIV), informado por sus agentes, y preocupado por lo que se decía en La Haya, comunicó a Inglaterra las noticias que había recibido y preguntó cuál sería la actuación de la Reina si los Estados Generales persistían en rehusar la expedición de los pasaportes"⁴⁶.

También en Inglaterra las reacciones contra la paz eran fuertes. El capellán de Marlborough predicaba sermones en presencia del duque que luego se imprimían y difundían en La Haya y Londres convertidos en libelos contra la política de paz del gobierno inglés. Bolingbroke lo hizo saber a la Reina⁴⁷ y, aunque el duque negara tener conocimiento del asunto, éste sería un motivo más para el cese del general y su sustitución por el duque de Ormond que se va a producir a finales de este mismo año.

La anunciada y temida llegada de Buys a Londres se produjo el 30 de octubre. Escribía Bolingbroke previniendo a la Reina:

"El objetivo principal al que debe sujetarse es convencer a Vuestra Majestad que el plan que habéis adoptado es malo porque no caben esperanzas de conseguir una buena paz sin acordar antes unos preliminares específicos para cada potencia beligerante. Su deseo es, como Vuestra Majestad ya había previsto, romper la negociación actual y abrir una nueva, en cuyo secreto sus superiores entraran desde el comienzo, bien con la conformidad de Vuestra Majestad, bien -y es como ellos prefieren- sin ella"⁴⁸.

⁴⁵ Torcy, *Memoires*, tomo II, p. 84.

⁴⁶ Ibid., p. 85.

⁴⁷ Bolingbroke, *Lettres historiques*, Bolingbroke a la Reina, 17/28 de octubre de 1711, tomo I, pp. 101 y 102.

⁴⁸ Ibid. Bolingbroke a la Reina, 19/31 de octubre de 1711, tomo I, p. 103.

Lógicamente Buys se entrevistó con Bolingbroke y le pidió *l'histoire de la negociation* que éste le dio sin reservas aunque, como es lógico, sin revelar la parte secreta. Buys no se creía demasiado lo que le contaban pero, en todo caso, y aún admitiendo que las ofertas francesas cubrían, aunque sin pormenores, cuanto los aliados podrían esperar, dijo que en todo asunto había dos cuestiones, el fondo y las formas y que éstas habían sido desacertadas por lo que era imposible que se produjeran resultados satisfactorios⁴⁹. Posteriormente tuvo una audiencia con la Reina y le pidió unirse a los Estados Generales para solicitar al resto de los aliados redoblar sus esfuerzos militares contra Francia. En todo caso insistía en que era preciso, antes de entrar en una conferencia para la Paz General, elaborar preliminares específicos para cada uno de los contendientes. La llegada de Buys a Londres no fue inocua y como dijo Bolingbroke: "Mr. Buys debe ver materia de reflexión en la bajada de catorce a seis que han experimentado los fondos a su llegada ante los rumores de que su viaje tenía por fin atrasar la paz"⁵⁰.

La visita del diputado holandés a Londres preocupaba sobremanera a Luis XIV y Bolingbroke, para tranquilizarlo, envió a Gaultier a París con un memorándum en el que explicaba las pretensiones del holandés, la respuesta de la Reina y lo que se pensaba hacer para doblegar a las Provincias Unidas y llevarlas a posturas de colaboración. También hablaba de las respuestas que había recibido Strafford a su llegada a La Haya donde los preliminares no habían parecido suficientes, con la consiguiente negativa a aceptarlos, porque se consideraba arriesgado iniciar las conversaciones de paz sobre unas bases que juzgaban en exceso inconcretas. Además Holanda quería esperar a los resultados que las gestiones de Buys podían deparar. No obstante estas dificultades, afirmaba el memorándum de Bolingbroke, la Reina persistía en su decisión de comenzar de manera inmediata las conferencias a partir de los preliminares de Mesnager que se consideraban como una base de partida suficiente.

Astutamente el memorándum no sólo pretendía tranquilizar, también sacar partido de los temores que la postura holandesa suscitaba en Luis XIV y concretar algunos asuntos delicados para los que pedía la conformidad del Rey. Se trataba de dar seguridades a Holanda de que Francia, para colaborar en la consecución de la paz, restablecería los aranceles comerciales de 1664. También pedía que se concediera a Saboya una barrera defensiva porque Bolingbroke estaba convencido de que, ganada con estas dos cesiones la adhesión de estas dos potencias, al resto de los aliados no les quedaría otra opción que unirse al carro de la paz. Y esto sería más fácil si también se reconocía para el elector de Brandeburgo el título de rey de Prusia y para el duque de Hannover la cualidad de noveno elector que le había concedido el Emperador. Y para reforzar sus demandas presionaba con sutileza al Cristianísimo diciendo que, si bien la voluntad de la Reina para celebrar el congreso de paz era inquebrantable, los riesgos no debían menospreciarse porque "los malintencionados trabajan con toda intensidad en sembrar y hacer crecer la desconfianza". Sin embargo, continuaba, la aceptación de estas peticiones adicionales "disiparía las nubes y el Parlamento, que estaba próximo a reunirse, se pronunciaría por la paz con una fuerza como nunca antes lo había hecho en favor de la guerra"⁵¹.

⁴⁹ Ibid., Bolingbroke a Strafford, 19/31 de octubre de 1711, tomo I, p. 105.

⁵⁰ Ibid. Bolingbroke a Strafford, 23 octubre/3 de noviembre, tomo I, p. 112.

⁵¹ Torcy, *Memoires*, tomo II, p. 91.

Buys, que tenía gran confianza en su capacidad dialéctica, pensaba que convencería a la Reina sobre lo acertado de la postura holandesa. Pero no fue así y, en cambio, para mayor desasosiego, se encontró con una reprimenda de Harley que acusó a la república de Holanda de incumplir gravemente, desde hacía cinco años, sus compromisos económicos y militares y planteó al holandés la cuestión retórica de si, caso de continuar la guerra, su país estaría en condiciones, no sólo de aportar lo que le correspondía de acuerdo a los compromisos establecidos desde el comienzo de la contienda, sino a compensar de manera inmediata a Inglaterra por todo lo que se había visto obligada a suplir a causa de la morosidad de Holanda. Buys no tuvo más remedio que admitir que a su nación, en aquel momento, le era imposible cumplir ni siquiera sus obligaciones anuales y mucho menos pagar deudas del pasado.

Bolingbroke, que tuvo que sufrir las innumerables artimañas de Buys, escribiría años más tarde:

"Los holandeses no estaban opuestos radicalmente a que se llegara a algún tipo de acuerdo, pero no querían admitir uno en el que Gran Bretaña tuviera ventajas particulares. Por ello este ministro (Buys) declaró que estaba dispuesto y autorizado para cesar en la oposición que Holanda había formado a la voluntad de la Reina presentando una memoria en la que declararía que sus amos se conformarían con los puntos de vista de Su Majestad, y estarían dispuestos a no continuar la guerra para recuperar España; la condición sería que la Reina consintiera en poner guarniciones conjuntas, tanto en Gibraltar como en Puerto Mahón, y que Holanda participara en la concesión del asiento de negros, del navío del mar del Sur⁵² y, en general, de todo lo que se concediera por los españoles a la Reina y a sus súbditos"⁵³.

Aquí aparece claro que la indignación de Holanda contra Inglaterra, aparte de la pesada losa que constituía el haber desaprovechado la oportunidad que dieron los Preliminares de La Haya, estaba motivada por el incumplimiento del tratado de la Barrera que, como hemos dicho, igualaba las ventajas que ambas potencias pudieran conseguir.

Viendo que era vano intentar convencer a los ingleses con razones y ofertas decidió Buys desestabilizar al gobierno mediante intrigas con los whigs y con los embajadores extranjeros:

"Se había jactado de que acabaría con las negociaciones y que, si no lo conseguía, usaría todos los medios a su alcance para hacer caer al nuevo ministerio y así continuar la guerra. No se hablaba de otra cosa en La Haya que de mantenerla con más fuerza que nunca. Allí los denuestos contra los ministros de la Reina Ana no tenían límite. Se les tachaba de traidores a la patria y a sus aliados y como gentes corrompidas por el dinero de Francia⁵⁴. A su vez Buys,

⁵² Los años que tardó en escribir sus *Lettres sur l'Histoire* parecen haberle gastado una mala pasada a los recuerdos de Bolingbroke porque este navío –que luego se llamaría *navío de permiso*– no apareció en las negociaciones hasta un año después, precisamente como contrapartida al célebre 15 por ciento.

⁵³ Bolingbroke, *Lettres sur l'Histoire*, Carta 8ª, tomo II, pp.273 y 274.

⁵⁴ Lucien Bely cuenta en *Espions et Ambassadeurs*, p. 168 la afirmación de Azzurini, un espía al servicio de Francia, que cuantifica los sobornos de Luis XIV: 500.000 luises de oro a Harley, 200.000 a Bolingbroke, 100.000 a Shrewsbury etc. Pero añade que "las revelaciones del italiano se sitúan entre la realidad y la ficción y ha sido imposible verificar la verdad de sus asertos y ningún documento francés lo confirma. Por el

en Londres, no hablaba con más discreción. Todos los descontentos, fueran whigs o extranjeros, eran bien recibidos en su casa y se dedicaba a atraerlos para así cumplir con la misión que había traído de atizar el fuego y hacer lo posible para arruinar a los nuevos ministros y poner a sus adversarios al frente de un nuevo gobierno⁵⁵.

El 26 de noviembre Gaultier regresaba a Londres llevando un escrito en el que Luis XIV respondía a las cuestiones que Bolingbroke le había planteado en su memorándum y que era, en la práctica, un esbozo de las instrucciones que el Rey iba a dar a los plenipotenciarios franceses. En efecto, Francia se comprometía a conceder a Holanda una barrera suficiente así como facilidades comerciales a condición de que esta república se implicara, de nuevo y de buena fe, en la consecución de la paz. Pero antes de entrar en detalles sobre esta barrera habría que precisar el destino del País Bajo español, cuya soberanía estaba a punto de ser formalmente cedida al duque de Baviera por Felipe V. Para apaciguar, en mayor medida aún, los temores holandeses ante Francia se les autorizaba, como se hizo en Ryswick, a poner sus propias guarniciones en las plazas fuertes del Flandes español con lo cual, realmente, la protección estaría constituida por una doble barrera. A cambio Francia exigía que determinadas ciudades y fortalezas conquistadas por los aliados durante la guerra le fueran devueltas.

En cuanto a la reposición del elector de Baviera en sus estados y dignidades se sugería que, si fuera imposible conseguirlo, fueran al menos restablecidas en la persona de su hijo, al que podría casarse con la archiduquesa, hija primogénita de José I. Esta última concesión requeriría que fuera admitida por los aliados la soberanía que se iba a dar al elector sobre el País Bajo español. Y si los holandeses actuaban de buena fe y unidos a Inglaterra, cabía esperar que se formaría un grupo de presión tan potente que, presumiblemente, el resto de los aliados debería conformarse con lo que decidieran las potencias marítimas. Para incentivar esta buena fe, y la aceptación de todo lo relativo al elector de Baviera, Francia accedía a aplicar a Holanda los aranceles de 1664 y, además una exención de cincuenta sous por tonelada de mercadería.

Por lo que se refiere al duque de Saboya, objeto de trato privilegiado por parte de Inglaterra, no sólo se confirmaba el artículo secreto firmado por Mesnager sino que se aceptaba transferirle el resto del Milanesado y reconocerlo como Rey de Lombardía. Tampoco se ponían impedimentos al título de rey de Prusia que solicitaba el elector Brandeburgo y a la consideración del duque de Hannover como noveno elector. También se hacían algunas concesiones respecto a la barrera a establecer con el Imperio, con restituciones mutuas de villas y fortalezas. Como puede verse esta memoria constituía un avance importante sobre lo que iban a ser las negociaciones del congreso de Utrecht. Torcy comenta al respecto: "no fue sin razón que los ingleses dirían después, durante el congreso de plenipotenciarios, que la paz no se iba a hacer en Utrecht sino que ya había sido hecha en Londres y Versailles⁵⁶".

contrario parece claro que los observadores buscaban una explicación para el cambio brutal en la política inglesa y era fácil verlo como consecuencia de la generosidad de Luis XIV".

⁵⁵ Torcy, *Memoires*, tomo II, p. 103.

⁵⁶ Ibid., p. 113.

Finalmente Holanda consintió en expedir pasaportes para los plenipotenciarios franceses pero, en el lugar de seguir el procedimiento que les había indicado Strafford, decidieron enviarlos a Buys, para que éste a su vez se los hiciera llegar a la Reina junto con la petición de que fuera ella misma quien designara la ciudad donde se celebraría el congreso. Con ello querían dar a entender que su cambio de actitud no se debía a que hubieran sido convencidos sino al respeto que sentían por la soberana inglesa. El 6 de diciembre Bolingbroke lo comunicaría a Torcy por carta oficial, acompañada de otra más informal en la que pedía excusas por lo desabrido y autoritario de su redacción que, según decía, era debida a imposición de los holandeses. El texto de la carta era el siguiente⁵⁷:

1º. El lugar que ha parecido más apropiado para celebrar el congreso ha sido la villa de Utrecht.

2º. El día 12 de enero próximo (N.E.) ha sido fijado para la apertura de dicho congreso.

3º. Se ha acordado que los ministros de la Reina y de los Estados Generales sean enviados en calidad de plenipotenciarios y no tomarán el carácter de embajadores sino el día de la firma de la paz a fin de evitar, en lo posible, las complicaciones de ceremonial y cualesquiera otras que pudieran acarrear.

4º. La Reina y los Estados Generales insisten en que los ministros del *duque de Anjou* y los de los *anteriores* electores de Baviera y Colonia no accedan al congreso hasta que los temas que pudieran afectarles hayan sido acordados. La Reina y los Estados Generales están firmemente resueltos a no enviar los pasaportes para los ministros de Francia hasta que el Cristianísimo no haya confirmado que la ausencia de los mencionados ministros no demorará la negociación.

... La Reina me ordena haceros saber que, tan pronto reciba la declaración de Su Majestad Cristianísima sobre el último de los cuatro artículos, los pasaportes que aquí tenemos en blanco os serán enviados previa inscripción de los nombres del mariscal d'Huxelles, del abate de Polignac y del señor Mesnager, salvo que el Rey haya hecho algún cambio en la nominación de plenipotenciarios que nos había anunciado".

La prohibición de que los plenipotenciarios de Felipe V asistieran al congreso de Utrecht mientras se negociaban los temas que concernían a España fue comunicada por Luis XIV a Bonnac, antes incluso de recibir la anterior carta oficial, y la noticia llenó de justificada indignación al Rey de España:

"Bonnac sostenía que Inglaterra y Holanda tenían buenas razones para no entregar tan pronto los pasaportes porque aún no reconocían a Felipe V. Hubiera sido comenzar la negociación por donde debía terminar; porque, en caso de que fuera infructuosa, se hubiera destruido el fundamento de la guerra cosa que los aliados no podían permitir. Entonces dijo el Rey de España, ¿qué pensarán mis súbditos si ven que los intereses de la Monarquía están defendidos sólo por los ministros de Francia? Pensarán, replicó el embajador, que si Vuestra Majestad ha descargado sobre el Rey, vuestro abuelo, la responsabilidad de conducir la guerra puede también confiar en él para concluir la paz. Bergeyck, tomando la palabra, dijo que jamás se había visto que una Monarquía como España negociara una paz sin la intervención de sus

⁵⁷ *Lettres historiques*, Bolingbroke a Torcy, 25 de noviembre/6 de diciembre de 1711, pp. 118 a 125.

ministros. Usted debería saber, replicó Bonnac, que los ministros de Carlos II no tuvieron otra función en la paz de Ryswick que firmarla"⁵⁸.

Este diálogo, que se encuentra sólo en textos franceses, cabe suponer que fuera respondido por Bergeyck, que conocía perfectamente como se realizó la negociación de Ryswick, argumentando que, si bien los plenipotenciarios españoles no tuvieron una actuación decisiva en esta negociación -por la inoperancia de los mediadores suecos-, en su lugar el embajador en La Haya, Bernaldo de Quirós, tuvo una participación activa y brillante, cosa que no puede afirmarse de los ministros franceses cuyo papel deslucido fue motivo de escarnio y versos malintencionados que recorrieron toda Francia⁵⁹.

En cualquier caso el asunto de los pasaportes agrió sobremanera las relaciones entre Felipe V y Bonnac hasta el punto de que éste tuvo que decir al Rey Católico que "si España rehusaba hacer la paz por medio de Francia ésta, necesariamente, haría la paz sin España"⁶⁰. Para quitar tensión al asunto Luis XIV escribió a su embajador, el 17 de diciembre, pidiendo que Felipe designara sus plenipotenciarios -cosa que ya había hecho- y los enviara a París en espera de que se dieran las circunstancias que requerían los aliados para su marcha a Utrecht y prometiendo sus gestiones más diligentes -que por supuesto no tenía la más mínima intención de realizar- para que los plazos de entrega de los pasaportes se acortaran en lo posible. Los holandeses le habían hecho un gran favor excluyendo inicialmente a España del Congreso porque esto iba a permitirle negociar sin las trabas que, con seguridad, iba a poner su nieto. Para ello pidió a Felipe V plenos poderes para convenir con ingleses y holandeses en el Congreso. Le fueron concedidos a regañadientes y redactados de tal modo que, en la práctica, resultaban inoperantes pues decían que el Rey de España aceptaría cualquier documento que en su nombre firmara Luis XIV *siempre y cuando ese documento no fuese en contra de los mejores intereses de España*. Esto enfureció tanto al Rey de Francia que escribió a Bonnac: "No pretendo utilizar la amenaza pero es justo que piense sobre todo en mis propios intereses si no estoy respaldado por el Rey de España, puesto que trabajo en beneficio suyo, y que su afianzamiento en el trono va a costarme cesiones que tendré que hacer a mis enemigos en el tratado de paz". Era evidente que para Luis XIV la negociación en Utrecht era lo que hoy llamamos *un juego de resultado cero* en el que si España conseguía hacer una cesión de menos era a costa de que Francia se viera obligada a hacer una de más. Sin embargo, y como se verá más adelante, el devenir de los acontecimientos va a simplificar las cosas y estos problemáticos poderes no van a causar tantas perturbaciones como se preveía.

En lo que se refiere a la reacción alemana ante los preliminares de Londres conviene reseñar que el Archiduque Carlos, que el 22 de septiembre había dejado Barcelona camino de Viena, donde iba a ser coronado Emperador exactamente dos meses después, al llegar a Vado Ligure⁶¹, el 10 de octubre, recibió informaciones, más o menos precisas, sobre lo que se estaba pactando en Londres. Uno de sus secretarios escribía a Vilana Perlas, que se había quedado en Barcelona, lo siguiente:

⁵⁸ Memorias de Noailles, tomo III, pp. 85 y 86. Luis XIV a Bonnac, 6 de diciembre de 1711. Lo reproduce también Coxe, Tomo II, pp. 63 y 64.

⁵⁹ Ver infra, capítulo 1.5.

⁶⁰ Memorias de Noailles, tomo III, p. 87. Bonnac al Rey, 14 de diciembre de 1711.

⁶¹ Puerto próximo a Savona y Génova.

"Duplicanse las noticias de tratado de paz y aún se nos quiere asentar que lo concluyeron ingleses, holandeses y franceses. Considere Vuestra Señoría cómo estarán nuestros corazones y el del Amo... Su Majestad parte luego a Milán donde procurará apurar lo cierto y aplicar cuantos remedios sean imaginables... Espero en Dios sea arte de los enemigos y que se ha de desvanecer como ha sucedido otras veces, aunque confieso a Vuestra Señoría que temo esto y con bastante susto"⁶².

El Archiduque habló con el cónsul inglés en Génova para averiguar si eran ciertos estos rumores y éste, posiblemente de buena fe, lo desmintió rotundamente. Carlos aparentó creerlo pero, a fin de que fuera conocida su indignación en Inglaterra, "el nuevo Emperador recriminó al cónsul diciéndole que si él no encontraba las cosas cambiadas en lo que se refiere a la fría actitud del gobierno inglés en relación a su causa y que si Inglaterra no desarrollaba un mayor fervor para respaldar a los aliados en España, él, desde ese momento, velaría únicamente por sus propios intereses. Y esa misma actitud se verían obligados a tomar todos los gobiernos restantes de la Alianza"⁶³.

A los ministros ingleses no les preocupaba demasiado, en esos momentos, lo que dijera o hiciera el Emperador. Mucho más les inquietaba la actitud del duque de Hannover, futuro rey de Inglaterra cuyo embajador en Londres, Bothmar, se había unido al círculo de los conspiradores que rodeaban a Buys y a Gallas⁶⁴. Los rumores sobre conspiraciones eran alarmantes e iban desde un golpe revolucionario que derribara al gobierno tory hasta una actuación conjunta de los ejércitos de Holanda y Austria para desarmar a las tropas inglesas acuarteladas en los Países Bajos. Gallas propuso que el príncipe Eugenio viajara a Londres para tratar de convencer a los ministros ingleses que abandonaran sus negociaciones con Francia. A tal efecto escribía a Sinzendorf:

"Nuestros amigos (los whigs) nos presionan mucho para que se envíe a una persona de distinción que tomé mi lugar. Son todos de la opinión, y en particular milord Sunderland⁶⁵, de que nadie sería tan adecuado como el príncipe Eugenio, que tiene tan gran reputación y un carácter tan popular que el ministerio no se atreverá a menospreciarlo"⁶⁶.

Torcy hace una narración poco verosímil, que parece más propia de la fantasía de los conspiradores que de una conjura seriamente organizada, sobre cómo se iba a aprovechar la llegada de Eugenio para derribar al ministerio: mil hombres a caballo irían a recibirle cuando desembarcara y, al llegar al centro de Londres, se encontrarían con otra multitud, congregada para ese mismo día, con motivo de una ceremonia seudo religiosa en la que se quemaba una efigie del papa. A ellos se unirían un gran número de miembros de las dos Cámaras del Parlamento. Estas maniobras no eran ignoradas por el gobierno que envió instrucciones al conde de Strafford para que procurara disuadir al Príncipe de su viaje pero el intento no tuvo éxito de manera que Eugenio llegó a Londres el 16 de enero (V.E.) de

⁶² Citado por Voltes Bou, *El Archiduque...*, p. 162.

⁶³ Martín, M.A., *España entre Inglaterra y Francia*.

⁶⁴ Las intrigas descaradas de Gallas, representante del Archiduque en Londres, habían provocado que la Reina lo recusara como embajador pero manejaba cien subterfugios para permanecer en Londres.

⁶⁵ En ausencia de Marlborough era el más conspicuo de los dirigentes whig.

⁶⁶ Torcy, *Memoires*, tomo II, p. 118.

1712, cuando las cosas tenían una difícil marcha atrás porque ya habían partido para Utrecht los plenipotenciarios⁶⁷.

Otro bulo que corrió sobre la actuación de las Provincias Unidas, promovido también por Buys y sus amigos, era que Holanda estaba armando una flota, al mando del elector de Hannover, o de su hijo, para hacerlo desembarcar en Inglaterra, proclamarlo heredero del trono y derribar al gobierno.

La temida llegada de Eugenio a Inglaterra⁶⁸ fue cuidadosamente anticipada por el ministerio. Evidentemente se le guardarían las consideraciones debidas al soberano que representaba, además de las que él merecía por nacimiento y reputación, pero sería sometido, con la excusa de velar por su seguridad, a una vigilancia estricta. Se temía, sobre todo, que dada su fama y su indudable facilidad para conectar con el pueblo, no pusiera en marcha revueltas "entre un populacho naturalmente inquieto". Sin embargo, para general sorpresa, la recepción que el pueblo de Londres hizo al príncipe Eugenio fue más fría de lo esperado, incluso gélida⁶⁹. Tal vez las ideas divulgadas por *Conduct of the allies* habían calado ya en la opinión pública. Por supuesto pidió refuerzos y ofreció tropas imperiales para continuar la guerra en España "en un mensaje indigno de tan gran hombre"⁷⁰ e intentó echar por tierra todas las estrategias que Bolingbroke había montado a favor de la paz. Llegó a insinuar, incluso, vías heterodoxas para conseguirlo: "Como van con poca escolta, sea a Windsor, sea a las otras residencias reales, nada es más fácil que hacerlos asesinar por el camino y el expediente será eficaz". Godolphin, que era su interlocutor, rechazó la propuesta diciendo: "No niego su eficacia pero las leyes inglesas son tan justas y difíciles de evadir que no hay poder humano que impida que el autor de semejante crimen sea colgado cualquiera que sea su rango"⁷¹. La visita del príncipe Eugenio estuvo salpicada de desencuentros con la Reina y con el ministerio pero esto no le hacía cejar en sus empeños. Fueron más de dos meses de gestiones inútiles que no hicieron sino llenarlo de desesperación e impotencia y recibir infinitos reproches por la actitud de los aliados en general y del Emperador en particular.

Antes de la llegada del príncipe Eugenio se habían producido dos hechos que por su trascendencia conviene reseñar. El primero de ellos fue que la Reina, con objeto de terminar con tanto rumor e inquietud como las negociaciones habían inducido en el pueblo y en la clase política y, a la vez, respaldar la actuación de su gobierno, decidió convocar al Parlamento el 17 de diciembre para anunciarles la resolución que había tomado de negociar

⁶⁷ Ibid.

⁶⁸ Según Torcy, *ibid.*, p. 130, viajó "autorizado para hacer los gastos que considerara convenientes y provisto de las correspondientes cartas de crédito. Cualquier suma que gastara estaría bien empleada si conseguía derribar al gobierno. Un relato detallado de esta visita puede verse en las *Memoires*, tomo II, pp. 133 a 143.

⁶⁹ Castellví afirma que "el pueblo hizo muchas demostraciones de alegría aunque el gobierno detuvo el curso de alguna que querían ejecutar". *Narraciones*, tomo III, p. 364.

⁷⁰ Bolingbroke, *Lettres sur l'histoire*, carta 8ª, tomo 2, p. 272.

⁷¹ Bolingbroke, *Lettres historiques*, p. 133, nota 2. La versión que da Torcy en sus *Memoires* tiene puntos en común. La propuesta la pone en boca de Marlborough, ya cesado como capitán general, y consistiría en sembrar durante semanas, por medio de bandas de facinerosos que podían reclutarse con facilidad, el terror y el desorden en Londres. Tras ello asesinar a los principales ministros haciendo recaer las culpas sobre los agitadores. En su versión Eugenio rechazó por indigna esta propuesta aunque dio su aprobación a un golpe de estado que daría Marlborough aprovechando incendios provocados en la ciudad de Londres. Tomo II, p. 139.

con Francia: "Os he reunido, tan pronto lo han permitido los asuntos políticos, y me alegra mucho poder informar que, no obstante las maniobras de aquellos que desean la guerra, se ha designado lugar y día para comenzar a tratar de la Paz General"⁷².

El día 20 de diciembre los Comunes dirigieron un memorial a la Reina en el que, tras asegurar su devoción y respeto hacia ella, prometían que no escatimarían esfuerzos "para hacer ejecutar sus sabios proyectos y volver inútiles las maniobras de aquellos que querían que la nación continuara la guerra con Francia"⁷³. Sin embargo no hubo la misma suerte con la Cámara Alta, que emitió una desabrida crítica al proyecto de paz en forma de representación a la Reina. El *No peace without Spain* era mantenido con toda fuerza. La situación era peligrosa y para solucionarla hubo que apelar al segundo de los hechos a que antes nos hemos referido: la destitución del jefe indiscutido del partido whig, Marlborough, que tuvo lugar el 31 diciembre de 1711. Probablemente la gota que había colmado el vaso de la paciencia de Harley y de la Reina fue la respuesta de la Cámara de los Lores al mensaje de Ana al Parlamento. La votación en la que iba a aprobarse su propuesta de paz se perdió por un solo sufragio de diferencia cuando las previsiones del gobierno eran que se ganaría por siete a favor. La explicación del inesperado resultado estribaba en que los whigs habían comprado el voto de ocho *Queen's servants*⁷⁴. Para solventar cara a votaciones futuras esta situación minoritaria, a comienzos de enero de 1712, Ana, a propuesta de Harley, nombró doce nuevos pares para la Cámara Alta en una actuación si no irregular al menos insólita.

Marlborough fue incriminado por corrupción⁷⁵. "Se le acusaba de sumas inmensas que había cobrado y retenido para su personal provecho de las cantidades asignadas al sueldo de las tropas extranjeras y de las gratificaciones que había recibido, e incluso exigido, a los proveedores del ejército. Sólo una de las acusaciones de apropiación indebida ascendía a 420.000 libras esterlinas. Argumentaba en vano el duque que el difunto rey Guillermo le había autorizado, como comandante general del ejército, a retener sobre el importe asignado a las tropas extranjeras ciertas sumas, concedidas previamente por este príncipe, para asignaciones secretas de la guerra"⁷⁶. La Reina, entonces, lo destituyó de todos sus cargos a fin de que la investigación que procedía realizar pudiera hacerse de manera más

⁷² Giraud, op. cit., p. 95.

⁷³ Ibid.

⁷⁴ Textualmente *servidores de la Reina*. Así eran conocidos los miembros de la Cámara Alta no adscritos a ninguno de los dos partidos. Según otros el problema fue que no llegaron a tiempo –o aparentaron que así era– los poderes de ocho pares escoceses que se encontraban ausentes. En cualquier caso el asunto pareció a todos extraño y Swift llegó a afirmar a la señora Masham –y ello carece de sentido– que la moción a favor de la paz había sido traicionada por Harley y por la Reina. Trevelyan, op. cit., tomo III, p. 196.

⁷⁵ Tras el insólito incidente en la Cámara de los Lores se habían tomado represalias contra miembros destacados del partido whig. No sólo Marlborough fue destituido, también Walpole, único contrincante capaz de oponerse dialécticamente a Saint John en los Comunes fue encarcelado en la Torre acusado también de corrupción.

⁷⁶ Torcy, *Memoires*, tomo III, pp. 131 y 132. Aparte de esta acusación que el duque contradujo esgrimiendo cartas con la firma de Ana que lo autorizaban ya que, al parecer, era la fórmula habitual de hacer frente a gastos reservados, hubo otra más sólida: Sir Solomon Medina, suministrador de alimentos a los ejércitos aliados, declaró en los Comunes que entre 1702 y 1711 había pagado al duque 63.000 libras en comisiones. Éste se defendió argumentando que también esa cantidad se había usado en financiar el servicio secreto lo cual obviamente no pudo demostrar.

imparcial y libre de cualquier presión. En cualquier caso “el ataque a Marlborough fue un asunto de resonancia europea, juzgada en el extranjero como un ejemplo monstruoso de ingratitud nacional. Esta medida sólo puede ser defendida si se considera como algo necesario para asegurar la paz. Porque, para prevenir eficazmente la continuación de la guerra la primavera siguiente, se consideraba esencial sustituir al agresivo duque por un general más afín al Ministerio de la Reina y menos proclive a los aliados”⁷⁷. Los historiadores ingleses han criticado con ferocidad el proceso a Marlborough y resaltado que, aunque fuera cierto que se hubiera aprovechado económicamente de comisiones, al menos había servido con enorme eficacia a su país mientras otros generales, que también habían recibido este tipo de compensaciones, nada habían aportado a Inglaterra. Sin ir más lejos su principal acusador, Bolingbroke, “pocos meses antes había llenado sus bolsillos con comisiones ilícitas sobre la expedición a Quebec, en la que no había gastos del servicio secreto y que concluyó en un total fracaso”⁷⁸.

También a principios de enero Buys abandonaba Inglaterra. Su despedida de Harley fue violentísima. Éste le acusó de haberse comportado en Londres no como ministro de una potencia amiga sino como incendiario. Le dijo también que todas sus intrigas, pese a que las creyera secretas, eran perfectamente conocidas por el gabinete y por la Reina. Incluso se dio el gusto de referirle con todo detalle con quién había estado la tarde anterior y cuáles habían sido las palabras de cada uno de los reunidos. Al parecer la información era tan veraz que Buys no pudo desmentir ni una sola palabra. Las palabras de despedida fueron: "Tomad, esto es una bolsa con mil doblones que la Reina os regala"⁷⁹.

⁷⁷ Trevelyan, *England under Queene Anna*, tomo III. p. 200.

⁷⁸ Ibid., pp. 200 y 201.

⁷⁹ Torcy, *Memoires*, tomo 2, p. 128.

CAPÍTULO 14. EL CAMINO HACIA EL ARMISTICIO

14.1 INSTRUCCIONES A LOS PLENIPOTENCIARIOS DE ESPAÑA

La noticia de la apertura del Congreso de Utrecht, pese a que al principio no iban a ser admitidos en las deliberaciones los representantes de España, produjo gran satisfacción en Felipe V hasta el punto de que con fecha 8 de noviembre de 1712 nombró los embajadores, notificó este nombramiento al Consejo de Estado y solicitó de éste ideas para redactar las correspondientes instrucciones para la negociación. El Consejo se reunió al día siguiente y después de algunas consideraciones sobre si procedía que la embajada fuese ordinaria o extraordinaria, sobre los títulos del Rey en las plenipotencias¹ y sobre el sueldo y ayuda de costa² a fijar a cada uno de los embajadores, contestó al Rey lo siguiente:

“Las instrucciones así generales como particulares que V. M. manda discurrir y proponer al Consejo se deben fundar sobre la luz preliminar o proyecto de lo que se ha empezado a conferir y estado que tiene este negocio. Faltándole tal noticia de ello, el Consejo no halla por donde poder servir a V. M. como lo ejecutaría...(salvo que) V. M. fuese servido de alumbrarle con estas precisas luces que necesita”³.

Días después el Consejo, ante la insistencia del Rey, presenta un informe basado en las instrucciones que se prepararon para el duque de Alba con vistas a la fallida negociación de 1709, aun siendo consciente de que el paso del tiempo podía haber hecho algunas prescripciones inútiles o contraproducentes ya que Felipe V no había considerado oportuno informar al Consejo sobre lo que ya había pactado su abuelo. Por otra parte la opinión de los consejeros no fue unánime y se emitieron votos particulares, especialmente sobre la preferencia que debía darse a unos territorios sobre otros a la hora de cederlos, si es que la necesidad obligaba a ello.

Con fecha 28 de diciembre de 1711 firmó el Rey las instrucciones a sus plenipotenciarios, redactadas por Manuel de Vadillo y teniendo muy en cuenta las opiniones emitidas por el Consejo de Estado. El secretismo practicado por el Rey sobre cualquier información que tuviera que ver con la desmembración de la Monarquía, fue sin duda la causa de lo utópico, y hasta contrario a lo ya pactado, de estas instrucciones. El 25 de enero de 1712 se van a añadir unas segundas, secretas y exclusivas para el duque de Osuna, pero que, por su contexto, debieron ser redactadas al mismo tiempo que las primeras. Su autoría intelectual, al contemplar las cesiones que hizo en Londres Mesnager, debe atribuirse sin lugar a dudas a Felipe V⁴.

Las instrucciones generales son muy extensas, 99 folios y 45 apartados y, según creo, relativamente poco divulgadas, posiblemente porque tuvieron poca trascendencia práctica ya que la negociación con Gran Bretaña se hizo -tomando como punto de partida los

¹ Hubo grandes discusiones sobre los títulos con que debía figurar Felipe V al otorgarlas.

² Osuna: 3.140 escudos al mes más 40.000 escudos de ayuda de costa. Bergeyck: 1.500 y 20.000 escudos respectivamente. Monteleón: 1.200 y 16.000 escudos.

³ AHN, Estado, leg. 3376/2. Consejos de 10 y de 24 a 29 de noviembre de 1711.

⁴ Ambos documentos pueden leerse en AHN, Estado, leg. 3376/2.

acuerdos de la convención Mesnager- en Madrid y Londres, por los marqueses de Bedmar y de Monteleón, siguiendo ambas instrucciones directas de Felipe V y sin que en el Congreso de Utrecht, para el que se habían redactado, se añadiera nada al documento que se había firmado en Inglaterra. Incluso la negociación de Monteleón hubiera tenido poca relevancia de no haber sido porque la diplomacia inglesa practicaba, como se ha visto hizo con Mesnager, la política de dar marcha atrás en cuestiones ya acordadas y plantear continuamente nuevas exigencias, siempre con la presión añadida de unos plazos para asentir a ellas de casi imposible cumplimiento.

Sin embargo, ambas instrucciones tienen, a mi juicio, el máximo interés por cuanto son el planteamiento más temprano y autónomo que se conoce sobre la política exterior que propugnaba Felipe V, aunque estuviera tamizado por las opiniones de su Consejo de Estado. Por primera vez, desde el comienzo de su reinado, el Rey tiene ocasión de plasmar libremente su pensamiento sobre cual debía ser la política española en Europa y en las Indias, apareciendo en ambos documentos ideas –fueran propias o asumidas- que pueden resultarnos sorprendentes como su defensa a ultranza del equilibrio de poder o su temprano irredentismo sobre las posesiones italianas en poder de los austriacos, considerado en general de aparición más tardía y consecuencia de las presiones de Isabel de Farnesio. Y sin embargo dicho irredentismo va a resultar ser muy anterior a su matrimonio e independiente de los deseos de su cónyuge de dotar a sus hijos de reinos en esta parte de la Monarquía.

Las instrucciones secretas para Osuna son mucho más cortas, apenas una decena de folios, y desde luego mucho más concretas, realistas y opuestas a veces a lo que dicen las generales. La cesiones que Mesnager hizo en Londres, admitiendo desmembraciones en la Monarquía, ignoradas y hasta prohibidas en las instrucciones generales, eran aquí explicadas y autorizadas. De aquí la afirmación hecha en el párrafo anterior de que estas instrucciones, aun siendo absolutamente inútiles para negociar -si hubiera sido el caso- en el Congreso de Utrecht, constituyen en realidad todo un manifiesto, utópico pero sincero, sobre la política exterior preconizada por Felipe V.

Las instrucciones comienzan refiriéndose a los tres negociadores que ha designado el Rey apenas un mes antes: el duque de Osuna como jefe de la misión, el conde Bergeyck y el marqués de Monteleón. Sobre estas tres personas se han deslizado una serie de tópicos, si no inciertos por lo menos superficiales, en la historiografía habitual. Una muestra significativa de ello pudiera ser la descripción que de sus personalidades hace Ochoa Brun en *Embajadas y embajadores en la Historia de España*⁵:

A don Francisco María Téllez Girón, sexto duque de Osuna, lo describe como "militar de carrera, de temperamento radical y opuesto a todo lo que fuera disgregación territorial del Imperio".

A don Jon Brouckovem, conde de Bergeyck le imputa estar "animado de furibundos sentimientos antifranceses".

⁵ Ochoa Brun, M. A.. *Embajadas y embajadores en la Historia de España*. Madrid, 2002. p. 346.

De don Isidoro Casado de Acebedo y Rosales, primer marqués de Monteleón, siguiendo las laudatorias opiniones habituales, afirma que "era el más propiamente dotado de condiciones diplomáticas, hombre propenso a las decisiones equilibradas y a la obtención de la paz a la que entonces se aspiraba"⁶. No difiere mucho en este juicio del que, allá por 1750, manifestaba José de Campo Raso en sus *Memorias políticas y militares para servir de continuación a los comentarios del marqués de San Felipe*⁷. Con ocasión de una misión que le va a encomendar Felipe V ante Venecia y los príncipes italianos, en 1728, Campo Raso nos da de Monteleón la semblanza siguiente que pudiera permitirnos adivinar entre líneas ciertos rasgos de frivolidad en el personaje:

"Este ministro, a quien se había empleado en varias cortes, era muy adecuado para cumplir con todo género de comisiones. Su carácter abierto y alegre hacía su sociedad apetecible. Este señor amaba todo lo que sirve para conocer bien a los hombres así como son la mesa, conversación, libertad y despejo; en esto bien diferente de otros ministros que afectan siempre grande ocupación y la pedantesca representación de verse obligados a mantenerse perpetuamente ocultos, haciéndose inaccesibles a todos".

El duque de Osuna, primer plenipotenciario y con poder de decisión sobre los otros dos, después de oírlos, era el más joven de los tres pues contaba sólo 34 años y su experiencia era puramente cortesana (copero mayor y gentilhombre de cámara) y militar (capitán de la primera compañía española de guardias de corps). Debió quedar muy extrañado de su nombramiento pues escribió al Rey alegando falta de cualidades para el puesto. Un año más tarde escribía a Grimaldo: "Yo no puedo remediar mis talentos ni saber manejar los negocios pues es la primera vez que Su Majestad me pone en ellos como le representó mi gran celo a su servicio cuando me hizo la honra de conferírmelos, poniendo en consideración de Su Majestad los inconvenientes y atrasos que podía tener por la insuficiencia que en mí reconocía"⁸. Además según comentó Prior al conocerlo no hablaba francés sino una *jerga* de difícil comprensión

Nada añadiré, de momento, a estas semblanzas del duque de Osuna y de Monteleón. Sus propias actuaciones y su correspondencia, que más adelante tendremos ocasión de analizar con detalle, nos van a definir de forma clara sus virtudes y carencias, poniendo a cada cual en su lugar y, sobre todo, desenmascarando a Monteleón de la aureola de gran diplomático y servidor honesto y fiel que la historiografía suele adjudicarle. Sin más excepción -hasta donde me consta-que lo puesto sobre el tapete por D. Gómez Molleda sobre la verdadera personalidad de Monteleón, consecuencia de las investigaciones de esta historiadora en los archivos del *Public Record Office* y, concretamente, en la correspondencia entre Stanhope, entonces embajador en España y Townshend durante el año 1725. Stanhope informa de las presiones que recibe de Monteleón para que informe de "su firme resolución de dedicar el resto su vida completamente al servicio de Su Majestad (Jorge I), tanto esté empleado o no en cualquier lugar de la Corte de España pues, en ambos casos, espera ser útil". Incluso, con mayor claridad, lo escribe el embajador inglés el 4 de septiembre de 1725: "El marqués

⁶ Monteleón era de Milán y el norte de Italia tenía fama justificada de haber alumbrado magníficos diplomáticos.

⁷ En la edición de la Biblioteca de Autores Españoles de la obra de Bacallar figura a continuación esta obra en las páginas 370 a 602. La cita concreta está en la p. 431.

⁸ AGS, Estado, leg. 6823. Osuna a Grimaldo, 20 de mayo de 1713.

de Monteleón está eternamente pidiéndome... que haga presente a Su Majestad su completa dedicación a su servicio y que aunque él fuera de nuevo empleado al servicio del Rey de España *seguiría gobernándose completamente por las directrices que reciba del Rey nuestro Amo* sin esperar ninguna recompensa por ello. Él desea *proporcionarle constantemente las inteligencias que estime oportunas para su servicio*"⁹. Ciertamente la vanidad de Monteleón debía encontrarse herida en aquella época por los desaires que, primero Alberoni y luego Ripperdá, le hicieron pero esto, aun teniendo en cuenta los criterios de la época, no puede justificar una oferta para ponerse secretamente al servicio de Inglaterra en menoscabo de su Rey.

También conviene hacer alguna precisión sobre los "furibundo sentimientos antifranceses de Bergeyck". Ciertamente durante sus largas y frustradas negociaciones de paz con los holandeses hubo de ocuparse, siguiendo instrucciones de Felipe V, de aparentar por todos los medios a su alcance que España gozaba de una total independencia política respecto a Francia para lo cual no ahorra críticas a esta nación y a sus gobernantes, siendo todo ello del dominio público. Es también cierto que la propuesta que hizo a Felipe V para que España reclamara a Francia la devolución del Rosellón provocó las iras de Luis XIV pero tal propuesta sólo pretendía que España, que tanto debía ceder a los aliados para conseguir la paz, tuviera alguna compensación por parte de Francia cuyas cesiones eran, sin lugar a dudas, de menor entidad¹⁰. Sin embargo hay que hacer constar las magníficas relaciones que sostuvo con Luis XIV y con Torcy durante muchos años y que se ponen de manifiesto en el *Journal Inedit*. Escribe el Secretario de Estado en 1709¹¹:

"Bergeyck añadió que él no quería sino servir a Su Majestad (Luis XIV) y que le había pedido cartas para naturalizarse francés, lo que el Rey le había concedido pero se había decidido suspender su expedición para no entorpecer los asuntos generales; ante ello Bergeyck insistió en pedir la misma gracia, solicitando que estas cartas fuesen registradas en el Parlamento dejando el nombre en blanco, lo que me pareció contrario a las normas. Su deseo era retirarse a vivir en Cambrai tan pronto hubiera sido revelado de sus funciones".

Parecen contradictorios los sentimientos antifranceses que se le achacan con sus deseos de obtener la nacionalidad francesa y retirarse, a causa de su salud precaria, a vivir en esta nación, seguramente por el escenario de guerra en que vivía la suya. Es también interesante la opinión que Saint Simon nos transmite de él: "Era el hombre más sincero del mundo, el más devoto de la verdad; amaba y buscaba el bien de manera espontánea"¹². Bergeyck sólo participó como negociador en París ya que pidió el retiro, argumentando motivos de salud, antes de la marcha a Utrecht de los embajadores¹³. Mucho más indicativo, a mi juicio, de su postura ante Francia es su actuación durante su estancia en París, de febrero a noviembre de 1712, donde funcionó de hecho como embajador de España, receptor y trasmisor de las innumerables propuestas que en tan confuso y decisivo período se intercambiaron entre las

⁹ D. Gómez Molleda. *Gibraltar. Una contienda diplomática en el reinado de Felipe V*. Madrid, 1953. Pp. 243 a 246. Cartas de Stanhope a Townshend de 6 de agosto y 4 de septiembre. Las citas están sacadas de P.R.O., Spain, leg. 94/93.

¹⁰ Baudrillart, p. 457.

¹¹ Journal, pp. 12 a 15.

¹² Linda and Marsha Frey, op. cit., p.43.

¹³ No obstante no murió hasta 1725.

dos cortes. Para ello no tenía título alguno, ni siquiera era el primer plenipotenciario, pero a Luis XIV y a Torcy les bastaba la confianza que tenían en sus capacidades y en su bonhomía.

Creo provechoso analizar con cierto detalle las instrucciones del Rey a sus plenipotenciarios. Felipe V comienza asegurando que en la guerra que padece no le introdujo la ambición de conquistas sino la precisión de su propia defensa y que era absurdo dudar de la sinceridad de sus deseos de conseguir la paz. “Pero esto no puede verificarse sino en el supuesto de que sea segura, decente y decorosa”. También afirma, contradiciendo la política de independencia que había intentado mantener durante los últimos años, que el acuerdo con Francia y su gobierno, aun cuando no fuera tan conveniente, “yo la ordenaría y nada fuera tan contrario a mi sinceridad, a mi amor y a mis intenciones que el que a ella se faltase”.

En el apartado 4 entra el Rey de lleno en el meollo de las instrucciones:

"A la integridad de la Monarquía debe aspirarse. En ella están empeñados los intereses y deseos de todos los dominios que la componían cuando entré en su posesión; aun los mismos que la fuerza o el engaño han sacado de ella suspiran y anhelan a restituirse al bien que dejaron... A esta integridad debe aspirarse y no se debiera pensar en un ápice que descaezca de ella *en tanto que no se vierte en su defensa la última gota de sangre*".

Felipe V declara que "debe asentarse como preliminar y primer supuesto indefectible que yo, en todo caso, he de quedar con la España íntegra, con las Indias, islas del Mediterráneo y océano en la misma forma en que las heredé". También afirma que tanto Gibraltar como Menorca, ocupados por Inglaterra, son irrenunciables aunque para recuperarlos hubiera que entregar algún equivalente. Ordena a los plenipotenciarios manejar mañosamente este asunto intentando conseguir el apoyo de Holanda, disgustada porque estos enclaves de gran importancia comercial estén en posesión de Gran Bretaña.

La importancia que el Rey da a Italia queda patente en los diez artículos que a ella dedica en las instrucciones ordenando a sus plenipotenciarios que en el Congreso dejen muy claro que su derecho a estos territorios, concedidos a la corona española por Carlos V, prevalecen sobre cualquier argumento que pueda plantear el Archiduque. Por otra parte, si éste se mantuviera en posesión de lo que había conquistado en Italia, su poder “se haría formidable causando los celos, con tan dilatada extensión de dominios, de Inglaterra, Holanda y Francia”. Ve claro que se va a plantear un conflicto de intereses entre los aliados, que los plenipotenciarios deben manejar con habilidad “insinuando utilidades iguales para una y otra potencia”.

Por otra parte considera que aunque los príncipes de Italia se hayan comportado hasta ahora con una *indiferente neutralidad* ante la conquista austriaca, por lo que ahora se ven oprimidos por “las cadenas que con su flojera se han ido fabricando”, su interés verdadero está en que España mantenga allí su dominio. Por eso recomienda que en Utrecht se intente convencerlos, especialmente a Génova y Venecia, de sus justos títulos: Nápoles y Sicilia nunca se han visto unidas al Imperio sino a la corona de Aragón y Milán jamás fue posesión de la Casa de Austria porque su primera investidura la hizo Carlos V a favor de su

hijo Felipe II y sus descendientes, sin otra condición que solicitar al Emperador –como el había hecho al comienzo de su reinado- la confirmación de esta investidura. Otro tanto cabía decir del marquesado de Final, comprado con dinero de Castilla al último marqués que lo poseyó.

La idea de Felipe V es que nada de Italia debía cederse “si no es en el último desengaño de no poder evitarlo sin mayores perjuicios en partes más sensibles”. Por ello habría que intentar que tanto sus pretensiones como las del Emperador quedasen fuera del tratado de paz. Había que dejar dormir estos asuntos porque a las potencias marítimas les debía ser indiferente, en su opinión, el cómo se realizara un posible reparto. Convenía, por ello, esperar que la rigidez de trato de los alemanes fuera dando sus frutos y que así llegara una coyuntura favorable para recuperar lo usurpado.

No obstante todo lo anterior Felipe V establece prioridades para el caso de que sea inevitable alguna cesión. Si hubiera que elegir entre quedarse con el reino de Nápoles o con el estado de Milán era preferible optar por el primero de ellos, y no sólo porque Milán sería más fácil de recuperar, sino por ser Nápoles “uno de los reinos más ostentosos y considerables de que se compone esta Monarquía”. Y puestos a ceder Milán habría que impedir que lo adquiriera la Casa de Austria, intentando que se adjudicase a un tercer príncipe que podría ser el duque de Saboya:

“Y tengo por conveniente ordenaros procuréis, simulada y mañosamente, insinuar al ministro de Saboya que no tendré repugnancia en ceder su Amo el derecho de ese estado, solicitando con este halago atraerle para que me sea favorable en el resto de mis justas pretensiones”.

Pero esta cesión no pretendía ser definitiva y los plenipotenciarios debían reclamar con toda energía la devolución de los presidios de Toscana que podrían valer como cabeza de puente para una posterior reconquista de Milán.

En el apartado 17 se plantea un tema que también va a constituir, como se irá viendo más adelante, una de las obsesiones de Felipe V:

"En cuanto a España conviene tener presente, como punto de suma importancia, que de ninguna manera se den oídos a proposición de pacto que mire a que a los catalanes se les consientan sus pretendidos fueros, pues sobre ser tan indignos de ellos, aunque fuese sólo los que tenían en tiempos de Carlos II, mi tío, puesto que las dos últimas cortes que han concluido los deja más repúblicos que el Parlamento abusivo a los ingleses".

Los plenipotenciarios reciben también instrucciones sobre el mantenimiento de los derechos de los súbditos españoles en territorios usurpados o que deban cederse. Bienes, honores y privilegios deben respetarse sin que para ello se requiera mantener la residencia en tales territorios. También se dice que el tratado de paz podría apoyarse en otros anteriores como Pirineos, Nimega o Ryswick pero que nunca puede considerarse como antecedente ninguno de los dos tratados de reparto de la Monarquía española que se firmaron en las postrimerías del reinado de Carlos II.

Los apartados 20 a 23 hablan con insistencia del equilibrio de poder que hace necesario que nunca un Emperador, o rey de Romanos, pueda ser al mismo tiempo rey de España por lo cual la sucesión del Archiduque Carlos en el trono imperial presenta dos ventajas: la de contar con un príncipe católico para contener el empuje de los turcos y la de impulsar a las potencias marítimas a mantener a Felipe V en su trono de España y hacer inconveniente la expansión de la Casa de Austria por los territorios italianos.

A continuación analiza Felipe V lo que entiende deben ser los objetivos y políticas de las potencias marítimas:

"De Inglaterra y Holanda se ha de creer, como máxima elemental suya, querer sólo seguridad y ampliación de comercio y no extensión de dominios. La primera apetecerá puertos en el continente de Flandes y la segunda barrera de plazas y territorios impenetrables y fructíferos y, entrambas, comercio aventajado en las Indias. Estos deseos, confrontados entre sí, pueden ser manzana de discordia de que se saque utilidad... Si estas dos potencias encontrasen su satisfacción no habría que hacer gran cuenta del Archiduque y del Imperio, ni importaría a mis intereses, ni a los del Rey, mi abuelo, *quedasen excluidos de la paz y con las armas en la mano*; antes bien pudiera desearse que mantuvieran el empeño y que los portugueses les acompañen. Y así todo el esfuerzo de la negociación debe dirigirse a que ingleses y holandeses, satisfechos en sus intereses, se aparten de la guerra y de las asistencias al Imperio".

Insisten las instrucciones en que las ventajas comerciales que se concedan no deben superar a las que existían en tiempos de Carlos II, sobre todo en lo referente a las Indias, "porque importaría poco quedarse yo con las Indias si quedara con el peso de mantenerlas y sin la utilidad de disfrutarlas". Considera conveniente abrir una vía directa por la cual los súbditos de Holanda e Inglaterra puedan reclamar los incumplimientos en asuntos comerciales, evitando los siempre engorrosos y a veces nada equitativos caminos legales, y propone establecer para ello la instancia a un juzgado compuesto por comerciantes españoles. Está el Rey convencido de que los posibles puntos a negociar con las potencias marítimas serán muchos porque mucho será "lo que discurra la sutileza codiciosa de estas naciones doctas y versadas en las materias de comercio". En cualquier caso las concesiones que se hagan deberán venderse al mayor precio posible, tratando de compensar de esta manera demandas territoriales inadmisibles. Sin embargo ninguna nación podrá comerciar directamente con las Indias, ni siquiera llegar con sus barcos a sus puertos y costas. Todas las mercancías deberán salir de puertos españoles y en barcos de esta misma nacionalidad y los retornos de las mercaderías estarán sometidos a estas mismas condiciones. Y ello no sólo por consideraciones económicas, tanto del real erario como de los comerciantes españoles, sino "por no tener expuesta la religión al contacto con la herejía".

En cuanto al reconocimiento de la línea de sucesión protestante en Inglaterra y el repudio consiguiente al rey Jacobo, Felipe V, aun lamentándolo, se limita a decir que se proceda según decida Luis XIV. El apartado 37 es una tajante declaración de independencia con respecto a esta nación:

"Muchas pruebas tendréis con que aclarar la verdad y que se distinga lo que es respeto a un abuelo, tan justo acreedor a mis cariñosas veneraciones, de lo que ellos llaman subordinación

y obediencia... Las angustias de la guerra necesitan valerse de socorros extraños (exteriores) y la gratitud a ellos no ha de atribuirse a servidumbre".

Las instrucciones sobre la paz con Portugal dicen que, si en tal momento, tuviera este país algún territorio ocupado en España deberá restituirlo y, desde Badajoz hasta el mar, la frontera será el río Guadiana. La isla de San Gabriel y la colonia de Sacramento serán españolas, de acuerdo con lo establecido en la bula de Alejandro VI.

Terminan las instrucciones dejando claro el ámbito de los poderes de los plenipotenciarios: "Lo que fuere ceder de mis dominios y desmembrar de ellos, u otro cualquier punto considerable, es necesario pedir tiempo para darme cuenta y esperar mi resolución". También se establece la jerarquía entre los plenipotenciarios: el conde de Bergeyck ha sido nombrado por sus conocimientos sobre Flandes y sobre temas relativos al comercio. Monteleón por su conocimiento de Italia pero ambos subordinados al duque al que advierte: "Comunicaréis y consultaréis (a ellos) lo que os pareciere, y oiréis sus dictámenes y prevenciones... *entendiendo todos que la resolución ha de ser vuestra* según creyereis más conveniente y arreglado a mis órdenes".

Como he indicado anteriormente la instrucción reservada para el duque de Osuna es mucho más breve y concreta y el duque debe considerarla como complementaria de la general. La primera preocupación que expresa Felipe V en la instrucción es insistir en el equilibrio que conviene mantener entre las potencias europeas y hace referencia al último tratado de reparto, concretamente a su artículo 9º, que especifica que la corona de España no puede recaer ni en quien sea Emperador, o rey de Romanos, ni en quien sea rey de Francia o Delfín. Este principio le lleva a pedir que se inste a las potencias marítimas para que se le devuelvan las *usurpaciones* en Italia: Nápoles, Milán y Cerdeña. Sin embargo autoriza al duque a ceder los territorios italianos "cuando no se pudiere de otro modo y comprendiereis que la oposición que hacéis puede romper el Congreso". En este caso la gran preocupación de Felipe V es aminorar el poder del Archiduque por lo que da instrucciones para que se procure conservar al duque de Saboya la parte del estado de Milán que se le cedió por el tratado de adhesión a los aliados, incluso incrementándola en lo posible, para lo que tendrá, con seguridad, el apoyo de Inglaterra.

Por lo que se refiere a Sicilia, Longón y Puerto Hércules, que aun permanecen en manos españolas, piensa -erróneamente como pronto se verá- que las potencias marítimas no tienen ningún interés en desposeerle de estos territorios pero, caso contrario, ordena al duque que se niegue a hacer esta cesión salvo que reciba una orden suya en contra. En cuanto a Cerdeña, en manos inglesas, debe solicitarse con toda firmeza su restitución. Por lo que a Flandes respecta confiesa a Osuna que lo ha cedido a su abuelo para que éste pudiera cumplir con el tratado que Francia firmó con el duque de Baviera al comienzo de la contienda¹⁴. "Este príncipe ha padecido mucho en esta guerra y la gloria del Rey, mi abuelo, y la mía piden que se le procure la restitución de todos sus estados y dignidades".

¹⁴ Como se ha dicho la cesión se produjo en enero de 1712 y los compromisos adquiridos por Felipe V se habían mantenido secretos hasta el 19 de diciembre de 1711 por lo cual no figura esta referencia en las instrucciones generales.

A continuación informa Felipe V al duque de los pasos que ha dado Inglaterra para iniciar las conversaciones de paz y de las condiciones que para ello ha puesto. Y de cómo, tanto Luis XIV como él, se encontraban al límite de sus fuerzas, económicas sobre todo, para continuar la guerra. "Este motivo me ha determinado (aunque con el mayor sentimiento y dolor) a enviar al Rey, mi abuelo, el pleno poder que con mucha instancia y fuerza me había pedido para convenir con el gobierno de Inglaterra". Consecuencia de todo ello, explica, han sido las negociaciones y el posterior acuerdo que firmó Mesnager¹⁵ con las cesiones de Gibraltar, Puerto Mahón y el asiento de negros, con los terrenos necesarios para el manejo de este negocio, así como las exenciones de impuestos para las mercaderías inglesas que se importen en España. Según afirma el Rey estas exenciones han sido la contrapartida a las plazas que los ingleses solicitaban en la Indias para la protección de su comercio. Felipe V es consciente que esta medida no sólo perjudica a los intereses españoles sino que va a ser instada por otras potencias, abriendo vías de discusión no deseadas. Por ello ordena Osuna que intente dar marcha atrás en esta exención a cambio de otras ventajas como podría ser la ampliación del plazo de la concesión del asiento de negros.

"Su Majestad Cristianísima me ha dado a entender por el marqués de Bonnac que los ingleses estaban dispuestos a restituirme, después de la paz, el puerto de Gibraltar mediante una suma de dinero que pudiese yo convenir con ellos". Se plantea por primera vez, probablemente por la frivolidad del conde de Jersey al comienzo de las conversaciones, el asunto recurrente de la devolución de Gibraltar, que va a ser una constante durante buena parte el siglo XVIII. Si los ingleses volvieron plantear el tema a Luis XIV o fue argucia de éste para apaciguar a su nieto, tan reacio en este asunto, es algo difícil de saber. Pero, si verdaderamente tuvo lugar esta propuesta por parte de Bolingbroke, debió ser sin ánimo de efectuar la devolución, como ocurriría más adelante, cuando Jorge I se comprometió por escrito a ella¹⁶. Como es lógico Felipe V ordena a Osuna que negocie con el mayor interés sobre esta propuesta, tratando de convencer a los ingleses de que Gibraltar les interesa poco y que los gastos de mantener su ocupación no estaban proporcionados a su utilidad.

A estas instrucciones secretas se adjuntaban dos documentos reservados: el poder para negociar que se había otorgado a Luis XIV, y el texto –no está claro si completo- de los acuerdos que Mesnager había firmado en Londres, documentos ambos mantenidos en el más riguroso de los secretos.

14.2 LA RULETA DINÁSTICA

Como hemos visto la apertura del congreso de Utrecht había sido fijada para el día 12 de enero de 1712 pero el juego de dilaciones desplegado por los holandeses retrasó su comienzo hasta el día 29. Las conferencias se iban a celebrar en el Ayuntamiento de Utrecht que en aquella época estaba constituido por la unión de dos edificios importantes que habían pertenecido a familias nobles. La entrada principal se reservó a los aliados y fue preciso recrear una puerta lateral, más pequeña, para que sirviera de acceso a los

¹⁵ En las instrucciones generales no figura ni la más mínima referencia a lo que en nombre de España convino Mesnager en Londres.

¹⁶ Véase D. Gómez Molleda, op. cit.

plenipotenciarios franceses. Todo se cuidó al máximo con el fin de que no hubiera distinciones ni favoritismos para ninguna de las partes negociadoras. El 28 de enero los plenipotenciarios franceses escribían a su Rey lo siguiente:

"Respecto al ceremonial toda nuestra atención se ha puesto en que la igualdad entre las partes se observe hasta en las cosas más mínimas. El Ayuntamiento tiene en su fachada dos puertas de similares altura y anchura; los aliados entran por una y nosotros por la otra. Desde la entrada cada uno se dirigirá a una sala que se ha preparado para reuniones privadas. Ciertamente la de los aliados es mayor que la nuestra pero, como son muchos más que nosotros, parece justo que así sea. Entre ambas salas está la que se utilizará para las conferencias generales. Las puertas, la mesa y las sillas están dispuestas de manera que no haya la más mínima distinción"¹⁷.

La conferencia debía atenerse a un detallado reglamento -se tomó como modelo el utilizado en Ryswick- denominado *Règlement pour l'ouverture et la méthode des conférences a Utrecht*. Entre las cosas reglamentadas se prescribía que los plenipotenciarios tendrían cada uno su propia carroza, con dos caballos, y que entrarían en el edificio por puertas separadas para evitar enfrentamientos entre los cocheros. Las conferencias se celebrarían sin ceremonia y los plenipotenciarios se sentarían próximos a la puerta de entrada que les correspondía pero sin orden preestablecido. Preocupaba mucho mantener bajo control a la servidumbre que, de anteriores conferencias, tenía fama de levantisca y pendenciera. Por ello se prohibía terminantemente que los criados llevaran armas y estuvieran en la calle después de las diez de la noche¹⁸. Castigos adecuados a las posibles infracciones estaban descritos con todo detalle en el reglamento.

Todo este protocolo igualitario estuvo a punto de decaer cuando, finalmente, el Emperador decidió enviar a sus ministros al congreso. Sinzendorf pretendió resucitar la vieja costumbre que concedía cierta preeminencia en actos diplomáticos a los enviados imperiales pero, pese a sus protestas, los ingleses no lo tomaron muy en cuenta. El puesto de secretario de la conferencia fue confiado a Buys.

La apertura del congreso, pasados los primeros momentos de discursos grandilocuentes, no presagiaba un éxito rápido porque los franceses, como primera cuestión, plantearon que el País Bajo español debía ser cedido al elector de Baviera y dieron además una amplia relación de fortalezas fronterizas que exigían fueran devueltas a Luis XIV. Esto produjo una violenta reacción holandesa, poco inclinada de antemano a negociar la paz, pidiendo insistentemente que el País Bajo español se entregara a Austria, y añadían:

"Bien entendido que ninguna provincia, villa, fortaleza o plaza de los dichos Países Bajos españoles podrá ser jamás cedida, donada y añadida a la corona de Francia, ni a ningún príncipe o princesa de la Casa de Francia, sea en virtud de donación, venta, cambio,

¹⁷ Bely, L. *Espions*...p.412.

¹⁸ "Los pajes, lacayos y en general toda la gente de librea no llevarán bastón ni armas tales como espadas, cuchillos, pistolas de bolsillo u otras cualesquiera, ocultas ni descubiertas, tanto en la ciudad como en los paseos. Y sobre todo se prohibirá a todos los domésticos salir después de las diez de la noche, salvo con orden expresa y para el servicio de su Amo". Ibid., p. 413.

convención matrimonial, sucesión por testamento... ni ser puesta, de cualquier manera que fuere, en poder del rey Cristianísimo ni de ningún príncipe o princesa de la casa de Francia"¹⁹.

La disparidad radical de planteamientos hizo que el congreso entrara en una práctica inactividad que duraría meses. Bolingbroke, más preocupado en aquellos momentos por otras cuestiones, dijo que "Su Majestad está completamente dispuesta a que las negociaciones en Holanda duerman cuanto tiempo sea preciso"²⁰.

En todo caso todas las escaramuzas del Congreso van a resultar intrascendentes al lado de los graves sucesos que la ruleta dinástica va a desencadenar en la Casa Real francesa. Por si fuera poco la muerte el año anterior, en plena juventud, de José I con las consecuencias que para el equilibrio europeo implicaba el acceso al trono imperial del Archiduque, a partir del 12 de febrero de 1712, día en que muere María Adelaida de Saboya, se van a encadenar una serie de decesos inesperados. El día 18 muere su marido el duque de Borgoña, Delfín de Francia y el 6 de marzo su hijo, el duque de Bretaña, que contaba sólo con cinco años y que debía, fallecido su padre, ser el heredero de la corona de Francia. Sólo quedaba en la línea sucesoria directa un niño de dos años, el que luego sería Luis XV, cuya débil salud hacía temer a todos, comenzando por el propio Luis XIV, su pronta desaparición. Y, extinguida esta línea, la corona de Francia tendría que pasar necesariamente a Felipe V que mantenía vigentes sus derechos, pese a lo prescrito en el testamento de Carlos II, debido a las irregulares *Cartas Patentes* que Luis XIV había emitido y hecho confirmar por el Parlamento de París en el año 1701.

Lo simultáneo de estas muertes causó estupor en Francia y según informaba de manera adulatoria Félix Cornejo, encargado de negocios de España en París²¹, "en lo general se desea, y esto sin rebozo alguno, que muera cuanto antes este inocente príncipe para que con eso se restituya a su Patria Nido el Rey Nuestro Señor"²². Dada la costumbre de la época de buscar causas anómalas a cualquier muerte natural más o menos inesperada, cabe imaginar todas las cábalas que se hicieron al respecto²³. El mismo Cornejo escribía en carta cifrada a Grimaldo que "el pueblo de París y muchos cortesanos no quieren persuadirse de que la arrebatada muerte de los señores delfines haya sido natural atribuyéndola todos a diabólico veneno o artificio del duque de Orleans. Lo que fortalece esta opinión es que no se puede olvidar el atentado que ha querido cometer en España y que se dice públicamente que este príncipe mantiene con su hija un abominable comercio"²⁴. Similar es la información que envía al marqués de Mejorada el duque de Osuna, recién llegado a París y en espera de los pasaportes para marchar a Utrecht:

¹⁹ *Actes et Memoires touchant a la paix d'Utrecht*, tomo I, p. 343. En Giraud, op. Cit., p. 99.

²⁰ Trevelyan. *England under Queene Anne*, tomo III, p. 211.

²¹ Fue el secretario de embajada durante el período del duque de Alba. A su muerte quedó como encargado de negocios de España durante cuatro años.

²² AGS, Estado, leg. 4309. Cornejo a Grimaldo, París, 14 de marzo de 1712.

²³ "Las autopsias practicadas en los cuerpos de los príncipes franceses, según los que presumían de mejor informados, habían dado lugar a las más diversas conclusiones por parte de los médicos que en ellas intervinieron, inclinándose la mayoría a favor del tósigo (veneno) y creyendo los de menos en el fin natural". Alfonso Danvila, *El Congreso de Utrecht*, Madrid, 1929, tomo 2, p. 208.

²⁴ AGS, Estado, leg. 4309. Cornejo a Grimaldo, París, 22 de febrero de 1712.

“No quiero decir nada sobre el duque de Orleans, pues Su Majestad lo conoce y tiene experiencia de ello, y que por su demasiada cavilación es capaz de cualquier cosa... (el duque de Orleans) asegura públicamente que ha estado haciendo composiciones venenosas en su casa ejecutándolas y haciéndolas dar, a costa de suma de dinero, a marido y mujer difuntos, a fin de quedar por tutor del Sr. duque de Bretaña para usurparle la monarquía ...Todo esto es tan horroroso que no parece pueda caber en cabeza humana, ni que tenga la crisma de cristiano”²⁵.

En menos de once meses la ruleta dinástica había dado un giro total e inesperado a la situación. Las previsiones del testamento de Carlos II se habían ido al traste y todas las estrategias diseñadas por Inglaterra y Holanda, al pactar la Gran Alianza, para conseguir el equilibrio de poder en el continente se veían gravemente amenazadas. El riesgo que se cernía sobre Europa, puesto crudamente de manifiesto por la muerte en cadena de los herederos de la Casa de Borbón era que, según fueran los avatares de la guerra, podía surgir de forma inevitable una potencia hegemónica que sería o bien una Francia robustecida con la anexión del Imperio español o bien una reproducción, casi dos siglos después, del Imperio de Carlos V.

No menos conmoción que en Francia causó la noticia en las cortes europeas y, de manera especial, en Inglaterra que pensando tener bien atados todos los pasos previos hacia la paz se encontraba de pronto frente a una situación que obligaba a cambios importantes y ante la que los whigs formaron un escándalo formidable acusando al ministerio de imprevisión. El 10 de marzo Bolingbroke tuvo que escribir a sus plenipotenciarios la carta siguiente:

"Ayer mañana recibí una carta a de M. de Torcy por la cual me anuncia la nueva de la muerte del tercer Delfín acaecida este año pero dándome seguridades de que el Rey persiste en su resolución de concurrir con nosotros, por medio de eficaces medidas, a prevenir la unión de las dos Coronas. Mr. Harley comunicará a Vuestras Señorías la manera que mejor haya parecido conveniente a la Reina para obtener este resultado. La muerte de estos príncipes no deja sino a un niño de dos años entre Felipe V y la Corona de Francia y nos impone la necesidad de ocuparnos de inmediato de cuestión tan importante”²⁶.

Las instrucciones no tardaron en llegar a los plenipotenciarios con advertencias sobre cómo redactar el artículo en el que se intentará prevenir la unión de coronas:

"Su Majestad piensa que se podría proponer que el derecho a sucesión de la Corona de España fuese determinado de manera expresa en el tratado de manera que si Felipe V, o sus hijos, fueran llamados por derecho a la sucesión de la Corona de Francia fuera este asunto asimilado, a todos los efectos, a la extinción de la rama española de la Casa de Borbón y que el más próximo sucesor a la Corona (de España) sea explícitamente indicado para este caso y que, si fuera posible, las Cortes españolas prestasen su conformidad a este acuerdo”²⁷.

En una instrucción posterior se especificaba que, si por la muerte del último Delfín y sus descendientes, una misma persona –Felipe V o un hijo suyo- tuviera derecho a las coronas de España y Francia, no se respetaría tal derecho y la sucesión a la corona de Francia

²⁵ Osuna a Mejorada, 18 de febrero de 1712. AHN, Estado leg. 3379/1.

²⁶ Bolingbroke, *Letters and Correspondence*, tomo II, p. 199. Citado por Giraud, op. Cit., p. 101.

²⁷ Giraud, op. cit., p. 102.

debería pasar al duque de Orleans. Pero esto era una injerencia inadmisible en la soberanía francesa por lo que Bolingbroke va a proponer a Torcy, en fecha tan temprana como el mes de marzo, la que después de muchas alternativas y discusiones será la solución que finalmente se adopte:

"Felipe V deberá hacer una renuncia formal, por su mismo y por sus descendientes, a todos sus derechos a la Corona de Francia y las Cortes darán su adhesión a ello y a la exclusión de que gobierne en España cualquier otra rama de la Casa de Borbón de manera que se consentirá que la Corona de España pase, en caso de extinción de los sucesores de Felipe V, a otra familia que se elegirá. El deseo la Reina es que la elección recaiga sobre la casa de Saboya"²⁸.

Esta solución, a juicio los ingleses, evitaba formalmente injerencias externas en la soberanía española ya que era Felipe V, como legislador soberano, y las Cortes quienes, por propia decisión, procedían a hacer tales renunciaciones. Pero las cosas no iban a resultar tan fáciles y cuando el contenido de esta instrucción le llegó a Torcy, éste, en un memorial que dirige a Bolingbroke a través de Gaultier, le hace ver lo inviable de esta solución en el marco del derecho público francés:

"Francia no puede consentir en convertirse en provincia de España y esta nación pensará de igual manera respecto a Francia. La cuestión es tomar medidas sólidas para impedir la unión de las dos monarquías pero nos apartaríamos totalmente del fin perseguido si se contravienen las leyes fundamentales del reino. Según estas leyes el príncipe más cercano a la Corona es el heredero necesario... Y la sucesión la recibe no como tal heredero sino como monarca del reino por el solo hecho de su nacimiento. No debe la Corona ni al testamento de su predecesor ni a ningún edicto o decreto, ni siquiera a la voluntad de su propia persona... Esta ley debe ser contemplada como obra de Aquel que ha establecido todas las monarquías y en Francia estamos persuadidos que sólo puede ser abolida por Dios. Ninguna renuncia puede destruirla, y si el Rey de España lo hiciera por la paz, y por obediencia a su abuelo, se engañaría quien la recibiera como expediente suficiente para prevenir el mal que se quiere evitar"²⁹.

La teoría que exponía Torcy tenía una tradición centenaria en la filosofía política francesa desde las teorías de Jean Bodino y Jérôme Bignon y la distinción entre *legibus solutus* y *juribus solutus*. El príncipe no tiene ningún poder para traspasar los límites de las leyes naturales y divinas. "La ley sálica se interpreta como una enfiteusis: por regla general el Rey no hereda el trono por sucesión paterna, esto es de manera patrimonial, sino en virtud de la ley del reino y con reconocimiento de determinadas condiciones. Además del *ius divinum*, del *ius naturale* y del *ius gentium* se cuentan entre estas condiciones las leyes fundamentales y los contratos de sus antecesores puesto que se concertaron con el consenso de los estamentos... el Rey no recibe su cetro ni del Papa, ni del arzobispo de Reims ni tampoco del pueblo sino únicamente de Dios"³⁰.

Tras exponer a Bolingbroke esta teoría, Torcy le hace una contra propuesta consistente en acudir a las previsiones del testamento de Carlos II si llegaran a producirse circunstancias que abocaran a la unión de las Coronas. Felipe V debería optar entre la corona de España y

²⁸ Ibid., cartas de Bolingbroke a Torcy de 20 y 28 de marzo de 1712.

²⁹ Ibid., p. 103.

³⁰ Günter Barudio. *La Época del Absolutismo y la Ilustración*. Madrid, 1992, pp. 75 y 76.

la de Francia y, caso de decidirse por esta última, el trono español pasaría a una rama colateral francesa (como la del duque de Berry) o a la casa de Austria aunque, en este último caso, bajo igual óptica de separación de las Coronas española y austriaca. Torcy le recuerda además a Bolingbroke que Felipe V, después de su acceso al trono, hizo registrar en las Cortes españolas una ley de estado por la cual los descendientes de la reina Ana de Austria, es decir la familia Orleans, debían heredar el trono de España en caso de que faltaran los herederos de la reina María Teresa.

Estas razones no convencieron a Bolingbroke porque no aseguraban, bajo su punto de vista, que reinando en España, por ejemplo la rama de Orleans, no pudiera recaer sobre ella, en un futuro, la Corona de Francia. Y así en carta a Torcy de 3 de abril decía entre otras cosas:

"No es necesario que explique en detalle las objeciones que se pueden hacer pues sois, Señor, lo bastante sagaz para verlas en toda su extensión y fuerza. La Reina cuenta tanto con la equidad de vuestro Rey, y con el deseo sincero que ha testimoniado hacia la paz, que no puede imaginar que le pida a ella contentarse con una seguridad tan poco sólida como la que habéis propuesto en vuestra memoria... Yo estoy dispuesto a creer que podéis estar convencidos en Francia de que sólo Dios puede abolir la ley sobre la que se funda vuestro derecho a sucesión; pero también debéis permitir que en Gran Bretaña estemos persuadidos de que un príncipe puede apartarse de sus derechos por cesión voluntaria y aquél en cuyo favor se haga la renuncia puede ser sostenido en sus pretensiones por las potencias que sean garantes del tratado. En fin, Señor, la Reina me manda haceros saber que este artículo es de tan enorme importancia, tanto para ella como para el resto de Europa, tanto para el siglo presente como para la posteridad, que no consentirá jamás en continuar las negociaciones de paz a menos que el expediente que ha propuesto, u otro igualmente sólido, sea aceptado"³¹.

Como afirma Giraud, las posturas eran de difícil conciliación. "M. de Torcy había colocado la cuestión en el terreno del derecho público francés; el ministro inglés lo colocaba más a propósito en el terreno del derecho público europeo"³². La correspondencia de Bolingbroke recoge diversas cartas cruzadas al respecto entre ambos Secretarios de Estado, sin resultado positivo alguno. Por ello el congreso de Utrecht, y cualquier avance hacia la paz, estuvo casi paralizado durante dos meses más en espera de que se encontrara alguna solución. Para aumentar la confusión Harley, primo de Gran Tesorero, fue enviado a Utrecht en una misión extraña y sin carácter oficial pero diciendo llevar instrucciones secretas de la Reina y, según decía él mismo, autorizado para hablar con Huxelles y Polignac. El viaje no tuvo efectos prácticos y tan sólo sirvió para aumentar el malestar y los rumores en el Congreso.

Entretanto Felipe V había tenido que entrar en el juego. El 11 de marzo Luis XIV le escribía en los siguientes términos: "Ignoro los designios de la Divina Providencia pero Vuestra Majestad es mirado en la actualidad en toda Europa como el próximo heredero de mi Corona y esta opinión tan generalizada va a incrementar las dificultades para alcanzar la paz"³³. El 28 de mayo escribía Luis XIV a Bonnac contándole las propuestas inglesas para solucionar la posible unión de ambas monarquías así como su rechazo a ellas por colisionar con el derecho público francés y explicando su contra propuesta de aplicar el testamento de

³¹ Bolingbroke, *Lettres historiques*, tomo I, pp. 153 a 156.

³² Giraud, op. cit., p. 105.

³³ Baudrillart, op. cit., tomo I, pp. 469 y 470. Luis XIV a Felipe V, 11 de marzo de 1712.

Carlos II. Pero Felipe V, y tal vez más la Reina María Luisa, alimentaban lo que Baudrillart llama "gloriosas quimeras". Se trataba de coronarse como Rey, caso de que el joven Delfín muriera, en Francia y dejar España a otro de sus hijos³⁴. Siendo Felipe regente de una monarquía y rey de la otra, gobernaría en ambos reinos de manera más completa a como lo había hecho su abuelo, incluso en los primeros momentos de su llegada a España.

El problema estribaba en que la determinación a tomar era urgente porque la apertura de la campaña militar estaba muy próxima, el congreso de Utrecht paralizado y el ministerio inglés temeroso de que la falta de decisiones provocara alguna reacción violenta de los whigs que los descabalgara del gobierno. Luis XIV, por su parte, intentaba ganar tiempo mientras hacía lo imposible por convencer a su nieto de que debía renunciar a una de las dos Coronas. Aunque esta vez contaba con la oposición de Torcy que seguía empeñado en el derecho divino que asistía a Felipe, como demuestra la carta que el 4 abril escribía el Secretario de Estado a Bonnac:

"Habéis visto, señor Bonnac, que existen propuestas para hacer que el Rey de España renuncie, en beneficio de la paz, a sus derechos sobre la Corona de Francia y los pase al señor duque de Berry... Es un expediente que nunca puede ser bueno aunque Su Majestad Cristianísima, mal aconsejado, lo aceptara. Las leyes del reino se oponen y el orden que establecen no se puede cambiar por razones de conveniencia"³⁵.

Pero las circunstancias le van a obligar pronto a moderar esta opinión. Sólo cinco días después escribía a la princesa de los Ursinos a tenor de lo siguiente:

"Los ingleses declaran que la guerra va a reanudarse con más fuerza que nunca si este expediente no es aceptado... Y estamos seguros que no pretenden ni amenazar ni meter miedo y que es cierto que los ministros no podrán impedir la continuación de la guerra y que serán ellos, tal vez, las primeras víctimas de esta resolución. Si me preguntáis qué es lo que puede hacer Su Majestad Católica en una coyuntura tan fastidiosa y tan comprometedora verdaderamente no sería capaz, ni bastante osado, para darle consejo. Un político avisado le aconsejaría prometerlo todo para conseguir la paz puesto que la renuncia, siendo contra las leyes, no podría subsistir; ignoro si esta opinión será de su gusto y prefiero que sean otros los que le aconsejen"³⁶.

Días más tarde, concretamente el 18, 25 y 28 de abril, partieron de Marly para España cartas de Luis XIV enviadas a Felipe V y a Bonnac, no ya con sugerencias corteses y discretas sino con avisos claros y precisos que devendrán sucesivamente en perentorios y casi amenazantes. La urgencia no soportaba maniobras ni dilaciones. Si no conseguía negociar inmediatamente con Inglaterra una suspensión de armas Francia estaba perdida. Pero ni Felipe V ni la Reina aceptaban tomar el compromiso que Luis XIV exigía³⁷.

Luis XIV se lamentaba de que no era justo que tuviera que arruinar a su nación simplemente porque su nieto quisiera mantener su posible derecho a reunir un día en su

³⁴ Se supone que el príncipe de Asturias pasaría con él a Francia para convertirse en Delfín.

³⁵ Torcy a Bonnac, 4 de abril de 1712. En Courcy, op. cit., pp. 69 y 70.

³⁶ Ibid, pp. 71 a 73.

³⁷ Ibid., p. 74.

persona ambas Coronas para repartirlas luego entre sus herederos. Por lo tanto el Rey Católico tenía que decidir inmediatamente si quería abandonar España y volver a Francia para permanecer en espera de una sucesión que, quizá, nunca llegaría, ni para él ni para sus hijos, o si quería permanecer en España y renunciar a sus derechos, tal como los ingleses pretendían. Al Cristianísimo se le hacía difícil entender que un príncipe que había reinado más de once años, que decía amar a sus súbditos porque había recibido de ellos tantas muestras de fidelidad, se decidiera a abandonarlos para permanecer en espera de una sucesión incierta³⁸. La carta, de fecha 18 de abril, en la que Luis XIV decía todo esto a su nieto tenía un *post scriptum* que decía: "Ha llegado la respuesta definitiva de Inglaterra. La paz está absolutamente rota si el Rey de España no renuncia a sus derechos sobre mi sucesión... No me queda sino decidir si quiero la paz a este precio o la guerra".

Felipe V, ante la desesperación de su abuelo, no tomaba ninguna determinación y ni siquiera contestaba. Es finalmente el 21 abril cuando le escribe una carta, no exenta de altanería³⁹, en la que tras quejarse del entreguismo de Luis XIV ante sus enemigos, de la violación de las leyes fundamentales de Francia y del abandono del derecho natural que le asistía, afirma que por alcanzar la paz y por agradecimiento a los esfuerzos que su abuelo ha hecho por mantenerlo en el trono "estoy determinado, caso de que no se halle otro expediente, a renunciar a la sucesión a la Corona de Francia en la manera que se juzgue más apropiada. Pero pretendo también que, en consideración a tan gran sacrificio, Inglaterra, junto con la paz, me ofrezca grandes ventajas que considero como cosa que se me debe"⁴⁰.

Ciertamente las ventajas que pretendía no eran bagatelas. Felipe, además de España y las Indias, pedía Sicilia (no se sabe bien porqué pues aún era suya), Nápoles, Cerdeña, el Milanesado y los presidios de Toscana. No obstante si los ingleses se resistían se conformaría con el reino de Nápoles o el Milanesado. Además de ello Gran Bretaña debía restituir Gibraltar. Como se ve no hay ninguna referencia al País Bajo español que había sido finalmente cedido de manera oficial al elector de Baviera en enero⁴¹. Luis XIV consideraba estas peticiones inalcanzables porque Inglaterra jamás transigiría en ellas. Incluso, pensaba, el plantearlas podía hacer dudar de la buena fe de Francia en la negociación. Todo esto se lo hizo saber a Felipe V por carta de 9 de mayo aunque, como jamás daba una batalla por perdida, comenzó a hacer gestiones tanto en Utrecht como en Londres⁴². Y, para sorpresa general, el 10 de mayo los ingleses hacen una nueva propuesta⁴³. Luis XIV la comunicaba su embajador Bonnac de la manera siguiente:

"El gobierno de Inglaterra ha determinado proponerme un medio para hacer reinar al Rey Católico y conservarle al tiempo sus derechos de nacimiento. Las cartas llegadas de Londres

³⁸ Baudrillart, tomo I, pp. 479 y 480.

³⁹ Cuando Felipe V escribe esta carta no había recibido aun la muy apremiante que Luis XIV le había enviado el día 18. La respuesta a esta última carta fue todavía más altanera.

⁴⁰ Felipe V a Luis XIV, 22 de abril de 1712. Baudrillart, tomo I, pp. 482 a 485.

⁴¹ Cantillo, op. cit., pp. 52 a 56.

⁴² Courcy, op. cit., pp. 97 a 100.

⁴³ Bolingbroke a Torcy, 29 abril/10 mayo de 1712. *Lettres historiques*, tomo I, pp. 175 a 181. Según Bolingbroke (en *Lettres sur l'histoire*, carta 8ª) la idea fue exclusivamente de Harley y a él nunca le pareció viable.

contienen una propuesta nueva consistente en dejarle el Reino de Sicilia y añadirle los Estados del duque de Saboya es decir el Piamonte y los ducados de Saboya y Montferrato así como el ducado de Niza y, a cambio, ceder al duque de Saboya España y las Indias"⁴⁴.

Esta propuesta implicaba la renuncia formal de Felipe al trono de España y de los duques de Berry y de Orleans al de Francia. Felipe V mantendría sus derechos a la Corona de Francia y, caso de que llegara a heredarla, tan sólo debería devolver Sicilia al Emperador. El resto de los territorios que hubiera recibido se unirían a Francia. La solución no podía ser más atractiva para Luis XIV. Sus anhelos de incrementar el ámbito territorial francés que le habían llevado a tantas guerras podían ahora realizarse sin escollos ni oposición. Ciertamente había salido caro porque, según pensaba, España había vivido doce años a costa de Francia. Su nación no sólo había pagado el coste de su ejército sino que las victorias decisivas de Almansa y Villaviciosa se habían conseguido gracias a soldados y generales franceses. Por lo tanto era una recompensa, en su opinión, adecuada a tanto sacrificio. Felipe V, en el peor de los casos, sería el dueño de buena parte de Italia y además mantendría una muy probable esperanza de heredar una Francia con importantes y ricos añadidos territoriales. Esto era lo que decía a Bonnac, por carta de 18 de mayo⁴⁵, para que intentara convencer a su nieto de lo adecuado de esta propuesta a la que añadía, ya en carta personal dirigida a Felipe las razones siguientes:

"Y si éste débil niño llega a morir, porque su delicada complexión no parece indicar otra cosa, recogeréis mi herencia de acuerdo al orden de vuestro nacimiento y yo tendré el consuelo de dejar mi pueblo a un Rey virtuoso que, al sucederme, agregará a su Corona estados tan considerables como Saboya, Piamonte y Montferrato... Y si el reconocimiento y la ternura hacia vuestros súbditos son motivos muy fuertes para permanecer con ellos yo debo deciros que me debéis los mismos sentimientos y que los debéis a vuestra Casa y a vuestra patria antes que debérselos a España"⁴⁶.

La respuesta era muy urgente porque las armas aliadas amenazaban con volver a ponerse en marcha y Luis XIV, que conocía bien la tozudez de su nieto y también la lentitud de sus decisiones, adjuntaba a su carta una segunda, para Felipe V, de carácter reservado y cerrada con el sello real que sólo debía serle entregada en el caso de que se obstinara en no aceptar ninguna de las dos alternativas o, caso de hacerlo, poniendo condiciones inaceptables para Inglaterra. Esta segunda carta, que no fue preciso entregar y que fue devuelta sin abrir a Versalles, amenazaba a Felipe en términos muy duros con firmar la paz, sin contar para nada con él ni con sus intereses y sin pelear las condiciones que impusieran los aliados en relación con España.

La carta principal fue entregada por Bonnac al Rey Católico el 28 de mayo y produjo en él reacciones fulminantes a lo largo del día siguiente. En el análisis detallado que hace el marqués de Courcy sobre las razones de la decisión tomada atribuye ésta, de manera fundamental, a la princesa de los Ursinos y a su entorno (sobre todo Orry, Giudice y

⁴⁴ Courcy, op. cit., pp. 100 y 101. Hay divergencias entre los diferentes autores sobre si se incluía el reino de Nápoles. Torcy así lo afirma (*Memoires*, tomo II, p. 158) pero Bolingbroke no lo menciona. Se supone que Torcy estaba equivocado pues parece difícil que pudieran arrancarle Nápoles al Emperador.

⁴⁵ Ibid., pp. 102 a 107.

⁴⁶ Ibid., pp. 108 y 109.

Ronquillo) porque a la princesa no le gustaba "abandonar la voluptuosa seguridad y las inefables dulzuras que ahora disfrutaba tras haber sufrido las angustias del exilio y la desesperanza de la desgracia. ¿Sería posible que consintiera en renunciar a todo esto para emprender nuevas aventuras?"⁴⁷.

Lo acontecido en esta importantísima jornada del 29 de mayo de 1712, en la que se tomó la trascendental decisión de si el futuro de España sería borbónico o saboyano, fue contado en el informe cifrado de 25 páginas que dirigió Bonnac a Luis XIV⁴⁸. El embajador tuvo dos audiencias con el Rey, la primera muy corta y por la mañana, en la que Felipe le comunicó que la importancia del asunto exigía una madura reflexión por lo que lo citaba para las cuatro de la tarde. En esta segunda audiencia Felipe le comunicó que "no le era posible sobre esperanzas inciertas, que además deseaba no se cumplieran, el que él pudiera abandonar un estado como España para ser Rey de Sicilia y Saboya". Le explicó a continuación que conocía bien al duque y sabía lo peligroso que resultaba como vecino, incluso estando al frente de estados muy pequeños, por lo cual, si llegaba a ser Rey de España, las dificultades en que podría poner a Francia serían inmensas. Pero que no se trataba sólo de esto: el honor de la Casa Real francesa le obligaba a mantenerse en posesión de la corona de España.

A la vista de ello Bonnac intentó, a continuación, convencer a la princesa de los Ursinos poniendo de relieve lo que convendría a la Reina y al honor de su familia que el Rey aceptara la propuesta italiana pero se encontró con la respuesta de que lo único que deseaba María Luisa era aquello que fuera más conveniente para su esposo. Bonnac deambulaba por las estancias reales intentando volver a ver al Rey para presionarlo. Finalmente lo consiguió y se encontró ya con una decisión firme. Le dijo el rey Católico:

"Pensaba pedirlos que hicierais partir esta tarde uno de los dos correos a fin de que no se produjera inquietud en Versalles por los dos o tres días de plazo que yo pensaba tomarme para despachar el segundo con la respuesta definitiva. Pero he tomado ya la decisión y la carta para mi abuelo está lista de manera que podéis hacer retornar esta tarde ambos correos".

Cuando Bonnac se dio cuenta de que la decisión de Felipe era firme y no iba por el camino que pretendía Luis XIV la conversación se tornó muy violenta. El embajador le presionaba hablando de la segura muerte del Delfín mientras el Rey le daba a entender que no era el momento de considerar tal cuestión y que, de producirse, "no sabía que haría en tal caso pero que su decisión estaba tomada para el presente y que nada sería capaz de hacerla cambiar". Inútiles fueron los argumentos del marqués y sus negros vaticinios sobre lo que ocurriría en España a causa de las insaciables peticiones de Inglaterra. Lo único que consiguió fue que renunciara a las pretensiones manifestadas días antes como compensación a su renuncia, es decir a Gibraltar y a Italia. La carta que este mismo día 29 de mayo dirigió Felipe V a Luis XIV para informarle de su decisión es la siguiente:

⁴⁷ Ibid., p. 120. El exilio se refiere al período de abril de 1704 a agosto de 1705 en que Luis XIV la hizo salir de España.

⁴⁸ Ibid., pp. 121 a 137.

"La idea que Vuestra Majestad me plantea de poder sucederle sería muy halagüeña para mí... Pero me parece más ventajoso que una rama de nuestra Casa reine en España que poner esta Corona sobre la cabeza de un príncipe cuya amistad nadie podría asegurar y esta ventaja me parece más considerable que añadir un día a Francia la Saboya, el Piamonte y el Montferrato. Creo expresar mejor mi ternura hacia Vos y hacia mis súbditos ateniéndome a la resolución que he tomado y que es, al mismo tiempo, el partido que parece más conveniente a mi gloria y al bien de mis súbditos que de manera tan decisiva han contribuido, por su fidelidad y celo, a mantener la corona sobre mi cabeza".

Cuando la noticia llegó a Francia se levantaron muchos rumores sobre si la renuncia del rey Felipe tenía algún condicionante relativo a si cedía sus derechos de manera general o sólo al duque de Berry. Es decir si ponía su propio derecho por encima de los que pudieran corresponderle al duque de Orleans. Luis XIV tuvo que escribir a Bonnac pidiéndole aclaraciones y este contestó que la renuncia se había hecho sin ninguna restricción⁴⁹.

Hasta el 8 de julio no se hizo pública en España esta decisión. En todos los pueblos y villas de la península las autoridades municipales leyeron una proclama solemne, que también fue impresa y fijada en las paredes de los principales edificios, y cuyo párrafo fundamental era como sigue:

"La seguridad de que las coronas de España y Francia no recaerán en una misma cabeza... ha sido el tema fundamental de las conversaciones de paz y, sobre todo, de las propuestas que han sido hechas. No he dudado ni un momento sobre la decisión que debía tomar, aunque tampoco me ha sido concedido tiempo para pedir consejo o deliberar. Mi afecto por los españoles, el conocimiento de las obligaciones que para ellos tengo, las frecuentes señales de su fidelidad así como el reconocimiento que debo a la Divina Providencia por haberme puesto y mantenido en el trono de súbditos tan ilustres y de tan altos méritos, fueron los únicos motivos y la solas razones que penetraron en mi espíritu e influyeron en mi decisión... Y no hay nada que pueda impedirme vivir y morir con mis queridos y fieles españoles"⁵⁰.

Ese mismo día informó al Consejo de Castilla de su renuncia, pero con un comunicado harto expresivo de su pánico a hacer pública cualquier posibilidad de desmembramiento de la Monarquía por más que ya estuviera pactado:

"Aunque os haya avisado en otras ocasiones diversas cosas tocantes a la paz, con todo eso he procurado tener secretas algunas particularidades hasta que estuviese asegurada la paz. Ahora, que con el socorro del cielo, está totalmente arreglada con la Inglaterra he tenido a bien comunicaros los principales artículos en que consiste, puesto que las ventajas que resultan me son totalmente favorables porque *no será desmembrado ni un pie del terreno de la monarquía de España. En las Indias espero poseer enteramente aquel país de la misma suerte que los poseyó mi difunto tío*... Las instancias del Rey, mi abuelo, han sido grandísimas para que en el acto de renuncia yo quisiese preferir la monarquía de Francia a la de España, pero ni estas importantes persuasiones ni la consideración de la grandeza y fuerzas de la Francia han podido alterar en mí el reconocimiento y obligaciones que tengo a los españoles"⁵¹.

⁴⁹ Baudrillart, op. cit., p.503.

⁵⁰ Courcy., pp. 142 a 144.

⁵¹ Castellví, tomo III, pp. 486 y 487. En el comunicado sólo habla de pérdidas para Francia: Dunkerque y algunos territorios en América.

14.3 LAS RESTRAINING ORDERS

Con no menos impaciencia que Luis XIV esperaba Bolingbroke noticias de Madrid y no era para menos. Entre ambos, vistas las dificultades para resolver el asunto de la unión de las dos Coronas y las demoras que se estaban produciendo, habían tomado la decisión de paralizar la puesta en marcha del ejército inglés en la nueva campaña militar. Era una decisión muy arriesgada, casi insensata, tanto por la fuerza que ponía en manos de Luis XIV a la hora de negociar los puntos pendientes, como por lo imprevisible de la actitud que pudiera tomar Felipe V respecto a sus derechos al trono de Francia. Esta acción, criticada posteriormente, y por diferentes motivos, por muchos historiadores ingleses, fue conocida como las *Restraining Orders*.

Cuando se cesó al duque de Marlborough como Capitán General, el mando del ejército inglés fue encomendado al duque de Ormond, tory distinguido y militar de brillante carrera. Las ideas que tenía para la campaña de 1712 no diferían de las que Marlborough había diseñado. Se trataba de tomar Le Quesnoy e intentar -con permiso del mariscal Villars y de su línea *Ne Plus Ultra*- invadir Francia. Lo que realmente ocurrió fue que el duque de Ormond, que estaba algo incómodo porque había sido recibido con total desconfianza por el príncipe Eugenio y por los generales holandeses, vio aumentada su incomodidad cuando recibió una carta de Bolingbroke, fechada el 7 de abril de 1712 (N. E.), en la que se le pedía "ser sumamente cauteloso antes de comprometerse en una acción de guerra salvo que la ventaja aparente fuera considerable". Protestó cuanto pudo diciendo que tales órdenes le colocaban en una situación muy difícil ante sus aliados. Pero peor fue cuando recibió una segunda carta de Bolingbroke de 22 de mayo (N. E.), es decir antes de que Felipe V hubiera tomado su célebre decisión del 29 del mismo mes, en la que se le decía lo siguiente:

"Es orden positiva de la Reina a Vuestra Gracia que evite comprometerse en cualquier asedio o aventurarse en alguna batalla hasta que haya recibido órdenes posteriores de Su Majestad. Al tiempo le estoy informando de que a la Reina le gustaría que Vuestra Gracia ocultara que ha recibido esta orden. Post Scriptum. Casi había olvidado informarle de que sobre el contenido de esta orden se ha dado información a la corte de Francia de manera que si el mariscal Villars, de manera privada, se lo participa a Vuestra Gracia deberá contestarle de conformidad"⁵².

En efecto, el 21 de mayo Bolingbroke escribía a Torcy diciéndole: "El abate Gaultier le informará de las órdenes que en este momento despacho al duque de Ormond. La Reina confía en la buena fe de Su Majestad Cristianísima y no espera sino la carta del Rey sobre la resolución que tomará a la vuelta del correo que se ha despachado a Madrid para hacer todas las declaraciones necesarias para la conclusión de la gran obra de la paz"⁵³.

Estas fueron las famosas *Restraining orders* que en el reinado siguiente fueron consideradas como la más grave acusación que pudo probarse contra Bolingbroke en el proceso al que se le sometió⁵⁴. Ningún miembro del gabinete inglés había sido previamente

⁵² Trevelyan, *England under Queene Anne*, tomo III, pp. 216 y 217.

⁵³ Bolingbroke, *Lettres historiques*. Bolingbroke a Torcy, 21 de mayo de 1712. Tomo I, pp. 183 y 184.

⁵⁴ Es importante reseñar que, como se indicará más adelante, estas órdenes no tuvieron demasiada influencia

consultado, ni siquiera el Gran Tesorero⁵⁵. Por otra parte parece indudable que estas órdenes fueron osadas y prematuras porque se cursaron antes de que Felipe V tomara la decisión de quedarse en España, de que renunciara a sus anteriores reclamaciones sobre Gibraltar e Italia y de que Luis XIV hubiera autorizado la ocupación de Dunkerque por las tropas inglesas. Según dice Trevelyan "un poco más de presión militar hubiera ayudado mucho a los negociaciones del Secretario de Estado con Francia. Pero era tal su hostilidad hacia Holanda que prefirió ponerse antes en las manos de Torcy"⁵⁶. En cualquier caso puede hablarse sin paliativos de traición a los aliados y no sólo porque el príncipe Eugenio y sus generales fueran mantenidos en la ignorancia sobre las órdenes que Ormond había recibido sino porque, algo más adelante, en octubre, Harley y Bolingbroke avisaron a Torcy de que habían sido informados, por medio de un espía, de que el príncipe Eugenio pretendía sorprender Nieuport. Y si bien es cierto que, antes de ello, el 21 agosto, Inglaterra y Francia habían firmado la suspensión de armas no lo es menos que los aliados, aunque distanciados, no habían perdido en absoluto esta condición⁵⁷.

Cuando Luis XIV recibió la carta de su nieto explicando la decisión que había tomado sobre su renuncia al trono de Francia la admitió -sorprendentemente- de buen grado⁵⁸ diciendo que siendo eso lo que quería la Divina Providencia no había que luchar contra sus designios. Envío inmediatamente la información a Londres donde la noticia, tanto tiempo esperada, fue recibida con la lógica alegría. El espinoso problema que la ruleta dinástica había puesto en marcha parecía felizmente solucionado. El día 17 de julio la Reina convocó al Parlamento, al que dirigió un discurso en el que, para poner las cosas en su lugar, afirmó de inicio que el declarar la guerra o el firmar la paz eran prerrogativas exclusivas de la Corona y que la comunicación que a continuación iba a hacer al Parlamento no tenía otra función que demostrar la Real confianza que en él tenía. El meollo de su *arenga* era como sigue⁵⁹:

"El principal motivo del comienzo de esta guerra ha sido el temor a que España y las Indias occidentales se uniesen a Francia y el fin que me he propuesto desde el comienzo de la negociación ha sido el prevenir efectivamente esta unión. Los ejemplos del pasado y las últimas negociaciones han demostrado cuán difícil es encontrar los medios para cumplir con ello y yo no he querido contentarme con aquellos que son especulativos o dependen tan sólo

-aspectos psicológicos aparte- en la marcha de la guerra a causa de lo escaso de las fuerzas a las que afectó.

⁵⁵ Trevelyan, op. cit., tomo III, p. 217. Años más tarde Bolingbroke escribió que él fue el primer "sorprendido y golpeado" cuando la Reina le ordenó escribir las *Restraining orders* pero es dudoso que dijera la verdad.

⁵⁶ Ibid.

⁵⁷ Con fecha 29 de octubre de 1712 Gaultier escribía a Torcy: "Monseñor: Os envío este correo urgente para daros aviso de que el conde de Oxford y lord Bolingbroke acaban de advertirme que esta mañana han sido informados por un correo que el príncipe Eugenio ha decidido sorprender Nieuport y para ocultar esta intención va a simular fortificar Dixmude. El aviso lo ha dado un espía que tienen próximo al príncipe... He dado aviso hoy mismo al duque de Villars...". *Aff. étr. Anglaterre*, 240, f.79.

⁵⁸ Algunos historiadores como el marqués de Courcy niegan la buena acogida de Luis XIV a la decisión de su nieto. Habla de "vivo desagrado por haber desoído sus paternas y apremiantes exhortaciones". Desde luego la carta que el Cristianísimo dirige a su nieto dice textualmente: "No puedo sino admirar y alabar la elevación de vuestros sentimientos, aunque yo hubiese deseado, amándoos tiernamente, que hubieseis tomado otra decisión". Luis XIV a Felipe V, 13 de junio de 1712. Op. cit., pp. 167 y 168.

⁵⁹ El discurso íntegro puede leerse en *Actes et Memoires touchant la paix d'Utrecht*, tomo II, pp. 274 y sigs. y en AHN, Estado, leg. 2864. También hay resúmenes amplios en Giraud, op. cit., pp. 106 a 108 y en Torcy, *Memoires*, tomo II, pp. 170 a 172.

de lo que se ha firmado en el tratado. Por eso he insistido en buscar sólo lo que es sólido de manera que tengamos en nuestra mano el poder ejecutar lo convenido"⁶⁰.

Explicó a continuación como el duque de Anjou iba a renunciar solemnemente a la Corona de Francia, por sí y sus descendientes y cómo, en caso de morir el pequeño Delfín, los duques de Berry y Orleans ocuparían la línea sucesoria. Y, si se daba la circunstancia de que la rama española de la Casa de Borbón se extinguiera, su monarquía pasaría a otra Casa, cuya identidad debería acordarse durante la negociación del tratado, pero en manera alguna a un príncipe de Francia.

"Francia y España estarán ahora más separadas que nunca y así, con la ayuda de Dios, se tendrá realmente en Europa un auténtico equilibrio de poder".

La arenga de la Reina daba a continuación detalles sobre el contenido del acuerdo de paz: la sucesión protestante conforme al *Act of Settlement*, la salida del Pretendiente de Francia, las cesiones territoriales que Inglaterra iba a recibir en América del Norte, la demolición de Dunkerque, "la esperanza casi cierta de obtener Gibraltar y Menorca", el asiento de negros, las importantes ventajas comerciales etc.

Como era de esperar, dada la gran mayoría tory en los Comunes, no se produjo ninguna dificultad para aprobar el discurso de la Reina. Diferente fue en la Cámara Alta donde los pares protestaron con mucha fuerza argumentando que la renuncia de Felipe V era nula según las leyes francesas y que, en todo caso, no obligaba a sus hijos. En definitiva que el tratado, tal como se había concebido, no tendría otro fin que unir en un todo las monarquías de Francia y España estableciendo así la Monarquía Universal en la Casa de Borbón. Estas protestas tuvieron consecuencias inmediatas de manera que un preocupado Bolingbroke hubo de escribir a Torcy, el mismo día, diciéndole:

"El expediente para prevenir la unión de las monarquías de Francia y España es el punto capital de esta negociación... Su Majestad es responsable ante su pueblo y sus aliados, en el presente siglo y en la posteridad. Señor, la Reina espera que Su Majestad Cristianísima no encontrará nada ofensivo en las demandas que se ve obligada a plantear ahora y que están contenidas en la memoria adjunta"⁶¹.

La memoria aludida lo que pretendía era "dar a un contrato unilateral de renuncia la fuerza de un contrato sinalagmático"⁶². Para conseguir este objetivo un armisticio oficial entre los ejércitos Francia e Inglaterra en Flandes, por un periodo de dos meses, permitiría negociar y precisar a fondo el artículo relativo a la separación de las dos monarquías:

"Felipe renunciaría en este lapso de tiempo, en toda forma, por él y sus descendientes, a la Corona de Francia. La renuncia, tras ser aprobada por el Cristianísimo sería ratificada de

⁶⁰ La Reina tira aquí por tierra la teoría de Bolingbroke, al menos la que éste mantenía en su debate inicial con Torcy, cuando aquel hablaba de que, realizada la renuncia de Felipe V y designado un sucesor, el tratado y los que lo suscriben son los garantes de su cumplimiento. Esto le parece a la Reina "especulativo" y nada "sólido" porque para hacerlo cumplir se requeriría una nueva guerra y nada más lejos de su ánimo que verse obligada a emprenderla sin saber siquiera cuántos de sus aliados le acompañarían en la nueva aventura.

⁶¹ *Lettres historiques*, tomo I, p. 198. Bolingbroke a Torcy, 6/17 de junio de 1712.

⁶² Giraud, op. cit., p. 108.

manera solemne por los *Etats* de Francia. La sucesión a la Corona sería adjudicada, después del Delfín y sus descendientes, a monseñor el duque de Berry y a sus descendientes y, sucesivamente, a otros príncipes de la Casa de Borbón, con exclusión absoluta del rey Felipe y su descendencia... Los duques de Berry y de Orleans renunciarían, por ellos y por sus hijos, a todo derecho a la Corona de España y los *Etats* del reino aceptarán y consentirán esta renuncia de la manera que sea conveniente. Las partes convendrán, por actos auténticos, reconocer por sucesor a la Corona de España, tras el rey Felipe y sus descendientes, al príncipe que sea designado en el futuro tratado de paz".

Torcy contestó a esta carta limitándose a hacer a la memoria que adjuntaba algunas matizaciones formales:

"Su Majestad declara que sería perder por completo el fruto de una negociación que está a punto de concluir felizmente si se insiste sobre la ratificación por los *Etats* del reino. Los *Etats* en Francia no intervienen en nada relativo a la sucesión a la Corona; no tienen poder ni para hacer ni para derogar leyes. Cuando son convocados por el Rey se indica en la convocatoria que son para oír las quejas de los súbditos y para buscar remedio a los males que se presentan... Su Majestad cree que si se busca sólo la seguridad en la renuncia basta indicar una que sea más conforme a nuestras costumbres y que no esté sujeta a los inconvenientes de las asambleas de *Etats* que no habiendo sido convocadas desde hace cientos de años están, de alguna manera, abolidas en el reino. Esta seguridad se conseguirá haciendo publicar en todos los parlamentos del Reino la renuncia del Rey de España... Los edictos y declaraciones revestidos de estas formalidades tienen fuerza de ley y los franceses están acostumbrados a ello. Es, además, intención del Rey hacer retirar y anular públicamente los registros en el Parlamento de las *Cartas Patentes* que Su Majestad hizo expedir en favor del rey de España para conservar los derechos de su nacimiento y la revocación y anulación de estas cartas serán como una especie de confirmación a la renuncia"⁶³.

Bolingbroke, cuando recibió el borrador del documento de renuncia de Felipe V, que de común acuerdo se había considerado conveniente que fuera redactado en España, lo remitió a los juristas de la universidad de Oxford, para que emitieran un dictamen sobre su idoneidad. Previamente los ingleses habían añadido un párrafo relativo a que la Casa de Saboya *sustituiría*⁶⁴ a la rama española de la Casa de Borbón en caso de extinguirse ésta. En mala hora tuvo Saint John esta ocurrencia pues cuando la universidad de Oxford emitió su dictamen, y éste fue hecho público, pareció a todos que se perdía en exceso de sutilezas. Por ejemplo, quería obligar a que la renuncia por parte francesa no sólo fuera hecha por los duques de Berry y Orleans sino por príncipes y duques de ramas mucho más alejadas. Torcy se negó a admitir esto y Bolingbroke tampoco quiso tenerlo en cuenta. En carta a su homólogo francés le decía: "quisiera de todo corazón que no se hubiera consultado nunca a estos abogados quisquillosos⁶⁵ pues, por lo que me parece, las cláusulas escritas en España son tan fuertes y tan claras⁶⁶ como la que estos señores desean insertar"⁶⁷. Sin embargo, las

⁶³ Ibid., pp. 110 y 111.

⁶⁴ No voy a entrar en detalles sobre la palabra *sustitución* a la que se llegó tras un análisis casi bizantino en medio de una enorme controversia. Véase Giraud, p. 117.

⁶⁵ También en carta que el 9 de octubre escribe a Prior dice: "Por lo que a mí respecta siempre he despreciado la pretendida sabiduría de estos abogados y tomo su pretendida prudencia por marrullería: pero otros no han sido de esta misma opinión. *Lettres Historiques*, tomo II. P. 110.

⁶⁶ El 15 de agosto de 1712 Torcy escribía a Bonnac: "Estas actas tan importantes no hubieran sido redactadas aquí ni tan bien ni tan deprisa como lo han sido en Madrid. Dudo que se puedan pedir cláusulas y expresiones

observaciones de la universidad de Oxford se escribieron al margen de la copia del documento que se entregó a lord Lexington, cuando fue enviado la Reina para ser testigo de la renuncia de Felipe V, y alguna de ellas fue recogida en la redacción final que se hizo en Madrid.

Después de la arenga al Parlamento, y hasta la primera decena de agosto, se va a producir una avalancha de correspondencia entre Bolingbroke y Torcy tratando de cerrar el mayor número posible de acuerdos antes de firmar un armisticio que urgía mucho a los ingleses pero que comprometía más que las *Restraining Orders* susceptibles de ser canceladas en cualquier momento. La situación en Flandes del duque de Ormond era insostenible y muy desairada, impedido como estaba tanto para actuar como para explicar las razones de su inacción:

"Durante algunas semanas Ormond se había esforzado en cumplir sus desagradables órdenes ocultado a los aliados el secreto de su defección y comunicándose con el mando enemigo. Eugenio vio pronto que estaba mintiendo cuando argüía, una vez y otra, excusas poco convincentes para no tomar parte activa en las operaciones de guerra. La situación llegó a ser intolerable para un hombre de honor y Ormond escribía carta tras otra al Lord Tesorero pidiendo nuevas instrucciones. Pero Oxford no quería lavar la ropa sucia de Bolingbroke y dejaba todas las cartas sin contestar"⁶⁸.

La aludida correspondencia, casi continua, entre los dos Secretarios de Estado⁶⁹ comienza el día 18 de junio intentando buscar, en el contexto de lo ya pactado, una salida honorable para la situación del duque de Ormond. Se proponía a Francia que entregara a Inglaterra la villa y fortaleza de Dunkerque, antes de que se firmara ningún compromiso oficial, lo que justificaría que el ejército inglés se retirara de Flandes con la excusa de que debía guarnecer la plaza. Torcy le contesta el día 22 pidiéndole que, por un momento, deje de pensar como un ministro inglés y considere si no sería locura que Francia, antes de firmar la paz, hiciera una cesión tan importante sin más base que la promesa de la Reina. Y el mismo día Luis XIV escribió una carta autógrafa a Ana en la que le dice que no puede dar "pruebas más ciertas de sus deseos de paz que entregando durante la suspensión de armas la custodia de mi villa, ciudadela y fortaleza de Dunkerque".

El 1 de julio Bolingbroke daba un paso más y escribía a Torcy diciendo que acababa de entrevistarse, por orden de la Reina, con todos los ministros de los príncipes cuyas tropas estaban a sueldo de Gran Bretaña, de manera exclusiva o con pago compartido con las Provincias Unidas, para comunicarles que, si sus generales en el campo de batalla no obedecían las órdenes de Ormond de no entrar en combate, en adelante Inglaterra no se

más fuertes que las que contienen". Courcy, op. cit., p. 179. Para este autor la razón de pedir opinión a los jurisconsultos de Oxford fue solo una excusa que se dio Bolingbroke para ganar tiempo y negociar nuevas concesiones para los aliados. Toda Europa quedó convencida de la validez y firmeza de las renunciaciones y la prueba es que, cuando años después, se casaron Luis I y la hija del duque de Orleans no se produjo ninguna alarma.

⁶⁷ Giraud, p. 117.

⁶⁸ Trevelyan, op. cit., tomo III, p. 219.

⁶⁹ Todas estas cartas pueden leerse en Bolingbroke, *Lettres historiques*, tomo II, pp. 1 a 53. Curiosamente las *Memoires* de Torcy apenas dan referencias sobre los importantes temas objeto de la negociación durante estos meses.

haría cargo del pago de estas tropas. En cualquier caso Ormond, y los contingentes que le obedecieran, se retirarían a Dunkerque y se dejaría en libertad a los disconformes para incorporarse al ejército del príncipe Eugenio⁷⁰. Pero pudo más el fondo que las formas, Bolingbroke cambió de opinión y la guarnición de Dunkerque, a la salida de los franceses, no se hizo finalmente con el ejército del duque de Ormond sino con algunos regimientos enviados de manera específica desde Inglaterra. Al duque se le había reservado algo de más valor estratégico y sus tropas ocuparon, en medio de muestras de desprecio absoluto del ejército aliado, Brujas, Gante y sus comarcas. Conviene resaltar que, por entonces, Luxemburgo, Namur, Charleroi y Nieuport estaban en manos del elector de Baviera a quien, desde enero, Felipe V había concedido la soberanía sobre el País Bajo español y eran estas ciudades lo que de él restaba. Realmente la cesión de Felipe V había sido a su abuelo, con la excusa de compensarle por los gastos de la guerra, para que Luis XIV, en cumplimiento de los compromisos que adquirió en 1701, hiciera a su vez la cesión al elector⁷¹.

El 23 de junio Bolingbroke informa a Torcy que desde el día 17 Dunkerque está bajo guarnición inglesa y comienza a plantear los términos bajo los cuales se realizará la suspensión de armas, tanto por mar como por tierra. Se proponen los plazos a partir de los cuales se devolverán las presas navales que haya conseguido cada nación y que van desde los doce días para el canal de la Mancha hasta los seis meses para América y otros lugares igualmente alejados. También se suprime el tráfico de navíos ingleses con tropas municiones etc. a cualquiera de los lugares en guerra (Portugal, Cataluña) excepto Gibraltar y Menorca a salvo de todo lo que pueda referirse a movimientos necesarios para la retirada de las tropas estacionadas en Cataluña bien sean a Portugal o a Italia.

En esta misma carta Bolingbroke plantea un tema mucho más complicado y que va a dar lugar a posiciones muy encontradas: "De todos sus aliados no hay ninguno cuyos intereses estén más en el corazón de la Reina que el duque de Saboya y espera que el rey Cristianísimo, de acuerdo con ella, no descuidará nada que pueda impedir que su Alteza Real abrace todas nuestras medidas, poniéndolo a cubierto de cualquier mala maniobra por parte de los imperiales". Para barrera de protección de los dominios del duque solicitaba Mónaco, Briançon, Fort Barreux y otros asentamientos pero, lo más importante, venía a continuación:

"No es de interés de Gran Bretaña ni de Francia que el Reino de Sicilia sea dado a la Casa de Austria. Su Alteza Real es el príncipe sobre cuya cabeza la Reina desea que recaiga ésta Corona⁷²; ella no puede renunciar a esta demanda y propone a Su Alteza Real *como condición* de la suspensión de armas en la parte de Italia... No me queda decir con respecto a la suspensión sino que antes de que sea declarada en España, la Reina pide que se levante el

⁷⁰ Los holandeses quedaron aterrorizados pensando que iban a quedarse prácticamente sin ejército. Afortunadamente para ellos el grueso de las tropas mercenarias no obedeció las órdenes del duque de Ormond y como las tropas exclusivamente inglesas, y los pocos regimientos que las siguieron, unos tres mil hombres, eran una pérdida asumible, la alarma bajó de grado. La preocupación llegó entonces a Luis XIV al darse cuenta de que el ejército que tenía enfrente era casi el mismo que antes y que él había hecho ya muchas concesiones a Inglaterra.

⁷¹ Esta cesión indirecta será anulada poco después y sustituida por otra directa.

⁷² Según Torcy esta propuesta se hizo sin conocimiento del duque de Saboya que quedó muy sorprendido al ser informado por Peterborough. *Memoires*, tomo II, p. 192.

bloqueo de Gibraltar y que tanto la guarnición como los comerciantes que allí se encuentran puedan, con toda libertad, vivir y negociar con los españoles"⁷³.

El 28 de julio vuelve Bolingbroke a insistir sobre asunto de Saboya. "No es necesario que os explique todas las razones que nos llevan a considerar cuán importante es, en la presente coyuntura, contar con el apoyo del duque de Saboya para la suspensión de armas y el tratado de paz que serán ambos convenidos, según todas las apariencias, entre Gran Bretaña, Francia y España y sin intervención de otros aliados". Además solicita al Cristianísimo que se reconozca "desde este momento" el derecho de sucesión del duque a España y a las Indias, si llegara a extinguirse la línea de Felipe V, y que prometa que tanto Felipe como las Cortes lo reconocerán así, lo mismo que los duques de Berry y Orleans. Por su parte el Rey Católico debe dispensar a sus súbditos de Sicilia del juramento de fidelidad que le han prestado y de cualquier otro compromiso que pudieran tener con nobles españoles. Como ahora podemos ver el nebuloso apartado tercero, y secreto, de los preliminares de Mesnager, entonces apenas esbozado, tal vez porque Bolingbroke consideró arriesgado detallarlo en aquel momento, se explicita ahora con toda su fuerza.

Cuando Bolingbroke escribió esta carta a Torcy ignoraba que, cuatro días antes, el mariscal Villars había conseguido una victoria decisiva sobre las tropas del príncipe Eugenio en Denain⁷⁴. La victoria fue muy importante para Francia porque no sólo va a escapar de una situación casi límite, porque los aliados tenían prácticamente expedito el camino a París⁷⁵, sino que también le va a permitir negociar la paz en condiciones de cierta fuerza o, si se quiere, de menos debilidad. Tampoco esta victoria dejó de satisfacer a Bolingbroke quien pensó que la derrota convencería a los holandeses de que nada podían contra Francia sin la ayuda inglesa con lo cual dejarían de ser, como hasta ahora, un obstáculo activo para la paz.

Pero Saint John va a tener que enfrentarse, por esos mismos días, a un problema personal que le va a marcar de por vida. Desde el verano anterior presionaba a la Reina para que le recompensara por sus servicios con un título nobiliario, lo mismo que se había hecho con Harley. Incluso éste le había prometido que, si lideraba la Cámara de los Comunes⁷⁶ - que él había tenido que abandonar al nombrársele conde de Oxford- hasta el fin de las sesiones sería promovido a un rango superior al concedido a los doce pares que se había visto la Reina obligada a crear para conseguir que la Cámara Alta no echara por tierra sus

⁷³ Bolingbroke, *Lettres Historiques*, Tomo II, pp. 27 a 30.

⁷⁴ En la batalla no intervino el grueso del ejército aliado y cuando el príncipe Eugenio trató de contraatacar se lo impidieron los holandeses por pensar que se corría riesgo grave de una nueva derrota. Su importancia se debe a que "Villars, aprovechándose de la consternación de los enemigos, envió al conde Broglio a sorprender Marchiana, donde estaban los almacenes de los holandeses para toda la campaña, guardados por cinco mil hombres...en un día se abrió la brecha, capitularon su prisión los presidiarios, entregaron enteros los almacenes y cien barcas cargadas de municiones...de esto resultó faltarle víveres al príncipe Eugenio". Bacallar, *Comentarios*. A propósito de esta batalla Villars escribía a M. de Maintenon: "Jamás existió milagro más grande ni revolución más súbita; hace tres meses estábamos sin tropas, sin municiones, artillería ni vehículos, sin otra salida que ser espectadores de lo que el príncipe Eugenio quisiera hacer. Ahora es a él a quien le toca en Mons hacer de espectador". Citado por Courcy, op. cit. p. 161.

⁷⁵ Los aliados habían prácticamente roto la línea *Ne plus ultra*.

⁷⁶ Harley lideraba los Comunes pero al ser nombrado par tuvo que dejarlo y pasar a la Cámara Alta. Le sustituyó Bolingbroke, mejor orador pero menos dotado para manejar a los levantiscos representantes y, además, nada contento con tener que realizar una función que no le agradaba.

propuestas. Acabado el período de sesiones del Parlamento escribió a Harley recordándole su promesa. Pero lo cierto es que, desde febrero de 1711, se había desatado lo que Trevelyan denomina "la más famosa pelea personal en nuestros anales políticos" entre Oxford y Saint John y el resultado fue que, por instancias del primero, tal vez celoso del protagonismo que estaba adquiriendo el segundo, a éste no se le concedió el pretendido título de conde -que había pertenecido a su familia desde 1624 y que se había extinguido el año anterior- sino el de vizconde⁷⁷. Con toda amargura escribía Bolingbroke el 3 de agosto al conde de Strafford lo siguiente:

"Os confieso que en mi vida he estado tan indignado y el único motivo que me ha impedido hacer algo extremado es el mismo que debiera haber obligado a cierta persona (Harley) a tratarme mejor. Yo sabía que la menor apariencia de ruptura entre el Gran Tesorero y yo hubiera envalentonado a nuestros enemigos comunes y que si, en la actual coyuntura, decidía abandonar el servicio, los asuntos de Inglaterra sufrirían al menos por el momento. He sacrificado mi resentimiento particular, si se me disculpa una expresión tan vanidosa, al bien público..."⁷⁸.

En una nueva carta el 1 de agosto Bolingbroke informa a Torcy de que la Reina está de acuerdo con los detalles de la suspensión de armas pero que rechaza en absoluto la petición de Luis XIV de que al elector de Baviera le sean concedidos los Países Bajos españoles o, en su defecto, el Reino de Sicilia. Como antes comenté la victoria de Denain había animado al Cristianísimo a ser más exigente y a dar hasta indicios de marcha atrás sobre algún punto de los Preliminares de Londres. Ciertamente en Utrecht apenas se había avanzado aunque se hubieran hecho algunos planteamientos que parecían casi inamovibles y, entre ellos, que Flandes pasaría a la casa de Austria. Por otra parte la mayor parte de este país estaba en manos de holandeses y alemanes y no se trataba de que Inglaterra les declarara la guerra para intentar su recuperación y entregarlo después al duque de Baviera. Mucho menos estaba dispuesta a permitir que el duque se encumbrara tanto que, a la recuperación de sus territorios patrimoniales cosa que Gran Bretaña estaba dispuesta a apoyar, uniera la posesión del reino de Sicilia.

En cuanto a la propuesta inglesa sobre la barrera para el duque de Saboya y la adjudicación a título de rey del reino de Sicilia, Luis XIV tampoco estaba dispuesto a acceder a ello por más que la Reina lo considerara condición *si ne qua non* para el armisticio. Como puede verse la batalla de Denain y las *Restraining orders* en lugar de facilitar la paz parecían haber aumentado las complicaciones.

El 10 de agosto se produce la gran sorpresa cuando en una nueva carta a Torcy le dice "la Reina me manda haceros saber que me ha ordenado que marche de inmediato a vuestra corte. Saldré de aquí el próximo sábado, podría llegar el domingo a Calais y espero, antes de fin de semana y bajo los auspicios de la abate Gaultier, tener la satisfacción de saludaros en Fontainebleau"⁷⁹.

⁷⁷ Para mayor escarnio en octubre la Reina nombró seis nuevos caballeros de la orden de la Jarretera, entre ellos a Oxford pero no a Bolingbroke.

⁷⁸ *Lettres historiques*, Bolingbroke a Strafford, 3 de agosto de 1712. Tomo II, pp.50 a 52.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 55.

Por supuesto el viaje a París no fue idea de la Reina sino un golpe de audacia de Bolingbroke⁸⁰. Era urgente cerrar la suspensión de armas y todos los temas que iban ligados a ella. Era urgente darle una salida airosa al duque de Ormond que de manera progresiva estaba siendo menospreciado. Era urgente acabar con el creciente endurecimiento negociador de Francia. Y era urgente recuperar su autoestima, herida por el nombramiento de vizconde, y nada mejor para ello que asumir todo el protagonismo e imitar lo que, años antes, había hecho Torcy en su desesperado viaje a La Haya.

La versión de Harley sobre este viaje es sardónica: "Sin motivo alguno se autorizó a lord Bolingbroke a ir a París con el fin exclusivo de contentarlo. Era la gran ocasión para el jefe de los negociadores ingleses ir a Francia en el momento en que Oxford lo permitió. Porque, a no dudarlo, saciaba el exaltado orgullo de Bolingbroke ser recibido en Versalles como un gran hombre"⁸¹.

14.4 BERGEYCK EN PARÍS

Los plenipotenciarios españoles fueron llegando París a lo largo del mes de febrero de 1712. La actividad de Osuna y Monteleón consistió en poco más que hacer las visitas protocolarias y escribir a Grimaldo comentando las noticias -muchas veces rumores sin fundamento- que llegaban desde Londres y Utrecht a París. Muy distinto fue el caso del conde de Bergeyck que, entre febrero y octubre, realizó la labor de enlace entre las cortes de París y Madrid, como si de hecho fuera el embajador de España, ayudado en ello por la confianza mutua que el marqués de Torcy y él mantenían desde hacía muchos años. A diferencia de sus compañeros, que escribían a Grimaldo, sus cartas iban dirigidas al Rey del que recibía contestación y encargos directos. Como se ha visto, la primera mitad de 1712 fue una época dramática -por la muerte de los delfines y la incertidumbre que con ello se produjo- y, al tiempo, llena de confusión por las noticias que llegaban de Utrecht que, aunque luego resultaran ser sólo fuegos de artificio, llenaban de impotencia y congoja a nuestros embajadores. Bergeyck recibía directamente de Torcy información, lógicamente tamizada, sobre la avalancha de peticiones adicionales, propuestas y contra propuestas cruzadas entre él y Bolingbroke durante ese período -información de mucha más consecuencia que la que provenía de Utrecht- y la comunicaba al Rey con comentarios siempre sagaces y oportunos. En el Archivo Histórico Nacional⁸², se encuentran veintiuna cartas de Bergeyck a Felipe V, con fechas entre el 3 de febrero y el 3 de octubre. En estas cartas, independientemente de la información que suministraban, el conde va a construir todo un cuerpo de doctrina sobre los argumentos de España para negarse a las pretensiones de Inglaterra. Y esta doctrina, que luego va a cristalizar en un extenso informe para uso de los negociadores, será la base de los argumentos que más tarde van a utilizar Bedmar con

⁸⁰ Incluso, buscando mayor verosimilitud, se hizo preparar unas instrucciones de la Reina para su negociación en Francia. Estas instrucciones pueden leerse en la investigación que hizo Walpole por encargo de la Cámara de los lores. Walpole, Robert, *A report from the Committee of secrecy...* Londres, 1715. Apéndice, pp. 63 a 65. También Torcy que las conoció por esta misma publicación las reproduce con alguna extensión en sus *Memoires*.

⁸¹ Trevelyan, op. cit., tomo III, pp. 206 y 207.

⁸² AHN, Estado, leg. 2554.

Lexington y Monteleón con Bolingbroke⁸³. Puede afirmarse sin reticencias que la mayor parte de las batallas dialécticas que en las negociaciones de Madrid y Londres ganaron los españoles se debió al apoyo argumental que alumbró Bergeyck en esta correspondencia con Felipe V.

Ya vimos en el apartado 13.4 los problemas que planteaba el poder que Felipe V había otorgado a su abuelo para negociar en Utrecht. Por esta razón el Cristianísimo solicitó uno nuevo, sin limitación alguna. Bergeyck no encontraba razones para acceder a ello y aconsejaba con firmeza a Felipe V que rehusara: "Yo creo que van a disponer de Sicilia, lo cual debe estar convenido largo tiempo antes de que se haya pensado en pedir el poder a Su Majestad". Luis XIV pretendía que el nuevo poder fuera, aparte de sin restricciones, universal y no como el anterior en el que España y las Indias eran terreno vedado a cualquier negociación. El argumento de Luis XIV era que "la excepción solo de España y las Indias haría conocer anticipadamente a los enemigos que Vuestra Majestad no piensa retener ninguno de los (otros) Estados de la Monarquía". Bergeyck dice: "Esta petición, Sire, no se ha hecho jamás a un Rey, aunque sea por alguien de su propia sangre" y rechaza la propuesta de Bonnac de un documento adicional y secreto, simultáneo con la firma del poder, por el que el Cristianísimo se comprometería a no hacer cesión alguna relacionada con España y las Indias. Y continúa desvelando dónde está, a su juicio, el peligro de las intenciones francesas: "He pensado, Sire, que este nuevo poder tiene en vista el comercio para reglarlo a su manera"⁸⁴.

El conde va avisando al Rey de lo que Torcy le informa sobre las nuevas pretensiones de los aliados: los holandeses piden que se les asegure el comercio directo con las Indias y que Francia les entregue cinco o seis plazas además de las solicitadas en Gertruydenberg. El Emperador pretende que Francia vuelva a los límites territoriales fijados en el tratado de Westfalia⁸⁵. El 2 de abril avisa al Rey que los aliados insisten en que se entreguen a Portugal las ciudades de Galicia y Extremadura previstas en el tratado de Methuen y de cómo él ha argumentado a Torcy lo torpe de tal petición ya que, de hacerse esta cesión, antes o después estallaría una guerra con Portugal para recuperar cuanto ahora se concediera. Y en relación al comercio con las Indias dice: "Vuestra Majestad debe considerar este comercio como el único fuego que puede enriquecer sus reinos de España y debe hacerlo respetar por todas las naciones" y hace al Rey sugerencias detalladas de cómo organizarlo en el futuro especificando número de barcos, su tonelaje, la frecuencia mensual de los viajes etc.

El 14 abril informa al Rey que Torcy le ha advertido que si Inglaterra persistía, como parecía inevitable, en solicitar que renunciara a una las dos coronas "Su Majestad Cristianísima se vería obligada a unir sus armas con las potencias aliadas para forzar a

⁸³ AGS, Estado, leg 6820. *Copia de los puntos del conde de Bergeyck para Bedmar y sus conferencias*. Realmente este documento lo que contiene son extractos de las cartas que Bergeyck dirigió a Felipe V desde París. El documento también contenía, no está claro si en todo o en parte, copia de los preliminares de Mesnager pero éstos han desaparecido del legajo. Fue entregado al marqués de Bedmar el 19 de octubre de 1712.

⁸⁴ AHN, Estado, leg. 2530. Bergeyck a Felipe V. 2 y 29 de febrero de 1712. Bergeyck estaba obsesionado en que las ventajas comerciales bastaban para conseguir la paz.

⁸⁵ Ibid. Bergeyck a Felipe V, 22 de marzo de 1712.

Vuestra Majestad... Y yo no creo que se puede hacer la paz sin la renuncia de Vuestra Majestad". En la misma carta informa que Inglaterra ha solicitado formalmente que a la cesión ya acordada de la plaza de Gibraltar se añada, en la lengua de tierra que la separa de la parte española, un terreno de una longitud equivalente a dos tiros de cañón. Y ante esta petición, y otra que hace Inglaterra de que la exención del 15% que prometió Mesnager se haga extensiva a las Indias, dice: "Y así debo creer sobre todas estas nuevas peticiones o que el Ministerio de de Francia ha ocultado a Vuestra Majestad una parte de la convención hecha por M. Mesnager o que se han negociado muy superficialmente".

Su carta de 26 de abril insiste sobre esta misma sospecha de ocultación al enterarse que los ingleses han solicitado, además de Puerto Mahón, toda la isla de Menorca y que el terreno para refresco de los esclavos negros, que se había acordado ubicar en el Río de la Plata, fuera instalado en otro lugar de su elección y que, además, Inglaterra no pensaba admitir ninguna inspección por los oficiales reales sobre este emplazamiento. En la carta del 25 de julio explica las razones por las que los holandeses están renuentes a aceptar la paz: "Son tantas las ventajas que las dos coronas dan a Inglaterra, y que creen demasiado perjudiciales para su comercio, en particular la posesión de Gibraltar y Puerto Mahón, que les impediría, en caso de ruptura con Inglaterra, todo su comercio en el Mediterráneo y el Levante".

En la carta de 8 agosto propone a Felipe que se plantee oficialmente la conveniencia de obligar al Archiduque a realizar un acto similar de renuncia sobre su posible sucesión a la corona de España. Se trata de una cuestión de gran importancia, que va a ser muy discutida en las negociaciones entre Lexington y Bedmar e, incluso, incluida en los Preliminares de Madrid. El 15 de agosto informa que en Holanda han prevalecido los partidarios de la paz pero que las condiciones que ponen para llegar a ella son muy diferentes a las de Inglaterra. Por ejemplo quieren que Sicilia sea para el Emperador, mientras Inglaterra insiste en favor del duque de Saboya (y Francia pretende que sea para el duque de Baviera en compensación por la pérdida del País Bajo español). Avisa también de la llegada de Bolingbroke a París comentando el desconcierto que ha provocado: "Ignoro si el conde (sic) de San Juan viene para convenir y firmar el tratado entre España e Inglaterra, con los plenipotenciarios de Vuestra Majestad o para reforzar la propuesta hecha en favor del duque de Saboya para separarlo de los otros aliados, o para obligar a Francia a ceder algunas plazas a los holandeses o al Imperio".

El 23 de agosto avisa de que "la Reina de Inglaterra va enviar a Vuestra Majestad a milord Lexington para solicitar y recibir estas actas (de renuncia) que deben estar antes de pasar a concluir la paz particular o la general. Será enviado sin carácter hasta la publicación de la paz... Y como los holandeses no quieren admitir hasta el presente a ningún ministro de España (en Utrecht) para no enemistarse con el Emperador, Vuestra Majestad deberá enviar a Londres un ministro, como parece conveniente a su servicio, puesto que la Reina va a enviar uno a Vuestra Majestad". Y aconseja que se ordene a este ministro abrir una vía de negociación con Holanda por muy extraoficial que fuera. La carta continúa advirtiendo al Rey sobre dos temas que serán de mucha importancia durante la negociación:

"He hablado también, Sire, al marqués de Torcy sobre Gibraltar y sobre la exención de derechos acordada con Inglaterra por los preliminares de M. Mesnager pero él me ha remitido a tratar uno y otro asunto con lord Lexington. Pienso, Sire, que estos dos puntos, que son

esenciales para Vuestra Majestad, importarán poco a Inglaterra cuando cuente con Puerto Mahón, porque sus súbditos tendrán, por la paz, el libre uso de todos los puertos de España y Gibraltar les será una carga por el coste del mantenimiento de la guarnición... creo que Vuestra Majestad podría intentar poner una condición a la cesión de Sicilia y comenzar rehusándola por todos los medios. Puede hacerlo por razón de justicia, pues no ha sido estipulado ni acordado en los preliminares (de Londres) y Vuestra Majestad puede decir que es por esta razón por la que ha encontrado menos dificultad en dejarles esta plaza (Gibraltar) *por considerarla como una isla en el mar...*⁸⁶ En cuanto a la exención de derechos creo que no será de ninguna utilidad y beneficio a Inglaterra, puesto que es muy moderada y producirá más molestias a los mercaderes el hacer valer sus derechos ante las visitas y discusiones que los oficiales de aduana deberán hacer para reconocer aquellos (productos) que verdaderamente son fabricados en Inglaterra, que será una serie continuada de querellas⁸⁷... El ministro que Vuestra Majestad enviará a la Reina deberá ser instruido de estos principios y razones para hacerlos comprender a los ministros de Inglaterra puesto que aquello se debe negociar más bien en Londres que en Madrid, puesto que hay que hacerles desistir de lo que se ha acordado ya".

La advertencia hace efecto y en carta de 19 de septiembre acusa recibo de la orden del Rey de instruir a Monteleón antes de su marcha a Londres. En esta misma carta retoma el tema de Gibraltar: "Conviene rehusar añadir terreno a las dependencias de esta plaza y como ellos no lo han estipulado en los preliminares de Mesnager no tienen derecho a pedirlo. Y, si ellos no devolvieran Gibraltar, Vuestra Majestad debe tener, para oponérseles, una fortaleza que moleste sus aprovisionamientos... Que Vuestra Majestad ha considerado sobre este pie a Gibraltar *como una isla en el mar*, para facilidad de la navegación y que ellos tendrán esta misma ventaja durante la paz sin estar obligados a los gastos de mantenimiento de la guarnición".

En la misma carta y sobre la exención de impuestos dice lo siguiente:

"Nunca he comprendido que este artículo franquearía a todas las mercancías o manufacturas de Gran Bretaña de el derecho de entrada, puesto que es derecho recíproco de reconocimiento de la soberanía... Vuestra Majestad puede persuadirse de que fuera ésta la intención de Mesnager ni de Inglaterra puesto que Francia y Holanda pedirían lo mismo... y que esto no podría subsistir. El señor Mesnager está poco informado y se ha equivocado *confundiendo la alcabala con el derecho de entrada...*

En cuanto al terreno en el Río de la Plata para refrescar negros convendría evitar el tener que darles ese terreno y, en todo caso, no es obligado designarlo hasta la Paz General. Y, si no pudiera evitarse, conviene ubicarlo en el lugar que se crea menos perjudicial, sin permitirles establecer más que casas de madera, ni edificar muros de tierra bajo el pretexto de la seguridad...⁸⁸ Con la condición de que Vuestra Majestad podrá nombrar un oficial para vigilar que no se abuse de este permiso".

La última carta, de fecha 3 de octubre, plantea un tema que será objeto de uno de los artículos separados y secretos del tratado de Utrecht: "Me parece, Sire, muy importante al servicio de Vuestra Majestad prevenir dificultades que se pueda tener en el futuro, cuando

⁸⁶ De hecho así se hizo en el tratado de Utrecht.

⁸⁷ También este argumento tendrá éxito.

⁸⁸ Así va a constar textualmente en el tratado de Asiento de Negros.

haya cedido todo... Se asegurará una carta de Inglaterra haciéndose fuerte ante los aliados, incluso por escrito, que ellos no pedirán ni pretenderán ninguna plaza o territorio de España o de las Indias".

Todos estos argumentos los vamos a encontrar repetidos, incluso con las mismas palabras, en boca de Bedmar y Monteleón y hasta escritas en los tratados posteriores. De ahí la importancia de la actuación de Bergeyck como plenipotenciario, aunque –usando sus mismas palabras- su salud y “sus viejos riñones”⁸⁹ no le permitieran culminar la misión que le había asignado Felipe V en Utrecht. Sin embargo, recuperada su salud, volvió a España en 1713 lo que provocó temor y disgusto tanto por parte de los franceses como de los ingleses porque unos y otros conocían cuales eran sus convicciones y con cuánta firmeza e inteligencia las defendía.

14.5 LA SUSPENSIÓN DE ARMAS

En el supuesto, improbable, de que Harley tuviera razón y el motivo exclusivo del viaje de Bolingbroke a París fuera "saciar su exaltado orgullo" no cabe duda que consiguió su objetivo. Ya el viaje de Calais a París fue un paseo triunfal porque "en los lugares que atravesaba, sus habitantes hicieron cuanto de ellos dependía para testimoniar su respeto a la Reina de manera que llegué a París más cansado de los homenajes que del viaje"⁹⁰. El marqués de Courcy nos cuenta cómo se vivió la visita a Francia del Secretario de Estado inglés:

"Bolingbroke, elocuente y persuasivo, hablando francés casi tan bien como su lengua materna, ha seducido a todo el mundo en la Corte por las gracias naturales de su persona y el encanto que tenía su conversación. Luis XIV ha dejado de lado con él su solemnidad habitual. Le dio audiencia la mañana del 21, al salir de misa, y le ha manifestado tal afabilidad y bonhomía que ha extrañado a los cortesanos y le ha ofrecido un diamante de gran valor que había pertenecido al Delfín"⁹¹.

Pero, en justicia, hay que añadir al éxito social del viaje el éxito diplomático que, como a continuación veremos, fue total. Los detalles de esta misión han sido muy divulgados por la historiografía y además hay dos fuentes primarias, en este caso muy concordantes, donde se describe con gran precisión cómo tuvieron lugar las negociaciones y cuáles fueron los acuerdos conseguidos: se trata de las *Memoires* de Torcy⁹² y la carta que escribió Bolingbroke a lord Darmouth como informe oficial de su viaje⁹³. Y si queremos otra interesante visión del tema, enfocada desde el punto de vista de España, podemos encontrarla en la correspondencia intercambiada por aquellos días entre los plenipotenciarios españoles y Grimaldo que se conserva en el Archivo Histórico Nacional⁹⁴.

⁸⁹ AHN, Estado, leg. 3379/1. Osuna escribe a Grimaldo con ocasión de la visita a Francia de Bolingbroke contándole que Bergeyck le ha dicho a Torcy que quiere dejar su misión porque sus riñones están muy viejos.

⁹⁰ Bolingbroke a Darmouth, 21 de agosto de 1712. En *Lettres Historiques...*, tomo II, p. 54.

⁹¹ Courcy, op. cit. p. 183.

⁹² *Memoires*, tomo II, pp. 197 a 210.

⁹³ *Lettres Historiques...*, tomo II, Bolingbroke a Darmouth, 21 y 22 de agosto de 1712. Pp. 54 a 73.

⁹⁴ AHN, Estado, leg. 3379/1.

Bolingbroke llegó a París la tarde del 17 de agosto y fue alojado, casi a la fuerza⁹⁵, en casa de la marquesa de Croissi (madre del marqués de Torcy), donde inmediatamente inició las conversaciones con su homólogo francés. El primer punto tratado fue el relacionado con las concesiones que había que hacer al duque de Saboya que, para la Reina, constituían una condición insoslayable antes de firmar el acuerdo de la suspensión de armas. No hubo dificultades para asegurar la sucesión de la Corona de España en la Casa de Saboya, en caso de extinción de la rama española de la Casa de Borbón, ni de que ello fuera garantizado al mismo tiempo en que se iba a producir la renuncia de Felipe V al trono de Francia. Más conflictivo fue el punto relativo a la cesión de Sicilia que Torcy pretendía no se hiciera hasta después de firmar la Paz General, por si ésta no se producía. Bolingbroke argumentó que, si no se llegaba a ella, todo lo pactado devendría nulo y el Secretario de Estado francés cedió⁹⁶ en este punto. Como era lógico la entrega efectiva de la isla no se produciría hasta la ratificación de la Paz General. Este asunto debía quedar en el mayor de los secretos por temor a que los levantiscos sicilianos hicieran una revolución si llegaba a sus oídos anticipadamente. El acuerdo más difícil fue el relativo a la barrera de protección que solicitaba Saboya y a la que el Cristianísimo se negaba en redondo por implicar la cesión de plazas tradicionalmente francesas. Como las posturas eran irreconciliables la solución a que se llegó fue que este punto se tratara bilateralmente entre Francia y Saboya en el contexto de las conversaciones de paz entre ambos países.

El siguiente punto de discusión fue el de poner un plazo posible para que se hicieran las renunciaciones mutuas de Felipe V y de los duques de Berry y Orleans. Para ello hubo de consultar a Bergeyck que habló de un máximo de seis semanas. Esto obligó a Bolingbroke a escribir a Inglaterra pidiendo que se acelerara el viaje de lord Lexington⁹⁷ a Madrid con objeto de que pudiera estar presente en los actos oficiales en los que tendría lugar la renuncia de Felipe V.

Otro punto, también muy conflictivo, fue el relativo al elector de Baviera. Había acuerdo en restituirle a él y a su hermano, el elector de Colonia, sus territorios patrimoniales además de la dignidad de elector que el Emperador les había quitado al principio de la guerra. Inglaterra no quería darles nada más, pese a que el duque iba a perder Luxemburgo y Namour, en cuya posesión se encontraba en aquel momento, plazas que, con la paz, estaba

⁹⁵ El duque de Osuna escribe a Grimaldo y Mejorada el 23 de agosto de 1712 (AHN, Estado, leg. 3379/1) en relación con uno de los muchos intentos que hizo para visitar a Bolingbroke. No lo encuentra pues “estaba haciendo una visita de diversión en casa de una dama de su satisfacción cuyo conocimiento tenía de otra vez que estuvo en esta corte y a quien le enseñó el diamante que Su Majestad Cristianísima le había dado diciendo que para traerlo en el dedo era muy grande y para ponerlo en el sombrero demasiada altivez y que era para guardarlo en el escritorio; y expresó mucho *cuánto sentía estar alojado en casa del marqués de Torcy, por la sujeción que le daba el alojamiento* y cuan gustoso estaría de que le hubieran dejado estar en una posada para poder gozar enteramente de su libertad”. Es curiosa esta maledicencia, en carta oficial y en boca de alguien de talante tan severo y circunspecto como el duque.

⁹⁶ Aquí se produce la única discrepancia entre los textos de Torcy y Bolingbroke. Este último habla de que se previó un artículo secreto por el cual el duque pudiera cambiar Sicilia por otro estado contiguo a los suyos. Torcy dice lo contrario afirmando que se habló de una cláusula según la cual el duque de Saboya jamás podría vender o cambiar esta isla por ningún otro estado.

⁹⁷ Pese a lo que normalmente se afirma, en el momento de estas negociaciones, aunque probable, aun no era firme la decisión de que fuera lord Lexington el ministro que Inglaterra iba a enviar a Madrid.

previsto que pasasen al Emperador. Francia proponía que se le cediese Cerdeña, porque Sicilia, que era el propósito inicial, se acababa de adjudicar a Saboya. Inglaterra no se oponía, en principio, a la cesión de Cerdeña aunque tampoco quiso garantizar nada sobre ello.

El último punto a discutir fue el del armisticio, ya muy debatido por carta, y cuyo único problema pendiente era el plazo, entre dos y cuatro meses, que los franceses querían extender al máximo. Bolingbroke no se oponía la plazo mayor, pensando que sería bueno para romper la oposición holandesa a la paz, aparte de que así se lo habían solicitado los comerciantes ingleses, antes de que saliera de Londres, porque cuatro meses era tiempo suficiente para poner en marcha envíos por barco al Mediterráneo..

Tras discutir y acordar algunos puntos que afectaban exclusivamente a Francia e Inglaterra, entre ellos todo lo relativo a la suerte que debía correr el Pretendiente, quedaron cerrados todos los problemas pendientes y ambos Secretarios de Estado partieron, el día 20, a Fontainebleau, donde se encontraba el Rey y la corte. Bolingbroke "fue alojado en un apartamento en la parte del Castillo de Fontainebleau, que se llama la *Conciergerie* y, al día siguiente, Su Majestad le concedió en su gabinete una audiencia particular" en la que le hizo entrega del célebre diamante⁹⁸.

El tratado de suspensión de armas fue firmado el 21 agosto, aunque el texto lleva fecha de 19, que es cuando se hizo el borrador, y sus puntos más relevantes son como sigue⁹⁹:

1º El tratado, pese a afectar también a España, se suscribe inicialmente sólo entre Francia e Inglaterra. Lord Lexington lo llevó a España y Felipe V lo refrendó en Buen Retiro el 1 de noviembre de 1712.

2º La suspensión de hostilidades tendría vigencia desde el 22 de agosto hasta el 22 de diciembre de 1712¹⁰⁰.

3º La suspensión afectaba "a las guarniciones y gente de guerra que Sus Majestades tienen en todos los parajes así por tierra como por mar u otras aguas".

4º Se establecen plazos especiales en relación a los navíos que puedan apresarse por una u otra nación en diversas partes del mundo, desde los doce días en los mares del Norte hasta los seis meses en los mares más alejados.

⁹⁸ "Su Majestad queriéndole hacer el presente de un anillo con un diamante, y no encontrando entre sus propias joyas un diamante del precio que deseaba, resolvió escoger una piedra suelta, un gran brillante, valorado en 30.000 libras, que formaba parte de las joyas del Delfín. Si las joyas eran un aderezo que la moda masculina privilegiaba no se puede dejar de pensar que para un hombre como Bolingbroke, que más adelante debió huir de su país, un diamante era también una seguridad en caso de infortunio. Este regalo fue oficial". Bely, *Espions et ambassadeurs*, p, 169. En general se consideraba que no era lícito admitir regalos del soberano de un país con el que el propio se encontraba en guerra pero, en este caso, debió considerarse que el armisticio rompía esta regla porque el regalo no sólo fue, como se ha dicho, oficial sino que al día siguiente toda la corte conocía la noticia y la vanidad del propio Bolingbroke se ocupaba de difundirla.

⁹⁹ Cantillo, op. cit., pp. 56 y 57.

¹⁰⁰ Al expirar el plazo se prolongó por otros cuatro meses.

5º "Respecto de que se observará la misma suspensión de armas entre los reinos de la Gran Bretaña y España, Su Majestad Británica promete que ninguno de sus navíos de guerra o mercantiles... será en adelante empleado en trasportar o convoyar a Portugal, a Cataluña ni a ninguno de los parajes en donde se hace la presente guerra tropas, caballos, armas, vestidos y generalmente ninguna munición de guerra y boca".

6º Queda exceptuado de lo anterior los envíos de tropas y suministros a Gibraltar y Puerto Mahón y la retirada de España de las tropas inglesas.

7º También podía Inglaterra prestar sus barcos a sus aliados para transportar a Portugal o a Italia las tropas extranjeras que se encuentran en Cataluña.

8º Tras la firma de este tratado por el rey Felipe se levantará el sitio de Gibraltar, y la guarnición inglesa, como también los mercaderes que se hallan en esta plaza, podrán con toda libertad, vivir, tratar y comerciar con los españoles.

El tratado de suspensión de armas fue publicado en París el 24 de agosto con gran aparato propagandístico. Luis XIV escribió a su nieto contándole las circunstancias de todo cuanto se había pactado en aquellos días lo que motivó una amarga respuesta de Felipe protestando por las dolorosas cesiones que tenía que hacer e intentando librarse de alguna de ellas:

“Encuentro el proceder de Inglaterra extremadamente duro respecto a mí, puesto que me hace declarar, a su elección, quien debe sucederme y me obliga a ceder un reino como Sicilia después de que haya cedido otros muchos estados...”¹⁰¹

La llegada de Bolingbroke a Francia, por la incertidumbre de cuál podía ser su misión, casi hizo enfermar de los nervios a los plenipotenciarios españoles, sobre todo a Osuna y Monteleón ya que Bergeyck, una vez que supo por Torcy que no serían admitidos en las negociaciones, ni siquiera recibidos por el ministro inglés, al menos de momento, se mantuvo tranquilo e, incluso, desdénó una reunión con Prior por considerar que con éste, al carecer de toda capacidad para negociar, no merecía la pena perder el tiempo. Por el contrario Osuna y Monteleón desarrollaron una actividad desenfrenada, persiguiendo a ambos Secretarios de Estado en intentando encontrarse con ellos en antesalas y pasillos, o a la salida a las reuniones. Finalmente consiguen que Torcy almuerce con ellos y les comente la cesión de Sicilia, el armisticio y el envío de un embajador a Madrid para concurrir al acto de renuncia de Felipe V. Sobre Nápoles, Milán etc. dice no haber nada definitivo pero tampoco deja abierta la esperanza de que Inglaterra ayude a España en estos aspectos. Osuna, indignado, escribe al Rey y le dice "Tendrá bien presente Vuestra Majestad cuan contra su servicio e interés es esto" y le pide que se haga fuerte y no ceda.

Por otra parte Torcy, harto de la presión agobiante de los españoles, decide aparentar que ha quedado apartado de este negocio y le dice a Osuna que "será en Madrid donde se ha de

¹⁰¹ En Courcy, op. cit., p. 190.

decidir y ajuntar todo con lord Lexington". El duque resume así su decepción¹⁰²: "Este es el hecho de lo que nos ha sucedido en la demora del ministro inglés en esta corte y no podemos menos de explicar reverentemente a Su Majestad nuestro sentimiento y mortificación por habernos visto excluidos de toda negociación en la cual tiene Su Majestad el principal interés y el mayor sacrificio". Por eso desconfía de la información que les ha dado Torcy:

"La visita de Bolingbroke apenas está justificada por la suspensión de armas, que era muy esperada, o por la cesión de Sicilia al duque de Saboya, que eran capítulos ya consentidos... el ministro inglés traía mayores comisiones que no les han sido comunicadas".

Todo ello le da pie a hacer innumerables cábalas, unas acertadas y otras sin fundamento. Incluso propone estorbar el acuerdo entre Francia e Inglaterra haciendo ofertas directas y subrepticias a Holanda:

"Se ha podido colegir en otros tiempos que los holandeses se inclinaban a dejar los estados de Flandes a la España, como se lo dieron a entender en Mons al conde de Bergeyck, de forma que viéndose presentemente frustrados en su esperanzas y burlados por la Inglaterra, sería más fácil inducirles a sus primeras intenciones; y sobre este punto no sería quizá temeraria proposición que se pudiera intentar alguna aproximación a ellos¹⁰³... Los poderes que Su Majestad ha dado a Francia y los sacrificios a que se ha expuesto, han sido por el fin de una Paz General y no de una Particular que deja en pie la guerra y sus contingencias... También se considera del servicio de Su Majestad el que ya que Inglaterra envía un ministro cerca de Su Majestad, sin carácter y para asumirlo después de concluida la Paz Particular o General, nombre Vuestra Majestad un ministro¹⁰⁴ para que esté cerca de la Reina"¹⁰⁵.

Bolingbroke, terminadas sus gestiones, volvió a París para descansar brevemente e ir a la ópera y al teatro y, el día antes de su marcha, acompañado de Prior, visitó a Osuna para excusarse por las muchas veces que el duque había intentado verle sin éxito. Pese a la cortesía con que se produjo la reunión Osuna estuvo muy crítico con la actitud de Inglaterra diciendo que "pues parecía llegar ahora el caso era menester no padecer nuevas equivocaciones, y deshacer las pasadas, y el error en que se había estado... Era interés de la propia Inglaterra sostener y dejar bien la España, de modo que le pueda ser útil, dejándola con sustancia y representación y no sin arbitrios, restringida y esclava, como había oído quedaba". Bolingbroke, que no quería pasar de las cortesías habituales, se salió por la tangente diciendo que sería preciso hablar con lord Lexington en Madrid e, incluso, con Prior que se quedaba en París y que recibiría órdenes directas de la Reina. Y, para no dar lugar a que el duque entrara en materia concreta, Bolingbroke se levantó diciendo que debía marcharse porque otras ocupaciones le reclamaban.

Termina el informe de Osuna a Grimaldo insistiendo una vez más "en la esperanza factible de lo que podamos recuperar, por la negociación o la guerra porque Su Majestad Cristianísima no tiene palabra ni poderes que puedan obligar, pues lo que se puede haber

¹⁰² Las incidencias de la visita de Bolingbroke están en carta de Osuna a Grimaldo y Mejorada de 23 de agosto de 1712. AHN, Estado, leg. 3379/1, cuadernillo 7, carta nº 57.

¹⁰³ Ibid.

¹⁰⁴ Osuna se propone a sí mismo, sin mucha convicción, para esta embajada.

¹⁰⁵ AHN, Estado, leg. 3379/1.

ofrecido es para una Paz General y de lo que ahora se trata es de una Particular"¹⁰⁶. La furia de Osuna era tal que, ya a comienzos de septiembre, visitó a Prior, insistiendo en que España estaba dispuesta a romper la Paz Particular. Éste le contestó -muy en la línea de la diplomacia inglesa- que más le valía no hablar de ello pues en tal caso peligraba su vida¹⁰⁷.

¹⁰⁶ Conviene advertir desde el comienzo la terrible sintaxis del duque de Osuna que, en ocasiones, va a hacer casi ininteligibles sus cartas. Y ello no sólo desde la perspectiva actual del idioma. Grimaldo le va a pedir en más de una ocasión, estando el duque en Utrecht, que se esfuerce por ser más claro en sus cartas porque no conseguía entenderlas,

¹⁰⁷ AHN, Estado, leg 3379/1, Osuna a Grimaldo, 6 de septiembre de 1712.

CUARTA PARTE

LA NEGOCIACIÓN ESPAÑOLA

CAPÍTULO 15. LA RENUNCIA AL TRONO DE FRANCIA

15.1 LA LLEGADA DE LORD LEXINGTON

Felipe V recibió con desagrado las noticias que su abuelo le enviaba relativas a los acuerdos alcanzados en la visita a Francia de Bolingbroke. Lo que más repugnancia le producía era la entrega de Sicilia a su suegro, al que consideraba un traidor por haber roto el pacto que tenía suscrito con las dos Coronas y haberse pasado a los aliados llegando a constituir una pieza importante en el desarrollo de la guerra. Y si se iba a ver obligado a hacerlo pedía que, al menos, fuese a cambio de la devolución de Gibraltar. Por otra parte, si él renunciaba a una posible sucesión en el trono de Francia, el Archiduque, en correspondencia, debía de manera simultánea hacer una renuncia equivalente y, además, reconocerlo como Rey de España. Bergeyck desde París azuzaba la indignación real: "Nada hay tan triste como verse despojado de tan grandes y bellos estados, sin tener parte alguna en la negociación ni poder decir, ni insinuar siquiera, razones para hacer comprender a los que piden estas cesiones que, en realidad, tampoco les interesan a ellos"¹. Incluso le insistía con vehemencia para que, cuando los plenipotenciarios españoles llegaran al congreso de Utrecht, partieran de cero a la hora de admitir desmembrar territorios de la Monarquía.

Lo único que alegraba a Felipe V era que la llegada de un embajador inglés permitiría renegociar aquellos puntos ya cedidos en los que estaba disconforme y plantear las reclamaciones que juzgaba imprescindibles. Probablemente las falsas afirmaciones que Torcy hizo a sus plenipotenciarios de que "será en Madrid donde se ha de decidir y ajuntar todo con lord Lexington" habían despertado sus esperanzas. Pero lo cierto es que el Secretario de Estado, para sacudirse la insistencia de los españoles, les había engañado porque la misión de Lexington era muy otra y el propio Luis XIV así lo escribía a Bonnac el 22 de agosto: "El conde del Lexington va dirigirse a Madrid para ser testigo de la admisión que las Cortes deben hacer del acto de renuncia de los duques de Berry y Orleans. Tendrá también orden de firmar el artículo secreto que contempla la cesión de Sicilia al duque de Saboya"². Además de ello el asunto fundamental era estar presente en la renuncia que Felipe V debería hacer, por sí y sus descendientes, a la corona de Francia y comprobar que tal renuncia se ajustaba a lo pactado.

Finalmente el Rey de España va a transigir con todo lo que le solicitaba su abuelo de manera que el 4 de septiembre escribía a Luis XIV lo siguiente: "He dado ya las órdenes para preparar el acto de renuncia, añadiendo las dos cláusulas que se han convenido con Inglaterra... He ordenado también la convocatoria de Cortes para el próximo 6 de octubre y expedido los decretos necesarios para que se ejecute en todas partes el tratado de suspensión de armas concluido en París"³.

Tan pronto llegó a Felipe V la noticia de que Lexington había sido nombrado, ya de manera oficial, embajador en España designó al marqués de Monteleón como su representante en

¹ AHN, Estado, leg. 2530. Bergeyck a Felipe V, 12 de septiembre de 1712.

² Luis XIV a Bonnac, 22 de agosto de 1712. En Courcy, op. cit., pp.186 y 187.

³ Ibid., pp. 193 y 194.

Londres⁴ para discutir con el gabinete inglés los detalles de la Paz Particular que debía negociarse y firmarse entre ambos gobiernos. Para entonces no es que Bolingbroke hubiera dejado de lado, por utópica, una Paz General sino que consideraba que, por la postura irreductible del Emperador y las pocas facilidades que daban los holandeses, la forma más fácil de llegar a ella era mediante la negociación sucesiva de paces particulares.

La noticia de este nombramiento, y de la persona en quien había recaído, proporcionó no poco alivio a Torcy, Prior y Bolingbroke a quienes preocupaba la posibilidad de que Felipe V designara al duque de Osuna para este puesto. Monteleón había tenido un encuentro fugaz con el Secretario de Estado inglés en París, del que ambos salieron bien impresionados pero, sobre todo, el español se había hecho amigo de Prior, al que visitaba con asiduidad, y quien dio de él magníficas referencias al gabinete de Inglaterra.

El 19 de septiembre de 1712 recibe Monteleón sus nuevas credenciales, y las órdenes correspondientes, e inmediatamente lo comunica a Torcy y a Prior y saca la conclusión de que ambos "han tenido particular satisfacción en mi nombramiento"⁵. Monteleón comunica a Prior que su paso a Inglaterra será como particular, al igual que lo había hecho Lexington a España, y aquél le dice que debe escribir sendas cartas a Bolingbroke y a Dartmouth comunicándoles el nombramiento y solicitando los correspondientes pasaportes los cuales, a juicio de Prior, le iban a ser remitidos de forma inmediata. Pero, o no lo decía de buena fe o estaba mal informado, porque el gobierno inglés no tenía el más mínimo interés en que el embajador español cruzara el canal mientras no se hubiera producido, de conformidad, la renuncia que Felipe V debía hacer ante las Cortes. Monteleón estaba ansioso por marchar "conociendo la importancia de hallarse cuanto antes un ministro de España en Londres, donde se fraguan todos los presentes negociados de paces y casi se decide sobre un nuevo sistema de toda la Europa, pudiendo de un día para otro acontecer tales accidentes que el hombre no puede prevenir y que, con la presencia, se puede aprovechar de ellos"⁶. En la carta que escribe a Mejorada⁷ el 7 de octubre, además de dar las anteriores noticias, solicita que su sueldo y su ayuda de costa sean incrementados de acuerdo con la nueva representación y responsabilidad que se le ha dado ya que ello iba a representar "gastos excesivos y totalmente superiores al pobre estado de mi Casa"⁸.

El 18 de octubre escribe de nuevo, esta vez a Grimaldo, para insistir en sus demandas económicas. Pone el ejemplo del duque de Aumont, nombrado embajador de Francia en

⁴ AGS, Estado, leg 6820. Inglaterra, minuta de 7 y 8 de septiembre.

⁵ AGS, Estado, leg. 6820. Monteleón a Mejorada, 7 de octubre de 1712

⁶ Ibid

⁷ Grimaldo y el marqués de Mejorada eran ambos Secretarios de Estado. Aunque el segundo se ocupaba de las embajadas y de las relaciones económicas con los diplomáticos era el primero el que debía dar las órdenes de pago con lo que la función de Mejorada no era otra que hacer las advertencias oportunas. Aunque en teoría no había subordinación de uno a otro ocurría entre ellos lo mismo que entre Bolingbroke y Dartmouth. Grimaldo, más trabajador, sensato y próximo al Rey era quien en realidad llevaba las riendas del gobierno. La figura de Grimaldo va a ser fundamental en la negociación del tratado con Inglaterra y de una enorme importancia como mano derecha del Rey durante más de veinte años. Puede verse al respecto el libro de Concepción de Castro *A la sombra de Felipe V. José Grimaldo, ministro responsable*. Madrid, 2004.

⁸ La Monarquía española pagaba muy tarde a sus diplomáticos. Osuna y Monteleón, pese a los meses que llevaban en París, habían cobrado la ayuda de costa pero no sus mesadas. De todas formas una constante en las cartas de Monteleón a lo largo de sus años en Londres y Utrecht va a ser sus continuos llores económicos.

Londres, "que se está previniendo con grandiosos y soberbios equipajes y Su Majestad Cristianísima, además de 150.000 francos de ayuda de costa le hizo la merced antes de ayer de otros 500.000 francos"⁹. Habla también de que se ha vuelto a reunir con Torcy y que éste le ha contado las dificultades que se presentan en Utrecht con holandeses y alemanes y que Portugal está dispuesto a concurrir a la suspensión de armas con Francia y España pero sólo cuando "por seguridad le pusiesen en las manos Badajoz, Ciudad Rodrigo u otra plaza"¹⁰.

Mientras esto ocurría en la corte de España, en la de Inglaterra se va a producir un incidente de cierta relevancia. La instrucción que con fecha 12 de septiembre firma la Reina para lord Lexington, redactada por Dartmouth, es del siguiente tenor:

"Luego que habréis recibido vuestras instrucciones y despachos partiréis con toda la diligencia posible a Madrid... Daréis inmediatamente parte de vuestro arribo al Secretario de Estado, le haréis entender que habéis venido sobre las seguridades que nos ha dado el rey Cristianísimo de que seríais bien recibido, y que os será permitido estar presente y asistir en persona a la solemnidad de la renuncia que se debe hacer de la corona de Francia. Le significaréis al mismo tiempo que os hemos autorizado ampliamente para tomar el carácter de nuestro embajador extraordinario y de reconocer al rey de España y de las Indias, *luego que habrá hecho su renuncia* en las formas que se ha convenido, y que habrá reconocido la sucesión a la corona imperial de nuestro Reino en la línea protestante de la casa de Hannover, de la misma suerte que ha hecho el rey de Francia, y que *os habrá significado la resolución que habrá tomado de ejecutar todo lo que se ha estipulado por parte del Rey Cristianísimo*. Representará a Su Majestad o a sus ministros que no es menos de su interés que de nuestra honra el que conceda el perdón general y sin excepción a los que se han adherido a la casa de Austria, y *particularmente a los catalanes en cuanto a sus personas, dignidades y privilegios*"¹¹.

La instrucción, tanto en el fondo como en la forma, tenía una prepotencia que atentaba gravemente contra el honor de Felipe V, tan sensible en esta clase de asuntos. El embajador inglés ni vería ni reconocería al rey de España como tal hasta que no se hubieran producido dos hechos concretos: su renuncia al trono de Francia por sí y por sus herederos y la admisión de cuánto en su nombre había pactado Luis XIV. Cuando esta instrucción llegó a conocimiento de Prior y la comentó con el marqués de Torcy, éste le informó que Felipe V no admitiría un embajador con instrucciones gravemente atentatorias contra su honor. Prior escribió a Harley avisando de ello y Bolingbroke tuvo que intervenir y escribir inmediatamente a Torcy para solventar el enojoso desliz de su compañero.

"Jamás ha habido sorpresa superior a la mía cuando he visto, por la carta que habéis escrito al Gran Tesorero y por la que Prior me ha enviado, que las intenciones de la Reina habían sido explicadas de una manera que os hicieron creer que Mr. Lexington aplazaría el presentarse ante el Rey y la Reina de España, y en reconocerlos como tales, hasta que el artículo de la renuncia fuera cumplido. Ciertamente él no tomará durante este tiempo el carácter de embajador pero no tendrá dificultad alguna en reconocer al rey de España, si este príncipe consiente en lo que Su Majestad Cristianísima ha prometido en su nombre. Las instrucciones a este ministro han sido redactadas de nuevo por los señores del Consejo (de la Reina) y os

⁹ AGS, Estado, leg. 6820. Monteleón a Grimaldo, 18 de octubre de 1712.

¹⁰ Ibid.

¹¹ Castellví, tomo III, pp. 488 y 489.

confieso que sería necesario ser en extremo sutil para encontrar en ellas algo de oscuro o equívoco"¹².

El mismo día, el 21 de septiembre (N.E.) escribía Bolingbroke a Prior:

"He quedado tan sorprendido como molesto al ver que, por una forma extraña de explicar la intención de la Reina, hayáis podido creer que se había decidido que lord Lexington no viera ni cumplimentara al Rey de España como tal. Empleamos ayer tres horas en escribir con detalle este artículo, el cual estaba, por otra parte, decidido hace tiempo. Creo que las instrucciones son ahora claras y que habiendo estado presente lord Lexington en la discusión su conocimiento sobre esta materia le hará rectificar por sí mismo los artículos oscuros o equívocos que aún se puedan encontrar en las instrucciones... Quiero indicaros, en pocas palabras, la conducta que debe adoptar lord Lexington: tan pronto llegue a Madrid dará aviso al Secretario de Estado y le dirá que "la Reina le ha enviado para cumplimentar al Rey en su nombre, para ser testigo de las renunciaciones y otros actos requeridos para el cumplimiento del artículo que se ha juzgado necesario para impedir la reunión de las dos Monarquías, y que tras ello procederá a tratar sobre asuntos comerciales y otros relativos al interés mutuo de las dos naciones y tomará el carácter de embajador. En esta conferencia él debe hablar de las cesiones hechas por el rey de Francia, en nombre de su nieto, y explicar que se trata de asuntos que se dan por concluidos. A este respecto entregará al Secretario de Estado una memoria firmada y pedirá una aprobación por escrito en nombre del Rey y firmada por el Secretario de Estado... Por amor de Dios, querido Matt, cubre las desnudeces de tu país y dale la vuelta, lo mejor que te permita tu cerebro fértil en este tipo de historias, a las pifias de tus compatriotas tan malos políticos y como los franceses son malos poetas"¹³.

Resulta claro en el texto anterior que cualquier negociación sobre los puntos acordados, tanto en la convención Mesnager como en el viaje de Bolingbroke a París, estaba totalmente excluida y, como quedó posteriormente de manifiesto, Lexington no tenía poderes para pactar ninguna modificación debiendo remitir cualquier alternativa que pudiera suscitarse a las reuniones que, en Londres, debía mantener el enviado español con el gobierno de la Reina.

Robert Sutton, lord Lexington, tenía cuando se le asignó su misión en Madrid 51 años. A la temprana edad de 24 años ocupó ya su escaño en la Cámara Alta y se le asignaron diferentes cargos políticos -miembro del consejo privado de Guillermo III- y diplomáticos, con misiones en varios países, entre otros lugares en Viena donde se desempeñó como embajador de 1694 a 1697. Su estancia en Austria debió marcar de alguna manera sus simpatías porque tanto su actuación como su correspondencia traslucen una cierta animadversión hacia Francia que, por cierto, ha sido correspondida cordialmente por los historiadores de este país¹⁴.

¹² Bolingbroke a Torcy, 10/21 de septiembre de 1712. *Lettres historiques*, tomo II, pp. 83 y 84.

¹³ Ibid. Bolingbroke a Prior, 10/21 de septiembre de 1712.

¹⁴ Courcy, por ejemplo reproduce con satisfacción la mala opinión que de Lexington tenía el caballero Bourk, embajador del rey Jacobo ante Felipe V en Madrid: "El conde de Lexington no tiene de noble más que el nombre y el título. Sus instintos son vulgares, sus aspiraciones mezquinas, su disposición hacia España maligna, y hostil, y llena de odio la que tiene hacia Francia. Es una persona extraña que no ama el lujo... todo su séquito no pasa de veinte personas y no ha traído a nadie de valía en él. Courcy, op. cit., pp. 202 y 203. La opinión de algunos historiadores catalanes -como más adelante veremos- es igualmente negativa aunque en este caso lo acusan de corrupto y comprado por Luis XIV.

Lexington salió de Portsmouth a finales de septiembre, llegó a Pasajes el 1 de octubre¹⁵ y de allí pasó a San Sebastián donde “el gobernador recibió el aviso de su desembarco y fue a encontrarle con grande acompañamiento”. Allí está fechado el primer despacho que envió a Londres:

"No os puedo expresar la felicidad que tiene esta gente debido a mi llegada y las demostraciones de respeto a la reina Ana que me han hecho... Debo también decirle a Su Señoría que los españoles está muy cansados de sus amos franceses y que me han expresado muchos oficiales del gobierno en privado, inclusive el gobernador general, que esperan que yo haya llegado para liberarles de la esclavitud en que se encuentra pues ellos no pueden soportar un momento más las penalidades que tienen que sufrir debido a los franceses. Me dicen que todas sus esperanzas las han depositado ahora en la reina de Inglaterra lo cual me hace pensar que no tendré muchas dificultades en concluir las negociaciones con España"¹⁶.

Esta primera carta produjo gran optimismo en Dartmouth. Bolingbroke fue mucho más escéptico porque desconfiaba del Rey Católico y de las personas de su entorno.

Antes de entrar en Madrid Lexington necesitaba ver resuelto un problema importante de protocolo. Jacobo III tenía un embajador reconocido en Madrid, el caballero Bourk, muy apreciado por los Reyes y cuya casa exhibía de manera ostentosa, en la fachada, el escudo de armas de Inglaterra. Y como no era razonable comenzar su misión protestando con vehemencia por ambas cuestiones pidió ayuda a Francia. Torcy, desde París, se encargó de arreglar el asunto aconsejando al Pretendiente que le retirara el título de embajador lo cual fue aceptado y ejecutado de manera inmediata.

Felipe V dudaba en como recibir a Lexington. Si lo hacía con toda solemnidad, como Luis XIV recibió a Bolingbroke, iría contra la dignidad real porque no sólo el embajador carecía, de momento, de ese carácter sino que, en palabras de Baudrillart, "su misión parecía toda ella de desconfianza y de supervisión"¹⁷. Por otra parte tampoco Lexington, que era hombre austero y enemigo de fastos, esperaba ser recibido con grandes honores porque hasta nueva orden "pretendía no contraer obligación alguna con el Rey de España, a quien consideraba aún como enemigo de su Soberana y de su país. Desde San Sebastián viajó durante varios días a lomos de una mula, como un simple particular, pidiendo a un compatriota, el banquero Arther, que le enviara su carroza un día antes de llegar a la capital, con objeto de que pudiera hacer una entrada decente"¹⁸.

Llegó a Madrid el 18 de octubre e inmediatamente fue conducido a casa del duque de Pópuli donde, a expensas del Rey, tuvo que padecer una pomposa hospitalidad bien a pesar suyo. Se seguía en esto la recomendación de Monteleón desde París: "Me ha explicado muchas veces el marqués de Torcy que con Holanda, Portugal y el Archiduque es menester tratar con altura y desprecio pero que es de toda importancia el no faltar a todas las atenciones y contemplaciones con la Inglaterra procurando evitar todas las alteraciones y

¹⁵ AGS, Estado, leg. 6820. Monteleón a Grimaldo, 18 de octubre de 1712.

¹⁶ M. A. Martín, op. cit., pp. 114 y 115.

¹⁷ Baudrillart, p. 508.

¹⁸ Courcy, op. cit., pp. 201 y 202.

disgustos al ministro inglés"¹⁹. Al día siguiente el duque lo conduce al Buen Retiro donde cumplimentó a los Reyes que, a su vez, le recibieron con muestras de gran deferencia.

El día anterior a esta recepción, o sea el de la llegada a Madrid del embajador inglés, Grimaldo había escrito al marqués de Bedmar comunicándole que Su Majestad le había nombrado "para oír y conferir las proposiciones que le hiciese el embajador de Inglaterra milord Lexington sobre el ajuste de la paz"²⁰. Inmediatamente se produce la respuesta del marqués aceptando el nombramiento y dando las gracias por la confianza que el Rey depositaba en él. Isidro de la Cueva y Benavides, marqués de Bedmar, tenía 60 años cuando recibió este nombramiento. Era militar de larga trayectoria y desde mi 1676 hasta 1704 había estado destinado en Flandes con cometidos ascendentes, todos ellos militares, desde maestro de campo hasta gobernador militar de todo País Bajo español. En el año 1704 fue nombrado virrey de Sicilia y en 1709 miembro del Consejo de Estado y Secretario de Guerra. Era, pues, hombre de gran experiencia, aunque no específicamente diplomática, y los largos años pasados en el extranjero le daban un barniz internacional y adecuado a la misión que se le encomendaba. Era claramente pro francés y Luis XIV le tenía en tan gran estima que, desde hacía años, le tenía concedida una generosa pensión. Saint Simon lo describe como "una persona agradable y llena de afabilidad, un hombre honesto, de espíritu y con sentido común, siempre amable, servicial y cortés"²¹. Lexington dijo de él que "era persona de opiniones firmes a la que no se podía convencer fácilmente"²².

15.2 PAPIER QUE LE COMTE DE LEXINGTON MIT DANS LA MAINS DU ROY

Al día siguiente de su llegada, y tal como tenía ordenado, Lexington se entrevistó con Grimaldo y le entregó un papel para el Rey en el que estaban definidos los once puntos de naturaleza política y comercial que Inglaterra consideraba ya pactados y cuya aceptación constituía condición *sine qua non* para que el embajador reconociera a Felipe V como Rey de España. El documento, que se encuentra en Simancas, se titula *Copie d'un papier que le comte de Lexington mit dans les mains du Roy par celles de D. Joseph Grimaldo*²³. Estos puntos, redactados en francés, eran los siguientes.

1

“Su Majestad Británica pide que Su Majestad Católica reconozca la sucesión de la Corona Imperial de Gran Bretaña y todos sus territorios, según lo establecido actualmente por ley del Parlamento, en la casa de Hannover.

2

Que Su Majestad Católica renuncie por sí y por sus descendientes al reino de Francia y a todos sus territorios tal como ha sido estipulado.

¹⁹ AGS, Estado, leg. 6820. Monteleón a Grimaldo, 18 de octubre de 1712.

²⁰ Ibid. Grimaldo a Bedmar, 18 de octubre de 1712.

²¹ Linda y Marsha Frey, op. cit., p. 39.

²² M. A. Martín, op. cit., p. 39.

²³ AGS, Estado, leg. 6820.

3

Que se renovarán todos los antiguos tratados de amistad entre las dos Coronas tal y como se encontraban en tiempos del rey Carlos II, con los cambios que más abajo se indican.

4

Que el Asiento sea otorgado a Gran Bretaña por treinta años, en las mismas condiciones en que lo tenían los franceses y con una cierta extensión de tierra en el Río de la Plata para comodidad de la compañía inglesa y para descanso y alojamiento de los negros.

5

Que sea suprimido el impuesto del 15 por ciento que existe sobre las materias primas y manufacturas de Gran Bretaña que se venden en las Indias.

6

Que la totalidad de la isla de Menorca sea cedida a perpetuidad a Su Majestad Británica y sus sucesores.

7

Que la ciudad y castillo de Gibraltar, con una cierta extensión de terreno a su alrededor, sea igualmente cedida.

8

Que el reino de Sicilia sea también cedido al duque de Saboya y que su Alteza Real sea puesta inmediatamente en su posesión a la terminación de la Paz General o de una particular entre Gran Bretaña, España, Francia y Saboya.

9

Que el comercio en general se desarrolle en España y en las Indias en las mismas condiciones que tenía en tiempos de Carlos II.

10

Que Gran Bretaña gozará de todas las ventajas, derechos y privilegios que hayan sido acordados o que puedan acordarse en adelante por parte de España con Francia o con cualquiera otra nación.

La reina de Gran Bretaña ruega a Su Majestad Católica que conceda una amnistía general, sin excepción, a todos los españoles que se han adherido a la Casa de Austria y, particularmente, a los catalanes creyéndola tan necesaria a los intereses de Su Majestad Católica como al honor de la propia Reina”²⁴.

Nota: Los números no figuran en el texto original y se han incluido para facilitar referencias posteriores.

Ha llamado mucho la atención en este documento el hecho de que Lexington parece ignorar sus instrucciones y habla sólo de amnistía para los catalanes olvidando todo lo referente al mantenimiento de fueros y privilegios. Sampere i Miquel, en su *Fin de la nación catalana*²⁵, nos habla, a mi juicio con poco fundamento, de una especie de conjura que construyeron entre Luis XIV, Felipe V y el propio Lexington para hurtar a los catalanes los fueros que Inglaterra había prometido conservar en el Tratado de Génova: “Luis XIV preparó a Lexington, en lo que interesa a nuestra historia, el fácil, rápido, eléctrico desempeño de su misión, porque Luis y Lexington que estaban en el secreto, lo pusieron luego en conocimiento del rey Felipe y su gobierno”. Se basa para afirmarlo en una carta de Luis XIV a Bonnac, de 26 de septiembre de 1712, en la que el Cristianísimo le informa del modo en que el Rey de España había de contestado en su última misiva:

"a la proposición que vos le habéis hecho de mi parte para que asegurara a los catalanes su clemencia y les prometiera un perdón general si volvían a la obediencia dentro de un plazo prefijado. Verdad es que yo añadía: *y la seguridad de mantener sus privilegios*. Las reflexiones que me hace (Felipe V) sobre este artículo son demasiado duras para no aprobarlas. Y, a mi vez, estoy persuadido que la reina de Inglaterra, deseando sinceramente el reposo de Europa, no insistirá sobre una cláusula que conservaría el fuego de la rebelión en España... Aún cuando la experiencia del pasado da lugar a creer que los catalanes no aprovecharían la bondad del Rey parece, sin embargo, que él no arriesgaría nada a ofrecerles, una vez más, el perdón si deciden someterse dentro de cierto tiempo, que entiendo podría fijarse hasta el fin del mes de noviembre. Bastaría a mi entender con que *no se hablase de la restitución de sus privilegios* sin tampoco declarar formalmente que sea su intención abolirlos... Lexington desea asimismo conferir con vos (Bonnac) para que podáis tomar entre ambos, de consuno, las medidas necesarias para acabar lo más pronto posible todas las negociaciones que puedan todavía impedir la conclusión de la Paz”²⁶.

Y continúa diciendo Sampere: "Si el marqués de Bonnac, como es de creer lo haría, dio a conocer este despacho que acabamos de resumir al conde de Lexington, no hay para qué sorprendernos de que éste resolviera sobre la marcha el caso los catalanes, de conformidad con las opiniones ya concertadas entre Felipe V y su abuelo Luis; opiniones en la que éste no dudaba concordaría también la valetudinaria Reina Ana... Véase lo que sucede. Llega Lexington a Madrid el 10 de octubre de 1712 (sic) y a los nueve días ya, no sólo había hecho todas las visitas de rubrica, sino que ya tenía resuelto el caso de los catalanes. Es decir ya había discutido y resuelto el caso con Bonnac y el gobierno español pues el día 19

²⁴ AGS, Estado, leg. 6820. *Copie d'un papier...*

²⁵ Sanpere i Miquel, *Fin de la nación catalana*, Barcelona, 1905. pp. 3 a 5.

²⁶ Ibid.

presentaba un papel la Grimaldo en el cual se decía que "la Reina de la Gran Bretaña ruega a Su Majestad conceda una amnistía general sin excepción..."

Pero como hemos dicho anteriormente, y está abundantemente documentado en el legajo 6820 de Simancas, Lexington no llegó a Madrid el 10 de octubre sino el 18 y tras los agasajos del duque de Popoli, al día siguiente, entregó el *papier* a Grimaldo, sin tiempo material para concertar su actuación con el embajador de Francia. Por eso la explicación que da Sampere para justificar la conducta del conde inglés no se tiene en pie.

A mi juicio hay una explicación razonable a esta divergencia entre las órdenes que tenía Lexington y la nota que entrega a Felipe V. El documento, preparado por el propio embajador sobre la marcha, no es más que un índice sintético de las instrucciones que recibió en Londres. Lexington entrega apresuradamente la nota al día siguiente a su llegada, ya que necesita una confirmación razonablemente inmediata para poder ser recibido en audiencia por Felipe V y reconocerlo como Rey de España de acuerdo con lo que le había sido ordenado. Si analizamos la nota veremos enseguida que se trata de un resumen cuya concisión le aleja de la precisión debida y exigible, en todo caso, a un documento diplomático de tamaño importancia. Hay que hacer notar, para disipar dudas sobre una concreta intención aviesa, que el tema de los catalanes no es la única ligereza en que incurre porque hay otras omisiones sobre asuntos que para Inglaterra tenían gran importancia. Por ejemplo, al hablar del Asiento de Negros Bolingbroke había hecho insertar la frase *the sole benefit* -beneficio exclusivo- para alejar cualquier posibilidad de que los holandeses participaran en el negocio y, como ha podido verse, la nota no hace mención a esta exclusividad. La exención del 15% es solicitada sólo para las Indias, cuando sus instrucciones hablaban de España y las Indias. Por último el papel habla de "una cierta extensión de terreno" alrededor de Gibraltar cuando lo solicitado era el alcance de dos tiros de cañón, *distance of two cannon shot*. Lo cual tenía un preciso significado militar de cara a defender Gibraltar de posibles asedios españoles evitando la construcción de una poderosa fortaleza española desde la que fuera fácil bombardear la plaza.

Por estas razones, aparte del error de fechas antes indicado, creo que no es posible hablar de conjura sino de que la nota de Lexington había sido redactada por éste de manera precipitada, yo diría incluso que frívola. La respuesta inverosímil de Lexington, cuando Dartmouth le va a echar en cara su error, es decir que creía que la *amnistía general* por él solicitada incluía también la devolución de privilegios.

Como consecuencia de este error Lexington ha sido, en general, maltratado por la historiografía catalana, a mi juicio de manera injusta, porque es muy cierto que, aparte de su desliz inicial, defendió con uñas y dientes la devolución de los privilegios, como comprobaremos hasta la saciedad más adelante llegando incluso despertar el malhumor y la reprimenda de Felipe V por su insistencia. El marqués de Bonnac, que en este asunto no era beligerante, elogió en referencia a su defensa de la devolución de los fueros "la vivacidad de las representaciones del conde de Lexington y los sólidos fundamentos sobre los que las ha fundamentado"²⁷.

²⁷ *Aff. Etr.*, 223, f 80 v-81. Citado por Albareda, op. cit. p. 118.

La primera conferencia entre Lexington y Bedmar se celebró el día 20 de octubre y tuvo sólo carácter previo. El conde comenzó leyendo la nota con los once puntos que había hecho llegar al Rey y "aunque se discurrió ligeramente sobre todos pero de positivo sólo de los dos primeros". En cuanto a la renuncia recíproca a las coronas de España y Francia, que era uno de ellos, "le había respondido (Bedmar) quedaría poco que hacer todas las veces que la Francia lo ejecutase en los mismos términos. Que ni la una ni la otra podían tener efectos mientras el Archiduque no hiciese por su parte un acto igual de renuncia. Que sobre este punto, le había dicho Lexington, no se había tocado hasta entonces y le parecía no habría dificultad en estipular que la Francia y la Inglaterra se obligarían a obtener en la Paz General este acto del Archiduque. Que le replicó el señor Bedmar era necesario se obligara, desde luego, a no convenir en la Paz General sin esa circunstancia. Que admitió la proposición el embajador para referir en su corte"²⁸.

Ese mismo día "mandó Su Majestad al marqués de Bedmar que adquiriese del embajador de Inglaterra copia del tratado preliminar que firmó en Londres, en nombre del rey Cristianísimo, M. Mesnager con los ministros la Gran Bretaña"²⁹. Se trata de una petición muy extraña por cuanto Felipe V había recibido de Luis XIV copia de los preliminares de Londres, y Bergeyck tuvo acceso a ellos y los estudió a fondo³⁰. La única explicación que cabe es que el Rey desconfiaba de su abuelo porque Bergeyck le había mostrado razonables reservas sobre la documentación que le había enviado Luis XIV insistiendo en que o era incompleta o había sido censurada.

La segunda conferencia, esta vez entrando a fondo en los once puntos, entre Lexington y Bedmar tiene lugar el 21 de octubre y el marqués elaboró a partir de ella una primera nota que envió a Grimaldo y cuyo contenido es, en esencia, el siguiente³¹.

- Sobre el punto 1 que España se ajustaría a la decisión que respecto al reconocimiento de la sucesión en la línea protestante había tomado Francia.
- Sobre el punto 2. Lexington entrega una minuta de la renuncia diciendo que, aun manteniendo en su esencia el documento elaborado en España, ha mudado algunas palabras esenciales para la inteligencia de los ingleses. Pide además la anulación de las cartas patentes de 1701.
- Sobre el punto 3 "se quedó en que se reglaría según el estilo en todos los tratados de paces".
- "Al sexto (Menorca) se le respondió dudoso y se le dijo que en este caso habría diferentes puntos para arreglar tocantes a la religión y otras cosas de las que se hablaría a su tiempo".

²⁸ AGS, Estado, leg 6820. *Conferencias*.

²⁹ Ibid.

³⁰ El ejemplo que pusimos sobre como era la forma, a doble columna, de los Preliminares de Mesnager está tomado de las notas de Bergeyck para Bedmar.

³¹ AGS, Estado, leg. 6820. *Papel del marqués de Bedmar de 21 de octubre de 1712 de la conferencia que tuvo con Lexington*.

- En relación a Gibraltar "se ponderó cuán gravosa sería esta plaza y cuán poco ampararía su comercio *pues nunca podríamos convenir en que tuviesen ninguno por tierra*". Y como la ciudad no tenía alfoz era muy difícil que el Rey quisiera entregarles terreno adicional. Lexington contestó que lo único que pretendía era la distancia que alcanzase el disparo de un cañón.
- En cuanto a Sicilia, Bedmar dijo que le extrañaba mucho esta propuesta "por ser uno de los primeros reinos de esta Monarquía, y que el Rey conservaba su posesión con gran dispendio suyo y de sus vasallos". Por otra parte era de recelar que poseyéndola el duque de Saboya pasase a la casa de Austria por algún trueque. "Además a Inglaterra le convenía, por su comercio, que Mesina estuviera en manos del Rey Católico mejor que en poder de otro príncipe". Lexington aseguró que se tomarían todas las precauciones para que el duque no pudiera enajenarla en ninguna circunstancia y, en relación al fondo de la asunto, afirmó que la cesión se había estipulado con Mesnager (incierto) y confirmado después en París.
- En relación a los puntos siguientes se convino en que el comercio se restableciera "sobre el pie en que estaba en tiempos de Carlos II pero que las ampliaciones que pedían eran impracticables... Pero que creía no haría al Rey dificultad en prometer en ese tratado se les concediera las mismas ventajas que otra cualquiera nación obtuviese".
- Por lo que se refiere al asiento de negros que el Rey lo concedería en las mismas condiciones en que lo tenían los franceses pero se dejó pendiente de discusión lo relativo al terreno en el Río de la Plata.
- En cuanto al punto 5º "Se le dio por ilusivo explicándoles no había tal 15% de entrada y sobre este punto será menester que Su Majestad se sirva mandar se dé una respuesta razonada, explicando cuáles son los derechos y cuáles las alcabalas que, a mi entender, lo ha confundido Mesnager".
- Finalmente, respecto al controvertido punto 11 dice Bedmar: "A este punto se le satisfizo no era de este tratado pues no sería razón que el Rey hiciera gracia a vasallos que han faltado a su obligación y juramento, estando actualmente con las armas en la mano y subsistiendo la felonía y que así se podía diferir hasta que se tratase en la Paz General". Lexington pareció estar de acuerdo y pidió tan sólo "que el Rey le asegurara que, llegado este caso, tendría piedad de esos desdichados".

Bedmar quedó en informar al Rey y Lexington pidió que la respuesta fuera por escrito para poderla remitir a Inglaterra.

La anterior nota que hemos resumido iba adjunta a una carta a Grimaldo de la misma fecha, 21 octubre, en la que Bedmar dice que en el asunto de Gibraltar no ha querido plantear una negativa desde el inicio y sugiere que lo que se le ha instruido sobre este punto (se refiere a una posible compensación económica para recuperar la plaza) lo trate Monteleón en

Londres. Dice a continuación: "Procuré inducirle a que me entregase copia del preliminar estipulado por Mesnager en Londres y me dijo no tenía orden para ello pero que confidentemente me lo leería en la primera conferencia y que creía que en Inglaterra no le habían prevenido por creer que el Rey tendría esta noticia por Francia"³².

La contestación del Rey a Bedmar respecto a los planteamientos de la reunión del 21 de octubre se produce dos días después³³. En ella ya aparecen los primeros acuerdos firmes y queda claro que las divergencias no podrán solucionarse en Madrid ya que, según refiere el marqués,³⁴ "el poder que trae Lord Lexington está limitado a solicitar la ejecución de lo estipulado en Londres por Mesnager". Lo más sobresaliente de la contestación del Rey es lo que sigue:

Primero. El Rey está de acuerdo en que se anulen las *cartas patentes* que Luis XIV envió al Parlamento en 1701. También ordena que se entregue a Lexington, para incluir en el texto de la renuncia, dos puntos adicionales, consecuencia del dictamen de la universidad de Oxford, que acababan de ser enviados desde Francia.

Segundo. El Rey protesta diciendo que nunca se ha hablado de ceder la isla de Menorca sino sólo el puerto de Mahón pero "que está llano el Rey y lo cumplirá así, y que no obstante no haberse hablado de la isla, no se detendrá Su Majestad en cederla toda por hacer esta fineza más y que se reconozca cuánto contribuye de su parte al reposo público y a lo que puede ser del mayor bien e interés de Inglaterra; cuya fineza se promete Su Majestad será correspondida en otras cosas y que, desde luego, se tratará todo lo que toca al punto de la religión". Este asunto de la religión, junto al de la devolución de fueros a los catalanes, serán los dos grandes obstáculos que van a presentarse en las conversaciones de Londres.

Tercero. "Su Majestad esta firme en no conceder ni ceder más territorio ni terreno que el casco de la plaza y ciudad de Gibraltar, que es lo que ha ofrecido y lo que está llano a cumplir y no otra cosa".

Cuarto. El Rey admite la cesión de Sicilia a la casa de Saboya -aunque sólo en línea de descendencia masculina³⁵- cuando se concluya la Paz General o las particulares pero quiere que "en este caso y desde ahora se obliguen Inglaterra, Francia y Saboya a que en la Paz General no se le ha de pedir a Su Majestad, ni proponer por Su Majestad Británica, que ceda otra ninguna cosa, para ninguno de sus aliados, más de lo que en este particular y por este tratado cede y renuncia y se han de dar por estas tres potencias todas las mayores, más firmes y más válidas seguridades en la inteligencia de que siempre que, por cualquiera de las tres potencias, se falte en alguna parte a lo que en ésta se ofreciere y capitulare desde ahora no ha de quedar obligación al Rey en ninguna forma al cumplimiento de la cesión del reino de Sicilia". Ni que decir tiene que este condicionante, de difícil cumplimiento por

³² Ibid. Bedmar a Grimaldo, 21 de octubre de 1712.

³³ AGS, Estado, Leg. 6820. *Respuesta que resuelve S. M. se dé de estos puntos que ha propuesto el conde de Lexington...*

³⁴ AGS, Estado, Leg. 6820. *Bedmar a Grimaldo. 25 de octubre de 1712.*

³⁵ Lexington protestará diciendo que, según sus instrucciones, la cesión tenía que ser incondicional. AGS, Estado, Leg. 6820. *Lexington a Bedmar, 27 de octubre de 1712.*

depender de terceras potencias, tendrá suma importancia en las negociaciones de Londres y Utrecht.

Quinto. En lo que toca al comercio el Rey está conforme en que se establezca “sobre el pie en que estaba en tiempos de Carlos II y conviene en conceder a la nación inglesa las mismas ventajas y gracias que se hubieren concedido o tuviere cualquier otra nación”

Sexto. El Rey se compromete a conceder a Inglaterra el *asiento de negros* y “dará Su Majestad el terreno que le pareciere y señalará en el Río de la Plata”. Pero se imponen ciertas condiciones: Las casas serán de madera, no se podrán levantar muros de tierra con el pretexto de la seguridad y el Rey pondrá en esta concesión un ministro de su confianza para evitar abusos. Queda entendido que, tanto las personas de la Compañía como sus intereses, estarán sometidos a fiscalización por parte de este ministro³⁶.

Sexto. La desgravación del 15 por ciento provoca una respuesta airada. Reconoce que “parece” que Mesnager pudo firmarla en Londres pero se acusa a este ministro de que era “poco práctico de las cosas de España e ignoró lo que ofrecía... que posiblemente confundió este pretendido impuesto con alcabala... Que los impuestos que se pagan son muy moderados y nunca ha habido excepción de ellos... Inglaterra no debe empeñarse en conseguir esta exención, más aún cuando Su Majestad Británica, con tanto acierto y reflexión, en el plan que hizo para la Paz General insistió en que el comercio se haría según lo reglado en tiempos de Carlos II... sin hacer en aquel plan mención alguna de semejante ventaja y excepción”. En caso de que Lexington no pueda transigir con esta respuesta se debe llevar este asunto a las negociaciones de Londres.

Séptimo. Sobre el tema de los catalanes la respuesta es muy concisa, y con un indudable tono de enfado: “en este punto está ya satisfecho y no hay más que decir, manteniéndose el Rey en la respuesta que se ha dado a Milord Lexington dejándose este punto para tratar de él en la Paz General pues antes es intempestivo y ocioso”.

Las anteriores respuestas de Felipe V a Bedmar son comentadas con Lexington y, tras ello, el 25 octubre, el marqués envía Grimaldo una propuesta del convenio que, según lo previsto, habría que firmar y entregar al embajador inglés. Bedmar en la carta de remisión dice que “no pareciéndome que dé más de sí el estado en que ha llegado esta materia remito al negociado de Londres los artículos 4º, 5º, 6º y 8º porque habiéndolos debatido en las conferencias hasta ahora (Lexington) ha concertado conmigo en las razones que le he opuesto a ellas lo que me persuade a que podré conseguir escriba nuestro favor, porque me ha dado a entender conviniera en ello si el poder que trae no fuera limitado a solicitar la ejecución de lo estipulado en Londres por Mesnager”³⁷. Grimaldo contesta al día siguiente con un par de correcciones y el día 28 se entrega a Lexington la aceptación de Felipe V, con lo condicionantes antes indicados, a lo que Mesnager y Torcy habían negociado en su nombre. Ese mismo día 28 de octubre escribía Lexington a Darmouth:

³⁶ Todas estas condiciones estaban ya previstas en las notas que Bergeyck había enviado desde París. AGS, Estado, Leg. 6820. Bergeyck a Grimaldo, 23 de agosto de 1712. Esta carta es copia de otra que, con la misma fecha, dirigió al Rey.

³⁷ Ibid., Bedmar a Grimaldo, 25 de octubre de 1712 con contestación de éste al margen.

"Si he fracasado en los otros puntos le ruego comprenda que no he podido conseguir más; pero todavía puede Su Señoría negociar y llegar a un acuerdo con el duque (sic) de Monteleón o bien ordenarme que insista sobre aquello que considere necesario aunque pienso que los puntos fundamentales han sido ya acordados"³⁸.

El informe, que también con fecha 28 de octubre, se envía a Monteleón a París para instruirle con vistas a su negociación con el gobierno inglés, es un resumen de todo lo tratado en las conferencias entre Bedmar y Lexington con incidencia especial en aquellos puntos en los que, por no existir acuerdo en todo o en parte, debían ser discutidos en Londres con el ministerio inglés. "Espera Su Majestad que V. E. con su celo, actividad y maña consiga lo que, por las limitaciones que dice el conde de Lexington tiene, no se ha podido conseguir acá"³⁹. La carta tiene instrucciones adicionales sobre los puntos siguientes:

a) "En el punto que toca Gibraltar se mantenga V. E. firme sin permitir ningún arbitrio a las circunstancias en que Su Majestad lo cede... y teniendo muy presente lo que toca sobre la disposición que reconoció Lexington para algún equivalente".

b) Aunque inicialmente Lexington no se opuso a conseguir el compromiso de la Reina a que en la Paz General no permitiría que se exigieran España más cesiones, luego se desdijo manifestando que ello implicaría dejar una guerra abierta entre Inglaterra y los aliados y que, por esta razón, no podía "ni aún considera que se dejase ese punto para tratarlo en Inglaterra; y que lo más a que podía venir era a que se pidiese eso a Su Majestad Británica separadamente del tratado". El Rey no ha consentido en eso e insiste a Monteleón para que se ponga esta cláusula en el capítulo sexto, con lo cual la cesión de Menorca sólo se produciría bajo esta condición.

c) Sobre la exención del 15% de arancel se dice que, aún estando entre los compromisos adquiridos por Mesnager, éste lo había hecho fuera de las autorizaciones que concedía el poder otorgado por Felipe V. Por tal razón Monteleón es instruido para que no ceda nada sobre este punto y, para mayor información, se le envía un documento, redactado por el Presidente del Consejo de Hacienda, en el que se hace un análisis completo de la fiscalidad española.

d) Lexington había prometido escribir a Dartmouth apoyando algunos de los puntos de vista españoles. Grimaldo ingenuamente informa Monteleón de ello pensando que podían tener incidencia beneficiosa en la negociación.

En días posteriores continuaron las conferencias de Bedmar con Lexington, sin que se produjeran avances dignos de mención. Sin embargo Bedmar creyó adivinar en el embajador inglés que no se insistiría en reclamar el terreno alrededor de Gibraltar y que cabía la posibilidad de ceder Cerdeña –entonces en poder de Inglaterra– al duque de Saboya, evitando así la entrega de Sicilia y así lo comunicó a Grimaldo⁴⁰. Si en lo primero tenía

³⁸ HMC Portland, p. 237. Lexington a Dartmouth, 28 de octubre de 1712. En Martín, M. A., op. cit. p. 119.

³⁹ AGS, Estado, leg. 6820. *Informe para el marqués de Monteleón*, 28 de octubre de 1712.

⁴⁰ Ibid. Bedmar a Grimaldo, 2 de noviembre de 1712.

razón en lo segundo no podía estar más errado ya que la entrega de Sicilia era un tema cerrado. Pero por aquellos días la preocupación principal de Lexington era el acto de renuncia, que estaba previsto realizar el 5 de noviembre. El embajador inglés tenía orden concreta de la Reina de asistir en persona tanto al acto de la firma de la renuncia como a la sesión de las Cortes en la que éstas se darían por enteradas de ello. Pero esta pretensión chocaba con la normativa española. El reglamento de las Cortes no permitía la asistencia a sus sesiones de ministros extranjeros, y no había habido presencia de ninguno cuando las renunciaciones de las infantas de España. El presidente del Consejo de Castilla dijo que tal vez pudiera derogarse el artículo que impedía esta asistencia, si realmente se tratase de un embajador, pero Lexington, en aquel momento, era un simple particular. Por otra parte Lexington exigía que Bonnac estuviera también presente, con objeto de que la reina de Inglaterra comprobara que Francia estaba conforme con la renuncia y los términos en que se realizaba. El embajador francés se negó en principio al no tener instrucciones en tal sentido, ni parecerle oportuno validar con su presencia al representante de una potencia que estaba en guerra con el nieto de su Rey. Finalmente va a ceder, por no retrasar la ceremonia hasta que le llegaran instrucciones de París⁴¹. También el gabinete español va a encontrar una solución: “Lexington asistiría a ambos actos no como embajador, porque aún no lo era oficialmente, ni como un extranjero particular, porque esto era imposible, sino formando parte del séquito de Rey”⁴².

15.3 LAS RENUNCIAS DE FELIPE V Y DE LOS DUQUES DE BERRY Y ORLEANS.

En el mes de noviembre de 1712 en toda Europa se consideraba que Felipe V subiría, con casi total seguridad, al trono de Francia a causa de la más que probable muerte del enfermizo Delfín, si no se producía antes su renuncia forzada. Por ello el acto del 5 de noviembre de 1712 tuvo resonancia internacional y fue recogido con mucha amplitud por los cronistas franceses, aunque los españoles (Castellví, Bacallar) le den mucha menos importancia. La versión del acto más extensa de que disponemos es la que dio el marqués de Bonnac en su despacho a Luis XIV, el mismo día 5 de noviembre⁴³:

"La firma del acta de renuncia del rey de España a sus pretensiones de suceder en el reino de Francia ha sido hecha hoy, a las diez de la mañana, en la cámara del Rey y en presencia de los Consejeros de Estado y otros señores. Vadillo, secretario del Consejo de Estado, ha dado lectura al documento completo. Tras ello el Rey de España lo ha firmado y después, poniéndose de rodillas ante una mesa con los Santos Evangelios, ha confirmado con un juramento solemne lo que acababa de ratificar con su firma.

Los diputados en cortes representantes de las ciudades habían sido citados para las tres de la tarde y el presidente del Consejo de Castilla, junto a los seis consejeros que componen lo que aquí se llama la Cámara de Castilla, han entrado en la antecámara del Rey y Su Majestad, precedido por sus consejeros y por el presidente, se ha dirigido al lugar donde se celebraba la asamblea. El conde de Lexington y yo le seguimos junto a otros cortesanos... Los diputados

⁴¹ El lapso de tiempo necesario para hacer una consulta a París y recibir contestación no solía bajar de las tres semanas.

⁴² Courcy, op. cit., pp. 205 a 209.

⁴³ En Courcy, op. cit., pp. 211 a 228.

han permanecido de pie y descubiertos hasta que el rey de España les ha ordenado sentarse. Tras ello Su Majestad Católica les ha dirigido la palabra haciendo un pequeño discurso explicativo de la razón por la que se encontraban reunidos. El discurso, muy bien articulado, era de los que llegan al corazón y fue pronunciado con tal dignidad que la asamblea quedó muy emocionada".

Felipe V ordenó a continuación al secretario de las Cortes leer un extenso discurso, cuyo objeto era instruir a los españoles, de manera amplia, sobre los motivos que habían llevado al Rey a tomar una decisión tan importante como la renuncia que acababa de hacer aquella mañana. Fue este secretario, Francisco Quincoces, caballero de Santiago, quien pronunció una arenga, tan pomposa como aduladora y larga, que comenzó aludiendo al testamento de Carlos II, recorrió después los avatares victoriosos de la guerra y acabó hablando del equilibrio de poder, tan necesario en Europa, y al que se contribuía de manera decisiva con la renuncia. Terminado el discurso pidió y tomó la palabra el más antiguo procurador por la ciudad de Burgos, Vicente Correa y Salamanca, caballero de Alcántara, para dar a Felipe V las gracias en nombre del reino por todo lo que había hecho por sus súbditos y "ofreciéndole sacrificar unánimes, en afectuosas demostraciones, las haciendas (que es lo menos) y las vidas con las honras (que es lo más) sin que en ningún tiempo pueda faltar a tan esclarecidos como finos reinos y vasallos el cordial celo que siempre deben ostentar en el servicio de su Monarquía"⁴⁴.

Ante el asombro de Lexington Felipe V abandonó la sala para permitir a los procuradores debatir a solas, y con libertad, si aprobaban o no la renuncia. Ignorando que éste era el proceder habitual no alcanzaba a comprender como un asunto de tal relevancia no era aprobado de inmediato. Se preguntaba por las razones de este retraso prejuzgando incluso alguna maniobra oculta. Cuenta Bonnac que tuvo que "calmar la indignación de su suspicaz colega haciéndole comprender que las costumbres de las Cortes se oponían a que la discusión sobre los deseos reales tuvieran lugar en su presencia"⁴⁵.

Comenta el embajador francés con extrañeza que "el acto solemne y decisivo que acababan de hacer los procuradores del reino... no pareció causarle la menor emoción al Rey. Abandonó la asamblea, donde había mantenido una actitud digna y fría, lo cual había sido advertido por todos, y se unió a un cortejo piadoso... porque debía asistir a una procesión que los padres de la Merced hacían con unos cautivos que habían rescatado"⁴⁶. Tal vez ese desdén tuviera algo que ver con sus intenciones futuras de cumplir o no con un juramento al que había sido forzado por las circunstancias, y que es asunto que no va a quedar demasiado claro en la conducta que tendrá en años posteriores. En cualquier caso escribió a su abuelo el mismo día 5, diciéndole que ya había renunciado a la corona de Francia. Y al día siguiente escribió otra carta a su hermano, el duque de Berry, en la que le dice que "en medio de las razones políticas que me han obligado a esta renuncia, para dar la paz a tantos pueblos agotados por una tan larga como cruel guerra, debéis persuadirlos de que el cariño que tengo por vos no me ha dejado insensible al placer de pensar que aquélla (la Corona de Francia) recaería en favor de un hermano al que amo tan tiernamente"⁴⁷.

⁴⁴ AGS, Estado, leg. 6820. Acta de Joseph Ciprián del Valle, secretario de cámara del Rey.

⁴⁵ Courcy, pp. 218 a 220.

⁴⁶ Ibid.

⁴⁷ Ibid. p. 223.

El acta de renuncia que firmó Felipe V es un documento largo, costa de veintiséis folios, reiterativo hasta el tedio y con muchos párrafos copiados literalmente de las renunciaciones de las infantas Ana y María Teresa de Austria⁴⁸. Los pasajes dignos de reseña son los siguientes:

Primero. El Rey dice que "para que quede perpetua memoria, hago notorio y manifiesto a los reyes, príncipes, repúblicas y personas particulares que son y fueren en los siglos venideros que, siendo uno de los principales supuestos del tratado de paces pendiente entre las coronas de España y Francia con la de Inglaterra, cimentarla firme y permanente... y asegurar con perpetuidad el universal bien y quietud de la Europa en un equilibrio de potencias, de suerte que unidas muchas en una no decline la balanza de la deseada igualdad... para evitar en cualquier tiempo la unión de esta Monarquía y la de Francia (convenía) se hiciesen recíprocas renunciaciones, por mí y toda mi descendencia, a la sucesión posible a la monarquía de Francia y por la de aquellos príncipes, en todas sus líneas existentes y futuras, a la de esta Monarquía".

Segundo. Para el caso de que la descendencia directa de Felipe V faltara, en aras de ese equilibrio de poder, hay que evitar que la Monarquía española caiga en poder de la casa de Austria "cuyos dominios, aún sin la unión del Imperio la harían formidable". A tal fin, dado este caso, la sucesión de la Monarquía española recaería en el duque de Saboya, sus hijos y descendientes masculinos y, en defecto de ellos, las líneas masculinas de los príncipes Amadeo de Carignano y de su hermano Tomás, como descendientes de la infanta Catalina, hija de Felipe II.

Tercero. "Por el presente instrumento, por mí mismo y por mis herederos, abandono y me desisto para siempre jamás de todas las pretensiones, derechos y títulos que yo, o cualquiera descendiente mío, haya o pueda haber en cualquier tiempo a la sucesión de la corona de Francia... como si yo y mis descendientes no hubiéramos nacido ni fuésemos en el mundo porque por tales hemos de ser tenidos y reputados". Los derechos que le pudieran corresponder los cede primero al duque de Berry, después al duque de Orleans, en su defecto, al duque de Borbón y así sucesivamente a todos los príncipes de la sangre de Francia.

Cuarto. "Si quisiéramos ocupar el dicho reino (Francia) por la fuerza de las armas, haciendo o moviendo guerra ofensiva, desde ahora y para entonces se convenga, juzgue y declare por ilícita, injusta y mal atentada; y por violencia, invasión y usurpación hecha contra razón y conciencia". Con esto queda también invalidado el acceso a la corona francesa por derecho de conquista.

Quinto. "Para mayor firmeza y seguridad de lo convenido en esta renuncia... empeño de nuevo mi fe y palabra real y juro solemnemente sobre los evangelios contenidos en este misal, sobre el que pongo la mano derecha, que observaré, mantendré y cumpliré este acto e instrumento de renunciación y que no pediré ser relevado de este juramento; y que si alguien lo pidiera, o esta dispensa me fuera dada, *motu proprio*, no me serviré de ella".

⁴⁸ AGS, Estado, leg. 6820.

Sexto. La lista de testigos firmantes es interminable, comenzando por el cardenal Giudice, inquisidor general, siguiendo por el resto de Consejeros de Estado, los gentilhombres de cámara y miembros de otros Consejos y terminando por el marqués de Vadillo notario mayor del reino.

La aprobación por las Cortes de la renuncia de Felipe V tiene fecha 9 de noviembre y es un documento también largo, veinte folios, en el que, con el acostumbrado lenguaje lisonjero y altisonante se comienza haciendo historia de la convocatoria y de la posterior sesión de cortes para probar la decisión tomada por el Rey⁴⁹. Agradecen a éste cuanto ha hecho por la Monarquía, su valor en el campo batalla y "el arrebatado y ardentísimo amor con que siempre atendió la fidelidad de la nación española que no permitió lugar a la duda para la elección de esta Monarquía, prefiriéndola a la de Francia, circunstancia de tan subidos realces para nuestra eterna gratitud". Y se continúa diciendo:

"Se convino con Vuestra Majestad y con Su Majestad Cristianísima que se hiciesen recíprocas renunciaciones, así de Vuestra Majestad, en nombre de su real descendencia, como de los príncipes de aquella real familia y de todas sus líneas a esta Corona y que unas y otras se pasasen y confirmasen en Cortes afianzando en este requisito su mayor solemnidad y validación y asegurando por este medio el equilibrio de potencias en la Europa".

Las Cortes, después de sus deliberaciones, aprueban que "en caso de faltar la real descendencia... entrase a poseer esta Monarquía el señor duque de Saboya y sus hijos y descendientes masculinos... y en defecto de sus líneas, el príncipe Amadeo de Carignano... y suponiendo la amistad y perpetua alianza que se debe solicitar y conseguir de este príncipe, y de su descendencia, a esta Corona, no debe quedar ningún arbitrio a ninguna de las partes para alterar este equilibrio por vía de contrato de renuncia ni de retrocesión *pues es la razón de su permanencia lo que motiva el admitirlo*".

Pero también las Cortes ponen sus condiciones:

"Y deseando el Reino, por su parte, contribuir al logro de la intención de Vuestra Majestad asiente, y si fuere necesario para la mayor autoridad validación y firmeza, aprueba y confirma la renuncia que Vuestra Majestad se ha servido hacer... Con la circunstancia de haberse de ejecutar la misma renuncia por los príncipes de aquella real familia, y sus descendientes, a esta Corona y asimismo *la exclusión perpetua de la Casa de Austria a los dominios de esta Monarquía*... Y para asegurar y establecer la firmeza de estos tratados se obligan estos reinos, con todo su poder y fuerzas, a hacer mantener la resolución de Vuestra Majestad, sacrificando en su servicio hasta la última gota de sangre y ofreciendo a Vuestra Majestad vidas y haciendas...

Suplicamos a Vuestra Majestad se sirva mandar que, derogando todas las leyes que se hallaren en contrario, se establezca por ley fundamental así las renunciaciones referidas como *la exclusión perpetua de la Casa de Austria* y la sucesión de la Casa de Saboya".

⁴⁹ AGS, Estado, leg. 6820.

Como puede verse las Cortes aceptan tanto la renuncia de Felipe V a la corona francesa como que, en el caso de falta sucesores directos, sea la casa de Saboya la que se haga con la monarquía española. Pero pone dos condiciones. Que la casa de Saboya no pueda en ningún caso renunciar a este derecho, *porque es la razón de su permanencia lo que motiva admitirlo* y una segunda condición de mucho más calado: *la Casa de Austria debe ser excluida a perpetuidad de cualquier posibilidad de conseguir la corona de España*. Esta segunda condición no era tan fácil de cumplir porque, según en qué circunstancias, el ordenamiento legal español relativo a la sucesión podía hacer recaer la Monarquía en un miembro de esta Casa. La única solución que cabía era imponer en España la ley sálica pero eso traía complicaciones al ser una medida en exceso radical por alejada de la tradición española. Bacallar cuenta la solución intermedia que toma Felipe V:

"Derogar la ley de que entrasen a la sucesión de la Corona hembras, aunque tuviesen mejor grado, proponiendo (antes que a ellas) a los varones de línea transversal descendientes del Rey... Pero esto parecía duro a muchos, más satisfechos de lo inveterado de la costumbre que de lo justo; y más cuando se había de derogar una ley que era fundamental, por donde había entrado la Casa de Borbón a la sucesión de los reinos... La Reina, por amor a sus hijos, estaba empeñada en hacer esta nueva ley y como no la admitirían los reinos, ni sería válida sin su consentimiento si no la aprobaba el Consejo de Estado, se encargó la Reina de manejar este negocio... se junto por orden del Rey (el Consejo) y se votó sobre un establecimiento de sucesión... Fueron estos votos uniformes según la mente del Rey, pero consultándolo también con el Consejo Real, hubo tanta variedad de pareceres, los más equívocos y oscuros, que al fin nada concluían... Era aquella consulta un seminario de pleitos y guerras civiles por lo que ni don Francisco Ronquillo ni gran parte de los consejeros sentían a bien el mudar la forma de sucesión... Indignado el rey Felipe de la opinión de los Consejeros de Castilla mando se quemase el original de la consulta del Consejo Real... y que cada consejero diese su voto por escrito aparte enviándolo sellado al Rey. Se ejecutó en esta forma y con consentimiento de todas las ciudades en Cortes, del cuerpo de la nobleza y de los eclesiásticos se estableció así la sucesión de la Monarquía".

Poco hacía pensar que esta imposición de las Cortes de apartar de la corona de España a la casa de Austria, ni solicitada ni necesaria y tan rebuscada que ni siquiera los juristas de Oxford habían pensado en ello, iba a culminar en una ley que desencadenará, en el siglo siguiente, nada menos que las guerras carlistas.

Por su parte los duques de Orleans y Berry hicieron también su renuncia, el 19 y el 24 de noviembre respectivamente, consintiendo en que, de faltar descendientes directos a Felipe V, la corona de España pasara al duque de Saboya. La renuncia la hacían por ellos y sus sucesores y la habían tomado por "su pura, libre y franca voluntad". El texto tenía la habitual y larga casuística llena de cautelas y, cosa curiosa, ratificaba las renunciaciones que las reinas Doña Ana y doña María Teresa de Austria hicieron y todas las cláusulas que los reyes Felipe III y Felipe IV insertaron en sus testamentos⁵⁰.

Ambas renunciaciones fueron registradas por las cortes españolas sin ninguna dificultad, a finales de diciembre de 1712, porque las sesiones habían sido prolongadas hasta el 30 de junio del año siguiente, no sólo por la necesidad de hacer registrar dichas renunciaciones y

⁵⁰ Baudrillart, pp. 514 a 516.

aprobar la nueva ley de sucesión de España (lo que tuvo lugar el 10 de mayo de 1713), sino en previsión de que hubiera algún problema que inquietara a Inglaterra y fuera preciso repetir alguno de los actos celebrados.

Antes se ha visto que la ratificación en Francia de las renunciaciones de los duques de Berry y Orleans había sido motivo de polémica entre Bolingbroke, que pretendía que fuera hecha ante los *etats*, y Luis XIV que insistía, por mayor garantía, en su publicación por los parlamentos del reino. Ciertamente por aquella época la soberanía en Francia residía de hecho sólo en la persona del Rey por lo que lo único que se conseguía con ello era dar al acto una solemnidad "que aumentara a los ojos de todos la autoridad del acto sin que constituyera, sin embargo, la verdadera fuente de su validez"⁵¹.

Mientras se discutía sobre esto surgió una complicación cuyo autor intelectual y motor fue el duque de Saint Simon. Quería revalidar una tradición que venía de 1328, cuando Felipe de Valois fue proclamado Rey, según la cual el poder legislativo y político había residido en los duques y pares reunidos en asamblea. Pero si los *etats* habían caído en desuso, mucho antes lo habían hecho estas asambleas pero ello no obstaba para que Saint Simon persiguiera tenazmente esta idea. Habló con el resto de los duques (Noailles, Beauvilliers etc.) y lanzó una propuesta a Luis XIV insistiendo en que esta asamblea sería mucho más adecuada para recibir las renunciaciones porque, según afirmaba, tal como se habían dispuesto las cosas, la hecha por el Rey Católico no tendría ninguna validez en Francia mientras que la de los duques franceses ante las Cortes sería irrevocable por estar de acuerdo con el ordenamiento jurídico español. La postura de Luis XIV al respecto fue irreductible y aunque Saint Simon peleó cuanto pudo, incluso pretendiendo que ambos duques, a espaldas del Cristianísimo, forzaran a los ingleses a que asumieran sus teorías, al final hubo de abandonar su quimérica idea.

Es el propio Saint Simon, testigo privilegiado de los hechos, quien nos da la más amplia versión de la ceremonia⁵², tal vez algo despectiva a causa de que las cosas se iban a hacer de manera distinta a la que él preconizaba. El miércoles, 15 de marzo de 1713, a las seis y media de la mañana se pusieron en marcha los séquitos de los duques de Berry y Orleans. El primero iba callado, inquieto por el discurso que debía pronunciar, mientras el segundo no cesaba de relatar recuerdos divertidos de juventud y sus correrías a pie por las noches de París. Se llegó así a la Sainte Chapelle donde se oyó misa. Después se dirigieron a la Cámara del Parlamento de París, que estaba ya llena con los pares del reino, los príncipes de sangre y los parlamentarios⁵³. También estaban lord Shrewsbury y el duque de Osuna con sus respectivos séquitos. El presidente del Parlamento se dirigió al duque de Berry para que, según lo previsto, abriera el acto pero éste no fue capaz de articular palabra limitándose a balbucear varias veces *Monsieur* y a "enrojecer como el fuego" al verse bloqueado e incapaz de recordar ni una palabra del discurso que le habían preparado.

Superado el incidente el abogado real, Joly de Fleury, procedió a la lectura de unas cartas patentes que aprobaban la renuncia de Felipe V al trono de Francia y en las que se

⁵¹ Ibid. p. 519.

⁵² *Memoires du Duc de Saint Simon*, París, 1879. Tomo IX, pp. 451 a 467.

⁵³ Siete pares eclesiásticos, siete arzobispos y treinta y siete duques.

explicaba que Luis XIV, dividido entre "el peso de las leyes fundamentales de su reino y el amor a sus súbditos fatigados de tan larga guerra", había intentado convencer a su nieto para que aceptara renunciar al trono de España y admitir la propuesta hecha por Inglaterra, pero que todo había sido inútil. Confesaba el Cristianísimo cuánto le agobiaba el temor a "violiar por vez primera una ley a la cual Francia debía numerosos Reyes y la más larga monarquía de las que en el mundo existían... pero la salud de su pueblo le era más querida que los derechos del Rey su nieto"⁵⁴. A continuación se leyeron otras cartas patentes de Luis XIV, aboliendo las que él mismo promulgara en 1700, en las que se justificaba esta decisión por las exigencias de la reina de Inglaterra para alcanzar la paz y por la decisión de Felipe V de no aceptar ninguna alternativa que le dejara fuera del trono de España. Tras ello se procedió a leer las actas de renuncia de los duques de Berry y Orleans terminado lo cual se interrumpió la sesión para abrir otra, mucho más solemne y protocolaria, donde se publicaron y registraron oficialmente las cartas patentes leídas en la sesión anterior.

Resta hacer un comentario sobre la validez de estas renunciaciones. Al acabar el acto la opinión de muchos de los asistentes era que la hecha por el Rey Católico no valía para nada y que, llegado el caso, Felipe V sería rey de Francia. Félix Cornejo se ocupó de informar a Madrid de todo ello. Cabe también recordar que los propios whigs estaban convencidos de que, si bien era válida la renuncia para la persona que la hacía, no lo era en absoluto para sus descendientes. Afirma Giraud⁵⁵:

"Los príncipes firmantes ni tenían ni título ni legitimidad para cortar a sus descendientes los derechos de sucesión que ellos mismos no habían recibido de sus antepasados más que con un encargo de transmisión forzada a sus sucesores, conforme a las prescripciones fijadas por las leyes del país... Es incontestable que en las monarquías modernas no pertenece a ningún soberano transmitir la sucesión de la corona a uno de sus otros hijos en detrimento del primogénito; *a fortiori* es evidente que, menos aún, podría excluirlos, juntos y en masa, personalmente y a perpetuidad, de sus eventuales derechos a la sucesión de la corona... Hay principios inmutables sobre los cuales ha habido unánime asentimiento durante todos los siglos. Sólo se puede renunciar a aquellas cosas que están a nuestra disposición en un determinado momento pero ninguno tiene el derecho, ni felizmente el poder, de poner a sus herederos en estado de incapacidad total e imprimir así un carácter de muerte civil a una serie indefinida de generaciones. Cláusulas tan exorbitantes son forzosamente relegadas en el dominio de las cláusulas de estilo que jamás han sido tenidas por obligatorias en el derecho común de los pueblos civilizados de Europa".

Estas teorías, que recuerdan a las esgrimidas por el autor del *Traité des droits de la Reine*, fueron publicadas a mitad del siglo XIX, más de 200 años después de que se produjeran las renunciaciones de las infantas Ana y María Teresa, por lo cual, en mi opinión, y a pesar de prestigio de Giraud como jurista, creo que incurre en error al considerar, asimilada por él la revolución mental que produjo la Ilustración, que cuando tuvieron lugar tales renunciaciones, y la de Felipe V, pudieran interpretarse por toda Europa en el contexto de la época como cláusulas de estilo.

⁵⁴ Baudrillart, pp. 526 y 527.

⁵⁵ Giraud, op. cit., pp. 127 a 139.

Sin embargo el duque de Shrewsbury advirtió de algunos defectos formales en las renunciaciones tales como la falta de un juramento solemne, como el que había hecho Felipe V de rodillas y ante los evangelios. El duque advirtió de ello a Bolingbroke pero éste le quitó importancia al asunto: “Sin embargo os confesaré, milord, que en la omisión de la solemnidad del juramento hay algo que no me satisface. De la misma opinión es la Reina y si no tengo orden ninguna que daros respecto a esto consiste, a lo que creo, en que están las cosas tan adelantadas ya que no es posible pararse en esta circunstancia”⁵⁶. También lord Lexington, que cuando llegó a Madrid la documentación correspondiente había pedido a Grimaldo que se la dejara leer, tuvo un disgusto grande porque, a su juicio, se habían producido irregularidades. El Delfín no había comparecido en ninguna de las dos renunciaciones, ni tampoco lord Shrewsbury (aunque luego asistió al acto del Parlamento), se había producido en los documentos una confusión de fechas etc. Protestó por todo ello a Felipe V y éste le contestó con displicencia que todo se había hecho de acuerdo con las leyes de Francia y que si no asistió el representante de Inglaterra fue porque aún no había llegado a Francia⁵⁷. Pero era el último trámite que faltaba para que Francia e Inglaterra firmaran el tratado de paz por lo que, una vez superado, la firma tuvo lugar en Utrecht el 11 de abril de 1713⁵⁸.

Después de las renunciaciones, Lexington, cumplido ya su principal compromiso, prosiguió sus negociaciones intentando clarificar y completar, en paralelo con lo que hacía Monteleón en Londres, los puntos solicitados por los ingleses como concesiones para la paz de forma que pudieran plasmarse en un tratado preliminar. Simultáneamente va a negociarse en Madrid el tratado de los negros firmándose ambos en días sucesivos del mes de marzo de 1713. También se va a firmar este mismo mes el tratado de evacuación de Cataluña, negociado teóricamente en Utrecht aunque realmente fue un interminable intercambio de cartas entre las cortes de Viena, Londres y París. De estos tres tratados es de lo que habla el capítulo siguiente.

⁵⁶ Bolingbroke a lord Shrewsbury. En Coxe, op. cit., tomo II, p. 90 :

⁵⁷ AGS, Estado, leg. 6820, *Ley*.

⁵⁸ Francia firmó el mismo día la paz con los Estados Generales, Prusia, Portugal y Saboya

CAPÍTULO 16. LOS TRATADOS DE MARZO DE 1713.

16.1 EL TRATADO DE EVACUACIÓN DE CATALUÑA

La situación del ejército aliado en Cataluña, que era delicada desde las Restraining Orders, se agravó mucho a partir del armisticio. El ejército inglés continuaba en el Principado pero "ya no era un cuerpo auxiliar sino un cuerpo enemigo al que se debía vigilar cautelosamente por Starhemberg, que lo hecho en Flandes podía repetirse aquí y con agravantes"¹. El ejército austriaco, de unos 20.000 hombres, quedó prácticamente aislado del exterior al desaparecer el apoyo naval que prestaba Inglaterra. El Emperador, desde el fracasado intento del príncipe Eugenio en Londres por reactivar la Gran Alianza, había dado casi como irremediable la pérdida del resto de España y de las Indias y propuso a la reina Ana, por medio de su embajador Hoffman, las condiciones en las que se uniría al proyecto de paz de Inglaterra. Tales condiciones pedían la entrega de todo lo que constituía la antigua Corona de Aragón, incluido el Rosellón, y además Sicilia. Sanpere, muy crítico con la actuación tan ambigua, incluso desleal, que va a tener el Emperador en todo este proceso dice: "No hacía ciertamente esa petición Carlos por amor a las libertades del reino de Aragón sino por vanidad, por una vanidad tan femenina que si hay que buscar responsables de la catástrofe final será preciso irlos a encontrar en esa vanidad que engendró el funesto equívoco que mantuvo a catalanes y mallorquines unidos a Carlos hasta el postrer momento"².

Como las anteriores peticiones, que resultaban imposibles de atender por intempestivas, fueron rechazadas por el gobierno inglés, Hoffman presentó, el 2 de noviembre de 1712, un ultimátum con unas nuevas condiciones que, de ser aceptadas, harían que el Emperador estuviera "presto a convenir la paz pero quedando formalmente resuelto, de lo contrario, en no deponer las armas y dejar que todo vaya hasta sus mayores rigores"³. Las peticiones comenzaban exigiendo que "en primer lugar Cataluña fuera erigida en República libre, bajo la garantía y protección de todos los aliados y principalmente de Su Majestad Británica. En segundo lugar reclamaban la cesión de Cerdeña, costa de Toscana, Nápoles, Milán y Mantua"⁴. Además, como Sicilia no podía estar separada de Nápoles, pedía su entrega así como Estrasburgo y la consabida barrera en el Rhin.

El 10 de noviembre le contestaba Bolingbroke en los términos siguientes:

"En cuanto a la proposición de erigir el Principado de Cataluña en República, para no emplear otra expresión, no me parece muy práctico; no dejarían de ser sus consecuencias guerras perpetuas y ese valiente pueblo, por el cual siente Su Majestad Imperial tanta bondad, sería su víctima y su país teatro de continuas guerras. La Reina cree que los catalanes encontrarían mejor su seguridad mediante una amnistía general, con restitución de bienes y honores ya prometidos..."

¹ Sanpere y Miquel, op. cit., p.3.

² Ibid., p. 6.

³ Ibid.

⁴ Castellví, tomo III, pp. 474 a 476.

La carta de Bolingbroke añadía un ofrecimiento importante:

"Estando concluida la suspensión de armas entre Gran Bretaña, Francia y España, esperándose oír lo mismo de Portugal y que la escuadra holandesa ha recibido órdenes de retirarse del Mediterráneo, ha creído la Reina, como aliada fiel y amiga, hacer recuerdo a Su Majestad Cesárea de la situación en que se hallan la Emperatriz y el ejército de Cataluña y proponerle tomar con tiempo las medidas necesarias para la seguridad de una y de otro... y como parece que el Emperador no piensa todavía en el remedio proporcionado al mal, no puede dispensarse la Reina de servirse de esta ocasión para renovarle su oferta de contribuir a que se retiren de aquel país así la Emperatriz como las tropas"⁵.

Esta oferta tenía como contrapartida el neutralizar Italia previamente a la evacuación. Bolingbroke temía, y no sin razón, que los 20.000 hombres del ejército austriaco llegados de Cataluña a Italia se dedicaran a la conquista de los pequeños estados del norte, que se habían mantenido neutrales durante la guerra, y que, incluso, intentaran conquistar Sicilia ya comprometida con el duque de Saboya⁶.

El mismo día 10 de noviembre el duque de Argyll, general en jefe de las tropas inglesas en España, escribió a Starhemberg diciéndole que "pareciéndole insuperables las dificultades que tendría que contrarrestar el Emperador para sostener la guerra de Cataluña en las presentes circunstancias, como asimismo que no habría de serle posible retirar sus tropas por falta de escuadra, creía no le sería desagradable saber que estaba tomando las medidas para que la armada británica diera escolta a la Emperatriz caso de que pensara retirarse"⁷. Starhemberg, desconcertado, no tuvo mejor ocurrencia que contestar diciendo que no entendía la propuesta que se le hacía.

Cuando Carlos VI recibió la carta de Bolingbroke en la que, después de no aceptar su ultimátum, aconsejaba la evacuación de Cataluña, reunió a su Consejo para decidir qué se hacía pero no quiso tomar determinación alguna hasta oír a Eugenio de Saboya, cuya llegada a Viena estaba prevista unos días después, el 9 de diciembre. La opinión de este príncipe, y la de la mayoría del Consejo Imperial, fue favorable a la evacuación y el Emperador tomó decisión en tal sentido ordenando se informara de ello a Starhemberg, como se hizo por carta del 14 de diciembre:

"No queriendo los holandeses contribuir a la guerra de España es imposible mantenerse aquí por no ser dable que por sí, sin flota ni medios proporcionados, pueda contraerse el nuevo empeño de la continuación de la guerra... Repite Su Majestad Imperial la orden de que se vaya

⁵ Ibid., pp. 476 y 477.

⁶ Así lo había confesado Bolingbroke a Monteleón a poco de la llegada de ésta a Londres. AGS, Estado, leg. 6820. Monteleón a Grimaldo, 24 de diciembre de 1712.

⁷ El duque de Argyll pasó por París a mediados de octubre y se entrevistó con el marqués de Torcy. Éste le contó después a Osuna que tenía órdenes para invitar a Starhemberg a que evacuara sus tropas al igual que él estaba terminando de hacer con las de Inglaterra. AHN, Estado, leg. 3379/1, Osuna a Grimaldo, 23 de octubre de 1712.

disponiendo el país de manera que no se haga extraña, por nueva e impensada, la noticia, cuando llegue, de la salida de la Emperatriz, nuestra Ama, y de sus tropas”⁸.

Según Sanpere es probable que Carlos VI, antes incluso de diciembre, ya hubiera planteado a Starhemberg la posibilidad de la evacuación y recibido de éste una opinión negativa. En cualquier caso el ambiente en Cataluña era de desánimo general pues se pensaba que, al igual que ingleses y portugueses habían abandonado la guerra⁹, cualquier día los alemanes harían lo propio dejándolos inermes ante los ejércitos borbónicos. El Emperador, siendo consciente de este desánimo y en un acto que ha sido acerbamente criticado, hizo llegar una carta al Concejo de Ciento dando falsas esperanzas y diciendo que "antes de consentir queden (los catalanes) en otra dominación dejaré por ellos expuestos todos mis intereses y aún (aunque sea una de mis mejores joyas) dejaré el cuerpo de mis tropas para que si Dios permitiese se pierda Cataluña, se pierdan antes mis tropas en su defensa para que vea todo el mundo que yo he hecho, y aún arriesgado, el todo para salvar a tan fieles vasallos"¹⁰.

El 7 de enero de 1713 presentó Sinzendorf en Utrecht a los plenipotenciarios ingleses las bases de lo que podría ser el tratado de evacuación de Cataluña. Strafford las envió de inmediato a Londres y allí Bolingbroke entregó una copia a Monteleón y éste, por carta de fecha 19 de enero, las remitió a Grimaldo poniendo al margen las observaciones que había hecho gobierno inglés. Se trata de un documento¹¹ redactado en francés que consta de dieciocho cláusulas cuyo resumen puede ser como sigue:

Primero. Partiendo de un armisticio que duraría hasta que terminara totalmente el embarque de tropas se procederá a la evacuación de la Emperatriz, su corte, las personas que deseen salir del Principado y las tropas austriacas con su impedimenta y armamento, y todo ello sin ser perturbados por Francia y sus aliados. A tal efecto, y con objeto de que el transporte se haga lo más rápidamente posible, la Reina dispondrá un convoy lo bastante grande para ello.

Segundo. Nadie podrá ser retenido en Cataluña por deudas. No obstante se adoptaran medidas y garantías suficientes para asegurar los derechos de los acreedores.

Tercero. Los enfermos y heridos podrán permanecer en el Principado hasta que se encuentren restablecidos. Los prisioneros de guerra de ambos bandos serán intercambiados.

Cuarto. Los detalles de la evacuación y del transporte serán decididos posteriormente, de común acuerdo entre los generales y almirantes de las partes en litigio.

⁸ Sanpere, op. cit., p. 10. Marqués de Rialp a Starhemberg, 12 de enero de 1713. Ramón Vilana Perlas fue nombrado marqués de Rialp en 1710. En el momento en que escribió esta carta era el Secretario de Estado de la Emperatriz.

⁹ El conde de Assumar, embajador de Portugal en Barcelona, recibió la orden de evacuación el 1 de diciembre y el Consejo de Estado, reunido por orden de la Emperatriz, decidió después de bastantes dudas comunicarlo a los comunes pero pidiéndoles la máxima discreción para no soliviantar al pueblo..

¹⁰ Sanpere, op. cit., p. 12.

¹¹ AGS, Estado, leg. 8128. Documento anejo a la carta de Monteleón a Grimaldo de 19 de enero de 1713.

Quinto. "La provincia de Cataluña gozará de sus antiguos privilegios". Hay una nota al margen, que según Monteleón reflejaba la opinión inglesa, que dice "se acuerda el perdón a los catalanes a petición de Su Majestad Británica".

Sexto. Habrá una amnistía general para los españoles y catalanes que han seguido al Emperador. Podrán, si lo desean, volver a sus casas y recuperar sus bienes y derechos en el caso de que hubieran sido confiscados. Tendrán toda libertad para vender sus bienes y podrán llevárselos al lugar que deseen y los nobles que sigan a Su Majestad Imperial no estarán obligados a pagar el subsidio llamado *Las Lanzas*.

Séptimo. Los nombramientos y beneficios eclesiásticos y seculares otorgados por el Emperador, así como las pensiones correspondientes, mantendrán su vigencia.

Octavo. "Cuando el Emperador evacue Cataluña, Francia y sus aliados retirarán simultáneamente sus tropas de Italia, singularmente de las costas y la islas de Toscana. Y para asegurar la tranquilidad de Italia, Su Majestad Imperial retirará de este país todas aquellas tropas que no sean necesarias para la defensa de sus plazas. Francia y sus aliados no importunarán al Emperador en Italia, ni por mar ni por tierra, y éste tampoco empleará las fuerzas que tiene en Italia contra Francia y sus aliados".

Cuando Felipe V recibe, enviadas por su abuelo, las bases de este tratado, pese a que no iba a firmarlo puesto que el Emperador se negaba incluso a mencionar en el texto el nombre de España sustituyéndolo por el eufemismo de *las partes guerreantes*, hizo sus observaciones ya que era evidente que la evacuación de Cataluña no podía hacerse, en condiciones razonables, sin contar con su aquiescencia expresa aunque tuviera que ser indirecta. Las condiciones que pone, tras dar su aprobación a la evacuación y a la simultánea suspensión de armas, son las siguientes¹²:

a) Marca el plazo de un mes para la evacuación y establece que la situación y movimientos de las tropas alemanas durante ese tiempo deberá ser acordada con unos comisarios que nombrará para ello. Los suministros que necesiten dichas tropas se harán a precios normales.

b) Permite la salida de cuantos quieran marcharse, con sus bienes, enseres, etc. No obstante el ejército austriaco deberá dejar los cañones y morteros arrebatados en acciones de guerra y que en tiempo anterior hubieran pertenecido a Francia o España.

c) El plazo de un mes es inamovible. Si la flota que la reina de Inglaterra disponga para el transporte no fuera suficiente el Archiduque deberá fletar otros navíos a su costa.

d) No pone inconvenientes al asunto de las deudas, ni a lo referente a heridos, enfermos o prisioneros de guerra. Sin embargo insiste en que la logística de la operación, que deben dirigir generales y almirantes, deberá contar con los comisarios que él nombre a estos efectos.

¹² AGS, Estado, leg. 8128. Notas adjuntas a la carta de Grimaldo a Monteleón de 30 de enero de 1713.

e) Sobre el tema de los catalanes está dispuesto a conceder la amnistía y a otorgarles su perdón pero, en manera alguna, les devolverá sus fueros. En cualquier caso lo que se vaya a hacer con los catalanes que quieran volver a España, o los que se queden fuera, con sus bienes, herencias, capacidad de enajenar etc. será regulado en Utrecht por los plenipotenciarios.

f) Las dignidades, oficios, títulos, pensiones etc. que hubiera concedido el Archiduque no serán admitidas por el Rey Católico.

g) Sobre la neutralización de Italia dice que sus detalles deben tratarse en Utrecht.

El anterior documento, en el que Felipe V hace las observaciones al proyecto de evacuación de Sinzendorf, fue enviado por Grimaldo a Monteleón con instrucciones precisas para que lo hiciese llegar al gabinete inglés. Monteleón tiene largas conferencias con Bolingbroke y con Harley, que no quedan nada conformes con las respuestas del Rey de España. El plazo fijado para la evacuación les parece de imposible cumplimiento, otras de las limitaciones que se pretenden van contra los compromisos contraídos por la Reina o retrasarían sobremanera la evacuación¹³. Monteleón admite cierta flexibilidad, al menos de momento, en algunas cuestiones aunque deja fuera de discusión lo perjudicial que sería devolver sus privilegios a los catalanes "porque podrían por su genio volver fácilmente a la rebelión"¹⁴. Y así la postura firme de Felipe V sobre los fueros de los catalanes, unida a la no menos inamovible que mantenía el Archiduque para quien este punto era condición primera e innegociable para acordar la evacuación, va a desatar un cúmulo de presiones sobre el Rey Católico.

La primera consecuencia fue que Dartmouth y Bolingbroke tensionaron a Lexington para que intentara, por todos los medios, que el Rey de España modificara su postura. Por supuesto, y como más adelante podremos ver, las presiones sobre Monteleón no van a ser menores.

En una carta, fechada el 30 de enero de 1713, dirigida al duque Schewsbury que había sido nombrado embajador de Inglaterra en París, Lexington, después de felicitarle por su nombramiento, cuenta el infructuoso resultado de sus gestiones¹⁵. Tras recibir por correo las minutas de lo que se estaba acordando en Utrecht sobre la evacuación, consigue una audiencia con el Rey en la que, después de informarle de la marcha de estas conversaciones, hace cuanto puede por hacerle cambiar de opinión sobre el tema catalán aunque nada consigue. Sin desalentarse pide audiencia para el día siguiente, y se la niegan, pero tiene la fortuna de encontrarse, en un acto cortesano, con la real pareja: "El Rey y la Reina, hablándome los dos a un tiempo con un calor que nunca hubiera creído le dijeron: Señor de Lexington, por todo cuanto afecta a los intereses de la Reina, vuestra Ama y de la nación inglesa, podéis estar seguros de encontrar todas las facilidades justas y razonables; pero en cuanto a esos canallas, esos pillos, el Rey no les concederá jamás sus privilegios, pues no sería Rey si lo hiciera, y nosotros esperamos que la Reina no querrá exigírnos tal

¹³ AGS, Estado, leg 6822. Monteleón a Grimaldo, 1 de marzo de 1713.

¹⁴ AGS, Estado, leg. 8128. Monteleón a Grimaldo, 30 de enero de 1713.

¹⁵ Lexington a Schewsbury, 30 de enero de 1713. Tomada de Sanpere, op. cit. p. 25.

cosa pues entendemos haber hecho ya demasiado con concederles sus bienes y sus vidas y todo en consideración a la Reina vuestra Ama”.

Lexington, defraudado, habla con el marqués de Bedmar explicando que la actitud de Felipe V iba a retardar la paz por lo cual creía su obligación continuar insistiendo. Bedmar le contestó: “cumplid vuestro deber como ministro pero no esperéis otra respuesta”.

Días después va a recibir, a través del embajador de Portugal, una carta de Starhemberg escrita por orden del Emperador en un intento de conseguir directamente en España lo que parecía difícil de obtener en Utrecht. En ella el mariscal indica que está dispuesto a negociar con el gobierno de Felipe V sobre la evacuación pero siempre partiendo del principio de mantener los privilegios a los catalanes. Pide Lexington nueva audiencia al Rey para informarle del encargo que ha recibido y lo encuentra igual de firme en su resolución de no ceder ni un ápice sobre este asunto. Desesperado, en su contestación al embajador de Portugal, le dice “que él no sabe lo que hacer, a menos que se busque un término medio entre los privilegios, *por demás excesivos*, de los catalanes y una justa libertad”¹⁶.

Lexington envía dos despachos a Dartmouth, el 6 y el 9 de febrero contando estos sucesos y explicando que la postura del Rey sigue siendo inamovible y que, ya con cierto enfado hacia el embajador, le había dicho: “Caballero, nosotros sabemos que la paz también os es tan necesaria como a nosotros y que no iréis a romperla por una bagatela”¹⁷. Dartmouth se enfurece y por carta, el 17 de febrero, le dice a Lexington que siga insistiendo y que “si el Rey o la Reina hablan a Vuestra Excelencia, otra vez más, en el lenguaje que lo han hecho, según vuestra última, entendiendo ser una bagatela los privilegios de los catalanes y que la paz es tan necesaria para Gran Bretaña como para España, Vuestra Excelencia les asegurará que Su Majestad Británica, en lo que concierne a aquel pueblo y sus deseos de paz, está dispuesta a hacer todo cuanto sea necesario para obtenerlo en cuanto lo consientan su honor y la justicia”¹⁸.

Pero Dartmouth y Bolingbroke no presionaban sólo en Madrid y Londres. Su embajador en París, el duque Schewsbury, recibió instrucciones para intentar conseguir el apoyo de Francia. Habla con Torcy pero sin ningún resultado ya que la opinión de este ministro sobre los privilegios catalanes coincidía con la de Felipe V. Pero Bolingbroke no perdía la esperanza y en carta a sus plenipotenciarios en Utrecht les decía: “la Reina bajo ningún motivo abandonará la demanda sobre los privilegios y estoy seguro que, a pesar de la obstinación de los ministros españoles y franceses, ganaremos esta concesión”¹⁹. Y realmente algo consiguió ya que Torcy, preocupado por los retrasos que este problema estaba originando en la negociación de la evacuación de Cataluña, cambió de criterio y así lo va a comunicar a Bonnac para que éste intente, bien que inútilmente, convencer al rey de España²⁰.

¹⁶ Sanpere, op. cit., p. 26.

¹⁷ Londres, *Public Record Office- Spain* Vol. 145. Tomada de Sanpere, op. cit., p. 26.

¹⁸ Ibid.

¹⁹ Bolingbroke a plenipotenciarios, 13 de febrero de 1713 (V E). Whitehall. Add. Ms. 22206. En Martín, M. A., op. cit, p. 146.

²⁰ Torcy a Bonnac, 8 de marzo de 1713. Versailles, A.A.E., t. 221. En Martín, M. A, op. cit. p. 147.

Entretanto la situación en Barcelona era muy confusa porque la información -más bien desinformación- que llegaba de Viena y del Emperador lo era también. De entrada no se habló de evacuar las tropas de Cataluña sino sólo a la Emperatriz y a su séquito y esto únicamente cuando ya la escuadra inglesa con el almirante Jennings había llegado a Barcelona. El 24 de febrero, más de un mes después de que el Emperador comunicara su decisión a Starhemberg, se publica un decreto de la Emperatriz en el que se decía que, aunque Carlos VI hubiera deseado mantenerla en Barcelona, por el amor que tenía a los catalanes, poderosas razones de estado, como era el conseguir la esperada y necesaria sucesión, hacían aconsejable que la imperial pareja se reuniera en Viena. Parece ser que al conocerse el decreto hubo tumultos en Barcelona -Castellví pasa en este tema como de puntillas- promovidos por el barón de Claret²¹ y por buena parte del clero regular, argumentando que la mejor garantía que se podía tener para mantener los fueros era la permanencia de Isabel de Brunswick en Barcelona. Sin embargo la idea, o excusa, de "la esperada sucesión hizo su camino, por extraño que parezca, pues pensar en la necesidad de asegurar lo futuro cuando lo presente amenazaba desplomarse, era sobrado peregrino; pero así son los pueblos, siempre dispuestos a pasar por las más incomprensibles paradojas con tal que haya arte en presentarlas"²².

La negociación en Utrecht había llegado a un punto muerto porque Felipe V no admitía razones para la devolución de fueros y privilegios y las presiones de Inglaterra y Francia tampoco daban ningún fruto. Bolingbroke planteó a Monteleón que se hablara en el tratado de la devolución de los *Antiguos Privilegios*, porque esta expresión permitiría al Rey libertad de acción:

“Para que Su Majestad Católica lo pueda interpretar como gustare, y quedar en libertad de hacer lo que quisiere. Su Majestad Británica, para complacer a mis instancias, ha hecho proponer nuevamente esta dependencia en su Consejo, en el cual todos los ministros unánimes han convenido que conviene a la España y a la Inglaterra que el Rey sea dueño de sus vasallos y que no queden, si pudiera ser, cenizas de sedición o rebelión capaces de perturbar la quietud de la Monarquía. La Reina, por su honor, no puede apartarse de la demanda que ha hecho, pero no entiende por ella que Su Majestad, después de las paces, no haga lo que entendiere convenir a su real servicio y que a este fin se contentará (la Reina) con la palabra general *Privilegios Antiguos*”²³.

Finalmente alguien propuso aplazar este tema hasta la Paz General, aunque asegurando que Inglaterra y Francia trabajarían en el ínterin con toda diligencia en apoyo de los catalanes para que no perdieran sus fueros. Monteleón se atribuye la paternidad de la idea cuando escribe a Grimaldo: "En el tratado de evacuación conseguí que se dejase a cargo de Su Majestad Británica el punto sobre los fueros y privilegios, pues de otra forma se cerraba la puerta a la negociación"²⁴. Para Sanpere, sin embargo, la autoría debe atribuirse a Sinzendorf y basa su afirmación, entre otros documentos, en una carta que dirigió el

²¹ Este personaje gozaba de bastante crédito entre la gente del mar y los vecinos de determinadas calles de Barcelona.

²² Sanpere, op. cit., p. 31.

²³ AGS, Estado, leg. 6822. Monteleón a Grimaldo, 1 de marzo de 1713.

²⁴ AGS, Estado, leg. 6822. Monteleón a Grimaldo, 25 y 26 de abril de 1713.

plenipotenciario austriaco al príncipe Eugenio, el 15 de marzo, en la que decía que "la suerte del Santo Imperio Romano no se podía hacer depender de los privilegios de otro país"²⁵. Pero por el contexto de la correspondencia de Monteleón de primeros de marzo parece que la idea fue suya y que la frase de Sinzendorff lo único que hace es establecer una disculpa por su aceptación.

El 3 de marzo Torcy entrega al duque de Osuna²⁶ el borrador definitivo del tratado de evacuación de Cataluña, que finalmente se firma el 14 de marzo, aunque quedó pendiente de ratificación en un plazo máximo de cuatro semanas por los respectivos soberanos. Lo firman el conde de Strafford y el obispo de Bristol por Inglaterra, y Sinzendorf y el barón de Kirchner por el Emperador. El tercer plenipotenciario de Carlos VI, el castellano conde de la Corzana, se negó en redondo a firmar emitiendo un virulento alegato contra la prepotencia y la mala fe del ministerio inglés:

"El tiempo no borrará el sacrificio que se hace de España, y singularmente de la corona de Aragón, y más en particular de Cataluña, a quienes Inglaterra ha dado tantas seguridades de sostenerles y ampararles... Añado a esto que, a más de manchar el honor de la Inglaterra, es en perjuicio de la misma nación, porque aumenta la fuerza de los Borbones quedando aquellos países sin privilegios; y el reservar tratar este punto en la Paz General es un pretexto muy poco válido y una esperanza mal fundada *por el opio del Perú y Potosí que de presente han adormecido al ministerio inglés para sacrificar los intereses de sus aliados y el honor y la propia conveniencia de su patria*"²⁷.

El obispo de Bristol, en su contestación, no se anduvo por las ramas. Retomando los argumentos de *Conduct of the allies* le dijo:

"Inglaterra puede atribuir los perjuicios que vos decís de presente, y los venideros, a la mala conducta y consejo de los ministros españoles que el Emperador ha tenido cerca de sí, porque de los tesoros inmensos que la Inglaterra y sus aliados han empleado en la guerra de España se han seguido pocas ventajas a la causa común, revirtiendo los fondos a otros usos"²⁸.

El objetivo que dice marcarse este tratado es la evacuación del Principado de Cataluña y de las islas de Mallorca e Ibiza y el establecimiento de un armisticio en toda Italia y sus islas adyacentes y en los estados del duque de Saboya. A su conclusión se ha llegado "después de muchas conferencias tenidas entre los ministros plenipotenciarios Su Majestad Cesárea y Católica, los de su majestad Cristianísima y sus aliados y, principalmente, por los cuidados infatigables de los ministros plenipotenciarios de Su Majestad Británica"²⁹. Y aunque el tratado sólo lo firman los plenipotenciarios de Inglaterra y los del Emperador, han intervenido en el proceso los de Francia y *sus aliados*. En todo el documento, de acuerdo con lo impuesto por Carlos VI, no hay referencias explícitas a España sino que se habla del *aliado de Francia* o de la *potencia guerreante*. El Emperador pretendía evitar así que pudiera deducirse que, de alguna manera, la evacuación de Cataluña implicaba la renuncia

²⁵ Sanpere, op. cit., p. 50.

²⁶ AHN, Estado, leg. 3396/1. Osuna a Grimaldo, 3 de marzo de 1713.

²⁷ Sanpere, op. cit., p. 51.

²⁸ Ibid.

²⁹ El tratado puede leerse en AGS, Estado, leg. 8128. *Convención para la evacuación de Cataluña y el armisticio de Italia*.

y abandono de sus derechos sobre España. El tratado tiene un total de catorce artículos de los cuales los diez primeros se refieren a la evacuación propiamente dicha y los dos siguientes a la neutralización de Italia y no contiene demasiadas novedades sobre las bases elaboradas por Sinzendorf y los comentarios del Rey Católico. Se procederá primero a un armisticio en el Principado y se entregará, de forma inmediata, a Felipe V Barcelona o Terragona. La suspensión de armas durará hasta que termine la evacuación de las tropas y de la corte, sin que se establezca plazo para ello, aunque se hace constar que se empleará toda la diligencia posible. Las cláusulas sobre deudas, enfermos, prohibición de transportar la artillería que tenga grabadas las armas de Francia etc. se mantienen en su sentido inicial. Los beneficios eclesiásticos y civiles y las pensiones que pudieran llevar adjuntas, concedidas a quienes han seguido a cualquiera de los dos partidos, son temas que deberán negociarse en el tratado de Paz General.

Son particularmente interesantes los artículos 8 y 9. Por el primero de ellos se dice que tan pronto comience la evacuación se publicará una amnistía general en favor de los habitantes de Cataluña y de las islas, con olvido de lo que haya acontecido durante la guerra: "Todas las injurias, violencias, hostilidades y estragos causados tanto durante la guerra cuanto por su ocasión... serán enteramente olvidados y borrados sin distinción de personas ni cosas". El artículo 9 conviene reproducirlo literalmente:

"Y respecto de que los plenipotenciarios de Su Majestad Cesárea han insistido por conseguir antes de la evacuación que se mantengan los privilegios a los catalanes, y a los súbditos y habitantes de las islas de Mallorca e Ibiza, y que por parte de Francia y sus aliados se ha remitido a la conclusión de la paz próxima este negocio en todas sus partes, Su Majestad Británica ha hecho una reiterada declaración de que empleará sus más eficaces oficios, donde sea necesario, para que en adelante los catalanes y los súbditos y habitantes de dichas islas puedan gozar de sus privilegios, con lo que los referidos plenipotenciarios cesáreos se han aquietado respecto también de que el rey Cristianísimo ha hecho declarar por sus plenipotenciarios que concurrirá al mismo fin".

Esta cláusula 9 va a condicionar sobremanera la postura de la reina Ana en relación al mantenimiento de los privilegios de los catalanes. Ha tenido que asumir una obligación explícita a añadir a la no menos clara, aunque más lejana en el tiempo, que había contraído con el tratado de Génova.

La noticia de la firma del tratado, con una copia del mismo, no llegó a Barcelona hasta el 2 de abril en forma de carta de Sinzendorf a Staremberg que quedó sorprendido porque, después de haber recibido a principios de año poderes para que negociara la evacuación personalmente, de pronto le llegaba la noticia de que, sin su consentimiento y sin contar con su opinión, se había llegado a un acuerdo. Starhemberg, que tenía pavor a las consecuencias que para el orden público podía tener la divulgación de esta información, procuró demorarla cuanto pudo y, según refiere Castellví, las noticias no llegaron sino quince días después, con la copia enviada por el embajador Montnegre a las instituciones catalanas. De todas formas tanto en Utrecht como en Austria, cuando se hizo público el tratado, se dijo que, con mucha probabilidad, Carlos VI no lo ratificaría con lo cual persistían dudas sobre su validez. Y ciertamente costó un trabajo ímprobo el que lo hiciera, pero Eugenio y su Consejo le convencieron de ello, manejando el argumento de que los

20.000 hombres venidos de Barcelona podían ser decisivos a la hora de que el príncipe emprendiera una nueva campaña contra los franceses en el Rhin.

La Emperatriz abandonó Barcelona el día 18 de marzo, con algunos incidentes en los días previos a causa de noticias que se esparcían, posiblemente por eclesiásticos, sobre la aparición de hechos milagrosos que fueron interpretados como si la Divina Providencia estuviera en contra de que dejara Cataluña. "Esparcióse la voz por toda la ciudad que en el semblante de la milagrosa Virgen de la Merced, colocada en el altar mayor de la iglesia, se veía resplandecer una estrella. El pueblo que da crédito con facilidad a semejantes cosas lo tuvo por milagro y presagio de que no se embarcara la Emperatriz"³⁰. La tal estrella resultó ser reverberación de una vidriera, al igual que otra señal semejante aparecida en la imagen de la Virgen del Rosario del convento de los dominicos.

Pese a todo ello la marcha de la Emperatriz se hizo sin el más mínimo disturbio. Una solemne procesión cívica, con los responsables de las instituciones, banderas y estandartes la acompañó hasta el muelle donde la esperaba una chalupa, con el almirante y Jennings al timón, para conducirla hasta su barco. Junto a ella se marcharon muchas personas de la corte y de los tribunales, así como las familias de alguno de los nobles que habían optado por quedarse en Barcelona.

Ratificado el tratado de evacuación por el Emperador y por la reina de Inglaterra hubo de reunirse en Cataluña una comisión con objeto de acordar los detalles operativos. Starhemberg quiso conseguir que esta comisión, formada por el marqués de Ceva Grimaldi y el conde de Koningseck³¹, lograra lo que no se había conseguido en Utrecht: la devolución al Principado de sus fueros y privilegios. Como es lógico se encontraron con una negativa absoluta y, tras varios días de discusiones estériles, el 22 de junio, en Hospitalet, se firmó el convenio³² para acordar la suspensión de armas y algunos detalles de la evacuación. El documento tiene poco interés ya que se limita a fijar el día 1 de julio como comienzo del armisticio, el 15 de julio para la entrega de Barcelona o Tarragona, pero sin determinar aún cuál de ellas, y no da fecha alguna para la evacuación de Mallorca e Ibiza. Hay también convenidos detalles de poca trascendencia sobre las piezas de artillería a embarcar, los pasaportes, los asentamientos transitorios de las tropas etc.

Meses antes de la firma de este convenio, el 7 de enero de 1713, Felipe V había promulgado una amnistía para los habitantes del Principado pero tan llena de recriminaciones por su conducta desleal y sin alusión alguna a los privilegios, que levantó las iras de la población. Insiste este decreto en lo escaso del terreno al que están reducidos y en lo fácil que sería someterlos a la obediencia real por la fuerza pero el Rey, no obstante, se inclina a la clemencia, no sólo porque es sentimiento que un Rey debe a sus súbditos, sino porque, en este caso, la culpabilidad de los catalanes se ve mitigada por haber sido engañados y forzados por los que decían ser sus protectores. Por ello concede:

³⁰ Sanpere, op. cit., p. 37.

³¹ Además de dos observadores enviados por el almirante Jennings, Thomas Swanton y Anthony Wescombe.

³² AGS, Estado, leg. 8128. *Acuerdo y Convención para la ejecución del tratado de evacuación de Cataluña.*

“Perdón y plena amnistía a ciudades, pueblos, municipios, laicos, clérigos... Declarando que ninguno de ellos será molestado en el presente o en el futuro por haber estado implicado en estos conflictos, ni por haber violado la fidelidad que me habían jurado, ni por haber fomentado la rebelión... Serán absueltos y perdonados ahora y por siempre de dichos delitos, no sólo con respecto a castigos corporales sino también a multas y confiscaciones... A condición de que para tener derecho a esta amnistía y perdón general estarán todos obligados, en el curso de dos meses desde la publicación de este documento en Cataluña, a presentarse ante mis generales ante los cuales prestarán juramento de obediencia... Y los que no se sometan en el especificado término de dos meses serán considerados rebeldes y culpables de alta traición”³³.

Como se verá más adelante esta amnistía fue rechazada por los catalanes.

16.2. LOS PRELIMINARES DE MADRID

Como se ha dicho, Lexington, antes de reconocer a Felipe V como rey de España, debía asegurarse de que éste aceptaba las cesiones y compromisos pactados en la convención Mesnager. Conseguida, si no la plena aceptación al menos una conformidad suficiente, y realizada sin objeciones la renuncia del Rey Católico al trono de Francia, quedaba al embajador inglés, aparte de los temas comerciales de los que nos ocuparemos en el apartado siguiente, la discusión de algunas cuestiones de menos entidad que habían quedado pendientes y de los nuevos asuntos, algunos sin duda relevantes, que Bedmar había puesto sobre la mesa.

Ciertamente esta fase de la negociación del tratado de paz entre España e Inglaterra hay que considerarla como atípica, por la simultaneidad de conversaciones en Madrid y Londres y por la ausencia inicial de poderes de Lexington. Sin embargo hay que aclarar que, en un proceso que duró cinco meses, el embajador va a tener ocasión de recibir muchas órdenes e instrucciones desde Inglaterra³⁴ que le van a permitir disponer de alguna libertad. Por otra parte lo habitual es que en unos preliminares se negocien sólo las líneas maestras de la paz y que éstas queden rígidamente establecidas y, a partir de ahí, en una segunda fase, discutir detalles y temas menores hasta concluir el acuerdo. No va a ser este el caso de los Preliminares de Madrid porque en algunos temas importantes se va a producir un desacuerdo que se dejará patente por escrito, en tanto que otros asuntos de menos relieve van a quedar fijados con todo detalle.

Lexington había informado Dartmouth³⁵ de la respuesta de Felipe V a los once puntos contenidos en sus instrucciones y de los temas nuevos surgidos en su negociación con Bedmar y había recibido instrucciones sobre todo ello. Sobre la renuncia a la corona española, que por cuestión de simetría se pide a la Casa de Austria, los ingleses dicen que

³³ *La deplorable Història dels catalans*. Anónimo, Londres, 1714. Edición facsímil a cargo de Michael B. Strubell. Barcelona, 1991, pp. 211 a 217.

³⁴ Desde que se planteaba una pregunta a Londres hasta que llegaba la respuesta el lapso de tiempo requerido rondaba el mes.

³⁵ A pesar de que Dartmouth no tenía la capacidad de decisión y frecuentemente incurría en errores o salidas de tono Lexington siempre va a escribirle respetando estrictamente la línea jerárquica.

"no se considera necesaria ni decorosa" porque las potencias firmantes de la paz serán garantes de que no se produzca inconveniente alguno por esta causa porque "destruirán cualquier supuesto derecho que se pretenda pero que, por el contrario, esta demanda serviría quizá de pretexto al Archiduque para dificultar el tratado de Paz General"³⁶. Monteleón, enterado del problema, sugiere a Grimaldo aplazar este asunto hasta que en la negociación de la Paz General el Emperador pida la cesión de Flandes, Nápoles y Milán. En tal momento es cuando debe exigirse una renuncia similar a la que ha hecho Felipe V, y si no renunciara, tampoco sería cosa grave por cuanto "más fácil es que el Rey nuestro Señor vuelva a sus incontrastables derechos recuperando todos esos estados que no que el Archiduque pueda hacer guerra en España"³⁷.

En las conversaciones de Bedmar con Lexington van surgir dos temas importantes, ambos relacionados con la religión. Se trata, por una parte, de las prevenciones que se deben adoptar para salvaguardar la religión católica en Menorca y Gibraltar cuando pasen a dominio inglés, y por otra, de la prohibición que pretende España de excluir a moros y judíos como posibles habitantes de ambos territorios. Un tercer asunto que va a ser motivo de controversia es la cesión de Sicilia a la Casa de Saboya cuya sucesión se exige que se verifique sólo por línea masculina, revertiendo este reino a España, caso de agotarse esta línea. Se pretende también, aunque con menor énfasis, que Sicilia se convierta en feudo de España a lo cual se niegan los ingleses argumentando que la Reina ha ofrecido esta cesión sin condición alguna.

Otro de los grandes puntos pendientes desde la primera conversación entre Bedmar y Lexington es el compromiso que debe asumir Inglaterra de que en ninguna negociación futura con cualquiera de las potencias afectadas en el proceso de paz, se produzcan desmembramientos adicionales de la Monarquía. Esta condición es fundamental para España, hasta el punto de afirmar que sin ella no firmará ningún tratado estando incluso dispuesta, si no se lograra, a volver a la guerra. Los ingleses argumentan que "la Reina por su honor no puede hacer declaración alguna contra los tratados hechos con sus aliados, aunque su ánimo es, y será, que el Rey conserve todo el continente de España y de las Indias"³⁸. Dicen, además, que en las conversaciones anglo francesas no se había impuesto esta condición. Ciertamente la firmeza de la postura española obligaba a Inglaterra, entre otras cosas, a que sus aliados portugueses renunciaran a reclamar las ciudades que les habían sido asignadas, para barrera defensiva, en el tratado de Methuen; pero no fue especialmente difícil convencer a Portugal de lo inconveniente de su demanda, argumentando que la cesión de las plazas previstas equivaldría a sembrar la inestabilidad y la guerra, porque España aprovecharía la más mínima ocasión para recuperar lo perdido.

Con respecto a la devolución a los catalanes de sus privilegios y fueros ya vimos en el apartado anterior que, por el empeñamiento de Felipe V, era asunto en el que la posibilidad de acuerdo estaba muy lejana y, de hecho, no se va a conseguir en Madrid por más encarnizada que fuera la discusión. Darmouth advertido por Lexington sobre la postura de Felipe V escribió una vez más a su embajador diciendo que el honor de la Reina le

³⁶ AGS, Estado, leg. 8128. Monteleón a Grimaldo, 19 de enero de 1713.

³⁷ Ibid.

³⁸ Ibid.

impedía ceder en este asunto. Para remachar el tema, con fecha 14/25 de enero de 1713, escribió a Monteleón lamentándose, en su habitual tono despectivo, de que la intención del Rey Católico no fuera completar la prometida amnistía con la devolución de privilegios:

"No sabría explicarle, Señor, hasta qué punto Su Majestad Británica ha testimoniado su sorpresa. Pues, hablando francamente, jamás pensamos que Su Majestad Católica *tuviera la idea de acabar con la vida de una provincia entera...* Y al prescribir en un tratado una amnistía general no podía ser otra cosa sino que se ofreciera a esta provincia gozar de los mismos privilegios y estar sobre el mismo pie en el que estaba a la muerte de Carlos II. La Reina me ha ordenado, Señor, representar vivamente a Vuestra Excelencia que se trata de un asunto en el que ella ha comprometido su honor y que contempla como un artículo ya estipulado en todas sus formas y al que ella está obligada, por motivos de conciencia, a no transigir"³⁹.

Otro punto innegociable para España era la solicitada exención del 15% de los aranceles de importación de las mercaderías inglesas. Pero este asunto era de índole exclusivamente económica y parecía previsible, como de hecho ocurrió, que se cambiara por otra concesión de tipo comercial que fuera admisible para ambas partes. Las argumentaciones de Bedmar hicieron mella en el gabinete inglés y Monteleón va a conseguir cambiarlo por un equivalente.

Además de lo indicado anteriormente en las conversaciones de Madrid surgieron otros tres asuntos nuevos: son los relativos al feudo de Siena, a los derechos de pesca de los guipuzcoanos en Terranova y a la cesión de una soberanía en el País Bajo español a la princesa de los Ursinos.

La génesis de la petición del feudo de Siena es anterior a la llegada de Lexington a Madrid y está en una carta del cardenal Giudice a Grimaldo, el 18 agosto de 1712⁴⁰, en la que le informa de que en el caso de que las negociaciones de paz abordaran una posible cesión de los presidios de Toscana habría que tener en cuenta que tales enclaves no eran, como se venían considerando, feudos de Nápoles sino de Siena y que este estado era incontestablemente de España y a ella debía revertir en poco tiempo dado que la Casa de Toscana estaba a punto de extinguirse por la falta de herederos del último duque. Giudice avisa en su carta para que se instruya a los plenipotenciarios sobre estas circunstancias, Monteleón lo plantea en Londres e informa a Grimaldo de la conformidad del gobierno inglés⁴¹.

En cuanto a la cesión de una soberanía en el País Bajo español a la princesa de los Ursinos era un antiguo compromiso de Felipe V, hecho por decreto de 28 septiembre de 1711, en agradecimiento a los servicios que a él y a su familia había prestado la princesa. Ninguna de estas dos cuestiones va a plantear problemas en la negociación de Madrid ya que a Inglaterra le interesaba, en cuanto la primera, disminuir el poder austriaco en Italia y, en cuanto a la segunda, complacer a la todopoderosa princesa de cuyos buenos oficios esperaba conseguir más de una ventaja.

³⁹ AHN, Estado, leg. 3379/1. Dartmouth a Monteleón, 14/25 de enero de 1713.

⁴⁰ AGS. Estado, leg. 4313. Giudice a Grimaldo, 18 de agosto de 1712.

⁴¹ AGS, Estado, leg. 6822. Monteleón a Grimaldo, 5 de febrero de 1713.

El permiso de pesca en Terranova para los guipuzcoanos surge por la alarma de éstos cuando les llega la noticia de las cesiones territoriales que va a hacer Francia en la parte septentrional de América del Norte. Escribe alarmado el Consulado del Mar de San Sebastián al Rey y éste encarga a Grimaldo que informe a Osuna⁴² dándole instrucciones sobre este asunto. Su inclusión en los Preliminares de Madrid tampoco va a ocasionar inicialmente ningún problema. Otra cosa será lo que ocurra en Londres, además de los innumerables quebraderos de cabeza que este permiso va a producir a los embajadores españoles durante mucho tiempo por la reiterada negativa inglesa a cumplir con lo pactado en Utrecht.

De todos los temas anteriormente expuestos los que dieron lugar a mayor controversia, durante el primer trimestre 1713, fueron los relativos a la religión. En Simancas⁴³ hay multitud de informes y borradores sobre cómo afrontar los problemas que desde el punto de vista de la religión católica presentaba la cesión de Menorca y Gibraltar. Problemas que no eran cuantitativamente iguales por cuanto, como ya se dijo, no existía prácticamente población española en Gibraltar pero, por el contrario, Menorca tenía una población considerable, un obispo y muchos conventos y parroquias.

Para comienzos de febrero de 1713 ya se había redactado un esquema muy aproximado de lo que iban a ser los Preliminares de Madrid donde estos puntos de la religión estaban recogidos, aparentemente a satisfacción de España. Pero el 21 de febrero Bedmar recibió un informe nuevo que, a petición de Felipe V, había redactado el Consejo de la Inquisición⁴⁴ y cuyas recomendaciones se intentó incluir en el articulado de los preliminares, porque tales eran las instrucciones que había dado el Rey. Estas observaciones se refieren al funcionamiento de la iglesia católica en Menorca y Gibraltar tras la cesión: beneficios eclesiásticos, admisión de novicios en los conventos, libertad de acción para los obispos e, incluso, la obligatoria presentación, cuando se produjeran vacantes, de una terna a Su Majestad Británica para que designara, dentro de ella, el cargo eclesiástico correspondiente. .

Un segundo punto, también conectado con la religión, aunque no exclusivamente, es el relacionado con la no admisión de moros y judíos como residentes en Gibraltar y Menorca así como la prohibición de que estas plazas pudieran ser utilizadas por estos pueblos como base para sus navíos de guerra o mercantiles. Por otra parte se insistía mucho en evitar el riesgo de que piratas y corsarios infestaran las costas de la península.

Con estas controversias, y con las relativas a los fueros y privilegios, había ido transcurriendo el tiempo desde que Felipe V firmó su renuncia. Lexington presionado por su ministerio no cesaba de poner sobre la mesa el asunto catalán, con ocasión o sin ella. Con fecha 14 de enero de 1713 escribe a Bedmar⁴⁵: "Quisiera recordaros que Su Majestad ha tenido la gran generosidad de prometer una amnistía para los catalanes y me parece,

⁴² AHN, Estado, leg. 3396/1. Grimaldo a Osuna, 28 de agosto de 1712.

⁴³ AGS, Estado, leg. 6822.

⁴⁴ AGS, Estado, leg. 6822. *Sobre lo que se debe añadir a los puntos del artículo 6º del tratado que trata de la Religión.*

⁴⁵ AGS, Estado, leg. 6826. Lexington a Bedmar, 14 de enero de 1713.

dicho con el mayor respeto, que el Rey no podía jamás encontrar en ocasión más favorable para hacerla que ahora, cuando sus armas han conseguido una gran victoria”. La victoria a que se refiere no era tal sino el levantamiento del cerco de Gerona por las tropas del Archiduque⁴⁶.

Finalmente, cuando Monteleón junto a su carta de 5 de febrero envía un documento de transacciones básicas redactado en forma contradictoria entre él y Bolingbroke,⁴⁷ se llega a un acuerdo para firmar unos preliminares algo atípicos, como ya se dijo, porque en ellos no sólo va a constar lo pactado sino también, y siempre argumentado por la falta de poderes de Lexington, los desacuerdos importantes que habría que resolver en Londres. Pudiera parecer un sinsentido el firmar semejante documento en lugar de esperar instrucciones o bien remitir sin más los asuntos pendientes a Londres para que se dilucidaran. Pero hubo una razón importante para que el día 27 de marzo se firmaran estos Preliminares: el día anterior se había firmado el tratado para el asiento de negros, pieza fundamental y de mucha urgencia para el gobierno inglés y este acuerdo necesitaba, para mayor eficacia, apoyo jurídico en un tratado de mayor envergadura como era el de paz por muy preliminar que fuera⁴⁸.

El título del documento que se firmó es *Tratado preliminar de Paz y Amistad entre las coronas de España e Inglaterra: concluido y firmado en Madrid el 27 de marzo de 1703*⁴⁹. Consta de un preámbulo y 22 artículos, además de otro separado y secreto, y fue redactado en español y francés. El esqueleto de este tratado está montado sobre los once puntos que trajo Lexington en sus instrucciones aunque con añadidos, unos de detalle y otros realmente importantes. El embajador quedó contento con su gestión y, al día siguiente, escribió a Utrecht, al obispo de Bristol, diciéndole que había conseguido todo lo que la Reina le había encomendado “con excepción de los fueros catalanes pero, a pesar de que he firmado ese artículo que no los incluye, he protestado contra el mismo para que así Su Majestad esté libre de rechazarlo si así lo cree conveniente. Hay otras cosas en relación con la religión que me he visto obligado a aceptar, pues de otra manera hubiera tenido que regresar el artículo a Inglaterra sin firmar lo que no creo hubiera sido aconsejable...ni creo tampoco conveniente arriesgar puntos tan esenciales que ya había conseguido, a una nueva negociación”⁵⁰.

A efectos de explicar como quedó la redacción final de su articulado, importante porque va a constituir la base del definitivo tratado de paz, analizaremos el documento de acuerdo con la metodología siguiente:

⁴⁶ Este hecho tuvo una enorme repercusión en Cataluña. Gerona estaba a punto de rendirse y Starhemberg, inexplicablemente, levantó el asedio. Nadie pudo entender este abandono salvo el propio mariscal que ya era conocedor de que se debía evacuar Cataluña y juzgó, con razón, que era cruel someter a estragos a la población en el asalto final, cuando semanas después tendría que entregar la plaza.

⁴⁷ AGS, Estado, leg. 6822. Documento adjunto a la carta de Monteleón a Grimaldo de 5 de febrero de 1713.

⁴⁸ Hay que recordar que la Compañía del Mar del Sur (cuyo creador y primer gobernador era Harley, el Gran Tesorero) estaba esperando con mucha inquietud y no menos necesidad la concesión porque esta compañía estaba refinanciando buena parte de la deuda en que había incurrido Gran Bretaña por causa de la guerra de Sucesión e incluso de la anterior guerra de la Liga de Augsburgo que aún no había podido amortizarse del todo.

⁴⁹ Cantillo, op. cit., pp.70 a 75.

⁵⁰ Lexington a Bristol, 28 de marzo de 1712. En Martín, M. A., op. cit. p. 154

- a) Aquellos puntos ya acordados por el Rey a finales de octubre y que no experimentaron modificación sensible desde entonces.
- b) Puntos que han sufrido modificaciones o añadidos durante los cinco meses que duraron las negociaciones o bien conceptos nuevos que han ido apareciendo durante las mismas.
- c) Puntos en los que el tratado pone de manifiesto insalvables discrepancias entre las exigencias de España y las instrucciones de Lexington y que se remiten a Londres para alcanzar una redacción que satisfaga a ambas partes.

Los puntos sobre los que existió acuerdo desde el principio, dejando aparte la renuncia de Felipe V a la corona de Francia que es asunto que desaparece del articulado, por ser ya tema zanjado a satisfacción de Inglaterra, son los siguientes:

1. El reconocimiento de que la sucesión a la corona de Inglaterra recaerá en la casa de Hannover de acuerdo con lo establecido por ley del Parlamento. (Artículo 1º).
2. Que se renovarán los tratados antiguos entre Inglaterra y España “para unir las dos naciones más estrechamente que nunca lo han estado”. (Artículo 3º).
3. La concesión por un período de treinta años del asiento de negros y de un terreno para el funcionamiento de la compañía en el Río de la Plata donde “poder refrescar y guardar en seguridad sus negros” ha dado lugar a un tratado –firmado, como ya se dijo, el día anterior– que forma parte integrante de este preliminar. Para darle más fuerza, se ha incluido este acuerdo comercial en el marco de un tratado político de mucho mayor alcance y trascendencia. (Artículo 9º).
4. Que se llevará al tratado para la Paz General la amnistía que debe conceder Felipe V a los otros españoles, es decir a los no catalanes, que se han unido a la causa del Archiduque. La razón de ello es que este tipo de cláusulas exigen reciprocidad por lo que no tienen cabida en un tratado del que no forma parte Austria. (Artículo 16º).
5. “Los súbditos de Su Majestad Británica gozarán de todas las ventajas, derechos y privilegios... que tenían en el tiempo en que murió el señor rey Carlos III” (tratados de comercio de 1667 y 1670 y privilegios de 1645) de manera que los aranceles que se establezcan no podrá exceder de los que estuvieron vigentes en dicha época. “La nación inglesa gozará de todas las exenciones, ventajas, derechos y privilegios que están concedidos y no revocados, o que en adelante se concedieren, a los súbditos de Francia u otra cualquiera nación”. (Artículo 11). Este artículo está en correlación con los puntos 3 y 9 del *Papier* y nada tiene que ver con la solicitud de la exención del 15% concedida por Mesnager

En lo que se refiere a artículos nuevos o con modificaciones de cierta entidad hay que reseñar lo siguiente:

1. Aparece la cuestión de la renuncia del Archiduque “a los reinos y estados de España y de las Indias” como condición *sine qua non* para que España, a su vez, renuncie a Italia y Flandes a la hora de firmar la Paz General. (Artículo 2º).

2. Aparece también, no como tema nuevo pero si con un desarrollo muy detallado, el asunto de la religión católica en Menorca y Gibraltar que “será permitida y conservada íntegra”. El artículo 5º, que es el más largo de todos, entra en una casuística minuciosa sobre temas relativos a la concesión de beneficios eclesiásticos, entrada de novicios en conventos, nombramientos mediante ternas presentadas a la Reina etc. Como este tema va a ser piedra de escándalo al llegar la noticia a Londres y, además, va a tener grandes modificaciones en la redacción definitiva del tratado, no vale la pena en este momento insistir sobre este punto. Sorprende que Lexington no haya –como hizo con otras- caucionado esta cláusula, absolutamente disparatada desde la óptica inglesa.

3. Los intereses de los habitantes de Gibraltar y Menorca y su capacidad para el libre uso y disfrute de sus bienes, derechos y herencias, tanto si permanecen en el territorio como si deciden irse a vivir a España, son protegidos en el artículo 6º.

4. Se conviene que la entrega de Mallorca, Ibiza y Formentera se realizará simultáneamente a la evacuación de Cataluña. (Artículo 7º).

5. Como es sabido la cesión de Gibraltar –que está regulada en el artículo 4º- tenía como condición no sólo la ausencia de toda comunicación por tierra sino también la prohibición de relaciones comerciales entre esa plaza y España. Por razones de humanidad y para evitar, por ejemplo, que se produzcan en ocasiones de anormalidad desabastecimientos de la guarnición, se va a permitir que reciban *por mar* leña, vino, aceite y granos (el tratado definitivo dirá que además deben ser pagados en metálico). Esta concesión se hace también a Menorca ya que, aunque la isla podía ser autosuficiente en determinados productos, suministrar otros desde Inglaterra resultaría en ocasiones premioso y difícil. (Artículo 8º).

6. Monteleón, como veremos en el capítulo siguiente, había conseguido en sus negociaciones en Londres que Inglaterra renunciara a su petición de la exención del 15 por ciento para las mercaderías inglesas. Por esto la inclusión en el tratado del artículo 10º –que es el que se refiere a este asunto- no tiene más razón de ser que el que Inglaterra insista en que tenía todo el derecho a ello, por el acuerdo que Mesnager firmó en Londres, y que renuncia a la exención en aras a las buenas relaciones que se pretende existan entre ambas coronas y a las dificultades de tipo práctico que había planteado Bergeyck. La realidad es que la Reina había hecho constar, tras una declaración retórica de que no deseaba nada que fuera desagradable al Rey Católico o a la nación española, que “se ha de dar satisfacción al Sr. Gellinghan en los puntos que propondrá y entonces la Reina desistirá de la demanda”⁵¹ Y la propuesta del enviado inglés va a ser concretamente el *Navío de permiso* cuya concesión figuraba como artículo adicional, y último, en el Tratado de Asiento de negros firmado el día anterior.

⁵¹ AGS, Estado, Leg. 6822. Documento en francés, a dos columnas, sobre propuestas de Monteleón y respuestas de la Reina adjunto a la carta de Monteleón a Grimaldo de 5 de febrero de 1713

7. España se compromete a no conceder permiso a nación alguna para comerciar con las Indias. “Su Majestad Católica hará restablecer el referido comercio en el pie de los antiguos tratados y de las leyes fundamentales de España tocantes a las Indias, por las cuales leyes está totalmente prohibida la entrada y el comercio en las Indias a todas las naciones”. Pero también debe el Rey vigilar que tal comercio no se haga de forma encubierta, por medio de testafierros españoles, y es éste asunto de importancia tal que deberá ser incluido, por medio de una cláusula separada y específica, en cualquier tratado de paz que tenga que firmar España con cualquiera de las naciones aliadas (artículo 13º). Este artículo se complementa con otro recíproco por el que Inglaterra se compromete a evitar, tomando las medidas más enérgicas, que sus súbditos, salvo lo previsto en el tratado de asiento, comercien por medio del contrabando con las Indias. (Artículo 14º).

8. España, “en contemplación a Su Majestad Británica y condescendiendo a sus eficaces instancias” cede a la casa de Saboya el reino de Sicilia pero con derecho a retrocesión si dicha Casa viera extinguida su descendencia por línea masculina y, en cualquier caso, con la obligación de que la isla no podrá ser cedida a terceras naciones “si no es a la corona de España”. (Artículo 17º). Los derechos, propiedades, dignidades etc. de los habitantes de Sicilia serán mantenidos de acuerdo con el documento que se redactará más adelante para la cesión de la isla. (Artículo 18º)

9. Su Majestad Británica aplicará sus más eficaces oficios para que Su Majestad Católica conserve el estado de Siena y para mantener el equilibrio en Italia, eufemismo este último que significa que Inglaterra protegerá a los estados del norte de Italia para que no sean fagocitados por Austria. (Artículo 19º). De este asunto, que se plasmará en Londres en un artículo separado y que se intentará hacer realidad en Utrecht, se hablará más adelante.

10. Inglaterra promete respetar los derechos que tradicionalmente tenían los guipuzcoanos en relación con la pesca de la ballena en Terranova. El tratado de paz deberá recoger este asunto en un artículo específico. (Artículo 20º)

11. Su Majestad Británica se compromete en firme -aquí no se habla de aplicar sus buenos oficios- a que a la princesa de los Ursinos se le conceda la soberanía que Felipe V le había otorgado en los Países Bajos por decreto de 28 de septiembre de 1711. (Artículo 21º). En este artículo Lexington ha sobrepasado sus instrucciones, que se limitaban a dar a la princesa, como posible favorecedora de los intereses de Inglaterra, el mejor trato posible. Ha prometido algo cuyo cumplimiento no depende de Gran Bretaña sino que requiere la conformidad de Holanda y Austria. Lexington se percató de ello y, después de haber admitido el artículo, habló con Bedmar para intentar convertirlo en cláusula secreta. Pero Grimaldo, en carta de 16 de marzo, le advierte que “Su Majestad no entraría en que se variase la forma en que estaba acordado al artículo perteneciente a la princesa de los Ursinos”. Al día siguiente Lexington respondió aceptando aunque insinuaba que había sobrepasado sus instrucciones⁵². En el tratado de Londres este asunto será objeto de otro de los artículos separados por lo que huelgan ahora los comentarios.

Las divergencias que quedan explícitas en el tratado son las siguientes:

⁵² AGS, Estado, leg. 6826. Extracto.

1. En relación con la cesión de Gibraltar y Menorca (artículo 4º) la postura española dice que no se permitirá que judíos ni moros puedan entrar ni residir en estos territorios, ni que sus navíos entren en los respectivos puertos, ni siquiera para prestarles asilo o asistencia. La prohibición se extiende a cualquier barco de guerra que pertenezca a naciones infieles y, por supuesto, a cualquier barco pirata o corsario que pudiera dificultar el comercio español o “infestar las costas”. Lexington dice que, siguiendo sus órdenes, no puede comprometerse a ello ya que Inglaterra tiene acuerdos de comercio con Berbería por lo cual este asunto deberá renegociarse en Londres entre el marqués de Monteleón y los ministros ingleses. Sin embargo está dispuesto a convenir en que la entrada a los puertos quede prohibida para los judíos y para los barcos de guerra de moros, turcos, corsarios y piratas. Gibraltar se cede “sin terreno alguno y sin comunicación por tierra con los otros reinos de España”. También pretende España que si Inglaterra, en el futuro, quisiera vender, ceder o enajenar Gibraltar o Menorca sólo podría hacerlo a la corona española. Aquí Lexington manifiesta otra vez su disconformidad y dice que sólo puede convenir en que España tenga preferencia en la enajenación pero que cualquier otra cosa debe ser negociada en Londres. Aun cuando sea un inciso no está de más advertir que Inglaterra, desde el principio, demostró sus pocas intenciones de hacer frente a los compromisos que adquiere al quedarse con Gibraltar. El 17 de noviembre de 1712 Bedmar tiene que escribir a Lexington quejándose de la actitud del gobernador de la plaza apenas España ha levantado, a raíz de la suspensión de armas, el bloqueo que mantenía sobre la Roca. El Rey, dice, se ha visto sorprendido “porque extrañaba se acuartelasen algunas tropas (inglesas) en las vecindades de Gibraltar después de levantado el bloqueo...sabe V. E. que siempre me he mantenido en que la cesión de Gibraltar comprende sólo el casco de la plaza, el puerto y el castillo, sin terreno alguno”⁵³.

2. El artículo 15º, relativo a los privilegios catalanes, queda redactado como sigue:

“Su Majestad Católica en consideración y a instancia de Su Majestad Británica concederá un perdón y amnistía general a los catalanes con el goce de sus vidas, haciendas y lo honorífico que han tenido antes de la rebelión; pero, sin embargo de las fuertes y reiteradas instancias que milord Lexington ha hecho a fin de que se les conservasen también sus fueros, no ha podido Su Majestad Católica condescender a esta petición por la consideración de que los referidos fueros son demasiado perjudiciales a su soberanía, a su Real servicio y a la misma quietud de los demás reinos de Su Majestad Católica; y milord Lexington ha declarado que deja pasar también este artículo del presente tratado por no retardar ni poner de su parte obstáculo alguno a la conclusión de la paz; sin embargo, éste punto es opuesto a las instrucciones y órdenes precisas de la reina británica por lo cual no se deberá desaprobare su proceder ni resultarle descrédito alguno en caso de que la Reina, su Ama, desaprobare este artículo”.

Puede sorprender que en ningún artículo se mencione la obligación inglesa –planteada desde el principio por España como contrapartida imprescindible para la cesión de Sicilia⁵⁴ -

⁵³ AGS, Estado, Leg 6820. Bedmar a Lexington, 17 de noviembre de 1712.

⁵⁴ A mayor abundamiento de lo hasta ahora dicho en AGS, Estado, legajo 6820 hay un documento sin fecha redactado por Pablo Gómez Lozano, ayudante de Bedmar, en el que da noticia de una visita de Lexington para “mostrar su repugnancia porque se obligue a la Reina a no consentir se pidan más territorios a Su Majestad Católica”. Bedmar le contestó que era condición necesaria para la cesión de Sicilia.

de no permitir en los sucesivos tratados de paz más pérdidas territoriales. La razón de ello es que este asunto fue incluido en un *artículo reservado y separado* “con la misma fuerza y vigor que si estuviese inserto a la letra en el referido tratado (de preliminares)” en el que se afirma que “Su Majestad Británica mantendrá las medidas que ha tomado para que ninguna potencia de las que hay en esta guerra pueda pedir a Su Majestad Católica otra cosa más por la paz; y Su Majestad Católica podrá tenerse firme en negar a cualquier potencia cualquier ulterior desmembramiento de su Monarquía”.⁵⁵ Sorprendentemente este artículo no lo incluye Cantillo en su recopilación de tratados. Tampoco incluye otro artículo separado, de la misma fecha, que no se encuentra junto al anterior, en Simancas, sino en el Archivo Histórico Nacional y que se refiere a la entrega de Sicilia al duque de Saboya. Lo sustancial de él es como sigue: “Al tiempo que se entregue al duque de Saboya el reino de Sicilia...se hará entrega asimismo a la disposición de Su Alteza Real todas las galeras que Su Majestad Católica tiene en aquel reino con toda la chusma, equipajes y marineros que hubiere en ellas. También se entregará al poderhabiente de Su Alteza Real todos los títulos, papeles y documentos pertenecientes al expresado reino de Sicilia y sus dependencias que se hallaren en España”.⁵⁶ Termina el artículo con un compromiso de España e Inglaterra de conseguir en Utrecht que el resto de los participantes en el Congreso reconozcan al duque de Saboya como rey de Sicilia y le permitan la pacífica posesión de su nuevo estado.

Días después de la firma del tratado, el 16 de abril de 1713, Lexington presentó a Grimaldo un memorial para el Rey en el que se decía que la reina de Inglaterra no podía dejar a los catalanes en peor situación que la que tenían al comienzo de la guerra. La Reina confiaba en que, tras los enormes esfuerzos que se habían hecho para conseguir una paz sólida y duradera, no debía ella quedar “con el pesar de haber sido la causa de la pérdida de los privilegios de esos pueblos, esperando también que, en consideración a la recta amistad que, por la gracia de Dios, va a establecerse personalmente entre las dos majestades, lo mismo que por la unión de ambas naciones, querría Vuestra Majestad no titubear más en concederle un favor que tanto tiene sobre su corazón”.⁵⁷ Tampoco esta vez va a encontrar Lexington la más mínima receptividad y, según contaría a Dartmouth comentando el resultado de su gestión, “había recibido del Rey, la Reina y los ministros grandes reproches pues le acusaban de inclinarse por la casa de Austria a causa de su larga permanencia en Viena en otro tiempo, y que, a la vez, por defender los fueros le reprochaban el hablar como un republicano”.⁵⁸

⁵⁵ AGS, Estado. Legajo 6822. Documento separado.

⁵⁶ AHN, Estado, leg. 3367/1. *Artículos separados*. No he encontrado en las conferencias de Bedmar ninguna alusión al asunto de la entrega de las galeras, es más resulta extraño que en carta de Grimaldo a Osuna de 28 de marzo de 1713 informe el primero de la firma de los Preliminares y “de un artículo separado y secreto sobre el desmembramiento” eludiendo toda referencia al segundo.

⁵⁷ Londres. *Public Record Office. State Papers. Foreign-Catalans*. Vol. 145. Citado por Sanpere i Miquel op. cit. p. 67.

⁵⁸ Ibid.

16.3 EL TRATADO DE ASIEN TO DE NEGROS

España había sido siempre incapaz de proveer por sí misma la mano de obra esclava, negros procedentes de África, que necesitaba para las Indias. Flamencos, genoveses y finalmente portugueses fueron quienes cumplieron con esta función. En agosto de 1701 Luis XIV cancelaba la concesión que en aquel momento tenía Portugal (por un acto que ratificaría Felipe V el 11 de septiembre de 1702) y la ponía en manos de la francesa Compañía de Guinea otorgándole ventajas adicionales sobre las que tenía la concesionaria portuguesa. Pero a pesar de esto la Compañía de Guinea fue para sus accionistas un enorme fracaso económico porque, en los diez años que duró la concesión, no recibieron ni un céntimo de interés, ni tampoco dividendos, y lo que es peor, a la hora de recuperar su inversión se encontraron con el disgusto de que habían perdido casi el 30% de ella⁵⁹.

Sin embargo los que salieron bien librados de la operación fueron Luis XIV y, más aún, Felipe V que descapitalizaron la compañía para sostener las finanzas de la guerra y, en el caso concreto del rey de España, para otros gastos menos justificados como era atender a su guardarropa o pagar a su maestro de música o al de canto. Nada más comenzar el llamado asiento francés España recibió un anticipo de 750.000 libras del que se debían hacer descuentos a razón de 33 piastras por cada esclavo vendido. Pero lo cierto es que España se quedó con el anticipo, no admitió descuento alguno y siguió cobrando la tasa sobre las ventas con lo cual fue como si la Compañía de Guinea la hubiera pagado dos veces.

Con estos antecedentes, al plantear Gran Bretaña en la convención Mesnager que quería para sí esta concesión, Francia no tuvo demasiados inconvenientes en concedérsela porque, aparte de haber vencido ya el período por el que había sido establecida, la compañía de Guinea estaba tan expoliada y endeudada que era casi imposible sacarla a flote. Pero tampoco lo que pretendían hacer los ingleses era un negocio puramente comercial. La deuda de Inglaterra, como bien había explicado Swift en *Conduct of the allies*, era insostenible y Harley, al acceder al puesto de lord tesorero, tuvo que pensar en cómo refinanciarla. La fórmula que encontró fue refloatar una sociedad ya existente pero arruinada por la guerra, la Compañía del Mar del Sur, con objeto de, tras dotarla de cuantiosos recursos privados desligados en apariencia⁶⁰ de la financiación de la guerra, concentrar en esta compañía los compromisos de pago del gobierno inglés:

"El Parlamento para facilitar el registro de estos fondos y el pago de sus intereses ordenó por ley que se estableciera una compañía... autorizando a la Reina y dándole poder para conceder a dicha sociedad la patente o comisión que juzgara adecuada para regular la forma en que se incorporaran dicha sumas y para nombrar comisarios encargados de recibir las suscripciones... Las suscripciones fueron tan grandes que en menos de ocho días se consiguieron dos millones

⁵⁹ A ello contribuyó el que al dominar la flota aliada el Atlántico los seguros del viaje eran muy onerosos y además debían competir con el contrabando de esclavos que lógicamente vendía a precios inferiores. León Vignols, *Asiento francés e inglés y el comercio español*. Pp. 270 y 271.

⁶⁰ Los banqueros y comerciantes de Londres se negaban a entregar más dinero para financiar la guerra porque desconfiaban de la solvencia de un gobierno tan endeudado.

y medio de libras esterlinas. El conde de Oxford, que había sido el autor de este proyecto fue encargado de ejecutarlo para lo cual fue designado como primer gobernador⁶¹.

Las acciones de la compañía eran de 100 libras cada una y rentarían un interés del 6% además de la correspondiente participación en los beneficios que nadie dudaba se iban a producir. El éxito de la operación se justifica por la cantidad de privilegios que se concedían a la nueva sociedad: monopolio del comercio en toda América (salvo Brasil y la Guayana holandesa por pertenecer a naciones aliadas), la propiedad de las islas que descubrieran y de las plazas de las que de alguna forma consiguieran hacerse dueños, las presas que se tomaran dentro de los límites de la concesión etc. Ciertamente estos privilegios eran anteriores a la firma de la paz y del tratado de asiento de negros que, lógicamente, va a prohibir alguna de estas actividades. Pero esta ley del Parlamento explicita claramente cuáles eran las reales intenciones de Inglaterra respecto a su futuro comercio en América. Por otra parte el dinero de la suscripción fue inmediatamente manejado por el gobierno para operaciones de refinanciación de la deuda lo cual estuvo a punto de provocar una revolución entre los accionistas y dio lugar al consiguiente descenso en la cotización de las acciones.

El 16 de noviembre de 1712 había llegado a Madrid Manuel Meneses Gellinghan, irlandés y católico, enviado por Bolingbroke para auxiliar a Lexington en temas comerciales en los que el embajador carecía de conocimientos y competencia. Realmente no existía relación de subordinación entre uno y otro, como hubiera parecido lógico, y así lo comunicaba Monteleón sin dejar sombra de duda en su carta de 19 de enero de 1713⁶²:

"Debo adelantar a Vuestra Señoría que las materias de comercio (en Inglaterra) dependen enteramente de Monsieur Mohor (Moore) hombre muy práctico y acreditado que se profesa muy amigo mío⁶³ y como Monsieur Gellinghan, que está ahí, es su compañero, y tiene amplio poder para decidir sobre esta dependencia de comercio, es preciso que los Reyes le atiendan con distinción y que el ministro que trate con él le agasaje mucho porque en esta materia es absolutamente el dueño; y debe saber Vuestra Señoría que milord Lexington no tiene ni la autoridad ni el secreto que tiene dicho Gellinghan, pues el Gran Tesorero y milord Bolingbroke así me lo han asegurado, advirtiéndome de que lord Lexington lo llegue a conocer".

Conviene advertir, siquiera sea de pasada, que ya en esta carta Monteleón informa de que cree haber conseguido -o estar próximo a ello- que el ministerio inglés abandone su petición de la exención del 15% de arancel a cambio de otras concesiones comerciales aún indeterminadas.

En referencia a la negociación que va a emprender Gellinghan hay que hacer constar que la credencial de la reina Ana, que es de fecha 28 de septiembre de 1712, tiene la apostilla siguiente: "Se ha de entender, con cláusula expresa, que dicho negociado o artículos de ello

⁶¹ Savary des Bruslons. *Dictionnaire Universel de commerce*, Copenhague, 1759-1765, tomo V, p. 895. En Vignols, op. cit., p.282.

⁶² AGS, Estado, leg. 8128. Monteleón a Grimaldo, 19 de enero de 1713.

⁶³ Parece una de las típicas jactancias de Monteleón que presumía de granjearse grandes amistades con cualquier persona de mérito. En este caso parece cosa dudosa porque Moore no sabía ni palabra de francés ni Monteleón inglés. Patricio Lawles le haría de traductor pero faltaban meses para su llegada.

no han de tener efecto, fuerza ni valor sino en el caso de concluirse el tratado de paces"⁶⁴. Esto da de entender cuál era la intención de Inglaterra y que no pudo conseguir en su totalidad: el tratado de paz debía considerarse como un todo indivisible con el de asiento de negros y con el tratado de comercio porque la paz no era sino la moneda de cambio de las ventajas comerciales que Inglaterra había exigido para firmarla.

Gellinghan, nada más llegar a Madrid presentó al Rey un proyecto de tratado para el asiento de negros, con 42 artículos, siguiendo las pautas del que se había firmado con Francia ya que, como estaba dicho en la convención Mesnager, las condiciones para el nuevo convenio debían ser similares. Lógicamente presentaba algunas variaciones y precisiones nuevas y, sobre todo, la cláusula sobre el territorio que se solicitaba en el Río de la Plata y que era absolutamente necesario a Inglaterra. En efecto, para la zona central de las Indias Inglaterra disponía de Jamaica como base en la que alojar provisionalmente los esclavos para luego distribuirlos por los diferentes puertos. Pero Buenos Aires estaba demasiado distante y su importancia como punto de venta era muy grande, estando previsto que, juntamente con Chile, absorbiera el 25% del comercio de negros. Y como la cesión de un territorio en el Río de la Plata, que es lo que constituía la mayor innovación, había sido ya admitida por España, las negociaciones no parecían excesivamente complicadas. Pero un incidente extraño vino a turbarlas y a llenar de inquietud a Bolingbroke y a su ministerio. Bergeyck había firmado en París un contrato por el que, a cambio de compensaciones económicas, los franceses iban a tener cesiones territoriales y permiso para que seis barcos pudieran comerciar con las Indias Concretamente la contrapartida era o bien 360.000 coronas o bien la entrega gratuita de varios navíos de los que España estaba muy necesitada. Coxe lo cuenta de la siguiente forma:

"A pesar de las protestas más solemnes de Luis XIV acerca de la resolución que había tomado de no apropiarse de parte alguna del territorio español, se aprovechó de esta ocasión para hacer otro ensayo contra la prosperidad comercial de Inglaterra y contra las posesiones españolas en el Nuevo Mundo. Nos referimos a la concesión hecha a un mercader llamado Crozart autorizándole a colonizar el país que, en vano hasta entonces, había tratado de ocupar Francia con un intento de formar un establecimiento en el golfo de México, circunscribiendo las colonias inglesas y españolas al oeste. Aquel país llamado Louisiana... ofrecía los medios de apoderarse del comercio productivo de México dominando la navegación entre Veracruz y La Habana"⁶⁵.

Pero la alarma inglesa no tenía mucha razón de ser y el obstáculo surgido era fácilmente salvable, porque el gobierno español no tenía realmente intenciones de que barcos de cualquier bandera, fueran ingleses o franceses, anduvieran por los puertos de las Indias -salvo lo previsto en el tratado de asiento de negros- por lo cual el acuerdo firmado por Bergeyck no fue ratificado. La versión oficial fue la siguiente: "Bergeyck empezó a tratar este asunto de orden de Su Majestad para subvenir a las precisas urgencias de la Monarquía, pero luego que supo que podía ser de alguna menos satisfacción para la Reina este contrato, mandó cesar en él y que se aboliere por lo mucho que desea complacerla"⁶⁶.

⁶⁴ AGS, Estado, leg. 6820. Credencial de la reina Ana a Gellinghan.

⁶⁵ Coxe, op. cit., tomo II, p. 91.

⁶⁶ AGS, Estado, leg. 6822. Grimaldo a Monteleón, 28 de marzo de 1713.

Bolingbroke, lleno de inquietud, había llegado a ofrecer la cesión sin coste de varios navíos a cambio de que España no ratificara este tratado pero, a mi juicio, Monteleón no supo manejar con habilidad este asunto y no se consiguió contrapartida alguna.

Gellinghan no tuvo demasiados problemas para negociar los términos del convenio para el asiento de negros ni tampoco, cuando le llegó de Londres la noticia, el artículo separado por el que España acordaba la concesión del *Navío de permiso*. Tan sólo una intervención del Consejo de la Inquisición, consultado sobre la repercusión del tratado en materias religiosas, causó alguna controversia. Pidieron que las personas que debían administrar el asiento fueran católicas pero la pretensión fue pronto abandonada "porque si las circunstancias obligaban a conceder el asiento a una compañía de herejes, no era posible evitar que escogieran a sus empleados libremente"⁶⁷.

El tratado que el 26 de marzo se firmó en Madrid⁶⁸ es, a mi juicio, un ejemplo de rigor donde cada una de las contingencias que pudieran surgir en el futuro parecía convenientemente prevista y resuelta. Consta de un preámbulo, cuarenta y dos artículos normales y uno adicional. Como condiciones dignas de mención cabría referirse a las siguientes:

El tratado comenzará a regir el 1 de mayo de 1713 y tendrá una duración de treinta años durante los cuales deben introducirse en las Indias, en régimen de monopolio, un total de 144.000 negros, *piezas de Indias de ambos sexos*⁶⁹, a razón de 4.800 al año. Por cada uno de ellos los asentistas pagarán a España treinta y tres y un tercio escudos de plata por todos los conceptos, es decir que no se va a cobrar ningún tipo de alcabala o tasa adicional. A cuenta de de estos pagos, se anticipará al Rey un total de 200.000 escudos que serán devueltos a partir del año vigésimo de la concesión. La liquidación de los devengos de la Corona se hará cada seis meses, en función de los negros realmente vendidos y que no podrán ser menos de 4000 al año. La cifra especificada de 4800 esclavos podrá superarse en cuyo caso la tasa que se pagará por el exceso será la mitad de la normal. Los negros pueden venderse en cualquier puerto español, siempre que cuente con la correspondiente dotación de oficiales reales para el control correspondiente, y el precio de venta es libre salvo para los que se desembarquen en Barlovento, Santa Marta, Cumaná o Maracaibo para cuyos casos se establece un límite de 300 pesos por cada uno.

En Buenos Aires se permite vender 1200 negros al año (800 para Argentina y 400 para Chile) y allí se establecerá una factoría en el territorio que ha concedido España para alojar y refrescar los esclavos⁷⁰. En ese territorio se podrá también cultivar la tierra y criar el ganado necesario para alimentar a los esclavos y empleados del asentista. Las condiciones

⁶⁷ León Vignols, op. cit., p. 289.

⁶⁸ El tratado de asiento de negros puede leerse en Cantillo, op. cit. pp. 59 y sigs.

⁶⁹ La *Pieza de Indias* se refiere a "un negro de la medida regular de siete cuartas, no siendo ni viejos ni con defectos". Esto se interpretaba como de una edad entre los 15 y los 30 años. Si no cumplía con lo anterior se le consideraba como una fracción de *Pieza de Indias*.

⁷⁰ La cesión de este territorio en el Río de la Plata es independiente de la posibilidad que se les concede de arrendar tierras cerca de sus factorías para plantar cultivos.

que se ponen a este enclave reproducen las que anticipó Bergeyck prohibiendo edificar casas de fábrica -deben ser de madera- y hacer muros de cerramiento de piedra o de tierra.

El tratado pretende cautelar cualquier intento de los asentistas de dedicarse a prácticas que se consideren ilícitas, el contrabando de manera especial, por lo cual entra en una casuística muy detallada sobre tamaño de los barcos, moneda o especie en que deben cobrarse los esclavos, mercancías que o bien para alimento de ellos, y de las tripulaciones, o bien para el mantenimiento de los navíos, es lícito transportar, nacionalidad de los bajeles, administradores y marinería etc. También, en sentido contrario, se garantiza que los barcos dedicados al asiento no podrán ser embargados o detenidos, ni siquiera por los virreyes, y que habrá obligación de suministrarles víveres, medicinas y asistencia si fuera necesario. Tan pronto como entren en puerto los barcos serán inspeccionados por los oficiales reales, para comprobar que la carga que traen es sólo esclavos, y los elementos accesorios a este comercio que estén permitidos, prescribiéndose, caso de encontrar alguna mercadería que no se considere necesaria para ello, que será decomisada de inmediato y quemada en público, imponiéndose a los infractores los castigos que procedan. Por supuesto también se prohíbe que en su vuelta a Europa los barcos carguen nada que no sea el producto recibido por la venta de esclavos e indicándose que se vigilará de manera especial que transporten oro o plata.

La compañía del asiento va a ser una sociedad mixta en la que los gobiernos de España y Gran Bretaña tendrán conjuntamente el 50% del beneficio que se consiga. Pero esto requiere que España suscriba un cierto número de acciones valoradas en un millón de escudos de plata que deben desembolsarse de forma inmediata. Si el Rey Católico no estuviera en condiciones de hacerlo los asentistas están dispuestos a adelantar la inversión pero el Rey deberá retribuirle con un 8% de interés hasta que haya, contra las tasas anuales, amortizado en su totalidad este anticipo. Para la administración de la sociedad el Rey deberá nombrar directores o factores, uno en Londres, otro en Cádiz y dos en las Indias. Estos oficiales intervendrán las cuentas de la sociedad cuya presentación sólo será obligatoria cuando hayan transcurrido cinco años.

El tratado adopta disposiciones incluso para el caso de que estallara la guerra -como de hecho sucedió- entre España e Inglaterra. Si así fuese, el tratado quedaría suspendido y se concede al asentista un plazo de año y medio para evacuar de sus factorías, enseres y beneficios tras justificar su procedencia lícita. Otra cláusula, algo voluntarista, establece que tampoco serán molestados si surgiera una guerra entre alguna de las dos coronas y terceros países. En este caso los barcos que transporten los negros deberán hacerlo bajo pabellón diferente y Su Majestad Británica se obliga a insertar en el tratado de Paz General un artículo por el que todos sus firmantes se comprometan, ellos y sus vasallos, a no perturbar este tráfico.

El *Navío de permiso* se plantea a Monteleón –aunque la propuesta oficial la hará directamente Gellinghan en Madrid- en una reunión que tiene con Moore a finales de febrero. “También me ha dicho el Sr. Mohor que se pide la permisión de un navío todos los años, unido al tratado de asiento, para que en derecho pueda ir con mercaderías a los puertos del norte en la América suponiendo que este arbitrio sea el equivalente a la renuncia del artículo de la exención del 15 % y sobre este asunto no he querido entrar en la

menor discusión por quedar ya enteramente remitido con todas las dependencias de comercio a lo que Su majestad resolviera con el Sr. Gellinghan⁷¹. Éste va a redactar el correspondiente artículo adicional aunque sin hacer ninguna referencia al 15 %. . El motivo que se aduce para esta ventaja que se concede a Inglaterra es la posibilidad de que la sociedad del asiento no sea rentable lo que no sería extraño a la vista de "las pérdidas que han tenido los asentistas antecedentes". La concesión se hace "con la expresa calidad de que no ha de hacer ni intentar la referida compañía comercio alguno ilícito, directa o indirectamente". Su Majestad Católica por medio de un decreto de 12 de marzo de 1713 concede a la compañía del asiento un *Navío de permiso* de 500 toneladas "en cada año de los treinta prefinidos" en los que podrá comerciar con las Indias en ciertas condiciones. El Rey gozará igualmente de una cuarta parte del beneficio que se obtenga y, además, de un 5% adicional sobre las tres cuartas partes de la utilidad restante, que será para Inglaterra. El navío llegará a América en tiempo de feria y simultáneamente con la flota española del Atlántico y, si llegará antes, deberá descargar las mercancías a tierra y "almacenarlas bajo dos llaves que la una ha de quedar en poder de los oficiales reales".

Si el asiento de negros había sido en todas las concesiones que precedieron a la inglesa un inmenso foco de contrabando⁷², y como tal era tenido por todos por más severas que fueran las cláusulas cautelares que quisieran imponerse, el *Navío de permiso* va a superar cualquier cosa conocida hasta entonces. Cuesta admitir que España creyera en la buena fe inglesa o en la eficacia de las medidas de control que prescribía el tratado⁷³. El abate Prebost afirmaba en su *Histoire generale des voyages*, libro publicado el año 1759, lo que era lugar común en toda Europa:

"El *Navío de permiso* era una fuente inagotable de riqueza y las lamentaciones por su suspensión aún permanecen. Hoy día, cuando se ha cortado este tipo de comercio, no es difícil conocer como por medio de un solo navío... los ingleses encontraron el procedimiento de establecer unas ventas que no tenían fin. En primer lugar hacían que el barco fuera seguido por otros muchos que lo abastecían durante la noche de mercancías nuevas, conforme las suyas se iban agotando. En segundo lugar barcos de particulares, cargados de negros y mercaderías llegaban a las costas de Portobelo, en tiempo de feria, y se refugiaban en una pequeña isla llamada Quai de Singes, que ofrecía un buen puerto a cuatro leguas de aquella ciudad. El capitán inglés avisaba a los comerciantes por medio de gentes que hablaban español y se acordaba con ellos tiempo y lugar donde las chalupas harían la entrega de la mercancía...los españoles se acercaban primero a ver los productos y fijar su precio. Tras ello regresaban a Portobelo donde recogían su dinero y volvían para pagar y llevarse lo que habían comprado.

Esta feria clandestina duraba en ocasiones hasta seis semanas completas y de Portobelo iba hasta Panamá, de dónde venían muchos otros españoles que atravesaban el istmo, vestidos con ropa campesina, conduciendo sus mulos y con el dinero en las alforjas. Si se encontraban con oficiales del Rey no enseñaban sino unos víveres que fingían llevar a Portobelo, aunque

⁷¹ AGS, Estado leg. 6822. Monteleón a Grimaldo, 1ª de marzo de 1713.

⁷² "Se puede discurrir sin temeridad que en los (barcos) del asiento bastantes mercaderías introducirán, por más cuidado que tengan los ministros de S. M. en Indias, como todos los que tuvieron el asiento siempre han hecho" AGS, Estado, leg. 6823. Osuna a Grimaldo, 7 de marzo de 1713.

⁷³ Que siempre estarían supeditadas a la honradez y buena fe de los oficiales del Rey y de sus mandos. Como cabía esperar esto no sucedió así y la corrupción fue generalizada.

habitualmente viajaban de noche por bosques y caminos poco frecuentados... Y así toda la América española se llenaba de mercaderías que no pasaban por la aduana. Una prueba del beneficio desmesurado que conseguían es que los mercaderes de ambas naciones se exponían a toda suerte de riesgos con tal de comprar y vender. Se cita el ejemplo de un navío que con un cargamento valorado en 2.000 libras esterlinas que ganó 6.000 en el espacio de dos meses"⁷⁴.

El tratado de asiento de negros fue un gran éxito personal de Gellinghan y superó netamente las expectativas que el gabinete inglés había puesto en este negocio. Bolingbroke lo felicitó efusivamente: "Nuestras negociaciones con la corte de España han tenido más éxito del esperado y el señor Gellinghan merece que le hagamos una estatua"⁷⁵. Sin embargo la realidad va a mostrar que este tratado, que fue un negocio impresionante para muchos comerciantes ingleses, fue un verdadero desastre para los inversores que no solamente no cubrieron sus expectativas de beneficio sino que perdieron parte de su inversión. El fin real de la compañía del Mar del Sur fue el comercio general y el contrabando por lo cual la venta de esclavos negros era sólo el subterfugio legal y necesario para conseguir aquel fin inconfesable. Por eso la política de la compañía subordinaba los intereses y la conveniencia de la venta de esclavos, que es lo que hubiera debido ser su objetivo principal, a todas aquellas estrategias que maximizaban el contrabando. Como consecuencia de ello el asiento de negros producía pérdidas que una doble contabilidad (no se olvide que debían rendir cuentas al rey de España) traspasaba a los accionistas en tanto que beneficios escandalosos iban a parar a los administradores de la sociedad que eran los que organizaban y se lucraban con el contrabando.⁷⁶ Naturalmente la corrupción de los funcionarios españoles, que iba desde lo más alto a lo más bajo de la escala social, contribuyó no poco a la situación. Jorge Juan y Alejandro de Ulloa lo explican así: "A estos modos de consentir y aun patrocinar los contrabandos llaman generalmente en aquellos países *comer y dejar comer*, y los jueces que lo consienten, por el soborno que reciben, son llamados *hombres de buena índole que no hacen mal a nadie*"⁷⁷. Esta situación de permisividad total hizo muy poco efectivos los intentos de los sucesivos gobiernos de España por acabar con un contrabando cuyas raíces estaban en la propia estructura de la sociedad.

"Desde un principio las influyentes clases comerciales de Inglaterra pensaron en utilizar el asiento de negros en las Indias españolas como una vía de penetración que facilitase el comercio ilícito. El Tratado del Asiento prohibió terminantemente todo contrabando en el Imperio español como condición de la concesión del navío anual de permiso. No obstante la política exterior inglesa parecía deslizarse entre dos planos distintos: uno oficial que acataba los derechos y deberes basados en los tratados internacionales y otro informal, pero muy real,

⁷⁴ Prebost, *Histoire generale des voyages*, París, 1759, tomo XV, p. 504. Citado por León Vignols, op. cit., pp. 277 y 278.

⁷⁵ Bolingbroke, *Correspondence and Letters*, tomo III, p. 375. Citado por M. A. Martín, op. cit., p. 141.

⁷⁶ El libro más significado, a mi juicio, sobre los abusos y tropelías cometidos por lo ingleses con ocasión del desarrollo de este tratado es el de Dionisio de Alsedo y Herrera *Aviso histórico, político geográfico...del Perú, Tierra-Firme, Chile y Nuevo Reyno de Granada...desde 1535 hasta 1740*. Madrid, 1740. Una consecuencia de él fue el libro de Justo Zaragoza de título mucho más elocuente: *Piratería y agresiones de los ingleses y otros pueblos de Europa en la América española desde el siglo XVI al XVIII deducidas de las obras de D. Dionisio de Alsedo*. Madrid, 1883.

⁷⁷ Jorge Juan y Alejandro de Ulloa. *Noticias secretas de América*. Buenos Aires, 1953, p. 158.

que seguía los dictados de la fuerza, de los hechos consumados y de su propio expansionismo. Así es que por un lado el gobierno inglés asumió la prohibición de realizar el comercio ilícito en la América española pero, por otro lado, la naturaleza misma de los privilegios solicitados y obtenidos en Utrecht determinaron que, después de 1715, el contrabando se convirtiera en empresa nacional. No se trataba en definitiva de una evolución posterior, sino de un plan de acción cuidadosamente estudiado y llevado a cabo. La función del asiento de negros y del navío anual era abrir el camino, franquear el acceso legal a los puertos hispanoamericanos con la finalidad de montar toda una organización mercantil clandestina; un imperio dentro de otro imperio⁷⁸.

La importancia del tratado de asiento de negros no radica en que vaya a formar parte del tratado de paz con Inglaterra que en su cláusula XII dice que “se entiende y ha de entenderse ser parte de este Tratado, del mismo modo que si estuviese inserto en él palabra por palabra”, porque esto pudiera considerarse como una cláusula de estilo, sino por las consecuencias imprevistas e importantísimas que va a tener. Van a ser discusiones permanentes e interminables sobre el pago del canon, sobre las prácticas ilegales, especialmente el contrabando, sobre las presas de barcos ingleses que hacía España para defenderse. Y todo ello va a derivar en el año 1739 en una guerra entre España e Inglaterra, la llamada *guerra de la oreja de Jenkins*, que va a durar nueve años y que se va a desarrollar en América.

⁷⁸ Sylvia-Lyn Hilton. *Las Indias en la diplomacia española, 1739-1759*. Tesis doctoral en la Universidad Complutense. Madrid, 1980.

CAPÍTULO 17. EL TRATADO DE PAZ CON INGLATERRA

17.1 LA EMBAJADA DE MONTELEÓN

Iba transcurriendo el tiempo y no llegaban a París los pasaportes para que Monteleón marchara a Inglaterra. El marqués acosaba a Prior pidiéndole noticias en vano porque éste o no sabía o no quería informar de que, hasta que se hubiera producido la renuncia de Felipe V, Bolingbroke había decidido que el embajador español no llegara a Londres aunque fuera, como lo había hecho Lexington, a título de particular. Lo que sí le dijo Prior fue que Lexington, tras la renuncia de Felipe V, tomaría de inmediato el carácter de embajador extraordinario "para que fuese más solemne y publica la atención de la Reina a Su Majestad Católica" a lo que Monteleón respondió que se podía suponer "no faltaría el Rey nuestro Señor en la misma correspondencia"¹.

Aprovecha el marqués que debe comunicar esta noticia para solicitar el mismo tratamiento para sí mismo y pedir más dinero "representando la necesidad en que me hallo de solicitar los socorros correspondientes a la importancia del empeño, no ignorando el grandísimo ahogo del real erario"². Los ostentosos preparativos que hacía el duque de Aumont para su marcha a Londres le tenían obsesionado porque, pensaba, ni él ni su Rey podían ser menos que los franceses³. Desconfiando de los socorros que pudiera darle Felipe V habla con Osuna y le pide que le dé sus carrozas: "No teniendo la prevención del equipaje que necesita para lucir esta función como conviene, ni tiempo de hacerlo, se ha valido de mis carrozas sin estrenar que tenía hechas, las que le he entregado con gran gusto para el mayor decoro y servicio de Su Majestad"⁴. Pero Osuna, aunque en aquella época su relación con Monteleón podía calificarse aún como correcta, no estaba para dispendios y pidió a Grimaldo "que el Gobernador de Hacienda se las abone al contado, para que pueda conseguir otras nuevas". Aprovecha la ocasión para pedir que le paguen sus mesadas porque en aquel momento llevaban seis meses de atraso.

El 18 octubre escribe Monteleón a Grimaldo informándole de que sigue sin noticias de sus pasaportes, insistiendo en sus demandas económicas y dándole noticias de Utrecht. Los holandeses se siguen resistiendo a entrar en la paz en las condiciones que pide Inglaterra, pese a la imposibilidad económica en que se encuentran para mantener la guerra al faltarles los 100 millones de florines que aportaba Inglaterra. Pero tampoco se decidían a romper la negociación "paliando su condescendencia y flaqueza con proponer algunas condiciones para su barrera y comercio y cohonestar su pretendida buena fe con el Archiduque"⁵. Las noticias de Viena son peores porque Carlos VI "no quiere dar oídos a cualquier tratado de paces, enseñado como está a hacer la guerra y mantener sus tropas con el dinero de otros, sirviéndole también de pretexto para sacar de toda la Italia tan exorbitantes e injustas

¹ AGS, Estado, leg. 6820. Monteleón a Mejorada, 7 de octubre de 1712.

² El carácter de Monteleón, o si se quiere su forma de entender la función representativa de un embajador, le inclinaban a llevar un tren de vida ostentoso que no era compatible ni –usando sus propias palabras– con el *pobre estado de su Casa* ni con el dinero que recibía de Madrid. Ochoa Brun cuenta que "al marqués de Monteleón no lo detuvieron los acreedores en honor del Rey Católico". *Embajadores y embajadas...* P. 463.

³ Ver apartado 15.1.

⁴ AHN, Estado, leg. 3379/1. Osuna a Grimaldo, 10 de octubre de 1712.

⁵ AGS, Estado, leg. 6820. Monteleón a Grimaldo, 18 de octubre de 1712.

contribuciones; y por esto el conde de Sinzendorf hace cuanto puede para empeñar a los holandeses a concurrir en los sentimientos de su Amo"⁶.

Transcurre el mes de noviembre de 1712 sin noticias de los pasaportes hasta que el día 25 Monteleón recibe una carta del abate Gaultier en la que le dice que "será bien recibido en aquella corte y que se ha dado orden a Dover y demás lugares de pasaje para que se le facilite el tránsito, aunque no será con aquella magnificencia que se han practicado con milord Lexington en España, por no ser costumbre del país el ejecutarlo". Informa también el abate que le "ha alquilado una casa muy decente y cerca de la corte con los más muebles necesarios, como se le había pedido"⁷. Esta carta, cuyos términos serían confirmados por otra de 2 de diciembre, le anima a emprender sin más dilaciones el viaje y con alguna ironía escribe a Grimaldo desde París informándole de que "mañana saldré de esta ciudad... Sin pasaporte de Inglaterra pero también sin el necesario socorro de dinero que debía percibir del sueldo caído de plenipotenciario"⁸.

Monteleón va a contar su viaje a Londres como si se tratase de un relato de aventuras. Sus cartas son divertidas -padecía, a mi juicio, de cierta incontinencia epistolar- y cuando los asuntos oficiales no proporcionan noticias relevantes cuenta en ellas toda clase de pequeños sucesos, anécdotas e incluso chismes. He aquí una muestra tomada de una carta a Grimaldo escrita por esos días⁹: "la señora duquesa de Berry se halla preñada. El señor duque de Orleans ha tenido una fuerte calentura de veinticuatro horas pero ya está bueno. El señor Delfín con perfecta salud y Su Majestad Cristianísima se ha purgado de prevención como lo acostumbra todos los meses". También hay que decir en su honor que sus cartas, sin tener altura literaria, son muy claras y las exposiciones que hace están, en general, bien sistematizadas.

El 3 de diciembre escribe a Grimaldo desde Calais donde ha llegado acompañado de un séquito importante formado por el duque de Atri, el conde de Montijo, don Carlos Grillo y el marqués Imperiale¹⁰, aparte de gentilhombres, criados y cocheros. "Mi viaje hasta ahora no ha podido ser más apresurado porque desde Abbeville ha sido preciso marchar con gruesas escoltas de caballería e infantería, que iban ocupando preventivamente los pasos de bosques y alturas más expuestos, porque se sabía que los enemigos habían salido de Ayre y Bethunes con dos partidas, para hacerme la honra de encontrarme, pero todo ha pasado con felicidad, sin más encuentros que el de haber visto cuatro soldados de caballería para descubrir el número de mi escolta"¹¹.

⁶ Ibid.

⁷ AGS, Estado, Monteleón a Grimaldo, 3 de diciembre de 1712

⁸ AGS, Estado, leg. 6820. Monteleón a Grimaldo, 30 de noviembre de 1712.

⁹ AGS, Estado, Leg. 6820. Monteleón a Grimaldo, 18 de octubre de 1712.

¹⁰ Es notable que Monteleón no haga referencia a las personas que le acompañaban más que cuando se trata de asistencias a actos de tipo social. Sin embargo la actividad diplomática del conde de Montijo debió ser de alguna entidad ya que Bolingbroke llegó a tener con él una gran amistad como se deduce de las cartas que le escribió a su marcha de Inglaterra, que van mucho más allá de las habituales fórmulas de cortesía.. Por ejemplo las de 16/27 de septiembre de 1713 y 14/25 de enero de 1714. *Lettres historiques*, tomo II, pp 327 y 367.

¹¹ AGS, Estado, Leg 6820. Monteleón a Grimaldo, 3 de diciembre de 1712

Embarca con su séquito en un paquebote inglés en tanto que su equipaje, por voluminoso, debe ser cargado en otro barco de mayores dimensiones. El día 11, llegado a Dover, escribe a Grimaldo:

“Acabo de llegar en este punto a esta ciudad de Dover pues no lo pude ejecutar ayer porque hallándome a la vista del puerto me dio un golpe de viento tan violento que me obligó a *volver el bordo* y correr a refugiarme a las dunas donde no ha sido poco el trabajo y el peligro para desembarcar y esta mañana tomé el camino por tierra y, gracias a Dios, me hallo con la satisfacción de verme en Inglaterra... Aunque el abate Gaultier me tenía escrito que hallaría, en cualquier otra parte que desembarcase las órdenes de la corte para facilitar mi viaje no he reconocido hasta ahora la menor demostración y sólo el haberme costado anoche el desembarco, y una mala cena, cincuenta guineas podrá discurrir V. S. si tiene razón el Sr. Gobernador de el Havre en retardarme mi sueldo”¹².

Nada más poner pie en tierra despacha un gentilhomme con cartas para Dartmouth y Bolingbroke avisando de su llegada. Ya en Dover le saluda toda la artillería de la plaza, como no esperaba menos su vanidad:

”Fui cumplimentado en nombre de la Reina por el Cuerpo de la Ciudad, compuesto del *Ataire* y treinta diputados y la ceremonia ha acabado con veinte frascas de vino de Canarias bebiendo a la salud del rey de España y de la reina de Inglaterra...y aseguro a V. S. que ya no podía sufrir mi peluca¹³... En todas las ciudades y lugares que he pasado hasta llegar a Londres se ha practicado por los públicos los mismos cumplimientos y en la ciudad de Canterbury, habiéndome convidado el *Ataire* y los diputados a beber a la salud de Sus Majestades en la Casa de la Ciudad no tuve dificultad de pasar a ella con todo mi séquito y no es ponderable las expresiones recíprocas, los abrazos y todas las demostraciones que se hicieron en obsequio de los reyes y príncipes católicos y de la nación española...y al salir de la Casa de la Ciudad hallé reunido al pueblo y me acompañaron a mi posada más de noventa personas con un ruido de Viva el Rey de España, el Embajador y la Nación Española y duró casi toda la noche éste publico regocijo al cual convino corresponder con muchas botellas de vino y algunos doblones de España”¹⁴.

A la salida de Canterbury recibe un correo de Dartmouth con una invitación para comer en su casa en unión de Bolingbroke, Harley y Lord Paulet (mayordomo mayor de la Reina). Dos accidentes con rotura de su berlina le obligan a posponer la invitación hasta el día siguiente. El 16 de diciembre, a las dos de la tarde, llega a su casa de Londres “donde es inexplicable el número y la confusión del pueblo que se juntó por las calles siguiendo el coche y no me dejó hasta las ocho, cuando entré en casa de Dartmouth. La cena fue magnífica, duró cuatro horas, y al fin se brindó repetidas veces, con todo género de vinos y licores, a la salud de los Reyes, la Reina de Inglaterra... y la reunión perpetua de las dos naciones”.

Al día siguiente “al pasar por una las calles mayores se juntó el pueblo y me rodeó el coche con tanta multitud y confusión gritando vivas al Rey de España y a la nación española que para hacerme camino fue preciso echar algunos doblones de España y esta pública

¹² AGS, Estado. Legajo 6820. Monteleón a Grimaldo, 11 de diciembre de 1712.

¹³ Ibid..

¹⁴ AGS, Estado. Legajo 6820, Monteleón a Grimaldo, 22 de diciembre de 1712

demostración del pueblo, en la propia capital de Londres, ha sido aun de mayor complacencia a este Ministerio”.¹⁵

Como Monteleón estaba en Londres a título particular todos estos actos estaban fuera de protocolo pero halagaban su vanidad de manera extrema, como queda evidente leyendo sus cartas, de las cuales Grimaldo y envió copia a Osuna y éste tuvo muy duras palabras hacia Monteleón acusándole de haberse dejado influir de manera inconveniente por tales recepciones. Tal vez sea ésta la primera vez que se registra por escrito la falta de empatía entre ambos plenipotenciarios que va a conducir, cuando trabajen juntos en Utrecht, a tales peleas que serán piedra de escándalo para todo el Congreso.

El día 21 de diciembre, a las ocho de la noche, la Reina le recibe en audiencia a la que acude acompañado de Darmouth, como introductor, y de todo su séquito. Monteleón dirige a la reina Ana un discurso de estado en el que, tras transmitirle la veneración y la amistad de Su Majestad Católica, agradece en su nombre los pasos que la Reina ha dado para acabar con la guerra. Le dice que la amistad entre las dos naciones "era tan natural como comunes los intereses siendo recíproco el genio e inseparables las conveniencias de entrambas... El Rey, mi Señor, ha hecho no pocos sacrificios, con renunciaciones y cesiones de monarquías, reinos y estados para facilitar las buenas intenciones de Su Majestad Británica de dar la paz a Europa quedándole sólo el dolor de perder tan honrados vasallos fuera del continente de España... Pero que logrando volver a la más estrecha unión y amistad entre la Inglaterra y España se debían sentir menos nuestras pérdidas y esperar con el tiempo y con la ayuda (de Inglaterra) el recobro de la mayor parte de ellas"¹⁶. La Reina contestó también en lenguaje diplomático lamentando que las circunstancias no le permitieran en aquel momento hacer más por el Rey España, alabando las buenas prendas de la Reina y agradeciendo el buen recibimiento que se había hecho a Lexington. A continuación Monteleón presentó a su séquito y la Reina departió amablemente con todos ellos.

Monteleón queda muy satisfecho de la recepción que le han hecho la Reina y los ministros ingleses y termina la carta a Grimaldo, en la que le da cuenta del acto anterior, con estas palabras optimistas:

"Los Secretarios de Estado no han faltado todos los días una o dos veces de venir a mi casa de forma que, si a la sustancia del negociado corresponden las obras y las palabras, se puede esperar la moderación de algunos capítulos que lo más que tienen contra sí es el suponer que están acordados".

Todas estas referencias, que pueden parecer intrascendentes, nos dan una idea del talante de Monteleón y su simpatía y habilidad para las relaciones humanas, aunque el tono de sus cartas sea algo exagerado a causa de su vanidad y de su irreprimible tendencia a la autoexaltación. Pero no puede negarse que se hizo con la amistad y el respeto de los ministros ingleses a los que siempre jugó limpio. Una prueba de ello pueden ser las opiniones respectivas de Torcy y Bolingbroke sobre él:

¹⁵ Ibid. El gobierno torie no perdía ocasión de hacer ver el apoyo popular a su política pacifista a causa de la fuerte oposición whig. Por ello estas manifestaciones, tal vez no tan espontáneas, contribuían a la formación de la opinión pública.

¹⁶ Ibid. Monteleón a Grimaldo, 22 de diciembre de 1712.

“...la diligencia no es precisamente característica de esa nación (España) y la ignorancia con frecuencia aumenta su natural lentitud. Monteleón tiene talento y está bien intencionado, yo espero que Ud. lo encuentre dispuesto a arreglar cualquier cosa que les haya preocupado en las negociaciones en Madrid”¹⁷.

“Monteleón es hombre de grandes habilidades y no es la ni la mitad pro-francés de lo que se esperaba”¹⁸.

El 24 de diciembre vuelve a escribir Monteleón avisando que aún no ha comenzado las negociaciones pero que ha solicitado y mantenido una entrevista con Bolingbroke para saber el estado en que se encontraban las deliberaciones del congreso de Utrecht. El Secretario de Estado le cuenta que, realizadas ya las renuncias en España y Francia, la situación era de tensa espera:

"Le ha parecido a Su Majestad Británica no diferir un momento de tiempo para hacer saber a los estados de Holanda sus últimas intenciones, encargando a lord Strafford que hiciese saber a los diputados de Holanda la intención de Su Majestad Británica de dar tres semanas de tiempo a los Estados (Generales) para deliberar si quieren o no entrar en la conclusión de las paces... Y que si dentro del término señalado no convenía la Holanda en ello, pasaría Su Majestad Británica a concluir su paz particular, incluyendo al duque de Saboya, con las dos coronas de España y Francia¹⁹. Me ha asegurado Bolingbroke que conviniendo la Holanda en las paces, como lo supone este ministro, se hará la instancia al Congreso de Utrecht... para que inmediatamente se den los pasaportes y sean admitidos los plenipotenciarios de España".

Sobre la posible adhesión del Archiduque al proyecto de paz Bolingbroke era pesimista: "Son inexplicables las cábalas y enredos que ha intentado la corte de Viena para destruir los presentes tratados de paces... No hay infamia ni traición que no se haya intentado y que la vigilancia de este ministerio no haya descubierto y remediado"²⁰. Opina que Sinzendorff, en apariencia, ha suavizado recientemente su actitud beligerante pero "la Reina le ha respondido que, ante la postura que ha venido manteniendo la corte de Viena, ella ya se había empeñado ante las coronas de España y Francia de forma que, presentemente, sólo podría complacerle en los términos que fuesen conformes a los empeños ya contraídos por Su Majestad Británica"²¹. Bolingbroke piensa, por otra parte, que "las dilaciones de Holanda son artificiosas, para ganar tiempo lisonjeando su mala voluntad sobre los accidentes que puedan acontecer en la vida de la Reina y del rey de Francia"²². Por el contrario, en lo que se refiere a la actitud de los ministros ingleses hacia España, Monteleón la ve con mucho optimismo y no poca ingenuidad: "descubiertamente sienten lo que nos quitan y mucho más lo que dejan al Archiduque, de cuyo príncipe, ministros y generales se

¹⁷ Bolingbroke, *Letters and Correspondence*... Vol. III, p.213. Torcy a Bolingbroke.

¹⁸ Ibid. Vol. III, p. 363.

¹⁹ AGS, Estado, leg. 6820. Monteleón a Grimaldo, 24 de diciembre de 1712

²⁰ Ibid.

²¹ Ibid.

²² Poco después de esta carta Monteleón va a escribir a Osuna diciéndole que "la constitución del cuerpo de la Reina, lleno de humores, con las piernas siempre hinchadas y casi siempre acometida de gota no dan esperanzas de larga vida". AHN, Estado, leg. 3379. Monteleón a Osuna, 6 de febrero de 1713. Luis XIV no estaba enfermo pero había cumplido ya los 74 años.

habla con el mayor desprecio, pero esto no basta a apurar los empeños públicos contraídos porque en la constitución de este gobierno está sujeta la autoridad del ministerio a la pública aceptación; y con la Holanda es aún mayor el odio natural de esta nación"²³.

Monteleón no vuelve a escribir a Grimaldo hasta el 19 de enero. Para entonces ya ha tenido tres conferencias, de más de cinco horas cada una, con Bolingbroke sobre los puntos que quedaron pendientes en la respuesta que dio Felipe V al *papier* presentado por Lexington en Madrid. Han sido conferencias de tanteo, sin llegarse a ninguna conclusión definitiva, entre otras cosas a causa de una enfermedad que había tenido Harley que le había alejado unos días de las funciones de gobierno. Esta carta es importante y parte de su contenido ya se ha mencionado en los apartados 16.1, 16.2 y 16.3: en primer lugar adjunta a la carta la documentación que aportó Sinzendorf para el tratado evacuación de Cataluña y los comentarios que a ella había hecho el ministerio inglés; en segundo lugar informa de la postura de la Reina sobre la pretendida renuncia que debía hacer la Casa de Austria a la corona de España y sobre el resto de puntos que en Madrid quedaron pendientes de acuerdo; por último da consejos e instrucciones sobre la forma de tratar a Gellinghan y aclara de quién era la responsabilidad total en los aspectos comerciales. Pero, como antes dije, estas reuniones fueron sólo de tanteo y exposición de las posturas de ambas partes sin que realmente se entrara todavía en verdaderas negociaciones.

Muy interesantes también son las opiniones que transmite Monteleón en esta carta y que reflejan lo que, en apenas un mes de estancia en Londres, ha sacado como conclusión sobre lo anómalo del funcionamiento del gobierno en Inglaterra visto con óptica europea. Algunas de estas opiniones son certeras, y otras no tanto, pero en general parece claro que ha asimilado las lecciones que para adoctrinarle le ha impartido Bolingbroke sobre política inglesa: un gobierno siempre en la cuerda floja, mediatizado por el Parlamento, por la opinión pública y por la oposición y con la integridad física de sus miembros pendiente del más mínimo desliz en sus actuaciones.

Y así Monteleón le habla a Grimaldo de "la fuerza e indispensable dependencia del Parlamento, o para las necesarias asistencias (económicas) o para la aprobación y convalidación de cualquier resolución que concierna a los intereses o leyes del reino, por lo que no se puede pretender que los negocios o tratados caminen por la misma regla que se practica por cualquier otro príncipe soberano; pues muchas veces la Reina reserva sus empeños y resoluciones aún a su mismo Consejo de Estado y aguarda las coyunturas favorables para publicarlos y hacerlos aprobar por el Parlamento, siendo éste principio infalible"²⁴. Y pone como ejemplo la reserva con que se han llevado las conversaciones de paz iniciales entre Francia e Inglaterra, por medio de cartas secretas entre Bolingbroke y Torcy, "quedando los dos ministros de Inglaterra expuestos a perder la cabeza si el negociado se hubiese descubierto".

Explica a continuación cómo funciona el gobierno:

²³ AGS, Estado, leg. 6820. Monteleón a Grimaldo, 24 de diciembre de 1712.

²⁴ AGS, Estado, leg. 6820. Monteleón a Grimaldo, 19 de enero de 1713.

"El Gran Tesorero es el primer ministro, justamente árbitro de la voluntad y confianza de la Reina, sólo depositario de sus secretos y dispótico (sic) de todo el poder, dinero y oficios de Su Majestad con lo cual mantiene su partido y destruye el contrario. Milord Bolingbroke, Secretario de Estado es su primer confidente, con entera aceptación de la Reina porque en el juicio, aplicación y sobresalientes prendas se conforma con el genio y máximas del Gran Tesorero; y gobernándose Su Majestad por estos dos ministros, sólo por ellos se decide en los negocios, o públicamente o secretamente, aunque por formalidad pase por manos de otros"²⁵.

Monteleón aún no había descubierto las auténticas relaciones entre Harley y Bolingbroke ni cómo éste asumía, aunque guardara las formas, directamente con la Reina la responsabilidad última de las decisiones sobre la paz dejando en no pocas ocasiones a Harley al margen o, al menos, reducido a poco menos que a asentir²⁶. Sin embargo fue consciente, de forma inmediata, de la inoperancia e incluso la rémora que representaba Dartmouth:

"Las conferencias que he tenido con milord Bolingbroke sobre nuestras cosas de España las he tenido casi concluidas, con recíproca satisfacción, y cuando, por formalidad, he dado el papel a milord Dartmouth la respuesta que ese ministro me ha dado ha sido remitirme copia de las cartas que se habían escrito a milord Lexington, que son bastante altivas y sin concluir, en muchos capítulos esenciales, nada de positivo nuestro favor; y esto ha sucedido porque discutiendo la materia en el Consejo de Estado no son los genios conformes, ni los más de ellos saben el secreto y la voluntad de la Reina. Pero, volviendo yo a tratar con el Gran Tesorero y milord Bolingbroke, quedaron por ellos decididos los puntos controvertidos, sin la participación del Consejo y sólo con la secreta inteligencia de la Reina"²⁷.

17.2 LA NEGOCIACIÓN DE LONDRES

Entre el 19 de enero, fecha en la que Monteleón ha escrito la anterior carta, y el 5 de febrero que es cuando continúa con sus informes a Madrid²⁸ la negociación ha avanzado hasta el punto de haberse consensuado un documento, redactado en francés y a doble columna, bajo los encabezamientos siguientes: "Propuestas hechas por el marqués de Monteleón, ministro plenipotenciario Su Majestad Católica" y "Respuestas de la Reina". La ordenación seguida es la misma que adoptó Lexington en su *papier*. Monteleón en su carta va detallando punto por punto el estado la cuestión y da por seguro que, aún cuando el documento no lleva firma de ninguna de las partes, los acuerdos que contiene deben considerarse como firmes. Escribe a Grimaldo:

"Reconocerá Vuestra Señoría que mis proposiciones y las respuestas son en muchas partes casi conformes en la sustancia, y aún en las palabras, y esto ha procedido de las largas conferencias que preventivamente he mantenido, arreglándome yo en todo lo que podía ser

²⁵ Ibid.

²⁶ Al llegar al poder Jorge I, y con él de nuevo los wihgs, se sometió a juicio al gobierno anterior en lo que respecta a su actuación en la negociación de la paz y en puntos tan fundamentales como el caso de los catalanes o las *restraining orders*. Harley y Lexington fueron exonerados de culpa pero Bolingbroke fue desposeído de títulos y honores y hubo de marchar al exilio.

²⁷ AGS, Estado, leg. 6820. Monteleón a Grimaldo, 19 de enero de 1713.

²⁸ AGS, Estado, leg. 6822. Monteleón a Grimaldo, 5 de febrero de 1713 y documento adjunto.

compatible en el estado presente en las cosas a los sentimientos de este ministerio, que trata con toda franqueza, escucha con toda paciencia, decide con brevedad y aborrece las dilaciones, las inútiles palabras o los artificios".

Como puede verse Monteleón no sólo está encantado con la marcha de la negociación sino que parece totalmente seducido por el encanto de Bolingbroke.

Los puntos relativos al reconocimiento de la sucesión en la corona inglesa y a la renovación de los antiguos tratados de amistad entre ambas potencias, no requieren matiz alguno. En el punto 2 Monteleón dice que Su Majestad Católica consiente en que la Casa de Austria no renuncie formalmente a la corona de España con la condición de que tanto el rey de Francia como la reina de Inglaterra sean garantes de que, en caso de que el Archiduque pretenda, en la Paz General, la cesión de Flandes, Nápoles o Milán, previamente debe renunciar a la corona de España. La Reina contesta de manera algo sibilina diciendo que "en los tratados de paz las partes contratantes deben darse garantías mutuas para asegurar la ejecución de todos los artículos que incluya". Pero después dice que es justo que "si el Rey Católico renuncia a Flandes el Emperador debe, recíprocamente, renunciar a la corona de España". Obsérvese que la Reina habla sólo de Flandes pero Monteleón lo ignora y da este artículo por zanjado. En los Preliminares de Madrid si va a quedar contemplada en su totalidad la petición de España.

En lo que respecta a la cesión de Menorca, Monteleón pide que, si por cualquier circunstancia, Inglaterra pretendiera cederla a terceros, España tendrá la preferencia. La Reina ni afirma ni niega a este respecto. Existe acuerdo tanto con respecto al mantenimiento de la religión católica, siempre que las medidas que haya que adoptar no sean incompatibles con las leyes de Inglaterra, como respecto a que los habitantes de las islas seguirán disfrutando de sus propiedades y honores. Según aclara Monteleón en su carta este artículo, cuya redacción no se admitirá después de Madrid por insuficiente, fue motivo de fuertes debates en el Consejo de la Reina por considerarse "indecoroso para su autoridad que fuese por condición porque siendo la plaza ganada por las armas no necesitaba de otra explicación". Monteleón, que tenía miedo a la reacción que podía producirse en Madrid, aconseja a Grimaldo que "sobre este punto de la religión conviene tratarle con gran delicadeza y cautela porque más se conseguirá por la buena inteligencia que por explicaciones demasiadamente precisas capaces de empeñar el consenso de la Reina".

"En el artículo 5 sobre el castillo de Gibraltar todo queda convenido a la satisfacción de Su Majestad, y sin conceder un palmo de tierra ni comunicación más que por mar debiendo añadir que no he dejado de promover la especie de redimir esta plaza, con dinero u otro equivalente, con el fundamento que teniendo todos los puertos de España, no les puede servir esta plaza sino de agravio y gastos; a lo que me han respondido que no será difícil con alguna dilación de tiempo... pero no se puede hacer ahora pues los pueblos están embelesados con la apariencia de esta conquista".

Los ingleses piden paciencia para que se haga evidente a todos la inutilidad de la plaza y lo costoso de su mantenimiento pero se intuye que están engañando a Monteleón porque, de lo contrario, no se justifica que se le pida que no informe a Lexington sobre estas

afirmaciones²⁹. También existe acuerdo en no permitir que moros y judíos se establezcan en Gibraltar, y en no dar acogida ni auxilio a sus barcos, de manera que se impida que interfieran en las comunicaciones con Ceuta o que infesten las costas de España, aunque en este punto la redacción que hace la Reina resulta algo oscura. Se permitirá la religión católica y, en caso de cesión de esta plaza, España "será siempre preferida".

En el artículo 6, relativo a Sicilia, existe acuerdo en cuanto a su cesión al duque de Saboya y su reversión a España en caso de que falte en este reino descendencia por línea masculina así como en lo relativo a bienes, honores y derechos de sus habitantes y en la prohibición de enajenar la isla a terceros. El desacuerdo se produce en cuanto a la pretensión española de subordinar esta cesión a la petición del Rey Católico de que no se produzcan más desmembramientos de su Monarquía en posteriores tratados de paz. La Reina asegura al Rey que "ha tomado medidas para prevenir cualquier demanda que se presente. En todo caso los ministros de Su Majestad Católica no tendrían sino que mantenerse firmes y la Reina manejará las cosas de manera que se impida cualquier desmembramiento". Como se ha dicho, plasmar esta petición en un artículo del tratado era considerado como inviable por los ingleses a causa de los compromisos de Inglaterra con sus aliados, especialmente por lo acordado con Portugal en el tratado de Methuen. Para obviar esta situación la Reina va a proponer, bajo su garantía, una alianza entre España y Portugal para que éste no necesite levantar una barrera defensiva con ciudades españolas. Monteleón replica que informará a su Rey de la propuesta inglesa y que espera que se conforme con ella. Pero no era éste el único contencioso con Portugal que afectaba a la integridad de la Monarquía, como podrá verse en el próximo capítulo.

Pero, aparte del posible tratado, el problema era que Bolingbroke se negaba a que las seguridades solicitadas por España se garantizaran por medio de un artículo, fuese oficial o secreto, y Monteleón tuvo que plantear posibles alternativas, aunque todas ellas precarias, como que el Gran Tesorero escribiera una carta a la princesa de los Ursinos, en nombre de la Reina, dándole seguridades de que haría desistir al rey de Portugal de sus peticiones. La solución menos mala que se encontró fue la indicada en el anterior párrafo sobre las seguridades que daría la Reina. Monteleón dice en su carta: "Me parece que Su Majestad se puede contentar de todas estas declaraciones, que tengo por equivalentes y de igual fuerza a cualquier otro capítulo secreto" La alianza con Portugal le parece muy interesante porque "deja a Su Majestad en mayor libertad de aplicar sus esfuerzos a la recuperación de los dominios de Italia".

En relación a los artículos 7 a 10, todos ellos de contenido comercial, no existe desacuerdo. La Reina renuncia a la exención del 15% de arancel a cambio de que se acepten las propuestas de Gellinghan. Pero intenta vender cara esta cesión. La Reina dice que era promesa de Mesnager y que ella aceptó el resto de artículos de la convención por las enormes ventajas que veía para sus súbditos con esta exención. Por eso la compensación que espera recibir por su renuncia debe ser proporcionada a lo que gana España con ello.

²⁹ La carta de 5 de febrero tiene una postdata que dice: "Lo que digo que con un poco de tiempo se podrá recuperar Gibraltar me han avisado estos ministros que importa mucho que milord Lexington no lo llegue a penetrar".

Como era de esperar la mayor controversia se produce al tratar el tema de los fueros y privilegios de los catalanes. Monteleón está de acuerdo con que se les conceda el perdón y pide que la Reina se comprometa a incluir en el tratado de Paz General un artículo por el cual todos los súbditos Su Majestad Católica "que han seguido el partido de su deber" sean restablecidos y mantenidos en sus bienes y honores. La Reina en su contestación declara que "se cree obligada a insistir en favor de los catalanes en algo más de lo que se le propone. Su Majestad ha entendido siempre que la amnistía general con restitución de bienes y honores que Francia prometió (en nombre de Felipe V) en el mes de abril contenía la conservación de los privilegios establecidos y reconocidos".

Monteleón explica a Grimaldo que la Reina, cuando se proceda a evacuar Cataluña, queda obligada a dejar a los catalanes en el estado en que los encontró al principio de la guerra pero que él se ha negado absolutamente a cualquier concesión a este respecto. Explica también que hablando en confianza con Bolingbroke éste le ha dicho que era imposible que la Reina desistiera de esta demanda, no sólo por sus compromisos con los catalanes sino por considerarlo indispensable para la Paz General. Aparece ahora, por vez primera, el subterfugio de hablar de "*antiguos privilegios*", que con esta palabra general y capaz de muchas interpretaciones se podrá salvar el honor y empeño de la Reina y que Su Majestad Católica quedaría en libertad, después de las paces, de hacer lo que más entendiere convenir a su real servicio... pues Su Majestad Británica no se opondrá a que Su Majestad ejecute después lo que le pareciese".

La fórmula *privilegios antiguos* cuando llega a conocimiento del duque de Osuna le satisface y escribe a Monteleón:

"En lo que toca a que se guarden los privilegios antiguos de los catalanes está muy bien dispuesto y ejecutado porque, siendo éstos los que concedió el rey Sancho o don Enrique, le queda a Su Majestad con esto la mano alzada para poderlos sujetar y hacer lo que fuere su voluntad... Y así V. E. mantenga y defienda que no sean más que los antiguos y primitivos privilegios que les concedió el Rey, sin añadir los que a éstos fueron concediendo y agregando los demás reyes hasta que se rompió esta guerra, porque esto último fuera tan perjudicial como V. E. tendrá presente al dejarle al Rey sin autoridad ni dominio sobre ellos, atadas las manos para poder obrar si no es volviéndolos a conquistar"³⁰.

Cuando Felipe V se entera de esta carta se enfada mucho y encarga a Grimaldo que le escriba muy secamente a Osuna: "Su Majestad me manda decir que, estimando su celo y procedentes reflexiones y por lo que se le ha prevenido sobre esta materia, habrá entendido V. E. su resolución"³¹.

Aparte de los puntos planteados inicialmente por Lexington, Monteleón en la aludida carta de 5 de febrero toca otros asuntos de interés, algunos de los cuales se incorporarán a los Preliminares. Por ejemplo, el tema de los pescadores guipuzcoanos fue comentado a Bolingbroke y éste pidió informe a los Comisarios de Comercio de Inglaterra que le contestaron que, efectivamente, pescadores españoles habían faenado en Terranova pero sin ningún derecho a ello. Antes bien, en tiempos de Guillermo III se había redactado una

³⁰ AHN, Estado, leg. 3396/1. Osuna a Monteleón, 20 de febrero de 1713.

³¹ Ibid., Grimaldo a Osuna, 3 de abril de 1713.

ordenanza que prohibía a cualquiera no residente en Inglaterra pescar en dichas aguas³². A la vista de ello, Dartmouth le dice a Monteleón cómo están las cosas pero que, si los pescadores pueden aportar pruebas de su derecho, la Reina no pondrá problemas para incluirles en el tratado de paz³³. Monteleón envía copia de las cartas de los Comisarios a Grimaldo pero le advierte que "este ministro (Dartmouth) no sabe que milord Bolingbroke, reservadamente y por orden de la Reina, ha convenido conmigo de este capítulo en que no habrá novedad que altere la inconcusa posesión, navegación y pesca de los moradores de Guipúzcoa en Terranova"³⁴.

El asunto del feudo de Siena fue también objeto de negociación por parte de Monteleón. El gran duque de Toscana había recibido su investidura de Felipe V, como hicieron sus antecesores de otros reyes españoles, pero, en 1710, el Archiduque le obligó "por la fuerza de las armas a tomar también de su mano tal investidura. He insistido fuertemente que Su Majestad Británica conserve a la España este derecho pues, por la falta de sucesión de la casa de Toscana... se considera no muy remota la devolución de este estado. Ha entrado este ministro, con entero conocimiento y satisfacción, en esta demanda porque tiene dos principales objetos, el primero frenar la demasiada autoridad de los alemanes en Italia y el segundo tomar, desde ahora, todas las medidas posibles para que los estados del Gran Duque no recaigan ni en la casa del Archiduque ni en la Francia, por lo que importa al comercio de Inglaterra conservar independiente de estas potencias el puerto de Liorna"³⁵. La propuesta de Monteleón, consistente en entregar Siena y toda la Toscana a un infante de España, fue muy bien acogida por Bolingbroke y por Grimaldo³⁶. Éste le escribe el 29 de marzo lo siguiente: "Ha visto Su Majestad lo que V. E. dice sobre el estado de Siena y el derecho de él a España y me manda le dé muchas gracias y le estime su idea, expresándolas también a Su Majestad Británica y que V. E. vaya continuando este negocio"³⁷. A Monteleón le parece fundamental que España mantenga un enclave en Italia, no sólo para el equilibrio de fuerzas sino para recuperar Nápoles, lo cual piensa no será tarea demasiado difícil en un futuro tal vez no muy lejano. Aparece también el tema de la soberanía de la princesa de los Ursinos:

"Su Majestad Británica ha querido concurrir en que tengan entero cumplimiento los efectos de la Real munificencia y gratitud en la merced que Su Majestad ha hecho a mi señora la princesa de los Ursinos de constituir un estado de 30.000 escudos de renta al año en Flandes".

En este asunto no va a poner impedimentos Inglaterra. Incluso, como veremos, va a pelear sinceramente por ello contra Holanda y contra Alemania. Sus razones eran conseguir con ello el apoyo incondicional de la princesa a la causa inglesa, apoyo en el que el ministerio depositaba grandes esperanzas.

³² AGS, Estado, leg. 6822. Comisarios a Bolingbroke, 13 de enero de 1712/13 (VE).

³³ Ibid., Dartmouth a Monteleón, 17 de enero de 1712/13 (VE). Lógicamente por tratarse de una actividad tradicional no existía ningún documento que autorizara la pesca.

³⁴ Ibid., Monteleón a Grimaldo. Carta, también de fecha 5 de febrero de 1713, adjuntando la de los Comisarios.

³⁵ Liorna, es decir Livorno, era ya en la época un importante puerto comercial con mucho tráfico marítimo con España.

³⁶ Los toscanos no habían estado nunca bajo dominio español por lo que era extremadamente difícil que lo aceptaran ahora. Diferente es que su dinastía tradicional fuera sustituida por otra.

³⁷ AGS, Estado, leg. 6822. Grimaldo a Monteleón, 29 de marzo de 1713.

Para Monteleón y Bolingbroke la negociación estaba prácticamente rematada en los términos del documento que contiene las posturas de Monteleón y de la Reina. Este documento se hizo llegar a Lexington y Gellinghan para que, con Bedmar, redactaran urgentemente un tratado que, sin demora alguna, debían enviar a Utrecht "para que sepan que están ajustadas las paces entre España e Inglaterra y Su Majestad se podrá dignar al mismo tiempo de remitirme un duplicado para presentarlo aquí a Su Majestad Británica".

La prueba de que el acuerdo se daba prácticamente por terminado es que Monteleón va a ir redactando a lo largo del mes de febrero dos cartas, a las que va a poner la misma fecha de 1 de marzo³⁸, en las que sólo habla de temas colaterales como el tratado evacuación de Cataluña o de las diferencias entre Inglaterra y Francia que aún impedían considerar cerrado su acuerdo de paz. Sobre el tratado con España se dice en la primera de las cartas:

"Su Majestad Británica declarará que el tratado de paz entre España y la Inglaterra quedará concluido a falta de firmarlo... los ministros concurren conmigo en esta declaración al Parlamento de la paces ajustadas... y que sólo falta de firmarlo confiando enteramente en un principio de buena fe que el Rey nuestro Señor no dejara de convenir... en las proposiciones y demandas que quedan remitidas para tratar y decidir con Monsieur Gellinghan, y a este efecto milord Bolingbroke y yo estamos actualmente trabajando para formar en lengua latina una planta del tratado"³⁹.

La segunda carta es igual de concluyente respecto a lo cerrado del acuerdo. Monteleón insiste en que sigue redactando en latín el tratado definitivo, que luego debe firmarse en Utrecht "y por no saberse aún si quedan concluidas las dependencias de comercio se suplirá esta incertidumbre con la buena fe, declarando en términos generales que el comercio de España e Indias ha de ser en la misma forma que se practicaba en tiempos del rey Carlos II, reservando el comercio y navegación de Indias a los solos españoles, con exclusión perpetua de las demás naciones de Europa" y más adelante continúa diciendo que "Su Majestad Británica, que se halla más aliviada de la indisposición de su gota, no puede retardar más de convocar su Parlamento en el que declarará que las paces particulares con la España quedan ajustadas y sólo a falta de firmarlas"⁴⁰.

Por otra parte Bolingbroke, conocedor de que ya se habían emitido los pasaportes para los españoles⁴¹, pide a Monteleón que no marche todavía a Utrecht y que espere a que se concluya y firme el tratado en Londres. Las razones que arguye Monteleón para adherirse a esta idea son que "parece que pueda haber algunas dificultades en el Congreso sobre todo lo que aquí se ha convenido. Soy del parecer que nada nos puede más convenir que el mantenerme (lo) más tarde que pudiera en esta corte para que vayan las órdenes decisivas de la Reina sobre cualquier contingente dificultad y podré, quizás, ser más útil a la

³⁸ AGS, Estado, leg. 6822. Son dos cartas de Monteleón a Grimaldo ambas de fecha 1 de marzo de 1713. La que fue escrita en primer lugar comienza "El día once del corriente" y la segunda "anoche 23 de febrero".

³⁹ Ibid. Monteleón a Grimaldo, 1 de marzo de 1713 (1ª carta). Bolingbroke era un excelente latinista, sus cartas tienen con frecuencia citas de poetas latinos y es rara la carta a Prior que no tenga algún verso de Horacio. No he encontrado el más mínimo indicio de que Monteleón pudiera tener habilidades suficientes para ayudar a Bolingbroke a poner el tratado en latín.

⁴⁰ Ibid., Monteleón a Grimaldo, 1 de marzo de 1713. (2ª carta)

⁴¹ Los pasaportes se emitieron el 17 de febrero de 1713 pero tardaron casi un mes en llegar a París.

superiores direcciones del duque de Osuna cuanto más me detuviere en la corte de Inglaterra"⁴².

El 11 de febrero llegó a Londres el mariscal de campo Patricio Lawles⁴³. Venía a sustituir a Monteleón cuya marcha a Utrecht se presumía en Madrid próxima. Al igual que éste su entrada en Inglaterra la hizo a título particular y Monteleón lo acogió en su casa y lo introdujo ante los ministros ingleses. Al día siguiente Bolingbroke invita a comer a ambos, junto con el conde de Oxford, y dice Monteleón: "Me pareció bien que don Patricio interviniese en este honrado convite para que fuese testigo de la estrechísima amistad y confianza con la cual estos dos grandes ministros me tratan, confiriendo y pidiendo mi parecer aún en todas las materias de su gobierno". He aquí otra prueba de la exacerbada vanidad de Monteleón que se puede complementar con otra extraída de la misma carta: "El día 17 se festejaba en Palacio los años de Su Majestad Británica, en su edad de 49 años, pareció la Reina en una silla de manos, por su gota, y se detuvo por una hora a jugar a la *baxeta* y me hizo el honor, según siempre lo ha acostumbrado, de hacerme sentar cerca de su real persona... El concurso de damas y caballeros fue infinito, las galas muy lucidas y nuestros plumajes colorados por divisa de España, muy distinguidos y agradecidos"⁴⁴.

Bolingbroke estaba preocupado porque Francia no terminaba de cerrar su tratado de paz. Aparte de ciertas reticencias a cumplir con sus promesas de entregar los territorios de la bahía del Hudson, había otros tres problemas pendientes: la barrera holandesa a la que Francia pretendía restar a algunas fortalezas y castellanías, la barrera del Rhin con el Imperio cuyas diferencias eran de mayor entidad y, por último, las compensaciones al duque de Baviera. Sobre este último punto Inglaterra proponía la devolución de sus estados patrimoniales, salvo el Alto Palatinado, y compensarle por esta pérdida con el reino de Cerdeña. Pero Francia exigía, además, que se le entregasen las plazas de los Países Bajos en cuya posesión se encontraba aún el duque. El asunto de la devolución de su título de elector era más complicado por cuanto el Emperador decía que no dependía siquiera de él sino de la dieta de Ratisbona. Todo este diferendo estaba agriando las relaciones entre Inglaterra y Francia, hasta el punto de que en Utrecht se habían producido tensiones personales entre los plenipotenciarios de ambas naciones. Bolingbroke le contó a Monteleón que estaba aguardando la respuesta de Francia y que "si dicha respuesta no fuera concluyente la Reina notificará en el Parlamento el estado verdadero en que se hallan los tratados de paces y pedirá subsidios para mantener y reforzar sus tropas y continuar, si fuere menester, la guerra". Esta confidencia despertó el pánico en Monteleón que va a insistir a Grimaldo en que "importa infinito al servicio del Rey que por nuestra parte concluyamos luego el todo y que tengamos siempre presente la poca salud de la Reina y la fatalidad a que nos hallaríamos todos expuestos si sucediera su muerte"⁴⁵.

Todas las prisas de Bolingbroke para cerrar la paz, tanto con Francia como con España, tienen en gran parte su justificación en la actitud de los whigs que en su lucha por

⁴² AGS, Estado, leg. 6822. Monteleón a Grimaldo, 1 de marzo de 1713 (2ª carta)

⁴³ Patricio Lawles, irlandés y militar de carrera al servicio de España. Su primera actuación de cierto relieve fue mandar el destacamento de cien caballos que detuvo al duque de Medinaceli. (Castellví, *Narraciones Históricas*, Tomo III, p. 26). Posteriormente, ya con el grado de general intervino en la guerra de Cataluña.

⁴⁴ AGS, Estado, leg. 6822. Monteleón a Grimaldo, 1 de marzo de 1713 (1ª carta).

⁴⁵ Ibid., 2ª carta.

desbancar al gobierno del poder, seguían utilizando, a lo que parece, toda clase de medios por heterodoxos que fueran. El marqués de San Felipe nos cuenta el incidente siguiente: “Dando un banquete el ministro de Francia a los de Londres se prendió fuego en la casa de aquel y se consumieron alhajas muy preciosas. Divulgóse que la facción whig, rabiosa de la paz, lo había ejecutado. Esto no se pudo averiguar ni con las mayores diligencias que la Reina mandó hacer”⁴⁶. Esta noticia la comunicó también Monteleón –que asistía a la comida- a Grimaldo pero, al menos en la carta oficial, no se atreve a designar con claridad a los whigs como autores del incidente⁴⁷. Por otra parte, Saint Simon, que no tenía simpatía alguna por el duque de Aumont, lo acusa directamente de haber incendiado su propia casa para de esta forma conseguir dinero de Luis XIV; pero esta opinión no parece digna de mucho crédito.

La primera contestación que recibe Monteleón al documento que ha consensuado con la Reina es del duque de Osuna (la de Grimaldo no la va a recibir hasta el 13 de abril junto a la copia de los Preliminares acabados de firmar) y lleva fecha 10 de febrero⁴⁸. El duque ha leído atentamente lo que se ha pactado y le pide a Monteleón que intente conseguir cuatro objetivos:

Primero. Habría que precaverse de lo fuerte que queda la Francia y lo desmembrada que dejan a España, “abierta por todas partes y que de un día para otro nos pueden conquistar”. Francia puede poner en pie de guerra a 100.000 hombres de manera inmediata, sin que Inglaterra, lejana y maniatada por su Parlamento, nos pueda socorrer a tiempo. Para compensar esta situación de indefensión, ya que “el Rey ha renunciado al derecho que tiene a la sucesión de la corona de Francia, fuera muy razonable que a la España le restituyera la Francia la parte de Cataluña, todo el condado de Rosellón y, por la Vizcaya y Navarra, hasta Burdeos, que era del reino de Navarra quedando aquel río (el Garona) por barrera con lo cual poniendo guarnición en las plazas quedaba resguardada la España de cualquier invasión”. Con esta barrera, cree el duque, daría tiempo a que Inglaterra nos pudiera auxiliar.

Segundo. Ordena a Monteleón que “trabaje y adelante a hacer una liga secreta (con Inglaterra) para después de hecha la paz y con este u otro pretexto ayudarnos a recuperar Italia, procurando V. E. entrar en ella al señor duque de Saboya a quien se le podrá ofrecer el estado de Milán, que está contiguo al suyo y le tiene mejor cuenta, dejándonos la Sicilia... Que a los ingleses les tiene mayor conveniencia que la España quede con Sicilia, porque asegura su comercio de Levante, lo que no podrá lograr tan fácilmente teniéndola el duque

⁴⁶ *Comentarios*, p. 239.

⁴⁷ “Ha sucedido que hallándome esta mañana a comer en casa del Sr. Duque de Aumont, embajador de la Francia, con algunos principales señores de esta corte se puso el fuego repentinamente en la casa a la mitad de la comida y se quemó enteramente en menos de dos horas sin poderse hacer, hasta ahora, positivo juicio de si ha sido por casualidad o por malicia de mal intencionados *como los más sospechan por algunos preventivos avisos de esta desgracia*”. AGS, Estado, Legajo 6822. Monteleón a Grimaldo, 5 de febrero de 1713. Sin embargo el duque de Osuna que estaba en París y que también da noticia del suceso a Grimaldo corrobora la presunta autoría whig con estas palabras: “y aunque hasta ahora no se ha podido descubrir el agresor de la quema me dijo este capitán (de Diezne) se discurría haber sido por disposición del partido de los whigs...”. AGS, Estado. Leg 4313. Osuna a Grimaldo. París, 14 de febrero de 1713.

⁴⁸ AHN, Estado, leg. 3396/1. Osuna a Monteleón, 10 de febrero de 1713.

de Saboya, pues le conoce y no ignora su genio, demás que les conviene no dejar al Imperio tan fuerte".

Tercero. "En cuanto a que el Imperio entre en la paz no hay que hacer instancia que antes nos conviniera quedarse fuera".

Cuarto. "En cuanto a la liga secreta con Portugal debo decir que por ningún caso conviene hacerla, por lo perjudicial que en adelante será a los intentos que Su Majestad incurra (se supone que está pensando en una hipotética conquista de Portugal) en cuya inteligencia soy del sentir que V. E. no la solicite sino que procure excusar hablar de ella".

La razón de transcribir con detalle parte de esta carta del duque de Osuna es para dar idea de cuán alejado de la realidad podía estar, pese a su residencia en París, a sus frecuentes conversaciones con Torcy y a su conocimiento, que cabe suponer próximo, sobre la marcha las negociaciones, y de cuál sería el asombro y la alarma de Monteleón al recibirla. Ante ello el marqués decide cargar de desprestigio a Osuna y sembrar desconfianza hacia él tanto, en Grimaldo como en el propio Rey.

El 7 de abril escribe a Grimaldo una carta⁴⁹ bastante hipócrita con la excusa de quejarse del marqués de Mejorada, al que, por deferencia, envía copia de su correspondencia con Grimaldo aduciendo que le responde "tan conciso y tan seco que más presto parece que le inquiete o le agravie mi atención". Sabe Monteleón del conflicto de competencias entre los dos Secretarios de Estado, del trato preferente que el Rey da a Grimaldo y como a éste le halaga la queja que está recibiendo. Por eso aprovecha esta circunstancia para plantear el auténtico motivo de la carta:

"También debo decir a V. S. que el duque de Osuna, con su grandísimo celo y amor al Rey no se hace todo el cargo que conviene a la constitución de los tiempos y necesidad de las paces...y no quisiera que al Congreso de Utrecht echara alguna proposición que nos descompusiese la buena fe que he procurado establecer con los ministros de Inglaterra; pues por las cartas que me ha escrito deseaba que pidiese a la Reina que se empeñase a obligar a la Francia a ceder a la España el Rosellón, que se haga un tratado secreto con Inglaterra para que tome también el empeño de restituir después de las paces todos los estados que se ceden en ellas, que no se consienta en el tratado de alianza con Portugal... y muchas otras proposiciones de este género las cuales son presentemente impracticables y no servirían a otra cosa que de hacernos ridículos en el Congreso".

Como es lógico Felipe V se alarma y ordena a Grimaldo que escriba al duque de Osuna⁵⁰ a tenor de lo siguiente:

"V. E. se haga cargo de todo lo que conviene a la presente constitución del tiempo, a la previsión y necesidad con que se solicita la paz, a los empeños contraídos a este fin por nuestra parte y la de Francia...para que V. E. en presencia de todos estos indispensables requisitos, que en cualquier pensamiento deben ser atendidos y no atropellados, reprima y contenga los fervores de su amor, su celo y honra de la nación, templándolos su prudencia a

⁴⁹ AGS, Estado, leg. 6822. Monteleón a Grimaldo, 7 de abril de 1713.

⁵⁰ Ibid. Grimaldo a Osuna, 24 de abril de 1713.

todo lo que no se oponga a tan capitales circunstancias, no proponiendo ni despertando especie alguna a los ministros, dentro ni fuera del Congreso, que no sean aquellas para las que tenga positiva orden de Su Majestad porque aunque al amor e inteligencia de V. E. se ofrecerán muchas que fueran muy útiles la tesitura presente las hace impracticables”.

Volviendo a lo que en Londres sucede, el 19 de marzo Monteleón escribe a Grimaldo su siguiente carta⁵¹ en la que informa que Luis XIV, ante las amenazas de Bolingbroke de que la Reina pediría recursos al Parlamento para continuar la guerra, ha decidido aceptar las últimas propuestas inglesas. Piensa el marqués, erróneamente, que la paz debía estar ya firmada en Utrecht, de acuerdo con las órdenes remitidas a los plenipotenciarios de ambas coronas. Supone inmediato el que la Reina dirija una arenga al Parlamento anunciando la firma de la paz con Francia y también con España. Harley y Bolingbroke le presionan con el fin de "hallar un expediente para no incurrir en la monstruosidad que se declarase y publicase la paz particular con la Francia y no se ejecutase lo mismo por la España y hemos convenido que era preciso, de una y otra parte, obrar con confianza y buena fe". Lo que pretendían los ingleses era la firma por Monteleón de un tratado provisional en el que, a falta de mayores precisiones sobre los puntos pendientes, se estableciera que el comercio con las Indias sería hecho sólo por españoles, en su propios barcos, y que se devolvería a los catalanes sus *antiguos privilegios* aunque, por encontrarse Monteleón con órdenes positivas en contrario, esta cláusula sólo tendría efecto cuando fuera ratificada por el Rey.

"En estos términos milord Bolingbroke y yo hemos trabajado en lengua latina sobre todos los puntos que conciernen a este tratado, en el cual estoy enteramente satisfecho sobre las explicaciones que miran a la religión y demás condiciones y restricciones que son aún más fuertes que los capítulos convenidos entre milord Bolingbroke y yo, y que remití a Vuestra Señoría el 5 del pasado. En esta conformidad he creído del servicio de Su Majestad el no oponerme a las instancias que la Reina y sus ministros me hacen de firmar provisionalmente este tratado, para ejecutarlo después con formalidad en Utrecht... pues no hay otra forma para que la Reina pueda declarar la paz hecha con España".

La arenga de la Reina estaba prevista para el día 21 de marzo, incluso se había preparado un Te Deum en la catedral de San Pablo "cuya prueba se hizo antes de ayer con el mayor concurso de la nobleza". Pero la arenga se va a atrasar porque los holandeses insistieron en querer firmar la paz con Francia al mismo tiempo que lo hacía Inglaterra de manera que, como tal circunstancia no tuvo lugar hasta el 11 de abril, no fue preciso que Monteleón y Bolingbroke firmaran el aludido tratado provisional. Afortunadamente para Monteleón porque el escándalo que produjo su decisión al conocerse en Madrid fue mayúsculo. Grimaldo pide a Bergeyck, por encargo del Rey, que le dé su opinión y el conde contesta que "estoy muy sorprendido, como ya he dicho a Su Majestad, de que el marqués de Monteleón haya osado firmar un tratado provisional de paz antes de haber sabido la resolución de Su Majestad sobre sus cartas precedentes; porque es no sólo prudencia sino obligación de un plenipotenciario enviar al Rey, antes de firmarlo, el borrador del tratado por más que esté de acuerdo con sus instrucciones y órdenes". Le parece más desconcertante aún que Monteleón no haya siquiera imaginado que, cuando se disponía a firmar lo que le pedían los ingleses, lo normal era que estuviera a punto de suscribirse el esperado tratado de preliminares que debía servir de regla y fundamento al que se estaba

⁵¹ Ibid. Monteleón a Grimaldo, 19 de marzo de 1713.

elaborando en Londres y que podía incluir aspectos diferentes a los que él había negociado. Y, sobre todo, que siendo el principal tema de discordia el de los privilegios catalanes era preferible esperar a que estuviera concluida la evacuación de Cataluña, porque entonces se estaría ante un hecho consumado. Y si la Reina debía publicar que la paz se había firmado sólo con Francia, Inglaterra no tenía derecho a quejarse de que la negociación con España fuera más tardía ya que habían sido ellos los culpables del retraso con que se abordaron las conversaciones directas⁵².

Añade Bergeyck que cuando se reciba el tratado, que parecía presumible que Monteleón hubiera firmado antes del 21 de marzo fecha en la que la Reina se iba a dirigir al Parlamento, el Rey debería modificar para Utrecht lo que le conviniera, no ratificando lo firmado por su plenipotenciario y aprovechando la ocasión para añadir alguna cosa más no negociada hasta entonces como podía ser la restitución de los enclaves que los ingleses habían tomado en las Indias durante la guerra⁵³.

No obstante la opinión de Bergeyck el Rey dio su conformidad a la firma de un tratado provisional, para evitar que la Reina tuviera que informar que la paz con España estaba aún sin acordar. Pero pide que se haga “con las protestas y precauciones con que V. E. ha convenido en firmarla, reservando a Su Majestad y sin empeñarse en ninguna obligación”⁵⁴. Ciertamente el compromiso que Monteleón había adquirido no era tan etéreo como pretendían las órdenes que daba Grimaldo en su carta aunque, después de haber llegado a Londres los Preliminares de Madrid y las correspondientes instrucciones, el peligro de que el tratado provisional contuviera cláusulas que impidieran su ratificación en Madrid, había disminuido.

Pero como en Utrecht no acababan de firmarse los tratados entre Francia y el resto de los aliados, la Reina se vio obligada a ir aplazando, vez tras otra, su discurso al Parlamento y, por lo tanto, Monteleón no se ve en el compromiso de firmar el tratado provisional al que le presionaban Bolingbroke y Harley. Va a informar a Grimaldo los días 28 de marzo y 2 y 7 de abril de cómo se producen los sucesivos aplazamientos y de que la reunión del Parlamento tendrá lugar finalmente el 20 de abril y que la Reina informará de los tratados firmados en Utrecht y del provisional que ha firmado con España.

Lógicamente Monteleón está preocupado por no haber recibido contestación a su carta de 5 de febrero y debe conformarse con las noticias que le da Bolingbroke de lo que Lexington cuenta sucede en Madrid: "Estos ministros han recibido, ocho días ha, sus cartas de Madrid, del 13 del pasado (marzo), de milord Lexington y Monsieur Gellinghan y están muy contentos con la noticia de quedar concluidas las dependencias del asiento de negros y las demás materias tocantes al comercio así como de la próxima disposición en que se quedaba de devolver el extraordinario con categóricas y definitivas respuestas sobre todos los puntos que he remitido el 5 de febrero"⁵⁵. El problema de la falta de una comunicación ágil entre

⁵² AGS, Estado, leg. 6822. Bergeyck a Grimaldo, 7 de abril de 1713.

⁵³ Los ingleses, durante la guerra, habían hecho algunas conquistas no demasiado importantes en Florida, el golfo de México y en algunas islas.

⁵⁴ AGS, Estado, leg. 6822. Grimaldo a Monteleón, 10 de abril de 1713.

⁵⁵ Ibid. Monteleón a Grimaldo, 7 de abril de 1713.

Londres y Madrid, que ocasionaba tantos sinsabores a Monteleón, era que no se había establecido una vía de correo ordinario entre Londres y Madrid, vía Francia. Sí lo había por Holanda pero, según Monteleón, "además de ser un camino extraviado es exponerse a que me quiten los pliegos"⁵⁶. Por ello no quedaba otro expediente que el correo extraordinario caro y no fácil de implementar. En cualquier caso resulta inexplicable la falta de diligencia de Grimaldo para instruir a Monteleón sobre los puntos conflictivos de su carta de febrero. Pareciera como si en Madrid se pensase que lo importante era lo que allí se negociaba y que lo que hablaba su plenipotenciario en Londres era secundario o, en el mejor de los casos, prematuro.

Finalmente el 13 de abril llega a Londres un extraordinario con copia de los Preliminares de Madrid y con una larga carta de Grimaldo⁵⁷ que contesta a la del 5 de febrero y a otras cuatro más. Lógicamente el propio contenido de los Preliminares ya constituye una respuesta a las cartas de Monteleón, en algún caso con explícita desautorización como es en lo relativo al tratamiento que se había dado en Londres al asunto de la religión. En los artículos donde han quedado patentes las divergencias entre Lexington y Bedmar recibe instrucciones sobre la manera de actuar. Así, por ejemplo, en lo relativo a la prioridad que se da a España para recuperar Gibraltar y Menorca, en el caso de que Inglaterra se deshaga de ellas, se dice que "no cabe en la razón, ni aún en la buena correspondencia, que manifiesten los ingleses lo condicional de este artículo, pues no es justo que a otro príncipe extraño quede ningún derecho a estas plazas y así ordena el Rey a V. E. haga las más vivas y eficaces diligencias y quede concluido el que sólo se haya de ceder a Su Majestad y su Monarquía"⁵⁸. Con respecto a la cesión de Sicilia pide algo que no ha sido posible incluir en los Preliminares, aunque se haya discutido mucho con Lexington, y es que Sicilia sea feudo del Rey y sus sucesores. Por eso "ordena Su Majestad a V. E. haga sobre ello todo el empeño y aprieto que quepa". Pero en este asunto, y en otro similar sobre Malta que era, a su vez, feudo de Sicilia, el Rey está dispuesto a ceder en el último extremo.

En relación al asiento de negros y a los temas de comercio Grimaldo insiste en que se haga ver a Su Majestad Británica "cuanto ha cedido Su Majestad en estas dependencias por complacerla y por corresponder a la fineza que ha reconocido en su inclinación y perfecta alianza con la España y manifieste con activos y vivos colores la fineza de Su Majestad en lo que ha convenido".

Sin embargo el grueso de la carta de Grimaldo, nada menos que diecisiete folios, se refiere a los catalanes, insistiendo por activa y pasiva en la posición inamovible del Rey, no sólo en lo que atañe a la devolución de fueros y privilegios sino a dos cuestiones adicionales: la primera es que cuando se produzca la evacuación de Cataluña van a quedar en ella, posiblemente, numerosos seguidores del Archiduque además de otros que, habiendo marchado al extranjero, querrán volver. En relación con esto el rey quiere, "en bien de su monarquía e indemnidad de sus buenos vasallos separarlos y liberarlos de la inmediatez y cizaña de los que, traidora y rebeldemente, y contra la justicia, la razón, el juramento y la

⁵⁶ Ibid.

⁵⁷ Ibid., Grimaldo a Monteleón, 28 de marzo de 1713.

⁵⁸ Ibid.

obligación, han ofendido la majestad, el derecho y la nación”⁵⁹. Lo más que admite el Rey es mantenerles sus rentas, bienes y posesiones, restituyéndoles lo que abandonaron para que puedan disfrutarlo por medio de *administradores o agentes* pero siempre que exista reciprocidad con los vasallos del Rey que se encuentren ahora en territorios bajo dominio del Archiduque. Pero, en ningún caso, se admitirá su vuelta a Cataluña ya que, aparte del riesgo de *contaminación*, “le quedan al archiduque tantos dominios donde emplearlos”.

La segunda cuestión se refiere a los beneficiados y cargos de la iglesia nominados por el Emperador los cuales deberán ser removidos de sus cargos sin excusa alguna ya que otra cosa no es admisible para la conciencia del Rey que, a este respecto, se ha hecho asesorar por su confesor y por teólogos.

En cuanto a la cuestión de los privilegios escribe Grimaldo:

"Me manda Su Majestad decir, expresa y positivamente, que en ninguna forma viene ni vendrá en expediente, convenio ni tratado alguno que mude de lo que tiene determinado... sin admitir la palabra propuesta de *privilegios antiguos*, pues ha considerado convenir así a su real servicio, a la quietud y bien de la Monarquía e indemnidad de sus buenos vasallos, separándolos y libertándolos de la inmediatez y cizaña de los que tan traidora y rebeldemente... han ofendido a Su Majestad, al derecho y a la nación... En cuanto a los fueros no viene ni vendrá Su Majestad no sólo en concederlos pero ni aún en admitir ni convenir se ponga palabra ni expresión que aluda a ellos".

Finalmente el Rey agradece a Monteleón sus actuaciones e ideas en relación al feudo de Siena y a la soberanía de la princesa los Ursinos y le pide que siga insistiendo en estos temas hasta conseguir su total resolución. La carta abunda en otros asuntos como el acuerdo con Portugal, las precauciones a tomar después de la paz para, de acuerdo con Inglaterra, evitar que Francia incremente su presencia en las Indias, y los problemas sobre la emisión de los pasaportes para Utrecht así como otros asuntos de menor relevancia.

El texto de los Preliminares de Madrid lo recibe Monteleón, como hemos dicho, el 13 de abril, veinticuatro horas antes de que llegue el correo que Lexington ha enviado a la Reina. Inmediatamente avisa a Bolingbroke que acude con urgencia a su casa y allí mantienen una reunión de más de tres horas en las que el marqués no cesa de ponderar las finezas, concesiones y facilidades que ha dado Su Majestad Católica a Gran Bretaña y que, espera, serán correspondidas en la misma medida por la Reina. Pero Bolingbroke no está para estas cortesías y, de entrada, le afirma sin reservas que las cláusulas relativas a la religión no iban a admitirlas ni la Reina ni el Parlamento y que podrían dar lugar a una verdadera revolución. Se queja el inglés de que ya había advertido a Monteleón que estos temas sólo podían ser tratados de una forma muy genérica, sin entrar en ninguna clase de detalles y que, sentado el principio de que la religión católica se mantendría (en Menorca y Gibraltar) en el mismo estado en que se encontraba antes de la conquista, las cosas que España demandaba podrían, tal vez, conseguirse pero sólo poco a poco, con el paso del tiempo y con buena armonía entre las dos coronas⁶⁰.

⁵⁹ Idem Idem.

⁶⁰ Ibid. Monteleón a Grimaldo, 22 de abril de 1713.

Continúa diciendo Bolingbroke que prohibir el comercio con los moros, como preconizaba la cláusula 4ª de los Preliminares, contravenía las leyes inglesas y los tratados suscritos con la Berbería “de forma que la Reina no tenía autoridad ni arbitrio para ello”⁶¹. Monteleón sigue insistiendo con argumentos parecidos al que sigue: “según los genios de los naturales de España no tienen cosa más horrorosa que la de ver a los moros y tener el menor comercio con ellos; al contrario contribuyen en cantidades muy considerables para que se les continúe una guerra”⁶². Y quedaba sin resolver, por último, el problema de los privilegios catalanes en los que la Reina tenía -y con mayor razón tras el tratado de Evacuación de Cataluña- comprometidos su honor y sus empeños a los que era necesario salvar, al menos en apariencia. En cualquier caso Bolingbroke dice que va a esperar recibir su correo y ordenar que se hagan las traducciones correspondientes antes de dar una opinión definitiva. Cinco días más tarde recibe Monteleón una carta de Bolingbroke en la que le dice:

“Cuanto más considero el proyecto de tratado venido de Madrid encuentro más imposible admitir alguno de sus artículos. V. E. ha sido testigo de cómo he intentado aplanar todas las dificultades surgidas y cuan lejos he estado de levantar otras nuevas. Y si yo me encuentro en la imposibilidad de pasar por esos artículos, imagine por favor los sentimientos del resto de los ministros. La apertura del Parlamento debe hacerse el jueves próximo por lo que no tenemos tiempo que perder; me molestaría sobremanera oír hablar a la Reina de la paz con Francia, como hecho concluido y ratificado, en tanto se ve obligada a decir que la negociación con España continúa abierta...Mañana a las diez de la mañana iré a mi despacho con M. Moore y quizás podamos encontrar algún expediente sobre los puntos en disputa. Como M. Moore no habla francés tráigase a D. Patricio”⁶³.

Esta carta de Bolingbroke *le ocasiona no poca agitación de ánimo*. Apesadumbrado y temeroso acude a la cita acompañado, como se le pedía, por Lawles. La reunión que dura desde las diez de la mañana a las cuatro la tarde, comienza con un resumen del Secretario de Estado sobre los dos Consejos de Ministros que han tenido para debatir este asunto, en presencia de la Reina, y en los que se ha decidido que algunos artículos de los Preliminares de Madrid “tienen dificultades insurmontables” y que el tratado de asiento de negros tiene tres “reparos”. Por lo tanto la Reina no va a poder proclamar en el Parlamento la paz con España al mismo tiempo que anunciaba las que se habían alcanzado con Francia, Holanda, Portugal, Saboya y Prusia, con todos los inconvenientes que ello implicaba principalmente el que la oposición entrara investigar en detalle las razones de acuerdos y divergencias con lo cual, posiblemente, la paz se volvería inviable.

En relación con Gibraltar y Menorca repite Bolingbroke que las leyes fundamentales del reino y los tratados hechos con Berbería impiden excluir el comercio con los moros. Lo único que pueden admitir es que no se dé abrigo a corsarios y piratas y que no se permita a

⁶¹ Ibid.

⁶² Este asunto de los barcos moros en Gibraltar trajo más cola de lo previsible. Meses más tarde Bedmar le decía a Lexington lo siguiente: Su Majestad Británica no ha atendido a las circunstancias que acompañaban la instancia de toda nuestra nación para que no se admitieran moros ni en Gibraltar ni en Mahón...nada podía producir más siniestras voces entre los pueblos que esta odiosa novedad de que se diga que los moros y sus embarcaciones se recibían en Gibraltar y Mahón pues desde allí infestarán las costas de Andalucía. AGS, Estado, leg. 6821. Bedmar a Lexington, 7 de agosto de 1713.

⁶³ Bolingbroke, *Lettres historiques*, tomo II, pp. 221 y 222.

moros ni a judíos establecerse permanentemente en estas plazas pero que tampoco se les puede negar la entrada por algunas horas a causa de sus tratos de comercio. Tampoco admite, pese a la insistencia de Monteleón, que la enajenación de estos territorios tuviera que hacerse de forma exclusiva a España.

“Se negó milord Bolingbroke a pasar artículo alguno sobre todas las explicaciones que han hecho a favor de la religión católica diciéndome que en los consejos que había tenido, tanto el Gran Canciller como el resto de los ministros habían declarado que harían dejación de sus puestos antes de convenir en ello y que Su Majestad Británica lo había enteramente excluido pues, además de considerarlo totalmente contrario a las leyes... era dar ocasión a los del partido contrario a decir que la Reina y sus ministros empezaban a entrar en materia de la religión católica con el objeto de llamar al Príncipe de Gales a la sucesión de la Corona”⁶⁴.

Como se recordará el tema de la religión estaba definido de forma exhaustiva en la cláusula 5ª de los Preliminares: los beneficios y dignidades eclesiásticas serán mantenidos al igual que los conventos y casas de religión. Que unos y otras mantendrán las reglas de su orden y que podrán admitir novicios. Que los obispos y sus vicarios serán conservados en el ejercicio de sus funciones y que las dignidades eclesiásticas, cuando quedaren vacantes, serán provistas, para aquellos casos en que el nombramiento correspondía por derecho al rey de España, por la reina de Inglaterra a propuesta del obispo de Mallorca. No debe sorprender el detalle de esta cláusula pues fue redactada por el inquisidor general - entonces lo era el cardenal Giudice- a petición del Rey.⁶⁵

Bolingbroke dijo que el único compromiso que podía admitir era una cláusula general por la que la Reina se obligase a dejar libre uso y ejercicio de la religión católica en el estado en que se encontraba antes de la conquista. Monteleón defiende el texto de los Preliminares de Madrid diciendo que todas sus prevenciones eran necesarias para asegurar verdaderamente ese libre uso y ejercicio de la religión y que había que mantener lo pactado en Madrid. Bolingbroke se niega en redondo y dice que si el rey de España no acepta su propuesta se quedarán los ingleses con las dos plazas y con la isla de Menorca en calidad de países conquistados “sin que se hablase más de la materia”. Ante ello la propuesta de Monteleón es hacer una adenda secreta al tratado donde queden reflejadas todas las prevenciones que pretende España en materia de religión de manera que así se hurten estos temas al conocimiento de la oposición.

El tema los privilegios catalanes es otro motivo de dura controversia y Bolingbroke insiste en que hay que discurrir alguna solución para que el honor de la Reina quede a salvo sin que por ello se perjudique la intención del Rey de España de establecer una ley común para todos sus reinos. Monteleón contesta que “cualquier referencia, aunque mínima, a los fueros y privilegios serviría de continuo pretexto a la natural propensión de los catalanes a la sedición y a eximirse de la debida obediencia de cualquier príncipe”. Entonces propone Monteleón una solución posible, la de “dejar a la Cataluña sus leyes municipales por lo que toca a lo civil, a exclusión de fueros y privilegios que se oponen a la soberanía y regalía, y tratando a los catalanes sobre el mismo pie en que hoy día Su Majestad ha puesto y trata a

⁶⁴ AGS, Estado, leg. 6822. Monteleón a Grimaldo, 22 de abril de 1713. Se está refiriendo a la posible y temida vuelta de los Estuardo al trono.

⁶⁵ AGS, Estado, Leg 6826.

los aragoneses y valencianos resultando, por otra parte, a los catalanes de entrar a gozar de todos los privilegios que hoy día gozan los castellanos”⁶⁶. Bolingbroke, que está deseoso de encontrar algún expediente, por burdo que sea, para que la Reina aparentara cumplir con sus compromisos, acoge favorablemente esta idea y dice que la comunicará, junto con todo lo debatido sobre la religión, a la reina Ana para que ésta decida.

Pero Bolingbroke tenía sobre sí otro grave problema que lo tenía “algo embarazado”. La Reina, que había aplazado cuanto pudo la arenga al Parlamento, debía hacerlo, de forma ineludible, al siguiente día. Como antes dije, si dejaban dudas sobre la paz con España los whigs indagarían y harían preguntas comprometidas “de lo que podían resultar fatales e irreparables contratiempos”. Entonces Monteleón decide osadamente dar un paso adelante y ofrece que, por su parte, haría lo imposible por allanar las dificultades y que no dudaba que, en estas circunstancias, el Rey no le dejaría en mal lugar. Por lo cual, dando por supuesta la buena fe de ambas partes, la Reina podía informar en su arenga que estaban concluidas las paces con España. “Me lo agradeció infinito milord Bolingbroke y lo admitió la Reina y su Consejo, y ha sido de tan grande consecuencia como Vuestra Señoría podrá reconocer por otra carta mía en la cual le participo lo que ha ocurrido en las dos Cámaras”⁶⁷.

En efecto, el 20 de abril la Reina se reunió primero con la Cámara Alta y pronunció un discurso que comenzó agradeciendo la colaboración que había recibido en el difícil camino hacia la paz⁶⁸. Afortunadamente, continuaba, la firma en Utrecht se había producido y no quedaba sino el trámite de las ratificaciones. “Las grandes ventajas que he obtenido para mis súbditos han sido la causa de la laboriosa y lenta negociación pero es para mí una gran satisfacción que mi pueblo esté ahora en condiciones de encontrar compensaciones a cuanto ha sufrido durante tan larga y onerosa guerra. Vale la pena que apliquéis vuestros esfuerzos a ocuparos de nuestro comercio en los países extranjeros tanto como pueda permitirlo el crédito de nuestra nación...”. La arenga para la Cámara de los Comunes fue leída posteriormente por un “orador” y su contenido era similar al que se había dirigido a la Cámara Alta. Tras ello, se reunieron las dos Cámaras para preparar un escrito de agradecimiento a la Reina por sus esfuerzos en favor de la paz. Pero en tanto los Comunes prepararon su escrito *nemine discrepante* los lores tuvieron una sesión bastante agitada. Tomaron la palabra “Milord Halifax y su hermano, sustentando que las paces no podían ser buenas si dejaban en España a un príncipe de la Casa de Borbón contra las razones y fundamentos por los cuales se había empezado la guerra y que no se debía admitir la proposición general de paz si la Reina no informaba de todas sus circunstancias al Parlamento...concluyendo que no se debían dar las gracias a Su Majestad”. Harley le contestó que la decisión y la forma de la paz “dependía de su soberanía y era regalía suya el hacerla y si eran buenas o malas no era de la presente inspección”. Lord Nothingan apoyó a Halifax y añadió que “lord Marlborough con la espada en la mano y a la cabeza del ejército de Flandes hubiera hecho otras paces seguras, durables y ventajosas para Inglaterra y sus aliados si la Reina no le hubiese quitado todos sus empleos”. A ello contestó lord Peterborough diciendo que a la Reina se le debían dar al menos “gracias muy particulares

⁶⁶ AGS, Estado, leg. 6822. Monteleón a Grimaldo, 22 de abril de 1713.

⁶⁷ Idem Idem.

⁶⁸ Ibid. El texto completo de la arenga puede leerse en un documento que Monteleón adjunta a su carta a Grimaldo de 24 de abril de 1713.

por haber justamente castigado la soberbia y avaricia de lord Marlborough que tiránicamente había pretendido hacerse general perpetuo de Inglaterra...”⁶⁹. La cuestión de la carta de agradecimiento fue sometida a votación y la ganó el gobierno por 75 votos contra 43 y aún sobraron los de 14 ausentes cuya representación tenía el Gran Tesorero.

Solventado el problema de la sesión del Parlamento era necesario cerrar los puntos pendientes del acuerdo de paz con España. El 22 de abril Bolingbroke escribe a Monteleón lo siguiente: “Es absolutamente necesario que encontremos alguna solución sobre el artículo de los fueros de los catalanes y sobre el de la religión en Menorca y Gibraltar. Verdaderamente será muy duro ver como una negociación que hasta ahora ha sido llevada tan fácilmente se desmorona por bagatelas, porque yo me atrevo a llamar así a lo que detiene la conclusión de la paz entre nuestras dos naciones”⁷⁰. El Secretario de Estado le dice confidencialmente que se ha reunido dos veces con la Reina y que la ha encontrado “extraordinariamente rígida” sobre las dos cuestiones. Insiste en que si se tratara de plazas cedidas y no conquistadas “los señores de la Inquisición podrían pretender, según las costumbres de España, tener voz en este capítulo” pero que si se insiste en mantener sus pretensiones la Reina renunciará a la cesión que se le hace y aplicará el derecho de conquista con lo que no habrá ninguna estipulación a favor ni de laicos ni de eclesiásticos. Y concluye Bolingbroke:

“En una palabra yo concibo la esperanza de poder hacer pasar el artículo que mira a los catalanes, por medio del expediente que convinimos entre nosotros con tal de que el asunto de la religión dejara de discutirse y que os contentarais con una estipulación general a este respecto tal como se encuentra en las minutas enviadas a Madrid y más ampliamente en el proyecto que yo he redactado en latín y que hemos repasado juntos”⁷¹.

El Consejo de la Reina se reúne con ella tres veces para seguir discutiendo sobre los puntos pendientes, sin que se produzca más avance que el que Bolingbroke informe a Monteleón que la Reina le ha autorizado, a espaldas de su Consejo, a convenir con él sobre el problema de los catalanes en los términos de la última propuesta que les otorga iguales privilegios que a los castellanos pero que sigue inamovible en el punto de la religión. Para cerrar definitivamente la negociación se van a celebrar dos nuevos Consejos sin la Reina, a los que de manera extraordinaria va a ser invitado Monteleón para discutir directamente con los ministros ingleses. Fueron dos largas sesiones que comenzaron a las siete de la tarde y terminaron a las once de la noche. De nuevo las prisas se habían puesto en marcha porque las ratificaciones de lo firmado en Utrecht estaban a punto de llegar a Inglaterra y la Reina debía entregarlas al Parlamento, para su conocimiento, junto con el tratado firmado provisionalmente con España.

El primero de los consejos tuvo lugar el 28 de abril. Como ya Monteleón había llegado a admitir lo relativo al comercio de moros y judíos en Gibraltar y Menorca sólo quedaban pendientes, como temas realmente problemáticos, el de la religión y el de los privilegios. En cuanto la religión Monteleón insiste en que la obligación de conciencia de cualquier príncipe católico es mantener y conservar la religión de sus vasallos para lo cual todo lo

⁶⁹ Ibid. Monteleón a Grimaldo, 25 de abril de 1713.

⁷⁰ Bolingbroke, *Lettres historiques*. Bolingbroke a Monteleón, 22 de abril de 1713. Tomo II, pp. 223 a 227.

⁷¹ Ibid.

especificado en el artículo 5º de los Preliminares era algo estrictamente necesario. Si de lo que se trataba era de evitar problemas con el Parlamento cabía la solución que había apuntado anteriormente: añadir al tratado público una cláusula privada. A ello le contesta Bolingbroke que la cesión de estas plazas se había acordado con Mesnager sin limitación alguna, por considerarse *plazas y país de conquista* y que transigir en este punto exponía “a los ministros de la Reina a la censura y vigor del Parlamento, debiendo responder *con sus propias cabezas* a las determinaciones que la Reina tomaba en virtud de sus consejos”.⁷² Por otra parte no era posible hacer tratados secretos ya que la Reina debía comunicarlos en todo caso al Parlamento y, antes de convenir algo semejante, todos los ministros estaban dispuestos a dimitir de sus cargos. Puso el ejemplo de algunos tratados similares suscritos recientemente por Inglaterra como eran las cesiones portuguesas de Tánger o Bombay o las francesas de Dunkerque o Terranova. En todas ellas no se había pasado de una referencia general al mantenimiento de la religión católica. Harley, molesto con la insistencia de Monteleón, cortó el debate diciendo que España debía conformarse con lo acordado para Terranova pese a que este territorio había sido realmente *cedido*; el marqués no tuvo otro remedio que pedir que se pasara a discutir sobre el punto siguiente.

Cuando se aborda el tema de los privilegios catalanes el Consejo sigue manteniendo la necesidad de introducir la frase *privilegios antiguos* como única opción para salvar el honor de la Reina. Pero Monteleón aquí se muestra inflexible y les explica “la naturaleza de los catalanes, siempre proclives a la sedición, la incompatible exorbitancia de sus privilegios contra la autoridad real, las desgracias que en todos tiempos había sufrido España por ellos... y que la Inglaterra debía tener presente que en las revoluciones y contingencias de los tiempos debían en todas formas ser resguardados los confines de la Cataluña y no contribuyendo poco a la independencia tan deseada de la España con la Francia el tener en justo freno a vasallos tan peligrosos”.⁷³ En cualquier caso Monteleón, en su defensa a ultranza ante el Consejo, jugaba con ventaja puesto que Bolingbroke le había manifestado anteriormente y de manera confidencial que la Reina “le ha dado libertad de convenir conmigo en excluir todos los fueros y privilegios que se oponen a la soberanía y regalía de Su Majestad declarando que serán tratados en el pie en que están presentemente aragoneses y castellanos”⁷⁴.

Pero los ministros, admitiendo todo esto, pensaban que si, de alguna forma, no se hacía constar la palabra *privilegios*, las dos Cámaras, con Peterborough en la alta y los partidarios de Stanhope en la baja, podían provocar situaciones incontrolables. Los ministros terminan delegando en Bolingbroke para que llegue a un acuerdo con Monteleón y luego traiga a un Consejo posterior los puntos en discordia, a fin de encontrar una redacción que les permitiera presentarse en el Parlamento a cubierto de controversias indeseadas. Sin embargo quedó bien entendido que todos los ministros se declaran “convencidos de que el rey de España para su quietud e independencia debía desear que sus

⁷² AGS, Estado, leg. 6822. Monteleón a Grimaldo, 22 de mayo de 1713. No obstante algunos antecedentes en la historia inglesa de aquella época el riesgo de las *cabezas* era poco más que retórico.

⁷³ Ibid.

⁷⁴ AGS, Estado, leg. 6822. Monteleón a Grimaldo. Postdata de la carta de 25 y 26 de abril. También, en el mismo legajo, Monteleón a Osuna, 28 de abril de 1713.

vasallos se gobernasen debajo de unas leyes comunes y que éstas no fuesen contrarias a su real autoridad”⁷⁵.

Monteleón sigue negociando con Bolingbroke pero se ocupa también de visitar uno por uno a los ministros para intentar convencerlos. El día 1 de mayo tiene lugar una segunda reunión del Consejo que comienza con la lectura del tratado redactado conjuntamente por Bolingbroke y Monteleón -que en aquel momento era ya muy parecido al que se va a firmar el 14 de mayo⁷⁶- y se le hacen algunas correcciones. Sin discusión se aprueban los artículos 1º a 7º. En el 8º se añaden unas cláusulas por la que Su Majestad Católica se compromete a no enajenar territorio alguno de las Indias, ni a franceses ni a ninguna otra nación y, en contrapartida, Inglaterra se compromete a que se devuelvan a España los territorios que allí había perdido desde la muerte de Carlos II.

En el artículo 10º Monteleón no consigue evitar que las naves mercantes moras entren en Gibraltar, o se pongan a su abrigo, ni obligar a que una futura cesión de la plaza tuviera que ser necesariamente para España, pero al menos consigue la preferencia. Este artículo excluye a judíos y moros como habitantes de la Roca y con respecto a la religión lo único que consigue Monteleón es que se diga que “se permite el uso de ella en términos generales”. El artículo 11º, relativo a la cesión de Menorca no puede excluir a los judíos como residentes a causa del intenso comercio que esa isla mantenía con Liorna pero se establecen las mismas restricciones que en Gibraltar para los moros. La cláusula sobre la retrocesión es análoga y en cuanto a la religión se dice textualmente que se permitirá el libre uso de la religión católica y que “se tomarán todos los expedientes para la conservación de la religión en dicha isla que no fuesen totalmente contrarios al gobierno civil y leyes de Inglaterra”.

Al llegar al artículo 13º, el de los privilegios catalanes, Monteleón logra, tras muchos esfuerzos, que el Consejo apruebe la redacción que sería definitiva:

“Visto que la Reina de la Gran Bretaña no cesa de instar con suma eficacia para que todos los habitantes del Principado de Cataluña, de cualquier estado y condición que sean, consigan no sólo entero y perpetuo olvido de todo lo ejecutado durante esta guerra y gocen de la integra posesión de todas sus haciendas y honras sino también que conserven intactos sus antiguos privilegios, el Rey Católico, por atención a Su Majestad Británica, concede y confirma por el presente a cualesquiera habitantes de Cataluña, no sólo la amnistía deseada juntamente con la posesión de todos sus bienes y honras, sino que les da y concede también todos aquellos privilegios que poseen y gozan, y en adelante puedan poseer y gozar, los habitantes de las dos Castillas que, de todos los pueblos de España, son los más amados del Rey Católico”⁷⁷.

Cuando el consejo acepta finalmente esta redacción, Monteleón casi no se lo cree y le dice a Grimaldo “aseguro a Vuestra Señoría que yo mismo no sé cómo he podido reducir a esta

⁷⁵ Ibid.

⁷⁶ Y diferente en su ordenación a los Preliminares de Madrid por lo que las referencias a los números de los artículos ya no se corresponden.

⁷⁷ Cantillo, op. cit. p. 81.

gente a este partido y que sólo la fuerza de la razón del Rey y una respetuosa entereza, sin que pareciese una positiva resistencia a sus empeños, lo ha podido vencer”.⁷⁸

En cualquier caso es claro que Bolingbroke fue sincero con Monteleón contándole la determinación tomada entre la Reina y él una semana antes, el 25 de abril, cuando decidieron no ceder ante las demandas de lo que llamaban –y no sin fundamento- la *Inquisición* y, a cambio, olvidarse de los privilegios catalanes. A tal efecto, con esta misma fecha dirigió a sus plenipotenciarios en Utrecht la carta que contiene la frase, tan aireada por la historiografía catalana, *It is not for the interest of England to preserve the catalan liberties*. Sanpere lo cuenta de la forma siguiente:

“¿Qué solución podía darse a este conflicto? Bolingbroke se sintió Alejandro y se resolvió a cortarlo con su famosa comunicación de 25 de abril de 1713 dirigida a sus parlamentarios de Utrecht pues de otra manera no había base para el tratado de paz con España. Tenemos por cierto que la espada se la puso Monteleón en sus manos; pero no es el arma, es la mano que se sirve de ella la que corta”.⁷⁹

La carta de Bolingbroke a Utrecht tiene otros puntos interesantes:

“No quisiera descuidar la ocasión de hacer una observación a Vuestras Excelencias. Los privilegios de los catalanes son, en verdad, de desear por un pueblo que ansíe sustraerse del todo de la dependencia de su Príncipe y vivir de sus brazos y de sus manos; pero los privilegios de Castilla son infinitamente de mayor valor para quienes entiendan vivir en la debida sujeción a su autoridad. Por los primeros el poder de la bolsa y el de la espada están en absoluto en manos del pueblo de la provincia y el Príncipe no tiene cuidado ni de lo uno ni de lo otro; pero los otros tienen el comercio abierto de las Indias occidentales y están no sólo autorizados para comerciar y salir de ellas, sino también pueden gozar de los empleos que el rey de España confiere en toda América”.⁸⁰

El 14 de mayo Bolingbroke y Monteleón firman el tratado de paz, que se llama provisional aunque es prácticamente idéntico al que el 13 de julio se va a firmar en Utrecht. El 19 de mayo la Reina lo presenta al Parlamento donde es aprobado sin oposición alguna.

Monteleón ha quedado muy satisfecho con su gestión. “Todo el escrúpulo que me puede quedar es no haber conseguido las explicaciones del artículo de la religión pero esta es materia insurmontable por todas las razones arriba dichas; y por otra parte es constante que la Reina y su gobierno quieren dejar el ejercicio y la manutención de la religión católica en Menorca como presentemente lo hacen”.⁸¹ Había temor de que Felipe V no ratificara este artículo por lo que Bolingbroke escribió a Lexington⁸² diciéndole: “Hallo muy necesario advertir a Su Excelencia que por ningún pretexto pueda mudar el artículo de la religión más ni menos de lo que está al presente. Ningún motivo puede aprovechar esa corte en dar instrucciones nuevas a sus plenipotenciarios en Utrecht tocante a este tratado”. Pero Felipe

⁷⁸ AGS, Estado, Leg. 6822. Monteleón a Grimaldo, 22 de mayo de 1713.

⁷⁹ Sanpere i Miquel, op. cit., p. 67.

⁸⁰ Ibid., pp. 68 y 69.

⁸¹ AGS, Estado, leg. 6822. Monteleón a Grimaldo, 22 de mayo de 1713:

⁸² Ibid. Bolingbroke a Lexington, 12 de mayo de 1713 (se supone que VE). Es una traducción al castellano de la carta que recibió el embajador inglés.

V ratificó el tratado en su integridad⁸³ y así lo comunicó Grimaldo a Lexington: “Su Majestad lo aprueba en todo y por todo, sin limitación de circunstancia ni alteración alguna y se ratificará en la forma convenida”⁸⁴. Ello no fue obstáculo para que se escribiera una carta a Monteleón proponiendo que en Utrecht, o directamente con la Reina, intentara una nueva redacción del artículo sobre Menorca, cuya propuesta de texto se le adjunta junto a otras instrucciones relacionadas con la soberanía de la princesa de los Ursinos, porque tampoco ha quedado el Rey contento con la no inclusión de este artículo en el texto oficial de los Preliminares⁸⁵.

Muy violenta fue la reacción del duque de Osuna cuando recibió la carta de Monteleón con copia del tratado que acababa de firmar. Estaba indignado por su contenido, pero más por lo que le dice el marqués de que nada puede cambiarse al haber comunicado la Reina su contenido al Parlamento. Dice que considera esto “como desestimación y desprecio, tratándonos de idiotas y de hijos de familia, disponiendo de nosotros y dando a entender no podemos tener más voluntad ni otra acción que la que el gobierno de Inglaterra delineare y dispusiere para España”⁸⁶.

17.3 EL TEXTO DEL TRATADO DE LONDRES

A continuación voy a analizar con detalle el texto del tratado provisional de Londres porque, al ser idéntico al que posteriormente se va a firmar en Utrecht, quedan así excusadas explicaciones ulteriores. Este tratado se firmó en Westminster el 14 de mayo de 1713⁸⁷, tiene veinte artículos y un preámbulo en el que, con la retórica habitual, se habla de “restablecer y estrechar con vínculos nuevos de conveniencia recíproca la antigua amistad y confederación de los españoles y britanos”. También se designan nominalmente en este artículo los plenipotenciarios de ambas naciones que han sido comisionados para firmar la versión definitiva en Utrecht.

Tras una primera cláusula de estilo se dice en la segunda, que es descriptiva, que la causa de la guerra fue el peligro que para toda Europa representaba “la estrecha unión de los reinos de España y Francia” y que para conseguir el deseado equilibrio de poder era necesario impedir que estos dos reinos pudieran unirse bajo el mando de un mismo príncipe. A para evitar que en el futuro pudiera producirse esta circunstancia se ha procedido a realizar por parte del rey de España y de los duques de Berry y Orleans solemnes renunciaciones mutuas, de acuerdo a textos convenidos que el tratado provisional omite por brevedad, pero que van a reproducirse íntegros, junto a las cartas patentes emitidas por Luis XIV sobre los derechos de Felipe V al trono de Francia, en el modelo que se firme en Utrecht.

⁸³ Pese a las teorías del duque de Osuna que opinaba ser preferible que Inglaterra se quedara con Menorca por derecho de conquista para “que no se viese que un Rey tan católico transigía en cosa tan reparable”. AHN, Estado, leg. 3379/1. Osuna a Monteleón, 12 de mayo de 1713.

⁸⁴ AGS, Estado, leg. 6822. Grimaldo a Lexington, 50 de junio de 1713.

⁸⁵ Ibid. Grimaldo a Monteleón, sin fecha y seguramente de junio.

⁸⁶ AHN, Estado, leg. 3396/2. Osuna a Grimaldo y Macanaz, 2 de junio de 1713.

⁸⁷ AGS, Estado, leg. 6822. *Copia del tratado ajustado en Londres entre el marqués de Monteleón y milord Bolingbroke.*

Las cláusulas 3ª y 4ª establecen la amnistía y olvido por ambas partes de los actos y hostilidades acaecidos durante la guerra así como la puesta en libertad de los prisioneros que aún pudiera haber. Las cláusulas 5ª y 6ª prescriben "el reconocimiento de la reina Ana y de su progenie y, en acabándose ella, la de la serenísima Princesa Sofía, electriz dotal de Brunswich y de sus herederos en la línea protestante de Hannover". Además se hace constar la promesa del Rey Católico, en su nombre y en el de sus sucesores, de que jamás prestara auxilio, tropas, armas o barcos a quien por cualquier causa o pretexto quisiera oponerse a dicha sucesión protestante.

Tras la cláusula 7ª, también de estilo, que establece que se vuelve a abrir la justicia ordinaria en ambos reinos para atender las posibles causas de los respectivos súbditos, la cláusula 8ª prescribe que el libre uso de la navegación y el comercio deberá ser acorde a como estuvo establecido en tiempos de Carlos II, es decir:

"según las costumbres antiguas, cartas patentes, cédulas... y según los tratados de comercio que estarán ya hechos en Madrid, o se harán luego... Y como regla principal y fundamental que la navegación y uso del comercio de las Indias Occidentales quede en el mismo estado que tenía en tiempos del dicho rey Carlos II... y sea establecido especialmente que por ningún modo y con ningún pretexto se pueda, directa ni indirectamente, conceder jamás licencias ni facultad alguna a los franceses, ni a otra nación, para navegar, ejercer la mercadería ni introducir negros⁸⁸, bienes o mercaderías en los dominios de América pertenecientes a la corona de España, si no es aquello que fuese concordado por el tratado o tratados de comercio que van dichos y por los derechos y privilegios concedidos en el asiento de negros de que se hace mención en el artículo 12º".

Asimismo se prohíbe al Rey Católico y a sus herederos ceder o vender en el futuro a ninguna nación, pero en especial a Francia, dominios o territorios en América. Y para que esta promesa quede garantizada, la Reina ayudará a España para que se devuelvan sus límites territoriales en América al estado en que se encontraban en tiempo de Carlos II.

La cláusula 9ª establece que los súbditos de ambos reinos gozarán en cuanto a derechos y cargas, tanto en lo que se refiere a personas como a barcos o mercancías, de los mismos privilegios y franquicias que tengan los súbditos de Francia o de cualquier otro estado a quien se dé la consideración de nación más favorecida.

El artículo 10º se refiere a la cesión de "la ciudad y castillo de Gibraltar juntamente con su puerto". Se cede la "plena y entera propiedad... para que la tenga y goce absolutamente con el entero derecho y para siempre". Como puede verse no aparece la palabra *soberanía* ni siquiera se habla, como va a ser el caso de la isla de Menorca, de *pleno dominio*. Y "para evitar los abusos y fraudes que podía haber en la introducción de mercaderías... la dicha propiedad se cede a la Gran Bretaña sin jurisdicción alguna territorial y sin comunicación alguna abierta con la región circundante de parte de tierra". Se abre una excepción, por motivos humanitarios, y es que en el caso de cierre por adversas condiciones meteorológicas el acceso por mar a la plaza, para evitar que "los soldados del presidio de Gibraltar y los vecinos de aquella ciudad se vean reducidos a grande angustia" se permitirá

⁸⁸ Evidentemente se trata de un lapsus de los redactores del tratado. El asiento de negros se concedía por treinta años y aquí se prohíbe a terceros para siempre.

comprar al contado en España “las provisiones y demás cosas necesarias para el uso de las tropas del presidio y de los vecinos y navíos que estuvieren en el puerto”, pero vigilando de manera especial que no se produzca tráfico de mercaderías, aunque fuera sólo para permuta con los víveres de que hubiera necesidad. De producirse irregularidades, aprovechándose de esta concesión de España, los infractores serán castigados con severidad.

"No se permitirá por motivo alguno que judíos ni moros habiten ni tengan dominio en la dicha ciudad de Gibraltar, y que no se dé entrada, ni acogida a los navíos de guerra de los moros", para prevenir que puedan cortar la comunicación con Ceuta o infestar las costas de España. Sin embargo los barcos mercantes de los moros podrán entrar en el puerto "si sólo vienen a comerciar". Se concederá "a los habitantes de la ciudad de Gibraltar el uso libre de la religión católica romana", sin especificar nada más, a diferencia de lo que se va a hacer en Menorca. Finalmente, "si en algún tiempo a la corona de la Gran Bretaña le pareciere conveniente dar, vender o enajenar la dicha ciudad de Gibraltar... se le dará a la corona de España la primera acción antes que a otros para redimirla".

Por el artículo 11 se cede a Inglaterra "toda la isla de Menorca, transfiriéndola para siempre todo el derecho y pleno dominio sobre dicha isla... pero se previene, como en el artículo precedente, que no se dé entrada ni acogida en Puerto Mahón, ni en otro puerto de la dicha isla, a navíos algunos de guerra de moros que puedan infestar las costas de España y sólo se permitirá la entrada en dicha isla de los moros y sus navíos que vengan a comerciar". La enajenación de la isla, en caso de que Gran Bretaña quisiera desprenderse de ella, se ajustará a la misma condición de prioridad de España establecida para Gibraltar. La cláusula sobre religión queda como se dijo en el apartado 17.2, es decir que "promete también Su Majestad Británica que los habitantes de aquella isla, tanto eclesiásticos como seglares, gocen segura y pacíficamente de todos sus bienes y honores y se les permitiera el uso de la religión católica romana y que para la conservación de esta religión en aquella isla se tomen aquellos medios que no parezcan enteramente ofensivos al gobierno civil y leyes de la Gran Bretaña”.

Por el artículo 12º el Rey Católico "concede a Su Majestad Británica, y a la compañía de vasallos que se forme para este fin, la facultad para introducir negros en América". La concesión tiene carácter de exclusividad y se concede por treinta años a partir del 1 de mayo de 1713. Esta cláusula explica someramente las características de la concesión aunque, finalmente, lo que hace es remitirse al tratado que se firmó en Madrid el 26 de mayo de 1713 "que se entiende y ha de entender que son parte de este tratado (de paces) del mismo modo que si estuviese inserto en él palabra por palabra".

El artículo 13º, relativo a los catalanes, es idéntico al texto que se aprobó en el Consejo de la Reina al que asistió Monteleón de fecha 1 de mayo y lo doy aquí por reproducido. La cláusula 14 contempla la cesión de Sicilia a Víctor Amadeo de Saboya la cual debe hacerse por medio de un tratado a firmar en Utrecht, simultáneamente con el de paz entre Inglaterra y España. La Reina promete que procurará que la isla vuelva a España en caso de que faltaran herederos varones a la casa de Saboya así como el que no pueda enajenarse bajo ningún concepto a otro príncipe o estado si no es al Rey Católico. Hace también la Reina una declaración de su intención de procurar que todos los súbditos del Rey Católico, vivan o no en Sicilia pero que tengan bienes en dicha isla, puedan gozar de ellos con total libertad

al igual que los súbditos del duque de Saboya que pudieran tener bienes en España o en sus dominios. Para ello la Reina promete que sus plenipotenciarios aplicarán en Utrecht sus buenos oficios para que Felipe V y Víctor Amadeo se ajusten recíprocamente sobre este punto.

El artículo 15º confirma los tratados de comercio hechos entre España e Inglaterra "antes de ahora y por la presente confederación" en cuanto no sean contrarios a este tratado de paz y al de comercio que está en elaboración. Por otra parte España "insta sobre que a los vizcaínos y otros súbditos de Su Majestad Católica les pertenece cierto derecho de pescar en la isla de Terranova y consiente y conviene en ello Su Majestad Británica en que a los vizcaínos y otros pueblos de España se les conserve ilesos todos los privilegios que puedan con derecho pretender"⁸⁹.

A partir del anterior artículo los que le siguen se refieren a temas de menor importancia: las presas de barcos que ambos países pudieran haber hecho; cómo actuar ante las posibles infracciones por particulares del presente tratado de paz (que en ningún caso alterarán ésta); garantías previstas, caso de que se volviera a declarar la guerra entre Inglaterra y España, para los súbditos de cada una de las dos naciones que se encuentren en un puerto o ciudad de la otra y por las que se les concede un plazo de seis meses para que puedan vender o trasportar donde quisieren sus propiedades. Finalmente los dos últimos artículos hablan de las ratificaciones y otras cláusulas de estilo.

Al texto central del tratado hay que añadir tres artículos separados y ninguno de ellos es nuevo. El relativo al compromiso de la Reina para impedir en el futuro cualquier pretendido desmembramiento adicional de la Monarquía constaba ya, con el mismo carácter, en los Preliminares de Madrid. Aquí se reproduce con mayor extensión y sin que al texto se le dé el calificativo de secreto. El artículo por el que se reclama el feudo de Siena era el número 19 de los Preliminares y aquí se dice que "ha de quedar oculto" e igualmente se explicita con mayor detalle. Por último la cláusula por la que se reclama un territorio con soberanía y 30.000 escudos de renta para la princesa de los Ursinos era la número 21 de los Preliminares. Aquí se especifica que dicho territorio debe ser, preferentemente, el ducado de Limburgo y además se reproduce el decreto de Felipe V, de 28 de septiembre de 1711, por el que concede esta gracia a la Princesa.

Todos estos artículos separados van a ser discutidos en Utrecht, en algún caso de manera multilateral, por lo cual serán tratados con la debida extensión y detalle en el capítulo siguiente. Como los artículos separados no gozaban de buena prensa en cuanto a su eficacia Monteleón trató de tranquilizar a Madrid con la argumentación siguiente: "Estos tres artículos quedan en su fuerza y vigor y no se han puesto en el tratado porque se supone que, al tiempo de firmarse en Utrecht, puedan quedar ajustadas y terminadas estas tres dependencias con las paces generales de los demás príncipes, en cuyo caso sólo se pondría la garantía de Inglaterra y, en caso de no estarlo con todos o con algunos concluidos, Su Majestad Británica se obligará a la efectución de su cumplimiento"⁹⁰. No obstante lo

⁸⁹ La redacción de esta cláusula es desafortunada y por ello va a provocar muchos conflictos en el futuro. Recuérdese que lo único que tenían los pescadores era un derecho de costumbre.

⁹⁰ AGS, Estado, Leg. 6822. Monteleón a Grimaldo, 22 de mayo de 1713.

cierto es que Bolingbroke tenía miedo del efecto que estos tres artículos podía producir en los austriacos por lo cual consideró preferible guardar la reserva durante el mayor tiempo posible.

CAPÍTULO 18. UTRECHT

18.1 EL TRATADO DE PAZ CON INGLATERRA

Cuando el congreso de Utrecht abrió sus sesiones la ausencia de los plenipotenciarios de españoles obligó a otorgar una expresa delegación de poderes a los ministros franceses para cuando se trataran temas que afectaran a España. Esto obligaba en la práctica a un continuo intercambio de consultas entre Utrecht, París y Madrid que hacían poco operativo el sistema. Como tampoco se fiaban demasiado de las noticias que iba dando Torcy los españoles, con objeto de disponer de información no contaminada, buscaron un contacto en Amsterdam, una especie de espía, cuyo nombre lógicamente no es conocido pero que es designado en las cartas como *el correspondiente de Amsterdam*. La información que suministraba era a veces de tipo burocrático, como dar noticia de las vicisitudes que sufría la emisión de los pasaportes, pero en otras ocasiones era de tipo político como cuando avisa de la presencia de enviados catalanes en Utrecht y La Haya y de las gestiones que allí realizan¹.

Si tenemos en cuenta que, como dice Jover Zamora, "los tratados de Utrecht entre España y cada uno de los aliados representan el necesario asentimiento español a lo convenido previamente por las grandes potencias europeas"², cabe imaginar la frustración inicial de los plenipotenciarios españoles que veían que poco o nada podían hacer por su país. Osuna se quejaba amargamente de que España era la única nación que "estaba pagando por la paz" y, como vimos en el capítulo anterior, pedía a Grimaldo y Monteleón que se presionara a Inglaterra para que, ya que iba a recibir importantes ventajas de España, ayudara con toda su fuerza a recobrar los fragmentos de monarquía perdidos en Italia y Flandes.

La obtención de los salvoconductos fue un problema arduo cuya solución se demoró casi un año por la oposición de los holandeses, y sobre todo de los austriacos, a pesar de las gestiones —a veces interesadamente ineficaces— de Francia o Inglaterra. Por fin, el 17 de febrero de 1713, el *correspondiente de Amsterdam* escribió diciendo que ese mismo día se habían despachado los pasaportes³ aunque no van a llegar a París hasta el 13 de marzo⁴. Inmediatamente se detecta el problema de que los pasaportes vienen dirigidos al *Duque de Osuna, plenipotenciario de España* sin nombrar al Rey. Osuna indignado escribe a Grimaldo sobre "la dificultad o embarazo que puede haber por no exponerme en el Congreso a que los ministros del Archiduque y los de Holanda, con quienes espero tratar, me respondan a la primera dependencia en que les hable o escriba en nombre del Rey que no me conocen por tal"⁵.

¹ AGS. Estado, leg. 4313. Osuna a Grimaldo, 28 de marzo de 1713. Se refiere, aunque sin dar el nombre a la embajada del marqués de Montnegre de la que se tratará en el capítulo 19.

² Jover Zamora, op. cit., p. 401.

³ AGS, Estado. Leg. 4313. Osuna a Grimaldo, 28 de febrero de 1713.

⁴ Ibid. Osuna a Grimaldo, 14 de marzo de 1713.

⁵ Ibid.

Fue éste uno de los numerosos incidentes protocolarios, muchas veces malintencionados que, casi a diario, surgían en las negociaciones de Utrecht. Pocas fechas antes los plenipotenciarios franceses habían firmado, en nombre de España, un convenio con Portugal por el que se prolongaba el armisticio cuatro meses. Pero los portugueses, en dicho documento, habían omitido deliberadamente mencionar a Felipe V como rey de España. En represalia un puntilloso Felipe V se negó a conceder el salvoconducto para que las tropas portuguesas que todavía permanecían en Cataluña pudieran retirarse a Portugal, a través de la península, aún cuando esta denegación constituía una flagrante violación del acuerdo de tregua y del apoderamiento dado a los franceses. Este asunto de orgullo real, aunque pudiera parecer menor, mantuvo ocupado a los plenipotenciarios más de un mes hasta que la reina de Inglaterra presionó a los portugueses para que procedieran al reconocimiento del rey de España en el documento de prorroga del armisticio. Tal vez lo peor de ello fue el enfado de Luis XIV al ver cómo se desautorizaba a sus ministros a lo que respondió Felipe pidiéndole a Bonnac que, en el futuro, “los plenipotenciarios franceses se abstuvieran de prometer nada en nombre de España”⁶. La respuesta de su abuelo no pudo ser más altiva y contundente: “Si se presentara la ocasión de comprometerme en nombre del rey de España no dudaría en hacerlo no obstante la advertencia que la Reina y él me han hecho”⁷.

Ante la sorpresa de todos, el duque de Osuna va a tardar un mes en salir hacia Utrecht. Manejará la excusa, no demasiado convincente, de la omisión del nombre de Felipe V en los pasaportes para demorar su salida. La presencia del plenipotenciario español en el Congreso podía parecer en aquel momento no demasiado urgente, puesto que Francia ya había firmado oficialmente la paz, pero había que negociar con Holanda y, sobre todo, contrarrestar la acción diplomática de los catalanes que habían comisionado al marqués de Montnegre para que viajara a Utrecht y La Haya con la misión de defender unos fueros que, por la información que llegaba a Barcelona y Viena, parecían en riesgo grave de perderse.

En realidad el asunto de la dirección que figuraba en los pasaportes no dejaba de ser, posiblemente, una excusa de Osuna porque Felipe V, siempre tan puntilloso en estos temas, le hizo decir a través de Grimaldo lo siguiente:

“Habiendo considerado Su Majestad que puede ser difícil vengan otros pasaportes, como se desea y conviniera, nombrando a Su Majestad, por no dilatar más esta materia y que no se diga se ponen dilaciones por parte del Rey...y que vea Su Majestad Cristianísima cuánto cede el Rey y contribuye de su parte a la consecución de la paz...se sirva mandarle admita estos pasaportes aunque vengan sin la circunstancia de nombrar a Su Majestad pasando inmediatamente al Congreso en la suposición de que una vez admitido se le tratará como nuncio suyo”⁸.

Tenía otras razones del duque para no abandonar París que quedan expuestas de forma rotunda y repetitiva en sus cartas a Grimaldo de 14, 21 y 28 de febrero y de 14, 20 y 24 de marzo.⁹ Se trata simplemente de un chantaje de Osuna al Rey. Todo lo respetuoso que se

⁶ Bonnac a Luis XIV, 18 de abril de 1713. En Baudrillart, p. 536.

⁷ Ibid., p. 537.

⁸ AGS, Estado. Leg. 4313. Osuna a Grimaldo, 4 de abril de 1713.

⁹ Todas ellas en AGS, Estado, leg. 4313.

quiera pero chantaje al fin. El fondo de la cuestión era que el duque pedía insistentemente se le abonasen sin dilación las once *mesadas* que le debían (lo que equivale a decir que desde su llegada a París, un año antes, sólo había cobrado el primer mes) porque quería “con este caudal acabar de satisfacer aquí el nuevo equipaje de color¹⁰ que a toda prisa estoy haciendo para el lucimiento y decencia correspondiente a la función del congreso *pues de la remesa de estos caudales depende únicamente mi salida... sin lo cual no discurro pueda tener forma de irme como debo*”¹¹. Osuna, avisado por lo acaecido a Monteleón, que había tenido que salir de París sin haber cobrado, había decidido actuar en consecuencia.

En su carta de 20 de marzo insiste a Grimaldo protestando porque, pese a sus demandas, sólo le han pagado tres mil doblones a cuenta de las once mesadas y que con ello no puede terminar de pagar el equipaje de color ni, por lo tanto, irse. Afirma que vivir en Utrecht le va a costar no menos de tres mil doblones al mes habida cuenta de “lo que allí se gasta y el tren que ha echado el portugués; y no ha de permitir Su Majestad Católica que su plenipotenciario sea menos”¹².

Para reforzar su postura habla también del mal estado de su carruaje¹³ sin el cual no le parece decoroso marchar a Utrecht. Todas estas reticencias y demoras no pasan inadvertidas en el mundillo diplomático y Torcy, molesto, le pide que parta sin dilación en tanto que Bolingbroke, mucho menos benévolo, escribía a Strafford, su plenipotenciario, que “Osuna no tiene la confianza de su corte; el objetivo de su presencia es darle esplendor a la embajada pero Monteleón es quien atenderá las negociaciones.”¹⁴ Esto no era cierto en absoluto, porque Osuna había asumido con firmeza su papel como primer plenipotenciario, y actuaba como tal, pero estas palabras de Saint John contribuyeron a reafirmar en Utrecht la mala imagen del duque.

Una semana antes de la llegada de Osuna a Utrecht se habían firmado dos tratados de paz que afectaban a España. Eran los de Francia con Inglaterra¹⁵ y con los Estados Generales respectivamente. El primero de ellos tiene treinta artículos y su estructura y organización recuerdan a las que luego tendrá el tratado que ha de firmar España con Inglaterra. Los primeros artículos son similares y prescriben, entre otras cosas, el reconocimiento de la línea de Hannover en la sucesión de Inglaterra aunque aquí haya una promesa adicional que hace Su Majestad Cristianísima: “Él y sus sucesores aplicarán todo su cuidado para embarazar que la persona que en vida del rey Jacobo II había tomado el título de príncipe de Gales... no pueda entrar en Gran Bretaña y sus provincias”. El artículo 5º es similar al 2º

¹⁰ La palabra *equipaje* tiene el sentido que se le daba en la época, es decir los uniformes y el equipamiento para sus criados, personal de su casa y para él mismo. El que hasta entonces venían usando en París era de luto y, por lo tanto, de color negro.

¹¹ AGS, Estado. Leg. 4313. Osuna a Grimaldo, 28 de febrero de 1713.

¹² Ibid. Osuna a Grimaldo, 20 de marzo de 1713.

¹³ Este asunto no debe considerarse como una broma. Hay en el Louvre un dibujo del carruaje del duque de Osuna reproducido en el libro de Yves Bottineau *Arte cortesano en la España de Felipe V*. Madrid, 1986. Lámina LXXII-A. Viendo el lujosísimo carruaje y considerando como valoraba el duque cuanto atañía a su dignidad y a la de su Monarquía puede que la excusa fuera sincera.

¹⁴ Bolingbroke, *Correspondence*, tomo IV, p. 32. Citado por Martín, M.A., op. cit., p.168.

¹⁵ AHN, Estado, leg. 3390. *Tratado de paz entre Francia e Inglaterra de 11 de abril de 1713*.

del tratado de España con Inglaterra y se refiere a las renunciaciones mutuas de Felipe V y de los duques de Berry y Orleans, renunciaciones que se incluyen íntegras, así como la toma de razón del Parlamento de París y de las Cortes españolas y las cartas patentes de Luis XIV de 1701 y 1713 sobre los derechos de Felipe V a la corona de Francia.

Las limitaciones al comercio francés -también previstas en el tratado con España- están igualmente contempladas. No cabe innovación alguna, ni en España ni en las Indias, en materia de comercio o navegación sobre lo que se practicaba en tiempos de Carlos II. A continuación el tratado comienza con las cesiones territoriales francesas: las fortificaciones de Dunkerque deben ser derribadas y su puerto cegado de manera inmediata, se devolverá a Inglaterra la bahía de Hudson con todos sus fuertes, artillería etc., se cede a perpetuidad la isla de San Cristóbal (Acadia) y la villa de Annápolis Real con todos sus habitantes, lugares todos en los que se prohíbe la pesca a los súbditos franceses. También se cede la isla de Terranova, pero este caso se permite la presencia de los pescadores franceses (aunque sólo en periodos de tiempo determinados) y la construcción de tablados y chozas de madera para salar y secar el pescado. Todo ello no en toda la isla sino en lugares señalados.

Entre los artículos finales es de alguna trascendencia, por su indeterminación, el que demanda que se den “a todos y cada uno de los aliados de Gran Bretaña una satisfacción justa y equitativa (sic) de sobre todo lo que puedan pedir legítimamente a la Francia. También el que prescribe que en el tratado de paz que Francia vaya a establecer con el Imperio, todo lo que mira a la religión se establecerá sobre el mismo pie en que quedó acordado en Westfalia.

Más interés tiene para nosotros el tratado entre Francia y los Estados Generales¹⁶ porque consagra el desmembramiento del Flandes español: “En contemplación a esta paz Su Majestad Cristianísima entregará y hará entregar a los Estados Generales, en favor de la Casa de Austria, todo aquello que Su Majestad Cristianísima, o el príncipe o príncipes sus aliados, posean aún en el País Bajo comúnmente llamado español, tal como su Rey Católico Carlos II lo había poseído conforme al tratado de Rynswich; sin que Su Majestad Cristianísima, o el príncipe o príncipes sus aliados, se reserven ningún derecho o pretensión”¹⁷. No obstante en este artículo, y en alguno de los siguientes, la entrega se encuentra condicionada por las limitaciones siguientes:

1º. “Está también convenido que se reservará en el ducado de Luxemburgo, o en el de Limburgo, una tierra de valor de 30.000 escudos de renta, que será erigido en principado”¹⁸ en favor de la princesa de los Ursinos y sus herederos”.¹⁹

¹⁶ AHN, Estado, leg. 3376/2. *Tratado de paz entre Francia y los Estados Generales de 11 de abril de 1713*

¹⁷ Artículo 7º.

¹⁸ Esta redacción preocupó mucho a la princesa de los Ursinos porque no se hablaba de *soberanía e independencia*.

¹⁹ Este apartado provocará una enérgica reacción de Felipe V que ordena a Osuna que hable con los holandeses para que “precisamente se declare, asegure y afirme en Limburgo, sin que en ello haya falencia... y que se excluya absolutamente a Luxemburgo”. AHN, Estado, leg. 3379/1, Grimaldo a Osuna, 1 de mayo de 1713.

2º. "En consecuencia de esto Su Majestad Cristianísima dará a los Estados Generales... el ducado y fortaleza de Luxemburgo, con el condado de Chiny, el condado, villa y castillo de Namur y las villas de Charleroy y Newport y todo lo que, además de esto, podría pertenecer a los dichos Países Bajos españoles".

3º. "Y como Su Majestad Cristianísima ha cedido y traspasado en plena soberanía y propiedad, sin reserva alguna ni retorno, a Su Alteza Electoral de Baviera los dichos Países Bajos españoles, Su Majestad Cristianísima promete y se empeña en hacer dar un acto, en la mejor forma, por el cual la dicha Alteza Electoral... cede y traspasa a los Estados Generales en favor de la Casa de Austria todo el derecho que Su Alteza Electoral pueda tener o pretender sobre los dichos Países Bajos españoles... Por el cual acto dicha Alteza Electoral reconoce a la Casa de Austria por legítimos soberanos y príncipes de los dichos Países Bajos... El cual acto de cesión por parte de Su Alteza Electoral será dado, como está convenido con la reina de la Gran Bretaña, en el mismo día de la ratificación de este tratado".

4º. "Bien entendido que el elector de Baviera retendrá la soberanía y las rentas del ducado y villa de Luxemburgo, de la villa y condado de Namur, de la villa de Charleroy... hasta que Su Alteza Electoral haya sido restablecido en todos los estados que poseía en el Imperio antes de la guerra... a excepción del Alto Palatinado y hasta que su Alteza haya sido puesto en la línea del noveno elector y en posesión del reino de Cerdeña²⁰ y del título de Rey".

Otras limitaciones se refieren a que Francia deberá retirarse de los Países Bajos, quedando éstos bajo guarnición holandesa, y a que ciertos territorios se entregarán al rey de Prusia²¹ (Gueldres, Kessel etc.) o al landgrave de Hesse-Cassel.

El tratado de paz franco holandés tiene dos artículos separados que afectan a España. El primero de ellos dice: "Como los Países Bajos españoles, y las villas y plazas cedidas por el rey Cristianísimo por el tratado concluido hoy, deben tocar a la casa de Austria los dichos Estados Generales se empeñan y prometen que *la dicha Casa de Austria ejecutará toda las condiciones estipuladas en dicho tratado por lo que mira a los Países Bajos españoles*". Como se verá más adelante este importante artículo va a ser incumplido, al no aceptarlo el Emperador, en lo que se refiere a la soberanía de la princesa de los Ursinos y al reino de Cerdeña. El segundo artículo separado dice que el rey Cristianísimo se compromete, en nombre de Su Majestad Católica a que en la paz entre España y los Estados Generales "se incluyan las ventajas y utilidades de comercio, navegación y otros incluidos por el tratado de Münster" y que esto se hará tan pronto los plenipotenciarios de España lleguen a Utrecht.

Finalmente el 19 de abril llegó Osuna a Utrecht donde fue recibido por el resto de plenipotenciarios con reticencias, y en algún caso hasta con algo de hostilidad, que él a causa de su arrogancia no fue capaz de disipar en todo el tiempo de su estancia en el Congreso. Llegaba muy molesto con los Preliminares que había negociado Bedmar, con las

²⁰ En tratado de Rastadt-Baden va a modificar lo que se adjudica al elector de Baviera. No recibirá Cerdeña pero, a cambio, va a recuperar el Alto Palatinado.

²¹ La razón de estas cesiones se encuentran en el acto de enero de 1712 por el que Felipe V cede al elector de Baviera los Países Bajos españoles. La cláusula 7ª especifica que el elector de Baviera debe pagar al de Brandeburgo (ahora rey de Prusia) lo que España le debe por su aportación de tropas a la anterior guerra. Cantillo, p. 54.

noticias que le llegaban de Londres donde, a su juicio, Monteleón estaba siendo muy blando y, por último, con las advertencias que Grimaldo en nombre del Rey le había hecho para que moderara sus ímpetus y actuara de acuerdo con lo que pedía “el estado presente de las cosas”. En una carta a Grimaldo de 10 de mayo de 1713²² se lamenta de todo ello:

“Puede asegurar V. S. a Su Majestad no debe tener el menor escrúpulo (que yo) perjudique nada pues aquí hablo con las medidas y reservas que debo, procurando sonsacar y descubrir, sin poner nada de mi parte...y no voy tan ligeramente, ni sin más de una vista, en lo que es tan importante, ni me fijo en decir esto ha de ser cueste lo que cueste...Yo no puedo remediar mis talentos ni saber manejar los negocios pues es la primera vez que Su Majestad me ha empleado en ellos, como le representó mi gran celo a su servicio cuando me hizo la honra de conferírmelos poniendo en consideración de Su Majestad los inconvenientes y atrasos que podían tener por la insuficiencia que en mí reconocía”.

No sin ironía continúa diciendo que su inexperiencia no ha supuesto, hasta ahora, lastre alguno para la negociación:

“Porque todo se ha hecho y ejecutado y está casi fenecido sin mi conocimiento por el conde de Bergeyck en la Francia, marqués de Monteleón en Londres y marqués de Bedmar y milord Lexington en Madrid y no me parece que la piedad del Rey quiera hacerme a mí la injusticia y el ajamiento de que haga yo sólo la figura ridícula del estafermo, de firmar sólo lo que todos los otros han trabajado y en que no he tenido parte ni arbitrio”.

Insiste Osuna en sus quejas porque “no habiendo tenido yo intervención sólo sirva para autorizar para la posteridad la destrucción y desmembramiento de la Monarquía”. Por eso pidió a Bergeyck, cuando éste partía de París hacia Madrid, “que cuando llegase a la corte pusiese en noticia de Su Majestad que se dispusiese a enviar a otro, pues yo de ningún modo firmaría tratado en que hubiese ningún desmembramiento de la Monarquía”. Y no solamente lo pidió a Bergeyck sino también a Louis de Aubigny²³ y a Macanaz y, finalmente, insistía ahora a Grimaldo para que hablara con el Rey a fin de conseguir que la paz con Inglaterra la “firmara sólo Monteleón o envíe orden para ello al duque de San Pedro que se halla actualmente aquí”. Dice todo esto muy convencido hasta el punto de estar dispuesto a dar al plenipotenciario que le sustituya toda clase de facilidades, incluso que se utilice todo lo que es suyo:

“La mejor casa que hay en todo el lugar y mi mesa para que dé de comer a todos los que quisiere y mis coches y libreas para la función que aún están por estrenar, todo lo cual servirá para el que de allá o de acá se nombrare pues no tiene más que firmar y yo no por eso me excuso de trabajar, ejecutar y vigilar todo cuanto hubiere que hacer como no sea firmar...Su Majestad tendrá a bien esta representación pues le es indiferente que sea uno u otro el que firme”.

Por esta época Osuna enviaba a Macanaz copia de las cartas que escribía a Grimaldo buscando en él apoyo a sus ideas sobre la firmeza que debía mantener España en la negociación. Por ejemplo, en carta algo posterior a la anterior, de 22 de mayo²⁴, le dice:

²² AGS, Estado, leg. 6823. Osuna a Grimaldo, 10 de mayo de 1713.

²³ Secretario de la princesa de los Ursinos.

²⁴ AHN, Estado, leg. 3396/1. Osuna a Macanaz, 22 de mayo de 1713.

“Amigo mío, V. S. me tiene muy olvidado, sin sus noticias ni sus cartas y teniendo yo muy presentes las que me ha escrito en que su celo fortifica el mío diciéndome sustente los puntos que están pendientes y dispute y procure deshacer los que están acordados y particularmente sobre el reino de Sicilia”. Le confiesa a Macanaz que de no ser “por la desconfiada situación en que me hallo pudiese ser que a esta hora tuviese entablado algo que nos fuese bien ventajoso, particularmente con los holandeses, quienes se me han abierto con alguna confianza”. Osuna no se conforma con la cesión de Sicilia, ni con el navío de permiso, ni con todo el apoyo que se está dando al elector de Baviera y, pese al poco tiempo que lleva hablando con los holandeses –con los ingleses no va a empezar a hablar hasta que llegue Monteleón- ya está oyendo cantos de sirena de Holanda interesada en deshacer algunas de las ventajas y cesiones que Inglaterra había arrancado a España.

Monteleón abandona Londres a finales de mayo en un yate de la Reina²⁵. Bolingbroke en una carta de despedida lamenta su marcha y le dice que “el expediente infalible para hacer indisoluble la unión entre Inglaterra y España será, Señor, vuestra presencia en este país. Estoy tan absolutamente convencido de esta verdad que no puedo impedir renovar mis instancias para que toméis todas las medidas que sean convenientes para que volvamos a vernos...la Reina os dará las pruebas más reales de la estima que tiene por vuestra persona y de cuanto valora vuestros méritos”²⁶.

Monteleón llega a Utrecht trayendo bajo el brazo el tratado firmado días antes en Londres, y los tres artículos separados que lo completaban. La intención de las partes era firmar inmediatamente pues hacía más de un mes que Francia había suscrito cinco tratados particulares de paz²⁷. No obstante, inesperadamente, surgió un problema por la negativa del gobierno español a firmar si Felipe V no era reconocido en todos los documentos, no sólo como Rey de España y las Indias etc., sino también de los territorios que iba a ceder: Gibraltar, Países Bajos y Sicilia. Ciertamente esta intransigencia podría estar justificada ya que Bolingbroke, en Londres, había estado de acuerdo en que así se redactara el preámbulo del tratado pero, por razones desconocidas, se volvió atrás aclarando a sus plenipotenciarios que la concesión hecha a Monteleón había sido en broma (*rather restingly*) cosa increíble en un político tan fino como lo era el ministro inglés²⁸.

²⁵ “El yate de Su Majestad que debe llevar a Holanda al marqués de Monteleón está ya dispuesto y creo que, en muy pocos días, vamos a perder a un ministro que se ha hecho estimar y querer en este país. En lo que a mí respecta estoy inconsolable pues pierdo al mismo tiempo el placer de tratar con un ministro hábil y el de convivir con un amigo agradable”. Bolingbroke a Ursinos, 8/19 de mayo de 1713. En *Lettres historiques*, tomo II, p. 248.

²⁶ Bolingbroke, *Lettres historiques*, tomo II, p. 260.

²⁷ Son los de Francia con Inglaterra, Holanda, Portugal, Prusia y Saboya.

²⁸ Se trata de un tema recurrente que va a seguir planteándose en la firma de acuerdos posteriores de forma que Bolingbroke, harto de que España planteara cada vez que había que firmar un tratado las mismas reservas, tuvo que escribir a Monteleón diciéndole que, tras “consultar a los señores justicias estos le han dicho que nada les parece más contrario a la razón y al sentido de los tratados concluidos con la corona de España que la pretensión de mantener los títulos de los reinos y provincias que ella formalmente abandona... Las razones parecen tan convincentes que los señores justicias me han ordenado haceros saber que la corte de la Gran Bretaña no usará en las cartas al Rey Católico más títulos que aquellos que han sido confirmados en los tratados”. AGS, Estado. Leg. 6824. Bolingbroke a Monteleón, 10 de agosto de 1714. La carta está traducida al castellano.

Pero como Utrecht era lugar propicio para rumores y lucubraciones de todo tipo así como para mezclar los negocios más dispares y embarullar otros que ya estaban consolidados, Inglaterra llegó a pensar que el duque de Osuna dilataba innecesariamente la firma del tratado no por el asunto de los títulos del Rey de España sino para fomentar entretanto la amistad con Holanda que, según pensaban los ingleses, muy celosos de cualquier acercamiento entre ambas naciones, era ahora el objetivo fundamental de la diplomacia de Madrid.²⁹

De todas formas había algún tema más en litigio, sobre todo en relación a los artículos separados. Felipe V estaba muy molesto –y no digamos la princesa de los Ursinos– porque la soberanía sobre el ducado de Limburgo no formaba parte, a diferencia de cómo estaba redactado en los Preliminares de Madrid, del cuerpo del tratado. Lo mismo cabe decir sobre el feudo de Siena. Los artículos separados, por más que afirmaran ser tan válidos como si estuvieran insertos literalmente en el tratado principal, no gozaban de buena prensa debido a una tradición secular de incumplimientos. Tan sólo cuando Inglaterra confirmó, con toda energía, que apoyaría firmemente los antedichos artículos separados, los plenipotenciarios españoles abdicaron de sus peticiones sobre la redacción del preámbulo. Escribía Bolingbroke a Monteleón: “La noticia que me anuncia V. E. de que la ratificación vendrá en los términos que habíamos diseñado me consuela; os confieso que me he desesperado con las dilaciones de vuestro colega. Decidle al duque de Osuna que en política como en el amor hay que aprovechar las ocasiones favorables y no exponerse a las dificultades que se pueden presentar”³⁰. En todo caso el tratado que va a firmarse en Utrecht enumera por dos veces la totalidad de los títulos del Rey Católico: en el texto de las renunciaciones y en los documentos por los que se otorgan las plenipotencias a Osuna y Monteleón. Y por supuesto también constan todos en la ratificación del tratado que hace Felipe V.

Había una tercera dificultad en la que Inglaterra tuvo que dar marcha atrás. Pretendía solventar antes de la firma del tratado ciertas pretensiones, relacionadas con demandas portuguesas, que España no quería, al menos en ese momento, admitir. Finalmente se le hizo ver que lo que iba a suscribirse era sólo un tratado bilateral entre España e Inglaterra, que estaba más que convenido, y que la paz con Portugal y sus condiciones sería algo a discutir posteriormente.

Superadas estas dificultades el obispo de Bristol y lord Strafford por Inglaterra y el duque de Osuna y el marqués de Monteleón por España firmaron el 13 de julio de 1713 el tratado de paz y los tres artículos separados si bien éstos debían ser ratificados antes de seis semanas. También en esta misma fecha se firmó el “*Tratado de paz alianza y amistad entre España y el duque de Saboya en virtud del cual se cede a éste la isla y el reino de Sicilia; y se llama su Casa a la sucesión eventual de los dominios españoles*”.³¹

Este último tratado tiene 15 artículos y añade poco novedoso a lo que ya sabemos: sucesión de la Casa de Saboya a la monarquía de España, aunque sólo en la línea

²⁹ Plenipotenciarios a Bolingbroke, 20 de junio de 1713. Citado por Martín, M.A., op. cit., p. 175.

³⁰ Bolingbroke. *Lettres historiques*. Bolingbroke a Monteleón, 20 de junio de 1713. Tomo II, p. 263.

³¹ Cantillo, op. cit., p. 87 y sigs. Lo firman por parte de Saboya el conde de Maffei, el marqués del Burgo y Pedro Mellarede.

masculina, cesión a Víctor Amadeo de Sicilia y de sus islas dependientes inmediatamente después de las ratificaciones “con todos los derechos de *monarquía*...artillería, arsenales, galeras etc.”, dispensa del juramento de fidelidad a los súbditos del Rey Católico, promesa de no enajenar nunca a terceros la isla, protección para los bienes de los españoles, confirmación de los privilegios que concedió Carlos V a la orden de Malta y confirmación de las cesiones que hizo Leopoldo I en 1703 a Saboya (el ducado de Monferrato principalmente y determinadas partes del ducado de Milán). Este tratado tuvo posteriormente dificultades pues lo que fue firmado en Utrecht, no concordaba, según la opinión del Rey, con el acta de la cesión que se había hecho en Madrid, entre otras razones “por haber creído Su Majestad que le obligaban a muchas cosas sin la recíproca obligación del duque de Saboya”. En vista de ello Felipe V cambió algunos artículos en la ratificación lo que produjo, al llegar a sus manos, la indignación de Strafford porque “no había ejemplar de haberse enteramente mudado un tratado firmado por plenipotenciarios en un Congreso público”³². Aparentemente el enfado de Bolingbroke tampoco fue menor aludiendo al incidente como “el procedimiento extraordinario, por no calificarlo de manera peor, de la corte de España”³³. Y en otra carta que dirigió al ministro de Saboya hablaba de que “es necesario disimular nuestro resentimiento para hacerlo estallar con más eficacia en su tiempo y su lugar”.

Pero probablemente el mayor enfado corrió a cargo de Luis XIV que escribe a Bonnac lo siguiente:

“Cuando la corte de España atisba alguna apariencia de prosperidad pretende actuar con altivez y sin concierto, pero cuando se encuentra con el menor problema le faltan las fuerzas y todo lo resuelven pidiendo que haga la guerra por ellos y a mi expensas... Los cambios que ha hecho al (tratado) de Saboya comienzan a perjudicar su reputación y, aunque yo me lamente de estas modificaciones, toda Europa creará que están hechas de acuerdo conmigo y que yo apruebo que el Rey, mi nieto, no se atenga a lo que ha prometido”³⁴.

Finalmente, y a su pesar, el duque de Saboya ratificó en septiembre las modificaciones introducidas en Madrid.

Conviene decir una palabra sobre el contenido textual del tratado que se firma en Utrecht entre España e Inglaterra. Dieciocho de los veintiséis artículos que contiene son prácticamente idénticos a los firmados en Londres. En realidad sólo difieren –y contadas veces- en cambiar una palabra por su sinónimo³⁵. Esto pudiera deberse, bien a que el texto había pasado por un corrector de estilo, bien –y es lo más probable- a que era una nueva traducción del texto principal en latín que, según vimos anteriormente, había preparado Bolingbroke con la aquiescencia de Monteleón. Los artículos finales, a partir del 19º, que

³² AGS, Estado, leg. 6823. Mejorada a Osuna y Monteleón, 6 de agosto de 1713 y Monteleón a Grimaldo, 2 de septiembre de 1713

³³ *Lettres historiques*, Bolingbroke al conde de Maffei, 6 y 12 de septiembre de 1713. Tomo II, pp. 297 y 298 y 300 a 302 respectivamente.

³⁴ Luis XIV a Bonnac, 28 de agosto de 1713. En Baudrillart, p. 539.

³⁵ En AGS, Estado, Leg. 6823, Plenipotenciarios a Grimaldo, 13 de julio de 1713 se dice “se han puesto y añadido (en el texto latino) algunas palabras a instancia de los plenipotenciarios ingleses las cuales no inmutan la sustancia como Vuestra Señoría se servirá reconocer”. Son sólo tres expresiones, una en el preámbulo, otra en el artículo 5 y otra en el 18.

son los añadidos, extienden a determinados príncipes (Portugal, Saboya, Suecia, Venecia, Génova y la ciudad de Dantzick³⁶) el tratado "en señal de mutua amistad y estando persuadidos Su Majestad Católica y Británica de que reconocerán las disposiciones hechas y establecidas en él"³⁷. El tratado de Utrecht fue ratificado por Felipe V el 4 de agosto de 1713, salvo el artículo 25º relativo a la ciudad de Dantzick por entender que debía incluirse en el tratado de paz con el Imperio. Al parecer se trató de un error de España porque Dantzick, a diferencia de la mayor parte de las ciudades hanseáticas, era feudo de Polonia³⁸.

Es a partir de la firma del tratado con Inglaterra cuando va a empezar un auténtico calvario para el duque de Osuna que le va a llevar no sólo a la depresión sino incluso a rozar los límites de la locura. Su talante rígido y su austeridad castellana van a chocar con tremenda violencia con la personalidad mucho más pragmática y vitalista del marqués de Monteleón. Éste, con una estrategia de jugador de ajedrez, se va a ocupar de ir destilando sobre el duque, gota a gota, tal cúmulo de impertinencias, desaires y maniobras de desprestigio que van a poner en riesgo su salud mental. Osuna se defendía lo mejor que podía pero en estas escaramuzas no era contrincante para Monteleón. Y como dialécticamente se veía inferior y además no tenía apoyos, al no gozar de simpatías entre los diplomáticos del Congreso, no le quedaba otra opción que enviar a Grimaldo largos memoriales de agravios para que los hiciera llegar a conocimiento del Rey. Tanta insistencia, porque había días que escribía dos o tres cartas, iba a resulta tan tediosa y reiterativa que fue contraproducente para él. El 20 de octubre escribe a Grimaldo una carta en la que le cuenta una violenta pelea que han tenido en relación con la soberanía de la princesa de los Ursinos³⁹ en presencia de unos asombrados plenipotenciarios de Holanda:

“Parece que se le entraron una legión de demonios en el cuerpo al marqués de Monteleón pues dio un enviñón (sic) a su silla y se volvió contra mí poniéndoselo la cara como una brasa...y saltó contra mí con gritos y golpes con el bastón en las tablas, sin dejarme hablar... empezaba yo a responder e inmediatamente que articulaba la primera palabra saltaba como una furia contra mí, a gritos y golpes con el bastón en las tablas que aturdían, no digo la pieza en que estábamos, sino toda la casa”.

Estas actuaciones tan poco edificantes, a las que seguían a un rosario de acusaciones mutuas, colmó, por vez primera, la paciencia real que ordenó a Grimaldo escribir una carta a cada uno de ellos diciendo que ante el escándalo que estaban dando y que “se ha publicado en toda la Europa” el Rey ha juzgado necesario amonestarles y ordenarles que olviden las quejas que pudieran tener uno de otro y que, para evitar discusiones ante los diplomáticos de otras naciones, deberán reunirse y volver a estudiar las instrucciones que han recibido, ponerlas en común y atenerse estrictamente a ellas⁴⁰. Pero no hay que pensar que la amonestación real tuviera efectos duraderos. Osuna responde a vuelta de correo, molesto por el prestigio que adivina tiene Monteleón a los ojos del Rey unido a la sensación, injusta a su juicio, que se tiene en la corte de que el duque es el responsable de la situación de enfrentamiento; lo cual, en su opinión, no admite más que dos interpretaciones:

³⁶ Artículos 20º a 25º.

³⁷ Artículo 19º del tratado.

³⁸ AGS, Estado, leg. 6823. Monteleón a Grimaldo, 2 de septiembre de 1713.

³⁹ AHN, Estado, leg. 3396/2. Osuna a Grimaldo, 20 de octubre de 1713.

⁴⁰ AHN, Estado, leg. 3379/1. Grimaldo a Osuna, 30 de octubre de 1713.

“O se le tiene por el hombre más depravado, sin conciencia y embustero que hay en el mundo o no se leen mis cartas ni se hacen cargo de lo que aquí ha pasado pues qué culpa ni parte he tenido yo en la desacertada conducta, tropelías y desaires que me ha hecho el marqués de Monteleón más que el ser la víctima sacrificada de sufrirlos con la mayor modestia por el servicio de Su Majestad”⁴¹.

La relación entre ambos empeora progresivamente y Osuna continúa en su intento de desprestigiar al marqués, que por cierto ha estado viviendo en su casa, comiendo en su mesa y usando sus carrozas, por temas de índole particular, que califica como desaires y descortesías, tales como que no asiste a misa en su capilla sino que va a una iglesia más alejada o que no corresponde a las invitaciones que le hace para fiestas diplomáticas. Más graves son otras actuaciones del marqués de las que informa a Grimaldo:

“Siendo también indecente y de malísimas consecuencias el irse todos los días y noches a los cafés, donde no va ministro alguno y entra todo género de gentes, a jugar al *triquitague* con Moll que, como sabéis, es espía que los portugueses nos han echado a nosotros y le han dado diez mil pesos y con todos los demás que entran allí...dando la comedia al público, hablando de todo lo que se hace y no se hace y hasta de las respiraciones”⁴².

Especial enfado producían en el duque las faltas del marqués contra la etiqueta como el no llevar luto cuando correspondía o el que se quite la peluca y salga a la calle con bonete “que es el traje que en todas las asambleas, comidas y cenas, delante de todas las damas y de hombres de carácter practica tener así como discursos y visajes con la cara para hacer reír...sin reparar siquiera en el carácter que por Su Majestad al presente representa, añadiendo a esto el decir las mayores desvergüenzas y palabras disolutas en estas públicas concurrencias, a todas las primeras damas, delante de todos...”⁴³.

En los tres primeros meses de 1714 las peleas van a ir a peor. Monteleón le dice a Osuna que recibe órdenes reservadas del Rey, en sentido contrario a las que él ha recibido y, aunque ni sea cierto ni se le muestre prueba alguna de ello, el duque se lo cree y protesta a Grimaldo por el trato que le dan, porque hacen caso a su rival y porque no leen siquiera las cartas que envía lo que tiene cierta lógica pues, en muchas ocasiones, resultan tan embarulladas y poco inteligibles que el Secretario de Estado tiene que pedirle que se esfuerce por escribir con mayor claridad. El 9 de febrero toma una decisión porque piensa que por medio de cartas es muy difícil que en la corte se pueda conocer lo que realmente ocurre y que él pueda responder con fuerza a las imputaciones que, supone, se le hacen. Por ello propone que “según la disposición en que se hallan los negocios podrán dar lugar (sin hacer aquí considerable falta) que como un correo pase yo a esa corte donde lograría instruir cabalmente al Rey y al mismo tiempo aclarar cuanto se me atribuye satisfaciendo a todo...No puedo menos que proponerlo a Vuestra Señoría suplicándole se interese en que Su Majestad me lo permita”⁴⁴.

⁴¹ AGS, Estado, leg. 6824. Osuna a Grimaldo, 16 de noviembre de 1713.

⁴² AHN, Estado, leg. 3396/1. Osuna a Grimaldo, 2 de diciembre de 1713.

⁴³ Ibid., leg. 3379/1. Osuna a Grimaldo, 15 de febrero de 1714.

⁴⁴ Ibid., Osuna a Grimaldo, 9 de febrero de 1714.

Seis días más tarde insiste en que uno de los dos ha de tener la razón y el que no la tenga debe ser castigado por el Rey con “el último rigor” y, en caso de que sea él culpable “espero me envíe Vuestra Señoría el aviso del castillo o prisión donde Su Majestad manda me presente para que un monstruo que ha tenido tal humildad que ha sabido disimular y engañar a Su Majestad desde que reina en España, creyendo de él totalmente lo contrario, que se le creía de fidelidad y lo es de traición, se le corte luego la cabeza no siendo castigo para el que merece hombre tan depravado”⁴⁵.

A finales de diciembre de 1713 Monteleón recibe órdenes de viajar por unos días a Londres para tratar con Bolingbroke sobre la colonia de Sacramento y otros temas relacionados con la paz con Portugal. Se trataba de una propuesta hecha por Osuna a la que el marqués se negó en redondo:

“Y así ahora digo que no quiero ir y antes decía que de ningún modo serviría al Rey en España y ahora digo que ni en España ni fuera de España quiero servirle más pues soy filósofo y tengo de comer de lo mío muy sobrado sin que el Rey me lo pueda quitar ni el crédito que tengo en Italia, Francia, Inglaterra, Holanda, Alemania, en el Asia, en la América; y en todo el mundo conocen el nombre del marqués de Monteleón y la reputación de ser el primer hombre y ministro que hay en todo este siglo”⁴⁶.

No por estar escrito por Osuna hay que pensar que el anterior párrafo fuera totalmente de su invención. Probablemente la enorme vanidad de Monteleón le hacía decir cosas tan imprudentes.

18.2 LOS ARTÍCULOS SEPARADOS

Trataremos ahora de analizar los tres artículos separados que, aunque con diferencias formales, ya constaban en los Preliminares de Madrid: el artículo 19º relativo al feudo de Siena, que es el único al que se da el carácter de secreto, el artículo 21º que atañe a la soberanía adjudicada a la princesa de los Ursinos en Limburgo y el artículo sobre la garantía de la Reina de poner coto a la desmembración de la Monarquía y que en Madrid se incluyó también como cláusula separada. Los ingleses se negaron a integrarlos dentro del cuerpo del tratado de Londres por considerar que transcendían de un acuerdo bilateral porque afectaban a terceros países y su publicidad prematura podía ser contraproducente. Y realmente es lógico que el segundo de los artículos, que se refería a la soberanía de la princesa de los Ursinos y en el que estaban implicados Holanda, el elector de Baviera y Austria, tuviera que ser mantenido con cierta reserva. Y lo mismo puede decirse del artículo tercero sobre la adjudicación del feudo de Siena, apetecido por franceses y alemanes. Más dudas caben sobre el primer artículo que es, a mi juicio, estrictamente bilateral ya que sólo afirma la intención de Inglaterra de hacer todo lo posible –lo que no implica que tuviera éxito– por mantener íntegro, en los tratados posteriores que España debía firmar con otras potencias, lo que restaba del imperio español. En este sentido si esta declaración hubiera sido pública hubiera dado fuerza, posiblemente, a España pero hubiera sido perjudicial para Inglaterra ya que sus aliados, aparte de acusarla de violar los tratados

⁴⁵ AGS, Estado, leg. 6824. Osuna a Grimaldo, 15 de febrero de 1714.

⁴⁶ AHN, Estado, leg. 3396/1. Osuna a Grimaldo, 29 de diciembre de 1713.

de la Gran Alianza, podrían llegar a pensar -y no hubiera sido descabellado- que gracias a dar esta garantía había conseguido beneficios comerciales o territoriales por encima de lo que le correspondía. Esto era tanto más posible por la actitud reticente de Holanda siempre proclive a considerar, que habiendo sido engañada por Inglaterra, debía intentar conseguir para sí misma iguales ventajas.

Para anular cualquier sospecha de que el carácter separado de estos tres artículos pudiera afectar negativamente a su eficacia Bolingbroke se apresuró a tranquilizar a una preocupada princesa de los Ursinos por medio de una larga carta⁴⁷ en la que decía haberse enterado por Lexington de su inquietud al observar que el documento básico del tratado provisional de Londres no hacía alusión al principado que pretendía⁴⁸, y por ello se apresuraba a explicar las razones que habían llevado, a él y a Monteleón, para proceder de esta manera:

“Me congratulo por anticipado porque quedará satisfecha pues sus intereses no podían estar, debido al interés de la Reina, en mejor situación. El proyecto contiene únicamente aquellos artículos del tratado de paz que dependen tan sólo de las dos cortes y en los que ninguna otra tiene derecho a entrar. Hay otros artículos, como el que mira al feudo de Siena, y aquél que Su Majestad Católica desea tanto para impedir la desmembración ulterior de su Monarquía, sobre los cuales no hay ni la menor disputa entre los ministros de la Reina y los del Rey, aunque no fuera posible saber con precisión en qué términos sería posible incluirlos en el tratado de Paz General”.

El primero de estos tres artículos fue planteado desde el inicio de las conversaciones en Madrid entre Lexington y Bedmar y, como se ha visto antes, recogido en uno de los dos artículos separados de los Preliminares. Felipe V quería poner coto a la desmembración del imperio español y temía que, en las sucesivas negociaciones para las paces particulares, se fueran arrancando a España más territorios de los que ya había cedido. Así lo hizo saber el Rey en su respuesta oficial del día 22 de octubre de 1712 al papel que le había presentado lord Lexington.

En el texto se insiste en alejar cualquier temor sobre la eficacia de este artículo:

"Se ha mantenido y concordado que este artículo separado ha de tener la misma fuerza que si estuviera inserto a la letra en el tratado que han hecho hoy Sus Majestades... Y que estando Su Majestad Católica en el firme propósito de no consentir otras enajenaciones de dominios... Su Majestad Británica ofrece recíprocamente por parte suya que quiere persistir en las razones y dictámenes con que por ella se ha prevenido y cautelado que ninguna de las partes que hacen la guerra pueda, en haciendo la paz, pedir ni obtener de Su Majestad Católica otra desmembración de parte alguna de la monarquía de España y que denegando Su Majestad Católica estas nuevas pretensiones dirigirá Su Majestad Británica este negocio de modo que se desista enteramente de ellas. Y habiendo parecido a Su Majestad Británica que es de utilidad común que se establezca una nueva confederación entre el Rey Católico, Su Majestad Británica y el rey de Portugal, con la cual se atienda a la seguridad de esta última corona, Su Majestad Católica por el presente artículo da su consentimiento a una obra tan útil y la

⁴⁷ Bolingbroke, *Lettres historiques*. Bolingbroke a Ursinos, 5/16 de julio de 1713. Tomo II, pp.274 a 277.

⁴⁸ Su preocupación era mayor porque en el tratado de paz entre Holanda y Francia, firmado un mes antes, se hablaba de un *principado* pero sin hacer alusión a *soberanía e independencia*.

acepta...Este artículo se ha de ratificar y la permuta de ratificaciones se ha de hacer en Utrecht, dentro de tres semanas o antes"⁴⁹.

Como puede verse estamos ante un artículo vivo que debía administrar Inglaterra conforme España fuera entrando en negociaciones bilaterales con el resto de los aliados. Pero esta cláusula, que se consideraba vital cuando fue planteada a Lexington en octubre de 1712, había perdido mucha importancia. Eran ahora poco probables la entrega de Cataluña a Austria, o cesiones de territorios en las Indias a Holanda. Y el deterioro de las relaciones de Inglaterra con el Emperador hacía casi inviable que Austria consiguiera algo más de lo que había logrado en Italia por conquista. Tan sólo se presentaba un problema y éste provenía de Portugal.

Ya se sabe cuáles eran inicialmente las pretensiones portuguesas. Querían también una barrera en la frontera con España que les defendiera de posibles ataques, y la tal barrera había sido establecida en el tratado de Methuen: Badajoz, Valencia de Alcántara, Tuy, Guarda, Bayona y Vigo así como algunas fortalezas y territorios circundantes. Como es obvio la postura española no sólo negaba cualquier cesión sino que reclamaba las ciudades de Alburquerque y Puebla, conquistadas por los portugueses durante la guerra, y que aún permanecían en sus manos. Monteleón consiguió hacer ver a Bolingbroke lo ilusorio de esta demanda que fue sustituida por un compromiso de la Reina de proteger los intereses portugueses y, en lugar de la barrera, establecer una alianza especial entre las dos naciones que asegurara sus fronteras. Inglaterra se sentía en deuda con Portugal y así se lo hizo saber a Lexington pidiéndole “presionar al rey de España de la manera más seria para conseguir que Portugal no sea la única nación aliada que no consiga ventajas con la paz”⁵⁰.

Abandonadas estas primeras pretensiones lo que reclamaba Portugal era mucho más modesto y la única reivindicación territorial que mantenía, aunque con mucha intensidad, era la colonia de Sacramento, en el Río de la Plata, que por error o desidia del gobernador de Buenos Aires habían conquistado durante la guerra. El resto de peticiones era de índole económica: indemnización a la Compañía de Guinea por la rescisión del tratado de asiento de negros, la devolución de algunas presas hechas por los españoles y la reparación de los daños causados en ellas. Inglaterra, al igual que le ocurría con el caso de los catalanes, creía comprometido el honor de la Reina en dar una salida airosa al caso de Portugal y presionaba a España para que firmase una paz honorable lo antes posible porque, en determinados momentos y ante las dificultades anteriormente comentadas para la prolongación del armisticio, se temió seriamente en Londres la reanudación de las hostilidades entre ambas naciones. En junio de 1713 escribía Bolingbroke a sus plenipotenciarios: “La Reina estaría preocupada en extremo si les surgiera una sorpresa a los portugueses de parte de los españoles. Ella piensa que tiene comprometido su honor en prevenir esto y si la suspensión de armas no es renovada en Utrecht espera que el marqués de Monteleón, o su colega, se hagan responsables de que el general español en la frontera con Portugal mantenga el armisticio”⁵¹. Cuando se superó este problema, los españoles van

⁴⁹ Cantillo, op. cit., p. 82.

⁵⁰ Dartmouth a Lexington, 12 de junio de 1713 (V. E.). Citado por M. A. Martín, op. cit., p. 174.

⁵¹ Ibid. Bolingbroke a plenipotenciarios, 6 de julio de 1713 (V.E.).

a seguir negándose a cualquier concesión a Portugal⁵² pero Bolingbroke va a presionar cada vez con más fuerza para que España ceda la colonia de Sacramento, a lo que se había comprometido de manera explícita Inglaterra cuando consiguió que los portugueses se unieran a su proyecto de paz y abandonaran a Holanda y Austria⁵³.

De hecho, y como cabía esperar cuando se firma en Utrecht este primer artículo separado, España no va a perder en las paces posteriores más de lo que ya había cedido a Inglaterra, al duque de Baviera o de lo que estaba en poder del Emperador en Italia y que cabía considerar como adquirido por derecho de conquista. La única excepción va a ser la colonia de Sacramento, que las presiones inglesas consiguieron fuera cedida a Portugal (aunque con una reserva, nunca ejercida por España, de proponer un equivalente para, antes de dieciocho meses, proceder a su canje). En contrapartida en el tratado de paz entre Portugal y España de 6 de febrero de 1715 se van a recuperar Alburquerque y Puebla.

El tercer artículo separado⁵⁴, y en este caso además secreto, pero “con la misma fuerza que si estuviese inserto palabra por palabra en el tratado general”, dice que Su Majestad Británica “interpondrá sus oficios para que se conserve ileso a España el derecho del directo dominio en el feudo de Siena, el cual pertenece a Su Majestad Católica y recíprocamente promete el dicho rey Católico que nunca por título o pretexto alguno admitirá ni permitirá pesquisa alguna contra el gran duque de Toscana por la investidura recibida violentamente de otros durante esta guerra⁵⁵...Su Majestad (Católica) ofrece que dará la investidura de Siena al dicho gran duque y a los príncipes sus descendientes en las mismas condiciones contenidas en las investiduras antecedentes concedidas por los reyes católicos de España, sus predecesores, sin quitar ni añadir cosa alguna”. En caso de faltar descendencia masculina la investidura de Siena se dará como excepción a la electriz palatina, hija del gran duque, a pesar de que las hembras de la familia estaban explícitamente excluidas pero Felipe V deroga esta disposición. También, y en consideración al futuro y a la tranquilidad de Italia, se establece que el estado de Siena quede siempre unido al de Florencia, por lo cual, tanto el Rey Católico como sus herederos, concederán la investidura a los sucesores varones de la casa del gran duque de Toscana “y los defenderán en ella con tal de que sean amigos de las dos coronas española y británica”. Este artículo debía ser ratificado antes de seis semanas.

Felipe V quería este feudo para mantener, siquiera fuera de forma simbólica, una posición en Italia y, sobre todo, para intentar recuperar por este medio la posesión de los presidios de Toscana habida cuenta de que los esfuerzos de Monteleón en este afán se habían estrellado ante la declaración de la Reina, en su primera arenga sobre la paz, de que serían entregados al Emperador⁵⁶. Como se dijo la idea inicial de esta reclamación debe adjudicarse al

⁵² Incluso Grimaldo dio instrucciones a Osuna para que “durmiera” todo lo posible la negociación con Portugal. AHN, Estado, leg. 3387/1. Grimaldo a Osuna, 12 de junio de 1713.

⁵³ AGS, Estado, leg. 6825. Lawles a Grimaldo, 17/28 de octubre de 1713.

⁵⁴ Cantillo, op. cit., p. 86.

⁵⁵ Inglaterra para firmar este artículo había pedido la conformidad del duque de Toscana quien no había puesto otra condición que no ser objeto de represalia por haber tenido que aceptar la investidura del Emperador. AGS, Estado, leg. 6823. Osuna a Grimaldo 13 de julio de 1713.

⁵⁶ AHN, Estado, leg. 3379. Monteleón a Grimaldo, 6 de mayo de 1713.

cardenal Giudice que, en carta a Grimaldo de 18 de agosto de 1712⁵⁷ (es decir meses de que llegara Lexington a Madrid), criticaba una posible cesión de los presidios de Toscana que habían sido considerados como dependientes de Nápoles cuando, sin sombra de duda, dependían de Siena y este estado era “incontestablemente de España” aunque hubiera sido cedido en feudo por los reyes españoles a la casa de Toscana. Por esta circunstancia Siena y los presidios debían reincorporarse a España cuando falleciera el gran duque. Advierte de ello Giudice y pide que se instruya de ello a los plenipotenciarios españoles a fin de que hagan la correspondiente reclamación en el Congreso.

Inmediatamente Grimaldo, que ignoraba todo esto, va a ordenar al cardenal que amplíe esta información y redacte un papel sobre los derechos de Su Majestad Católica a los presidios de Toscana y al estado de Siena. Tal papel puede leerse en Simancas⁵⁸. Parece ser que en 1554 el emperador Carlos V, ante la situación de revuelta permanente de esta ciudad, creó un vicariato hereditario a favor de su hijo Felipe II. Posteriormente, en 1560, el emperador Fernando I otorgó a Felipe II la facultad de poder conceder, libremente y sin permiso alguno, este estado en feudo y así lo hizo este rey a favor de Cosme de Medicis, duque de Florencia. Lo más notable es que se cedía Siena pero no en su totalidad, porque España se reservaba Puerto Hércules, Onbitelos, Calaman etc. Es decir los llamados presidios. En cualquier caso, extinguida la línea masculina de la casa de Toscana, el feudo debía volver al sucesor legítimo de Felipe II, esto es a Felipe V. Monteleón, cuando se entera de todas estas circunstancias, como milanés que era y perfecto conocedor de la compleja realidad italiana, pretende que, ante la falta de descendientes varones del duque, se entregue la Toscana a un infante de España como solución que, manejada con habilidad, podía ser admitida por los florentinos.

Inglaterra no tenía el más mínimo problema si España conseguía la soberanía de Siena, es más le daba una buena oportunidad para hacer una concesión generosa y, de paso, poner fin a una amenaza a la paz consecuencia del viejo litigio entre Francia y el Imperio sobre esta ciudad⁵⁹. Visto con la perspectiva actual esta petición no tenía mucho sentido práctico. El feudo, aparte de estar bajo los duques de Toscana, se encontraba incómodamente rodeado por territorios controlados por el Emperador y carecía de importancia comercial y de valor estratégico al estar situado a 80 Km. del mar y sin acceso directo a él salvo a través de tierras que formaban parte del Imperio. Cosa diferente es que con esto se consiguiera que se adjudicaran a España los presidios de Toscana, que tenían alto valor estratégico, pero que estaban, de momento y con la conformidad de Inglaterra, en poder del Emperador. El gran duque había prometido hacer gestiones con los ingleses para que los presidios quedaran en poder de España pero su petición no tuvo el más mínimo eco.

Cuando este artículo se hizo público en Utrecht encontró la total oposición del Emperador. No era sólo que, por cuestión de principios, se negara a algo que pudiera favorecer a su adversario sino que una presencia de España, por mínima que fuera, podía entorpecer la

⁵⁷ AGS, Estado. Leg. 4313. Giudice a Grimaldo, 18 de agosto de 1712.

⁵⁸ AGS, Estado, leg. 6824. Anejo a la carta de remisión de Giudice a Grimaldo de 23 de agosto de 1712.

⁵⁹ No obstante Inglaterra no va a desperdiciar la oportunidad de pedir algo a cambio y solicitará el poder cortar madera en ciertos lugares de América y que sus barcos cuando navegaran por las Indias pudieran refugiarse en puerto español en caso de avería o temporal.

política alemana en Italia que Viena estaba decidida a que tuviera carácter claramente expansionista. Y en aquellos momentos, con toda la península italiana, si no ocupada al menos presionada por la presencia del ejército austríaco, no era posible hacer nada sin la conformidad del Emperador, ni menos cabía esperar que Inglaterra adoptara una actitud de fuerza por algo que apenas le interesaba. Y así acabó sin pena ni gloria este artículo separado.

El segundo los artículos separados es el que más, y por más tiempo, dará que hablar aunque tampoco llegará a buen fin pese al sincero interés de Inglaterra en complacer a la princesa de los Ursinos a la que, además, tenía motivos para estar agradecida⁶⁰. Como hemos visto este artículo ya figuraba en los Preliminares de Madrid aunque no fue cumplido en su literalidad puesto que, según el artículo 21º de este tratado, "Su Majestad Británica, en demostración de lo que estima a la serenísima princesa de los Ursinos, se obliga y hará que *antes de que se firme el tratado de paz* se la ponga en la actual y real posesión de la soberanía..."⁶¹. Realmente la única objeción sería que hizo Felipe V al tratado de Londres, aparte lo relativo a la religión en Menorca, fue el que este artículo no formara parte del cuerpo central del tratado "porque las expresiones cortesanas de Su Majestad Británica, en crédito de su buena voluntad, pueden ser inútiles en el efecto pues, no incluyendo cláusulas de positivo empeño ni de garantía que la dejen empeñada a favor de Su Alteza para la subsistencia de esta donación, se hace creíble que lo más que podrá esperarse será que ejecuten algunas representaciones con los holandeses..."⁶². Por esta razón Grimaldo, en la misma carta a Monteleón en la que le informa de lo anterior, le ordena que en el tratado de paz a negociar con Holanda se incluya un artículo prohibiendo la entrega de Flandes al Archiduque hasta que la princesa no hubiera tomado posesión de su ducado y que, además, tanto Inglaterra como Francia se hicieran garantes del cumplimiento de dicha cláusula⁶³.

Y si las presiones del Rey eran grandes, mayores aún lo eran las de la princesa. Hay en Simancas⁶⁴ un total de 27 cartas que dirigió al duque de Osuna entre el 3 de mayo de 1712 y el 12 de noviembre de 1714 todas ellas sobre su soberanía. Comenta Baudrillart:

"La princesa de los Ursinos quería morir soberana, aunque cien mil hombres debiesen derramar su sangre para procurarle esta dicha...guardaba un rencor implacable contra Bergeyck porque había osado tratar sus pretensiones de quiméricas e insostenibles y agradecía infinitamente que el duque de Osuna las defendiera contra todos"⁶⁵.

Pese a las reticencias de Felipe V el artículo, tal como está redactado, es bastante concluyente:

⁶⁰ Según decía Lexington la princesa "tenía un poder tan absoluto que nada ocurría sin su consentimiento y podía deshacer en un cuarto de hora lo que el Rey y todo su Consejo habían estado elaborando durante una semana de la manera más solemne. Ciertamente, Señoría, juzgará esto increíble pero Mr. Gellinghan y yo hemos tenido amplia experiencia de ello". Lexington a Dartmouth, 26 de junio de 1713 (V.E.). Citado por M. A. Martín, op. cit., p. 176.

⁶¹ Cantillo p. 74. Quiero suponer que al tratado de paz a que se alude es al suscrito entre España e Inglaterra y no a un tratado de Paz General que, de hecho, no llegó a firmarse.

⁶² AGS, Estado, leg. 6822. Grimaldo a Monteleón, sin fecha pero, casi seguro, de junio de 1713.

⁶³ Ibid.

⁶⁴ AGS, Estado, leg. 8121.

⁶⁵ Baudrillart, p. 543.

“La Reina se obliga otra vez con el presente artículo, por sí y sus sucesores, y promete y ofrece que hará y procurará realmente y sin dilación alguna que la dicha señora princesa de los Ursinos sea puesta en la real y actual posesión del ducado de Limburgo o de los otros dominios que se subrogaren...con la plena, independiente y absoluta soberanía, libre de todo feudo y de cualquier otro vínculo, que rinda la renta de treinta mil escudos al año”⁶⁶.

El artículo reproduce íntegramente el decreto de concesión, de fecha 28 de septiembre de 1711, que hizo Felipe V a la princesa:

“Nos ha hecho desde el principio de nuestro reinado, y continua haciéndolo, destacados servicios...y ha cumplido todos sus cargos con tanta atención, exactitud y discreción que consiguió captarse toda la confianza y consideración posibles...Esto nos llevó a idear el asegurarle no tan sólo una renta considerable sino también un país de que pueda gozar con título de soberanía... sin que reservemos ni retengamos nada de ello para nos o nuestros sucesores, los reyes de España, bajo cualquier título, sea de apelación o de feudo... pues hemos extinguido y suprimido dichos derechos... y por las presentes damos, cedemos y trasparamos en nuestra prima María Ana de la Tremouille, para sí y para sus herederos, el ducado, ciudad y palacio de Limburgo que hace parte de los países Bajos españoles...y que no se permitirá que se den ni entreguen no sólo hasta que la dicha señora princesa de los Ursinos esté en la actual y pacífica posesión de la referida soberanía sino también hasta que el príncipe a quien se hayan de dar y entregar las dichas provincias de Flandes reconozca y mantenga a la señora princesa de los Ursinos por señora soberana de la referida soberanía”.

Es decir que la princesa va a recibir un ducado pero, a diferencia de lo que ocurría a muchos príncipes del Imperio o a ciertos duques italianos, le va a corresponder la total soberanía sobre él, es decir que va a tener los derechos, jurisdicción etc. propios de un rey. Evidentemente estas prerrogativas no habituales van a ser un obstáculo adicional en la negociación de este artículo, cuyo buen fin va a estar en las manos de Holanda, como potencia que en este momento ocupaba Flandes, y de Austria que iba a ser la destinataria final del territorio. Sin embargo las dos dificultades principales venían de que Limburgo estaba situado en medio de la barrera de protección que Holanda había dispuesto para defenderse de Francia, lo que constituía sin duda un inconveniente, y de que Carlos VI, si no reconocía a Felipe V mucho menos estaba dispuesto a admitir cualquier donación territorial que éste pudiera hacer en territorios que iban a ser de la Casa de Austria. A mayor abundamiento la acusada personalidad política de la princesa y la forma en que había colaborado en la actuación del gobierno de España, no eran antecedentes para despertar precisamente las simpatías del Emperador⁶⁷.

En vista de las dificultades para la inmediata entrega de Limburgo a la princesa, Felipe V propuso, como medida transitoria, que Inglaterra le entregara provisionalmente las plazas que aún ocupaba en Flandes. Bolingbroke responde que le es imposible a la Reina acceder a esta petición:

⁶⁶ Cantillo, pp. 82 a 84.

⁶⁷ El Archiduque sentía por ella “una repugnancia casi invencible”. *Extracto de una carta del mariscal Villars a Luis XIV*. En AGS, Estado, leg. 6821.

“Ciertamente hay tropas británicas en Gante, Brujas y Nieuport, aunque en pequeño número. Son suficientes para la guarnición de estas plazas en tiempo de paz pero no son ni la quinta parte de lo necesario para un proyecto al que se opondrían tanto el pueblo como los dirigentes del país que, por otra parte, serían apoyados por los holandeses y por Su Majestad Imperial...la Reina no tiene, además, ningún derecho a tener guarniciones en las plazas mencionadas sino en nombre del Emperador y hasta que la barrera de Holanda acabe de implementarse...”⁶⁸.

Los holandeses tenían mucha prisa en firmar su tratado de paz con España por lo cual apenas llegado Osuna a Utrecht habían comenzado las conversaciones. Naturalmente en este tratado debía incluirse todo lo relativo al ducado de Limburgo. Pero los plenipotenciarios de Holanda van a recibir, de forma inesperada, órdenes en contrario⁶⁹ que comunican de inmediato al duque de Osuna, primero verbalmente y más tarde, el 10 de octubre, por escrito⁷⁰. Esta noticia llega a Madrid justo cuando se están produciendo fuertes presiones de Bonnac para que Felipe V anule la cesión que había hecho a la princesa porque Francia, en el fondo, no quería dar su apoyo en este asunto por dos motivos: el primero que el afecto de Luis XIV por la princesa, que inicialmente había sido muy alto, se había ido diluyendo cuando ésta decidió volcar de forma decidida sus consejos e influencia a favor de los intereses españoles que, como hemos visto, en los últimos años eran diferentes, y a veces hasta contrarios, a los franceses. La segunda razón, y la más importante, es que Luis XIV se dio cuenta de las dificultades que entrañaba el problema de la princesa y que, por lo tanto, iba a resultar un escollo para la firma del tratado de paz entre España y Holanda que interesaba a los franceses se hiciera con la mayor rapidez posible. El Cristianísimo, pensando que ya no le quedaba mucho tiempo de vida, estaba obsesionado con no dejar ningún cabo suelto en lo que se refería a la paz porque Francia continuaba extenuada, con la economía en estado desastroso y con una futura minoridad que se presentaba azarosa. Ciertamente ya se habían firmado algunos tratados pero la salud de Ana estaba deteriorándose progresivamente y lo que se sabía de su heredero, de su conexión con el partido whig y de su actitud respecto a la guerra no era nada tranquilizador. Por eso la paz debía quedar afirmada hasta en el más pequeño detalle y el que España firmara su tratado con las Provincias Unidas no era precisamente un tema menor en este proceso.

Ante el cambio de postura de los holandeses el Rey Católico va a modificar su decisión y va a enviar a Osuna nuevas instrucciones, el día 30 de octubre⁷¹, desglosadas en siete puntos cuyos argumentos más relevantes son los siguientes:

Primero. Se sustituye el ducado de Limburgo por el condado y prebostia de Chiny y, si no fueran suficientes para garantizar la renta de 30.000 ducados, habrán de añadirse tierras contiguas del ducado de Luxemburgo. La razón de este cambio es que Chiny estaba en el

⁶⁸ *Lettres historiques*, Bolingbroke a Ursinos, 2/13 de agosto de 1713. Tomo II, pp. 291 a 296.

⁶⁹ AHN, Estado, leg. 3379/1. Grimaldo a Osuna, 6 de septiembre de 1713.

⁷⁰ No está claro cual sea la razón de este cambio de actitud de Holanda. Osuna, después de entrevistarse con el Pensionario, lo cuenta de la siguiente forma: “La determinación que habían tomado los Estados Generales no había sido sobre instancia ninguna hecha por el príncipe Eugenio, ni por ningún ministro del Archiduque, ni de noticias de Alemania ni de Rastadt, sino sobre cartas que dio cuenta y leyó el Pensionario de un confidente de París que les escribía que la Francia no estaba en el ánimo de sostener esta dependencia de Madame la Princesa”. Ibid., Osuna a Grimaldo, 18 de enero de 1714.

⁷¹ AHN, Estado, leg. 3379/1. Grimaldo a Osuna, 30 de octubre de 1713.

territorio que todavía conservaba el duque de Baviera, hasta que se le restituyeran sus estados en el Imperio, por lo cual no se requería, teóricamente, autorización holandesa para una entrega inmediata. El problema surgió cuando el duque de Osuna, hechas averiguaciones, descubre que la renta del condado de Chiny difícilmente llegaba a los 8.000 ducados.

Segundo. La entrega de este condado debe ser inmediata y no se podrán entregar los Países Bajos al Emperador mientras no confirme esta soberanía.

Tercero. El duque de Baviera, en cuanto principal afectado por esta situación, deberá dar su consentimiento –y lo dio- y ser indemnizado en las cantidades que correspondan⁷².

Cuarto. Los holandeses deberán comprometerse a no inquietar jamás a la princesa ni a sus sucesores.

Ocho días más tarde se suspenden provisionalmente las anteriores instrucciones porque la reina de Inglaterra ha tomado cartas en el asunto y promete hacer desistir a Holanda de su postura. En efecto, la Reina amenaza con no evacuar las plazas que ocupa en Flandes, ni permitir por lo tanto que se entreguen al Archiduque, hasta que no estuviera resuelto el problema de la princesa⁷³. España, por su parte, amenaza con ni siquiera admitir que su comercio con los Estados Generales se rija por las prescripciones del tratado de Münster, cuestión ésta que ya había admitido Francia en su tratado de paz con las Provincias Unidas, en nombre de Felipe V, aunque con la condición de que figurara en dicho tratado la soberanía de la princesa sobre el ducado de Limburgo⁷⁴.

En efecto, Bolingbroke presionado por Monteleón, Osuna y la propia princesa de los Ursinos se moviliza. Escribe a Torcy diciendo “que será muy desagradable que Su Majestad Cristianísima ejecute nada en Rastadt contrario a los empeños que Su Majestad Británica tiene tomados tocante a la soberanía de Madame la Princesa”. Strafford, a su vez, recibe instrucciones “para obligar a los holandeses declarándoles que si no cumplen y no entran en los mismos empeños que Inglaterra, Su Majestad Británica les abandonará en la barrera del País Bajo⁷⁵. Pero en el fondo todo esto no eran más que fuegos de artificio y, por más que aprieten los ingleses⁷⁶, la postura del Emperador sigue siendo tan irreductible que, llegado el momento, va a acabar con la débil resistencia francesa. Torcy lo confiesa a Félix Cornejo, y éste se lo comunica a Osuna: “La Francia no detendría su paz un cuarto de hora si el Archiduque insistía por (en contra de) Madame la Princesa y que nadie podría aconsejar a Su Majestad Cristianísima continuase la guerra por este motivo”⁷⁷.

⁷² Estaba obligado a ello por la cláusula 2ª del documento de cesión que en enero de 1712 le había hecho Felipe V. Cantillo, pp. 52 y 53.

⁷³ AHN, Estado, leg. 3379/1. Grimaldo a Osuna, 8 de noviembre de 1714.

⁷⁴ Ibid. Lawles a Strafford, 12 de enero de 1714.

⁷⁵ AHN, Estado, leg. 3379/2. Osuna a Monteleón, 9 de febrero de 1714.

⁷⁶ Cartas de Bolingbroke a la princesa de 25 de enero y a Monteleón el 23 de febrero de 1714. *Lettres historiques*, tomo II, pp.370 y 385.

⁷⁷ Ibid., Osuna a Lawles, 13 de febrero de 1714.

Luis XIV escribió a su nieto pidiéndole insistentemente que abandonara los intereses de la princesa y firmase la paz con una Holanda que, convencida como estaba de haber ganado esta batalla, no cedía ahora en lo más mínimo. Entre otras cosas porque Osuna y Monteleón andaban disputando entre sí, públicamente y de la manera más agria, sobre la conveniencia de abandonar esta pelea⁷⁸. He aquí la versión que, sobre ella, nos da Baudrillart:

“De un lado el duque de Osuna, castellano de vieja estirpe, altivo y tenaz, y tan apasionadamente comprometido con la dignidad de su patria que jamás retrocedía para hacerla respetar; no le preocupaba lo más mínimo lo que quisiera Francia y rechazaba sistemáticamente cualquier concesión. De otro lado el marqués de Monteleón, más penetrante y flexible, convencido de que los intereses de España estaban ligados a los de Francia y que sostenía sin reservas y sin pena los mismos puntos de vista que el marqués de Torcy”⁷⁹.

Finalmente, Bolingbroke se cansó y dijo que "era ridículo contemplar cómo la paz de dos naciones dependía de la soberanía de Madame des Ursinis"⁸⁰. Éste fue el final de la cuestión. Abandonada por Inglaterra y con Felipe V obligado a claudicar ante el chantaje directo y expreso de Luis XIV, que exigía olvidarse de este asunto y firmar cuanto antes la paz con Holanda a cambio de la imprescindible ayuda militar que requería la conquista de Barcelona⁸¹, la princesa vio alejarse la oportunidad de conseguir la tan ansiada soberanía. A principios de junio Osuna recibía instrucciones para concluir el tratado de paz con Holanda⁸² autorizando a que no se incluyera referencia alguna a este asunto.

Más adelante se va a presentar otra ocasión - que también va a resultar fallida- de que la princesa pudiera hacerse con su soberanía y fue en las negociaciones para el tratado de paz entre Francia y Austria que tuvieron lugar en Rastadt.

Estas negociaciones las llevaron a cabo de forma directa el mariscal Villars y el príncipe Eugenio de Saboya, ambos brillantes militares si bien el segundo era además avezado diplomático. Villars tenía instrucciones de satisfacer las pretensiones de la princesa de los Ursinos, aunque referidas al condado de Chiny en lugar de al ducado de Limburgo. Torcy le había dicho a Villars que ésta debía ser "una de las condiciones principales del tratado... porque de no pasar este artículo eran de prever dificultades insurmontables cuando se tratara de hacer la paz (del Emperador) con España, pero si la paz entre Rey, el Archiduque y el Imperio depende de este único punto, habrá lugar a deliberar si convendrá soltarlo"⁸³.

⁷⁸ Monteleón negociaba con los holandeses a espaldas de Osuna e ignoraba y desatendía las instrucciones que recibía de Madrid porque consideraba que la causa de la princesa estaba totalmente perdida. Esta división entre los plenipotenciarios españoles, que no sólo era pública sino que se había convertido en la comidilla de Utrecht, era lo que mantenía a los holandeses más firmes en la defensa de su postura.

⁷⁹ Baudrillart, op. cit., p. 545.

⁸⁰ *Correspondence*. Bolingbroke a Strafford, 27 de abril de 1714, Whitehall, IV, p. 527-528. Citado por Martín, M.A., op. cit. p. 217.

⁸¹ “Es necesario destruir las sospechas que los enemigos de la paz no cesan de esparcir sobre mis secretos designios, por lo que declaro que no os daré socorro (militar) alguno hasta que hayáis firmado vuestro tratado con Holanda. Me molesta sobremedida el haberme visto obligado a tomar esta resolución, que podéis cambiar a vuestro arbitrio, pues, tan pronto como el tratado esté firmado, las tropas estacionadas en el Rosellón estarán a vuestras órdenes”. Luis XIV a Felipe V, 9 de abril de 1714. Baudrillart, p.547.

⁸² AHN, Estado, leg. 3379/2. Osuna a Grimaldo, 11 de junio de 1714.

⁸³ Courcy. *La coalición de 1701 contra la France*. París, 1886, Tomo II p. 135. Citado por Sanpere, op. cit., p. 295. En el momento que Barcelona se rindiera Felipe V tendría muchas más bazas en sus manos.

El príncipe Eugenio tenía a su vez en su agenda, como asunto absolutamente primordial, el que los catalanes recuperaran sus privilegios y vio enseguida la posibilidad de hacer moneda de cambio entre estos dos contenciosos que, aunque diferentes, podían ser mutuamente compensados. El 29 de diciembre de 1713 Villars escribía a Luis XIV -y éste hizo seguir la carta a su nieto- lo siguiente:

“Ayer tuve una conferencia con el príncipe Eugenio en la que se manifestó menos firme sobre el artículo de la restitución de los privilegios a los catalanes...y después ha hecho que digan a mi secretario que el Archiduque consentiría a la petición de Vuestra Majestad sobre la soberanía de madame la princesa de los Ursinos, con calidad que los catalanes y los habitantes de la isla de Mallorca sean mantenidos en sus privilegios...yo no he ofrecido nada en nombre de Su Majestad pero si la princesa de los Ursinos quisiere establecer su principado debe desear que Barcelona no se rinda tan aprisa”⁸⁴.

Luis XIV le contesta a Villars diciendo que lo que pedía Eugenio no estaba en sus manos y que él ya había presionado a su nieto sobre el caso de los catalanes pero que, al igual que le sucedió a la reina de Inglaterra, sus esfuerzos habían sido vanos y que en modo alguno “entenderá obligar al Rey, su nieto, a dar a pueblos tan inclinados a las revueltas el medio de levantarse contra él cuantas veces lo estimen conveniente”⁸⁵. Luis XIV veía muy complicado este intercambio de cesiones y pensaba que, salvo una improbable aceptación de Felipe V, era preferible dejar ambos temas para el tratado posterior de paz entre España y Austria. Felipe V, informado de esta contestación, dirá a su abuelo:

“Quedo sumamente obligado a Su Majestad de la respuesta que se ha servido dar sobre la restitución de los privilegios catalanes; no es por un principio de odio, ni por ningún motivo de venganza, que he rehusado siempre esta restitución sino porque sería disminuir mi autoridad y exponerme a continuas revoluciones si hiciese revivir lo que su felonía ha apagado y que tantas veces han hecho experimentar a los reyes mis predecesores... Ésta es una justicia que deberían hacerse todo los soberanos, los unos a los otros, debiéndoles ser igualmente odioso que sus vasallos quieran darles la Ley y disputarles la obediencia que les es debida, como tantas veces han hecho los catalanes a su príncipe...lo que me hace proveer yo pida a Su Majestad no me deje caer en la necesidad de apartarme de esto”⁸⁶.

Ante esta contestación Luis XIV dijo a Villars que pospusiera la solución de estos dos asuntos hasta el congreso de Baden o la Paz General: "El Rey no propondrá a su nieto conceder a los catalanes todos sus privilegios pero entre ellos no faltarán muchos (privilegios) que no se opongan a su servicio. De esta base son las leyes municipales y algunos de los privilegios concedidos por sí mismo (o sea por Felipe V), todo lo cual unido pudiera ser de contrapeso con la soberanía de la princesa de los Ursinos”⁸⁷. Pero esta solución no fue admitida por el Emperador y en los tratados de Rastadt y Baden, aún mencionados estos asuntos, no se les dio solución con lo cual quedó finiquitado, e incumplido, el segundo de los artículos separados del tratado de paz con Inglaterra.

⁸⁴ AGS, Estado, leg 6876. 31 de diciembre de 1713. Citado por Sanpere, p. 296.

⁸⁵ Ibid.

⁸⁶ Ibid.

⁸⁷ Citado por Sanpere, p. 350.

18.3 LOS OTROS TRATADOS

Aparte de los tratados de paz con Saboya y con Inglaterra, y del complemento a éste que fue el del asiento de negros, España firmó en Madrid y Utrecht algunos tratados más: dos de comercio con Inglaterra, en Madrid y Utrecht, y los de paz con Holanda y Portugal también firmados en esta misma ciudad.

Cronológicamente el primero de ellos es el que se firmó en Madrid el 13 de julio de 1713 con Inglaterra⁸⁸ y, aunque se titula "Tratado de comercio", como bien afirma Cantillo, "más que un tratado, y de poca utilidad, es un *protocolo de conferencias*". Si entramos en su preámbulo vemos que se habla de "memoria presentada al Rey de España por milord Lexington sobre la dependencia del comercio". Los ingleses hacen un total de veinte proposiciones, a las que se añadirán luego tres adicionales y cuatro artículos del *Tratado de la América* del año 1670 que se reproducen en su integridad. Cada una de las proposiciones es respondida por España, unas veces concediendo, otras matizando y, en no pocos casos, rechazando.

Las proposiciones que se aceptan se refieren, entre otras materias, a que los ingleses tengan el carácter de nación más favorecida, a que haya un arancel único para toda España, a que los mercaderes británicos puedan establecerse en cualquier lugar de España, a que las alcabalas e impuestos similares sólo se pague una vez y, finalmente, a que en caso de guerra tengan los comerciantes ingleses determinados plazos para retirarse del país. Las peticiones que se niegan se refieren a la introducción de dinero en España y también de ciertas mercaderías, como cobre, cuero o cera, procedentes de África. Tampoco está permitida la salida de oro y plata y no se accede al nombramiento por los ingleses de un *juez conservador* español. También se rechazan otras peticiones inglesas, por entender que favorecerían el contrabando que se hacía tanto en Cádiz, y en El Puerto de Santa María, como en América por sistemas diversos, fundamentalmente la descarga de mercancías en puerto para trasvasarlas a otro barco o los transbordos entre barcos en alta mar no alejados de la costa de las Indias.

También niega el tratado la anterior e ilegal práctica inglesa de cortar palo de Campeche en Honduras, y otros lugares, y la posibilidad de que las islas *caribes* inglesas, que se dice no producen provisiones suficientes para autoabastecerse, puedan comerciar víveres con islas españolas próximas.

Cuando este tratado preliminar es conocido en Inglaterra la decepción del ministerio inglés es muy grande. Bolingbroke lo califica de "monstruo cojo, ciego y deforme"⁸⁹. Gellinghan, que ha llegado a Londres casi simultáneamente, tiene que ir a Windsor a explicar a la Reina y su gobierno los puntos que se consideran oscuros o contrarios al interés de Inglaterra. En cualquier caso Gellinghan se muestra muy optimista y cree que en Utrecht se podrán mejorar mucho las condiciones y llegar a un tratado satisfactorio⁹⁰.

⁸⁸ Cantillo, op. cit., pp. 115 y sigs.

⁸⁹ Bolingbroke a Strafford, 13 de junio de 1713. En Martín, M. A., op. cit., p. 180.

⁹⁰ AGS, Estado, leg. 6825. Lawles a Grimaldo, 6 de septiembre de 1713.

Sobre la base del documento anterior se acometieron en Utrecht las negociaciones que estuvieron –como todas las que tenían lugar por aquellos meses- marcadas por la guerra entre Osuna y Monteleón. Habían llegado de España dos asesores, Diego Piñeiro y Gabriel de Lacunza “a quienes el marqués de Monteleón con ciencia infusa que todo lo sabe contradecía y les decía eran unos ignorantes...en presencia de ingleses y holandeses”. Tal contaba Osuna acusando a Monteleón de repetir mucho una consigna (que el marqués atribuía a Richelieu) que consistía en que “nunca se debe dar cuenta de nada hasta enviarlo todo concluido pues de otra forma todo viene echado a perder de la corte”⁹¹.

Finalmente se consiguió un acuerdo, ya con la forma habitual de los tratados, que fue firmado el 9 de diciembre de 1713 y ratificado por ambas partes sin problema alguno. Lo primero que hace el acuerdo es dar como vigente el tratado de 23 de mayo de 1667 y, para dar a ello mayor fuerza, se reproducen íntegros los 40 artículos que lo componían así como las cédulas reales que lo complementaban. La parte nueva tiene 17 artículos cuyo contenido podría decirse que es, en esencia, el mantenimiento para los súbditos ingleses de los mismos privilegios y libertades de que gozaban en tiempos de Carlos II. Y así los aranceles que algunos puertos habían incrementado durante la guerra deben volver a su anterior cuantía. Como novedad se permite a los comerciantes ingleses asentarse en Santander, Vizcaya y Guipúzcoa, que eran puertos antes prohibidos, y se admite la figura del *juez conservador* nombrado por los ingleses. Pese a la facilidad y rapidez con que fue negociado hay que hacer constar que cuando este tratado llegó a conocimiento de los comerciantes ingleses fue recibido con muchas protestas por lo que, no mucho tiempo después, va a ser objeto de modificaciones.

El tercer tratado, que también se firma en Utrecht, es el de la paz entre España y las Provincias Unidas⁹² y se hace con fecha 27 de junio de 1714, casi un año después del tratado de paz con Inglaterra, y sin que exista razón de peso para justificar esta demora si no es el contencioso sobre la soberanía de la princesa los Ursinos. Cuando finalmente Felipe V accede a que esta cláusula no figure en el tratado surge el inconveniente de que el duque de Osuna se había negado, desde hacía tiempo, a suscribirlo en esas condiciones habiendo pedido al Rey que lo aliviara de sus escrúpulos y que lo firmara solamente Monteleón. Grimaldo da, en nombre del Rey, una orden terminante que obliga a firmar a ambos. La carta de Grimaldo ordenando la firma del tratado es del tenor siguiente⁹³:

"Siendo repetidas las instancias de Su Majestad Cristianísima para que se haga la paz con Holanda, no obstante el empeño contraído por Su Majestad en orden a la soberanía de Madame la princesa de los Ursinos, puesto que la necesidad de reducir a los rebeldes de Barcelona, para lo cual se necesitaba de nuevas tropas y socorros de Su Majestad Cristianísima, obligaba a pasar por encima de este reparo, se ha visto obligado Su Majestad a ceder del empeño del que jamás creyó apartarse, haciendo este sacrificio, tanto por asegurar la rendición de Barcelona como para sacar a Su Majestad Cristianísima del empeño en que se ve constituido a favor de los holandeses... y así ha venido Su Majestad, aunque con bastante

⁹¹ AHN, Estado, leg. 3379/2. Osuna a Grimaldo, 29 de enero de 1714.

⁹² Cantillo, pp. 154 y sigs.

⁹³ AHN, Estado, leg. 3396/1. Osuna a Grimaldo, 2 de diciembre de 1713.

sentimiento, a consentir a que se haga la paz con Holanda sin hablarse en el tratado de la soberanía de la princesa de los Ursinos ni de nada que toque al País Bajo".

El tratado que se firmó con Holanda se titula de *paz y amistad*, aunque dos terceras partes de sus 40 cláusulas sean de tipo comercial. Los artículos políticos están al comienzo y son los habituales: olvido y perdón para los súbditos de ambas naciones por los actos cometidos durante la guerra, devolución de los bienes y honores confiscados e indemnizaciones para el caso de que estos bienes hubiesen sido vendidos. También se prescribe la prohibición a los súbditos de ambos países de "tomar comisión alguna para armamentos ni ir en corso" y se establecen normas para la devolución de las presas que pudieran haberse tomado, en mares lejanos, por ignorancia de que la paz ya había sido firmada. También se especifica la anulación de las patentes de marca y represalia que hubiera vigentes.

Los artículos de índole comercial comienzan a partir del 10º en el que se establece que la base para las cláusulas siguientes será el tratado de Münster. "Los mismos privilegios, franquezas, exenciones e inmunidades que han sido concedidas, o se concedieren después, al rey de Francia, a la Reina la Gran Bretaña o cualquier otro estado... serán igualmente concedidos a los Señores Estados Generales". Algunas cláusulas se refieren a la religión de los comerciantes, como la 27ª que prescribe que se establezcan en ciudades mercantiles lugares para enterrar los cuerpos de los holandeses fallecidos en España, o la 28ª que indica que "los súbditos de dichos Señores Estados no serán molestados en contra y perjuicio de las leyes del comercio ni inquietados ni turbados *por sus creencias* mientras no dieran escándalo".

También se especifica que Su Majestad Católica "no permitirá que nación alguna extrajera, por ninguna razón y bajo ningún pretexto, envíe navíos o vaya a comerciar a las Indias españolas". Se exceptúa de manera concreta todo lo previsto en el tratado de asiento de negros firmado con Inglaterra; también se prescribe que la libertad de comercio que este tratado concede a holandeses y españoles sólo es válida para Europa y Canarias pero no para las Indias. En el artículo 37º se retoma la línea de la política afirmando que el reposo y seguridad de Europa dependen de que las coronas de España y Francia permanezcan independientes una de la otra, y que jamás puedan unirse bajo un mismo Rey. Deja constancia de la renuncia de Felipe V al trono de Francia, así como de la hecha por los príncipes de la casa de Borbón al de España de manera que "tales renunciaciones han venido a ser leyes fundamentales y inviolables de uno y de otro reino...y Su Majestad Católica confirma en este tratado su renuncia y se empeña, por sí y sus sucesores, a cumplirla religiosamente".

Hay además dos artículos separados intrascendentes en los que constan determinadas reclamaciones económicas holandesas, de alguna importancia, por hechos que datan de 1675 y 1687. Pero los plenipotenciarios españoles afirman no estar autorizado para ajustar este negocio y pasan el tema a la decisión del Rey.

El último tratado que se firma en Utrecht, el 6 de febrero de 1715, es el de España con Portugal⁹⁴ y lo firma, en representación del Rey Católico, sólo el duque de Osuna porque

⁹⁴ Cantillo, pp. 164 y sigs.

Monteleón se encontraba ya en Londres en calidad de embajador. Como va anteriormente dicho Portugal va a devolver las plazas de Puebla y Alburquerque⁹⁵, conquistadas durante la guerra, y a su vez Portugal va a recuperar el castillo de Noudar, la isla de Verdejo y la colonia de Sacramento. Esta última cesión, que tendrá posteriormente trascendencia, se hace a perpetuidad, con todos los derechos de soberanía y con el compromiso de que "ninguna nación excepto la portuguesa puede establecerse o comerciar en la dicha colonia... prometiendo, además, no dar la mano ni asistencia a nación alguna extranjera para que pueda introducir algún comercio en las tierras y los dominios de la corona de España". Sacramento podía ser rescatada, en el término año y medio, mediante un equivalente que ofreciera España aceptable para Portugal.

El rescindido tratado de asiento de negros, de 1701, es también objeto de compensaciones: el anticipo que entregaron los portugueses, más sus intereses, se valora en 600.000 escudos que deberán ser pagados en tres anualidades, coincidiendo con la fecha de la llegada de la flotilla de Indias y se hará "en moneda acuñada ó barras de oro y plata". El articulado incluye además las cláusulas comerciales habituales y una, algo peculiar, por la que se prohíbe la entrada en España de tabaco procedente de Portugal.

Aunque no se vaya a firmar en Utrecht es interesante reseñar aquí, por consagrar de manera definitiva el desmembramiento de Italia de la corona española, los tratados de paz de Francia con Austria en Rastadt, y el posterior con el Imperio en Baden. El Emperador se había negado a continuar las negociaciones en Utrecht por su manifiesto desacuerdo con las propuestas inglesas. Según Castellví aún alimentaba esperanzas de mantener viva la guerra:

“Con sólo el socorro de los príncipes del Imperio no podía resistir al poder de la Francia, porque los más de ellos no querían ayudar más que con su contingente, débil esfuerzo para tanta empresa. Fiaba de las contingencias del tiempo. La mucha edad del rey Luis y un príncipe de tres años que debía sucederle, los grandes achaques de la reina Ana, la inquietud del pueblo de Inglaterra, la poca satisfacción de los holandeses, y generalmente de todos los aliados, le daban esperanza que en el espacio de una campaña podía mudarse el sistema y volver a encenderse con más fuerza la guerra”⁹⁶.

Contaban el Emperador y el príncipe Eugenio con que la campaña de 1713 les sería desfavorable, incluso que perderían alguna plaza en el Rhin que luego se podría recuperar sin dificultad en la negociación de la paz. La realidad fue que el mariscal Villars, que comandaba las tropas francesas, tuvo, frente al príncipe Eugenio, mucho más éxito del que esperaban los imperiales hasta el punto de que Carlos VI decidió proponer a Luis XIV iniciar conversaciones de paz. Designaron a los dos generales en jefe para que acometieran personalmente las negociaciones, que se llevaron a cabo en el castillo de Rastadt. “La primera condición que se insinuó fue que no se había de hablar de España ni de su príncipe, con quien el Emperador había de hacer la paz o la guerra como quisiese”⁹⁷. Al principio Francia, animada por los buenos resultados que habían obtenido sus armas, trató de imponer condiciones muy duras pero la resistencia del príncipe Eugenio y su habilidad

⁹⁵ “En el estado en que están y con igual cantidad de municiones de guerra, número de cañones y calibre de éstos que cuando fueron tomadas”.

⁹⁶ Castellví, tomo III, p. 517.

⁹⁷ Bacallar, op. cit., 1713.

diplomática, unidas a la necesidad evidente que tenía Francia de alcanzar la paz, consiguieron invertir las tornas. Bolingbroke en carta la Reina comentaba:

"Parece que el Emperador aumenta sus demandas a medida que sus fuerzas disminuyen; es como si estuviera determinado a sacrificar a su ambición todos los infelices príncipes y Estados fronterizos y a justificar que Francia arruine al Imperio. Las expresiones que maneja (en la negociación) el príncipe Eugenio son muchas veces groseras y las respuestas que da excesivamente ásperas pero Francia tienen necesidad de una Paz General y la desea sinceramente..."⁹⁸.

Finalmente el 6 de marzo de 1714 se consigue firmar el tratado de Rastadt⁹⁹ y lo primero que extraña de él es que en la introducción el Archiduque ostenta, como es lógico, el título de Emperador de Romanos pero además los de rey de Castilla, León, Algeciras, Dos Sicilias etc. La extrañeza que produce el que Luis XIV pudiera admitir semejante absurdo queda explicada en un artículo separado que dice textualmente:

"Como en los títulos y dictados de que se sirve Su Majestad Imperial, sea en los plenos poderes, sea en el preámbulo del tratado que se ha de firmar, y como algunos de dichos títulos no pueden ser reconocidos por Su Majestad Cristianísima, se ha convenido por este artículo separado, firmado antes que el mencionado tratado, que los dictados y calidades tomados u omitidos de una y otra parte no darán ningún derecho ni tampoco causarán ningún perjuicio ni una ni a otra de las partes interesadas".

Los primeros artículos del tratado hacen referencia a las ciudades y fortalezas que debe entregar Luis XIV para constituir la barrera del Rhin, respetando en general la situación existente en el tratado de Ryswick, según el cual el río sirve de frontera y separación entre Francia y el Imperio. A partir del artículo 12º se trata sobre los príncipes del Imperio. Se reconoce a la casa de Hannover la dignidad electoral. En cuanto a la casa de Baviera (Maximiliano Manuel y su hermano el elector de Colonia) será restablecida "general y enteramente en todos sus estados, órdenes y dignidades electorales... de la misma manera que han gozado antes de esta guerra", hasta el punto de que podrán enviar representantes al Congreso (Baden) en el que se acuerde la paz entre el Imperio y Francia; pero también tendrán que renunciar a cualquier reclamación que pudieran presentar por razón de la guerra y, además, deberán prestar obediencia y guardar fidelidad a Su Majestad Imperial, del mismo modo que los demás electores y príncipes del Imperio.

El artículo 19º es el que consagra la pérdida del País Bajo español en favor de la Casa de Austria: "Su Majestad Cristianísima consiente que el Emperador entre en posesión de dichos estados y Países Bajos españoles para gozar de ellos, él y sus sucesores, salvo las concesiones que el Emperador hiciere a los Estados Generales tocantes a su barrera... Bien entendido que el rey de Prusia retendrá el alto cuartel de Güeldres...".

Por un artículo posterior Francia cede a los Estados Generales, pero a favor de la Casa de Austria, una serie de ciudades como Furnes, Loo, Ipres etc. que aún mantenía en su poder. Y el artículo 30ª consagra la pérdida de Italia por España:

⁹⁸ *Lettres historiques*, Bolingbroke a la Reina. 2/19 de diciembre de 1713. Pp. 554 y 555.

⁹⁹ AHN, Estado, leg. 3390. *Tratado de Rastadt*.

Y por cuanto Su Majestad Cristianísima, reconciliada sinceramente con Su Majestad Imperial, no quiere de aquí en adelante causarle ninguna turbulencia ni perjuicio, promete y se empeña en dejar gozar a Su Majestad Imperial de todos los estados y lugares que actualmente posee y que antes fueron poseídos por los Reyes de la Casa de Austria en Italia. Es a saber, del reino de Nápoles, como Su Majestad Imperial lo posee actualmente, de la isla de Cerdeña, así como de las plazas y puertos de la costa de Toscana... *junto con todos los derechos unidos a los dichos estados de Italia...* Dando Su Majestad Cristianísima su palabra real de no perturbar al Emperador en esta posesión... (Y el Emperador) se compromete a no turbar la neutralidad y el sosiego en Italia es decir a dejar gozar pacíficamente a cada príncipe de Italia de los Estados en cuya posesión se hallen actualmente".

En el artículo 32º se hace una referencia a la soberanía de la princesa de los Ursinos pero es una cita más entre las muchas cuestiones que tanto Villars como el príncipe Eugenio tenían encargadas por sus soberanos: los casos del duque de Lorena, del duque de Módena o las deudas dejadas por las tropas francesas en el ducado de Milán etc. Se dice que tales cuestiones, cuya resolución requeriría demasiado tiempo, se demoran hasta las conferencias que se tendrán para la Paz General.

El lugar elegido para discutir esta llamada Paz General -aunque no era tal sino la última de las particulares que se hicieron- fue Baden. Pero lo cierto es que el tratado que allí se firma¹⁰⁰ el 7 de septiembre de 1714 (redactado en latín mientras que el de Rastadt, "por las prisas", se había escrito en francés) apenas presenta diferencias con el anterior, aunque ahora se haga con la participación de los príncipes del Imperio. Lo previsto en el antedicho artículo 32º tiene su consecuencia en Baden, en cláusula de la misma numeración, en la que se reconoce que "el mandato para examinar cuanto antes se debía, y que estaba enviado a este Congreso de mutuo consentimiento, para ser examinado y arreglado según el artículo 32 de la paz de Rastadt, se ha convenido que todas las partes nombradas en dicho artículo podrán presentar ante Su Majestad Cristianísima y Su Majestad Imperial todos sus títulos, razones y derechos para conseguir solución según lo que se encontrase justo". Si a Ana María de la Tremouille aún le quedaba alguna esperanza pronto iba a desvanecerse porque meses después, tras la muerte de Luis XIV quedaría su reclamación en manos de quienes eran, posiblemente, sus mayores enemigos: el Archiduque Carlos y el duque de Orleans.

El único artículo separado del tratado de Baden repite las mismas prevenciones que se ponían en Rastadt respecto a los títulos del Emperador ya que en ambos casos los preámbulos son, en este aspecto, similares.

¹⁰⁰ AHN, Estado, leg. 3390. *Tratado de Baden*.

CAPÍTULO 19. EL FINAL DE LA GUERRA

19.1 LA EVACUACIÓN DE CATALUÑA

El tratado de evacuación de Cataluña, pese a que había sido firmado el 14 de marzo de 1713, no fue conocido por las autoridades catalanas hasta el 17 de abril¹, fecha en la que se recibió una copia que había enviado el marqués de Montnegre desde Utrecht. El documento llegó a manos de los presidentes de los tres comunes causando la lógica desolación porque, sin constituir la evacuación sorpresa absoluta, sí lo era la cláusula que difería peligrosamente hasta la Paz General el mantenimiento de los privilegios. La primera medida que tomaron fue ocultarlo, para que no se produjeran disturbios en la población, pero fue medida inútil porque a los pocos días comenzaron a llegar, por vías diversas, copias procedentes de Francia y de Madrid y el tratado fue de dominio público. Para tranquilizar los ánimos, Starhemberg, que había jurado su cargo de virrey el 21 de marzo, cuando la Emperatriz abandonaba Barcelona, se dirigió por carta a los diputados avisándoles de que era posible que se produjera un armisticio, según se había tratado en Utrecht, y que aguardaba órdenes del Emperador pero que "si tal caso llegare será mi aplicación la mayor para procurar restablecer y asegurar lo que puede pertenecer al consuelo, utilidad y beneficio de este fidelísimo país"².

Para explicar las circunstancias que condujeron a que el Principado se negara a admitir el armisticio vamos a seguir la narración que hace Castellví que fue, no sólo testigo directo de cuanto ocurría en Barcelona, sino que también tuvo participación personal en los órganos de gobierno que tomaron esta decisión. Además la documentación de apoyo que aporta en sus *Narraciones Históricas* es considerable³.

Para afrontar la situación que se presentaba los comunes eligieron una conferencia de dieciocho personas para que siguiera los acontecimientos que se iban produciendo. El 22 de mayo decidieron nombrar una comisión, esta vez de nueve personas, tres por cada brazo, para que aconsejara a la referida conferencia y a los diputados. El 4 de junio Starhemberg les informa que, según las noticias que tenía, era inevitable la evacuación de Cataluña pero que "tanto por sí como por la orden que tenía del Emperador les afianzaba que no entraría a tratar de la evacuación que primero no se asegurase quedara Cataluña con honor a satisfacción de los comunes... Pero que necesitaba esperar al almirante Jennings pues era preciso saber las órdenes que traía para poder regularse"⁴.

El 10 de junio apareció ante Barcelona la escuadra inglesa y Starhemberg se reunió con los presidentes de los comunes diciéndoles que les confirmaba la evacuación de las tropas, porque tenía orden del Emperador para ello, pero que "no entraría a tratar de la cuestión que

¹ Según Sanpere, Starhemberg tenía copia del tratado desde el día 2 de abril. La noticia le llegó sin formalidad alguna y sin instrucciones lo que motivó una carta de protesta al Emperador. Op. cit., pp. 53 y 54.

² Castellví, tomo III, p. 764. Starhemberg a diputados, 18 de abril de 1713.

³ Este tema ha sido tratado en extenso, entre otros, por Sanpere, Soldevila, Torras i Ribé, Albareda etc. pero todos deben mucho a Castellví.

⁴ Castellví, tomo III, p. 546.

primero no asegurase quedar Cataluña con sus privilegios"⁵. Palabras tranquilizadoras pero puramente políticas y sin fundamento ya que nada de ello se deducía, ni del texto del tratado, ni de las instrucciones que le había enviado Carlos VI. En esta reunión entregó a los tres presidentes copia de la carta que el Emperador había dirigido a los diputados con fecha 24 de abril⁶ y que contestaba a otra que le había enviado la Diputación, el 12 de marzo, en la que se le hablaba del interés de Cataluña en continuar la guerra en España a fin de recuperar toda la Monarquía. La contestación decía:

"Si yo creyere que con el sacrificio de mis tropas pudiera aliviar vuestro desconsuelo, no tiene la menor duda que lo haría, pero perderlas para perderos más (a vosotros) no creo que sea medio que aconseje nuestra prudencia... Bien presente tendrá a vuestra discreción que, separada la alianza de las potencias marítimas, nos queda, por consecuencia, cerrada la comunicación de Cataluña con Italia y Alemania, siendo impracticable en tal tesitura enviar socorro alguno... por lo cual el mantenerme yo firme en continuar la guerra de España produciría la total ruina de ese país, que (el evitarlo) es el principal motivo que tenido para la conclusión del tratado de armisticio"⁷.

Los diputados dirigen una representación a Jennings, pidiéndole que se interesara por el mantenimiento de sus privilegios, y el almirante inglés les da buenas palabras pero confiesa que no ha recibido ninguna instrucción a ese respecto, con lo que aumentó la desolación en que estaba los catalanes. Starhemberg se puso en contacto en Lérida con el mando del ejército borbónico para iniciar las conversaciones y nombró, como su representante para discutir sobre el armisticio, al conde Königseck que junto a los señores Swanton y Wesambe, que había designado Jennings, debían reunirse con el general Ceva Grimaldi. La conferencia inicial tuvo lugar en Cervera, el 14 de junio, y el primer punto de discusión fue si se entregaría Barcelona o Tarragona, según la alternativa que preveía el tratado. Königseck mantuvo que era imposible entregar Barcelona, porque no estaba guarnecida por tropas extranjeras sino catalanas y, cuando se puso sobre la mesa el tema de la conservación de los privilegios, Grimaldi dijo que tenía instrucciones precisas para, bajo ningún concepto, entrar en discutir sobre un tema que de manera clara estaba reservado en el tratado a la Paz General. Se le dijo que sin esa condición los catalanes no admitirían el armisticio y continuarían la guerra a lo que contestó que el dominarlos sería su problema. A todo esto ya habían trascendido las noticias sobre la evacuación:

"Desde que el pueblo empezó a concebir que las tropas evacuarían Cataluña se oían en las noches varias voces con sonido de campanillas cantando diferentes versos en la lengua del país":

*Carlos y Isabel, precisats
a la fin nos han deixat.*

Y también:

⁵ Ibid.

⁶ Torras i Ribé ve muy sospechosa la tardanza con que llegaban la correspondencia a Barcelona. La comunicación del tratado de evacuación tardó más de un mes y la aludida carta del Emperador 47 días. Ésta última pudo ser demorada por Vilana Perlas pero la primera, enviada directamente por Montnegre no era tan fácil de interceptar.

⁷ Castellví, tomo III, pp. 765 y 766. Emperador a diputados, 24 de abril de 1713.

*Inglesos han faltat,
portuguesos han firmat,
holandesos firmaran.
y a la fin nos penjaran*⁸.

Sin embargo parece que los diputados catalanes no veían en todo su alcance lo que estaba sucediendo y se aferraban tanto a la declaración de Starhemberg de que no entraría a hablar de evacuación sin haber asegurado antes privilegios, como a las buenas palabras, aunque sin compromiso, de Jennings, sin percatarse de que lo que realmente había tras de ello era la necesidad que tenía el virrey de mantener la situación bajo control. En efecto, Starhemberg estaba preparando cuidadosamente todos los movimientos para la evacuación de las tropas extranjeras y, además, tomando las medidas necesarias para cumplir otra orden recibida del Emperador que decía: "He tenido por conveniente relevar de su juramento a todos los oficiales y soldados españoles que sirven en este Principado de Cataluña, para que quedando en entera libertad puedan elegir la continuación de su Real Servicio o ir a la parte que fuese la voluntad de cada uno"⁹. Era asunto éste que preocupaba mucho al Emperador porque las tropas españolas no podían ser evacuadas ya que Inglaterra había autorizado un máximo de 28.000 hombres y era de temer que se produjera algún tipo de represalia contra ellas. Además de esto, Starhemberg hizo cuanto pudo por desmovilizar también a los cuerpos de fusileros y voluntarios catalanes que luchaban codo con codo con el ejército austriaco, recurriendo a actuaciones tan poco ortodoxas como dejarles sin pan y sin paga. Esta medida fue contraproducente porque dio lugar a que muchos de ellos desertaran, y se agruparan en bandas que comenzaron a recorrer el Principado dedicándose al pillaje y aterrorizando a los campesinos.

La actuación del mariscal austriaco en todo el proceso de la evacuación ha levantado infinidad de críticas por parte de los historiadores catalanes¹⁰ que lo han acusado de deslealtad evidente no sólo por el incumplimiento de las promesas que había hecho a la Diputación sino, lo que es peor, por faltar gravemente a las promesas hechas al jurar su cargo de virrey. Sanpere, sin embargo lo disculpa, al menos en parte:

“Starhemberg, que ya no se consideraba Virrey de Cataluña, sino pura y simplemente general en jefe del ejército de evacuación no podía adoptar otra actitud que la que tomó: cumplir militarmente las órdenes que recibiera para la evacuación, fueran las que fuesen, es decir, fueran o no contradictorias; y de aquí que él se contradiga y declare a los comunes catalanes que no evacuará sin dejar asegurados los privilegios, y que llegado el momento diga que se marcha sin dejarlos no asegurados, sino perdidos. En uno y otro caso no habrá hecho sino obedecer las órdenes de Carlos...El cargo grave se le ha de hacer por haber entrado en relaciones con el enemigo para evacuar a espaldas de las autoridades catalanas y barcelonesas”¹¹.

⁸ Ibid., pp. 548 y 549.

⁹ Torras i Ribé, op. cit., pp. 310 y 311. Carta del Emperador a Starhemberg de 24 de abril de 1713. Sorprendentemente esta carta que daba instrucciones al virrey nada menciona sobre los privilegios.

¹⁰ Ibid., p. 319, nota 50.

¹¹ Sanpere, op. cit., p. 77.

Castellví es también moderado en su juicio sobre el mariscal y no se atreve a criticarlo abiertamente —y mucho menos a Carlos VI— aunque habla de que sus últimas actuaciones en Cataluña empañaron su incomparable carrera militar y que, al volver a Viena, su conducta no mereció la aprobación del Emperador¹². El mariscal, a los cinco días de firmado el convenio de Hospitalet, el 27 de junio, decidió incorporarse al ejército y abandonó su casa de Barcelona, a hurtadillas y por la puerta del jardín, sin informar al senado ni dejar orden ni delegación alguna. No va a regresar a Barcelona hasta el momento de embarcar hacia Italia.

Castellví nos habla de lo que ocurría entretanto en Barcelona:

"Hallábase Barcelona en la mayor perplejidad. Los generales de las Dos Coronas, en las fronteras y ocupando ya Cervera, persuadían con suavidad que serían tratados benignamente. Los catalanes que se hallaban en Madrid, siguiendo el partido del rey Felipe, avisaban repetidamente que todo debía esperarse de la clemencia del Rey. Esto no obstante, se tuvieron avisos de Madrid de que no habría que esperar privilegios. El mariscal, y demás generales del ejército, persuadían también que serían tratados con dulzura. Alguna parte de la nobleza, movida de las antecedentes insinuaciones que el mariscal les había dado de tolerar con resignación la mutación de dominio que les esperaba sin remedio, escribieron a sus vasallos e inducían a los pueblos a quietud y obediencia..."¹³

Empezáronse poco antes (de juntarse los brazos) diferentes actos de piedad. La primera operación pía fue... que la ciudad envió en romería a doce doncellas pobres, a pie descalzo, al santuario de la Virgen de Montserrat... e inmediatamente su ordenaron rogativas en todas las parroquias y conventos. Se empezaron procesiones en todas las comunidades, desde sus iglesias a la catedral... y las rogativas, después que se publicó la respuesta del general Grimaldi al conde de Königseck, prosiguieron con tanta devoción y penitencia que se leen pocos ejemplares de tan públicas demostraciones de arrepentimiento, que movían a piedad a los más empedernidos corazones... El silencio en las casas, los lamentos en las iglesias, la tristeza de las calles daban indicios en todo de otra penitente y contristada Nínive"¹⁴.

La junta de brazos, para tratar la situación en que iba a quedar Cataluña después de la evacuación - con el agravante del abandono de Barcelona por el virrey- fue convocada el día 30 de junio en el salón de Sant Jordi de la Casa de la Diputación. Hubo algún problema inicial en el brazo real, producido por la ausencia de ciudades tan importantes como Gerona, Lérida, Tortosa etc. ya en manos del ejército borbónico. El secretario de la institución abrió el debate pidiendo que, ante las gravísimas circunstancias en que se encontraba el Principado, "se manifestara el parecer de todos y se diera consejo sobre lo que procedía hacer". El primero en manifestarse fue el brazo eclesiástico, por boca de su presidente el abad Cordellas:

"Los sujetos del estado eclesiástico declararon que ellos no podían dar otro voto que el de la pacificación y en ningún modo tener parte positiva en resolución de la cual pudiese seguir derramamiento de sangre, insinuando (sic) en esto lo establecido por los sacros cánones... Y

¹² Castellví, tomo III, p. 574.

¹³ Ibid., p. 562.

¹⁴ Ibid., pp. 556 y 557.

para obviar escrúpulos en la delicadez (sic) de muchas conciencias resolvían adherirse a la sabia resolución que tomaran los dos estados, militar y real... y se salieron de la conferencia"¹⁵.

Según dice Torras i Ribé esta actitud del brazo eclesiástico de lavarse las manos como Pilatos "contribuyó a falsear el resultado de las votaciones, y a la radicalización de las posiciones del resto de los asistentes, hasta configurarse en dos partidos o facciones antagónicas y beligerantes entre sí"¹⁶.

En el brazo militar había partidarios de las dos posturas, es decir de someterse a Felipe V o de continuar la guerra con sólo los medios que tenía el Principado. Los primeros se apoyaban en razones pragmáticas, por la imposibilidad que encontraban en hacer frente sin ayudas al ejército de las Dos Coronas. Los segundos, más viscerales, hacían historia de los agravios sufridos por Cataluña a lo largo de la historia y apoyaban el continuar la lucha armada. Puestas a votación las dos propuestas salió ganadora la de someterse a Felipe V.

Las posturas dentro del brazo real estaban igualmente divididas aunque aquí, efectuada la votación correspondiente, resultó ganadora la de defender con las armas la conservación de fueros y privilegios¹⁷. Indudablemente se había llegado a una situación difícil. Dos de los brazos habían votado a favor de someterse y el tercero en contra. Pero sin duda los miembros del brazo real era más convincentes, o estaban más empecinados, que los del brazo militar porque consiguieron que estos últimos, en una decisión que algunos juzgaron poco aceptable desde el punto de vista jurídico, volvieran a reunirse para revisar su decisión. Y en efecto el brazo militar cambió su voto asimilándolo al emitido por el brazo real. Era el 6 de junio de 1713.

Los diputados, que no tenían en aquel momento autoridad por estar reunidos los brazos, al tener conocimiento de la de decisión adoptada la recibieron mal y "avisaron a los estados previniéndoles que en los erarios de la Diputación no había dinero, que era el principal nervio para emprender una guerra". Como no les hicieron caso decidieron consultar a los teólogos sobre si los motivos que se aducían eran justos para una acción tan grave como tomar las armas. Todo fue inútil. La postura de los brazos era ya inamovible y en la madrugada del día 9 de julio entregaron por escrito su resolución de continuar la guerra y los diputados no tuvieron otra opción que aceptar.

"Serían las seis de la mañana cuando a son de trompetas y tambores salieron de la Casa de la Diputación, en la más solemne forma, a publicar el pregón en los lugares acostumbrados. Y entre las siete y las ocho de la mañana se publicó en la playa del puerto, al tiempo que embarcaba el mariscal Starhemberg... advirtió (éste) el sonido a poca distancia de tomar la chalupa. Preguntó que novedad era aquella. Le respondieron era la publicación de la continuidad de la guerra por parte de los diputados de Cataluña siguiendo la resolución de los estados generales. Aseguraron respondió: *temeraria empresa, pero opción valerosa si la sostienen*"¹⁸.

¹⁵ Ibid., p. 564.

¹⁶ Torras, op. cit., p. 321.

¹⁷ La postura a favor de la guerra ganó por 78 votos contra 45.

¹⁸ Castellví, tomo III, pp. 570 a 572.

La acogida que tuvo el pregón entre la población de Barcelona fue entusiasta. "No se oían por las calles a otras voces que *Privilegios o muerte*". La misma mañana del 9 julio los diputados enviaron, mediante correos extraordinarios, cartas de aviso a las diferentes ciudades que aún no habían sido ocupadas por los ejércitos borbónicos y eligieron una junta de 36 personas, 12 por cada uno de los estados, que a su vez fue dividida en varias comisiones como Guerra, Economía, Medios, Política etc. para que dirigieran las acciones de defensa. La primera disposición que tomaron fue mandar imprimir un manifiesto llamado *Despertador de Cataluña, destierro de la ignorancia, antídoto contra la malicia y pusilanimidad. Público manifiesto de las leyes, honores y privilegios de Cataluña*¹⁹. A este manifiesto, publicado en lengua catalana, siguieron otros, en castellano, como el titulado *Crisol de la fidelidad y razones de la defensa*²⁰. La segunda medida que se tomó fue designar al comandante en jefe del ejército y a su segundo, cargos que recayeron respectivamente en el conde de Puebla y en D. Antonio Villarroel, ambos tenientes generales de acreditada ejecutoria militar.

La evacuación del ejército austriaco fue una operación perfectamente diseñada por Starhemberg, coordinada con la ocupación por las tropas de Ceva Grimaldi de los lugares que iban abandonando. El primer embarque tuvo lugar el 2 de julio, en Barcelona, y el segundo una semana más tarde coincidiendo con la orden entrega de Tarragona. En este embarque el mariscal abandonó Cataluña quedando al frente de lo que restaba del ejército austriaco el general Olivier Wallis. La última salida tuvo lugar en Blanes, el 20 de agosto, y con él Cataluña quedaba abandonada a su suerte, defendida sólo por los recursos y tropas que fuera capaz de poner en pie.

Las primeras órdenes del conde de Puebla estuvieron dirigidas a crear una serie de regimientos: de caballería, infantería y fusileros de montaña así como para reorganizar la Coronela - que en aquel momento se componía de 42 compañías difíciles de coordinar y manejar- agrupando sus fuerzas en seis batallones con un total de 5.000 hombres. Además de lo anterior se formaron compañías de artilleros, minadores e ingenieros. Estas fuerzas se organizaron agrupando a las tropas según su región de procedencia es decir aragoneses, valencianos y castellanos, además de los catalanes²¹.

También se procuró desde los primeros días de julio, como asunto de importancia vital, el contar con una flota de guerra para lo que se procedió a la compra de siete navíos a los que se añadieron, poco después, otros cuatro más, ingleses, a los que se armó con 40 cañones cada uno. Esta flota fue enviada a Mallorca de donde regresó sin problemas con 25 embarcaciones cargadas de víveres y con algún barco de guerra más que añadir a la escuadra que se había formado.

¹⁹ Ha sido publicado recientemente por Joaquín Albareda. *Escriptos politics del segle XVIII*. Vic, 1996. Pp. 121 a 191.

²⁰ Barcelona, 1713.

²¹ Según Bacallar además de estas tropas había cuatro mil desertores alemanes a sueldo del Principado, sobre todo los que habían estado de guarnición en Tarragona. "Afectaban pesadumbre los oficiales pero ya sabían daban con esto gusto al Emperador". Op. cit., pp. 237 y 238. Para Castellví no quedaron soldados austriacos en Cataluña.

Según Castellví los fondos necesarios para movilizar este ejército y esta armada salieron del bolsillo de los ciudadanos: "Sin duda ha de ser de la mayor admiración ver tantas empresas juntas sin haber fondos en las arcas públicas"²². Asegura que no hubo que imponer nuevos tributos y qué quienes tenían medios de subsistencia se alistaron en el ejército pero sin cobrar. Los que almacenaban víveres los entregaban gratuitamente, "las gentes de caudal tenía abiertas sus bolsas a la menor insinuación del gobierno" y las cofradías y gremios entregaban cuanto podían. A finales de octubre se consultó a los teólogos si se podía disponer de la plata de las iglesias; la contestación fue positiva, "siempre que los particulares entregasen antes la suya, dedicada a usos profanos y vanas ostentaciones". Al parecer, finalmente, no hubo que tocar la plata de las iglesias.

Pero no todo fue tan idílico. También se identificó a las personas ausentes de Barcelona, se registraron sus casas y se embargaron las partidas de dinero, plata y joyas que encontraron. Incluso, consultados los teólogos, se procedió a requisar las joyas y alhajas que los ausentes habían dejado a cargo de los conventos de religiosas²³. Castellví afirma que el Emperador, pese a las peticiones que recibió de la Diputación, no auxilió a los catalanes. Pero, probablemente, se produjeron ayudas. Así lo afirma Bacallar que habla de socorros que, por orden del Emperador, llegaban desde Cerdeña y Nápoles burlando por las noches el bloqueo y también lo insinúa Bolingbroke que escribía a la Reina: "Los españoles han interceptado cartas del Emperador a los catalanes en las cuales les exhorta a continuar la guerra y promete asistirles con plata procedente de estado de Final. Esta escandalosa violación de la fe pública forzaría tal vez a Vuestra Majestad a librarse de las ataduras y escrúpulos que hasta ahora vuestra propia bondad os ha impuesto"²⁴. Bolingbroke estaba molesto con los catalanes e incluso envió al almirante Wichard a Barcelona, con 18 navíos, para imponer algo de respeto "pues los catalanes han hecho el desatino de embargar los almacenes que había allí de ingleses y poner preso al comisario que cuidaba de ellos"²⁵.

Es también muy digno de resaltar la ola de religiosidad y devoción que, tras la declaración de la guerra, inundó el Principado:

"El vicario general exhortaba a toda clase de gentes a dejar los vicios y a abrazar las virtudes, a lo que todos se aplicaron... Admiró la conversión del pueblo, cesando en todo género de diversiones, aun las más indiferentes y caseras. Mirábanse como atónitos los unos a los otros pero veíanse en sus semblantes señas de edificación y valor. Se duplicaban las procesiones de rogativas y penitencia con tanto fervor y edificación que enternecían los corazones más empedernidos"²⁶.

Comentando estas circunstancias afirma Pierre Villar²⁷: "Voltaire, que comparaba la Barcelona de 1714 a Sagunto, evocaba un fanatismo español de fondo religioso y sin duda durante el sitio se creyó mucho en el milagro"²⁸.

²² Castellví, tomo III, p. 593.

²³ Ibid., p. 597.

²⁴ *Lettres historiques*. Bolingbroke a la Reina, 12/23 de noviembre de 1713, tomo II, pp348 a 350.

²⁵ AHN, Estado, leg. 3379/2. Osuna a Tomás del Burgo, 9 de febrero de 1714.

²⁶ Castellví, tomo III, p. 597.

²⁷ Pierre Vilar, *Cataluña en la España Moderna*. Madrid, 1978. P. 456.

19.2. EL CASO DE LOS CATALANES.

Conviene en este momento esbozar brevemente lo que se conoce como el *Caso de los catalanes*, asunto que ya en su época, y ahora por supuesto, hizo correr ríos de tinta. Sería impropio entrar en el tema con profundidad, pues ya existen muchos libros que lo han hecho²⁹, pero tampoco es posible dejarlo de lado en un trabajo como éste, sobre todo en aquellos aspectos relativos a la actuación de los embajadores catalanes en Londres. El *Caso* se refiere a los esfuerzos y gestiones de todo tipo que, primero el gobierno de Cataluña y, desaparecido éste el de Viena, hicieron en el ámbito internacional para conservar los privilegios del Principado. Para Albareda el caso de los catalanes comienza en 1705, con el tratado de Génova, y termina en 1742.

Ya hemos visto como las instituciones catalanas estaban más o menos informadas de lo que se debatía en Utrecht y también de la existencia de conversaciones bilaterales entre Inglaterra y España pero las noticias que les llegaban suscitaban no poca desconfianza sobre la forma en que los plenipotenciarios imperiales estaban defendiendo los intereses del Principado en las negociaciones. Por este motivo, la diputación de Cataluña, va urgir a su embajador en Viena, el marqués de Montnegre, para que emprenda una intervención directa y activa en los diferentes foros de discusión, es decir en Utrecht, La Haya y Londres. A tal fin, con fecha 13 de enero de 1713, se le envían unas instrucciones con los planteamientos que debía hacer en estos foros y que pedían, en el caso máximo, que el Archiduque quedara "como poseedor universal de la monarquía de España" y, en el mínimo, el que si "Cataluña tuviera la infeliz suerte de pasar a otro dominio quede asegurado el goce de todos los privilegios y prerrogativas que gozaban, comunes y particulares, el día la muerte del señor rey Carlos II... así como la manutención (sic) de las gracias, privilegios, honras y concesiones... concedidas por la Majestad del Rey nuestro Señor"³⁰.

Montnegre enseñó estas instrucciones al Emperador y éste le autorizó a que marchase a Utrecht aunque indicando que "como no es fácil darle reglas ni instrucciones fijas de lo que debe obrar en beneficio y utilidad del Principado de Cataluña, por la variedad que de un instante a otro pueden tener las cosas... procurará el marqués informarse del conde de Sinzendorf y del de la Corzana del verdadero estado de mis negocios... En cuanto a pasar a Londres el marqués de Montnegre podrá tomar en Utrecht sus medidas y si lo hallare por acertado ejecutará su viaje a aquella corte para hacer las diligencias que su prudencia y acertada conducta le dictaren"³¹.

Aquí se produce un problema con las fechas que ha dado lugar a no pocas suspicacias. La audiencia de Montnegre con el Emperador tuvo lugar el 8 de febrero, la autorización al marqués para que marche a sus embajadas es el 17 de febrero pero la salida hacia Utrecht se demora hasta el 28 del mismo mes. Sanpere cree que el Emperador retuvo con excusas u órdenes a Montnegre en Viena hasta que su misión deviniera inoperante por tardía. Y si tal

²⁸ El propio Castellví cuenta muchos de estos hechos "milagrosos" con la apostilla siguiente: "el autor no lo asegura, ni desprecia ni aprueba". Tomo III, pp. 602 a 604.

²⁹ Por ejemplo el recientemente publicado por Joaquín Albareda, el año 2005, *El cas dels catalans*. *La conducta dels aliats arran de la guerra de successió*.

³⁰ Castellví, tomo III, p. 727.

³¹ Ibid., p. 731.

era la intención tuvo éxito porque cuando "llegó Montnegre el 17 de marzo a Utrecht, al ir a bajar de la silla postas, un desconocido tiró un pliego dentro de su coche en el cual se le participaba que el día 13 se había convenido la evacuación de Cataluña y firmado el 14 el tratado, quedando reservada para la Paz General la cuestión de los privilegios"³².

En Utrecht y en La Haya se entrevista con Sinzendorf, Heinsius y el obispo de Bristol. De los dos primeros consigue muy buenas palabras pero el tercero no le contesta sino con generalidades. Esto aumenta en Montnegre el pesimismo que ya traía desde Viena -donde el Emperador le había manifestado la imposibilidad de defender a Cataluña con las armas- y le lleva al convencimiento de que lo más que se podía lograr para el Principado era el mantener a duras penas sus fueros y privilegios.

Como quiera que Inglaterra, en el tratado de evacuación, había quedado garante de una futura concesión de tales privilegios decide viajar a Londres donde va a llegar el 11 de abril y donde espera que su misión dé algún fruto. Sanpere es muy crítico con la Diputación de Barcelona por haber enviado a Montnegre a esta empresa que, según él, estaba abocada al fracaso y era, además, contraproducente. Dice que la presencia del embajador catalán "no había de causar allí otro efecto que el que causa el severo reproche de una falta cometida en un depravado, esto es, el encontrarse en su perversión... pues no se había de obtener a fuerza de humillantes solicitudes o de sarcásticos reproches lo que no se estuviese en situación de defender o reivindicar por la fuerza"³³.

Hasta el día 4 mayo no consigue que lo reciba la Reina, incurriendo en lo que él considera palmaria descortesía hacia lo que representa, porque la audiencia se concede a título particular. Según Montnegre esto se debió a las presiones del embajador de Francia y de Monteleón, que no sólo propiciaron la demora en conceder la entrevista, sino el que se impusiera al embajador un protocolo tan severo, en relación a los temas que podían mencionarse a la Reina, que tornó inoperante la audiencia³⁴. Además Montnegre no hablaba francés y debió usar al conde de Peterborough como intérprete. Y no andaba descaminado el catalán sobre los manejos de Monteleón pues el marqués por aquellos días escribía a Grimaldo lo siguiente:

"También debo decir a V. S. que habiendo llegado aquí el marqués de Montnegre, diputado de Cataluña, con comisiones de proponer... que se formase una república del Principado de Cataluña... he logrado introducirle para su confianza y consejo a D. Pascual Antón, que es un español de Alicante aquí establecido, de grandísima habilidad, del cual me he valido para muchas cosas del servicio del Rey de forma que estoy informado puntualmente de todos sus pasos y he prevenido de todo a milord Boligbroke"³⁵.

El 12 de mayo escribe Montnegre a la Diputación de Cataluña contando la entrevista y afirmando que "es para mí del mayor desconsuelo haber de repetir avisos melancólicos, con mayores y más sólidos fundamentos de los que anticipé desde Utrecht... Cuán grande es el

³² Sanpere, op. cit., p. 60. La anécdota del desconocido la cuenta también Castellví, tomo III, p. 530.

³³ Sanpere, op. cit., p. 59.

³⁴ Según Castellví no podía hacer mención a nada que se refiriera al honor o los compromisos de la Reina. Tomo III, pp. 531-532.

³⁵ AGS, Estado, leg. 6822. Monteleón a Grimaldo, 25 y 26 de abril de 1713 (son dos cartas juntas).

predominio que tienen nuestros enemigos y a que alto punto llega la infelicidad que amenaza, más verdadera que temida”³⁶. No obstante estas poco halagüeñas perspectivas Montnegre que había entregado a la Reina una representación, en sobre lacrado para evitar manipulaciones, permaneció en Londres en espera de contestación. Es bueno recordar que precisamente en estos días tiene lugar la firma en Londres del tratado provisional de paz entre Inglaterra y España por lo cual, lo más probable, es que fueran los propios ministros ingleses los que hubieran decidido actuar –independientemente de las artimañas de Monteleón- con la mayor cautela para evitar que la intervención del catalán causara problemas con los whigs.

Mientras esto ocurría en Londres, la Diputación de Cataluña, tras la salida de la Emperatriz de Barcelona, decidió enviar sendos embajadores a La Haya y Londres: el conde de Ferrán y Pablo Ignacio de Dalmases respectivamente. También menciona el marqués de San Felipe otra embajada, mucho más heterodoxa, que no he podido confirmar en documento alguno, por tratarse, probablemente, de un infundio. Dice así:

“No es ponderable la rabia que de esto (la marcha de la Emperatriz) concibieron los catalanes. Estaban ya desengañados que no los socorrerían los príncipes de la liga; que era un delito pensar quedarse República; que precisamente los había desamparado el Emperador, y se obstinaron tanto queriendo huir del dominio del rey Felipe que, por medio del ministro que el Emperador tenía en Constantinopla, pidieron auxilio al otomano. Las condiciones con que le imploraron no hemos podido saber a punto fijo. El conde de Saballá y Pinós, que estaban en Viena, procuradores de Cataluña, manejaron infelizmente este negocio, porque no quiso entrar en él el sultán, ya pareciéndole ardua la empresa, ya por no romper con la Francia. Creyeron muchos que le ofrecían los catalanes al turco el dominio del Principado de Cataluña, conservándoles sólo su religión y sus fueros; otros, mejor informados, aseguraban que sólo pedían su auxilio y amistad para quedarse República bajo el patrocinio de la casa otomana. Como quiera es bien negro renglón para los catalanes tan ciega pertinacia cuando todavía ofrecía general indulto el Rey Católico”³⁷.

Esto que cuenta Bacallar ha sido considerado como un insulto por los historiadores catalanes.

Dejando de lado este tema, si se me permite la digresión, comentaré que el referido marqués de Dalmases es un personaje notable, con incidencia de peso en el tema que nos ocupa. He encontrado un raro documento, casi una autobiografía suya en forma de carta a Grimaldo, de fecha 14 febrero de 1715³⁸, en la que solicita del Rey Católico "volver a ser admitido en su real gracia y licencia para poderme restituir con ella a mi patria Barcelona". A este fin trata de demostrar, haciendo una pormenorizada relación de lo que había sido su vida, que jamás estuvo a favor del Archiduque y que cuantos servicios prestó, en Cataluña y fuera de ella, estuvieron movidos exclusivamente por el amor que tenía a su país³⁹.

³⁶ Castellví, tomo III, p. 739.

³⁷ Bacallar, *Comentarios*, p. 237.

³⁸ AGS, Estado, Leg. 6827. Dalmases a Grimaldo. Londres, 14 de febrero de 1715.

³⁹ Creo que esta carta es un hallazgo interesante pues pone de manifiesto cosas de interés que no figuran –o lo hacen de manera confusa- en el documento más completo que existe sobre Dalmases debido a Voltes Bou y titulado *Nuevas noticias de D. Pablo Ignacio de Dalmases y Ros y su tiempo*. Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona. Año 1954. Nº 26. P. 95-136.

Cuenta cómo, en 1703, durante el primer asedio Barcelona y ejerciendo el cargo de capitán defendió las murallas a las órdenes de Fernández de Velasco y cómo, posteriormente, fue nombrado embajador⁴⁰ de la ciudad en Madrid para denunciar ante el Rey las repetidas violaciones de los fueros –sobre todo detenciones de personas aforadas- que el virrey estaba haciendo. El incidente, que ya hemos relatado en el apartado 8.2, fue muy sonado porque la Diputación consideró como un agravio enorme que en Madrid se ignorara su rango de embajador, que fuera encarcelado durante dos meses y después deportado a Burgos y a París. En esta ciudad, en 1709, fue canjeado por prisioneros en poder del ejército del Archiduque y volvió a Barcelona donde, según él, se limitó a "hacer cuanto se me mandó por el príncipe que la dominaba... pero en mis acciones y palabras siempre procuré observar el modo y respeto que debía y no se hallará papel ni carta mía adonde haya nombrado al Rey nuestro señor, duque de Anjou"⁴¹.

De la peripecia londinense del marqués hablaremos a continuación. Como anécdota añadiré que la carta surtió efecto pues hay, en un margen de ella, una nota manuscrita de Grimaldo que dice: "Responderle que ya se le ha enviado ese permiso por mano de Monteleón"⁴².

En cualquier caso Dalmases llegó a Londres el 25 de mayo, en plena época de sesiones del Parlamento, -habían comenzado el 7 de abril y terminarían el 16 de julio- y, junto con Montnegre, va a esforzarse para que en las Cámaras se discuta el caso de los catalanes. A este fin insiste a los parlamentarios amigos de Cataluña: Peterborough, Stanhome y Argyll. Pero fue en vano. El Parlamento estaba inmerso en otro tipo de preocupaciones, sobre todo de índole comercial, relacionadas con el tratado de paz firmado recientemente con Francia, y no pudieron encontrar la forma de que hubiera el más mínimo debate sobre Cataluña. Sanpere, con su vehemencia característica, dice:

"Ahora, en el momento gravísimo de la traición, es cuando Inglaterra iba a demostrar ante el mundo entero hasta donde llega la impudencia de la traición; ahora no hubo en la Cámara Alta, ni tampoco en la Baja, un solo hombre para salvar el honor del pueblo inglés pidiendo que Inglaterra cumpliera con Cataluña conforme a lo pactado en 1706"⁴³.

Dalmases solicita audiencias a Bolingbroke, Dartmouth y a la Reina pero todo son excusas. Finalmente la Reina lo recibe el 28 de mayo (V. E.) en medio de fuertes rumores de que la paz entre Inglaterra y España estaba concluida y que Monteleón marchaba a Utrecht para cumplir con la formalidad de su firma. La audiencia fue una pura visita de cortesía en la que lo único digno de mención fue que Ana le dijo que había hecho cuanto había podido en favor de los catalanes y que el embajador le entregó una representación, que las autoridades catalanas habían escrito el 14 de marzo anterior para entregar a la Reina pero que, dado el

⁴⁰ Carlos II había concedido a Barcelona el privilegio de poder enviar representantes a la corte con rango de embajadores.

⁴¹ Aquí Dalmases no dice la verdad. Sin analizar demasiado su correspondencia se encuentran ejemplos en contra. Por ejemplo en carta a la Diputación de 22 de diciembre de 1713 usa, por dos veces el título Duque de Anjou para designar a Felipe V. Castellví, tomo III, p. 726.

⁴² Lo que por cierto provocó una agria reacción del duque de Osuna.

⁴³ Sanpere, op. cit. p. 64. La fecha de 1706 no se refiere a la firma del tratado de Génova sino a la ratificación de éste ante las instituciones catalanas.

tiempo transcurrido y la cantidad de acontecimientos sobrevenidos, era un documento que había perdido toda actualidad.

Entretanto Dalmases presionaba a Stanhope y Peterborough para que le consiguieran una copia del tratado de paz firmado con España el 14 de mayo o, al menos, alguna precisión sobre los artículos referentes a Cataluña. Y aunque ambos dijeron desconocer en detalle el contenido de este tratado le aseguraron que los privilegios catalanes, en los términos en que estaban a la muerte de Carlos II, quedaban garantizados. Esto tranquilizaba a Dalmases hasta que, con enorme sorpresa y disgusto, el día 1 de julio recibe una nota anónima que contenía el artículo 13º del tratado. Indignado se dirige a Peterborough pidiéndole explicaciones pero el conde le asegura no saber nada de ello aunque le promete intentar averiguar lo que ha ocurrido. Pero lo cierto es que lo único que hizo Peterborough fue evitar durante semanas encontrarse con Dalmases obviando así toda posible explicación.

Esta versión, algo truculenta y con seguridad inexacta, que da Sanpere se contradice con otros documentos según los cuales los embajadores catalanes conocían, bastante antes del mes de julio, el contenido del célebre artículo 13º. El día 13 de junio Patricio Lawles, que ya se había quedado como único representante en la embajada de Londres por la marcha de Monteleón a Utrecht, escribía a Grimaldo lo siguiente:

"Hay dos diputados de Cataluña que han pedido audiencia a los ministros y en particular a lord Dartmouth, él les ha respondido que si ellos tenían algo que decirle en relación a asuntos particulares les escucharía pero que si se trataba de asuntos de su país debían dirigirse a los ministros del Rey de España si es que tenían algo que decirles"⁴⁴.

Castellví reproduce íntegramente la aludida respuesta de Dartmouth a Montnegre: "Excmo. Señor: He recibido la estimable carta de Vuestra Excelencia en data 12 del corriente (V. E.) sobre la que tengo que responder a Vuestra Excelencia: como la Reina ha estipulado con la Corte de Madrid que los catalanes que han seguido el partido austriaco no padecerán ni en sus personas ni bienes antes bien continuarán a gozar de los mismos privilegios que los moradores de Castilla o cualquier otros súbditos de España, los más agraciados, se agrada, pues, de acudir a la Corte de Madrid la que no faltará a hacerles gozar lo que tienen prometido. Whitehall, 17 de junio de 1713"⁴⁵. La fecha de esta carta es cuatro días posterior a la que escribe Lawles a Grimaldo lo que parece indicar que Dartmouth había hablado con aquél antes de enviarla⁴⁶.

Por lo anterior parece cierto que Montnegre y Dalmases tenían, si no información fehaciente, al menos datos relevantes, sobre el contenido del artículo 13ª antes del día 1 de julio y el anónimo, si es que verdaderamente existió, no debió sorprenderles tanto.

⁴⁴ AGS, Estado, Leg. 6825. Lawles a Grimaldo, 13 de junio de 1713.

⁴⁵ Castellví, tomo III, p. 739-740.

⁴⁶ La contestación de Dartmouth a Dalmases parece copiada de la que Bolingbroke, mes y medio antes, había dado a Montnegre: "que lo podía admitir como particular pero que si le había de hablar como diputado de Cataluña no lo podría recibir sino con carta del rey de España o presentado por el marqués de Monteleón su embajador". AGS, Estado, leg. 6822. Monteleón a Grimaldo, 25 y 26 de abril de 1713.

La reacción de Dalmases es escribir a la Reina una representación, tan larga como dura y desabrida, recordándole todos los compromisos contraídos por Inglaterra con los catalanes, desde el tratado de Génova y sus ratificaciones en Barcelona hasta el tratado de evacuación de Cataluña, acompañando a la representación incluso copias literales de dichos compromisos. También le recuerda una circunstancia, poco conocida y que no he mencionado hasta ahora: cuando el Archiduque, en marzo de 1706, pide a los representantes del Principado su aprobación para establecer, como ley fundamental, la exclusión a perpetuidad de la familia Borbón del derecho que les pertenecía sobre los condados de Barcelona, Rosellón y Cerdanya, las instituciones dudan porque "no se consideraban capaces los catalanes de empeño tan arriesgado" y el inevitable Crow vuelve a intervenir a favor de Carlos, entregando una nueva carta de la Reina donde se daban toda clase de seguridades de que serían socorridos y de que, en ningún caso, perderían sus privilegios.

Dalmases, en la carta, rechaza con dureza la concesión de los privilegios de Castilla "que fueron grandes en otros siglos pero es notorio al mundo que hoy día, y de tiempos atrás, no son más que una aparente sombra". Y reclama de forma áspera los fueros propios del Principado:

"Aunque Vuestra Majestad tenga firmada la paz con España y no publicada, habiendo sido Vuestra Majestad siniestramente informada mandará que, antes de la publicación de ella, quede con la más sólida seguridad establecido a favor de los catalanes lo contenido en los cuatro artículos arriba expresados⁴⁷... Los cuales ya suplicó a Vuestra Majestad el marqués de Montnegre mi antecesor... mas si la sobredicha paz con España estuviese ratificada y publicada... suplico a Vuestra Majestad se digne, por todos los medios posibles a su grandeza y poder, procurar se obtengan y se establezcan seguros aquellos cuatro importantes capítulos rescindiendo lo que engañosamente fue establecido contrario a la verdad a que, mal informada Su Majestad, condescendió en consideración de haber concebido que gozaría Cataluña de más ventajas y privilegios"⁴⁸.

Pero Dalmases no se contenta con enviar a la Reina tan larga y dura representación sino que en carta a la Diputación de Cataluña afirma que "de este memorial he hecho hacer diferentes copias, traducidas en lengua inglesa, y he procurado esparcirlas en secreto... pues considero que el común de la nación inglesa está malcontenta de esta paz y que, en este supuesto, podía suceder alguna mutación de ministros que es la única esperanza"⁴⁹.

Difícil es saber hasta qué punto esta acción de Dalmases pudo influir en las corrientes de opinión contrarias a la paz conseguida por el gobierno, corrientes que los whigs estaban fomentando por todos los medios a su alcance. En 1714, se publican dos opúsculos políticos anónimos: *The case of the catalans considered* y *The deplorable history of the catalans*⁵⁰. Detrás de ambos está el partido whig y no sería descabellado pensar en alguna

⁴⁷ Estos cuatro artículos son un compendio genérico de los privilegios

⁴⁸ Castellví, tomo. III, p. 741 a 750.

⁴⁹ Ibid, p. 752.

⁵⁰ Ambos libros fueron publicados en Londres, anónimos, por el impresor J. Baker. Existe una edición facsímil y bilingüe en catalán a cargo Michael B. Strubell. Barcelona, 1991.

intervención por parte de Dalmases⁵¹. El primero de los panfletos, anterior al tratado de Rastadt, es corto, sólo 32 páginas, y narra lo acontecido en Cataluña desde la llegada al trono de Felipe V, al que dibujan como un príncipe déspota, cruel y que odia a los catalanes. Mucho más crítica es la opinión que nos da este libro sobre el propio gobierno inglés al que acusa de inepto y traidor al honor y los compromisos de Gran Bretaña: En el futuro, dice, "la palabra *catalanes* será sinónima de nuestra deshonra".

El segundo de los panfletos es mucho más extenso y excede de lo que podríamos llamar un alegato para convertirse en un auténtico y documentado libro que reproduce numerosos documentos tales como las cartas credenciales de Mitford Crow, el tratado de evacuación de Cataluña, el convenio de Hospitalet, el decreto por el que Felipe V concede la amnistía a los catalanes etc.

No es fácil saber la difusión que tuvieron estos dos concretos opúsculos, ni lo que pudieron influir en la opinión pública si bien, en general, el impacto de este tipo de literatura solía ser grande y con mayor razón ahora que los comerciantes, no demasiado satisfechos con las ventajas que se habían conseguido en los tratados de paz, andaban soliviantando al pueblo.

En cualquier caso el 17 de marzo de 1714 (V.E.) la Cámara de los Lores dirige a la Reina Ana una petición para que se les envíe un informe "detallando los esfuerzos realizados para que los catalanes gozasen de sus libertades y privilegios; y que una completa documentación de todo el proceso relativo a ello, durante la negociación del tratado de paz, sea también presentada a esta Cámara"⁵². Dos días después los lores piden información complementaria, concretamente la correspondencia con Peterborough desde 1705.

Atendiendo a esta petición el 2 de abril (V. E.) Bolingbroke presenta a la Cámara una serie de documentos oficiales, tales como los tratados de paz y de comercio, el de evacuación de Cataluña, las cartas de Peterborough, extractos de algunas cartas a los plenipotenciarios de Utrecht y las sucesivas instrucciones a Lexington sobre el mantenimiento de los privilegios catalanes. Al parecer parte de la documentación existente no fue entregada y, tal vez, hecha desaparecer.

La sesión continuó al día siguiente, 3 de abril, y tuvo por objeto discutir y aprobar un ruego a la Reina que, de acuerdo a lo que se había establecido el día anterior, había sido redactado por lord Cowper⁵³ con la aquiescencia y firma de otros veinticuatro lores. Este ruego, entre otras cosas, decía:

"Como bien se aprecia por el tratado de paz con España, el rey de España no ha querido aceptar la intervención de Vuestra Majestad en su favor (de los catalanes) sino que insiste en que han de gozar de la misma condición que sus súbditos de Castilla... Nosotros hacemos la

⁵¹ Pudo haber colaboración económica aunque es más probable que hubiera aportación de datos y documentos. Por ejemplo, *The deplorable history of the catalans* reproduce íntegro el decreto de amnistía de Felipe V, de promulgación relativamente reciente. ¿De dónde podían haberlo obtenido los whigs con tanta celeridad?

⁵² Soldevila, Ferrán. *Unes sessions de la Cambra dels Lords en 1714*. Revista de Catalunya nº 58 (año 1929) p. 210-215.

⁵³ En este momento era el gran canciller.

más humilde y ferviente petición a Vuestra Majestad... para que se sirva continuar su intercesión de la manera más urgente para que los catalanes puedan seguir teniendo el completo goce de sus justos y antiguos privilegios”⁵⁴.

El 5 de abril la Reina contesta a la Cámara con estas palabras: "En el tiempo en el que estaba concluyendo mi paz con España tomé la resolución de continuar con mi intercesión, en cada ocasión que se presentara, para obtener aquellas libertades y para prevenir, en lo posible, los infortunios a los que aquel pueblo se ha visto expuesto *por la conducta de aquéllos a los que toca más de cerca auxiliarlos*"⁵⁵. Con estas palabras la Reina intenta trasladar su responsabilidad, o al menos gran parte de ella, a quien correspondía haber asumido con más vigor la defensa de los catalanes: al Emperador⁵⁶. Esta respuesta, debida sin duda a la pluma de Bolingbroke, constituye un salto cualitativo y aporta un nuevo argumento en la defensa del gobierno.

Tanto o más interés, a mi juicio, que la versión que acabo de contar sobre lo ocurrido en la Cámara de los Lores, y que coincide sensiblemente con la que se nos da en *The deplorable history of the catalans* o con la de Ferrán Soldevila en el artículo antes citado o la de Sanpere i Miquel en *Fin de la nación catalana* (todas ellas tomadas, según parece, de los archivos de la Cámara), tiene la versión que Lawles envía a Grimaldo, dos días después de que tenga lugar la sesión, en carta de 5/16 de abril de 1714⁵⁷. La carta está en Simancas y nos da la visión de Bolingbroke que, con seguridad, fue el que contó a Lawles lo sucedido. Hasta donde se me alcanza no he visto en lugar alguno referencia a ella, pese a su indudable interés al darnos la perspectiva de la parte contraria. Vale la pena transcribir íntegra la parte de la carta que se refiere a este asunto:

"Os he dado cuenta, por mi carta de primeros de este mes, de lo ocurrido en el Parlamento respecto a los catalanes. El asunto ha sido examinado de nuevo el día 2 en la Cámara de los Lores y discutido con mucho calor por parte de los whigs. Lord Cooper (sic), canceller actual de Inglaterra, junto a ministros de otros ministerios han clamado en favor de los rebeldes y lo mismo han hecho otros lores de este partido. Lord Bolingbroke, de la otra parte, sostuvo que la Reina había hecho todo lo que de ella dependía para obtener estos privilegios pero Su Majestad Católica había permanecido inflexible sobre este punto. Añadió que Inglaterra nunca habría obtenido las ventajas conseguidas en los tratados de paz y de comercio con España si Su Majestad Británica hubiera insistido en la defensa de los catalanes. Bolingbroke dijo que, además, esto no convenía en absoluto a los intereses de Inglaterra ya que sería dejar una semilla de división en la monarquía española y que él estaba de acuerdo en aquello de mantenerse tranquilo y no forzar a un príncipe, con el que se consideraba absolutamente necesario establecer una sólida amistad, por algo que era interés común de las dos naciones.

Presentó a la Cámara copia de todas las instrucciones dadas a lord Lexington respecto a los catalanes, y que no podían ser más enérgicas en su favor, y de las respuestas del Rey Católico al respecto: *Declaró también que eran los catalanes los que habían invitado a los aliados a enviar tropas a Cataluña para sostener su revuelta y mostró varias cartas originales de lord*

⁵⁴ Soldevila, Ferrán. *Unes sessions...*

⁵⁵ Ibid.

⁵⁶ Sanpere dice a propósito de esta contestación, se supone que preparada por Bolingbroke, que “la audacia de Bolingbroke llegó al colmo”. Op. cit., p. 352.

⁵⁷ AGS, Estado, leg. 6825. Lawles a Grimaldo, 5 de abril de 1714.

Peterborough al respecto, antes incluso de que estuviera con el Archiduque, por lo que parecía claramente que no se trataba de que Su Majestad Británica les hubiera empujado a la rebelión sino que fueron los catalanes los que presionaron para que se enviaran tropas.

Los lores whigs se empecinaron en las instrucciones que lord Dartmouth, Secretario de Estado, dio a lord Lexington por las cuales se le advertía de parte de Su Majestad Británica, que ella estaba obligada en su honor y conciencia a que los catalanes tuviesen sus privilegios y que ella no podía hacer la paz más que en estas condiciones. Los whigs apoyaron con fuerza esta manifestación y los tories viendo como este asunto les presionaba estuvieron de acuerdo en aprobar que se presentara un ruego a la Reina en favor de los catalanes, agradeciendo lo que Su Majestad había ya hecho por ellos y suplicándole que continuara con sus buenos oficios para procurarles algunas ventajas adicionales. He aquí, Señor, lo sugerido al respecto y no es difícil de entender cuál ha sido la decisión de los whigs de empujar este asunto de manera tan enérgica como lo han hecho. Los whigs se dicen a sí mismos que no esperaban que los ministros pudieran justificar su conducta tan bien como lo han hecho. La Reina aún no ha respondido a esta petición pero, tan pronto como Su Majestad lo haga yo os informaré al respecto"

He destacado en cursiva un párrafo de la carta en el que Bolingbroke acusa a los catalanes de haber dado el primer paso para buscar el apoyo de Inglaterra con objeto de rebelarse contra Felipe V. Voltes Bou habla⁵⁸ –sin dar más detalles- de una entrevista en Viena, en 1704, entre Peguera y Aymeric y el embajador inglés ante la corte austríaca pero, en cualquier caso, parece bastante absurdo el viaje que Crow hizo a Génova, con sus credenciales ya en orden, si no hubieran existido contactos previos. La cuestión es saber quien fue el que dio el primer paso, pero tampoco parece descabellado que fuera el príncipe de Darmstadt -que, como antes dije, había tenido negocios con Crow- el que arrogándose, como tantas veces hizo, la representación de Cataluña iniciara o propiciara, puesto que conocía a ambos interlocutores,⁵⁹ la reunión en Viena de la que habla Voltes Bou.

Junto a la carta anterior venía un *papel en cifra* que también enviaba Lawles⁶⁰ donde daba noticia de que la Reina había ordenado deponer de sus cargos "al duque de Argyll, al conde de Stairs y a otros del partido whig de sus empleos y se tomó la resolución de no dejar a ninguno, así en lo militar como en los empleos civiles, por ver si por este medio se consigue sujetar sus malvadas intenciones que sólo piensan en dar fin a la Reina a pesares para deshacer todo lo ejecutado por Su Majestad para que no haya paz en este reino". Como puede verse el caso de los catalanes no resultaba inocuo para Inglaterra.

Avanzado ya el año 1714, el 12 de agosto, tiene lugar la muerte de la reina Ana y con ello van a producirse en Inglaterra giros políticos de mucha entidad que, de nuevo, van a poner en candelero el caso de los catalanes. Jorge I, elector de Hannover, que en ese momento reinaba en Holanda, será el nuevo Rey, aunque su coronación no va a tener lugar hasta el

⁵⁸ Voltes Bou, *La guerra de Sucesión*, p. 90.

⁵⁹ Como antes se dijo Darmstadt, a su salida de Cataluña, había ido, aunque brevemente, a residir a Viena por lo que conocería sobradamente al embajador inglés. Su relación con Antonio Peguera está comprobada ya que éste formaba parte de la conjura para abrirle al príncipe una puerta de Barcelona durante el primer asedio.

⁶⁰ AGS, Estado, leg. 6825. Lawles a Grimaldo, 5 de abril de 1714. Papel cifrado anexo.

31 de octubre. En su nombre se va a hacer cargo del gobierno, a partir del 13 de agosto, un consejo de regencia formado mayoritariamente por miembros del partido whig.

Jorge I, apenas se produjo el deceso de Ana, ordenó al embajador de Inglaterra en Francia que se reabriera el caso de los catalanes. Bolingbroke, a punto de dejar el poder, muy a su pesar obedeciendo instrucciones del consejo de regencia, informó a Torcy del derecho que asistía Inglaterra, pese a lo pactado en el artículo 13º, de intervenir a favor de los derechos de los catalanes e, incluso, amenazó veladamente "con consecuencias que ni se imaginan" si no cesaba el asedio de Barcelona y se llegaba a algún tipo de tratado de paz con Cataluña.

Esta información llegó a Barcelona inmediatamente y la Diputación se movilizó. El marqués de Dalmases por su parte, al día siguiente a la muerte de Ana, había planteado al consejo de regencia las propuestas que consideró adecuadas para Cataluña. El 6 de septiembre el consejo informó al embajador de que se habían dado órdenes a la flota de Mahón para que zarpara a hacia Barcelona con objeto de presionar, en la manera que las circunstancias aconsejaran, a fin de lograr un armisticio en el Principado. Por su parte el conde de Ferrán, que seguía de embajador en La Haya, entregó a Jorge I un escrito en el que, insistiendo en la necesidad de la intervención británica, volvía a las viejas pretensiones de que la corona de Aragón -o parte de ella- pasaron a la casa de Austria (al Emperador o a su hermana) o, en caso extremo, que fuera erigida en república independiente bajo la protección de Inglaterra⁶¹.

Esta representación del conde de Ferrán terminó de convencer a Jorge I sobre la actitud que debía adoptar respecto a los catalanes y, por su parte, el consejo de regencia decidió que Inglaterra interviniera militarmente a su favor. Pero, en última instancia, los tories consiguieron paralizar este acuerdo con el argumento de que declarar de hecho la guerra era algo de extrema gravedad, para lo cual la regencia no estaba legitimada, por lo que era preciso esperar hasta la llegada del Rey a Inglaterra.

Por azares del destino Barcelona, que llevaba resistiendo el asedio más de un año, capituló el 11 de septiembre con lo cual toda posibilidad inmediata de armisticio, tratado o cualquier medida que hiciera cambiar la situación a favor de los catalanes desapareció. Ello no obstaba para que persistiera, y no sin motivos, la inquietud de Felipe V y sus ministros ante la posibilidad de que, con el apoyo de Inglaterra se abriera de nuevo la guerra.

El marqués de Monteleón, que acababa de ser nombrado embajador en Londres, llegó el día 25 de octubre a Inglaterra, ya con Jorge I en la isla, con Bolingbroke cesado y con un nuevo

⁶¹ "...que sea unida Cataluña con toda España a la augustísima Casa de Austria, o que Cataluña con los reinos de Aragón y Valencia sean cedidos a S. M. Imperial y Católica, o a una de las serenísimas Archiduquesas, y cuando esto no se pueda lograr, que Cataluña con las islas de Mallorca e Ibiza, sea erigida en república bajo la protección de V. M., de la augustísima Casa de Austria y altos aliados, ya que por los susodichos medios se halla la justicia mantenida, establecidos los comercios de Inglaterra y Holanda, Portugal asegurado, los Reinos de Aragón y Valencia restablecidos en los privilegios de que están privados por la paz de Utrecht y Cataluña librada de ser un eterno monumento de su desgraciada fidelidad y de indigna memoria de la grande Alianza..."Castellví, Vol. VI, f. 713 y 713v. Citado por Albareda en *Los Borbones. Dinastía y memoria...*Ed. P. Fernández Albaladejo. P. 320.

gobierno whig. El 1 de noviembre escribe a Grimaldo lo siguiente: "Ha sido gran fortuna que se haya fenecido por nuestra parte la expugnación de Barcelona, pues sé a no poder dudar, que estaba resuelto por este ministerio de hacernos sobre los privilegios de los catalanes la misma *declaración*"⁶². La *declaración* a que Monteleón se refiere se puede leer en un párrafo anterior de esta misma carta en el que se explica que, con motivo de la construcción por Francia del canal de Mardick, cerca del desmantelado Dunquerque, se había producido una firme amenaza inglesa a los franceses asegurando que si no cesaban de inmediato las obras, "lo mirarían como infracción de la paz y serían (los ingleses) obligados a entrar en alianza para juntar cien mil hombres para destruirlo"⁶³.

19.3 LA CAPITULACIÓN DE BARCELONA

Difícil era pronosticar que la recuperación de Cataluña iba a costar catorce meses de una guerra, indudablemente cruel, pero cuyos pormenores difieren según sigamos las narraciones de Castellví, Bacallar o Belando. Sin embargo parece admitido que el proceso de conquista del Principado tuvo aspectos diferentes dependiendo del lugar o de otras circunstancias de tipo político o militar. Hubo, por parte del gobierno de Madrid, una dualidad de actuaciones, desde una represión dura, justificada por la convicción de que "en el estado actual de Cataluña para volverla a recobrar es preciso un grandísimo poder que lo venza y supere todo por la absoluta y última ley de la guerra"⁶⁴, hasta un trato mucho más humano destinado a atraerse la voluntad de los naturales:

"Parece que sea preciso discurrir y aplicar medios más proporcionados para antídoto del veneno que los sediciosos han esparcido (pues) no faltan (algunos) bienintencionados, otros desengañados del disparate que hicieron... otros deseosos de vivir con quietud en sus haciendas... y no hay duda que en todos estos géneros de personas no se debe considerar mala disposición, sino buena, y persuadirse que no harán resistencia a restablecer la obediencia a nuestro Rey y Señor Felipe V... y así parece de preciso, con palabras y obras verdaderamente efectivas, dar seguridad de la benigna y suave aceptación de Su Majestad Católica a todos los que sin violenta resistencia abrieran los ojos..."⁶⁵.

Esta última actitud fue bien acogida por buena parte de las clases dominantes que habiendo perdido toda esperanza en la causa austracista, por una pura cuestión de pragmatismo, decidieron aceptar sin traumas el triunfo borbónico. Ya vimos en el apartado 19.2 como el propio Starhemberg intentó hacer ver a la nobleza, probablemente siguiendo instrucciones del Emperador, que para evitar que en Cataluña se produjera un baño de sangre, no tenían otra solución que resignarse y someterse a Felipe V. Contribuyó sin duda a facilitar esta sumisión el que en las ciudades que iban pasando a dominio felipista se instituyera un sistema de gobierno municipal que, aunque prohibía la insaculación como método electivo, mantenía en el poder a los antiguos representantes, depurando como es lógico a los austracistas más activos. El duque de Pópuli recibió, en este sentido, una orden del Rey

⁶² AGS, Estado, leg. 6827. Monteleón a Grimaldo, 1 de noviembre de 1714.

³⁴ Ibid.

⁶⁴ Torras i Ribé, op. cit., p. 330.

⁶⁵ Ibid., p. 332.

diciendo que "sería conveniente que Vuestra Excelencia dejase los mismos nombres en los empleos públicos, y las mismas leyes municipales y costumbres que hasta ahora han tenido"⁶⁶. En definitiva, el cambio de poder en amplias zonas del Principado se hizo sin convulsiones, como el mismo Castellví reconoce: "Había la corte de Madrid introducido en Cataluña... emisarios bajo varios pretextos (que) unidos a los sujetos catalanes de representación, inspiraban pacíficas impresiones en los pueblos y fueron la principal causa de que las armas de las Dos Coronas ocuparan desde luego sin oposición Cataluña"⁶⁷. Lo cierto es que las principales ciudades del Principado como Mataró, Valls, Igualada y hasta el mismo Vich, así como el campo de Tarragona, dieron su obediencia al rey Felipe tras la evacuación de las tropas alemanas. Cabe señalar también al respecto que, cuando Barcelona decidió pronunciarse por la continuación de la guerra, muchas familias nobles abandonaron la capital para refugiarse en otras ciudades y villas y en las que contribuyeron de manera decisiva a que se restableciera una relativa normalidad.

Barcelona, defendida fundamentalmente por las fuerzas de la Coronela estaba en teoría sometida a bloqueo por mar pero los medios navales de las Dos Coronas eran escasos y no impedían que numerosos barcos procedentes de Italia y de Mallorca llegaran a la ciudad cargados de víveres y de otros suministros. Incluso, a estos efectos, se organizaban expediciones desde Baleares escoltadas por los barcos de guerra de que se había dotado la Diputación. Si nos referimos al asedio terrestre hay que decir que, a lo largo de lo que quedaba de 1713, la presión sobre la ciudad no fue abrumadora, más bien al contrario, aunque fueron frecuentes las escaramuzas entre sitiadores y sitiados. La razón de tan poca eficacia era que Pópuli estaba muy ocupado en pacificar el Principado y en controlar las partidas de migueletes que lo recorrían sembrando la desazón, cuando no el terror, en sus habitantes. De especial importancia fueron las algaradas del general Rafael Nebot que salió de Barcelona por mar, burlando el cerco, y con su ejército⁶⁸ recorría la provincia de extremo a extremo, perseguido por las tropas borbónicas de las que conseguía zafarse con relativa facilidad. Finalmente, en octubre, el acoso a que estaba sometido le obligó a retirarse a Barcelona. Esta operación de Nebot tuvo tres consecuencias: por una parte se aflojó mucho el sitio de Barcelona por el gran número de tropas, probablemente 10.000 hombres, que hubo que sacar del asedio para dedicarse a perseguirlo; por otra hubo fuertes represalias del ejército felipista en los lugares por los que había pasado Nebot y en los que, de alguna forma, se consideró que se le había prestado ayuda; por último, la tranquilidad relativa en el asedio permitió a la población de Barcelona fortificarse. En palabras de Bacallar "habían hecho sus moradores tantos trincherones y cortaduras que era preciso ganarla palmo a palmo. Abrieron en las casas troneras; levantaron en las encrucijadas de las calles paredes para que, después de ganado el muro costara trabajo penetrarlas".

Pero apenas tres meses después de haber acabado las correrías de Nebot⁶⁹ va a estallar en muchas comarcas una revuelta popular de una dimensión inimaginable, causada por la fiscalidad abusiva impuesta por Orry y que tenía por objeto hacer frente a los gastos de

⁶⁶ Sanpere, op. cit., p. 76.

⁶⁷ Castellví. Citado por Torras i Ribé, op. cit., p. 338.

⁶⁸ Tres mil hombres según Bacallar. Cuatrocientos jinetes y trescientos fusileros según Torras. La cifra de Bacallar parece incompatible con la velocidad de movimientos de Nebot.

⁶⁹ Fue desterrado a Mallorca tras un juicio que se le hizo por el fracaso de la expedición.

mantenimiento que el ejército de Cataluña requería. La revuelta se hizo al grito de *¡Fuera ladrones!*, porque "las tasas excedían a toda posibilidad de los naturales... y se había reducido al país a los más trágicos infortunios por las exorbitantes imposiciones que en diciembre había impuesto aquel ministerio y, en breve tiempo, tomando la mayor parte de Cataluña otra vez las armas, se encendió una obstinada guerra"⁷⁰. Esta revuelta general fue aprovechada por las bandas de migueletes que seguían recorriendo la provincia para aumentar el terror en el campesinado. Dos efectos se siguieron de esta sublevación: aflojar más aún, si cabe, el cerco sobre Barcelona e incrementar la represión y violencia del ejército felipista sobre la población civil.

Ante la gravedad de la situación acudió, una vez más, Felipe V a su abuelo pidiéndole tropas y barcos y Luis XIV decidió enviarle 15.000 hombres al mando del duque Berwick. Pero esta ayuda estuvo a punto de frustrarse por las maniobras de la princesa de los Ursinos que no quería ni oír hablar del mariscal al que acusó ante Felipe V de hablar con insolencia del gobierno y de estar de acuerdo con el marqués de Brancas, entonces embajador de Francia en Madrid, persona que además de incomodar al Rey era enemigo declarado de la princesa. Se unió a esta desafortunada intervención el que, justo en aquellos meses, estaban abuelo y nieto en un agrio tira y afloja para que se firmara la paz con Holanda y para que, de una vez, Felipe se olvidara de la soberanía que había concedido a la princesa.

Una circunstancia vino a elevar el ánimo de los defensores de Barcelona. El tratado de paz entre Francia y Alemania que iba a firmarse en Rastadt⁷¹ les hizo creer que, al igual que había ocurrido con Inglaterra, los franceses, por este tratado, se verían obligados a evacuar Cataluña dejando a Felipe V reducido a sus propias fuerzas. A mayor abundamiento, la presión diplomática de los embajadores del Principado dio algún resultado consiguiendo, como hemos visto en el apartado anterior, crear una corriente de apoyo en favor de los catalanes y buena muestra de ello fueron antes aludidas sesiones en la Cámara Alta del Parlamento inglés en las que los whigs pidieron, con bastante dureza, explicaciones sobre la actuación del gobierno torie. Un sarcástico Sanpere comenta: "No pasó todo de una platónica manifestación de simpatía, de esas que prodiga Inglaterra porque no le compromete a nada ni le dificulta una buena digestión"⁷². Pero, en cualquier caso, las noticias de lo ocurrido en Londres, cuando llegaron a Barcelona, levantaron la moral de los asediados.

La realidad fue justamente al contrario y el tratado de Rastadt tuvo consecuencias negativas para los sublevados porque Luis XIV se vio con las manos libres para disponer sin límites de su ejército y enviarlo a Cataluña. Los sitiadores de Barcelona podían estimarse en 40.000 soldados y probablemente otros 50.000 estaban distribuidos por el resto del territorio. No es fácil cuantificar cuántos eran los defensores de la ciudad. Torras i Ribé habla de unos 5.500 en total aunque para Bacallar eran bastantes más. En todo caso estaba también la población civil, incluso mujeres y niños, que en los momentos finales del asedio combatieron como si fueran soldados.

⁷⁰ Castellví. Citado por Torras i Ribé, op. cit., p. 358.

⁷¹ Máxime cuando vieron que en el preámbulo del tratado figuraba Carlos con todos los títulos correspondientes a la monarquía española.

⁷² Sanpere, op. cit., pp.355 a 362.

El duque de Pópuli regresó a Madrid, donde recibió el Toisón de Oro. La primera decisión que tomó Berwick fue estrechar el asedio por tierra y bloquear seriamente a Barcelona por mar. Un convoy importante de víveres procedente Mallorca fue apresado el 9 julio de 1714 y a partir de ese momento –ya no se iban a recibir más suministros- comenzaron las penurias alimentarias de la población que finalmente se harían gravísimas. El duque sometió a Barcelona a intensos bombardeos e hizo edificar fortines en la periferia de la ciudad, incrementando desde ellos la potencia de fuego hacia las castigadas murallas con el resultado de que las brechas se fueran haciendo cada vez mayores.

Según Sanpere las instrucciones de Felipe V a Berwick eran extremadamente rigurosas para el caso de que la plaza no se rindiera y hubiera que tomarla al asalto:

"Estos rebeldes como tales están ya, y son incursos, en el mayor rigor de la guerra, según todas las leyes de ella; y cualquier gracia que experimente será un mero efecto de piedad y conmiseración (y si) llegare el caso del asalto, ya en él no son dignos de la menor piedad y deben experimentar el último rigor de la guerra... daréis las órdenes más efectivas para que se perdonen las vidas las mujeres y a los niños pues éstos no es justo, ni de mi piedad, experimenten el rigor de la guerra"⁷³.

A lo largo del mes de agosto la lucha en Barcelona fue encarnizada, sobre todo entre los días 12 y 14, cuando atacantes y defensores libraron una feroz batalla en la que hubo miles de muertos. Finalmente este ataque se frustró por la numantina defensa que hicieron los barceloneses. A principios de septiembre se va a poner en marcha el asalto final. Berwick envió parlamentarios pidiendo la rendición y garantizando que no habría pillaje y que serían perdonadas las vidas a todos. La propuesta fue discutida por la Junta de Gobierno y como la mayoría estaba muy radicalizada, el *conseller en cap*, que era Rafael Casanova, no pudo sacar adelante su propuesta de pedir un armisticio de doce días para ganar tiempo y permitir la llegada de refuerzos militares y de un convoy con alimentos que hubiera mitigado la hambruna que la población padecía. No tuvo éxito y su propuesta fue derrotada por veintiséis votos contra cuatro. La respuesta que dieron a Berwick fue que "los tres comunes se han reunido y, considerando la propuesta hecha por un oficial de los enemigos, responden que no quieren oír ni admitir proposición alguna". Si hubiera salido adelante la propuesta de Casanova, y Berwick la hubiera admitido -lo que es dudoso- hubiera podido cambiar la historia porque quizás habría dado tiempo a que las órdenes de Jorge I de auxiliar a los catalanes hubieran podido hacerse efectivas. Inglaterra tenía una flota poderosa en Mahón a la que se habían enviado instrucciones desde Londres en este sentido, con anterioridad al 6 de septiembre, pero que no llegaron a tiempo.

El asalto final a Barcelona comenzó en la noche del día 10 de septiembre de 1714 y aunque la defensa fue encarnizada la superioridad del ejército borbónico hacía inevitable el resultado final:

⁷³ Ibid., pp. 398 y 399.

"No se ha visto en este siglo semejante sitio, más obstinado y cruel. Las mujeres se retiraron a los conventos. Vencida la plebe la tenían los vencedores arrinconada; no se defendían ya, ni pedían cuartel: morían a manos del furor de los franceses. Prohibió este rigor Berwick porque algunos hombres principales, que se habían retirado a la casa del magistrado de la ciudad, pusieron bandera blanca. El duque mandó suspender las armas manteniendo en el lugar las tropas y admitió el coloquio... Anocheció en esto y cubrió la ciudad de mayor horror porque, aún durando la pequeña tregua, de las troneras de las casas disparaban sin ser vistos los catalanes. Los que fueron a hablar con Berwick, sobre la misma brecha, mostraron la insolencia mayor, porque pidieron perdón general y restitución de privilegios... Y aunque la perfidia de los rebeldes irritaba la compasión, nunca la tuvo mayor hombre alguno, ni más paciencia que Berwick... vinieron los diputados de la ciudad a entregarla al Rey, sin pacto alguno. El duque ofreció sólo las vidas si le entregaban Monjuí y Cardona y ejecutóse luego"⁷⁴.

Era el 12 de septiembre de 1712.

En los acuerdos de capitulación se omitió la frase *a discreción* que pretendía el mariscal y se convino no solo el respeto a las vidas de los defensores sino también a las propiedades, lo que llevaba implícito que no habría pillaje. Berwick se negó a firmar la capitulación pero dio su palabra de honor de cumplir con lo acordado. Tras ello se produjo la extinción de las instituciones catalanas de acuerdo con el decreto de disolución siguiente:

"Habiendo cesado por la entrada de las armas del Rey N. S. (Q. D. G.) en esta ciudad y plaza la representación de la Diputación y Generalidad de Cataluña, El Exmo. Sr. Mariscal Duque de Berwick me ha encargado que ordene y mande a los diputados i oidores de cuentas del General de Cataluña, que arrimen todas las insignias, cesen totalmente, así ellos como sus subalternos, en el ejercicio de sus cargos, empleos y oficios y entreguen las llaves, libros y todo lo demás concerniente a dicha casa de la Diputación y sus dependencias"⁷⁵.

Concluye el marqués de San Felipe:

"En esto paró la soberbia pertinaz de los catalanes, su infidelidad y traición. El Rey mandó quemar sus estandartes, envió a veinte de los principales cabos a varias prisiones de España; entre ellos a Villarroel, y al general Armengol... porque no había capitulado el duque de Berwick la libertad sino la vida"⁷⁶.

La capitulación de Barcelona fue el final de la lucha armada pero la Guerra de Sucesión entre España y Austria seguía oficialmente viva. La paz no va a llegar hasta casi once años después, con el tratado de Viena entre el Emperador y Felipe V. Antes, en 1720, la adhesión de España al tratado de la Cuádruple Alianza implicó que Carlos reconociera a Felipe como rey de España. Además, para entonces, habían pasado muchas cosas en las antiguas posesiones españolas en Italia, de no poca consecuencia, pero no son de esta tesis. Comentando las pérdidas territoriales que sufre España en Utrecht y Rastadt dice Baudrillart:

⁷⁴ Bacallar, pp. 250 y 251.

⁷⁵ Soldevila, *Història de Catalunya*, p. 1167.

⁷⁶ Bacallar, p. 251.

“Jamás monarquía alguna había sufrido desmembramientos semejantes a los que España va a experimentar en Utrecht. Francia, sin duda, había hecho también cesiones pero de posesiones lejanas que apenas alteraban su poderío en Europa, aumentado en contrapartida por el establecimiento de una dinastía francesa en Madrid. Por el contrario, lo que España abandonaba eran no sólo inmensos dominios, los más ricos o civilizados de sus estados, sino todos los puntos de contacto con otras potencias, excepto Francia; es decir todo aquello que siempre la había mantenido inmersa en la vida general de Europa. Regresaba a lo que había sido en la Edad Media y se aislaba de nuevo tras la barrera de los Pirineos”⁷⁷.

⁷⁷ Baudrillard, op. cit., p. 535.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES IMPRESAS

Abreu Bertodano, Joseph Antonio. *Colección de los tratados de paz, alianza, neutralidad... hechos por los pueblos, reyes y príncipes de España... desde antes del establecimiento de la Monarquía Gothica hasta el feliz reinado del Rey Nuestro Señor Fernando VI*. Madrid, 1751.

Adalberto de Baviera (Príncipe). *Mariana de Neoburgo, Reina de España*. Madrid, 1938.

Adalberto de Baviera (Príncipe) y Gabriel Maura Gamazo. *Documentos inéditos referentes a las postrimerías de la Casa de Austria en España*. Madrid, 2004. Dos volúmenes.

Alabrús, Rosa María. *Felip V i la opinió dels catalans*. Lleida, 2001.

Albareda, Joaquím. *Cataluña y Felipe V: Razones de una apuesta*. En *Los Borbones, dinastía y memoria...* Ed. Pablo Fernández Albaladejo, pp. 303 a 330. Madrid, 2002.

Albareda, Joaquím. *El "Cas dels catalans": del pacte de Genova al "equilibri europeu"*. Pedralbes, Revista d'Historia Moderna. 18-II. Pp. 303 a 314. Barcelona, 1998.

Albareda, Joaquím. *Els catalans i Felip V. De la conspiració a la revolta. (1700-1759)*. Barcelona, 1993.

Albareda, Joaquím. *Escrits polítics del segle XVIII*. Vic, 1996.

Albareda, Joaquím. *Felipe V y el triunfo del absolutismo. Cataluña en un conflicto europeo. (1700-1714)*. Barcelona, 2000.

Albareda, Joaquím. *El "Cas dels catalans". La conducta dels aliats arran de la guerra de Successió. (1705-1742)*. Barcelona, 2005.

Alisedo y Herrera, Dionisio. *Aviso histórico, político, geográfico...del Perú, Tierra-Firme, Chile y Nuevo Reyno de Granada... desde 1535 hasta 1740*. Madrid, 1740.

Anónimo. *The case of the catalans considered*. Londres, 1714. Impresor J. Baker.

Anónimo. *The deplorable history of the catalans from their first engaging in the War to the time of their reduction*. Londres, 1714. Impresor J. Baker.

Anónimo. *Relación del matrimonio de la señora infanta de España, Reina de Francia, Doña María Teresa*. Edición: Dirección General de Archivos y Bibliotecas. Fuenterrabía, 1959.

Areilza, José María. *Gibraltar*. Publicaciones del Colegio Universitario de S. Pablo. Madrid, 1954.

Arrieta Alberdi, Jon. *Austracismo ¿Qué hay detrás de ese nombre?* En *Los Borbones. Dinastía y Memoria...* Ed. Pablo Fernández Albaladejo. Pp. 177 a 216. Madrid, 2002.

Bacallar y Sanna, Vicente. Marqués de San Felipe. *Comentarios de la guerra de España e historia de su rey Felipe V, el Animoso*. Madrid, 1957.

Barrio Gozalo, Maximiliano. *El clero secular en el reinado de Felipe V (1701-1746)*. Actas del Congreso de San Fernando sobre Felipe V. Noviembre/diciembre de 2000. Córdoba, 2002.

Barudio, Günter. *La época del absolutismo y la Ilustración*. Madrid, 1992.

Baudrillart, Alfred. *Philippe V et la cour de France*. Paris, 1890.

Belando, fray Nicolás de Jesús. *Historia civil de España, sucesos de la guerra y tratados de paz desde el año de 1700 hasta el 1733*. Madrid, 1740.

Bely, Lucien. *Espions et ambassadeurs au temps de Louis XIV*. Saint-Amand-Montrond (Cher.), 1990.

Bely, Lucien, (director). *La presence des Bourbons en Europe*. París, 2003.

Bely, Lucien. *La société des princes*. París, 1999.

Bennassar, Bartolomé. *Historia Moderna*. Madrid, 1980.

Berenger, Jean. *Los Habsburgo y la sucesión de España*. En *Los Borbones, dinastía y memoria de nación en la España del siglo XVIII*. Madrid, 2001.

Bernardo Ares, José Manuel. *La monarquía de Ryswick y el estado español de Utrecht*. Actas del Congreso de San Fernando sobre Felipe V. Noviembre/diciembre de 2000. Córdoba 2002.

Bethencourt Massieu, Antonio. *Relaciones de España bajo Felipe V*. Alicante, 1998.

Bilain, Antoine. *Traité des droits de la Reine très Chretienne*. París, 1667.

Bolingbroke, lord vizconde. *Lettres historiques, politiques, philosophiques et particulieres de Henri Saint-John depuis 1710 jusqu'en 1736*. Tres volúmenes. París, 1808.

Bolingbroke, lord vizconde. *Letters and Correspondence public and private of R. H. St. John, visc. Bolingboke*. Cuatro volúmenes. London, 1798.

Bolingbroke, lord vizconde. *Bolingbroke's defence of the Treaty of Utrecht*. Cambridge, 1932.

- Bolingbroke, lord vizconde. *A letter to Sir William Windham*. London, 1753.
- Bolingbroke, lord vizconde. *Lettres sur l'histoire*. París, 1752.
- Bolingbroke, lord vizconde. *The Works*. Ed. Georg Olms. Hildesheim, 1968. Cinco volúmenes.
- Bottineau, Yves. *El arte cortesano en la España de Felipe V (1700-1746)*. Madrid, 1986.
- Bottineau, Yves. *Les Bourbons d'Espagne (1700-1746)*. Mesnil-sur-l'Estrée, 1993.
- Calvo Poyato, José. *La vida y la época de Carlos II el Hechizado*. Barcelona, 1998.
- Campo-Raso, José del. *Memorias políticas y militares para servir de continuación a los "Comentarios" del Marqués de San Felipe*. Madrid, 1957.
- Cánovas del Castillo, Antonio. *Bosquejo histórico de la Casa de Austria en España*. Málaga, 1992.
- Cánovas del Castillo, Antonio. *Historia de la decadencia de España*. Málaga, 1992.
- Cantillo, Alejandro del. *Tratados, convenios y declaraciones de paz que han hecho con las potencias extranjeras los monarcas españoles de la Casa de Borbón desde 1700*. Madrid, 1843. Dos volúmenes.
- Carrasco Martínez, Adolfo. *Los grandes, el poder y la cultura política de la nobleza en el reinado de Carlos II*. Revista Historia Moderna, Vol. 20, 1999. Pp. 77 a 135.
- Castellano, Juan Luis. *El gobierno en los primeros años de Felipe V. La influencia francesa*. Actas del Congreso de San Fernando sobre Felipe V de Borbón. Noviembre/diciembre de 2000. Córdoba, 2002.
- Castellví, Francisco de. *Narraciones Históricas*. Cuatro volúmenes. Madrid, 1997 a 2001.
- Castro Martos, M^a Pilar. *La guerra de Sucesión (1701-1714): Fuentes para su estudio en la Sección de Estado del Archivo Histórico Nacional*. La guerra de Sucesión en España y América. Actas de las X Jornadas nacionales de Historia Militar. Sevilla, noviembre de 2000.
- Castro, Concepción de. *A la sombra de Felipe V. José de Grimaldo, ministro responsable (1703-1726)*. Madrid, 2004.
- Colbert, Juan Bautista, marqués de Torcy. *Journal Inedit*. París, 1903.
- Colbert, Juan Bautista, marqués de Torcy. *Memoires du marquis de Torcy*. Dos volúmenes. París 1854.

Contreras, Jaime. *Carlos II el Hechizado. Poder y melancolía en la corte del último Austria*. Madrid, 2003.

Courcy, marqués de. *L'Espagne apres la paix d'Utrecht. 1713-1715*. Paris, 1891.

Courcy, marqués de. *La coalición de 1701 contra la France*. París, 1886.

Courcy, marqués de. *Renonciations des Bourbons au trone de France*. París, 1889.

Coxe, William. *España bajo el reinado de la Casa de Borbón. Desde el reinado de Felipe V hasta la muerte de Carlos III acaecida en 1778*. Madrid, 1846. Dos volúmenes.

Danvila Madrid, Alfonso. *El Congreso de Utrecht*. Madrid, 1958.

David L. Smith. *Luis XIV, Documentos y Comentarios*. Madrid, 1994

Defoe, Daniel. *Memorias de guerra del capitán George Carleton. Los españoles vistos por un capitán inglés durante la guerra de Sucesión*. Alicante, 2002.

Defoe, Daniel. *The ballance of Europe and succession of Spain considered*. London, 1711.

Defoe, Daniel. *The conduct of Parties in England*. London, 1712.

Defoe, Daniel. *A further search in the conduct of Allies*. London, 1712.

De la Torre. *Mèmoires et negociations secrettes de Fernidand Bonaventura, compte de Harrach*. La Haya, 1720.

Díaz Plaja, Fernando. *Historia de España en sus documentos. Siglo XVIII*. Madrid, 1986.

Domínguez Ortiz, Antonio. *Historia de Andalucía. Volumen VI*. Madrid, 1980.

Domínguez Ortiz, Antonio. *El testamento de Carlos II*. Madrid, 1982.

Domínguez Ortiz, Antonio. *El testamento de Felipe IV*. Madrid, 1982.

Domínguez Ortiz, Antonio. *La sociedad española en el siglo XVIII*. Madrid, 1956.

Domínguez Ortiz, Antonio. *España ante la paz de los Pirineos*. Revista Hispania, nº LXXVII. Madrid, 1959.

Downie, J. A. *Robert Harley and the press. Propaganda and public opinion in the age of Swift and Defoe*. Cambridge, 1979.

Duque de Berwick. *Memoires du Marechal de Berwick*. Paris, 1828.

Duque de Noailles. *Memoires du duc de Noailles, seconde partie. Depuis l'an 1700 jusqu'à la mort de Louis XIV*. Paris 1828.

Egido López, Teófanés. *Opinión pública y oposición al poder en la España del siglo XVIII (1713-1759)*. Valladolid, 2002.

Egido López, Teófanés. *La oposición al gobierno de Felipe V*. Actas del Congreso de San Fernando en noviembre/diciembre de 2000 sobre Felipe V de Borbón. Córdoba 2002.

Ehrenpreis, Irvin. *Dr. Swift, the man, his works and the age*. London 1983.

Feliú de la Peña, Narcís. *Anales de Cataluña*. Volumen 3. Barcelona, 1719.

Feliú de la Peña, Narcís. *Fénix de Cataluña*. Barcelona, 1683.

Fernández Duro, Cesáreo. *El Último Almirante de Castilla...* Madrid, 1902.

Fernández Albaladejo, Pablo. *Fragmentos de Monarquía*. Madrid, 1992-1993.

Fernández Albaladejo, Pablo (ed.). *Los Borbones. Dinastía y memoria de nación en la España del siglo XVIII*. Madrid, 2002.

Fernández Albaladejo, Pablo (ed.). *Fénix de España. Modernidad y cultura propia en la España del siglo XVIII*. Madrid, 2006.

Frey, Linda and Marsha. *The Treaties of the War of the Spanish Succession*. Wesport, 1995.

Gándara y Porras, M. P. *Comportamiento Heroico y fidelidad absoluta de la ciudad de Gibraltar*. X Jornadas Nacionales de Historia Militar. Sevilla, noviembre de 2000.

García Cárcel, Ricardo. *De los elogios a Felipe V*. Madrid, 2002.

García Cárcel, Ricardo. *Felipe V y los españoles*. Barcelona, 2002.

García Cárcel, Ricardo. *La significación cultural de Felipe V*. Actas del Congreso de San Fernando de noviembre/diciembre de 2000 sobre Felipe V de Borbón. Córdoba 2002.

Gargantilla Madera, Pedro. *Enfermedades de los reyes de España. Los Austrias*. Madrid, 2005.

Giraud, Charles. *Le Traité d'Utrecht*. París, 1997.

Godechot, Jacques. *Histoire de l'Atlantique*. Lyon, 1947.

Gómez Molleda, D. *Gibraltar. Una contienda diplomática en el reinado de Felipe V*. Madrid, 1953.

Guillamón Álvarez, F. J. *La formación de un príncipe de la Ilustración. Selección de la correspondencia privada de Luis XIV a Felipe V durante la guerra de Sucesión*. Murcia, 2006.

Hilton, Sylvia-Lyn. *Las Indias en la diplomacia española*. Tesis doctoral. Universidad Complutense de Madrid, 1980.

Hills, George. *El Peñón de la discordia. Historia de Gibraltar*. Madrid, 1974.

Hippeau, Celestin. *Avènement des Bourbons a Trone d'Espagne : correspondance inedite du Marquis d'Harcourt*. París, 1875.

Jenkinson, Charles. *A collection of treaties of peace, alliance and commerce between Great Britain and other powers*. London, 1785.

Jorge Juan y Alejandro Ulloa. *Noticias secretas de América*. Buenos Aires, 1953.

Jover Zamora, José María y Hernández Sandoica, Elena. *España y los tratados de Utrecht*. En la *Historia de España* de Menéndez Pidal. Tomo XXIX.

Kamen, Henry. *Felipe V. El Rey que reinó dos veces*. Madrid, 2000.

Kamen, Henry. *La guerra de Sucesión en España. 1700-1715*. Barcelona, 1974.

Kamen, Henry. *La España de Carlos II*. Barcelona, 1981.

Kamen, Henry. *The destruction of the Spanish silver fleet at Vigo in 1702*. Bulletin of Institute of Historical Reserch, nº 100. London, 1966.

Lafuente, Modesto. *Historia de España*. Volumen XVIII. Madrid, 1857.

Lamberty, G. de. *Memoires pour servir l'histoire du XVIII siecle*. Volúmenes VIII-XI. La Haya, 1730-1734.

Larsonneur, Bathilde. *Histoire de Gibraltar*. París, 1955.

Legrelle, A. *La diplomatie française et la succession d'Espagne*. Gante, 1888-1992. Cuatro volúmenes.

Legrelle, A. *L'acceptation du testament de Charles II por Louis XIV*. Gante, 1892.

León Sanz, Virginia. *Carlos VI el Emperador que no pudo ser rey de España*. Madrid, 2003.

León Sanz, Virginia. *Entre Austrias y Borbones. El Archiduque Carlos y la monarquía de España 1700-1714*. Madrid, 1993.

- López de Ayala, Ignacio. *Historia de Gibraltar*. Madrid, 1782.
- López de Mendoza y Pons, Agustín, conde de Robres. *Historia de las guerras civiles de España*. Zaragoza, 1882.
- Louville, marquis de. *Memoires secrets sur l'établissement de la Maison de Bourbon en Espagne*. París, 1818.
- Luard, Evan. *The balance of power. The System of International Relations, 1648-1815*. London, 1992.
- Lluch, Ernest. *Las Españas vencidas del siglo XVIII. Claroscuros de la Ilustración*. Barcelona, 1999.
- Macanaz, Melchor de. *Regalías de los Señores Reyes de Aragón*. Madrid, 1879.
- Maldonado Macanaz, Joaquín. *Noticia de la vida y escritos de D. Melchor Rafael de Macanaz*. Madrid, 1879.
- Maldonado Macanaz, Joaquín. *Un secreto de estado*. Revista Hispania, tomo 128.
- Mariscal Tessé. *Mémoires et lettres du Marechal de Tessé*. París, 1806.
- Marqués de Saltillo. *D. Antonio Pimentel y de Prado y la paz de los Pirineos*. Revista Hispania, tomo XXVI, 1947.
- Martín. *Cartas de la marquesa de Gudannes*. Revue Hispanique, tomo XLVII, nº 120, 1920.
- Martín Gaité, Carmen. *El proceso de Macanaz. Historia de un empapelamiento*. Madrid, 1999.
- Martín, Miguel Ángel. *España entre Inglaterra y Francia, 1711-1714*. Panamá, 1964.
- Martínez Shaw, Carlos y Alfonso Mola, Marina. *Felipe V*. Madrid, 2001.
- Maura y Gamazo, Gabriel. *Vida y reinado de Carlos II*. Madrid, 1954.
- Mazarino. *Lettres du Cardinal Mazarin...et la relation des conferences qu'il a eues avec D. Louis de Haro*. Amsterdam, 1754. Volumen I.
- Mignet. *Negociations relatives a la succession d'Espagne sous Louis XIV*. París, 1835.
- Ministerio de Asuntos Exteriores. *Documentos sobre Gibraltar presentados a las Cortes*. Madrid, 1965.
- Miñana, José Manuel. *De bello rustico valentino*. Valencia, 1985.

Molas Ribalta, P. et alt. *Bibliografía de Felipe V*. Madrid, 2004.

Molas Ribalta, P. *El Estado de Felipe V*. Actas del Congreso de San Fernando de noviembre/diciembre de 2000 sobre Felipe V de Borbón. Córdoba, 2002.

Ochoa Brun, Miguel Ángel. *Embajadas y embajadores en la Historia de España*. Madrid, 2002.

Ozanam, Didier. *Les diplomates espagnols du XVIII siècle*. Madrid, 1998.

Ozanam, Didier. *Los embajadores españoles en Francia durante el reinado de Felipe V*. Actas del Congreso de San Fernando de noviembre/diciembre de 2000 sobre Felipe V de Borbón. Córdoba 2002.

Ozanam, Didier. *Política Exterior de España en el siglo XVIII*. En *Historia de España* de Menéndez Pidal.

Paz, Julián y Magdaleno, Ricardo. *Documentos relativos a Inglaterra (1254-1834)*. *Archivo de Simancas, catálogo XVII*. Madrid, 1947.

Pepys, Samuel. *Diarios*. Madrid, 2003.

Pérez Aparicio, M. C. *La guerra de Sucesión en España*. En *Historia de España* de Menéndez Pidal. Tomo XXVIII.

Pérez Picazo M^a Teresa. *La publicística española en la guerra de sucesión*. Madrid, 1966.

Pfandl, Ludwig. *Carlos II*. Madrid, 1957.

Ponce Cordons. F. J. *El desembarco de 1702 en Rota*. Actas de las X Jornadas Nacionales de Historia Militar. Sevilla 2000.

Prebost. *Histoire generale des voyages*. Tomo XV. París, 1759.

Príncipe de la Paz (ed.). *Colección de los tratados de paz, alianza, comercio etc. Ajustados por la Corona española con las potencias extranjeras desde el reinado de Felipe V hasta el presente*. Madrid, 1796.

Ragón i Cardoner, Joaquín. *El último virrey de la administración habsburguesa*. Revista Pedralbes, año 2 (1982).

Ramos del Manzano, Francisco. *Respuesta de España al tratado de Francia sobre las pretensiones de la Reina Cristianísima*. Madrid, 1660.

Rapin de Thoyras, Paul. *Dissertation sur les whigs et les tories*. La Haya, 1717.

Reglá Campistol, Juan. *El tratado de los Pirineos de 1659. Negociaciones subsiguientes acerca de la delimitación fronteriza*. Revista Hispania, XLII, año 1951.

Rey Bueno, Mar. *El Hechizado*. Madrid, 1998.

Ribot García, L. A. *La España de Carlos II*. En *Historia de España* de Menéndez Pidal. Tomo XXVIII.

Robledo, M. *Los tratados de Utrecht. Reseña histórica de la paz general de 1713*. Madrid, 1846.

Roussets, J. *Les Interêts presens des puissances de l'Europe fondez sur les traités conclus depuis la paix d'Utrecht*. La Haya, 1733.

Sáez Rodríguez, Ángel. *Sistemas defensivos de la llave de España. Gibraltar en el setecientos*. Actas de las X Jornadas Nacionales de Historia Militar. Sevilla, 2000.

Saint-René Taillandier. *La Princesse des Ursins*. París, 1926.

Saint Simon, duque de. *Mémoires complètes et authentiques sur le siècle de Louis XIV et la Régence*. París, 1856-1858.

Sales, Nuria. *Els segles de la decadencia*. En *Historia de Catalunya* de Pierre Vilar, volumen IV. Barcelona, 1992.

Sanpere i Miquel, S. *Fin de la nación catalana*. Barcelona, 1905.

Savary des Bruslons. *Dictionnaire Universel de commerce*. Tomo V. Copenhague, 1759-1765.

Seco Serrano, Carlos. *El reinado de Felipe V en los Comentarios del marqués de San Felipe*. Madrid, 1957.

Simón Tarrés, Antoni. *Los Austrias menores*. En *Historia de España* de Espasa Calpe, volumen VI. Madrid, 2004.

Soldevila, Ferrán. *Anglaterra y Catalunya. Les relacions anglocatalanes durant la guerra de Successió*. Manuscrits, Revista d'Historia Moderna, nº 13.

Soldevila, Ferrán. *Historia de Catalunya*. Volumen III. Barcelona, 1962.

Soldevila, Ferrán. *Unes sessions de la Cambra dels Lords en 1714*. Revista de Catalunya, nº 58. Septiembre de 1929.

Strubell, M. B. (ed.). *Consideració dels Cas dels Catalans*. Barcelona, 1992.

Swift, Jonathan. *A new Journey to París*. London, 1712.

Swift, Jonathan. *La Conducta de los Aliados*. En *Obras selectas de Jonathan Swift*. Madrid, 2002.

Taxonera, Luciano. *Felipe V fundador de una dinastía y dos veces rey de España*. Barcelona, 1942.

Torras i Ribé, Josep M. *La guerra de Successió i els setges de Barcelona (1697-1714)*. Barcelona, 1999.

Trevelyan, George Macaulay. *Historia política de Inglaterra*. México, 1943.

Trevelyan, George Macaulay. *Historia social de Inglaterra*. México, 1984.

Trevelyan, George Macaulay. *England under Queen Anne*. Tres volúmenes. London, 1934.

Ubilla y Medina, Antonio. *Succession de el Rey D. Phelipe V*. Madrid, 1704.

Universidad de Cambridge. *Historia del Mundo Moderno*. Tomo VI. Director S. Bromley. Barcelona, 1980.

Vast, Henry. *Les grands traités du regne de Louis XIV*. París, 1893.

Vicens Vives, J. *Noticias de Cataluña*. Barcelona, 1954.

Vidal Sales, José Antonio. *La vida y la época de Felipe V*. Barcelona, 1998.

Vidal, Josep Juan. *La guerra de Sucesión a la Corona de España. España dividida*. Actas del Congreso de San Fernando de noviembre/diciembre de 2000 sobre Felipe V de Borbón. Córdoba, 2002.

Vignols, León. *El asiento francés (1701-1713) e inglés (1713-1750) y el comercio francoespañol desde 1700 hasta 1730*. Anuario de Historia del Derecho Español. Volumen V. Madrid, 1928.

Vilar, Pierre. *Cataluña en la España Moderna*. Barcelona, 1978.

Vilar, Pierre. *Manual de la Companya Nova de Gibraltar*. París, 1962.

Vilar, Pierre. *Historia de Catalunya*. Volumen IV. Barcelona, 1992.

Voltaire. *Le siecle de Louis XIV*. Volumen II. Frankfurt, 1753.

Voltes Bou, Pedro. *Barcelona durante el gobierno del Archiduque Carlos de Austria*. Barcelona, 1963.

Voltes Bou, Pedro. *El Archiduque Carlos de Austria Rey de los Catalanes*. Barcelona, 1953.

Voltes Bou, Pedro. *Felipe V y los fueros de la Corona de Aragón*. Revista de Estudios Políticos, nº 84, año 1955.

Voltes Bou, Pedro. *Nuevas noticias de D. Pablo Ignacio de Dalmases y Ros y su tiempo*. Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, nº 26. Año 1954-1956.

Volres Bou, Pedro. *La guerra de Sucesión*. Barcelona, 1990.

Walpole, Robert. *A report from the Committee of Secrecy appointed by order of the House of Commons*. London, 1715.

Zaragoza, J. *Piraterías y agresiones de los ingleses y otros pueblos de Europa en la América española desde el siglo XVI al XVIII deducidos de las obras de D. Dionisio Alisedo y Herrera*. Madrid, 1883.

FUENTES MANUSCRITAS

Archivo General de Simancas (AGS). Sección Estado

Legajos:

6820, 6821, 6822,
6823, 6824, 6825,
6826, 6827, 7014.

4309, 4310, 4311,
4312, 4313, 4314.

6876, 8128, 1618.

Archivo Histórico Nacional (AHN). Sección Estado

Legajos:

3387/2, 3388/1, 3367/1,
3367/2, 3379/1, 3396/1,
3396/2, 3376/1, 3376/2,
3390, 2806, 2460/2,
2573, 2574, 2482,
664/1, 664/2, 673/1,
2907, 2761/1, 2761/2,
2780, 2554, 2530,

Biblioteca Nacional

Carta del Rey de Francia (Luis XIV), escrita a la Reyna Nuestra Señora (Mariana de Austria), en razón del derecho que pretende tener a Brabante y otros estados de los Países Bajos y rompimiento de la paz. San Germán, 8 de mayo de 1667.

Mss/12955/32

Declaración del Rey de Francia Luis XIV, para que el Rey D. Phelipe conserve sus derechos a aquella corona dada en Versalles el mes de diciembre de 1700.

Mss/12777

Respuesta de Su Majestad Imperial, Leopoldo I al manifiesto publicado por el Rey de Francia Luis XIV. Viena, 18 de octubre de 1688.

Mss/10857

Carta de la Reina Mariana de Austria a Luis XIV sobre los derechos que éste dice le asisten sobre los Países Bajos. Madrid, 24 de mayo de 1667.

Mss/12964/59

Papel sobre la renuncia de Doña María Teresa de Austria a la corona y estados de Felipe IV.

Mss/12053

Carta credencial de Ana Stuart, Reina de Inglaterra con motivo del nombramiento como embajador en España de Milord Lexington. Windsor, 1º de septiembre de 1712.

Mss/12949/19

Justificación de Portugal en la resolución de ayudar a la inclita nación española a sacudir el yugo francés y poner en el trono real de su Monarquía al Rey Catholico Carlos Tercero, año de 1704.

Mss/12777(h.138r.-161r.)

Razones que dio el Rey Catholico (Felipe V) de la guerra contra el Rey de Portugal, el Archiduque Carlos de Austria y sus aliados. Dado en Plasencia a 30 de abril de 1704.

Mss/10129

Real Decreto de Felipe V declarando la guerra a Holanda, Inglaterra y Alemania. Madrid, 13 de junio de 1702.

Mss/12777(h.73r.-111v.)

Carta escrita de Amsterdam a La Haya sobre las ofertas de Francia para la paz general (9 de febrero de 1712).

Mss/12948/12

Novedades sacadas de las gacetas de Amsterdam (marzo de 1712).
Mss/12948/1

Relación breve de la victoria de las armas mandadas por el duque de Werbik (sic) contra el ejército de los aliados en Almansa.
Mss/11021

Relación diaria desde que el Rey Nuestro Señor D. Felipe V salió desde esta corte hasta la feliz victoria que consiguieron sus armas en el campo de Brihuega.
Mss/12949/3

Despachos del obispo ya de Solsona y ahora de Lérida a S. M. concernientes a la negociación de la paz de Ryswick.
Mss/6774

Manifiesto del Almirante.
Mss/11028